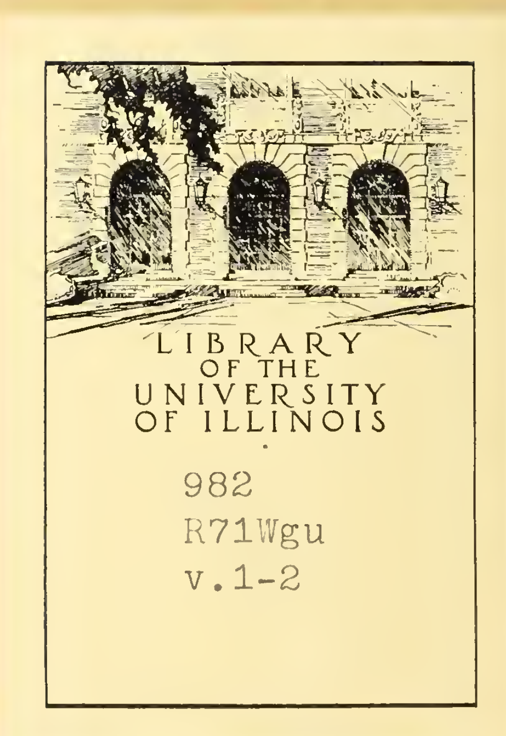


Vicente José Perez Caffarena

DRAMAS DEL TERROR

HISTORIA

DE

DON JUAN MANUEL DE ROSAS

POR

EDUARDO GUTIERREZ

TOMO I

MONTEVIDEO
CENTRO DE PUBLICACIONES: CALLE ANDES, 250
1882



Imprenta à vapor de *El Ferro-carril*, Uruguay, 26



Dn JUAN MANUEL DE ROSAS

DRAMA DEL TERROR

HISTORIA DE DON JUAN MANUEL DE ROSAS

UN CAPÍTULO DEL SIGLO PASADO—1790 Á 1810

EMPEZAMOS hoy la série de dramas que abrazan la época luctuosa porque atravesó nuestro país desde 1829 hasta 1852.

Mucho se ha escrito sobre la vida política del funesto tirano, pero aún permanecen oscuros los dramas más sombríos de aquella época de sangre y crímen, de aquella noche de veinte años, bajo cuyas tinieblas fué envuelto el pueblo argentino.

De la vida de Rosas no se conoce más que los veinte años de su gobierno.

Su vida hasta los 36 años, en que subió al gobierno de Buenos Aires, la manera hábil con que preparó aquel golpe, el modo como se hizo un caudillo prestijioso, el más prestijioso que hayamos jamás tenido, muy pocos la conocen.

Y sin embargo, esta primer época de su vida es tan interesante como la segunda.

La manera como este hombre astuto é inteligente preparó su exaltacion al gobierno, merece conocerse hasta en sus menores detalles.

Rosas se hizo de un inmenso prestijio en la campaña de Buenos Aires, é rodeó de los gauchos, inspirándoles una idolatría ciega y convirtiéndolos en sus más dóciles instrumentos, han dicho muchos.

Pero cómo hizo todo esto y de qué medios se valió?

Esto es lo que nadie ha dicho todavía.

Y nosotros, con abundancia de datos preciosos, que hemos recopilado trabajando sin descanso, podemos ofrecer hoy á los lectores de esta obra una historia completa é íntima, tomando al personaje de triste recuerdo, desde su niñez y siguiéndolo paso á paso hasta el fatal 3 de Febrero, en que tuvo que abandonar para siempre la tierra natal que tanto habia azotado.

Concluida esta primera época de su vida, curiosísima por más de un episodio en que ya dejaba ver su silueta fatídica, seguiremos con la segunda, que llamaremos *El drama de veinte años.*

En esta segunda série de dramas nos ocuparemos esclusivamente de la mazorca, con todas sus escenas de horror y sus matanzas.

Santos Lugares y Palermo, leyendas terribles é inagotables, tendrán tambien su parte preferente.

Entre sus pájinas cruzan como fantasmas, lentamente y exhibiéndose en toda su monstruosa y repugnante desnudez

las figuras maldecidas y cobardes de Troncoso, Parra, Cuitiño y tantos otros.

Quién no tiene una idea, aunque remota, de los famosos asesinos que hemos nombrado?

Quién no conoce algo de la historia de sangre que les rodea?

Pero hay detalles, hay escenas, hay episodios, que es preciso, para no creer que son invenciones de una imaginacion exaltada, detenerse un momento á pensar en la depravacion y cobardía de estos miserables elevados á la categoría de asesinos oficiales.

Toda accion humana, por insignificante que sea, tiene su esplicacion más ó ménos clara, que revela hasta donde puede descender el ser humano en el camino del crímen, donde se muestra el animal más feroz de toda la creacion.

Raro es el crímen que no tenga su móvil, ya en la venganza, ya en el lucro, ya en el despojo de lo que solo con la vida se puede arrancar.

Pero el crímen inútil, cobarde y frio, el crímen que no dá otro resultado que *despuntar el vicio* de matar, como ellos mismos decian;

El asesinato que no tiene más objeto que el ver los gestos que hace la víctima, no tiene esplicacion ni en la misma enagenacion mental.

En los libros de los más notables alienistas no hemos encontrado aún esta clasificacion: monomanía de la sangre, ó delirio de las matanzas.

La misma fiera que mata y despedaza por instinto de destruccion, llega un momento en que se cansa, y reposa fatigada, como si quisiera distraerse.

Pero el criminal de la clase que nos ocupa, jamás se hartará de matar y ver morir.

Cuando su brazo caiga fatigado de manejar el puñal, contra víctimas privadas de toda defensa, se le verá entonces entregarse al placer de ver matar, deleitándose en ver como *trabajan los otros*.

A este órden de criminales inesplicables é incalificables, pertenecen los hombres que hemos nombrado, y que ocuparán un lugar preferente en esta série de dramas.

No es bandido todo el que quiere.

El bandido se perfecciona, pero no se improvisa.

El bandido nace, nace cobarde, brutal y destituido de sentimientos.

Los sentimientos se perfeccionan, se cultivan y se hacen más ó ménos delicados.

Pero es preciso poseerlos, ante todo.

Se nace cobarde como se nace valiente,—es cuestion de organizaciones, así como se viene al mundo con sentimientos ó sin ellos.

Así se nace bandido, porque se nace sin ninguna de las prendas de corazon que distingue á los mismos criminales uno de otro.

Hay su órden de asesinos, como hay su órden de ladrones, puesto que ambas cosas se perfeccionan.

Y el último tramo de aquellos son los Troncoso y los Parra, como el último tramo de estos fueron los *Jorobado* y los *Larrea*.

Pero no nos vayamos á lo que será la segunda parte de nuettra obra.

Vengamos á D. Juan Manuel de Rosas, á cuyo lado se formaron, crecieron y se perfeccionaron.

Vengamos á él, que nacido tal vez para pisar otras sendas de la vida, con elementos propios, con inteligencia y la ilustracion que se podia adquirir en aquella época, prefirió perderse en la nebulosa de sus obras, atrayéndose la maldicion de un pueblo noble y viril y arrojándose á la espantosa vorágine de la tiranía más bárbara de que guarda memoria la América.

Y no se diga que Rosas no tuvo donde elegir!

Mil ofertas risueñas de honor y de gloria le salieron al encuentro, mil caminos

que conducen á la gloria y al honor se abrieron á su paso.

Pero todos los despreció.

Sus instintos lo llevaban á otra parte.

Cambió los guantes por las bolas, la varita por el facon y el frac por el poncho.

Con una inteligencia de primer órden y una constancia asombrosa, llegó á donde se proponia, sin mirar para atrás y escarneciéndolo todo.

Jóven aún, afrentaba la sociedad á que pertenecia, viniendo á la ciudad de chiripá y bota de potro.

A la misma sociedad que más tarde habia de azotar y cubrir de luto, y á cuyos oidos habia de sonar su nombre como un golpe de cuchilla.

Es que desde pequeño mostró sus terribles instintos de tirano, rebelándose primero contra sus maestros, más tarde contra su propio padre y últimamente contra toda la sociedad entera á la que tuvo bajo la espuela de su bota y bajo el azote de su palabra que se dibujaba en sus delgados lábios, siempre como una sentencia de muerte.

Rosas empezó así sus proezas en la campaña, reduciendo primero al paisano inocente y crédulo, para imponérsele más tarde.

Es que Rosas era un verdadero caudillo, á quien muchos otros han tratado de imitar más tarde, pero sin obtener sus famosos resultados.

Porque en servicio de sus ideas de dominio y de grandeza habia puesto su fuerte organizacion moral é intelectual.

El comprendió que el hombre que llegara á dominar á esas masas inocentes y medio salvajes, seria lo que quisiera ser.

Y dedicó á ello los primeros treinta y seis años de su vida, hasta que llegó á la cumbre que se habia propuesto.

Fueron estas masas las que lo llevaron al poder y las que lo sostuvieron en él por espacio de veinte años imborrables de la larga historia de nuestras desventuras.

Masas inocentes primero, y pervertidas por él más tarde, cuando las lanzó cuchillo en mano frente á la gente de levita, que no podia *ver ni pintada.*

Tomémoslo entonces desde sus primeros años, abandonando esta digresion que solo puede tomarse como plantel de la obra que emprendemos, un poco difícil, pero no imposible.

UNA TRAGEDIA EN LA PAMPA

DON Clemente Lopez de Osornio, abuelo materno de Rosas, era un hombre de carácter firme y de una actividad asombrosa.

Militar de profesion y de sangre, fué nombrado Comandante General de Campaña, allá por el año 1766.

Es tal vez el más notable y más digno de todos los antepasados del tirano.

El señor Osornio, en aquella época, era una interesante y varonil persona.

Una idea de su tipo se puede tener, mirando detenidamente al actual Coronel del mismo apellido y de la misma sangre.

Comprendiendo que la gran riqueza de estos países estaba en la ganadería, aunque las armas le ofrecian un porvenir brillante, aspiraciones de otro órden lo llevaron á distintos rumbos.

Es cierto, les decia á varios de sus amigos, con la alegria que le era característica, que la espada está llamada á desempeñar el más brillante rol en estos países: —la paz, el órden y el progreso, no es otra cosa que el resultado del mucho batallar.

Muchos años pues habrá que esgrimir la lanza sin descanso ni trégua.

Sin embargo, amigos mios, de ser esto una verdad como una montaña, no es ménos cierto que el engrandecimiento de este país vendrá por la ganaderia.

Otros serán llamados por Dios á llevar

triunfantes sus armas en los campos de batalla.

Yo amo el trabajo y siento que el destino me arrastra hácia las labores del campo.

Quiero poblar dilatados establecimientos y verlos cubiertos de ganado, que como una bendicion del cielo, esmalten los inmensos espacios que matiza el suavísimo verde de los campos.

Consecuente con estas ideas, entre la azarosa carrera de las armas y la vida tranquila del estanciero, el señor Lopez de Osornio eligió la segunda.

Raras coincidencias del destino!

Este hombre noble y valiente, al alejarse de la vida militar, más se acercaba á una muerte trágica é inesperada.

Pero no apresuremos los sucesos.

El abuelo materno de Rosas se retiró á la campaña, donde pobló magníficos establecimientos para sí y para su yerno don Leon, á quien apreciaba y queria en estremo.

Entre ellos figuraba la estancia denominada el *Rincon de Lopez*, magnífico establecimiento que eligió como su residencia habitual.

En el año 1783, diez ántes de nacer su célebre nieto, don Clemente se encontraba en este establecimiento, acompañado de su hijo mayor, don Andrés, jóven de 20 años, á quien amaba con idolatría.

Fué en aquel mismo año que tuvo lugar la invasion de indios más sangrienta de que hasta entonces hubiera memoria.

Militar y hombre prudente, el señor Lopez de Osornio tenia en el Rincon de Lopez unos veinte fusiles de chispa y unos cuarenta sables.

Comprendiendo el peligro en que se vivia, en parajes tan avanzados sobre la Pampa, habia llevado consigo unos veinte hombres de toda su confianza, militares retirados en su mayor parte.

Para estar más seguro y tener un refugio contra cualquier avance de los salvajes, habia hecho construir un buen foso, al rededor del cómodo rancho de paredes de adobe que constituia sus habitaciones y las de su amado hijo.

De esta manera se creia inespugnable contra cualquier tentativa de asalto por parte de los indios, enemigo terrible en aquellos tiempos.

La noticia de la invasion fué pues recibida por el noble Osornio con su sonrisa más despreciativa.

Sin embargo la invasion era traida por más de trescientas lanzas, de las más audaces y feroces.

De todas partes empezaron á llegar peones y pobladores, que venian á refugiarse en su estancia, trayendo las noticias más desconsoladoras.

Los indios venian matando y cautivando con toda la ferocidad de sus instintos salvajes.

—Nos dejan sin una oveja, decian, pues han arreado con cuanta cabeza se halla sobre los campos.

—Ya las rescataremos, contestaba don Clemente, sonriendo siempre.

No hay que afligirse, pues ahora la cuestion se reduce para nosotros á prepararnos á la defensa y á la victoria.

Y con su inteligencia clara y su práctica de soldado, trazó el plan que debia darle, segun sus cálculos, los mejores resultados.

Con los hombres que habia llevado de la ciudad y sus veinte fusiles, improvisó una compañía de infantes que colocó del lado de adentro del foso, con órden de recibir á los indios haciéndoles el fuego más rápido y certero que les fuera posible.

La peonada y el resto de la gente que allí se habia refugiado, con don Clemente á la cabeza y organizada en un escuadron de caballería, quedó fuera del foso, armada con sables para los que alcanzaron, y con cuchillos y chuzas el resto.

El señor Osornio calculaba que los indios, si venian y se atrevian á cargar, se pondrian en fuga ante el fuego de fusilería.

Entonces él podria cargarlos con su improvisado escuadron y obtener sobre ellos una victoria fácil y provechosa.

Pero no todo lo que se piensa puede realizarse.

Apénas habia concluido de tomar sus últimas disposiciones y dar á su hijo el mando de la infantería, cuando se presentaron las avanzadas de los indios, lanzando su terrible alarido de muerte y esterminio.

Los campos de Osornio eran los más poblados de hacienda, y sobre ellos se dirigia la invasion con preferencia.

El que combate por primera vez, en una invasion de indios, no puede dominar, por bravo que sea, una impresion de temor y de desagrado.

Aquellos rostros ávidos de sangre y de saqueo;

Aquellas inmensas bocas, abiertas de una manera espantosa y dejando ver sus dientes caninos y blanquísimos;

Aquellas largas chuzas, blandidas por hombres atléticos, y aquellos ojos pequeños y pinchantes, contribuyen á aumentar esa primera impresion, que la borra en seguida el ardor de la lucha.

Al ver tanta gente reunida, las avanzadas de los salvajes se detuvieron á una distancia respetable, esperando la incorporacion de las reservas.

Una vez reunidos todos, y á la caida de la tarde, trajeron sobre la poblacion una carga moderada y bien calculada.

La infantería los recibió con un fuego tan vivo como podia hacerse con aquellas armas, causándoles dos ó tres bajas.

Como don Clemente lo habia calculado, los indios dieron la espalda, y se retiraron segun su táctica, desparramándose para presentar ménos blanco.

—Animo y á la carga! gritó entonces el señor de Osornio á su improvisada tropa, y se lanzó como un torbellino sobre los fugitivos, que empezaron á ser acuchillados por la espalda.

Pero como el enemigo se desparramaba en diversas direcciones, los soldados de Osornio se desparramaron tambien, entusiasmados en la persecucion.

Y esto fué su error fatal.

Viendo los indios que no eran molestados por las armas de fuego, y la inferioridad del enemigo que los perseguia, empezaron á rehacerse con la rapidez que les es característica, y á agredir á aquella tropa bizoña, que habia perdido su formacion.

Entonces se cambiaron los papeles.

Los perseguidos se convirtieron en perseguidores y empezó entonces una verdadera carnicería.

Lopez de Osornio comprendió en el acto su error, y organizó una retirada en cuadro, que le ofrecia probabilidades de salvacion.

Protegido inmediatamente por los infantes, que guiados por su hijo lo habian seguido, pudo reunir detrás del foso y salvarla, una tercera parte de su tropa.

Las dos restantes habian sido lanceadas por los indios. con toda saña y ferocidad.

Envalentonados con esta victoria, los indios avanzaron en semicírculo hácia el foso, que rodearon á una distancia donde las balas no pudieran ofenderlos.

Entre tanto la chusma y las medias lanzas, que vienen con ese objeto, empezaron á arrear las numerosas haciendas del Rincon de Lopez.

El resto de aquella noche fué terrible para el Sr. de Osornio, cuya accion agresiva se encontraba coartada por la presencia de su amado hijo, cuya vida preciosa veia en un peligro inminente.

Como la inaccion era tambien la muerte, resolvió hacer una nueva salida á la madrugada siguiente, apoyado en su infantería, que conservaba casi intacta.

Mandó á su hijo que no se moviera del foso, y en cuanto apuntó la luz del dia, salió con su tropa, tratando de aprovechar bien los pocos tiros que le quedaban.

La leccion del dia anterior, bien aprovechada, debia servirle de mucho.

Pero su accion vino á ser turbada por la presencia de su hijo, que salió del foso, no pudiendo sufrir la impresion de terrible angustia que le hacia esperimentar el peligro en que se encontraba su noble padre.

Los indios, como el dia anterior, empezaron á retroceder ante el fuego de fusileria, diseminándose á manera de presentar blancos imposibles, por su eterna movilidad.

Pero viendo que el fuego acababa por falta de municiones, comenzaron á animarse, y media hora despues cargaban sobre aquel peloton, de una manera irresistible.

La derrota se pronunció entonces de una manera espantosa.

Los que iban mejor montados huyeron.

El resto, rodeando al señor de Osornio y su hijo, vencidos por el espanto de una muerte segura. se retiraron al foso.

De los primeros pudieron salvar algunos que huyeron hácia Chascomús.

Los segundos salvaron el foso, hallando en él por el momento, un sitio seguro.

Aún les quedaba municion suficiente para defender la entrada de los salvajes.

Pero qué esperanza de salvacion podia abrigar aquel pequeño grupo de quince hombres á lo más!

Solo la esperanza de que los indios cansados y viendo que nadie los molestaba, se retiraran con la hacienda.

El resto de aquel dia y la noche que lo siguió, fué de una espectativa desesperante.

Los indios habian rodeado el rancho, y parecian no estar dispuestos á retirarse sin haber rendido y esterminado á sus defensores.

De cuando en cuando, hacian una tentativa de asalto, pero bien pronto retrocedian ante el fuego de los fusiles, que algunas bajas les hacian.

Lopez de Osornio estaba vencido por la más amarga desesperacion.

Hombre de un temple de alma á toda prueba y habituado á desafiar el peligro no tenia por si el menor temor.

La muerte para él era un problema que tenia su resolucion marcada y le era indiferente verla cumplida más ó ménos tarde.

Pero la presencia allí de aquel hijo querido, cuya sangre tal vez viera correr de un momento á otro;

Aquella existencia de tan hermoso porvenir á la que todo sonreía, tronchada por la lanza de un salvaje, eran cosas que helaban la sangre en el corazon de aquel hombre tan bravo.

D. Clemente miraba á su hijo, secaba alguna lágrima que rodaba de sus altivos ojos, y al verlo tan sonriente y sereno en el peligro, sentia escapar su razon á impulsos de aquel martirio moral intolerable.

Tantas fueron las tentativas de los indios, que las municiones comenzaron á escasear de una manera alarmante.

Y el fin de aquel drama horrible empezō á dibujarse con siluetas aterradoras.

Los indios viendo que los sitiados no tenian intencion de rendirse y si de combatir hasta la muerte, recurrieron á su golpe de gracia en estos casos.

Empezaron á atar á las boleadoras mazos de paja seca que incendiaban, y arrojar estos á los techos del rancho y galpones, que no tardaron en tomar fuego.

Este fué el momento más terrible para el Sr. Osornio.

Vencido por la desesperacion más desgarradora, blandió su espada inútil ya, con una espresion terriblemente amenazadora y se prendió de su hijo sobre cuyo rostro volcō, en una mirada imposible de describir todo el amor que por él sentía, y toda la desventura de aquel momento tremendo.

—Qué le hemos de hacer, padre mio,

replicó á aquella mirada el jóven que la habia inspirado.

Creo que no habrá salvacion posible.

El fuego avanzaba con una violencia terrible y permanecer allí era morir carbonizado.

Algunos de los hombres que los acompañaban empezaron á salir del foso, corridos por las llamas, para perecer á manos de los indios, que con salvajes carcajadas contemplaban aquel cuadro desgarrador.

No habia tiempo que perder.

Era preciso elegir entre el fuego ó vender la vida lo más cara que fuera posible, y este último medio fué elegido por ambos.

Este fué el momento más terrible para el espíritu del caballero Lopez de Osornio.

Tomó entre sus manos aristocráticas la hermosa cabeza del hijo querido y la besó en la frente y en la boca con una ansiedad casi maternal.

Era el último beso que le daria sobre la tierra!

En seguida lo puso á su espalda, amarrándolo á su cuerpo con el brazo izquierdo, miéntras en su mano derecha blandía su espada de una manera terrible.

Y así, cubriéndolo con su cuerpo, fué á pasar el foso.

Pero entonces el hijo querido se desprendió de su espalda y avanzó junto con él tomándolo y besando su mano izquierda como última despedida.

—Al lado los dos, padre mio, le dijo sonriéndole como un ángel bueno.

Ya que hemos de morir muramos juntos.

Cuál de los dos podria resistir la vista de la muerte del otro!

Al lado padre mio, yo te amo.

Y avanzó resuelto y tranquilo.

Los indios seguian todas aquellas vacilaciones y amarguras, complacidos hasta el punto de olvidar al resto de los sitiados, á lo que muchos de estos debieron su salvacion.

Reian de una manera infernal, lanzaban sus más agudos gritos de placer y blandian las chuzas con que habian de arrancar aquellas dos vidas.

El Sr. Lopez de Osornio, volvió á mirar á su hijo, como si su razon empezara á estraviarse y avanzó tratando de cubrirlo siempre con su cuerpo.

No habian concluido de salvar el foso, corridos por el insoportable calor del incendio, cuando se encontraron rodeados de indios que, chuza en mano, habian ya echado pié á tierra preparándose á lancear miéntras hubiera carne sana.

El Sr. Lopez de Osornio paseó sobre ellos una mirada como un rayo y trató de nuevo ocultar á su hijo cubriéndolo con su cuerpo.

Los indios, comprendiendo lo que pasaba por aquel hombre, estrecharon el círculo y para mortificarlo más, uno de ellos clavó su chuza en el pecho del noble jóven, que siempre sonriente esperaba su fin, deseando únicamente caer antes que su padre.

Al ver este correr la sangre del hijo, que recibió el lanzaso sin hacer un gesto, lanzó un grito terrible, se precipitó sobre el indio que lo habia herido y antes que este pudiera evitarlo, le pasó su espada por el cuerpo.

Los indios se lanzaron entonces sobre sus víctimas y empezó aquella agonía formidable.

Cada cual se disputaba el derecho de herir primero y todos herian á la vez, haciendo penetrar las lanzas lo ménos posible, para hacer más larga la agonía.

Esta es la manera invariable como el indio mata sus prisioneros.

El señor de Osornio, abandonando su inútil espada, se habia prendido del cuello de otro indio, al que sacudia de una manera frenética.

Su hijo se habia cubierto el rostro con las manos para no verlo morir.

La pérdida de sangre estenuando sus fuerzas, les hizo comprender por fin que el momento supremo habia llegado.

Heridos por el mismo pensamiento, se buscaron con la mirada ya opaca por el soplo de la muerte, y se arrastraron hasta encontrarse.

Entonces se abrazaron, y uniendo sus lábios por el último beso, quedaron así esperando la muerte.

Y esta no tardó en llegar.

Pocos momentos despues los dos rodaban por el suelo, sin vida y hechos pedazos á lanzadas.

Y así permanecieron los dos cadáveres, ligados por aquel último abrazo y aquel sublime beso, hasta que los indios los separaron para practicar la última operacion.

Degollarlos.

De esta manera trájica, terriblemente trájica, murió en compañía de su hijo más querido, el caballero D. Clemente Lopez de Osornio, abuelo materno de don Juan Manuel.

DE RABO DE OJO

DON Juan Manuel Rosas, nació el 30 de Marzo de 1793.

Eran sus padres D. Leon Ortiz de Rosas, caballero muy distinguido, y la noble dama doña Agustina Lopez de Osornio, cuyo padre, D. Clemente, como lo hemos contado en el arterior capítulo, fué muerto, en compañía de su hijo, por una invasion de indios, en su magnífica estancia del *Rincon de Lopez*.

Los padres de D. Juan Manuel, personas pudientes, cuya fortuna era entonces tal vez la más fuerte, habitaban entonces en la casa situada en la calle de Cuyo entre Empedrado y Mendocinos, hoy Florida y Maypú, donde nació D. Juan Manuel, y la que aún conserva la familia de Ezcurra, como propiedad que nunca ha querido enagenar y que conserva toda la fisonomía que tenia en aquella época.

La ciudad de la Trinidad, como más comunmente se le llamaba entonces, presentaba un aspecto bien diferente del que ofrece hoy.

Sus pantanos históricos impedian el tránsito por las principales calles y las ventanas salientes de sus casuchas eran una trampa constante puesta á la vida de los que transitaban de noche y aún de dia, sus calles súcias y llenas de tropiezos.

Si pudiera levantarse de su tumba uno de aquellos Godazos que por tantos años la gobernaron, no creeria por cierto encontrarse en la misma ciudad que habitaron.

Las velas de sebo, que constituian su iluminacion más lujosa, capoteadas por el gas.

Los techos de paja de espadaña correteados por las lujosas azoteas donde pasa hoy la última palabra de la civilizacion, el Pateléfono;

Su brasa de fuego prestada de vecino en vecino desterrada por Della Chá;

Y finalmente sus *bandólas* aplastadas, por las casas de Burgos, Ciudad de Lóndres y Progreso.

Todos estos serian cuentos fantásticos que no tendrian cabida en sus añejos caletres.

Seguirian á Trenquelanquen y Carhué, buscando la ciudad perdida.

Todo era primitivo entonces, y lo fué por muchos años más.

D. Juan Manuel de Rosas se crió en la casa paterna hasta la edad de once años, en que fué puesto á pupilo en el Colegio que regenteaba entonces el Sr. D. Francisco Javier Argerich, colegio que era entonces el principal de la ciudad, y estaba situado en la calle de la Merced, hoy Cangallo, donde está actualmente el edificio del Banco Maná.

En aquellos once años la ciudad habia sufrido y empezaba á sufrir una transformacion lenta, pero sensible.

Habia algunas cuadras empedradas y alumbradas con velas de sebo, lo que era ya un lujo desmedido.

El aspecto de la ciudad entonces, aspecto que conservó muchísimos años más tarde, merece una descripcion más detenida.

Por aquellos tiempos, las que son hoy Plaza de la Victoria y 25 de Mayo, eran entonces plazoletas ó mejor dicho huecos destituidos de todo adorno, á donde llegaban los carreteros que traian los víveres á la ciudad, y se estacionaban allí á hacer el despacho.

En la que es hoy plaza 25 de Mayo, se estacionaban los carreteros que traian verduras, y algunos con pescado.

En la de la Victoria formaban en fila las carretillas de carne y las carretas de fruta y otras provisiones de boca.

Bajo la Recoba, que está tal cual era entonces, los tenderos que la habitaban sacaban allí sus *bandólas*, donde lucian sus mas lujosos objetos, tales como dedales, *cabetes*, collares de cuentas de vidrio, como los que hoy se mandan á los indios amigos y otras cosas por el estilo.

Concurrian á hacerles competencia, simples dueños de bandólas, que permanecian allí todo el dia, levantando campamento así que llegaba la noche.

Tambien se estacionaban las negras vendedoras de mazamorra, arroz con leche y buñuelos con miel.

Entre estas y los carreteros que formaban el *mercado*, se solian armar unas grescas de las que ya no se ven, y que no tenian conclusion más trágica que un cogotazo, ó un par de *chocolatas* afuera.

A la noche quedaba la Recoba desierta, pero convertida en un hueco de basura por los haraganes allí estacionados durante el dia.

Este era el trabajo más sério de aquel *dolce far niente* bautizado de trabajo, pues los pobres mozos de aquellos tendejones, tenian que salir por la mañana, escoba en ristre, á limpiar y barrer la Recoba, para que la volvieran á ensuciar dos horas despues.

La soldadesca del *Fuerte* solia abandonar su posicion de panza arriba en la orilla del foso que lo circundaba, para venir á hacer gasto á las tias de los *muñuelos* y del arroz con leche, no siendo cosa del otro mundo presenciar de cuando en cuando una de *á pié* entre carreteros y soldados.

La Catedral, con su famosa reja de fierro que rodeaba su frente y parte del costado de la calle de San Martin era el *poyo* que ocupaban los desocupados troperos, jugando á los naipes y al *ta, te, tí*.

Los *poyos* del centro de la plaza, eran ocupados por alguno que otro sibarita que se tendian allí á dormir una morruda siesta teniendo por compañero inseparable al pucho que lo dormia detrás de la oreja.

A esa hora la ciudad estaba desierta.

Todos dormian la siesta y por nada de este mundo una persona de las que constituian la gente de copete y aún de medio copete, habria salido á la calle.

La siesta era cosa sagrada entonces.

Ni por un queso, como se dice hoy, la hubieran dejado de dormir, ni aún el mismo esclavo, de quien nos ocuparemos á su tiempo.

Las ventanas de las casas, de las que aún existen algunas muestras todavia, era uno de los inconvenientes más sérios que ofrecia la pequeña ciudad, y decimos pequeña porque lo que entonces la constituia eran unas diez cuadras en todas direcciones.

Aquellas enormes ventanas de semicírculos que se estendian muchas de ellas hasta el cordon de la vereda, alumbradas por la yapa de luz que derramaba el pucho de la vela de baño, eran un precipicio donde más de un incauto se rompió las narices ó un brazo.

El objeto de estas ventanas más apropiadas para cárceles que para casas, no lo conocemos ni nos hemos metido á averiguarlo.

Poco importa tampoco á lo que vamos narrando.

Es inútil decir que aún en las mismas casas de los personajes y magnates de aquel entonces, no se tenia idea de lo que eran empapelados, ó una pintura al fresco, en aquellas habitaciones, cuyos techos parecian enormes burros, de esos que se usan en las caballerizas para colocar las monturas.

Por la tarde las muchachas más divinas salian á la puerta á tomar su mate, y era lo más natural de este mundo ver llegar algun inocente que hoy se llamaria campeador de fruta pintona, acercarse y entablar el diálogo más inofensivo.

Más tarde no era cosa de asombrarse ver á un buen criollo. alegre y jugueton, de la juventud más distinguida, acercar su flete á la vereda, y recibir en las ancas á la niña, con quien se iba á dar vuelta á la manzana.

Oh! tiempos felices é inocentes!

Siquiera volvieran otra vez.

Entonces la vecina no *cuereaba* á la vecina y el amigo no vendia al amigo para quitarle el empleo ó reemplazarlo en el corazon de una bella.

Los coches y demas novedades de lujo, eran desconocidos.

La familia de Rosas fué la primera que ató caballos á su carruaje, tirados antes por mulas.

Todo el mundo andaba á caballo, desde el elegante que salia á pasear mañana y tarde, hasta el mendigo. que segun hemos oido decir á personas de ese tiempo. pedian limosna á caballo.

No hace mucho que por consignar esto mismo, fué condenado á la más aguda rechifla, por uno de nuestros diarios que no es de los peor escritos, un bellísimo artículo ó fragmento de un libro publicado en Francia y cuyo título sentimos no recordar.

Qué diferencia de hoy dia, en que por un caballo los señores Baltar y Quesada han obtenido precios que han subido á 75,000 pesos!

Que vida patriarcal se hacia en esos tiempos!

Uno de los espectáculos más curiosos de la época, era tambien la cárcel, cuyos habitantes estaban en contacto con el público á quien pedian un cigarro ó un ochavito para comprar chicha.

Es verdad que entonces el público era todo llano y sin ínfulas.

No habia *High-life*, ni siquiera quien se diera un corte zafau disfrazándose de persona importante.

La calle Florida, era la humilde calle del Empedrado y todos se trataban con la mayor confianza y usando de esa franqueza hidalga y sin doblez que tanto caracteriza á la caballeresca raza española.

Cada uno valia lo que valia y no se ocupaba del prójimo sino para prestarle algun servicio ó proporcionarle algun momento agradable.

Todas las muchachas tocaban la guitarra, á cuyos dulces y lánguidos acordes cantaban tiernísimas canciones. cuya sencillez nos haria sonrojar hoy, pensando que hacíamos el *papel del pavo.*

Que muchacha se atreveria á cantar hoy delante de uno ó más mozos la cancion del Pastorcito—ó aquella de

Soldadito que vas á la guerra
con mochila, fusil y tambor
siéntate fumarás un cigarro
miéntras duerme y descansa tu amor.

Hoy las muchachas más lindas cantan el ária del *Fausto* ó la plegaria del *Baile de máscaras* ó el delirio de *Lucía*, aunque tengan una voz de vizcacha jubilada ó de raton acorralado, ó de enamorado gato. Y levanten mil maldiciones en cada habitante de la vecindad.

Pero entonces eran tiempos más inocentes y más sencillos.

Las niñas no usaban más peinado que dos trenzas á la espalda, que remataban en un moñito de cinta de color y ves-

tian con un gusto y elegancia primaveral.

Y juro á Dios, que las mujeres debian ser más hermosas con aquel traje sencillo y elegante!

Pero *no toquemos á la reina* y sigamos en nuestra descripcion de rabo de ojo.

Tres ó cuatro fondines de donde se hacian llevar las viandas los tenderos y alguno que otro *hombre solo* era todo lo que habia en materia de hoteles.

Entre estos llamó la atencion la fonda de la Catalana, cuyo sublime mondongo, segun cuenta Wilde, con su tufo, feroz tufo á fondin, atraia á los gastrónomos de aquella época.

El que no habia comido mondongo del que allí se preparaba, no era un hombre de trueno.

El tradicional y sempiterno *carnero con patatas* era el plato sin el cual no habia comida completa.

Algunos fonderos se permitieron más tarde servir, además de este plato inmortal, una variante que llamaban *guiso de patatas con carnero* que no era otra cosa que el mismo fraile con las mismas alforjas.

Los que han sido practicantes del Hospital General de Hombres y han comido en los bodegones de sus alrededores, son los únicos que pueden tener una idea de lo que era un fondin de aquellos tiempos.

Los platos se lavaban muchas veces con saliva, perdónesenos la groseria en honor de la verdad, y se repasaban con *la rodilla de Mariquita que pone más mugre que quita* segun el proverbio español, que llaman *rodilla de Mariquita* á los trapos de repasar.

Lo que es en barberias, no estábamos mucho más adelantados que digamos.

Las navajas se asentaban sobre los callos de la mano del barbero, que era sangrador y muchas veces comadron tambien.

El maestro afeitaba colgándose de la punta de la nariz del cliente que iba á quitarse el bigote, y le metia los dedos en la boca para bajar la patilla.

Nadie se preocupaba de si se habia ó no lavado las manos.

La única diversion que se conocia en aquellos tiempos era la plaza de toros, construida en la que hoy es plaza General San Martin y de capacidad para unos 8 mil espectadores.

Las noches se pasaban alegremente en reuniones familiares, ya jugando á las prendas ó al chaquete, que conserva aún sus amantes incorruptibles.

En los *Miércoles* entretenidísimos del señor Almeira, nunca falta una partida de chaquete, cuyo héroe invencible es casi siempre el general Mayer.

En aquellas reuniones francas y cordiales, se servia mate á discrecion, siempre por la mulatilla protejida de la señora.

Las muchachas hablaban á su sabor con sus novios y á las doce en punto de la noche cada tertuliano se retiraba á su casa, poniendo sus cinco sentidos para no romperse el bautismo en las famosas ventanas que ya hemos descripto.

Solo en las grandes ocasiones, como ser el santo de la dueña de casa ó algo análogo, se bailaba hasta la una y se servia chocolate.

Los sacerdotes que entonces era gente de más respeto y de mejor conducta, asistian á estas reuniones íntimas, ya como amigos ó como parientes de la familia.

No se conocia el tipo del clérigo estrangero que más tarde se apoderó de nuestra campaña, poniendo en sério peligro el respeto de la religion *apostólica Romana.*

Entonces los sacerdotes se llamaban D. Valentin Gomez y solo se ocupaban de honrar el hábito que vestian.

El clero está muy diferente hoy dia!

Es verdad que aún existen modelos como los venerables Sres. O'Gorman y Mota, pero estos son simples *rara avis* en los actuales tiempos.

Entonces no se hubiera leido en los libros de policía el nombre de un sacerdote.

Los gobiernos, generalmente, solo se ocupaban en gobernar de la mejor manera que podian.

No habia impuestos, no habia patentes y cada ciudadano era libre de hacer de su capa un sayo y vender á su prójimo lo que era de su propiedad, sin andar pidiéndole licencia á nadie ni pagando una sisa al gobierno.

Pero dejemos esto á un lado, que la política no tiene nada que hacer con nosotros.

Los propagadores de *la riga manana* y de las *pavía é figue modorita* no habian venido todavia.

No existian más negociantes callejeros que los criollos que vendian su mazamorra la más cocida, al compás de su silbido característico y los *duraznos blancos y amarillos como la cabeza de mi potrillo*, que alcanzaron todavía á unos veinte años atrás.

Esas cosas eminentemente criollas, como los aceituneros y las morenas que se estacionaban con su tipa en las esquinas, se han perdido para siempre, desgraciadamente.

La riga manana y *larranca dulche* los han corrida y aplastado.

Solo quedan como monumentos históricos el popular *tá tapau* y el único mazamorrero, que tiene su guarida en la chacra del patriota D. Matias Ramos Mejía.

Son reliquias de una época que no volverá más.

Los candombes, típicos é inalterables en su forma, que últimamente habian sentado sus reales por la capilla de Bola de Oro y barrios del Sur, han desaparecido tambien, ahogados por los peringundines y academias de que fué fundador el célebre Salas, en épocas más modernas.

Las casas aunque edificadas en barro y con ladrillo crudo, eran espaciosas y ventiladas.

Qué casa no tenia un fondo completo y su magnífica huerta de treinta ó cuarenta varas?

Ya no se encuentra en el centro, ni para remedio, una de estas casas.

Todas han sido reemplazadas por conventillos de cien ó más piezas, que dejan á sus dueños una renta pingüe.

Dada esta idea de lo que era entonces nuestra ciudad, aunque solo de rabo de ojo, volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.

LA FAMILIA PATERNA

ANTES de seguir adelante conviene que demos ciertos antecedentes y detalles sobre la familia paterna de Rosas, cuya nobleza era tal vez más antigua que la de Lopez de Osornio, de quien ya nos ocupamos.

D. Leon, era el hijo primojénito del noble español D. Domingo Ortiz de Rosas, mariscal de campo de los ejércitos españoles, recibiendo más tarde de su rey, como premio á sus importantes servicios, el título de Conde de Poblaciones.

Igual título al de sus antepasados, los nobles condes de Normandia.

El bisabuelo de Rosas, vino á Buenos Aires como su Gobernador.

Como era costumbre con la nobleza de entonces, apénas nació D. Leon, el señor Ortiz de Rosas dió parte á su Rey de tan feliz suceso, anunciándole que tenia una espada más para la defensa de su trono.

Y el monarca envió entonces, para el recien nacido y como una distincion especial, los cordones de cadete.

D. Leon Ortiz de Rosas fué educado con arreglo al rango que debia ocupar y en toda la rigidez de aquella nobleza intransigente con todo lo que no eran las más severas nociones del honor, de aquel viejo honor y fiereza española que

fueron el asombro de cinco siglos enteros.

Por conveniencias de familia y porque D. Domingo tenia la preocupacion de que habia de vivir muy poco, D. Leon Ortiz de Rosas se casó muy jóven.

Puede decirse que cuando apénas salia de la infancia.

Y como ya lo saben nuestros lectores, fué su fiel compañera la aristocrática doña Agustina Lopez de Osornio, de cuyo padre hablamos ya detenidamente.

Cuando nació Juan Manuel, D. Leon Ortiz de Rosas era ya teniente de la 5.ª Compañía del 2.º Batallon del Regimiento de Infantería de Plaza.

Por eso á D. Juan Manuel se le bautizó primero militarmente, por el capellan del mismo Regimiento, siendo sus padrinos D. José Echeverria y su esposa D.ª María Francisca Ramos.

D. Leon Ortiz de Rosas siguió en la carrera militar hasta 1808, despues de haber tomado una parte activa, en el carácter de capitan de aquel mismo Regimiento, durante los combates de la invasion inglesa en los años 1806 y 1807.

D. Leon pidió su retiro para ponerse al frente de las estancias que habia heredado su esposa por la trájica muerte del Sr. Lopez de Osornio y su hijo Andrés.

La vida militar de D. Leon, tuvo tambien sus pájinas amargamente dramáticas.

La guerra que se llevaba entonces á los indios era tenaz y sangrienta.

Muchos de aquellos nobles oficiales, como Lopez de Osornio, murieron bajo la chuza de los salvajes.

Veamos el episodio más curioso de la vida militar de D. Leon.

Oficial bravo y ambicioso de grados conquistados con el filo de su espada, apénas tendria quince años cuando don Juan de la Piedra partió con su célebre expedicion á Puerto Deseado, por órden del marqués de Loreto.

En aquel punto existia entonces una colonia que era preciso protejer á toda costa, porque varias veces los indios la habian convertido en el teatro de las más horribles carnicerías.

La expedicion que mandaba Loreto, llevaba órden de arrojar de allí á los salvajes, y hacerlos internar lo más léjos posible.

D. Leon Ortiz de Rosas pidió un puesto en aquella expedicion peligrosa, puesto que le fué concedido en el acto, en atencion á sus nobles condiciones.

La expedicion partió de Buenos Aires perfectamente equipada y con los víveres indispensables para aquella penosa y larga travesía.

Si hoy mismo cuesta lo que cuesta en sacrificios y dinero cada simulacro de expedicion que se hace, nuestros lectores podrán calcular lo que costaba entonces.

Entonces que los Regimientos marchaban con todo denuedo hasta encontrar los indios y batirlos—entonces en que no se conocian los partes de haberse cansado las caballadas, ni se improvisaban todavia héroes del desierto!

Aquella expedicion marchaba hácia su objeto, sin que la arredraran ni la detuvieran las penurias y miserias del camino.

Compuesta de soldados bravos y aguerridos y guiados por oficiales habituados á cumplir las órdenes recibidas, debia llegar al punto indicado, costara lo que costara.

La guerra de los indios necesita oficiales especiales, prácticos en ella y formados en esa escuela.

De otro modo es imposible escapar á los mil peligros á ella inherentes.

Y era esto precisamente lo que faltaba á la expedicion de D. Juan de la Piedra, que iba á maniobrar sobre un enemigo completamente desconocido para ellos en su especialísima manera de combatir.

Asi es que á pesar de todos sus cuidados y de las más severas medidas de se-

guridad, aquella desgraciada expedicion no pudo llegar á Puerto Deseado, deseado verdaderamente para los que la componian.

El cuerpo expedicionario, para reposar de una penosa marcha, hecha bajo un sol abrasador, habia acampado entre unos médanos, al caer la noche, que creian pasar en completa seguridad.

Se distribuyó de la manera más hábil el servicio de imajinarias y avanzadas, y la tropa se entregó al descanso que tanto necesitaba.

Pero de la Piedra habia sido sentido por los indios, que lo bombeaban con su astucia asombrosa, esperando la oportunidad de sorprenderlo y darle un golpe atrevido.

Tres ó cuatro bomberos de los más hábiles, seguian la columna expedicionaria, sin que estos pudieran siquiera sospecharlo.

Detrás de los bomberos, y como unas tres leguas á retaguardia, venia una indiada compuesta de más de cuatrocientas lanzas de las más bravas.

El indio es muy hábil para bombear sin ser sentido al enemigo que quiere destruir.

Se vale para ello de las inmensas matas de cortadera que cubren la pampa, tendiéndose entre la paja, ó escondiéndose bajo la barriga de los caballos, tan diestramente que el gefe más práctico cree ver cruzar una manada de yeguas, cuando en realidad lo que cruza es una punta de indios.

Los bomberos que seguian la espedicion de la Piedra, estaban en inmediato contacto con la indiada que venia á retaguardia, de modo que en el momento preciso, no perderian ni un minuto para dar el golpe.

La noche aquella á que nos referimos, los bomberos comprendieron que la oportunidad tan esperada habia llegado ya.

Viendo que la columna se entregaba al más completo reposo, y estudiados los puntos donde quedaban establecidas las avanzadas, vinieron en busca de la indiada, y prepararon la sorpresa.

La noche era oscura y los médanos que constituian el campamento eran muchos, lo que venia á favorecer á los indios, al reves de lo que de la Piedra habia pensado.

La indiada llegó sigilosamente á tres ó cuatro cuadras del campamento, donde formó en semi-círculo una larga ala de batalla, como cuando forman cerco para bolear.

Recien entonces lanzaron su terrible alarido de guerra y enristrando á dos manos sus largas lanzas, se lanzaron como un torbellino sobre la espedicion entregada al más tranquilo sueño.

El grito de los indios tiene en estos casos su táctica especial.

Ellos saben que al sentirlo, el bruto no habituado á él, se pone en fuga presa del terror más invencible, hasta el estremo de que ni el fuego lo contiene.

El indio cree firmemente que su alarido asusta é impone al cristiano hasta el punto de privarlo en el primer momento de toda accion.

Así su alarido repetido sin descanso, tiene en las sorpresas el doble objeto de hacer disparar las caballadas y aterrar al cristiano dejándolo á pié.

Así, golpeándose la boca y armando una griteria infernal, se lanzaron sobre el campamento, arrollando y cautivando las primeras avanzadas.

Una sorpresa á un campamento, durante las horas de reposo y en medio de la noche, es una cosa tremenda.

Una sorpresa traida por los indios es algo de imponentemente fantástico é indescriptible.

El que duerme despierta bajo el horrible fragor de la gritería y la disparada de los caballos que atropellan, espantados, por todo lo que pueda ser un obstáculo á su carrera.

El enemigo que se siente y no se vé, el

espanto colectivo, la desesperacion de no saber si se dá la muerte al compañero ó al enemigo.

Todo esto agregado á la confusion y turbacion de semejante despertar, contribuye á aumentar el espanto invencible del primer momento, espanto que pasa sí, pero tarde, demasiado tarde para reaccionar y recuperar lo perdido.

Cuando esta clase de sorpresas es hecha sobre un enemigo que no conoce la guerra de los indios, es inevitablemente fatal.

No hay tropa, por brava que sea, que reaccione y la carniceria más horrible tiene forzosamente que seguir á la sorpresa, pues el indio no pierde en estos casos las ventajas obtenidas en el primer momento.

La desgraciada espedicion de la Piedra tocaba esta horrible desventura.

Los soldados despertaron vencidos por la primer impresion de espanto y cuando pudieron darse cuenta de lo que pasaba, era ya tarde para reaccionar, pues la matanza habia empezado y no habia formacion posible en medio del estruendo de los salvajes y la oscuridad de la noche.

Sin embargo, soldados de primer órden y educados en el peligro, resolvieron defender la vida, cada cual por su parte, esperando que la luz del dia cambiaria tal vez la suerte de aquel combate tremendo.

Pero la luz del dia vino á mostrarles solo aquel cuadro de muerte y horror, en toda su espantosa desnudez.

La columna espedicionaria habia sido destruida en su mayor parte.

El campamento estaba cubierto de cadáveres horriblemente mutilados.

Los soldados que quedaban, con sus oficiales á la cabeza, formaron pequeños grupos, con la intencion de emprender una retirada ventajosa.

Pero las municiones eran escasas, las armas de chispas muy lentas en su manejo y los indios muy numerosos.

No habia más esperanza que morir matando, consuelo bien triste por cierto.

El peloton más numeroso era el que habia formado don Leon Ortiz de Rosas, á cuyo frente combatia con una bravura digna de su raza.

Segun su hábito, vestia con sumo esmero y riqueza, así es que su uniforme despertó desde el primer momento la codicia de los salvajes.

Los indios entonces, tan pérfidos y desleales como hoy, sabian tratar la paz con el gobierno, para volverse á alzar cuando habian recibido los regalos que este les daba y volver á reanudar la misma paz que poco volveria á durar.

Estos frecuentes tratos habian tenido por base el cambio de cautivos, los que á veces les habian valido pingües rescates.

Así es que los indios no mataban tanto como hoy.

Cuando veian á algun oficial que por su traje les parecia persona de fortuna, hacian lo posible por tomarlo vivo, para exigir por él un buen rescate en los primeros tratados de paz.

Así es que conforme vió á don Leon, el cacique que mandaba la indiada, gritó:

Aquel cristiano buen rescate—no matando! no matando!

Estos son datos que tienen por orígen la relacion que hacia más tarde el mismo don Leon.

Entonces tanto el cacique como algunos indios que deseaban complacerlo, empezaron á tratar de tomar sin inferirle herida alguna, al lujoso oficial.

El grupo que mandaba don Leon fué atacado con preferencia por los indios, á pesar del fuego de fusileria que les mantenia á una distancia respetable.

Pero las municiones se agotaron como tenia que suceder fatalmente y los indios cargaron entonces con la mayor impunidad.

Los soldados tomaron entonces sus fusiles por los cañones, para servirse de

ellos como mazas, y el combate continuó á fusilazos.

Pero ya llegado este caso, poca resistencia habia que oponer.

Los indios empezaron á arrojarles sus certeras boleadoras y atarles con ellas los brazos al rededor del cuerpo, lanceándolos en seguida con la mayor impunidad y cobardía.

Ya bajo uno de estos seguros tiros de bola, don Leon sintió tambien ligados sus brazos y se vió, con una desesperacion conmovedora, á la completa disposicion de los salvajes.

En el acto fué desarmado y amarrado de manera que no pudiera hacer el menor movimiento.

Don Leon se lamentó entonces el no haberse hecho volar los sesos con el último tiro.

Comprendió que los indios iban á llevarlo cautivo, y el cautiverio entre los salvajes era mil veces peor que la muerte.

Asegurado don Leon y algunos otros oficiales y soldados, los indios se entregaron al despojo de los muertos, y á despenar, degollándolos, á los que aún conservaban un resto de vida.

Aquella operacion fué terrible para don Leon y sus compañeros, que se vieron obligados á presenciarla.

Concluida la carniceria y el saqueo, los indios que sabian no existia otro enemigo que viniera á incomodarlos, se entregaron á celebrar aquella victoria sangrienta, y á reposar durante aquella noche las fatigas de la matanza, curioseando los mil objetos y alhajas del botin que habian hecho.

Algunos que se habian apoderado de botas llenas de vino y otras bebidas, se entretenian en vaciarlas con el placer y ansiedad que se entrega el salvaje á esta operacion on la que ponen toda la potencia de sus sentidos.

Bien amarga fué aquella noche para los pobres paisanos, que vencidos por la fatiga y los sufrimientos morales, cayeron bajo la accion de un sueño agitado y angustioso.

Al dia siguiente los indios emprendieron su marcha á los toldos en medio de la mayor alegria.

Llevaban sus cautivos en los caballos de tiro, con las manos ligadas á la espalda, pues temian que aún sin armas, la desesperacion de verse cautivos les hiciera provocar la muerte.

Y despues de una marcha penosa y continuada, llegaron por fin á los toldos, término de aquella verdadera *via crucis.*

Es preciso conocer de cerca una tolderia de indios, para comprender todo el horror que ella guarda al hombre civilizado.

Los toldos, en su mayor parte con cueros frescos, que pudre el calor del sol cuando no están bien tirantes, despiden unas emanaciones que se sienten muchas veces á cuatro y cinco leguas, segun la fuerza del viento.

Por eso es que el hombre práctico sabe donde se halla una tolderia ántes de haberla visto.

El olor la delata primero.

En el toldo están, en una confusion salvaje, la familia y los haberes del indio.

Entre aquellas cuatro pestíferas paredes de cuero, viven el padre, la madre, el hijo casado, la chusma, los perros y las aves.

Todo esto mezclado con las armas, los arreos, las guascas, pedazos de carne que han sobrado del dia y los huesos de la que han comido.

A la entrada del toldo están las osamentas de los animales que se han carneado durante los meses ó el año que han vivido allí.

Cuando la basura les quita materialmente la entrada, cambian el toldo de sitio y esto es todo.

Esta y no otra es la razon por que las tolderías cambian frecuentemente de campo.

El indio es súcio por naturaleza y por instinto.

No se lava nunca y conserva sin quitárselo jamás, el traje que se ha puesto una vez, hasta que se cae el último pedazo, podrido por la mugre.

Despues de comer, operacion que hace siempre con las manos, se limpia estas en su enorme y gruesa cabellera, llena á su vez de otro género de habitantes.

Su cama la componen los cuatro cueros de su recado, y el par de ponchos pampas que constituyen su riqueza.

Haragan por costumbre y vicio, pasa su vida echado en el suelo hasta que llega la hora del trabajo, que no es otra que la del malon que dan dos ó tres veces al año.

La mujer es la que trabaja.

Ella es la que teje, la que esquila y prepara y tiñe la lana, la que carnea y la que voltea y planta los toldos.

Ella es la que da vuelta las tropillas y cuida las majadas.

Ella es la que monta á caballo para todas las faenas del campo, miéntras el indio está eternamente echado en el suelo, sin más ocupacion que la de comer, dormir y rascarse la cabeza.

Con esta lijera idea de lo que son los toldos, el lector podrá calcular lo que importaria semejante cautiverio para el aristocrático don Leon Ortiz de Rosas.

Un año pasó allí, muriendo de desesperacion y de miseria.

Año de agonía que solo el que lo sufre es capaz de comprenderlo.

En un miserable estado de desnudez, pues habia sido despojado de todas sus prendas de ropa, el cacique cuya propiedad era, se servia de él como del más miserable peon.

La mujer de este, cruel y feroz como todas las indias y á cuyo servicio habia pasado, segun costumbre, lo trataba de una manera terrible.

Cuando no entendia lo que se le mandaba hacer se lo hacia comprender aquella á palos ó á bolazos.

Cuántas veces intentó suicidarse.

Pero los indios tienen tan famosa vigilancia sobre sus cautivos, que no los pierden de vista un solo instante.

Son vijilados hasta en la hora de dormir, pues siempre hay alguno que les repara el sueño.

Así vivió por espacio de un año aquel jóven desventurado.

Durante este tiempo no le fué posible ni siquiera una sola vez, hablar con sus compañeros de cautiverio, que estaban como él, cada uno en el toldo de su respectivo dueño.

Sus manos, encallecidas por el trabajo y su fisonomía completamente transformada por el sufrimiento y la intemperie, lo habian desfigurado completamente.

Nadie hubiera conocido en él al gallardo y aristocrático Teniente del 2.° Regimiento de infantería.

En los primeros tratados que celebró el gobierno con un cacique cuyo nombre no hemos podido obtener, le fué propuesto el rescate de don Leon Ortiz de Rosas y los compañeros de cautiverio que habian sobrevivido, pues muchos de ellos no pudieron sufrir aquella vida imposible.

Con cuánto júbilo recibió esta noticia el noble don Domingo y su familia!

Ellos que habian llorado tanto tiempo la muerte de aquel sér querido, creían soñar, al ver que vivia y podian traerlo á su lado mediante una miserable cantidad de hacienda.

El último de los caciques,—*amo*,—como ellos llaman al dueño del *cautivo*, fué el célebre *Cuentrel*, conocido entre las tribus con el nombre de *El Cacique Negro*, que lo compró por algunas prendas.

Este, alivió las penas de don Leon en su época de cautiverio.

Lo trató bien y sintió su rescate, despues de 19 meses y 21 dias de cautiverio.

En Agosto de 1840, cuando Rosas acumuló sus fuezas en Santos Lugares, vinieron tambien los *indios amigos*, al

mando de los caciques Nicasio, Catriel Wichal y *Colinau.*

Este último, era hijo de Cuentrel.

En un *parlamento* recordó á Rosas, el cautiverio de su padre jurándole á nombre del suyo, constancia y fidelidad.

Aquellos cinco caciques son bien conocidos hasta nuestros dias.

Todos sabemos como fué muerto Catriel.

El célebre Nicasio tenia orgullo en decir que era hijo de cristiano.

Era la verdad y se hacia llamar don Nicasio Macedo.

Vestia como cristiano.

Hombre de órden, tenia idolatría por su hermano Juan Manuel,—así llamaba á Rosas.

En la batalla de Caseros, pronunciada la derrota, el cacique Nicasio, blandiendo una lujosa lanza, regalo de Rosas, proclamó á sus indios, y á su frente *bandeó* un regimiento de caballería brasilera que interrumpió las dianas que tocaba, desorganizado.

Nicasio cayó muerto con su lanza en ristre gritando: — Viva Rosas!! Mueran los brasileros!!

Cerrados los tratados que poco duraron, los indios recibieron las cabezas de ganado y prendas de plata en que estimaban el rescate y aquellos desgraciados volvieron al seno de sus familias que habian vestido luto por ellos.

Se puede decir que don Leon conservó en su fisonomía las huéllas de su cautiverio hasta 1808, en que hemos dicho que abandonó el servicio y el empleo de administrador de las haciendas de la Corona, que como premio de su cautiverio le dió el Gobierno, para ponerse al frente de los establecimientos de campo que de su señor padre heredó doña Agustina.

Pero don Leon no habia nacido para estanciero y tuvo que entregar los establecimientos á capataces de toda su confianza, volviendo á la ciudad al lado de su naciente familia, y de su esposa á quien profesaba un cariño que rayaba en veneracion.

Doña Agustina Lopez de Osornio era tal vez la más bella dama de su época, belleza que heredó don Juan Manuel, como otras condiciones del carácter de su señora madre.

Era tan notable su belleza, que, cuando fué presentada con su esposo al virey don Pedro Melo de Portugal, que tenia fama de ser uno de los hombres más distinguidos de su época, esclamó sorprendido al verla:

—Tan linda! tan linda... y vestida de fraile.

La picante alusion al traje tenia esta esplicacion tristísima.

Tan impresionada habia quedado la jóven con la trágica muerte de su padre y su hermano, que por muchos años usó el hábito de Mercedes.

Así es que el virey no habia podido retener una esclamacion de lástima, al ver aquella belleza notable sacrificada bajo lo que él llamó un traje de fraile.

El carácter de doña Agustina era fuerte y dominante, lo que, como su belleza, heredó don Juan Manuel.

D. Leon, que la queria de una manera idólatra y que era suave y delicado hasta la exageracion, concluyó por ser completamente dominado por su consorte.

Algo codiciosa hasta ser un poco mísera, en lo que su hijo no se le parecia absolutamente, era la que gobernaba directamente las estancias.

Se puede decir que era á ella á quien los capataces rendian sus más minuciosas cuentas sin por esto pasar sobre don Leon, á quien era la primera en hacer respetar como gefe de hacienda y familia.

Sin embargo de estas condiciones, doña Agustina era sumamente humana y caritativa, hasta el estremo de merecer el nombre de *madre de los pobres.*

Era tan firme de carácter, que jamás se

doblegó ante las exijencias de su hijo Juan Manuel.

Muchas veces desafió sus genialidades y hasta enojos, rehusando romper con sus antiguas relaciones aristocráticas, unitarias despues.

En la época á que nos referimos, la casa de don Leon de Rosas, era el centro de reunion de la mejor sociedad nacional y estranjera.

En ciertos dias del año tenian lugar en su casa bailes y tertulias sumamente concurridas.

Fué la primera familia, como lo hemos dicho en el capítulo anterior, que atō caballos á su carruaje, tirados hasta entonces por mulas.

Ya brillaban en sus salones como otros tantos soles sus hijas mayores, Gregoria y Andrea, y un poco más tarde Mercedes y Agustina.

Creemos que de ellas, las únicas que viven hoy, son la señora Gregoria, que cuenta actualmente 84 años, viuda del patriota don Felipe de Ezcurra y Arguibel, hermano de la célebre doña Encarnacion, y doña Agustina Rosas.

Doña Gregoria Rosas fué la mejor de todas ellas, mereciendo del virtuoso don Valentin Alsina el calificativo de *anciana venerable.*

De los hijos de doña Agustina y don Leon, solo diez vivieron, que fueron don Juan Manuel, doña Gregoria, doña Andrea, que se casó con don Francisco Seguí, don Prudencio, don Gervasio, doña María, casada con Nuño Valdez, doña Manuela con don Enrique Bond, doña Mercedes con don Miguel Rivera, doña Agustina con don Lucio Mansilla, y doña Juana, que creemos se conservó soltera.

Dados estos antecedentes, que prueban la noble ascendencia paterna y materna de don Juan Manuel, continuaremos con nuestra historia, tomando á Rosas desde el colegio, donde empezó á figurar en los combates con los ingleses.

Una de las fiestas que más bulla metió en aquella época, fué la que se celebró con motivo del bautismo del que más tarde fué Restaurador de las leyes y héroe del desierto.

Los padres de Rosas eran personas de lo más noble y distinguido que habia entonces en Buenos Aires.

Sus abuelos, tanto el paterno como el materno, eran personas de gran importancia, como lo hemos demostrado.

Este último sobre todo, D. Clemente Lopez de Osornio, que murió como ya lo hemos consignado, bajo la lanza de los indios, fué un militar pundonoroso y bravo y uno de los hacendados más ricos de Buenos Aires, si es que no era el más rico y más inteligente de todos.

El mismo D. Leon Ortiz de Rosas se habia dedicado á los negocios de campo, comprendiendo que era el verdadero porvenir de estos países, y en ellos habia quintuplicado su ya enorme capital.

El bautismo de Juan Manuel, se hizo pues con todo el lujo de aquella época.

Los grandes salones fueron profusamente iluminados por más de docientas velas de baño, iluminacion lujosísima y fueron invitadas todas las familias de la ciudad.

Hubo arroz con leche, pastel de libra y se sirvió chocolate con una profusion espléndida.

Hasta los esclavos de la familia comieron aquel dia *hasta tocarse con el dedo.*

D.ª Agustina hacia los honores de la casa conservando á su lado á la venerable negra esclava en cuyo regazo dormia aquel niño que fué tan terrible despues.

Y se mostraba orgullosa recibiendo como la cosa más merecida, los elogios que se le hacian del recien bautizado.

Y es fama que Rosas, desde sus primeros dias, fué una criatura para quien la naturaleza fué tàn pródiga en belleza física como escasa en sentimientos nobles para aquel espíritu sombrío.

La fiesta de este bautismo quedó gra-

bada en la memoria de la gente de aquella época, como un acontecimiento, de tal manera, que más de una viejita lo recordará todavía.

El chiquilin Juan Manuel fué desde entonces el ídolo de aquella casa.

Sus nobles padres cifraron en él todas sus esperanzas, prometiéndose dotar á la sociedad de un ciudadano eminente que perpetuara su apellido ileso hasta entonces, por el camino de la virtud y el honor.

Y el chiquillo fué mimado de una manera que indudablemente vino á desarrollar sus naturales instintos de ferocidad y dominacion.

Qué esclavo se hubiera atrevido á contrariar ni con la intencion el más velado pensamiento del amito?

Hubiera sido esto un crímen imperdonable.

Así se crió desde su edad más tierna habituado á imponer su voluntad á cuanta persona lo rodeaba.

El noble y altivo D. Leon, solia contrariar esta voluntad que desde tan temprano se mostraba, temiendo sin duda las fatales consecuencias de tolerarla.

Pero la señora D.ª Agustina miraba en aquel hijo la luz de sus ojos, y este se aprovechó de este cariño idólatra para ver satisfechos todos sus deseos y caprichos contrariados por el padre.

A la edad de once años, Juan Manuel era un precioso muchacho á quien era preciso pensar en educar y correjir de una manera severa.

Para correjir un mal rasgo de insubordinacion filial, y á consecuencia de una travesura que hizo á un vecino, D.ª Agustina tuvo que ahogar por un momento sus sentimientos de madre, y como castigo lo encerró en su propio cuarto.

Exasperado el niño con aquel castigo, primero que recibia de su madre, empezó por hacer pedazos cuanto mueble habia en el cuarto.

Impuesto D. Leon de lo que pasaba, se armó de toda su energía, y declaró que aunque reventára, no le abriria la puerta hasta el siguiente dia.

Cuando Juan Manuel supo esto, dejó escapar toda la ira de su carácter voluntarioso y valiéndose de los pedazos que habia arrancado de los muebles, desenladrilló todo el piso del cuarto.

Acomodados los ladrillos en dos grandes pilones, se sentó en uno de ellos, y con el otro empezó á hacer tal fuego graneado contra la puerta del cuarto, que no solo los habitantes de su casa sinó los de la vecindad se pusieron en séria alarma.

D. Leon se mostró inflexible, y declaró que no abria la puerta por nada de este mundo.

Pero empezaron á llegar los vecinos y á empeñarse por la libertad del jóven, en tales términos que fué preciso ceder y abrirle la puerta, cuando esta empezaba á saltar en pedazos, cediendo á su vez ante aquella terrible descarga de adobazos.

El aspecto de Juan Manuel era realmente tan terrible, que el buen D. Leon se alarmó sériamente.

Sus hermosos ojos azules habian tomado esa espresion acerada, peculiar á la raza felina, hallándose el resto de sus facciones bellísimas, alterado por la ira y el despecho.

Sobre sus párpados y rodando hácia los pómulos se veian brillar dos lágrimas que arrancó la desesperacion de la impotencia, y la amenaza más sombría bañaba su rostro de ángel malo.

D. Leon quedó aterrado.

Comprendió que si aquel carácter no era doblegado rápidamente, aquel hijo iba á ser la causa de sus dias más amargos y decidió acudir al mal con un remedio enérgico.

En la pieza donde Juan Manuel habia sido encerrado, no quedaba el mueble más insignificante, que no estuviera hecho pedazos.

Su misma ropa se hallaba hecha girones pequeños.

Y ya lo hemos dicho, no teniendo más que romper, habia desenladrillado el piso del cuarto.

Los esclavos lloraban en grupos, pues tenian idolatría por el amito, y creian que todo lo hecho le iria á valer un castigo formidable.

Pero Juan Manuel parecia desafiar todo peligro, con su mirada varonil, y preocuparse muy poco de lo que pudiera sucederle.

Aquella misma noche tuvo lugar entre D. Leon y D.ª Agustina una séria conferencia.

D. Leon habia encontrado un buen medio de correjir aquel carácter que se revelaba de una manera tan alarmante.

Y este medio era el de ponerlo á pupilo en el colegio de D. Francisco Javier Argerich, no solo por las garantías que ofrecia este establecimiento, como comodidad y respeto, cuanto por estar reputado entonces el mejor que existia.

Y en efecto, fué allí donde se educaron todos los jóvenes que más tarde figuraron en la política y en los escasos ramos del comercio que empezaba á formarse.

Pero la dificultad estaba en arrancar el consentimiento maternal.

Doña Agustina estaba contenta en que Juan Manuel fuera al colegio hasta medio pupilo.

Pero separarse de él tan bruscamente y por largo tiempo, era cosa en que no podia consentir, á pesar de las juiciosas y prudentes observaciones de D. Leon.

Agotado todo recurso de convencimiento, y viendo que no habia una razon capaz de arrancar á su esposa el sí deseado, D. Leon tuvo que recurrir á toda su autoridad de gefe de familia.

—Siento mucho contrariar tu cariño, siento mucho contrariar por primer vez de mi vida un deseo tuyo, pero es preciso que Juan Manuel vaya á pupilo al colegio, é irá. Dijo D. Leon revistiéndose de toda su gravedad.

Es necesario para su porvenir y tal vez para su presente.

Resígnate pues á esta separacion momentánea en provecho del hijo que tanto amamos, y no se hable más del asunto.

Entonces la autoridad del gefe de una familia era acatada con resignacion, por que era inapelable.

El respeto al marido y al padre era un hecho positivo.

La esposa como el hijo no discutian la voluntad del gefe de la familia.

La obediencia no permitia la menor réplica.

Asi D.ª Agustina, á pesar del imperio que tenia sobre su esposo, se resignó mansamente á lo determinado por don Leon y quedó decidido que Juan Manuel iria á pupilo al colegio de Argerich.

Cuando este conoció por boca de doña Agustina la determinacion de su padre ni se inmutó siquiera.

—Bueno, dijo, poco me importa vivir en una parte que en otra.

Iré al colegio de Argerich ó á cualquier otro, me es indiferente.

—Pero hijo mio, decia la buena señora, que vá á ser de tí, privado de mis cuidados y mis atenciones!

Fíjate que no vás á verme sinó una ó dos veces al mes.

—No se aflija por eso mamita, replicaba cariñosamente, que ya estoy yo en edad de mirar por mí.

No por eso ha de dejar usted de quererme ni mi amor por usted ha de sufrir la menor variante.

En el colegio no he de pasar una eternidad.

Los estudios han de concluir pronto, por que, yo me apuraré á concluirlos y algun dia saldré de allí y podré ser dueño de mi voluntad.

Entonces no nos separaremos más.

Muchas lágrimas costó á la pobre señora la separacion de su hijo.

Y el mismo D. Leon tuvo sus dias de amargura, pues amando entrañablemente á su consorte, como la amaba, no podia contemplar impasible las silenciosas lágrimas que esta derramaba.

—Ten paciencia, hermosa mia, decíale para consolarla, que yo tambien al obrar así he contrariado mucho mi voluntad.

Pero nuestro hijo tiene un carácter muy fuerte y es preciso dominárselo á toda costa.

Además ya es necesario que empieze á educarse con arreglo al rango que ha de ccupar, y tarde ó temprano se ha de producir esta separacion momentánea, tan provechosa para él.

La Sra. Agustina, por no aflijir más á su esposo, finjió una conformidad que estaba muy léjos de abrigar.

Bajaba su mirada cargada por el pesar, y replicaba siempre.

—Qué le hemos de hacer.

Es preciso y no habrá más remedio que conformarse.

Ocho dias despues de aquel encierro y de aquella conferencia, Juan Manuel acompañado de don Leon, entró al colegio del Sr. Argerich, situado como hemos dicho, donde ha sido el Banco Mauá.

Juan Manuel fué el discípulo más lujoso que iba allí.

Doña Agustina lo habia provisto con profusion de todo lo necesario y aún de lo supérfluo.

Don Leon, por su parte, para suavizar la amargura que en su hijo creía causaria la separacion de la familia, lo habia llenado de obsequios y hasta de dinero.

En el colegio de Argerich se educaban entonces (1805) los hijos de las familias más conocidas y mejor acomodadas de Buenos Aires.

Entre esternos y pupilos que eran los más, habia unos cuarenta discípulos, que variaban entre los doce y los quince años.

Hoy un jóven de quince años es un *hombrecito*, que tiene su cierta ó completa independencia.

Es ya estudiante de derecho ó de medicina, anda en amores y las noches de truenos no son para él cosa de llamar la atencion.

Está empleado cuando la familia no tiene gran fortuna y gana lo suficiente para costear su independencia, que no es otra cosa que el derecho de fumar, andar con amigos y usar llave de la puerta de calle.

Esto es el mayor peligro y el más funesto de todos.

No teniendo á quien dar cuenta del empleo de sus noches, las emplea en entretenimientos perjudiciales y adquiriendo vicios que destruyen más tarde su físico y su moral.

Este es el motivo por el que se suelen ver en nuestra sociedad, jovencitos de quince y diez y seis años, con todo el aspecto de un anciano viejo y corrompido.

En aquel tiempo no sucedia lo mismo.

Un hombrecito de quince y aún de veinte años, era un niño, en toda la acepcion de la palabra, con toda la candidez y la inocencia infantil que se pierde hoy á los siete y los ocho años.

A los treinta años, todavia un mozo ni se quedaba á comer fuera de su casa sin solicitar de su señor padre el permiso competente, operacion que hacia, sobre todo é infaliblemente, para salir de noche no durando la licencia y por consiguiente el paseo, sinó hasta las once, ó cuando mucho hasta las doce de la noche.

No habia ejemplo que un hombre de treinta años se llevara un cigarro á la boca en presencia de su padre y que no le hablara siempre con el respeto más humilde y cariñoso al mismo tiempo.

Hoy un mocito de quince años se consideraria humillado si tuviera que pedir permiso á su padre para ir á correr la tuna en compañia de amigos.

El señor, al dirijirse á su padre se ha

convertido en el tú, y el papá, ó tatita, como se decia entónces, ha sido reemplazado por el nombre propio de éste.

No criticamos esta costumbre que establece una confianza más amistosa entre el padre y el hijo, pero observamos que ella borra poco á poco ese respeto severo que un padre debe inspirar.

Confrontamos las épocas sin querer criticar la presente, que aunque tiene muchas cosas buenas, tiene otras que han envenenado la sociedad y la familia.

Faltar al respeto á su padre!

Quién se habria atrevido en esa época á semejante enormidad!

Y en nuestros dias este es un hecho que, más ó ménos gravemente, se repite conuna frecuencia que entristece y oprime.

El respeto por el padre y por la madre era entonces un hecho ineludible.

Hoy se practica tambien, pero en muchos casos no es más que una mera fórmula.

En este caso, la educacion antigua, era superior á la moderna.

Pero sigamos en nuestra historia, que se aproxima ya á sus épocas más interesantes.

Juan Manuel fué entregado al señor Argerich con todas las formalidades del acto en aquella época.

Su aparicion en el colegio fué sumamente agradable para los que más tarde iban á ser sus compañeros, como para su maestro.

Ya hemos dicho que Rosas era un niño de una belleza notable, belleza que conservó íntegra hasta que su espresion fué endureciéndose, hasta hacerse desagradable.

Hay dos facciones que conservaron siempre su acentuacion típica, sus ojos y su boca.

Sus ojos azules de espresion bondadosísima y su boca delgada y original, pequeña y dura, como si fuera de acero.

La sonrisa de aquella boca típica, fué siempre como una herida.

Parecia que al sonreir supiese que hacia daño y quisiera hacerlo.

Instalado en un cuarto y presentado á sus condiscípulos, don Leon se retiró despues de haberle dado sus consejos más saludables.

Don Francisco estaba prendado del pupilo, pues á más de la belleza y la inteligencia que respiraba toda la cabeza de aquel jóven, era para él una honra tener en su colegio á un hijo del respetable don Leon Ortiz de Rosas.

Fué, pues, en el colegio donde Rosas empezó á sacar las uñas y mostrar todas las tendencias de un terrible carácter.

Pero no apresuremos los sucesos, pues tal vez desde aquí arranca la historia de este hombre escepcional.

UN CARÁCTER

POCOS dias despues de haber entrado al colegio de Argerich, Rosas se habia captado por completo el cariño de maestros y condiscípulos, empezando á descollar entre ellos como el más aventajado.

Su carácter alegre y travieso se manifestaba á cada instante, en mil ocurrencias estudiantiles.

Aquella fisonomía bellíssima empezaba á acentuarse con todo el vigor que conservó hasta sus últimos años.

A sus ojos afluia el brillo de un espíritu noble y bondadoso, espíritu que se dibujaba tambien suavemente en su boca típica, y aristocrática.

—Es necesario aprender pronto, para salir pronto del colegio, se habia dicho una vez que allí quedó solo.

Además es necesario saber, para llegar á donde yo quiero, añadió.

Y se dedicó al estudio con tal constancia y tal firmeza de carácter, que sus progresos llegaron á asombrar al señor Ar-

gerich, que así lo comunicó á su padre.

Al año de entrar al colegio, no solo era el estudiante más aventajado, sinó que habia llegado á hacerse notable por su bellísima letra que llamaba la atencion de cuantos la veían.

A la superioridad de antecedentes de familia, que tenia sobre sus compañeros, se unió la superioridad del tatento y de los conocimientos que iba adquiriendo dia á dia, superioridad que hacia pesar sobre ellos cada vez que hallaba una oportunidad para ello, llegando á dominarlos por completo.

¿Qué travesuras se hacian en el colegio sin que se le consultára préviamente?

Desde las partidas de rayuela hasta las herejías que se hacian con los ratones, como soparlos en aguardiente y prenderles fuego, todo pasaba por su sancion suprema.

Don Leon, en vista de sus adelantos y su aplicacion constante, le daba siempre gruesas sumas de dinero que él partia con sus compañeros más pobretes y necesitados.

Su mayor placer era cuando un compañero entraba á su cuarto y tomaba sin decirle nada lo que necesitaba, ya fuera alguna prenda de vestir, como algun juguete, ó parte del dinero que tenia sobre la mesa.

—Lo que es mio es de todos, decíales con frecuencia y el que necesite algo y no lo tome como si fuera suyo, no es mi amigo ni me estima.

Y en los dias de salida, que tenian lugar dos veces al mes, se le veía lleno de placer facilitar á sus compañeros sus mejores ropas.

Cuando entre dos jóvenes habia uno de esos disgustos frecuentes en los colegios, no descansaba un solo momento hasta no haber arreglado la cuestion y haberlos obligado á *echar* pelillos.

Jamás una de estas cuestiones llegó hasta hacerse saltar la chocolata.

Miéntras no podia arreglar el disgusto no perdia de vista á los antagonistas y llegado este caso supremo, se interponia entre ambos diciendo:

—El que levante primero la mano, me habrá pegado á mi y perderá mi aprecio.

No hay palabra en este mundo que autorize á levantar la mano sobre el enemigo.

Sobre todo golpe está la palabra noble y honrada.

Ván ustedes á sentar algun principio ó á buscar alguna razon con algunos golpes de puño en el semblante?

Ante estas razones y otras análogas los espíritus se calmaban, la razon recobraba su imperio y los que habian ido á la huerta á hacerse saltar la chocolata, se estrechaban la mano cariñosamente y agradecian á Rosas el haberles ahorrado la vergüenza de levantarse la mano.

Los condiscípulos concluyeron así por profesarle una admiracion ciega y un cariño idólatra.

Dos de estos jóvenes llegaron un dia á tener una discusion que degeneró en los insultos más terribles.

—Tu hermana es muy bonita, dijo uno al otro y yo me voy á casar con ella.

A cierta edad esto es un insulto intolerable, así es que aquel á quien aquellas palabras iban dirijidas, se puso lívido y replicó con ademan lleno de desprecio.

—Eres demasiado cobarde y miserable para obtener ese honor.

A esta injuria inusitada y terrible, tenia que sucederse una respuesta más agresiva todavia.

Así, el que la habia vertido levantó su mano y azotó el rostro de su compañero.

Los que presenciaron esta escena mediaron prontamente y pudieron contener á los dos jóvenes, en momentos que se lanzaban uno sobre el otro.

Pero aquello no podia concluir así.

Los dos nombraron sus padrinos y se convino en un duelo que debia tener lugar aquella misma noche, cuando el resto

de los compañeros estuvieran entregados al reposo.

El sitio elegido era la misma huerta del colegio y el arma un par de cortaplumas, únicas de que se disponia.

Los padrinos, alarmados con el resultado funesto que podia tener aquel duelo, no se atrevieron á asumir la responsabilidad sin consultar ántes con Rosas, que estaba ignorante de lo que sucedia.

—Obren como si no me hubieran dicho nada y como si el duelo fuera á efectuarse, respondió Juan Manuel tranquilamente.

Yo les respondo que nada ha de suceder, pues he de arreglarlo todo de una manera satisfactoria.

Los padrinos, descansando en aquella promesa, se retiraron alegremente, llevando las cosas adelante, como si el duelo fuera á efectuarse.

Los adversarios estaban poseidos de tal pasion, que deseaban ardientemente ver llegar el momento de despedazarse á cortaplumazos.

Serian las doce de la noche más ó ménos, cuando el colegio estaba en el mayor silencio.

Hacia dos horas que la luz se habia apagado en todas las habitaciones y todos, ménos los duelistas, se hallaban entregados al reposo.

De pronto se abrieron dos habitaciones, y dos grupos, compuesto cada uno de tres jóvenes, se dirigieron á la huerta silenciosamente.

Allí los padrinos entregaron á cada cual su cortaplumas y se dispusieron á presenciar la lucha, agitados, pues por ninguna parte veian llegar á Juan Manuel.

Se habria dormido acaso olvidando lo que sucedia?

Los rivales, cortaplumas en mano, se miraron un momento, haciendo afluir á los ojos todo el rencor que sentian.

—Me has llamado cobarde y miserable, dijo el uno, y yo voy á demostrarte que no soy ni lo uno ni lo otro.

—Me has azotado el rostro, replicó el otro y yo voy á lavar la afrenta con tu sangre.

—Ménos palabras y al hecho.

—Al hecho, vamos!

Y fueron á lanzarse uno sobre el otro.

Pero en aquel momento salió un bulto de atrás del peral á cuyo lado estaban los combatientes, que se puso entre ellos con los brazos abiertos.

Los jóvenes, creyendo fuera el señor Argerich, que se habia apercibido de lo que pasaba, retrocedieron confundidos.

—Quién habla aquí de sangre, esclamó Juan Manuel, que él era, mirando á los dos rivales.

Y su hermosa cabeza bañada por la luz de la luna, habia adquirido una espresion de magestuosa nobleza.

—Quién habla aquí de sangre? volvió á preguntar.

Quién quiere hacerse acreedor al terrible calificativo de Cain?

—Me ha llamado cobarde! dijo el uno, huyendo el rostro de la mirada de Rosas.

—Me ha dado una bofetada! replicó el otro y es preciso pelear para borrarla.

—Mentira! esclamó Juan Manuel.

Aún matándolo no destruirás el hecho, como matándote no destruirá él tu cargo.

Cuál ha sido el orígen de esta pendencia?

Como los adversarios calláran ante esta pregunta, los padrinos se vieron obligados á satisfacerla.

—Poder de Dios! esclamó Juan Manuel, entre severo y risueño.

Y vale esto la pena de tanto aparato? Si tu hermana es hermosa, en nada te ha ofendido, si no es, todo no pasa de una broma de mal gusto.

—Pero me ha dado un bofeton!

—Eso es más grave, pero te vá por ello á pedir perdon, valiendo esto más que un cortaplumazo.

—Yo no pido perdon por que me ha llamado cobarde.

—Y cobarde serás si no lo pides, dijo entonces Juan Manuel severamente.

Pídelo porque has hecho una ofensa gratuita, ó sino te bates conmigo.

Dura era la cosa, pues lo pedia Juan Manuel bajo una amenaza más dura todavia: porque ninguno de ellos tendria el coraje de levantar su mano armada sobre el compañero querido.

Ante su mirada firme y su palabra elocuente el amigo cedió y acercándose á su rival le dijo:

—Reconozco que he hecho mal y te pido perdon.

Dame la mano y olvidemos esta locura.

Conmovido el otro jóven estrechó la mano que noblemente se le tendia profundamente afectado.

Porque en el fondo habia un gran cariño y estimacion entre aquellos compañeros, cariño que Rosas supo tocar hábilmente.

—Ahora, dijo este, el que con tanta nobleza reconoce una falta cometida y pide por ella perdon, no es ni un cobarde ni un miserable.

Retira, pues, tú esos dos calificativos que has dado tan sin razon.

Un abrazo fué la respuesta.

Terminado así aquel incidente que pudo tener un desenlace dramático, cada cual se retiró á su cuarto despues de haber estrechado la mano á Juan Manuel.

Al otro dia el lance era tan público en el colegio y llegaba á oidos del señor Argerich que se aterró pensando las consecuencias de ruina que pudo haber tenido para su colegio sin la mediacion de Juan Manuel.

Este hecho le dió tal preponderancia, que se hizo un verdadero caudillo en el colegio.

Hubiera hecho de sus compañeros lo que hubiera querido.

Rosas mostró un lado flaco que no todos comprendian, debilidad que habia hecho nacer la misma admiracion de que era objeto.

Le gustaba que le tributaran elogios, por frívolos que fueran, llegando á envanecerse hasta de ser el mejor jugador de cocos, juego que recien empezaba á entrar en moda.

Aquellos muchachos que no podian corresponder á sus generosidades de otra manera, porque nada tenian, lo hacian tributándole mil elogios y apresurándose á hacerle los servicios más familiares.

Y cuando se sentia tratar del más hermoso, más inteligente y más rico, se le veia sonreir lleno de satisfaccion y pagar aquellas infantiles adulonerias con algun regalo de prendas ó de dinero.

Era este el único defecto que se le conocia.

Adulándolo así, se obtenia de él lo que se queria.

Y así empezó á habituarse á no admitir en nadie, la más insignificante superioridad.

Y esto lo hizo adquirir una altaneria que más tarde fué intolerable.

Su carácter descollaba sobre todo, y además de su firmeza, en una integridad incorruptible y en una hidalguía exajerada.

Las leyes del honor más severo, eran para él cosa ineludible.

Leal y generoso se podia contar sobre su más insignificante promesa, en la seguridad de que no habia razon capaz de hacerle faltar á ella.

A los dos años de estar en el colegio, Rosas habia aprendido cuanto el señor Argerich podia enseñar.

Es cierto que las materias de estudio eran entonces más sencillas de lo que son ahora.

Si hubieran sido más completas y aquella inteligencia poderosa se hubiera nutrido con arreglo á sus facultades, Rosas habria marchado por otras sendas, dejándonos tal vez más grata memoria.

Más tarde se le notó una inmensa aspi-

racion de saber, hasta el estremo de vérsele con frecuencia, aún en las primeras épocas de su encumbramiento, agoviado sobre los libros que él creia podrian enseñarle algo.

El señor Argerich le previno un dia, que iba á hablar con su padre, pues ya no tenia nada que enseñarle y se le hacia un cargo de conciencia estar recibiendo el precio de una educacion que habia terminado.

No importa le dijo Juan Manuel.

Espere un poco más, hasta fin del año (1807), pues yo quiero perfeccionarme todavia y comprendo que necesito aún de sus consejos.

Durante el tiempo que estuvo en el colegio, iba á su casa todos los domingos, donde permanecia hasta el lúnes.

Allí se mostraba sério, y retirado de todos aquellos juguetes y diversiones consiguientes á su corta edad.

—Juan Manuel es ya un hombre completo, decia den Leon á su esposa al observar á su hijo.

—Gracias á Dios que tendremos un hijo de provecho á quien poner al frente de nuestros establecimientos.

A la noche, en vez de entregarse al reposo ó atender las entretenidas partidas de prendas que se armaban entre las niñas que iban de visita, se le veia al lado de su padre atendiendo con rara atencion las discusiones sobre política que tenian lugar entre su padre y sus amigos.

El seguia con un interés creciente aquellas largas conversaciones, como si arrastraran su espíritu con un encanto misterioso.

Y alguna que otra vez solia hacer preguntas que dejaban pasmados al buen don Leon y sus amigos.

Y cuando su padre le preguntaba sobre la carrera que desearia tomar, respondia que su bello ideal era ser estanciero para ver crecer los capitales bajo la influencia de su dedicacion y constancia.

Y don Leon se llenaba de satisfaccion, porque el deseo del jóven estaba de perfecto acuerdo con su pensamiento.

Cuando de las estancias venian los capataces ó algunos peones, el jóven Juan Manuel no se apartaba de ellos haciéndose dar ideas sobre trabajos de campo, é imponiéndose del género de vida que en éste se llevaba.

Y los capataces como los peones tenian locura por el hermoso jóven, estremeciéndose de alegria á la idea de que algun dia pudiera ir á hacer cabeza en las estancias.

Porque el jóven los trataba con una cordialidad fraternal, tratándolos como á amigos más que como peones, pues los obligaba á sentarse á su lado, hablándoles con un lenguaje familiar y cariñoso, á que no estaban habituados.

Conocida es la rigidez con que los señores de aquella época trataban á sus sirvientes y peones, esclavos en su mayor parte.

Todos los veranos, los más viejos capataces por halagar al padre y como prueba del cariño que tenian al patroncito, le traian algun petizo domado para él espresamente, y lleno de buenas condiciones.

Cuando entró al colegio, ya no eran petizos sino caballos, tan bien domados y elegidos, que los caballos del jóven Juan Manuel eran siempre los más espléndidos que paseaban las calles de Buenos Aires.

Cuando venia alguno de estos presentes, don Leon daba permiso al jóven para pasear, siempre acompañado del capataz que lo habia traido.

Y Juan Manuel, que era ya más ginete de lo que su padre pensaba, se lanzaba en su briosa cabalgadura, con tal impetuosidad, que su acompañante tenia que hacer grandes esfuerzos para no perderlo de vista.

El patroncito recompensaba siempre el obsequio, regalándoles á su vez ya un puñal de lujosa empuñadura, ya un poncho bordado ó alguna otra prenda análoga.

Y don Leon jamás se oponia á que el peon ó capataz recibiera estos regalos, pues le gustaba que su hijo fuera rumboso, y queria que los empleados de sus estancias le fueran tomando cariño.

Llegó un momento en que al honrado señor Argerich se le hizo un cargo de conciencia retener al jóven Rosas en el colegio, pues nada tenia ya que enseñarle, y con este motivo fué á ver á don Leon.

Maravillado quedó éste al oir de boca del señor Argerich que á Juan Manuel no habia ya nada que enseñarle.

—Es una inteligencia privilegiada, le dijo.

Dándole otra clase de estudios, superiores á los que enseño yo mismo, será un hombre que se hará eminente, en cualquier senda de la vida.

Complacidísimo don Leon, fué á visitar á su hijo á quien contó la conversacion que habia tenido con Argerich.

—Para que puedas reposar el tiempo que has consagrado al estudio, continuó, voy á llevarte una temporada á alguna de mis estancias.

Allí te distraerás y descansarás un mes, ó más si quieres.

En seguida volveremos y tú dirás la carrera á que has de dedicarte.

—El señor Argerich es muy escrupuloso, replicó el jóven, y tiene miedo de no merecer el dinero que cobra por mi educacion.

Es por esto que se apresura demasiado.

Yo conozco que no me vendria mal concluir el año á su lado.

Necesito concluir de perfeccionarme en contabilidad, y si usted me lo permite puedo quedarme lo que resta del año.

D. Leon accedió á un pedido tan digno de aplauso, conviniendo en que al fin del año (1807) lo retiraria del colegio.

¿Qué objeto tenia el jóven en postergar así su salida del colegio?

Era aquello realmente un exceso de amor al estudio, ó el pretesto que tomaba para aislarse de su familia unos meses más?

Nos inclinamos á creer lo primero, pues nadie ha sabido jamás que hasta entonces Rosas tuviera el más remoto plan político.

El hecho es que no pudo ver cumplido su deseo, porque los sucesos de aquella época gloriosa, lo obligaron á abandonar el colegio cuando ménos lo pensaba.

Pero qué fué lo que no se conmovió en aquel memorable 1807?

Véamos en el capítulo siguiente la figura que hizo nuestro héroe en aquellos dias de gloria y de duda angustiosa, que son la epopeya de nuestra historia.

LOS DOS GIGANTES

ESTUDIABA reposadamente en su cuarto, con su condiscípulo más querido, cuando se puso de pié como si hubiera sido lanzado violentamente de su silla y miró á su compañero indicándole prestara atencion á algo estraño que pasaba en la ciudad.

El jóven Juan Manuel se hallaba completamente transfigurado.

Sus ojos brillaban como la hoja de una espada y su altiva y pálida frente se hallaba cruzada é iluminada por un pensamiento grandioso.

Así permanecieron un par de minutos, hasta que tomándose ambos de la mano, salieron precipitadamente á la puerta de la calle, para inquirir con certeza lo que pasaba.

He aquí lo que habia lanzado de su sillon al jóven Rosas, haciéndole arrojar el libro de estudio que leia en alta voz.

El gran cañon del fuerte acababa de dejar sentir sus tres poderosos disparos de alarma, miéntras que en la ciudad no se oia otro sonido que la campana del Cabildo tocando arrebato, y la voz metálica de las cornetas que atronaban los aires con el entusiasta toque de generala.

La gente corria en todas direcciones, con el arma al brazo la mayor parte, miéntras las puertas y ventanas sonaban con un estrépito infernal.

Detener á un transeunte para preguntarle lo que sucedia era imposible, y mucho más imposible aún permanecer en aquel estado de incertidumbre.

—Creo para mí que la patria está en un peligro de muerte.

Yo me voy á averiguar lo que sucede.

Hasta la vista, si nos volvemos á ver!

Y sin esperar la respuesta del amigo, se lanzó á la calle en cabeza, con aquel andar de los catorce años.

Rosas tomó la direccion de la plaza de la Victoria, entonces plaza Mayor, como punto donde debia encontrar la version mas positiva de lo que sucedia.

En aquel momento el general Liniers pasaba revista á las tropas que se reunian apresuradamente.

Los momentos no podian ser más solemnes.

Era el inolvidable 28 de Junio, y el Gobierno concluia de recibir la noticia de que un poderoso ejército inglés acababa de desembarcar en la Ensenada.

Las tropas inglesas eran de primer órden y venian mandadas por los más caracterizados gefes de la Gran Bretaña.

Aquel ejército compuesto de la flor de los soldados ingleses, armado y municionado de una manera imponente, venia convencido de que nadie ni nada podria resistirlo.

Su mision única era apoderarse de Buenos Aires, presa que habian tenido que abandonar el año anterior.

Y aquellos soldados, héroes de cien jornadas, creian que con solo formar en batalla harian huir á los defensores.

Al saber esto Rosas, buscó con sus ojos azules, brillantes por el entusiasmo en que ardia su espíritu, al general Liniers y á él se dirigió.

—General, le dijo, general, de poco puedo servirle, pero tendré á alto honor el morir á sus órdenes bajo la bandera de la patria.

Al oir estas palabras, pronunciadas en aquellos momentos por un jóven tan hermoso y atrayente, Liniers se mostró visiblemente conmovido.

—A mi lado entonces jóven, respondió, partiremos al peligro y la gloria.

Acto contínuo se puso en marcha al frente del ejército, en direccion á Barracas, para salir al encuentro de los ingleses, que debian venir á marchas forzadas.

Algunos historiadores han criticado al bravo Liniers su salida al encuentro del ejército invasor, pero creemos que esto es injusto y poco noble.

Liniers, aunque convencido de la inferioridad de sus tropas, creia poder presentar batallas á un enemigo que, aunque más poderoso y dueño de tropas más hábiles, pisaba un terreno desconocido, dejando á sus espaldas un rio que haria dos veces desastrosa su derrota si llegaba á ser vencido.

Pero como nuestra mision no es la de criticar sino la de narrar los sucesos, nos limitaremos á esto último.

El ejército inglés se componia de unos doce mil hombres más ó ménos, miéntras que el de la defensa solo contaba con unos ocho mil hombres mal armados, de los cuales solo unos ochocientos ó mil se podian llamar veteranos.

A los tres dias de la marcha, Liniers, que se habia situado del otro lado del Riachuelo, avistó la vanguardia del ejército invasor, compuesta de unos dos mil hombres, magníficos en apostura y aspecto, á las órdenes del general Gower.

Liniers no vaciló un segundo y tendió su línea ofreciéndole la batalla.

Pero Gower, cuyos planes eran diversos, se corrió sobre su izquierda, despues de amagar un ataque, y buscó la incorporacion de la division que mandaba Grawfurp, con la que siguió hasta los mataderos de Miserere, donde se situaron

ambos, creyéndolo sin duda el punto más estratégico.

Allí fué á buscarlos el temerario Liniers, tendiendo nuevamente su línea y desprendiendo guerrillas en todo su frente.

Los soldados ingleses, modelos de bravura y disciplina, como siempre, estáticos é impasibles, parecian máquinas de guerra movidas de una manera matemática por la palabra enérgica y lacónica de sus gefes.

El combate se empeñó con sin igual bizarria y entusiasmo.

Al fuego de fusileria siguió el cañon y á este las soberbias cargas de nuestra escasa pero espléndida caballeria.

Pero aquel combate sostenido con un enemigo superior bajo todos conceptos, no podia durar mucho.

Las tropas de Buenos Aires, si es que tropas podia llamarse aquel ejército de ciudadanos, empezaron á fatigarse despues de una hora de combate en que no babian podido obtener la menor ventaja.

Una carga á la bayoneta irresistible y brillante que hizo la infanteria inglesa, con esa intrepidez fria y obediente, que nada la detiene, puso fin á la jornada.

Liniers, deshecho, destrozado por aquel enemigo terrible, tuvo que abandonar el campo de batalla dejando muertos, heridos, y algunos soldados y piezas de artillería prisioneras.

Fué su ayudante Rosas el que trajo á la ciudad la noticia de esta desventura, y el parte oficial en que Liniers daba cuenta de ella.

Rosas, montado en un caballo de primer órden, se encontró en un momento envuelto entre las tropas inglesas.

Fué un momento amargo, pero corto.

Dió riendas á su caballo, entre las filas enemigas, y pasó como un relámpago.

Detrás de este empezaron á llegar las tropas derrotadas, que venian á tomar su puesto de honor y de sacrificio en las trincheras de la ciudad.

Esta, entre tanto, bajo la direccion de su Cabildo, se preparaba á la defensa con un entusiasmo indescriptible.

Se improvisaban trincheras con tércios de yerba y hasta las señoras y niñas hacian provision de piedras, muebles y agua caliente, en las azoteas, para recibir al ejército inglés que no debia tardar en llegar.

Organizada así la defensa y dispuestos los defensores á morir cien veces bajo las ruinas de la ciudad ántes que rendirla, el Cabildo mandó decir á Liniers, por su mismo ayudante Rosas, que viniese cuanto ántes á tomar la direccion de la defensa.

Pocas horas despues entraba el bravo Liniers seguido de unos mil hombres y se ponia al frente de las operaciones.

La ciudad, ó mejor dicho el pequeño rádio atrincherado, ofrecia un aspecto soberbio.

En todos los semblantes se veia brillar el entusiasmo más comunicativo y la decision más arrojada.

En todos los balcones y azoteas las damas entusiasmaban á las lejiones, enseñándoles las piedras y los tachos de agua hirviendo con que los ayudarian, y el grito de ¡viva la patria! salia de todas las bocas.

El dia 4 el ejército inglés se reconcentró al Oeste de la ciudad, en número de ocho á nueve mil hombres, y su general mandó intimar á Liniers su inmediata rendicion.

De lo contrario la tomaria por asalto.

La contestacion fué un reto lleno de altivez y de bravura.

—La ciudad no se redirá jamás antes de desaparecer en escombros.

En vista de ello, el general inglés dividió sus fuerzas en tres poderosas columnas de ataque, que se subdividirian despues para penetrar en la ciudad por todas las calles á la vez, y las lanzó al asalto el dia 5 por la mañana.

Con cuánta bravura y denuedo mar-

chaban aquellos soldados atléticos, recibiendo la muerte de todas partes.

Sin cuidarse del que caia, seguian calle adelante, impasibles y soberbios, bajo una lluvia de piedras y agua caliente que arrojaban las señoras, de azoteas y balcones, y á través de la granizada de balas con que los saludaban las trincheras.

Con tropas así, no hay nada imposible.

Bajo aquella lluvia de muerte, ningun soldado dió vuelta el rostro, ni borró de sus lábios la sonrisa de indiferencia que iluminaba el semblante.

Así siguieron á paso de ataque y con el arma á discrecion á través de la muerte, puede decirse y buscando el punto que como reunion se les habia dado: la plaza de la Victoria!

Los primeros efectos de aquel choque formidable, entre tropas igualmente bravas, fué fatal para la defensa, aunque costó á los ingleses pérdidas terribles.

La columna que habia avanzado por el Norte, se habia apoderado de la plaza de Toros, hoy del Retiro, despues de un combate sangriento, en el que tuvo enormes pérdidas.

La guarnicion de aquella fortaleza improvisada, puede decirse, sucumbió hasta el último soldado despues de media hora de combate al arma blanca.

En seguida ocupó el parque vecino con la artillería que contenia y más tarde se apoderó del convento de las Monjas Catalinas.

La columna del Sur habia llegado hasta Santo Domingo, donde se habia atrincherado en número de quinientos hombres, despues de sembrar las calles de cadáveres, hasta el punto de que el bizarro y espléndido regimiento 88, fué esterminado totalmente, no escapando un solo hombre.

Pero en el Oeste de la ciudad, no habian sido tan felices.

La columna que avanzaba hácia San Miguel, recibida por un fuego terrible que hacian los batallones de andaluces y gallegos, tuvo que rendirse á discrecion despues de haber perdido la mitad de sus fuerzas.

La otra que habia avanzado hasta la Merced, dejando muerta en la calle más de la mitad de sus fuerzas, corrió igual suerte.

Los arribeños la rindieron despues de un rudo y sangriento combate al arma blanca.

Alentados los defensores por estos triunfos que eran conocidos por Liniers con suma rapidez, por sus ayudantes que andaban en lo más récio del fuego, entre ellos Rosas, tomaron la ofensiva.

Los patricios y arribeños salieron por el Norte y batieron á los ingleses que avanzaban por ese lado, obligándolos á replegarse á las Catalinas despues de numerosas bajas, tanto en muertos como en prisioneros.

Faltaba desalojar al enemigo de Santo Domingo, desde cuyas torres, donde flameaba el heróico pabellon inglés, barria con sus fuegos la fusilería las azoteas circunvecinas.

Se organizó entonces una poderosa columna de ataque para tomar el convento, cuyas fuerzas dominaban ya las azoteas de la veciudad.

Los patricios y montañeses recibieron órden de cargar á la bayoneta sobre la puerta traviesa, defendida por un destacamento de artillería.

Tan violenta é impetuosa fué esta carga, que muerto el gefe del destacamento, este se replegó al interior del convento.

Los cañones de la fortaleza y el fuego de mosquetería hicieron el resto.

Pocas horas despues, aquella columna compuesta de 1,400 hombres, habiendo muerto el resto, se rendia como las otras, á discrecion y con el general Crawfurd á la cabeza.

« Whitelocke que al ver flamear las « banderas inglesas en las alturas se ha- « bia halagado con el triunfo, trató de

« concurrir al ataque por medio de una « diversion, haciendo avanzar por el cen- « tro una columna de dragones y cara- « bineros compuesta de mil hombres, con « dos cañones lijeros; pero fué rigorosa- « mente rechazada con gran pérdida.

« Mandábala el coronel Kingston que « salió gravemente herido, y al tiempo de « morir dispuso que su cadáver fuera se- « pultado en el cuartel de patricios, *para « dormir el sueño eterno bajo la salva- « guardia de los valientes que lo habian « vencido.*» (1).

Aún se mantenia la fuerza inglesa que ocupaba las posiciones del Retiro y Residencia, compuesta de unos cinco mil hombres, á las órdenes de Whitelocke.

A este se dirijió Liniers, dándole un cuarto de hora para evacuar la plaza, permitiéndole el libre reembarco del resto de su ejército, siempre que evacuara tambien la de Montevideo, que estaba bajo el dominio de fuerzas inglesas.

Estas proposiciones fueron aceptadas, firmadas y más tarde cumplidas.

Inútil nos parece pretender pintar el júbilo á que se entregó Buenos Aires, despues de esta jornada estupenda, que inmortalizaba el nombre de los que en ella tomaron parte.

No hay pluma bastante elocuente para encarnar en el papel el sentimiento de íntimo regocijo á que estaba entregada la poblacion, á cuya gloria imperecedera habian contribuido sus niñas, sus damas y sus ancianos.

Cada episodio, cada hecho heróico corria de boca en boca recibiendo el elogio de todos.

Es que los soldados, tanto de una parte como de otra, habian combatido con una bravura y un denuedo incalculables.

Por esto mismo que el ejército inglés habia combatido como ejército de héroes, es que el triunfo era más latente y glorioso y mayor el entusiasmo del vencedor.

Triunfar de un enemigo inferior cuesta poco trabajo.

Pero vencer á un enemigo aguerrido, superior en todo y dotado de un valor soberbio, era una hazaña verdadera.

Cuántos episodios heróicos no han quedado olvidados!

Siendo nuestro propósito narrar la historia de Rosas y no la del coloniaje, tenemos que ser breves con lo que no se relaciona directamente á ella.

Volvamos, pues, á Juan Manuel Rosas, que se habia hallado, durante los rudos combates, en los sitios de mayor peligro.

EL OFICIAL DE MIGUELETES

CONCLUIDOS los tratados y vuelta la calma á todos los espíritus, la juventud que habia tomado parte en aquellos combates legendarios, empezó á regresar á sus hogares, buscando el reposo de la batalla.

El general Liniers, terminados los negocios que más llamaban su atencion, pudo dedicar algunos momentos en felicitar á los ayudantes que habian hecho mejor figura.

Despues de cumplimentar ardientemente á Juan Manuel Rosas, pasó con él á casa de D. Leon, con quien lo ligaba una amistad estrecha y antigua.

—Aquí vengo á devolverles este gallardo oficial, les dijo, tan bravo como hermoso.

Las armas le ofrecen un porvenir brillante.

Bien encaminado puede llegar á ser un gefe notable, pues se encuentran en él reunidos un valor á toda prueba, y una inteligencia nada vulgar.

Doña Agustina no escuchó estas palabras con el placer de don Leon.

Tenia horror á la carrera de las armas,

(1) Mitre—Historia de Belgrano.

en que tan desgraciados habian sido su padre y su esposo, y á la sola idea de que aquel hijo tan querido fuera á abrazarla, sintió desfallecer su espíritu.

—Es la carrera más noble que un hombre puede adoptar, dijo don Leon.

Si á él le gusta, yo no me opongo.

—Me ofrezco gustoso como padrino de su alta, como lo he sido en su bautismo de fuego, dijo Liniers.

Veo en él una esperanza de nuestro naciente ejército, que tanto necesita de oficiales de su rango!

Cambiados los cumplimientos de órden, Liniers se retiró, volviendo á reiterar sus consejos al jóven Rosas.

Una vez que el general se hubo retirado, don Leon, con lágrimas de júbilo en sus mejillas, abrazó estrechamente á Juan Manuel.

—Al saber que estabas en el sitio de mayor peligro, le dijo, he esperimentado la mayor amargura de mi vida.

Pero esta está compensada con el placer de oprimir sobre mi pecho á un hijo que se ha conducido como un valiente, hasta el punto de merecer una felicitacion de su general, más, cuando este general es un Liniers.

Juan Manuel estaba orgulloso al escuchar estas palabras.

Tenia veneracion por su padre y se sentia profundamente halagado con sus elogios.

Doña Agustina abrazó á su hijo, profundamente conmovida.

—No quiero que seas militar, le dijo.

Nuestra fortuna es bastante grande para que pueda proporcionarte otro porvenir mejor.

Déjate de esas locuras y basta con las lágrimas que ya he derramado.

Juan Manuel guardó silencio un momento, sin duda por no aumentar la amargura de doña Agustina.

Su amor propio, como el de todos los jóvenes, se encontraba halagado vistiendo el uniforme militar de aquella época, sumamente vistoso y sentia algo que lo arrastraba á la carrera de las armas.

Persuadió á la señora que haria lo que ella dispusiera y se alejó con don Leon á contemplar el aspecto que ofrecia la ciudad despues de aquella lucha titánica.

Hacian ya dos dias que los combates habian pasado, y todavia se podian contemplar en la ciudad las fiestas que hacia el pueblo para manifestar su alegria frenética.

Por todas las calles, en muchas de las cuales se veia uno que otro cadáver insepulto, cruzaban grupos de gente del pueblo, cantando y tocando la guitarra.

Las casas estaban acribilladas á balazos, faltando en muchas de ellas enormes pedazos de puertas, de rejas de ventana, que habian sido arrancados, por alguna bala de cañon.

Los sitios donde la lucha habia sido más séria, ofrecian todavia un aspecto fúnebre é imponente.

La Plaza de Toros, era un monton de escombros, en su parte Norte, entre los que no era estraño encontrar uno que otro miembro humano, y más de un cadáver mutilado horriblemente.

Allí se habia luchado al arma blanca, durante mucho tiempo, y ya hemos dicho que la guarnicion habia peleado hasta que el último soldado rindió la vida.

Como muestra de la manera con que habian luchado tanto los defensores de la plaza como los asaltantes, se veia hácia la izquierda un grupo inerte, que conmovia profundamente el espíritu del espectador.

Sobre tres ó cuatro cadáveres de ingleses, se hallaban sentados dos, entrelazados de una manera sangrienta.

Estos dos cadáveres presentaban un aspecto elocuente y sombrio.

El uno, perteneciente á un soldado de la plaza, tenia su mano izquierda sumergida en la rubia cabellera del otro, que era el cadáver de un infante inglés.

En su mano derecha se veia la empu-

ñadura de un cuchillo, cuya hoja se hallaba enterrada en aquel pecho atlético.

El inglés por su parte, oprimia aún el cuello de su enemigo, con una mano que conservaba un aspecto formidable.

Al lado de su mano derecha, estaba un pedazo de bayoneta, que indudablemente le habia pertenecido.

El otro pedazo se podia ver en el costado izquierdo del rival.

Se conocia que aquellos dos hombres habian luchado de una manera desesperada, rivalizando en valor y bravura.

Ninguno de ellos habia querido ceder un ápice del terreno, y habian caido como dos colosos, uno al lado del otro, como si despues de muertos no quisieran concederse la menor supremacia.

Las monjas Catalinas dejaban ver sus elevados muros, donde las balas de mosquete habian hecho un gran estrago.

Pero allí no se habia luchado tanto.

Era Sãnto Dominto, en su átrio, sus naves y sus torres, el que presentaba un aspecto más conmovedor.

Parecia un coloso cubierto de heridas.

En sus torres se veian enterradas hasta la mitad, las balas de cañon que aún se conservan como gloriosas cicatrices de aquella batalla soberbia.

En su átrio como en sus naves, se veian manchas de sangre y pedazos de carne humana arrancados por el plomo ó el puñal.

Por que fué en el asalto, cuando callaron las armas de fuego, que se rindieron los bravos que allí se habian refugiado.

La puerta traviesa de la calle de la Defensa (desde entonces) era donde quedaban los rastros mas sangrientos de aquella lucha desesperada.

Allí se habia peleado no solo á arma blanca, sino á mazasos, pues los mosquetes, inútiles ya para hacer fuego, habian sido convertidos en mazas, por los soldados de la defensa.

La prueba de ello eran las partículas de sesos y pedazos de cráneo que se veian sembrados en todas direcciones.

San Miguel y sus adyacencias, ofrecian tambien un cuadro de muerte, como que era en este punto, donde los asaltantes habian recibido el primer descalabro de aquella jornada que habia empezado de una manera tan violenta para las armas inglesas.

El resto de la ciudad tenia todo el aspecto de lo que habia sido—un campo de batalla.

Los grupos que pasaban cruzando las calles al son de alegres cantos y serenatas de guitarra, se detenian ante las casas de las damas que más destrozos habian hecho entre aquellas columnas que cruzaban las calles á paso de trote y con el arma al brazo.

Y ellas se asomaban á las mismas azoteas de donde dos dias antes habian lanzado la muerte, á sentir aquella música inspirada por el más noble entusiasmo.

Es que aquellas damas habian combatido á la par del más bizarro, pues durante toda la batalla se las habia visto firmes en sus puestos, arrojando piedras y agua caliente, sin que las intimidase el nutrido fuego de mosqueteria que se cruzaba sobre ellas como una granizada, ni las balas de cañon que de cuando en cuando iban á hacer pedazos las puertas, ó á abrir una gran brecha en las añejas paredes de barro y adobe.

Y todos se mostraban este ó aquel sitio, donde habian combatido, refiriéndese alguna de aquellas escenas heróicas pasadas bajo su vista.

Y en todos los rostros se podia ver estereotipado el entusiasmo más tocante y el orgullo más legítimo.

De cuando en cuando se veia cruzar un grupo más numeroso y más conmovedor.

Era un número de milicianos que conducian el cuerpo de algun compañero caido como bueno.

Estos marchaban con la cabeza descubierta y agobiada bajo el peso del dolor.

A este grupo se iban plegando la mayor parte de los que encontraban en la ca-

lle, que acompañaban el cuerpo hasta el seno de la madre tierra.

Las damas que se hallaban en las puertas ó ventanas, se arrodillaban y murmuraban una plegaria por el descanso de aquel que habia dado su sangre á la patria, y que iba á descansar sobre la tierra querida, que supo defender hasta la muerte.

Así se mezclaba frecuentemente el bullicio de la alegre serenata, con el paso lento y triste de aquellos cortejos sencillos pero tan solemnes.

Cuál era el que no ostentaba una prenda del enemigo, aunque no fuera más que un giron de su uniforme?

Porque era realmente un honor inmenso el haber vencido semejantes tropas! tropas que habian paseado la Europa, victoriosas, y que habian puesto su pié conquistador sobre las playas vírgenes de América.

Don Leon y su hijo recorrieron toda la ciudad y se fueron en seguida hasta el *Miserere*, donde nuestra caballeria, á pesar de haber hecho prodigios, tuvo que ceder el campo á aquella infanteria incomparable, cuyas cargas á la bayoneta, eran irresistibles.

Allí los vestigios de la batalla eran más latentes.

No habian tenido tiempo ds recoger los muertos que empezaban á corromperse, escuchándose de cuando en cuando, el lamento tristísimo y quejumbroso, último lamento, que como un suspiro lanzaba el herido que habia quedado confundido con los muertos.

Espíritus nobles y valerosos, don Leon y su hijo, regresaron al hogar impresionados profundamente con el cuadro de tanta miseria y tanto dolor.

Doña Agustina, como todas las principales damas, habia salido á repartir sus socorros entre los muchos hospitales de sangre que se habian improvisado, y donde se atendia con igual solicitud á los heridos de ambas partes.

Es que el enemigo, por otra parte, merecia todas aquellas consideraciones, pues habia combatido con toda la bravura fria de su raza y habia caido sin pedir cuartel.

No se conocia ningun acto de crueldad por parte de los ingleses, ni en la victoria ni en la derrota.

Y se les habia correspondido de igual manera.

Las fiestas con que el pueblo y el Cabildo conmemoraron aquella victoria titánica, durarán casi todo aquel mes.

La ciudad conservó durante mucho tiempo su aspecto de campo de batalla, hasta que poco á poco fueron retocándose sus frentes y reparando el destrozo causado por las armas de fuego.

El general Liniers volvió á visitar á la familia de Rosas, volviendo á hacer los mayores elogios de bravura y condiciones militares del jóven Juan Manuel.

—Este muchacho ha nacido para las armas les decia, y si ustedes le contrarían esas disposiciones, habrán muerto en la cuna un génio militar como he visto pocos.

Liniers influyó en seguida con D. Leon y D.ª Agustina, para que lo mandaran á España, donde podria hacer los estudios necesarios, pero encontró una gran resistencia en D.ª Agustina, y más tarde en el mismo Juan Manuel.

Un dia que D. Leon le pintaba el porvenir más brillante, incitándolo á que fuera á Europa como decia Liniers, Juan Manuel respondió:

—Tal vez sea yo militar, por que la carrera de las armas me arrastra á pesar mio, pero nunca saldré de aquí.

Aquí es donde hay vasto campo para figurar de una manera notable, conociendo el teatro de accion.

No saldria yo de aquí, ni por una corona!

Pensaria entonces D. Juan Manuel que habia de llegar al pináculo del poder en estos paises?

Tendria ya el presentimiento de lo que le esperaba?

Quién sabe! pero parece que aquella resolucion era casual, segun lo que se puede deducir de sus acciones posteriores á aquellos sucesos y del cambio radical que diõ á su sistema de vida.

Por complacer al general Liniers, á quien habia cobrado gran cariño por las pruebas de amistad que recibia de aquel constantemente, se decidiõ á entrar en la carrera de las armas.

Y al año siguiente fué dado de alta en el Regimiento de caballería de Migueletes, de donde fué capitan D. Leon.

Allí entrõ como alférez, aplicándose á la comprension del mecanismo del servicio con tal firmeza de voluntad, que pocos meses despues era en su cuerpo el oficial instructor que más se distinguia.

Y Liniers, cada vez que lo veia, que era con mucha frecuencia, tan marcial y aplicado, repetia su frase invariable.

—Este muchacho será la mejor figura militar de su época.

Lástima que no quiera ir á Europa.

Hijo de familia tan opulenta, siempre su uniforme flamante era de los más ricos, como sus armas, entre las que figuraba una espléndida espada, que fué en otro tiempo el lujo de su noble abuelo el Sr. Lopez de Osornio.

Nuestros lectores pueden figurarse la bulla que haria entre las niñas de entonces aquel vistoso y elegante oficial, cuya belleza física fué siempre notable.

Contaba Juan Manuel sus 16 años, (1809) cuando sus padres trataron de hacerle varios enlaces ventajosísimos para él, pero todos los los rechazó con diferentes pretestos.

—No quiero casarme tan jõven, les decia.

Más tarde no digo que no, pero todavia no quiero enajenar mi libertad.

Y es que Juan Manuel se divertia como ninguno.

Rico, hermoso y gozando de la libertad de un oficial del ejército, la vida pasaba para él de placer en placer.

El dominio que habia ejercido entre sus condiscípulos, se habia renovado en el cuartel.

Sus compañeros de armas le tenian un cariño fraternal, no habiendo para ellos fiesta completa si no estaba presente el alférez Rosas.

Los soldados por su parte le prõfesaban un cariño intenso, atraidos por su bondad y bravura natural, su belleza escepcional y su figura seductora.

Las tres condiciones con las que un oficial conquista por completo el cariño de nuestros soldados.

El alférez Rosas, mediaba siempre en los castigos, obteniendo que estos fueran más suaves y cuando su bolsa se hallaba en buenas condiciones, se le veia enviar al cuartel, prévia vénia de sus superiores, una õ dos pipas de caña para racionar al Regimiento.

Lo que es á su compañía la socorria á cada momento.

El soldado que andaba escaso de tabaco, ó de algun otro vicio de entretenimiento, ya sabia que la mejor proveeduría eran los bolsillos de su alférez.

No necesitándolo, jamás tomaba su sueldo, que repartia cariñosamente entre los soldados que no habian sufrido ningun arresto en el mes.

Por que á pesar de su exajerada bondad con la tropa, era tan rijido en el servicio que no hubiera perdonado la más leve falta.

Si los gefes de cuerpo se hubieran nombrado por votacion, él hubiera sido el gefe del Regimiento, por que sus soldados, además del cariño idólatra, tenian por él un gran respeto por que en todos los terrenos lo habian visto siempre superando al mejor.

Una tarde entraba al cuartel un cabo de su compañía, que era uno de aquellos bebedores incorrejibles, hombre de malos antecedentes en el cuerpo, á quien varias veces habia sido preciso castigar por faltas de insubordinacion.

Aquella tarde el alférez Rosas estaba de servicio en el cuartel, y se hallaba sentado en el cuerpo de guardia.

El cabo Obanzas venia en un estado de embriaguez peligroso, por que conservaba el aplomo natural de su cuerpo atlético, aunque habia perdido la serenidad de la cabeza.

Así es que, como siempre que se hallaba en ese estado, regresaba al cuartel insolente y de mal humor.

Al pasar por delante del soldado que estaba de guardia, le dijo una insolencia que fué escuchada por el alférez Rosas, quien salió á la puerta.

—Es posible cabo Obanzas, le dijo, que cada vez que sales con licencia has de volver en ese estado?

Retírate á la cuadra á dormir.

—Yo soy dueño de hacer lo que quiera, respondió el cabo, y no es usted quien me vá á correjir.

Ante esta insolencia dicha en presencia del piquete de guardia que comandaba, el alférez Rosas se puso lívido, y un relámpago cruzó por sus ojos azules, aquellos terribles ojos azules más tarde.

—Ahora, le dijo, en vez de ir á dormir á la cuadra, preséntate preso al cuerpo de guardia, para que aprendas á ser más respetuoso, aún estando borracho.

—A mí? preguntó el cabo de una manero agresiva.

No es un muñeco quien me vá á mandar preso.

É hizo atrás la piedra derecha, blandiendo en su mano musculosa una enorme navaja sevillana.

Rosas se puso lívido.

El sargento de guardia y algunos soldados se lanzaron sobre Obanzas, viendo ya muerto á su alférez que era una dama por aquel gigante catalan.

Pero Rosas los contuvo con un ademan que no admitia réplica.

—Entrega la navaja al sargento, dijo al cabo, conteniéndose y preséntate preso.

Pero esta vez el cabo Obanzas avanzó sobre el oficial, tirándole una navajada.

El alférez Rosas, que habia sacado su espada al verlo venir, lo recibió con tal cintarazo en la muñeca, que la navaja saltó á tres varas de distancia.

En seguida y con una rapidez asombrosa, acometio al cabo y le diō con la empuñadura de la espada tal golpe en la cabeza, que lo aturdió completamente.

Nadie se hubiera sospechado semejante fuerza en aquellas manos tan aristocráticas y femeniles, si se quiere.

Así es que los soldados quedaron dominados por el asombro que en ellos causó el valor y la fuerza de su oficial.

Rosas tomó en seguida de un brazo al cabo Obanzas, sin que este le opusiera la menor resistencia, ya dominado ó aturdido por el golpe, y lo condujo hasta el cuerpo de guardia donde lo entregó preso, pasando en seguida el parte de ordenanza.

El cabo Obanzas fué sometido á un consejo de guerra.

Se habia sublevado con armas en la mano contra un oficial y la ordenanza española á este respecto, era y es de las más severas.

Obanzas arrepentido y dominado por el valor de su oficial lo nombró su defensor.

Y Rosas hizo una brillante defensa, fundada en que un ébrio, en ningun caso podia ser responsable de las acciones cometidas bajo la influencia del alcohol.

Pero á pesar de aquella defensa que hizo época en la guarnicion, el cabo Obanzás fué condenado á muerte

Rosas puso entonces en juego toda su influencia para salvar la vida de aquel hombre.

Fué á ver al general Liniers despues de haber hablado con todos los gefes de la guarnicion y le pidió el perdon de aquel soldado, con toda la elocuente vehemencia de que era capaz.

La foja de servicios de Obanzas era de

las más brillantes del regimiento y él la presentaba como el mejor apoyo á su pedido.

Los padres por otro lado, y á su pedido, pusieron en juego toda su influencia, de manera que, aunque con mucho trabajo, lograron el perdon del reo.

Pero este no fué completo, pues el cabo perdió la escuadra, pasando á ser simple soldado, hasta que una accion meritoria se la hiciera recobrar.

Desde aquel dia el cabo Obanzas fué para su oficial un modelo de fidelidad y de cariño, hasta el punto de que el agradecimiento pudo en él más que los más crueles castigos—hacerle perder el vicio de la ambriaguez.

—Si quieres que te estime y pagarme el servicio que te he prestado, le dijo Rosas, no bebas más.

Y Obanzas no volvió á beber desde aquel dia,

Cuando estaba franco, no se le veia sino detrás del oficial.

Y fué tan ejemplar su conducta, que un año despues, á pedido del mismo Rosas, recuperaba su escuadra.

Con este hecho y otros análogos, Rosas llegó á dominar su regimiento completamente.

Si hubiera querido, se hubiera sublevado con todos los oficiales, y tal vez con su gefe á la cabeza

El dominio sobre todas aquellas personas que lo han rodeado, fué siempre una condicion especial de aquel hombre estraordinario.

Las horas desocupadas en el servicio, fuera de las que dedicaba á sus paseos y diversiones, las empleaba Rosas en nutrir su inteligencia, leyendo con pasion muchas obras que le facilitaba Liniers, y otras que le hacia traer espresamente deEuropa ; obras militares en su mayor parte.

La milicia no estaba entonces á la altura de lo que es en la actualidad.

Sin embargo, Rosas fué un oficial distinguidísimo, que se elevó á gran altura respecto á sus compañeros de armas.

A pesar de su corta edad, razonaba notablemente, y en los asuntos más graves se le consultaba como al criterio más sólido.

Cuando empezaron los trabajos para la memorable revolucion de 1810, Juan Manuel Rosas fué tocado por sus amigos patriotas, como otros muchos gefes.

Pero desde un principio se mostró adversario de aquel movimiento regenerador.

—El país no está aún preparado para un movimiento tan hondo, decia.

Vendrá el caos con la independencia, todos ván á querer ser gobierno y nos vamos á devorar unos á otros despues de haber agotado todas nuestras fuerzas en la guerra civil.

No es que no me guste este movimiento, agregaba; dentro de diez años más los acompañaré con toda mi alma.

Pero ahora es un disparate.

Van ustedes á precipitar al país á un abismo espantoso.

La guerra civil lo despedezará, para hacerlo caer estenuado y moribundo á las plantas del primer conquistador que venga.

Tal vez salgamos del dominio español para caer en el portugués.

Los patriotas creian que estos no eran más que pretestos y que Rosas hablaba así por que era realista.

Pero lo que el jóven les decia era lo que sentia, como se lo demostró más tarde.

No por esto desmayaron los patriotas.

Por el contrario, trabajaron con más ardor y más fé que nunca en el resultado de aquella empresa gigantesca.

Por aquellos tiempos (1809) tuvieron lugar en el gobierno colonial, cambios que venian á aplazar los planes de revolucion concebidos por Belgrano, cuya silueta empezaba á diseñarse y el comandante D. Cornelio Saavedra.

Acaba de llegar á Montevideo D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, uno de los héreos de Trafalgar, quien venia á reemplazar á Liniers, en calidad de nuevo virey.

Todos los hombres notables de aquella época influenciaron al general Liniers para que se resistiese á entregar el mando, desconociendo el poder español.

Los mismos gefes militares encabezados por Saavedra le ofrecieron su apoyo militar, pero Liniers, fuera por debilidad de carácter ú otras razones, acató las órdenes de que era portador Cisneros, y le contestó que estaba dispuesto á entregarle el mando.

Tal vez si Liniers hubiera seguido el consejo de los patriotas, no hubiera muerto tan trájicamente, fusilado en la cabeza del Tigre, por sus mismos compañeros de causa de 1807.

Conocida la resolucion de Liniers, de entregar el mando al nuevo virey Cisneres, Rosas pidió y obtuvo su baja y separacion, no solo de su Regimiento, sinó del servicio de las armas.

El entrevió una época de sangre, y no quiso tomar parte en las luchas que habian de seguirla.

El partido de la revolucion, aunque sordamente, se levantaba de una manera amenazadora, y el gobierno de Cisneros venia á iniciarse bajo un ódio cuyo orígen era desconocido, ó basado tal vez en la separacion de Liniers, querido por criollos y españoles.

Tal vez no participaba de los ódios políticos de sus amigos y no queria afiliarse á los realistas.

Obtenida su baja, tanto D. Leon como D.ª Agustina, trataron por todos los medios á su alcance de que se fuera á Europa á perfeccionar sus estudios, pero todo fué inútil.

—Para qué me he de ir á Europa si aquí está todo lo que yo amo y ambiciono? les decia.

Si ustedes me arrojan de su lado, yo iré á cumplir su voluntad, pero por la mia, yo no me muevo de aquí.

El campo ofrece un porvenir brillante, como decia mi señor abuelo, me dedicaré á los negocios de campo si ustedes lo consienten, y así evitaré el mezclarme en los acontecimientos políticos que van á sobrevenir.

Tanto D. Leon como D.ª Agustina, vieron en esta idea de Juan Manuel, una idea salvadora, y decidieron mandarle á alguna de sus estancias para que fuera comprendiendo los trabajos de campo y ponerlo más tarde al frente de sus establecimientos.

D. Leon tenia por su parte terror á la política y lo que él deseaba era sustraer de esta á su hijo.

EL NOBLE PAISANO

A fines de 1809, el Sr. D. Leon Ortiz de Rosas, de acuerdo con su esposa, partió acompañado de su hijo Juan Manuel para su estancia de la Atalaya, sinó la más importante la más hermosa de todas.

Allí pensaba dejarlo algun tiempo bajo las órdenes y vijilancia de sus más leales capataces, á quienes encargó le pusieran al corriente del manejo de aquel establecimiento.

Juan Manuel era ya un muchacho de diez y seis años.

Su hermosura habia aumentado con el sedoso bigote rúbio que empezaba á sombrear su lábio y su físico se habia desarrollado de una manera notable.

Era un jóven vigoroso y esbelto que representaba unos cuatro años más de los que tenia.

D. Leon y D.ª Agustina, tenian que compartir los cuidados y desvelos que antes dedicaron esclusivamente á Juan Manuel, con sus otros hijos: Prudencio y Gervasio, y sus mismas niñas que se desarrollaban rápidamente.

Así es que D. Leon no permaneció en la Atalaya, sinó el tiempo necesario para dejar á su hijo convenientemente colocado.

Ya Juan Manuel era conocido por los capataces y peones que con más frecuencia venian al pueblo, y que le tenian un cariño entrañable.

Así es que á la llegada del patron y patroncito, la estancia se convirtió en una verdadera féria.

Se domó, se marcó, se bailó y se tocó la guitarra por alto.

Rosas estaba estasiado ante aquel espectáculo del que no tenia idea, pues jamás habia abrigado la intencion de salir al campo.

Los domadores cautivaron su espíritu desde el primer momento y la guitarra lo entusiasmó de una manera frenética.

—Bueno, señor, le dijo á D. Leon, aquí me quedo y trataré de instruirme lo bastante y prontamente para ponerme á la cabeza de todo.

El campo me gusta de una manera que yo no me lo sospechaba y estoy persuadido que es aquí donde está la fuente de toda riqueza y de todo poder.

D. Leon despues de quince dias de permanencia en la Atalaya, regresó á la ciudad dejándolo al cargo de sus capataces, á quienes tendria que respetar como á él mismo, segun se lo hizo presente.

Rosas se hizo construir un ranchito separado de las demás dependencias de la estancia y allí se alojó con toda comodidad y el lujo que se podia tener en aquellas épocas, á tal distancia de la ciudad.

Rosas empezó á observar sériamente el mecanismo de la estancia, sin otra idea que conocerlo todo á la perfeccion, y dedicar toda su inteligencia al más rápido y eficaz mejoramiento.

Con frecuencia daba á los capataces consejos que, seguidos al pié de la letra, dieron el mejor resultado.

A los tres meses de estar en la Atalaya uno de los capataces vino á la ciudad á rendir sus cuentas semestrales, y con la exajeracion típica de los paisanos, impuso á D. Leon de los progresos de su hijo y de sus pasmosas vistas en los negocios de campo.

D. Leon estaba plenamente satisfecho.

Tenia por fin un hijo á quien podia colocar con ventaja al frente de todos sus negocios, y esto lo entusiasmaba hasta el delirio.

Con este motivo le escribió una larga carta de cariñosas felicitaciones, incitándolo á seguir en su camino, y adjuntándole gran cantidad de valiosos regalos.

Juan Manuel por su parte, habia ocultado á la gente que lo rodeaba las miras que podia tener para el porvenir, limitándose á captarse el cariño de todos.

Con un aspecto de sin igual mansedumbre, habia ocultado su carácter dominante, amoldándose á todo.

Jamás contrariaba la disposicion de un capataz, por ridícula que le pareciera, ni se mezclaba para nada en aquellos manejos íntimos de una estancia.

Franco y jovial, espansivo y sumamente travieso, se habia apoderado por completo del espíritu de la peonada, que no se le separaba un momento, acompañándolo á todas partes.

A la noche los reunia al rededor del fogon y les referia mil historietas que hacian la delicia de aquella gente inocente y buena.

En otros momentos pedia á á los guitarreros que le enseñaran este ó aquel *estilo*, llegando en poco tiempo á hacerse el mejor cantor y guitarrero de la estancia.

Rosas empezó á estudiar friamente el carácter del paisano y la hermosura de prendas que adornaban á aquellos corazones llenos de nobleza y de lealtad.

En esa época nadie se cuidaba de la campaña.

Los hombres se habian entregado por completo á la política y todos los establecimientos de campo se hallaban como

los de Rosas, en manos de capataces más ó ménos hábiles.

El comprendió que la poblacion de la campaña era una poblacion inocente, de hombres bravos y generosos, que tenian que adorar al que por ellos se interesara y supiera inspirarles amor.

Entonces la asombrosa actividad de su pensamiento abarcó otros horizontes, y se fijó en otros puntos que no eran del negocio de campo.

Estudiando sus costumbres y modo de ser, comprendió que para dominar al gaucho, era preciso mostrarse superior á él en todo, desde la inteligencia hasta la fuerza física, y á esto dedicó su preferente atencion.

Asistia á todos los trabajos de campo, tomando en ellos una parte activa á la par de cualquier peon, lo que desarrolló de una manera notable su fuerza muscular.

Dotado de una naturaleza de bronce, en las horas del trabajo no descansaba un solo momento, y en las de descanso se le veia al rededor del fogon, en conversacion íntima con las peonadas, miéntras le echaba un boton á una rienda ó sobaba un par de botas, pues se habia hecho un trenzador primoroso.

Vestia como los peones.

Camiseta ancha y de ámplios pliegues, tirador bordado pero con pocos botones y sencilla rastra, calzoncillo cribado y chiripá de vivos colores, bota de potro con espuela nazarena, facon y boleadoras.

Su apero era pobre, aunque lujoso en trenzados que él mismo hacia, y su lazo era el mejor de toda la estancia.

Fué él qué introdujo la moda dè llevarlo á la paleta del caballo, por ser más cómodo y estar más á mano.

Los paisanos reian con una complacencia íntima al ver la desenvoltura con que el aristocrático patroncito llevaba el chiripá y demás prendas del traje criollo, festejándolo con todo género de cariñosas demostraciones.

Y Rosas era en realidad el más hermoso gaucho que habia pisado en la campaña.

Con la firme voluntad de hacerse superior á todos, y en todo, se habia convertido en un ginete hábil y aún artístico, diremos, pues para domar ciertos potros se valia de medios que dejaban asombrados á los paisanos.

Cuando se presentaba algun potro de esos *emperrados* hasta el estremo de que los domadores los abandonaban calificándolos de reservados, era su lujo hacerlo enlazar y ensillarlo.

Y no habia ejemplo de que uno de estos animales hubiera salido de sus manos sin ser un caballo excelente.

El que no cedia al rigor, cedia á las caricias y á la constancia asombrosa del jóven, con lo que llegó á hacerse el domador más completo y el ginete más consumado.

Cómo reian los paisanos al verle doblar el cogote al potro más duro de boca, con aquellas manos artísticas que parecian no poder hacer otra cosa que una caricia!

Y cuando desmayaba á algun potro con un macanazo entre las orejas y salia disparando por el campo, la alegria del paisanaje rayaba en el frenesí.

Rosas tenia cuidado de observar las proezas que daban fama á los domadores, y en el acto trataba de superarlas.

Si alguno de ellos llegaba á dejarse caer desde la maroma del corral sobre el padrillo de alguna manada, el no se contentaba con hacer lo mismo.

Lo enlazaba á campo y con una agilidad de acróbata, se le trepaba encima cruzándole los flancos con sus agudas nazarenas.

El noble animal disparaba haciendo toda clase de esfuerzos por librarse de su tenaz ginete, pero éste permanecia como adherido á su lomo.

Cuando se cansaba de jugar de esta manera y creia que habia hecho el efecto

deseado se bajaba, ya dejándose deslizar por el anca, ya desmayándolo de un rebencazo.

Muchas veces permanecia, sobre el caballo, hasta que este caia postrado por la fatiga y el ejercicio á que no estaba habituado.

Entonces recien se bajaba, y lo palmeaba á su placer.

Su fama de ginete fué tal, que bien pronto salió de los límites de la estancia para correr por todo el partido, al estremo de que de lejanos puntos se costeaban los gauchos á ver domar al más gaucho de los patrones.

Su tropilla, domada por él mismo, fué la mejor que se conoció por aquellos parajes, no solo por las condiciones que habia sabido dar á los animales, sinó por la hermosura de estos.

Los capataces habian solido reprenderlo con el respeto habitual, por estas gauchadas.

—Mire patroncito que si algun animal lo quiebra ó lo lastima el patron viejo vá á hacer con nosotros alguna herejía.

—No hagan caso, decíales Juan Manuel con toda la alegría que le era característica.

Para que á mi me voltee un potro es preciso que el mundo se acabe.

Y la peonada aplaudia bulliciosamente y los capataces concluian por reirse junto con el patroncito, que ejercia ya sobre ellos un dominio que no se lo sospechaban.

Bien pronto Rosas no se contentó con ser el primer domador del pago, sinó que quiso ser el mejor enlazador y el mejor boleador, logrando pronto superar á los más notables.

Quién echaba mejor que él un pial de volcado y de vuelta de codo?

Quién enlazaba con más rapidez al animal más chúcaro, haciéndolo arar el suelo con el hocico?

Era en vano disputarle la supremacía en estos ejercicios, por que á una destreza asombrosa, unia una fuerza muscular notable, poco comun á su edad é incalculable en su esterior delicado y esbelto.

En los trabajos de marcacion era el héroe de todas las hazañas.

Entre quinientos toros apeñuscados en el corral, ponia el lazo en las astas del que se le indicaba, soltándolo *puerta afuera.*

Le daba lazo hasta el último rollo y recien entonces le daba el tiron dejándolo clavado.

En cuanto á las bolas, su habilidad estaba arriba de toda ponderacion.

Salia á las boleadas con diez ó doce pares, y no habia ejemplo que se le hubiera ido un solo avestruz.

Esto le dió un prestigio incalculable entre el paisanaje, no solo de la Atalaya, sinó de todas las estancias á donde habia llegado su fama.

De todas partes caian peones á conchavarse con él, que aunque no tenia poder para colocarlos, sabia influir con los capataces hasta que estos cedian y los tomaban.

De esta manera llegó época que en la estancia habia el doble de los peones que se necesitaban, por cuya razon el trabajo no alcanzaba para todos.

—Es preciso despedirlos, le decian los capataces, por que se gasta mucho dinero en jornales inútiles.

—Es preciso darles trabajo, contestaba Rosas.

La verdadera riqueza de las estancias son los brazos.

Es preciso aprovecharlos dándoles trabajo á todos.

—Pero si no lo hay.

—Pues sembremos y doblaremos un capital muerto.

Y Rosas hizo arar y sembrar grandes estensiones de campo cuyos productos fueron pingües.

Al hacer cuadrillas de agricultores y sembrar sus campos, Rosas no habia tenido al principio otra idea que la de dar

trabajo á todos los que se lo pedian, sacando al mismo tiempo alguna utilidad.

Y fué el primer hacendado agricultor que hubo en la República Argentina, y tal vez en la América.

Por que como los primeros resultados fueron superiores en demasía á lo que él mismo se habia figurado, continuó la agricultura como una especulacion brillante, dando trabajo á grandes peonadas, que hicieron de su estancia un verdadero señorío.

Ante las primeras utilidades pasmosas que recibió don Leon y las noticias de las mejoras que su hijo habia introducido, quedó deslumbrado.

La señora Agustina, que como ya hemos dicho era interesada hasta el estremo de ser tacaña, quedó maravillada, conviniendo con don Leon, que Juan Manuel era un génio para las especulaciones de campo.

Despues de una larga conferencia resolvieron entregar á Juan Manuel el manejo de todos los establecimientos.

Y le escribieron una larga carta, participándole esta resolucion y pidiéndole viniera en primera oportunidad.

Rosas entre tanto habia seguido estudiando á los paisanos y ganando terreno en su corazon y deslumbrándolos con sus gauchadas.

Concluido que hubo de perfeccionarse como ginete y enlazador, se dedicó á jugar á la taba y á tocar la guitarra haciéndose en esto tan gaucho, que nadie jugaba con él á la taba por que perdia con seguridad, y los mejores tocadores sentian ya vergüenza de guitarrear delante de él.

Si los paisanos tenian por él tanto cariño y respeto, qué diremos de las paisanas, seducidas además de todo eso, por la hermosura sorprendente de Rosas, cuyos dorados rulos caian ya sobre sus hombros?

En todos los ranchos tenia vara alta y en cuanto el patroncito armaba jarana en cualquiera de ellos, las muchachas caian hasta de diez leguas de distancia.

El amor de las paisanas hácia el patroncito, era mirado por ellos con la mayor naturalidad.

Si ellos mismos se sentian fascinados, ¿cómo no habian de estarlo las mujeres?

Además no habia entonces un solo gaucho capaz de cometer una perfidia, por cuya razon no la suponian en otro, mucho ménos en el patroncito que era para ellos una especie de sér celeste.

Y sin que nadie lo sospechara, como es natural, tuvo un mundo de aventuras amorosas.

En el cuchillo llegó á hacerse lo que en todo lo demás.

No hubiera habido un gaucho capaz de parársele por delante cuchillo en mano, porque el respeto y cariño que por él sentian rayaba ya en adoracion.

Pero como él queria hacer conocer tambien esta superioridad, buscaba á los más mentados como cuchilleros y visteadores, y los obligaba á vistear con él, armados de palitos del largo de un facon.

Y era curioso ver el estallido de los paisanos al verlo barajar una puñalada maestra, ó hacer una cuerpeada imposible de imitar.

Sin haber, pues peleado con nadie, por que no lo necesitaba, Rosas demostró que era el mejor cuchillero conocido y que en esto, como en lo demás, no tenia competencia.

Así, sin que su espíritu perdiera hasta entonces un átomo de su cultura ni descendiera un ápice, llegó á hacerse el más gaucho de todos los gauchos, hasta en el lenguaje, que se los habia tomado por completo.

Cuando recibió la carta en que don Leon lo llamaba, la estancia y los puestos, con sus numerosas peonadas se pusieron en conmocion.

Desde que Juan Manuel habia ido á la Atalaya no habia hecho ningun viaje al

pueblo, así es que al principio todo fué impresion y lamentos.

Creian que el patroncito se ausentaba para no volver más.

Pero cuando les leyó la carta y supieron que volvia nada ménos que de patron de todos los establecimientos, la alegria no tuvo límites.

En dos ó tres dias llegaron á la estancia más de quinientos paisanos, que venian á despedirse y á acompañarlo unas leguas.

Y tan numerosa fué la reunion y el séquito, que cuando Juan Manuel se puso en camino, parecia un general al frente de una columna de caballeria.

Los únicos que no iban muy conformes eran los capataces, á quienes como era natural, se les retiraria todo el poder que hasta entonces habian tenido.

Pero aquel desconsuelo duró poco, pues Rosas los llamó y les esplicó la cosa del modo siguiente:

—Ustedes no estén tristes, por que no tienen razon.

Mi administracion en nada afecta sus cargos, pues no pudiendo yo atender todas las estancias á la vez, los capataces tienen que quedar donde están.

Para ustedes esto no significa más que un solo cambio de patron, es decir, que en vez de entenderse con mis padres se entenderán con migo.

Y siempre serán ustedes los que ganan, por que como yo los veo trabajar y sé lo que ustedes valen, les he de recompensar mejor.

Con esta esplicacion los capataces quedaron plenamente satisfechos, tomando parte en la alegria general.

Entre la comitiva que se aumentaba contínuamente, venian como doscientas mujeres de todas edades y pelajes, que no habian querido dejar partir al niño sin acompañarlo.

Y Rosas tenia entre ellas, además del prestijio de su persona, un gran prestijio como patron.

Este prestijio lo habia adquirido dando en las esquilas preferencia al trabajo de las mujeres, por que los peones demasiado trabajo tenian en la ganaderia y los sembrados.

Ya se sabia que en la Atalaya las mujeres esquilaban, y como ellas eran pocas en relacion á las numerosas majadas, ganaban así una buena cantidad de dinero.

Ni por broma se hubiera presentado un peon en la estancia de Rosas, pidiendo trabajo en las *trasquilas*.

Los capataces se le hubieran reido en las narices y los peones lo hubieran mirado como un marica.

Así fué preciso que Rosas mandara regresar aquella verdadera espedicion, pues de otro modo lo hubieran acompañado hasta su misma casa.

Solo quedaron con él los principales capataces á quienes don Leon mandaba llamar.

Los paisanos se retiraron dando furiosas riendas y jugando al pato, juego ya abolido en nuestra campaña, como festejo á esta última promesa del patroncito.

—Vayan tranquilos, muchachos y no abandonen el trabajo, que cuando yo pegue la vuelta, que será pronto, les prometo un mes de jarana en toda regla.

Así aquella inmensa ala de caballeria regresó á su correspondiente pago, saboreando aquella fiesta descomunal cuya magnificencia se sospechaban, conociendo el gusto con quo sabia armarlas el patroncito.

Rosas regresó, pues, á su casa, donde era esperado con una verdadera ansiedad.

Iban á cumplirse dos años que faltaba de ella, así es que era esperado con febril impaciencia.

La familia y todas las relaciones de esta que eran numerosísimas, esperaba su llegada, reunidas en los espaciosos salones, iluminados con cuanta vela pudo colocarse.

Juan Manuel comprendió que el traje de paisano que vestía, disgustaria á sus

padres y que no era á propósito para presentarse ante tanta gente.

Así es que enfiló á su cuarto, haciéndoles prevenir que iba cepillarse un poco el polvo del camino.

Pero su cuarto fué inmediatamente invadido por padres y hermanos, que se disputaban el placer de abrazarlo.

Cambiado su traje, en cuya operacion lo ayudaron don Leon y doña Agustina, Rosas fué introducido á las salas.

Su presencia produjo un grito unánime de admiracion.

El jóven volvia más hermoso aún de lo que habia salido.

Su rostro tostado por el sol de la pampa, le daba una espresion más varonil y atrayente; y su larga cabellera de dorados rizos, encerraba majestuosamente el óvalo purísimo de aquel semblante artístico.

Entre quienes su aparicion metió más bulla, fué entre las muchachas que, como se dice entre ellas, se lo querian comer con los ojos.

Miéntras se daba la ultima mano á la mesa, pues era ya la hora de cenar, los concurrentes rodearon á Juan Manuel, haciéndole un sin fin de preguntas que el jóven no sabia cómo responder.

Don Leon no podia ocultar el orgullo que la presencia de su hijo hacia afluir á sus ojos.

Doña Agustina estaba embebida en su contemplacion.

El físico de Juan Manuel era como para enorgullecer á su madre.

La cena fué espléndida y animada teniendo Juan Manuel que hacer el gasto de la conversacion, pues no habia concluido aún de satisfacer una pregunta, cuando le dirijian media docena más.

Tanto las damas como los caballeros, estaban entretenidísimos, con los relatos campestres que hacia el jóven, con tal belleza de colorido, que les parecia estar contemplando lo que narraba.

Y hubiera permanecido hasta el amanecer si la impaciencia de doña Agustina en quedar sola con su hijo, no hubiera hecho notar, aunque de una manera disimulada, lo avanzado de la hora.

Despues de las caricias consiguientes á dos años de separacion, Juan Manuel hizo presente á sus padres el cansancio de que era presa.

Fué, pues, conducido á su pieza por la misma doña Agustina, suspendiéndose toda conversacion hasta el siguiente dia.

La colacion le fué llevada al lecho por sus mismos padres, que entablaron con él un diálogo más íntimo y animado.

Fué entonces que les dió cuenta de sus grandes planes y de las utilidades pasmosas que podria obtener.

—Nuestros paisanos son rudos y de pocos alcances en materia de especulaciones, les decia.

Siguen haciendo lo que vieron hacer ahora un siglo, sin que se les ocurra jamás introducir la menor modificacion.

Abandonadas á ellos las estancias, serian dentro de doscientos años lo mismo que son hoy, y eran cien años atrás.

En el campo se necesita un hombre vivo é inteligente, de una actividad incansable y de una labor contínua.

Y se estendió en largas consideraciones sobre la importancia que debia tener la agricultura, practicada en tierras tan fértiles y del inmenso beneficio que obtendrian las hacienda cuyos dueños dispusieran de inmensos alfalfares para invernarlas.

—Nosotros hemos creido, repuso don Leon, por las pruebas que has dado, que tú eres el hombre que reunes las condiciones que has enumerado.

Por eso hemos pensado y decidido ponerte al frente, no solo de la Atalaya, sinó de todos nuestros establecimientos, de que serás único administrador.

Estamos persuadidos que en dos años más doblarás nuestros capitales, y podrás ser dueño de una fortuna séria, amasada con tu trabajo personal.

El trabajo del campo es rudo y penoso, hijo mio, continuaron, pero á fuerza de fatiga es que se llega al descanso y al bienestar.

—Yo estoy muy orgulloso, contestó Juan Manuel, de la confianza que ustedes depositan en mí, y sabré corresponder á ella como es debido.

Pero ante todo, quiero hacerles una prevencion.

En mis observaciones y estudios sobre la ganaderia, he visto y comprendido que el gran defecto de todas las estancias, es la manera de gobernarlas.

Los capataces son varios, por que unos están en este ó aquel puesto, otros gobiernan tantos peones, y otros lo son de las tropas que se hacen.

De esto resulta que cada cual tiene iguales atribuciones al otro, las órdenes no se cumplen ó se modifican, sin que haya una cabeza principal, que ordene y las haga cumplir.

Para manejar una estancia como es debido y sacar de ella los resultados que yo me propongo, es preciso que haya una sola cabeza á la que todos estén sometidos.

De otro modo no se podria adelantar ni un paso de la rutina perjudicial que se sigue hasta hoy.

Yo me pondré al frente de las estancias si ustedes me dan plenos poderes para obrar.

De otro modo no acepto por que con el régimen actual no hay prosperidad posible.

—Se te dará todo lo que tú quieras, repuso don Leon, ayudándote en todo lo que esté á nuestro alcance.

Ya nos has hecho entrever de lo que eres capaz y estamos contentos y conformes.

Rosas estaba enteramente satisfecho, pues acaba de obtener como estanciero, los plenos poderes que más tarde habia de pedir y obtener como gobernante.

En seguida les empezó á narrar sus impresiones y el género de vida que habia llevado en la estancia.

Inútil es decir que durante toda su conversacion, tuvo un esmero especial en no dejar escapar una palabra ni una accion que revelara lo gaucho que se habia hecho.

Sabia que á sus padres les disgustaria profundamente sorprenderle el menor signo ó palabra que hubiera trascendido á fogon.

Y temeroso de que no fuera á concluir de contajiarse, echaran por tierra todos los planes que tenia formados.

Por el momento, pues, era preciso ocultar á viva fuerza que bajo su aspecto severo pudieran oler el chiripá.

Se convino entonces en que don Leon y doña Agustina harian venir á Buenos Aires á todos los capataces, para que estos fueran haciendo entrega á su hijo de todos los campos y haciendas que estuvieran á su cargo.

Entre tanto Juan Manuel permaneceria en la ciudad, paseando, hasta que todo quedase arreglado, para partir en seguida á hacerse cargo de los establecimientos.

Rosas no pudo ménos que sonreir al contemplar los cambios que en la política y en el gobierno se habian operado en su ausencia.

De estos cambios don Leon no le habia hecho conocer ningun detalle, temiendo que su carácter noble é impetuoso lo hubiera hecho venir y afiliarse á alguno de los bandos políticos.

Cuando se encontró con aquellos mismos amigos que lo invitaron á la revolucion que él consideraba prematura, estos le preguntaron su opinion sobre las ventajas obtenidas.

—Son bellas, muy bellas, fué su respuesta, pero la anarquía y la guerra civil se las vá á devorar.

Yo no veo sinó ambiciosos por todas partes, ávidos de honores y de mando.

Las revoluciones se sucederán unas á

las otras, y sabe Dios el fin que tendrá el vireynato estinguido.

Rosas fué clasificado de visionario entonces, pero los acontecimientos vinieron más tarde á darle la razon.

DOS TRAVESURAS FAMOSAS—LOS DOS TOCAYOS

JUAN Manuel Rosas hizo entonces estrecha relacion con don Juan Manuel Bayá, antiguo y honorable corredor que habrán conocido la mayor parte de nuestros lectores.

Don Juan Manuel Bayá era un jóven distinguidísimo, que contaba apénas unos veinte ó veinte y dos años.

Con una educacion brillante, Bayá habia viajado ya por las principales capitales de la Europa, regresando para asumir la tutoria de sus interesantes hermanas.

Además de su educacion, Bayá se hacia notable por su carácter liberal y aquella desenvoltura que imprime el roze de la sociedad europea y que entonces llamaba la atencion más que ahora.

Estas condiciones de carácter y modo de ser de Bayá, le habian creado una endemoniada reputacion entre las señoras antiguas, rígidas hasta la exajeracion.

Bayá pasaba entre ellas como un calavera, como un campeador de fruta pintona, cuya sociedad era peligrosa para las muchachas más recatadas.

Buen mozo, de elegante figura y de trato esquisito, Bayá reunia todas las condiciones necesarias para despertar amor en el corazon de una jóven.

Perdónennos los señores Bayá este recuerdo jovial, que nada afecta la honorable memoria de su señor padre.

Juan Manuel Bayá gustaba furiosamente de Manuela Rosas, hermana de Juan Manuel, que era entonces una niña preciosa, hasta el punto, segun él mismo decia, de darse un par de estocadas con el mismo diablo.

Vivia en la misma cuadra que la familia de don Leon, y con este motivo tenia frecuente ocasion de cambiar un par de miradas con su hermosa dama.

Manuelita por su parte, lejos de ser indiferente á las miradas de Bayá, lo esperaba al paso, ya en la ventana, ya en los patios, y ya con una mirada, ya con un ademan, le hacia comprender que su amor era correspondido.

Su tocayo Juan Manuel que comprendió el juego, se declaró padrino de aquellos amores, lo que estrechó más la amistad de los dos tocayos.

Rosas lo introdujo á su casa presentándolo como su mejor amigo.

Don Leon, que en medio de todo, era un hombre de mundo y de clara inteligencia, recibió al jóven con toda la franqueza que le era característica.

Además de sus méritos personales, Bayá era presentado por Juan Manuel con el título de su mejor amigo, y esto era ya una recomendacion insuperable.

No sucedió lo mismo con doña Agustina, para quien Bayá, era un calavera formidable, que habia cometido el gran desacato de pasear la Europa, y lo que era peor todavía, ser completamente libre y dueño de sus acciones.

Empezó, pues, á pintar á Bayá, ante sus hijas, como un hombre peligroso y un novio imposible bajo todo concepto.

Bayá comprendió al momento que tenia en doña Agustina un terrible enemigo, pero no se arredró.

¿Qué enamorado abandona el campo ante la mirada pinchànte de su presunta suegra?

El estaba seguro del amor de Manuela, tenia el apoyo de su tocayo y el aprecio de don Leon, y creia que con estos elementos podria contrarrestar la oposicion de doña Agustina.

Pero esta habia sido una enemiga más difícil de vencer de lo que parecia.

Cuando la señora se apercibió de los progresos que el travieso Bayá habia he-

cho en el corazon de su hija, tuvo un acceso de sorda ira.

Pero no dijo una palabra y resolvió hacerse la que nada habia visto.

Pero empezó desde aquel dia á huir de la sociedad del jóven, ya yéndose á paseo con las niñas, ya negándose á recibirlo bajo diferentes pretestos.

Bayá comprendió que la batalla se empeñaba, y comunicó á su tocayo lo que sucedia.

—No te aflijas, le dijo este, ya remediaremos el mal.

Lo que hay aquí en plata, es que mamita proteje al inglés Bond que tiene sus pretenciones sobre Manuela.

Espantando al inglés todo queda arreglado.

Y miéntras se discurria el mejor medio para obtener este resultado, Bayá se entregó á hacer el amor por contrabando.

Como Rosas lo habia dicho, visitaba entonces la casa con pretenciones á marido de Manuela, el caballero Bond, médico inglés, persona distinguida y de fortuna.

Doña Agustina habia visto en él un buen partido y se habia propuesto ayudar á Bond en su conquista.

Pero como sucede siempre, Manuela se mostró indiferente y glacial con Bond, para hacerlo renunciar á sus planes, miéntras que su amor á Bayá crecia, aumentado por la misma privacion de verlo y hablarlo libremente.

La estratéjia que empleó doña Agustina para combatir aquellos amores, es la que peores resultados dá, y sin embargo es la que adoptan todas las señoras.

—Bayá es un calavera, un grosero, feo, ridículo y sin cabeza, repetia á cada instante á los oidos de su hija.

Y esta que palpaba la injusticia de los cargos, para realzar los méritos del inglés, acrecentaba su amor por el primero, miéntras el segundo se le hacia cada vez más intolerable.

Bayá y Manuela siguieron teniendo sus confidencias de contrabando, ya por medio de señas ó de cartas que hacian llegar á sus manos, por diversos medios.

Doña Agustina quiso cortar radicalmente aquellos amoríos y concertó un enlace entre Manuela y Bond.

Bayá buscó á su tocayo y le contó lo que le pasaba.

—Pues vamos á ver si espantamos al inglés, repuso Rosas, único medio de vencerlo, pues por el lado de mamita no le veo remedio á la cosa.

En esos dias habian traido del Rincon de Lopez, un precioso peticito, destinado á Gervasio que era el menor de los hermanos.

El peticito primorosamente cuidado, era conducido al primer patio todas las tardes, para que allí lo montara el niño y diera una vuelta conducido por un criado, pues siendo entero solia dar unos brinquitos y corcobos, á pesar de su mansedumbre.

En aquel mismo patio se sentaban á conversar por las tardes todos los de la familia y las numerosas visitas tanto de hombres como de mujeres, que concurrian á la casa.

Escusamos decir que Mr. Bond era infaltable.

Gervasio montaba su peticito á la vista de todos y ayudado por don Leon bajo una unánime ponderacion tanto al ginete como al petizo.

—Pues señor, dijo Rosas á Bayá un dia, se presenta la ocasion de una travesura que tal vez dé buen resultado.

Esta tarde te espero en la azotea y verás ejecutado mi plan.

Bayá no se hizo esperar á la cita.

Pasando de azotea en azotea, salvó la distancia que habia de la suya á la de Rosas, donde encontró á Juan Manuel que ya lo esperaba.

—Mira y calla, le dijo su tocayo, despues me darás tu opinion.

Y tendidos, de barriga, ambos se pusieron á observar el patio.

La familia estaba reunida ya con algunas visitas.

El peticito, atado á una argolla puesta á propósito en la pared, esperaba que vinieran á ensillarlo para dar su invariable paseo.

Bond vino más tarde de lo que tenia costumbre; y despues de saludar á todos, que eran gentes de confianza, se puso á acariciar la cabeza del precioso animalito, ponderando sus formas diminutas y esbeltas, miéntras clavaba sus ojos en el cándido semblante de Manuela.

Juan Manuel no perdió tiempo, se tomó de la cornisa de la azotea y echó su cuerpo afuera.

Tomó sus medidas para no errar el golpe que meditaba, y se dejó caer de piernas abiertas sobre el petizo, en medio del espanto general.

Bond, al ver de improviso aquel ginete que bajaba de las nubes, quedó atontado por más de medio minuto.

El pobre animalito no pudo resistir el peso de aquel ginete que caia sobre él desde tan grande altura y cayó al suelo con las patas quebradas.

Rosas, cuya mente habia sido hacer corcobear el petizo en medio del patio, atropellando á Bond, al ver su golpe frustrado, aprovechó la confusion del primer momento.

Salió por las orejas del petizo y cayendo sobre el atónito inglés, rodó con él largo trecho del patio prendido á sus largas canillas.

El espanto del primer momento se volvió un estallido de risas.

La hilaridad más franca habia seguido al asombro.

Y era Manuela la que reia con más placer.

Sospechando lo que podia ser aquello, levantó á la azotea sus hermosos ojos y se puso encendida de placer al divisar á Bayá.

Despues que Rosas vió que Bond estaba bien revolcado y bien ridículo, se desprendió de sus largas piernas y se puso de pié.

—Es el golpe más original, dijo.

Salí á la azotea para darles una broma y he caido cuando ménos lo pensaba.

La casualidad de estar el petizo debajo de mí, precisamente, me ha salvado de una muerte segura.

Pero cómo diablos me he encontrado rodando prendido al señor Bond?

Hé aquí lo que no puedo esplicarme.

Esta esplicacion fué aceptada á falta de otra, miéntras que Bond seguia siendo el blanco de la risa de todos, con escepcion de doña Agustina, espíritu sútil que habia comprendido la verdadera causa de lo sucedido.

Mr. Bond afrontó aquella chacota con una flema verdaderamente inglesa.

Se limpió lo mejor que pudo, pero no se retiró hasta la hora habitual, á pesar de que á cada momento se recordaba la aventura y los presentes prorrumpian en estrepitosas carcajadas.

Y era siempre Manuela la que más reia y la que miraba á Bond de una manera más hiriente.

Ignoramos lo que de esto pensó el grave inglés, pero lo que sí sabemos es que no abandonó el campo.

Al otro dia y á la hora acostumbrada se presentó al patio.

Su presencia recordó la aventura, y las risas empezaron de nuevo, pero todo fué indiferente para él.

Esta travesura fué la primer prueba que dió Rosas de la modificacion que las costumbres del campo habian hecho en su carácter.

Nunca se habia visto en él una broma que no fuera fina y delicada.

Doña Agustina se la recriminó más tarde, pero él sostuvo siempre que todo habia sido obra de la casualidad.

Bayá empezó á ver morir sus esperanzas pero no quiso abandonar el campo hasta no quemar el último cartucho.

Doña Agustina trató por su parte de

apresurar el casamiento, á pesar de la adversion de su hija por Bond.

Su velo de desposada seria para ella como una mortaja del corazon, pero esto no entraba en las cuentas de su señora madre.

Véamos ahora la segunda travesura de Rosas, que acentúa más todavía la influencia que la vida del campo y la sociedad del paisano habia ejercido en su espíritu.

En sus paseos con Bayá, Juan Manuel Rosas habia conocido á la jóven Encarnacion Ezcurra, hija de don Juan Ignacio de Ezcurra y de doña Teodora D. Arguibel.

Encarnacion de Ezcurra era entónces (1811) una hermosa niña de diez y seis años, que aunque de una familia respetable, no era de las más opulentas, ni aún de las más acomodadas.

La familia se componia de doña María Josefa, la mayor, doña Encarnacion, don Felipe y algun otro que no recordamos en el momento.

Juan Manuel quedó prendado de los ojos de doña Encarnacion, ojos criollos, incomparables en su espresion y de un negro intenso, que contrastaba admirablemente con la blancura de su cútis fresco y terso.

Juan Manuel era un mozo de abrir brecha en cualquier corazon de mujer, ya lo hemos dicho, así es que no le fué difícil meterse en el de la jóven Encarnacion, con armas y bagajes.

Acompañado de su inseparable tocayo se presentó en la casa y desde el primer momento se dedicó á cortejar á la niña.

Las familias de Rosas y Ezcurra eran amigas.

Juan Manuel que era un partido codiciado por las más copetudas, fué recibido de una manera cordial y con especiales muestras de la más íntima complacencia.

Don Felipe tenia tambien sus pretensiones y esperanzas en la señorita Gregoria Rosas, doble motivo para que Juan Manuel fuera halagado y atendido de todos modos.

Encarnacion, que con solo verlo se habia prendado del hermoso jóven, al escuchar su palabra dulce y persuasiva, se sintió enamorada por completo.

Habia entónces en Buenos Aires, como las ha habido siempre y las hay hoy mismo, gran cantidad de niñas encantadoras.

Cualquiera de ellas hubiera mirado como el más grande de los triunfos femeniles, una distincion ó un galanteo de don Juan Manuel.

Pero fuese que el casamiento no entrara en sus proyectos, fuese que no habia hallado aún la mujer que conmoviese su corazon, jamás se habia acercado á una de ellas con otra frase que no fuera un cumplimiento de estricta etiqueta.

Qué poder habian tenido sobre aquel corazon indiferente los ojos de Encarnacion, que lo habia conmovido y despertado por completo á la vida del amor?

Ella no era de las más hermosas, no era de las más distinguidas, ni de las más ricas.

Cuál era entónces el prestijio májico que desenvolviera ante aquel jóven, á quien no se conocia el menor interés por mujer alguna?

Algunos suponen que fueron sus ojos, verdaderos luceros engarzados en párpados humanos, aunque otros afirman que el amor de Rosas nació en el notable talento de doña Encarnacion.

El hecho es que Rosas se sintió dominado por un amor intenso y voluntarioso, declarando que Encarnacion seria la compañera de su vida.

La noticia de los amores de Juan Manuel cayó como un bombazo entre las familias que habian tenido sobre él sus pretensiones matrimoniales.

Unas se limitaron á devorar en silencio su despecho, miéntras las más caian como una avalancha sobre la reputacion de la inocente niña, cuyo único delito era

haber conmovido con su belleza, el corazon del bizarro y hermoso jóven Rosas.

La familia de Ezcurra miró con sumo placer aquellos nacientes amores, cosa que no sucedió en la de Rosas.

Doña Agustina queria para su hijo la mujer más noble, más bella y más rica de la América y por consiguiente no podia mirar sin un profudo disgusto aquella preferencia.

Desde el principio empezó á contrariar á Juan Manuel y á combatirle aquella pasion, declarándole que nunca daria su consentimiento para semejante enlace.

Rosas, voluntarioso por naturaleza, al verse contrariado se encaprichó más, y declaró á su tocayo que en cuanto cumpliera veinte años, se casaria con la jóven.

—Y si la señora no te deja? preguntó éste.

—Sí, me ha de dejar, pues se convencerá que la cosa no tiene remedio y que toda oposicion seria inútil.

Y con esta resolucion inmutable siguió visitando en lo de Ezcurra.

A Rosas le gustaba hablar con entera libertad á su amada, para decirle todas aquellas trivialidades si se quiere, de dos nóvios, pero que son un poema sencillo lleno de un encanto arrobador.

Pero en vano buscaba la ocasion propicia, nunca podia lograrla, y tenia que conformarse con tomar parte en la general conversacion, limitándose á emplear con su amada ese lenjuaje del alma que tan fielmente interpreta y comunica la mirada.

Doña María Josefa era el dedo malo de aquellos amores, el pájaro Argos que no los perdía de vista un minuto, complaciéndose en interrumpirles la frase más inocente.

Encarnacion sufria con paciencia aquella vigilancia que no merecia, pero Juan Manuel se mordia su sedoso bigote, maldiciendo entre sí aquella arpía voluntaria, que se constituia en el lechuzon de sus amores.

Doña María Josefa, cuya perversidad fué proverbial despues, conocia las torturas que ocasionaba al jóven, y por lo mismo se complacia en amargarle sus más alegres noches, no dejándolo hablar una palabra con entera libertad.

Rosas llevó á su tocayo como único remedio de contrarrestar el espionaje de doña María Josefa.

Miéntras este la entretenia con mil diversas travesuras, él podia entregarse sin reserva á manifestar sus más íntimos sentimientos.

Pero bien pronto la feroz comprendió el juego y fueron ya inútiles todas las travesuras de Bayá.

En cuanto entraba Rosas y tomaba asiento al lado de Encarnacion, doña María Josefa se instalaba entre los dos y era ya inútil pensar en dirijirse la menor palabra.

Rosas decidió entónces pedir auxilio á su inagotable inventiva y arbitrar el medio, no solo de vengarse de aquella testigo insoportable sinó escarmentarla y ponerla fuera de combate.

—Voy á pegarle un susto, dijo á su tocayo una noche, que creo me librará de ella.

Bayá que conocia el génio de su amigo no dudó que el susto seria alguna travesura por el estilo de la jugada á Bond.

Esa tarde compraron unas gruesas de cohetes colorados, que prepararon los dos tocayos con un poco de pólvora sacada á unos cartuchos de fusil, con los cuales improvisaron un par de bombas.

Con aquella preciosa carga envuelta entre su traje, se presentó esa tarde Juan Manuel Rosas, á casa de su amada.

Como el alumbrado era malo y la luz atraia los mosquitos, generalmente no habia en las salas otra luz que la de la luna y á falta de esta la claridad de las estrellas.

El verano era muy caloroso y además de las ventanas, se abrian todas las puertas.

Esta semi-oscuridad vino á favorecer á Rosas en sus planes,

Apénas hubo tomado asiento al lado de Encarnacion, doña María Josefa acercó su silla, dedicó á Rosas sus más almibaradas frases, miéntras dejaba caer sobre los dos su mirada más pinchante y curiosa.

Juan Manuel se mostró con ella más amable que nunca.

Con pretesto de levantar el pañuelo que se le habia caido, colocó bajo la silla de doña María Josefa, el famoso paquetito de cohetes y bombas, de papel y pólvora, sin que ninguno de los presentes se apercibiera de ello.

Su tocayo Bayá estaba como si le hicieran cosquillas, esperando el momento del cataclismo.

Como ambos tenian en la casa una confianza sin límites, solian permitirse ciertas familiaridades.

Bayá sacó un cigarrillo y pasó otro á su tocayo, que nunca fumaba, pero que aseguró que para distraerse estaba contrayendo aquel maldito hábito.

En seguida echaron fuego con el yesquero y cada cual encendió su aromático cigarrillo.

La conversacion era animadísima, por que Juan Manuel, en el interés de mantenerla así, refería mil historias á cual más picante y entretenida.

Doña María Josefa estaba esa noche sumamente complacida, por que Rosas se dirijia especialmente á ella, olvidado al parecer de Encarnacion, al estremo que aquel sátiro llegó á persuadirse que podria suplantar á la hermana.

Entre tanto el travieso Rosas, sin que nadie pudiera notarlo y manteniendo la conversacion en un pié más interesante, deslizó bajo la silla la mano en que tenia el cigarrillo y puso fuego á la mecha de algodon, preparada de manera que durara como un minuto ántes de incendiar los cohetes.

Estaban todos pendientes del cuento que referia, cuando estalló la primera bomba, la segunda, y en seguida comenzó el repiqueteo de los cohetes.

Entretenidos por la charla nadie habia visto el fuego, que ocultaban por otra parte las ropas de doña María Josefa.

Al ruido infernal de los cohetes siguió un grito espantoso lanzado por las damas, acompañado de una carcajada que los dos tocayos no fueron dueños de contener.

El espanto más temeroso cundió en todos los presentes, á quienes aquello sorprendia de una manera completa.

Las señoras echaron mano á sus ropas sin saber lo que les pasaba, y empezaron á disparar aterradas, creyendo cada una de ellas que bajo su silla iba á estallar otro infierno.

Es que la broma empezaba á tener consecuencias que Rosas no habia previsto y que podian haber sido fatales.

Las bombas de papel y pólvora regularmente cargadas, habian comunicado el fuego á las ropas de doña María Josefa, que se vió envuelta en un torbellino de llamas.

Aquí fué la de todos los diablos.

Miéntras los más corajudos la abrazaban para sofocar el fuego, otros corrian en busca de frazadas mojadas, y el resto se contentaba con dar descomunales voces de auxilio.

El barrio se puso en conmocion, los vecinos empezaron á llegar apresuradamente sin poder atinar con lo que sucedia y la manzana entera fué un alboroto infernal.

Felizmente el fuego de las ropas fué prontamente sofocado por el mismo Rosas, que finjiendo abrazarla le daba grandes puñetazos en las costillas, sin dar tiempo á que llegaran las frazadas, y la cosa no pasó de un susto terrible, acompañado para doña María Josefa de un par de ampollas en los brazos y uno que otro chamuscon en los talones, que era la parte de su cuerpo que más en contacto habia estado con lo que llamaron mina.

Pero el vecindario seguia en completo alboroto, y la casa era un hervidero de gente que iba en busca de noticias para transmitir á los corrillos que empezaban á formarse en la vereda.

Para los de la casa, una vez que pasó el susto, fué indudable que aquello no podia haber sido más que una travesura de los visitantes.

Pero quién era él?

A quién poder echar de ello la culpa?

Tal vez á alguno se le ocurrió que aquello no podia venir sinó de Juan Manuel ¿pero cómo lanzar una inculpacion de esa clase sobre el nóvio de Encarnacion?

Habria sido romper un enlace sancionado por la familia, perjudicando además los inteses de don Felipe.

—Ha sido una broma desgraciada, que el que la ha dado no pensó en sus consecuencias dijeron, y la cosa quedó así por el momento.

Doña María Josefa recriminó á Rosas su proceder duramente, pues ella no tenia duda de la intencion de aquella broma y de su autor.

Pero este se disculpó galantemente, aunque dejó caer sobre su sayon una mirada llena de sarcasmo y de provocacion.

Era una mirada que significaba francamente esta amenaza.

—Ya ves de lo que soy capaz.

Sigue mortificándome y la segunda será peor.

Cuando se retiró Juan Manuel, doña María Josefa dirijió todo el estallido de su ira sobre su hermana, acusándola de haber sido la instigadora de aquella perversidad.

Pero la inocencia de ésta estaba latente y no pudo ejercer venganza alguna, á pesar de los deseos que tenia.

Por que doña María Josefa era mala por índole y por inclinacion.

Más adelante tendremos motivo de ocuparnos de ella con mayores datalles, pues el lector sabe la odiosa parte que le cupo en los veinte años de dictadura.

Entre tanto Juan Manuel salia frotándose las manos y felicitándose de su traviesa ocurrencia.

—Te apuesto mi cabeza, decia á su tocayo á que no me vuelve á molestar más. La cosa ha sido un poco grosera, es verdad, pero esa no fué mi intencion, aunque le infundirá más respeto y temor en lo sucesivo.

Y en seguida hacia la más cosquillosa caricatura de los visajes y gestos de doña María Josefa, cuando sintió el chamuscarrete en los talones.

—En el primer momento, decia en medio de una sonora carcajada, me pareció uno de aquellos ratones que empapábamos de aguardiente, en el colegio y les prendíamos fuego!

Y segun los que conocieron á la víctima de esta aventura, la comparacion debe haber sido exacta.

Juan Manuel volvió el otro dia á casa de Ezcurra, y siguió yendo todas las tardes como siempre.

La broma habia sido un remedio eficaz como pocos.

No solo doña María Josefa no se presentó en la sala durante una semana, sinó que cuando lo hizo, tuvo buen cuidado de colocarse lo más léjos posible del jóven.

Desde entónces pudo éste hablar á solas con doña Encarnacion, sin que aquellos ojos de lince y aquellos oidos de husmeona helaran sobre su lábio la más ardiente palabra de amor.

Y fué entónces que combinó el plan cuyo resultado debia ser un enlace con su enamorada Encarnacion.

Bayá por su parte habia enterrado en su corazon su última esperanza.

Aquel corazon noble y honrado gimió en silencio, y aquel espíritu fuerte dobló por primera vez la cabeza sobre la mano.

A pesar del apoyo de Juan Manuel, y á pesar del cariño é interés que le demostraron doña Mariquita y doña Andrea, la más noble y delicada y de todas las de Rosas, doña Agustina fué inflexible.

No solo declaró que miéntras ella viviera Manuela no se casaria con Bayá, sinó que impuso á ésta el matrimonio con Bond.

Bayá resolvió entónces espatriarse, y seguir viajando, para distraer el recuerdo de aquel primero y purísimo amor.

Y al anuncio de su próxima partida, la familia de Rosas le preparó una comida.

Por que el hecho de no querer que se casara con Manuela, no importaba cortar la relacion del jóven.

—Con que te vas en efecto? le preguntó Rosas que creia que el anuncio del viaje era un aparato.

—Sí, me voy, replicó Bayá tristemente, para no volver más.

—Pero no seas tonto, con esperar nada se pierde.

—Es inútil, contestó aquel corazon hidalgo, tengo el firme propósito de no casarme sinó en la mayor armonía con la madre de mi esposa.

Respeto mucho los lazos que atan el hijo al padre y no me casaré jamás contra la voluntad de los padres de aquella que yo mismo destino para madre de mis hijos.

Mi espíritu es fuerte, amigo mio, y no son los golpes de la suerte los que lo han de doblar.

—Pero te vás así no más, sin siquiera hacer una travesura al loco Bond?

—Eso si que nó, pór mi vida!

Caiga sobre el inglés, traducido de cuálquier manera, todo el peso de la desventura que hoy siento.

Siquiera llevaré el consuelo de haber tomado un desquite, por frívolo que sea.

Los dos tocayos aguzaron el majin y pensaron una broma capaz de hacer hervir la sangre al más flemático de los hijos de Jhon Bull.

La misma tarde en que tenia lugar la comida de despedida, se hallaban reunidos en el patio de la casa de don Leon, sus tertulianos más íntimos, entre los que se contaba Bond, y el señor don Felipe de Ezcurra.

Los dos tocayos sostenian la conversacion más entretenida, salpicada con esa sal y pimienta criolla que levanta cada cardenal como un leon....trece.

De repente Rosas se puso de pié y golpeando cariñosamente el hombro de su tocayo le dijo:

—El último partido á la pelota!

Quiero ganártelo para que me recuerdes más, dada tu vanidad de jugador.

—Lo perderás, dijo Bayá, por que ante semejante público no me dejo vencer.

Como todo era preparado de antemano, se trajo una gran pelota de cuero, bastante dura y pesada y establecieron las condiciones de el partido, nombrándose jueces á Bond y Ezcurra que aceptaron en el acto.

En aquel patio espacioso como una plaza de armas, principió el partido en medio de la general alegria.

Ambos eran igualmente ágiles y diestros.

Estaban en lo más interesante del segundo tanto, cuando Mr. Bond lanzó una maldicion enérjica y llevó sus manos al ojo derecho.

La pelota, lanzada con una fuerza hercúlea, habia chocado contra aquel ojo *haciéndole ver las estrellas.*

Otra maldicion más formidable siguió á la primera y Bond quitó las manos de su ojo, poniéndose en la más decidida posicion de box.

Sucede que Rosas habia lanzado la pelota sobre el inglés, como por un movimiento casual.

Y Bayá, como dominado por la pasion de jugador habia seguido la pelota, y por arrestarla, habia dado un terrible puñetazo sobre el carrillo de su rival.

Recibido el segundo golpe, los dos jugadores se precipitaron sobre el inglés, presentándole sus más sentidas escusas y lamentando aquella doble fatalidad.

Pero ya Bond tenia su ojo como una

enorme trufa, y su carrillo con un cardenal que parecia papa.

Tales fueron las escusas, que no habia más remedio que aceptarlas, so pena de quedar en el más terrible ridículo.

Así Bond se dió por satisfecho, Bayá y Manuela cambiaron una mirada, en que estaba todo relatado.

El inglés no pudo tomar parte en la comida y Bayá tuvo el placer de dirijir la palabra á la mujer querida, libre de aquellos dos ojos como una lanzada.

Al otro dia tomaba el camino de Chile.

Ya volveremos á hallarlo el año 40 y 42.

Sigamos ahora á Rosas en su plan de enlace, en este plan curioso y en las diversas aventuras que precedieron á él, aventuras que no deben echarse en olvido.

EL GAUCHO PORTEÑO

ROSAS comprendió que no podia contrariar á su señora madre, y que en caso de hacerlo, era aquel el peor momento, pues podia descalabrar sus planes de administracion.

—Dos años vuelan, mi querida, dijo á Encarnacion.

Deja que en ese tiempo crie las álas que necesito y yo te juro que nos casaremos á pesar de todo.

—Pero yo no quiero que por causa mia rompas con tu familia, respondió doña Encarnacion con el rostro bañado en lágrimas.

Si yo te quiero, te quiero feliz y no desgraciado hasta el punto que un dia puedas llegar á maldecir mi amor.

—No temas nada, yo te lo aseguro.

Nos hemos de casar con el beneplácito de todos y todos hemos de ser felices.

Con estas garantías, doña Encarnacion habia quedado tranquila, arrullada por el inmenso amor que le pintaba Juan Manuel.

El dia de la entrega llegó y don Leon llamó á su escritorio á Juan Manuel, donde se hallaban reunidos los capataces de los diversos establecimientos.

Cada uno de ellos habia llevado un estado minucioso de las existencias de cada estancia, estado que don Leon leyó en alta voz, imponiendo á su hijo de las cifras que arrojaban.

Despues de revisados todos, Juan Manuel dijo que iria á cada establecimiento á recibirse de todo, poniendo su conforme á los estados que no tuvieran que observar y corrijiendo los demas.

Así se fijó su viaje para la entrante semana.

Aquellos ocho dias fueron destinados exclusivamente á doña Encarnacion y á las nocturnas serenatas.

Doña María Josefa, ya por temor al jóven, ya por que comprendiera que se habia de casar y tomar un desquite de todas sus maldades, se pasó al enemigo con armas y bagajes.

Don Juan Manuel, por su estratajema de los cohetes, tuvo un aliado donde ántes solo habia tenido un enemigo mortal.

Doña María Josefa no solo habia cesado de atormentarlo con sus curiosidades, si no que era la que más trabajaba para proporcionarle sus entrevistas más íntimas.

Y tanto hizo hasta que conquistó por fin, el aprecio de su futuro cuñado.

Los dos novios arreglaron un servicio para sus correspondencias, que debia darles el mejor resultado.

—Yo mandaré con frecuencia un peon, que te entregará mis cartas, le dijo Juan Manuel, y esperará hasta que tú lo despaches.

No te aflijas, pues, y reposa tranquila sobre la promesa de mi fé.

En seguida fué á ver á sus padres, pues, al dia siguiente debia efectuar el viaje.

A última hora quiso sondar á su señora madre, para cerciorarse de las esperanzas con que pudiera contar respecto á su enlace.

—Si quieres que vivamos tranquilos,

repuso doña Agustina severamente, no me hables más de eso.

Tú eres acreedor á un enlace más brillante, por que estas rodeado de todas las ventajas para hacerlo.

Ambiciono para tí la mujer más deslumbrante como fortuna, como hermosura y como familia.

Deja que yo te guie hijo mio por ese camino, que cuando vuelvas ya tendré arreglado lo que necesitas.

—Pero mi madre, si tengo empeñados mi corazon y mi fé!

—Qué sabes tú, tonto!

Esas son impresiones que bien pronto se borran.

Ya verás, ya verás el porvenir que te prepara tu madrecita.

Rosas creyó oportuno no insistir por aquel momento, y abrazó estrechamente á su hermosa madre.

Don Leon no participaba á este respecto de las teorías de su consorte.

—Déjalo hija que se haga el gusto, le decia.

No hay enlace como el que se hace á impulsos del corazon.

Los casamientos de conveniencias suelen acarrear desventuras irremediables.

No es rica su novia? no te parece hermosa? no es de una familia respetable?

Demasiado rico es él, para partir lo que tiene con la mujer que le guste.

Que sea esta buena, virtuosa y casta, que ya es demasiada fortuna.

—Calla y déjame hacer á mí, replicaba doña Agustina, que yo entiendo más estas cosas.

Los jóvenes á este respecto se aturden y no saben lo que hacen.

Ya verás si me agradece la mujer que yo le busque.

Juan Manuel sonreia al escuchar á sus padres, á quienes queria y respetaba.

Tenia hecha su resolucion inmutable de casarse con doña Encarnacion y comprendia que una discusion entonces no conduciria á nada.

Firme en sus propósitos, se despidió de sus padres y á la madrugada montó á caballo acompañado de los capataces.

La Atalaya, fué el punto elegido para su primer escursion.

Allí permaneció tres ó cuatro meses, para arreglar todo, pasando en seguida al Rincon de Lopez donde ya se tenian noticias de sus proezas y de su próxima llegada como patron.

Los peones y capataces habian pasado la voz, y en el Rincon de Lopez era Rosas tan conocido como en la Atalaya.

En cuanto salió de la ciudad, se puso chiripá y demás prendas criollas que llevaba en la balija, haciendo un San Juan, con sus ropas aristocráticas.

Detrás de él marchaban unas carretas que habia fletado y que conducian algunos cascos de bebida y otras proviciones que llevaba para las fiestas prometidas.

La noticia de la llegada de Rosas puso en movimiento todo el paisanaje.

Diez leguas antes de llegar á la Atalaya, se encontró con el paisanaje que venia á recibirlo con mil demostraciones de júbilo.

A la algazara y griteria, se unia el estruendo de los cohetes, que los paisanos habian agotado en todas las pulperias de los alrededores.

Por que la llegada del patroncito representaba para ellos el colmo de todas sus aspiraciones y felicidades.

La fiesta se puede decir que empezó desde que los paisanos avistaron al patron, á quien acompañaron en triunfo hasta la estancia.

Allí esperaba el resto de la peonada, y las mujeres que habian venido desde los puestos más lejanos.

Ese dia se carneó con cuero y el nuevo patron decretó quince dias de holganza para todas las peonadas de su dependencia.

Y la fiesta fué en realidad para todas las peonadas de las estancias vecinas,

pues qué peon hubiera querido trabajar durante aquellos quince dias?

A la siesta seguian las carreras, corridas de sortija y de pato.

Estas se suspendian para hacer lugar á la payada y á la cancion por cifra.

Y á esta seguia el baile, pero qué baile!

Las guitarras no paraban un momento hasta muy avanzada la mañana, en que almorzaba la gente para entregarse al reposo de la siesta, que duraba hasta la caida del sol.

El paisano de entonces era muy diverso de lo que es hoy en dia.

Las luchas civiles no lo habian convertido todavia en un *Juan sin Pátria*, en un pobre pária cuyos más sagrados derechos y libertades son una palabra que borran á su antojo el juez de paz ó el comandante militar.

Las levas no lo arracanban de sus hogares ó del lado de sus patrones y su trabajo era preferido al del estranjero.

La autoridad de campaña no lo habia convertido en un votante á palos, ni le decretaba palizas *por andar mañeriando y con historias.*

Era dueño de su hogar y de su fortuna, sin haber tenido que echarse al camino, convertido en un Moreira para defender ambas cosas.

El paisano era un hombre noble, inocente, bravo hasta la exajeracion.

Habia que recorrer grandes distancias para trasladarse de una estancia á otra, y el viajero hacia noche en medio del campo, con la misma tranquilidad que lo hubiera hecho en su propio aposento.

Por que no se conocia un solo ejemplo de robo á mano armada, ni de asesinato.

Espíritus nobles y gentiles, en medio de su inocencia, salvaje si se quiere, no hubiera habido un solo gaucho capaz de cometer una villania.

Queria con la pasion que odiaba y en ambos casos, no trataba de ocultar sus pensamientos.

Acostumbrados á la servidumbre y á la reserva de sus patrones;

Habituados ya á la diferencia de gerarquías que habia establecido el señor, tan ríjido en aquellas épocas, el paisano se habia conformado á su posicion triste y aislada, plegando su espíritu bajo el peso de aquel azote del destino, que no alcanzaba á comprender.

Así es que siempre guardaba un resentimiento mudo, pero profundo, hácia el hombre del pueblo, que lo miraba con una indiferencia y desprecio á que no se consideraba acreedor.

Aquellos hombres, vírgenes bajo todos respectos, se vieron tratados por Rosas con un cariño á que no estaban habituados.

Aquel patron aristocrático y noble se igualó á ellos y con ellos compartió desde el trabajo hasta el placer, adoptando su traje y sus costumbres.

Y aquel hombre cuya superioridad en inteligencia y fortuna la comprendian perfectamente, se les mostró superior en todo lo demás, desde el lazo hasta el corazon.

Y amaron profundamente á aquel hombre que á pesar de aquella superioridad asombrosa, no tenia á ménos de hablarles al rededor del fogon, como cualquier gaucho, y les estrechaba la mano como á un igual.

Era el primer pueblero que se mostraba más hombre y más gaucho que ellos mismos y llegaron á tener por él algo como una adoracion apasionada.

No habia sobre la tierra. para ellos, un hombre comparable con el patron Juan Manuel.

Al ver este el número fabuloso de peones que se habia reunido para recibirlo y el regocijo que estallaba en todos los semblantes, comprendió á su vez todo lo que habia ganado en el corazon de aquella gente.

Y su pensamiento cambió de rumbo.

—El hombre que lograra levantar trás

sí, se dijo, diez mil hombres como estos, que reunen á la bravura del leon, la fidelidad del perro, seria en este país lo que quisiera!

Quién sabe si con ellos no se podria cambiar en un segundo la faz del país!

Es un elemento vigoroso, con el cual se podria uno pasear triunfante por toda la Provincia entera.

Y quedó así largo tiempo absorto en sus ideas y en la contemplacion de aquellos hombres que le pertenecian por completo.

Aquellas fiestas fueron las primeras que se hubieran presenciado en la campaña.

Las carretas con provisiones llegaron y se consumieron hasta la última cebadura de mate.

Rosas permaneció tres meses en la Atalaya, organizando los nuevos trabajos de agricultura.

Y una vez que todo estuvo listo y juzgó que su presencia no era allí necesaria, empezó á preparar su viaje al Rincon de Lopez, para dar nuevo impulso á aquel establecimiento, el más importante de todos.

Solo con la promesa de su pronto regreso, logró calmar al paisanaje que queria seguirlo á aquel punto, como lo hubiera seguido hasta la loma del diablo, si allí se hubiera ido.

Entonces recien se convenció Rosas del ascendiente que tenia sobre aquellas masas y el gran partido que de ellas se podia sacar.

Los capataces no sufrieron el menor cambio, pues á ninguno removió del puesto que ocupaba.

Como se lo habia dicho anteriormente, para ellos no significaba todo aquello más que un cambio de patron.

Y por Dios que habian ganado en el cambio, puesto que Rosas les demostró desde el primer momento, que no solo entendia mejor que nadie el negocio de campo, sinó que introdujo mejoras que les dejó con la boca abierta.

Arreglado así aquel establecimiento, Rosas marchó al Rincon de Lopez, despues de haber enviado su segundo chasque á doña Encarnacion, como se lo habia prometido.

Rosas tuvo que enojarse con los paisanos, pues todos querian acompañarlo.

Tuvo que echar suerte para elejir los seis peones que debian acompañarlo en el viaje y volver á prometer de la manera más formal que pronto pegaria la vuelta.

En el Rincon de Lopez era esperado desde hacia más de dos meses, pues ya los capataces habian vuelto con la noticia de que el nuevo patron no tardaria en llegar.

Era aquel un establecimiento de campo planteado con toda la proligidad de que era capaz el desgraciado don Clemente Lopez de Osornio.

Allí las haciendas eran numerosas y las arboledas magníficas.

El trabajo era más metódico, aunque adolecia de la rutina que se ha seguido siempre en el campo, hasta hace muy poco tiempo, en que los estancieros dedicaron un especial cuidado al refinamiento de las razas.

Rosas notó desde el primer momento que aquella estancia podia dar utilidades deslumbrantes, verdaderamente, y se dedicó en cuerpo y alma á su organizacion.

Conocido allí de mentas, por lo que habian oido á otros paisanos, el paisanaje lo rodeó bien pronto atraido por su fabuloso prestijio.

Y quedaron maravillados al encontrarse con un patron más gaucho que todos ellos.

Rosas empezó á practicar las mismas estratajemas que tanto prestijio le habian dado en la Atalaya.

Se puso á domar á la par de los mejores, como á enlazar y tocar la guitarra.

Compartió con ellos desde los trabajos más rudos hasta el mate alrededor del fogon y como en la Atalaya, la fama de sus gauchadas atrajo al Rincon de Lopez

las mejores peonadas, que querian conchavarse con un patron tan hombre.

Rosas notó la adversion y resentimiento que el gaucho profesaba al hombre del pueblo, y lo fomentó al principio sin darse cuenta de lo que hacia y sin objeto esplicable.

Y queriendo solo hacerse un gaucho en costumbres y trabajos de campo, su espíritu fué participando algo del contacto de aquellos hombres, y perdiendo insensiblemente todo su perfume de nobleza.

Y se identificó de tal manera que bien pronto empezó á participar hasta de las ideas de los paisanos, contra la ciudad y sus habitantes.

Sin embargo de esto, Rosas trataba de cultivar su natural y notable inteligencia con los libros que de la ciudad habia llevado.

Y sin desatender sus negocios y el cultivo del corazon del paisano, siguió paso á paso los movimientos políticos que como un vértigo se sucedieron en el país.

Desde allí mantenia frecuente correspondencia con doña Encarnacion, que lo instruia minuciosamente de lo que sucedia en la ciudad.

En seis meses de labor constante y de fatiga, organizó completamente el manejo del Rincon de Lopez.

Introdujo allí tambien la agricultura para emplear los brazos que se le ofrecian.

Y poco despues se encontró que estos le faltaban para dar el impulso que él habia soñado realizar.

Entonces los indios eran amigos en su mayor parte.

Trataban con el gobierno que los mantenia en paz á fuerza de dádivas, pues no podia contenerlos de otro modo, y muchas de aquellas tribus se diseminaban en las estancias buscando trabajo.

Rosas trajo al Rincon de Lopez gran número de indios que dedicó á todos los trabajos, mezclándolos con las peonadas, y se apercibió tambien que aquel era otro elemento formidable del que se podia sacar algun partido.

Quién podria con el hombre que lograse arrastrar los paisanos y los indios unidos?

Era preciso atraerse aquel elemento y á esto puso toda su dedicacion.

Se puso en contacto con los principales caciques, á quienes se atrajo por medio de dádivas y promesas de amistad.

Entre algunos de aquellos caciques, Rosas era conocido por el hijo de aquel cautivo por quien se pagó tan buen rescate.

Sabian que eran suyas todas aquellas estancias, siendo de notarse que jamás en sus invasiones, hicieron en ellas el menor daño.

Rosas maniobró con tanto talento y perspicacia, que al poco tiempo los indios aquellos eran tan suyos como los mismos gauchos.

El *cacique Negro*, sobre todo, que era entonces el más prestijioso de toda la Pampa llegó á tomarle un cariño escepcional.

Lo que su hermano Juan Manuel decia, era lo que debia ser, hasta el punto de que muchas veces lo nombraban juez para resolver sus más intrincadas cuestiones.

Y como estas eran siempre motivadas sobre propiedad de animales, Juan Manuel las arreglaba de una manera única.

Fallaba que los animales en cuestion debian entregarse á uno de los que los disputaban.

Pero acto contínuo regalaba al otro igual cantidad de animales á los que habia perdido por su fallo.

Así llegó á tener un prestijio incalculable entre toda la indiada del Sur, pues sus mentas pasaban de toldo en toldo, como habian pasado de rancho en rancho.

Y su estancia del Rincon de Lopez, parecia el centro de operaciones de un gefe importante.

Rosas no tenia cargo alguno que dimanara del gobierno.

Para los hombres del gobierno era un sér oscuro y desconocido.

Y sin embargo á su voz podian reunirse con facilidad mil hombres que le pertenecian en cuerpo y alma.

Las utilidades del Rincon de Lopez superaron aquel año, como las de la Atalaya, á los más atrevidos cálculos.

Ante ellas quedaron deslumbrados don Leon y doña Agustina.

En aquel solo año las estancias habian producido tanto como en los últimos cinco años juntos, sin contar el notable aumento en los rodeos y majadas y lo que Juan Manuel habia regalado á indios y paisanos.

Por que al gaucho que se presentaba á Rosas pobre y con deseos de trabajar, este le daba cincuenta vacas y su majadita de ovejas, como plantel de un puesto.

Así es que aquel jóven llegó á ser la providencia de los paisanos, que como tal lo miraron.

Arreglado el Rincon de Lopez, Juan Manuel se vino á dar un paseo al pueblo y á ser él mismo portador de una gran cantidad de dinero, producto de las tropas que habia realizado.

Esto era al fin del año 12, lo que quiere decir que habia pasado más de un año entregado completamente á las fatigas del campo.

Tanto sus padres como sus hermanos lo recibieron con el mayor alborozo, tributándole elogios de toda clase, y prometiéndole los primeros, que al año siguiente le darian una fuerte habilitacion, para que, al mismo tiempo que cuidara la de todos, fuera labrando su propia fortuna.

Lo llenaron de regalos de todo género, instándole que se quedara unos meses á descansar en la ciudad.

Rosas aprovechó la alegria de sus padres y quiso hacer algo en beneficio de su enlace con doña Encarnacion.

Con un tacto esquisito, dirijió sus primeras insinuaciones en el espíritu de doña Agustina.

Pero á las primeras palabras ésta se le alzó con el santo y la limosna.

—No hablemos de esto, le dijo, pues miéntras dependa de mi voluntad, no lo consentiré por nada de este mundo.

Y echó en seguida uno de esos discursos en que tan fuertes son las señoras, tendente á probarle que no debia tener más mujer que la que ella le buscara.

A este respecto doña Agustina era por demás rara.

No convenia aquella alianza con su hijó Juan Manuel, y sin embargo mantenia una relacion cordial y estrecha, puede decirse, con la familia de Ezcurra.

Desengañado por este lado, Juan Manuel buscó el apoyo de don Leon que se mostraba más inclinado á dar su consentimiento.

Pero don Leon no queria contrariar á su esposa en este asunto, así es que pocas esperanzas pudo darle.

—Sin embargo, le dijo, yo trataré de convencer á Agustina, aunque me parece cosa difícil.

Puedes estar seguro, de todos modos, que haré por convencerla á favor de tus deseos, todo lo que me sea posible.

Rosas compredió que don Leon no queria contrariar á su esposa, así es que nada podia esperar por aquel lado tampoco.

Resuelto á llevar á cabo su casamiento más ó ménos tarde, puso al servicio de sus planes su rica imaginacion, que vino á sujerirle el mejor espediente.

El hubiera podido casarse aún contra la voluntad de sus padres, pues su calidad de administrador de toda la fortuna de estos, lo hacia completamente libre.

Pero amaba y respetaba á sus padres y queria ántes de llegar á un medio extremo, tratar de lograr su afan de la manera más conciliadora que le fuera posible.

Fué á ver á Encarnacion y le propuso un medio un poco violento pero que tal vez salvara la situacion y arrancara á doña Agustina su consentimiento.

La jóven más enamorada que nunca

por las mismas dificultades que se oponian á su enlace, y que temia que estas concluyeran por enfriar la pasion de Juan Manuel, consintió en hacer lo que Rosas le pedia.

El plan aunque violento para la jóven, ofrecia buenas probabilidades, conociendo el carácter moral y austero de doña Agustina.

El se reducia á que Encarnacion escribiera á Rosas una carta exijiéndole el cumplimiento de sus promesas, por que su situacion era insostenible, y llegaria un momento en que no pudiera ocultar más su secreto.

Rosas haria de modo que la carta llegara casualmente á manos de doña Agustina, y esperarian por donde estallaba la tormenta.

Para una niña como doña Encarnacion, era cosa amarga la confesion de una falta que no existia, mucho más cuando aquella falsa confesion era un golpe de muerte asestado á su porvenir si el plan fracasaba.

Pero tenia por Rosas un amor idólatra y veia en aquella carta la realizacion de sus ensueños más queridos.

La escribió, pues, con temblorosa mano, y la entregó á Juan Manuel, que le prometió reservarla hasta el último extremo y cuando no le quedara más que este recurso.

Así sin querer disfrutar del descanso que sus padres le ofrecieron, y con el pretesto de ser el tiempo de las cosechas, regresó á la Atalaya, prometiendo á Encarnacion que de un modo ó de otro, á la vuelta se casaria.

LOS DOS ENLACES

EL primero de Marzo de 1813, se presentó Juan Manuel en casa de sus padres, cuando estos ménos lo esperaban.

—He realizado pingües utilidades en el Rincon de Lopez, les dijo, y he querido ser yo mismo el portador de ellas.

Efectivamente, se habian hecho grandes tropas en las estancias de Rosas, y se habian vendido productos de agricultura y cuerambre por valor de más de catorce mil patacones.

Entonces las operaciones de campo se hacian de una manera muy diversa á lo que se hace hoy dia.

Los troperos iban á las estancias, apartaban las haciendas y pagaban al contado al administrador ó capataz del establecimiento.

De modo que Juan Manuel era portador de una hermosa suma, sonante y contante, que traia en sus maletas.

Don Leon y doña Agustina, sobre todo, quedaron maravillados, al oir á su hijo estas palabras:

—A pesar de los ganados vendidos y á pesar de esta suma, tengo actualmente más cabezas de las que recibí.

El que fuera á visitar cualquiera de los establecimientos que administro, juraria que de allí no se ha sacado una sola cabeza hace más de dos años.

Y esto era la verdad.

A pesar de las ventas realizadas, y los regalos de hacienda que hacia Juan Manuel, los inmensos rodeos habian aumentado en un diez por ciento.

Orgulloso con estos resultados que se debian á él únicamente, Juan Manuel se presentaba más entonado y con más aplomo, sin perder por esto un átomo del respeto que siempre habia tenido á sus padres.

Era la primera vez que este se presentaba delante de ellos de chiripá, bota de potro y demás adornos de este pintoresco traje.

Don Leon no pudo reprimir un movimiento de disgusto, preguntando á su hijo por qué habia adoptado traje tan villano.

—Es más cómodo para el trabajo, padre mio, respondió.

Con nuestros vestidos es imposible entregarse á aquellos ejercicios.

Y con colores llenos de vida pintó á sus padres lo que era una yerra y una domada.

Doña Agustina se ponia pálida ante los peligros que encerraban tales trabajos, pero experimentaba un justo orgullo al ver á su hijo hecho un hombre tan completo.

Rosas quiso aprovechar en favor de sus amores el buen humor y alegria en que se hallaban sus padres, á consecuencia del objeto de su venida.

Pero á las primeras palabras doña Agustina le impuso silencio

Comprendió que insistir seria para tener un disgusto y cambió de conversacion.

Con pretesto de ir á proveerse de ciertas prendas, salió á la calle, seguido de los peones que lo habian acompañado y fué la primera vez que paseó por ellas con traje de paisano.

Se detuvo en la plaza de la Victoria hoy, donde estaban las morenas con sus *faturas*, y obsequió á sus peones con el contenido de las tipas, pagando él todo el gasto.

Estos estaban electrizados con semejante patron, que no solo no tenia á ménos el usar su traje, sinó que los convidaba y comia con ellos delante de todo el mundo.

Esto sí que se llamaba ser gaucho.

Es que Rosas, queriendo avivar el antagonismo que tenia el paisano por el hombre del pueblo, habia concluido por sentirlo él mismo.

Y todo aquello lo hacia más por humillar á sus relaciones, segun creia, que por ganarse el querer de los paisanos, que ya le pertenecia.

En su apero no habia más lujo que el de trenzados primorosos que él mismo hacia.

Vestia chiripá de seda de vivos colores, poncho pampa, bota de potro con gran espuela y pocos botones en el tirador.

Su mismo rebenque no tenia la menor virola.

Era un simple talero, envuelto en una delicada trenza de tientos de potro.

Cualquiera de sus capataces gastaba más lujo que él.

Pero su hermosura completamente acentuada ya por la edad y el trabajo, se destacaba magnífica dentro de aquel traje típico, atrayendo sobre sí las miradas de cuantos lo hallaban al paso.

Entre las muchachas, sobre todo, Rosas metió una verdadera algarabia.

Todas se asomaban á las ventanas, en apretados grupos, para verlo pasar.

Y la que ménos murmuraba un ¡qué monada! que daba calor.

Montado en un magnífico caballo entero, espléndido en brios como en formas era aquel en realidad un ginete interesante.

Y en este traje hizo su primer visita á Encarnacion, que quedó deslumbrada ante su espléndido gaucho.

Despues de la conversacion general con la familia, en un momento que pudo hablar sin testigos á su nóvia, le manifestó que habia resuelto venir á cumplirle su promesa, y que de un modo ó de otro, no volveria al campo sinó casado, aunque ella quedaria en casa de don Leon.

—En último caso, voy á hacer uso de la carta, agregó, lo que te aviso para que estés prevenida á todo.

Despues de esta entrevista que fué corta, por que su familia queria tenerlo á su lado el mayor tiempo posible, regresó al lado de sus padres, resuelto á despejar la situacion á todo trance.

La carta aquella de que pensaba hacer un uso eficaz, era una carta lacónica pero espresiva, dictada por el mismo Rosas, que conocia á punto fijo los sentimientos más esplotables de su señora madre.

Un miembro de la familia de Rosas, á quien debemos muchos datos preciosos de esta parte de su vida, nos transmitió el testo de aquella carta, que con escasa diferencia era como sigue:

«Juan Manuel:

«Mi situacion se hace insostenible ya por más tiempo.

«Si no cumples tu palabra inmediatamente, me habrás expuesto á la vergüenza pública y te habrás deshonrado tu mismo hiriendo de muerte el corazon de tu

Encarnacion.»

Como se vé la carta estaba calculada á hacer ceder en el acto á doña Agustina.

Juan Manuel tuvo un momento espansivo con don Leon, dejándole entrever que aquel enlace era forzoso de tal manera, que le pidió influyera con doña Agustina para que esta diera su consentimiento.

—Haré lo que me pides, respondió el noble padre, pero nada puedo asegurarte.

En estas cosas es preciso uniformar las voluntades, sin violencia y suavemente.

Tal vez Agustina consienta, desde que dices que es una cosa imperiosa.

Rosas pidió á don Leon no dijera nada hasta la noche, pues él queria predisponer en su favor á su señora madre.

Se fué al aposento de ésta y con una dulzura esquisita, le manifestó que él no se casaria jamás contra su voluntad, y que si no le daba su consentimiento para hacer su esposa á Encarnacion, iba á labrar su desgracia.

Doña Agustina volvió á oponerse, pero con una dulzura maternal.

No podia por otra parte responder de diferente manera al lenguaje cariñoso de su hijo.

Juan Manuel se retiró á sus piezas, fingiendo un abatimiento que estaba léjos de sentir, pues ya entreveia un triunfo completo.

—Antes de cenar, señora, le ruego que vaya á mi cuarto, porque quiero darle un par de razones más, que tal vez la convenzan.

—No me convencerás, dijo la señora sonriendo amorosamente á su hijo, ni tendrás razones que puedan contrarestar las mias.

Sin embargo iré.

A la caida de la tarde, Rosas preparó el golpe que meditaba.

Sobre el pequeño escritorio que tenia en su aposento, puso un manojo de papeles indiferentes al asunto.

Pero en el suelo y delante de la silla, dejó caer aquella carta tan hábilmente calculada, plegada en pequeños dobleces, como para despertar más la femenil curiosidad de doña Agustina.

En seguida se fué al fondo de la casa á arreglar un caballo de paseo, para que cuando fuera aquella, se encontrara sola en la pieza.

Así sucedió en efecto.

Al oscurecer, doña Agustina se dirijió á la pieza de su hijo.

Y como supo por un peon de mano que éste tenia como asistente, que se hallaba en el fondo, lo mandó llamar y entró.

Lo primero que hirió sus ojos, fué el pequeño billete tan cuidadosamente plegado, y lo levantó con ánimo de ponerlo sobre el escritorio.

Pero al tenerlo en la mano sintió picada su curiosidad doble, de madre y de mujer.

Qué mujer no conoce una carta femenina?

Y qué madre no tiene una curiosidad cariñosa de conocer los pequeños secretos del corazon de su hijo?

Doña Agustina, tal vez con el solo ánimo de convencerse que no se habia equivocado y que la carta era de mujer, la desdobló buscando rápidamente la firma.

Y al hallar la de Encarnacion devoró en un segundo el contenido de aquella carta.

Y su espíritu sufrió una sacudida violentísima.

Por que doña Agustina era una noble dama, que no podia mirar con indiferencia una situacion análoga.

Al encontrarse con aquella revelacion inesperada, sintió decaer toda su energía y sus mejillas se empaparon en llanto.

Estas eran las razones que sin duda iba á darle su hijo Juan Manuel, para obtener su consentimiento.

Dobló cuidadosamente la carta que guardõ en el seno, temerosa de que su hijo la sorprendiera y esperó tratando de que su semblante traicionara las emociones que esperimentaba su espíritu.

Rosas tardaba intencionalmente para dar tiempo á doña Agustina á que se impusiera bien de la situacion y buscar un pretesto para sacarle el cuerpo á la conferencia que habia provocado.

El peon volvió al largo rato, diciéndole de parte de su hijo que perdonara que no acudiera en el acto, pues estaba vendando una herida que se habia hecho su caballo favorito pero que pronto acudiria.

Juan Manuel se presentó juntamente con la vieja servidora que venia á avisar que la cena estaba en la mesa.

—Mucho te has hecho esperar, dijo la señora sonriendo, para borrar el último gesto de su semblante espresivo.

Ahora no es justo que hagamos esperar á tu padre.

Luego ó mañana me darás tus famosas razones.

Juan Manuel, en cuanto entrõ, se apercibió rápidamente que la carta no estaba en el suelo, comprendiendo que la señora la habia leido y disimulaba.

—Buen augurio, pensõ.

Y dando un beso á doña Agustina, se manifestõ conforme con aquel parecer, tomándola del brazo y acompañándola al comedor.

De allí regresõ nuevamente con el pretesto de lavarse para sentarse á la mesa.

En vano buscó la carta, no la pudo hallar por ninguna parte, prueba indudable de que doña Agustina la habia guardado.

Como si ni siquiera se sospechara que doña Agustina era dueña de aquel secreto, asistiõ á la cena con su habitual alegria y buen humor.

Buen humor que aumentaba la visible preocupacion de doña Agustina.

Pues suponia que esta preocupacion no podia dar otro resultado que su consentimiento.

Concluida la cena y despues de recibir la bendicion de õrden, los hermanos se levantaron de la mesa y Juan Manuel se retirõ á su pieza, á vestirse para salir.

Cinco minutos despues volvia al comedor, y buscaba con agitacion algo que hubiera perdido cerca del asiento que ocupó en la mesa.

—Qué buscas? preguntõ la señora.

—Nada, respondiõ como turbado.

Un papel que tal vez haya dejado caer en el fondo cuando estuve curando el caballo.

Y saliõ del comedor precipitadamente.

Doña Agustina llamõ á don Leon á la salita reservada, para tener con él una conferencia sobre la carta hallada tan milagrosamente.

La revelacion aquella habia sido para la noble señora una puñalada en el corazon.

Noble y delicada, no se le escapaba que su hijo tendria que reparar aquella falta, y esto venia á trastornar todos sus planes de familia.

Cõmo obligar á Juan Manuel á romper un compromiso de aquella magnitud?

Y era preciso proceder sin pérdida de tiempo si se queria ocultar la falta tan lacónicamente confesada.

Doña Agustina refiriõ á su esposo como habia hallado la carta, y se la pasó para que se impusiera de su contenido.

Con toda la gravedad de situacion semejante, don Leon leyõ la carta y quedõ sombriamente meditabundo.

—Qué crees que puede hacerse para salvar esta situacion? preguntõ doña Agustina.

Es preciso buscar un remedio al mal

por todos los medios á nuestro alcance y dejar bien parado á nuestro hijo.

—Esto no tiene más remedio honorable, señora, repuso don Leon, que un casamiento inmediato.

—Es que esto contraria todos mis planes y mis esperanzas, esclamó la señora llorando de despecho.

—Desgraciadamente no hay otra salida.

Juan Manuel es un caballero y esto no tiene término medio.

O sigue siéndolo, ó se convierte en un miserable.

Aunque nosotros nos opusiéramos con toda nuestra autoridad, lo que es imposible, él, estoy seguro que no cederia, prefiriendo nuestras iras á su deshonor que seria el nuestro.

Quiero creerlo así, por que sinó fuera este su modo de pensar, no tendria un adarme de la sangre de los Rosas ni de los Osornio.

—Entonces? gimió doña Agustina.

—Que se case, pero ántes quiero oir su parecer, pues necesito conocer á este respecto el corazon de mi hijo, íntimamente.

Doña Agustina se reconoció vencida y se conformó con aquella situacion irremediable.

Aceptó en su corazon aquella nueva que se le metia en él, á pesar de todo, y no miró ya el enlace con tanta repugnancia.

Las familias de Rosas y Ezcurra, habian mantenido una amistad estrechísima ántes de los sucesos de 1810.

Sin ser tan pudiente la segunda como la primera, el cariño de ambas era igualmente íntimo.

Más tarde la familia de Ezcurra se arruinó, pero no por esto sufrió lo más mínimo la amistad que las unia.

Acontecimientos de otro órden eran los que habian de producir, sinó una ruptura, por lo ménos un enfriamiento entre aquellas dos familias.

Cuando los sucesos de 1810, la familia de Rosas se declaró abiertamente patriota.

Ya hemos visto la estrecha amistad que tenian don Leon y el general Liniers y como Juan Manuel sirvió á las órdenes de aquel desgraciado jefe.

La familia de Ezcurra, por el contrario, quedó siendo realista, ó goda, como se les llamaba á estas.

Las godas y las patriotas se miraban como enemigas, como que no eran otra cosa.

Y así los Ezcurra y los Rosas cesaron en su intimidad, aunque no llegaron á cortar la relacion.

Y una prueba de ello era que don Felipe frecuentaba la casa de los Rosas, diariamente, como que para la sociedad no eran un misterio sus amores con la gentil Gregoria.

—Casándose Juan Manuel con Encarnacion, objetó la señora, no habrá pretesto para oponerse á los proyectos de Felipe, y tendremos dos casamientos.

—Tengamos veinte, replicó don Leon, que no tomaba parte en estas cosas, dejando que cada cual se casara con quien quisiese.

La cuestion es atender este grave asunto, que para lo demás hay tiempo.

—Vamos á llamar á Juan Manuel, dijo entonces la señora.

—Sí, pues es mejor que esta misma noche quede todo arreglado.

Así levantaremos un enorme peso del corazon de aquella desventurada.

Y en seguida enviaron á llamar á su hijo.

Juan Manuel que esperaba impaciente aquel llamado, se presentó, en seguida, fingiendo una nueva escena que habia preparado para rematar la cosa.

Se presentó con el semblante alterado, el crespo cabello en desórden y con el aire del mayor abatimiento.

—Qué te sucede hijo mio? preguntó alarmada doña Agustina, creyendo que alguna desgracia hubiera acontecido.

—Perdon mis padres, dijo el jóven, precipitadamente y simulando la mayor turbacion.

Vengo á ver qué quieren ustedes, y si no es urgente me retiro en seguida.

—Pero qué te sucede?

—Sucede, mi madre, que he perdido un papel que encierra un secreto que no me pertenece y quisiera hallarlo á todo trance.

Estoy seguro que lo he perdido en casa, por que esta mañana lo tenia y hoy no he salido.

Pero en vano he revuelto todos los sitios que hoy estuve, no le he podido hallar.

—Tan interesante es, hijo mio, que así te alarma su pérdida?

Preguntó doña Agustina sonriendo como solo saben hacerlo las madres en ciertas situaciones de la vida.

—No solo es interesante y grave madre mia, sinó que él encierra un secreto que no me pertenece y cuya divulgacion pondria en la picota á personas que estimo.

Con vuestro permiso entonces, mis padres, me retiro.

Y fué á salir de la habitacion sin aguardar la respuesta, cuando lo detuvo la voz severa de don Leon.

—Es inútil que usted busque más esa carta, mi amigo, dijo severamente, por que ella está en mi poder.

Y enseñó al jóven la carta que aún conservaba en la mano.

Tan natural y espresivo fué el movimiento de asombro que hizo Rosas, que nadie hubiera sospechado que era aquella una escena perfectamente meditada y preparada.

—Con que usted conoce esa carta? esclamó.

Y bajó su hermosa mirada como si cediera al peso de la vergüenza.

—No soy yo quien la ha alzado, agregó don Leon, como queriendo disipar la sombra de un reproche que pudiera hacerle su hijo.

Es su señora madre quien me la ha traido.

—Casualmente llegó á mis manos, dijo esta y sin querer la he leido.

—Han mordido el anzuelo! pensó sin duda Juan Manuel.

Veámos el resultado.

—Qué piensa usted hacer ahora? preguntó don Leon, empleando toda su severidad—necesito saberlo.

—Desde que ustedes conocen mi secreto, balbuceó Rosas, no tengo por qué ocultar más mi situacion tirante.

Pensaba rogar á ustedes agregó con cierto aplomo, me dieran su consentimiento para remediar el mal causado.

—Usted sabia que su señora madre se oponia á este enlace.

—Pero ya no era posible retroceder lo andado.

—Y si nosotros seguimos negando el consentimiento que usted pide, qué hará usted entonces?

Preferirá acaso romper con nosotros?

—Líbreme mi Dios de semejante ingratitud, repuso Juan Manuel mirando á su padre fijamente.

Pero ante mi honor que es el de ustedes mismos, y su voluntad que respeto y acato, siempre tendré una salida digna.

—Y cuál es ella? preguntó don Leon poniéndose de pié.

—Un pistoletazo sobre el corazon.

El golpe no podia ser más teatral.

Ante aquella respuesta el padre se sintió profundamente conmovido.

Miró á doña Agustina de una manera particular y tendiendo al hijo su mano le dijo:

—Eres un noble carácter y un hidalgo corazon..

Me enorgullezco de tener semejante hijo y no solo te otorgo mi franco consentimiento, sinó que te anticipo el de Agustina tambien.

Rosas no pudo contener un movimiento de júbilo, el único sentimiento franco que dejaba escapar aquella noche.

Estrechó cariñosamente la mano que le tendia el noble don Leon, y fué á abrazar estrechamente á doña Agustina.

—Anda hijo mio, anda á dar á tu futura tan dichosa nueva, pues quiero que le ahorres todas las horas de amargura que faltan para el mañana.

Pero ya era tarde, no era propio golpear á aquellas horas una casa de familia y preciso fué esperar hasta el otro dia.

Juan Manuel se consideraba completamente dichoso.

Ya hemos dicho que amaba á Encarnacion con la espontaneidad de un corazon ardiente y con el deseo que enjendra la contrariedad.

Como no podia salir á dar cuenta á su nóvia de aquel feliz suceso, se entretuvo algunas horas conversando con sus padres sobre su sonriente porvenir.

—Con el talento que tienes para los negocios de campo, le decia don Leon, y la habilitacion que te daremos, puedes labrarte una fortuna propia, al mismo tiempo que cuidas nuestros intereses, que son los de todos ustedes.

El enlace es preciso efectuarlo cuanto ántes, por que así lo exije la situacion.

Queda á tu esclusiva voluntad fijar la fecha.

—Yo necesito estar en el Rincon de Lopez del 20 al 25, repuso Juan Manuel despues de meditar un momento.

Así es que aunque quisiera dilatar mi casamiento hasta el 30, que cumplo los veinte años, me seria imposible.

Tengo, pues, que apresurarlo lo más posible, si es que quiero pasar una semana al lado de mi esposa.

—Y por qué no la llevas á la estancia?

—Es vida demasiado salvaje para una niña.

Este era solamente un pretesto, de que se valia Rosas, para ocultar su verdadera intencion, que era no poner ninguna traba á la vida divertida que pasaba en el campo.

Hubiera sido condenarse á la esclavitud de la familia, rompiendo con su ámplia libertad de patron y de patron tan jóven.

Encontraron sus padres muy justa la observacion, y entre los tres se fijó para el casamiento la noche del 16 de Marzo—ocho dias despues.

Se convino además que Rosas traeria su esposa á la casa paterna, donde se les prepararia un departamento.

El jóven asistió á todo y se despidió á horas muy avanzadas.

Inútil es decir que no pudo conciliar el sueño en el resto de la noche.

Los nuevos deberes que iba á echarse encima, el placer de verse por fin dueño de la mujer que amaba y el buen resultado que diera su famoso plan, todo contribuia á quitarle el sueño.

Esto último sobre todo, le causaba alguna zozobra, pues como era natural, la mentira de la carta quedaria en evidencia á medida que pasara el tiempo sin ningun incidente matrimonial.

Pero era inútil mortificarse el espíritu por cosas que no tenian remedio.

Dejó que los sucesos se presentáran á su tiempo y se levantó con la luz del alba como tenia de costumbre.

Para engañar su impaciencia y esperar más tranquilamente la hora á que la familia de Ezcurra se levantara, ensilló su espléndido caballo, y cruzó la vecindad como un torbellino, en direccion á Palermo.

Quién le hubiera dicho entonces que aquel seria su más sombrío escenario!

Cuando regresó y pasó por lo de Ezcurra, el movimiento exterior de la casa le indicó que la familia debia estar en pié.

Ató su caballo, cubierto de sudor y espuma á uno de los postes de la vereda y penetró en la casa al compás de sus sonoras nazarenas.

Por que desde que Rosas vino de la estancia en aquel viaje, no habia abandonado un solo dia su traje de paisano, á pesar de las bromas de sus amigos.

Solamente para sentarse á la mesa se lo quitaba, por que don Leon no queria verlo vestido de aquella manera.

Apénas sintieron el conocido ruido de sus espuelas, salió á recibirlo casi toda la familia, pues de toda ella era querido y agazajado.

—Qué milagro tan temprano! exclamó doña Teodora.

Qué novedad de bulto lo ha hecho dar este madrugon?

—Usted lo ha dicho, pues me trae una novedad de gran bulto.

Les traigo nada ménos que la noticia de que me caso.

Aquellas palabras cayeron como una bomba entre hombres y mujeres.

Todos conocian los proyectos del jóven, más ó ménos, como sabian la oposicion tenaz que hacia doña Agustina.

No estaban preparados para semejante revelacion y vacilaron si Encarnacion seria ó nó la elejida.

Esta, que era la única que estaba en autos de lo que pasaba, se puso densamente pálida y dió vuelta el semblante para ocultar su emocion, lo que intrigó más aún á la familia.

—Les doy la noticia tan temprano, continuó Juan Manuel, por que me caso muy pronto, el 16.

De esta manera quedo listo para poder irme á la estancia del 20 al 25.

—Celebro mucho, dijo la señora Teodora tragando saliva y sin saber lo que le pasaba.

—Y quién es la afortunada que se lleva tan buen mozo?

—Ahí verán ustedes quien ménos lo esperaba, contestó Rosas, queriendo prolongar la angustia que entreveia, para que la noticia causara más sensacion.

—Pero vamos á ver, quién es ella? preguntó á su vez doña María Josefa con acento agudo.

—Por mi parte y miéntras sus padres no se opongan, replicó Juan Manuel abarcando á todos con una mirada jovial y cariñosa, he elejido á la buena Encarnacion ¿qué les parece?

Y miéntras la noticia producia un efecto magistral, se dirijió gravemente á don Juan Ignacio y á doña Teodora, diciéndoles.

—Me otorgan ustedes el honor de desposarme con la señorita Encarnacion?

Nadie fué capaz de responder una sola palabra.

La felicidad se veia pintada en todos los semblantes, pero ninguno acertaba á dominar su emocion.

Juan Manuel tuvo que repetir su pregunta, para desatar la lengua de aquellos padres, que en el momento ménos pensado veian colmadas sus esperanzas, pues aquel enlace era la ansiada felicidad de su hija, á la par que un mundo de nuevas esperanzas para el apasionado don Felipe.

Y miéntras todos se entregaban á la manifestacion de la alegria que experimentaban, don Juan se acercó al jóven y le dijo sériamente.

—Y tus padres qué dicen de esto? has pedido su consentimiento ántes de dar este paso?

—Ya lo creo que sí! cómo iba á comprometerme sin haberlo alcanzado?

Ellos son los que han fijado el dia y los que están más contentos.

Para los Ezcurra, que conocian el carácter tenaz de doña Agustina, aquel paso atrás dado por ella, tenia que llamarles la atencion.

Pero no era del caso ni el momento oportuno para averiguarlo.

Así es que el señor Ezcurra se limitó á responder.

—Siendo esto así y estando Encarnacion conforme no tengo que oponer.

Por el contrario, declaro francamente que es un matrimonio que me hace feliz.

La señora manifestó lo mismo y cada uno de los restantes dió al jóven un estrecho abrazo.

Este se acercó á Encarnacion que estaba profundamente turbada y tomándo-

le las manos permaneció con ellas entre las suyas un largo rato.

La niña estaba turbada hasta las lágrimas.

Aquella era la felicidad de toda su vida, pero una felicidad comprada con una vergüenza, aunque finjida.

Cómo haria para arrostrar serena la mirada de don Leon y doña Agustina, que habian dado su consentimiento creyendo en aquella afrenta?

—No te aflijas, murmuró á su oido Juan Manuel.

Alza la altiva frente que aunque tú guardes silencio, el tiempo pondrá en evidencia la mentira y tu virtud.

La jóven, que no habia pensado en este poderoso desmentido, despejó el semblante mostrándose más serena y risueña.

Desde aquel momento todo fué para la familia de Ezcurra, bullicio y alegría.

Rosas se consideró como de la familia y empezó á disponer las cosas á su antojo.

—Hoy, dijo, me quedo á almorzar con ustedes y quiero que se eche la casa por la ventana.

Y dió en seguida sus órdenes para que se hiciese un almuerzo á la altura del acontecimiento que queria celebrar.

Toda la servidumbre de Ezcurra se puso en movimiento, aumentada por algunos de Juan Manuel que éste mandó buscar á su casa.

Y se improvisó un almuerzo criollo, pero de primer órden.

En aquellos tiempos no se comia como hoy.

Los platos de la cocina moderna eran desconocidos, pero en cambio se bebia mucho mejor.

No se introducian cocimientos nocivos disfrazados de vino, y solo se consumía el bueno y puro vino de Mendoza y San Juan.

La calle de Maipú se llamaba entonces de los Mendocinos.

Por que era en su largo trayecto donde paraban las grandes árrias que conducian el vino y demás productos de aquellas provincias.

En la calle de los Mendocinos no se veian más que negocios de vinos, tabletas, patay, y no tropezaba el comprador con sér viviente que no fuera provinciano.

Pero provincianos de aquellas épocas, verdaderos hermanos que pisaban nuestras calles como camaradas leales y no como conquistadores insolentes.

La servidumbre de Ezcurra hizo pues una escursion á la calle de los Mendocinos y el almuerzo quedó completo.

Solo tomó parte en él la familia y aquellas relaciones muy íntimas, que se resolvieron á perder la tradicional siesta. por tomar participacion en la general alegría.

Entonces si que se echó la casa por la ventana.

El almuerzo duró hasta las seis, en medio de una franqueza verdaderamente fraternal.

A esa hora se levantó Rosas, diciendo que se iba por que tenia que hacer.

—A la noche vuelvo, dijo, acompañado de mi familia que formalizará mi pedido.

Que no se vaya ninguno, por que tenemos que bailar hasta el dia.

Como era de práctica entonces, Juan Manuel Rosas volvió á la noche acompañado de sus padres, quienes pidieron para él la mano de Encarnacion.

Pero aquí fué la grande!

No bien habian concluido de otorgarla, manifestando su alegría, cuando los Ezcurra hicieron á los Rosas, á boca de jarro, igual solicitud.

Querian para su hijo Felipe, la mano de la señorita Gregoria.

Hubo sus cumplidos, sus ceremonias y sus exclamaciones.

Pero tanto don Leon como doña Agustina asintieron en la cosa, prévia esta fórmula ineludible.

—Siempre que Gregoria consienta en ello.

Felipe terció en la conversacion y pidió que se fijara para su boda el mismo dia que debia efectuarse la de Rosas.

Y así se otorgó, *siempre que la niña fuera gustosa.*

En el acto, tanto Felipe como Juan Manuel, salieron en busca de sus relaciones el uno de sus hermanas y hermanos el otro.

Porque segun declararon, era preciso armar aquella noche una jarana descomunal.

Así es que aquella noche hubo en lo de Ezcurra una reunion tan inmensa, que apénas cabia en la casa.

Con los Rosas y los Ezcurra solos, habia para armar un baile.

Qué seria si se agregan las relaciones de ambas familias!

La reunion no pudo ser más espléndida.

Como todas eran relaciones íntimas, se estaba en la mayor franqueza y familiaridad, que es el secreto de la alegría en ciertas reuniones.

La cena fué un banquete y el baile duró hasta las ocho de la mañana.

Rosas estaba hecho el diablo.

Trajo una guitarra, y se reveló como un cantor primoroso y un bailarin inimitable.

Como que tenia la práctica de cuatro años de jaleo!

El asombro de los circunstantes llegó al colmo, cuando lo vieron preludiar un triste, que lloraba solo, y dedicar á su nóvia unas cuatro décimas, como cuatro elejías.

Todos ignoraban que Rosas fuera tan famoso guitarrero y tan soberbio cantor, como ignoraban que fuera el primer ginete del Sud y el más apuesto gaucho de todas las estancias que administraba.

El dia disolvió por fin aquella reunion, con gran disgusto de los concurrentes, que hubieran deseado pasar así una semana por lo ménos.

Juan Manuel, como los demas, se retiró á su casa en compañía de sus padres y hermanos.

Desde aquel dia todo fueron preparativos en las dos familias.

En la de Ezcurra se arreglaban las habitaciones que debian de ocupar don Felipe y su señora, miéntras en la de don Leon se arreglaba un departamento lujoso, con todo el brillo y las comodidades que podian proporcionarse en ese tiempo las familias pudientes.

Y segun cuentan las damas de aquella época que aún viven, el aposento que se le preparó á Rosas, era un primor de lujo y buen gusto.

Don Leon habia mandado hacer á su hijo para la ceremonia, un espléndido traje, pues éste, con el cuento de la estancia y del chiripá, habia descuidado por completo su guarda-ropa.

El deseado 16 llegó por fin, y la casa de don Leon de Rosas se abrió á sus relaciones, con toda la magnificencia y lujo de aquellos tiempos, en que las piezas más vulgares del servicio eran de plata labrada.

Puede decirse que todo lo que de noble y distinguido encerraba Buenos Aires, asistió al casamiento de Rosas.

Se dió un banquete suntuoso, cuya mesa fué abandonada para la ceremonia religiosa, y vuelta á ocupar más tarde.

El baile fué tan animado, que el mismo don Leon, á pesar de su seriedad proverbial y la pulcra doña Agustina, tomaron parte en el más cumplido de los minués.

Rosas vestia el traje de rigurosa etiqueta que le regaló don Leon, y se mostraba orgulloso de la compañera que habia elegido.

Nos cuenta una señora de aquella época, algo de curioso, que transmitimos al lector en la misma forma que se nos relató.

Muchas personas que asistieron á aquel casamiento espléndido como fiesta, y que viven aún, sabrán si es ó no cierto.

Antes de concluir el baile, Rosas se despojó de su traje de etiqueta, y se pre-

sentó en la sala de chiripá y bota de potro.

Algunos, los más, tomaron esto como una espiritualidad, de mal gusto, si se quiere.

Pero el hecho es que al dia siguiente guardó el traje en su ropero, y no usó más que el traje de gaucho, que vistió hasta que empezó á figurar de una manera notable.

Eran las doce del dia siguiente cuando concluyó el baile.

Se habia bailado doce horas seguidas, sin que la alegria y la animacion fueran interrumpidas un solo momento.

Encarnacion pasó á sus lujosos departamentos entrando á formar parte de la familia, sin que por esto se alterase en lo más mínimo el órden de la casa.

Rosas permaneció á su lado hasta el 25 de Marzo, en que ensilló su flete á la madrugada, y se ausentó para el Sur, donde formó el gran núcleo de indios y paisanos con que asaltó más tarde el poder, poder de bien luctuosa memoria!

Es desde esta época de donde realmente arranca la parte más interesante y agitada de su vida funesta.

Veamos la pasmosa habilidad que para la intriga empezó á desplegar recien entonces.

CRECE EL PRESTIJIO

REGRESÓ Rosas á las estancias que administraba y se dedicó por completo á aumentar los capitales que se le habian confiado, al mismo tiempo que aumentaba su gran prestijio entre el gauchaje y los indios.

De cuando en cuando solia hacer sus escursiones á los toldos del temido cacique Negro, que le habia cobrado un cariño de que los indios no son nada pródigos.

El iba siempre acompañado de un buen par de parejeros que le regalaba con todo desinterés, y pequeñas tropas de haciendas que repartia entre los capitanejos é indios más influyentes.

La agricultura recibió tal impulso en sus estancias que los más ricos hacendados empezaron á querer imitarlo, por los brillantes resultados que tuvo.

Muchos de ellos lo buscaron tratando de hacer sociedad con él.

Pero siempre contestaba que nada tenia puesto que solo era un administrador de los intereses de sus padres.

Los gauchos tenian por él no ya cariño, sinó una idolatria ciega.

No habia casamiento de que no fuera padrino, padrinazgos que le costaban sendas cabezas de ganados.

No ocurria desgracia en rancho alguno, ó poblacion, por lejana que fuera, que no estendiera sobre ella su mano generosa, derramando sobre ella un raudal de beneficios.

Y su fama empezó á estenderse por toda la campaña Sur, y su prestigio á aumentar de una manera poderosa.

Los paisanos concluyeron por temer y respetar más *al patron*, como se le llamaba en todo el Sur, que al mismo gobierno.

Su estancia era el amparo del desvalido, el refujio del pobre, y la guarida en que el perseguido por la autoridad, hallaba siempre un decidido amparo y una proteccion eficaz.

Así, al mismo tiempo que lo querian, los gauchos empezaron á temerlo.

El habia organizado sus peonadas de tal manera, que en sus mismas estancias castigaba las faltas de una manera suave primero, y enérgica y cruel más tarde.

Al gaucho ladron, escasísimo en aquel tiempo, y borracho, lo castigaba con severidad extrema.

El que andaba huyendo por muertes cometidas ú otra falta que no fueran las primeras, no solo lo amparaba, sinó que hasta llegó á disputárselo á la autoridad misma.

Al principio sus castigos más duros se reducian á suspender el trabajo al que queria correjir, ó privarlo de su proteccion, hasta llegar poco despues á darles humazos, como se hace con las hormigas.

Para esto habia construido un cuarto de madera, con ese único destino.

Y era tal el respeto y temor que le tenian los paisanos, que sufrian aquellos castigos como la cosa más natural y merecida.

A ninguno de ellos se le ocurrió jamás desconocer el derecho con que le eran aplicados.

Y Rosas llegó á tener sobre ellos tal poder y autoridad, que los hubiera puesto en armas contra el mismo gobierno, si asi lo hubiera querido.

El mando que en ellos ejercia, empezaba á sujerirle ideas que jamás alimentara y que entonces halló muy realizables.

La vida brutal del campo estaba modificando su espíritu de una manera harto sensible.

Su corazon iba perdiendo poco á poco sus prendas más nobles y condiciones más interesantes, miéntras el mando absoluto sobre aquellas pobres gentes, endurecia su carácter, demasiado fuerte y violento entonces.

Pero hasta en el modo de ejercer ciertas maldades, tenia tal tino, que no por ellas le perdia un átomo del cariño que le profesara aquel á quien iban dirijidas.

El contacto de la sangre, en las faenas de campo, y el mal trato que se dá en ellas á los animales, desde la marcacion hasta la carneada, le habian vuelto inhumano, borrando en su corazon hasta el último átomo de sensibilidad que hubiera tenido.

Ver destrozar un animal ó verlo degollar por el delito de haberse cansado, eran ya para él cosas muy naturales y lógicas.

La misma indiferencia podia observarse en él cuando veia destrozarse á puñaladas á dos paisanos que dirimian así una cuestion de juego ó una disputa de amor.

Y él, que dos años antes los hubiera separado reprendiéndolos con su palabra más ágria, los miraba con la mayor tranquilidad, haciendo, cuando mucho, un cumplimiento al vencedor.

Sus padres seguian deslumbrados por el brillo de los resultados obtenidos, tanto en hacienda como en sementeras.

Lo habian interesado en todos los negocios para premiar sus desvelos y alentarlo á que siguiera en aquel camino.

Queriendo hacerse el gaucho para dominar á los paisanos, habia concluido por serlo él mismo de la manera más completa, participando no solo del modo de ser de aquellos sinó hasta de sus preocupaciones más triviales.

Cuando el patron amanecia mal humorado se veia á los peones no abandonar un momento el trabajo.

En cambio, cuando estaba de buenas, le sacaban, segun su espresion gráfica, hasta la pepa del alma.

Qué peon suyo no tenia, regalada por él, una punta de yeguas y un rodeo de cincuenta cabezas?

Del Rincon de Lopez á la Atalaya y de esta estancia á la otra, pasó el primer año que siguió á su casamiento, organizando todo de una manera admirable, y dando trabajo á grandes peonadas.

A principios de 1814, recibió una carta de su familia, llamándolo.

Doña Encarnacion estaba próxima á ser madre y deseaba tenerlo á su lado en el temido trance.

Juan Manuel preparó su hermosa tropilla y reunió todos los beneficios pecuniarios de las estancias, para llevarlos á sus padres.

Con ellos pensaba aumentar el ascendiente que le habia dado con don Leon y doña Agustina, su espléndida administracion.

Dejó al frente de las estancias á los capataces más hábiles, con minuciosas ins-

trucciones á todos respectos, y se vino á la ciudad acompañado de media docena de paisanos.

Fué aquel un dia de duelo para sus numerosas peonadas.

—No se aflijan que pronto pego la vuelta, les dijo y se vino á la ciudad, jugueteando entre los espléndidos caballos que componian su lujosa tropilla.

Y sus peones se conformaron, fiados en la pronta vuelta, pues sabian que el patron cumplia al pié de la letra su más insignificante promesa.

Rosas llegó á tiempo de ver nacer á su hijo Juan, cabeza destituida de toda inteligencia.

Este hombre torpe y sin ninguna educacion segun sus parientes más cercanos, pasó sin dejar un solo rasgo digno de ser consignado en esta historia.

Juan Manuel, como se lo habia sospechado, concluyó de deslumbrar á sus padres con la suma de que era portador, al estremo que estos no hallaban frase suficientemente espresiva para ponderarlo.

Doña Encarnacion se consideró feliz con el recien nacido.

Ya tendria en que distraer las largas ausencias de su esposo.

Los pocos dias que permaneció este en Buenos Aires, los empleó en estudiar, aunque á vuelo de pájaro la situacion del país.

Tendió su vista de águila por el horizonte político y sintió por segunda vez que la ambicion golpeaba fuertemente á su deseo.

Se encontró con que los cabildos y los gobiernos se sucedian unos á otros, sin tener la mitad de su prestijio.

Y al contemplar los elementos y el órden de cosas, sonrió y dijo sentenciosamente:

—Con la mitad de mis gauchos echaria yo esto abajo en ménos de cuatro horas.

Y no estaba lejos el dia en que, al frente de ellos, habia de venir triunfante hasta la Plaza de la Victoria!

Lleno de estupendas ilusiones, regresó á las estancias, deseando dar más vuelo aún á su creciente prestijio.

Su fantasía iba poblada de sueños de poderío sin límites y de ambicion nunca saciable.

A tal punto iba empapado de estas ideas de grandeza que mediante un gran esfuerzo de voluntad logró contener la impetuosidad de su carácter, mostrándose más bueno que nunca.

—Ya llegará tiempo de apretar, decia.

Y cuando contemplaba aquel inmenso núcleo de paisanos que salia á recibirlo, se convencia cada vez más de su poder, deseando aumentarlo á toda costa.

Y fué tal la influencia que llegó á tener en el Sud, con paisanos é indios, que el mismo gobierno empezó á alarmarse de aquella especie de señor de horca y cuchillo que se levantaba á sus espaldas.

Las luchas sangrientas por que pasaba el país para repeler los últimos vestijios del servilismo y los enormes sacrificios que se hacian con este objeto, pasaron indiferentes para él.

Miéntras los patriotas se diezmaban por cubrir de gloria el nombre de la naciente nacionalidad argentina, él permaneció encerrado en sus estancias, concretándose á ser el Dios de los gauchos.

Su vida en el campo era una estraña mezcla de labor y fiestas.

No pasaba una sola semana, sin que armara un par de bailes que hacian época en la campaña.

Por que á los bailes que el patron armaba, concurria el paisanaje de ambos sexos, de quince y veinte leguas á la redonda.

Quién era aquel que pudiera quejarse de pobreza, una vez que la habia hecho conocer del patron?

No habian concluido de detallar sus desventuras, cuando Rosas los mandaba que apartasen de los rodeos tal ó cual cantidad de hacienda, que se les contramarcaba y regalaba en seguida.

Estas dádivas disgustaban profundamente á los viejos servidores de don Leon.

Pero quién se atrevia á hacerle la menor observacion?

Hubiera sido esponerse nécia é inútilmente al estallido de su cólera, tan fácil de despertar.

Y callaban aunque á muchos de ellos se les caian las lágrimas al ver la facilidad con que se desprendia de importantes troncos de hacienda.

De la misma manera que se habia impuesto al paisanaje, empezó á imponerse á los indios, á quienes hacia valiosos regalos y despertaba la admiracion, haciéndoles presenciar sus proezas.

Y estos regalos eran los que más resentian á los antiguos servidores de don Leon.

Para comprender mejor á los indios y entenderse con ellos más fácilmente, Rosas aprendió la lengua, que llegó á hablar en poco tiempo al estremo de confundirse su acento con el de un salvaje.

Para ello le sirvió de maestro el indio Manuel, lenguaráz en los toldos del cacique Negro.

Llegó Juan Manuel á tener tal prestijio entre los indios, que en las diversas invasiones que trajeron estos, capitaneados por el referido cacique, no tocaron un solo animal de su marca ni de sus establecimientos.

Todos le llamaban mi hermano Juan Manuel, y le consultaban hasta sus más insignificantes tratados con el gobierno.

Y Rosas llegó á ser el verdadero cacique de esas tribus, que lo miraban como un génio y un aliado, pues así él se los habia dicho.

Muchas veces demoraron una invasion ó un cambio de toldos por que él se hallaba ausente.

Y entonces suspendian el negocio hasta que venga mi hermano Juan Manuel.

Una sola persona en el Sud era capaz de contrarestar la influencia de Rosas con los indios.

Este era el acaudalado estanciero don Francisco Ramos Mejía, que compró los inmensos campos de Mari Huincul al mismo cacique Negro.

De esta persona nos ocuparemos más detenidamente en los siguientes capítulos.

Por otro lado, la influencia de Rosas era incontrarestable.

Fué con estos elementos que preparó su tremenda dictadura.

En ese mismo año (1814) hizo otro viaje á Buenos Aires, para traer personalmente las nuevas utilidades y dar cuenta á sus padres del fabuloso pié de progreso en que estaban sus establecimientos.

Viendo entonces que el traje de paisano era el que apesar de todo habia adoptado Juan Manuel, doña Agustina le regaló una camiseta primorosamente bordada por ella, miéntras don Leon le presentaba un rebenque, cuyo cabo de plata incrustado en oro era un verdadero objeto de arte.

Fueron los dos objetos que el jóven recibió con mayor agradecimiento, ofreciendo no separarse nunca de ellos, sobre todo del rebenque que era cosa más duradera.

Y permaneció en casa de sus padres y esposa hasta principios de 1815, época en que regresó al Rincon de Lopez.

Allí tuvo al llegar un disgusto sério, que terminó con la espulsion del más antiguo de los capataces, servidor del tiempo en que vivia el señor Lopez de Osornio, por cuya razon era muy considerado.

Parece que, á pesar de órdenes espresas de Juan Manuel, el capataz se habia negado á que el cacique Negro apartara doscientas vacas en el rodeo.

Aquel viaje de regreso lo hizo entre todo género de fiestas y demostraciones.

El paisanaje salia á recibirlo en pandillas, por que en cada pueblo que pasaba se armaban grandes bailes en su honor.

Y á todos asistia con igual placer, tra-

tándolos con una afabilidad que les tenia el juicio dado vuelta.

Despues de la despedida del capataz, con la que sentaba todo el poder de que se hallaba revestido en la administracion de las estancias, obsequió á sus peones con una fiesta campestre, cuyas fantásticas descripciones pasaron á los pueblos del Oeste y Norte.

Cada peon tenia derecho de invitar á cuanto amigo ó amiga tuviera.

De modo que es fama que en el Rincon de Lopez se reunieron en aquella fiesta más de dos mil personas.

Así es que solamente la carneada de cada dia, era de quince ó veinte animales vacunos, que se carneaban con cuero.

Rosas tomó parte, venciendo á los más hábiles, en todos los ejercicios á que se entregaban durante la fiesta, desde domar al potro más chúcaro, hasta echar la más interesante partida de taba.

En los bailes era inútil disputarle la competencia, por que ninguno cepillaba como él un malambo, ni echaba la relacion de un gato con más gracia y más ají.

En lo único que Rosas no descolló fué en la bebida.

Tenia horror á la bebida y no se acercaba una copa á los lábios, sinó allá por muerte de un obispo.

Concluidas aquellas interminables fiestas, Rosas se dedicó á los trabajos del establecimiento, con más empeño que nunca.

Otro de los antiguos capataces, hombre viejo é inseparable del espulsado por el patron, se retiró pretestando que estaba muy viejo y ya el trabajo se le hacia demasiado pesado.

Pero en realidad era por no abandonar á su compañero de medio siglo.

A pesar de ser los capataces más prácticos y que más número de peones manejaban, no se echó de ver su ausencia.

El patron se multiplicaba en todas partes, atendiendo á todo con una actividad incalculable.

Y á pesar de la manera ejemplar como trabajaba, no cambió en nada su modo de vivir.

No faltaba al más humilde velorio, que con su presencia y la comitiva que lo seguia se volvia alegre y lleno de animacion.

Y cuando no tenia noticia de que los hubiese en parte alguna, los armaba en su estancia, con un lujo, que parecia esperaba recibir á las personas de la más distinguida sociedad.

Y eran todos gauchos y paisanos de los más humildes.

Con todas ellas bailaba hasta pelarse los talones.

Con la una por hermosa, con la otra por fea, con aquella por desgraciada y la de más allá por pobre.

Así es que todas tenian que hacer y agradecerle, quien una atencion, quien un cumplimiento y quien un regalo.

Por que de estas fiestas Rosas salia, generalmente, sin más pilchas que la camiseta y el rebenque que le dieron sus padres.

Las demás, desde el sombrero hasta las espuelas, las habia repartido entre el paisanaje, que las recibia como las reliquias de un santo.

En las grandes poblaciones del Rincon de Lopez, iban á refujiarse los perseguidos por las autoridades de campaña.

Y quién los sacabá del amparo del patron?

Su vida, como hemos dicho no se alteró en lo más mínimo.

Seguia llevándola despues de casado, lo mismo que cuando era soltero, sin la más mínima variacion.

—No me muevo de las estancias hasta fin de año, habia dicho, por que quiero que al ver las utilidades que yo llevaré, se caigan de espaldas de puro asombro.

Y no omitia esfuerzos para que aquel año las utilidades fueran dobles que las anteriores.

Entre tanto por la ciudad y en la mis-

ma casa de sus padres se le estaba armando una tormenta que no debia tardar en estallar y que iba á ser la causa de un cambio radical de su vida.

UNA TORMENTA EN EL CORAZON

LOS dos capataces que habian salido de la estancia, vinieron directamente á casa de doña Agustina, que los queria con veneracion.

Eran viejos servidores de sú padre, y esta sola consideracion habria bastado para que ella los conservara á su lado miéntras vivieran.

Doña Agustina recibia á la vez dos golpes á cual más violento y récio.

El primero era la pena que experimentaba, al ver despedidos por su hijo, aquellos servidores leales que la habian visto nacer, enjendrando en ella un cariño que habia ido creciendo á medida que pasaba el tiempo.

El segundo era para la noble señora más duro que el primero.

Juan Manuel conocia las atenciones, y cariño que ella tenia siempre para aquellos dos antiguos servidores, y sin embargo los arrojaba al medio del campo, sin preocuparse de la pena que tal medida iba á causar en ella.

Y cuál era la causa de aquella medida cruel y áspera?

La leatad de aquellos buenos servidores, que no habian consentido que un indio miserable fuese á apartar doscientas cabezas de sus mejores haciendas.

Con qué derecho su hijo disponia del caudal fiado á sus manos, para repartir así nada ménos que entre los indios?

Doña Agustina, llorando de despecho mandó que aquellos hombres quedaran en su casa y llamó á su esposo para poner en su conocimiento la inesplicable conducta de Juan Manuel, para que éste lo llamara al órden y le obligara á reponer los capataces.

Don Leon que no tenia por ellos tan gran cariño y que palpaba los brillantes resultados de la administracion de su hijo, oyō la queja de doña Agustina, sin la vehemencia con que ésta habia escuchado la de los capataces.

—No podemos meternos en esto, hija mia, le observō aquel hombre recto.

Juan Manuel ha recibido de nosotros ámplios poderes para proceder en los establecimientos que él administra, única condicion que nos puso.

Pedirle que reponga esos capataces, es pedirle que decline de su autoridad y mostrar á los demás empleados, subordinados á él, que aunque él tome ciertas medidas, hay alguien que tiene el poder de enmendarlas y desaprobarlas.

Esto es imposible, pues conozco á Juan Manuel y por nada de este mundo aceptaria la posicion ridícula en que lo quieres colocar.

Tú puedes interceder con él, no me opongo, pero no podemos proceder contra él deshaciendo lo que hizo, ménos, sin conocer las razones que á proceder así lo impulsaron.

—Es que esas razones son una nueva acusacion contra él, repuso con cierta acritud doña Agustina.

El ha despedido al capataz, por que no permitiō que un indio miserable apartase doscientas cabezas de las mejores haciendas.

—Quién sabe el objeto que tenia nuestro hijo al ordenar que hicieran ese aparte?

Puede ser, y es lo presumible, que aquello no haya sido más que una especulacion que le quintuplicara el valor de esas cabezas.

Tú sabes la cantidad de indios que trabajan con él y los habrá querido contentar así.

Sobre todo, el motivo que ha tenido para despedir al capataz, es el haber este desobedecido una órden especial suya, que mandó permitieran aquel aparte.

Es verdad que pudo haber procedido

con más blandura, castigando al capataz de otra manera pero no por eso la falta es ménos grave.

Ya sabemos que don Leon habia sido militar muchos años, así es que todas estas cuestiones las miraba bajo el punto de vista de la disciplina y el respeto colectivo.

—A dónde iríamos á parar si un oficial tolerase la insubordinacion en un sargento, en atencion al cariño ó á sus antiguos servicios?

Al dia siguiente, los soldados pasarian sobre sus órdenes y este oficial, con aquella debilidad habria enterrado la autoridad de su empleo.

Es el mismo caso y francamente yo no tengo nada que observar.

Tú puedes protejer á esos hombres por los medios á tu alcance.

Pero reponerlos en sus empleos, seria matar la autoridad de Juan Manuel, y autorizar á que las peonadas se opusieran á cualquier órden que les pareciera mal.

Doña Agustina escuchaba solamente á su pasion, como todas las mujeres, y á pesar de todo, insistia en que aquellos hombres fueran repuestos en sus empleos.

No queriendo darse por vencida ni ceder á las justas razones de su esposo, doña Agustina se retiró á sus piezas, dispuesta á empeñar otra batalla al dia siguiente, segura en que al fin habia de salir victoriosa.

Al otro dia muy temprano hizo llamar á los capataces, para tratar de aclarar este punto.

Cuál era el objeto que tenia su hijo al hacer semejante regalo?

Y se encontró con un trago más amargo del que podia esperar.

Los dos leales servidores, la impusieron detalladamente, de la vida que su hijo llevaba en la estancia.

Aquel regalo de doscientas cabezas era una miseria al lado de otros que su hijo hacia con suma frecuencia.

—Tiene una facilidad pasmosa, le decian, para desprenderse de las cosas.

El no solo regala á los indios, sinó al primer paisano que llega inventándole una situacion miserable.

En el tiempo que ha estado en el Rincon de Lopez, agregaban, el patron lleva ya regaladas más de mil cabezas.

Cualquier paisanita que le halagaba el amor propio con una sonrisita ó una guiñada, pone puesto, y qué puesto! con las vacas y ovejas que le dá el patron.

Y si ella tiene familia, cuente su merced con que toda la familia queda igualmente protejida.

Si no fuera por esto los rodeos de las estancias serian una maravilla.

Pero llega á tal extremo la pasion de regalar que tiene el señor don Juan Manuel, que si asiste á un baile, sale sin más prenda que el rebenque.

Todas las ha regalado entre la concurrencia.

Y en seguida aquellos dos hombres impusieron á doña Agustina, la vida de desórden que llevaba su hijo.

Las grandes fiestas que daba al paisanaje en las estancias fueron descriptas con gran exajeracion, pues todo su interés estaba en que Juan Manuel fuera separado de la administracion de las estancias, para volver ellos.

Así es que las carneadas con cuero fueron exajeradas en lo posible y el número de las pipas de vino y caña consumidas en estas fiestas, fué triplicado.

—Si esto sigue así, concluyó el más viejo de los dos, dentro de poco la fortuna de cualquier paisana, será mucho mayor que la de su merced misma.

Cuando el capricho por alguna de ellas le dura largo tiempo, cuente su merced con que puede poner estancia, no digo puesto.

Por que á las vacas se siguen las puntas de yeguas, á estas las ovejas y á las ovejas, la lana y la cerda.

Y toda esta cantidad de hacienda im-

porta lo que su merced no puede figurarse.

Doña Agustina estaba profundamente indignada.

Le habian tocado el bolsillo y habia saltado como un resorte.

Ya hemos manifestado que doña Agustina era agarrada y no podia escuchar la relacion de aquel despilfarro sin sentir una desesperacion creciente.

Aquel mismo dia habló con don Leon, refiriéndole todos aquellos hechos inauditos.

—Si no queremos que nos arruine en poco tiempo, esclamó, es preciso quitarle terminantemente el derecho de regalar nuestras vacas.

De otra manera tendremos que arrepentirnos más tarde.

—Pero es que tampoco nos podemos fiar del informe que dan los capataces ofendidos, sin escucharlo á él.

Yo veo los enormes beneficios que nos trae Juan Manuel, asegurándonos que queda además un aumento de tanto ó cuanto por ciento del capital efectivo en animales existentes el año anterior.

O Juan Manuel es un brujo que hace tales milagros despues de regalar miles de cabezas, ó esos hombres mienten y exajeran, ó nuestro hijo nos engaña para obrar con mayor impunidad.

De todos modos es preciso que venga para escucharlo y saber lo que dice.

Antes no me resuelvo á tomar la menor medida.

—Pues entonces hagámosle un chasche llamándolo.

—Jamás le haré esa ofensa, vive el cielo!

Hacerlo venir, nada más que para que responda á la acusacion de empleados que ha despedido?....

Vamos Agustina, hija mia, esos truanes te han engañado con sus fábulas hasta el punto de hacerte perder tu habitual buen juicio y claro discernimiento.

El no debe tardar en venir, por que se acerca el fin de año; será cuestion de un dia más ó ménos.

Entre tanto, Rosas conocia por cartas de su esposa, que algo grave sucedia en la familia.

Encarnacion habia observado la frecuencia con que sus suegros hablaban larga y sijilosamente, desde la llegada de los capataces y el empeño que tenia doña Agustina en hacerlos reponer.

Y habia escrito largamente á Juan Manuel, participándole lo que sucedia.

Ella ignoraba por completo las confidencias hechas á doña Agustina, y por consiguiente nada habia podido decir al respecto.

Si Rosas lo hubiera sabido, hubiera venido á la ciudad reventando sus mejores caballos.

Doña Agustina entre tanto habia hecho de la cosa cuestion de vida, incomodando diariamente á su esposo, en el sentido de separar á Juan Manuel de su puesto importante.

Pero don Leon permanecia inflexible, y firme en su primer resolucion de esperar á que su hijo viniera.

Y todas las noches tenian á este respecto sus conferencias, que empezaban á dejenerar en altercados más ó ménos enojosos.

Siempre insistiendo doña Agustina y siempre negándose don Leon á hacer llamar á su hijo.

—Cuando él venga tal vez sea tarde ya, esclamaba la señora.

Quizá haya á estas horas dispuesto de cuanto tenemos, en beneficio de sus festejantas y de los haraganes que lo rodean.

—Tú ves visiones Agustina, tu ves visiones.

Ya verás como todo no pasa de una perversa calumnia, de esta gente grosera, al fin y al cabo, capaz, por ejercer una venganza contra nuestro hijo.

Por nada de este mundo añadió, afrentaré á mi hijo querido con una sospecha

ó con una injuria sobre su honradez proverbial.

Ya verás como sin necesidad de preguntarle nada, él nos detalla lo sucedido con toda la honradez de su espíritu elevado.

A pesar de esta reflexion severa, doña Agustina no dejó de molestar á su esposo, todas las noches, tratando de influir en su espíritu para que hiciera venir á Juan Manuel, con cualquier pretesto y dejar los establecimientos como ántes.

A lo que don Leon se opuso más sériamente que nunca.

—Quiere decir que estás dispuesto á dejar que ese calavera nos arruine?

—No seas tan vehemente hija mia, y esperemos.

Rosas entre tanto, apurado por las cartas de Encarnacion, apresuró sus operaciones cuanto le fué posible y se puso en camino para la ciudad.

Para que sus padres pudieran palpar los adelantos hechos en su administracion, habia preparado unos estados llenos de prolijidad, detallando las existencias de que él se habia recibido, y el notable aumento que habian tenido, fuera de las utilidades rendidas.

Con estos papeles y grandes sumas de dinero, se vino á la ciudad dispuesto á rechazar cualquier pedido que se le hiciera sobre reposicion de los dos capataces.

Y llegó en un momento que no podia ser más oportuno.

Sin hacerse anunciar, ni haber participado su pronto viaje, se coló de rondon en la casa paterna, para sorprender de una manera tan agadable á sus habitantes.

Y llegó á las piezas de doña Agustina, sin que lo viera nadie, y casualmente en momentos que esta sostenia con don Leon, una verdadera querella.

LA TEMPESTAD

AQUEL dia los capataces habian cargado la mano en sus revelaciones y la señora estaba irritadísima.

Aquella vida licenciosa y aquel derroche continuo de intereses valiosos, levantaba una. verdadera tempestad en su espíritu mezquino.

Ella no detenia su pensamiento en la manera prodijiosa con que Juan Manuel habia levantado los intereses á él confiados.

No se detenia un momento á meditar en los caudales que habian producido las estancias en aquel corto tiempo, á cuyo lado, lo que Rosas podia regalar era un grano de arena.

Para ella no existia más que aquel derroche escandaloso, que estaba dispuesta á cortar de cualquier modo.

Rosas se detuvo en la ante-salita, estrañando el tono ágrio de aquella conversacion.

Y escuchó atentamente, comprendiendo que él era el tema.

Era casualmente cuando la conversacion llegaba á su parte más grave.

—Es necesario tomar una medida enérjica que corte el mal de raíz, decia doña Agustina.

Yo no puedo consentir que por una debilidad de carácter se vaya al suelo una fortuna que es la de nuestros hijos.

—Pero es que yo no veo ese peligro, replicaba don Leon mansamente.

La administracion de Juan Manuel nos ha dado grandes utilidades y la hacienda de las estancias ha aumentado á una cifra enorme.

Que él regale unas cuantas vacas no quiere decir que nos arruine.

Cuando él que es tan previsor lo hace, tendrá sus razones de conveniencia.

—Es que los regalos de grandes puntas de hacienda, no son simplemente á

los indios y gauchos pobres, como pensamos.

Sus dádivas más escandalosas, los trozos de hacienda más hermosa, van á poder de las mozuelas y gauchas que lo engañan y á quienes entretiene á costa de nuestra fortuna.

—Es preciso fijarse, dijo don Leon, usando por primera vez de alguna firmeza.

Es preciso fijarse que estos son cuentos de dos hombres á quienes ha despedido, y que es natural quieran vengarse de alguna manera.

Seria preciso escuchar lo que nuestro hijo nos diga en su descargo.

—Seria inútil, pues no se habia de atrever á confesar la verdad.

El dispone para pagar sus mujerzuelas, de una fortuna que no le pertenece, y yo no puedo consentir en nuestra ruina.

Por lo ménos mandemos allí á Prudencio ó Gervasio que lo acompañen, á ver si así se detiene en generosidades tan perjudiciales.

Rosas escuchaba aquel diálogo y se ponia la mano sobre el corazon para contener los latidos, temiendo fueran á oirse en la pieza vecina.

Trémulo de indignacion y de dolor al escuchar que sus propios padres dudaban de su honra inmaculada, habia momentos en que creia soñar, y necesitaba sacudirse de los cabellos para convencerse de que aquello era una realidad.

Cómo, sus padres, que veian crecer aquella fortuna bajo un hábil manejo, dia por dia y hora por hora:

Cómo, sus padres que no habian hallado palabra con que ponderarlo, lo escarnecian ahora, creyéndolo un derrochador, sin más fundamento que la declaracion de dos miserables?

Aquel golpe fué terrible para el jóven, que sintió roto en un momento todo su porvenir y sus sueños más hermosos.

Porque él ya no podia quedar un momento más al frente de la fortuna de sus padres desde que estos habian dudado de su integridad y de su honor.

Era la primera espina que Rosas encontraba en su camino, y que abria una herida profunda en su corazon recto.

La indignacion secó las lágrimas que el dolor habia hecho asomar á sus hermosos ojo.

Y tratando de dar á su semblante una espresion más tranquila, penetró á la habitacion donde hablaban sus padres.

Era la primer vez de su vida que lo hacia sin pedir permiso.

Al ruido de sus espuelas, los padres volvieron la miraba y se encontraron frente á su hijo que permanecia delante de la puerta, en ademan severo pero tranquilo.

—Cómo, tú aquí? preguntó don Leon alegremente, pues la presencia de su hijo le hacia olvidar todo.

No te esperábamos.

—Si señor, he venido á traer una fuerte suma de dinero y al mismo tiempo á informarles á ustedes del estado próspero de los establecimientos.

Veo que no podia haber llegado en momento más oportuno y me felicito de ello.

Y avanzó hasta la mesa á la cual se hallaban sentados sus padres.

Doña Agustina se sintió poderosamente conmovida ante la actitud tranquila del jóven y la nobleza impresa en todas las líneas de aquella hermosa fisonomía.

A juzgar por sus palabras, comprendia que Juan Manuel habia escuchado la mayor parte de la conversacion y se arrepintió, aunque tarde, de las espresiones duras que habia vertido.

—Qué casualidad! dijo Juan Manuel, con una jovialidad harto finjida.

Es tan asombroso el aumento que ha habido en las haciendas, desde que están á mi cargo, que queria que ustedes pudieran apreciarlo por cifra.

Al efecto, este último mes me habia ocupado en levantar un estado prolijo de



SE ENCONTRARON FRENTE A SU HIJO

todo, que traigo conmigo y que prueba lo que dejo dicho.

Así es que todo está listo para hacer la entrega inmediata á la persona que ustedes nombren para sustituirme.

Al decir estas palabras era tal la emocion que vibraba en su voz, que doña Agustina se sintió conmovida hasta las lágrimas.

Hubiera hecho cualquier sacrificio por borrar de la memoria de su hijo, los reproches que le habia hecho.

—Tengo mi conciencia tranquila, continuó el jóven y mi delicadeza y mi honor quedan tan límpios como ántes, aunque mis padres hayan dudado de él.

Es cierto que yo he regalado alguna hacienda, pero sin perjuicio de una fortuna que he sabido centuplicar con el sudor de mi frente.

Yo no arruino á mis hermanos, madre mia, y si he hecho aquellos regalos, ha sido por conveniencia de los mismos establecimientos.

De esta manera me aseguraba que los indios no vendrian nunca á robar á nuestros campos, y aseguraba con una miseria la lealtad de los paisanos, cuyo honrado trabajo ha contribuido en gran manera á la prosperidad de esos bienes que se me acusa de derrochar.

Pero, hay algo que me duele más que todo y que me humilla de una manera vergonzosa, continuó, deteniendo con un ademan la palabra en el lábio de doña Agustina.

Mi señora madre ha dudado de mi honor, sin otro fundamento que la delacion de dos miserables despedidos por mí.

Qué, la conciencia de mi honradez no estaba más arriba que todo eso?

Y la voz del jóven temblaba de indignacion y de coraje.

Era la primer vez que recibia una injuria, y aquella debia ser más íntima, cuanto que era inferida por sus padres y tenia que devorarla con su vergüenza.

Don Leon estaba lívido como un cadáver.

Comprendia que la indignacion de su hijo era justa y experimentaba un dolor agudo al escuchar su palabra severa y noble.

Doña Agustina estaba conmovida é impresionada.

—No es bueno proceder tan ligero, dijo al fin don Leon con palabra insegura.

Agustina se ha dejado impresionar por la relacion absurda y exajerada de esos dos hombres, pero todo no pasa de un acaloramiento momentáneo, que no tendrá la menor consecuencia.

—No hagas caso hijo mio de lo que puedas haber oido, añadió doña Agustina, todo ha sido á causa de una mala impresion.

—Es inútil señora mi madre, dijo Rosas con soberbia altivez.

Una sola vez se duda de mi honor, señora mi madre, por que no doy lugar á que se dude dos veces.

Usted ha creido que yo derrocho sus intereses, hasta el extremo de temer la ruina.

Yo voy á demostrar lo contrario ahora mismo, y en seguida á hacer entrega de mi administracion á mi hermano Prudencio, ó á quien ustedes indiquen.

Nunca creí que mis padres dudaran de mi honor, pero una vez que esto ha sucedido, no puedo permanecer un minuto en un puesto donde mi honor padece.

—Nó, vive ¡ Dios! exclamó don Leon resueltamente.

Tú seguirás al frente de las estancias, por que eres una persona hábil y honrada como nadie.

Basta, pues, de escenas violentas y no se hable más del asunto.

—Todo es inútil, señor.

Desde hace un momento he dejado de ser administrador de las estancias, y no habrá nada en el mundo que me obligue á desistir de esta resolucion.

Doña Agustina comprendió recien to-

do lo que habia herido á su hijo, se levantó y lo estrechó en sus brazos.

—Quédate hijo mio, le dijo sollozando.

Si no, voy á creer que no me quieres y que me guardas rencor.

—Líbreme Dios de perder el cariño y respeto que á mis padres debo!

Pero líbreme tambien de autorizar una mancha en mi honor.

Los amo y los respeto como siempre, pero no insistan más, por que mi resolucion es irrevocable.

No vuelvo más á las estancias sino para entregarlas.

Tal vez esos capataces que han traido el cuento administren mejor que yo.

Una escena patética tuvo lugar entonces.

Doña Agustina, llorando tiernamente, rogó á su hijo que no insistiera en su determinacion, y concluyó por pedirle perdon de la duda que habia abrigado un momento.

Don Leon quiso convencerlo con todo género de razones, concluyendo por mandarle que permaneciera en su puesto, pero Rosas fué inflexible.

Era la primer vez de su vida que mostraba á sus padres toda la firmeza de aquel carácter inquebrantable.

—Les ruego que no insistan más, terminó, pues todo será inútil.

Pídoles humildemente que escuchen la lectura de los estados que casualmente he traido y me indiquen la persona á quien debo hacer entrega de todo.

—Está bien señor, dijo don Leon perdiendo la paciencia al ver que todo era inútil—lea usted.

Juan Manuel, con una calma estraña á la situacion por que debia pasar su espíritu, dió lectura á aquellas cuentas minuciosas.

Por ellas se veia que todas las haciendas habian triplicado en número.

Los sembrados abarcaban grandes áreas de campo, y además de esto, las utilidades eran pingües.

Daba pena realmente perder la administracion de una persona tan apta.

—Es necesario convencerse de que estas no son simples cifras, dijo cuando concluyó de leer las cuentas.

Los animales que en ellas figuran, están en los campos y podrá contarlos uno á uno la persona que me vá á reemplazar.

Don Leon creyó que aquella lectura habia calmado algo la exitacion de su hijo.

Así es que cuando terminó volvió á hacerle todo género de reflexiones, para que no abandonara las estancias, pero fué todo inútil.

Aquel carácter firme no cedió ni ante el ruego ni ante la palabra severa y amenazante.

Convencido don Leon que nada inclinaria á su hijo á la conclusion que ambicionaba, aparentó conformarse con la situacion, pensando que tal vez dentro de unos dias, el resentimiento hubiera pasado y fuera más fácil convencer á su hijo.

—Bueno, le dijo, dentro de unos dias irá Prudencio á hacerse cargo de todo, y podrás hacerle la entrega como quieras.

—Muy bien señor, mañana mismo regreso al Rincon de Lopez, donde espero á mi hermano.

Dejaré aquí los peones que he traido para que lo acompañen hasta allá.

Antes de partir debo pedirles á ustedes un último servicio.

Ruégoles que manden á Prudencio, mañana mismo, si es posible.

Yo voy á esperar dos dias en el Rincon de Lopez, pero si en ese tiempo no ha ido, haré entrega á dos de los capataces más intelijentes, y podrán hacerle el traspaso.

No quiero ausentarme de allí sin obtener un recibo conforme con los estados que les acabo de presentar.

Recien entonces don Leon y doña Agustina se convencieron que la resolucion era inmutable.

Como la entrevista habia sido larga, cuando Rosas concluyó su última palabra, empezaba á amanecer.

El tiempo habia pasado para ellos con increible rapidez.

—Como yo me voy esta mañana, poco tiempo me queda para permanecer aquí.

Así es que si ustedes me lo permiten, voy á ver á Encarnacion.

Este fué un rayo de esperanza para los padres.

Tal vez lo que ellos no habian conseguido lo conseguiria el amor de la esposa, y en cuanto Rosas salió de su cuarto, trataron de convencerla.

Pero aquella última esperanza salió fallida tambien.

Tal era la indignacion del jóven, que Encarnacion no se atrevió á decirle una palabra.

Rosas le habia contado lo sucedido entre él y sus padres, añadiendo:

—Yo me voy ahora á las estancias para entregarlas.

A mi vuelta te vendré á buscar para que vayas á habitar la casa de tu familia, pues yo no vuelvo más aquí.

Así es que cuando recibas una carta mia, seguirás al pié de la letra las instrucciones que ella contenga.

Encarnacion que adoraba á Juan Manuel y que respetaba como una órden su menor deseo, no tuvo una sola palabra que oponer, conformándose á todo.

Rosas salió de las piezas de su esposa y se fué á su cuarto de soltero que aún conservaba en el mismo estado que ántes de casarse.

Allí estuvo todo el dia ocupado en recojer una cantidad de papeles y mirar mueble por mueble, como si quisiera darles el último adios.

Allí un mundo de recuerdos se agolpó á su memoria y permaneció largas horas como arrobado en la contemplacion de aquellos objetos, que habian sido sus compañeros de veinte años.

La señora lo mandó llamar á la mesa, á la hora de comer, pero se rehusó, diciendo que le dolia la cabeza.

A la oracion ensilló su caballo que dejó en la puerta y volvió á entrar á su cuarto.

Abrazó con una última mirada todos los objetos en él encerrados, arrojó sobre su cama el poncho que lo cubria y salió enjugando una lágrima.

Al pasar por las habitaciones de doña Agustina, se quitó la camiseta, aquella camiseta que ella misma le habia bordado, y despues de acariciarla con una mirada, la abandonó sobre un pequeño confidente.

Rosas pasó por todas las piezas, ménos por el comedor, donde se hallaba reunida la familia, y siguió hasta la puerta de la calle, allí se desprendió de la última prenda que importaba para él un recuerdo querida.

Se quitó de la muñeca aquel magnífico rebenque que le regalara don Leon y lo colgó al llamador de la puerta.

Parecia que queria desprenderse de todo lo que entrañara para él todo su pasado y toda la felicidad que á sus padres debia.

Y despues de mirar la casa paterna con una última y profunda mirada, acaso preñada de lágrimas, saltó sobre su pingo y se alejó á media rienda.

EL JUDIO ERRANTE

ROSAS regresó al Rincon de Lopez, á esperar que fuera uno de sus hermanos para recibirse de todo, pues su propósito era inquebrantable.

Entre tanto, reunió en una tropa todos los animales que le habia regalado su padre, como habilitacion, y se preparó á venderla.

Necesitaba hacerse de recursos en dinero para trabajar y atender sus necesidades y las de su familia, pues desde aquel momento la creia desligada de sus padres.

A la noticia de que Juan Manuel dejaba la administracion de las estancias, todo el gauchaje se levantó como un solo hombre para pedirle que se quedara.

—No puedo quedarme porque mi administracion no satisface, les dijo.

Vendrá otro á reemplazarme y ustedes podrán seguir trabajando con él lo mismo que conmigo.

El que venga los ha de ocupar porque los necesita.

Entre tanto y si la fortuna me ayuda, yo volveré por aquí, pero á poblar una estancia mia y entonces podrán quedarse á mi lado para siempre.

Ahora es preciso conformarse con este revés de la suerte y esperar mejores tiempos.

Ahora lo que yo quiero es vender esa tropa, porque necesito dinero; ya vendrán mejores épocas.

Los paisanos dieron vuelta sus tiradores y arrancaron los patacones de sus abotonaduras para ofrecerlos al patron.

Pero este no les quiso aceptar ni un medio.

Conociendo á fondo el carácter generoso y leal del paisano, temió que pudieran resentirse porque no aceptaba aquella dádiva.

Así es que tuvo que hablarles de una manera séria y cariñosa.

—No les tomo ahora el dinero, les dijo, porque no lo necesito, pero esto no quiere decir que no se los pida mañana.

Yo he de recurrir á ustedes, que son mis amigos, antes que á mi propio padre, pero fio en Dios que no habrá necesidad.

Vendo esas cabezas porque no quiero conservar nada que me recuerde esta estancia.

Ahora, el que me las quiera comprar, me hará un buen servicio.

Con la misma buena voluntad que se habian precipitado á darle cuanto tenian, los paisanos trataron de complacerlo.

Cada uno de ellos, con arreglo á sus medios, empezó á comprarle parte de aquella hermosa tropa que vendia en la mitad de su valor real.

Porque siendo los paisanos los compradores, Rosas queria dejarles el buen recuerdo de una venta liberal.

Y quien veinte vacas, quien cincuenta y quien cien, aquel mismo dia quedó vendida su hacienda, que la formaban unas ochocientas cabezas más ó ménos.

Era cuanto Juan Manuel necesitaba por el momento, para realizar los proyectos que habia formado.

Ya no esperaba más que la llegada de uno de sus hermanos, para entregar la estancia y ausentarse de allí.

Entre tanto los paisanos seguian cayendo de todas partes, para convencerse de aquella triste nueva.

Parecia que un acontecimiento doloroso se hubiera producido en el Sur.

Los paisanos no hablaban más que de la partida del patron como la más amarga desventura que pudiera sucederles.

Los rostros más enérgicos y varoniles, se veian conmovidos hasta las lágrimas, y donde quiera que se juntaran dos paisanos era para darse el pésame.

Fué entonces que Rosas pudo apreciar todo el poder de su influencia, sintiendo dilatarse su espíritu al recojer el fruto de sus afanes.

Sin embargo, el encanto en la vida se habia roto para él.

La primer espina que se enterraba en su corazon, la primer gota amarga que sentia sobre los lábios, le hizo romper con todos sus proyectos y todas sus esperanzas.

Aquel inesperado disgusto con sus padres hizo gravitar sobre su espíritu la desilusion más completa.

—Si los padres pagan así, pensaba, no han de pagar mejor los estraños!

Y se propuso entregarse completamente á su naciente familia, pensando el camino donde podria hallar para ella el sustento necesario.

Todos sus sueños de grandeza rodaron

con aquel primer desencanto, para no renacer jamás.

Abandonado de los suyos y sin más amparo que el que él mismo pudiera prestarse, creia sucumbir á su situacion.

Pero él ignoraba que ese mismo abandono doblaria sus fuerzas, y que del hombre ennoblecido por el trabajo honrado podia nacer el génio de la fortuna.

El, que no habia conocido nunca una necesidad, porque siempre vivió en la abundancia, veia su presente como una montaña.

Pero esa misma necesidad debia poner en accion sus fuerzas intelectuales y hacerle ver un recurso de vida poderosa, lo que antes creyó un átomo miserable.

Y vendia aquellas vacas que ántes miró con desprecio, para hacerse de prontos recursos, y sin pensar tal vez que aquella era la base de su fortuna fabulosa.

Porque Rosas no solo era un hombre de empresa, sinó un verdadero génio para el negocio de campo.

En vano trató de pasar alegremente entre sus peones aquellos dos últimos dias.

En vano quiso distraer con la guitarra y la bulla aquel pesar que lo anonadaba.

Todo fué inútil para engañar su tristeza.

La duda de sus padres se levantaba en su espíritu como una sombra compacta, y sentia en su corazon, siempre nueva y siempre dolorosa, la herida abierta por aquella duda.

Y viendo reunidas á su alrededor aquellas grandes peonadas que él habia formado á fuerza de fatiga y desvelos, creyendo llegar con ellas á la cumbre de la fortuna, sentia húmedos sus ojos por las primeras lágrimas que vertia en su vida.

Su espíritu fuerte y de raro temple, se sobrepuso por fin á la situacion.

Tomó alientos en su propia desventura y se dispuso á correr aquella borrasca al amparo de los cielos.

Su hermano no se presentaba y se resolvió á entregar el establecimiento al capataz más apto.

Reunió las haciendas y demás existencias y con una proligidad asombrosa y un órden irreprochable, entregó todo bajo el más formal recibo.

Los paisanos contemplaban toda esta operacion con un silencio de muerte.

Cuando esta terminó y Rosas se dispuso á marchar, tuvo lugar una escena verdaderamente conmovedora.

—Nosotros hemos trabajado con usted y le pedimos nos arregle la cuenta hasta aquí, pues ninguno de nosotros se queda.

No volvemos á hacer aquí el más miserable tiro de lazo por todo el oro del mundo.

Cuando usted vuelva, patron, al grito caeremos como una taba.

Pero no trabajamos más en el Rincon de Lopez, aunque tuviésemos que comer huevos.

Rosas no pudo contemplar sereno aquella demostracion de cariño.

Trató de convencerlos que debian seguir trabajando allí hasta que él volviera, para estar en disposicion de ayudarlo, pero todas sus palabras fueron inútiles.

Fué preciso arreglarles la cuenta y conformarse con aquella retirada en masa.

Rosas montó á caballo para alejarse y no tuvo valor para despedirse de aquellos hombres que, hasta el último momento, le habian dado pruebas de su lealtad y cariño.

Los paisanos, tristes y silenciosos, montaron tambien á caballo para acompañarlo.

No se sentian con el valor necesario para verlo partir.

Y aquella marcha, de la que solo se sentia las pisadas de los caballos, parecia un cortejo fúnebre.

No se veia una sola fisonomía, en la que no estuviera impreso el dolor más intenso.

Así se trasladaron hasta la Atalaya, sin haberse cambiado una sola palabra entre patron y peones.

Allí se produjo la misma escena del Rincon de Lopez.

Allí no hubo á quien hacer entrega de la estancia por que el mismo capataz se negó á recibirla.

—Si el patron se vá, dijo, yo no me quedo un segundo más.

Y Rosas tuvo que hacer valer toda su influencia para que la estancia no quedase sola y permaneciera el capataz hasta que don Leon mandara alguno á recibirla.

Cuando llegó el momento de la partida, los peones de la Atalaya se unieron á los del Rincon de Lopez y formaron una gran columna de duelo que lo acompañó sin pronunciar una sola palabra.

Y lo hubieran acompañado así hasta la misma ciudad si á cierta altura no se hubiera detenido á despedirlos.

—Es necesario que nos separemos, les dijo, ya que así lo dispone el destino.

Pueden estar seguros, sin embargo, de que mi ausencia no será larga.

Yo volveré muy pronto á poblar por aquí, y entonces los buscaré uno por uno.

Entre tanto, adios y no me olviden.

Y puso su caballo al galope.

Se habia alejado ya una larga distancia, y los paisanos embargados aún por la emocion, no sabian que contestar.

Cuando alzaron la vista, nublada por el sentimiento, ya no lo hallaron delante.

Solo se escuchaba apénas el eco del galope de su caballo.

Y dando media vuelta se dirijieron lentamente á su pago.

Rosas regresó á la ciudad y se dirijió á la casa de Ezcurra.

Desde allí escribió á don Leon una larga carta, en la que le daba cuenta detallada de lo que habia hecho.

Don Leon no habia querido mandar á recibir las estancias, creyendo que su hijo despues de meditar las cosas consentiria en quedarse, pero fué preciso ceder ante la evidencia.

—Librado á mi destino, le decia Juan Manuel, y teniendo que esperarlo todo de mí mismo, salgo de Buenos Aires para fijar el punto de mi residencia.

Entre tanto, les ruego manden aquí á Encarnacion, pues ántes de partir deseo hablar con ella.

Pido á ustedes su bendicion para mí, concluia, pues el hecho de haber ustedes dudado de mi honor, en nada afecta el cariño y respeto que yo les tengo.

Aquel era un duro golpe para don Leon, que amaba entrañablemente á Juan Manuel.

Creyó que este tal vez se rindiera á la severidad y no le contestó una palabra, aunque previno á Encarnacion que su esposo la llamaba.

—Es necesario que lo trabajes é influyas en su ánimo para que vuelva con nosotros y olvide una ofensa que en el hecho no existe.

Solo doña Agustina, cuyo carácter fuerte y altivo conoce el lector, no le mandó decir media palabra.

Encarnacion se trasladó acompañada de su hijo, á casa de sus padres.

La pobre jóven lamentaba hondamente aquel disgusto con sus suegros á quienes queria como hija, pero estaba resuelta á respetar la voluntad de su marido y no hacerle la menor indicacion.

Rosas la recibió con la noticia de que se ausentaba á Entre-Rios y á la Banda Oriental.

—Quiero reconocer aquellos campos, le dijo por que yo he de establecerme y quiero ver cuales ofrecen mayores ventajas para la ganaderia.

Encarnacion no tuvo una palabra que observar.

Rosas pasó unos quince dias en casa de Ezcurra y de allí se fué á la Banda Oriental.

Iba realmente á reconocer los campos,

á convencerse cual ofrecia mayores ventajas para plantear un establecimiento.

Antes de irse, llamó á sus suegros, á quienes entregó el producido de su pequeña hacienda, salvo una escasa cantisad que reservó para sus gastos más indispensables.

—Desde hoy, les dijo, Encarnacion vivirá con ustedes.

Cuando yo vuelva todos vivirán con migo.

La subsistencia de ustedes corre de mi cuenta, así es que nuestra vuelta á la familia no les será gravosa de ningun modo.

Ya sabemos que la familia de Ezcurra vivia con escasez y no podia tomar á ofensa aquella determinacion de Rosas.

Y efectivamente, desde aquel dia todos vivieron del trabajo de Juan Manuel, que fué la fortuna de todos.

Esto vino á enfriar nuevamente las relaciones entre los Rosas y los Ezcurra.

Encarnacion quedó en casa de estos, miéntras Juan Manuel, con el corazon oprimido aún, se ausentaba á Montevideo.

Y apénas llegó, sin detenerse en la ciudad, se puso á recorrer los campos, visitando uno á uno sus departamentos.

Estudiaba cuidadosamente la manera como allí se trabajaba en las estancias, y hacia apuntes minuciosos de todo lo que le llamaba la atencion, con las modificaciones que su inteligencia le sujería.

En vano dió vuelta toda la campaña oriental, no encontró un solo establecimiento que estuviera á la altura, no ya del Rincon de Lopez, pero ni de la misma Atalaya, que era de segundo órden.

Parece que los campos aquellos no fueron de su agrado, pues pasó á Entre-Rios, asegurando que la República Oriental no era aparente para la ganadería.

Los campos de Entre-Rios tenian fama entonces, como la tienen ahora, de ser de primer órden para establecimientos rurales.

Existian grandes cantidades de hacienda, que rivalizaban con las mismas de Buenos Aires y las estancias eran hermosas y bien pobladas.

Rosas estudió sus campos y pastos, con la misma prolijidad que habia estudiado los de la Banda Oriental.

Halló en el gaucho entrerriano mucha analogía con el porteño, lo que fué para él un aliciente.

El paisano de Entre-Rios era un peon inteligente, con ménos pereza que el nuestro y con más elementos á su disposicion.

Halló que las aguadas eran inmejorables, pero los pastos eran inferiores.

—Parece, pensó, que para la ganadería y los establecimientos rurales de importancia, no hay nada que se aproxime al Sur de la Provincia de Buenos Aires.

Pero apesar de esta primera impresion, siguió visitando todos los campos y todas las estancias.

Siempre con su traje de gaucho porteño y su aspecto bello y noble, Rosas cautivó al paisano entrerriano, como habia cautivado al porteño.

En cuanto llegaba á una estancia, con sus domadas, sus enlazadas ó sus reuniones de guitarra, la ponia en verdadera revolucion.

Allí no habia idea de un paisano tan paisano y tan señor y los gauchos lo rodeaban como á un sér fantástico que no volverian á contemplar en su vida.

Los dueños de las estancias le hacian mil proposiciones para que se quedara el mayor tiempo posible, llegando muchos de ellos á hacerle ventajosas propuestas que él no desechó del todo, pues aún ignoraba el camino que tomaría.

Al ojo práctico del estanciero, no se escapaba que aquel hombre seria una verdadera adquisicion para cualquier establecimiento de campo.

Rosas dió vuelta así todo Entre-Rios, dejando una amistad en cada estancia y un recuerdo profundo en cuantas peonadas trató.

Y pasó seis meses en aquella hermosa provincia, sin que su capital hubiera disminuido en un centavo.

El paisano de Entre-Rios era tan hospitalario y tan soberbio en su generosidad, como el gaucho porteño.

Rosas se ausentó de Entre-Rios, llevando los mejores recuerdos, pero siempre con la idea de que no habia nada superior al Sur de Buenos Aires.

No quiso regresar sin visitar con la misma detencion algunos departamentos de Rio Grande y otras provincias brasileras.

Le habian ponderado aquellos campos como los mejores, y queria cerciorarse por sí mismo.

Pero en ellos iba á tener que luchar con un gran inconveniente.

Y este era una adversion poderosa, una especie de ódio instintivo contra los brasileros.

Odio injustificable si se quiere, pero profundamente arraigado en él.

Poco tiempo, pues, permaneció en el Brasil, á pesar de los agasajos de que fué objeto, por parte de aquellos hombres tan cultos y tan obsequiosos.

Regresó á Buenos Aires, resuelto á trabajar en su campaña, aunque fuera de peon de estancia.

Habituado ya á la vida independiente, sentia su espíritu con bastante fuerza para emprender un vuelo decisivo.

Pensaba labrarse una fortuna por su solo esfuerzo y sin ajena ayuda, y esta idea sola le daba aliento suficiente para luchar contra todas las adversidades de la vida.

Siendo administrador de la fortuna paterna, habia visto á muchos levantar cabeza, de simples acarreadores de ganado, á quienes él mismo habia protejido, dándoles pequeñas tropas á plazos cómodos.

—Por qué no he de hacer lo mismo? se dijo.

Con buen golpe de vista y manejando las tropas personalmente, se puede doblar muy pronto el capital, contando con las buenas relaciones que yo tengo.

Y con una fé profunda en el porvenir, se resolvió á salir al campo como acarreador de ganado y acopiador de frutos, así que sus medios se lo permitieran.

Permaneció un par de meses al lado de su esposa, durante cuyo tiempo solo una vez estuvo á visitar á sus padres, pues no queria pensaran que su resentimiento asumia un carácter de venganza.

Durante el último tiempo que habia faltado, los establecimientos habian sufrido una caida bastante séria, por cuya razon siempre lamentaron la separacion de Juan Manuel.

Hablando del porvenir, Rosas les manifestó con franqueza el camino que iba á tomar en lo que sus padres no estuvieron conformes, desde el primer momento.

—No seas rencoroso, le dijeron.

Vuelve al Rincon de Lopez, que es donde tienes un porvenir más brillante y fácil.

—No resucitemos cosas viejas, replicó Rosas palideciendo, pues sentia revivir en su corazon aquella amarga duda que el tiempo habia adormecido.

No quiero recordar más aquello, por que siento reabrirse en mi alma aquella herida incurable.

—No vuelvas como administrador, dijo don Leon, sinó como sócio nuestro.

—No puedo señor, contestó con entereza.

No me pertenezco ya, por que tengo un compromiso pendiente.

—Pues acepta entonces una habilitacion nuestra.

Nosotros no podemos consentir que salgas al campo como un miserable cualquiera, á ganar la subsistencia de la manera más penosa.

—Quiero deber mi fortuna esclusivamente á mi mano, respondió Rosas.

Permítanme hacerlo así y no traten de que cambie de resolucion, por que seria inútil.

Así lo comprendieron aquellos y cedie-

ron al capricho del jóven, creyendo que por este medio volverian á traerlo al hogar.

Cuán engañados estaban!

Todavia no conocian á fondo aquel carácter voluntarioso.

Rosas se despidió de sus padres y volvió á la casa de Ezcurra de donde se ausentó á la mañana siguiente para poner en práctica su pensamiento, descabellado para los demás, pero para él, perfectamente lógico.

Veremos sus resultados.

EL ACARREADOR DE GANADO

Rosas se dirijió al Sur, que como sabemos, eran los campos de su predileccion.

Con el poco dinero que tenia, y el enorme crédito de que gozaba, hizo su primera tropa, magnífica tropa que elijió personalmente entre los mejores rodeos.

Y conchavando diez peones, pues la tropa era numerosa, la trajo él mismo á los corrales del Miserere, donde diez años antes habia estado como ayudante del general Liniers.

A los dos ó tres dias habia realizado la tropa con espléndidas utilidades.

En el acto, y sin bajar á la ciudad, regresó al campo, pagó los animales que habia comprado con su crédito y formó otra tropa más numerosa, que la primera, que realizó con igual facilidad y mejores resultados.

Aquel primer dinero ganado con un trabajo tan rudo, le produjo un placer inesplicable.

Remitió á su esposa la mitad de aquel beneficio y se volvió al campo á hacer su tercera tropa.

Empezaba á acreditarse de tal manera, que aquella tropa la tenia vendida ya, aún antes de salir á hacerla.

Entre tanto en el campo habia empezado á correr la voz de que se habia puesto de acarreador de ganado, en cuyo negocio le iba admirablemente.

Así es que cuando hizo su tercer salida en busca de hacienda, no solo se encontró con infinidad de peones que lo buscaban, sinó con chasques que le hacian los estancieros más ricos, poniendo á su disposicion sus rodeos.

Con todas estas facilidades, Rosas vió abierto á su paso el camino de la fortuna.

Tomó una buena cantidad de peones y empezó á hacer tropas más numerosas y más frecuentes, calculando que, cuando él realizaba una la otra venia ya en camino, conducida por sus capataces.

El negocio aquel empezó á producirle buenas cantidades de dinero, y á ensanchar su crédito de una manera ilimitada.

Con un simple pagaré, y aún sin él hubiera podido llevar mil animales de cualquier rodeo.

Entonces ya no se mataba tanto en el trabajo.

En cada tropa que traia y vendia permanecia en la ciudad tres ó cuatro dias, que compartia entre la familia y otras distracciones.

La fortuna que le sonreia y sus frecuentes permanencias en el campo, volvieron á adormecer en su corazon el disgusto que á ese estado lo habia conducido.

Y volvió á pensar entonces en el prestigio que habia tenido entre indios y gauchos volviendo á desear estar en contacto con ellos.

Y empezó nuevamente á hacer valer su influencia entre los pocos paisanos que lo rodeaban entonces.

Cuando venia á la ciudad, lo hacia siempre acompañado de quince ó veinte de sus peones troperos á los que hacia partícipes de todos sus placeres.

Sin podérselo esplicar él mismo, tal vez habia recojido en su espíritu toda la antipatía que tenia el paisano por el hombre de pueblo, antipatía que trataba siempre de aumentar en el corazon del paisano, aumentándola en el suyo propio.

Así se le veia pasear por las calles más centrales de chiripá y bota de potro, rodeado de esos peones y mirando con desprecio y hasta de una manera provocativa á los jóvenes que hallaba en su camino.

Sus peones aplaudian estas hombradas del patron, que rompia por ellos con toda una sociedad.

Siempre rodeado de sus peones se dirijia á la plaza principal, hoy de la Victoria, donde estaban las bandolas y toda clase de vendedores.

Allí hacia alto con su comitiva, á la hora de la siesta, generalmente, y acometia la *fatura*, de las morenas, compuesta de mazamorra, buñuelos con almibar y demás cosas criollas.

Y con la pierna cruzada sobre la cabecera del recado, como uno de tantos, se le veia comer taza trás taza de mazamorra.

Entre mil compadradas y dichos que festejaban de una manera frenética los tertulianos de aquel mercado orijinal, se le veia quedar allí, miéntras en las tipas de las morenas habia algo que consumir.

Al oir el lenguaje de que hacia uso en tales circunstancias, nadie hubiera sospechado que aquel era el aristocrático discípulo de don Javier Argerich.

Parecia uno de tantos carreteros ó peones que lo rodeaban.

Cuando se cansaban de comer toda aquella variedad de *fatura* y los peones trataban de pagar cada cual su gasto, él los contenia con un ademan que no admitia réplica, y pagaba el gasto de todos, regalando el resto á los negros, que aunque eran el blanco de sus epígramas algo pesados, hubieran deseado tenerlo por allí todos los dias.

A veces echaba pié á tierra al lado de la carreta bajo la cual habia alegre reunion de guitarra ó de algun juego, y formaba parte de la rueda dejando con un palmo de narices á los que de más gauchos querian tirarla.

Esto habia concluido por darle un prestijio enorme entre aquel público especial, rara mezcla del hombre de ciudad y el de campo, que no es ni el gaucho ni el compadre, pero que de estos dos tipos tiene todo lo malo, y nada de lo bueno.

Muchas veces hacia alguna de las suyas, atropellando las bandolas con su caballo para alarmar á sus dueños.

Pero aunque siempre pasaba entre ellos sin hacer el menor daño, otras veces volteaba dos ó tres, rompiendo cuando tenian.

Entonces pagaba el daño causado, siempre en más de lo que se le pedia, y el mismo que se habia creido perjudicado era el primero en romper los aplausos y los vivas.

Como era natural, cuando aquellos peones regresaban ó las estancias, referian á sus compañeros todas las hazañas llevadas á cabo por el patron exajerándolas á su modo.

Y el prestijio del jóven crecia de una manera prodijiosa.

—No tiene más amigos que los gauchos, decian, por que es más gaucho que todos.

Los mocitos del pueblo le tienen rábia y lo critican hasta sacarle lonjas del cuero, pero él no hace el menor caso.

Pasea entre nosotros como si anduviera entre la mejor mozada, y cuando siente que la crítica es muy perversa, se contenta con decir en alta voz, para que lo oigan:

—«Sin embargo, todos ellos juntos no valen lo que el más inútil de mis peones.»

Así es que los que nunca habian estado en la ciudad con Rosas, trataban de meterse de cualquier modo en la primer tropa, para poder presenciar todas aquellas hombradas.

Era la calle de las Torres, Rivadavia hoy, el verdadero teatro de sus travesuras.

Así como la calle de los Mendocinos estaba toda ocupada por comercio de las provincias, en la calle de las Torres no

habia otra clase de negocios que esos grandes almacenes de cosas de campo, semejantes á los que existen en la calle de Buen Orden.

Se vendian allí las prendas más necesarias al hombre de campo, desde el sombrero hasta el rebenque, y aquellos efectos que los indios venian á cambalachar por caña, azúcar y yerba.

En muchos de ellos se veian tambien prendas de plata, en gran variedad, ante las que quedaba extasiado el hombre de campo.

En la plaza Lorea paraban las carretas que venian de *pajuera* y los troperos se alojaban en las dos ó tres posadas que habia en ella, especie de tugurios espantosos de los que hoy no hay ni remota idea.

Esta era la calle predilecta de Rosas para pasear con sus peonadas y hacer sus compras en los negocios de que hemos hablado.

Al prestigio que tenia en la campaña, se agregó el que se habia creado entre los compadritos de las orillas y toda especie de chusma que lo trataba.

Su crédito como acarreador era ilimitado.

Ya hemos dicho que sus tropas, en su mayor parte, las vendia aún ántes de salir á hacerlas.

Los primeros seis meses que dedicó á este trabajo, obtuvo utilidades pasmosas.

Podia vivir con cierto lujo, á pesar de que desde que empezó á trabajar, casi todo su caudal lo empleó con la familia de Ezcurra, á la que habia cobrado gran cariño.

Un dia que se preparaba á marchar afuera á traer nuevas tropas, lo atajó su amigo y compañero de infancia don Juan N. Terrero, jóven que, disponiendo de un buen capital, queria plantear un establecimiento de campo.

El sabia la inteligencia de Rosas para esta clase de negocios, como la conocian todos los hacendados de la época y le hizo brillantes proposiciones.

Esto demoró el viaje de Rosas, comprendiendo que aquella sociedad podia ser la base de una fortuna rápida.

Pero tropezó con una dificultad, y era que no podia igualar el capital que le ofrecia el jóven Terrero.

—No te aflija esto, le dijo el jóven, demasiado capital es tu inteligencia y conocimientos prácticos.

Yo pongo el dinero y tú te encargas de plantear el establecimiento y hacerlo prosperar.

Aceptadas estas condiciones y elejido el campo, Rosas se puso en campaña, y se fué á Cerrillos, estancia que en poco tiempo debia ocupar el primer rango, como establecimiento de campo.

Rosas no se limitó en ella á la cria de ganado y á las sementeras, como en el Rincon de Lopez, sinó que estableció un pequeño saladero, el primero que hubo en el país.

En cuanto el gauchaje se apercibió que Rosas poblaba una estancia, se descolgó á su campo en tan crecido número, que él mismo quedó asombrado de su prestigio y del cariño que le tenia el paisanaje.

Tanto el Rincon de Lopez como la Atalaya quedaron sin un solo peon, al extremo de que, para parar rodeo, habia que ofrecer doble jornal.

Rosas se encontró en pocos dias con una peonada tan numerosa, que no pudo dar trabajo ni á la mitad.

—Por el momento, les dijo, no tengo tanto trabajo como para ocuparlos á todos.

Pero espero que en dos meses más, en los Cerrillos habrá trabajo para mil peones.

Tengan paciencia mis amigos, y aguántense donde están por un par de meses más.

Los paisanos no quisieron moverse de allí bajo ningun principio.

—Esperaremos aquí el trabajo, le dijeron, por que no es el interés lo que nos trae.

Estaremos sin sueldo miéntras no haya trabajo, pues no queremos movernos del lado del patron.

Y diariamente llegaban á la estancia dos, tres ó más paisanos, que se instalaban allí para no moverse más.

Rosas, dedicado con todo el poder de su voluntad á la prosperidad del nuevo establecimiento, hizo arar y sembrar grandes áreas de campo, en lo que ocupó todos aquellos brazos.

Y los Cerrillos dejaron atrás bien pronto al Rincon de Lopez, empezando á producir fuertes sumas de dinero, además del aumento prodigioso de las haciendas.

Despues del primer año de un trabajo incesante y sin descanso, los Cerrillos empezó á marchar por sí solo.

Era el establecimiento de campo de más importancia y el que más utilidades dejaba.

Rosas no habia cambiado un átomo en sus costumbres.

Su generosidad proverbial para el desvalido no disminuyó en nadâ.

Por el contrario, si ántes era pródigo, entonces lo era mucho más, por que manejaba intereses propios y disponia á su albedrío de la voluntad de su socio, que jamás le hizo el menor reproche.

—Si yo tuviera un capital fuerte, solia decir á Terrero, en poco tiempo haríamos la primer fortuna de la América.

El saladero, aunque pequeño y falto de elementos para trabajar en grande escala, daba resultados que superaban á todo cálculo.

Atraido por estos resultados maravillosos don Luis Dorrego se agregó á la sociedad, llevando un fuerte capital destinado al saladero.

Con este capital Rosas dió al establecimiento tal empuje, y el saladero tomó tal incremento, que en poco tiempo más el capital se habia doblado y las máquinas no daban abasto para satisfacer los pedidos.

Eran tan numerosas las peonadas ocupadas en el saladero, las sementeras y la estancia, que con ellas hubiera podido formarse un cuerpo de ejército, de una leatad á toda prueba.

Entre tanto la ciudad seguia siendo un verdadero bochinche político.

Los gobiernos se sucedian unos á otros, moviéndose con las mismas dificultades y entre los mismos escollos.

El caudillaje empezaba á levantarse en el interior, amenazando á la provincia de Buenos Aires, que era la más rica y la más próspera.

Santa Fé la invadia continuamente poniendo á saco sus haciendas en el Norte, y el gobierno carecia de los elementos necesarios para atender á todas partes.

Rosas, á pesar de su laborioso trabajo en el campo, aunque no tomaba parte en él, no perdia de vista el movimiento político.

Reunia siempre sus peonadas al rededor del inmenso fogon, y cada vez se fijaba más en su espíritu sutil esta idea:

«El hombre que domine por completo estas masas, se hará de un poder inconmovible.»

Y soñando en esta clase de poder, buscando siempre el apoyo en aquel elemento, lo atrajo así más de lo que hasta entonces lo habia hecho.

Los Cerrillos, respecto al gaucho perseguido, fueron lo que ántes habia sido el Rincon de Lopez.

El albergue y refugio de todo el que andaba mal con la justicia.

Aquella gente no tenia más gobierno, más juez de paz, más amparo, ni más padre que Juan Manuel.

Y su tino era especial para manejarlos.

Al mismo tiempo que un cariño á toda prueba, tenian por él un gran respeto.

Sufrian los castigos que el patron les imponia sin dejar oir la menor protesta.

Y cuidado que estos castigos solian ser

terribles, sobre todo cuando se trataba de correjir algun robo, para lo que era intransigente.

El cuarto de los humazos volvió á instalarse en los Cerrillos, y es fama que más de un paisano murió de resultas de un humazo pasado de punto.

Sus costumbres gauchas no las abandonaba por ninguna consideracion.

Cuando venia á la ciudad, lo hacia de chiripá y bota de potro, *compadreando* con el desprecio que decia inspirarle el hombre de pueblo.

Y como la ciudad lo sofocaba, no permanecia en ella más que el tiempo necesario para concluir el negocio que lo habia traido, regresando en seguida á los Cerrillos.

Para valerse del gauchaje como un elemento poderoso, Rosas comprendió que necesitaba militarizarlo á su manera, de modo que no reconocieran más gefe ni más poder que él mismo.

Y á esto dedicó toda la atencion que pudo robar á sus negocios.

Empezó por formarse una escolta, con el pretesto de hacer la policía de sus campos, escolta que armó á sable y carabina y para la que adoptó un traje colorado, que más tarde debia hacerse tan funestámente célebre.

Y los demás gauchos empezaron á llamarla la escolta de los colorados, nombre que se le quedó, y con el cual la llamaba el mismo Rosas.

Valiéndose de sus conocimientos militares, como oficial de Migueletes, dió á aquella escolta una educacion militar que pocas tropas la tenian entonces.

Poco á poco, y segun las armas que podia conseguir, iba aumentando la referida escolta con hombres que elegia entre sus peonadas, como los más bravos y leales.

Suavemente y sin que de ello se apercibieran los mismos peones, la escolta fué una compañía y más tarde un escuadron capaz de entrar en pelea con el mismo Lucifer.

Ya no fué, pues, la escolta, sinó simplemente los colorados de Rosas.

El gaucho es militar por naturaleza, ama el servicio, por que ama el peligro y la vida azarosa del soldado.

Los gobiernos y los contingentes, los años de recargo en el servicio y las movilizaciones eternas, sin ninguna recompensa, lo han acobardado hasta hacerlo matrero.

Pero entonces el gaucho no era perseguido, no se le habia declarado carne de cañon, ni Juan Sin Patria, y servia con entusiasmo, por que sabia que concluida la patriada para lo que se le había pedido su contingente de sangre, volvia al hogar donde gozaba de todos los derechos del hombre libre y del ciudadano.

Su mujer y sus hijos estaban donde los dejó y la autoridad no habia saqueado sus pocos intereses.

Si hoy el gaucho huye de las levas y del llamado de la autoridad como su peor enemigo, entonces volaba presuroso, con caballo de tiro, á presentarse á ella para servir á la patria.

Amaba la vida militar y sabia que *militando* por la patria se hacia acreedor, por lo ménos, á la consideracion pública.

Así aquellos hombres prestaban con gran placer aquel servicio militar á que con tanto tino los sometia el patron.

Toda la parte que le cupo en las cuantiosas utilidades de su sociedad con Terrero y Dorrego, fuera de lo que gastaba en el lujoso sostén de su familia, la empleó Rosas en equipar aquel soberbio escuadron, á quien dotó de una organizacion perfecta.

El año 18, Rósas no tenia ya un escuadron sinó un regimiento de colorados, compuesto de hombres bravos á toda prueba y de una lealtad para con él incorruptible.

Todos estaban armados con sable y carabina y vestian el llamativo uniforme colorado.

Los que no formaban parte del regi-

miento andaban locos por que el patron los diera de alta, y este, que no queria otra cosa, llegó á tener tantos soldados como peones.

Cuando el gobierno tuvo conocimiento de estas nuevas, ya Rosas era una reconocida entidad militar en el Sur de Buenos Aires, y una entidad que no necesitaba para nada el apoyo del gobierno, puesto que mantenia por sí solo los elementos de que se habia rodeado.

Queriendo atraerse á sí aquella poderosa cooperacion, nombró á Rosas comandante del regimiento 5 º, autorizándolo para su organizacion y haciendo más tarde á su jefe comandante general de campaña.

Rosas se vió rodeado de este poder que pasaba á ser oficial desde que el gobierno lo autorizaba y engrosó las filas del regimiento 5 º, con los mejores elementos que existian y de que disponia á su antojo.

Pero á pesar de estos nombramientos, no quiso aún pedir al gobierno el más miserable apoyo pecuniario.

Tenia su orgullo en mantener á su costa el regimiento y equipar las nuevas altas con que lo engrosaba.

Y no por esto sus soldados dejaban de ser sus peones, pues con ellos atendia los manejos de la estancia y de los saladeros.

De vez en cuando solia hacer sus maniobras de combate dividiendo en dos su regimiento.

Pero tenia el buen tino de que nunca una mitad obtuviera ventaja sobre la otra, para mantenerlos con fuerte espíritu de cuerpo.

Cuando el combate estaba algo intrincado, tomaba el mando de una de las mitades y hacia sentir su superioridad sobre la otra.

Pero acto contínuo tomaba el mando de la otra é inmediatamente la superiodad se inclinaba de aquel lado.

Esto lo hacia Rosas para que el soldado se habituara á mirar siempre la victoria del lado que él estaba y le cobrara aquella confianza que hace un leon de cada soldado, al lado del jefe que la inspira.

Así aquellos peones soldados, sabian que valian, pero que aquel valer no lo constituian ellos solos, sinó el supremo talento y pericia del patron.

—Con el patron á la cabeza, decian, no nos sujeta ni el mismo mandinga con un ejército de diablos.

Rosas se habia habituado de tal modo al mando absoluto, que no hubiera recibido de nadie la menor observacion.

Para mejor gobernar su gente y estar más íntimamente en sus espíritus, hacia oficiales de sus mismos peones.

De esta manera la tropa le pertenecia ciegamente y no metia entre ella ningun elemento estraño.

Era duro en sus castigos, para mantener una dísciplina rígida, pero fuera del servicio y personalmente, era generoso y desprendido.

Además de sus sueldos, á aquellos gauchos más pobres y que más familia tenian, les regalaba contínuamente pequeños grupos de hacienda, con los que los paisanos iban formando sus puestitos.

Poco les suponia entonces dar la vida por aquel hombre, cuando dejaban asegurado el porvenir de la familia y al lado de un protector como aquel.

Es que Rosas habia sabido inculcar y mantener viva esa creencia.

Cuando algun paisano sufria un accidente en su servicio, que lo imposibilitaba para el trabajo por algun tiempo, la familia estaba segura que nada le faltaria.

Pues no solamente la socorria con dinero todo el tiempo que duraba la imposibilidad de su peon, sinó que la traia á su campo y le daba los elementos de vida para el porvenir, ya dándole vacas ú ovejas.

Esto probará la grande astucia y fina inteligencia de que estaba dotado aquel hombre funesto.

Por esto en un caso de peligro ó de apuro el paisano no se fijaba en las recompensas ó dádivas que pudiera darle el gobierno, sinó en quedar bien con su patron.

Por que para ellos no habia más poder, ni más gobierno, ni más nada, que el patron Juan Manuel, que era el único que los habia de sacar de cualquier pantano.

Y la estancia prosperaba de un modo fabuloso, y eran verdaderamente deslumbradores los resultados de los saladeros.

Los paisanos querian á toda costa formar parte del regimiento de colorados por que en él se creian invencibles.

Rosas empezó entónces á trabajar con los indios de una manera más séria.

Queria atraérselos y catequizarlos hasta disponer de ellos como disponia del gauchaje.

Pero esto le iba á costar un trabajo más sério, pues tendria que luchar con la influencia de don Francisco Ramos Mejía, dueño de la gran estancia de Mari Huincul. El señor Ramos era una persona estimable bajo todos conceptos.

Habia comprado aquellos campos al cacique Negro, mediante grandes cantidades de hacienda vacuna y yeguariza, estableciendo en ellos poblaciones de gran importancia.

El señor Ramos necesitaba muchos peones para las labores de su gran estancia, pero habia tropezado con dos inconvenientes.

Era el primero que sus estancias quedaban muy retiradas y espuestas á los malones de los salvajes.

El otro consistia en que todas las peonadas habian converjido á la estancia de los Cerrillos, de donde no salian ni con palabra de casamiento, segun la espresion criolla.

El señor Ramos se vió privado de peones y para formarlos tuvo que recurrir á los indios.

El señor Ramos se entendió con el cacique Negro, que tenia por él un profundo respeto, y sus lanzas pasaron á formar entre las peonadas de Mari Huincul.

El señor Ramos era un hombre de carácter suave, pero firme al mismo tiempo, de modo que en poco tiempo, se captó el cariño y respeto de los indios, de quienes fué un decidido protector.

Ocupados los gobiernos con las contínuas luchas á que lo provocaban los caudillos del interior, desatendian por completo el cuidado de las fronteras, prefiriendo vivir en paz con los indios.

Estos por su parte, poco hostilizados, no tenian tanto ódio al cristiano, é invadian muy de tarde en tarde.

Era Ramos quien los ayudaba en sus tratados de paz, obteniendo para ellos las mayores ventajas que podia, comprometiendo su influencia y valer con el gobierno.

Si Rosas hubiera seguido en el Rincon de Lopez, indudablemente que los indios le hubieran pertenecido como le pertenecian los gauchos.

Pero ausente de su teatro, las indiadas se habian recostado á Ramos, en quien hallaron al hombre necesario.

Cuando Juan Manuel pobló los Cerrillos, los pocos paisanos que tenia lo abandonaron buscando su incorporacion y se quedó con indios para todos trabajos.

Con indios recojia sus haciendas, con indios esquilaba y con indios hacia las tropas que enviaban á Buenos Aires.

Estos habian concluido por mirarlo como otro cacique, llamándolo el padre Francisco.

Como el señor Ramos los aconsejaba siempre que no invadieran, por que era el único medio de conservar las ventajas obtenidas en los tratados, ellos siempre le ocultaban cuando iban á traer una invasion, y hasta esperaban para hacerlo, que él se viniera á la ciudad.

Entónces invadian á mansalva, pues no habia tropas que se opusieran á sus depredaciones, pero por nada de este

mundo se permitian tocar un animal del padre Francisco.

El cacique Negro habria castigado esta falta de lealtad con todo el rigor de que era capaz.

Así las indiadas de aquel indio terrible, campaban en la propiedad del señor Ramos, sin causarle el daño más insignificante.

Este á su vuelta los reprendia severamente reprobando aquellos robos cometidos sin necesidad, pero la cosa no tenia ya remedio y era preciso aceptar lo sucedido.

Pero hubiera sido romper con ellos pues no hubiera remediado nada, y solo hubiera ganado enajenarse la buena voluntad de los salvajes, quedarse sin peones, y esponer sus haciendas al pillaje de aquellos bandidos.

Las haciendas de Rosas quedaban espuestas de la misma manera que las otras, á los malones de los indios.

Pero los colorados eran una buena garantía.

Para robar en sus campos los indios habrian tenido que reconcentrar el mayor número de lanzas posible y dar una batalla sangrienta, de éxito negativo.

Para qué exponerse á este peligro, si tenian todas las otras estancias para robar impunemente?

Rosas por su parte hubiera podido llevar una invasion poderosa al mismo cacique Negro y ahogarlo con sus elementos.

Pero su idea no era destruir aquellas indiadas sinó atraérselas y dominarlas por completo.

Con esta táctica se libraba de un peligro y se rodeaba de nuevos y poderosos elementos.

Su propósito era llegar á dominar algun dia con aquellos salvajes que le pertenecian en cuerpo y alma, é imponerlos á la civilizacion.

La lanza de los indios y el sable de los colorados, eran dos cosas que podrian llevarlo instantáneamente al desenlace que tanto anhelaba.

Al conocer este prestijio poderoso, Rosas comprendió que tenia que luchar con el señor Ramos, para arrebatárselo y se preparó á ello, pero de un modo solapado y poco leal.

Comprendió que si se dirijia á los indios para sobreponerse á Ramos, seria exponerse á descubrir su juego, sin obtener un resultado seguro.

Conocia á fondo al indio y sabia prácticamente que estos comerian á dos carrillos sin dar nunca contra el padre Francisco.

Era preciso elejir otro terreno más seguro y de resultados más positivos.

Y no se le ocurrió otro medio que el de dominar á Ramos.

Difícil era la cosa, pero no imposible.

Para quebrar aquel poder totalmente y atraer los indios á los Cerrillos no se presentaba más medio que la ausencia de Ramos.

A este propósito se dedicó Rosas, sin abandonar el contacto de los indios ni dejar de hacer sus regalos al cacique Negro, que viendo su poder y sus soldados, empezó á llamarle el cacique Blanco.

El señor Ramos vió que Rosas queria atraerse los indios, pero hombre franco y leal, pensó que aquello no era más que con el propósito de ponerse á cubierto de los malones.

—Rosas no quiere que le roben sus haciendas, decia, y quiere hacerse prestigioso entre los indios.

Es el camino más hábil que puede adoptar.

El influia por su parte cuanto podia para que Juan Manuel, estrechara relaciones con el cacique.

Con sus regalos, la antigua relacion que tenia y la ventaja de hablar la lengua, pronto atrajo á sus campos las lanzas del cacique Negro, á las que obsequiaba con buenas pipas de caña y todo género de regalos.

Pero ya hemos dicho que á él no le bastaba tener con los indios una influencia y prestijio partible con el señor Ramos.

Necesitaba quebrar la de este á todo trance y apoderarse por completo de aquel elemento.

En su primer viaje á la ciudad vino á ver al gobierno en cuyo espíritu sembró la primer semilla de una intriga pérfida é innoble si se tiene presente la lealtad con que Ramos lo habia servido.

Se quejó amargamente de los malos manejos de aquel, asegurando que era el único culpable de los malones é invasiones de los indios.

—Ramos, decia, es el bombero que los indios tienen entre nosotros.

Es en sus estancias donde campan y preparan sus invasiones.

Y el escándalo llega á tal punto, que no solo les indica los parajes que han de invadir, sinó que parte con ellos el botin de la rapiña.

Por eso se vé, agregaba, que nunca se llevan un solo animal de su marca, y que las poblaciones de Marí Huincul son tan respetadas como las del mismo cacique Negro.

Es preciso que el gobierno ponga sus medios para evitar este comercio indigno, pues de lo contrario los demás estancieros tendremos que hacernos justicia.

El gobierno dió crédito á la intriga y llamó al señor Ramos, á quien apercibió ásperamente por su proceder tan incalificable.

Este trató de justificarse con la lealtad que le era característica, pero luchaba con un enemigo temible, no solo por su posicion oficial, sinó por que siendo un poder tan grande en el Sur, el gobierno lo necesitaba, y atenderia cualquier indicacion suya.

Como el señor Ramos ignoraba de donde podia partir aquel golpe desleal y ruin, se limitó á rechazarlo, asegurando que era una creencia infundada, y contando como habia adquirido el prestigio que con los indios tenia, para justificar que estos, en sus invasiones, respetaran su propiedad.

Rosas no se limitó á hablar con el gobierno, sinó que propaló entre sus vecinos las mismas razones que habia dado.

Y como su palabra era creida y mucha la envidia que habia levantado Ramos con la prosperidad de sus negocios, Juan Manuel halló éco y un éco poderoso.

El señor Ramos sintió el golpe, tanto más, cuanto el gobierno no creia sus razones de descargo y empezó á maniobrar para que el cacique Negro, no viniera con tanta frecuencia á su campo, lo que venia á apoyar el juego de Rosas, que decia al indio.

—Es por que ese hombre no es leal.

Ha de jugar á dos caras con ustedes hasta que les haga una trastada.

Necesita los indios por que no tiene peones y por eso los contempla.

Pero el dia que no los necesite más ya verán que mal pago les dá.

El indio es desconfiado por naturaleza, por que él mismo jamás obedece á otro móvil que al de la conveniencia, asi es que á Rosas no le fué muy difícil hacer que los indios desconfiaran del padre Francisco.

—Además, les decia, él los sirve ahora para que ustedes no lo invadan y de esta sospecha yo estoy libre, pues ya ven ustedes que tengo como defender mis haciendas.

Esta política pérfida, como se vé, pero habilísima, mostraba ya toda la perfidia de que aquel carácter era susceptible.

Las quejas al gobierno se repitieron, no solo ya por Rosas, sinó por otros individuos que él mandó y aleccionó con el mismo propósito.

Era preciso tomar una medida enérgica, atendiendo no solo á la justicia sinó á la necesidad, de tener contento al caudillo del Sur.

Por aquella época nació Manuelita, y

Rosas con este motivo, se demorõ algun tiempo al lado de su familia.

Cuando volviõ á los Cerrillos habia tenido lugar una fuerte invasion que despobló las estancias de los alrededores.

Los únicos que no habian sufrido por las razones que conoce el lector, eran Rosas y Ramos.

—Es preciso aprovechar el despecho de los doloridos, pensõ, y mandõ en queja al gobierno á los más perjudicados.

Por supuesto, que aquellos indicaban á don Francisco Ramos como autor principal y cõmplice de aquel malon, uno de los más fuertes que trajeron los indios.

El gobierno hizo llamar á Ramos y lo reconvino duramente, haciéndolo responsable de aquellos sucesos escandalosos.

—Es preciso que esto termine de una vez, le dijeron, pues el gobierno se verá forzado á tomar medidas.

Ramos no ignoraba de donde partia toda aquella intriga, pero no podia atinar con su causa ó el fin que con ella se proponia aquel enemigo gratuito.

—En qué puedo yo incomodar á aquel hombre? pensaba.

Pero por más que meditaba no podia dar en el clavo.

Era aquel un misterio indescifrable.

Ramos empezó á verse hostilizado por el gobierno, comprendiõ la desconfianza que contra él empezaban á abrigar los indios y dedujo que á ese paso, pronto tendria que salir de Buenos Aires, si no queria sufrir perjuicios mayores.

Y este fué el fin de aquel antagonismo tan inmotivado y de los celos que despertõ en el espíritu de Rosas su ascendiente sobre los indios.

Hostilizado por el gobierno y sin poder justificarse ante sus vecinos que creian á puño cerrado los rumores tan hábilmente fraguados, Ramos empezõ á poner en manos de capataces de su confianza sus establecimientos, para que una órden de destierro no lo tomara de improviso, obligándolo á abandonar sus valiosos intereses.

Poco tiempo despues, como lo habia temido, don Francisco Ramos se vió obligado á salir de Buenos Aires, para no volver en mucho tiempo.

Y Rosas quedõ por este medio dueño por completo de los indios, á los que empezõ á manejar á su antojo.

Y de tal manera se apoderó de ellos, que formõ con las lanzas del cacique Negro, y otros indios de diversas tribus, de que se habia rodeado, la terrible vanguardia de sus colorados.

Rosas no llevó, pues, sus hostilidades hasta los establecimientos de Marí Huincul.

Habia logrado ámpliamente el objeto que se propuso, y poco le parecia lo demás.

Tenia para con los indios una influencia ilimitada y esto le bastaba.

Estaba seguro de poder formar quinientas lanzas al lado de sus colorados convertidos en regimiento 5.º y no necesitaba más.

Cuando Rosas se viõ dueño absoluto de este poder militar que lo ponia en una posicion soberbia, ya se considerõ un segundo gobierno.

Pero tuvo la fuerza de voluntad de ocultar sus propõsitos, hasta de aquellos en quienes más confianza tenia.

La obra que se proponia era larga y laboriosa.

No bastaba tener los coloradas en que apoyarse.

Era necesario mostrar el poder de ese apoyo, lo que no era difícil, puesto que el gobierno conocia el prestigio fabuloso que gozaba en todo el Sur.

Juan Manuel hizo entonces un viaje á la ciudad, destinado solamente á pulsar el estado político del país, hasta en sus menores detalles.

Y vió que este era un caos terrible.

Fracciones políticas más ó ménos nu-

merosas se disputaban el poder, pero sin tener un apoyo decisivo.

Y con un golpe de vista soberano, se convenció que el elemento á que él apoyara con sus colorados, seria el que triunfaria á pesar de todo.

El poder y la influencia de Dorrego vacilaban.

La silueta del general Martin Rodriguez se dibujaba en el horizonte, ofreciendo un gran campo al logro de sus miras.

Y regresó al campo, á su reino de los Cerrillos, diremos, dispuesto á esperar los acontecimientos y obrar segun ellos.

Desde aquel punto, no abandonó un momento la organizacion de sus colorados, en un verdadero pié de guerra, cuidando de su armamento y de su disciplina.

Veremos el resultado feliz que obtuvo.

EL BAUTISMO DE SANGRE

ROSAS se dedicó con pasion al perfeccionamiento de sus colorados, pues los acontecimientos se precipitaban momento por momento.

Empezó por montarlos en caballos colorados, elejidos en las mejores manadas y tropillas de los Cerrillos, completando su uniforme de esta manera:

Gorro colorado con grandes cintas azules y blancas, camiseta y chiripá punzó.

En cuanto á las armas, se puede decir que eran un arsenal, pues cada soldado llevaba sable, tercerola, puñal, bolas á la cintura y lazo á la paleta del caballo, reforma que, como hemos dicho, él habia introducido.

Al dotar á sus paisanos de las armas que usaba la caballería, no habia querido privarles del facon y las bolas, en las que el gaucho tiene más práctica y mejor manejo.

Contento con la organizacion que habia dado á sus colorados y á los mismos indios de que se rodeó, decidió hacer un viaje á Santa-Fé, para ponerse en contacto con don Estanislao Lopez, famoso caudillo que estaba invadiendo continuamente el Norte de Buenos Aires y obligando al gobernador Dorrego, á mantener un ejército en espectativa.

Lopez, con un ejército poderoso y unido al ambicioso general Alvear que pretendia imperar en la Provincia, no solo mantenia en jaque á Buenos Aires, sinó que nuestra campaña Norte era el teatro de sus rapiñas y ferocidades que siempre distinguieron á todas las tropas santafecinas.

Eran San Nicolás, el Pergamino y Rojas los pueblos que aquellas tropas ponian á saco, cometiendo en ellos toda clase de depredaciones.

Rosas esperó que Lopez regresara á Santa-Fé, en unos meses de trégua y logró hacer con él una amistad estrecha y franca.

Lopez, hombre vivísimo y muy político, conocia el prestigio de Rosas en el Sur de Buenos Aires, sabia que era el único capaz de mover el gauchaje del Sur, y trataba de atraerlo á su amistad por todos los medios posibles, para quitar este poderoso contingente á Dorrego.

Así es que Rosas no solo hizo amistad íntima con el gobernador Lopez, sinó con el célebre clérigo Amenabar, dedo malo de aquella política y otras personas notables de Santa-Fé.

Logrado su objeto, Rosas regresó á los Cerrillos á ponerse al frente de sus colorados, y á esperar los sucesos que se precipitaban.

El gobernador Dorrego acababa de enviar á Lopez su *ultimatum*, diciéndole que saliera inmediatamente del territorio de Buenos Aires, pues de otro modo se veria él obligado á espulsarlo, castigando los asesinatos y violencias cometidas por las tropas santafecinas.

Lopez, léjos de retirarse, campó con su ejército en Santos Lugares.

Dorrego entonces decidió salir al encuentro de Lopez y batirlo réciamente, á cuyo efecto mandó al general Martin Rodriguez, comandante general de las milicias del Sur y al general Rondeau en el Norte.

Los pueblos del Norte ávidos de que fueran castigadas pronto las iniquidades cometidas por el ejército santafecino, empezaron á pronunciarse al llamado de Rondeau y Lopez tuvo que moverse, para no ser envuelto, hácia el Arroyo del Medio.

El coronel Dorrego entre tanto, municionó varios batallones, de la ciudad, y forzando sus marchas todo cuanto le fué posible, empezó á picarle la retaguardia.

El general Alvear ciego por la ambicion, hasta el punto de aliarse á las tropas santafecinas, se atrincheró en San Nicolás, dispuesto á quemar su último cartucho, miéntras recibia refuerzos de Entre-Rios.

El general Rodriguez que habia recibido por su parte la órden de mover todo el Sur, comprendió que esto no podria hacerse sin ponerse de acuerdo con Rosas, único capaz de aquella verdadera hazaña.

Rosas que estimaba á Rodriguez y le profesaba una amistad decidida, concurrió á su llamado, y le prometió que en un par de dias levantaria la campaña Sur hasta su último habitante.

Y asi fué.

Rosas cumplió su promesa con un esceso de celo y una actividad de que no se le hubiera creido capaz.

Inmediatamente que se separó de Rodriguez, se volvió á los Cerrillos, y envió chasques hasta los puntos más lejanos, llamando en su nombre á los paisanos.

Y era un encanto ver como aquellos hombres leales y bravos, caian á los Cerrillos como si se hubieran disputado el placer de llegar primero.

Los más venian con tropilla y todo lo necesario para entrar en una patriada, los otros con caballos de tiro y los que no habian podido moverse de otro modo, venian solamente en el montado, seguros que en los Cerrillos tendrian cuanto necesitasen.

Rosas hizo echar al corral las manadas de su estancia y los ochenta y seis puestos que la rodeaban, y montó en sus caballos á más de mil paisanos que habian venido solamente en el montado.

Dejó en los Cerrillos como administrador á don Jenaro Chaves, hombre de toda confianza, y marchó al encuentro del general Rodriguez á la cabeza de unos tres mil hombres, decididos á arrostrar con él toda clase de peligros y privaciones.

El general Rodriguez puso á las órdenes del bravo La Madrid gran parte de estas milicias y marchó con el resto buscando la incorporacion de Dorrego, como este se lo habia ordenado, á marchas forzadas.

Rosas iba orgulloso al frente de sus colorados, bautizados con el nombre de regimiento 5º de caballería de campaña.

Y era realmente encantador el aspecto de aquella tropa entusiasta!

Segun los hombres que sirvieron en aquella época, de los que aun viven algunos, cada soldado de aquellos parecia un general, penetrado de su indiscutible importancia.

Marchaban alegres y entusiastas convencidos de que donde ellos cargaran, decidian la accion.

El espíritu de todos nuestros paisanos estaba sublevado contra las infamias de todo género cometidas por las tropas santafecinas, y era una patriada que hacian con todo su corazon.

No existia entre ellos ninguna pasion política ni de partido.

Creian que la causa que abrazában era una causa santa, y así debia de ser cuando el patron marchaba á campaña abandonando sus valiosos intereses en manos de un administrador que, aunque era un hombre de confianza, no valia á su lado la pitada de un cigarro.

Rosas habia sacado tambien de los Ce-

rrillos una punta de indios que destinaba á ser su vanguardia, una mitad, y una compañia de flanqueadores la otra, que marchaba al flanco derecho de su estensa columna.

Cuando Rosas se incorporó en San Vicente con tan brillante columna, fué objeto, por parte del coronel Dorrego, de sus más ardientes felicitaciones, no solo por el magnífico aspecto de la tropa, como por la celeridad con que habia ocurrido al llamado del gobierno.

Aquellos ginetes de tan llamativo uniforme, montados en caballos de un solo pelo, tenian todo el aspecto marcial é imponente de una tropa de primer órden.

Y nuestro gaucho es en realidad un soldado que reune condiciones incomparables.

Sufrido como ninguno, se le vé siempre alegre y risueño, á pesar de las fatigas y la ausencia total de pago.

Por largas y penosas que sean las jornadas siempre se halla dispuesto á marchar donde le mandan, sin que se apague un momento de sus lábios la luz de su sonrisa noble y bondadosa.

El dia de la pelea, olvida todas sus penurias pasadas y la fatiga que momentos ántes postraba su cuerpo.

Salta, con más alegria que nunca sobre el potro, esté ó nó ensillado, y espera, como el mejor premio á sus desvelos y afanes, el toque de carga, precursor del entrevero y el triunfo.

Este es el gaucho porteño, héroe y victorioso en todas las jornadas, desde Octubre de 1820, é Ituzaingó, hasta el Paraguay y la meseta de Barracas!

Nada lo detiene, como nada es capaz de arrancar el sable de su mano vigorosa.

Muere con la sonrisa en los lábios ó llega triunfante al punto que se le señala.

No hay fatiga ni desventura que pueda doblar su espíritu poderoso.

Y cuando su cuerpo cae postrado por las marchas y privaciones, se le verá enderezarse como un resorte de acero y saltar á caballo al primer toque de corneta que indique una carga á sable.

Esta era la gente con que Rosas acudia al llamado del general Rodriguez, gente á cuya cabeza debia empezar á figurar aquel hombre fatal.

El general Rodríguez, como comandante en gefe de las milicias del Sur, despues de desprenderse una columna fuerte á las órdenes de La Madrid, del héroe La Madrid, se puso en marcha asumiendo el mando del resto de las fuerzas.

Rosas iba simplemente como comandante de los colorados, aunque Rodriguez que estimaba su claro talento, consultaba con él hasta sus menores medidas de seguridad.

Así siguieron hasta incorporarse al altivo Dorrego, que ardia en deseos de encontrarse con Lopez y su ejército de bandidos, como se llamaban las milicias del Norte.

Pero ántes de dar una batalla decisiva con Lopez, era necesario tomar á San Nicolás, donde como hemos dicho, se habian refugiado Alvear y el aventurero Miguel Carrera, aliados del gobernador Lopez.

Dorrego, á pesar de la fama que como militar empezaba á adquirir Alvear, fama inesplicable por cierto, y de los elementos con que contaba, decidió caer sobre San Nicolás, lleno de fé en las tropas que mandaba.

Tomó él en persona el mando de su infanteria, escasa pero bizarra, dividió la caballeria en tres grandes regimientos al mando de La Madrid, Rosas y Rodriguez, siendo este el gefe superior de todas ellas y en la madrugada del 2 de Agosto, atacó la plaza de San Nicolás con un vigor inesplicable.

Alvear habia reunido por su parte todos sus elementos, contando con sostenerse, si no triunfaba, hasta recibir contingente que le prometian de Entre-Rios.

Pero iba á tener que luchar con un enemigo terrible, por que era compuesto

de tropas entusiastas y admirablemente mandadas.

El ataque lo inició Dorrego, cargando con su magnífica infanteria, despues de media hora de fuego récio y nutrido.

En cuanto flaquearon un momento los defensores de la plaza, cargó sobre ellos como una tormenta la caballeria, trabándose un combate sangriento de arma blanca.

Era tal el denuedo con que se batieron los colorados, en aquel dia de estreno, que tanto Rodriguez como el mismo Dorrego, no podian ménos que fijar su atencion en aquellos gauchos que habiendo arrojado la inútil tercerola y envainado el sable que les incomodaba, desmontaban de sus caballos y cargaban á las infanterias acantonadas en la plaza, cuchillo en mano.

Las bajas fueron muchas, como sucede siempre en los combates á arma blanca, pero el triunfo más completo y magnífico fué alcanzado por las tropas de Dorrego.

Los defensores de la plaza, viendo que era inútil seguir combatiendo, pues con ello solo lograban sacrificarse estérilmente, se rindieron á discrecion.

El estreno de los colorados no pudo ser más brillante.

El general Rodriguez felicitó á Rosas cordialmente por la notable organizacion y bravura de aquella espléndida tropa.

—Son mis peonadas de los Cerrillos, respondió éste, y están habituados á hacer lo que se les manda, ya sea parar rodeo, ya desalojar al enemigo de una plaza, por fuerte que sea.

Esto no es nada, mi general.

Espero un dia mejor para mostrar todo lo que vale el 5.º regimiento.

Y los colorados, que escuchaban estas ponderaciones del patron, se llenaban de orgullo y vanidad.

Y no le llamaban si no el patron, hasta en sus vivas, por que siendo realmente en su mayor parte peones de sus estancias, se les hacia muy cuesta arriba y fuera de sus costumbres llamarle comandante.

El golpe sufrido por Alvear en San Nicolás, que huyó en seguida á Santa-Fé, acobardó á Lopez y lo hizo entrar en negociaciones de paz, que fueron aceptadas por Dorrego, que no tenia por objeto hacer una guerra sin cuartel á Santa-Fé, sinó simplemente obligar á Lopez que se retirara con su ejército de la Provincia de Buenos Aires.

Como Rosas tenia estrecha amistad con Lopez, fué él el encargado de hacerle aceptar estas condiciones, con las que el caudillo santafecino se mostró conforme.

Pero agregando una cláusula que realmente no se podia aceptar.

Lopez pretendia que se le indemnizaran todos los gastos hechos en aquella campaña, y que se le devolviera la division prisionera en San Nicolás.

Dorrego no podia aceptar de ninguna manera semejante cláusula y la rechazó terminantemente.

Lopez insistió y dijo que para evacuar la provincia necesitaba que se le garantiera el cumplimiento de esa cláusula, lo que concluyó de irritar á Dorrego y decidirlo á marchar contra el campo de Lopez, y obligarlo á dar una batalla decisiva.

Remontado su ejército con elementos que habia recibido de la ciudad, entre ellos dos batallones de infanteria, marchó hasta el Arroyo de Pavon, donde encontró las avanzadas del ejército santafecino, el dia 12 de Agosto, diez dias despues de haber tomado la plaza de San Nicolás.

Lopez era un caudillo valiente, que habia hecho su aprendizaje militar en el sitio y toma de Montevideo.

Tenia confianza en su numeroso ejército, se creia mucho más militar de los que mandaban las tropas porteñas y estaba profundamente convencido de que el triunfo seria suyo.

Por eso se habia resistido á firmar los tratados sin aquella cláusula inaceptable,

pero que podia imponerla despues de aquella batalla que creia suya.

Así es que al avistar al ejército de Dorrego, tendió su larga línea, pensando imponerlo con la vista de sus numerosas caballerias.

El ejército de Lopez era indudablemente superior en número, pero no en bravura ni en organizacion.

Estando al lado de Pavon, Dorrego tuvo que pasar el arroyo y tender su línea de aquel lado.

Una vez tendidas las líneas y plenamente convencido López de su superioridad numérica, describió con sus caballerias un semi-círculo, tratando de encerrarlo en él, y destrozarlo en seguida.

Este es el golpe estratéjico favorito de los indios y que Lopez habia explotado siempre con buen resultado.

Pero ahora tenia que habérselas no solamente con tropas bravas y engreidas sino con caballerias que, como la de Rosas, habian hecho su aprendizaje precisamente en simulacros con los indios.

Dorrego habia desplegado sus infanterias en el centro, colocando á su izquierda y frente á la derecha de Lopez, á Rosas con sus colorados, y á su derecha, izquierda enemiga, á La Madrid y al general Rodriguez.

En cuanto el centro de Lopez estuvo á buen tiro, rompió con su infanteria un fuego terrible, que le dió las primeras ventajas de la jornada.

Y miéntras con ella llevaba una carga decisiva á la bayoneta, envió un ayudante á Rosas con la órden de cargar y que arrollara lo que tenia á su frente—la derecha de Lopez.

Rosas cruzó á escape por delante de su línea de batalla, proclamando á los soldados con los ojos y tocó primero á la carga y á degüello en seguida.

El quinto regimiento, de los colorados, se lanzó sable en mano con un entusiasmo febril.

Bien pronto, despues de chocar, arrojaron los sables, y cuchillo en mano se entreveraron con las caballerias santafecinas, sembrando el campo de cadáveres y heridos.

La caballeria de Lopez no pudo resistir aquel choque.

Se hizo un remolino primero, dió media vuelta y se lanzó á escape en completa derrota.

Un viva inmenso atronó los aires partiendo de las tropas del general Rodriguez, que habian estado á la espectativa, observando la carga llevada por los colorados.

Estos volvieron á empuñar el sable y comenzaron una persecucion tenaz, mandada por el mismo Rosas.

Esta no pudo efectuarse más que por espacio de una legua, pues en ese trayecto la caballeria santafecina que tan garifa habia entrado en pelea, se hallaba completamente dispersa.

Cuando Rosas regresó trayendo más de trescientos prisioneros, halló á Dorrego ocupando triunfante el campo de batalla.

La infanteria de Dorrego le habia destrozado y rendido el centro, al primer amago de carga; su izquierda, (de Lopez) luchando y en órden habia abandonado el campo.

Lopez deshecho, abandonó el Norte de Buenos Aires, y se retiró á Santa-Fé.

Dorrego se dispuso á seguirlo, para darle un golpe decisivo y concluir de una vez con esta guerra civil que tan cara costaba, y por la que tantos sacrificios se habian hecho.

Tanto Rosas como el mismo general Rodriguez se opusieron á que Dorrego entrara á la provincia de Santa-Fé, temiendo un descalabro que inutilizara los triunfos obtenidos.

Pero Dorrego estaba entusiasmado y queria perseguir á Lopez en su propia provincia, para concluir de deshacerlo.

Rosas, contando con Lopez, trataba de influir en el ánimo de Dorrego para

que firmase una paz honrosa para ambas provincias.

Lopez estaba dispuesto á entrar en tratados y firmar una paz definitiva.

Pero Dorrego no aceptaba algunas de estas condiciones, y queria obligarlo á todo trance á firmar los tratados que él habia confeccionado.

Todos los trabajos fueron inútiles y Dorrego insistió en invadir á Santa-Fé.

—Es una locura, decia Rosas, algo exasperado.

Cualquier gobierno que lo suceda firmará la paz, y todos nuestros afanes habrán sido inútiles.

—Es una paz deshonrosa para Buenos Aires, y yo no la firmo, dijo Dorrego.

Invadiré á Santa-Fé, batiré á Lopez y obtendré entonces una paz que me convenga, sin tenerla que comprar con pagos ridículos de indemnizaciones.

Buenos Aires quiere y necesita la paz.

Pronto debe elegirse gobernador y este la firmará.

Dorrego creyó que él seria el gobernador electo, é inmediatamente envió una nota á Balcarce, gobernador interino, para que sin pérdida de tiempo convocara al pueblo á elecciones.

Viendo entonces Rosas que todo seria inútil para obtener la paz y disuadir á Dorrego de entrar á Santa-Fé, pidió su separacion del ejército, lo que habia hecho y obtenido el general Rodriguez, dias ántes.

Dorrego dió á Rosas licencia para venir á Buenos Aires, ordenándole que remontara el regimiento 5 º diezmado en San Nicolás y Pavon y esperara sus órdenes.

Rosas se vino al Sur y empezó inmediatamente la remonta de sus colorados, con toda la actividad que le era característica, dispuesto, sin embargo de sus opiniones, á obedecer el llamado de Dorrego.

EL HÉROE DE OCTUBRE

En los combates de San Nicolás y Pavon, los colorados, habian sufrido muchas bajas, como que en los dos combates habian desempeñado un rol tan importante.

Rosas proclamó el resto de su tropa haciéndoles comprender los importantes servicios que con su bravura habian prestado y los obsequió con una gran fiesta campestre en los Cerrillos.

—Todavia nos queda el rabo por desollar! les decia, es preciso tener fé y constancia.

—Ya lo desollaremos! ya lo desolloremos, respondian los paisanos, ese y cincuenta rabos más.

Y llenos de entusiasmo y alegres por las demostraciones de que eran objeto, se hallaban dispuestos á seguir con el patron en esa y mil patriadas más.

Rosas, como siempre fué generoso con las familias de los que habian quedado en el campo, ya muertos, ya heridos.

Les repartió puntas de haciendas ya lanar, ya vacuna, á su eleccion, dándoles además dinero para que atendieran sus necesidades más apremiantes y se compraran luto.

Asi á los que quedaban ó venian á engrosar las filas de los colorados, poco les importaba quedar ó no quedar panza arriba como ellos decian.

Sabian que muriendo entre los colorados de Rosas, sus familias no habian de pasar miserias.

En pocos dias no solo estuvieron llenas las bajas del regimiento 5 º, sinó que tuvo que agregarle doscientas plazas más, y aplazar á otros por carecer de armas y uniformes suficientes.

Entre tanto el gobernador Balcarce habia convocado á elecciones para la junta que debia nombrar gobernador.

Los partidos se aprestaron á los trabajos para hacer triunfar tal ó cual candi-

dato, siendo Dorrego el que con más simpatías contaba.

Estaban en lo mejor de los trabajos, cuando se recibió, con asombro, la noticia de que Dorrego habia sido batido por Lopez.

Los temores de que las tropas santafecinas volvieran á invadir á Buenos Aires, se apoderaron de la poblacion.

Derrotado Dorrego no se contaba con elementos prontos para contener los desmanes de Lopez.

Rosas entonces, que se habia hecho el hombre de la situacion, escribió á Lopez diciéndole que no invadiera, y espera la instalacion del nuevo gobierno para que se firmaran los tratados de paz, que tanto á Santa-Fé como á Buenos Aires, convenian bajo todos respectos.

Dorrego se habia internado en Santa Fé, falto de los elementos necesarios.

Lopez habia reorganizado los suyos y cuando lo viö imposibilitado de moverse con éxito, por falta de caballadas, lo batió deshaciéndole su escaso ejército ya.

Regresö Dorrego á reorganizar sus fuerzas, siendo su primer medida ordenar á Rosas que se incorporara con todas las milicias que hubiera reunido, órden que recibió al mismo tiempo que la contestacion de Lopez, concebida en estos términos:

«No invadiré la provincia de Buenos Aires hasta que se nombre nuevo gobierno, con el que espero obtener la paz deseada.»

Y Rosas moströ á las personas influyentes esta carta, garantiendo que Lopez cumpliria esa promesa.

Era preciso, pues, elejir un gobernante que respondiera á esta aspiracion de todos: la paz con la provincia de Santa-Fé.

Todos se recostaron á Rosas, comprendiendo todo el poder de su influencia en la campaña.

Aceptaria Rosas á Dorrego?

—Acepto al que haga la paz con Lopez, dijo, por que he empeñado mi palabra de que se hará.

No habia, pues, que pensar en Dorrego, pues conocidas eran las decisiones de este en no hacer esa paz que aún creia poder imponer con las armas.

Las personas de mayor influencia vinieron entonces á conferenciar con Rosas, preguntándole si apoyaria una lista que respondiera á la eleccion del general Rodriguez.

—El géneral Rodriguez hará la paz, dijo Rosas, y una paz decorosa para ambas provincias.

Apoyaré esa lista siempre que se me garanta que elegirán á Rodriguez.

Triunfö la lista de representantes apoyada por Rosas, y la junta nombrö á don Martin Rodriguez gobernador y capitan general de la provincia de Buenos Aires.

Aquí fué el cataclismo!

Los dorreguistas, que eran muchos y fuertes en la ciudad, se prepararon á resistir aquel nombramiento, aún á costa de una revolucion.

Y á gran prisa empezaron á reunir sus elementos.

Y miéntras el general Rodriguez venia á tomar posesion de su alto cargo, Rosas reunió sus milicias y marchö á incorporarse á Dorrego en cumplimiento de la örden recibida.

Rodriguez no contaba con la ambicion de los que querian conquistar al mando, aún á costa de la patria.

Los partidarios del general Soler y de Sarratea, alzaron el poncho, y una vez en Buenos Aires el nuevo gobernador, desconocieron su nombramiento, y se levantaron en armas, dispuestos á resistir la nueva autoridad.

Despechados de colocar sus respectivos candidatos, se habian aliado, pretendiendo entregar el poder al coronel Dorrego, á pesar de la junta de representantes y del mismo general Rodriguez que habia asumido el mando y se hallaba en el Fuerte, hoy Casa Rosada.

Inmediatamente mandó un chasque á Rosas, ordenándole, como gobernador y capitan general de la provincia que, con todas las milicias que habiá reunido, para protejer á Dorrego, viniera forzando sus marchas á Santa Catalina, donde debia esperar sus órdenes.

El 1º de Octubre á la noche, empezaron á reunirse en el Retiro las fuerzas con que contaban los sublevados, que eran el batallon Fijo y el 2º y 3er. tercio de cívicos.

Una vez reunidos estos, teniendo á la cabeza á sus gefes, Gonzalez, Salomon y el coronel Pagola, gefe del movimiento, formó este una columna, con la que salió á la calle, en direccion á la plaza de la Victoria, á los gritos de:

—Viva Dorrego!

Abajo Rodriguez y los directoriales!

El general Rodriguez que era un hombre bravo y dispuesto á hacer respetar la autoridad que investia, se hallaba en el Fuerte, como hemos dicho, preparado á todo evento.

Las únicas fuerzas que le permanecian fieles en la ciudad, era un batallon de Aguerridos y otro de Cazadores, con los que contaba sofocar cualquier tumulto.

Al efecto habia situado los cazadores bajo la Recoba Nueva, y los Aguerridos delante del Fuerte, dando el frente á la que es hoy plaza 25 de Mayo.

A la columna mandada por Pagola, cuya composicion conocemos, se fueron agregando en el camino algunos grupos armados, de los comprometidos en el movimiento, los que la reforzaron de una manera considerable, dado el número de los leales al gobierno.

Los Cazadores que estaban bajo la Recoba, sintiendo los gritos de muerte, que lanzaban los amotinados, se prepararon al combate resueltamente, de modo que cuando la columna del coronel Pagola llegó á la plaza, fué recibida por un nutrido fuego de fusilería, que los hizo vacilar un momento.

Pagola proclamó á sus soldados, mostrándoles cuán fácil seria triunfar de los pocos elementos con que contaba Rodriguez, dió frente á los Cazadores y respondió al fuego con bastante entusiasmo y brios.

Algunos grupos de partidarios armados venian tambien en proteccion á las tropas del gobierno, ocupando desde el primer momento las azoteas y casas inmediatas á las dos plazas, desde donde rompieron tambien un vivo fuego en apoyo de los Cazadores.

El combate se habia hecho general y encarnizado.

Por ambas partes se combatia con igual bravura y decision.

Los Aguerridos habian desprendido algunas compañias en apoyo de sus compañeros, contingente que volvió á hacer vacilar á las fuerzas de Pagola, creyendo que los que entraban al combate de refresco serian superiores en número.

Pero Pagola se lanzó á lo más récio de la pelea, comunicando á sus tropas su bravura, y despues de proclamarlas de una manera enérgica y lacónica, las llevó de nuevo al combate, bajo el fuego de los Aguerridos, en una brillante carga á la bayoneta.

El general Rodriguez seguia á su vez todos los episodios del combate sintiendo la sangre que se derramaba, privando á la patria de tan valerosos soldados.

Cargado de firme por los cívicos y los fijos, tocó el turno de vacilar á los Cazadores, que empezaron á retroceder algo desmoralizados.

Pagola, viendo flaquear al enemigo, cargó de nuevo con más brio, y despues de una resistencia corta pero terrible, los Cazadores, quintados en el combate, cedieron el campo, rindiéndose unos y dispersándose los que pudieron.

Pagola siguió adelante, con sus tropas embravecidas por la resistencia que acababan de vencer.

Los fuegos se habian apagado tambien

en las azoteas vecinas, ya por falta de municiones, ya por que los que los sostenian presintieron la derrota.

Solo quedó frente á la columna de Pagola, disputándole el paso, el batallon de Aguerridos.

El choque fué violento, por que aunque muy inferiores en número, los Aguerridos era un cuerpo que tenia ya una historia y una pájina gloriosa.

Pero el enemigo era demasiado fuerte y solo le quedaban las bayonetas, pues las municiones se les habian concluido.

Las compañias que habian acudido en sostén de los Cazadores, empezaron á replegarse al Fuerte, buscando el apoyo de los que allí estaban, que recibieron á los asaltantes con descargas que les produjeron numerosas bajas.

Pero con aquellos elementos solos, era inútil pensar en contener á un enemigo que venia victorioso y era superior en número.

El general Rodriguez, hombre práctico en estas cosas y que jamás perdia su sangre fria y aplomo, comprendió que allí no le quedaba más que hacer, y montando á caballo salió en direccion á Santa Catalina, donde creia encontrar á Rosas, acompañado de una escolta de sus leales.

Queriendo no sacrificar más inútilmente al bizarro batallon de Aguerridos, dió órden que no hicieran mayor resistencia y dejaran entrar al Fuerte á los asaltantes.

Los comandantes que mandaban los cuerpos de asalto, Epitacio y Dámaso del Campo, Salomon y Chilabert, tomaron posesion del Fuerte, despues de haber dispersado á los Aguerridos que entregaron las armas.

Los alrededores del Fuerte y de la plaza habian quedado sembrados de cadáveres.

Estos cadáveres fueron recojidos en la madrugada del 2 de Octubre, y arrojados en un hueco que habia al lado de la Catedral, donde hoy se halla el domicilio del arzobispo, y donde se enterraron los que buenamente se pudieron.

El coronel Pagola, dueño absoluto de la ciudad, en union á los miembros del Cabildo nombró al general Quintana comandante en jefe de los cívicos, miéntras una gran multitud invadia el recinto del Cabildo, pidiendo la anulacion del nombramiento del general Rodriguez.

Los cabecillas de este movimiento comprendieron que la inaccion era su muerte.

El general Rodriguez en campaña, organizaria pronto buenos elementos y no tardaria en atacar la plaza para someterla á su autoridad.

Pagola y sus parciales enviaron un chasque á Dorrego dándole cuenta de los sucesos y haciéndole notar lo conveniente de su presencia.

Y el mismo Cabildo que habia vacilado inclinándose á los revoltosos, le mandó un oficio, diciéndole que acelerara sus marchas hácia la ciudad.

Y para quitarle aquel poderoso elemento, envió á Rosas una órden terminante, para que con las fuerzas que hubiera reunido, obedeciera la órden de incorporarse á Dorrego, que habia recibido dias ántes.

Entre tanto y para precaverse de todo peligro, empezaron á organizar una línea de defensa en fuertes trincheras, que impidieran cualquier ataque y dieran tiempo á llegar á Dorrego con su ejército.

Creemos oportuno dar aquí ciertos detalles para que el lector pueda apreciar la importancia de aquel hecho de armas.

Las fuerzas con que contaban los revolucionarios, eran compuestas de esta manera:

Batallon de Cazadores al mando del coronel Vidal, con trescientos cincuenta hombres.

Batallon Fijo, coronel Benito Martinez, cuatrocientos.

Los Aguerridos, reorganizados y á órdenes del coronel Rolon, seiscientos.

Artillería mandada por el coronel Manuel Ramirez, doscientos.

Los cuerpos de cívicos divididos en tercios, 1°, 2°, 3° y 4° contaban mil quinientos hombres más ó menos, pues el resto no habia acudido al toque de generala.

Estos tercios eran mandados por los comandantes Urien, Salomon, Montes de Oca y Alzaga, que mandaba los titulados pardos y morenos.

Con el segundo tercio de cívicos se estableció un canton con dos piezas de artillería en la boca-calle de la plaza, Bolivar y Victoria y otro en la azotea del café de don Márcos, esquina que mira al colegio.

Los demás cantones cubiertos por el segundo tercio, se hallaban situados en el cuartel del regimiento de patricios, hoy Universidad, otro canton corrido en la casa-tienda de Nevares, donde hoy está el palacio de la industria y otro canton de cien hombres en la casa de Quirno, teatro hoy de la Victoria.

El cuarto tercio daba servicio en los siguientes cantones:

Boca-calle de la plaza, hoy casa de Olivera, uno con 2 piezas de artillería.

Otro en la azotea del famoso café de don Martincho, hoy café del Plata.

Otro en la casa de Obligado, frente á lo de Posadas.

Y otro fuerte de cien hombres con otras dos piezas, en la Catedral y San Martin.

El tercer tercio cubria todo el Norte, siendo su canton principal en el café Catalan.

Los Aguerridos estaban en la calle San Francisco, hoy Defensa, ocupando un canton con dos piezas en el café de la Recoleta, donde estaban últimamente los tribunales.

Otro frente á Santo Domingo, en la casa que fué del general Quiroga, y un gran canton de escucha, fuerte de doscientos hombres, en la casa de Vietes, al lado del mercado del centro.

Dos piezas de artillería de buen calibre, se hallaban colocadas en la calle de la Merced, Reconquista hoy, al lado del café del Coliseo, donde más tarde se construyó el teatro Colon.

En la calle de Balcarce habia un gran canton, en una carniceria que más tarde fué cuartel de la escolta de Rosas y actualmente Congreso Nacional.

Este canton se hallaba protejido por un caballo de friso, que no era otra cosa que un gran cilindro de madera, cubierto de enormes clavos de punta saliente, que se colocaba sobre dos pilares y se hacia girar por medio de dos grandes manubrios.

Estos llamados caballos de friso, eran máquinas que en esa época daban magníficos resultados.

Otro gran caballo de friso, se hallaba colocado en la calle 25 de Mayo, y en la parte del Retiro, Norte y Sud, estaba cortada la calle por una zanja y estacada.

El resto de las fuerzas se hallaba en la plaza.

Los batallones de línea (Fijo y Cazadores) estaban destinados á protejer los cantones, haciendo salidas en la direccion que se les indicara.

El general Rodriguez llegó á Santa Catalina creyendo hallar allí al comandante Rosas con sus milicias, pero este no habia llegado todavia.

Rosas se habia encontrado en el camino con la órden de Rodriguez, la de Dorrego y la del cabildo, vacilando un momento sobre cual debia odedecer.

Habia llegado al Puente de Marquez, aún indeciso, cuando lo encontró la segunda órden de Rodriguez, encareciéndole que doblara sus marchas, tratando de no perder un segundo, pues de otro modo quedaba sériamente comprometido el imperio de las leyes.

En vista de esta segunda y terminante órden, Rosas reunió á sus oficiales más caracterizados, consultándoles el camino que debia tomar.

Todos fueron de opinion que se debia obedecer sin vacilar la órden de Rodriguez, pues era el gobernador y capitan

general de la provincia legalmente nombrado.

Rosas se decidió entonces á venir á Santa Catalina, que era su deseo; demasiado comprendia la ansiedad con que lo esperaria el general Rodriguez.

Este habia logrado reunir mil hombres de toda su confianza, pero eran fuerzas con las que apénas podria iniciar su ataque á la ciudad.

En la madrugada del 3, se presentó por fin Rosas en Santa Catalina, seguido de sus célebres colorados en número de más de mil hombres.

Desde aquel momento Rodriguez no dudó de su triunfo.

El Sur de la ciudad estaba guarnecido por compadres y gente de las orillas, entre las que Rosas tenia un gran prestijio.

—Esos se vendrán conmigo en cuanto yo me presente, dijo, y podremos engrosar con ellos nuestras infanterias.

El gobernador Rodriguez se encontró así al frente de más de dos mil hombres entusiastas, y deseosos de entrar en pelea.

El mismo dia 3 á la tarde, Rosas desprendió pequeñas partidas á reconocer los alrededores, miéntras el ejército avanzaba hácia la ciudad, para estar listo á operar prontamente.

Como Rosas lo habia previsto, su columna no tardó en engrosar con la guarnicion de todos los cantones del Sur, que quedaron abandonados.

Los gefes y oficiales que los mandaban eran todos, amigos unos y protejidos otros de Rosas.

Así es que al saber que el gefe de los colorados se hallaba con el general Rodriguez, abandonaron sus posiciones seguidos de la tropa y se incorporaron.

En vista de esto el general Rodriguez, se vino hasta la Residencia, donde instaló su cuartel general.

Rosas avanzó hasta las plazas de Monserrat y Concepcion donde se retiró con sus colorados, esperando la órden de atacar.

El coronel Pagola entonces se limitó á cubrir y atender la línea de cantones, que hemos enumerado más arriba.

Queriendo evitar en lo posible la efusion de sangre humana, Rodriguez envió un pliego al Cabildo, notificando que estaba dispuesto á hacer respetar su autoridad, por todos los medios á su alcance.

Pero que si la junta de representantes queria asumir otro rol y anular su nombramiento él obedeceria de la misma manera.

La junta, viéndose apoyada así por un buen cuerpo de ejército, resolvió confirmar el nombramiento del gobernador Rodriguez, mandando á las tropas de la plaza que se retiraran á sus cuarteles y esperaran allí las órdenes del señor gobernador.

El coronel Pagola, lejos de obedecer, proclamó sus tropas en la plaza, declarando á su vez que desconocia al tal gobierno y el derecho con que la junta pretendia imponerlo.

Y las tropas permanecieron leales á Pagola, desconociendo toda autoridad que no fuera el coronel Dorrego.

En vista de esto, el general Rodriguez encomendó al comandante Rosas trajera el ataque á la ciudad con todas las fuerzas de su mando, miéntras él quedaba en la Residencia con un buen cuerpo de reserva, compuesto de todas las infanterias.

En la madrugada del dia 5, el comandante Rosas preparó sus columnas de ataque, dando á cada gefe las minuciosas instrucciones sobre el trayecto que debian recorrer y los puntos que debian atacar y tomar.

Desde el 4 por la mañana se habia roto el fuego de parte á parte, teniendo lugar algunos encuentros, sangrientos sí, pero de ninguna manera decisivos.

Rosas lanzó una columna por la calle de Bolivar, enviando otra por la de Victoria, con órden de arrollar el canton situa-

do donde hoy es el teatro, y seguir hasta la plaza.

El tomó el mando de unos escuadrones de sus colorados y se lanzó por la calle de la Defensa, á estrellarse con el canton frente á San Francisco.

En los dias anteriores y durante los combates parciales de que hemos hablado, se habian presentado á Rodriguez muchísimos soldados del primer tércio de cívicos, los que le habian dado minuciosos detalles sobre las fuerzas de la plaza y situacion de las trincheras.

De modo que el gefe de los colorados conocia el terreno donde iba á operar, como si él mismo lo hubiera preparado.

El combate de caballeria contra infanteria acantonada era sumamente desproporcionado y expuesto á un rechazo fatal.

Pero Rosas conocia bien á sus colorados y sabia que todo peligro desapareceria una vez llegado al canton.

Este ataque era tanto más audaz y atrevido, cuanto sabian que habian dos cañones cuyas bocas barrian todo el largo de la calle Defensa.

Rosas, á la cabeza de sus magníficos ginetes, tomó la calle de Venezuela y doblando por Defensa se fué sable en mano y como un relámpago, sobre el canton defendido de la manera que ya conocen nuestros lectores, y situado frente á Santo Domingo, en la casa del general Quiroga.

Los colorados sufrieron mucho, aunque avanzaron á escape, pero forzaron esta primer dificultad, pues sus defensores se retiraron al canton de la casa donde estaban los tribunales, perseguidos á sable límpio.

Las dos piezas de este canton empezaron entonces á barrer las calles, haciendo como es natural grandes destrozos en aquellos verdaderos leones

Rosas comprendió que la inaccion era la muerte, y que no habia retirada posible, ante el fuego de fusileria que se le hacia y los disparos de las dos piezas.

Así es que tratando de ganar tiempo y apagar rápidamente los fuegos de aquel canton, mandó tocar á degüello.

Y los brillantes escuadrones, á pesar de aquella lluvia de muerte, se lanzaron á escape sobre el segundo canton, al grito de viva la patria!

La guarnicion creyó sujetarlos, con un nutridísimo fuego y acelerando en lo posible los disparos de cañon.

Pero todo fué inútil.

Aquellos ginetes asombrosos llegaron hasta la boca de los cañones, apagando sus fuegos y matando á sablazos á los artilleros que los servian.

Entonces echaron pié á tierra y sacando sus cuchillos, empezaron á combatir de una manera terrible, irresistible.

Aquel ataque heróico, traido con un vigor asombroso y con una insistencia soberbia, tenia que dar brillantes resultados.

Los que no quisieron morir bajo el facon de los colorados, tuvieron que rendir sus armas ó replegarse á la plaza en completa dispersion.

Rosas siguió en direccion á la plaza, dejando la calle cubierta de colorados.

Por que aquel triunfo lo habia obtenido con numerosas y sensibles pérdidas.

Y cargó con tal impetuosidad que bien pronto doblaba por la calle de Cabildo, hoy Victoria, arrollando cuanto se le ponia por delante.

Cuentan los que presenciaron este combate, que es imposible batirse con aquel lujo de bravura y aquel desprecio del peligro.

Los que habian salvado de aquel rudo ataque siguieron ya de á pié, con el cuchillo en una mano y las bolas en la otra.

Rosas estaba ávido por conocer el resultado que hubiesen obtenido las otras dos columnas de ataque.

La de la calle de Bolivar se habia detenido frente al colegio, y hacia prodigios

de todo género por forzar aquel canton, defendido por los cívicos que lo servian con un gran encarnizamiento.

Rosas mandó un chasque á la Residencia, pidiendo refuerzos de infanteria, y trató de averiguar lo que habia sido de la columna que habia avanzado por la calle de la Victoria.

Esta era la que más habia sufrido, por que era la peor mandada.

Habia forzado el canton del teatro de la Victoria, con grandes pérdidas, pero delante de la boca-calle del sud-este de la plaza, se habia visto obligada á echar pié á tierra y cargar á cuchillo.

Cuando Rosas vió esto, mandó marchar de frente á aquellos escuadrones terriblemente quintados que habian entrado con él, y cargó á su vez aquellos cantones, por el flanco y la espalda.

La victoria no se hizo esperar mucho tiempo.

Cuando se combate de esa manera, el triunfo puede demorar un momento más ó ménos, pero siempre es seguro.

En aquellos mismos momentos se pasaba á las fuerzas del general Rodriguez, que ocupaba el Mercado Viejo, el batallon de Cazadores, con su gefe el comandante Manuel Correa, sin faltar un solo soldado.

Ya no era posible dudar del éxito de la jornada.

Las fuerzas que ocupaban los cantones del Congreso y otras de ese lado, se reconcentraron á la plaza volviendo á ocupar los cantones de la calle de la Defensa, que cayeron nuevamente en manos de las fuerzas del gobierno.

El coronel La Madrid que se habia incorporado á última hora, doblando por la calle de San Juan, hoy Alsina, cayó sobre dicho canton, al frente de un escuadron de caballeria.

Tomó las piezas á sable, y las dió vuelta haciendo con ellas mismas fuego hácia la plaza.

Quedaba en fuerte pié todavia el canton del Colegio, que era el que resistia con más bravura, rechazando todas las cargas.

Pero los refuerzos de infanteria pedidos por Rosas empezaron á llegar encontrando el camino más despejado y libre de enemigos.

Estas fuerzas tomaron por el lado Sud las azoteas de la manzana donde se hallaba situado, de manera que vino á quedar entre dos fuegos.

Todavia hicieron esfuerzos heróicos, pero al fin tuvieron que ceder, y rendirse como los demás, despues de tentar todo género de esfuerzos.

Al caer la noche, se habian apagado los fuegos en todos los cantones, que cayeron en poder de los colorados y las tropas que á última hora tomaron parte en la accion y su desalojo.

La accion, pues, estaba terminada, y siendo la obra exclusiva puede decirse, de Rosas y sus colorados.

Cuando el fuego cesó por completo y solo se escucharon esos disparos perdidos, últimos écos de los combates, el comandante Rosas tocó llamada en la plaza de la Victoria, donde se reunieron en el acto sus colorados, es decir, los colorados que habian salvado de aquella lucha tremenda.

Rosas los hizo formar en batalla al rededor de la plaza, y les dirijió la palabra con frases sentidas y conmovedoras, que los paisanos escuchaban con enternecimiento, satisfechos de haber merecido las felicitaciones de aquel gefe á quien tan ciegamente amaban.

El general Rodriguez conmovido profundamente por la conducta de Rosas durante toda la accion, le dió un fuerte abrazo llamándolo su coronel, y saludando cariñosa y respetuosamente á aquellos nobles escuadrones con la cabeza descubierta.

—Con soldados como esos y mandados por hombres de este temple, agregó, no hay nada imposible.

Salud al valiente regimiento 5.º de caballeria de campaña!

Rosas ordenó que ninguno de sus colorados se moviera de la plaza bajo ningun pretesto. dejando una simple guardia de cuartel para que cumpliera aquella órden, retirándose á acompañar al general Rodriguez, que se dirijia al Fuerte, donde era esperado ya por las personas más notables y numerosos partidarios.

Los demás cuerpos que habian tomado parte en el asalto, fueron enviados á alojarse en los diversos cuarteles de la ciudad, con la órden tambien de que ningun soldado saliera á la calle, para conservar el órden, evitando de esta manera cualquier escena que pudiera empañar el brillo de aquella gloriosa jornada.

Aquella noche la plaza de la Victoria ofrecia un aspecto singular y alegre.

Los cadáveres que habia en ella y sus adyacencias fueron arrojados provisoriamente al hueco que hemos indicado ya, donde hoy es la residencia arzobispal, dejando la plaza completamente límpia.

En seguida cada soldado encendió un fogon más ó ménos grande, entregándose á aplacar el hambre de la manera que podia.

Desde el toque de diana no habian probado un bocado aquel dia, y estaban postrados por el hambre y la fatiga de tanto combatir.

DESPUES DEL TRIUNFO

LA plaza de la Victoria se habia convertido en una verdadera féria, que duró el tiempo que en ella camparon los colorados de Rosas.

La curiosidad por conocerlos, por verlos y hasta tocarlos, era grande

El pueblo queria ver de cerca aquellos valientes que habian combatido con tanto denuedo y bizarría y que despues del triunfo se mostraban tan tranquilos y alegres, guardando un órden digno de tropas regulares de las mejor disciplinadas.

La sorpresa producida por la actitud de aquellos paisanos era tanto mayor, cuanto que todos creian que despues de tomar la ciudad, el paisanaje se entregaría al pillaje y saqueo más desenfrenado.

—La embriaguez, pensaban, es inevitable en esta clase de soldados, despues de una victoria tan ruidosa.

Quién podrá contenerlos cuando son dueños absolutos de la ciudad?

Es que ninguno conocia el pié de disciplina y respeto á que aquellos soldados habian llegado bajo la organizacion de su gefe.

Asi es que cuando pasó la primera noche sin que se produjera el menor escándalo, la confianza volvió á los ánimos, despertándose la curiosidad de conocer á aquellos bravos, tan terribles en la pelea y tan respetuosos y sumisos en el triunfo.

Y como era natural, no podia ménos que infundir un gran respeto y consideracion, el hombre que habia sido capaz de organizar aquellas tropas, dirijirlas en medio de la pelea encarnizada, y lucirlas más tarde como modelo de disciplina y órden.

Aquella primer noche, todo en la ciudad fué fiesta y regocijo.

No habia entonces *high-life*, y si la habia como era natural y legítimo, nadie hacia de ella alarde.

El pueblo verdadero y soberano no era un mito, como hoy en dia, y tomaba una parte activa en todo lo que al engrandecimiento de la patria se referia.

El general D. Martin Rodriguez, fué asi objeto de la más viva simpatía por parte del verdadero pueblo que lo rodeó y lo victoreó con un entusiasmo conmovedor.

Rodriguez, modesto y humilde como todo hombre de verdadero mérito, declinaba todo el honor y gloria de la jornada

en el coronel Rosas, á quien presentaba como héroe del gran movimiento.

Y Rosas que ocultaba hábilmente el orgullo y vanidad que esperimentaba, atribuia todo el éxito de aquel asalto formidable, á su denonado regimiento número 5 de caballería de campaña.

Los festejos y jarana duraron toda la noche, aunque los héroes de aquella jornada se retiraron á buena hora á reposar las fatigas de la batalla.

Rosas no quiso abandonar á sus colorados.

A pesar del magnífico alojamiento que le hizo preparar Rodriguez, á pesar de los emisarios que le mandó su padre, pidiéndole fuera á descansar á su casa y á pesar de estar esperándolo con la ansiedad consiguiente su jóven esposa, no quiso pasar esa noche mejor de lo que la pasarian sus compañeros de fatigas.

Se fué primero á saludar á sus padres, primer visita que les hacia despues de su disgusto.

Pasó luego á casa de la familia de Ezcurra donde estaba su esposa, y despues de cortos momentos que estuvo en compañía de D.ª Encarnacion y sus hijos Juan Manuel y Manuelita, que tenia ya tres años, regresó á la plaza convertida en campamento de sus colorados.

Allí estuvo largo rato felicitando á las compañías que más se habian lucido y tomando un mate en cada fogon.

En seguida hizo tender su recado en medio de la plaza y se entregó al descanso, como si estuviera en campaña.

Sus soldados recibieron con esto el mejor premio que podia dárseles.

Miraban cariñosamente á su jefe, y esclamaban:

—Esto se llama querer á su tropa, y ser un criollo á toda prueba!

Para que *haiga* dos hombres como el patron!.....

Y durmió aquella noche sobre su recado, como podia haberlo hecho en la cama más blanda y cómoda.

Es que era un hombre de un temple de alma escepcional, de una naturaleza singularmente vigorosa y habituado como estaba desde muy jóven á aquella vida original de nuestro gaucho.

En la plaza no hubo aquella noche más servicio que una simple guardia de prevencion, más por fórmula que como una medida de seguridad.

Bien sabia Rosas que habiéndolo él ordenado, no se moveria de la plaza un solo hombre, más desde que él estaba allí durmiendo con ellos.

Al otro dia, al toque de diana, el coronel Rosas estaba de pié, para recibir personalmente el parte de la noche.

No habia una sola novedad que comunicarle, fuera del hecho triste de haber fallecido dos de sus bravos, á consecuencia de las heridas recibidas en el asalto.

Rosas mandó velarlos como si hubieran sido oficiales, y anotó sus nombres en su cartera, junto con otros muchos.

Eran los apuntes que le servian más tarde para la recompensa y socorros á las familias que quedaban en la indigencia.

Ya sabian los paisanos que aquella era una ley inconmovible en los Cerrillos.

El patron no abandonaba nunca á la familia de aquellos que habian caido á su lado.

Despues de la lista envió comisionados á recorrer las calles donde habian combatido el dia antes.

Estas comisiones llevaban la órden de recojer todo cadáver que perteneciera á sus colorados, y llevarlos á la plaza con todo respeto y esmero.

Y una vez que todos fueron recojidos, se proporcionó las ambulancias necesarias, llevándolos al cementerio, él mismo, al mando de su escuadron, que debia hacer los honores á aquellos héroes caidos tan gloriosamente.

Terminado este acto, regresó á la plaza, que los soldados habian barrido y lim-

piado ya de tal manera, que segun la frase vulgar y exajerada, se podia comer en el suelo.

No habia más contratiempo higiénico, que la cantidad de cadáveres arrojados al hueco de que hemos hecho mencion, al lado de la Catedral. y que no fué posible sacar hasta más tarde.

Rosas hizo formar un regimiento en la plaza á la órden de parada y repartió un peso fuerte á cada soldado y dos á càda oficial, para que atendieran sus vicios.

Escusado es decir que esto lo hacia de su bolsillo particular, pues el gobierno aún no estaba para atender otra cosa que las necesidades más urgentes de la guarnicion.

Temprano habia mandado á todos los cuarteles, las necesarias raciones de carne y lo que los soldados llaman víveres secos.

De modo que aquel peso venia á ser casi inútil, desde que él habia recomendado á su gente que no fuera á comprar bebida, y sabido es que una recomendacion suya era una órden para su tropa.

Una de nuestras viejas glorias militares que tenemos presente y nos pide reservemos su nombre, nos dá interesantes datos sobre la estadía de aquellas tropas en la plaza de la Victoria.

Las familias más respetables y el comercio todo de la ciudad, hacia al 5.º regimiento todo género de regalos, los que aceptaban con muestras del más profundo agradecimiento, con escepcion de la bebida, que era devuelta por los oficiales, rogando no insistieran en hacerla aceptar, por que tenian órden del coronel de no recibirla.

Y esta órden se cumplió tan fielmente, que uno de los negociantes de la Recoba, entusiasmado por el espectáculo y algunas caricias que aquella madrugada le hizo el buen Baco, se presentó en la guardia de prevencion, armado de dos morrudos frascos de ginebra y pretendiendo convidar á todo el mundo.

—A la salud de los colorados! dijo *sacando el veneno* á los frascos con un beso soberano.

Y pasó las dos limetas para que circularan entre la tropa.

—Ni por un queso! dijo el sargento alegremente al contemplar la desfachatada fisonomía de aquel honesto adorador de Baco.

Todo lo que usted quiera, hermano. aceptaremos de todo corazon, pero bebida.... el patron ha dicho que *necuacua!*

—Pues ahora yo mando más que el patron, replicó el matutino y entusiasta borrachito, y á su salud hay que vaciar estos dos frascos.

—No hay tu tia, volvió á replicar el jovial paisano—donde manda capataz el peon envaina.

El negociante insistió, é insistió tanto. que á los soldados se les iban los ojos.

El sargento entonces, para cortar toda discusion y quitar aquella tentacion de delante, tomó los dos frascos y los estrelló uno contra el otro.

El borrachito no se dió por vencido ante esta demostracion.

Abandonó el cuerpo de guardia, pero cinco minutos despues, regresó trayendo en vez de dos, cuatro frascos de ginebra.

—Vd. nos quiere hacer poner mal con el patron, dijo entonces el sargento poniéndose sério; váyase, amigo, por favor.

Pero aquel hombre insistió de una manera endiablada, en que se habian de destripar aquellos cuatro frascos de ginebra.

—Váyase por vida suya! volvió á esclamar el sargento en último trance, pero el negociante volvió á la carga y declaró que no se iba hasta no ver vacíos los frascos.

El sargento entonces los tomó y los rompió uno por uno.

Y para evitar que volviera á la carga con otros más, lo arrestó dando cuenta á su oficial.

Cuando volvió Rosas al campamento,

pues aquello no era otra cosa, y tuvo conocimiento del suceso, se apersonó en el acto á la guardia de prevencion.

Allí estaba el preso, libre de la influencia del pernicioso Baco, pero firme como nunca en su pretension.

Cuando el coronel Rosas lo mandó poner en libertad, se le paró por delante, diciéndole de la manera más chusca:

—Yo no quiero irme de aquí sin haber visto á estos buenos mozos apurar una frasquera de ginebra, que yo pago á la salud de su gefe.

Rosas no pudo contener su seriedad, y tuvo que reirse ante tan singular pretension.

Y tales fueron los argumentos y entusiasmo del original invitante, que se vió en la necesidad de permitir que cada soldado tomára una copita.

Tranzada asi la cuestion, aquel hombre original se retiró, regresando enseguida con una frasquera de ginebra que se abrió en el acto, y con un frasco en una mano y la limeta en la otra, empezó á recorrer los fogones, ofreciendo á cada cual su racion convenida.

Como en cada fogon se despidiera echándose al coleto él mismo una copa, resultó que al final del reparto habia agarrado una mona que bien podia calificarse de Gorila ó Chimpanzé.

Fué tan soberbio el peludo, que tuvo que quedarse allí á dormirlo, en medio de la algazara de los soldados, que hicieron sociedad de ponchos y caronas, para prepararle la cama más blanda en que jamás haya dormido borracho alguno.

Esta tranca duró 24 horas, condicion de toda tranca de ginebra, segun los hombres prácticos á este respecto.

Como los soldados andaban platudos, por que así no más no se gastaba un peso fuerte en aquella época, la plaza de la Victoria era un enjambre de vendedores de toda *laya*.

Allí caia el mazamorrero, como el aceitunero, y la vendedora de *muñuelos* en almibar, tipo tradicional, perdido completamente como muchos otros.

Todavia no habian venido *la rija manana y larranca dulchi* á capotear á los criollos vendedores.

Y los soldados comian hasta vaciar la cesta, pagando religiosamente, sin que jamás hubiera á este respecto un altercado ó cámbio de palabras.

Aquel campamento fué tradicional por el órden asombroso que en el reinó durante los dias que lo ocuparon los soldados del 5.º, es decir, los colorados.

El gobernador Rodriguez habia organizado su gabinete, llamando á su lado á Bernardino Rivadavia y Manuel José García.

La bandera de aquel gobierno eminente, era la paz firme y duradera, para que el país prosperara y se levantase del estado de postracion en que yacia.

Los que habian tomado parte en aquel movimiento revolucionario que tanta sangre costó, eran perdonados sin condicion alguna, por aquel gobierno que se inauguraba en medio del desquicio y desorganizacion más grande por que haya pasado Buenos Aires y la República entera.

Habia en el gabinete una sombra pesada, que era lo que motivaba la permanencia de los colorados en la plaza de la Victoria.

Y esta sombra era el ejército de Dorrego.

—El coronel Dorrego, decian en voz alta, viene con su ejército á cambiar por completo la situacion.

Con sus tropas depondrá al gobierno de Rodriguez, trepando él al poder, aunque sea sobre un nuevo monton de cadáveres.

Y los emisarios se sucedian unos á otros anunciando que Dorrego forzaba sus marchas y exajerando el número de soldados de su ejército.

Los dorreguistas rodeaban á este coronel tan patriota como virtuoso, aconse-

jándole que siguiera ese camino, desconociendo el gobierno de Rodriguez, y proclamándose él gobernador interino, hasta que se efectuara una nueva eleccion.

Pero todos esos consejos perversos se estrellaban en el ánimo recto y severo del vencedor de Pavon.

Sofocando sus propias aspiraciones y despreciando aquellos consejos, en cuanto llegó á Lujan formó su ejército haciéndole reconocer al general Rodriguez, como gobernador y capitan general de la provincia.

Y ese mismo dia envió un pliego á la junta, dándole cuenta de lo que acababa de hacer, y avisando que quedaba allí para esperar las órdenes de aquel gobierno que acataba.

Esta noticia tranquilizó todos los ánimos siendo ya innecesaria la presencia de aquellas tropas en la ciudad.

Los colorados fueron desde aquel momento el objeto de todo género de manifestaciones.

Los regalos llovian de todas partes, y aquel campamento seguia siendo el paseo diario.

Era tal el órden observado por los soldados, que despues de lista de diana. la plaza quedaba completamente límpia.

La partida de aquellos bravos se aproximaba. y era justo hacerles las demostraciones que habian conquistado con su bravura en el combate y el respeto en el campamento.

Rosas, lleno de orgullo. contemplaba todas aquellas manifestaciones, y aceptaba de lleno de aseveracion de que él habia sido el salvador de las instituciones y de las leyes.

Si no hubiera sido por los colorados, decian los cumplimenteros. no estaria Rodriguez gobernando la provincia.

Y él aceptaba todo aquello, pues le convenia para las miras que crecian á cada momento en su espíritu, dejar sentado que era el único hombre capaz de cambiar la situacion, puesto que disponia de la campaña como de un solo hombre.

El gobernador Rodriguez lo autorizó, entonces para que regresara á sus establecimientos valiosísimos por tanto tiempo abandonados y licenciara sus tropas, que como se sabe eran formadas sobre la base de las peonadas de los Cerrillos.

Rosas entonces, con esa sagacidad asombrosa de que estaba dotado, pidió permiso al gobierno para dirijir la palabra al pueblo de Buenos Aires en una especie de proclama, y obtenida la autorizacion habló al pueblo por primera vez.

No publicamos aquel documento que pinta al hombre tal cual era, por que seria demasiado pesado para el carácter de nuestra obra.

En él se pintaba como la influencia de más poder en Buenos Aires, asegurando que habia ocurrido al llamado del gobierno, por que sabia que era el único capaz de salvar aquella situacion difícil.

El pueblo tragó el anzuelo y festejó de todos modos al gran patriota que no habia vacilado en abandonar sus intereses para ocurrir al llamado del Gobierno, con tropas formadas, equipadas y sostenidas á su costa.

Rosas y sus colorados fueron así los héroes de toda clase de manifestaciones de simpatía.

Cuando los colorados abandonaron la plaza, fueron seguidos y acompañados por un inmenso pueblo. que los siguió y acompañó por las calles principales.

Rosas se dirijió al Sur de Buenos Aires, donde licenció sus tropas y sus peones, despues de obsequiarlos con un banquete criollo en los Cerrillos, como no se ha vuelto á repetir jamás.

Rosas licenciaba aquellas tropas ejemplares, aunque sospechaba que bien pronto tendria que volverlas á reunir.

Pero sabia que á su llamado no faltaria un solo hombre, y era preciso conceder tambien un descanso tan largo como

fuese posible á los que no habian tenido una sola mirada de desaliento para protestar de la fatiga y la batalla.

Al Gobierno de Rodriguez le faltaba por arreglar la cuestion principal: la paz con Santa-Fé, que preocupaba todos los ánimos.

Rosas, por la gran influencia que tenia con el Gobernador Lopez, era el único capaz de decidirlo á llevar adelante y concluir una negociacion pacífica que salvara el honor de ambas provincias.

Confiado con las promesas de Rosas, de que el nuevo Gobierno terminaria la paz, Lopez se habia mantenido á la espectativa, sin invadir, pero siempre amenazante.

El general Rodriguez, arregladas las cuestiones que habian provocado la revolucion, se resolvió á terminar rápidamente la cuestion con Santa-Fé, ya por un tratado de paz ventajoso para ambos, ya por las armas.

La provincia estaba fuerte, poderosos los elementos de que él disponia y estaba seguro de vencer al terrible caudillo santafecino, ya dominado por Rosas moralmente.

Rodriguez, queriendo tentar primero las vias pacíficas. llamó á Rosas y lo impuso de sus propósitos, haciéndole notar que era tiempo ya de que se firmaran los tratados de paz estipulados despues del asalto á San Nicolás.

El Gobierno de Córdoba por su parte. habia tomado una ingerencia activísima en pro de aquellos tratados.

Lopez aceptó desde un principio las bases de paz, en que se estipulaba no solo que no invadiria más á Buenos Aires, sino que abandonaria á los aliados infames que tenia como el aventurero Carrera y otros.

Pero hubo una dificultad que casi hizo fracasar la negociacion y volver á la guerra de una manera más cruda y sangrienta.

Solo Rosas con el dominio que habia adquirido sobre Lopez pudo salvar al país de aquella verdadera emergencia.

—La provincia de Santa-Fé, habia dicho Lopez, está pobre y miserable á consecuencia de la larga guerra.

Buenos Aires es rica y prospera, sobre todo en ganados.

Es preciso entonces que ayude á su hermana más pobre con un auxilio de ganados que, por importante que sea, en nada la ha de perjudicar.

Rodriguez se negó redondamente á establecer en los tratados semejante cláusula.

—Esto es deshonroso para Buenos Aires, dijo Rodriguez, que no puede desprenderse de una cantidad de hacienda crecida, en beneficio de aquellos que han estado poniéndola á saco durante tanto tiempo.

Esto parece una paz impuesta á Buenos Aires, y francamente nuestra provincia no está en condiciones de que se le imponga.

No firmo, pues, tratados que lleven una cláusula deshonrosa para provincia alguna, mucho ménos para una provincia como Buenos Aires.

—Pues yo á nombre de Santa-Fé, repuso Lopez, no puedo firmar la paz sin esta cláusula esencial.

Nuestra provincia ha sido empobrecida por la guerra hasta quedar en condiciones miserables.

Qué importa á Buenos Aires unos miles de cabezas más ó ménos?

—Importa que todo esto es deshonroso para ella y que no se puede aceptar.

Buenos Aires por las mismas causas de la guerra, no está en condiciones de desprenderse de la gran cantidad de hacienda que se exijirá.

Rosas que estaba presente á la conferencia, se puso de pié, de repente y con voz firme y ademan altivo, dijo:

—Es preciso que desaparezca cualquier dificultad que haga imposible una paz tan necesaria.

No se haga cuestion de vacas cuando se trata de salvar los intereses sagrados de la patria.

Yo me comprometo á entregar á Santa-Fé, en el plazo que se estipule, cincuenta mil cabezas de ganado de mi fortuna particular si no hay otro medio.

Tanto Rodriguez como Lopez, quedaron asombrados de un rasgo de patriotismo y desprendimiento tan notables.

La fortuna de Rosas era inmensa entonces.

Sin embargo no era de suponerse que se pudiera desprender de cincuenta mil vacas sin arruinarse.

Pero Rosas debia tener otra creencia, cuando así se comprometia jugando su crédito y su posicion.

Para tener una idea del crédito que este tenia, aún fuera de la provincia de Buenos Aires, basta conocer la contestacion que á su oferta dió el Gobernador Lopez.

—Ya las entregue el coronel Rosas, ya la provincia ó el Gobierno para mí es indiferente.

Si es él quien las va á entregar basta su palabra, si es la provincia ó su Gobierno, me basta su garantía.

—Yo entregaré las vacas ofrecidas de una manera ó de otra, replicó Rosas, á cuyo efecto firmaré el documento que se me exija.

Aceptada por Lopez la garantía de Rosas, no se volvió á hablar más de aquel subsidio que habia hecho peligrar toda negociacion.

Pero quedaban á vencer los escrúpulos del general Rodriguez, que creia que aquella condicion era deshonrosa para Buenos Aires.

—Acepto todo, dijo por fin, cediendo á consideraciones que le hizo Rosas, pero esa cláusula no figurará en los tratados. Se hará un documento por separado en el que se especificará el compromiso en la forma que se quiera.

Como Lopez lo que queria eran las vacas, importándole muy poco de la fórmula en que fueran entregadas, se avino á todo y firmó los tratados, haciéndose un documento á parte de aquella cláusula primordial.

Se puede decir que Rosas compraba á Buenos Aires una paz que harto necesitaba, para librarla de las contínuas invasiones que le traeria Lopez, invasiones que, á la larga, habian de costarle algunas cabezas más de las cincuenta mil dadas.

Terminado aquello, el Gobernador Rodriguez empezó á ocuparse de los asuntos internos más urgentes, entre los que figuraban en primera línea los indios.

SUPREMA ASTUCIA

CON aquel golpe de patriotismo, Rosas lograba tres cosas distintas, que venian á converjer á un solo punto.

Hacerse la persona de la situacion y preparar los elementos con que habia de trepar al poder, idea que empezó á germinar cuando palpó todo el prestigio de que disponia.

Con aquella actitud engañaba al pueblo de Buenos Aires de una manera brillante, deslumbraba al Gobernador de Santa-Fé y al general Rodriguez, pero sobre todo al primero que empezaba á sentirse dominado por aquel hombre y se conquistaba en Santa-Fé una simpatía poderosa.

El pueblo santafecino tendria que ver en él, solamente á un hombre tan rico y poderoso, que le hacia un regalo de cincuenta mil cabezas de ganado vacuno.

Como se desprende de este solo hecho, Rosas demostraba una astucia y una habilidad políticas que quedaron probadas más tarde con sus veinte años de Gobierno enlutados.

Cuando se despidió de Lopez, este le ratificó todas sus pasadas promesas de amistad, agregando que el pueblo santa-

fecino le era acreedor á su reconocimiento y que si algun dia era necesario, podria disponer de Gobierno y pueblo como un solo hombre.

Era lo que Rosas queria, así es que aceptó la oferta, disimulando en lo posible el íntimo placer que le causaba.

El resultado de esta paz comprada por Rosas para su provincia, fué de inmediatos y grandes resultados.

Allí sucumbió el poder de Ramirez, murieron las pretensiones de Alvear y el aventurero Carrera fué abandonado á su destino.

Rosas regresó á Cerrillos á dar impulso enérgico á sus establecimientos abandonados, y á cumplir de la mejor manera posible el compromiso enorme que acababa de contraer.

Aunque nada lo apuraba por que los plazos eran cómodos, él queria dar cumplimiento lo más pronto posible, para demostrar que para él era la cosa más fácil de este mundo, reunir cincuenta mil cabezas de ganado.

Los indios entonces, sin la presencia y apoyo de Rosas, y sin poder recurrir como antes, á don Francisco Ramos Mejía, empezaron á invadir de una manera terrible, al extremo de que los mismos Cerrillos habian perdido en esas invasiones como veinte mil cabezas de ganado.

—Me las volverán, dijo Rosas, si no es por el ascendiente que tengo sobre ellos, será por medio de mis colorados.

Los indios no me conocen sino como un bueno y generoso amigo, y no está de más que me conozcan como gefe del regimiento 5.° de colorados.

La pérdida de hacienda lo puso en un sério conflicto para el cumplimiento de su compromiso.

Pero Rosas no era hombre que se dejara acobardar por un contratiempo.

Inmediatamente hizo una tropa de quince mil cabeza, que envió á Lopez, asegurándole que pronto recibiria el resto.

Y despachó comisiones y emisarios por toda la campaña Sud, para que cada hacendado enviara la cantidad de hacienda que quisiera, para contribuir á aquel patriótico compromiso, pudiendo de este modo reunir y remitir, en corto tiempo, la segunda tropa.

El gobierno del general Rodriguez le prestó su poderosa ayuda, ordenando un prorateo en toda la campaña, que puso á Rosas en condiciones de cumplir con esceso su compromiso, como así lo hizo, pues al pié del documento donde se halla estendido el recibo de Lopez, pueden leerse las siguientes líneas.

«Queda chancelado el compromiso, con un esceso de más de cinco mil cabezas de ganado.»

Sus negociaciones con los indios produjeron un resultado asombroso, que no tiene ni tendrá repeticion, visto el carácter por demás avaro de los indios.

El cacique Negro, mediante algunos regalos de valor, negoció y obtuvo de los indios la devolucion de un considerable número de cabezas.

Pero las invasiones se repetian con una frecuencia terrible, y el gobernador Rodriguez se decidió abrir una campaña sobre los indios para escarmentarlos, ó infundirles un respeto que nunca habian sentido por el gobierno.

El general Rodriguez ordenó á Rosas que reuniera su regimiento 5.° y todas las milicias que le fuera posible, y marchara á guarnecer la frontera Sur por sus puntos más espuestos, órden que obedeció el coronel Rosas con una celeridad digna de encomio.

Por órdenes posteriores, ocupó el Saladillo como campamento de sus milicias, y esperó allí la incorporacion del general Rodriguez que le anunciaba pronto tendria lugar.

Rodriguez entre tanto, preparaba dos columnas de sus mejores tropas para abrir aquella campaña tan penosa, por el teatro en que iba á operar el ejército, y las

condiciones de este enemigo tan bravo y astuto.

Se dice y se sostiene por lo general, que el indio es cobarde y ruin, que huye del peligro y solo invade cuando cree hacerlo impunemente.

Sin embargo parece que los hechos demuestran diariamente lo contrario.

Continuamente estamos viendo guarniciones de nuestras tropas veteranas y armadas á remington, avanzadas por indios que no cuentan por toda arma, más que su chuza miserable y uno que otro par de boleadoras.

Entonces que las armas de la tropa eran ménos ventajosas y que eran tan lentas para manejar, los indios combatian desplegando mayor bravura y disputando muchas veces con ventaja, el terreno en que combatian.

Escusamos citar hechos que están muy frescos en la historia.

Rodriguez que era un hombre muy prudente y que conocia la clase de enemigo que iba á buscar, trató de formar una columna de cuerpos elejidos.

Tenia plena confianza en el resultado, por que contaba con los colorados y gauchos que habia juntado Rosas, capaces por sí solos de hacer la campaña.

Rodriguez dividió su ejército en dos poderosas columnas.

Una la puso bajo las órdenes del coronel Ortiguera, quien debia marchar hácia el S. O. á atacar á los Ranqueles, que eran los más indómitos y los que nunca habian querido tratar.

El tomó el mando de la segunda columna, y marchó á incorporarse al coronel Rosas, en el Saladillo.

Era la primera vez que se iba á operar sobre los indios de una manera enérjica y séria, por que Rodriguez queria hacer un gobierno de garantias, empezando por asegurar las fronteras y las estancias espuestas al malon diario de los indios.

Rosas desde el primer momento se opuso á que Rodriguez llevara adelante sus planes, con respecto á las pampas, dándole razones muy atendibles.

—Los pampas, decia, son muy fáciles de contener y engañar por medio de tratados que en nada perjudicarian al gobierno.

Y es mejor así tenerlos de amigos, por que son un poderoso elemento de trabajo.

En nuestras luchas civiles, tan frecuentes por desgracia, es necesario despoblar las estancias de sus mejores peones.

Y es entonces que los indios amigos prestan su servicio inestimable, pues de otro modo las estancias quedarian abandonadas.

—Es preciso dominarlos por el terror y la fuerza, contestaba el general Rodriguez.

El indio es pérfido y desleal por naturaleza.

El hace la paz solamente para descuidarnos y poder invadir con impunidad cuando más confiados nos tienen.

Es preciso ir á buscarlos á sus madrigueras cuando ménos lo sueñen, y darles un golpe rudo para que vean el poder del gobierno ya que conocen su generosidad.

Rosas discutió con Rodriguez, sosteniendo sus argumentos, hasta donde le fué decoroso.

No es que él creyera que con los indios era mejor adoptar una política de paz, que de guerra.

Es que en el golpe que Rodriguez queria dar á los indios, veia una medida que seria perjudicial formalmente, y queria evitarla á todo trance.

Los indios conocian perfectamente bien á sus tropas y á él personalmente, desde una legua de distancia, y verian en aquel contraste, no la obra del gobierno, sinó la obra de Rosas.

Derrotados y perseguidos, esperarian con esa paciencia peculiar al indio, que viniera una buena oportunidad, y llevar á cabo su venganza.

Y es seguro que los primeros efectos de aquella venganza serian los Cerrillos, fuera de duda.

Si por el contrario, Rodriguez era vencido, cosa posible, esa venganza se dejaria sentir inmediatamente.

Además, Rosas perdería con las pampas la influencia y prestijio que tanto le habia costado adquirir.

Sin embargo de todo esto tuvo que ceder, pues su negativa podria dar lugar, á que se interpretara de una manera poco favorable á su fama de hombre valiente y patriota que importaba más por el momento.

A los indios podia volver á atraerlos, aunque con algun trabajo, convenciéndolos que él no habia tenido parte en la cosa, viéndose obligado á obedecer al gobierno.

Concluyó, pues, por conformarse á los acontecimientos y se dedicó á ayudar al general Rodriguez con la actividad é inteligencia que le eran características.

Pidió instrucciones al gobernador y marchó á la cabeza de los colorados, á quienes aquella empresa parecia un juguete.

Y era natural que con este desprecio miraran á un enemigo cuyas armas eran una chuza y un par de bolas, los que habian apagado á filo de sable los fuegos de la artilleria de los cantones, tomando sus piezas á puñaladas.

Qué temor podia inspirarles aquel enemigo casi indefenso, á los héroes del 5 de Octubre en las calles de Buenos Aires?

Así se veia que aquellos milicianos marchaban alegremente, como si se tratara de una corrida de sortija ó una boleada de avestruces.

Por todos los puntos de la columna no se escuchaba más que el alegre bordoneo de las guitarras y el rumor de los gatos, milongas y triunfos.

Así marcharon hasta el Arroyo de los Huesos, partido de Olavarria hoy, donde tuvieron que detenerse, pues los indios se dejaron ver como maiz frito, frase pintoresca que emplean nuestros gauchos para significar que hay muchos hombres.

Efectivamente, allí estaba el terrible cacique Negro, con una indiada numerosa que se preparaba á dar un malon en regla.

Rodriguez, con las milicias de Rosas, habia reunido unos mil cien hombres, capaces de batir triunfantes toda la pampa.

El cacique Negro no tenia allí más que unas dos mil ó dos mil doscientas lanzas.

Cuando vió aquella columna que marchaba en son de guerra, el valiente cacique proclamó á sus indios, haciéndoles formar una larga línea de batalla, en ála.

Sin embargo, suspendió todo procedimiento, pues acaba de divisar á Rosas á la cabeza de sus colorados, y no creia posible que su hermano Juan Manuel viniera á pelearlo.

Viendo la actitud tranquila del indio, Rodriguez desprendió algunos soldados como á tomarlo, movimiento que fué perfectamente apreciado por el cacique Negro.

—Traidor! gritó este á Rosas, comprendiendo que aquellas partidas venian á tomarlo.

Siendo un traidor cobarde que nos has vendido.

Rosas habló en la lengua con el cacique tratando de esplicarle lo que sucedia, pero el altivo cacique contestó con un desden inimitable.

—Sos un cobarde, un cristiano flojo, que nos has vendido ayudando á los cristianos para que nos peleen.

Traidor! traidor! no más hermano Juan Manuel sinó enemigo Juan Manuel, enemigo cobarde y no leal.

A Rosas lo mortificaron mucho estas espresiones, pues indudablemente era la creencia que tendria el indio, creencia de que iban á participar los otros indios.

Y cediendo al despecho y reconcentrada ira que le causaban aquellas espresiones donde estaba pintado todo el despre-

cio que por el sentia el indio, se preparó á la pelea.

El cacique Negro midió con una altivez bravía todo el largo de su línea, disponiéndose á no ceder desde aquel momento ni una pulgada de terreno.

Y sabido es ya lo terrible que es el indio cuando se dispone á combatir.

Una prueba de ello es la *Pelea de San Cárlos*, que citamos por no recordar otras más dolorosas.

El cacique Negro recojió en la rienda su magnífico caballo, y empezó á disparar de un estremo á otro de su línea, dirijiendo la palabra á los indios.

Y por Dios que tiene algo de imponente un espéctáculo semejante.

El cacique que vá á mandar la pelea, hace caracolear su caballo al frente de su ala de batalla, y le dá riendas á toda carrera, proclamando á su tropa que lo escucha y lo mira con un recojimiento estraño.

Los indios á cada pausa del cacique, miran al cielo y hablan, blandiendo la lanza con un ademan de terrible pujanza, como si pidieran á Dios fuerza para su brazo y energía para su alma.

Cuando termina esta especie de invocacion el cacique vuelve á dar riendas á su caballo, y á cruzar por el frente de la línea, á toda carrera, lanzando una nueva proclama.

Y sus ojos feroces se van inyectando dè sangre poco á poco y su fisonomía vá adquiriendo una espresion de canibal, comparable tan solo á la que deja ver la fiera en la contemplacion de una presa difícil.

Los indios vuelven á levantar al cielo sus brazos musculosos, como pidiendo fuerzas, y las lanzas son blandidas en el aire cada vez con ademan más feroz.

Por fin todos se aquietan y el cacique, parando de golpe su caballo, enristra su lanza y se prepara al combate.

Rodriguez, como la mayor parte de sus tropas, habian quedado sorprendidos en la contemplacion de un espectáculo nuevo para ellos

Tan absortos estaban, que si en aquel momento cargan los indios, hubiéranles dado un mal rato.

Repuestos del asombro, Rodriguez recorrió con una mirada de águila la línea que habia tendido desde un principio, y esperó la carga que indudablemente le traerian los indios, para fusilarlos con una descarga de fusileria.

Pero los indios no se movieron.

Esperaban tambien una carga de la caballería enemiga.

Viendo que el enemigo no daba señales de ataque, el cacique Negro se adelantó á media rienda, y poniéndose al alcance de la palabra, les gritó:

—Carguen cobardes — carga traidor Juan Manuel para lancearte.

Unos cuantos tiros fué toda la respuesta que obtuvo el indio, tiros mal dirijidos, puesto que ni uno solo dió en el blanco.

Un inmenso clamoreo siguió á aquellas detonaciones en la columna de los indios, que lanzaron su formidable grito de guerra.

El cacique Negro volvió al frente de su indiada golpeándose la boca, y se lanzó frenético en una carga incontrastable.

Rodriguez que no esperaba otra cosa, retiró su caballería, é hizo avanzar su infantería, en medio de un fuego graneado nutridísimo.

A pesar de que muchos iban cayendo durante la carga, muertos ó heridos, los indios léjos de detenerse, siguieron avanzando con creciente coraje.

Cuando llegaron á la infantería, que se vió obligada á calar sus bayonetas, los indios guiados por el terrible cacique chocaron, y chocaron de una manera formidable.

Se sintieron crujir las tacuaras y los indios se entreveraron en medio de sus alaridos, retirándose en seguida para poder enristrar de nuevo sus largas lanzas.

Entonces Rodriguez mandó cargar á las caballerías, que se *lambian*, por hacerlo, y Rosas á la cabeza de sus colorados, cargó con una bizarría imponderable.

Los indios permanecieron firmes esperando aquella carga, por lo que el entrevero fué inevitable.

No fué ya más posible enristrar las lanzas, ni servirse de los sables en aquella confusion terrible.

Y miéntras los indios apelaban á las bolas, los soldados de Rosas soltaron los sables que quedaron colgando de las dragonas y sacaron las dagas.

La lucha entonces se tornó salvaje y encarnizada.

No parecian hombres sinó animales salvajes, en todo el apogeo de su ferocidad.

Y miéntras unos caian con el cráneo hundido, otros rodaban con las entrañas á fuera, ó con el rostro dividido de un golpe de daga.

Como los indios eran muy superiores en número á la caballería de Rosas, Rodriguez rehizo sus infanterías y las mantuvo formadas.

De este modo, si las caballerías tenian que retirarse para tomar algun descanso, él contendria á los indios á fusilazos, miéntras atrás de sus infantes se rehacian los colorados.

Pero aquello no tuvo lugar.

El empuje de los colorados era violento, irresistible.

Sus dagas se movian como otras tantas máquinas de guerra, causando numerosas bajas.

Los indios aterrados por aquella manera de combatir y casi quintados, empezaron á remolinear, concluyendo por dar la espalda.

Aquí fué la fiesta!

Rosas reorganizó sus tropas sobre la marcha y se lanzó á la persecucion, como si llevara tropas de refresco.

Parecía que aquellos hombres eran incansables para el combate.

Empezaron á acuchillar á los indios por la espalda, que huian en todas direcciones, dejando el campo sembrado de prisioneros y cadáveres.

Pronto no quedó un solo enemigo en el campo.

El general Rodriguez quedó allí con la infantería, pues los colorados solos eran más que suficientes para terminar aquella persecucion encarnizada.

El cacique Negro tuvo que huir con los indios que pudo salvar de aquel combate desastroso, abandonando un regular arreo que tenian cuando fueron sorprendidos y todas las tropillas compuestas de caballos de primer órden.

Tan tenaz fué aquella persecucion de dos leguas, que los indios se dieron por bien servidos con haber salvado la vida y el montado.

Rosas acababa de mostrarles á los salvajes, que era un terrible enemigo, pero habia roto con ellos de una manera brusca y era seguro que los indios de un modo ó de otro, habian de vengarse de lo que el cacique Negro habia llamado una traicion de Juan Manuel.

El general Rodriguez creyó inútil su presencia en aquel ejército, pues Rosas y sus colorados eran bastantes para guardar aquella parte de la frontera, donde los indios habian sido acuchillados al estremo de creerse que en muchos años no volverian á aparecer.

Así lo comunicó al gefe del 5.º regimiento, añadiendo que con la infantería iba á proteger y dar nérvio á la division de Ortiguera, que debia hallarse segun todos sus cálculos á inmediaciones de la Sierra de la Ventana.

Pero este gefe no habia sido tan afortunado en su espedicion.

El poco prestigio de que gozaba por una parte y las privaciones de una campaña tan penosa por otra, acobardó á los soldados, que empezaron á desertarse miéntras sus oficiales, se quedaban con pretesto de enfermedad.

Ortiguera se vió obligado á hacer alto para reorganizar aquel cuerpo de ejército, tan mal dispuesto á seguirlo y aquel alto le fué más fatal aún que la marcha.

Las deserciones léjos de disminuir aumentaron y en pocos dias aquel cuerpo de ejército quedó deshecho é incapaz para emprender la operacion más insignificante.

Rodriguez retrocedió ante tal desquicio, y tuvo que conformarse con el triunfo del Arroyo de los Huesos, aplazando para despues su espedicion á los ranqueles.

El coronel Rosas regresó tambien á los Cerrillos y empezó á reconstruir su fortuna tan desatendida en estos últimos tiempos.

A pesar de este abandono, los Cerrillos era en su género, un establecimiento inmejorable y de una importancia fabulosa.

Solo en este campo tenia Rosas establecidos seis puestos importantes, cada uno de los cuales por su fuerte capital, era más bien una estanzuela.

No por esto el gran caudillo del Sur abandonó sus miras políticas, como lo veremos en el siguiente capítulo, último de este primer libro.

Fué, por el contrario, á lo que dedicó mayor atencion y mayor tino, por que ya el campo era para él una cuestion secundaria.

Le servia para mantener y aumentar su prestigio todo lo que podia, haciéndolo estensivo hasta Santa Fé donde tenia grandes simpatías.

LA ÚLTIMA SABLEADA

El gobierno del general Rodriguez quiso ser pródigo con este leal servidor, y lo fué de una manera ruidosa..

Es verdad que Rosas habia sido á su vez generoso hasta la exajeracion, comprometiendo su fortuna particular por la paz de Buenos Aires.

Pero el gobierno le recompensaba su generosidad con largueza.

El gobierno en vista de los desembolsos de Rosas, para equipar tropas á su costa, y contribuir con grandes cantidades de hacienda al afianzamiento de la paz con Santa-Fé, mandó tasar la estancia del rey, para entregarla al gefe del 5.º regimiento de caballería de campaña, con todos sus útiles, haciendas y poblaciones.

Y usando de facultades que pidió y obtuvo de la legislatura, dió un decreto por el cual mandaba entregar la estancia del rey al benemérito coronel Rosas.

Este decreto, fechado en Marzo del 21, estaba concebido en términos sumamente encomiásticos para el que más tarde debia ser declarado héroe del desierto.

Con este impulso de capital y los constantes esfuerzos de Rosas, los Cerrillos y otras estancias que empezó á poblar, tomaron un vuelo colosal.

El saladero tomó por su parte tal incremento, que el doctor D. Luis Dorrego se separó de la sociedad, de la manera más amistosa, creyéndose suficientemente rico.

El órden y honradez que se observaba en los Cerrillos, era proverbial en toda la campaña, lo que valía á Rosas la estimacion y el cariño de todos los estancieros y administradores de establecimientos rurales.

Entonces no existian los alambrados, como no han existido hasta cinco ó seis años atrás.

Las haciendas se mezclaban, sobre todo en tiempo de seca, y de ahí provenian los apartes, á los que no se negaba ningun estanciero honrado, pero que eran una gran fuente de riqueza para los hombres de mala fé.

Tanto en los Cerrillos como en los demás establecimientos, lo ajeno se envejecia ó se alzaba de puro gordo.

Todo el mundo apartaba allí y se le daba rodeo cada vez que pedia, sin la menor dificultad, estuviera ó no estuviera Rosas cuando se pedia el rodeo.

Estando él, el rodeo asumia entonces un verdadero carácter de fiesta.

El mismo entraba al aparte ayudando á los peones y haciendo todo género de gauchadas de lazo y bolas.

Muchas veces hacia rodar un caballo en medio de la hacienda misma, para demostrar su indispensable habilidad de parador, lo que levantaba entre los gauchos un verdadero clamoreo de frenéticos vivas y aplausos.

Durante este tiempo, Rosas tuvo importantes propuestas de fuertes capitalistas, para poblar y administrar estancias en sociedad.

Pero siempre deshechó estas propuestas, diciendo que le faltaria el tiempo material para atender una sola estancia más de las que tenia á su cargo.

Una de estas propuestas, la más importante de todas, por el gran capital con que se contaba, fué la que le hizo el célebre Ministro Inglés, señor Parish, propuesta que deshechó como las anteriores.

No hubo jamás ejemplo de un pleito, ni con él, ni con ninguno de los centenares de hombres que de él dependian.

Por el contrario, él era siempre el árbitro de las cuestiones que se suscitaban entre vecinos, los que lo llamaban á fallar muchas veces, hasta en asuntos testamentarios, fallo que era acatado como podria serlo hoy el de la Suprema Corte.

El ingeniero y pudiente hacendado, don Felipe Senillosa, logró seducirlo para establecer un saladero en grande escala, saladero que se estableció al Sur de Barracas, á una legua del Riachuelo y en el campo de Ramirez, denominado *Las Higueritas*.

Lo colosal de esta empresa sedujo á Rosas, hasta el estremo de ser el establecimiento á que prestara mayor atencion.

Fueron de tal magnitud las faenas y matanzas que allí se hicieron, que los estancieros pequeños se alarmaron hasta el estremo de quejarse al Gobierno.

El Gobierno, en vista de las quejas y de las matanzas, creyó prudente suspender, como suspendió las faenas de aquel saladero con el pretesto de que si se dejaba funcionar un año, la provincia quedaria sin vacas.

Abandonado el saladero, Rosas, que ya estaba riquísimo, volvió otra vez á atender sus establecimientos y sus ambiciones de poder, de que empezaba á sentirse dominado.

Las matanzas de los saladeros y las escenas de crueldad que estas originaban y que él presenciaba, concluyeron de endurecer su corazon, de donde desapareció bien pronto todo sentimiento humano.

Gradualmente, y sin apercibirse de ello él mismo se hizo cruel y genial pero siempre con cierto tino.

Se dice que entonces empezó á dar pruebas de su perversidad sin segunda, soplando con fuelles á sus mismos soldados, y sometiéndolos á todo género de torturas.

Pero nosotros no creemos esto, porque no hay ningun dato sério que lo apoye.

Fué mucho despues, que Rosas empezó á dar pruebas de una ferocidad casi fantástica, por lo monstruoso de las formas de que las revestia.

Pero no apresuremos los hechos.

En la época á que hemos llegado, el coronel Rosas no pasaba de dar humazos ó colgar de los brazos á sus peones, pero siempre para castigar algun robo.

Para el ladron no tenia piedad.

Castigaba el robo de la manera más severa que podia, condicion de carácter que le duró hasta el fin de su dictadura, en cuya época solo castigaba ya esta falta, no por el simple hecho de cometerla, sino cuando era cometida sin su permiso ú órden espontánea.

Pero estos castigos no llegaron nunca

hasta sus colorados, incapaces, segun él, de cometer la más pequeña falta.

Los rasgos de su carácter perverso, empezaron á mostrarle entonces, es cierto, pero de muy diversa manera.

Tenia en los Cerrillos una espléndida cria de gallinas, de las llamadas entonces galli-pavos, y que hoy se venden con el nombre de Brahamas.

El cuidado de estos grandes y hermosos animales, era su entretenimiento favorito.

El mismo les daba de comer, las echaba cuando estaban cluecas, y las ayudaba á romper los huevos cuando creia que los pollitos no tenian fuerza suficiente para hacerlo.

Se miraba en sus gallinas, segun el dicho de los paisanos, alcanzando ya á un número crecidísimo.

La muerte de uno de estos animales habia costado á su autor un castigo terrible.

Una vez, uno de sus caballos favoritos, pisó unos cuantos pollitos que se cobijaban bajo el ála de una clueca, causando entre ellos varias muertes.

Pues sin miramiento alguno á los méritos sobresalientes del caballo, que eran muchos, lo mandó degollar, operacion que presenció él mismo.

Se crée que esta fué la primer prueba de barbárie que dió Rosas.

—El patron es muy bueno, decian los gauchos, pero no hay que tocarle una gallina.

Canejo! si esto hace con su caballo, que no hará con un cristiano!

Y aunque sus soldados se *lambian* por verse frente á un puchero de galli-pavos, se contentaban con mirarlos y esclamar:

—A estos hay que tratarlos peor que á Gobierno.

Y estas mismas aves que constituian su recreo más agradable y cariñoso, fueron tambien víctimas de su génio tremendo y perverso.

Un dia habia marchado muy de madrugada á recorrer los puestos, sin dar de comer á las gallinas, operacion que se prometia hacer á su vuelta, para hacerla con más descanso y gozar más en ella.

Es narracion que nos hace un miembro de su familia, y que debe ser ciertísima.

Las gallinas, viendo que pasaba la hora habitual de su almuerzo, vinieron hasta sus habitaciones con esa mansedumbre proverbial del animal encariñado con su dueño.

Entraron al escritorio cuya puerta quedó abierta, y en un segundo se treparon á los muebles, buscando á su amo indudablemente, ó á ver si pescaban el depósito de maiz.

Con sus pesquisas gallináceas, saltaron al escritorio, volcaron el tintero y escarbaron alegremente entre sus papeles.

Otras habian saltado sobre la cama, convirtiéndola en un verdadero mapamundi.

Uno de los peones á su servicio vió este destrozo y espantó las gallinas, cerrando la puerta, pero ya el mayor destrozo estaba hecho.

—No se ha de enojar el patron porque son sus galli-pavos, se dijo el paisano, y se retiró al fogon á tomar mate.

Cuando regresó Rosas, á la caida de la tarde, fué envuelto por una nube de gallinas y pollitos que iban á reclamarle el alimento de aquel dia.

Y parecia en sus volidos y cariñosos picotones, que querian hacerle una amarga recriminacion por aquel olvido.

Rosas las espantaba suavemente con el poncho, dándoles en alta voz, toda la razon para proceder de aquella manera.

Entró á su escritorio acompañado siempre de ellas, para desensillarse, segun su espresion favorita, cuando echó de ver el destrozo que le habian hecho.

El tintero volcado sobre una larga carta que escribió la noche anterior, lo irritó de una manera terrible.

Llamó á su peon de confianza y le preguntó quien habia estado en el cuarto, y como este confirmara plenamente sus

sospechas de que todo aquello era obra de las gallinas, tomó el rebenque que acababa de dejar sobre la cama y empezó á sacudirles una tunda en toda regla.

Las gallinas espantadas con aquel tratamiento nuevo, comenzaron á huir al patio, cual con la pierna rota, cual girando como un trompo á consecuencia de un lonjazo en la cabeza.

Los peones estaban aterrados con aquello, pues presumian que despues de concluir con las gallinas, empezaria la danza con ellos.

¿Qué no haria con ellos el patron, cuando así despernancaba y deslomaba á sus animales más queridos?

Cuando hubo desahogado un tanto su cólera, de esta manera, llamó á cuatro de sus soldados, ordenándoles que en aquel mismo momento procedieran á torcer el pescuezo á las gallinas, hasta no dejar con vida una sola.

Fué necesario que repitiera la órden para que esto fuera creido.

Y los soldados, que en aquella matanza vislumbraban un tratamiento real para sus estómagos, procedieron con tal rapidez, que en ménos de diez minutos, quedaron muertas las ciento y tantas gallinas que componian la hermosa cria.

Y como se lo sospechaban, tuvieron tal banquete de puchero de enfermo, que por poco revientan de una indijestion.

Fueron tales los trabajos de la estancia aquel año, que solamente en trigo y maiz, cosechó Rosas y diez ocho mil fanegas, cifra que no tiene precedente en nuestra historia rural.

Viendo esta fabulosa prosperidad de sus establecimientos, Rosas quiso dedicarse un poco á su política sagaz y personal y se fué á dar sus paseos por Santa Fé, con el único objeto, como se comprende, de estrechar su amistad con el gobernador Lopez, caudillo de indisputable importancia por la cantidad y clase de elementos que movia.

Ya habia estrechado una amistad fraternal en los Cerrillos, con el doctor Manuel Vicente Maza, que iba á pasar allí sus temporadas, con su antiguo amigo.

Maza era un hombre habilísimo para la intriga, y de una intelijencia clara y rápida, que Rosas resolvió esplotar desde el primer momento que lo trató.

El no estaba al corriente del manejo de ciertos resortes é intrigas, y necesitaba á su lado de un hombre de talento, y de mayor ilustracion que la suya, para servirse de él como de un instrumento.

Quién mejor que don Vicente Maza para ayudarlo en sus vastos y enredados planes?

Con esa astucia proverbial y tino esquisito de que estaba dotado. algo dejó entrever á Maza, para sondearlo, encontrando que este seria para él un consejero de primera fuerza.

Prometiéndose esplotar aquella mina en su oportunidad no tardía tal vez.

Fué entonces que resolvió hacer una visita al gobernador Lopez y darle el último galope pues desde ya lo trataba como á caballo de la tropilla política que empezaba á formar.

Para el mejor logro de sus propósitos, hizo una tropa de mil cabezas elegidas entre la flor de sus haciendas y se puso en marcha para Santa-Fé.

Lopez le hizo un recibimiento brillante, convocando al pueblo á grandes fiestas, en honor del autor de aquella paz que les habia valido cincuenta mil vacas.

Y los santafecinos acudieron apresuradamente al llamado del gobierno, por que Rosas para ellos era no solo un gran caudillo, sinó un hombre que podia hacer regalos de cincuenta mil vacas.

Hubieron corridas de sortija, juegos campestres de toda clase y domadas de potro, en todo lo cual descolló Rosas de una manera notable.

Los paisanos santafecinos estaban encantados con el hermoso y rico caudillo porteño, que se presentaba revelándoseles más gaucho que el mismo Lopez que era

su ídolo, y más generoso y rico que un Creso.

Cuando Lopez supo que aquellas mil cabezas eran un regalo que le hacia su amigo, su admiracion no tuvo límites, y se le entregó por completo.

Y los paisanos que veian la estimacion que Lopez demostraba á Rosas y la admiracion que en aquel despertaban las prendas del caudillo porteño, sentian aumentar la suya, esclamando:

—Cómo será el hombre, cuando nuestro gobernador parece chiquito á su lado! Con razon lo siguen sus gauchos y dan esas cargas como la que nos deshizo en Pavon!

Rosas permaneció un par de semanas en Santa-Fé alojado en la casa de Lopez, con quien trató una infinidad de cuestiones políticas.

El gobernador Lopez estaba subyugado por la superioridad moral é intelectual de Rosas.

Así es que se le entregó en cuerpo y alma sin ningun género de reserva.

Le habia cobrado un gran cariño, lo que le hacia proceder en este caso con una buena fé escepcional en él.

Antes de ausentarse, Rosas quiso obsequiar al paisanaje santafecino con una fiesta parecida á las que daba en los Cerrillos, fiesta que dejó deslumbrados, no solo á los gauchos sinó á los hombres de la mejor sociedad.

Hubo una carne con cuero como para que asistiera todo el pueblo, pues se carnearon más de cincuenta vacas, suficientes para alimentar con abundancia á dos mil quinientos hombres.

Rosas gastó además mil pesos fuertes, suma fabulosa en esa época, en aquellos accesorios indispensables como para bebidas de toda clase, mates, yerba y azúcar á discrecion.

A la noche hubo baile, un gran baile á campo y candil, del que fué el verdadero héroe.

Los paisanos no tenian idea de un bailarin de gatos como aquel, ni de un tocador de guitarra de tal fuerza.

Lo miraban como una especie de sol, pues á todas aquellas condiciones y prendas, se agregaba la hermosura escepcional de Rosas, que á los treinta años habia llegado á su apojeo completo.

Rosas se vino así de Santa-Fé, trayéndose la voluntad más decidida del gobernador Lopez, y dejando entre el paisanaje un recuerdo deslumbrador y la semilla de un prestigio que debia cosechar más tarde.

A su partida lo acompañó una comitiva tan inmensa, que le hacia recordar á aquellas cabalgatas que lo seguian, cuando se ausentaba del Rincon de Lopez y de la Atalaya.

Y tuvo que hacer un gran esfuerzo para arrancarse de aquella gente y poner su caballo á galope.

Cuando Rosas regresó á Cerrillos, un mes despues de su ausencia, se encontró con un acontecimiento que le produjo el más terrible acceso de ira que haya jamás sentido, con escepcion del que esperimentó en Caseros.

Los indios habian traido una invasion formidable, arrollando cuanto se les habia opuesto.

Las fuerzas de las fronteras habian tenido que guarecerse en las poblaciones, y los indios se habian venido hasta el Durazno, punto que apénas distaba unas quince leguas de la Capital.

Habia sucedido lo que él tanto temia.

Los indios tomaban un desquite en regla del desastre del Arroyo de los Huesos, y eran sus establecimientos los que más habian sufrido, pues de ellos habian sacado los indios más de veinte mil vacas.

Y lo peor de todo era que los indios se retiraban sin ser molestados, y en plena seguridad de que nadie les disputaria el inmenso arreo.

Habian invadido sabiendo que Rosas estaba ausente, único hombre á quien te-

mian por ser el único capaz de ponerlos á raya y pelearlos con ventaja.

Rosas entónces, dejando irradiar en su hermosa y azulada mirada un relámpago de ira, reunió á sus colorados y mandó citar á los gauchos, que empezaron á caer como siempre, en el acto, y con tropilla el que podia ó simplemente con caballo de tiro el más pobre.

Al dia siguiente Rosas habia reunido más de mil hombres, con los que marchó lo más rápidamente que le fué posible, á incorporarse al coronel Arévalo, que se encontraba en Camarones, con alguna fuerza.

Reforzado de una manera tan vigorosa é inesperada, Arévalo se puso en seguimiento de los indios, que fueron alcanzados en el Arazá.

Allí los salvajes presentaron batalla, como lo habian hecho en el Arroyo de los Huesos y pelearon con un denuedo desesperante.

Pero todo fué inútil.

Allí estaban los colorados, que conquistaron ese dia su más notable pájina, y sus leales gauchos.

Cargados los indios con un vigor irresistible, bien pronto tuvieron que dar la espalda y esto fué su muerte.

Los colorados los acuchillaron de una manera tal que el que escapó ileso, pudo contarlo como un verdadero milagro.

El combate duró más de dos horas, por que los indios eran numerosos y defendian el arreo que habian hecho, con creciente desesperacion.

Los colorados quedaron no solo dueños del campo, sinó de una caballada numerosísima y más de cuarenta mil vacas, entre las que se hallaban, sin faltar una, las robadas en los establecimientos de Rosas.

Terminada esta campañita corta, pero de resultados brillantes, Rosas regresó á los Cerrillos, á seguir el desenvolvimiento de sus planes.

Véamos como lo logró, en el segundo libro, cuya publicacion empezamos.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

UN PORTEÑO

Buenos Aires, la esforzada y gloriosa Buenos Aires, pasaba por la situacion más miserable de su vida, con escepcion de la presente, pues entonces conservaba siquiera su integridad territorial que le han arrebatado hoy.

Gozaba de paz, es cierto, con algunas de sus hermanas, pero era una paz vergonzosa para ella, pues era comprada y pagada á peso de oro.

Buenos Aires pagaba á Santa-Fé para no ser invadida, como pagaba á Córdoba y á los caudillos insolentes y bandidos que se habian enseñoreado en Entre-Rios y Corrientes.

Ramirez, el terrible Ramirez, vencedor de Artigas, era el que más sobresalia por su ódio á Buenos Aires y á sus vacas sobre todo que se habia propuesto hacer suyas á toda costa.

Este es el caudillo que más sangre ha costado á Buenos Aires, que al fin vió su cabeza mandada de regalo como un objeto de terrible curiosidad.

Más adelante narraremos la muerte orijinal de este hombre, tan criminal y tan exajeradamente bravo, que llegó á combatir solo contra un ejército, por defender á su hermosa querida que habia caido prisionera.

El general Rodriguez, despues de su desgraciada campaña contra los indios, llevada á cabo contra el torrente de la opinion de Rosas y su fatal retirada, vino apresuradamente á formar un cuerpo de ejército para situarlo en el Arroyo del Medio, en prevision de un golpe de mano de Ramirez, que venia segun él, á apoderarse de Buenos Aires.

El mando de esta columna de vanguardia, fué confiado al entonces coronel La Madrid, el valiente y legendario La Madrid, de quien nos hemos de ocupar más tarde.

Rosas, disgustado con el estado de cosas, cansado un poco del servicio, ó deseando entregarse con más libertad á sus negocios y tal vez á sus miras políticas, renunció su empleo de comandante general de las milicias del Sud, pidiendo además, como coronel, su separacion del servicio de las armas.

El gobierno hizo decir á Rosas que retirara aquellas solicitudes pero como el gefe de los colorados insistiera en ellas, le fueron aceptadas, con una concesion honorífica.

El gobierno le mandaba su separacion del servicio con el goce del uniforme y los honores y prerogativas de un gefe de su clase en servicio.

Rosas se encerró entonces en los Cerrillos asegurando que iba á llevar sus establecimientos á un pié fabuloso de adelanto y riqueza.

Temia un avance de los indios, en venganza de su última sableada, por lo que conservó en los Cerrillos, prontos para formar al primer grito, sus terribles colorados cuya fama habia pasado á toda la República.

Rosas empezó entonces, por primera

vez, á ser el blanco de algunas intrigas y malas voces que esparcian algunos envidiosos de su prosperidad siempre creciente, ó mal intencionados y enemigos encarnizados de todo aquel que se levanta sobre los demás, sin más ayuda que sus solas fuerzas.

—Rosas se separa del servicio, decian unos, para desligarse del gobierno y poder obrar por su cuenta el dia ménos pensado.

—Es un ambicioso díscolo, decian otros, que vá á preparar los grandes elementos de que dispone en la campaña, para dar un golpe de mano y apoderarse del gobierno.

—Rosas no ha tenido nunca buenas intenciones, añadia algun otro.

El dia que él adquiera una completa fé en el poder de sus elementos, ese dia verán recien quien es Rosas.

Rosas escuchó con paciencia, primero, las referencias de estos rumores que llegaban hasta los Cerrillos.

Primero no les dió importancia y los escuchó con desprecio, pero parece que más tarde empezaron á mortificarlo y á despertar en él una cólera sorda que debia producir algun mal estallido.

Habituado á dominarse no le fué posible hacerlo entonces y consultó con su amigo Maza, cuya inteligencia tenia en gran consideracion, el camino que debia tomar ante calumnias tan groseras y malvadas.

El resultado de esta conferencia fué un manifiesto que dió al pueblo, pues ya sus enemigos empezaban á darlo como aliado con enemigos de Buenos Aires.

En este manifiesto Rosas se mostró un porteño de corazon y un hijo de Buenos Aires ante todas cosas.

Son unos hermosos párrafos en los que pueden leerse conceptos como este:

Mi persona no ha sido ni es de nadie, sinó de mi provincia madre.

Luego hacia una esposicion de los servicios que á ella habia prestado y concluia asegurando que para ella serian todos sus esfuerzos del futuro.

En ese manifiesto esponia claramente los motivos que lo habian arrastrado á pedir su baja: el deseo de reconstruir su fortuna y atender sus valiosos establecimientos, que sufrian grandes pérdidas con su abandono.

Este documento, cuya redaccion atribuyen á Maza algunos, causó profunda sensacion, matando así en su cuna, todas estas hablillas é intrigas.

Ramirez, entre tanto, se habia venido hasta el Arroyo del Medio, donde habia batido al coronel La-Madrid, dispersándole su escasa caballeria.

El gobernador Lopez, fiel á su compromiso estaba del lado de Buenos Aires y preparaba elementos para caer sobre Ramirez, quien con numerosas tropas se preparaba á pelear con todo el que le saliera al frente.

Contaba por aliado al famoso chileno Carrera, que estaba internado por las provincias del Norte y venia buscando su incorporacion.

Los elementos de Ramirez eran tantos, que hasta llegó á temerse pudiera dominar con ellos el resto de la República.

La Madrid volvió á atacarlo una segunda vez con una fuerte division que á su mando formaba la vanguardia, pero fué rechazada vigorosamente, teniendo que buscar su incorporacion á las reservas.

Ramirez en seguida habia acuchillado una fuerte division de caballeria con que el gobernadar Lopez le habia salido al paso, dirijiéndose hácia Córdoba, á cuyas inmediaciones creia encontrar á Carrera con alguna division de primer órden.

Incorporados los dos caudillos, siguieron la série de triunfos que debian terminar de una manera harto fatal.

Buenos Aires miraba con cierto terror esta marcha triunfal de sus dos enemigos más encarnizados, temiendo el dia no lejano, en que vinieran á asolar nuestra

campaña y golpear tal vez las puertas de nuestra ciudad.

El gobernador Lopez, cuya audacia y valor ya conocemos, habia recibido el importante refuerzo de los regimientos de Blandengues y dragones, á órdenes de La Madrid resolviendo ofrecer y obligar á Ramirez, una batalla decisiva.

El 26 de Mayo á la madrugada se encontró Ramirez con que el gobernador Lopez tendia una línea de batalla, enviando algunas guerrillas que lo hostilizaron.

No era Ramirez hombre que se hiciera repetir dos veces una invitacion semejante.

Engreido con la série de triunfos que habia venido conquistando, y en la confianza de arrollar aquel ejército que miró con desprecio, Ramirez tendió rápidamente su línea de batalla, despues de apagar los fuegos á las guerrillas de Lopez.

Este, como lo hemos manifestado ya, no era un táctico distinguido, ni un militar que pudiera sobresalir de sus compañeros.

Pero era un hombre sumamente astuto, supliendo muchas veces con esta calidad su falta de estratégia militar.

Así Lopez, aquel dia, ántes de tender su línea, habia emboscado sus mejores tropas, entre las que estaban los dragones y Blandengues.

De esta manera, si Ramirez lo arrollaba, como no era difícil, despues de disputado un poco el terreno, vendria á rehacerse detrás de aquellas tropas, donde se ensartaria su enemigo victorioso, segun toda creencia.

Sucedió exactamente todo, como Lopez lo habia previsto.

El choque fué violento y el fuego de fusileria vivísimo y sin interrupcion por ambas partes.

Los soldados de Lopez, que sabian tenian cubierta la espalda, disputaban el terreno con una bravura incomparable.

Como á la hora de este combate encarnizado, Ramirez, fastidiado con aquella resistencia con que no contaba, trajo personalmente una carga con toda su caballería.

El choque fué espantoso.

Aquellos soldados que parecian de bronce empezaron á arrollar el frente y el ala izquierda de Lopez, impetuosamente, iniciándose entonces una retirada que sin aquella reserva, habria sido fatal y desastrosa.

Los regimientos de Ramirez, una vez que vieron suya la victoria, no se preocuparon más de formacion, ni escucharon las voces de mando.

Se lanzaron á la persecucion ávidos de acuchillar por completo aquella division que habia combatido de una manera tan bizarra.

Las fuerzas de Lopez alejaron así á las de Ramirez, en la confusion del entusiasmo hasta que las ensartaron en aquella fuerte division de caballería, á cuya cabeza, en órden de batalla y sable en mano, se hallaban los Dragones y Blandengues.

Aterrados en el primer momento por tan inesperado contratiempo, los soldados aquellos dieron media vuelta y echaron á disparar en mayor confusion de la que habian traido.

El sable de los Blandengues y Dragones, dió principio á la carnicería que más tarde terminó el cuchillo de los santafecinos.

Desesperado Ramirez, reunió su infantería y alguna otra tropa que habia quedado en el campo, con la que hizo á Lopez una resistencia tremenda.

Pero era preciso ceder ya el campo á un enemigo más fuerte, más impetuoso y que venia de refresco,

Con el semblante desfigurado por la desesperacion y la ira, el valiente caudillo entreriano se puso á la cabeza de aquella terrible retirada, donde el sable de los Dragones y el cuchillo de los santafecinos no daban cuartel.

Las tropas de Lopez se apercibieron entonces de algo en que hasta entonces no habian reparado.

Esto era que Ramirez marchaba acompañado de una hermosísima mujer que habia asistido á toda la batalla.

Rodeados ambos de una escolta pequeña pero decidida, la mujer aquella no dejaba ver en su semblante ninguna espresion por la que pudiera entreverse el miedo ó la menor desesperacion.

De cuando en cuando daba vuelta su graciosa cabeza para contemplar á sus perseguidores, que no se cansaban de matar.

Entonces su boca sonreia tranquilamente y su mirada buscaba la de Ramirez, como si esperara encontrar en ella el consuelo de aquella situacion terrible.

Este, por el contrario, tenia el semblante desfigurado por el horror de aquella situacion inesperada y desesperante.

Miraba tambien de cuando en cuando á la mujer, y se le oia murmurar:

—Animo, ánimo por Cristo y levanta el caballo.

Aún no estamos perdidos.

En medio de aquella retirada desastroza y cuando esta empezó á hacerse más suave por el cansancio de los que perseguian sin descanso hacia más de una hora, Ramirez pudo juntar unos quinientos hombres, con los que siguió por la costa del rio en direccion á Córdoba.

Estaba salvo por el momento.

La mujer que le acompañaba y que gracias á su valor salvaba con él, no era otra que la conocida por D.ª Delfina, su amante, con quien vivia hacia ya muchos años.

Doña Delfina, era una hermosa mujer digna del corazon de aquel caudillo heróico.

Hermosa, muy hermosa, con sus ojos de tormenta y actitud altiva y bravía, se le veia siempre al lado de Ramirez, á quien no abandonaba ni aún en lo más récio del fuego.

Siempre á su lado, como si hubiera querido ser su ángel de salvacion, se la veia cruzarse delante del caballo de su amante, cuando el fuego era récio, para recibir ella la bala que le estuviera destinada.

Era tal su valor, sereno y comunicativo siempre, que los soldados se habian habituado á respetarla como su mejor gefe.

Ramirez por su parte, tenia por aquella mujer una idolatría ciega.

Al principio se le veia desesperado, correr en todas direcciones tratando de conjurar cualquier peligro, que amenazara á su Delfina.

Pero habia concluido por acostumbrarse al estremo de verla impasible envuelta por una nube de balas y de humo.

Es que D.ª Delfina con su valor de loba, se habia impuesto al espíritu de Ramirez, cuyos lábios no habian tenido jamás un nó para con ella.

Esta es la hermosa Delfina, á quien hemos hallado con su amante, corriendo la suerte de aquella retirada funesta y salvándose de una manera tan milagrosa.

Ramirez, cuyo espíritu altivo no habia flaqueado por este contraste, buscó así la incorporacion del ejército de Carrera, incorporacion que efectuó pocos dias despues.

Así marcharon juntos para batir á Bustos, apoderarse de sus elementos y contramarchar á batir á Lopez.

Pero la suerte de las armas les habia dado la espalda decididamente.

Bustos se fortificó como pudo en la Cruz Alta, donde rechazó con suma bizarría el ataque desesperado que le trajeron Ramirez y Carrera.

Algo desmoralizados por este contraste, contramarcharon hasta Fraile Muerto, donde los dos aliados se separaron, convencidos que por el momento no habia nada que hacer.

Solo contaban, entre los dos, con unos ochocientos hombres desmoralizados, y

con esto era inútil tentar la menor empresa.

Carrera se fué con su mala música hácia las provincias de Cuyo y Ramirez, siempre acompañado de D.ª Delfina, tomó por el Norte el camino de Entre-Rios.

El valiente caudillo creia poder reorganizar elementos suficientes para batir á Lopez que era el más temible de sus enemigos.

Este, que por Bustos, incorporado á su ejército, tuvo noticias de la direccion que llevaba Ramirez, se puso en marcha inmediatamente para concluirlo.

Bustos y La Madrid emprendieron la persecucion de Carrera, á quien creian alcanzar y tomar muy pronto.

Ramirez fué alcanzado el diez de Julio y obligado á batirse como nadie lo ha hecho jamás.

El coronel Bedoya, que con una fuerte division de caballería formaba la vanguardia del ejército de Lopez, le dió alcance cerca del rio Seco, y empezó á hostilizarlo picándole la retaguardia.

Ramirez calculó que aquella era la vanguardia de Lopez, y aunque tres veces más numerosa que su ejército, si es que ejército puede llamarse á seiscientos hombres, resolvió batirla.

—Tal vez tenga tiempo de deshacerlos, pensó, antes que llegue Lopez.

Y sobre todo, agregó, mirando á su hermosa querida, es necesario que yo salve este pedazo de mi corazon.

Ramirez desplegó su regimiento, puede decirse, en una larga guerrilla y esperó la acometida.

Entre tanto, habia elegido él mismo, un oficial y veinte y cinco soldados, para confiarles la más delicada comision.

Era preciso que miéntras él contenia al enemigo, con sus guerrillas, aquellos soldados se pusieran en marcha precipitada hácia Entre-Rios, escoltando á doña Delfina.

El oficial que la mandaba, á quien no en vano eligió el caudillo, le aseguró que la señora llegaría ilesa á su destino, aún pereciendo él mismo.

Pero faltaba lo más difícil de todo, que era decidir á D.ª Delfina á ponerse en salvo y abandonar á su amante en medio de un combate que tenia que concluir por su más espantosa derrota.

Apénas empezó á hablar Ramirez, la hermosa mujer le interrumpió diciendo:

—No te canses, ni te aflijas, que yo me quedo aquí.

Dónde voy á estar más segura que á tu lado?

—Imposible, mi querida, repuso el enamorado caudillo.

Este combate me va á ser fatal, inevitablemente fatal.

Nos van á acuchillar y es necesario pensar con tiempo en salvar mi tesoro.

—Por lo mismo, me quedo.

Si tu sobrevives á la batalla, ya me salvarás tú mejor que nadie.

Si sucumbes en ella, qué diablos quieres que haga con mi vida?

Llorarte? yo no he nacido para llorar; vengarte? deshecho tu ejército no tendria como.

Me quedo entonces á seguir tu suerte y no hablemos más del asunto.

Ramirez insistió y rogó todo lo que la premura del tiempo le permitiera, sin resultado alguno.

Quiso enojarse y mandar, pero no fué ni creido ni obedecido.

Por último recurrió á la ternura misma, para obligar á aquella mujer á abandonarlo, por lo que parece que el caudillo aún no conocia á fondo aquel tremendo carácter.

—Es necesario que te vayas, le dijo, por el mismo cariño que me tienes.

La derrota es inevitable y la persecucion será dura.

Quedándote aquí, puede ser un sério inconveniente para mi misma salvacion.

Ya sabes que huyendo yo solo en mi azulejo no hay quien me agarre.

Huyendo contigo, el resultado seria

que los dos caeríamos en poder del enemigo que se divertiria en cortarme la cabeza á tu vista.

—He dicho que quiero correr tu suerte y no hablemos más.

Ya sabes que mi comadre es tambien lijera como tu azulejo, añadió acariciando el pescuezo de la yegua que montaba.

Quiero ayudarte con todos mis esfuerzos en este trance apurado, y si caes, caer contigo.

No es tan inminente el peligro, por otra parte.

Yo te he visto batir con mayores desventajas que hoy, y salir siempre triunfante.

Por qué dudas hoy del triunfo?

Los combates son ganados siempre por las entrañas del gefe que los manda y no por el número de los soldados que combaten.

Ramirez se iba entusiasmando poco á poco, bajo el prestigio de la palabra ardiente de su hermosa querida.

Pero quiso tentar un último esfuerzo y repuso:

—Es que nunca me he batido en una desproporcion tan grande.

Detrás de ese ejército, viene otro más numeroso aún, fresco y bien armado.

Yo no tengo más que esos seiscientos leones, mal armados, deshechos por las fatigas de las últimas batallas, y montados en caballos que apénas pueden tenerse en pié, á causa de la última retirada, tan violenta y tan penosa.

No tenemos municiones y las mismas armas de fuego escasean ¿qué quieres que se haga así?

—Tenemos sables y cuchillos y eso basta, contestó Dª. Delfina con un acento incontrastable.

Basta, pues, de temores indignos en un hombre que se llama Ramirez.

Fé en tus propias fuerzas y adelante.

Ramirez llegó á perder la cabeza ante aquella actitud imponente.

Sea como tu quieras, dijo, tal vez tengas razon.

Y seguido de su amante fué á tomar el mando de la division de aquel combate, que se habia empeñado ya hacia más de cinco minutos, con fuertes guerrillas que hizo avanzar Bedoya.

Pero como le habia dicho Ramirez, no tenian municion para los pocos soldados que conservaban tercerolas.

Los escasos soldados que conservaban algunos tiros, los gastaron bien pronto en la primera guerrilla.

Fué preciso apelar al sable y no pensar más en esa arma.

Ramirez, que habia recuperado toda su sangre fria y la terrible bravura que viö vacilar un momento ante el peligro que podia correr su amada, se puso al frente de su escuadron, y cayö sobre una guerrilla que avanzaba sobre su izquierda causándole algunas bajas.

El empuje de aquella carga fué irresistible y la guerrilla tuvo que replegarse despues de haber sufrido grandes pérdidas.

Esta primer victoria entusiasmó á la tropa, que vió en ella un augurio del triunfo definitivo.

Y Ramirez á la cabeza de este ó aquel escuadron, indistintamente, empezö á arrollar y obligar á todas las guerrillas de Bedoya á replegarse al centro.

Pero aquello no podia durar.

Una vez que Bedoya desplegara su caballeria y cargara con ella, todo estaria concluido.

Pero el coronel Bedoya era un gefe poco esperto.

Confiaba demasiado en su poder numérico, y queria tomar aquel pucho de ejército sin que escapara un solo hombre.

Ramirez, entusiasmado, llegö en sus cargas hasta donde estaba el mismo Bedoya, asombrándolo con su arrojo, y recibiendo todo el fuego que le hacian á pié firme, algunos escuadrones desmontados.

Y sus soldados miraban estasiados, sin saber de que asombrarse más, si del brillo de aquel valor sobrehumano, ó de la hermosura y corazon de aquella mujer que no se separaba un momento del esforzado caudillo.

Como Delfina andaba siempre cubierta de joyas de gran valor, los soldados no la perdian un momento de vista.

Y no eran solo los soldados, sinó los oficiales, por que el que tomara aquella rica prisionera, habria tomado una fortuna en joyas, sin contar lo que pudiera llevar en las balijas que no debian andar lejos.

Y ella parecia comprenderlos, dominando sus miradas de codicia con los rayos de sus hermosos ojos, que les enviaban la espresion del más profundo desprecio.

Debia ser realmente magnífica aquella mujer, en situacion semejante.

Los seiscientos hombres de Ramirez, disminuidos en cien bajas, por lo ménos, maniobraban con una exactitud y una rapidez asombrosas.

Tan pronto se desparramaban por el campo, no ofreciendo el menor flanco, como se juntaban en compañias ó escuadrones, segun se les mandaba, dando cargas brillantísimas.

De pronto llegaron al campo de batalla dos regimientos con que Lopez reforzaba á Bedoya, lo que demostraba que aquel gefe debia estar muy próximo.

Bedoya se decidió entonces á terminar el combate, para recibir á Lopez con un buen número de prisioneros, entre los que figurarian en primera línea, aquellos dos amantes legendarios.

—Ya no hay esperanza ninguna, murmuró Ramirez al oido de su amante, desde que vió llegar el refuerzo.

Es preciso que nos preparemos á la huida.

—Pero no será sin hacer el último esfuerzo? preguntó ésta.

—Ya lo creo que nó, repuso el caudillo. Poco habrá que hacer, pues ya se vienen encima.

En efecto, Bedoya habia tendido una línea de batalla diez veces más numerosa que la necesaria y venia cargando al toque de degüello.

Al ver á su gefe firme y sonriente, los soldados permanecieron firmes tambien y sufrieron como pudieron el primer empuje de aquella carga terrible.

Y cedieron por que no era posible otra cosa, abandonando el campo, acuchillados por aquellas tropas frescas, y envalentonadas por su superioridad numérica.

—Ahora es preciso huir á todo lo que dén los caballos, dijo Ramirez á Delfina, por que no hay nada que hacer aquí y dentro de poco el campo será una confusion sin salida.

—Pues huyamos entonces, contestó aquella mujer de raro temple.

Ya tomarás un desquite digno de tí.

Y bajando las riendas á los caballos se lanzaron á la carrera.

Como no fueron vistos, por la confusion del combate, ningun soldado pudo reparar en ellos y seguirlos.

Pero no sucedió lo mismo con el enemigo.

Un capitan santafecino, que al frente de su escuadron cargaba por la derecha, vió aquellos dos ginetes que salian del campo de batalla, conociéndolos en el acto.

—Allí vá la hermosa de las alhajas, gritó.

Ese es el mejor botin de la batalla, sin contar con que tomaremos á Ramirez que va con ella!

Y aquel escuadron se lanzó frenético en la persecucion de los dos ginetes que tan buenas pilchas llevaban.

El azulejo de Ramirez, como él lo habia dicho era un caballo inalcanzable.

Corria con una velocidad increible, siendo guiado con gran maestria.

Sabido es que cuando se huye, la ver-

dadera habilidad del ginete está en saber conservar su caballo, sin apurarlo más de lo debido, y levantándolo siempre sobre la rienda.

La comadre, por su parte, era una yegua digna de su ginete; tan rápida era su carrera como el azulejo, pero no tan bien gobernada.

Empezó á fatigarse primero y á quedarse un poco atrás.

—Apura! apura! la dijo Ramirez, que aunque no nos persiguen aún, pueden hacerlo.

Ninguno de los dos, habian notado que eran perseguidos tan de cerca, preocupados con el afan de ponerse en salvo.

De pronto Ramirez sintió un grito de angustia lanzado por Dª. Delfina.

Sin dejar de correr dió vuelta el semblante y sintió que la angustia hacia desfallecer su corazon.

Uno de los soldados habia boleado la yegua de su amante, que cayó arrastrándola y los soldados se habian lanzado sobre ella, descuidando la persecucion de Ramirez, por desnudarla más pronto de sus alhajas.

Al ver esto, el valiente caudillo, haciendo alarde de un corazon por demás generoso, dió vuelta bridas y se vino como una tormenta sobre aquel peloton.

Al valiente caudillo no se le escapaba que aquello era volar á la muerte, pues nada podria él hacer contra los cincuenta hombres que rodeaban á su amante, á la que empezaban ya á despojar de sus ropas.

—Atrás! gritó el caudillo, atrás y levantó su sable sobre aquellas cincuenta cabezas dejándolo caer sobre la de uno de aquellos oficiales, que cayó con ella partida.

Dieron vuelta algunos y acometieron á Ramirez que habia echado ya pié á tierra, preparándose á vender cara su vida.

Aquel combate fué repugnante y tremendo.

Aquellos cincuenta hombres cayeron sobre aquel hombre heróico, disputándose el derecho de herirlo.

Ramirez trató entonces de defender su vida de la manera más bizarra.

Poco duró aquella lucha titánica.

Aunque rodeado de cadáveres, aquel hombre escepcional en su valor y fortaleza, cayó bañado en sangre y cubierto de terribles heridas.

El mismo capitan que mandaba aquel escuadron, le cortó la cabeza, que ató de los cabellos á los tientos del recado.

Era aquella cabeza sangrienta el trofeo que pensaba llevar al gobernador Lopez.

La hermosa Delfina no sufrió mejor suerte.

Despues de despojada de sus alhajas y ropas y ser víctima de todo género de vejámenes, fué tambien degollada y atada su cabeza á los tientos de otro recado.

El gobernador Lopez, al recibir aquellos trofeos nauseabundos, los remitió á Santa-Fé, con órden de colocarlos en una jaula de fierro, en exhibicion en la plaza principal.

Este fué el fin de aquellos dos héroes.

Aunque en nada se refiere esto á Rosas, lo hemos querido consignar, por que es un episodio de nuestras luchas, poco conocido y lleno de interés.

En cuanto á Carrera, pudo llegar hasta Mendoza, donde fué fusilado sobre tablas.

EN LOS CERRILLOS

Ajeno á todo lo que no era el negocio de campo ó sus miras personales, Rosas vió sucederse tranquilamente todos aquellos acontecimientos que ensangrentaban el país y otros que debian hundirlo en la ruina.

Las luchas civiles no lograron sacarlo de los Cerrillos, donde se hallaba desde que obtuvo su separacion del servicio.

El movimiento que regeneró el país en la segunda mitad del Gobierno de Rodriguez, bajo la iniciativa del espíritu pode-

roso de Rivadavia, su ministro, no logró tampoco arrancar su atencion de los negocios de campo y de los grandes planes políticos que combinaba ayudado por su amigo el doctor Maza, que veia el prestigio imponderable de que gozaba aquel hombre con verdadero asombro.

—Con este, le decia frecuentemente, usted puede dominar el país el dia que quiera.

—Déjeme de esas cosas, respondia Juan Manuel tratando de dominar la alegria que le causaban aquellas palabras.

Lo que yo quiero dominar son muchas vacas y muchas leguas de sembrado.

No me gusta la política y creo que todo el poder del mando no vale la pena de dar un galope hasta Buenos Aires.

Y Maza creyendo de buena fé en aquellas palabras, trataba de convencerlo que no debia perder lo que aquellos elementos podrian brindarle.

Pero con un desprendimiento inimitable le aseguraba que no queria más gloria que ver todos sus campos cubiertos de vacas.

Y á la par que prestaba una atencion preferente á sus ya valiosísimos intereses, no por esto abandonó un momento su contínua correspondencia con Lopez y otros caudillos fuertes de las provincias, á quienes se ganaba por medio de regalos de un buen valor.

Todas las estancias bajo aquella administracion especial, multiplicaron su capital en poco tiempo.

La fortuna de aquella sociedad era así fabulosa.

Cada puesto contaba con un gran capital y cada cosecha de cereales les dejaba una ganancia pingüe.

Rosas, no olvidaba á su familia que vivia con opulencia.

Cada tanto tiempo venia á visitar á doña Encarnacion, con quien pasaba algunos dias.

Entonces observaba con su gran perspicacia el movimiento político y se volvia á sus estancias donde seguia el desarrollo de sus planes y la conservacion de su prestigio.

Solamente con las peonadas de sus establecimientos, podia Rosas formar un ejército no despreciable para aquellos tiempos.

Su prestigio habia crecido de tal manera que en los pueblos de toda la campaña se daban fiestas en su honor, invitándolo.

El que tenia un retrato de Rosas, podia decir que tenia una fortuna, pues no habia fiesta ni baile á donde no fuera invitado, con la condicion de llevar el retrato del patron.

Este retrato era colocado en el sitio de honor, y engalanado con cintas de vivos colores y las flores que habia en la casa.

Y se bailaba á su alrededor, no faltando paisano que le dedicara sus décimas más inspiradas y sus proclamas más graciosas.

Se puede decir que toda la campaña Sud y Oeste, se movia á la voz de Rosas sin faltar un hombre.

Y era increible el respeto y temor que le tenian los gauchos!

De cuando en cuando y para que lo tuvieran siempre presente, daba una carne con cuero y baile.

Y aunque muchas veces en estas fiestas los concurrentes llegaban y pasaban el número de mil, jamás sucedia cosa desagradable.

El que á pesar de sus esfuerzos por no hacerlo se *punteaba*, iba á esconderse entre los árboles ó entre las matas, para que el patron no lo viera.

Ni por broma se oia hablar de una pelea de consecuencia ni de robos de prendas ó pingos entre la concurrencia.

Es verdad que los paisanos conocian á lo que esponian sus cuerpos cometiendo cualquiera de aquellas tres faltas, sobre todo la última.

Rosas tenia un aborrecimiento innato por los ladrones.

El que era pillado robando, caia de su gracia y podia contar por seguro que se le aplicaria un castigo crudo por mano de los colorados.

Así es que ningnno de ellos hubiera afrontado el castigo, ni ménos la pérdida de la gracia del patron.

Las fiestas aquellas duraban todo el tiempo que duraba la bebida que Rosas hacia llevar.

Cuando no habia ya con que mojar el gañote, cada cual se retiraba á su campo á describir la fiesta á los muy contados paisanos que, por acontecimientos imprevistos no habian podido ir.

Entonces aquella fiesta duraba otra semana, asumiendo un carácter diametralmente opuesto al seguido hasta entonces.

Los que no tenian ningun quehacer urgente y andaban con algunos pesos en el tirador, se desparramaban por las pulperias á referir todos los detalles de la carne con cuero y del baile, asegurando que en todo lo descubierto de la tierra, no habia un hombre que pudiera llegar á la espuela del patron.

El mismo gobierno resultaba un maula comparado con Rosas, y maula que estaba en el poder por que á este no se le antojaba sacarlo de las orejas.

—Y quién ha hecho el gobierno que tenemos últimamente?

El patron que se metió con sus milicos en la misma plaza grande, mandando que le entregaran el puesto.

Pues de la misma manera se hará él Gobierno cuando le dé la gana y se le antoje.

Para eso nos tiene á nosotros que nos hemos de deslomar por él.

Y la adoracion crecia de un modo incalculable.

El que hubiera dicho entonces una palabra contra Rosas, habria sido despedazado.

Y esta adoracion á pesar del tiempo y de los acontecimientos se conserva hasta hoy mismo en los gauchos de esa época que aún viven.

Cuando agarran una tranca de no te muevas, como ellos dicen, el primer grito que se les ocurre para espresar su alegria, es el de viva Rosas!

No hay hombre del pueblo, de aquellos tiempos, que no emplee la mejor parte de su borrachera en hacer la apologia de aquel hombre.

Es que Rosas habia sobrepuesto á sus paisanos sobre los hombres decentes á quienes trataba con las frases más despreciativas y humillantes.

Sus negociaciones de amistad con los indios no eran abandonadas un solo dia.

Contínuamente enviaba á los caciques más prestijiosos comisiones compuestas de los mismos indios que tenia empleados en los Cerrillos, con que les enviaba presentes ya de vicios, de entretenimiento, ya de haciendas ó ropas y prendas.

Otras veces, y cuando sabia que tal ó cual cacique amigo suyo andaba cerca, lo iba á visitar él mismo, acompañado de una buena escolta de colorados.

Así borró de la memoria de los indios aquella famosa sableada, persuadiéndolos que él no habia podido conjurar el mal ni atajar la voluntad del Gobierno.

Y volvió á gozar entre ellos de su antigua influencia y á disponer de sus mejores lanzas sin reserva de ninguna clase.

Y eran los Cerrillos y sus campos el cuartel general de aquellos hombres, soldados casi todos del regimiento 5.º de caballeria.

Rosas mandó invitar al caudillo santafecino, que viniera á visitar sus campos y elejir algunos animales.

Queria sorprenderlo con la vista de todo su poder y riqueza y de su gran prestijio, sin ejercer ningun cargo oficial.

Lopez aceptó la invitacion y se vino con una gran comitiva, siendo tratado con una esplendidez verdaderamente réjia.

Lopez quedó asombrado del órden inal-

terable de aquel establecimiento colosal, como de la influencia que tenia su amigo sobre el paisanaje.

Le hizo hacer los honores con aquellos mismos colorados que lo derrotaron en Pavon, y mandó que avisaran en todas las pulperias cercanas, que en la estancia habia fiesta.

Era el modo más cómodo que tenia Rosas de reunir gente, cuando la necesitaba con apuro.

Siendo la pulperia el punto de reunion de todos, á los dos ó tres dias de enviada la noticia, la conocia toda la campaña y los paisanos empezaron á caer con tropilla ó caballo de tiro, segun la distancia que tenian que recorrer para llegar á los Cerrillos.

A los tres dias de estar allí Lopez, se habian juntado más de mil hombres.

—Y de esta manera los reune tambien para ponerse en campaña? preguntaba Lopez en el colmo del asombro.

—De esta misma manera, respondió Rosas.

Lo que hay es que cuando les hago decir que los necesito, se apuran más, y no tardan tanto.

Entonces los reuno en horas solamente.

Lopez estaba maravillado.

No sabia que admirar más, si el prestijio de aquel hombre que no investia cargo público alguno, la magnificencia y número de aquellas haciendas ó la extension inmensa y el órden inalterable del gran establecimiento.

Todo allí se movia como un reloj, cuyo gran mecanismo era movido por la voluntad y tino asombroso de aquel hombre.

—Esto representa una fortuna como no habrá otra, esclamó Lopez.

Vale más que toda Santa-Fé.

—Y sin embargo, replicó Rosas sonriendo de orgullo, todo está aquí á su disposicion.

Ya sabe que yo no reservo nada para mis amigos, y que usted está en primera línea.

El caudillo abrió los ojos desmesuradamente, ante aquel hombre que disponia de tan enorme fortuna y la ponia á disposicion de sus amigos, como si se tratara de cuatro reales.

El baile que tuvo lugar, fué una fiesta digna de los Cerrillos.

Fuera del salon improvisado en el galpon para la gente de cumplimiento, se habia arreglado á campo, otro de lo más pintoresco y original.

Con cuerdas tendidas de árbol en árbol, y una gran cantidad de ponchos, se improvisó el techo de aquel sitio, iluminado con profusion de candiles de todos tamaños.

Todo el rededor del espacioso sitio, estaba adornado con cabezas de vaca, y todo género de poyos donde debia tomar asiento la concurrencia.

Se nombró bastonero á Rosas, y el baile empezó al acorde de las cincuenta guitarras que componian la orquesta.

Aquel primer baile fué un gran pericon que organizó Rosas, elijiendo los más traviesos paisanos de la reunion y los más aparentes para este baile que él mismo mandó con una gracia como cosquillas.

En seguida del pericon hizo traer su guitarra, y despues de buscar una pareja digna de su huésped, se puso á puntear un gato capaz de hacer bailar á una papa.

—Sírvase amigo, que para usted es, le dijo á Lopez, que repartia su admiracion entre el punteo de Rosas y la soberbia hermosura de la pareja que este le nombró.

El paisanaje estrechó el círculo, sospechando que iba á presenciar algo que no se repetiria en muchos años.

En el primer escobilleo, Lopez se habia revelado un bailarin de primera fuerza, interesando la atencion del paisanaje que aplaudió con un estrépito infernal.

Empezaron á sucederse unas á otras las figuras, y los gauchos empezaron á soltar aquellas espresiones criollas y pi-

cantes, con que están habituados á demostrar su asombro y complacencia.

La compañera de Lopez, la Nicolasa, paisanita jóven y hermosísima, cuya fama como bailarina de gato era tal, que no le llamaban sinó la colorada.

Como Rosas al nombrarla le hizo una guiñada que ella comprendió muy bien, á la segunda figura echaba el resto, en medio de la algarabia más infernal y estrepitosa.

Esto fué lo que acabó de entusiasmar á Lopez, cuyos piés parecian querer disputar su agilidad pasmosa á los dedos con que punteaba aquel gran guitarrero.

El mismo Rosas se entusiasmaba de ver bailar aquella pareja, que á su vez se enardecia sintiendo aquel punteo soberano.

Un inmenso alarido salió de todas las bocas, y una verdadera tempestad de aplausos atronó los aires.

El gobernador Lopez habia terminado el gato con una figura de punta y talon, que fué la novedad de aquellas memorables fiestas.

Rosas, que como siempre, queria sobresalir en todo, echó tambien su malambo que fué la admiracion de todos, y especialmente de Lopez, que declaró que jamás habia visto bailar de aquella manera, ni cepillar con más gracia y orijinalidad.

El baile concluyó por fin, por que la mañana estaba muy adelantada y el dia, segun parece, está reñido con aquella diversion, sin que se sepa hasta ahora la razon de este fenómeno.

Por qué no se baila de dia?

Al decir que se acabó el baile, cometemos una inexactitud, pues aquello fué una suspension para esperar sin duda la noche, en que continuó con más entusiasmo aún que el dia anterior.

Esta espera fué amenizada con una corrida de sortija en que todos, sin escepcion, tomaron parte.

Se corrieron cien sortijas que Rosas habia preparado, todas ellas ricas, habiendo muchas con piedras finas.

La última fué un hermoso brillante que usaba Rosas en el dedo anular.

En esta sortija solo corrieron veinte ginetes, apalabrados todos ellos por Rosas para que dejaran á Lopez sacarse la sortija, única manera de que esto sucediera, pues era tan chambon, que en toda la mañana no hizo ni siquiera una buena errada.

Aquel anillo solo, bien podia valer quinientos patacones, lo que puso á Lopez en el colmo del entusiasmo y adoracion por Rosas.

Este, como en todas las cosas, habia sobresalido en la corrida, sacando veinte sortijas, que volvió á colocar para que las sacaran sus peones.

Pero lo que más asombró á Lopez fué los caballos en que corrió Rosas, y la manera como guiaba aquellos animales soberanos.

Un tordillo negro sobre todo, cuya fama llegó hasta Palermo, fué el que hizo estremecer de codicia al santafecino.

—Es lo único que me reservo, amigo, esclamó Rosas, y eso por que es de mi mujer.

Sinó, le diria como con los otros: elija el que más le guste.

Esta no era más que una mentira con que Rosas salvaba su gran caballo, pues bien sabia que apénas se lo hubiera ofrecido, Lopez lo habria aceptado.

Obligado así á renunciar al tordillo, Lopez que para los buenos caballos era peor que indio, elijió de entre los que habia corrido Rosas aquel dia, un pangaré que era una pintura y de una lijereza poco comun.

Y tan lo quiso asegurar que le mandó poner su recado, no sacándoselo hasta que no fué á ponerse en camino.

Así como la llegada del dia habia terminado el baile, la presencia de la siesta, con su sol rajante, puso término á la sortija y á algunas carreras que habian empezado á correrse.

Pocos momentos despues todos dormian, pareciendo aquel vasto campo, un

campamento militar entregado al reposo de la batalla despues de una victoria.

A la caida de la tarde la gran campana de los Cerrillos llamó á comer.

Y como lanzados de la cama por una mano invisible, todo el mundo estuvo de pié, siendo la primera operacion de cada uno, enrollar el recado ó levantar las pilchas que le habian servido para echar aquella morruda siesta.

Se carneó en un momento, y al brillo de los alegres fogones, se sucedió la presencia de los enormes asadores, con su correspondiente pedazo ensartado.

Los jarros de buen vino empezaron á correr de fogon en fogon, hasta que el acorde alegre de las guitarras anunció que habia vuelto la hora de desentumir las piernas.

El baile continuó aquella noche, como si la anterior se la hubiera pasado durmiendo aquella gente!

Se bailó por lujo, hasta sol alto, sin que se interrumpiera un momento la general alegria.

Aquella mañana no hubo corrida de sortija ni carreras.

Lopez confesó estar destroncado y se retiró á dormir, siguiéndolo Rosas, por cumplimiento.

Todo el mundo hizo lo mismo en seguida.

Cada uno se fué tendiendo á dormir donde mejor le pareció, hasta que no hubo nadie en pié.

Y era tal el cansancio y tan reposado el sueño de aquella gente, que á media cuadra de distancia no se hubiera nadie sospechado que habia allí más de mil hombres.

Aquella siesta con madrugada, duró hasta la caida de la tarde, en que todos se levantaron frescos y dispuestos á empezar de nuevo.

Y empezó el baile como si de quince dias atrás ninguno hubiera movido una pierna.

Lopez, habituado á sus tropas, y al mismo paisano de Santa-Fe, que es gente poco subordinada y respetuosa, estaba maravillado de aquel órden asombroso.

Apesar de circular el vino, la caña y la ginebra, en jarros, no hubo un solo paisano, no digo que se divirtiera, pero ni aún que se punteara.

Y como esto es imposible entre tantos, parece que el que tenia la desgracia de mamarse, se retiraba tan sigilosamente y tan á tiempo, que nadie lo notaba.

Lo que prueba el profundo respeto que aquellos hombres tenian al patron.

Apesar de la familiaridad asombrosa con que este trataba á sus paisanos, no se le veia acercarse á un fogon, sin que todos, al momento, estuvieran de pié y con el sombrero en la mano.

El los obligaba á sentarse, pero no se les veia ponerse el sombrero hasta que el patron no se habia retirado un buen trecho.

No se guarda más respeto por su gefe, ni en el más subordinado de nuestros regimientos de línea.

Aquellas fiestas duraron ocho dias, durante los cuales no se hizo más trabajo que el de la recojida, mañana y tarde.

Solo una vez se paró rodeo, para que el Gobernador Lopez pudiera tener una idea de la cantidad de hacienda que habia en los Cerrillos.

Para fin de fiesta y como un agradable apéndice, Rosas habia preparado una orijinal diversion.

Era esta un simulacro de combate, entre los colorados y unos doscientos indios que tenia Rosas en sus peonadas, y otros tantos de los indios amigos que habian caido al rumor de la fiesta y al olor del arguardiente.

Lopez, que como habrán podido juzgarlo nuestros lectores, era un batallador incansable, quedó maravillado ante aquel magnífico simulacro.

Los indios hicieron proezas.

Sabian que la vida no peligraba y solo

se preocupaban en mostrar toda la destreza de que eran capaces.

Pero siempre se encontraban con los colorados, que ya en columnas, ya en batalla, ya en ala, ya escalonados, terminaban siempre obligándoles á dar la espalda y simulando una sableada en toda regla.

Para lucir Rosas todo el poder y la magnífica instruccion de su tropa, redujo el número de esta, poniendo para trescientos indios, cien colorados.

Y despues de hacer maniobras sorprendentes á toda carrera y mandados por el mismo Rosas, obligaron á los indios á dar la espalda, á pesar de todo su empeño por no ceder el campo.

La defensa del sable contra la lanza estaba tan bien estudiada y comprendida, que en este último simulacro, muy pocos soldados cayeron del caballo.

Y ya se sabe que al bote de una lanza, por leve que sea, no hay ginete que no caiga.

La misma conmocion nerviosa que se esperimenta al ser tocado, y la mayor ó menor velocidad con que vá el caballo, son fuerzas que sacan al ginete de sobre él, con toda limpieza.

Viéndose los indios vencidos de todas maneras, empezaron á perder la paciencia y á enardecerse poco á poco, al estremo de que algunos empezaron á echar mano de las bolas.

Rosas conoció en la cara de sus colorados que aquel simulacro podia degenerar en un combate verdadero, lo dió por terminado, consolando el amor propio de los indios con algunos jarros de aguardiente.

No ahorraba él aquel combate ventajoso para su gente, por ahorrar un espectáculo de sangre que habria gustado á Lopez, ni por impedir una ó más muertes que poco le suponian.

Es que aún le convenia estar bien con los indios y conservar el prestijio que sobre ellos habia vuelto á adquirir.

De otro modo, él mismo hubiera alentado á sus colorados para que, como quien no quiere lo cosa, hubieran hecho del simulacro una verdadera batalla.

Con esta diversion rarísima en aquellos tiempos en que se batallaba diariamente y estaban de más los simulacros, terminó aquella larga fiesta, que durante sus ocho dias y tres más que tomaron de reposo los paisanos, los hacendados estuvieron dados al diablo.

No tenian ni siquiera mujeres con que hacer la recojida, porque todo el paisanage se hallaba en la fiesta de los Cerrillos.

Para moralizar estas largas facultades, los capataces y patrones no tenian más que el pobre recurso de descontarles el jornal.

Si los despedian, que es lo más que puede hacerse en castigo de un jornalero, no les importaba absolutamente nada.

Iban á los Cerrillos donde se les daba trabajo inmediatamente, siempre que la causa de la despedida no fuera otra que la de haber estado de jarana en los Cerrillos, faltado al conchavo.

Así, no habia medio de tener seguros á los peones en las estancias, y los hacendados no tenian más remedio que conformarse.

Lopez anunció por fin que regresaba á Santa-Fé, plenamente agradecido á aquel recibimiento régio y á aquel trato escepcional.

Rosas hizo agregar al pangaré algunos otros caballos de sus tropillas, con lo que hubiera concluido de ganárselo si no lo tuviera bien ganado de mucho tiempo atrás.

La vuelta de Lopez á Santa-Fé, fué la de un general en gefe despues de obtener ruidosos triunfos.

Lo acompañaba el mismo Rosas y Maza que habia estado en los últimos dias de la fiesta.

Detrás de ellos marchaban las personas que Lopez habia llevado en su com-

pañía, y en seguida un regimiento de paisanos que parecia un ejército.

No quedó ni un paisano que no saliera á acompañar al patron y ayudarle á despedir á sus amigos.

Y marchaban quemando cohetes, corriendo carreras y echando uno que otro trago de caña.

Pero todo en un órden escepcional.

No se oyó una sola palabra que no estuviera sujeta al más estricto respeto.

Lopez se despidió de Rosas, encantado con la fiesta que se habia hecho en su honor, y asombrado del poder y riqueza de aquel hermoso caudillo.

—No olvidaré, le dijo, y cuando usted necesite el apoyo de mi provincia, sabrá usted cuanto lo estimamos yo y mis santafecinos.

Por que López trataba á estos como una propiedad indisputable.

—Lo mismo le digo yo, replicó Rosas, estrechándole ambas manos.

En los Cerrillos siempre habrá un rancho para el amigo y un par de mil hombres para el aliado.

Ya sabe usted que yo no tengo dos palabras.

Y tan entusiasmado se retiró, que en aquel momento hubiera sido capaz de deponerse él mismo, para entregar á Rosas el gobierno de Santa-Fé.

El caudillo porteño, el más temible y prestigioso que haya tenido nunca la provincia de Buenos Aires, se retiró á los Cerrillos á saborear su triunfo y á seguir en sus maquinaciones políticas.

Habia por otra parte que prestar una gran atencion á las fronteras, porque los indios solian dar sus avances de consideracion aunque á la lijera.

Ellos tenian muy buen cuidado de no hacer sus avances por los campos de su hermano Juan Manuel, ni perjudicar las haciendas de éste.

Pero las invasiones eran tan frecuentes, que el gobierno se resolvió á hacer una nueva salida.

Entonces la frontera alcanzaba hasta Rojas, á donde llegaban las avanzadas, del regimiento de Húsares, campado en el Salto. Este regimiento mandaba sus descubiertas hasta el arroyo del Pelado.

Los Blandengues en Lobos, cuidaban las Encadenadas, lagunas de Leoncho, Polvaderas y Mangrullos de Almada.

El gobierno formó entonces un pequeño ejército con el batallon de Cazadores y cuatro piezas de artillería, los regimientos, de Húsares y Blandengues y un fuerte piquete de caballería de campaña pedido á Rosas, el que se incorporó, á pesar de estar separado del servicio, con esta fuerza y unos doscientos de los indios amigos que habia en sus campos.

El gobernador, á la cabeza de esta tropa recorrió toda la línea de frontera y campó en el Tandil, donde hizo un fortin espléndido, bien artillado y guarnecido con una compañía de cazadores, un escuadron de milicias y los doscientos indios, guarnicion que dejó allí regresando á la ciudad.

Con esto creia dejar perfectamente asegurada la frontera,

Escusamos decir que entre aquellas milicias dejadas en el Tandil, no habia un solo hombre de los colorados.

Estos habian quedado en los Cerrillos, pues Rosas los tenia para las grandes ocasiones y no le gustaba, segun decia, hacerlos venir de espanta-pájaros, ni queria fatigarlos en campañas inútiles.

—Estos son paseos militares, decia; mis colorados no saben pasear.

Llevaré otros paisanos para que vayan aprendiendo á hacer la guerra.

Y la línea de frontera fué tomada por él como una especie de escuela militar para sus paisanos.

Fatigado de educar soldados, los mandaba á la línea por turno, como contingente, y así iba haciendo con poco trabajo soldados diestros y habituados á las penurias de la guerra.

Maza solia tentarlo con frecuencia,

mostrándole la falicidad que tenia para asaltar el poder.

Pero aunque esto era su punto objetivo, aunque á este resultado habia dedicado toda su inteligencia y esfuerzos, disimulaba lo que sentia respondiendo:

—Jamás por mi gusto seré Gobernador.

Demasiado en que romperme los cascos tengo en mi gobierno de los Cerrillos!

Veo que el mando es muy amargo para que yo lo ambicione.

Maza creia de buena fé estas palabras y veia con dolor rotas sus esperanzas.

Por que él habia estrechado su intimidad con el prestigioso caudillo, pues queria medrar á su sombra y siendo Rosas el Gobernador, se figuraba que él seria el verdadero gefe del poder por el ascendiente que sobre él habia sabido adquirir su profundo talento de intrigante.

Ah! si Maza hubiera podido leer entonces el fondo del corazon de Rosas!

Con cuanta precipitacion hubiera huido de los Cerrillos para no volver á ver en su vida á su terrible propietario!

LA GUERRA DEL BRASIL

NO está en nuestros propósitos hacer una historia política de aquella época, historia que seria pesada y poco interesante para la generalidad de los lectores de esta obra.

Estamos haciendo la historia de Rosas, y poco ó nada tenemos que decri de aquellos sucesos que á él no se refieran.

El que necesite consultar la historia política de aquellas épocas, irá á buscar la del general Mitre, pluma más autorizada que la nuestra, ó la de cualquiera de los otros, segun sus simpatías, que sobre ello han escrito.

Nosotros vamos á hacer la historia de Rosas y es á ella que se concreta nuestra atencion.

Sin embargo, nos vemos en la necesidad de escribir un par de capítulos sobre la guerra del Brasil y la batalla de Ituzaingó, pues en algo se refieren á Rosas estos acontecimientos trascendentales, poco conocidos aún.

La misma batalla de Ituzaingó es poco conocida en ciertos detalles interesantísimos, que esplican aquel triunfo brillante de un ejército mal atendido y pequeño, sobre un enemigo diez veces más numeroso y que contaba con cuerpos de primer órden, entre los que figuraban tres mil alemanes, flor de ejército.

Aunque desde su principio, tomaremos estos acontecimientos á grandes rasgos y lijeramente para no fatigar al lector.

El 9 de Mayo de 1824, estando el coronel Rosas en los Cerrillos, desarrollando sus grandes planes, se recibió del gobierno de Buenos Aires el general José Gregorio Las Heras, uno de los hombres más puros de aquella época desventurada y uno de los militares más esclarecidos con que contaba la patria argentina.

Las Heras tomó la administracion á su cargo, declarando que seguiria la senda marcada por su antecesor, senda luminosa de la que no se apartaria un momento.

El general Las Heras hizo todo género de empeños para que lo acompañara en este propósito el génio fecundo de Rivadavia, pero éste se negó y solo aceptó una mision á Europa que tan útil fué á su país.

El señor rey de Portugal y del Brasil, D. Juan VI, aprovechando nuestras divisiones y nuestras eternas guerras, se habia declarado dueño de Montevideo, incorporándolo á su reino de Portugal, bajo el nombre de Provincia Cisplatina, la que ocupó con un ejército de primer órden.

Las provincias argentinas, en sangrienta lucha unas con otras y todas ó su mayor parte contra Buenos Aires, eran in-

potentes para contrarestar la invasion portuguesa y batir el poderoso ejército que ocupaba Montevideo.

Devorado por el caudillaje, pobre y miserable, Montevideo aceptó aquella imposicion que lo libraba de las llagas que lo roian.

Su Cabildo y la mayor parte de sus hijos aplaudieron el hecho, sin darse cuenta tal vez de las consecuencias que más tarde podria engendrar.

El Gobierno Argentino tenia ocupados sus hombres y sus dineros en sus luchas internas y se limitó á aceptar aquella dominacion como provisoria y esperar tiempos ménos aciagos para reclamarla con las armas en la mano.

Las tropas brasileras formaron é impusieron un Congreso, de los partidarios de aquella rapiña, cuyo Congreso declaró solemnemente que la Provincia Oriental quedaba incorporada voluntariamente al reino de Portugal, cuya corte residia en Rio Janeiro.

Pero el famoso D. Juan VI, que así se apoderaba de una provincia, no se sospechaba el golpe que le iba á privar de la mitad de su reino.

Habiéndose ausentado á Europa dejó al frente de su reino á su hijo Pedro I, quien encontró el puesto de Emperador propietario mucho más cómodo y provechoso que el de rey interino.

Así es que aprovechando la ausencia de su señor padre, resolvió echarle como le echó la más famosa zancadilla que haya memoria en la historia de los gobiernos elejidos por sí mismos.

D. Pedro I, en 1822, declaró que el Brasil quedaba completamente separado del reino de Portugal, constituyendo un imperio de que él, Pedro I, era el gefe.

Esta declaracion la cumplió, agregando que la Provincia Cisplatina (Montevideo) quedaba formando parte del nuevo imperio que constituia.

D. Pedro mandó emisarios á todas partes, pidiendo se le reconociera como tal Pedro I Emperador del Brasil, lo que no le fué difícil obtener.

No sucedió lo mismo con el gobierno de D. Martin Rodriguez que declaró no reconoceria al flamante Emperador, miéntras este no se sirviera devolver á la Nacion Argentina la provincia usurpada.

El cuerpo de ejército que ocupaba á Montevideo se encontró dividido por este acontecimiento inesperado.

Se obedecian las órdenes del nuevo Emperador, ó se esperaban las del rey de Portugal?

El gefe principal declaró que aquello estaba bajo la dominacion portuguesa y que era á D. Juan VI á quien se debia obediencia.

Pero la mayoría de los gefes y tropa se pronunciaron por D. Pedro I, lo que hizo temer que entre aquel ejército se produjera un conflicto sangriento, conflicto que habria redundado en beneficio de la Nacion Argentina.

El general Lecor, baron de la Laguna, que comandaba más fuerzas, trató de imponer la autoridad de D. Pedro I al general D. Alvaro da Costa, que declaraba permaneceria leal á D. Juan, atrincherándose en la plaza de Montevideo por si Lecor hacia efectivas sus amenazas de reducirlo por la fuerza.

Más fuerte y decidido que su antiguo compañero el general Lecor, se le fué encima á D. Alvaro da Costa fijando así por medio de las armas la dominacion de D. Pedro I en el Estado Oriental.

Los patriotas orientales, emigrados en Buenos Aires, predicaban la guerra contra el Brasil, arrastrando la simpatía de este generoso pueblo.

Pero el Gobierno Argentino era impotente para llevarla y creia conseguir por medio de la diplomacia lo que tal vez no conseguiria por las armas.

El Brasil tenia además tendencias á las que no era posible permanecer indiferente.

Las tropas brasileras invadian con fre-

cuencia la provincia de Entre-Rios, y se veia clara la tendencia de apoderarse de esta nueva provincia, que podia ser muy bien el principio de una série de conquistas.

El general Mansilla, coronel entonces, y gobernador de Entre-Rios, era un obstáculo tremendo que se oponia á las miras conquistadoras del Brasil.

El general Mansilla, cuyo gran ascendiente sobre los demás gefes no se escapaba á Lecor y respetable además por sus dotes militares é intelectuales, venia á ser un terrible enemigo para el Brasil, en caso probable de una invasion argentina por el Uruguay.

—Es necesario destruir á Mansilla y sacarlo de Entre-Rios, pensó el general brasilero.

Y desde ese momento puso toda su atencion y esfuerzo para llegar á este fin.

Entre-Rios, en manos de hombres adictos á la ocupacion brasilera, seria un aliado tremendo, pues á más del rechazo de cualquier invasion, podria tener siempre en jaque al gobernador Lopez de Santa-Fé.

El general brasilero envió hábiles agentes á Entre-Rios, para que indujeran á algunos gefes á hacer una revolucion contra Mansilla, ofreciéndoles todo el dinero que necesitaran y el fuerte apoyo del coronel Bentos Manuel, que se hallaba en el Salto con un fuerte regimiento de caballería, de más de seiscientas plazas.

Lo que tal vez no hubiera hecho la fuerza lo hizo el dinero y dos comandantes, Pedro Espino y Eusebio Ereñu, se comprometieron á hacer un movimiento contra Mansilla, siempre que la caballería de Bentos Manuel los protejiera franca y decididamente.

Las tropas brasileras no podian entrar á territorio argentino, lo que importaria una declaracion de guerra tácita, pero se echó mano de un espediente por demás travieso é ingenioso.

La caballería de Bentos Manuel simularia una sublevacion, pudiendo de esta manera pasar á territorio entre-riano sin dar nada que sospechar, apoyando así en un caso dado, mezclada á los revolucionarios, el movimiento contra Mansilla.

Ereñu y Espino, con elementos que reunieron en Paysandú y en combinacion con un tal Pita, hombre de algun prestijio y el célebre Bentos, llevaron una invasion por el arroyo de la China.

El coronel Barrenchea, aunque tenia fuerza suficiente, esta no se hallaba en estado de contrarestar la brillante caballería de Bentos, y se retiró precipitadamente al Paraná, á poner en conocimiento del coronel Mansilla lo que sucedia.

Mansilla organizó, tan brevemente como le fué posible, una columna de seis á ochocientos hombres, con lo que creyó tenia bastante para batir á los revoltosos, por más apoyados que estuvieran en Bentos y sus famosos escuadrones.

Mansilla se puso en marcha con su pequeña columna, alcanzando al famoso Espino en Gená, yendo de retirada.

Al ver la pequeña columna con que Mansilla se les iba al humo, Espino hizo alto y tendió una línea, desplegando los brasileros en guerrilla, pues le prometian hacer prodigios de valor.

El coronel Mansilla, con su habitual bravura, arrolló las guerrillas y se fué al grueso de las fuerzas de Espino, las que acuchilló y persiguió tenazmente hasta la costa del Uruguay.

Los brasileros llevaron la peor parte, pues la gente que llevaba Mansilla, paisanos en su mayor parte, no les tuvieron ningun género de consideracion.

Cuchillo en mano los acometieron y les hicieron bajas en una proporcion de veinte y cinco por ciento.

El comandante Espino que habia salvado del combate á uñas de buen rocin, seguido de unos ochenta hombres, quiso pasar al Estado Oriental.

Pero sus amigos los brasileros no se

lo permitieron, temiendo que esto hiciera sospechar á Mansilla, á quien temian, que la sublevacion del regimiento brasilero no habia sido más que una treta.

El coronel Mansilla, despues de recorrer los departamentos de la costa oriental, volvió al Paraná, dejando la provincia completamente pacificada.

Los brasileros comprendieron que no era el momento oportuno de tentar un movimiento por aquel lado y se llamaron á silencio.

El Congreso, formado por diputaciones de todas las provincias, sancionó la union de todas ellas, encargando al general Las Heras del ejercicio del Poder Ejecutivo Nacional, miéntras se formaba la Constitucion que debia rejirlas más tarde.

El pueblo entre tanto seguia pidiendo la guerra de tal manera, que el Gobierno empezaba á quedar en un ridículo espantoso.

No es que Las Heras no comprendiera lo justo y necesario de aquella guerra. Pero veia las dificultades insuperables con que tendria que luchar por el estado precario del país, y la guerra en aquellos momentos no podia ser sinó un nuevo descalabro.

Los orientales emigrados como hemos dicho eran los más empeñados en que la guerra se llevara adelante, ayudados por la mayoria de los hijos de Buenos Aires, y aún de toda la Nacion.

Miéntras Las Heras seguia haciéndose el sordo y buscando una salida á aquella situacion desesperante, se produjo el hecho gigantesco y grandioso que dió principio á la emancipacion del Estado Oriental.

El dia 11 de Abril de 1825, dia memorable y glorioso para la historia de nuestra hermana Montevideo, treinta y tres héroes guiados por el legendario Lavalleja, se embarcaron en la costa de Buenos Aires, llevando algunas armas y pertrechos juntados entre varios amigos de la guerra contra el Brasil.

A dónde iba aquel puñado de hombres valientes y arrojados, en cuyas fisonomias se podia ver el brillo de una chispa divina?

Iban á libertar la patria que gemia bajo la planta brasilera!

Eran solamente treinta y tres hombres, cuyos nombres guarda la historia como otras tantas reliquias, pero treinta y tres hombres en cuyos corazones ardia el sagrado amor á la patria y en cuyo espíritu iba una resolucion tan temeraria y grande como sagrada.

Diez dias despues estos treinta y tres héroes desembarcaban en el suelo pátrio, y acto contínuo se ocupaban en reunir la gente necesaria para abrir sus operaciones.

En Buenos Aires creian que aquella empresa era descabellada, por que era imposible llevarla á cabo con elementos tan insignificantes.

El ejército que ocupaba Montevideo era fuerte, con buena artillería y gefes de primer órden.

Se podia esperar algo de un enemigo que se ponia en campaña con treinta y tres hombres y unas cuantas docenas de fusiles y sables?

Pues á pesar de todo esto, se puede decir que bien pronto aquel puñado de hombres atrajo sobre sí la mirada de toda la América.

Apénas hubieron reunido doscientos hombres, que armaron malamente, pues las circunstancias no permitian otra cosa, se pusieron en movimiento y abrieron campaña contra el Brasil.

El general Rivera, seducido por aquel rasgo heróico y algunas cartas de Lavalleja, se les unió con un regimiento que mandaba y las operaciones fueron entonces más sérias y más rápidas, por que en la rapidez estaba el éxito de aquella campaña.

En ocho ó diez dias más aquellos hombres denodados recorrieron gran parte de la campaña llamando á las armas á sus

compatriotas que acudieron presurosos á ponerse al servicio de la patria.

Así reunieron quinientos hombres primero y mil despues, con lo que ya pudieron asegurar que tenian ejército, aunque bisoño y mal armado.

Para estos patriotas abnegados y llenos de fé, no hubo ya dificultad que no se atrevieran á vencer.

Es sabido que los orientales es una de las razas más valientes de toda la América, y más habituada á dirimir todas sus cuestiones por medio de las armas.

Si se une á esta condicion de raza el entusiasmo que producia en ellos la causa de aquella guerra, se comprenderá que aunque pequeño, aquel ejército era temible.

El soldado brasilero es un modelo de sufrimiento para el fuego.

Es capaz un cuerpo de ejército brasilero de sufrir el más terrible fuego de fusileria, á pié firme, hasta que caiga el último oficial y el último soldado.

Pero en los combates al arma blanca, el soldado brasilero no tiene brios ni entusiasmo.

Y precisamente en el arma blanca, sobre todo á cuchillo, cuando el sable incomoda, es donde descollaba la gente de Lavalleja.

Ya esto era una ventaja que demostraron nuestros vecinos y hermanos, en sus primeros encuentros.

El Rincon de las Gallinas, Coquimbo y Sarandí, fueron las primeras victorias que coronaron los inmensos sacrificios de aquellos hombres.

Y siempre adelante y adelante, fueron engrosando sus filas y de triunfo en triunfo hasta reducir á los brasileros á una posicion bastante crítica y apurada.

En tres ó cuatro meses de combates diarios, aquellos denodados patriotas pusieron al enemigo, despues de acuchillarlo en toda la campaña, en la necesidad de atrincherarse en las plazas de Montevideo y la Colonia.

Todos estos triunfos entusiasmaban á la poblacion de Buenos Aires, que pedia la guerra con un ardor indescriptible.

Pero el Gobierno no la juzgaba prudente todavia.

Y aunque por la prensa y en todos los círculos se levantaba contra su actitud prescindente una grita inmensa, juzgaba que era prudente esperar más todavia, para reunir todos los elementos bélicos que le fueran posible á fin de hacer una guerra que no fuera un ridículo fiasco.

La cosa llegó al punto de formarse en Buenos Aires un partido de la guerra.

La comision directiva de este partido, que llegó á ser poderoso, empezó con gran actividad una série de trabajos tendentes á provocar la guerra, de manera que el Gobierno no pudiera eludirla.

Se compraban armas y pertrechos de guerra que eran enviados á Montevideo, para el sostén del valeroso ejército, armaban corsarios que hostilizaban en el mar de todos modos á los bajeles brasileros, y hacian manifestaciones públicas contra el imperio del Brasil, de cuyas manifestaciones é injurias reclamó ante el Gobierno el agente político de aquella corte, que residia en Buenos Aires.

Pero el Gobierno tuvo que hacerse el sordo ante aquellas reclamaciones, como se hacia ante el pedido de la guerra.

Entonces el partido de la guerra, viendo que su actitud comprometedora de nada servia se lanzó á pasos más decididos.

Una mañana fué arrancado el escudo del Brasil que estaba á la puerta del enviado político del nuevo imperio.

Y aquel escudo despues de ser pateado é insultado por el populacho, fué arrastrado por las calles de la ciudad y degradado de la manera más vergonzosa.

Para calmar el estado de efervescencia á que habia llegado el pueblo, y levantar en todo lo posible el desprestigio en que habia caido el Gobierno, este pidió y obtuvo del Congreso, una autorizacion para

formar un cuerpo de ejército en Entre-Rios, con contingentes que se pedirian á las demás provincias tan partidarias de la guerra como la misma Buenos Aires.

Los revolucionarios de Montevideo, cuyos esfuerzos habian sido coronados con tantas victorias, pudieron al fin organizar un Gobierno y un congreso, que declaró á la provincia de Montevideo una provincia argentina, como que formaba parte de las Provincias Unidas del Rio de la Plata.

Comunicada esta resolucion á nuestro Congreso, este no solo la aceptó sinó que incorporó diputados orientales á su seno y encargó al Poder Ejecutivo proveyese inmediatamente y como pudiera á la Próvincia Oriental, que volvia á formar parte integrante de la Nacion Argentina.

Y como complemento á todas estas disposiciones hostiles al Brasil, se nombraron generales á los heróicos coroneles Lavalleja y Rivera, que habia de merecer más tarde el título de pardejon, con que lo obsequió Rosas, su amigo.

El Gobierno de Las Heras tuvo que ceder así paso á paso, decidiendo aceptar la actitud á que tan violentamente se le empujaba.

Pero el Brasil se le anticipó, y sabiendo los insultos que se habian hecho á sus escudos en las calles de Buenos Aires y la incorporacion de Montevideo, se apresuró á declarar la guerra.

El 10 de Diciembre, el Gobierno brasilero mandó publicar por medio de bandos y hojas sueltas, su célebre declaracion de guerra, cuyo testo que encontramos en la obra del doctor Bilbao, decia así:

«Habiendo el Gobierno de las provincias Unidas del Rio de la Plata practicado actos de hostilidad contra este Imperio, sin provocacion y sin preceder declaracion espresa de guerra, prescindiendo de las formas recibidas entre las naciones civilizadas, conviene á la dignidad de la Nacion Brasilera y al órden que debe ocupar entre las potencias; que yo, habiendo oido mi consejo de Estado, declare, como declaro la guerra á las dichas Provincias y su Gobierno.

«Por tanto, ordeno que por mar y tierra se les hagan todas las hostilidades posibles, autorizando el corso y el armamento que quieran emprender mis súbditos contra aquella Nacion; declarando que todas las tomas y presas, cualquiera que sea su calidad, pertenecerán á los aprehensores sin deduccion alguna en beneficio del Erario público.

«Así lo tenga entendido el supremo Consejo Militar, y lo haga publicar, remitiendo esto por cópia á las estaciones competentes y fijándolo por edictos.

«Palacio de Rio Janeiro, 10 de Diciembre de 1825, 4.° de la Independencia y del Imperio. Con la firma de S. M. Imperial—Vicente de Santo Amaro.»

Esta proclama cayó en Buenos Aires, y el resto de la Nacion Argentina, como la noticia de una gran victoria.

Todo eran música, festejos y luminarias.

El pueblo recibia la noticia de la guerra con un júbilo estraordinario, solo comparable al regocijo con que cuarenta años despues se aceptaba la guerra contra el Paraguay.

Si dos individuos se encontraban en la calle, lo primero que hacian era estrecharse la mano y felicitarse por la guerra sangrienta que se preparaba.

A ninguno escapaba que la guerra iba á ser sangrienta y larga.

Todos conocian la situacion del país y los pocos elementos con que el Gobierno contaba para hacer frente al poderoso enemigo.

Pero la confianza más santa se anidaba en todos los corazones, al estremo de que, ántes que el Gobierno hiciera su llamado á las armas, los ciudadanos llenaban ya los cuarteles de la ciudad.

En seguida de la declaracion de guerra, el Brasil habia mandado bloquear el puer-

to de Buenos Aires por una flota inmensa de más de ochenta navios, entre los que se contaban treinta naves de guerra de gran poder, ocupando préviamente la isla de Martin Garcia.

No habia un minuto que perder sin esponerse á un desastre terrible.

El Gobierno nombró al general don Martin Rodriguez para la formacion del ejército de tierra, que debia marchar inmediatamente al Uruguay, y ocupó al coronel don Guillermo Brown al mando de la única flotilla que se pudo formar, compuesta de una corbeta, *25 de Mayo*, cuatro bergantines, el *Balcarce*, *Belgrano*, *Congreso y República*, de la goleta *Sarandí* y tres lanchas improvisadas cañoneras.

Esta fué la base de aquella escuadra, remontada hasta el número de 17 embarcaciones, con que el almirante Brown debia asombrar á la América.

Empezaban, pues, los momentos de prueba para la heróica Nacion Argentina.

El general Rodriguez empezó á formar el ejército en el arroyo del Molino, (provincia de Entre-Rios) con un plantel compuesto de dos compañias de cazadores que formaron el batallon 2, mandado por el mayor Ravelo, 2 compañias de artilleria, regimiento 1.º coronel Brandzen, 5.º batallon, comandante Catoli, que despues mandó don Félix Olazabal, escuadron coraceros, coronel Medina, y el Estado Mayor, siendo ayudante y secretario el hoy general don Gerónimo Espejo, entonces sargento mayor.

Este ejército, lleno de entusiasmo y decision, marchó atravesando Montiel hasta el Palmar, pasó el rio é hizo campamento general en San José del Uruguay.

El batallon 2 salteño, y los contingentes que á las órdenes del general Paz enviaban las provincias, se situaron en San Nicolás, donde se incorporaron un buen número de gefes y oficiales y donde debia formarse el bizarro y glorioso regimiento 2.

Todas estas fuerzas marcharon al Paraná, buscando la incorporacion del general Rodriguez, á cuyo ejército debian ingresar.

A los tres dias de estar esta fuerza en el Paraná, estalló una revolucion que encabezaba Solá contra el gobernador Zapata, revolucion que fué sofocada con facilidad.

Pocas noches despues, el contingente puntano, formado por unos ochocientos hombres, todos armados de garrote de algarrobo, se sublevó pretendiendo regresar á sus pagos.

Este motin, que en el primer momento habia asumido grandes proporciones, fué sofocado con algunas pérdidas por parte de los puntanos que tenian que pelear á garrote límpio, fusilándose sobre tablas á los individuos que lo habian encabezado.

Estas fuerzas se incorporaron al ejército, donde ya se hallaba el regimiento 3 á las órdenes del coronel Escalada y el 4 mandado por el intrépido Juan Lavalle, coronel entonces.

Sabiendo Rodriguez que en el arroyo del Catalan se hallaban las fuerzas mandadas por Bentos Manuel y Bentos Gonzalez, destacó al general Rivera, que se habia puesto á sus órdenes, con el encargo de batirlos y destrozarlos.

Despues de una rápida y penosa marcha de ocho dias, en que los soldados no pudieron ni encender fuego para no descubrirse se avistó el campamento, que mandó reconocer Rivera, miéntras se preparaban á atacarlo.

Pero el desencanto fué grande.

Los brasileros habian abandonado aquel campamento, donde solo se hallaban unas cuantas mujeres que no habian tenido tiempo para huir.

Los dos regimientos, 3 y 4, regresaron al ejército, que marchó al Durazno, donde se habia retirado Rivera con una pequeña fuerza, presentándose al gobierno que

lo envió á Misiones, donde formó un ejército de dos mil hombres.

.Campado el ejército en la costa del Yí, sobre el paso del Durazno, entonces se ordenó al coronel Paz que con su regimiento y los dragones orientales mandados por el comandante Oribe, marchase á la Sierra de Camacuá, para batir á los mismos Bentos Manuel y Gonzalez, allí campados.

Este fué el primer desastre y la primer vergüenza que afligió al ejército.

Un comandante Berdun, que mandaba el escuadron del Cerro-Largo y que era el vaqueano de la columna, se puso en comunicacion con el enemigo, haciendo sorprender y despedazar á una avanzada del regimiento 2, pasándose en seguida al enemigo.

Regresó Paz despues de este contraste al Arroyo Grande, donde se hallaba el ejército mandado en gefe por el general Alvear.

Allí habian empezado á hacerse algunas reformas de gran importancia con el contingente del general Soler y el general Mansilla que quedó en las Vacas, para recibir los cuerpos que fueran de Buenos Aires y mandarlos al ejército.

Estos cuerpos fueron el regimiento de artilleria de Iriarte y los batallones 1.° y 4.° de cívicos de Buenos Aires.

Los regimientos 17, 13 y 16 que mandaba Olavarria y Suarez, el de las Conchas, escuadron granaderos y la escolta del general Comandante.

Esta fuerza con el general Mansilla á la cabeza, siguió su marcha de incorporacion al ejército.

En su tránsito se le plegaron numerosas fuerzas orientales, entre ellas el general Lavalleja, con más de dos mil quinientos hombres, que formaron la columna de vanguardia.

Con este número ya respetable, los gefes del ejército camparon, tratando de organizarlo y disciplinarlo lo más rápidamente que les fuera posible.

Al Gobierno del general Las Heras habia sucedido el fecundo Gobierno de Rivadavia, que se dedicó en cuerpo y alma á la guerra contra el Brasil, y que fué el que nombró á Alvear para que acelerara las operaciones.

Los resultados que durante todo ese tiempo se habian obtenido en el mar, fueron mucho más brillantes y provechosos.

El coronel Brown, despiegando una actividad fabulosa y un valor legendario, empezó á atacar las naves brasileras, obligándolas siempre á retroceder, despues de combates terribles y encarnizados.

En unos pocos meses habia hecho levantar el bloqueo, habia recuperado la isla de Martin García, destruyendo veinte de las mejores naves brasileras y tomando otras tantas embarcaciones ménos importantes, con las que engrosó su pequeña pero heróica escuadrilla.

Los brasileros, batidos y aniquilados por Brown, abandonaron sus empeños de bloqueo y fueron retirándose poco á poco.

LA BATALLA DE ITUZAINGÓ

SIEMPRE será la batalla de Ituzaingó una de las más grandes glorias del ejército argentino.

Al general Alvear podrán hacérsele todos los cargos que se quieran sobre hechos que no es del caso ocuparse ni nos incumbe aclarar.

Pero como vencedor de Ituzaingó, nadie podrá disipar la nube de gloria que envuelve su memoria respetable y augusta.

La batalla de Ituzaingó tiene muchos puntos de contacto con la batalla de Waterloo.

Así como Napoleon I obligó á Welington á venir á batirse á Waterloo, Alvear obligó al ejército brasilero á batirse en las lomas de Ituzaingó, terreno que

habia estudiado y donde habia elejido ya las posiciones que debia tomar.

Las cargas escalonadas de la caballeria argentina, son semejantes á las mismas dadas por la legendaria guardia imperial, tanto por su brillo y bravura, como por los grandes resultados que ellas dieron.

Solo el final de estas dos grandes acciones fué diferente, pues las armas de Alvear quedaron ocupando el campo de batalla, festejando la más espléndida de las victorias.

La misma retirada de Ituzaingó por el ejército brasilero, en medio de las sombras de la noche donde no se veia más que el lampo de los sables que daban la muerte sin descanso, tiene algo análogo con la retirada de Napoleon en Waterloo, aquella retirada fatal y maldecida, que arrancó en una noche á la Francia la leyenda heróica con que la dotara el génio incomparable del gran Napoleon.

Vamos á dar una idea de aquel hecho de armas espléndido, con datos que recojemos de boca de los mismos que tuvieron el honor de formar parte del ejército victorioso.

Empezemos por los combates parciales que prepararon aquella gran jornada.

Organizado el ejército de Alvear y fuerte de más de seis mil hombres, tomó la ofensiva, y marchó al encuentro del fuerte ejército de 12,000 hombres que mandaba el marqués, que debia incorporarse á una fuerte division de Barbacena, mandada por el general Braün.

Así Alvear se propuso batirlos en detalle y destruir aquellos dos cuerpos de ejército, los más importantes con que contaba el imperio.

Barbacena tenia á su lado al célebre Bentos Manuel y á un general Lúcas Teodoro, famoso guerrillero, habilísimo en la guerra de recursos y gefe que gozaba de un gran prestijio en el ejército.

Comprendiendo tal vez el hábil plan de Alvear, Barbacena trató de buscar la incorporacion de Braün, aún á costa de un combate que creia fácil, vista su gran superioridad en el número y calidad de sus tropas, entre las que se contaba una division de infanteria de tres mil alemanes elejidos entre los mejores cuerpos de aquel ejército.

Estando campado en Tacuarembó el ejército republicano, el enemigo prendió fuego al campo, operacion diabólica que llevó á cabo el guerrillero Lúcas Teodoro, lo que casi ocasionó la pérdida total del ejército.

El general Alvear hizo levantar el campamento con gran actividad, metiendo inmediatamente el parque en el arroyo para impedir de esta manera que volara.

Parte del ejército se dedicó á apagar el incendio, en lo que se inutilizaron casi todas las monturas.

El ejército siguió su marcha en busca de los brasileros que se habian refujiado en las Sierras de Camacuá, haciendo imposible todo ataque.

Alvear viendo que todo ataque seria desventajoso para él, empezó á simular una falsa retirada que engañó al enemigo hasta el punto de abandonar aquella posicion y ponerse en su seguimiento.

En los primeros dias de Febrero el ejército imperial campó en San Gabriel.

Pocos dias despues, el coronel Lavalle, que marchaba con una division á vanguardia, cubriendo la marcha del flanco que hacia el ejército, descubrió una division brasilera como de seiscientos hombres, mandada por Bentos Gonzalez y el guerrillero Lúcas Teodoro.

El coronel Lavalle batió por completo esta fuerza, acuchillándola hasta dispersarla.

Despues de este triunfo que llenó de entusiasmo al ejército, batida bizarramente en el Ombú otra division brasilera, mandada por Bentos Manuel, quien se vió obligado á pasar el Ibicuí, en completa derrota.

Aquello fué una série de triunfos que,

aunque pequeños, servian para alentar á nuestras tropas y dar al enemigo una idea de la clase de hombres con que iba á combatir.

El coronel Lavalle con ese raro brio que acentuaba su carácter, batia pocos dias despues otra division brasilera, en las márgenes del Bacacay, y se tomaba por asalto el pueblo de Valles.

El general Alvear marchó entonces sobre San Gabriel, tratando de empujar á Barbacena hácia Ituzaingó, terreno que habia elejido para la gran batalla.

El ejército brasilero como si quisiera ayudar los planes de Alvear, salió de San Gabriel y fué á campar en las lomas de Ituzaingó, el 19 de Febrero.

Pocas horas despues y cuando ya el enemigo dominaba las alturas, el ejército republicano pasaba tranquilamente el arroyo de Santa María.

Pero era preciso desalojar á Barbacena de sus altas posiciones.

A este resultado puso Alvear todos los recursos de su indisputable génio militar.

A la caida de la tarde y á la vista del ejército brasilero, Alvear hizo que Lavalle repasara el arroyo con sus coraceros, simulando una retirada.

Y él mismo se puso en marcha al principio de la noche, como si quisiera seguir el mismo movimiento de retirada.

Calculaba que el enemigo, engañado por este movimiento, se pondria en su persecucion, abandonando así sus primeras posiciones.

Cuando la noche hubo cerrado completamente, el general Alvear contramarchó silenciosamente, recostándose un poco á la derecha, calculando encontrar al enemigo en el terreno desventajoso que le habia elegido.

Todo salió exactamente como Alvear lo habia previsto.

El ejército brasilero abandonó las alturas y se puso en marcha, engañado con la falsa retirada, calculando haber pasado el arroyo á la mañana siguiente, ó batir á Alvear si este no habia concluido de pasarlo, en posicion sumamente ventajosa.

Alvear habia hecho abandonar á su tropa en la costa del arroyo el convoy y todo el equipo para alivianarla en lo posible, pues para él era indudable que la batalla tendria lugar en la madrugada siguiente.

En la madrugada del 20, el general Alvear sorprendió al ejército brasilero cuando éste ménos lo esperaba, teniendo apénas el tiempo necesario para tender su línea.

El enemigo formó su línea de batalla, teniendo en el centro sus artillerias apoyadas por la infanteria alemana.

Su izquierda y su derecha estaba apoyada en numerosas fuerzas de caballeria.

Solamente en infanteria el enemigo tenia más de seis mil hombres, miéntras el ejército republicano solo contaba con unos mil quinientos.

Era tal la confianza que el enemigo tenia en el triunfo, que formó sus numerosas reservas como quien cumple una obligacion inútil, y se puso á contemplar con todo descanso, aún con desprecio, como el general Alvear tendia su línea entusiasta.

Miéntras Alvear cuidaba personalmente la colocacion de los diversos cuerpos, se sentia la gran algazara del ejército brasilero, que creia pasar unas horas de entretenimiento.

Tal era la gran superioridad del ejército Imperial.

La línea del general estaba formada del modo siguiente:

Cuatro baterias movibles de cuatro piezas cada una.

Estas cuatro baterias estaban mandadas por el mayor Arengre y capitanes Nazar, Chenau y Chilabert, baterias servidas por cincuenta soldados cada una.

El resto de la artilleria, con los capita-

nes Pirán y Borges, estaba mandada por el coronel Iriarte, cuyas baterias eran protejidas por su derecha, por los batallones 5.° y 3.° á las órdenes de los coroneles Olazabal y Garzon, y por la izquierda por los batallones 1.° y 2.° mandados por los coroneles Correa y Videla.

Toda la caballeria se formó en batalla, escalonada por regimientos y protejida por la artillería y la infantería que quedaba.

Estando el ejército en este órden, el intrépido Alvear recorrió la línea alentando á los soldados con su palabra entusiasta y saludando á los gefes amistosamente.

Inmediatamente principió la batalla con los disparos de las baterias movibles.

Cada uno de sus comandantes se disputaba sonriendo la gloria de sus mejores y más certeros tiros.

Pero este honor lo llevó desde el primer disparo el capitan Nazar, cuyos tiros hacian en el enemigo estragos terribles.

Era incomparable la tranquilidad con que aquel bravo oficial hizo sus punterias durante toda batalla, lo que le valió el grado de sargento mayor, antes del ascenso general que se dió al ejército.

Despues de un nutrido y bien dirijido fuego de artilleria, empezó á moverse la caballeria.

La division oriental tuvo el honor de la primera carga, que fué brillante aunque poco afortunada.

Los regimientos orientales se encontraron con la fuerte division de Bentos Manuel, dos veces más numerosa y mejor montada.

Despues de dos ó tres minutos de combate á sable, los orientales fueron rechazados y obligados á retroceder hasta el primer escalon.

Allí se rehicieron con un denuedo incalculable y volvieron á cargar apoyados por el regimiento 16 del bizarro y hermoso coronel Olavarria.

Tocó su turno de retroceder al denodado Bentos Manuel, pero de una manera tan desgraciada, que fué arrollado encarnizadamente hasta las mismas piezas brasileras que barrian nuestras filas con sus metrallas, á quema ropa.

El fuego se hizo general en toda la línea haciéndose notable desde el principio la disciplina y manejo de la tropa alemana, y el denuedo de la division del guerrillero Lúcas Teodoro.

Se habia combatido por espacio de una hora y los dos ejércitos se mantenian firmes é inamovibles en sus posiciones.

La escasa infanteria argentina no podia hacer competencia á aquella brillante infanteria alemana, cuyos fuegos cruzados eran terribles.

El general Alvear, viendo que era preciso dar un golpe sério á la infanteria alemana, fué él mismo adonde estaba el coronel Brandzen, y le ordenó cargara con su regimiento á un cuadro de infanteria que se hallaba al frente.

Brandzen cargó, escalonando su regimiento, con un entusiasmo heróico.

El iba á estrellarse contra un cuadro de dos mil infantes, no escapando á su penetracion que era casi imposible romperlo.

A más de la mitad del camino Brandzen se encontró con un arroyo seco, que era imposible pasar en el momento.

Al pararse ante aquel obstáculo, el enemigo rompió sobre el regimiento un terrible fuego de fusileria, que sembró entre sus filas la muerte y el espanto.

Un grito terrible dominó por un momento el fragor del combate.

Acababan de rodar muertos, al frente del primer escalon, el coronel Brandzen, su ayudante Lavalle, hermano del coronel, y el capitan Marcó.

El regimiento se aterró, se hizo un ovillo bajo aquella lluvia de balas y dió vuelta caras en medio del mayor desórden.

Habia perdido 34 soldados.

Pero aquellos valientes, bajo el terrible fuego enemigo, se rehicieron á la voz

del comandante Vega que tomó inmediatamente el mando.

Toda nuestra izquierda se movió entonces, llegando al arroyo, sembrado ya de cadáveres, el coronel Paz al frente del regimiento 2, ávido de entrar en combate.

Dos escalones venian en seguida, los coraceros de Lavalle y el regimiento 9, del coronel Oribe.

El fragor del combate era imponderable, no escuchándose más voz que la de ¡cierren los claros! ¡cierren los claros!

En aquel momento los fuegos de la artilleria enemiga converjieron sobre aquella gran masa de caballeria, causando numerosas bajas.

Una bala de cañon dió muerte al comandante Besares, llevándole la cabeza, miéntras algunos oficiales caian tambien dando entusiastas vivas á la patria.

El coronel Paz envió entonces al teniente Paunero á pedir autorizacion al general Alvear para cargar al enemigo, que apoyaba sus terribles cuadros en la espléndida caballeria del guerrillero Lúcas Teodoro.

La victoria empezó entonces á sonreir al ejército argentino.

El teniente Paunero regresó con la órden de cargar, y aquellos escalones que habian sufrido un fuego imponderable, se lanzaron á la carga, siendo el primer escalon el regimiento 2, á las órdenes del coronel Paz.

El 2 dió una brillante carga sobre Lúcas Teodoro, y regresó á ocupar sus posiciones, con la pérdida de cuatro de sus mejores oficiales y 50 individuos de tropa.

Los escalones siguieron la carga sucesiva con mayor facilidad, pues el arroyo estaba entonces lleno de cadáveres y heridos, sobre los cuales pasaban aquellos heróicos soldados.

Ni las caballerias de Lúcas Teodoro, ni los cuadros de infantería alemana, pudieron resistir el empuje y violencia de aquella carga sucesiva.

La division de Lúcas Teodoro fué vencida y acuchillada hasta los cuadros de infantería que fueron rotos y despedazados.

La derecha enemiga quedaba vencida y completamente despedazada.

Recien entonces el general Barbacena comprendió cuán equivocado estuvo al anticiparse al resultado de la batalla.

Un episodio conmovedor habia tenido lugar al ser cargada la division del guerrillero Lúcas Teodoro.

El regimiento 9 de orientales, al mando del coronel Oribe, fué doblado y obligado á presentar la espalda.

Inútiles fueron los esfuerzos de aquel gefe heróico para contener sus soldados.

El 9 huia en dispersion, buscando para cubrirse, la espalda de los escalones que venian detrás.

Desesperado Oribe de contenerlos, y anonadado por la vergüenza en que lo sumia su tropa, echó pié á tierra, y arrojando al suelo su kepí, se arrancó las charrateras y empezó á patearlas de una manera frenética, miéntras gritaba:

—Cobardes! esto es lo que ustedes merecen!

Aquello fué como un golpe eléctrico para la tropa que huia provocando aquella accion.

En el acto todas las compañias rodearon al coronel Oribe, formando denodadamente bajo un fuego terrible.

Oribe saltó entonces á caballo, empuñando sus dos charreteras como una espada, organizó su escalon y cargó con un brillo que arrancó un grito de admiracion al mismo general Alvear, presente en lo más récio del combate.

Oribe se estrelló entonces contra una bateria de dos piezas y la arrolló como todo lo que se opuso á su paso.

Miéntras la izquierda enemiga era vencida y anonadada, la derecha sufria tambien un golpe de muerte.

El coronel Lavalle al frente de sus coraceros y el coronel Videla, á la cabeza de su regimiento, cargaron por órden de

Alvear, del intrépido Alvear, á la division de Bentos Gonzalez, division fuerte y en la que estaba apoyada la izquierda.

Esta division sufrió el choque con un denuedo que honrará siempre á las tropas brasileras.

Pero poco despues de chocar tuvo que ceder el campo y dar la espalda, pues el vigor de aquella carga formidable era irresistible.

Bentos Gonzalez fué sableado sin compasion hasta la retaguardia de la línea brasilera.

Allí Lavalle, con sus coraceros legendarios, tomó el parque brasilero y algunas piezas de artillería que eran defendidas con terrible encarnizamienio.

El coronel Olavarria con su lucido regimiento núm. 16 y el general Lavalleja con las fuerzas de su mando, habian hecho prodigios de valor.

Pocas debian ser las esperanzas del ejército brasilero, y sin embargo, defendia las pocas posiciones que conservaba, con una intrepidez digna de mejor suerte.

Pero el resultado fatal no tenia remedio.

Acababa de morir como mueren los leones, el distinguido general Abreu y poco quedaba que hacer, no para ganar la batalla, pero sí, para hacer la retirada ménos desastrosa.

El general Barbacena ordenó la retirada, no en cuadro, por que las infanterías que quedaban en pié estaban aterradas ante el fuego de artillería que seguia haciéndoseles, pero si de frente y tratando de conservar el mayor órden posible.

Todas las caballerias rodearon entonces al ejército vencido y empezó una persecucion y carnicería indescriptibles, dándose cuartel solo al que se rendia.

El ejército brasilero dejó en el campo de batalla dos banderas, diez piezas de artillería, todo el parque, gran cantidad de víveres secos y como mil trescientos cadáveres.

Los heridos que se recojieron fueron muy pocos á consecuencia de un suceso terrible.

Siendo el campo de batalla una cañada donde habia un gran pajonal, este se prendió fuego con los tacos de los cañones, teniendo lugar el último acto de aquella gran batalla, sobre un campo incendiado.

Así es que la mayor parte de los heridos murieron quemados.

Los brasileros dejaron en manos del ejército republicano, de ochocientos á mil prisioneros.

Se hubiera podido hacer más, pero en la persecucion era imposible cuidar á tantos y los gefes habian dado la órden de que todos los dispersos del enemigo que se tomaran, fueran desarmados solamente, dejándoseles en libertad.

La pérdida del ejército republicano, entre muertos y heridos, gefes y oficiales ascendió á un total de ochocientos y pico, cifra enorme si se quiere, vista la pequeñez relativa, en el número de su tropa.

Los muertos fueron quemados sobre el campo de batalla y los heridos conducidos al pueblo de Valles, donde se les atendió de la mejor manera que fué posible.

La persecucion duró dos dias y dos noches consecutivas.

Una persecucion tenaz y terrible.

Por fin aquel ejército tan soberbio y altivo dos dias ántes, despedazado, estenuado por el hambre y el cansancio, reducido á un número miserable, ganó las Sierras de Camacuá, donde cesó la persecucion, pues era tambien necesario dar descanso á los vencedores.

En lo más récio del combate el coronel Lavalle sufrió dos golpes que hubieran hecho vacilar el carácter mejor templado y que él supo sobrellevar con un valor moral á toda prueba.

Cuando supo que su compañero y amigo el coronel Brandzen habia muerto, se vió pasar un vértigo por sus ojos nobles.

Se acercó al cadáver de su amigo, y lo estrechó entre sus brazos; desprendió del pecho de aquel guerrero las medallas que lo honraban y á las que él honraba á su vez, las que guardó con religioso respeto.

Cuando dijeron que su hermano el ayudante Lavalle habia caido tambien, se le vió cerrar los ojos como si quisiera ocultar las lágrimas que lo ahogaban, cerró las espuelas á su caballo, y se le vió disparar sobre el campo de batalla como un demente, por espacio de dos minutos.

Pero despues llegaba á la cabeza de sus coraceros, pálido y conmovido, pero más fiero y altivo que nunca.

Otro incidente digno de mencion, fué el del coronel Olazabal, que, estando el batallon 5° de su mando, peleando en guerrilla, hizo calentar agua con su asistente y se puso á tomar mate, con la misma tranquilidad que lo hubiera hecho en el patio de su cuartel, al mismo tiempo que mandaba y observaba los movimientos de sus guerrillas.

Esta fué la memorable batalla de Ituzaingó, en la que se combatió durante seis horas sin trégua ni descanso.

Antes de pasar adelante, descubrámosnos un momento ante aquellas sombras augustas.

EL CASO

QUÉ era entre tanto de don Juan Manuel Rosas?

Por qué no contribuia á la sangrienta guerra que sostenia su patria contra el Imperio del Brasil?

Por qué no se habia visto brillar en los campos de Ituzaingó el sable del 5° regimiento, vencedor en Pavon y en las calles de Buenos Aires?

Cómo podia esplicarse la ausencia del gran caudillo del Sur, en el teatro donde los jefes más insignificantes se disputaban el honor de morir por la patria?

Es que el sombrio caudillo empezaba á mostrar la hilaza de la profunda ambicion que le dominaba.

—Contribuyendo á la guerra del Brasil con mis elementos, pensaba, contribuyo á afianzar el prestigio del gobierno y la gloria de los jefes que en esa campaña se han de levantar.

Y como á su penetracion no escapaba que su papel tenia que ser muy secundario al lado de hombres como Lavalle y Soler en el ejército y Rivadavia y Las Heras en el gobierno, aquellos y otros más, harian sombra á su prestigio y destruirian por consiguiente todos sus planes de ambicion.

Si se encerraba en los Cerrillos sin prestar la menor cooperacion á la guerra, se mantenia á la espectativa, con sus elementos ilesos.

El ejército que operaba contra el Brasil, escaso de elementos y falto hasta de alimentos y ropas, tenia que concluirse más ó ménos tarde y verse obligado el gobierno á hacer la paz.

Entonces, con sus elementos sanos y frescos, podria él imponerse al país y dictarle sus condiciones.

Rosas empezaba á mostrarse en toda la repugnante desnudez de su ambicion de mando y de su espíritu egoista y vulgar.

Para mejor distraer al Gobierno de sus planes ruines, le propuso hacer la paz con los indios y colonizar con ellos grandes territorios fronterizos.

El Gobierno, visto el estado terrible del país, no va á poder atender á la seguridad de las fronteras, decia.

Y por medio de la paz, hecha con maña, se puede destruir por completo este eterno y dañino elemento.

El Gobierno se dejó seducir y Rosas fué nombrado en comision para trazar nueva línea de fronteras, más afuera del Tandil.

Allí se puso Rosas en contacto con los caciques más influyentes de la Pampa, reanudando con unos su vieja amistad y

formándola estrechamente con los que aún no conocia.

El resultado de esto fué una gran colonia de indios que formó en los campos de los Cerrillos, colonia que hizo subir su prestigio entre los salvajes, de una manera prodigiosa.

No solo los Cerrillos sinó todo el Sur de Buenos Aires, era un país aparte, puede decirse, del que Rosas era único gobierno y árbitro.

El gauchaje ignoraba por completo si era Las Heras ó Rivadavia ó el diablo el Presidente ó Gobernador.

Ellos no tenian que hacer sinó con Rosas, no reconoçian más voz de mando que la de Rosas, de Rosas vivian y poco les importaba de lo demás.

Era Rosas quien los habia de sacar de cualquier apuro y quien atendia á sus mayores necesidades.

No conocian, pues, más Gobierno que Rosas, ni creian en otro poder mayor que el del patron de los Cerrillos.

El ocupa en sus estancias tribus enteras de indios, haciéndolos labrar la tierra. sembrar y todos los demás trabajos consiguientes á un establecimiento tan importante.

Las mismas mujeres se ocupaban en esquilar las enormes majadas, y tejer con parte de la lana ponchos, cojinillos y demás pilchas por el estilo, que vendian á los peones cristianos y á los mismos indios por precios insignificantes.

Entonces la lana no tenia los precios fabulosos á que hoy se vende, y poco le importaba al astuto caudillo regalar á las chinas gran parte de la trasquila.

En esta labor constante y bien dirijida, Rosas hizo subir sus capitales á una cifra enorme, llegando á obtener en una estacion sola, el producto que antes conseguia en más de dos años.

Esto lo puso en situacion de poder ser más desprendido con los indios, á quienes colmaba de regalos insignificantes si se quiere, atendida su gran fortuna, pero con los que los indios quedaban deslumbrados.

Su prestijio llegó á tal estremo entre los salvajes, que estos empezaron á llamarle el gran cacique, llegando dia en que, á su solo llamado formaron más de ochocientas lanzas, dispuestas á marchar donde él las llevara.

Además de esto, Rosas no abandonaba un momento sus relaciones con Lopez y el cultivo de las que iba formando con cuanto caudillo aparecia en el interior.

De este modo él no limitaba su gran prestijio al Sud de Buenos Aires, sinó que lo estendia por toda la República entera.

Pará ello contaba con el famoso Lopez de Santa-Fé, que era la trompeta de su fama en todo el interior y litoral.

Y es que Rosas no limitaba su poder á mandar solo en Buenos Aires, sinó en toda la República entera y aún en Montevideo si era posible.

Las fiestas de la campaña se sucedian sin interrupcion unas á otras, viéndosele tomar parte activa en todas ellas.

Y miéntras el país se hacia pedazos para atender á todos sus conflictos, en el Sur de Buenos Aires se vivia en la mayor felicidad.

Allí se entretenia poniendo en el más amargo ridículo la política seguida por el Gobierno y haciendo servir de mofa del gauchaje á todos los hombres y cosas que podian serle hostiles.

Y acostumbró al gaucho á despreciar y burlarse de todo aquello que no emanaba de él, y sobre todo de los hombres de la ciudad, á quienes daba los calificativos más humillantes, con gran algazara y chacota del paisanaje que lo escuchaba como un oráculo.

La autoridad en la campaña era una cosa que el paisano no comprendia, por que nada tenia que hacer con ella.

Qué les importaba caer en desgracia con el Juez de Paz, ó que este los hiciera perseguir por haber dado una puñalada ó cualquier otro delito?

Poco les suponia aquella persecucion que por lo general valia á la autoridad la más sangrienta burla del perseguido.

Todo su afan era ganar los Cerrillos y ponerse al habla con el patron.

Una vez allí y bajo el amparo de Rosas, sabian que no habia poder humano bastante á arrancarlos.

Y Rosas escuchaba el relato de la aventura que habia motivado la persecucion, siendo el primero en burlarse del Juez de Paz que la habia reclamado.

Muchas veces habian ido á los Cerrillos comisiones de este ó aquel Juez de Paz, pidiendo la persona del criminal allí oculto.

Pero recibian por toda contestacion alguna farsa insolente, mandada hacer por Rosas mismo.

Y si insistian en la entrega del hombre que habian ido á buscar, entonces les hacia echar los perros y todo quedaba así concluido.

Qué Juez de Paz se hubiera metido á mayores palabras con el gefe de los colorados y comandante general de campaña?

Ni por broma, pues demasiado lo conocian.

Alguno de ellos recurrió al Gobierno para quejarse de aquel proceder incalificable, pero el Gobierno hizo oidos de mercader.

Necesitaba á Rosas, creia que su influencia en la campaña era incontrastable, y no queria disgustarlo por la queja de un Juez de Paz, que al fin y al cabo podia no tener razon.

El Gobierno por otra parte veia claramente todo el poder de que disponia el coronel Rosas y hasta temia ponerse mal con él.

Cuando sobrevino la guerra con el Brasil y el Gobierno de Rivadavia, Rosas puso todos los medios á su alcance para desprestijiar una cosa y otra, criticando de una manera amarga toda medida que emanara de aquel Gobierno, ejemplar y patriota.

Y hablaba á los paisanos en un lenguaje que tenia que producir en ellos honda impresion.

—La guerra con el Brasil, les decia, es la ruina de nuestro país.

Qué nos importa que á Montevideo se lo lleve ó no se lo lleve la trampa?

Es una provincia infame que no necesitamos y que nos presta el flaco servicio de ser la manzana de la discordia.

El país va á quedar pobre y miserable.

Las haciendas no van á valer un centavo y no habrá quien dé dos reales por todas las haciendas de la campaña.

El Gobierno falto de dinero y pobre de recursos, va á tener que echar mano de la campaña.

Y el patron con sus capitales que serán pocos y el paisanaje con su sangre que será escasa, tendrán que ser los pavos de semejante boda.

Los paisanos escuchaban aterrados la prediccion de un porvenir tan sombrio, y esclamaban entristecidos:

—Ah! si el patron fuera Gobierno!

Esclamacion que escuchaba Rosas con una fruicion arrobadora, pues era aquel mismo elemento el que habia de llevarlo al poder y á un poder como él habia soñado, terrible é incontrastable.

Cuando el noble coronel Suarez empezó á formar en el Norte su famoso regimiento 17, pudo notarse todo el prestigio de Rosas y toda la maldad de sus sentimientos.

Por más altas que recibiera Suarez, la desercion era tan terrible, que apénas podia reunir un par de escuadrones, cuando de pronto se quedaba sin un soldado.

En qué podia consistir aquella desercion sin precedente en la provincia de Buenos Aires, mucho más cuando se trataba de reunir tropas para una guerra tan popular como aquella?

El noble Suarez pensaba entristecido sobre la causa de aquella desercion inmotivada pero no podia atinar en ella.

Hacia más de un mes que estaba en el

Monte, y apénas conservaba el escuadron que llevó de plantel para formar el regimiento.

Desesperado Suarez, nombró una comision compuesta de sus mejores oficiales, para que de una manera sigilosa y poniendo en juego todos los medios posibles, trataran de penetrar la causa de aquel fenómeno.

Y tanto anduvieron aquellos oficiales y con tanto sigillo obraron, que bien pronto quedó aclarado el misterio que el coronel Suarez no habia podido penetrar.

Una tal Dª. Magdalena, dueña de una pulperia inmediata al sitio donde campaba Suarez, era quien daba dinero y hasta caballos á los soldados que se desertaban.

Disfrazados de soldados, dos de aquellos oficiales traviesos, formaron parte de un contingente y concurrieron á la noche á comprar vicios á la pulperia de Dª. Magdalena.

Y en el acto esta les ofreció dinero y caballos para que se desertaran.

—Es que si nos agarran nos van á fusilar dijo uno de ellos.

—Y quién los va á sacar del lado del coronel Rosas? repuso entonces la pulpera.

Váyanse allá, que es el coronel quien los hace llamar y estando á su lado ni el mismo Gobierno será capaz de meterse con ustedes.

Indignado Suarez, envió dos soldados y un oficial disfrazados de paisanos para que vieran si en los Cerrillos habia algun desertor.

Y la verdad quedó de manifiesto.

Aquel oficial volvió diciendo que habia visto en la estancia de Rosas y en unas chacras de Chaves, de que era él administrador, la mayor parte de los desertores, vestidos aún con las prendas militares que les habian dado al ser dados de alta en el regimiento.

Estos datos de que ha hecho uso tambien el Sr. Rivera Indarte, están perfectamente corroborados.

Fueron las primeras perfidias cometidas por Rosas, en daño de la patria que habia de asolar más tarde con su bárbara tirania de veinte años.

El coronel Suarez montó el escuadron que habia llevado y marchó sobre los Cerrillos con ánimo de castigar á sablazos aquel crímen inaudito, cometido por un coronel del ejército.

Pero temió que el Gobierno desaprobara su conducta de una manera severa, y se detuvo á la mitad del camino.

Allí formó un prolijo sumario que remitió al Gobierno, quien le mandó la órden de volver á la ciudad con la fuerza que tuviera.

Esto prueba que el Gobierno temia á Rosas, y no queria arrostrar la enemistad del caudillo.

Rosas venia con frecuencia á la ciudad, á informarse por sí mismo del estado de la política y medidas que se tomaban referentes á la guerra del Brasil.

Entonces habia trasladado su familia á la que es aún casa de Gobierno de la Provincia, donde vivia con los Ezcurra, como se sabe.

Ya el cretino Juan Manuel, como llamaba á su hijo, descollaba por la estrechez de meollos, y Manuelita que apénas contaba diez años daba indicios de una sagacidad que no desmintió más tarde y de una hermosura plácida y delicada.

—Este es el crédito de mi raza, decia Rosas acariciándole la cabeza, pues de este imbécil no hay nada que esperar.

Con el pretesto de estar al lado de su familia, Rosas pasaba en su casa temporadas más ó ménos largas, que dedicaba, como hemos dicho á observar el movimiento político y á mantener más viva que nunca su correspondencia con el general Lopez en Santa-Fé.

Sus relaciones con sus padres permacian frias, lo que no impedia que les hiciera una ó dos visitas durante su permanencia en la ciudad.

En uno de estos viajes, llegó á Buenos

Aires el geneaal D. Fructuoso Rivera, que como hemos indicado en el capítulo anterior venia á presentarse al Gobierno, disgustado por que su colega Lavalleja, habia sido nombrado gobernador y capitan general de Montevideo, puesto que él habia acariciado y queria para sí.

Rosas que no perdia oportunidad de acercarse á todo hombre que representara alguna influencia, se hizo presentar á Rivera, estrechando desde el primer momento una amistad franca y desinteresada en la apariencia.

Rivera, que en el fondo no era más que un pobre paisano, de poca inteligencia y deslumbrado por su posicion, quedó encantado de aquel rico y hermoso amigo que le llovia del cielo, tan franco, tan cordial y tan lleno de ofrecimientos.

Rosas por su parte lo caló desde el primer momento y no vió en él más que un buen instrumento de que podia sacar grandes ventajas.

Los dos amigos simpatizaron fuertemente desde el primer momento.

Rivera, con toda su inocencia y bondad natural, Rosas con toda la falsía y ruindad de su espíritu pervertido ya.

Pocos dias despues, D. Pascual Costa daba al general Rivera, un gran banquete al que asistieron todos los principales personajes políticos.

Rosas asistió á él, comprendiendo que allí se hablaria de política lo bastante para hacerle pulsar el verdadero estado de la situacion, de la que ya conocia mucho, por lo que le habia sonsacado á su flamante amigo en sus ratos de espansion.

A mitad de comida principiaron los brindis, alusivos á la presencia del general Rivera, tema de todos ellos.

Invitado tambien á brindar Rosas, vaciló un momento, pero se decidió al fin, y tomó la copa poniéndose de pié.

Y con aquel ademan travieso y estudiantil que le fué característico en su juventud, recorrió la mesa con una mirada penetrante y dijo:

—Señores, yo brindo complacido á la salud del gaucho Rivera!

Es el más importante de los gefes orientales.

Rivera aplaudió frenético aquel brindis, que era el que más le habia gustado, retribuyéndolo con unas décimas inspiradas en honor del gran caudillo del Sur.

Así quedó consagrada la amistad de Rosas con el que más tarde habia de llamar el *pardejon* Rivera.

El Gobierno empezó á sospechar del general Rivera.

Se temia que este gefe, llevado por su ambicion de mando, hiciera algun sério movimiento en la provincia de Montevideo, que pusiera en peligro todos los planes del Gobierno.

Para impedir este descalabro, se resolvió tomar á Rivera y no dejarlo mover de Buenos Aires, inutilizando así su influencia perniciosa y su poder personal.

Pero Rosas que en todo estaba, penetró este plan y lo puso en conocimiento de su amigo.

Inmediatamente se ausentó con él á los Cerrillos, sin que nadie lo supiera, donde pasó los más alegres dias de su vida, como que estaba en su propio elemento.

Allí hizo competencia á Rosas en sus más difíciles ejercicios, pero siendo siempre vencido por éste.

Fué en los Cerrillos que Rivera concertó con Rosas su famoso plan de mover la campaña oriental, donde tenia tanto prestijio como Rosas en el Sur, y sublevarla en su favor.

De esta manera se apoderaría del Gobierno de Montevideo y podria ponerse con grandes elementos, de estorbo para la continuacion de la guerra con el Brasil.

Rosas dió á Rivera una gran cantidad de dinero y elementos para el logro de sus propósitos.

Y lo envió con una gran escolta á Santa-Fé, donde debia ponerse de acuerdo

con Lopez, para quien le dió Rosas eficaces cartas de recomendacion.

Empezaba á desarrollar Rosas su famoso y admirable plan de la liga de gobernadores, suprema muestra de su astucia en que han tratado de imitarlo actualmente, con demasiado buen resultado por desgracia.

Rivera fué á Santa-Fé y se puso de acuerdo con Lopez, pero no pudo realizar sus propósitos.

Perseguido tenazmente por el Gobierno, le fué imposible penetrar á la Banda Oriental, y tuvo que refugiarse y esconderse en las provincias del Interior.

La miseria en que estaba el ejército que operaba contra el Brasil, no escapaba á nadie, ni al mismo Rosas, como es consiguiete, que la miraba con sumo placer.

De este modo el ejército de línea á que tanto temia por la superioridad que podria tener sobre sus gauchos, se aniquilaria y concluiria por quedar reducido á la impotencia.

Con el éxito de aquella cruel campaña, prosperaba el unitarismo sostenido por Rivadavia, y este era un verdadero golpe de muerte dado á los federales, de quienes era campeon en la primera línea D. Juan Manuel y en seguida el coronel Dorrego, no por que este valiera ménos que aquel, pues era una persona de más importancia intelectual, pero que no disponia de los grandes elementos de don Juan Manuel, que como hemos dicho podia poner ya un ejército de cuatro ó cinco mil gauchos, con una vanguardia de ochocientas lanzas, al mando de los más prestigiosos caciques de la pampa.

Así es que el triunfo de Itnzaingó fué un rudo golpe dado á aquel carácter miserable, que solo vió en él la preponderancia de Rivadavia y del partido unitario, á quien más tarde habia de hacer el blanco del facon de sus peones.

La noticia de aquel triunfo fué recibido con un regocijo que rayaba en el delirio.

Todo eran fiestas y regocijos populares en Buenos Aires.

El nombre de Alvear circulaba de boca en boca, unido al de Lavalle, Brandzen, Olavarria y tantos otros héroes de aquella batalla magnífica.

Y los festejos eran tanto mayores, cuanto que el triunfo de Ituzaingó coincidia con otro obtenido dias despues, por el esforzado almirante Brown.

Con trece de sus buques, número con que ningun almirante francés hubiera comprometido un combate, el gran marino habia atacado diez y nueve de las mejores naves brasileras, en el rio Uruguay.

Aquel combate fué tanto más terrible, cuanto que los marinos brasileros disputaban el triunfo de una manera bravía y desesperada.

Una de las naves habia sido abordada, y allí, sobre la ensangrentada cubierta, se habia combatido á hacha y á puñal hasta que no quedó á bordo quien disputara la accion de enarbolar en el buque brasilero el pabellon celeste y blanco, que tantas y tan recientes glorias simbolizaba.

La artillería barria las cubiertas de una y otra parte, tiñendo de sangre las mansas aguas del Uruguay.

Los brasileros disputaron por varias horas la gloria de aquel triunfo, con una bravura que siempre les hará honor.

Pero combatian con aquellos viejos lobos de mar, mandados por Brown, marino de temple heróico, y era inútil disputarles un triunfo que podria retardárseles, pero no escaparse.

La flotilla brasilera estenuada, despedazada por la metralla y el hacha del abordaje, empezó á flaquear y á ceder el terreno, hasta que lo abandonó por completo, solo en un número de tres navios.

De los otros diez y seis, once quedaban en poder de la escuadra Argentina, con el resto de la tripulacion que no ha-



Á LA SALUD DEL GAUCHO RIVERA

bia perecido, y cinco habian sido completamente destruidos.

Este combate fué de los más reñidos y sangrientos que tuvieron las dos escuadras en todo el tiempo que duró la guerra.

Estas noticias eran recibidas en Buenos Aires con un verdadero frenesí.

Grandes grupos recorrian las calles y plazas dando vivas al Gobierno y pidiendo la prosecucion de aquella gloriosa campaña.

Pero habia que vencer una dificultad terrible, pues por el momento no habia como subsanarla.

El general Alvear, al mismo tiempo que enviaba el parte de su victoria, anunciaba que se internaba en territorio brasilero, pero que para seguir la campaña con éxito, necesitaba un refuerzo de infantería y por lo ménos un uniforme con que cubrir las carnes de sus heróicos soldados.

Además de esto, el Gobierno comprendia que tenia que enviar pertrechos de guerra y algun dinero para contentar aquel ejército impago de tanto tiempo.

Pero de dónde sacar estos recursos imprescindibles?

Cómo hacerse de dinero?

Cómo reunir siquiera quinientos infantes para llenar el justo pedido del general Alvear, cuyo ejército se componia en su mayor parte de tropas de caballería?

Està era la dificultad que el gobierno se consideraba impotente para vencer.

No habia más remedio que esperar, y la espera en semejante situacion podia ser la ruina y la pérdida de todo lo adquirido á costa de tan inmensos sacrificios.

El caudillaje alzaba el poncho en el interior y habia que ocurrir á todas partes sin poder atender á una sola como era debido.

El caos y la anarquia empezaba á asomar por todas partes su cabeza espantable.

El valiente espíritu de Rivadavia empezó á vacilar y á comprender que para salvar el país era necesario una paz honrosa pero inmediata.

Pero entonces se echaria encima el partido de la guerra, que era inmenso y entusiasta en Buenos Aires y que podia no solo hacer vacilar, pero aún precipitar al Gobierno en una ruidosa caida.

En semejantes condiciones el Gobierno era insostenible.

Para colmo de desventuras la escuadra sufrió un contraste, en el que perdió sus tres mejores navios.

Creyendo que no habia más salvacion que la paz, para librar al país de una vergüenza, Rivadavia envió á D. Manuel Garcia á tratarla en Rio Janeiro.

Pero fué tal la algazara que armaron los partidarios de la guerra, y tal la rechifla que dieron á Rivadavia y á Garcia, que el Gobierno tuvo que tirar un decreto inmediatamente, anunciando que rechazaba lo capitulado con Garcia y que la guerra seguiria con más empeño que nunca.

Dias despues de este decreto el virtuoso Rivadavia presentaba su renuncia de la Presidencia. pues no podia gobernar el país en el estado por que pasaba.

Veamos entre tanto que habia sido y que era del ejército vencedor en Ituzaingó.

SIEMPRE SANGRE

Al gobierno de Rivadavia habia sucedido el del Dr. Lopez, autor del Himno Nacional, y á este el del coronel don Manuel Dorrego, gefe del partido federal.

El ejército vencedor de Ituzaingó, sin elementos para operar, sufria con una resignacion asombrosa estos cambios de Gobierno, que lo colocaban en una situacion harto precaria y miserable.

Antes de la gran batalla habia perdido su convoy, arrebatado por fuerzas del in-

signe é incansable Bentos Gonzalez, quedando los gefes y oficiales en la mayor desnudez.

Todo lo que recibian del Gobierno era una racion de carne flaca y otra de fariña, siendo los vicios de entretenimiento cosa desconocida de aquel glorioso ejército.

Despues de la batalla y en la conviccion de que por el momento no habia operacion que emprender, el coronel don Ignacio Oribe se retiró del ejército, con el regimiento de dragones que mandaba.

El incansable guerrillero Lúcas Teodoro, apercibido del movimiento, se embosćo decidido á darle golpe.

Oribe se retiró al Cerro-Largo, donde campó con su regimiento.

La poblacion de aquel punto, como era natural, recibió con muestras de la mayor simpatía al gefe que tan brillante papel acababa de desempeñar en la gran batalla.

Una de las tantas manifestaciones que se le hicieron, fué un gran baile que se preparó en su honor y en el de sus oficiales, á que todos ellos fueron invitados.

Tanto el gefe como los oficiales se prepararon á asistir á aquella fiesta.

Jóvenes todos ellos que hacia más de un año no tenian otra distraccion que el fragor del combate, ni más perspectiva que la muerte, acojieron aquella noticia é invitacion con un júbilo incalculable.

Todos ellos, sin faltar el más humilde cadete, asistieron á aquel baile, donde se proponian pasar la noche más salada de su vida.

Cuán ajenos estaban de pensar que el final de aquella fiesta habia de ser tan sangriento como bullicioso fué su principio.

El activo Lúcas Teodoro habia logrado colocarse á una corta jornada de Oribe, sin ser sentido.

Esperaba el momento oportuno de caerle encima, sin que escapara uno solo, prometiéndose un ruidoso desquite de todas sus derrotas.

Los bomberos de aquel gefe, segun las instrucciones que tenian, fueron á llevarle el aviso, cuando los gefes y oficiales se fueron al baile, dejando el regimiento entregado al reposo, en poder de los sargentos.

Lúcas Teodoro se puso inmediatamente en marcha silenciosa con toda su division, llegando al campámento de Oribe cuando la fiesta estaba en su mayor apojeo.

El estruendo del tiroteo hizo comprender al coronel Oribe de lo que sucedia, pero tarde, muy tarde ya.

La casa donde tenia lugar el baile habia sido rodeada por numerosas tropas, cuyos gefes les intimaban se rindiesen bajo pena de la vida.

Aquellos oficiales bravos y pundonorosos, con su temible gefe á la cabeza, intentaron una resistencia heróica.

Pero qué podian hacer contra una division de caballeria?

Fueron todos ellos hechos prisioneros y conducidos á presencia de Lúcas Teodoro, que los remitió al cuartel general con una fuerte escolta.

Entre tanto el regimiento habia sido sorprendido en medio de su sueño más plácido.

Aquellos leales y bravos soldados empuñaron sus armas é hicieron una resistencia desesperada.

Pero esto no hizo más que enconar á los vencedores.

Al cuarto de hora de una lucha sangrienta é imposible, el noble regimiento sucumbia bajo el sable de aquella fuerza diez veces más numerosa.

Los brasileros no dieron cuartel, no respetaron nada, lancearon y acuchillaron miéntras hubo un soldado con vida.

No escapó uno solo de esos bravos, aunque aquella carniceria costó muchas bajas á la division de Lúcas Teodoro.

La noticia de este desastre causó profunda impresion en el ejército, que pocos dias despues levantó campamento y se puso en marcha.

Sostenia la retirada el general Lavalleja, con una fuerte division.

Algunos regimientos de caballeria marchaban á vanguardia, reconociendo el campo á derecha é izquierda.

El desastre de Oribe habia vuelto á los gefes previsores hasta la exajeracion.

Durante la marcha hubieron algunos encuentros parciales, aunque de poca importancia.

Entre estos pueden contarse la toma del Yerbal, en que fué batida y puesta en fuga la division del general Lúcas Teodoro.

A éste encuentro siguió otro no ménos reñido en el punto conocido por Carapabú, encuentro que fué tambien desgraciado para las tropas brasileras.

El ejército llegó sin otra novedad al Cerro-Largo, donde campó el general en gefe con todo su estado mayor, el regimiento de artilleria y los batallones 1.º y 3.º y 5.º.

El 2.º hizo campamento en la costa del arroyo, con todas las caballerias.

En el arroyo de las Cañas estableció su campo la guardia, compuesta de una compañia de artilleria y dos regimientos de caballeria, fuerzas que se relevaban todos los meses.

De esta fuerza entró á formar parte un batallon de tapes misioneros, que con su gobernador á la cabeza, se presentó al general Alvear para ayudarlo en la nueva campaña que se decia iba á abrirse.

De este modo quedó el ejército acantonado y un poco tranquilo, miéntras en Buenos Aires tenian lugar los cambios de Gobierno á que hemos hecho referencia anteriormente.

La miseria del ejército era terrible.

Los soldados no tenian ya sinó harapos con que cubrir sus carnes, y el alimento no bastaba ni aún para matarles el hambre.

Con intervalo de pocos dias, bajaron á la ciudad, bajo el pretesto de conferenciar con el Gobierno, los generales Alvear, Soler y Mansilla.

Dorrego entonces entregó el mando del ejército al general Lavalleja, el más inepto para mandarlo, pues carecia de todas las dotes indispensables para ello, al estremo de verse el Gobierno obligado, más tarde, á ponerle á su lado al general D. Enrique Martinez para que lo dirijiera.

El nombramiento de Lavalleja disgustó profundamente á los demás gefes, tan aptos y meritorios para desempeñarlo.

Es que Dorrego no tenia confianza en ellos, como en Lavalleja por que era unitario, y como queria conservar el poder de aquel ejército, único con que podria contrarestar los elementos de Rosas, de quien desconfiaba, no queria entregarlo sinó en manos de un gefe completamente suyo.

A los pocos dias de estar Lavalleja al frente del ejército, sufrió este uno de sus más sérios contrastes.

El incansable Lúcas Teodoro, á pesar de sus derrotas, era el gefe que hostilizaba siempre nuestras fuerzas, esperando y espiando los momentos de efectuar sus atrevidos golpes de mano.

Por esto es que Alvear, siempre previsor, habia mantenido una contínua vigilancia, para evitar una sorpresa.

Conocia la audacia de este gefe brasilero; sabia que no descansaba.

Una mañana en que la vanguardia se hallaba descuidada en su campo, aquel gefe preparó una de las suyas.

Las avanzadas habian recorrido gran distancia y regresado con la noticia de que todo estaba tranquilo y que el enemigo no daba señales de vida.

Con semejante parte los jefes descuidaron su vijilancia y la division se entregó al descanso y á merodear por los alrededores algo con que engañar el hambre que ya se hacia insoportable.

A eso de las diez de la mañana y cuando se preparaban á carnear unos bueyes flacos que les mandara el Estado Mayor como un regalo del cielo, se presentó el ya terrible Lúcas Teodoro, al frente de

una bizarra y numerosa division de caballería.

En vano se tocó reunion y á caballo.

No hubo tiempo de efectuar la menor maniobra.

El valiente guerrillero habia hecho tocar á la carga y se les fué encima con un brio y una pujanza inaguantables.

Las tropas aunque sorprendidas y con el tiempo apénas suficiente para desnudar el sable, se lanzaron resueltamente al combate.

No habian tenido tiempo de formar ni organizarse medianamente.

Pero esto poco importaba para soldados de aquel temple.

El combate fué récio pero fatal para los sorprendidos, pues los brasileros, bien montados y mejor dirijidos, principiaron á hacer una carniceria, semejante á la que meses antes habian efectuado con los dragones de Oribe.

El batallon de tapes, que se hallaba en el monte, vino en proteccion de la vanguardia bastante á tiempo para impedir que esta fuera completamente esterminada.

Con increible arrojo batió á los brasileros, obligándolos á retirarse en confusion.

El resto de la vanguardia podia entonces haber efectuado una persecucion ventajosa, pero Lúcas Teodoro, hábil y previsor, desde el principio del combate habia mandado un escuadron que arrebatara todas las caballadas.

Y la órden fué tan bien ejecutada, que no escaparon de la arreada ni siquiera los caballos de la artillería.

No hubo, pues, con que efectuar no ya una persecucion, pero ni siquiera la más pequeña salida.

Con estos golpes el ejército quedó sin poderse mover del Cerro-Largo.

Todos los cuerpos que lo componian se hallaban en esqueleto.

Las acciones del Ombú, Bacacay, la toma de Valles, Ituzaingó, los Yerbales, y las sorpresas de Oribe y de las Cañas, habian abierto claros aterrantes, reduciendo el ejército á ménos de la mitad de su fuerza.

La miseria y el hambre, por su parte, habian provocado la desercion que aumentó enormemente los claros de los cuerpos.

En Buenos Aires se tenia noticia de esta situacion violenta, con una desesperacion angustiosa.

Dorrego entonces, con una habilidad y un tino que no se le conocia, formó cierta alianza con las preponderantes provincias de Córdoba y Santa-Fé, cuyos gobernadores prometieron concurrir con fuertes contingentes.

Entonces empezó una guerra de montoneras y rapiña que alarmó notablemente al Brasil.

El general Lopez se puso en campaña por el territorio de Misiones, y se lanzó á una guerra vandálica y de pillaje, que daba grandes resultados, pues colocaba al Brasil en un verdadero conflicto.

Al mismo tiempo el general Lavalleja penetraba al territorio de Rio Grande, cometiendo todo género de atropellos y depredaciones.

Dorrego se lanzaba en una pendiente tremenda, bien lo sabia, pero no hallaba mejor recurso para continuar la guerra.

Al mismo tiempo que esto sucedia, Dorrego formaba grandes planes, entre ellos uno de secuestro en la persona del emperador Pedro I, planes que, aunque bien concebidos, no dieron el resultado apetecido.

Junto con aquellos planes de secuestro, Dorrego habia formado otros tendentes á seducir las tropas alemanas que servian al Brasil, á cuyo efecto mandó enviados de toda su confianza, alemanes tambien.

Estos trabajos dieron mejores resultados, pues una de las dos brigadas alemanas se pasó al cuerpo de ejército que mandaba el general Lavalleja.

Las depredaciones é iniquidades que cometian las tropas de Lopez y las mis-

mas de Lavalleja que operaban en Rio Grande, levantaron una grita endiablada en todas partes.

La prensa reprobó aquella conducta con un lenguaje enérjico, y el general Lavalle bajó á Buenos Aires, protestando de ello á nombre de sus nobles compañeros de armas.

Pero Dorrego no tenia ya más remedio que tolerar aquello y reprimir como reprimió á los que se lo reprochaban.

Sus desconfianzas sobre Rosas se habian acentuado tanto, que llegó hasta negarle elementos que este le pidió para seguridad de las fronteras.

Esto dió motivo á un disgusto y cambio de palabras violentas entre los dos amigos.

Y la verdad es que, segun parece, el coronel Rosas, comandante general de la campaña empezaba á jugar súcio á su amigo Dorrego.

No faltó quien le dijera que el patron de los Cerrillos se ponia en combinacion con Lopez y otros gobernadores de provincia para echarle una zancadilla y suplantarlo en el mando.

Dorrego vaciló y comprendió que su único sostén, si aquello era cierto, reposaba en el ejército que operaba contra el Brasil, ó mejor dicho, que estaba vejetando en su campamento.

El mismo Brasil vino á sacarlo de su posicion embarazosa.

Alarmado con la guerra de montoneras que se le hacia y con la defeccion de las tropas alemanas, resolvió emprender nuevas negociaciones de paz.

Por intermedio del ministro inglés, se hicieron y se firmaron aquellos tratados de paz, que debian ocasionar la tragedia que terminó con la muerte de Dorrego.

Aquellos tratados de paz fueron acojidos en medio de una rechifla tan terrible, por la prensa, el pueblo y el ejército, que el Gobierno se vió obligado á hacer uso de medidas violentísimas.

A causa de esto mismo el Gobierno ordenó el regreso á Buenos Aires del primer cuerpo de ejército.

Por aquel tratado de paz, calificado de inícuo, el Brasil y el Gobierno Argentino convenian en declarar que la provincia de Montevideo se constituia en una Nacion bajo la forma de gobierno que quisiera adoptar, y cuya independencia reconocian ambos beligerantes.

Estos tratados pusieron á Dorrego en mayor conflicto todavia.

Se hacia una oposicion vigorosa y bien dirijida.

El partido unitario se habia puesto de pié y se preparaba á la lucha, en la próxima eleccion de dos miembros de la Junta de Representantes.

Los unitarios, apoyados en los jefes que habian venido del ejército ántes de la paz, iban á quemar su último cartucho para hacer triunfar candidatos suyos que batieran á Dorrego.

Este por su parte con todo el elemento oficial, como se hace hoy, queria á todo trance ganar la eleccion.

Llegó el dia fijado para efectuarla y los unitarios fueron derrotados por la tropa con que el Gobierno invadió los átrios de los templos.

Todos los que han escrito sobre estos acontecimientos, están contestes en el siguiente rasgo del noble general Juan Lavalle:

«Una patrulla de 25 hombres de tropa de línea, mandada por un oficial, vino á ordenar á los que rodeaban la mesa, á nombre del Gobierno, que se separasen inmediatamente para que pudieran votar los grupos ministeriales que tenian tomadas todas las avenidas.

«Lavalle entonces, que era el representante del pueblo en aquel punto, con la arrogancia que le era característica, se puso al frente de la tropa y dijo al oficial que la mandaba:

—«En este momento no hay Gobierno y por consiguiente no puede impartir órden alguna.

«Estraño mucho que un oficial de honor que debia esperar una ocasion favorable para demostrar su energia en el campo de batalla, venga á hacer ostentacion de sus armas en el átrio de un templo y ante el pecho del noble pueblo desarmado.

«Como general del ejército ordeno á usted que se retire.

«Y el oficial obedeció.»

A pesar de todos estos esfuerzos, los candidatos del Gobierno triunfaron, como triunfan hoy y triunfarán hasta que los pueblos asuman sus derechos civiles abandonados á los caciques de banda y baston.

Lavalle volvió á ocupar su puesto en el ejército donde se propuso trabajar por los unitarios vencidos, costara lo que costara.

Se preparaban los sucesos que debian de concluir esta época desventurada.

Concluida la guerra del Brasil, Dorrego trató de que aquellos valientes, que acaban de conquistar una página de gloria para la historia argentina, regresaran á sus hogares.

Al efecto impartió órdenes para que la primera division bajase á Buenos Aires á recibir el premio de sus fatigas.

Esta primera division se componia de los batallones 1, 4 y 5, tres regimientos de artillería y los regimientos de caballería 16 y 17, colorados de las Conchas, Coraceros, etc.

El resto del ejército, á las órdenes del coronel Paz, quedó en la Banda Oriental, representando á la República Argentina.

La primera division en cumplimiento de la órden de Dorrego, se embarcó en las Vacas y llegó á Buenos Aires á mediados del mes de Noviembre.

Los vencedores de Ituzaingó no venian con la arrogancia y satisfaccion que debia suponerse en tropas que acababan de realizar tan estupenda campaña.

Eran soldados que venian agobiados bajo el peso de la vergüenza que importaba para ellos la paz con el Brasil.

—Esta paz es una deshonra maldita para nuestras armas, habian dicho los jefes.

Y los soldados habian repetido la frase plenamente convencidos del hecho.

Y ahogando en sus pechos esforzados la íntima satisfaccion que les hacia esperimentar la vuelta al seno de la patria y la familia, marchaban mústios y cabizbajos, presintiendo acontecimientos terribles.

El general Lavalle, al frente de aquellas tropas, en cuya mirada podia verse una tormenta, más bien que el guerrero que marcha al descanso, parecia el enemigo inexorable que iba al encuentro del enemigo.

Habia en todo su aspecto todo el ademan de una amenaza sombria.

Honrado y bravo veia en la conducta de Dorrego la tiniebla que iba á envolver la patria en una noche de vergüenza y de sangre, y sentia rujir en su pecho generoso toda la indignacion de su espíritu noble.

—Es preciso deponer á Dorrego, habia dicho, suprimirlo, como se suprime una vergüenza ó una mancha del traje de la patria.

El ha hundido en la deshonra un ejército que se habia levantado al pináculo de la gloria, y es el ejército mismo quien debe enviarlo á su casa.

Y sus compañeros de armas, aquellos espíritus jóvenes que irradiaba su luz purísima en el cielo de la patria, estrecharon la mano del general aceptando un pacto terrible.

Dorrego, pues, quedaba condenado, y condenado por aquella misma columna que con el pretesto del descanso, hacia regresar para el sostén de su Gobierno vacilante y contrarrestar con ella, si era necesario, los elementos de Rosas, de Rosas nombrado general de milicias por el Gobierno de Lopez, y reconocido como tal por el mismo gobernador Dorrego.

Pero todas las tentativas de Rosas con-

tra su amigo, habian desaparecido ante este hecho formidable, que entrañaba para ellos un peligro comun.

La presencia del general Lavalle al frente de un ejército veterano que debia seguirlo como un solo hombre.

Lavalle era unitario, como era militar y como era patriota, es decir, con todo su corazon y con toda la fuerza de las condiciones de un hombre de su carácter.

Era la cabeza que se habia dado el partido unitario, y cabeza que se proponia luchar sin trégua ni cuartel.

Rosas y Dorrego representaban el partido federal, y el primero el elemento bárbaro de la campaña, en pugna con el hombre de órden y con la civilizacion.

Y á ninguno de ellos se les escapó que en Lavalle venia un enemigo que seria preciso anular, tarde ó temprano, á toda costa.

A la proximidad de Lavalle, Rosas y Dorrego se estrecharon, pero sin dejar de desconfiar el segundo del primero.

Dorrego veia en Lavalle un enemigo hasta cierto punto, pero no lo creia capaz de atentar con las armas en la mano á la estabilidad del Gobierno.

A Rosas, más astuto, no se le escapaba todo el rencor que debia anidarse en el espíritu del general de Ituzaingó.

—La campaña en masa apoyará el Gobierno, dijo Rosas á Dorrego.

Voy á moverla y organizarla para que esté pronta al primer llamado.

Pero necesito armas, todas las armas que pueda darme el Gobierno.

No se equivoque, Lavalle viene á golpear las puertas del Fuerte con el pomo de la espada.

Dorrego tenia más miedo á Rosas que á Lavalle.

Creyó que este queria mover la campaña para venírsele al humo, y le negó las armas que le pedia.

—Lavalle es un soldado de la ley, dijo y no se levantará contra el Gobierno.

Son temores infundados los suyos, general Rosas.

De todos modos siempre habrá tiempo para mover nuestros elementos.

Sin la desconfianza que Rosas inspiraba á Dorrego, tal vez el movimiento del 1.° de Diciembre no hubiera tenido un fin tan trájico.

Rosas se retiró dado á todos los diablos.

No es que tuviese un interés de generoso patriotismo al querer salvar á Dorrego.

Es que la caida de Dorrego entrañaba su propia caida y él se hallaba decidido entonces á sobreponerse á todo otro elemento que no fuera el suyo.

Para eso habia trabajado sin reposo durante la guerra del Brasil, y para ello se habia hecho este plan que revelaba toda la perversidad de su astucia.

—Miéntras ellos se destrozan en el Brasil, y aniquilan todos sus elementos, yo conservo vírgen mi campaña, y el dia de la lucha, quién podrá disputarme el poder?

Lavalle habia venido á contrariar todos sus planes, pero tenia ya mucho camino andado para desconfiar de su poder.

Hombres le sobraban, pero faltábanle armas y es por eso que queria despertar toda la desconfianza y temor del Gobierno, único medio de conseguirlas.

Demasiado comprendia que Dorrego no confiaba mucho en él y de aquí nacia su desesperacion por armar la campaña.

Calculando el tiempo que Lavalle tardaria en llegar, despachó emisarios de toda su confianza para que reunieran las gentes en los Cerrillos.

Y al mismo tiempo escribia á su amigo y aliado Lopez de Santa-Fé, para que estuviera sobre aviso y previniera á sus amigos del interior que debian estar prontos al primer llamado.

—La guerra civil es inminente, les decia, y es preciso no dejarnos acogotar.

Cuando se anunció que la primera division llegaba, Rosas volvió á acercarse á Dorrego para pedirle armas.

Pero el Gobierno, tratando de no herirlo, se las negó nuevamente, volviendo á asegurarle que Lavalle no le infundia ningun temor.

Rosas volvió á retirarse, dispuesto siempre á estar en acecho, miéntras el Gobierno terminaba los preparativos para la recepcion de los héroes de Ituzaingó.

Y miéntras la Legislatura decretaba premios y honores, él trataba de reunir todos los fondos posibles, para pagarles algunos de los tantos meses que se les debian.

Y se preparó á recibir gefes, oficiales y tropa, del modo más espléndido que le fuera posible.

Dorrego en medio de todo, era un gran corazon.

Estaba realmente conmovido con la recepcion de aquellos bravos, y no creia de ninguna manera que ellos fueran los que habian de arrojarlo del Gobierno.

Quién le hubiera dicho que aquellos mismos soldados habian de formar el cuadro para su ejecucion!

Se preparaban, pues, de una manera terrible y rápida los sucesos que habian de encarnar su muerte tan dramática.

JUAN LAVALLE

A fines del mes de Noviembre tenia lugar una fiesta conmovedora en Buenos Aires.

El pueblo en masa, sin faltar un solo hombre, un solo chiquillo, se habia echado á la calle con el corazon rebosando de alegria.

Por todas partes se veian grupos que charlaban en medio del mayor entusiasmo.

Mujeres cargadas de flores, confundidas con las damas, llenaban las plazas y avenidas.

No se veia un solo rostro que no espresara una franca alegria, ni una boca que no estuviera entreabierta por la sonrisa más íntima.

Es que este pueblo se disponia á recibir á sus héroes, que acababan de realizar la campaña más fecunda y asombrosa de aquellos tiempos, pues la batalla de Ituzaingó era digna rival de Chacabuco y Maipú.

Los soldados de la primera division volvian á sus hogares, trayendo á la cabeza al más lucido é intrépido de sus gefes: el general Juan Lavalle.

Cuando aquellos soldados legendarios pisaron tierra de Buenos Aires, un viva unánime, un clamoreo frenético salió de todas las bocas.

Era el estallido de la satisfaccion pública, en honor de los vencedores del Brasil.

Las filas de aquellos veteranos donde tantas veces se habia estrellado el enemigo como en una muralla de muerte, eran rotas por el pueblo, que abrazaba á sus soldados cubriéndolos de flores y de caricias.

Aquellos cuerpos volvian á sus hogares de una manera que hacia temblar el corazon.

Sus rostros altivos y ennegrecidos por el sol y el humo de las batallas, estaban flacos y desfallecidos.

Eran un testimonio del hambre y las privaciones que habian pasado, hambre que aún se veia lucir en sus miradas.

El estado de desnudez en que venian, era terrible, pues muchos de ellos tenian que poner el arma en diferentes posiciones, para tapar sus carnes con las manos, como avergonzados de que las viera el pueblo.

No parecia aquel el ejército de un pueblo culto y justiciero como el nuestro.

Parecian cuerpos de mendigos que acababan de abandonar el hospital.

El pueblo comprendió todas las miserias que habian sufrido aquellas tropas ejemplares, y la compasion ahogó el entusiasmo.

Aquellos veteranos desfilaban silencio-

sos y sombríos por las calles de su ciudad natal.

No parecian soldados que vinieran á recojer el premio de sus esfuerzos y glorias.

En cada fisonomia se podia leer una amenaza y en cada mirada un estallido de cólera.

Es que al ejército del Brasil se le habian hecho entender cosas monstruosas!

—No se te paga, por que el Gobierno de Dorrego ha despilfarrado en otras cosas el dinero con que debia haberte dado de comer! se le habia dicho al ejército.

No se te cubren las carnes, ni se te han cubierto durante un año, por que el Gobierno de Dorrego ha dilapiado las rentas del país en la política que debia asegurar el triunfo del partido federal.

El Gobierno de Dorrego tiene la culpa de tu hambre, de tu sed y de todas las desventuras por que has pasado.

El ejército habia oido todo esto, lo habia creido como un evanjelio, y por esto se presentaba sombrío y amenazador.

Estaba ávido de ver llegar la hora en que pudiera tomar desquite de tantas iniquidades.

Por eso es que preocupado con su hambre y con sus privaciones, poco caso hacia de las manifestaciones de admiracion y alegria con que habian combatido aquellos soldados.

A la cabeza de estos veteranos, tan sombrío y amenazador como ellos, venia como hemos dicho el general Juan Lavalle, el soldado más brillante de su época.

Lavalle era un patriota en toda la estension de la palabra.

Su sangre habia estado siempre dispuesta á derramarse por el honor nacional, y con ella habia ganado uno á uno todos sus grados militares.

Teniente de aquellos famosos granaderos á caballo que son carne de nuestra gloria, hizo su estreno en la Banda Oriental en los rudos combates que sostuvo Dorrego contra Artigas, el terrible Artigas que tomaba cañones á lazo.

Chacabuco y Maipú vieron lucir su espada valiente, conquistando en la primera accion el grado de capitan y llegando á sargento mayor en la segunda.

Espedicionando con el legendario San Martin en el alto Perú, y batiéndose heróicamente en todos los combates y luciendo su valor sereno desde Pisco hasta Pichincha, llegó á teniente coronel.

Más tarde, en los desastres de Jovata Moqueguá, alcanzó el grado de coronel, regresando á Mendoza cuyo Gobierno renunció para venir á tomar parte en la guerra del Brasil.

Y la comportacion del heróico gefe en aquella campaña le valió su bien merecido ascenso á general despues de la batalla de Ituzaingó.

Los unitarios vieron en Lavalle el hombre á propósito para ponerlo frente á Dorrego y los caudillos federales que se levantaban y lo arrastraron poniéndolo á su cabeza.

Rivadavia, el gran Rivadavia se habia retirado al silencio del hogar, y los unitarios creian que era necesario destruir á la federalizacion que se apoyaba en Dorrego, en Rosas y en el caudillo Lopez.

Juan Lavalle era más corazon que cabeza, sus amigos, hombres hábiles y espertos en los manejos de la política habian sabido persuadir á Lavalle que en el partido unitario estaba la verdadera salvacion de la patria y Lavalle se habia hecho unitario con toda la potencia de su alma ardiente.

Para él la ruina de la patria estaba en el partido que encarnaba Dorrego, detrás del cual asomaba la pálida cabeza de Rosas.

Era necesario entonces derrocar á Dorrego y volver á llevar al poder á Bernardino Rivadavia, el único que podia salvar al país del caos á que lo precipitaban.

Lavalle estaba convencido profunda-

mente de esta verdad y volvia irritado contra Dorrego, por aquella célebre eleccion de que hemos hecho referencia en los anteriores capítulos.

Por esto se le veia sombrío y amenazador recorrer las calles de Buenos Aires al frente de sus veteranos.

El ejército desfiló y fué á acuartelarse á inmediaciones de la Recoleta, donde todo se habia preparado al efecto.

Y miéntras los cuerpos se entregaban á las faenas de establecerse en aquel campamento provisorio, los gefes y oficiales vinieron al Fuerte á saludar al Gobernador Dorrego.

En el Fuerte los esperaba la fiesta ó recepcion oficial.

El coronel Dorrego, que era un militar valiente y un hombre de corazon, estaba conmovido á la vista de aquellos jóvenes de rostros tostados, que venian de acometer acciones á cual de ellas más heróicas.

Despues de felicitarlos cordialmente, les anunció que iba á tomar todas las medidas tendentes á que se les pagaran algunos meses de sus haberes y los invitó al gran banquete que para ellos habia hecho preparar en los cuarteles de la Recoleta.

Pero el colector de rentas no tenia dinero ni de donde sacarlo.

Buenos Aires tenia dinero para pagar tributos miserables á Santa-Fé y otras provincias, tributos que formaban un sério total, pero no tenia con que cubrir algunos meses de sueldo debidos á aquellos meritorios soldados!

Esto lo hacian correr los unitarios que preparaban la caida de Dorrego, entre el ejército, cuya irritacion contra el Gobierno crecia por momentos.

Cuando la conferencia de Dorrego y aquellos gefes hubo terminado, estos se retiraron á sus alojamientos.

Venian ávidos de descanso y deseosos de reposar tranquilos.

Lavalle fué en el acto rodeado por los miembros más influyentes del partido unitario, que empezaron á prepararlo para el movimiento que segun ellos no se debia retardar.

Lavalle estaba conforme en todo, y dispuesto á hacer el movimiento con aquella tropa que habia creido venir al descanso.

Rosas, desde que llegó Lavalle, no perdia una pisada de los que conocia como enemigos del partido federal y de Dorrego, por consiguiente.

En el acto fué á verse con este, para conjurar el plan de aquellos y convencerlo de que se trataba de arrebatarle el mando.

Pero Dorrego, como siempre, sonrió de aquellos temores injustificados, y volvió á negar á su amigo y aliado las armas que este insistió en pedirle para mover la campaña y apoyarlo con ella, como ocho años antes habia apoyado al gobierno de Rodriguez.

Dorrego tenia más miedo y más desconfianza de Rosas, que de aquellos gefes cuyas manos leales habia estrechado momentos antes.

Además el Gobierno no estaba desamparado y á merced del primer movimiento revolucionario que estallara.

Tenia un cuerpo de línea compuesto de cuatrocientos hombres, y algunas otras fuerzas útiles y buenas.

Ya hemos dicho por otra parte que Dorrego era un gefe valiente y además, ni creia ni queria creer que el ejército del Brasil viniera á derrocarlo.

No pudiendo convencerlo y viendo que la ciega confianza de Dorrego iba á ser la perdicion de todos, el patron de los Cerrillos cambió con él algunas palabras duras, y se retiró, dispuesto sin embargo á insistir hasta que le dieran las armas que pedia.

La conjuracion entre tanto aceleraba todos sus trabajos, pues el movimiento no debia retardarse.

Podia apercibirse de ello Dorrego y

entonces no poder hacerlo de la manera tranquila y pacífica que estaba convenido.

Al dia siguiente, á la tarde, debia tener lugar el banquete anunciado.

Estaba convenido que á la terminacion de aquel banquete, Lavalle se pondria al frente de sus tropas, é iria á anunciar á Dorrego que podia retirarse á su casa, puesto que su Gobierno habia caducado.

La conspiracion estaba tan bien preparada, que á última hora no trataban ya de ocultarla.

Rosas mandó entonces un anónimo á Dorrego, anunciándole lo que sucedia.

Al mismo tiempo se veia con sus amigos influyentes, para que estos fueran al Fuerte, y convencieran á Dorrego de lo que pasaba y lo hicieran tomar prontas medidas.

Dorrego recibió el anónimo, escuchó á las personas que fueron á verle, pero no creyó en el movimiento que se le anunciaba.

Era terquedad de Dorrego ó era un convencimiento ciego de que Lavalle no fuese capaz de derrocarlo?

Dorrego no quiso tomar medida alguna de precaucion.

Pero para satisfaccion de aquellos que habian ido á verle. les prometió conferenciar con el general Lavalle al siguiente dia.

Tarde de la noche, volvieron á ver á Dorrego amigos influyentes, con una noticia más grave.

—La revolucion, le dijeron, es el postre que los gefes se preparan para la terminacion del banquete que les ha dado V. E.

Concluido este, van á salir á la calle, y dirijirse á la plaza de la Victoria.

El partido unitario, que es el autor del motin, los apoya con todos sus elementos.

Sin creer todavia Dorrego lo que se le decia, pero por agasajo á las personas que le llevaban la noticia, llamó á uno de los ayudantes de servicio, á quien dió la comision siguiente:

—Vaya Vd. ahora mismo á la Recoleta, y diga al gefe de más graduacion de los que están en el banquete, que se presente ahora mismo en el Fuerte, pues el Gobierno tiene algo urgente que comunicarle.

El ayudante partió y Dorrego despidió á sus amigos diciéndoles:

—Dentro de un par de horas podré demostrar á ustedes que sus temores no tienen fundamento alguno.

Podrá ser que los unitarios conspiren, pero nunca serán apoyados por las tropas del Brasil.

En el banquete de la Recoleta sucedia otra cosa muy diversa.

El general Lavalle, rodeado de las personas más influyentes del partido unitario, esperaba solo la hora de la diana para ponerse en marcha.

Arreglaban los últimos detalles del movimiento, cuando se presentó en el salon el ayudante del gobernador Dorrego y trasmitió la órden de que era portador.

El general Lavalle al escucharla, se puso pálido como un cadáver, y levantándose de la mesa, contestó al oficial con acento breve y duro:

—Dirá Vd. al gobernador Dorrego de parte del general Lavalle, que dentro de un par de horas iré al Fuerte, pero que será para sacarlo de las orejas del gobierno de un país que ha deshonrado.

Hay quien sostiene que las palabras de Lavalle fueron más groseras, pero nosotros nos atenemos á esta version que creemos más exacta y más en armonía con el carácter de Lavalle.

El ayudante se retiró aturdido con aquella contestacion, miéntras el general que la habia dado abandonaba el banquete y hacia echar diana, preparándolo todo para ponerse en marcha.

El general Olavaria salió tambien á po-

nerse al frente de sus temidos lanceros, comprometido á seguir el movimiento de su amigo y compañero de armas.

Se acercaban los sucesos terribles.

El coronel Dorrego esperaba en su despacho la contestacion de la órden que habia dado y que suponia seria la presencia del general Lavalle ó del coronel Olavarria que era despues de aquel, el gefe más caracterizado.

Rosas que acechaba los acontecimientos como el tigre que acecha una presa, volvió al Fuerte así que supo que Dorrego habia mandado llamar al gefe más caracterizado.

—Todavia es tiempo. Sr. Gobernador, le dijo.

Podemos irnos con los elementos necesarios juntos para organizar un cuerpo de ejército y venirnos sobre la ciudad.

Dentro de dos horas quizá será ya demasiado tarde, porque estaremos prisioneros de Lavalle.

—Yo no deserto mi puesto, señor general Rosas, replicó Dorrego con la soberbia de un soldado á quien se propone una capitulacion bochornosa.

Soy el Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, y sabré mantener mi puesto á pesar de todos y de todo.

—Es que sin ejércitos no se sostienen puestos, y desgraciadamente Lavalle tiene una division fogueada y habituada al triunfo.

—Yo tambien cuento con cuatrocientos hombres habituados á ser leales al Gobierno y un estado mayor digno como esos gefes.

Además, añadió, que ya he dicho á ustedes que no creo en semejante movimiento revolucionario.

—Quiera Dios que cuando se convenza de ello no sea demasiado tarde!

—Espere Vd. que vuelva mi ayudante y lo sabrá.

—No me parece difícil que su ayudante no vuelva, repuso Rosas algo incomodado, pues es lógico suponer que los revolucionarios lo hayan prendido.

Dorrego no respondió.

Empezaba á fastidiarse, fastidio que no trataba de ocultar á D. Juan Manuel.

Si habrá revolucion, pensaba Dorrego, esta no puede ser otra que la que Rosas me está por hacer, á cuyo fin me pide armas.

E iba á dar forma á su pensamiento con la franqueza que le era habitual. cuando se dejó sentir en la pieza inmediata al despacho, un gran ruido de voces y espuelas.

Dorrego se levantó precipitadamente y fué á abrir la puerta del despacho.

Rosas se levantó y lo siguió.

Los momentos eran solemnes y aquellas espuelas anunciaban para él el estallido del movimiento que tanto temia.

Apénas hubo Dorrego abierto la puerta, apareció en su dintel el ayudante que habia conducido la órden.

En el aspecto del jóven podia conocerse á primera vista que era portador de algo muy grave.

Su semblante lívido hasta lo cadavérico, acusaba una emocion que no trataba de ocultar y en la fatiga de su respiracion se comprendia que habia hecho una jornada violentísima.

—Qué hay? qué es lo que sucede? preguntó Dorrego sin darle tiempo á nada.

Qué han respondido á Vd?

El oficial balbuceó un momento, secó el sudor que corria por su frente, y mirando á todas partes dijo:

—Me es imposible repetir lo que me han dicho, repuso, por sus términos groseros, pero se puede afirmar por ello que desconocen la autoridad del Gobierno.

—Pero qué han respondido á Vd? con cuál de los gefes ha hablado? preguntó Dorrego de una manera imperiosa.

—Ya que el Sr. Gobernador lo manda, no trepido en obedecer, replicó el oficial, balbuciente aún.

Hé aquí las propias palabras, salvo un término insolente:

—Diga Vd. al Gobierno que desconocemos su autoridad, y que dentro de dos horas iremos á sacarlo.... del Gobierno de un país que ha deshonrado.

—Los términos precisos! rujió Dorrego — los términos precisos, señor oficial!

—Que vendrian á sacar á V. E. de las orejas.

—Y cuál ha sido el gefe que ha dado esa respuesta?

—El general D. Juan Lavalle.

Dorrego agobió la cabeza inteligente, como si la revelacion de aquel nombre hubiera sido para él un golpe de maza.

Le costaba creer que el general D. Juan Lavalle le mandara una contestacion semejante y se pusiera á la cabeza de una revolucion.

—No hay tiempo que perder, le dijo el general Rosas.

Resistir á las fuerzas de Lavalle es una imprudencia y una imprudencia imperdonable.

Ya no habia tiempo de llevar los elementos que tanto necesitaba, pero si seria aún tiempo de salvar la cabeza.

Vamos, Sr. Gobernador, la campaña Sud de Buenos Aires es leal, y allí podrá encontrar el Gobierno tropas bastantes para imponer su autoridad.

—Yo no deserto mi puesto, volvió á repetir Dorrego, con una amargura infinita.

Pretendo resistir hasta el último momento, señor general, y abandonaré mi puesto cuando no haya más remedio.

—Pues yo me voy á cumplir con mi deber, dijo Rosas, preparándose á salir.

En el acto dispondré lo necesario para poder esperar á V. E. con un núcleo de fuerzas en Santa Catalina.

Cuando V. E. salga del Fuerte, sabe que allí tiene el campamento de las tropas del Sud.

Y Rosas salió aceleradamente.

Queria ponerse fuera del tiro de lo que iba á suceder.

Se fué á pié hasta su casa de la esquina Moreno y Bolivar, y montando sobre un caballo que habia en la puerta ya preparado, se puso á escape, seguido de cuatro ó seis soldados de su regimiento, que lo esperaban.

Dorrego quedó en el Fuerte rodeado de sus amigos y Ministros que habia mandado llamar con anticipacion, y se puso á tomar aquellas medidas indispensables para salvar la situacion.

Se mandó llamar al Fuerte el batallon de cuatrocientas plazas que constituia la guarnicion de Buenos Aires, y se preparó á todo evento.

Su caballo de confianza quedaba listo en la puerta del Socorro, en prevision de cualquier accidente fatal.

Dorrego se dejaba franca aquella salida, dispuesto á incorporarse á Rosas y venir con las armas en la mano á pedirle cuenta á Lavalle de aquel crímen político, segun la apreciacion de los federales.

El canto alegre y bullicioso de las golondrinas, empezaba á anunciar recien el amanecer del 1.º de Diciembre.

Cuánto suceso no iba á alumbrar la luz de aquella mañana magnífica!

En el Fuerte los oficiales recorrian sus puestos, ávidos de oir sonar el primer tiro que anunciara el combate.

De pronto se sintió un clamoreo espantoso, mezclado al ruido producido por la marcha de un regimiento de caballería.

Los gritos de ¡abajo Dorrego! muera el Brasil! viva Lavalle! vivan los unitarios! llegaron al Fuerte en una confusion imponente.

A la columna en marcha del general Lavalle se habian agregado miles de partidarios exaltados y otros tantos curiosos, de esos que poco se les supone esponer el pellejo, con tal de presenciar de cerca lo que va á suceder.

Aquella columna que venia rodeada de un prestigio insuperable, costeó la plaza

de la Victoria y siguiendo por la de 25 de Mayo, se dirijió al Fuerte.

La cabeza de la columna la formaba el bizarro batallon 5.º que mandaba el general D. Félix Olazabal.

Pero este gefe, fiel al Gobierno, no habia querido mezclarse en el movimiento y se habia quedado en los cuarteles.

El 5.º iba al mando del segundo gefe que pertenecia á Lavalle en cuerpo y alma.

Unas cuantas descargas recibió la columna ocasionándole algunas bajas, pero esta siguió su marcha con toda tranquilidad.

Al llegar á la misma puerta del Fuerte, Dorrego, que como hemos dicho era un valiente, y que se hallaba allí parado, tuvo una inspiracion que creyó salvadora.

—Batallon 5.º, gritó con una voz llena de energía y de autoridad: batallon 5.º! flanco izquierdo! marchen!

Empezaba la cabeza del batallon á obedecer aquella voz de mando del gobernador, cuando el segundo gefe que venia en el centro, corrióse á la cabeza gritando:

—Batallon! por el flanco derecho! guia á la derecha! marchen!

El batallon osciló un momento y siguió aquella última voz de mando.

Para Dorrego todo estaba entonces perdido.

El ejército venia decidido á obedecer á sus gefes y estos dispuestos á derrocarlo.

En el Fuerte además, no se habian podido reunir aún todos los elementos de que podian disponer y ya era inútil esperarlos.

La columna dió frente á la casa de Gobierno y Lavalle mandó un ayudante diciendo que, ó se le entregaba el Fuerte ó lo barria con sus tropas.

—El Gobierno de Dorrego ha caducado, añadió, ha caducado y cae bajo su propia vergüenza y la ignominia que representan los tratados de paz con el Brasil.

Recien sintió Dorrego toda la amargura de su situacion, sintiendo no haber hecho caso á los temores de Rosas y su urgencia de poner sobre las armas á las milicias del Sud.

Así el Gobernador Dorrego, convencido que la resistencia en la ciudad era una quimera, se dirijió á la puerta del Socorro, donde montó á caballo despues de decir á los que quedaban:

—Pueden contestar á Lavalle, que yo me voy por que así me conviene.

Que el hecho de abandonar el Fuerte, no importa abandonarle un Gobierno que ocupo legalmente y por la voluntad del pueblo.

Que dentro de poco me pondré frente á él, no descuidado y confiado como me ha tomado esta noche sinó con un ejército tan bueno como el suyo, y que entonces veremos si soy ó no soy el Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires.

Y montando á caballo salió solo en direccion á Santa Catalina, donde le habia dado cita el general Rosas.

Dos ó tres oficiales á él adictos, lo siguieron dispuestos á correr su suerte.

Los demás se plegaron á Lavalle ó se retiraron á sus casas.

Lavalle se dirijió á la plaza de la Victoria despues de ocupar el Fuerte, y anunció al pueblo que el Gobierno de Dorrego habia caducado y huido.

Que convocaba al pueblo á una nueva eleccion, recomendándole desde ya al gran ciudadano D. Bernardino Rivadavia.

Una comision compuesta de los miembros más caracterizados del partido unitario, fué en busca de este noble patricio comunicándole á nombre del pueblo lo que habia sucedido y pidiéndole que ocupara el Gobierno.

Pero se estrellaron con el gran carácter de aquel hombre incorruptible.

—Jamás, contestó Rivadavia, ocuparé un Gobierno conquistado por las bayonetas sobre la sangre del pueblo.

Los Gobiernos que nacen en las revoluciones, son Gobiernos malditos que no pueden dar á sus pueblos más que sinsabores y vergüenza.

—Su presencia en el Gobierno es la salvacion del partido unitario y la paz pública.

Desecharlo es un egoismo, pues es el pueblo quien á Vd. llama.

—Pues decid al pueblo que yo no puedo servirlo en esta ocasion, porque mi Gobierno seria un Gobierno implantado por la fuerza y un Gobierno contra ley y todo derecho.

Ah! si nuestros mandatarios y caciques presentes pensaran del mismo modo!

No los veriamos subir al poder sobre los cadáveres de los mejores hijos de la patria, y sobre la ruina de todo principio, de toda ley y de toda moral política.

Rivadavia fué incorruptible.

No hubo reflexion bastante ni razon suficiente para hacerle aceptar lo que él clasificaba de una vergüenza.

Los comisionados volvieron á la plaza á dar cuenta de lo que sucedia, y Lavalle se vió en la necesidad de asumir el Gobierno provisorio, miéntras el pueblo nombraba el que más confianza y simpatías le mereciera.

Las comisiones volvieron á ver á Rivadavia aquella noche, con nuevas instancias para que aceptara el Gobierno que el pueblo le ofrecia, pero el gran estadista, como le han llamado despues, fué inflexible.

Se negó de una manera que no dejó á los unitarios la menor esperanza.

—Rivadavia es un egoista, dijeron, que abandona á su partido en el trance más amargo!

No pensemos más en él, pues se niega por falta de valor para arrostrar la situacion.

Aquel corazon noble y recto, no era comprendido por sus correligionarios, que tan lijeramente lo juzgaban.

Una gran reunion tuvo lugar entonces en San Francisco, cuya reunion compuesta de los hombres más notables, nombró á Lavalle gobernador provisorio de la provincia de Buenos Aires, con encargo especial de terminar en la campaña la obra empezada en la ciudad.

El general Lavalle aceptó el Gobierno y nombró al Dr. D. Valentin Alsina su Ministro general, que debia autorizar todas las resoluciones que fueran del caso, las que por el momento, y en virtud del estado de las cosas, tendrian que ser violentas y enérgicas.

A Lavalle, como á los hombres que lo rodeaban, no se les escapaba que Dorrego habia ido á buscar la incorporacion de Rosas, con cuyo prestigio y elementos propios podia formar un cuerpo de ejército.

Era necesario anular por completo á Dorrego, y quitarle hasta el recurso de levantar la campaña contra la ciudad.

—Arrastrado por Rosas, decian, Dorrego no se parará en medios, por vergonzosos que sean.

Buscarán la alianza de todos los caudillos miserables enemigos de Buenos Aires, y se vendrán á ayudarlos al triunfo para saquear las estancias.

Lopez, Bustos, Quiroga, y tanto otro bandido, volarán á la perspectiva del saqueo y aniquilamiento de Buenos Aires, que no comete más crímen que pagarles subvenciones para que no lo invadan.

Y Lavalle no se equivocaba.

Su ódio contra el caudillaje bárbaro que se levantaba en aquella época, era un ódio terrible.

Temblaba al recordar que las provincias eran gobernadas por aquel elemento bárbaro y se estremecia de coraje al pensar que á Buenos Aires podia caberle igual suerte.

Lavalle disolvió la Legislatura y todo poder que emanara de Rosas, toda auto-

ridad que emanara de Dorrego, y se preparó á salir á campaña.

—Primero concluiré con Rosas y Dorrego, pues aquel es el caudillo que quiere treparse sobre Buenos Aires con el elemento más bárbaro.

En seguida continuaré con todos los otros, hasta concluir la santa cruzada que contra ellos me he propuesto seguir.

Ellos no podrán nunca reunir más que bandidos y montaraces.

Y vive Dios que con un escuadron de coraceros, ó con el regimiento de lanceros del bravo Olavarria, hay para pasear toda la República y concluir con los caudillos.

Por que Lavalle además del ódio profundo que por estos sentia, tenia el mayor desprecio por esas masas de gauchos y provincianos, á quienes consideraba inservibles como milicias y mucho más como milicias sin organizacion ni disciplina.

El general Juan Lavalle se preparaba, pues, á una gran campaña, pero que creia fácil y de rápida terminacion.

LA SANGRE DE DORREGO

Adónde habia ido Dorrego en su fuga precipitada?

Con el alma llena de amargura y amenazando de muerte al que llamaba un ingrato, disparó buscando la direccion de Santa Catalina donde creia encontrar á Rosas.

Pero Rosas no estaba allí.

Habia seguido hasta al Monte y pueblo de Lobos, donde tenia grandes elementos que reunir.

De allí habia enviado sus chasques á los Cerrillos, mandando que se incorporaran sus bravos colorados y los numerosos indios de que disponia.

Rosas temia, y con razon, en campo abierto, á las tropas aguerrilladas y habituadas al triunfo, de que disponia Lavalle.

Solo reuniendo muchos miles de gauchos podria disputar el terreno á Lavalle, si este, como lo presumia, salia á perseguir á Dorrego y obligarlo á la batalla.

Con Dorrego, Rosas jugaba allí su última carta, todo su trabajo de veinte años al servicio de sus sueños de ambicion.

Triunfante Lavalle y apoyado en el ejército del Brasil, el partido federal quedaba decapitado.

Por estas razones y con una actividad pasmosa, Rosas se multiplicaba para reunir sus gauchos y sus indios y esperar á Dorrego con un ejército numeroso.

El auxilio de Santa-Fé en aquellos momentos amargos, podia tener una influencia decisiva, y Rosas mandó chasques de toda su confianza al general Lopez, para que se pusiera sobre las armas é invadiera á Buenos Aires en apoyo de Dorrego.

Invadiendo Santa-Fé por el Norte, Lavalle tendria que fraccionar su ejército, y debilitarse por consiguiente.

En Areco estaba además de guarnicion el regimiento de Húsares, formado y mandado por el legendario coronel Rauch, de quien nos ocuparemos más adelante.

Dorrego creia contar con la lealtad de aquella tropa, pues el único elemento de desconfianza que habia entre ella era el coronel Rauch, á quien el mismo Dorrego separó del mando poco tiempo ántes de esos sucesos.

Rosas no participaba de esta creencia de Dorrego, pues sostenia, que aunque separado Rauch, los oficiales y la misma tropa serian leales á aquel gefe, é irian donde él les llamara.

Para mayor confianza, Dorrego habia nombrado gefe de aquel cuerpo al coronel Angel Pacheco, cuya lealtad creia incorruptible.

Se mandó, pues, aviso á ese gefe, para que se incorporase con los Húsares al grueso del ejército.

Dorrego llegó á Santa Catalina, donde no halló á Rosas como lo esperaba.

Pero en cambio encontró una escolta

que le habia dejado D. Juan Manuel, cuyo oficial le esplicó los trabajos que aquel habia ido á emprender al Monte y al partido de Lobos.

Dorrego, ya hemos dicho que era un militar bravo y de un carácter firme.

Habia salido de Buenos Aires dispuesto á mover la campaña para disputar el Gobierno á Lavalle.

Tenia, pues, que proceder con cautela para no caer en manos de la revolucion.

Para no llamar la atencion, despachó aquella escolta, con órden de incorporarse á Rosas, y prevenirle que pronto estaria á su lado.

En seguida se dirijió al rancho de unos paisanos que conocia, para meditar tranquilamente su plan de campaña.

En Santa Catalina no se conocia aún el movimiento que habia estallado en la ciudad, así es que á Dorrego le fué fácil inventar un pretesto para disfrazarse y esperar la noche.

No seria estraño que algunas partidas revolucionarias recorrieran los pueblos de campaña, más inmediatos y era preciso evitar por los medios posibles, encontrarse con una de ellas.

Cuando las primeras sombras de la noche se estendieron por el campo, el general Dorrego, disfrazado de pobre paisano y completamente solo, montó á caballo y tomó la direccion de Cañuelas, donde contaba con algunos elementos.

En Cañuelas, donde llegó al dia siguiente, ya más tranquilo y solo conocido de algunos parciales que lo rodearon, escribió al caudillo santafecino Lopez, dándole cuenta de lo sucedido, y á la sala de Representantes, anunciando que iba á levantar toda la campaña para venir á castigar aquel crímen político.

El general Rosas, agregaba, está ya al frente de un numeroso ejército, así es que dentro de pocos dias tendré á mi lado más de cinco mil hombres.

Devorando el despecho que sentia y dominando su sed de venganza, Dorrego descansó un momento en Cañuelas, y de allí se dirijió al campamento de Rosas.

Solo entonces permitió que lo acompañaran las milicias que se habian reunido á su llamado.

Cuando Dorrego llegó, ya Rosas tenia reunidos unos dos mil hombres, esperando que en dos ó tres dias más se le incorporarian sus colorados en número de cuatrocientos á mil, y como quinientos indios de pelea que tenia reunidos en los Cerrillos.

Era la primera vez que Rosas mostraba en todo su apojeo el gran prestigio que tenia en la campaña.

Incorporado Dorrego, Rosas le entregó todas las fuerzas de que disponia, empezando á cambiar ideas sobre el plan á seguirse.

Rosas era de opinion que, inmediatamente de efectuarse la incorporacion de las demás fuerzas, se corrieran al Norte, donde quedaban más próximos para recibir el auxilio que traeria Lopez en persona.

Dorrego era de opinion de mandar sublevar el Norte con algun jefe prestigioso, el coronel Izquierdo por ejemplo, dejar á Rosas en el Sud. y tomar él el centro.

Este no era un mal plan de campaña, por que cualquiera de estas tres divisiones que encontrara Lavalle, podia hacerse perseguir miéntras la más fuerte de las dos se dirijia á ocupar la ciudad.

Dorrego estableció en Lobos su cuartel general, esperando más fuerzas, y los acontecimientos que no podian tardar.

Impuesto el general Lavalle de los planes de Dorrego por la misma nota que este pasó á la Cámara, decidió ponerse en campaña inmediatamente, para batir á Dorrego y Rosas ántes que pudieran reunir más gente.

Era indudable que el caudillo Lopez de Santa-Fé, vendria en apoyo de Rosas y esta certeza llenaba de placer al bravo Lavalle, pues le brindaba la ocasion de

concluir una vez por todas con los principales caudillos á quienes por principio detestaba.

Y miéntras hacia sus preparativos de marcha, se le oía repetir su frase favorita de:

—Con quinientos de mis coraceros concluyo yo en un dia con todos los caudillos de la República, si se me presentan juntos.

El general Lavalle mandó órden al general Paz para que se moviera sobre Buenos Aires con el segundo cuerpo de ejército que á sus órdenes habia quedado en Montevideo.

En seguida delegó el mando en la persona del almirante Brown, y el dia 5 salió de la ciudad, con su division compuesta de mil quinientos hombres.

De esta division formaban parte los trescientos lanceros que formaban el bizarro regimiento 16 del coronel Olavarria, los cuatrocientos colorados de las Conchas mandados por el coronel Videla y un escuadron de cien hombres á las órdenes del coronel Olazabal, Manuel.

Todas estas fuerzas eran de caballería.

Tres dias despues de esta marcha, Lavalle tuvo conocimiento de la situacion del enemigo, y de los refuerzos que este esperaba del Norte por Santa-Fé y de los Húsares de Areco.

A estos últimos envió un chasque en nombre del coronel Rauch, para que se incorporara á ellos.

Este chasque debia ponerse en contacto con el comandante Escribano y el mayor Acha, segundos gefes del cuerpo y leales al coronel Rauch.

El general Lavalle marchó entonces á colocarse en el punto medio entre el Norte y Dorrego, cortando así á este sus comunicaciones más importantes y hostilizándolo para obligarlo á la batalla.

Sin embargo, Lavalle quiso hacer el último esfuerzo para evitar que se derramara sangre, y al efecto envió un comisionado al campamento de Dorrego.

Este comisionado que era el heróico coronel La Madrid, llevaba instrucciones de ofrecer plenas garantias á Dorrego y sus tropas, si se rendian á discrecion.

De otra manera, los atacaria con todo su ejército al dia siguiente.

Dorrego y Rosas tenian más de tres mil hombres y una vanguardia de indios de primer órden.

Aunque las tropas de Lavalle eran aguerridas y bravas, creyeron que tenian suficientes elementos para resistirlas y aún vencerlas.

Así es que Dorrego respondió á aquellas proposiciones con toda la arrogancia que le era susceptible:

—Es él el sublevado, dijo, y él quien tiene que pedir induljencia al Gobierno legal contra el cual se ha levantado.

Esto pasaba el dia 8 á la noche.

Terminada su comision, La Madrid regresó al campo de Lavalle, pues nada le quedaba que hacer allí.

Rosas le proporcionó un vaqueano, vaqueano que tenia órden de perderlo, pues de este modo retardaba su llegada y ganaban tiempo.

Rosas y Dorrego combinaron el plan que creyeron más seguro, que fué correrse al Norte, buscando la incorporacion de Lopez, que segun su respuesta, debia ya hallarse en marcha.

Y aquella misma noche se corrieron precipitadamente á Navarro, donde llegaron el dia 9.

De este modo creian evitar la batalla, pues era seguro que Lavalle, al recibir la respuesta que al dia siguiente le diera La Madrid, iria á encontrarlos á Lobos.

Pero este cálculo les salió fallido, pues el objetivo del general Lavalle era precisamente impedirles el paso al Norte.

En cuanto se le incorporó La Madrid en la mañana del 9, pues la noche anterior anduvo perdido, Lavalle decidió marchar á Navarro, para ocupar el pueblo sacando algunos elementos y enviar descubiertas en todas direcciones para ase-

gurarse del punto preciso que constituia el campamento del coronel Dorrego.

Dorrego empleó en Navarro todo el dia 9, en dar descanso á su tropa, y carnear en abundancia, pues las marchas que pensaba emprender al dia siguiente iban á ser penosas.

Lo casual de estas dos maniobras, iban á hacer que los dos enemigos se encontraran cuando ménos lo esperasen.

Al amanecer del 10, Dorrego desprendió una fuerte descubierta que debia mandar Rosas en persona.

Pensaba moverse en el acto y como buen militar queria tener la certeza de que el camino se hallaba espedito.

Miéntras salia Rosas, se quedó Dorrego organizando la marcha y haciendo montar los cuerpos en caballo de tiro.

De este modo al regreso de Rosas, podria ponerse en marcha inmediatamente.

Rosas llevaba cien hombres elejidos de sus mejores colorados y cincuenta indios vaqueanos y con los que podia contar ciegamente en un momento de peligro.

Hombre vivo y *gaucho*, habia hecho montar aquellos soldados á todo evento, en los mejores caballos del ejército.

Así iba seguro de poder ponerse en salvo, en caso muy posible de un mal encuentro.

Lavalle, segun cálculos, debia haber marchado á Lobos, pero podia haber dejado allí algunas fuertes partidas que ocuparan á Navarro.

No tardó mucho en tener noticias ciertas del general Lavalle.

Apénas habia andado dos leguas preparándose á contramarchar en la seguridad de que no habia enemigos, cuando se ensartó con la columna del general Lavalle, que venia forzando la marcha, y á cuya cabeza marchaban los lanceros de Olavarria.

Lavalle reconoció en el acto la tropa, y envió á Olavarria con un escuadron de su regimiento para que los batiera y descubriera el campo más adelante.

El entre tanto con el resto de la columna siguió en marcha forzada, presumiendo que el ejército de Dorrego no podia estar lejos.

Cuando Rosas divisó esta columna hizo alto, y convencido de que era todo el ejército de Lavalle, mandó dar media vuelta, y se puso en completa fuga.

Olavarria, con su entusiasta éscuadron, cargó sobre su espalda como una tormenta, y empezó á lancear la descubierta, con todo el brillo de aquella tropa sobresaliente.

Cuando Dorrego vió llegar á Rosas en aquel espanto, ó estado de dispersion, formó sobre tablas una línea de batalla, pues el combate era ineludible.

Segun observó, la fuerza que lo perseguia no podia ser otra que una avanzada, y antes que llegara el ejército de Lavalle, tendria tiempo de prepararse.

Dorrego tendió su línea en los campos de Navarro, dando las espaldas á una laguna, la izquierda y apoyada la derecha en un gran talar inmediato á la estancia de Almeida.

Componian la izquierda de la línea cuatrocientos indios chilenos del cacique Venancio, doscientos cincuenta pampas de Mariano Rosas y parte de los colorados, toda esta fuerza á las órdenes de Rosas.

Al centro habia dos piezas que se habian traido de la frontera, servidas por cincuenta hombres á las órdenes del teniente Parodi.

La derecha, mandada por el coronel Dorrego, la formaban ciento cincuenta Blandengues, mandados por el mayor Espinosa, el regimiento 1º de milicias, de 800 plazas, y el 2º de 900, por los coroneles Izquierdo y Pinedo.

Lavalle se presentaba ya, tranquilamente, con su bizarra línea así dispuesta.

A la izquierda los regimientos 1.º, 3.º y 4.º, mandados por los coroneles Vega, Artayeta y Medina.

A la derecha, el regimiento 17 del coronel Suarez, que se le habia incorpora-

do, el brillante regimiento 16 de Olavarria y los coraceros de Lavalle.

En el centro y un poco á retaguardia venian los colorados de las Conchas mandados por el coronel Videla que en número de quinientos hombres formaban la reserva.

Lavalle viendo que Dorrego tenia formada su línea, siguió marchando sin alterar el órden de la suya, y como á cuatro cuadras de distancia, lanzó su izquierda sobre la derecha del coronel Dorrego, que mandaba personalmente.

El choque fué rudo y terrible.

En vano el valiente Dorrego se multiplicaba, en vano alentaba á sus soldados con la palabra y la accion, en vano hacia esfuerzos desesperados, no pudo contener el empuje de aquellos cuerpos, que chocaron de una manera terrible.

Su derecha fué envuelta, despedazàda y obligada á dar la espalda.

Las dos piezas de artilleria jugaban entretanto con éxito feliz, sobre la derecha de Lavalle.

Viendo esto el denodado general, resolvió cargar sobre las piezas y sobre Rosas, para de este modo apagar los fuegos de la piezas, é impedir que Rosas protejiese á Dorrego.

Con este propósito lanzó su derecha sobre la izquierda que mandaba Rosas y cincuenta coraceros sobre aquellas dos piezas de artilleria.

El teniente Parodi se sostuvo más de cinco minutos haciendo una resistencia heróica y disputando al sable de los coraceros aquellos dos cañones que tanta falta hacian para el éxito de la batalla.

Pero, cómo disputar el triunfo á soldados ensoberbecidos con su valor y sus triunfos?

Las dos piezas cayeron en poder de aquellos leones, y fueron arrastradas hasta el centro de la reserva.

Olavarria y Suarez, cargaron sobre las indiadas de Rosas con aquel brio y denuedo que dan la confianza segura del triunfo.

Los indios chilenos echaron pié á tierra, miéntras que los de Mariano Rosas y los colorados se estendian en una larga ála, aguzando todo el ingenio de su estratégia.

Fué aquí donde se trabó el combate más récio y reñido.

Olavarria y Suarez se multiplicaban en el entrevero, atendiendo á donde el combate era sostenido con ménos vigor, pero aquellos malditos indios cerrraban sus enormes claros, dispuestos á no abandonar el terreno.

Entre tanto, la derecha de Dorrego; al dar vuelta, se habia encontrado con el talar á la espalda, que dificultaba completamente la huida.

Allí empezó entonces la verdadera carniceria, una carniceria horrible.

Dorrego, comprendiendo que todo era inútil por aquel lado, tendió su mirada, desesperado y vió que la izquierda se sostenia aún con estraño brio.

Se corrió á aquel lado, aunque comprendiendo que todo estaba perdido, é invitó á Rosas que se retirara á las Saladas, donde aún podrian rehacerse con la incorporacion de los húsares, que no debian tardar.

—Es mejor huir á Santa-Fé á buscar la incorporacion de Lopez que debe tener un fuerte ejército reunido.

—Yo no puedo abandonar la Provincia de que soy Gobernador, contestó Dorrego, con una altaneria infinita.

—Me reharé con los húsares y triunfaré ó caeré con ellos y será lo que Dios quiera.

—No tengo mucha confianza en los húsares porque Rauch está con ellos, dijo Rosas con su increible sagacidad.

Ese cuerpo pertenece á Rauch, hasta el último soldado, como mis colorados á mí.

Si usted se va entre ellos, mucho me temo que lo vendan y lo entreguen como á un Cristo.

—Tengo confianza en Escribano, y sobre todo en Pacheco.

—En Pacheco no digo que no, pero Pacheco nada pódrá. El manda el cuerpo aparentemente porque es su gefe—pero en un caso de conflicto, los húsares seguirán más á sus viejos oficiales.

—Son quinientos soldados de primer órden, que es más de lo que necesitamos para formar otro ejército.

—Pero son soldados que en una circunstancia dada se pueden convertir en otros tantos enemigos.

—Suceda lo que Dios quiera. estoy resuelto á hacerlo así.

—Pues yo me voy á Santa-Fé, dijo Rosas, de donde vendré á protejerlo con un ejército fuerte y bien organizado.

Me felicitaré de llegar á tiempo y de que los húsares no lo hayan vendido antes.

Dorrego sonrió bondadosamente ante tanta desconfianza y estrechó la mano de Rosas.

Este que tenia preparada con anticipacion su tropilla, en prevision de una desgracia, montó su mejor caballo y seguido de un grupo de soldados tomó hácia Rojas, buscando el camino de San Nicolás.

Dorrego se retiró del campo de batalla, con una compañia de Blandengues, en rumbo á las Saladas, donde estaba su hermano D. Luis y donde suponia ya á Pacheco con los húsares.

El coronel Dorrego iba lleno de vergüenza y amargura.

Humillado como Gobernador de Buenos Aires y como gefe del ejército. habia sido abandonado por quien creyó hasta entonces su amigo más leal.

Y apresuraba la marcha hácia la casa de su hermano, buscando un doble consuelo.

Un pecho noble y cariñoso donde derramar lá pena que lo ahogaba, y un cuerpo que podia ser el plantel de un ejército triunfante.

El 10 llegó el Gobernador Dorrego á la estancia de su hermano, donde tomó algun descanso y algun consuelo.

A las diez de la noche se puso nuevamente en marcha, acompañado de su hermano, buscando la incorporacion de Pacheco que no debia andar lejos.

Efectivamente, al poco andar, los dos hermanos hacian alto ante el numeroso y aguerrido regimiento de húsares, que era toda su esperanza.

Regresaron á lo de D. Luis y allí tuvieron una conferencia con el coronel Pacheco.

—En los húsares está mi salvacion, dijo Dorrego.

Tiene Vd. plena confianza en ellos?

—Es tropa muy bien disciplinada y muy moral, respondió aquel gefe.

Podemos contar con ella, como cuenta conmigo V. E.

Estaban combinando el punto á donde debian dirijirse, cuando entraron á la pieza donde estaban conversando, el comandante Escribano y el mayor Acha.

Ambos estaban pálidos y trémulos, como dominados por una impresion fuerte y estraña.

—Qué es eso? preguntó Pachecho, poniéndose de pié.

—Qué sucede? esclamó Dorrego, acordándose, demasiado tarde, de los temores de Rosas.

—Sucede, contestó insolentemente Escribano, que son Vds. mis prisioneros y que no deben hacer resistencia.

Dorrego y Pacheco echaron mano á sus espadas, pero Escribano saltó hasta el dintel de la puerta, donde se detuvo diciendo:

—Inútil es toda resistencia.

Si Vds. no se entregan, los hago fusilar.

Y mostró del lado de afuera de la puerta, cincuenta húsares formados.

—Cúmplase la voluntad de Dios, dijo Dorrego.

Rosas tenia razon, y yo venia á ensartarme entre traidores, cuando creia venir entre oficiales de honor y dignos.

—Entregarse es ir á la muerte! repuso el coronel Pacheco.

—Sea lo que Dios quiera, esclamó, dirigiéndose á Escribano y á Acha.

Señores traidores, soy su prisionero.

Y entregó su espada.

El coronel Pacheco lo imitó y los dos, bajo segura custodia, fueron conducidos al campamento de los húsares, desde donde el coronel Escribano mandó á Lavalle á darle cuenta de lo que habia sucedido, para cumplir las órdenes que de aquel gefe recibiera.

———

Cuando Dorrego y Rosas se retiraron del campo de batalla, la izquierda de Dorrego aún se sostenia, luchando con un encarnizamiento salvaje.

Los indios disputaban el terreno con increible bravura, pié á tierra y dispuestos á no abandonar el campo hasta no haber caido el último.

Pero cuando echaron de ménos la voz del caudillo, cuando comprendieron que Rosas habia huido ó caido entre los cadáveres, empezó á apoderarse de ellos una gran desmoralizacion.

Trataron entonces de combatir en retirada, para abandonar el campo lo más enteros que les fuera posible.

Lavalle, al verlos flaquear los hizo cargar vigorosa y decididamente por doscientos coraceros, que los echaron á la laguna, donde los esterminaron por completo.

Los indios de Venancio quedaron todos allí, enrojeciendo las aguas fangosas de la laguna.

Los de Mariano Rosas, más vivos y más vaqueanos del campo, aunque con numerosas pérdidas, lograron diseminarse y emprender la fuga.

El triunfo no podia ser más completo.

Lavalle quedaba dueño del campo, y habia destruido aquel primer ejército, quedándole la conviccion de que toda la resistencia que podian oponerle estaba vencida allí.

Campó con sus fuerzas en el mismo campo de batalla, y desprendió á Olavarria para que lo recorriera averiguando lo que habia sido de Rosas y Dorrego.

Pero ya Rosas estaba á muchas leguas de distancia y Dorrego ya sabemos la suerte funesta que le habia cabido.

En la madrugada del dia 11, el general Lavalle recibió la comunicacion en que se le annunciaba la prision de Dorrego.

—Que marche inmediatamente á Buenos Aires, ordenó y le entreguen al Gobernador delegado.

Escribano y Acha, con los prisioneros y seguidos de los húsares, emprendieron inmediatamente su marcha hácia Buenos Aires.

Lavalle, cuando dió esa órden, envió diferentes chasques, anunciando á sus amigos y cabezas del partido unitario, que la guerra civil habia tocado á su fin, con el triunfo de Navarro que habia ocasionado la dispersion del ejército, y la toma de Dorrego, que quitaba á los federales todo pretesto de hacer la guerra.

La cabeza de Lavalle era un cáos.

No se atrevia á tomar por sí determinacion alguna, y enviaba su prisionero á Brown, para que este, como Gobernador delegado, obrara segun su recta conciencia.

En cuanto se supo en Buenos Aires, por aquellos chasques la prision de Dorrego, los gefes del partido unitario se pusieron en movimiento y en agitacion.

Para ellos era preciso que Dorrego desapareciera de la escena política.

De otra manera el partido unitario se veria amenazado siempre y tendria que vivir luchando eternamente.

Así lo comunicaron á Lavalle, dándole á entender que la salvacion del partido unitario estaba en la muerte de Dorrego.

Error, funesto error de que más tarde tendria que arrepentirse!

Lavalle empezó á recibir primero estas comunicaciones, y la visita más tarde de los mismos que se las remitian.

Su cabeza era un volcan donde se revolvian por un lado sus deberes como miembro del partido que le pedia la cabeza de Dorrego y sus sentimientos nobles y caballerescos.

El aspecto del soberbio general Lavalle, no era entonces el aspecto de un general vencedor.

Parecia más bien un militar bajo el peso de una derrota, ó un hombre golpeado por la más cruel desventura.

Tanto le hablaron y tanto le escribieron, que Lavalle, sobreponiéndose á todo, decidió hacer el sacrificio que le imponia su partido, asumiendo toda su negra responsabilidad.

Porque Juan Lavalle era un espíritu tan grande y noble, que queria descargar á la conciencia de sus amigos, de un acto que él mismo calificaba de monstruoso.

Lavalle despachó un chasque, para que sin pérdida de tiempo alcanzara al comandante Escribano y le ordenara contramarchar hasta su campamento de Navarro.

Cuando el coronel Dorrego se apercibió de aquel movimiento de contramarcha, no tuvo duda ninguna del fin que le esperaba.

—Quieren mancharse con mi sangre, dijo.

Lo siento por ellos, porque no podrán levantar el calificativo de asesinos con que los marcará la historia.

Escribano forzó la marcha cuanto le fué posible y á la madrugada del 13 se hallaba en el campamento del general Lavalle, con sus tres prisioneros.

El Judas iba á recibir los treinta dineros de su infamia!

Al sentir Lavalle la presencia de Dorrego en su campo, se conmovió fuertemente.

Aún mantenia en su espíritu la fuerte lucha de lo que él creía un deber ineludible contra sus sentimientos.

Se negó á verlo y lo mandó conducir al cuerpo de guardia de los lanceros de Olavarria.

Su hermano fué puesto en libertad con la órden de alejarse de allí, lo mismo que el coronel Pacheco, á quien se intimó bajar inmediatamente á Buenos Aires.

Lavalle ahogó sus sentimientos, se sobrepuso á su corazon y mandó un ayudante con el funesto mensaje.

—Dice el general Lavalle que se prepare usted para ser fusilado dentro de dos horas.

Dorrego ni se conmovió siquiera.

Esperaba aquel acontecimiento desde que fué preso, y la noticia no lo sorprendia.

—Pregunte Vd. al general Lavalle, respondió con una serenidad de espíritu que probaba elocuentemente el hermoso valor de que estaba dotado:

Pregunte Vd. al general Lavalle, que si el imperio de las leyes ha muerto en la Provincia de Buenos Aires.

Lavalle sintió toda la rudeza de aquellas palabras, pero su resolucion era inquebrantable, y no era con palabras, como aquellas con lo que habia de cambiarse, más cuando se hallaba rodeado de personas que lo empujaban en aquella fatal pendiente.

Dorrego, tratando de aprovechar aquel plazo fatal que se le daba, pidió útiles de escribir y redactó algunas cartas, entre ellas una cuyo contenido es verdaderamente conmovedor.

Es una tierna elejia, cuyo original se conserva aún entre su familia, y que hacemos conocer hoy de nuestros lectores, como una prueba de aquel espíritu sereno:

« Mi querida Angelita, decia.

En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir.

Ignoro por qué; mas la Providencia divina, en la cual confio en este momento crítico, así lo ha querido.

Perdono á todos mis enemigos y su-

plico á mis amigos no dén paso alguno en desagravio de lo recibido por mí.

Mi vida: educa á esas amables criaturas.

Sé feliz ya que no lo has podido ser en compañía del desgraciado.

De los cien mil pesos que me adeuda el Estado en fondos públicos, solo recibirás las dos terceras partes y el resto lo dejarás al Estado.

Mi vida: mándame hacer funerales, y que sean sin fausto: otra prueba de que muere en la religion de sus padres

Tu—

Manuel Dorrego».

En seguida de concluir su correspondencia, y viendo que el momento fatal se aproximaba, mandó llamar á su antiguo amigo el coronel La Madrid, á quien pidió las distribuyera por la direccion de los sobres.

—Deseo, agregó, que sea usted quien me acompañe hasta el lugar de la ejecucion:

Aquella fué una dura prueba para el noble militar, que estaba ligado á Dorrego por una antigua amistad y un aprecio jamás alterado.

A la hora señalada se presentó un oficial, anunciándole que el momento solemne habia llegado.

Al mismo tiempo le rogaba subiese á un carruage que lo esperaba para condúcirlo al sitio destinado al último acto de aquella tragedia conmovedora.

—Es inútil, dijo Dorrego, siempre sonriente, y emprendió su marcha á pié, con paso firme y ademan altivo.

No podia sospecharse que aquel hombre fuera un condenado á muerte!

El ejército de Lavalle se hallaba formado en cuadro, esperando al reo cuya ejecucion debia presenciar.

Llegado al sitio funesto, se le acercó un oficial á vendarle los ojos, pero el coronel Dorrego lo rechazó con un ademan sereno y hasta cariñoso.

—Es inútil señor oficial. le dijo.

Los hombres como yo no tememos á la muerte.

Quiero mirar vuestros rostros hasta el último momento.

La tropa estaba conmovida y en los mismos soldados que debian cumplir la órden, se notaba un estremecimiento enternecedor.

Se comprendia que los tiradores trataban de evitar el encontrarse con su mirada serena.

Un momento despues se retiró La Madrid, despues de haber cambiado con Dorrego su última sonrisa.

Y al ponerse el sol de aquella tarde del 13 de Diciembre, se puso tambien para la vida del coronel Dorrego.

Sonó la voz de fuego á la que siguió una descarga y aquel hombre de estraordinario temple cayó para no volverse á levantar más.

Lavalle quedó aturdido.

Parecia que la vida de Dorrego al apagarse, hubiera llevado consigo algo de su propia existencia.

Sin embargo y con aquella grandeza de alma que era en él un dote especial, y para evitar que cayera sobre ninguno de sus amigos la responsabilidad de aquel acto, se sentó á su escritorio de campaña y pasó al Ministro de Gobierno la siguiente nota, que es un compendio de aquella jornada terrible.

Hé aquí su texto:

« Señor Ministro:

Participo al Gobierno Delegado que el coronel D. Manuel Dorrego, acaba de ser fusilado por mi órden, al frente de los regimientos que componen esta division.

La historia, Sr. Ministro, juzgará imparcialmente si el coronel Dorrego ha debido ó no morir; y si al sacrificarlo á la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, puedo haber estado poseido de otro sentimiento que el del bien público.

Quiera persuadirse el pueblo de Bue-

nos Aires, que la muerte del coronel Dorrego es el sacrificio mayor que puedo hacer en su obsequio.

Saludo al Sr. Ministro con toda atencion.

Juan Lavalle.»

EL CORONEL RAUCH

EL coronel D. Federico Rauch, era un distinguido oficial del batallon 1.º que habia venido emigrado junto con otros franceses de suma distincion.

Deseando trabajar para hacerse una posicion, se fué al campo, aprovechando una buena propuesta que se le ofreció.

Léjos de la ciudad, librada como estaba la campaña al malon impune de los indios, los pobladores tenian que hacer la defensa de las fronteras para que los indios no arrebataran sus intereses.

Asi empezó á figurar Rauch y á crear prestigio en la campaña, por la manera con que adiestraba sus peones para estos combates tan desiguales.

Rauch empezó á practicar así la especial guerra contra los indios, hasta que llegó á ser el gefe más caracterizado y competente.

Rosas habia mirado con celos muchas veces la preponderancia que tomaba Rauch, pero habia guardado silencio, esperando la oportunidad de echarle alguna zancadilla.

Porque miéntras Rosas contemporizaba con los indios tratando de atraérselos; miéntras él les servia de intermediario para tratar con el Gobierno y los alojaba en los Cerrillos, Rauch les hacia la guerra de la manera más decidida.

Sin pedir nunca auxilios al Gobierno, tenia el placer de organizar algunos peones que, aumentados por otros gauchos comedidos, solian subir á un número de cincuenta ó sesenta.

Y cuando tenia preparada esa especie de tropa, espiaba los malones, saliéndoles al encuentro y dándoles golpes récios en lucidos combates.

Estas relevantes condiciones de gefe de frontera, llamaron la atencion del Gobierno, que lo llamó al servicio en clase de comandante de milicias, dándole á cuidar una parte de la frontera.

Rauch habia conquistado así lo que más ambicionaba.

Una posicion militar frente á un enemigo tenaz y activísimo.

Rauch era un distinguido oficial de infantería, capaz de sacar un buen soldado del hombre ménos apropósito.

Se habia formado en la escuela del gran Napoleon, y á una instruccion militar esquisita, reunia un valor temerario.

—Este nacion es más guapo que las armas! solian esclamar los paisanos que combatian á sus órdenes, al verlo en alguno de aquellos formidables entreveros.

Pero se habia encontrado aquí con dificultades insuperables para otro hombre de ménos carácter que el suyo.

En primer lugar tenia que prestar sus servicios en una arma desconocida para él: la caballería.

Si esta caballería hubiera sido como la caballería de Ligni y Waterloo, ménos mal.

Pero se encontró con gauchos que tenian para el manejo del caballo una destreza práctica y un valor incalculable.

Que peleaban por que sí y por que debia vencer el más guapo.

La táctica y la disciplina era cosa desconocida para ellos, y lo que es peor, innecesarias.

El facon ó el sable eran armas insuperables y no necesitaban saber nada, porque con ser guapos, que todos lo eran, creian haber resuelto el problema de la guerra.

Rauch tuvo que dedicarse á hacer un profundo estudio del tipo que tenia que mandar, para darle en seguida una organizacion especial.

Era preciso sacar partido de ese conjunto de hermosas prendas que [illegible] la personalidad de un gaucho, para imprimirles espíritu de cuerpo, amor [illegible] cio y confianza en la buena [illegible].

Venciendo estas dificultades [illegible] á poco, el oficial francés [illegible] que tenia que luchar con [illegible] enemigo, especialísimo, de que no [illegible] la más remota idea: el indio.

Este enemigo, [illegible] rable y de una táctica [illegible] pechada por él, hacia [illegible].

Porque Rauch no [illegible] la bola perdida, á los [illegible] de todo cálculo, y á [illegible] rápidos y habilísimos, [illegible] niobra mejor preparada.

Sin embargo, siempre [illegible] y con una paciencia que no es muy general en los franceses, estudió la [illegible] de los indios, al estremo de que era el gefe que mejor la conocia.

Otra dificultad que [illegible] insuperable, pero que suplió hasta vencerla, fué la cuestion del caballo.

Rauch, que en Europa era un ginete regular, se encontró con que en América era el más detestable de los maturrangos.

Era otra escuela de montar, otros caballos, y otro campo de maniobras.

A pesar de sus enormes [illegible] era la vez que su mancarron no lo [illegible] vaba de cabeza.

De esta manera era imposible [illegible] guerra á los indios, siendo [illegible] el primer elemento.

A fuerza de golpes [illegible] le dijo un dia un paisano, [illegible] cidió á poner en práctica [illegible] ma escuela.

Desde aquel dia [illegible] les y pacíficos mancarrones, y [illegible] á montar cualquier caballo, [illegible] un potro lo más bravo.

Pero con esto solo logró hacerse un quintal de chichones y una buena cantidad de [illegible] aduras y sacadas de hueso: [illegible] perrazos que lo postraron en cama.

[illegible] un átomo en el arte de la [illegible].

[illegible] de sus progresos hípicos [illegible] una invasion de importancia [illegible] que disponia de muy escasos [illegible].

[illegible] que no podia [illegible].

[illegible] á su encuentro [illegible] era una bellaquería [illegible] tendria otro re[illegible] o arrojado por [illegible].

[illegible] poco al combate [illegible] mancarron de [illegible] con su osamenta, [illegible] podia montar [illegible]?

[illegible] lo mismo que presentarse de [illegible] la lanza de los indios.

[illegible] resuelto á salir á pelearlos [illegible] de á pié ó á las ancas de [illegible].

[illegible] Sr. [illegible]! le decian los paisanos.

[illegible] es usted muy maturrango y lo [illegible] á carnear los malones!

[illegible] para todos la bota de potro y no [illegible] con los indios sin ser de [illegible]!

[illegible] de acobardarse por estas risue[illegible], Rauch sintió picado su [illegible] y decidió de una manera [illegible] á los indios, á todo [illegible].

[illegible] con la idea de no hacer un [illegible] ante los paisanos, se puso [illegible] sobre su situacion.

[illegible] pensó y aguzó su ingénio, que [illegible] resolver la situacion de la manera más [illegible].

Cuando organizó sus gauchos y mandó ensillar un oscuro briosísimo que le habian regalado pocos dias antes, los paisanos se miraron llenos de asombro.

—Este hombre es loco y no le tiene consideracion á su cuero, dijeron unos.

—Este hombre es más guapo que las armas, dijeron otros, y es muy capaz de salirse con la suya!.

Cuando Rauch tuvo ensillado su caballo y lista la tropa, recien vino á revelarles su plan temerario, con una accion que demostraba hasta donde iba su valor.

Se hizo amarrar bien, con unos maneadores sobre el caballo y se puso á la cabeza de la tropa.

De esta manera estaba seguro de no caer del caballo y poder combatir con toda comodidad.

Los gauchos abrieron tamaña boca y comprendieron recien la clase de hombre que los mandaba.

Rauch amarrado sobre su caballo, y con solo sesenta ó setenta hombres, chocó con más de ciento cincuenta indios, los puso en fuga, y les arrebató parte del arreo haciéndoles más de veinte prisioneros.

Durante el combate, aquel hombre, despertó la admiracion de sus milicianos, infundiéndoles un respeto que jamás habian sentido por gefe alguno.

Por que Rauch se metia en lo más fuerte del entrevero, distribuyendo cada mandoble que ni mandado hacer, segun los gauchos.

Y estas escenas y combates se repitieron con tanta frecuencia, que el nombre de Rauch llegó á ser el terror de los indios y la ciega admiracion de los paisanos.

Aquellos jamás invadian por el Norte, donde estaba Rauch, y sus milicianos tenian una confianza sin límites en su valor y esperiencia.

A las órdenes de Rauch, hubieran peleado uno con veinte, plenamente convencidos de su triunfo.

Fué reconocido á tan brillantes servicios, que el Gobierno le confirió el empleo de coronel y lo autorizó á formar el célebre regimiento de húsares, notable por su espíritu de cuerpo y su ejemplar disciplina.

Rauch logró hacerse de esta manera un regular ginete y el terror de los indios, que decidieron no invadir jamás por los puntos que él cubria con su regimiento.

Más tarde Dorrego le quitó el mando de los húsares que habia formado, por intrigas de Rosas, dándolo al coronel Pacheco.

Pero los oficiales y soldados que él habia formado y educado, le pertenecian más que al mismo Gobierno, que les quitaba su gefe, como lo demostraron la noche de la prision de Dorrego y Pacheco.

Dados estos antecedentes sobre el personaje que entra en escena para desaparecer de una manera tan dramática, sigamos el hilo de nuestra narracion necesariamente interrumpido.

Rosas se habia ausentado á Santa-Fé, para ponerse en combinacion con Lopez, y levantar contra Buenos Aires todo el caudillaje del interior, como Quiroga, Bustos, etc.

A Rosas convenia la desaparicion de Dorrego, de la escena política, por que ella lo dejaria dueño del campo y cabeza del partido federal.

Sin embargo, él llegó á Santa-Fé, con el firme propósito de apurar á Lopez para que cuanto antes volase en apoyo del Gobernador derrocado.

Dos dias despues de su llegada, y cuando Lopez se movia con su ejército, los sorprendió la noticia del fusilamiento del coronel Dorrego.

—Lavalle es un miserable! esclamó Lopez y es preciso esterminarlo.

—Esterminémoslo, repuso Rosas, que en la muerte de Dorrego veia su absoluta preponderancia.

Lopez suspendió su marcha y envió chasques y pliegos para los caudillos Bustos y Quiroga.

La muerte de Dorrego, fusilado por

una simple órden militar, les hacia comprender que les esperaba igual suerte si llegaban á caer en manos del general Juan Lavalle.

Era aquel un reto á muerte lanzado al bandalaje, por un militar cuya fibra era demasiado conocida.

Al unirse todos contra Lavalle no hacian más que defender su cabeza, y prepararse de la mejor manera á sostener la guerra sin cuartel que les traeria indudablemente el valeroso militar.

Y miéntras Lopez tomaba sus medidas por el interior, Rosas despachó emisarios de toda su confianza para que se pusieran en contacto con los caudillejos que él habia formado en el Sur de Buenos Aires, y levantaran toda la campaña contra Lavalle, cuyo prestigio se limitaba á la ciudad y á la gente de verdadera respetabilidad.

Fué entonces que alzaron el poncho, el famoso Arbolito, Pancho el Ñato, y otros de la misma catadura, en combinacion con Mariano Rosas y otros capitanejos y caciques.

En aquellos momentos llegaba á Buenos Aires el digno y benemérito general Paz, al frente del segundo cuerpo de ejército, fuerte de mil quinientos veteranos.

Lavalle se habia apercibido tanto de la liga de caudillos que se hacia en el interior, como de los movimientos que hacian las indiadas de Rosas en la campaña de Buenos Aires.

Se le iba á ofrecer la oportunidad que tanto habia deseado, de encontrarse frente á todos los caudillos de la República, para hacerlos lancear por un escuadron de sus coraceros.

Lo más urgente de todo era impedir la formacion de un grueso ejército en el interior, y batir en detalle ó en conjunto á todos los caudillos.

Las operaciones en la campaña de Buenos Aires era fácil sofocarlas con cualquier regimiento de línea, pues él se preparaba á marchar sobre Santa-Fé, centro de operaciones del caudillaje y donde se formaba el ejército más sério.

Para contener el movimiento de la campaña, el general Lavalle nombró al coronel Rauch con sus húsares, y á un coronel Medina, que mandaba el 4.º regimiento.

El general Paz, con su cuerpo de ejército, recibió órden de moverse sobre Córdoba y batir todo mal elemento que se le pusiera al frente, destruyendo igualmente á Bustos y á Quiroga.

El se reservaba la campaña sobre Santa Fé, donde estaba el nido principal, con Lopez y Rosas á la cabeza.

De este modo se proponia Lavalle dar un golpe de muerte á los caudillos, su eterna pesadilla.

Para los gefes que como agentes de Rosas recorrian la campaña, y las fuerzas que estos podian reunir, bastaba con el poder que representaban el coronel Rauch y sus húsares.

Rauch se puso en campaña inmediatamente, y en persecucion de los grupos que por todas partes se levantaban.

El célebre Arbolito al frente de unos cincuenta gauchos y otros tantos indios, recorria la campaña buscando la incorporacion de grupos mayores y cometiendo todo género de iniquidades.

Por otros puntos, y capitaneando otros grupos más ó ménos numerosos, campeaban por sus respetos, el conocido Pancho el Ñato y un mayor del ejército de línea, Manuel Meza, que habiendo seguido las banderas de Dorrego, se incorporó á Rosas y vino como agente suyo á formar un cuerpo de caballeria en el partido del Monte.

El mayor Meza fué desgraciado.

Su montonera fué batida y dispersada, quedando él prisionero entre los húsares.

El coronel Rauch lo remitió á Buenos Aires, donde se le formó un consejo de guerra, que lo condenó á ser degradado y pasado por las armas.

Dos dias despues el sargento mayor Meza, despues de ser deshonrado ante las tropas que componian la guarnicion de la ciudad, fué fusilado.

La noticia de este nuevo fusilamiento, llevó á los gobernadores de la liga, célebre liga que se ha tratado de parodiar más tarde, el convencimiento de la suerte funesta que les esperaba.

—Hay que defender ahora hasta la cabeza, dijo Rosas á Lopez, y reunir todos los elementos posibles para destruir esta dictadura funesta.

Y mandó emisarios con órdenes terminantes á sus montoneros, de que se reunieran y atacaran á Rauch de una manera eficaz y decidida.

Derrotado Rauch, el partido federal podia fácilmente apoderarse de Buenos Aires, miéntras el general Lavalle se internaba en la provincia de Santa-Fé.

Los corifeos de Rosas reunidos en número de unos setecientos matreros, se incorporaron al cacique Mariano Rosas, que al frente de quinientos indios, me rodeaba por su cuenta y riesgo, campeando por sus respetos.

Esta columna, que se componia ya de mil doscientos hombres, se puso en marcha en demanda del coronel Rauch, que no queria otra cosa.

Sus cabezas eran Mariano Rosas, el coronel Gonzalez, Arbolito, Machado, Aguilera, comandante Almeida y Pancho el Ñato.

Almeida comandaba ciento veinte blandengues, que era lo mejor de aquellas tropas.

Hombres vivos y vaqueanísimos en la guerra de Montevideo, hicieron su plan de campaña, combinando una trampa que para que Rauch escapara de ella, tenia que ser más que gaucho.

En el campo conocido por las Biscacheras hallaron el elemento necesario á aquella trampa infernal.

En aquel campo habia un gran cañadon y pajonal, donde podian ocultarse perfectamente mil ó mil quinientos hombres.

Por el centro de este pajonal, habia un camino bastante ancho para dar acceso á varios regimientos.

Los montoneros resolvieron formar sus tropas en el centro de aquel camino, emboscando los indios de Mariano Rosas, entre el pajonal á ambos lados del camino.

En esta disposicion harian saber á Rauch que se encontraban allí.

Conocida la impetuosidad de aquel gefe, era fuera de duda que los cargaria en cuanto les echara la vista encima.

Entonces ellos huirian como en derrota y al pasar los húsares por el camino, persiguiéndolos, saldrian los indios flanqueándolos y tomándolos por retaguardia.

Así, cuando la confusion de la sorpresa se apoderara de las tropas, ellos darian entonces media vuelta y las cargarian de una manera terrible, como que entonces tenian segura la victoria.

Este famoso plan de batalla que deslumbró á Mariano Rosas, fué puesto en ejecucion inmediatamente.

Se emboscaron los indios en el pajonal y los dragones y milicias tomaron su colocacion en el centro del camino.

Desde los primeros pasos aquel plan diabólico empezó á dar los mejores resultados.

Al saber Rauch que todos los montoneros se hallaban juntos en las Biscacheras, se puso en precipitada marcha sobre ellos.

Lo acompañaban el comandante Melian y el comandante Medina.

El total de su tropa era como de quinientos hombres.

Al ver aproximarse al temido gefe, los montoneros se prepararon al combate, ocupando la izquierda los grupos del comandante Gonzalez y Arbolito, el centro los de Machado, Castro y Aguilera y la derecha los blandengues de Almeida, y las milicias de Pancho el Ñato.

Los indios se perdieron entre el pajonal de tal modo, que no los hubiera sospechado allí el ojo más perspicaz.

Cuando Rauch vió que el enemigo se preparaba como si aceptara el combate, soltó una alegre carcajada, y prometió á sus tropas el más entretenido de todos sus dias.

Sobre la marcha no más desplegó en batalla la mitad de sus húsares, escalonando el resto por mitades.

Y se lanzó á la carga de la manera decidida y brava que sabia hacerlo.

Apénas habian chocado, los montoneros dieron una rápida media vuelta y se pusieron en precipitada fuga.

—A ellos y á cuchillo! gritó Rauch, poniéndose á la cabeza de lo que creyó una persecucion.

Cuán cara habia de costarle su confianza!

Apénas pasó por el sitio donde se hallaban emboscados los indios, salieron estos y lo flanquearon tomándole la retaguardia en medio de una griteria infernal.

Ante aquella tormenta que se les venia encima cuando ménos lo esperaban, las tropas vacilaron sorprendidas y se detuvieron.

Comprendiendo el peligro y dominando la situacion por completo, el valiente Rauch hizo un rápido cambio de frente sobre sus flancos y retaguardia, trabándose un combate sangriento.

Los montoneros que no esperaban más que esto, dieron media vuelta y se les vinieron sable en mano, por lo que venia á ser un flanco derecho.

No habia lugar á alimentar la menor esperanza.

Aquello era un desastre, y un desastre terrible.

Rauch estaba completamente envuelto y envuelto por un enemigo que le habia preparado aquella situacion.

La carniceria más espantosa empezó entonces sin cuartel ni compasion.

Rauch, dueño de sí mismo y de la situacion, á pesar del rudo golpe que recibia, comprendió que no habia más salvacion que la retirada, y una retirada rápida é inmediata.

Organizó como pudo los escuadrones, é intentó forzar el paso, logrando hacerlo, aunque á costa de grandes pérdidas, con los dos primeros escuadrones.

Con ellos se puso á escape tratando de organizarlos sobre la marcha, para volver en seguida á la carga, pero su tentativa fué inútil.

Los indios se les fueron atrás, lanceando á su completa eleccion, en medio de desaforados alaridos.

Rauch apuró entonces la carrera del escelente caballo que montaba.

Se trataba de salvar el pellejo y era una tontera fiarlo y sacrificarlo á la lanza de los indios, sin el menor provecho.

Su caballo era sobresaliente y muy capaz de salvarlo.

Pero el indio tiene mil recursos para contener la marcha del caballo que quiere alcanzar.

No habia corrido Rauch tres cuadras, cuando veinte pares de bolas zumbaron en el aire, y su caballo rodó atado de las cuatro patas, arrastrándolo en su caida.

Rauch se vió rodeado de indios inmediatamente que se disputaban el derecho de herirle primero.

Quiso hacer uso de su sable y una pistola que llevaba en la mano izquierda, pero un bolazo terrible dado en la cabeza, lo aturdió por completo, privándolo de toda accion.

Entónces los indios dieron rienda suelta á sus instintos salvajes.

Lo lancearon de tal manera, que cinco minutos despues no se veia en su cuerpo un centímetro cuadrado que no tuviera una lanzada.

Acababa de cerrar los ojos el valiente soldado, cuando los indios prestaron atencion á una gran algazara que se sentia á su derecha.

Era el coronel Nicolás Medina, que corria igual suerte.

Los indios abandonaron el cadáver de Rauch para tomar parte en la nueva carniceria.

Entónces la china Luisa, célebre despues, que habia asistido á la accion, echó pié á tierra y ayudada por un indio completó la obra de sangre.

Rauch fué degollado y despojado de todas sus prendas de vestir.

La persona que nos ha dado estos datos, hombre de 68 años de edad, la vió muchas veces á la china Luisa usar el gorrete bordado de oro, un lujoso polí, de la forma que lo usaban los soldados de su regimiento.

Pocos fueron los soldados que lograron escapar á aquella terrible carniceria.

Con este triunfo inesperado, los montoneros adquirieron un prestigio fabuloso.

Grandes partidas se les incorporaban diariamente, y sus grupos se acercaban cada vez más á la ciudad, en donde habia mucho elemento hostil á Lavalle, que empezó á plegárseles.

Arbolito fué el encargado de llevar á Rosas el parte verbal del ruidoso triunfo de las Biscacheras.

Rosas decidió entonces venir á ponerse al frente de los grupos y levantar en la campaña un poderoso ejército.

Entre tanto Lopez entretendria á Lavalle, para dar tiempo á que Rosas pusiera sitio á la ciudad y la tomara si era posible, á cuyo efecto se le incorporaria con el ejército santafecino.

EL PUENTE DE MARQUEZ

LAVALLE entre tanto, y miéntras Paz operaba sobre Córdoba, se habia internado en la provincia de Santa-Fé en demanda del caudillo Lopez y el formidable ejército que decian habia reunido.

Tenia una ciega confianza en su tropa y para él el triunfo solo estaba en chocar con el enemigo.

Militar de escuela y apto, despreciaba esas milicias reclutadas de las estancias, sin disciplina y tenia la conviccion profunda de que no habia ejército formado con aquellos elementos, por numeroso que fuera, capaz de resistir una carga de sus coraceros, ó de los lanceros de Olavarria.

Pero desde que pisó la provincia de Santa-Fé, empezó á sentir los efectos desesperantes de la guerra de montoneros, efectos que no conocia prácticamente.

De pronto hallaba sobre su flanco derecho ó izquierdo una columna de mil ó más hombres, que parecia venir á flanquearlo.

Lavalle desprendia entonces á sus coraceros, ú á Olavarria con sus lanceros, pero al chocar, la columna se dividia en mitades, grupos y pelotones, y desaparecia en dispersion sin que pudieran darle alcance.

Y cuando Olavarria volvia contrariado por aquella fuga que le habia burlado una brillante carga, aquella misma columna ú otra análoga aparecia por el otro flanco, ú hostilizando la retaguardia.

Lavalle volvia á desprender otra fuerza á batirles, pero sucedia lo mismo que con la anterior.

El enemigo se dispersaba antes de chocar, volviendo á aparecer por otro lado, siempre en son de carga y preparado á la fuga en caso de ser cargado.

Los gefes empezaron á perder la paciencia, y á espiar las columnas enemigas con una especie de frenesí.

Pero nunca logrando el placer de poder darles la más insignificante carga.

Y esto no era nada, porque solo se referia á las marchas, rompiendo su monotonia.

Habia otra cosa peor, capaz de poner en su colmo, la misma paciencia del buen Job.

Apénas campaba el ejército para repo-

sar las largas marchas, y carnear, las columnas enemigas empezaban á presentarse por todas direcciones, como salidas de la madre tierra.

Si las cargaban, se hacian humo de la misma manera que habian aparecido, y si no las cargaban, eran capaces de venir hasta los fogones á hostilizar á los soldados.

Aquella era una situacion desesperada, que no podia seguir sin gran perjuicio del ejército de Buenos Aires, que no comia, no dormia, ni siquiera marchaba á su entera satisfaccion.

Lavalle decidió entonces apresurar sus marchas todo lo que se lo permitieran sus estenuadas caballadas, para caer sobre Lopez obligándolo al combate como á Dorrego y aniquilarlo.

Al cabo de dos dias de continua y mortificante marcha, el general Lavalle avistó al ejército de Lopez que estaba tranquilamente campado.

Lavalle tendió su línea sobre la marcha y avanzó para obligarlo á la batalla.

Pero el plan de Lopez era muy diverso.

El queria aniquilar y destruir al general Lavalle, pero sin arriesgar una batalla.

Para esto lo habia hecho hostilizar continuamente, con el objeto de arruinarle y fatigar sus caballos.

Hombre vivo y práctico sabia que Lavalle era un militar distinguido, reconociendo la gran superioridad de las fuerzas que mandaba.

Una batalla entre sus paisanos, aunque fogueados, con los veteranos del Brasil, tenia que serle fatal forzosamente.

Siendo de caballería la mayor parte de las tropas que mandaba Lavalle, Lopez tomó con empeño el plan de aniquilarle las caballadas y reducirlo así á un miserable estado de inmovilidad.

En estas condiciones podria entonces arriesgar una batalla, puesto que en caso de ser derrotado no podria ser perseguido.

Lopez, desde que comprendió que Lavalle se le venia encima, obligándolo al combate, formó sus tropas en columna de marcha y se puso en retirada rápida.

Lavalle desprendió partidas lijeras que le picaran la retaguardia de un modo tenaz, creyendo que de este modo lo obligaria á dar vuelta.

Pero aunque en esta persecucion perdió algunos hombres, Lopez continuó su retirada apurando sus caballadas á riesgo de postrarlas.

Lavalle fué internándose insensiblemente en la provincia de Santa-Fé, halagado siempre con la esperanza de dar alcance á Lopez y obligarlo á la batalla.

Con pilleria esquisita, Lopez lo llevó á un campo de pasto dañoso, desapareciendo en seguida como si lo hubiera tragado la tierra.

Lavalle campó allí para dar descanso á la tropa y caballos, convencido que para vencer á Lopez seria necesario sorprenderlo y aniquilarlo.

Pero aquel descanso fué fatal para su ejército, pues las caballadas que se soltaron aquella noche para que comieran á discrecion, se enfermaron con aquel pasto terrible, perdiendo muy cerca de la mitad.

Para colmo de desventuras, cuando trataba de ponerse en retirada, á su vez, recibió una noticia que hizo cambiar radicalmente su plan de campaña.

Esta noticia no era otra que el desastre de las Biscacheras y la destruccion de las fuerzas que mandaba el valiente Rauch.

Permanecer en Santa-Fé desamparando á Buenos Aires, era una locura que demasiado la comprendia Lavalle.

El caudillaje se apoderaria ó estaria apoderado de la campaña de Buenos Aires.

Rosas en persona habria ido á levantar todo el gauchaje, y la primer medida que adoptaria seguramente, seria interceptar la comunicacion con la capital, centro de todos sus elementos.

Era preciso volar en socorro de Buenos

Aires, antes que el cataclismo temido fuese á realizarse.

Y tenia que andar muy listo para llegar á tiempo.

Rosas, á quien Lopez habia nombrado mayor general de su ejército, levantó en un momento más de diez mil gauchos que acudian á incorporársele de todas partes, con caballo de tiro y hasta con tropillas.

Lopez, con las mejores tropas se preparaba á incorporársele, invadiendo la provincia de Buenos Aires, tan pronto como Lavalle hubiera salido del territorio de Santa-Fé.

El digno jefe de aquellos veteranos, ennoblecido por las victorias alcanzadas sobre el Brasil, se puso en marcha con tal precipitacion, que parecia aquella una tropa que huia de un enemigo vencedor.

Y Lopez, queriendo destruirlo lo más posible, empezó á desprender partidas que, como á su llegada, principiaron á hostilizarlo de una manera terrible, obligándolo á hacer cubrir la retaguardia por sus mejores tropas.

Y como muchas veces trataran de arrebatarle sus caballadas de reserva, tuvo que hacer pasar estas al centro de la columna de marcha, protejiéndolas de esta manera, contra cualquier avance.

A principios del mes de Abril se le incorporó el general Paz, para abandonarlo en seguida, combinando un nuevo plan de campaña que diese mejores resultados.

Miéntras el general Lavalle venia á protejer la campaña de Buenos Aires, tratando de deshacer el ejército de Rosas y Lopez, el general Paz debia marchar sobre Córdoba para dar en tierra con el poder de Bustos, que no era despreciable, y marchar en seguida al interior donde Facundo Quiroga levantaba sus masas de Uanistas y puntanos, contra el partido unitario y en sosten de Rosas.

Lavalle se separó de Paz, seguro del éxito que obtendria este en el interior, y siguió su violenta retirada hácia Buenos Aires, donde llegó con su ejército muy fatigado y completamente á pié.

Pero Lavalle no era gefe de permanecer en inactividad, cuando cruzaba por momentos tan solemnes.

En cuanto pisó tierra porteña, envió emisarios para que hablaran con los directores del partido y estos le proporcionaran caballos donde hacer montar la tropa estenuada.

La campaña Norte no era tan partidaria de Rosas como la campaña del Sur.

Se podia sacar de ella hombres hostiles á Rosas y sobre todo elementos de movilidad, que era lo que más urgentemente se necesitaba.

Entre la gente de posicion y de fortuna, era sobre todo donde se contaban más enemigos de Rosas.

Los pobladores del Norte acusaban á Rosas de fomentar las frecuentes invasiones que de Santa-Fé les traia Lopez, y veian en Lavalle el poder que debia concluir con aquel compadrazgo innoble y ávido de asaltar el poder y la riqueza pública.

Así es que Lavalle se vió rodeado bien pronto, no solo de la jente de más valer de la campaña Norte, sinó de magníficos elementos de movilidad.

No solo montó sus soldados en caballos de primer órden, sinó que en un par de dias juntó la más magnífica caballada que jamás hubiera poseido el ejército.

Esto tenia la doble ventaja de que no solo Lavalle se rodeaba de magníficos elementos, sinó que quitaba estos á Lopez, quien seguramente invadiria por aquella parte de la provincia.

Disponiendo de estos brillantes auxilios Lavalle se corrió al Sur inmediatamente y se puso entre Rosas y la ciudad, lo que era ya muy importante.

Rosas habia levantado un ejército incalculable, pues habia llegado hasta rechazar contingentes por que juzgaba que nunca podria necesitar tanta gente como la que tenia reunida.

Cuando Lavalle evacuó el territorio de Santa-Fé, Lopez se puso en su seguimiento, hostilizándole á su vez la retaguardia, lo que hizo verdaderamente aciaga la retirada del bravo general.

Y preparándose á correrse buscando la incorporacion de Rosas, despachó tres chasques poniendo á Bustos en conocimiento de lo que pasaba, y anunciándole que el general Paz quedaba allí aislado, y que seria muy fácil destrozarlo, más aún, si se ponia de acuerdo con Quiroga para un ataque general.

De modo que cuando Lavalle llegó á Rojas, Lopez se inclinó más al Norte y de allí se corrió al Sur, buscando su mayor general.

Rosas tenia ya una soberbia columna de doce mil ó más gauchos y un par de mil indios que componian su vanguardia.

Lopez se le incorporaba con dos mil quinientos hombres, milicianos pero adiestradísimos y bien fogueados en las continuas correrias del caudillo santafecino.

Con tanta tropa reunida, no era difícil que las de Lavalle, en una desproporcion de quince por uno, sufrieran un contraste.

Lavalle tuvo noticias exactas de las fuerzas de que disponian Lopez y Rosas, pero no por esto se arredró.

Por el contrario, alegrándose de tomarlos reunidos para concluir con ellos, se corrió hasta el Puente de Marquez, campos de Alvarez, donde se situó esperando conocer exactamente la posicion del enemigo.

Toda la fuerza de los caudillos, como la de Lavalle mismo, eran de caballería.

Este último, como militar de escuela comprendió que, apoyando sus mil veteranos en unos quinientos infantes, el triunfo estaba de su parte.

Aquella infantería podia recibir entre sus fuegos cruzados las masas de caballeria enemiga y obligarlas á dar vuelta.

Entonces solo quedaria á sus caballerias el trabajo de perseguirlas en su media vuelta y lancearlas por la espalda.

Con este propósito mandó pedir al almirante Brown las fuerzas de infanteria que se hallaban en la ciudad, esperando su incorporacion para moverse sobre el enemigo.

Pero Lavalle tenia que luchar con Lopez que era la astucia personificada y con Rosas que, á la par de una sagacidad asombrosa, reunia una audacia imponderable.

Los caudillos viendo que Lavalle no se movia del Puente de Marquez, sospecharon que esperaria algun refuerzo de la ciudad, y resolvieron atacarlo antes que ese refuerzo llegara.

Con ese intento movieron sus grandes masas sobre el Puente de Marquez, decididos á ahogar las escasas fuerzas de Lavalle, con su enorme superioridad numérica.

Traian como diez y ocho mil hombres, miéntras que el general Lavalle solo tenia á sus órdenes los mil veteranos formados por los cuerpos que el lector conoce.

Supo con anticipacion que los dos caudillos se le venian encima, y sin arredrarse y perder un átomo de su confianza en el triunfo, se preparó á la batalla, anunciándolo á sus veteranos con su palabra tranquila y llena de fé.

—Dentro de dos horas, les decia, echaremos diana sobre los despojos de ese gauchaje y de esa indiada.

Lavalle habia recibido un refuerzo de más de mil hombres, en el momento que ménos lo esperaba, y la jornada cambiaba ya de aspecto.

Iban á tener que combatir tres contra diez y ocho, pero así mismo, para Lavalle la batalla era ganada por su parte.

A la aproximacion de aquel ejército, Lavalle tendió su escasa línea con un denuedo que hubiera hecho honor á los mejores soldados del mundo.

Dejó solo un par de regimientos de reserva y echó el resto de sus magníficas caballadas, un poco á la izquierda y á la retaguardia.

De este modo aquellas no podrian de ninguna manera embarazar sus movimientos. Rosas echó sobre Lavalle una vanguardia de dos mil indios, al mando de varios caciques, quedando con Lopez para organizar la primera línea de batalla.

Con tropas como las que mandaba Lavalle, un primer rechazo no era cosa asombrosa, así es que habia formado tres líneas de batalla, siendo la del centro compuesta de las mejores tropas.

En ella figuraban los colorados del Sur y la flor de las tropas santafecinas.

Debilitado, aunque venciera á la primera línea, Lavalle se estrellaria en la segunda, á la que no podria doblar.

La línea de Lavalle recibió la arremetida de los indios con un vigor asombroso.

A los cinco minutos de récio y encarnizado combate, tuvieron que volver caras bajo el sable inaguantable de aquellos guerreros.

Olavarria se puso á sus espaldas con sus memorables lanceros, y los salvajes fueron á guarecerse en la primera línea, dejando el trayecto sembrado por más de doscientos cadáveres.

Olavarria, obedeciendo las órdenes de Lavalle, volvió á replegarse á la línea, siendo seguido por tres ó cuatro regimientos, que no se atrevieron á aproximarse mucho.

Estos vinieron á estrellarse con los coraceros que para cargar solo esperaban que Olavarria concluyera su movimiento.

El choque fué terrible.

Los coraceros, habituados á vencer desde el primer momento cualquier obstáculo, irritados con la resistencia que encontraron en los regimientos que cargaban, se entreveraron y empezó la matanza sin trégua ni descanso.

La batalla, sangrienta batalla, se hizo entonces general en toda la línea.

Nuevos cuerpos envió Lopez á reforzar á los que primero cargaron, y en apoyo de los coraceros concurrió todo el ejército del general Lavalle.

Ante aquellos soldados espléndidos los cuerpos santafecinos primero y los milicianos de Rosas despues, cedian el campo, con claros enormes abiertos por el sable de aquellos.

Pero nuevos y nuevos cuerpos eran enviados al combate, y aunque vencedores, los soldados de Lavalle se encontraban con un enemigo siempre igual en número, siempre tenaz y siempre de refresco.

Lopez y Rosas se encontraban algo alejados del campo de batalla, haciendo avanzar los cuerpos que debian reemplazar á los que huian, y observando todas las peripecias del combate.

Estaban ellos mismos deslumbrados por la magnificencia de las tropas de Lavalle, y el valor magestuoso de aquel gefe denodado.

Lavalle notó con dolor que las caballadas de sus tropas estaban postradas y que era urgente hacerlas montar caballos de refresco.

Aprovecharia la primer ventaja para mandar á sus regimientos uno á uno, que practicaran aquella difícil operacion ante enemigo tan numeroso.

Pero desgraciadamente aquella necesidad de su tropa habia sido prevista por el astuto Lopez, que no perdia una sola faz de la batalla.

Hacia ya cerca de cuatro horas que estaban combatiendo al arma blanca, y por mejor que fuese la caballada de aquel ejército, era indudable que al cabo de este tiempo debia hallarse postrada.

Para quitar á Lavalle el recurso de sus caballadas de refresco, ya que no podia hacer desmayar el ánimo de sus tropas, corrió dos de sus regimientos á que las arrebataran.

Aquel movimiento fué observado por el gefe de la escasa reserva, quien la hizo correr hácia la izquierda para evitar el audaz y hábil golpe de mano.

Pero aquellos dos regimientos fueron seguidos por otros dos, y miéntras los

primeros entretenian á la reserva con un sangriento entrevero, los segundos arrebataron las caballadas, dejando á aquel ejército en su situacion más crítica.

Cuando Lavalle envió el primer escuadron á mudar caballos y supo lo que habia sucedido, empezó á comprender que seguir la batalla seria sacrificar sus tropas, sin otro provecho que matar mil hombres más al enemigo.

Vió que este tenia fuerzas para seguir combatiendo con tropas de refresco hasta el otro dia y resolvió retirarse del campo de batalla.

Cada soldado habia combatido como un héroe, y los que habian caido, habian caido sí, pero despues de postrar enemigos en número bastante para rodear sus cuerpos.

El general Lavalle reunió los restos de su ejército y empezó á retirarse del campo de batalla de una manera imponente.

Aquellos soldados que habian combatidó durante cinco horas sin desmayar un solo momento, abandonaban el campo de batalla con sus frentes erguidas hasta la insolencia, y con el sable siempre en actitud de herir.

Y aquellos dignos gefes de tales soldados, emprendieron la marcha detrás de sus respectivos regimientos, como si quisieran tener al honor de cubrir su retaguardia en la retirada.

Los soldados de Rosas y Lopez no se atrevieron á seguirlos, como si el respeto que inspiraba aquel valor sobrehumano los hubiera privado de toda accion.

—Me parece inútil hacerlos perseguir, dijo Lopez á Rosas.

Van diezmados, desmoralizados y á pié.

En sus condiciones, no tardarán en ceder á la primer tentativa de paz.

Y perseguirlos ahora es obligarlos á seguir batallando miéntras quede en pié el último de ellos.

Parece que esos hombres son de fierro para el combate.

El general Lavalle pudo, pues, retirarse sin ser molestado.

La bravura de sus soldados habia contenido al enemigo en una persecucion que debió emprender, dadas las condiciones tremendas en que se efectuaba aquella retirada.

De sus soldados no conservaba más que tres mil y de estos mismos, raro era el soldado y el oficial que no estuviera herido.

Los caballos completamente postrados, apénas podian sostener su ginete.

Hacerlos salir del paso era empresa imposible.

El general Lavalle dejaba así en aquel campo de batalla, como trescientos hombres muertos y seiscientos heridos.

El ejército enemigo habia perdido el triple de esta cifra, más tal vez, pero poco le suponia.

Solo habia lanzado al combate como siete mil hombres, quedando más de ocho mil, que como Lopez y Rosas, solo fueron espectadores de la sangrienta batalla.

Dejando á Lavalle que se retirara tranquilamente, ellos trataron solo de aproximarse á la ciudad para interceptar sus comunicaciones, y ponerle estrecho sitio más tarde y rendirla de esta manera si no la podian tomar por asalto.

La ciudad habia recibido la noticia de aquel desastre, y se preparó á defenderse.

El Gobierno la puso en estado de asamblea obligando á servir hasta á los estrangeros, lo que motivó un conflicto con el ministro francés, conflicto que dió por resultado el apresamiento de algunos buques.

Tal vez si hubiera sido Rosas solo el que se se hubiera levantado contra el poder de Lavalle, la resistencia no hubiera sido tan intransijente.

Pero era el Gobernador de Santa-Fé, eterno enemigo de Buenos Aires, el que mandaba aquel ejército, eran tropas san-

tafecinas que habian saqueado siempre nuestra campaña, y cuya paz se habia tenido que comprar pasándole una crecida mensualidad.

Cómo era, pues, posible transijir con semejante enemigo, representante del bandalaje?

La ciudad se preparó entonces á la defensa y una defensa vigorosa, formando en su guarnicion hasta el último jóven.

La ciudad, en combinacion con Lavalle en la campaña, aunque estenuado y vencido, podia hacer mucho.

Luego, de un momento á otro podia presentarse el general Paz, y malograrles todas las ventajas conquistadas con aquella victoria.

—Es necesario atropellar á Lavalle, dijo Lopez á Rosas, á ver que partido sacamos de su situacion.

Y de acuerdo resolvieron hacerle proposiciones de paz.

Lavalle habia seguido su retirada costeando el rio de Matanzas, hasta que no pudiendo seguir más adelante por falta absoluta de caballos, campó y tomó posiciones, en el paraje denominado entonces por los Tapiales Altolaguirre, hoy Ramos Mejia, segun creemos.

Allí se entregó á meditar sobre el partido que debia seguir para hacerse de recursos y á saborear la amargura de aquel desastre inesperado.

Al dia siguiente de la derrota, el 27 de Abril, recibió Lavalle un pliego de Lopez, de que era portador D. Domingo de Oro.

En él se hacian proposiciones de paz sumamente ventajosas.

Se le acordaban todo género de garantias para él y sus bravos.

Pero Juan Lavalle era un carácter templado vigorosamente.

Pensar que él aceptaria condiciones de paz impuestas por Lopez, era un sueño completamente irrealizable.

En cuanto leyó el pliego, lo devolvió al Sr. de Oro diciéndole:

—Puede Vd. asegurar al caudillo Lopez de Santa-Fé, que el Gobierno de Buenos Aires no puede ni debe aceptar proposiciones de paz, mucho ménos las suyas, miéntras pise con tropas armadas el territorio de la provincia.

Oro volvió con aquella respuesta hidalga.

Hay que notar que Lavalle habia quedado en los Tapiales con mucha ménos tropa que la que salvó del Puente de Marquez, pues al aproximarse á San José de Flores, mandó que se incorporaran á la ciudad las infanterías y cuerpos que de allí habian venido á protejerlo.

Si el ejército de Rosas y Lopez ponian sitio á la ciudad, quedaria sin poderse comunicar con ella.

Pero cuando Olavarria ó algun otro le hacia notar este peligro, respondia con un orgullo infinito.

—Y para qué llevo mis coraceros!

Cincuenta de ellos bastarian para llevar mis comunicaciones á la ciudad, ó adonde yo los mande.

Este ha sido un contraste, pero un contraste que tiene remedio, mediante Dios y nuestros soldados.

Y es que Lavalle tenia en sus coraceros una confianza igual á la que tenia Napoleon I en su célebre Guardia Imperial.

Cuando Lopez recibió la respuesta que á sus proposiciones daba Lavalle, perdió los estribos, pero se calmó al punto y se fué á conferenciar con Rosas.

Lopez no era tan bruto como han pretendido pintarlo Rivera Indarte y otros escritores apasionados.

Era un caudillo, sí, pero un caudillo muy perspicaz y de una natural inteligencia, muy superior, fuera de duda, á la de los hombres que han gobernado últimamente y sobre todo al que va á gobernar la provincia de Santa-Fé.

—Vd., dijo á Rosas, tiene bastantes elementos para sofocar á Lavalle por sí solo.

Yo, no solamente no le hago falta, sinó que debo retirarme.

Primero, por que con mi presencia al frente del ejército y mis santafecinos, avivo la resistencia de los porteños de la ciudad, enajenándole á Vd. simpatías, pues ellos no se entregarán jamás al Gobierno de una provincia que miran como estrangera.

Luego, Santa-Fé ha quedado sola, y el general Paz anda por allí.

Es necesario, pues, ponerse á cubierto de un golpe de mano, por que Paz puede arrollar á Bustos en Córdoba, y mandar tomar á Santa-Fé miéntras él pone en jaque á Quiroga.

Rosas encontró que su aliado tenia sobrada razon.

El podia obrar por sí solo, y además, el apoyo de Santa-Fé empezaba á convertirse para él en una tutela por demás fastidiosa y pesada.

Lopez tuvo que retirarse de una manera más precipitada de la que habia pensado.

En esos dias llegó la noticia que el general Paz, con sus veteranos del Brasil, no solo habia arrollado á Bustos obligándolo á tomar posiciones en la ciudad, sinó que habia vencido en desigual combate, despedazándole sus tropas, al terrible caudillo el Tigre de los Llanos, el sanguinario general Quiroga.

No era difícil que Paz se apoderara de Santa-Fé para mantener por aquel lado sus comunicaciones con el general Lavalle, de quien no podia tener noticias.

Aquella liga de gobernadores costó más sangre á Buenos Aires, pero la provincia madre conservó más integridad y fué más venturosa que en la segunda liga de pillos, como la llamó el Sr. Sarmiento.

Con la retirada de Lopez, las filas de Rosas empezaron á engrosar de tal manera, que ya este no tenia ni como uniformarlos ni como armarlos.

Al Gobierno de Brown habia sucedido el del general Rodriguez, cuyos ministros eran el general Alvear y el Sr. del Carril.

El vencedor de Ituzaingó empezaba á empañar su gloria, por la ambicion de poder que lo dominó siempre.

El engañaba al partido unitario pasando por uno de sus miembros más conspicuos, miéntras mantenia relaciones y correspondencia con Rosas, quien lo nombró Ministro en Norte-América donde murió.

Los dias iban pasando y Lavalle empezaba á fastidiarse de su campamento forzado en los Tapiales.

Cortado completamente de la ciudad, mantenia sus comunicaciones, de tarde en tarde, de la manera que habia dicho al bravo Olavarria.

Enviaba cincuenta coraceros con un oficial, á que forzaran las líneas de Rosas.

Y aunque perdieran muchas veces la tercera parte de la fuerza, llevaban el pliego y regresaban con la contestacion.

Pero esta vida nueva para un militar de la actividad y el fuego del general Juan Lavalle era insoportable.

Empezaba á fastidiarse horriblemente, y á buscar á aquella situacion desesperante una salida digna de él y de las tropas que tenia la inmensa satisfaccion de comandar.

El ejército de Rosas, como hemos dicho, engrosaba de dia en dia.

No solamente recibia numerosos contingentes y elementos de la campaña, sinó que continuamente venian de la ciudad, ciudadanos y oficiales mismos, á alistarse en sus banderas.

El partido federal iba aumentando de una manera imponente.

Las mismas masas unitarias habian perdido el rumbo.

Veian que Lavalle estaba postrado y no se tenia de Paz la menor noticia.

El partido vacilaba y encontraba que no era prudente provocar las iras de

aquella masa de veinte y cinco mil hombres que, por lo ménos, sitiaban á Buenos Aires.

Paz por su parte, permanecia en Córdoba.

Nada sabia de Lavalle, pero comprendia que su puesto era allí.

Abandonar á Córdoba era declararse en derrota.

Y entonces Quiroga y todos los caudillos de la liga del interior, vendrian á golpear las puertas de Buenos Aires, reclamando cada cual su hueso.

Así lo comprendió el general Paz, y aún sin tener noticias de Lavalle, resolvió esperarlas allí á toda costa.

Paz y Lavalle se sostenian, pues, esperanzados el uno en el otro.

EL GRAN CORAZON

EL general Lavalle, sufriendo todo género de sinsabores, se sostenia en su improvisado campamento de los Tapiales, comprendiendo que era preciso tomar una resolucion definitiva.

Rosas seguia aglomerando elementos sobre la ciudad, estrechando cada vez más un sitio en toda regla.

Llegó un momento en que la ciudad empezó á vacilar, fastidiada de aquello y convencida de que Lavalle nada podia contra el elemento de Rosas.

Este seguia ocupando su campamento en el Pino y ya en el mes de Junio empezó á prepararse para dar una nueva batalla á Lavalle y operar al mismo tiempo sobre la plaza.

El país no podia seguir en tal estado de espectativa, con todo paralizado y en completo estado de desorganizacion.

Las resistencias que Rosas tenia en la ciudad eran pocas, desde que Lopez se habia retirado á Santa-Fé.

No se le veia llegar como un enemigo irreconciliable, y sus pasados servicios eran recordados en la plaza, avivados con bastante habilidad por los amigos políticos que permanecian adentro.

Para Lavalle, como hemos dicho ya, no estaban completamente cerradas las comunicaciones con la ciudad.

Cada ocho ó diez dias preparaba un escuadron de coraceros, y lo enviaba con pliegos.

El pasaje era difícil, pero aquellos valientes estaban habituados á este género de empresas.

Como sombras, se deslizaban en medio de la noche, por entre los dormidos centinelas sorprendiendo su pesada vigilancia.

Si eran sentidos, peleaban siempre en retirada hasta salvar los pliegos, no siendo nunca sus pérdidas de gran consideracion.

Muchas veces pudieron llegar á su campo conduciendo centinelas y aún oficiales que habian sorprendido durmiendo, pero Lavalle no queria irritar á Rosas, pues habia pulsado la situacion de una manera muy inteligente.

Así es que cuando despachaba sus coraceros, les recomendaba no hostilizar al enemigo, y limitarse al estricto cumplimiento de su comision.

Solo en el caso de ser atacados y de peligro para las comunicaciones de que eran portadores, tenian órden de pelear, y esto, solo en retirada.

Entre los dos ejércitos no habia además aquel ódio natural entre dos enemigos que han combatido rudamente y conservan las armas en la mano, preparados á nuevos combates.

Más ódio hay hoy entre los partidos que combatieron en Junio, que el que entonces existia entre sitiados y sitiadores.

Porque entonces no se trataba de una conquista humillante y vergonzosa, sinó de partidos que trataban de buscar el bien de la patria, de uno ó de otro modo.

El mismo Rosas, no era aún el miserable que se manchó despues con todo género de crímenes.

Era un ambicioso que queria subir al poder porque se veia sostenido por un gran partido pero que amaba el orgullo de su país y de su provincia madre, como lo demostró más tarde y siempre.

En medio de su misma época funesta, Rosas mantuvo el honor nacional á gran altura y la preponderancia de Buenos Aires, sobre todos y todo.

Pero esto vendrá á su tiempo.

Por ahora nos limitaremos á los sucesos que dieron por resultado un Gobierno, que el país saludó con cierto júbilo y regocijo.

A mediados de Junio la situacion era ya insostenible.

O se daba una nueva batalla sin probabilidades, ó se hacia una paz honrosa para ambos.

En la ciudad no se tenian noticias del general Paz, pues Lopez interceptaba todas las comunicaciones y ni siquiera se conocian sus triunfos sobre Bustos y Quiroga.

Lavalle creyó ya imposible toda incorporacion con su viejo camarada, y se decidió á llevar á cabo un acto verdaderamente grande.

En las condiciones en que el país se hallaba, una nueva batalla no podia importar otra cosa que un par de mil cadáveres más, sin el menor resultado práctico.

Lavalle pesó la situacion y se decidió á hacer la paz.

Es que Juan Lavalle era un verdadero patriota, cuyas conveniencias personales era lo último que tenia en cuenta.

Habia tomado con pasion la causa del partido unitario, por que creia que aquel sistema era el único capaz de salvar á la patria del abismo en que rodaba.

Por eso se habia levantado contra Dorrego, fusilándolo, porque habia creido fusilar en él al caudillaje emponzoñado.

Su persona y conveniencias era lo último que miraba, esto, si alguna vez aquel gran patriota detenia en sí su noble mirada.

Habia ocupado el Gobierno, porque así se lo habia exijido su partido, y se habia puesto en campaña contra los caudillos, porque creia que ellos eran para la patria un peligro de muerte.

Así es que desde el momento que pensó en la paz, pensó en ella con toda la fuerza de su alma pura, y se dedicó en cuerpo y alma á llevarla á buen término con la mayor honra y provecho para el partido unitario.

No tenia á su lado consejeros pérfidos y podia obrar con toda libertad.

El tenia á Rosas por un caudillo, pero no por un bandido.

Lo conceptuaba lo mejor que habia entre los caudillos, que se habian levantado contra él y suponia que tal vez fuera capaz de hacer la felicidad del país, sostenido por aquel gran partido que lo rodeaba, apoyándolo con todo género de elementos.

Y este mismo partido iba á ser la primera víctima de su ídolo.

De todos modos aquel acto no tenia nada de mortificante para el amor propio del general Juan Lavalle.

Iba á tratar con un caudillo porteño, y sostenido en resumidas cuentas, por toda la campaña de Buenos Aires y parte de la ciudad.

Si el país sufria algun perjuicio en ello, de ningun modo podria culparse á Lavalle, sinó á la indiscutible mayoría de la provincia que así lo habia querido.

Decidido á hacer cesar aquella eterna batalla el general D. Juan Lavalle, despues de pasar lista de retreta en su campamento, llamó al coronel Olavarria y le encargó el mando de aquellos bravos, miéntras duraba su ausencia, con facultades de obrar segun su inspiracion, si durante ella sucedia algun acontecimiento estraordinario.

—Yo voy de incógnito, agregó, á recorrer el campo por mi mismo, pues tengo ganas de hacer algo.

Y embozándose en su capa, pues el

frio era escesivo, y acompañado de un asistente de toda su confianza, se dirijió decididamente al campamento de Rosas.

Esta sola accion demostraba toda la grandeza de alma de aquel hombre estraordinario.

Incapaz de un hecho innoble ó de una villanía, juzgaba á los demás por sí mismo y no creia que Rosas fuera capaz de cometerlos.

—Soy un general que va á la carpa de su enemigo, solo, y á tratar de paz—mi persona es para él sagrada, como lo seria la suya para mi.

A Lavalle ni siquiera se le habia ocurrido que podian vengar en él la muerte de Dorrego, ó detenerlo como prisionero para lograr una capitulacion sin condiciones.

Con ánimo tranquilo y corazon sereno, siguió avanzando de una manera resuelta y decidida, hácia el paraje donde sabia que Rosas tenia su cuartel general, sin preocuparse de otra cosa que de las nobles ideas que llenaban su inmaginacion patriota.

El cuartel general de Rosas, se hallaba á unas seis leguas escasas del campamento de los Tapiales, distancia que tuvo que andar bajo un frio terrible, como que era la noche del 16 de Junio, y helaba por castigo.

De pronto, y próximo ya al campamento de Rosas, Lavalle tropezó con unos 25 hombres, cuyo sargento le hizo hacer alto, preguntándole quien era y donde iba.

Aquellos eran milicianos poco prácticos en el servicio y sus formas.

La cuestion para ellos era cumplir la consigna recibida, poco importaba el cómo.

Aquel rondin, sin embargo, venia mandado por un oficial de línea.

El general Lavalle no creyó oportuno descubrirse al sargento é hizo llamar al oficial.

Este al ver que solo se trataba de dos personas, se aproximó en el acto y cedió á la indicacion que aquel le hacia, de apartarse un poco de la tropa.

—Qué se ofrece á Vd?

—Deseo saber cual es el alojamiento del general Rosas, pues allí me dirijo.

—El alojamiento del general Rosas?

Pero quién es Vd. para hacerme esa pregunta y qué se le ofrece con el general?

—Esa no es cuestion suya, señor oficial.

En cuanto á quien soy, soy el general Juan Lavalle—y volteó al decir esto el embozo de su capa.

Esta revelacion hizo en el oficial el efecto de un puñetazo en plena boca de estómago.

Quedó aturdido y sin saber lo que le pasaba.

—Guie Vd. jóven, guie Vd., dijo Lavalle tratando de hacer volver al oficial de su aturdimiento.

Tengo prisa en hablar con el general y además hace aquí un frio de todos los infiernos.

El oficial dominado aún por la sorpresa, y sin poder todavia darse cuenta de lo que hacia, empezó á guiar al ilustre visitante, hasta el alojamiento de D. Juan Manuel.

Es que Lavalle era considerado como un valiente en el ejército de Rosas, y reputado de una audacia inimitable.

Su presencia allí, solo, y cuando ménos se le esperaba, tenia que causar una gran sensacion.

Qué podia querer Lavalle á aquellas horas y de aquella manera?

Vendria detrás de él algun poderoso ejército que no esperaba más que alguna señal convenida?

—Lo que sea sonará, dijo al fin el oficial, llegando al alojamiento de Rosas y llamando á uno de sus edecanes, que casi dejó caer el mate al saber quien era aquel visitante.

El general Rosas no se hallaba en su alojamiento.

Activo y previsor como pocos, habia salido él personalmente á recorrer los puestos, y rondines, á pesar del frio de la noche, para tener la seguridad de que todos cumplian con su deber. ó remediar inmediatamente algun mal ó irregularidad que notara.

Rosas además se habia vuelto desconfiado y precavido, á consecuencia de dos tentativas de asesinato intentadas contra su persona, y evitadas de una manera milagrosa.

El Sr. Dr. Bilbao narra estas dos tentativas de asesinato. que le refirió el comandante Chavarria. de la manera siguiente:

« Estando Rosas en el Rosario, recibió al oficial D. Bernardo Chavarria, mandado por el Dr. Vicente Maza, de Buenos Aires, para descubrirle un plan que se habia acordado. de hacerlo asesinar.

Al efecto, se le prevenia que un hombre debia presentarse solicitando colocacion en el ejército y que iba con un nombre supuesto.

El individuo se presentó á Rosas.

Rosas lo recibió con toda amabilidad, agradeciéndole la adhesion que manifestaba por su causa y ofreciéndole una colocacion á su lado.

El agente se mostró satisfecho.

Rosas lo mandó ir á descansar.

Cuando el hombre habia andado unos veinte pasos, aquel le dió un grito por la espalda, llamándolo por su nombre propio, y el agente, poco hábil. volvió la cara sorprendido.

Rosas lo llamó entonces y lo apostrofó por su perfidia y descubriéndole el plan que allí lo habia llevado.

Y el hombre aterrorizado, lo confesó todo y pidió perdon.

—Pero que te inducia á cometer ese crímen? le preguntó.

—Me habian ofrecido regalarme la estancia Peldino, repuso aquel infeliz.

—Pero no seas bruto, hombre de Dios! —qué pino ni qué pino te habian de haber dado!

Lo que habrian hecho era matarte en premio de la accion.

Luego, despues de meditar un momento, agregó:

—Lo que yo debia hacer contigo era fusilarte: pero te perdono ordenándote que antes de trascurridas veinte y cuatro horas te encuentres fuera de esta provincia, para que vayas á contar lo que que te ha pasado á los que te mandaron.

Pasado este incidente y cuando Rosas venia en marcha por el Saladillo, fué descubierto un negro que llevaba la misma mision del que fué descubierto en el Rosario.

Pero este fué fusilado sobre la marcha».

Esto es lo que habia vuelto á Rosas desconfiado, haciéndole rodearse de mil precauciones de seguridad.

Y temiendo que hasta la traicion pudiera aclimatarse en sus filas, él mismo recorria los puestos avanzados y los diferentes cuerpos de guardia.

Lavalle no se mostró muy contrariado con la ausencia de Rosas.

—Supongo que no tardará en volver. dijo.

—Quién sabe, general, replicó el edecan.

El general Rosas cuando sale de noche suele no volver hasta la diana, pero yo voy á mandar buscarlo ahora mismo.

—De ninguna manera.

Falta hará donde esté, y yo no tengo ninguna prisa, siéndome indiferente esperarlo hasta la diana.

Eso si, le ruego me introduzca á su pieza, y dé colocacion á mi asistente como á los caballos.

Aunque con cierto recelo de lo que dijera Rosas, el edecan introdujo al general Lavalle al aposento de su general.

Lavalle empezó por encontrar la cama

de Rosas muy buena y concluyó por encontrarse él mismo demasiado cansado.

Reflexionó que el general Rosas podria tardar en volver, pues poca le seria la noche para recorrer toda la línea y decidió recostarse en la cama para esperarlo de una manera más cómoda.

Lavalle estaba materialmente postrado por la fatiga.

Aquella cama lo atraia de una manera irresistible.

Concluyó el mate que le habia alcanzado uno de los asistentes de Rosas, y se recostó en la cama á esperar al segundo.

Cuando el asistente volvió, el general Juan Lavalle dormia profundamente.

Al verlo, nadie se hubiera sospechado que era el general de un ejército que se hallaba en campo enemigo, y en la misma cama de su irreconciliable adversario, de quien muy bien podia esperar una horrible represalia.

Qué era lo que habia llevado á Lavalle al campo de Rosas?

Un movimiento generoso de su corazon hidalgo, que el lector va á comprender en seguida.

Con motivo de su llegada, el cuartel general estaba en gran agitacion.

Los edecanes de Rosas iban y venian esperando su vuelta, miéntras los principales gefes se acercaban á informarse de lo que sucedia.

Ninguno atinaba con la causa que habia motivado aquella inesperada visita, ni podian darse cuenta de su objeto.

Y al conocer la franqueza con que el noble militar se habia tendido en la cama de Rosas á descansar de sus fatigas, no podian darse cuenta de todo aquello.

No podia ser cosa convenida con el general Rosas, puesto que no le habian oido una palabra al respecto.

Esperando el regreso de este para poder atar cabos y soltar sargentos, se pusieron á tomar mate y hacer los pasmosos comentarios del suceso.

Algunos pensaban que el general unitario se habia vuelto loco, y no faltaba quien asegurara que aquello debia ser una traicion.

—Lavalle habrá emboscado su ejército cerca de aquí, decian, y habrá venido á descuidar al general con algun arreglo ó trégua.

Y cuando se descuide y retire sus avanzadas, caerá sobre él como un trueno, segun tiene de costumbre.

—No hay que fiarse del general Lavalle, decian otros.

Es más guapo que las armas y más audaz que un zorro viejo.

Felizmente el patron no se mama el dedo, y más que gaucho ha de ser el que lo engañe!

Estaban en lo mejor de los comentarios, cuando se apareció en su alojamiento el general Rosas, seguido de sus ayudantes.

Indudablemente lo que más léjos se hallaba de su espíritu era que en su misma cama y dormido profundamente iba á hallar al vencedor de Navarro.

—Mi general, dijo uno de los edecanes apénas hubo Rosas echado pié á tierra.

Mi general; añadió con exajerada agitacion, el general Lavalle. . . . .

—Qué hay con el general Lavalle? preguntó Rosas sorprendido, y creyendo que se trataba de algun peligro, segun la agitacion del edecan.

—El general Lavalle está ahí.

Como Rosas no podia ni siquiera sospechar de la realidad de lo que sucedia, entendió que el dicho de estar Lavalle ahí, significaba que el enemigo estaba encima, y que de un momento á otro verian llegar sus terribles regimientos sable en mano.

—Y lo han reconocido? preguntó, volviendo á tomar el estribo para montar nuevamente.

Se sabe con cuánta gente está ahí?

Pronto, mis ayudantes! á ordenar á los diversos cuerpos que ensillen y estén preparados á la primera órden.

El edecan comprendió inmediatamente el error del general y se apresuró á decir:

—No es eso, mi general, no eso, el general Lavalle está aquí, sin más ejército que un asistente.

—Aquí, en mi alojamiento? preguntó Rosas palideciendo.

Usted está soñando!

—No señor, mi general, el general Lavalle llegó aquí hará tres ó cuatro horas, y á su pedido fué introducido al dormitorio.

Cuando fueron á ofrecerle un mate, le hallaron sobre su cama profundamente dormido.

Y refirió en seguida, en sus menores detalles, lo que habia sucedido desde la llegada del general, añadiendo por supuesto, los comentarios que allí se habian hecho.

—No será estraño que esto envuelva una traicion y no será de más prepararse.

Rosas quedó tan pensativo que ni siquiera desenganchó el pié del estribo.

Qué podia llevar á Lavalle á su cuartel general?

—El general Lavalle es un noble soldado, dijo al fin, á quien yo no puedo hacerle la ofensa de una traicion indigna.

No hay necesidad entonces de tomar medida alguna.

Lavalle y Rosas debian conocerse íntimamente, cuando este no abrigaba la menor desconfianza respecto á aquel y cuando aquel se entregaba al más tranquilo sueño, bajo el techo de su enemigo.

Y en efecto, aquellos dos hombres habian sido amigos en sus primeros años, y cada cual sabia perfectamente de lo que el otro era capaz.

Rosas mandó que saliera una avanzada á recorrer el campo, hasta dos leguas á vanguardia y se preparó á entrar á su cuarto.

Aquel hombre tan audaz y tan dominante, necesitó más de diez minutos para dominar su agitacion y prepararse á arrostrar la serena mirada de Juan Lavalle.

Al cabo de este tiempo se sacudió violentamente como quien acaba de tomar una resolucion, abrió la puerta de la pieza donde dormia Lavalle y entró de una manera decidida.

El general Lavalle dormia de una manera plácida y tranquila, como solo duermen los hombres cuya conciencia no tiene una mala accion que reprocharle y los que no tienen por que temer un despertar violento.

Rosas se acercó á la cama y por más que le costara, se convenció por fin de que aquel sueño no era finjido, sinó perfectamente natural.

Tropezó con un mueble, tosió fuertemente, pero Lavalle no despertó.

Qué buena debia parecerle aquella cama!

Rosas tuvo que acercarse á Lavalle y moverlo fuertemente.

El general Lavalle despertó con la mayor naturalidad, sin el sobresalto que era de esperarse y sin la menor estrañeza.

Sonrió cuando vió á Rosas á su lado, y sentándose sobre la cama y echando fuera las piernas como para levantarse dijo:

—Perdon general, mil perdones por la confianza y libertad que me he tomado. Pero era tan buena esta cama y tanto mi sueño que no pude resistir.

Rosas lo contuvo para impedirle que se levantara y repuso:

—Ha hecho Vd. muy bien y le agradezco esta prueba de confianza, que muestra que Vd. me hacia el honor de creerse bajo el techo de un caballero.

Le ruego que permanezca recostado y me indique el asunto que lo ha traido á mi campo, como hablaria con su mejor y más viejo amigo.

—Sabia que venia á buscar á un hombre de corazon, replicó Lavalle.

Por eso traté de vengarme, en la espera, de tanta mala noche.

Caramba! y qué soberbia habia sido esta cama!

—Es que Vd. la compara con el suelo, donde probablemente habrá dormido estas noches.

—Desde el Puente de Marquez no he tenido una hora de verdadero reposo.

Pero en fin, esto es lo de ménos.

Lo que aquí me trae es la tranquilidad y el reposo de la patria.

Ante eso desaparecen mis propias fatigas y siento que en mí germina una fuerza que me agiganta, cuando se trata de ella.

—En ese camino me encontrará Vd. siempre accesible, respondió Rosas, sin comprender aún el alcance del pensamiento del general Lavalle.

Hable, y hable con toda la franqueza de que es Vd. susceptible, y que yo me merezco.

—Pues bien, dijo Lavalle con una magnífica solemnidad.

Estamos desgarrando las entrañas de la patria, y sacrificando sus mejores hijos, en una lucha estéril y que tal vez no dé un resultado práctico.

El país se atrasa y se empobrece para sostener dos ejércitos, dos ejércitos de hermanos que, tal vez sin el menor rencor ni odiosidad, van á desgarrarse mañana en una batalla inútil, puesto que no seria la última, y más sangrienta que las anteriores.

Unidos los dos, podemos contribuir á su engrandecimiento y devolverle una paz que tanto necesita.

Yo no tengo ambiciones personales.

He obrado como obré, por que creia que con ello hacia su felicidad.

Hoy solo creo lo contrario.

Esta guerra es su ruina y el abismo donde podemos hacerla rodar.

Podemos hacer su felicidad aunando nuestros esfuerzos, y dar fin á este eterno derramamiento de sangre, sangre estéril y hasta criminalmente derramada.

Lo encontraré á Vd. en este camino, ó me habré engañado lastimosamente?

Rosas bajó la cabeza ante la penetrante mirada de Lavalle y reflexionó un buen rato, aturdido por aquellas nobles palabras.

Hablaria Lavalle de corazon, ó le tenderia algun lazo miserable?

Rosas se habia conmovido.

Su corazon, que aún no habia perdido todas sus nobles prendas, se sintió conmovido ante aquella palabra noble y cediendo á un impulso que no pudo dominar, repuso:

—En el camino que Vd. me muestra, me encontrará siempre dispuesto.

Si me encuentro al frente de un ejército, es porque á ello me ha impulsado un partido poderoso, que creia que la guerra era el camino de salvacion.

Si no es así, si responde á ahorrar sangre y sacrificios, formule sus bases, general y pongámonos á la obra.

Rosas no daba esta respuesta á pesar de la impresion que en su espíritu hicieron las palabras de Lavalle, sin dejarse una salida salvadora.

Si las bases de Lavalle no le convenian, no seria él quien podria decidir; por eso se habia declarado impulsado por un partido poderoso.

Ya se sabia que él era el árbitro en aquella situacion, pero no queria darlo á entender así.

Lavalle estuvo meditando algunos minutos, al cabo de los cuales habló así:

—Mi personalidad es lo último en este asunto.

Yo no tengo ambicion de mando, pues otros son los rumbos de mi vida y carrera.

Acepté el Gobierno porque Rivadavia lo rehusó y era necesario que alguien gobernara, miéntras el pueblo elegia.

—Creo que con Vd., general, sucede más ó ménos lo mismo.

El fin de nuestra lucha, sea cual fuere el vencedor, será que el pueblo elija libremente el Gobierno que ha de venir.

Si este mismo fin lo podemos lograr

sin lucha y sin sangre ¿por qué no hacerlo?

Se me ocurre lo siguiente:

Vamos á hacer un armisticio y á convocar á elecciones á la provincia de Buenos Aires y garantiendo Vd. en la campaña y yo en la ciudad, de que la eleccion ha de hacerse perfectamente legal.

Al Gobierno que resulte electo, de esta manera legal, lo acatamos ambos honradamente, poniendo á sus órdenes los ejércitos que comandamos, le hacemos entrega de todos los elementos bélicos y nosotros mismos seremos los primeros en hacer respetar y cumplir toda órden que de aquel Gobierno dimanase.

Este es mi plan, general Rosas, ahora, puede Vd. observarlo y y modificarlo de la manera que lo estime más digno y conveniente.

Rosas volvió á bajar la cabeza, vencido por aquel noble corazon.

El, sí, tenia ambicion, una desmedida ambicion de mando.

Hacia quince años que venia preparando su Cobierno, y no podia en un solo momento renunciar á todos sus sueños é ilusiones.

Sin embargo, acceder á la propuesta de Lavalle, no era renunciar al Gobierno que creia seguro.

Sin hacer la menor indicacion en una eleccion libre, él seria siempre el que triunfara dado su inmenso prestigio.

—Se entiende, añadió Lavalle, que tal vez vió su pensamiento, que ninguno de los dos aceptará se levante su candidatura.

Esta última cláusula medio desconcertó á Rosas.

Sin embargo, dominándose bien pronto, se sobrepuso á todo y tendiendo su mano á Lavalle le dijo:

—Su plan, su idea es noble y grande, general Lavalle.

Yo acepto sus bases sin la menor observacion, y estoy dispuesto á empezar á trabajar desde ya, en esa obra noble y grandiosa.

Se entiende que no hemos de consultar á nuestros partidarios, donde hay muchos que solo consultarian su ambicion.

Creo que este es un arreglo que podemos hacer los gefes de los dos ejércitos, sin consultar el parecer de ninguno.

Rosas empezó á maniobrar con toda la sagacidad que le era característica, para envolver á Lavalle y obtener en el arreglo las mayores ventajas que pudiera sacar.

Lavalle que procedia de buena fé y con toda la fuerza de su corazon noble, no sospechó siquiera el cálculo con que obraba Rosas, dedicando su fuerza intelectual á meditar las bases del arreglo que habian de llevar á cabo aquel dia.

Rosas mandó que trajeran mate, y se preparó á la batalla moral en que indudablemente iba á tener que entrar.

—Convenidos en lo principal, dijo Rosas, le ruego que descanse tranquilo, que no es puñalada de pícaro.

Para la grande obra que vamos á llevar á cabo, un par de horas poco significan.

Ya viene amaneciendo y el dia no se ha de perder por eso.

Lavalle estaba terriblemente fatigado, de cuya fatiga se resentia un poco su misma inteligencia turbada por el insomnio.

Además aquella cama endiablada era terriblemente tentadora, hasta el estremo de hacer entrecerrar sus párpados.

—Tiene razon, dijo al fin.

Hasta para la mejor redaccion del tratado, es conveniente refrescar las ideas.

Temo únicamente que Vd. se fastidie de estar solo junto á un hombre dormido.

—No tema eso en manera alguna, pues apesar de lo que dicen de mi carácter, soy tambien de carne y hueso como cualquier hijo de vecino.

Pienso hacer traer aquí otra cama y descansar á la par suya.

Como lo habia dicho Rosas, se hizo llevar un catre y se recostó tranquilamente frente al hombre con quien horas antes era irreconciliable enemigo.

Un cuarto de hora despues, el general Lavalle dormia más tranquilamente aún que cuando Rosas lo habia despertado.

Este, al verlo dormir así y vencido tambien por el cansancio, lo imitó, quedándose profundamente dormido.

El toque de asamblea los despertó cuando mejor dormian.

Al verse uno frente á otro recordaron la entrevista de la madrugada anterior y sonrieron amigablemente.

Tomaron mate ocupándose en conversar de cosas indiferentes, hasta que por indicacion de Lavalle, trataron de concluir los arreglos y bases con que se habian de redactar los tratados que dieron fin con aquella guerra sangrienta.

La gente de Rosas andaba más alborotada que una colmena en tiempo de sacar la miel.

Habian oido el rumor de las conversaciones, pero no podian darse cuenta de lo que pasaba entre los dos generales.

Estaban sorprendidos de la gran cordialidad que reinaba entre ellos, segun las referencias del asistente que *acarreaba* el mate, y más aún, al saber que habian dormido juntos como dos buenos amigos.

Aquello olía á paz desde una legua de distancia.

Pero qué género de paz? en qué condiciones?

Para ellos era indudable que Lavalle se habia entregado á Rosas, y no esperaban más que verlos salir afuera para leer en ambas fisonomías el rastro de la conversacion.

Los dos generales se hallaban entre tanto entregados á la confeccion del pacto que habia de devolver la paz á la provincia de Buenos Aires y á la República entera, pues era lógico esperar que convenidos Lavalle y Rosas, el general Paz regresaria con su ejército á Buenos Aires, porque su mision quedaba terminada de hecho.

Al ver la abnegacion aparente con que Rosas accedia á todas sus indicaciones, Lavalle lo creyó de corazon en aquel camino y por nada se sospechó que podia haber entrado de mala fé y con cálculos innobles.

Así es que cayó como un chorlo, segun se dice, entre las mañosas redes que le tendió su enemigo.

A la tarde de aquel dia, los tratados estaban concluidos.

Uno era público y como quien dice, para satisfaccion de ambos partidos.

El otro era privado, y constaba solo de un artículo, pero de un artículo que lo comprendia todo.

Por él, todo lo que se habia batallado y padecido desde el 1.° de Diciembre, venia á quedar nulo.

Nulo el fusilamiento de Dorrego, nula la accion de las Bicacheras, nula la batalla del Puente de Marquez y nulo tambien el ruidoso triunfo obtenido por el general Paz sobre Bustos.

Miéntras un secretario sacaba cópia del tratado público, los dos generales salieron á comer un churrasco.

En todo aquel dia habian tomado mate solamente, como salsa á aquel tratado que fué un golpe de muerte para el partido unitario, que comprendió al momento todo el alcance y la red en que habia caido el Gobierno provisorio.

Hé aquí las cláusulas de aquel tratado:

« El general D. Juan Lavalle, Gobernador y Capitan General provisorio de la provincia de Buenos Aires, y el Comandante General de Campaña D. Juan Manuel Rosas, á efecto de poner término á los disturbios que han afligido á la provincia y restablecer en ella el órden y tranquilidad, desgraciadamente perturbados, han convenido en los artículos siguientes:

1.° Cesarán las hostilidades, y queda-

rán restablecidas desde la fecha de la convencion todas las relaciones entre la ciudad y la campaña.

2.° Se procederá á la mayor brevedad posible á la eleccion de representantes de la provincia con arreglo á las leyes

3.° Quedando como queda. el comandante general D. Juan Manuel Rosas especialmente encargado de mantener y conservar la tranquilidad y seguridad de la campaña, tomará todas las medidas que juzgue convenientes y proveerá con noticia del gobierno, los empleos establecidos por las leyes y formas, que atendidas las circunstancias estraordinarias, creyese necesario para el régimen y policia de ella hasta la instalacion del gobierno permanente; debiendo ser auxiliado por el gobierno provisorio con los recursos de todo género necesarios para este servicio.

4.° Verificada que sea la eleccion del gobierno permanente, el gobernador provisorio D. Juan Lavalle, y comandante general D. Juan Manuel Rosas, les someterán las fuerzas de su mando.

5.° El Gobierno de la provincia reconocerá y pagará las obligaciones otorgadas por el comandante general Rosas para el sostén de las fuerzas de su mando.

6.° Los gefes y oficiales de línea y de milicias que han estado á las órdenes del comandante general D. Juan Manuel Rosas, tienen opcion á los goces que les correspondan en sus respectivas clases.

7.° Ningun individuo de cualquier clase y condicion que sea, será molestado ni perseguido por su conducta ú opiniones políticas anteriores á esta convencion: las autoridades serán inexorables con el que de palabra ó por escrito contravenga á lo estipulado en este artículo.

En fé de lo cual y para hacer constar nuestro acuerdo, firmamos y ratificamos la presente convencion que consta de siete artículos, en dos ejemplares de un tenor, en las Cañuelas, estancia de Miller, á veinte y cuatro del mes de Junio del año de nuestro Señor, de mil ochocientos veinte y nueve.

Juan Lavalle,
Juan Manuel Rosas.»

El solo artículo que encerraba el convenio privado, venia á tener mayor alcance y más funesto para los unitarios.

Por este convenio particular, Lavalle se comprometia á hacer triunfar en la ciudad los mismos representantes que tenia Buenos Aires antes del movimiento del 1.° de Diciembre.

El general Rosas se comprometia por su parte, á hacer elejir para la campaña, los mismos representantes.

De modo que lo que allí se convenia no era otra cosa que la reposicion de la Legislatura que disolvió Lavalle el 1.° de Diciembre.

Siendo aquella Legislatura dorreguista, y siendo Rosas el que se habia puesto á la cabeza de aquel partido, era en resumidas cuentas una Legislatura rosista la que Lavalle tan ciegamente trataba de reponer.

Aquellos legisladores eran los que habian de elejir gobernador, y si no lo elejian era solo por que ninguno de los firmantes del convenio podia aceptar su propia candidatura.

Firmados los dos ejemplares, Lavalle regresó á su campo para de allí dirijirse á la ciudad y el general Rosas levantó el suyo para dirijirse en direccion al Sur.

Llevaba consigo más de veinte mil soldados llenos de entusiasmo por su causa, y más todavia por su general en gefe.

UN SUICIDIO CIVIL

En cuanto Lavalle llegó á la ciudad, acuarteló sus tropas y dió á la publicidad el tratado que conocen ya nuestros lectores.

Aquel documento cayó como una descarga eléctrica entre los unitarios.

Los más exaltados fueron á conferenciar con Lavalle, tratando de demostrarle la trampa en que habia caido.

Y su sorpresa y su dolor eran aún mayores, cuando conocieron la lista que Lavalle recomendaba para que sus partidarios la hicieran triunfar en la ciudad.

Allí Lavalle habia caido en gran desprestijio, á causa de los últimos acontecimientos.

Los unitarios eran pocos relativamente á los federales que eran toda la campaña y parte de la ciudad.

Era indudable para ellos que Rosas hacia elejir representantes suyos, que unidos á los dorreguistas, cuyo triunfo recomendaba Lavalle en la ciudad, darian fin y remate con el ya vacilante partido unitario.

Los más exaltados, viendo la decision de Lavalle por el triunfo de aquella lista, decidieron contrariar su voluntad y trabajar por otra, sin que este lo supiera.

Al efecto, el Gobierno delegado dictó una disposicion por la cual todos los estranjeros que habian tomado armas en la ciudad, quedaban habilitados para votar y hacer uso de todos los derechos que gozaban los nacionales.

De esta manera las filas unitarias se engrosaron de tal modo, que en vista de ello los federales de la ciudad se abstuvieron de votar, en la seguridad que serian ahogados por el número de los unitarios.

Fué necesario aplazar la eleccion, en vista de un oficio que envió Rosas á Lavalle, comunicándole que la campaña aún no estaba dispuesta para concurrir á la eleccion.

Y este plazo de ocho dias sirvió á los unitarios para uniformar sus trabajos y hacer triunfar una lista de individuos de aquel color político, pesara á quien pesara.

El dia de la eleccion llegó por fin, y la lista unitaria obtuvo un triunfo canónico.

Pero Lavalle ante todo, era un hombre de honor.

Habia empeñado con Rosas su palabra y su firma, y estaba dispuesto á cumplirlas á pesar de todos los partidos del mundo.

Cuando tuvo conocimiento de la lista que habia triunfado, se indignó primero y concluyó por rechazarla de una manera que no dejaba lugar á dudas sobre sus intenciones.

Los federales habian enviado á Rosas cópia de aquella lista, significándole que del tratado se habia hecho una burla grotesca.

Rosas se alteró, hizo pedazos aquella lista y se dispuso á ponerse en campaña nuevamente.

No podia pasar pacíficamente por aquella burla inmotivada.

Y escribió á Lavalle una carta estrañando aquel proceder poco sério y significándole que no queria pasar por semejante farsa, ajena á su carácter y á su modo de ser.

Rosas habia convenido en la paz con Lavalle, porque las condiciones del tratado le prometian el más pacífico y espléndido triunfo de sus aspiraciones.

De otro modo y con la representacion unitaria recien electa, venian á anularse sus quince años de constante trabajo, las grandes sumas gastadas por él en el mantenimiento de parte de aquel ejército y veia muertos tal vez para siempre todos sus sueños de mando y grandeza.

La guerra civil volveria á estallar, los triunfos del general Paz, que no eran un misterio para él, vendrian á dar nuevo aliento y vigor á los unitarios, que esperarian de él lo que no habia podido conseguir Lavalle, y estos dos gefes armados darian á la política el giro que quisieran.

—Es preciso entonces ganar tiempo y ganarlo activamente, dijo Rosas á sus parciales, y puso en movimiento parte de ejército que habia licenciado ya.

Pero no tuvo que esperar mucho tiempo la contestacion de Lavalle.

Este carácter caballeresco, disgustado por el falso papel que se le queria hacer jugar, escribió á Rosas dándole minuciosos detalles de lo que habia sucedido, y asegurándole que estaba dispuesto á hacer respetar el convenio por los medios á su alcance.

Al efecto le pedia una conferencia en el punto que él indicara, para establecer las bases más seguras de hacer efectivo el convenio que sus amigos habian tratado de violar.

Al leer esta carta, la fisonomía de Rosas resplandeció de satisfaccion.

—Ya decia yo, esclamó, que Lavalle era un caballero.

Lo mejor seria que entre los dos nombremos el gobernador á que hemos de someternos y así no habrá lugar á trampas de partidos, que no quieren comprender que somos los árbitros de la situa-cion.

Yo podré entonces influir para que el nombramiento recaiga en un amigo y todo se habrá ganado.

Rosas hacia además otro cálculo en el que no iba descabellado.

—Cualquiera que sea el Gobierno que venga, decia, nada valdrá sin mi apoyo.

Los que se disputan el poder y el país, han de volver á nuevos disturbios y el Gobierno tendrá que abandonar el puesto.

Quién será entónces el que se haga cargo de un Gobierno insostenible?

El partido unitario no tiene ni número ni elementos.

No hay más que el partido federal que pueda sostener un Gobierno estable.

Y Rosas sonreia con un placer infinito al pensar que los federales no podian sostener otro hombre que él, porque era quien más garantias de paz representaba, y el único que podia apoyarse en un partido fuerte y numeroso.

Ya en el ejército se habian hecho algunas manifestaciones que demostraban cual era el hombre de sus simpatias.

—No queremos más Gobierno que nuestro general, habian dicho.

Lo hemos de llevar al poder aunque sea sobre las bayonetas, porque nosotros somos el verdadero pueblo y asi lo queremos.

Y Rosas habia recojido en el fondo de su corazon aquellas palabras que eran la verdadera espresion de la voluntad de la campaña.

Demasiado sabia él que no habia necesidad de luchar para llevarlo al poder.

No se le escapaba que Lavalle habia sido impulsado al paso que dió por su misma impotencia para luchar con los formidables elementos que él habia levantado.

Además, sabia positivamente que en la ciudad tenia tanta partido como el mismo Lavalle.

Al fin veia coronados sus trabajos de quince años por la realizacion de su ambicion suprema: ser gobernador de Buenos Aires, y más tarde de la nacion entera.

Los caciquillos de provincia desaparecerian bien pronto aplastados por su poder, y Buenos Aires veria, bajo su Gobierno, desaparecer las contribuciones vergonzosas que estaba pagando porque no la invadieran, y seria la provincia cabeza de la República, á la que se someterian las demás.

Por que es preciso convenir que Rosas era un porteño intransigente, que toda gloria y toda grandeza eran pocas para la provincia madre.

Esa gran diferencia hay entre los federales antiguos y los federales modernos, malos imitadores de un original odioso.

El caudillo porteño no lo habia perdido todo.

Aún habia en su corazon cuerdas sensibles que, aunque se apagaran más tarde vibraban todavia.

El no habia desperdiciado sacrificios, contrariando su mismo génio é inclinaciones, para hacerse adorar de las masas, como nadie lo habia logrado hasta entonces ni lo logró despues.

Porque hemos visto que los mismos gauchos, sumisos como siempre para todo lo que era servicio militar, se deshacian para concurrir á su llamado, llevando hasta sus tropillas para facilitar al patron.

Allí no los llevaba el cumplimiento del deber, el atractivo del pillaje ni las recompensas del Gobierno.

Los llevaba el cariño ciego que profesaban á aquel hombre, por el cual no omitian sacrificio alguno.

Era el reconocimiento por el bienhechor y el afan noble de sacarlo airoso en sus empresas.

Ellos no averiguaban si estas eran buenas ó malas, ni siquiera tampoco la razon que lo llevaba á levantar el país como un solo hombre.

Los llamaba el patron y concurrian al combate y á la fatiga con la misma alegria y buena voluntad, con que concurrian á las boleadas y fiestas en los Cerrillos.

Rosas, dueño absoluto de aquel poderoso elemento y apoyado en los indios que lo miraban como un gran cacique y se espantaban de su poder, comprendia que tenia en un puño al país y que no se hacia lo que no fuese su estricta voluntad.

En vista de esto, qué temor podian inspirarle las intrigas de círculos inferiores al suyo?

Con un talento arriba de toda ponderacion, supo ocultar la ambicion de mando que le devoraba.

Y este arte de disimular lo llevó hasta renunciar al Gobierno, cuando sabia que su renuncia no seria aceptada y que le habian de rogar poco ménos que de rodillas porque siguiera en el Gobierno.

Pero no anticipemos los sucesos de esta época original é incomparable.

Fijándose él mismo el plan que debia de seguir para continuar engañando á Lavalle y esplotando su buena fé, se preparó á tener la nueva entrevista que el general le pedia.

Rosas, con un cuerpo de ejército que habia hecho aproximar á la ciudad cuando supo que se habia faltado al convenio, se trasladó á Barracas, alojándose en la quinta de Piñeiro.

Desde allí hizo saber á Lavalle que lo esperaba en aquel punto para realizar nuevas negociaciones.

Aquí el partido unitario se puso en campaña con estupenda energia, para obtener de Lavalle que siguiera la resistencia.

Pero este se negó á hacerlo, primero porque no tenia elementos para resistir y segundo, porque habia empeñado su palabra de honor y era preciso cumplirla.

Lavalle se trasladó á Barracas, donde tuvo lugar la segunda conferencia.

Lavalle propuso que se hiciera nueva eleccion garantiendo que triunfaria la lista convenida.

Y que si esto no habia sucedido, agregó, fué por una traicion de sus partidarios, á la que estaba completamente ajeno.

Rosas hizo ó finjió hacer á su palabra el debido honor, no dudando un momento de lo que decia.

Pero con una habilidad esquisita, lo trajo insensiblemente al terreno que deseaba.

—Estas elecciones son inútiles porque se hará en ellas el mismo juego anterior.

Los unitarios creen que ese convenio importa para ellos una derrota que no existe y no quieren dejarse vencer.

Insistirán, pues, y trabajarán de manera á dañar nuestra accion benéfica y patriótica.

Sentemos otro medio.

—Veámos cuál es.

—Nombremos los dos de comun acuerdo un gobernador provisorio, hasta que el país se halle en estado de elejir.

Lavalle que era tan pésimo político, é inocente como buen militar y patriota de corazon, cayó en el garlito del astuto gaucho, y firmó el famoso tratado por el

cual se entregaba á Rosas atado de piés y manos.

Hé aquí ese famoso documento que creemos no deber dejar de publicar.

Lo transcribimos por su importancia, siendo el último que publicaremos:

«Considerando que el objeto principal de la Convencion del 24 de Junio del coriente año fué hacer volver al país á sus antiguas instituciones, sin violencia y sin sacudimiento, dando así á todas las clases de la sociedad las garantias que solo pueden tranquilizar completamente los ánimos, y restablecer la confianza y la concordia;

«Que el resultado incompleto, alarmante y equívoco de las últimas elecciones de Representantes, se opone á la reunion de una Legislatura;

«Que por manera alguna es conveniente comprometer segunda vez la dignidad de aquel grande acto, que el estado actual de agitacion y ansiedad no permite celebrar por ahora:

«Que la prolongacion de un Gobierno aislado daña esencialmente al crédito, á los intereses y á la prosperidad de la provincia en general, y de los ciudadanos en particular; y que su carácter dictatorial ni inspira confianza, ni le permite dar garantias;

«Que los que han tomado las armas, no deben aspirar ya á los efectos de un triunfo, ni á terminar por su medio la lucha, y que sus jefes deben dar el ejemplo de la moderacion y del desprendimiento;

«Que por la Convencion del 24 de Junio, retienen ambos una autoridad superior, miéntras no exista una Legislatura provincial:

«Y últimamente: que convencidos de que el voto público es de que se apliquen de hecho los medios más seguros y eficaces, para que los ciudadanos puedan volver al ejercicio de sus primeros derechos para constituir una autoridad legal:

«Han decidido de comun acuerdo nombrar y reconocer como á Gobernador Provisorio de la Provincia, á un ciudadano escojido de entre los más distinguidos del país, con el fin de que trabaje en consolidar la paz, inspirar confianza, y preparar el restablecimiento de nuestras instituciones; y en consecuencia, han convenido en los artículos siguientes, que tendrán la misma fuerza y valor que si fuesen insertos en la Convencion del 24 de Junio.

«Art. 1º El actual Gobernador y Comandante General de Campaña, nombrarán un Gobernador Provisorio, cuyas facultades serán no solo las que ordinariamente corresponden á los Gobernadores de Provincia, sinó las estraordinarias que se consideren necesarias al fiel cumplimiento de los artículos de esta Convencion, y á la conservacion de la tranquilidad pública.

«Art. 2º Para tomar posesion del mando, el Gobernador Provisorio jurará en manos del Presidente de la Cámara de Justicia, y en presencia de las corporaciones, ejecutar, cumplir, y hacer cumplir la Convencion del 24 de Junio y los presentes artículos adicionales, protejer los derechos de libertad, propiedad y seguridad de los ciudadanos, promover por todos los medios posibles al restablecimiento de las instituciones, cultivar la paz y buena inteligencia con todos los pueblos de la República, y desempeñar los demás deberes de su cargo.

«Art. 3º Desde el mismo dia en que entre en posesion del mando el nuevo Gobernador, se pondrá á su disposicion jurándole obediencia, todas las fuerzas de tierra y de mar que cada uno de los respectivos gefes tiene á sus órdenes, y la autoridad del nuevo Gobernador quedará reconocida en todo el territorio de la Provincia.

«Art. 4º El nuevo Gobernador procederá inmediatamente al nombramiento de sus ministros.

«Art. 5º Será obligacion del nuevo Gobernador reunir en el menor tiempo

posible, un Senado consultivo de veinte y cuatro individuos elejidos entre los más notables del país, en las clases de los militares, eclesiásticos, hacendados y comerciantes.

«Art. 6º Serán miembros natos del Senado consultivo:

El Presidente de la Cámara de Justicia.

El General más antiguo.

El Presidente del Senado eclesiástico.

El Gobernador del obispado.

El Prior del Consulado.

Art. 7º Las atribuciones del Senado consultivo se detallarán en un reglamento especial, que será presentado por los ministros á la aprobacion del Gobierno.

«Art. 8º Queda nombrado el señor general don Juan José Viamont, gobernador provisorio de la provincia de Buenos Aires.

«En fé de lo cual, y para hacer constar nuestro convenio, firmamos los presentes artículos adicionales á la Convencion del 24 de Junio del corriente año, en dos ejemplares de un tenor, en la márgen derecha del Rio de Barracas, en la quinta de Piñeiro, á los veinte y cuatro dias del mes de Agosto del año del Señor, 1829.

Juan Lavalle.
Juan Manuel Rosas.»

EL PAGO DEL BIEN

EL general Viamont se recibió del Gobierno dos dias despues de firmado aquel convenio, que habia importado el suicidio civil del general Lavalle, noble y delicado espíritu.

Desde el dia siguiente, por las medidas que tomó el Gobierno, se pudo conocer que era un Gobierno rosista, y que no haria otra cosa que aquello que conviniera á don Juan Manuel.

Guido, Escalada y García, partidarios decididos de Rosas, fueron llamados á formar parte del Gobierno como ministros; era una garantia que Viamont daba al futuro héroe del desierto.

El ejército de línea fué licenciado inmediatamente, para matar al partido unitario el último elemento con que podia contar, y como si esto no bastara, fueron destituidas todas las autoridades puestas por Lavalle, reponiendo á las que estaban ántes del 1º de Diciembre, ó nombrando otras que el mismo Rosas indicó.

No habia, pues, que soñar en la menor revuelta; puesto que todo era hostil al partido vencido.

Lavalle empezó á comprender que habia sido miserablemente engañado por Rosas, y que en aquellos arreglos este no habia tenido en cuenta, para nada, el bien de la patria, sinó el logro de sus ambiciones mezquinas y personales.

Pero ya la cosa no tenia remedio y habia que conformarse.

Se les habia inutilizado todos sus elementos y hasta las últimas autoridades, los alcaldes, les eran adversas.

Para fin de fiesta, y para concluir con la última esperanza que pudieran abrigar, el Gobierno envió emisarios para que previnieran al general Paz, que el nuevo Gobierno habia decidido suspender la guerra que hacia al general Quiroga, y que regresara con su ejército para licenciarlo.

Los unitarios, acogotados y vencidos hasta en sus últimas esperanzas, empezaron á descargar toda la ira de su impotencia sobre el general Lavalle.

Al ilustre argentino le faltaba aún apurar una amarga copa de veneno.

Verse vilipendiado y calumniado por aquellos que más ligados á él se encontraban, por los indisolubles lazos de gratitud.

Lavalle fué culpado de haber entregado el país á Rosas y de haber perdido al partido unitario por su ineptitud y sus torpes caprichos.

Estos cargos eran hechos por sus amigos, al mismo tiempo que los enemigos,

los rosistas, lo señalaban como el único responsable y culpable de los crímenes cometidos por el motin militar.

Lavalle, que era la fortaleza de espíritu personificada, no tuvo valor para resistir la ingratitud de los suyos y la maldad de los adversarios y se retiró á Montevideo.

Pensaria el general Lavalle que los que entonces lo ajaban habian de buscarlo años despues para que los guiara á la batalla contra el mismo Rosas?

No creyendo que lo hecho ya era bastante para humillar á los unitarios, el Gobierno dè Viamont hizo más todavia.

Mandó que las tropas que habia acaudillado Rosas, entraran á la ciudad, con su general á la cabeza, á descansar unos dias de las pasadas fatigas.

No fueron estos, por cierto, los colorados de 1820!

Los soldados, aquella soldadesca indefinible que habia traido Rosas, campó en la plaza del Parque, declarando sus alrededores el teatro de sus fechorias, de las que hacian gala.

Y la poblacion federal festejaba regocijada la presencia de aquellos desalmados, enviándoles todo género de regalos.

Aquellos soldados no se parecian en nada, como lo hemos dicho, á los del 20.

Miéntras aquellos no se atrevian á aceptar un frasco de ginebra, por que el patron les habia prohibido beber, estos, cuando no tenian con que embriagarse, iban ellos mismos á tomarlo á las pulperias de la veciudad, tuvieran ó nó con que pagarlo.

Y pobre del pulpero que se resistia!

No habia herejía que no cometieran con él!

Rosas mismo no trató, como diez años antes, de hacerles guardar la circunspeccion y el respeto debidos.

Profundamente preocupado con los manejos de la política que él dirijia, no tenia tiempo ni aún para acordarse de la presencia de sus milicianos.

El lavallista que caia entre ellos, como llamaban á los unitarios, era burlado de todos modos, y muchas veces vejado y escarnecido.

Y tales algarabias y escenas infernales armaron aquellos desalmados, que don Juan Manuel comprendió la necesidad de hacerlos salir, pues los mismos federales, empezaron á encontrar aquello fuertemente irregular.

El Gobierno, á indicacion del mismo Rosas, que no queria dejar traslucir su influencia directa, ordenó que aquel ejército se retirara á descansar de sus fatigas, y antes de dar cumplimiento á la órden y con autorizacion del mismo Gobierno, el Comandante General de Campaña le hizo dar un gran paseo militar por toda la ciudad.

Aquel ejército se retiró más fanatizado que nunca por su caudillo.

Despues de haber pasado unos cuantos dias gozando de todas las comodidades de la ciudad, se retiraba llevando armas y cuantos pertrechos de guerra podia necesitar en lo sucesivo.

Además, el Gobierno les habia repartido una respetable suma de dinero, con la cual tenian para holgarse régiamente en la campaña.

Rosas proclamó á sus tropas ántes de despacharlas, y se quedó en la ciudad, prometiéndoles que pronto iria á reunirse á sus leones del Sur, y á sus tigres del resto de la campaña.

Por lo pronto dispuso que cinco mil hombres de sus mejores tropas quedasen en Santa Catalina, donde se les reuniria muy pronto.

Rosas no tenia una ciega confianza en Viamont.

Temia que una vez alejado él de la capital, estallase algun movimiento unitario que lo derrocase.

Estando él próximo á la ciudad, con cinco mil hombres de buenas tropas, podia venir en socorro del Gobierno inmediatamente y conjurar cualquier peligro.

El Gobernador verdadero venia á ser

Rosas y Viamont una especie de pantalla puesta allí solo para entregarle el mando.

Los regocijos en toda la ciudad eran espléndidos.

No se les ocurrió dar cerveza en la plaza Victoria al respetable público, pero los bailes se sucedieron unos á otros, á cual más espléndido y animado.

Rosas asistió á todos ellos, no descuidando los de las orillas, para que su prestijio entre el pueblo no decayera un átomo.

Aunque no por cumplir un deber de conciencia, pues Rosas ya habia perdido todo cariño á lo que no fuera su persona, se reconcilió con sus padres y estrechó relacion con sus hermanos Prudencio y Gervasio, previendo que podian serle de alguna utilidad más tarde.

Concluidas las fiestas populares, Rosas se retiró á Santa Catalina, poniéndose al frente de su fuerte division.

Desde allí vijilaria la capital y al Gobierno hasta que lo nombraran á él, acontecimiento que se proponia acelerar en lo posible.

El Gobierno le habia renovado su nombramiento de Comandante General de Campaña, posicion que unida á su gran prestigio, le permitia poner en armas á toda la campaña en el momento que lo hubiera deseado ó convenido.

No se hacia nada en el Gobierno, que no fuera consultado con Rosas y que no hubiera merecido su sancion solemne.

Desde el nombramiento de la comision que se envió al general Paz para que suspendiera la guerra, hasta el de un alcalde, todo se le consultaba y no se hacia si era acojido por él con un simple gesto de disgusto.

El general Viamont estaba cansado de esta tutoria humillante, pero no se atrevia á romper con ella por no provocar las iras del caudillo.

Si le faltaba su apoyo, si caia de su gracia el tumbo era inevitable, porque Rosas era la única persona prestigiosa y la sola que disponia del apoyo material del país.

La actitud del general Paz y sus operaciones felices sobre el caudillaje del interior, mantenia aún el nervio del partido unitario, lo bastante para hacerlo temible, aunque le faltase el brazo valiente del general Lavalle.

Viamont comprendió que su Gobierno era corto y transitorio, y que su única mision en él, se reducia á entregar al general Rosas el poder que habia recibido de manos de Lavalle.

Aceptó entonces esta mision pacífica y se resignó á ella.

Este ascendiente sobre el Gobierno ensoberbeció á Rosas más de lo que ya lo estaba, y cansado de gobernar desde Santa Catalina, quiso gobernar desde el Fuerte mismo, como Gobernador y Capitan General de la Provincia primero y como Presidente de la Nacion más tarde.

Se hacia necesario por otra parte, meter mano en la guerra civil de las provincias y concluir con Paz.

Pero esta operacion queria hacerla Rosas como Gobernador de Buenos Aires, pues ya hemos dicho no tenia confianza plena ni en Viamont ni en persona alguna.

Los amigos que lo visitaban en Santa Catalina, adoradores serviles de su persona, sabian decirle que este país era ingobernable y que no podia vivir mucho tiempo en paz, á lo que él replicaba:

—Que venga al Gobierno un hombre fuerte y de energía, y verán como á todos esos revoltosos los mete en un zapato y los tapa con otro!

—Lo que necesita el país no es nada de eso, concluian entonces los adulones. Que lo elijan á Vd. Gobierno y veremos que hacen entonces los perturbadores del órden.

Rosas se sentia embriagado por el placer que le causaban estas palabras, pero disimulándolo daba á entender que nunca aceptaria ese puesto difícil.

—Necesito atender mis intereses abandonados por la patria hace tanto tiempo, agregaba, y además yo no soy hombre político sinó de administracion.

Me sacrificaré siempre por mantener el imperio de las leyes cuando sea alterado, pero no quiero que jamás se me trate de ambicioso.

Y era tal el talento con que obraba en este sentido, que sus partidarios creian de todo corazon que aquel era un noble patriota sin ambicion alguna, á quien el mayor sacrificio que pudiera imponérsele era la aceptacion del Gobierno.

—Y si el país le impusiera ese sacrificio?

—Le pediria perdon al país, pero le demostraria que demasiados sacrificios he hecho para que me dispense este, superior á mis fuerzas.

A pesar de que todo esto era dicho con un aire capaz de engañar al más entendido en falsías, el partido federal empezó á trabajar decididamente en el sentido de llevarle al Gobierno.

—Es el hombre que todo lo puede, decian por todas partes, el único hombre capaz de hacerse respetar y el más honrado de todos.

Es preciso entonces que haga este sacrificio, y organize el país concluyendo con la maldecida fraccion unitaria, quitándole esa última esperanza de vida que aún tiene, fiada en los triunfos del general Paz.

Y grandes trabajos se hacian en ese sentido, tratando de ocultárselos á Rosas, que los conocia mejor que ninguno.

Por fin el caudillo del Sur se decidió á dar su última mano y el gran golpe sobre sus quince años de continuo trabajo.

Disuelta la Legislatura por el movimiento del 1.° de Diciembre, el país estaba acéfalo del poder legislativo y era necesario proceder á la eleccion consiguiente.

Como el Gobierno de Viamont, segun lo hemos dicho, no hacia nada sin la aprobacion de Rosas, lo consultó de qué manera y en qué forma debia hacerse aquella eleccion, y si se dejaria ó no el libre voto al partido vencido en el Puente de Marquez.

—Me parece inútil, de todo punto inútil, replicó Rosas, convocar á nuevas elecciones.

La Legislatura que cayó en Diciembre, no ha concluido aún el período por que fué electa.

Creo que lo más justo y espeditivo es convocar á sesiones á aquella Legislatura y que siga cumpliendo su mandato.

Como las indicaciones de Rosas eran órdenes, el Gobierno no necesitó oir más y acto continuo convocó á sesiones á la Legislatura de Dorrego.

Rosas no parecia, pues, un Comandante General de Campaña, sinó un gefe sitiador, que imponia las condiciones más humillantes al Gobernador de la plaza sitiada.

Pero qué hacer?

El general Viamont era un hombre de carácter débil y además, no queria indisponerse con el que, indudablemente, iba á sucederle en el Gobierno.

La Legislatura se reunió precisamente el 1.° de Diciembre, es decir, al cumplir el año de los sucesos que dieron con ella en tierra.

Rosas los incitó á que cumplieran con el sagrado deber de honrar la memoria de Dorrego, aquella ilustre víctima del movimiento, mandar hacerle funerales y decretar el pago á su viuda de los 100,000 pesos que se le acordaron como autor de la paz con el Brasil.

No es que á Rosas se le importara algo la memoria de Dorrego, á quien jamás tuvo amistad y cuya muerte miró con placer, convencido que él asumiria el puesto vacante.

Pero queria atraer sobre sí las simpatías de los dorreguistas y por esto queria se supiese que era él quien honraba su memoria.

El primer acto de la Legislatura, fué tratar de nombrar el Gobierno en propiedad que habia de suceder á Dorrego, puesto que Viamont, como Lavalle, lo era interino.

La mayor parte de sus miembros vinieron á consultar á Rosas sobre este importante punto:

A quién elejian como Gobernador propietario.

—Queremos un hombre que encarne la política de Dorrego, decian y solos, no queremos asumir la responsabilidad de un nombramiento que traicione estos propósitos y sea funesto al país.

Rosas temblaba de emocion sintiendo que su nombre se escapaba de sus labios.

Pero haciendo un esfuerzo sobrehumano se dominaba y respondia queriendo hacer gala de indiferencia.

—Ustedes saben mejor que yo lo que deben hacer.

Sigan su inspiracion que es la buena.

Yo entiendo mucho de organizar estancias y demás trabajos de campo, pero confieso que en la organizacion de un país no entiendo ni esto.

Y hacia sonar graciosamente la uña entre los dientes.

—Pues lo que es nosotros, dijo uno de ellos, tan creemos lo contrario, que hemos pensado nombrarlo á usted.

—A mí? esclamó Rosas palideciendo y haciendo sonar fuertemente sus nazarenas al ponerse de pié.

Ni se les ponga porque no lo aceptaria.

Ni sirvo para ello ni quiero serlo.

Mis asuntos me llaman además urgentemente á la campaña.

Los legisladores, escandalizados de tanta modestia, quisieron convencerlo de que su Gobierno seria lo único que salvaria al país en aquellas circunstancias.

Pero Rosas, sabiendo que no le hacian caso, les notificó terminantemente que no lo nombraran porque no aceptaria.

Y aquellos hombres, creyendo de buena fé que haciéndolo prestaban á la patria el servirio más señalado, decidieron nombrar al general Rosas Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, haciéndolo brigadier, como en nuestros dias, y declarándolo Restaurador de las leyes y protector de la Independencia Americana.

Pobre patria!

Quién le hubiera dicho que aquel iba á ser el principio de sus veinte años más negros y luctuosos!

El primer acto de aquella Legislatura, acto que creyeron de verdadero patriotismo, fué el nombramiento de don Juan Manuel Rosas, como Gobernador de Buenos Aires.

El 8 de Diciembre de 1829, Rosas se recibió del mando y prestō juramento en medio del regocijo más imponente de que haya sido teatro jamás la estinguida Buenos Aires.

El paso de aquel hombre tan hermoso como perverso más tarde, era seguido por millares de hombres del pueblo que lo victoriaban y lo aclamaban con un entusiasmo que rayaba en frenesí.

Nunca Gobierno alguno, entre nosotros, habia subido al poder con mayores demostraciones de cariño por el pueblo que estaba llamado á gobernar.

LOS CUERVOS DE LA PATRIA

La ciudad fué una espléndida fiesta durante los 8 primeros dias.

Todo eran músicas, bailes y todo género de fiestas populares.

La ciudad festejaba lo que llamaba un verdadero triunfo, miéntras en la campaña se paseaba el retrato del nuevo Gobernador, de pueblo en pueblo y de estancia en estancia.

Rosas estaba radiante de alegría, pues asistia á un triunfo que no habia obtenido hasta entonces hombre público alguno.

Pero allí en el horizonte se levantaba

una nube incómoda y sombria, que amenazaba sofocar aquel placer naciente.

Esta nube era el general Paz, cuyos triunfos ruidosos daban aliento al partido unitario, haciéndole entrever tiempos más bonancibles y felices.

El general Paz, con una bravura y talento militar incomparables, habia vencido á Bustos y asumido el Gobierno de Córdoba.

Poco despues habia salido en busca del tremendo Quiroga, aquella fiera siempre sedienta de sangre, y el tigre de los llanos, aquella especie de bandido repugnante, habia sido aplastado por el hábil táctico, en sangriento combate.

A este paso, el general Paz concluiria por matar todo el elemento bárbaro de las Provincias y vendria en seguida á destronar al paisano que se habia sentado sobre el lomo de la patria.

Esta era la sombra que se levantaba en el camino de Rosas, y que este queria destruir ántes de ser destruido por ella.

Pero aún no habia por que apurarse.

El tremendo Quiroga aprontaba nuevas legiones para atacar al general Paz y restaurar en las Provincias del Interior el imperio de los bárbaros que él representaba.

Rosas empezó á perseguir á los unitarios de Buenos Aires, con diferentes pretestos, faltando inicuamente á los tratados hechos con el general Lavalle.

A pretesto de movimientos revolucionarios, imposibles de evitar sin obrar con gran energia, pidió á la Cámara las facultades estraordinarias, que esta le acordó, con cargo de dar cuenta y miéntras duraba el receso de ella.

Y con ellas en la mano dió libre curso á la corriente de sus ódios y mezquinas venganzas de todo género.

Lo acompañaban como ministros, los generales Guido y Balcarce y el doctor García.

Para reavivar el ódio de los dorreguistas decretó grandes funerales al coronel Dorrego.

El ejército y el pueblo, asistieron en masa á esta fiesta imponente que presidia el mismo Rosas, finjiendo el dolor más conmovedor.

Exaltados los ánimos por estos hechos calculados, empezó á encenderse el ódio contra los unitarios.

Concluida aquella fúnebre fiesta, grupos exaltados de federales recorrieron las calles, dando cencerradas en las casas de los unitarios más conocidos y cometiendo todo género de escesos.

Rosas comprendia que esta clase de manifestaciones podia indisponerlo con el comercio estranjero y minar su crédito como Gobierno de órden.

Así, en el acto las desaprobó de la manera más severa, prohibiendo por todos los medios á su alcance, que se volvieran á repetir.

Para contentar por otra parte á sus aliados, empezó á perseguir á los unitarios de una manera cobarde é injusta.

Temia además que el partido caido en el Puente de Marquez pudiera levantarse bajo el esfuerzo del general Paz, y queria anularlo, postrarlo en sus cabezas principales.

El célebre Maza, don Vicente, su consejero íntimo y depositario de todos sus secretos, era quien lo ayudaba en esta empresa de persecucion y de injustas venganzas.

La prensa libre, daba publicidad á las noticias que llegaban, sobre los triunfos del general Paz, manteniendo así viva la fibra del partido unitario, que lo esperaba todo de aquel ejército victorioso.

Rosas no podia tolerar esto y empezó á gobernar al país, de la misma manera que habia gobernado sus estancias.

Hemos oido decir á gente séria é imparcial de aquel tiempo, que el primer Gobierno de Rosas, fué un Gobierno de órden y administrativo, en cuyo período el país no tuvo que llorar desventura alguna.

Esto no es exacto y no tiene para nos-

otros más que una esplicacion, que es esta:

Fué tal y tan sombrio el segundo Gobierno de aquel hombre, que á su lado, el primero fué un Gobierno de bienaventuranza.

Porque en sus primeros años de Gobierno, Rosas empezó á diseñarse como un bandido monstruoso, cuya verdadera fisonomia moral se descubrió en su segundo Gobierno con los hechos bárbaros y vergonzosos que ensangrentaron al país.

Desde que él subió al poder, sobre todo lo noble y lo grande que habia en el país, pudieron escribirse las tristes letras Q. E. P. D.

Todas las libertades, todo derecho y toda ley, fué pisado entre sus botas de potro y desgarradas entre sus espuelas.

Fué su voluntad salvaje y sanguinaria lo que imperó, segun lo iremos demostrando con nuestro gran acópio de hechos.

Queriendo acallar las demostraciones de alegria por los triunfos del general Paz, que sus adversarios políticos solo se atrevian á hacer con la mirada, Rosas, abrió para ellos las puertas de las cárceles y los puentes de los pontones.

En seguida le pareció que debia amordazar á la prensa independiente y espidió el famoso decreto del 13 de Marzo de 1830, primera puñalada que dió á las libertades públicas.

Por aquel decreto dispuso las siguientes iniquidades:

«Art. 1º Todo el que sea considerado como autor publicamente, factor ó cómplice del suceso del 1º de Diciembre, ó de alguno de los grandes atentados cometidos contra las leyes, por el Gobierno intruso que se erijió en esta ciudad en aquel mismo dia, y que no hubiera dado ni diese de hoy en adelante pruebas positivas é inequívocas de que mira con abominacion tales atentados, será castigado como reo de rebelion.

2º Será castigado del mismo modo, todo el que de palabra, por escrito, ó de cualquier manera, se manifieste adicto al espresado motin del 1º de Diciembre, ó á cualquiera de los grandes atentados de que habla el artículo anterior.»

Este decreto, tendente á amordazar la prensa, fué ampliado de la manera siguiente:

Prohibió tambien la venta de armas, á todas las casas que con ellas comerciaban, mandando recojer por la policía, todas las que los particulares tuvieran en su poder.

A todos los estranjeros que habian tomado parte en los sucesos del año anterior, y por cuyo motivo se les habia dado carta de ciudadania, les anuló esta por decreto especial.

Y así como la Cámara en un momento de cobardia le habia dado los plenos poderes, él autorizó á don Gervasio Rosas, que estaba al frente de las estancias de don Leon y lo representaba en el Sur, para que aplicase penas, incluso la de muerte.

Y como don Gervasio á su vez delegaba posiciones en los capataces, amigos, ó peones de su confianza, resultó que cada cual apaleaba, mataba ó fusilaba si era autoridad militar, sin que hubiera quien se preocupase de la cosa.

Para cualquier caso apurado que pudiera sobrevenirle, mantenia un buen número de tropas en Santa Catalina, tropas que solo se ocupaban en merodear por los alrededores seguros de la entera impunidad con que contaban.

Como no sabia lo que pudiera suceder en las Provincias, estableció en el arroyo de Pavon un cuerpo de ejército que hacia maniobrar diariamente, y disciplinar por buenos oficiales.

Lavalle le habia enseñado lo que vale una buena tropa, y Rosas aprovechaba la leccion, convencido de la gran supremacia de las tropas regulares.

En un caso de apuro, este cuerpo de

ejército podria incorporarse al de Lopez, último baluarte de la barbárie en que se estrellaria el general Paz, si seguia en su camino de triunfos.

Y parece que la cosa apuraba por aquellos lados, segun las noticias que se recibian.

De los cuerpos de Lavalle que se habian licenciado por el Gobierno de Viamont, Rosas entresacó las mejores clases, enviándolas á Pavon, con el objeto de dar instruccion y táctica á los regimientos que allí formaban.

Rosas, pues, queria hacerse á todo trance, de un ejército de línea capaz de contrarestar á cualquier otro.

Esta era la situacion de la pobre y mísera Buenos Aires en los primeros meses del Gobierno federal apoyado en los elementos bárbaros.

Como era natural, Rosas no tenia el coraje de hacer á un lado á todos los hombres perjudiciales que lo rodeaban, por que aún le eran necesarios y no queria descontentarlos.

Así es que cada comandantillo era una potencia, y una potencia terrible, puesto que no habia ley que á ellos alcanzara.

La policía secreta habia sido maestramente instalada, y de ella se servia Rosas con preferencia para la persecucion de los unitarios.

Toda denuncia era atendida sin averiguar su origen ni la causa que la provocaba.

Venia de un federal, y esto bastaba.

Los unitarios empezaron á emigrar á Montevideo, buscando rodear á Lavalle y seducirlo para que se pusiera á la cabeza de un movimiento sério.

Dados los triunfos del general Paz y el fuerte ejército de que este disponia, no era una cosa descabellada esperar el dia del desquite.

Lavalle se decidió entonces á moverse, y tratar de convulsionar el Entre-Rios y Corrientes.

Rosas habia faltado miserablemente á lo pactado.

La ley de olvido habia sido convertida por él en ley de venganzas y persecuciones.

En nada faltaba él entonces á sus compromisos, si tomaba las armas nuevamente, para derrocar un Gobierno que pesaba sobre el país como una vergüenza.

Lavalle se puso entonces en campaña, con toda la vehemencia y el ardor que le eran característicos.

EL TIGRE DE LOS LLANOS

Facundo Quiroga, el terrible Facundo Quiroga, cuya ferocidad no conocia límites, habia formado dos ejércitos para vencer á Paz, de acuerdo con Rosas y Lopez.

Pero las dos veces que se habia puesto delante de aquel lucido general, habia sido aniquilado hasta el estremo de salvar él milagrosamente con un grupo de soldados, es decir, de los bandidos que distinguia con aquel nombre.

Facundo Quiroga era un hombre vulgarísimo y completamente destituido de todo lo que pudiera llamarse un sentimiento noble.

Bravo hasta el delirio en el combate, era cobarde y sanguinario despues de la victoria.

El degüello de los prisioneros más distinguidos era su ocupacion favorita despues de la batalla.

Esto dió lugar á represalias terribles, que hicieron de aquella guerra la más sangrienta de cuantas luchas civiles se hayan producido en suelo argentino.

Quiroga se habia levantado sobre los bárbaros que le obedecian, á fuerza de crueldades de todo género y de hechos de una bravura fantástica.

Se habia impuesto á las masas del interior, que le seguian electrizadas donde él queria llevarlas.

En la batalla, Quiroga era algo fantástico é infernal.

Incapaz de estar parado un solo momento, se le veia recorrer su larga línea de batalla, de un estremo á otro, con la lanza en la mano, y deteniéndose siempre donde el combate era más récio, para tener el placer de dar dos ó tres lanzadas.

Era incansable para la lucha y tenia el don de comunicar á su tropa todo el valor de su alma indómita.

Despues del combate, y con más razon si la victoria le era propicia, su gran placer era sentarse en el cadáver de un enemigo y hacer degollar á su vista la mayor parte de los prisioneros que hubiera hecho, siendo preferidos para *tocarles el violin* todos aquellos en quienes visiumbraba algo de decencia ó educacion.

Odiaba á muerte al hombre civilizado, porque decia que era ese el elemento bárbaro de estos países.

Quiroga reunió cuanto greñudo y miserable pudo reclutar en Santiago, Catamarca y demás provincias dominadas por él.

Saqueando este pueblo, haciendo una degollacion en aquel, Quiroga, que se habia adornado con el título de general, pudo reunir un ejército de cinco á seis mil hombres, y se vino en demanda de Paz, á la provincia de Córdoba.

Quién se permitia dudar que el triunfo coronaria sus armas?

Facundo Quiroga era invencible para aquella gente.

Hasta entonces no habia habido fuerza capaz de avasallar sus greñudos, ni aún de sostenerse mucho tiempo delante de él, sin ser despedazada por ellos.

El general Paz, militar elegante en sus maniobras y un táctico de primer órden, tenia ciega fé en los bravos que componian su ejército, donde habia mil Quirogas en valor.

Sabiendo que Quiroga se movia sobre él, salió de Córdoba con su ejército, dejando en la ciudad una pequeña guarnicion, y le aceptó la batalla que le ofrecia.

Este fué el primer desencanto del altivo Quiroga.

En vano se multiplicó aquel dia, en vano hizo personalmeute prodijios de valor, haciendo cometer á sus greñudos mil ferocidades.

El frio y elegante táctico le salia siempre al encuentro con su tropa incomparable, aprovechando sus torpezas, y despedazando su línea en los lados que la veia demasiado débil.

El tigre de los llanos mordia su lanza y hacia visajes terribles y conducia á la pelea sus masas de caballería, haciendo gala de una bravura de fiera.

Pero sus masas eran siempre rechazadas por aquellos viejos veteranos de incansable brazo y corazon sereno.

Despues de pelear hasta perder la mitad de su gente sin haber hecho grandes destrozos en el enemigo;

Despues de hacer todo género de proezas, hasta dar una carga de ponchazos sobre los cañones del enemigo, Quiroga se convenció que toda tentativa de triunfo seria una quimera.

Quiso retirarse en órden, pero ni esto mismo pudo conseguir.

Los regimientos de Paz habian doblado su ala izquierda echándola sobre el centro en terrible confusion, y allí fué la matanza más numerosa.

El ala derecha se aterró, y á pesar de las voces de Quiroga, dió la espalda en una confusion lamentable.

No quedaba que hacer.

Quiroga entonces, para evitar ser hecho prisionero, cerró las espuelas á su espléndido caballo y se perdió por entre las sierras con el último rayo del sol de la tarde.

A dónde iba el tigre de los llanos corriendo de aquella manera?

Cuáles podrian ser sus propósitos despues de haber perdido aquel numeroso

ejército y dejar en poder del enemigo todas sus armas y pertrechos de guerra?

Quiroga iba en busca de un nuevo ejército con que vencer al general Paz.

Aquella terrible derrota, lejos de doblar su carácter altivo y feroz, exaltó más su espíritu perverso.

No podia convencerse que el general Paz lo habia vencido por sus dotes militares, y la calidad de sus tropas. como lo venceria siempre.

Creia que aquello era una simple fatalidad cuyo mal precedente podria borrar en una nueva batalla.

Y á ella se preparó con el corazon lleno de ōdio y el espíritu deseoso de sangre.

Y ganō el interior á juntar nuevos greñudos con que vencer al general Paz.

El despecho de la derrota y el temor de perder su prestijio lo volvieron más feroz de lo que era, si esto es posible.

Para venir contra Buenos Aires, al *saqueio*, siempre habia gente dispuesta.

Aquellos montaraces que no se hubieran movido por nada de este mundo, de donde se habian tendido á tomar el sol, saltaban como á impulso de un golpe eléctrico, con la fisonomia innoble iluminada por la codicia, al grito de venir contra Buenos Aires, á saquear sus estancias y sus almacenes.

Los greñudos y montaraces de Santiago, Catamarca, etc., volaban á rodear á Quiroga cuando sintieron sonar su grito de guerra y esterminio.

Y peor para los que no se apresuraron á acudir á su voz, porque sobre ellos cayó todo el ódio implacable del feroz bandido.

En la Rioja donde fué primero á sacar jente para el plantel de su nuevo ejército, no solo hizo fusilar y matar á palos á los que anduvieron remisos, sinó que él mismo degolló unos cuantos por su mano, dejando sus cadáveres para que sobre ellos pasara su caballería.

De la Rioja pasó á Mendoza, donde su amigo el fraile Aldao lo socorrió con cuanto elemento tenia disponible.

Las casas de comercio fueron puestas á saco y Quiroga salió de Mendoza con más de cinco mil hombres, para formar sobre ellos un poderoso ejército.

Las provincias restantes tuvieron que pagar su contribucion de sangre y de dinero.

Quién se atrevia á resistir una indicacion de Quiroga?

Más habria tardado en decir nō, que en sentir por su garganta la filosa daga de aquel bandido.

Conforme se habia decretado el título de general, se habia erijido en señor de vidas de aquellas pobres provincias que temblaban á su contacto, como las hojas de los grandes árboles al contacto del huracan.

Y Quiroga se les habia impuesto personalmente sin tener nunca que echar manos del gran poder que disponia.

A la aldea ó pueblo que andaba remiso en pagar las contribuciones que él imponia, ō en entregar el contingente que habia pedido, entraba él solo, haciendo un destrozo incalculable.

El apaleaba, apuñaleaba y penetraba á las casas á caballo, azotando á todo el que se le ponia por delante, fuera niña, viejo ó mujer.

En una pequeña poblacion de Zumampa, habitada por pobres diablos y gente infeliz, dejó impreso todo el génio de su ferocidad.

Por no haberle dado de comer tan pronto como á él le pareció que debia ser, la emprendió á puñaladas con sus habitantes, esterminándolos de tal manera, que cuando se cansó de matar por su propia mano, mandō á su escolta que concluyera aquella obra infame.

Esto que á primera vista parecerá exajeracion, no lo es tanto, si se tiene presente el terror de que Quiroga habia rodeado su nombre, y lo serviles que han sido siempre los habitantes de aquellos pueblitos miserables, habituados á ser tratados á lomo de sable, desde Quiroga

hasta Sandes y desde Sandes hasta el presente.

De aquella manera logró Quiroga formar un ejército de seis ú ocho mil hombres, con el que se puso nuevamente en campaña y en demanda del general Paz.

En aquel ejército de bandoleros, no habia más ley ni más ordenanza que la voluntad de aquel innoble montaraz, erijido en gefe supremo.

Porque el orijen de Quiroga era tan ruin como sus hechos.

Perteneció á las últimas capas sociales y desde ellas subió hasta ser el árbitro de aquellas provincias.

Las faltas no se castigaban allí por consejos de guerra ó aplicaciones de ordenanzas.

El oficial que faltaba era castigado por el mismo Quiroga, ya á punta de palos ó á punta de lanza, segun la gravedad de la falta ó el humor más ó ménos negro con que amanecia aquel dia.

Ahora, el castigo á los soldados era muy diferente.

El que no recibia otro castigo que ser degollado, podia considerarse por feliz, porque generalmente aquel castigo venia despues de una série de indecibles monstruosidades de toda especie, que Quiroga presenciaba con infinita fruicion.

Asi trajo aquel ejército, que más se podia llamar un malon, hasta Córdoba.

Los greñudos que lo componian tenian tal terror á su gefe, que venian persuadidos de que, en cuanto el enemigo supiera que allí estaba Quiroga, no se atreveria ni siquiera á hacer pié firme.

Quiroga no tenia solamente fuerzas de caballería.

El fraile Aldao le habia dado alguna infantería y armas con que formar nuevos cuerpos.

Además, llevaba cuatro piecitas de artillería con su correspondiente dotacion.

Cuando el general Paz supo que Quiroga venia en su busca con un fuerte ejército, abandonó la ciudad de Córdoba para salir en su busca y escarmentarlo de una manera ejemplar.

El hábil táctico estaba convencido de que, aunque Quiroga trajera veinte mil hombres, con sus tropas regulares y en una batalla campal lo hacia pedazos.

Demasiado sabia él que aunque bravías, aquellas tropas eran completamente lijeras y fáciles de vencer, por consiguiente.

Quiroga era un leon en la pelea es verdad, pero prescindiendo de él mismo, tambien contaba Paz con leones como La Madrid y otros.

Cuando Quiroga supo que el general Paz habia salido de Córdoba con toda su tropa, hizo un movimiento á lo indio.

Contramarchó rápidamente aprovechando la oscuridad de la noche, y puso sitio á Córdoba que tuvo que rendirse al dia siguiente, por falta de defensores y de elementos de resistencia.

La ciudad estaba hábilmente zanjeada, pero no tenia más guarnicion que trescientos hombres, que fueron sin embargo bastantes para rechazar el primer ataque de todas las tropas de Quiroga.

Este ocupó la ciudad, dejando en ella una fuerte guarnicion de infantería y dos piezas y se retiró con el resto de su ejército, fuera de ella, en el punto llamado la Tablada, decidió á esperar allí al general Paz que indudablemente no debia tardar.

El general Paz tuvo conocimiento de lo sucedido por los soldados de la guarnicion vencida y contramarchó á Córdoba, donde llegó el 22 de Junio, encontrando á Quiroga en las posiciones que hemos indicado.

A la proximidad de aquel, este tendió su imponente línea y esperó el ataque.

El montonero se encontraba nuevamente con sus salvajes bravíos y decididos, frente al brillante estratéjico y lucido general, que atacó sobre la marcha, despues de apreciar con su mirada inte-

ligente al enemigo y el terreno en que iba á combatir.

Las primeras cargas fueron dadas y recibidas con un denuedo y valor admirables.

Los greñudos de Quiroga capitaneados por Aldao, Brizuela y otros lobos por el estilo llenaban con una bravura verdaderamente magnífica. los claros que abrian los sables de aquellas tropas lucidas, habituadas á no dilatar mucho el triunfo.

El general Paz mandando personalmente la reserva, acudia, con los cuerpos de ella, á los puntos del combate donde el enemigo hacia una resistencia más tenaz.

Quiroga veia que luchaba con un enemigo superior en todo, ménos en número; no se convencia que los más pudiesen ser vencidos por los ménos, y se le veia recorrer enfurecido toda la línea de batalla, llevando el contingente de su lanza allí donde lo creia necesario, y conduciendo á palos al combate, los regimientos que parecian no tener ganas de tomar parte inmediata.

Quiroga hizo verdaderas proezas de valor durante la batalla.

Su fuerte lanza postró muchas víctimas en lucha brazo á brazo, pero los veteranos de Paz empezaron bien pronto á imponerse y á mostrar su incontestable superioridad.

Se habia peleado más de seis horas cuerpo á cuerpo y haciendo muy poco uso de las armas de fuego.

El centro de Quiroga fué el primero que cedió, pero de una manera decidida para no volver más al combate.

En aquel mismo momento el heróico La Madrid, aquel que cargó *solo* contra un cuadro de infantería española, pocos años antes, cayó como una tormenta de muerte sobre el ala izquierda.

En vano fueron allí Quiroga y Aldao á restablecer el combate.

En vano hicieron esfuerzos sobrehumanos por contener á la tropa, esta dió vuelta presa del más invencible terror.

Envueltos unos escuadrones en otros, se fueron sobre el ala derecha, arrastrándola en la derrota.

La jornada habia terminado.

El enemigo huia dejando sobre el campo de batalla más de seiscientos cadáveres.

La persecucion fué corta y solo se hizo hasta la caida de la tarde.

El enemigo iba en horrible confusion, y Paz estaba seguro que no se rehaceria más.

Por otra parte no queria postrar á su tropa, sabiendo que al dia siguiente lo esperaba un nuevo combate á las puertas de la ciudad.

El enemigo era terco y duro en la pelea.

Se le vendria pronto, pero no seria sin alguna fatiga.

El general Paz dió esa noche un buen descanso á su tropa, y el 23 por la mañana marchó sobre la ciudad.

Apénas se habia movido en aquella direccion, cuando le llegó un parte de la retaguardia anunciándole que otro ejército tan numeroso como el primero, los atacaba por aquel punto y por el flanco derecho.

Era el mismo Quiroga que en la noche anterior habia rehecho sus tropas y sin dar tiempo á nada, habia caido sobre la retaguardia del ejército del general Paz, con tal denuedo, que habia logrado llevar alguna confusion entre los cuerpos atacados.

El general Paz, entre la confusion de la pelea organizó sus cuerpos y acudió á la retaguardia á restablecer el combate.

Las tropas de Quiroga atacaban con tal brio, que nadie hubiera sospechado que aquellas eran tropas que habian combatido de una manera terrible todo el dia anterior.

Las cargas se sucedian unas á otras, con igual valor.

Quiroga se hacia pedazos.

Su voz airada dominaba el fragor del combate, incitando á sus tropas de una manera desesperada.

Estas fueron decayendo poco á poco fatigadas y convencidas de que el enemigo con que luchaba era de fierro.

Dieron dos ó tres cargas desesperadas, y rechazadas á filo de sable, presentaron la espalda completamente acobardados.

Quiroga aún quiso contenerlos, insultándolos y apaleándolos con su lanza, pero fué envuelto por los fugitivos y obligado á disparar con ellos.

El segundo acto de aquel sangriento combate estaba terminado.

El general Paz destacó en su persecucion dos regimientos, para aniquilarlo por completo y marchó á Córdoba llevando más de ochocientos greñudos prisioneros.

En los dos combates, entre muertos, heridos y prisioneros, el enemigo habia perdido dos mil seiscientos hombres.

El general Paz puso sitio á la ciudad, y envió un oficial y un sargento, avisando que si no se rendian á discrecion, atacaria vigorosamente.

La guarnicion por toda respuesta fusiló á los dos enviados.

El general pudo haber tomado algunas represalias entre los prisioneros que llevaba.

Pero su carácter noble reprobaba esos actos.

Se limitó á mandar un ataque general sobre la plaza.

Los defensores comprendieron el peligro que corrian y se entregaron á discrecion.

De esta manera el general Paz concluyó con el caudillaje del interior.

Mendoza, la Rioja, San Luis, San Juan y Santiago, fueron ocupadas por tropas que el general Paz desprendió de su ejército, á órdenes de gefes esperimentados y de confianza.

Era la manera más eficaz de concluir con los caudillos que se habian enseñoreado en el interior, manejando á sus habitantes como majadas de cabras ó manadas de burros.

El general Paz no tenia nada que temer por ese lado y podia fijar tranquilamente su vista sobre Santa-Fé y Buenos Aires, que eran los puntos amenazantes y donde estaba en ebullicion la nidada federal.

Y así preparado esperó tranquilamente los acontecimientos que debian surjir de estos puntos y que no tardaron.

FEDERACION Ó MUERTE!

QUIROGA, fugitivo del campo de batalla, siguió huyendo en direccion á Catamarca.

Solo lo acompañaban unos veinte greñudos desarmados, pues en la persecucion habian arrojado las armas que las recojió el ejército del general Paz.

Quiroga iba tan desesperado, tan irritado con aquella derrota que anulaba para siempre su poder, que no teniendo en quienes descargar sus iras, lo hizo con los pobres montaraces que le permanecian fieles.

—Cobardes, canallas! esclamó, yo les voy á enseñar á dar vuelta!

A todos, á todos, á toditos los que han tomado parte en esta batalla y han huido como liebres, los voy á degollar.

Y enristró sobre ellos su terrible lanza.

Los greñudos que lo que ménos sospechaban era semejante ataque, dieron vuelta sus mulos y ganaron el monte con tanta rapidez como les fué posible.

Uno de ellos no pudo andar tan lijero, que no lo alcanzara aquella hiena y lo bajara del macho, de un golpe de lanza.

En seguida echó pié á tierra, y á pesar de los ruegos de aquel desventurado, lo degolló y ató la cabeza por el pelo á la cola del mulo, que espantó para que siguiera por el monte.

Esta era una ferocidad completamente

inútil, sin objeto alguno, pero que refocilaba el alma de aquel bandido, para quien la sangre era ya una necesidad.

Comprendiendo Quiroga que nada tenia ya que hacer en las Provincias, pues vió los destacamentos que á ellas enviaba el general Paz, cambió de rumbo, atravesó la Sierra de Don Diego y se vino á Buenos Aires.

Rosas le habia escrito anteriormente y enviádole emisarios.

Luego Rosas lo necesitaba y no le negaria su apoyo, por la cuenta que le tenia.

La llegada del general Quiroga, vencido y reducido á la impotencia, fué un acontecimiento que causó tremenda sensacion en el avispero federal.

Rosas y su partido estaban amenazados de muerte, por el único militar que podia arrebatarles el poder, dadas sus condiciones personales, y la enorme cantidad de elementos de que disponia.

La inaccion era el suicidio, así lo comprendió Rosas al conferenciar con aquel bandido, que lo impuso detalladamente de la crítica situacion en que quedaban las provincias, situacion bien crítica por cierto, bajo el punto de vista federal.

Los federales aprovecharon la venida de Quiroga para desatarse contra el partido unitario, que al parecer habia sido puesto fuera de la ley.

Ellos fueron insultados y aún estropeados por grupos de federales que salieron á recorrer las calles dando furiosos vivas á Rosas y á Quiroga.

Las casas de las familias unitarias eran asaltadas y las señoras y niñas que las habitaban ultrajadas de la manera más salvaje.

Rosas comprendió que aquellas escenas salvajes le hacian daño, despretijiando su Gobierno ante la gente séria del país.

Condenó enérgicamente aquellos escándalos y manifestaciones, ordenando á la Policía tomase las medidas necesarias para que no se repitieran.

Para salvar su responsabilidad, dijo que aquellos escándalos habian sido hechos por el mismo partido unitario, para incitar al desprecio de su Gobierno, y amenazando al dicho partido con terribles represalias si los hechos, á pesar de las medidas policiales, volvian á repetirse.

Los unitarios por su parte, sufrieron con paciencia todos aquellos vejámenes.

Los triunfos del general Paz les hacian tener esperanzas suficientes en el porvenir, para sobrellevar los males que aquellos mismos triunfos hicieron caer sobre ellos.

Numerosas comisiones partieron sigilosamente para Montevideo, á influir con Lavalle para que tomara una actitud decidida y sublevara el Entre-Rios y Corrientes, para hacerse de un fuerte ejército con que ayudar eficazmente al general Paz.

Rosas se apercibió del movimiento que trataba de hacerse y quiso matarlo en su cuna.

Al efecto envió á su vez comisiones á la Banda Oriental, para recabar del general Rivera la entrega de los que allí conspiraban contra su Gobierno.

Rosas le pedia además que persiguiera sin trégua en Montevideo, todo movimiento tendente á alterar el estado de cosas en Buenos Aires.

Rivera se negó á pretension tan descabellada, y Rosas, furioso, no solo lo calificó de *pardejon Rivera*, sinó que desde aquel momento empezó á maniobrar para que el general Lavalleja derrocara á Rivera, y se hiciese señor de Montevideo, como él se habia hecho de Buenos Aires.

Fué desde este momento que empezó la enemistad entre estos dos caudillos, enemistad que llevó á Rosas hasta hacer quemar los judas de Semana Santa, bajo el calificativo del *pardejon Rivera*.

Lavalle por su parte, apreció la situacion, comprendió que los momentos eran preciosos y pasó con un gran grupo al territorio argentino, para sublevar al En-

tre-Rios y Corrientes, donde contaba con apoyo y partidarios.

Rosas decidió entonces obrar con energía y rapidez, poniéndose de acuerdo con el caudillo Lopez de Santa-Fé, para formar un fuerte ejército y ponerse en campaña contra el general Paz, primero y contra el general Lavalle en seguida.

Para que Quiroga pudiera rehacerse, puso á su disposicion los elementos de que podia sacar partido el feroz bandido.

Al efecto sacó de las cárceles doscientos forajidos de la peor especie y se los entregó á Quiroga, como base del ejército que debia formar.

Acto continuo puso bandera de enganche, á la que acudió cuanto aventurero habia en el país, porque se les pagaba bien y se les prometia el libre saqueo.

Con quinientos hombres de este pelaje y catadura y con dinero y elementos suficientes, marchó á formar el nuevo ejército que esta vez obraria en combinacion con Lopez y Rosas.

Aquellos bandidos de cárcel, pronto pudieron apreciar el temple del hombre bajo cuyo poder habian caido.

Fiados en su número y en sus entrañas, una noche intentaron recuperar la libertad perdida, é hicieron un motin de cuartel.

Pero el tigre de los llanos, que no les quitaba un momento la vista de encima, se apercibió á tiempo de lo que pasaba y cayó sobre ellos, armado de una macana de algarrobo.

Grande fué el destrozo.

Cuatro bandidos quedaron con la cabeza deshecha de tal modo, que el resto se apaciguó, conviniendo en que aquel hombre era el único tipo capaz de manejarlos.

No paró solamente aquí el castigo de aquel motin.

A la mañana siguiente el mismo Quiroga ató, puñaleó y degolló otros cuatro de los presidarios.

Así concluyó de mostrarles su ascendiente incontrastable.

Sumisa aquella canalla al hombre que los habia de mandar en lo sucesivo, sin más ley que su esclusiva voluntad, Quiroga marchó á Santa-Fé á recibirse de otro contingente de las cárceles y de allí siguió viaje tranquilamente hasta las provincias de Cuyo, que bien pronto iban á sentir de nuevo el filo de su puñal.

Rosas, cuando lo supo, festejó con grandes risas el procedimiento que habia empleado Quiroga para someter aquella chusma ingobernable.

—Es la única manera de hacerse respetar en estos países, dijo.

Y el tiempo se encargó de probar de qué manera y hasta qué punto la habia encontrado buena.

Despachado Quiroga, Rosas se decidió á marchar á campaña.

Delegó el mando en sus ministros y dió á su hermano D. Prudencio el mando de la fuerza que quedaba en el Retiro, y marchó á Pavon, donde se disciplinaba el ejército de línea que estaba formando.

Allí mostró claramente el camino que se hallaba dispuesto á seguir para dominar al país por completo.

Los unitarios que debian secundar á Lavalle en Buenos Aires, comenzaron á conspirar tan abiertamente como les era posible.

En esta conspiracion, entró por mal de sus pecados, un sargento mayor Montero que se hallaba guarneciendo á Bahia Blanca, con su destacamento de caballería.

La famosa policía secreta que habia creado Rosas, reclutándola entre las últimas capas sociales, se puso bien pronto al cabo de la conspiracion, pasando aviso de lo que sucedia, al campamento de Pavon.

Escusamos decir que el sargento mayor Montero fué delatado, como muchas otras personas que en la conspiracion debian tomar parte.

En el acto Rosas pasó un oficio á Montero, mandándole presentarse al campamento á recibir órden de marcha.

Dada la situacion del país, aquella órden no podia causar estrañeza á un gefe que tenia fuerzas á sus órdenes y Montero, engañado, se apresuró á dar cumplimiento á ella.

Sabiendo que á Rosas le gustaba ser obedecido rápidamente, tomó una buena tropilla y se puso en marcha á media rienda, llegando á Pavon á los pocos dias.

—Lo he mandado llamar, le dijo Rosas, porque tengo confianza en Vd. y quiero significarle mi aprecio dándole un puesto de peligro en la vanguardia del ejército que pronto marchará á campaña.

Completamente engañado Montero por aquel recibimiento cariñoso, se puso á sus órdenes finjiéndose muy agradecido de la distincion.

—Llevará Vd. este pliego á D. Prudencio Rosas en el cuartel del Retiro, concluyó el Gobernador.

El entregará á Vd. dos escuadrones de caballería, con los que se presentará Vd., sin pérdida de tiempo en este campamento.

Montero se retiró y aquella misma noche se puso en marcha, pensando que en su nueva posicion iba á poder ser más útil á los de la conjuracion.

En cuanto llegó á Buenos Aires, se presentó á D. Prudencio Rosas, en el cuartel del Retiro, á quien encareció el pronto despacho de la órden que contenia el pliego.

D. Prudencio salió á dar algunas órdenes, rogándole lo esperara un instante.

Efectivamente, al poco tiempo regresó, asegurándole que á los pocos momentos seria despachado, para cuyo efecto habia dado las órdenes necesarias.

—Y Vd. sabe la órden que me ha traido? añadió.

—Sí señor—una órden de entregarme dos escuadrones de caballería para que me presente con ellos al campamento del Sr. Gobernador.

D. Prudencio quedó callado mirando con estrañeza la franca fisonomia del jóven.

Pocos momentos despues se presentó en el alojamiento un piquete de infantería mandado por un capitan.

La órden que Montero habia traido á D. Prudencio, se reducia á las siguientes terribles líneas:

« Al recibir esta, en el acto y sin pérdida de un minuto, hará Vd. fusilar al portador, que es el sargento mayor Montero ».

El distinguido doctor Bilbao consigna tambien este hecho monstruoso en su historia de Rosas.

Cuando Montero se apercibió de lo que se trataba, perdió toda su serenidad, preguntando si realmente lo iban á fusilar y por qué motivo.

—Es la órden que Vd. mismo me ha traido, replicó D. Prudencio y la leyó en alta voz.

—Está bien, miserables, replicó el jóven, recuperando toda la serenidad de su alma bien templada.

Pronto mi sangre unida á la de las otras víctimas les subirá al cuello.

Solicitó luego de D. Prudencio le permitiera escribir una carta para su familia, pero este se lo negó, invocando la órden de no perder un minuto.

El jóven salió al patio del cuartel, respirando valor y soberbia, se puso de pié mirando al piquete, y cruzó los brazos sobre el altivo pecho.

Dos minutos despues sonó una descarga, y el mayor Montero rodó por el suelo para no alzarse más.

Aquel hecho bárbaro y brutal, por más que se quiso ocultar, bien pronto fué conocido del pueblo de Buenos Aires.

Aquello no era más que la muestra de lo que tendrian que esperar de un Gobierno, cuyos primeros pasos los daba sobre cadávares.

Si el mayor Montero como militar era reo da alta traicion, ¿por qué no se le formó un consejo de guerra, aunque fuera verbal?

Es que Rosas no se preocupaba ya ni siquiera de guardar las formas, y hacia el uso que más le convenia de sus famosas facultades estraordinarias.

Ante el hecho de la muerte del mayor Montero los mismos que se las dieron se aterraron y esperaron temblorosos los hechos sangrientos que tendrian que seguir á aquel.

El sistema de Quiroga pasaba á ser el sistema del Gobierno de Buenos Aires, que no solo lo encontraba excelente, sinó que así lo declaró y con Montero empezó á practicarlo.

Los demás complicados en el movimiento unitario pusieron la barba en remojo y tomaron las medidas tendentes á no correr la suerte de aquel desventurado.

El cadáver del mayor Montero fué envuelto en un poncho patria y conducido al carnero por la misma compañía que ejecutó el fusilamiento.

D. Prudencio, al pié de la misma carta-órden, comunicó á su hermano Juan Manuel que le habia dado exacto cumplimiento, cinco minutos despues de haberla recibido.

FATALIDAD

EL general Lavalle se habia movido á levantar el Entre-Rios y Corrientes, donde empezó á reunir partidarios decididos á correr aquella nueva caravana en beneficio de la patria.

La campaña se presentaba ruda y penosa, pero poco importaba.

El porvenir sonreia y el fin de la jornada compensaria todas las amarguras que en ella se apuraran.

Los agentes de Rosas empezaron entonces á perseguir á muerte al partido unitario de Buenos Aires.

Ya no se les desterraba ó se llenaban con ellos las cárceles y pontones.

Se les despojaba de sus bienes y despues de molerles un poco los huesos. eran enviados á engrosar las filas de los batallones de línea.

D. Gervasio en la campaña y D. Prudencio en la ciudad, eran los encargados de velar por el santo nombre de la federacion.

Para Rosas la federacion era una palabra hueca cuyo alcance no comprendia y si lo comprendia no se le importaba de él un poroto.

Para él la cuestion era asegurar su Gobierno, costara lo que costara y cayera el que cayera.

Odiaba á los unitarios, no por sus ideas políticas, oscuras para él, sinó porque eran enemigos de su Gobierno, y lo querian voltear.

Y como entonces tenian poderosos elementos para hacerlo, queria esterminarlos antes que lo hicieran saltar de un Gobierno que habia adquirido, gracias á quince años de desvelos y de luchas, de sacrificios de todo género y de una perseverancia sin límites.

Aunque la actitud de Lavalle y el poder del general Paz lo inquietaban visiblemente, contaba con su poderoso aliado de Santa-Fé el general Lopez, la importante cooperacion que debia prestarle Quiroga, y los veinte mil soldados que podia sacar de Buenos Aires en cualquier momento.

Si no estaba seguro del triunfo, por lo ménos miraba como problemático el del partido unitario.

Esta fué la inauguracion del famoso primer Gobierno de Rosas, que se ha dado en decir que no fué tan malo, á pesar de las libertades suprimidas, las leyes pisoteadas y las cabezas separadas del tronco de los que cayeron en aquella primera época.

Véamos los acontecimientos que siguieron al asesinato de Montero.

D. Juan Manuel empezó á formar á gran prisa su poderoso ejercito en el Arroyo del Medio y Pavon, para engro-

sar con él las filas del que ya tenia su poderoso aliado de Santa-Fé, de aquel ejército que dando en tierra con Paz, por una de aquellas casualidades inesplicables, debia implantar el sistema de la federacion y el puñal.

No queriendo perder un dia de tiempo, pues sabia que el general Paz se le venia encima, mandó incorporarse á Lopez su primer cuerpo de ejército, á las órdenes del coronel Pacheco, compuesto de las siguientes tropas:

El regimiento de Patricios mandado por el coronel Gervasio Espinosa y el escuadron 3 de línea, que mandaba D. Mariano Espinosa, hermano de aquel.

El 1.º y el 2.º regimiento, mandados por los comandantes Millan y Gonzalez, los escuadrones de Estramuros de Buenos Aires, á órdenes del comandante Correa, el 4.º escuadron de línea y dos escuadrones más mandados por el coronel José María Cortinas.

Es preciso tener presente que cada regimiento de milicias, tenia un escuadron de línea, que le habia servido de base.

El coronel Pacheco se incorporó al general Lopez que tenia prontos para marchar el regimiento de Dragones de línea, mil y tantos milicianos santafecinos y trescientos indios Güaicurús que formaban su escolta en su campamento del arroyo de los Desmochados.

Con toda esa fuerza se movió de ese punto el caudillo Lopez, despues de haberse hecho reconocer como general en gefe.

El general Paz habia salido ya de Córdoba y se preparaba para venir á invadir las provincias de Santa-Fé y Buenos Aires.

Habia tenido aviso del movimiento que preparaba el general Lavalle y no dudaba que el más espléndido triunfo coronaria sus armas.

Rosas se quedó en el arroyo de Pavon, preparando el ejército de reserva, para el caso en que las armas de Lopez sufrieran un contraste.

En seguida llamó á los generales Balcarce y Martinez, nombrando á Balcarce general en gefe de la reserva y á Martinez gefe del Estado Mayor.

Este ejército lo componian los batallones Rio de la Plata á las órdenes de Olazábal, el regimiento 2.º de Cívicos, coronel Rodriguez, el batallon San Nicolás, coronel Olleros y el batallon Guardia Argentina, coronel Rolon.

Además de estos cuerpos, habia la artilleria mandada por el coronel Biedma y las caballerias mandadas por D. Prudencio Rosas, que eran el escuadron 6.º comandante Machado, regimiento Quilmes, Manuel Puirredon y un escuadron de milicias, comandante Hernandez (Eufemio.)

Lopez se movió sobre Córdoba buscando decididamente al general Paz, acampado en la costa de las Barracas.

La vanguardia del ejército del general Paz, que mandaba el valiente coronel Pedernera, que se hallaba en el Fraile Muerto, se movió rápidamente cuando supo la proximidad de Lopez, y salió á campar á una gran abra que habia entre el monte.

Allí pensaba el coronel Pedernera esperar al enemigo para batirlo, y ocultándose con el objeto de hacerlo por el flanco izquierdo y á retaguardia, pues sabia que Lopez se presentaba con todo su ejército.

Todo estaba preparado para dar á Lopez un buen golpe, pues este caería en la emboscada, pero la fatalidad dispuso las cosas de una manera bien diversa.

Lopez marchaba ciegamente, ignorando donde se hallaba la vanguardia de Paz, cuando sus avanzadas descubrieron un muchachon que hicieron prisionero y remitieron á Lopez, suponiendo que podria suministrar datos.

El muchachon aquel que acababa de salir del monte donde quedaba Pedernera, impuso al enemigo de la peligrosa trampa donde iba á caer.

Sin pérdida de tiempo Lopez formó su ejército en línea de batalla y desplegó á

su frente dos grandes guerrillas que debian iniciar el combate.

Algo sorprendido el coronel Pedernera con ver descubierta su emboscada, y olvidando que el enemigo traia fuerzas cuatro veces más numerosas que las suyas, tocó á la carga y se les fué encima con un entusiasmo heróico.

Los patricios, que constaban de cuatrocientas plazas y otros dos regimientos más fueron arrollados á filo de sable hasta la infanteria.

Semejante temeridad debia ser pagada cara.

El ejército de Lopez rompió un violento y vigoroso fuego que sembró la más desgraciada confusion entre los regimientos de Pedernera.

A su vez estos fueron doblados y acuchillados hasta el pueblito.

Allí se protejieron en la infanteria, que iba en retirada por la orilla del monte.

Gracias á ella, esta y los regimientos pudieron franquear el paso del rio.

Una vez del otro lado, el bizarro coronel Pedernera tocó reunion y se puso á organizar sus tropas á vista del ejército triunfante, y emprendió su retirada hácia Córdoba.

El ejército de Lopez marchó en su persecucion, dejando una fuerza á órdenes del coronel Espinosa, para protejer la division del Rio 3.º que mandaba el comandante Lopez, amenazadas por las fuerzas de Rio 4.º que mandaba el coronel Chavarria, cuyas avanzadas se presentaron dos dias despues.

El coronel Espinosa hizo tomar caballo de tiro y marchó precipitadamente en busca de Chavarria.

Sintiendo fatigadas sus caballadas, las mudó en el punto conocido por la esquina de Ballesteros y siguió á gran galope hasta el paso de la Herradura, en el Rio 3.º donde campó.

Conociendo el coronel Chavarria este movimiento, le pareció bueno el partido, y á la media noche llevó una sorpresa en toda regla sobre al campamento del comandante Lopez, que aún no se habia retirado como se lo ordenó Espinosa.

Las tropas de Chavarria entraron al campamento de Lopez, cuando las de este estaban entregadas al sueño sin la menor precaucion, y la carniceria fué en regla.

Para salvar la vida, el mismo Lopez tuvo que arrojarse al rio, entre la matanza y la confusion, salvando milagrosamente.

Su division fué aniquilada por completo, dispersándose los que escapaban á la matanza.

Pero estaba de Dios que á Chavarria le habia de tocar su parte.

Espinosa, que venia haciendo marchas forzadísimas, se encontró con él al dia siguiente de la sorpresa y cuando este aún saboreaba su triunfo.

El combate fué reñido y sangriento, pero acosadas las tropas de Chavarria dieron la espalda y Espinosa pudo tomar un buen desquite, lanceándolas hasta la cañada de las Tres Cruces.

Entre tanto el general Paz marchaba con todo su ejército al encuentro del enemigo y ávido de dar la batalla.

Al contemplar el entusiasmo de sus tropas y la gran superioridad de sus brillantes soldados, para Paz no habia la menor duda del triunfo.

Aquello, para él era una simple cuestion de llegar y obligar al enemigo á batirse.

Pero ya hemos dicho que la fatalidad estaba en su contra, en aquella campaña que tan brillantemente habia empezado.

Sabiendo que el grueso del ejército de Lopez se hallaba campado en el arroyo de las *Mojarras* allí se dirijió desprendiendo avanzadas bastante fuertes para repeler cualquier agresion.

En marcha, el 10 de Mayo, se sintió á vanguardia y por donde debian andar las avanzadas, un fuerte tiroteo.

El general Paz mandó apresurar la marcha y se desprendió para inspeccionar él mismo lo que pasaba, adelantán-

dose á gran galope con un ayudante, un trompa y un vaqueano.

Como el tiroteo siguiera cada vez más nutrido el general Paz quiso cortar campo para llegar más pronto á las avanzadas, pero el vaqueano perdió el rumbo y tuvieron que guiarse por el rumor del fuego, que cada vez se hacia más sostenido.

Marchando á media rienda, el general divisó una tropa que por la divisa creyó pertenecia á su ejército, pero muy cerca de ella reconoció que eran enemigos y, temiendo caer prisionero y perder la accion por esta causa, dió una rápida rienda á su espléndido caballo y echó á correr en la direccion que debia traer su ejército.

El enemigo se lanzó en su persecucion.

El gefe lo reconoció por su uniforme y llamándolo por su nombre le gritó que se detuviera.

Engañado el general Paz nuevamente se detuvo, pero convencido al fin de que estaba entre fuerzas enemigas, se puso en fuga de una manera decidida.

Aunque los que lo perseguian hacian esfuerzos sobrehumanos para darle alcance, bien pronto se convencieron de que aquella era una tarea vana, porque sus matungos fatigados, no podian competir con el caballo de batalla del general Paz.

Antes que perder tan ilustre prisionero, hicieron la última tentativa y el gefe de la fuerza desprendió en su persecucion cuatro boleadores dando á uno de ellos su propio caballo, que era el mejor.

Aquella estratajema infernal dió el mejor resultado.

El caballo del general Paz, que no hubiera sido alcanzado en manera alguna, rodó con las patas atadas por un certero tiro de bolas, arrastrando en su caida á su noble ginete.

Este, apretado por su cabalgadura, ni siquiera pudo sacar del cinto una pistola para defenderse.

Aquellos descamisados cayeron sobre él, atándolo con sus maneadores como á un bandido y echándolo á las ancas.

Y en el acto se pusieron en fuga, pues ya les parecia sentir al ejército que llegaba á rescatar el prisionero.

Su ayudante y trompa de órdenes fueron muertos á su lado.

Aunque atado como un forajido aquella canalla guardaba al ilustre prisionero todos los respetos de que era susceptible.

Siéndoles imposible incorporarse aquella noche el ejército por el cansancio de sus caballos, resolvieron campar para darles descanso y seguir la marcha á la madrugada siguiente.

No ofreciéndoles la cosa el menor peligro, aquellos mercenarios desataron al general Paz para que á su vez tomara algun descanso.

Vencidos por la fatiga, aquellos hombres se entregaron al sueño.

El animoso guerrero, viendo que hasta el centinela que lo custodiaba se hallaba cabeceando, se le aproximó con cautela, y arrebatándole las rienda del caballo, que tenia en la mano, quiso saltar en él y huir.

Inútil tentativa!

Fué sentido á tiempo y á los gritos del centinela, toda la tropa se puso de pié.

Esta desgraciada tentativa no hizo sino empeorar sus condiciones.

Para castigarlo, el gefe lo desnudó de todas sus prendas y lujoso uniforme amarrándolo fuertemente al tronco de un árbol.

Al dia siguiente se pusieron en marcha, llegando á la caida de la tarde, al campamento de Lopez.

Este no quiso creer al principio la fausta nueva que se le comunicaba. Necesitó ver y tocar á Paz para convencerse que aquello no era un sueño. La prision del general Paz importaba irrevocablemente la derrota de su ejército, que quedaba sin cabeza que lo dirijiera con provecho para

sus armas y aturdido por aquel golpe tan casual como inesperado.

Lopez, para aprovechar la postracion del enemigo, resolvió operar sobre tablas.

Envió bien escoltado á Santa-Fé al ilustre prisionero, y se puso en marcha sobre el ejército que iba á encontrar sin direccion y completamente desmoralizado.

Era indudable para él que La Madrid habia tomado el mando, por ser el gefe más caracterizado, pero esto no le infundia á Lopez el menor temor.

El general La Madrid era uno de los gefes más bravos del ejército argentino, pero esa misma bravura que sus enemigos eran los primeros en reconocerle, le hacia cometer mil desaciertos imperdonables en un gefe de su larga práctica, pues desde la guerra de las republiquetas, como oficial subalterno, habia hecho siempre una figura lucidísima y heróica muchas veces, atrayendo sobre sí la atencion del país.

Lopez se dirigió, pues, á marchas forzadas sobre el ejército del general Paz, que debia estar muy próximo, segun el paraje en que aquel cayó prisionero.

Véamos entre tanto lo que sucedia en aquel ejército y el fin desastroso que le imprimió la pérdida de Paz.

LA SANGRE DE LOS MÁRTIRES

AL saber que su jefe habia caido prisionero, el ejército del general Paz fué presa de una impresion terrible.

Al dolor que esperimentaban tanto los oficiales como los soldados, se unia el triste presagio de una derrota tremenda.

Con el general Paz á la cabeza, aquel ejército se creia invencible, pues tenia una confianza ciega en el arte militar de aquel jefe.

Faltando el general Paz les faltaba aquella voluntad firme que no se doblegaba jamás.

Sabian que iban á combatir con un enemigo poderoso y duro de vencer, y les faltaba aquella confianza que les imprimia el nérvio y la intelijencia del general Paz.

No por esto desmayaron y se prepararon á combatir lealmente á las órdenes del jefe que tomara el mando del ejército, fuere cual fuere.

El general La Madrid al tener noticias de lo sucedido, vuela inmediatamente á ponerse al frente del ejército, que lo recibe con muestras de vivísima simpatía.

Pero en vez de avanzar sobre el enemigo emprende su retirada hácia la ciudad de Córdoba.

Cuál era el motivo que le hacia emprender una retirada que no daria más fruto que concluir de desmoralizar la tropa?

Simples narradores de los hechos, no hacemos el menor comentario.

El general La Madrid no se detuvo en Córdoba.

Dejó allí de Gobernador á don Mariano Fragueiro, siguiendo su retirada hasta Tucuman, sin que nadie conociera el plan de campaña que allí lo llevaba.

Cuando Lopez llegó á Córdoba y supo que el ejército mandado por el general La Madrid seguia su retirada para Tucuman, se dispuso ocupar la ciudad.

El Gobernador Fragueiro comprendió que toda resistencia era inútil, y que solo lograria haciéndola, el derramar sangre estérilmente.

A la aproximacion de Lopez envió sus parlamentos, ajustando una capitulacion tan honrosa como le fué posible conseguir.

Por ella se convenia que ningun ciudadano ó militar seria molestado en manera alguna, por sus opiniones políticas anteriores al tratado y que se respetaria la vida de todos los que hubieran prestado sus servicios bajo las banderas del general Paz.

El general Lopez ocupó á Córdoba despues de firmar la capitulacion de que hemos hablado, sin que se le pusiera la menor resistencia de obra ó de palabra.

Veremos despues el cumplimiento que á aquel tratado dió el caudillo santafecino.

Ahora sigamos unos dias más á La Madrid, para terminar estos acontecimientos que fueron la tumba de los unitarios.

La Madrid llegó á Tucuman, donde se situó definitivamente, sin dejar comprender cuales eran las intenciones que allí lo habian llevado.

Aunque el ejército de Paz, algo desencantado con el nuevo jefe cuyas intenciones no alcanzaba, habia empezado á disminuir por las deserciones, era todavia respetabilísimo en su número.

Nunca habia tenido el general La Madrid á sus órdenes un ejército tan imponente y de una organizacion tan irreprochable.

Fiado en este poder indiscutible, se posesionó de Tucuman, donde empezó á acumular todos los recursos que pudieran importar su sostenimiento.

La Madrid no hacia más que huir de las llamas (Lopez) para caer en las brasas (Quiroga).

El terrible bandido, con los elementos que habia llevado de Buenos Aires, empezó á organizar un ejército con suma rapidez, para poder recobrar la autoridad y poder que habia perdido.

En el Arroyo del Medio lo habian alcanzado, bajo el nombre de regimiento de Auxiliares, unos quinientos enganchados más que le habia enviado Rosas, mandados por el coronel Ponce de Leon Grande y llevando como segundo jefe al comandante Ponce de Leon Chico, hermano del primero.

A esta fuerza se la habia armado en toda regla, pagándoseles tres meses adelantados.

Llevaban ademas consigo varios carros con armamentos, vestuarios y municiones para unos mil hombres más.

Con este plantel de presidarios y enganchados, el terrible Quiroga marchó á Mendoza, ocupada por un coronel Videla Castillo, con una regular division.

Quiroga lo batió, lo deshizo y con lo que salvó de la matanza, engrosó las filas de sus bandidos.

Ya estaba en campaña, y de una manera terrible el tigre de los llanos.

Campado en Mendoza, donde su propuso formar un gran ejército, despachó sus capitanejos á Santiago del Estero y la Rioja, á rejuntar sus antiguos greñudos.

A la aproximacion del bandido y á la noticia de su llamado, aquellas pobres provincias temblaron y se dispusieron al sacrificio.

Sabian que toda resistencia era inútil, y que solo lograrian con ella irritar á Quiroga, que vendria entonces á reclutarlos á lanza y cuchillo.

Ya sabian por esperiencia que era inútil resistirse á su llamado ó á las contribuciones que se servia imponerles.

Quiroga permaneció en Mendoza hasta que los greñudos llegaron, y se puso en marcha con un ejército de más de cuatro mil hombres, bien armados y regularmente vestidos.

Como tenia gran desprecio por la artillería, y poca fé en la infantería, aquellas tropas eran esclusivamente de caballería.

El objeto de esta marcha era seguir remontando su ejército y sacando fuertes contribuciones de las provincias menos pobres.

Como nuevo campo de accion, ocupó la provincia de San Juan, y envió sus capitanejos á San Luis, Jujuy, etc., con órden de pedir y traerle nuevos contingentes.

Y miéntras estos contingentes llegaban, puso á contribucion, ó mejor diremos á saco, la ciudad de San Juan.

Los sanjuaninos sintieron entonces el peso terrible de aquella autoridad feroz.

Las mujeres fueron escarnecidas por las calles y los hombres llevados á garro-

te límpio á engrosar las filas de sus greñudos.

Estando en San Juan y con un ejército que pasaba ya de cinco mil hombres, supo Quiroga que el general La Madrid se hallaba en Tucuman con los restos del ejército del general Paz, que tan despiadadamente lo habia batido dos veces, arrebatándole todo su poder y condenándolo, se puede decir, á la mendicidad de elementos bélicos.

Ante esta noticia, la mirada sombría del bandido, se iluminó de una manera siniestra, pues se le presentaba la oportunidad de tomar un desquite en toda regla.

Quiroga tenia un ódio á muerte á La Madrid, desde que este jefe, por órden de Paz habia ocupado á Mendoza, haciéndole algunos prisioneros y fusilándole algunos greñudos.

Quiroga no temia á La Madrid, como no temia á nadie.

Reconocia la superioridad del general Paz, pero fuera de este, creia que no habia general capaz de resistirle, al frente de sus montaraces.

Y como esta vez habia engrosado sus filas con presidarios y enganchados sin ley ni Dios, se consideraba más fuerte que nunca, pues aquellos elementos típicos se identificaron con él.

Facundo Quiroga levantó su campamento de San Juan despues de arrasarlo, y se dirijió á Tucuman, con la firme conviccion de que iba á aniquilar al general La Madrid.

Otra vez iba á ponerse al frente de aquel ejército á que tantas ganas de vencer tenia, para vengarse en el triunfo de sus pasadas derrotas.

Marchando dia y noche y arrebatando cuanto arreo hallaba al paso, en ménos de un mes, Quiroga se puso á la vista de Tucuman.

Sabedor La Madrid de que el formidable tigre de los llanos se le venia encima, sacó su ejército de la ciudad y lo formó en batalla en un gran descampado.

Allí lo esperó con aquella serenidad de espíritu que jamás lo abandonaba y con la sonrisa que la seguridad del triunfo imprimia en su boca espresiva.

Todas las tropas de La Madrid eran de primer órden, contándose entre ellas, un batallon que mandaba el célebre negro Barcala.

Pocas horas despues de estar el ejército de La Madrid tendido en línea, se avistó el imponente ejército de Quiroga.

Despreciando este á su enemigo y sin dar siquiera un pequeño descanso á su fatigada tropa, desprendió á un coronel Fontaner, con una fuerte division.

Fontaner llevaba la órden de cargar y deshacer una fuerza de caballería, que se hallaba al flanco derecho de La Madrid.

Como la caballería de este era escasa y esta era la única arma que Quiroga respetaba, quiso ver si por una sucesion de cargas bien llevadas, lograba poner en fuga ó deshacer los regimientos de La Madrid.

Fontaner cargó escalonado sobre aquella fuerza, con tan buen éxito, que despues de un corto, aunque terrible combate, la dobló y puso en precipitada fuga antes de que pudiera recibir la menor proteccion.

Creyendo haber cumplido las órdenes recibidas se plegó sobre el ejército, tiroteado por algunas guerrillas de infantería que poco daño le hicieron.

Irritado Quiroga con el regreso de Fontaner, salió á su encuentro, lanza en ristre, preguntándole:

—Con órden de quién ha regresado usted, coronel de porquería?

Sobrecojido el coronel Fontaner, con tal recibimiento al frente de su division triunfante, replicó con soberbia:

—He regresado porque no tenia más enemigos al frente y habia cumplido la órden que se me dió.

—Si yo le dí órden de cargar y de arrollar su frente, no se la dí de retirarse—

ahora verá usted lo que hago con los desobedientes copetudos.

Y sobre tablas hizo desmontar ocho soldados de su escolta, mandó que bajaran á tirones á Fontaner y lo hizo fusilar sin siquiera dejarle tiempo para ponerse de pié.

La tropa quedó aterrada con este hecho brutal.

Los demás gefes lo atribuyeron á un sacrificio que por el triunfo hacia Quiroga.

Convencido de que su tropa solo por el terror podia sostenerse en el campo de batalla contra la de La Madrid, pensaron, ha hecho este sacrificio para aterrorizarla.

El mismo general Quiroga se puso á la cabeza de la division que habia dejado sin gefe, y metiéndose él mismo en lo más encarnizado de la lucha, arrolló y despedazó el resto de las caballerías enemigas, al estremo de no dejarle un solo escuadron en el campo de batalla.

El General La Madrid quedó solamente con su infantería y artillería para luchar con tan enormes masas de caballería.

Quiroga hizo avanzar entonces todo el grueso de su ejército, sable en mano, llegando, hasta las piezas de artillería revoleando los ponchos.

Las infanterías y artillería rompieron un fuego desesperado, pero fueron ahogadas por los greñudos, que se presentaban al combate con un valor terrible.

En lo más récio del combate, presentaron á Quiroga al negro Barcala, á quien conocia de fama y que acababa de ser hecho prisionero.

—Qué haria Vd. en mi lugar, dijo el tigre, mirando fijamente á Barcala, si Vd. fuera el general Quiroga y yo el negro Barcala?

—Fusilarlo! contestó éste sin vacilar, ó lancearlo para andar más pronto.

—Esa franqueza me concluye de cautivar, replicó Quiroga.

Yo en vez de fusilarlo lo nombro desde ya mi ayudante de campo.

Y mandó que lo dejaran en libertad.

La Madrid con su valor heróico hacia esfuerzos desesperados, pero inútiles.

Las cargas de caballería se sucedian sin trégua, y la artillería habia apagado ya sus fuegos.

Acosada la infantería y sofocada por aquel enemigo siempre de refresco, empezó á desbandarse en todas direcciones, arrojando las armas.

Aquí empezó la matanza.

Las tropas de Quiroga pugnaban por apoderarse de La Madrid y el Gobernador de Tucuman que lo acompañaba, pero no los conocian bien.

Quiroga lo buscaba por todas partes, con la mirada inyectada de sangre, sin poderlo descubrir.

Cuando el desbando se acentuó de una manera séria recien La Madrid se decidió á abandonar el campo de batalla.

No habia la menor esperanza de salvacion.

Quiroga hizo cargar y perseguir los restos de aquel brillante ejército que una ciega confianza y mala disciplina habian hecho perder.

Concluida la persecucion, Quiroga reunió su ejército y llevando á la cabeza los prisioneros de la jornada, entró á la ciudad de Tucuman.

Al conocerse allí la derrota de La Madrid, la poblacion se sobrecogió de espanto.

Quiroga era allí demasiado conocido por lo que habia hecho en las demás provincias, para dudar que Tucuman fuera ferozmente sacrificado.

El tigre se preparaba aquel dia su más suntuoso banquete de sangre.

Habia hecho más de quinientos prisioneros, entre los que se contaban más de ochenta entre gefes y oficiales.

Entre estos figuraban Larraya, Videla, Arenque, los Romero y el comandante Cordero.

Quiroga entró á la ciudad, seguido de sus greñudos y presidarios, y paseó todas sus calles exhibiendo los prisioneros que llevaba.

Las tropas recorrian las principales calles, como en ciudad estranjera, conquistada.

Saqueaban los negocios, penetrando en ellos á caballo y azotaban, segun órden de Quiroga, á todo aquel que les parecia no tener cara de federal sin mancha.

Despues de distribuir aquellas tropas de forajidos en las principales casas y establecimientos públicos, se retiró á un inmundo potrero, que declaró ser su cuartel general.

El podia haberse alojado en la misma casa de Gobierno de Tucuman.

Pero preferia el potrero y su recado por todo mueble, dando así una muestra de la clase de persona que era.

Este era otro de los puntos de contacto que tenian Rosas y Quiroga, aunque el primero habia nacido y criádose en medio de todas las comodidades que puedan proporcionar la civilizacion y la riqueza, tomando los hábitos del salvaje á fuerza de asimilarse á él.

Desde aquel campamento donde habia puesto una tienda de campaña hecha con cueros de potro, Quiroga dictó su primer bando, bando que contristó á todas las familias bien colocadas.

Por él se intimaba á todos los habitantes en quienes se suponia alguna fortuna y á los dueños de negocios, llevaran al mencionado potrero cuanto tuvieran en dinero, bajo pena de ser fusilados sobre la marcha.

El fundamento de este bando era que tenia que pagar sus valientes y heróicas tropas y que no disponia para ello de un solo centavo.

Sabiendo que Quiroga hacia exactamente lo que prometia, cada cual se apresuró á llevarle cuanto poseia, que él recibió sin siquiera dar las gracias.

Pero este dinero no era bastante para satisfacer la codicia de aquel bandido, y mandó saquear los principales negocios.

Satisfecha de este modo su ambicion de dinero, le faltaba ver colmada su sed de sangre, para lo cual tenia ya preparadas sus víctimas, que no eran otras que los gefes y oficiales prisioneros.

Quiroga mandó que se los llevaran todos al cuartel general, es decir á su potrero, para fusilarlos á todos.

Los prisioneros de la batalla fueron aumentados con algunos que hicieron en la ciudad, sumando entre todos un total de noventa y tres.

Cuando se supo esto en la ciudad, los habitantes concluyeron de aterrarse, pensando que, á aquel paso, Quiroga concluiria por mandarle pegar fuego.

Como la mayor parte de aquellos prisioneros pertenecian á la mejor sociedad de Tucuman, las damas, olvidando el peligro que ellas mismas corrian, resolvieron presentarse á Quiroga para implorar el perdon de los mártires.

Aquí se presentaba á aquel asesino, la oportunidad de gozar de un placer que no habia imaginado: la agonía moral de aquellas desventuradas mujeres.

Todo estaba dispuesto para la ejecucion, el mismo dia que las nobles damas llegaron al potrero.

Esta ejecucion era decretada en forma de matanza, pues no podia hacerse de otro modo.

Los que no murieran en las primeras descargas, serian muertos á lanza y cuchillo.

Quiroga recibió á aquellas señoras finjiendo una amabilidad que llamaremos gatuna.

Les manifestó que estaba dispuesto á acceder á sus ruegos, y que esperaran allí, que él mandaria traer los prisioneros para irlos *largando* uno á uno.

Las señoras no podian creer en semejante magnanimidad, y desde el fondo de sus corazones empezaban á perdonarle

todo el mal que les habia causado en aquellos amargos tres dias que hacia ocupaba á Tucuman.

Quiroga observaba la alegría que iluminaba el semblante de aquellas señoras, saboreando el placer que se preparaba.

De pronto se sintió un fuego graneado, seguido de alaridos salvajes y gritos de dolor.

Un vértigo de muerte pasó por el corazon de aquellas desgraciadas, algunas de las que se atrevieron á preguntar que sucedia.

—No es nada, gruñó el tigre, son los muchachos que se entretienen en hacer salvas.

Pero los gritos de desesperacion y los ayes las convencieron muy pronto de que se trataba de alguna matanza, pero nunca se figuraron que las víctimas pudieran ser los prisioneros por quienes habian ido á pedir.

De repente cesó el fuego de fusilería, siendo reemplazado por un fragor y tropel estraño.

Ruidos de caballos que corrian en todas direcciones, maldiciones de toda especie y gran estrépito de armas.

Quiroga no perdia un solo momento la espresion de la agonía que cruzaba aquellos rostros más ó ménos hermosos, embellecidos por el dolor.

De pronto entró á su tienda una especie de oficial, de gran melena y cubierto de manchas de sangre, aún fresca.

—Ya está, señor, dijo, y los muchachos piden que les entreguen los otros.

—Por hoy basta, contestó Quiroga, lamiendo sus gruesos lábios, como el tigre cuando acaba de comer.

Decíles que para mañana veremos, que ahora pueden descansar.

Y en seguida, dirijiéndose á las señoras continuó:

—Pueden ir ustedes tranquilas á recibirse cada cual de la persona que le interese.

Este lleva la órden de hacer la entrega.

—De los prisioneros que están ahí, dijo á aquella especie de ayudante, dirás que entreguen en el acto á las señoras, los que ellas pidan.

Y con tal naturalidad dió esta órden, que aquellas infelices volvieron á creer en la piedad de Quiroga.

Éste salió detrás de ellas para no perder el menor detalle del cuadro que se habia preparado.

Las señoras fueron conducidas á un descampado, donde habia tenido lugar aquella bárbara carnicería.

Los oficiales y gefes, atados codo con codo, é ignorantes de lo que iba á suceder habian sido conducidos allí, segun se les dijo, para tomarles juramento de que nunca habian de volver á tomar las armas.

En cuanto llegaron se les formó en ala, y varios pelotones de caballería desmontada avanzaron sobre ellos haciéndoles fuego á discrecion.

Estas fueron las descargas que habian sentido las señoras.

En seguida aquellos bandidos arrojaron al suelo las armas de fuego que tan antipáticas les eran y siguieron la matanza á lanza y facon.

Aquellos desventurados morian de una manera horrible, sin tener el consuelo siquiera de defender sus vidas.

Algunos que habian logrado á costa de enormes esfuerzos sacar una mano de las fuertes ligaduras que se las amarraban á la espalda, la llevaban al cuello ofreciendo aquella débil defensa.

Pero las tropas de Quiroga, sin cuidarse de apartar aquel estorbo, cortaban primero la mano separando los dedos y seguian despues con la garganta.

Aquello era ya nauseabundo.

Los mismos bandidos se sentian hastiados de tanta sangre y se limitaban á desnudar los moribundos, dejando á otros el placer de *despenarlos*.

Este es el espectáculo que sorprendió á las señoras cuando llegaron á aquel cementerio.

La mayor parte de aquellos cadáveres no tenian cabeza y estaban brutalmente mutilados.

Hay impresiones que el lenguaje humano no tiene colores con que pintarlas.

Todo es pálido y mezquino al lado de aquella realidad funesta y sombria.

Algunas señoras se desmayaron, otras rompieron en un llanto tremendo, abrazadas á las cabezas sanguientas de sus hermanos ó hijos, y otras quedaron sin accion alguna, idiotizadas por la sorpresa, el espanto y el dolor.

Quiroga sonreia y miraba todo aquello cruzado de brazos, y mostrando sus afilados dientes, que parecian haberse regalado con aquella sangre humeante.

Una sola de aquellas mujeres dominó el espanto del cuadro, se sobrepuso á todo dolor y avanzando sobre Quiroga, le azotó el rostro innoble con su fina y aristocrática mano.

—Asesino! le dijo, así has de morir tú, porque esta noble sangre será tu sentencia de muerte!

Aquella accion heróica fué la señal de nuevas infamias.

Enfurecido Quiroga, de un golpe de puño, hizo rodar á sus piés á la valiente dama.

En seguida le destrozó el rostro con el taco de las botas y sus enormes nazarenas.

Luego mandó que todas las demás señoras fueran arrojadas de allí á punta de patadas.

Sin esperar más, la soldadesca se arrojó sobre ellas, golpeándolas furiosamente, y apedreándolas con las cabezas de los degollados.

No se podia invadir de una manera más exajerada el dominio de la fiera.

Quiroga reia desaforadamente, cada vez que el cráneo de uno de los degollados, chocaba cón la cabeza de una de aquellas infelices, que ni aún tenian la fuerza de huir, entregándose sin resistencia á todo género de ultrajes.

La sociedad de Tucuman comprendió que le habia llegado su hora de espiacion, y dobló el cuello ante la espuela del caudillo.

No habia contra él, por el momento, defensa posible.

Ni aún les quedaba el recurso de huir, porque era imposible moverse de la ciudad sin ser visto y esto hubiera concluido de enfurecer á aquel mónstruo.

No por cumplir con un deber de humanidad, ni para salvarlos de los perros del campamento y animales feroces del campo, si no para librarse del mal olor, Quiroga mandó sepultar aquellos despojos sangrientos.

Se cavó una zanja donde todos fueron arrojados incluso la mujer que el bárbaro Quiroga habia muerto á tacazos.

Este fué el fin de aquella batalla sombria, última que por aquellos tiempos habia de dar la civilizacion al caudillaje.

—Ahora, dijo Quiroga,ya quedan estas provincias libres de caudillos y locos.

No habrá ya quien se atreva á alzar el poncho!

No me falta más que concluir con el bandido de Paz, para asegurar el órden en toda la República.

Quiroga ignoraba todavia que el general Paz habia sido hecho prisionero, y lo suponia aún en Córdoba.

Solo ocho dias despues recibió aquella grata noticia que le hizo esclamar:

—Gracias á Dios! ya no habrá en todo el país más poderes que el mio acá, y el de Juan Manuel allá!

Al dia siguiente, desde su potrero convertido en cuartel general, nombró gobernador y demás autoridades, elejidas entre los federales sin mancha, como él llamaba á los bandidos de última estofa.

Siendo su famoso batallon de Auxiliares el que más habia sufrido en el combate, resolvió remontarlo á setecientas plazas, con soldados prisioneros y gente que sacó de la cárcel, y lo mandó de guarni-

cion al pueblito de Montero, cerca de Tucuman.

No se sabe si por hacerse el estravagante ó por entretenerse, Quiroga estableció una tienda, especie de gran bazar que surtió con las mercaderías de los negocios que hacia saquear.

El mismo despachaba como mejor le venia á su antojo, haciendo que toda la poblacion viniera á surtirse de su pulpería.

Así estuvo en Tucuman más de un mes, de dueño y mozo de su tienda, hasta que resolvió mandarse mudar á asolar las demás provincias, que quedaban entregadas por completo y sin defensa á su voluntad esclusiva y á la de sus capitanejos, pues no podia calificarse de otra manera á aquellos que lo rodeaban.

Hizo marchar á San Luis el regimiento de Auxiliares con los mismos gefes que tenia para que representaran allí su poder, y él, con el resto del ejército se retiró á la Rioja, que declaró cuartel general y residencia de su real persona.

El interior de la República quedaba así librado al caudillo más feroz que haya existido jamás en tierra argentina.

Véamos los crímenes que se cometian de este lado del Arroyo del Medio, por órden del gran Rosas.

LAS PRIMERAS MATANZAS

YA hemos dicho anteriormente que Lopez al saber la retirada de La Madrid, se habia dirijido á Córdoba con la intencion de ocuparla inmediatamente.

La Madrid habia dejado allí al Gobernador Fragueiro, quien quedó comprometido á defender la ciudad, con dos batallones de infantería y tres regimientos de caballería.

La caballería habia sido formada fuera de la ciudad, la que fortificó con grandes zanjas y fosos, defendidos por la infantería y un par de piezas de montaña.

Pero por el resultado de aquella defensa, se vió que más era el número de partidarios federales alli existentes, que amigos de La Madrid.

Aterrada la poblacion con el abandono que de Córdoba habia hecho el general La Madrid, quiso influir con Fragueiro para que capitulara, á lo que este respondió que no tuvieran cuidado, que él sacaria el mejor partido posible de la situacion.

Cuando las caballerías situadas afuera de la ciudad vieron que el ejército federal se aproximaba, sin que sus avanzadas hicieran un solo tiro, se replegaron á las trincheras buscando el amparo de las infanterías.

Entonces empezaron á verse en la ciudad, enarbolar en las azoteas de las casas, gran cantidad de banderas, en señal del regocijo.

Eran los federales que se preparaban á recibir sus aliados y los habitantes más tímidos que finjian serlo, para evitarse por este medio el mal que pudiera hacerles el ejército que indudablemente iba á ocupar á Córdoba.

Cuando los primeros regimientos se presentaron sobre las trincheras, en son de carga, salieron de ellas dos oficiales con bandera de parlamento, buscando al general Lopez.

Este hizo suspender el ataque hasta hablar con ellos.

Aquellos dos oficiales venian en nombre del Gobernador Fragueiro á proponer una capitulacion.

La ciudad se entregaria inmediatamente sin disparar un solo tiro, siempre que el general Lopez respetara la vida y las propiedades de los capitulados.

—La poblacion como el Gobernador añadian, no es hostil ni al general Rosas ni al general Lopez ni á sus tropas.

Pedian aquella garantia por tranquilizar á la poblacion indiferente, pues no habiendo allí enemigos de la federacion, nada habia que temer.

El general Lopez no era un bandido.

Era un gaucho astuto y no carecia tampoco de inteligencia.

No era una fiera como Quiroga, ni un déspota brutal como su aliado y compañero Rosas.

Era además enemigo de las matanzas inútiles, y desde que la ciudad se le entregaba sin resistencia, juzgó que no habia motivo para ejercer venganzas, ni era político entrar á sangre y fuego.

Consecuente con estas ideas, despachó los parlamentos, diciéndoles que estaba conforme con aquellas bases.

Que si de la ciudad no se hacia fuego sobre sus tropas, él respetaria la vida de los capitulados, decretando el perdon para los que habian servido en las filas unitarias—además, aseguraba que haria respetar á sus tropas la propiedad y los negocios de Córdoba.

Una hora despues aquella razonable capitulacion era firmada por el general y el Gobernador Fragueiro, y la guarnicion de la ciudad entregaba sus armas sin haber disparado un tiro.

El ejército de Lopez penetró entonces á la ciudad, en el mejor órden posible, y por la calle principal.

Todas las azoteas se vieron inmediatamente llenas de banderas y coronadas de cabezas sonrientes.

De las ventanas y puertas de las casas se arrojaban flores sobre las tropas vivándolas á su paso.

Córdoba no recibia á aquel ejército como un conquistador, sinó como á un libertador codiciado.

El general Lopez repartió sus tropas en los cuarteles de la ciudad y empezó á tomar todas las medidas del caso, pues pensaba regresar cuanto antes á Santa-Fé.

A pesar de su gran amistad, Lopez no tenia tan ciega confianza en Rosas, que no temiera dejarlo á sus espaldas con un tan formidable ejército.

Todos los gefes y oficiales que formaban parte de la guarnicion, fueron declarados prisioneros de guerra y remitidos al cuartel general.

Entre estos prisioneros figuraban los tenientes coroneles Luis Carbonell, Pedro Campero, Angel Altamira, y un comandante Montenegro, junto con los sargentos mayores Pedro Cuevas y Pedro Cuello.

Además, y como los prisioneros más importantes, fueron tomados el coronel Luis Videla, Gobernador de San Luis y un señor Durán, proveedor del ejército del general Paz.

El Gobernador Fragueiro reclamó de Lopez aquellos prisioneros y demás oficiales, sosteniendo que con arreglo á las bases de la capitulacion no los debia llevar.

Lopez le dió todo género de seguridades sobre sus vidas, agregando que si los llevaba á Santa-Fé, era para ponerlos junto con el general Paz, allí prisionero y asegurarse de que no intentarian otro movimiento para cambiar el órden de cosas por él establecido.

Lopez nombró Gobernador provisorio á su tocayo el comandante D. Manuel Lopez, que guarnecia el Rio 3.º y se preparó á marchar á Santa-Fé.

Por más que Lopez quiso impedir que su ejército se entregara el pillaje, no pudo evitarlo.

Sus tropas, en la mayor parte, eran compuestas de cuatreros y gauchos malos, á quienes no queria castigar por no perder su prestigio entre ellos.

De modo que fueron muy contadas las pulperias y almacenes que salvaron del robo.

Muchas de las situadas fuera de la ciudad, fueron incendiadas despues de robar todo el surtido y provision de bebidas.

Dos dias despues de estos sucesos, el general Lopez tomaba con su ejército el camino de Santa-Fé, conduciendo los prisioneros que hemos nombrado y gran cantidad de oficiales subalternos.

No quedaba en Córdoba más fuerza, que una escasa guarnicion, suficiente sin

embargo para hacer respetar la autoridad de su tocayo.

La marcha fué por demás penosa.

Habia otro grupo de prisioneros que venian custodiados, á la retaguardia, y de los que nos ocuparemos más adelante, por el lujo de horrores que con ellos se hizo.

Las familias de aquellos prisioneros quedaron sumidas en la mayor desolacion.

A pesar de todas las promesas y seguridades de Lopez, corroboradas por las palabras de Fragueiro, temian y con sobrada razon, no volver á verlos más.

Habian cometido ya los federales tantos horrores, que temian que aquellos prisioneros fueran fusilados, por la importancia que revestian.

A mitad de camino, fueron alcanzados por un hermoso niño como de catorce años, ginete en un peticito.

Era el hijito mayor del comandante Montenegro, que le enviaba su esposa para que lo acompañara y le fuera útil en su cautiverio.

La buena señora enviaba además aquel niño, como un ángel custodio de su esposo.

Quién se atreveria á matarlo con abogado tan tierno é interesante?

Hubiera sido preciso renegar para creerlo, de todo sentimiento humano.

Cuando el comandante Montenegro vió llegar á su hijo, quiso hacerlo volver.

Para él era indudable que los llevaban al sacrificio y queria evitar al tierno niño la vista de la matanza.

Pero el niño se resistió con toda la gracia de su voluntad infantil.

—Déjelo Vd. comandante que lo acompañe, dijo Lopez, que siempre será un consuelo para usted tener á su lado ese tierno niño.

—Es que temo, contestó Montenegro, que nuestro viaje sea demasiado largo y tenga que volver solo.

Lopez comprendió todo el alcance de aquellas palabras, dichas con infinita amargura, y se apresuró á agregar:

—He empeñado mi palabra y mi firma de respetar las vidas de ustedes.

Los llevo á Santa-Fé para estar más seguro de que no armarán nuevas intrigas ni movimientos, pero nada más.

Estarán tan bien tratados como en sus propias casas.

Montenegro sonrió como si dudara de aquellas palabras, y consintió en que su hijo permaneciera á su lado.

El viaje siguió hasta Santa-Fé, con todo género de mortificaciones para los prisioneros aquellos.

En cuanto á los que venian á retaguardia, su marcha era una verdadera via crucis, pues la hacian con los piés desnudos, á pié y bajo el garrote de oficiales y tropa.

Despues como lo hemos prometido, consignaremos lo que fué de ellos.

Cuando hubieron llegado al Rosario. Lopez los mandó poner en compañía del general Paz, bajo un cuerpo de guardia de su mayor confianza.

En seguida licenció sus milicias y mandó á las tropas de Buenos Aires, despues de racionadas, se incorporaran al general Rosas en Pavon.

Con el gefe de ellas enviaba dar á su aliado cuenta circunstanciada de lo que habia sucedido.

El poder de la santa federacion estaba asegurado de una manera inconmovible.

El general Lavalle convencido de que todo esfuerzo seria inútil, se retiró nuevamente á la Banda Oriental, despues de licenciar y agradecer su patriotismo á las milicias que ya habia logrado organizar.

Cuando Rosas recibió los pliegos de Lopez, no pudo ocultar la inmensa alegria que lo dominó.

Mandó echar dianas por todas las bandas del campamento, é hizo á Buenos Aires, sin pérdida de tiempo, dos chasques montados en sus mejores caballos.

Además de dar cuenta, de su victoria, ordenaba que todas las campanas de la ciudad fueran echadas á vuelo, en festejo de su triunfo, que segun él, importaba para la República entera el imperio de las leyes por muchos años.

—Los caudillos han caido para no levantarse más, concluia diciendo—era precisamente en el tiempo que los tres más formidables de entre ellos se habian apoderado del país.

Rosas mandó que se retiraran á sus cuarteles de Buenos Aires la mayoría de las tropas, y se preparó para ir al Rosario, á felicitar personalmente á su aliado por aquel gran triunfo de la causa federal.

Este era solo el pretesto, pues el móvil verdadero del tirano era muy distinto.

Tenia en sus manos las facultades estraordinarias y queria hacer un uso de ellas digno de sus aspiraciones.

Conocia las últimas hazañas de Quiroga y no queria quedarse atrás.

Habia debutado ya con el fusilamiento de un sargento mayor sin formacion de juicio, y encontraba muy cómoda esta manera de librarse de sus enemigos.

A pesar de todos sus triunfos, Rosas temia le minaran el poder, y despues de probar el presidio y el destierro, con sus enemigos, le habia parecido el procedimiento más rápido y seguro, la muerte inmediata.

Así Rosas empezó á seducir á Lopez, como si le fuera una cosa indiferente, para que le entregara al general Paz y demás prisioneros que habia hecho en Córdoba.

—Quiero lucirlos en Buenos Aires, le decia.

No estoy animado contra ellos del menor sentimiento de venganza.

Paz, y los gefes y oficiales del ejército, serán perfectamente tratados.

En cuanto á los otros, en el ejército de Buenos Aires estarán más seguros engrosando sus filas.

De Santa-Fé se le van á escapar el dia ménos pensado, y de seguro que tentarán algun movimiento contra el órden público, incitados por los caudillos que no están en nuestro poder.

Lopez desconfiaba de Rosas, conocia la perversidad que empezaba á dominarlo, leia en su mirada azulada algo de terrible y no se animaba á entregarle los prisioneros.

—Lo mismo están aquí que allí, le decia.

A qué se vá á hacer cargo de tanto pícaro?

Van á darle un trabajo endemoniado sin fruto de ninguna especie.

Déjemelos no más.

Yo me he hecho responsable de la vida de esos pícaros y no quiero que por una casualidad fatal no pueda cumplir mi palabra.

Pero Rosas insistió en que se los habia de entregar, de tal manera, que ya el caudillo santafecino se veia en figurillas para resistirle.

Mucho de su poder local y fortuna particular le debia á Rosas, era un formidable poder vecino cuya enemistad no se atrevia á afrontar.

Apurado por Rosas con gran habilidad, tuvo que ceder al fin haciendo una transaccion.

Francamente, le dijo, no le entrego al general Paz, porque tengo miedo que su amistad por Dorrego haga vengar en él su injusta muerte.

Le entregaré otros prisioneros, porque no habiendo en ellos el mismo motivo, sus vidas no peligran.

Propuso entonces á Rosas darle en cambio del general á los gefes cuya lista hemos apuntado ya y otra cantidad de aquellos prisioneros que venian á retaguardia.

Rosas insistió agotando toda su astucia porque le entregara la persona de Paz, pero convencido de que todo esfuerzo seria inútil por el momento, se conten-

tó con los prisioneros que le ofrecia, reservando hacer despues nuevas instancias.

El general Paz era el mayor enemigo que Rosas temia, pues lo consideraba el único militar capaz de levantar un ejército y dar en tierra con la federacion, cosa que no habia hecho ya, por la casualidad de haber caido prisionero cuando ménos se esperaba.

Así es que aunque no lo decia, tenia vivos deseos de concluir con él.

Como á Lopez no le convenia romper con Rosas, á este no le convenia tampoco romper con Lopez, asi es que aparentó conformarse, despues de hacer esta declaracion:

—Francamente queria llevarme á Paz, porque deseo traerlo á nuestras filas y estoy seguro de lograrlo.

Es el único hombre de valer que tienen los enemigos, y en vez de inutilizarlo para todos, es mejor atraerlo hácia nosotros.

—El estar en Santa-Fé no obsta para que se hagan esos trabajos, replicó Lopez sin querer dejarse persuadir de las buenas y cristianas intenciones de su aliado.

Por ahora lleve los otros prisioneros, que tiempo tenemos de pensar en Paz, que está bien seguro.

Rosas tragó su despecho dejando brillar un rayo de ira en sus hermosos ojos, y mandó al capitan Clavero, que lo acompañaba, se recibiera de los prisioneros que le entregaran.

Cuando estos estuvieron en su poder, se despidió de Lopez, prometiéndole volver muy pronto á conferenciar con el general Paz.

El uno se puso en viaje para Santa-Fé, y el otro regresó á su campamento de Pavon.

Rosas venia lleno de alegria, pero de una alegria que sin saberse por qué, tenia en su espresion algo de feroz y repugnante.

En cuanto á los prisioneros, una vez que supieron iban á ser entregados á Rosas, perdieron toda esperanza de salvacion.

Habia algo que les presajiaba un fin funesto.

—El general Lopez es el responsable de nuestras vidas, con su palabra y su firma, esclamó Videla, al ser entragado á Clavero.

Díganle ustedes que al entregarnos á Rosas ha renegado de ambas cosas.

Lopez supo esto y se arrepintió de lo que habia hecho, pero tarde ya, y sin tener el suficiente coraje de retirar los prisioneros.

Hubiera sido romper con su compadre Rosas y esto no le tenia cuenta bajo ningun principio.

Entre tanto Rosas se preparaba á dar á la federacion el espectáculo que lo habia de hacer célebre, inaugurando una era de sangre y de lágrimas.

Desde Pavon, y sin querer hablar con ninguno de ellos, remitió los prisioneros á San Nicolás de los Arroyos, donde se hallaba el coronel Ravelo.

Una vez llegados allí, fueron alojados en el cuartel y separados en dos grupos, uno que debia ser remitido, á Buenos Aires, y otro que debia ser allí pasado por las armas.

En este grupo estaban las personas cuya lista hemos hecho ya, y que eran las de mayor significacion política y social.

En la nota de remision firmada por Rosas, y refiriéndose á estas personas decia:

«A estos los ejecutará usted á las dos horas de leerles la sentencia que acompaño. no admite ninguna peticion ni súplica del pueblo, ni otra contestacion, que el aviso de haber cumplido con ella; bajo pena de ser usted sacrificado con igual precipitacion.»

No se podia dar una órden más perentoria y tremenda.

Así al coronel Ravelo se le cerraban todas las puertas, obligándosele á cum-

plir de la manera más perentoria, aquella órden brutal y salvaje.

Rosas, como se vé, hacia uso de las facultades estraordinarias, revelándose en su más repugnante desnudez.

Qué podia esperar el pueblo de un mõnstruo semejante, que se inauguraba violando un pacto y derramando sangre para darse el placer de verla correr, ni más ni ménos que un tigre harto?

Pero á Rosas poco se le importaba de lo que pensaria el pueblo.

Tenia las facultades estraordinarias de que habia sido investido y un pretesto que invocar.

Los manes de Dorrego, que aunque su muerte le alegraba en el fondo por la posicion que le habia dado, le servian de pantalla á todos sus crímenes, para que los atribuyeran á un esceso de piadoso cariño.

En la plaza principal se habia hecho desocupar una casa, donde se improvisó un altar que debia servirles de capilla, durante las pocas horas que tardarian en ser sacrificados.

Allí el coronel Ravelo les leyó él mismo el oficio con que Rosas se los habia remitido y el terrible párrafo que lo remataba.

Ravelo nada podia hacer en favor de las víctimas y así se los manifestó.

—Sin embargo, agregó, ustedes pueden aprovechar estas dos horas en escribir algunas disposiciones ó cartas familiares.

Esto no me ha sido prohibido, y yo empeño mi palabra de hacerlas llegar á su destino.

Como se vé el coronel Ravelo no tenia ninguna complicidad en aquel asesinato.

Era un jefe del ejército, á quien el Gobernador legal y Capitan General de la Provincia le mandaba cumplir una órden, á la cual no admitia más contestacion, bajo pena de la vida, que el aviso de haberla ejecutado.

Al escuchar la lectura de la inícua sentencia los prisioneros se sintieron profundamente conmovidos.

Presentian que serian sacrificados, sí, pero en otra forma, disfrazada siquiera con los visos de la legalidad.

El coronel Videla, Gobernador de San Luis, hombre valiente á quien la muerte no podia imponer bajo ninguna forma, fué el primero en dominar la situacion diciendo á Ravelo:

—Es que esto es inícuo y cobarde; el Gobierno de Buenos Aires no tiene ninguna razon ni derecho para condenarnos á muerte, pues ni siquiera somos sus prisioneros de guerra.

El general Lopez, Gobernador de Santa-Fé, ha pactado con nosotros, y hay que respetar las bases y la firma de este pacto.

Y en prueba de lo que decia, mostró un salvo-conducto para él y sus compañeros, que el referido general Lopez le habia dado, firmado y sellado, para que pudieran regresar al interior.

El coronel Ravelo se hallaba en una posicion terriblemente violenta.

No desconocia la razon que para espresarse así tenia el Gobernador de San Luis, pero él no podia hacer nada.

Así lo manifestó, enseñando nuevamente el párrafo que conocen nuestros lectores.

—Esto es sencillamente infame! esclamó nuevamente Videla.

En nombre de la civilizacion, de toda ley y de la humanidad misma, nosotros protestamos enérgicamente de este asesinato alevoso, llevado á cabo con todo lujo de cobardia y ferocidad.

El coronel Ravelo se retiró de allí conmovido y avergonzado, á disponer todo lo concerciente á aquella ejecucion infame.

El vecindario de San Nicolás que se habia echado á la calle, ávido de curiosidad por ver los presos, regresó á sus casas, sin sospechar siquiera la trajedia que poco despues iba á tener por teatro la plaza principal.

Los demás presos, conformes con lo que habia dicho su compañero de martirio el Gobernador de San Luis, se resignaron á correr su suerte con todo el valor y energia de que eran susceptibles.

De pronto, y poco despues de la salida de Ravelo, un estremecimiento de horror y de espanto se apoderó de todos ellos, al apercibirse de la presencia alli del niño, hijo del comandante Montenegro, que estaba al lado de su padre mirándolo al través de un raudal de lágrimas.

—Es necesario hacer salir de aquí á este niño, dijeron, pues no queremos que la ferocidad de estos hombres, llegue hasta hacerle presenciar la ejecucion de su padre.

Y acercándose al comandante Montenegro le hicieron presente que debia hacerlo salir.

A ninguno de ellos se le habia cruzado la idea, ni remotamente, de que aquella criatura inocente y bella, pudiera formar parte de los asesinados.

El comandante Montenegro, afligido por su dolor acerbo, abrazó á su hijo con un cariño imponente, diciéndole fuera á esperarlo al hotel, donde él lo iria á buscar.

—No voy, dijo el niño, porque te van á matar y yo quiero morir á tu lado.

Todos quisieron persuadirlo de que la sentencia no tenia nada que ver con Montenegro, quien se quedaba allí solo por acompañarlos.

El niño les sonrió mansamente y con una entereza de ánimo asombrosa en su corta edad, repitió sus palabras añadiendo:

—He dicho que quiero morir al lado de mi padre.

No se podia consentir aquello.

El coronel Videla manifestó entonces que era preciso sacarlo á la fuerza y así se acordó.

Entre este y su desgraciado padre tomaron al niño y suplicaron al oficial de guardia que lo encerrase siquiera en algun paraje, para ahorrar este inútil y doble martirio moral.

El oficial de guardia manifestó que nada podia hacer por sí, ni permitir que aquel niño saliera de allí.

Pero que aún á riesgo de esponerse á un castigo, iba á pedir instrucciones al coronel Ravelo.

Cuál no seria la sorpresa y el espanto de aquellos desdichados, al conocer la respuesta que habia dado Ravelo, á saber:

Que no podia salir de allí el niño Montenegro, porque formaban en la lista de los condenados!

Aquello era el colmo de la ferocidad!

Parecia que Rosas habia querido superar al mismo Quiroga, y á cuanto bandido se habia hecho conocer hasta entonces por algun rasgo de crueldad.

El comandante Montenegro sintió que todo su valor lo abandonaba, se abrazó de su hijo y sintió sus tostadas y varoniles mejillas, abrasadas por dos lágrimas de fuego.

—Ese miserable debe estar loco! gritó.

Pero esta monstruosidad no puede consentirse, antes que me despedazen!

—No te afiijas padre mio, repuso el niño, con su acento infantil cada vez más melodioso.

Así moriremos juntitos y no tendré yo que volver á casa á llevar la triste noticia.

—Pero es menester hacer algo esclamó el generoso coronel Videla.

No se puede consentir en esta iniquidad!

Para mejor lograr su noble objeto, hicieron llamar allí al vecino don Cárlos Branizan, persona de respeto y de alguna influencia, quien concurrió pocos momentos despues al llamado que se le hacia.

Cuando Branizan, que de todo estaba ignorante, supo de lo que se trataba, se sintió profundamente conmovido y horrorizado.

Como todos los vecinos de San Nicolás nada sabia, y su impresion era mayor, puesto que la noticia lo tomaba de sorpresa.

—Estos asesinatos no se pueden permitir! esclamó y si Ravelo no cede, yo levantaré á san Nicolás en masa.

—Será inútil, replicó Videla, puesto que Rosas está en Pavon con todo su ejército.

Lo único que con esto lograria, seria, sin salvarnos, aumentar el número de las víctimas.

—Pero esto es cobarde! es un asesinato en masa!

—Y qué le hemos de hacer!

Lo que urje ahora, es salvar á ese niño inocente, que ha venido á acompañar á Montenegro, enviado por su esposa.

Su muerte seria algo de horrible que es preciso evitar.

—Usted, amigo mio, no dé paso alguno por salvarnos, agregó Videla, por que este asesinato en masa lo han de consumar á pesar de todo, y ya digo á usted, seria aumentar el número de las víctimas, sin llenar el objeto.

—Pero asesinen á los hombres y no á los niños inocentes, que ninguna participacion pueden tener en nuestras acciones.

El niño Montenegro no es ni prisionero, ni siquiera tomado en la ciudad capitulada.

Branizan salió de allí profundamente conmovido y en union de las personas más respetables é influyentes de San Nicolás, fueron á ver á Ravelo.

Todos ellos eran rosistas reconocidos, que lo habian ayudado durante su permanencia allí y que no podian ser acusados de complicidad.

Ravelo, con harto sentimiento les manifestó que nada podia hacer en su obsequio, aunque él mismo era el primero en reconocer lo injusto y terrible de aquella sentencia.

—Pero ese es un niño inocente que no puede estar comprendido en la lista! esclamaron aquellos hombres, firmemente decididos á salir triunfantes.

Nosotros y todo San Nicolás nos opondremos.

—Harán mal, porque á pesar de todo se cumplirá la terrible sentencia, para lo cual tengo órden de proceder contra el mismo vecindario.

Y en su descargo, Ravelo mostró á aquellos hombres indignados la lista donde figuraba el comandante Montenegro y su hijo y aquel párrafo terrible *no se admite otra contestacion que el aviso de haber cumplido con ella, bajo pena de ser usted sacrificado con igual precipitacion.*

Toda insistencia venia á ser inútil.

Así lo comprendió la comision presidida por Branizan y se retiró profundamente indignada, y arrepentidos sus miembros de haber formado, por un momento, en las filas de los partidarios de semejante mónstruo.

—Pobre Buenos Aires! esclamó Branizan, una vez que estuvo en la calle.

Quién sabe con cuántas cabezas más tendrá que pagar el honor de ser gobernado por Rosas!

Los prisioneros entre tanto, por lo que tardaba Branizan, comprendieron lo inútil de sus empeños.

El desgraciado Montenegro, estaba completamente rendido al dolor.

Tenia entre sus manos la hermosa cabeza de su tierno y cariñoso hijo, que cubria de lágrimas y de besos.

El corazon de un hombre no podia resistir tanto.

Algo insensibilizado por el mismo dolor y á punto de perder la razon, abrazaba al hijo de cuando en cuando, asegurando que ni con todo el ejército se lo arrancarian de los brazos.

Dominados por esta pena íntima é imponente, los demás compañeros no pensaban siquiera en la propia desventura.

Segun el proceso criminal seguido al bandido Juan Manuel Rosas, que tenemos á la vista, *el diez y seis de Octubre de 1831, á las cuatro de la tarde, salieron*

en direccion al patíbulo los condenados, asistidos por dos sacerdotes.

Se nos olvidaba un incidente digno de ser conocido.

Cuando el comandante Montenegro tenia abrazada la cabeza de su hijo, este permanecia con la vista fija en el suelo, que solo levantaba para irradiar sobre el rostro de su desgraciado padre, todo el amor que afluia á su mirada.

Estando en esta posicion, el niño vió en el suelo uno de aquellos antiguos clavos, largos y con cuatro filos bastante pronunciados.

El niño lo levantó con presteza y enterrándolo con gran coraje en su pecho por dos veces, esclamó:

—No les he de dar el gusto de ver morir á mi padre, bárbaros, ni de matarme á mí!

Cuando su padre le arrancó el clavo, ya el niño se habia inferido las dos heridas, de las que brotaba poca sangre, como sucede en todas las causadas por armas de aquella forma.

De modo que cuando el niño fué sacado para ser conducido al banquillo, ya llevaba en su interesante rostro las huellas de la muerte, que muchos atribuyeron á temor.

El coronel Ravelo habia formado un cuadro de pocas y elejidas tropas, que él mismo mandaba.

En los cuatro ángulos como es de práctica en esos tristes casos, se hacia leer un bando remitido por Rosas á Ravelo y escrito de su puño y letra.

Ese bando solo decia lo siguiente:

Pena de la vida al que nombre á cualquiera de los reos.

Al ruido de las cajas y las músicas, todo el vecindario salió á la calle, mostrando la mayor consternacion al saber de lo que se trataba.

Los prisioneros entraron al cuadro con la mayor entereza y se colocaron en fila delante de los dos pelotones que iban á ejecutarlos.

Allí se dirijieron al pueblo atónito que los contemplaba, manifestando que ningun delito los llevaba á aquel sitio.

—Ni siquiera somos prisioneros de guerra, esclamó el coronel Videla, pues nos hemos entregado bajo la fé de un tratado hecho con toda formalidad!

Y para mayor crueldad en este asesinato colectivo, se incluye á un niño inocente, que no es ni militar ni prisionero.

Tan graves eran estas palabras, y sin duda las que iban á seguir, que el coronel Ravelo para ahogarlas, mandó tocar las músicas y los tambores.

Los prisioneros quisieron hacerse oir todavia, pero el pueblo solo vió sus ademanes dignos y reposados.

Lo que más profundamente conmovia hasta á los mismos soldados que iban á hacer fuego, era el cuadro formado por el comandante Montenegro abrazado á su hijo.

El niño estaba sombriamente sereno, y empalidecido por las heridas que se habia inferido poco ántes.

El valiente militar lloraba de una manera silenciosa y conmovedora, tratando de cubrir con el suyo, el cuerpo del hijo querido.

—Déjame, padre mio, se le oyó decir en un momento que cesaron las músicas—mi pecho es tan bueno como cualquier otro.

Deja que me peguen en él, porque así moriré más pronto y concluiré de penar.

La parte de concurrencia que oyó estas tiernas palabras, se conmovió hasta el llanto.

A pesar del terrible bando que se habia leido, en los estremos del cuadro empezaron á oirse voces de protesta.

—Esto es un crímen! decian algunos alentados por las pocas fuerzas que formaban el cuadro.

—Es un asesinato! repetian otros, que manchará el partido de una manera indeleble.

—Pobre niño!

—Pobre niño! se oia decir por todas partes.

El coronel Ravelo comprendió que demorar más la ejecucion era esponerse á un sério peligro y mandó ordenar al oficial que mandaba el peloton, que cumpliera con su deber.

Sonó entonces el ruido seco y peculiar de las armas al ser montadas, y á esto siguió el murmullo de los sacerdotes que acompañaban á los sentenciados.

Un estremecimiento nervioso recorrió el cuerpo de aquellas nobles víctimas, las primeras que el general Rosas arrojaba al rostro del partido unitario y de la sociedad argentina.

A una señal del oficial, los soldados bajaron las armas y muchos de ellos cerraron los ojos.

Era la manifestacion muda de la repugnancia que aquel crímen les causaba.

El comandante Montenegro se estremeció de nuevo de una manera más poderosa, una espresion de inmensa agonia cruzó su semblante y volvió á estrechar á su hijo de una manera más íntima, más tierna.

Parecia que con sus brazos creia ofrecerle un escudo contra la muerte.

El primer peloton hizo fuego y avanzó inmediatamente el segundo, que descargó tambien sus armas.

El coronel Videla y el comandante Campero, cayeron para no levantarse más.

Habian recibido varios balazos en la cabeza.

Carbonell, Altamira y Montenegro, cayeron tambien, pero volvieron á levantarse tambaleando, y sin poder ponerse de pié.

Estaban heridos en la caja del cuerpo.

Cuevas, Cuello y el niño Montenegro siguieron de pié.

Las dos descargas los habian respetado, sin causarles la menor herida.

Montenegro agonizando, más por el martirio moral que por las heridas, estiró una mano hácia su hijo, que se precipitó sobre él y lo abrazó besándolo en la boca.

Los soldados entonces, á la voz del oficial, empezaron á hacer un fuego graneado, tan pausado que para concluir con la matanza, necesitaron más de cinco minutos.

El niño Montenegro cayó sobre el cuerpo de su padre, y sobre su pecho noble inclinó la juvenil cabeza, destrozada por las balas.

Horrorizado Ravelo con aquel crímen infame, á que se habia prestado bajo amenaza de la vida, sin siquiera hacer desfilar las tropas por delante de los cadáveres, se retiró con ellas á los cuarteles, dejando los cuerpos de las víctimas abandonados.

Así permanecieron hasta el otro dia en que fueron conducidos á un cementerio.

Allí se les arrojó á la fosa comun, sin siquiera cubrirlos lo suficiente para librarlos de los animales carnívoros que en el osario saciaban su hambre.

La poblacion de San Nicolás quedó aterrada con aquellas matanzas sin ejemplo.

La muerte de aquel niño, sobre todo, la habia conmovido de una manera indecible.

En qué nombre se habian cometido?

Con qué pretestos se habian llevado á cabo?

Cuál era la disculpa que podia darse á la muerte de aquel niño inocente?

Ninguna más que la ferocidad de un hombre que habia querido hacerse superior á los bandidos más infames.

Los mismos federales que ántes creian en Rosas como en el único remedio que podia oponerse á la anarquía, se sintieron indignados.

Y aquel espíritu miserable quiso acallar la conciencia pública y tal vez la propia, con su eterna y jesuítica frase:

—Es preciso vengar el asesinato de Dorrego, cuyos manes claman sangre.

Buenos Aires recibió la noticia de aque-

llas matanzas, como una puñalada asestada al medio del corazon.

Y aún le faltaba mucho más que ver todavia. Aquello no era sinó un ensayo de las ferocidades que habian de seguir.

SIGUEN LOS CRÍMENES

LAS nuevas víctimas llamaron sobre sí la atencion de la aterrada poblacion de Buenos Aires.

Estas eran los sargentos mayores Cuadra y Tarragona, que conducidos por el coronel Hernandez, célebre edecan de Rosas, de quien nos hemos ocupado en nuestra obra *Juan Cuello*, debian ser ejecutados tambien despues de haber sufrido los tormentos más espantosos.

Con estos se habia ensañado más la federacion infiriéndoles las torturas más amargas, pues con ellos se habia recurrido desde la pequeña herida hecha con la punta del sable, hasta el hambre, la sed y el cansancio.

Cuando la fatiga de la marcha á pié les hacia detenerse, ó echarse al suelo, eran obligados á levantarse, á palos, ó á fuerza de pequeñas heridas.

Y estos, como los otros, no eran ni siquiera prisioneros de guerra, sinó simples capitulados en Córdoba, bajo promesa de respeto á la vida é intereses.

El coronel Hernandez que habia calado el espíritu de Rosas y queriendo hacerse como otros muchos el *don preciso* de aquel hombre cuyo poder crecia por momentos, se habia encargado de la conclusion de aquellas dos víctimas.

Y por halagar el amor propio del *patron*, les proporcionaba todo género de mortificaciones.

Aquel viaje al patíbulo, para los mayores Cuadra y Tarragona, fué una verdadera via-crucis.

En todo el camino no se les permitió subir á caballo un solo minuto, y un oficial que por compasion les ofreció el suyo, fué castigado, obligándosele tambien á marchar á pié.

El cansancio habia postrado por completo al mayor Cuadra, antes de llegar á San Nicolás.

Mucho más débil que su compañero, ya estenuado por una fiebre intermitente, se dejó caer al suelo sin ánimo ya, negándose á dar un paso más.

Para obligarlo á seguir la marcha, recurrieron á la amenaza, significándole que si no marchaba voluntariamente, lo harian marchar á palos y puntazos.

—Lo mismo me dá morir ahora que un poco despues, respondió el jóven lánguidamente.

La muerte para mi es cuestion de horas poco más ó ménos, puesto que aunque se nos oculte, se nos vá á fusilar.

Con que morir por morir, vayan matando no más y dejaremos de penar.

—Es que no es lo mismo morir honrado por cuatro balas, que morir á palos, le hizo contestar Hernandez.

Y si no camina le hemos de pegar hasta que muera.

—Un poco más de sufrimiento con tal de terminar pronto, no me acobarda, volvió á responder Cuadra con severa tranquilidad.

La cuestion es morir y vive Dios que matarme es el servicio más estimable que pueden hacerme.

Se mandó á un cabo y un sargento que le dieran de palos hasta que se levantase y caminara, pero pronto se convencieron que aquel procedimiento daria resultados negativos.

Por más que se le castigó, Cuadra no hizo el menor movimiento para incorporarse, ni borró la sonrisa que ondulaba sobre sus lábios.

—Lo matarán, pero no se moverá, dijo el sargento, dejándolo de golpear.

Parece hombre de alma bien fuerte.

Y mandó preguntar si seguia apaleándolo hasta que muriera, pues no habia medio de hacerlo caminar.

Estaba ya para ordenar que se le echase en ancas del caballo de un soldado, cuando el mismo sargento encargado de apalearlo dijo:

—Yo sé un remedio para hacerlo caminar pero no sé si querrán aplicárselo.

Que camina, lo aseguro con mi cabeza, pues con él he visto ya moverse á hombres más entrañudos que ese muñeco.

Es un remedio que usa mucho el general Quiroga cuando un cristiano se empaca.

Hasta ahora no le ha salido mal.

—Y cuál es ese remedio? preguntó Hernandez.

Es preciso que lo digas para saber si es bueno ó malo.

—El remedio consiste, dijo el soldado, dándose la importancia de un médico que revelara una receta salvadora.

El remedio consiste en rodear al empacado de una cantidad de leña seca, y ponerle á los piés desnudos, un buen fuego de brasas.

En seguida se le pega fuego á la leñita y se deja nomás.

—Y si se chamusca? preguntó otro milico.

—No hay peligro de eso.

Todavia no he conocido yo cristiano que deje acabar de prender la leña.

Y sin más trámite se mandó al sargento *le hiciera* el remedio en cuestion.

El mayor Cuadra, estenuado por el sueño, el dolor, el cansancio y el hambre, se quedó como aletargado, sin darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor.

Dos milicos guiados por el sarjento, le rodearon el cuerpo de ramas secas, y miéntras le pegaban fuego, el sarjento se ocupaba en acercarle á los piés una cantidad de brasas de fuego.

El procedimiento dió el resultado que se esperaba.

No hay naturaleza, por más exajerado que sea su valor moral, que se deje achicharrar en una hoguera, teniendo á su alcance los medios de evitar esa muerte terrible.

Se sufrirá pues mucho, hasta que la carne se llague, si se quiere, pero llega un momento en que el dolor terrible hará huir de las llamas al carácter más decidido.

Cuando el mayor Cuadra se apercibió de lo que pasaba á su lado, ya las llamas lo rodeaban por todas partes y las brasas hacian chirriar las carnes de sus piés.

A pesar de su postracion enorme, dió un brinco fuera de aquella hoguera que lo rodeaba, y esclamó:

—Por compasion, bandidos, ó lo que seais!

Conclúyase de una vez conmigo!

Dénme un tiro, ó degüéllenme si esto ha de causarles mayor placer, pero concluyamos pronto; ni puedo ni quiero sufrir más!

Un coro infernal de carcajadas acojió el movimiento y las palabras del mayor Cuadra, inspirando á aquellos forajidos sus más terribles y nauseabundos gracejos.

—La perra! y qué cuerpo habia tenido! decian unos, miéntras los demás se interrogaban con la mirada si era ó nó tiempo de tocarle el violin.

—No se apure mi mayor, que no por mucho madrugar amanece más temprano, interrumpió el oficial á cuya guardia venia.

Todo se ha de hacer á su tiempo, sin que usted se apure, porque nadie nos corre.

Siga la marcha no más, si no quiere que volvamos á darle otro humazo.

Esta salida de tono, volvió á provocar la risa de la soldadesca.

—Un esfuerzo más, compañero, le gritó entonces Tarragona, para llegar pronto al lugar de nuestro destino, que será el de nuestro descanso eterno!

A turbar esa paz de la tumba no alcanza nadie por más Rosas que sea!

El mayor Tarragona era una naturale-

za robusta y soberbio carácter, que no habian podido doblegar las penurias de aquella marcha.

Sabia que iba á morir y no queria dejar conocer á sus verdugos la intensidad de sus sufrimientos.

Con una sonrisa de profundo desprecio y un ademan de lástima inimitable, habia recibido los palos que muchas veces le dieron por el placer de oirlo quejarse, ó por hacerle gritar *viva Rosas*.

—Miéntras yo tenga la cabeza sobre los hombros, decia desdeñosamente, no hay palo capaz de obligarme á hacer lo que yo no quiero, ni castigo que me obligue á gritar lo que no siento.

No grito viva Rosas, porque lo considero un bandido más miserable que ustedes mismos.

Aquí cesaban los palos, pero principiaban las bofetadas, los insultos más groseros y las tiradas de barba, al estremo de no dejarle una hebra de cabello.

Tarragona sufria todo esto sin apagar de sus lábios aquella irritante sonrisa de desprecio con que los anonadaba.

Viendo que con los golpes nada podrian, recurrieron á los tormentos del hambre y de la sed, sin poder doblegar aquella naturaleza de bronce.

—Prueben otros medios, les decia, pues estos para mí son inútiles.

Aguantaré el hambre todo lo que me sea posible.

Cuando ya no pueda más, entonces comeré un pedazo del que esté más cerca de mí.

La sed, sin embargo, habia llegado á hacérsele insoportable,

Ya su fisonomia habia empezado á adquirir una espresion terrible, y la palabra se hacia dificultosa en su boca seca.

El dia del incidente del fuego, con su desventurado compañero, Tarragona aprovechó una oportunidad que le deparó la suerte.

Todos estaban distraidos con los tormentos que aplicaban á Cuadra, hasta el punto de haberlo olvidado por completo.

Tarragona entonces se precipitó sobre una paba llena de agua cristalina que habia cerca de él, y se puso á beber con un deleite indecible.

Cuando lo apercibieron no solo habia saciado su sed por completo, sinó que tomaba ya por el placer de sentir el contacto del agua.

En el acto le arrancaron la paba de las manos y lo golpearon de una manera terrible.

Pero Tarragona, en vez de quejarse, les decia tranquilamente.

—Imbéciles! no se fatiguen inútilmente, pues por más que me golpeen, con esto no ván á borrar de mi boca la agradable sensacion del agua.

Y despues de haber sufrido toda clase de golpes y vejámenes, fué que dirijió la palabra á su compañero, animándole para que tuviera ánimo, única manera de llegar más pronto al lugar del descanso eterno.

Pero en vano Cuadra quiso seguir aquel saludable consejo.

Por más esfuerzos que hacia y golpes que recibiera, ya sus piernas se negaban absolutamente á describir un paso.

Fué entonces que Hernandez le hizo cargar en ancas, convencido que aquella naturaleza habia dado ya cuanto podia.

De otra manera habria muerto y no se hubieran podido cumplir las terminantes órdenes del brigadier Rosas.

Y estas órdenes espresaban que los dos mayores debian ser conducidos al Salto. y ejecutados allí, por ser aquella poblacion una de las más rebeldes al partido federal.

En los altos que hacia la tropa del coronel Hernandez, los presos eran privados de todo descanso.

Tarragona solia dormirse de pié, porque no se le permitia sentarse y entonces era despertado con un par de rebencazos ó cosa parecida, que recibia al parecer

complacido, lo que irritaba á sus verdugos de una manera tremenda.

Cuando los milicos churrasqueaban, algunos por divertirse, les arrojaban zoquetes de carne revolcados en la ceniza.

Creian que esta injuria debia ser intolerable, sobre todo para el altivo Tarragona, pero se encontraban con que este recibia los zoquetes muy complacido y los devoraba agradeciéndoles el obsequio con su sonrisa más despreciativa.

—A este pillo no hay con qué darle! decian los milicos.

Es lástima que no sea de nuestro partido!

Si fuéramos á dar los detalles minuciosos de este martirio, nuestro libro seria interminable.

Necesitaríamos un volúmen entero para cada una de las infinitas víctimas que vamos á presentar á la escena.

Cuadra y Tarragona, en su trayecto del Rosario al Salto, sufrieron lo que no es creible.

Cuando llegaron á este punto, el coronel Hernandez mandó preparar todo lo necesario para que la ejecucion fuera más solemne.

Con los fusilamientos que habian tenido lugar en San Nicolás, todas las poblaciones del Norte estaban aterradas.

La triste historia del niño Montenegro, habia levantado un grito de horror y de indignacion en todos los habitantes de la República.

Solo á aquellos federales serviles, que habian vendido al Gobierno su conciencia por un mendrugo del presupuesto, se oyeron palabras de aprobacion.

Era la consigna que de Pavon habia recibido y que trataban de cumplir al pié de la letra.

—Está vengando á Dorrego! dijeron—muy bien hecho!

Ojalá no dejara un unitario en todo lo descubierto de la tierra!

Así Hernandez no tuvo en la plaza del Salto la concurrencia que esperaba para que presenciara tamaña hazaña.

Era tal el estado en que se hallaba el mayor Cuadra, que tuvo que suspenderse la ejecucion porque de otro modo hubiera sido fusilado un cadáver.

Y por temor de que sucediera lo mismo con Tarragona, se hicieron suspender los malos tratos y se mandó atendérseles, en cuanto al alimento.

—Se nos quiere matar gordos, esclamó Tarragona que no perdia su buen humor y que al través de la buena comida, comprendió de lo que se trataba.

De todos modos siempre llevaremos eso adelantado para el otro mundo.

Señores bandidos! yo quiero hacer tres comidas por dia, sinó me dejo morir de hambre, para no darles el gusto de que me fusilen.

Algunos desalmados de aquellos milicos se reian furiosamente de este espontáneo buen humor.

Otros se admiraban de aquel valor sereno y carácter inquebrantable, que no se doblegaba ante nada.

—Veremos si le duran hasta el fin esas posturas! esclamaba Hernandez.

Esos botarates, por lo general, llegan todos al banquillo más muertos que vivos.

Ya veremos en qué para todo este buen humor.

El mayor Cuadra, con el descanso y el buen alimento, se habia repuesto algo.

Ya se ponia de pié aunque no podia dar un paso.

Tarragona lo animaba siempre con su palabra jovial y enérgica.

—Ya estamos en la última posta, compañero le decia.

Guarde el ánimo que le quede, para azotar con él el rostro de estos miserables.

Estos no son militares que vienen á cumplir la órden ineludible de su superior, por bárbara que sea.

Son asesinos cobardes, cómplices del

gefe de la gavilla, que para quedar bien con él ponen de su parte todas las iniquidades posibles.

Las torturas que hemos pasado, no han podido ser ordenadas porque no habia para hacerlo objeto alguno.

Guardemos, pues, el ánimo, camarada, para afrentar desde el banquillo á esos miserables.

El ánimo de Cuadra que habia decaido en estos últimos dias, volvió á levantarse con la actitud de su compañero.

—No crea que me he rendido, le dijo.

El cuerpo está caido, postrado. pues motivos tiene para ello, pero el espíritu está más fuerte que nunca.

No tenga recelo alguno de que yo haga un mal papel.

La ejecucion se habia, pues, demorado cinco dias, por las causas que hemos espuesto.

Al cuarto las víctimas fueron notificadas de que á las 24 horas serian pasados por las armas.

—Bravo! gritó Tarragona, así que concluyeron de hacerles la terrible notificacion.

Señores bandidos, añadió sin cambiar de tono:

Hoy se me antoja hacer cuatro comidas.

Si no me las dán les garanto por mi ánimo que mañana amanezco muerto y si se descuidan hasta enterrado.

El buen humor habitual y la fortaleza de espíritu, habia valido á Tarragona la simpatía de aquellos oficiales más decentes que con él se hallaban en contacto.

Sentian su muerte y apreciaban la injusticia que con ellos se cometia, lo que les habia ahorrado muchas pequeñas miserias.

Al dia siguiente y desde la diana, se hallaba formado en la plaza del Salto, un escuadron de infantería, reforzado con un escuadro de caballería.

Los paisanos del Salto, patriotas y unitarios casi todos, se hallaban ausentes de la plaza en su mayor parte.

Habian montado á caballo la tarde anterior, y se habian ido á otros pagos, para no presenciar la ejecucion de los dos *niños*.

De entre los mismos federales, la mitad se quedaron en sus casas, de modo que la concurrencia, que Hernandez suponia fuera numerosa, se componia de muy poca gente.

Curiosos, estranjeros y gente perdida, aumentada con los presos que, para hacer número fueron puestos en libertad.

Cuadra y Tarragona habian sido sacados de la improvisada capilla y llevados hasta el cuadro, en compañía de un frailecito que se prestó á darles los últimos consuelos de la religion.

—Por mi no se moleste amigo mio, le dijo Tarragona, haciéndole un cariño sobre el hombro.

Lo que yo tengo que decir en esta hora suprema, se reduce á muy poco y lo puede oir cualquiera.

En mi conciencia no hay una mancha ni una sombra que pueda impedirme morir tranquilo.

No he hecho mal á nadie en todo el curso de mi vida y muero sin ódios.

No detesto ni siquiera á los asesinos que violando una ley divina me arrebatan la vida.

Para decir esto á Dios, creo que no se necesita intermediario.

Yo mismo se lo diré, si es cierto que comparecemos á su presencia á dar cuenta del empleo de nuestra vida.

Vea, pues, padre á mi compañero que tal vez necesite.

Con tanta dulzura y mansedumbre fueron dichas estas palabras, que el sacerdote se dió vuelta hácia Cuadra, y lo invitó á ponerse bien con Dios.

—Nunca estuve mal con él, replicó el jóven, que habia oido las últimas palabras de su compañero.

Sin embargo, quisiera que Vd. cambia

ra conmigo algunas palabras de consuelo.

Como pecador no las necesito, pero como hombre me hacen falta.

Yo voy á dejar por aquí en el mundo, una madre y una hermana que no tienen más bienes de fortuna que mis manos.

Mi muerte las va á sumir en la miseria y esto me quita todo el ánimo que necesito en mi último momento.

El frailecito, en su tosca inteligencia y como Dios lo ayudó, trató de consolar aquel espíritu atribulado, comprometiendo llevar á aquellos dos séres queridos su última palabra.

Era lo más que podia hacer y lo único á que Cuadra aspiraba.

Y así acompañados de aquel frailecito, ambos marcharon al banquillo con paso firme y ánimo sereno.

Cada cual se sentó en el que le estaba destinado y despues de haber rechazado cortesmente la venda que se les ofreció, hundieron la mirada en la concurrencia y buscaron en seguida á Hernandez, gefe del asesinato, puesto que ninguna ley, ni consejo de guerra mandaba aquellas muertes, violando hasta las simples leyes de la humanidad.

—« *Pena de la vida al que tan solo nombre á los reos* », se gritó en las esquinas del cuadro, y las cajas tocaron su fúnebre redoble.

En un movimiento rápido, Tarragona se trepó sobre el banquillo y tendió sus manos como pidiendo silencio.

La multitud enmudeció y el mismo tambor dejó de tocar, impuesto por aquel ademan solemne y dominante.

—Señores de la plaza! gritó.

No somos reos de ningun delito, somos dos militares puros y honrados.

Hemos tomado las armas contra la federacion—la suerte nos fué adversa y capitulamos.

Sin embargo, esa capitulacion no se respeta y se nos manda fusilar, porque así es la voluntad de Juan Manuel Rosas.

Se ordenó á Tarragona bajara del banquillo, pero este dominó al oficial con un ademan lleno de imperio y agregó:

—Ya hablé con el público—ahora con ustedes.

Y se dirijió á Hernandez.

—Señores bandidos! gritó con voz sonora y conmovida lijeramente por la indignacion.

Señores bandidos! van ustedes á cumplir una órden del asesino Juan Manuel Rosas.

Yo los escupo en la cara, como prueba del profundo desprecio que me inspiran.

Y al decir esto unió la accion á la palabra.

—Fuego sobre ellos! gritó Hernandez, temiendo que Tarragona hablara más.

Y á indicacion del oficial los soldados prepararon las armas.

Tarragona se sentó y tendió á su compañero la mano, quien la estrechó mirándolo dulcemente.

El frailecito empezó á murmurar su plegaria, y las armas se apuntaron.

—Señores cobardes! gritó entonces Tarragona, y esclavos de un asesino—allá arriba nos veremos las caras—veremos entonces cuales son los que tiemblan!

Estas fueron sus últimas palabras.

Una descarga cerrada les cortó la palabra y la vida.

La tropa se retiró fuertemente impresionada.

Parecia que las palabras de Tarragona les hubiera caido como una maldicion.

Los concurrente á la plaza quedaron mucho tiempo con la vista fija en aquellos dos cadáveres sonrientes, y sin atinar á moverse.

Al otro dia, no solo en el Salto sinó en todos los pueblos del Norte, se conocian las palabras que en el banquillo dijo el mayor Tarragona, palabras que llegaron á Rosas, costando á Hernandez una ronca soberana.

—Al primero que permita á un reo de muerte hablar con el público, le dijo, lo fusilo en seguida sobre el mismo banquillo.

EL PREMIO DEL CRÍMEN

Todos estos fusilamientos bárbaros, ejecutados por simples órdenes de Rosas, sin formacion de juicio de ninguna especie, aterraron á las familias de Buenos Aires.

Las personas de importancia que engañadas habian formado en las filas de su partido, se retiraron avergonzadas, no queriendo participar de aquellos crímenes y los que vendrian más tarde, pues aquello era solo el preludio de años más aciagos.

El mismo general Lopez se aterró cuando supo la manera como se habia cumplido por Rosas la capitulacion de Córdoba.

Y se felicitó profundamente de no haber entregado al general Paz, porque su fin habria sido el mismo, sinó más terrible.

El ilustre prisionero era tratado por Lopez con la consideracion que merecian su rango y su persona.

Este lo visitaba diariamente, tratando de demostrarle por todos los medios á su alcance, que ni le guardaba rencor, ni lo tenia como un enemigo.

—Yo lo pondria en libertad, decia, pero temo que esto venga á alterar la paz de que actualmente disfruta la Nacion.

—Amable paz! repetia el prisionero, la que se impone con el filo del puñal y la matanza de oficiales y gefes capitulados!

—Qué quiere Vd! Rosas es así medio alocado, y es preciso dejarlo nomás.

—Rosas es un miserable, general Lopez, contestaba Paz no pudiendo dominar su indignacion.

Yo comprendo la ferocidad de Quiroga, del fraile Aldao y demás bandidos entronizados hoy por un cataclismo general.

Estos son bandidos por inclinacion y por educacion.

Está en la masa de su sangre no lo pueden remediar.

Pero lo que yo no alcanzo á comprender es que Rosas, hombre de roce social, de familia distinguida y de instintos buenos, se haya convertido en un bandido más miserable que aquellos.

El triunfo de Rosas es el triunfo del facon contra la espada, de la barbarie sobre la civilizacion.

El importará para la patria cien años de atraso entre la sangre y las lágrimas.

Lopez, que era perspicaz y que suplia la inteligencia y la ilustracion que le faltaba, con una gran dósis de astucia y sagacidad, convenia con el general Paz en ciertas cosas, tratando de atraérselo á toda costa.

Pero el general Paz, sin chocar con Lopez, se mantenia en una prudente reserva, asegurándole que en cuanto se le dejara suficiente libertad para hacerlo así, emigraria al estrangero, no volviéndose á ocupar de su patria, más que para lamentar la triste situacion á que habia llegado.

Rosas entre tanto observaba desde Pavon el efecto que causaban las que él llamaba sus medidas enérgicas para producir el órden inalterable del país.

No contento con todo lo que habia hecho y queriendo aterrar por completo á sus enemigos políticos, y á los mismos federales que se le separaron, á quienes calificó de *lomos negros*, mandó sacar de la cárcel á diez y nueve individuos que estaban presos por delitos diversos.

A todos ellos se les seguia la causa por el juez competente, siendo el más grave de ellos un pobre diablo acusado de homicidio y el más insignificante un paisano al que se habia arrestado por hallarse en su poder algunos caballos robados.

Estos diez y nueve ciudadanos fueron conducidos á San José de Flores, por órden de Rosas, segun se dijo para ser destinados al servicio de las armas.

Y una vez en Flores, fueron fusilados en la plaza principal unos, y degollados los otros durante la marcha.

—Puede ser, decia Rosas al ordenar estas matanzas, que los unitarios y federales renegados se me vengan al humo.

Pero han de ser más que guapos, pues ya saben lo que les espera.

La Cámara de Buenos Aires, cuya mayoría era reclutada entre adulones y siervos mercenarios de Rosas, miéntras este ordenaba las matanzas, se ocupaba en sancionar leyes, acordando todo género de premios y honores, al hombre que inauguraba su Gobierno de aquella manera sangrienta.

En sesiones memorables por el servilismo de que en ellas se hizo alarde, sancionó la famosa ley de Diciembre 18, por la cual se declaraba al ciudadano Juan Manuel de Rosas, Restaurador de las leyes é instituciones de Buenos Aires.

Se le conferia el grado de brigadier, reservándose la Legislatura hacer trabajos para que fuese reconocido bajo ese carácter en toda la República.

Se le condecoró con un sable y medalla de honor, aquel de oro y adornado con los símbolos de la ley, y esta de oro tambien y guarnecida de brillantes y pendiente de una guirnalda entretejida de laurel y gloria, que en su anverso presenta el emblema de la gratitud con el siguiente mote:

« Buenos Aires al Restaurador de sus leyes».

Al reverso el busto de Cincinato y el lema siguiente:

« Cultivó su campo y defendió la patria », leyes que como todo lo demás hemos visto parodiar más tarde.

Aquella famosa Legislatura concluyó por regalar al brigadier general D. Juan Manuel de Rosas, en plena propiedad para él, sus hijos y sucesores, sesenta leguas cuadradas, en terrenos de pastoreo de propiedad pública, en los puntos de campaña de esta Provincia que él *elijiera.*

Como se vé, el gran Restaurador de las leyes, no descuidaba la restauracion de sus bolsillos.

Estos eran los premios con que la Legislatura de Buenos Aires, recompensaba los fusilamientos de San Nicolás, el Salto y San José de Flores.

No está de más hacer constar, que en aquella Legislatura degradada, se levantaron voces como las de Aguirre, Cárvia y otros más, que con increible energía pidieron el cese de las facultades estraordinarias, de que tan sangriento uso se habian hecho.

Sus Ministros García y Anchorena le indicaron renunciara á las estraordinarias, pero tuvieron que renunciar sus carteras y retirarse, tildados de lomos negros sospechosos.

Las resistencias que entre los mismos federales levantaron los hechos bárbaros que hemos narrado, empezaron á asomar en la prensa.

El Cometa y *El Nuevo Tribuno*, empezaron á hacerle algunas críticas, pero pronto tuvieron que enmudecer.

Por una órden terminante mandó suspender los dos diarios, prohibiéndoles su reapariciou bajo ningun otro nombre ni en ninguna otra forma.

Con esto la gente empezó á convencerse de que se les habia echado encima un poder del que no se librarian á dos tirones.

Así, aquel hombre que habia subido al gobierno como una garantia de paz y con las simpatías de todos, empezaba á hacerse odioso y terrible.

Rosas, no sabiendo hacerlo de otro modo, porque no tenia para ello ninguna preparacion, habia tomado á la provincia como una gran estancia, y como tal queria administrarla y gobernarla.

Para él el pueblo era lo mismo que el ganado, del que podia disponer sin limitacion alguna, cuereando lo inservible á su juicio y reservando el resto.

Las autoridades menores las consideraba como sus peones, de que eran una especie de capataces los poderes legislativo y judicial.

Pero todo este gran mecanismo sometido al patron, cuya voluntad estaba arriba de todos, siendo inapelable.

Sus hermanos Prudencio y Gervasio, eran los capataces que habia dejado en la campaña, quienes disponian á su vez de todo lo que caía bajo el peso de su autoridad.

Ellos castigaban las faltas poniendo todo género de penas.

Pero en lo que más se afanaban, sobre todo D. Prudencio, era en cuerear cuanto les caia á mano.

Hojeando papeles y publicaciones de aquella época, nos hemos encontrado con una publicacion que hizo el Sr. Botet, referente á los robos de D. Prudencio, de cuya publicacion hemos de ocuparnos más adelante.

Una vez instalado en la ciudad y temido de todos suspendió momentáneamente todo acto de crueldad y de rigor, dedicándose á gobernar la gran estancia.

Sus hermanos, sobre todo el general D. Prudencio, fueron armados de un gran poder contra el gauchaje, elemento poderoso que él no queria dejar de mano.

El robo en la campaña era perseguido á sangre y fuego, porque los agraciados no querian tener competidores.

Si todos hubieran hecho lo mismo, no habrian podido levantar lo enorme fortuna que amasaron con cueros agenos.

D. Leon veia todo esto, comprendia el abismo á que rodaba su hijo, pero no se atrevia á hacerle ninguna observacion.

Sabia lo rencoroso y perverso que se habia hecho este, y temia que rompiera con ellos.

D.ª Agustina por su parte, solia esclamar:

—Le han dado las estraordinarias, como yo con mis estancias.

Ya verán la buena cuenta que vá á dar de la hacienda!

Completamente familiarizado con el crímen y la impureza, se rodeaba de gente mercenaria, que podia servirle para todo lo malo.

Pancho el ñato era una autoridad temible en la campaña, porque tenia facultad para sí y ante sí, como Arbolito y muchos otros.

Consecuente con no confiar á nadie sus secretos, era por el momento D.ª Encarnacion la depositaria de sus más íntimos.

Era esta su secretario privado como más tarde lo fué Manuelita, personas de quienes estaba seguro no lo habian de vender.

Desconfiado como todo criminal, no dejaba la menor constancia de sus más graves órdenes.

Las daba verbales y así mismo, á los corifeos en quienes mayor confianza tenia.

Los unitarios fueron perseguidos de todas partes y de todos modos, hasta el punto de ser esta opinion política uno de los crímenes más graves que podian cometer.

Con una especie de marca ó señal, para distinguir su hacienda, tiró su famoso decreto de principios del año 32, por el cual mandaba terminantemente el uso de la cinta punzó.

Por aquel decreto se obligaba á todo individuo que recibiera sueldo del Estado, comprendidos los eclesiásticos mismos, se colocaran aquel distintivo en el lado del corazon, bien visible sobre el pecho, con el lema *Federacion*.

La clase militar quedaba tambien obligada al uso del mismo distintivo, de la misma manera, con la sola diferencia que el lema seria por ellos alterado con esta forma:

Federacion ó muerte.

Las penas que en ese decreto se establecian para los que no lo cumplieran, era la pérdida del empleo para los civiles ó eclesiásticos y el consejo de guerra para los militares.

Pero la más grave de todas era aquella que no estaba consignada.

La clasificacion de unitario, que importaba una persecucion terrible y sin cuartel.

Aquel decreto de marca, fué atacado por todos sin la menor observacion.

Los que eran federales lo llevaban con el natural placer y vanagloria.

El partido enemigo lo llevó tambien, como medio único de salvar la cabeza.

Y las emigraciones á Montevideo empezaron con más fuerza que nunca.

Algunos que no pertenecian á ninguna de las clases citadas en el decreto, no se creyeron obligados á usar el cintillo, pero fueron víctimas de su temeridad y por propia conveniencia obligados á llevarlo.

La chusma ensoberbecida por el apoyo que encontraba contra la gente decente, empezó la primera cruzada federal.

Todo caballero que por su condicion independiente no se creia incluido en el decreto y salia á la calle sin cintillo, era insultado ó muchas veces golpeado por la plebe insolente, á la que se aleccionaba al efecto.

Los empleados de Policia, desde el jefe hasta el último sereno, tenian órden de no prestar auxilios á las víctimas de estos desmanes y asaltos, y en general, á toda denuncia ó queja hecha por persona que no usase divisa.

En vista de esto todos aceptaron el uso del cintillo, siendo de notarse que aquellos que más grande lo llevaban, eran los más enemigos de la federacion.

Esto pronunció más la division tremenda que existia entre federales y unitarios, produciendo á cada paso luchas á mano armada, que exasperaban los ánimos de una manera terrible.

La persona que salia á la calle sin divisa, no regresaba á su casa sin haber provocado por lo ménos esta frase:

—Perro sin collar se mata.

Frase que por el tono con que era dicha, y los motivos que la dictaban, era una verdadera amenaza de muerte.

Los efectos de aquel decreto fueron tales, que el mismo Rosas empezó á alarmarse.

Algunos estranjeros acriollados habian sido víctimas de asaltos de lo que más tarde habia de llamarse mazorca, lo que trajo reclamos y perturbaciones.

Rosas no queria perder las simpatías que calculaba tener entre el comercio estranjero, pero tampoco queria revocar el decreto causante de aquella situacion escepcional.

Y los escándalos se repetian diariamente, sin que nadie los reprimiera.

Y quién iba tampoco á reprimirlos?

En las luchas nocturnas de gente con cintillo contra gente sin él, los serenos se ponian inevitablemente del lado de los primeros, ayudándoles á golpear á los segundos.

El Gobernador consultó por primera vez á sus Ministros lo que debia hacer en tan grave emergencia, y éstos, para llenar el principal objeto de inspirar más confianza al comercio, le aconsejaron la devolucion de las facultades estraordinarias.

Rosas que ya habia hecho de ellas todo el uso que queria y necesitaba, lo hizo así por medio de una larga nota llena de consideraciones imaginarias.

La paz estaba asegurada, decia, y en el poco tiempo que de Gobierno le quedaba, queria gobernar con suavidad, ciñéndose en un todo al texto de las leyes.

Pero esta devolucion fué como las demas renuncias que hacia el célebre Restaurador de las leyes.

Aparato para engañar al pueblo inocente.

El mismo dia que pasaba la nota devolviéndolas, prevenia á sus siervos de la Cámara que no se la aceptasen.

Trabajo inútil, pues por temor de no disgustar el gran Rosas, sus camaristas no se habrian atrevido á aceptarla.

Despues de cinco meses de estudio, la Cámara no solo no la aceptó, sinó que se las dió más ámplias, si es posible, en un documento que tenemos á la vista y que seria pesado transcribir.

Rosas hizo de ellas todo el uso de que era capaz.

Mirando hácia el porvenir, y faltándole ya poco tiempo para concluir su período, Rosas quiso asegurar su poder eterno, y con sagacidad característica empezó á trabajar en ese sentido.

La oposicion habia empezado á ganar terreno hasta el mismo recinto de la Cámara, donde se levantó la palabra ardiente y digna del Diputado Martinez, contra las facultades estraordinarias.

En este sentido Martinez, era apoyado por Algerich, Vidal y otros.

Rosas empezó su gran batalla.

Si le quitaban las facultades estraordinarias, no podria seguir manejando el país como una estancia, sin dar cuenta á nadie de sus manejos.

Obligado á dar cuenta de sus actos, tendria que dejar el Gobierno, como dejó la administracion de la fortuna paterna, por huir de aquel requisito que no estaba con su carácter.

Todo cuanto valia y podia, lo puso en juego para la conservacion de las facultades estraordinarias.

Llamó á su casa á los Diputados y les indicó que queria conservarlas á todo trance.

Pero la oposicion habia ganado ya mucho terreno, terreno que habia perdido Rosas con sus ruidosos errores.

En el mes de Noviembre, la Cámara terminó de tratar la cuestion, y votó el cese de las famosas facultades estraordinarias, por doce votos de mayoria.

El tigre acababa de ser privado de sus colmillos y sus garras.

No podria seguir destrozando la sociedad como hasta entonces.

DOÑA ENCARNACION POLÍTICA

Rosas recibió lleno de ira la noticia de aquella derrota que lo privaba de todo su poder.

Qué haria él teniendo que ceñirse á las leyes que no conocia ni por las tapas?

Rosas juró entre sí, que los lomos negros le habian de pagar aquello de una manera terrible y empezó á prepararse para el futuro.

Terminado el período de su Gobierno, lo sucederia en el mando uno que no podria sostenerse entre la lucha de los partidos.

Conservando él siempre el inmenso poder de la campaña, podia ser el árbitro de la situacion, é imponerse de nuevo como el hombre más necesario.

A este fin dedicó los últimos meses de su Gobierno el flamante brigadier Rosas.

Durante todo el período, Rosas habia cuidado de atender prolijamente las necesidades del ejército, sistema que hemos visto poner en práctica más tarde, por el dictador don Lorenzo Latorre.

El ejército que se habia visto siempre impago, desnudo y hambriento, empezó á mirar con asombro á aquel Gobierno que no le dejaba faltar nada, y concluyó por pertenecerle en cuerpo y alma, desde el primer jefe hasta el último soldado.

Las tropas de guarnicion eran racionadas con cierta esplendidez, recibiendo por la mañana, hasta una racion de café y caña, cosa de que no habia ejemplo.

Su vestuario y su sueldo les eran entregados con una exactitud asombrosa.

Y de cuando en cuando, como una recompensa á servicios imaginarios, el Gobierno les daba una carne con cuero ó cosa por el estilo.



ENCARNACION EZCURRA DE ROSAS

Es claro que el ejército así tratado, tenia que sostener á todo trance al único Gobierno que le habia atendido, desde el año 10 hasta entonces.

Las milicias de campaña, que servian en la frontera, eran tratadas de la misma manera, teniendo sus milicos, como una compensacion extra, algunas cabecitas de ganado, que de alguna parte salian, ménos, se entiende, de los establecimientos de Rosas y Terrero.

Rosas, como Latorre, sin que comparemos estos dos hombres, pues el primero fué una fiera y llegó á disponer del ejército á su antojo.

Su menor palabra era una órden que ningun gefe hubiera desobedecido.

Por esto se creia dueño y árbitro de la situacion, y tenia confianza en sus fuerzas materiales.

Para poder tener este ejército en un soberbio pié de guerra, sin recurrir al Gobierno, Rosas decretó la formacion de un parque en la Guardia del Monte donde aglomeró todos los elementos bélicos de la Provincia. Allí fueron las armas de toda especie que poseia Buenos Aires, y todos sus elementos de guerra.

De este modo el Comandante General de campaña, residente en el Monte, seria siempre un poder superior al del Gobierno, que dependeria de él y á quien ahogaria en un caso necesario.

Persistimos en estos detalles, para que el pueblo pueda comprender el poder en que se apoyó aquella tirania sangrienta, que envolvió á la República en una noche de veinte años, cuyas tinieblas cruzan aún, de cuando en cuando, nuestro horizonte.

Para que más se creyera que todas sus infamias habian sido cometidas por asegurar la paz fija y estable, los últimos meses de su Gobierno, fueron de una suavidad inesperada.

Los lomos negros, federales que no estuvieron con las matanzas, fueron el blanco de sus iras.

No les perdonaba el que no lo hubieran acompañado con su aplauso en todas sus iniquidades.

Los elementos para poner un fuerte ejército sobre las armas, estaban aglomerados en el Monte como se ha visto.

Ahora faltaba el pretesto para levantar ese ejército y ponerlo en un buen pié de guerra.

Más adelante veremos cual fué este pretesto.

Estando por vencerse el período de tres años para que Rosas habia sido elegido, la Legislatura se reunió para nombrar el que debia sucederle.

Fueron estos, dias de terrible angustia para el pueblo de la oposicion, que lo eran los unitarios y lomos negros.

Algunos decian que la Legislatura iba á reelegir á Rosas, noticia que cayó como una bomba entre los que miraban á aquel Gobierno como la lápida de su sepulcro.

Aunque los federales paseaban las calles á son de música, para demostrar una alegria que estaba léjos de existir, el aspecto de la ciudad era triste y sombrío.

Parecia una ciudad amenazada por alguna desgracia inevitable.

La Legislatura se reunia diariamente y despues de largas discusiones, no atinaba con el hombre digno de suceder al gran Rosas, al divino Rosas, como lo llamaban entonces algunos miembros de nuestro actual Gobierno.

Rosas recorria las calles y paseos, montado en soberbios caballos, con la sonrisa en sus finísimos lábios y la hermosa fisomia resplandeciente de orgullo y seguridad.

Demasiado sabia él todo lo que habia de suceder.

Despues de grandes discusiones á puerta cerrada, despues de devanarse los sesos y fundir el magin en intrincadas cavilaciones, la Legislatura dió por fin con el único hombre capaz de suceder en el mando al gran Rosas.

Rosas mismo!

La Legislatura volvió á elegirlo por tres años, sancionando una minuta por la cual se le rogaba, en nombre de la patria en peligro, aceptase aquel nuevo sacrificio.

Los honorables legisladores concluian esperando no ser desairados en su demanda, porque la patria tenia el derecho de exijirle aquella nueva prueba de amor y de abnegacion profunda.

La noticia de la reeleccion de Rosas, resonó en medio de los cohetes y músicas.

Parecia qúe se tratase de un triunfo pátrio!

Los federales recorrieron las calles con bandas de música durante el dia, y sendas serenatas de guitarra durante la noche.

Las casas de los unitarios conocidos ó sospechados, fueron víctimas de furiosas cencerradas y de grandes gritos de amenaza lanzados por la chusma federal, que se veia entronizada por tres años más.

Los unitarios á quienes se calificaba de lavallistas, recibieron la noticia como una sentencia de muerte, preparándose á emigrar á Montevideo. pues creian que en el segundo período, Rosas daria rienda suelta á su ferocidad.

Al dia siguiente Rosas pasó á las Cámaras un oficio. diciendo que renunciaba el honor que se le queria hacer, porque el estado delicado de su salud no le permitia aceptar.

—Rosas quiere que le rueguen, y hacerse el don preciso, dijeron, así es que ni se alteraron por esto las fiestas federales, ni cesaron las amenazas á los unitarios y lomos negros.

No habia más defensa, para gozar de cierta tranquilidad en la calle, que atarse una gran cinta punzó, segun el decreto que nuestros lectores conoċen y pasar confundidos entre los numerosos grupos de federales que andaban de música y de jarana.

La Cámara como todos lo esperaban, no aceptó la renuncia, é insistió en el nombramiento, pasando á Rosas una nota llena de serviles rogativas en que se le pedia que aceptara el gran sacrificio de gobernar otros tres años.

La Cámara fué entonces el objeto de todas las manifestaciones federales.

—Es necesario salvar el país de la anarquía, se decia, y solo Rosas puede hacerlo. La Cámara debe insistir hasta quemar el último cartucho por la felicidad de la pátria, pues al fin el gran Rosas no se negará al último sacrificio que se le pide.

Y como estas palabras eran sujeridas por el mismo Rosas, la Legislatura se habia preparado á librar una verdadera batalla.

Rosas, con su sagacidad fecundísima queria dar al país el espectáculo raro de un hombre que se resiste á aceptar un Gobierno que le quieren dar á viva fuerza.

De este modo queria recuperar las simpatias perdidas, mostrando que no tenia ninguna ambicion de mando, al mismo tiempo que armaba debajo del poncho el plan que lo habia de llevar al Gobierno por más largo tiempo.

Rosas volvió á renunciar al Gobierno á que con tanta insistencia se le llamaba.

La patria tiene hijos más esclarecidos que yo, decia, y además mi salud no me permite seguir en la labor administrativa. Tengo que recuperar la salud perdida.

La Cámara no aceptó la renuncia y volvió á insistir en el nombramiento, haciendo notar al pueblo que Rosas habia perdido su salud por servir á la patria y que el sacrificio que se le pedia era tal vez el de la vida.

Tres veces insistió la Cámara en suplicar á Rosas que aceptara el Gobierno por un nuevo período, y tres veces el supremo Restaurador de las leyes rechazó el nombramiento.

Se le enviaron emisarios de legisladores y de amigos influyentes, pero todo fué en vano.

Era preciso convencerse de que Rosas

realmente rechazaba el nombramiento, no por hacerse rogar para aceptarlo despues, sinó porque no lo queria, decididamente.

Ninguno sospechó el verdadero móvil de estas renuncias.

Porque Rosas no confiaba sus planes á nadie, y su secretario privado era su misma consorte doña Encarnacion.

Los unitarios y los mismos lomos negros se hacian cruces de aquella conducta, llegando á preguntarse:

—Realmente estará Rosas delicado de salud?

Solo una enfermedad mortal puede hacerle renunciar á lo que ha ambicionado toda la vida y por lo que ha trabajado quince años consecutivos, sin trégua ni descanso.

Y ninguno, ni sus confidentes más íntimos, alcanzaban á penetrar su secreto.

—Yo serviré al país de cualquier otro modo, decia.

Ahora necesito descanso y respirar el aire puro del campo.

Si allí puedo servir á la patria, lo haré con mi habitual desinterés.

La Legislatura se vió entonces en la necesidad de aceptar la última renuncia, y reunirse nuevamente para elegir el sucesor.

A indicacion y sérios empeños del mismo Rosas la Legislatura nombró para sucederle al general Balcarce, que más suavemente, no seria otra cosa que el continuador de su política.

Rosas dominaba á Balcarce por muchas razones, entre otras, porque el nuevo Gobierno comprendia que toda su base de apoyo y de poder, estaba en el Comandante General de campaña, puesto que, como se sabe, se habia reservado Rosas como base de sus futuras operaciones.

Al efecto, pasó á la Legislatura un proyecto, por el cual proponia una espedicion al desierto, en combinacion y de acuerdo con los demás gobernadores de provincia.

En ese proyecto el brigadier Rosas mostraba la necesidad vital que habia en asegurar las fronteras, pues los indios ya avanzaban una cantidad de poblaciones que quedaban desamparadas pór el abandono que se habia hecho de tan importante cuestion.

La provincia de Buenos Aires, decia, ganaria unas cuantas leguas más de tierra, como los que concurren á la espedicion, y la frontera quedaria asegurada, pues entonces su defensa podria hacerse con un puñado de hombres.

La Legislatura no solo aprobó el proyecto en todas sus partes, sinó que votó la suma de un millon de pesos, para que el brigadier Rosas atendiera los gastos de la espedicion que iba á dirijir en persona, movilizando la fuerza que fuera necesaria para la mejor y más rápida realizacion.

El pretesto para formar un ejército y ponerlo en pié de guerra, no podia ser mejor.

Con cinco mil ó más soldados, si era necesario, él se haria el árbitro absoluto de la situacion, pesando con la amenaza de su ejército sobre el Gobierno, si acaso Balcarce se le daba vuelta.

Rosas entonces almacenó en el Monte grandes provisiones de boca y de todos aquellos artículos necesarios á la comodidad y bien estar de la tropa.

No queria que esta careciese de nada absolutamente, no solo para que soportara con alegria el nuevo servicio á que iba á someterla, cuanto por no perder en un átomo el ascendiente que sobre ella tenia.

Ya habia hecho correr la voz entre los milicos, de que en los toldos se habia de tomar gran cantidad de hacienda que, como botin de guerra, seria repartida entre ellos.

Acostumbrados los milicos á que nunca les hubiera faltado Rosas á sus promesas, no veian el momento de ponerse en campaña, para ir á arrebatar á los indios sus espléndidos rodeos.

Los indios iban á ser víctimas de su aliado, con toda alevosia, pues desde que él estaba en el Gobierno, no habian traido ninguna invasion importante, que autorizara una espedicion como la proyectada.

Pero qué podia importarle á Rosas llevar el incendio y el saqueo á los toldos de los pampas?

No lo habia hecho en el centro de la civilizacion haciendo matanzas en masa y todo género de atrocidades?

Entonces el degüello de indios pampas no podia importarle repugnancia alguna, mucho ménos cuando esto era un medio de lograr sus ambiciones y traer á los Cerrillos algunos rodeos de hacienda vacuna, de aquellos espléndidos de un solo pelo que tienen los indios.

Arreglado esto, Rosas se puso á dar los últimos toques á su Gobierno ántes de entregarlo al general Balcarce.

Su último decreto fué para esplotar una vez más la sombra de Dorrego.

En el aniversario de su muerte, decreto luto público, é hizo decir grandes misas por el descanso de su alma.

Eran las últimas lágrimas de cocodrilo que dejaba correr el brigadier Rosas para engañar mejor el populacho.

El 17 de Diciembre de 1832, se recibió del mando el general Balcarce, abriendo una nueva era de esperanzas y de paz.

Rosas quedó en observacion.

No queria ausentarse á su espedicion, sin dejar bien aleccionado al que creia un ciego instrumento de su política y de sus bárbaras pasiones.

Veremos más adelante las consecuencias de esta tutela forzosa, de la cual le seria imposible emanciparse, por la clase de poder con que contaba.

DOÑA ENCARNACION REVOLUCIONARIA

DESPUES de dar á Balcarce las ideas generales que debian servirle de norma para su Gobierno, Rosas se decidió á salir á campaña para preparar su famosa espedicion al Colorado.

Ni por un momento, pensó Rosas dar á aquella espedicion el carácter que habia prometido.

Amigo de todas las indiadas, contaba con su contingente poderoso, y no queria romper con ellas.

Con las tropas que podia reunir, tenia para batir toda la pampa ventajosamente, pero entonces se privaba de un gran elemento, pues sabido era que en un momento dado, Rosas reunia una vanguardia de más de dos mil lanzas, como lo hizo en la guerra de Santa-Fé.

Su objeto único era levantar un ejército con que imponer á Balcarce, y con que poder ocurrir victoriosamente á sofocar cualquier movimiento unitario que pudiera sobrevenir.

Rosas se ausentó á la Guardia del Monte, dejando en Buenos Aires el mejor agente imaginable, por su lealtad y su perspicacia educado por él.

Este agente no era otro que su consorte doña Encarnacion Ezcurra.

Doña Encarnacion amaba á Rosas de una manera entrañable, tal vez con un amor aumentado por el abandono en que la tenia.

La belleza artística de Rosas la subyugaba, y el gran respeto y cariño que le profesaba, hacian de ella un instrumento ciego que él manejaba á su antojo.

Admirablemente aleccionada por él, doña Encarnacion quedó encargada de darle una cuenta precisa y minuciosa de la marcha del Gobierno, y de todo lo que sucediera en la ciudad durante su ausencia.

Sus cartas de instrucciones debian ser aprendidas de memoria, y destruidas en el acto para no dejar de ellas el rastro más leve.

Sus agentes de segundo órden, entre los que se contaba el general Guido, debian tomar órdenes de doña Encarnacion y ejecutarlas como si las recibieran de su propia boca.

De esta manera Balcarce que se creia libre de Rosas, por la distancia que los separaba y los trabajos que á aquel debian preocupar, estaba más vendido que nunca.

No daba un solo paso que no lo conociera en el acto el Restaurador de las leyes.

Balcarce era un hombre honrado y bondadoso por naturaleza.

Débil de carácter, hubiera estado subordinado á Rosas, si este se hubiese quedado en Buenos Aires.

Pero libre de su influencia y léjos de él, su marcha en el gobierno debia llevar el sello de la legalidad y la honradez.

La division profunda de los partidos y los ódios que los actos de Rosas habian levantado, debian dificultar su marcha de una manera terrible.

Balcarce vió que era imposible caminar por la senda recta, sin llamar á su lado todos los buenos elementos que andaban dispersos ó emigrados.

Con este propósito llamó todos los hombres de valer y de inteligencia, sin averiguar cual era su color político, y empezó su Gobierno bajo los auspicios de la paz y la reconciliacion.

Los titulados lomos negros, que como se sabe eran los federales que no habian aplaudido las matanzas, ocuparon puestos públicos y los unitarios dejaron de ser perseguidos á muerte.

El uso del célebre cintillo pasó de moda, hasta el punto que solo lo llevaban los federales rosistas, aquellos más exaltados que estaban violentos porque los fusilamientos se habian suspendido, y se dejaba en paz á los malditos unitarios.

La policía atendia sus deberes y los atropellos unitarios á personas que andaban en la calle sin cintillo eran rigurosamente castigados.

Los emigrados en Montevideo empezaron á volver á sus hogares, convencidos de que la influencia de Rosas habia cesado en el Gobierno y que las vidas é intereses estaban garantidos por la autoridad.

Así empezó el Gobierno de Balcarce á hacerse de opinion, y á ser sostenido por el elemento decente y de órden.

Doña Encarnacion no descuidaba de transmitir á Rosas todos estos detalles, por conductos seguros y fieles.

—Si sigue así la marcha del gobierno de Balcarce, decia, los enemigos se van á apoderar del país, haciéndote perder todas las ventajas que con tanto trabajo has conquistado para la causa de la federacion.

Rosas, trémulo de ira por lo que él llamaba la perfidia y traicion de Balcarce, se decidió á poner en juego contra él todos sus elementos.

—Es necesario que los amigos empiecen á hostilizar á ese cobarde, escribia á doña Encarnacion.

Sobre todo, los amigos de la prensa y de las Cámaras.

Doña Encarnacion pasó la palabra, y los elementos federales se pusieron en campaña.

Don Pedro de Angelis en la prensa y los demás corifeos en la Legislatura y en los corrillos, empezaron á censurar la marcha del Gobierno, calificándolo de traidor á la santa causa de la Federacion.

Balcarce se aterró viendo en esto la mano de Rosas, pero lejos de su influencia y sostenido por el elemento sano del país, perseveró por la marcha recta que se habia trazado.

Don Juan Manuel, llegado el momento de obrar ,empezó á aglomerar á gran prisa los elementos con que iba á hacer la espedicion al desierto y que le iban á servir en seguida para espedicionar sobre la plaza de la Victoria.

Sin ponerlo en conocimiento de Balcarce, pues él obraba en la campaña como si fuera el único Gobierno, ordenó al general Pacheco, en quien más confianza tenia se presentara á su cuartel general de la Guardia del Monte.

Habiendo concurrido Pacheco, sin pérdida de tiempo, como se le ordenaba, marcharon á Tapalqué, donde empezó á formar el ejército, bajo el plantel de las fuerzas que allí se hallaban, que eran bastante numerosas.

De estas tropas formaban parte las indiadas de Catriel Viejo, Cachul, Venancio, Mariano Rosas y el capitancejo Nicasio, lo que prueba que don Juan Manuel no pensaba abrir campaña contra los indios.

De otro modo, estas prestijiosas indiadas no lo hubieran acompañado.

Los indios eran amigos de Rosas, porque él siempre los habia ayudado, pero esta amistad no llegaba hasta acompañarlo á pelear con sus hermanos.

Su primera operacion fué racionar sus tropas de una manera espléndida y repartirles como sueldo adelantado una buena parte del millon votado por la Legislatura.

La tropa estaba deseosa de entrar en campaña para demostrar á su caudillo el cariño que le profesaba.

Las milicias del Sur fueron llamadas, y los paisanos, como siempre, se apresuraron á ocurrir á su llamado con todos sus elementos de guerra, es decir, con sus caballos de tiro, ó su tropilla segun sus medios.

En pocos dias, Rosas reunió una division magnífica, llena de entusiasmo y de brios.

Para que nada faltara y queriendo tambien imponerse por medio del terror, Rosas hizo, antes de despachar las divisiones espedicionarias, una matanza terrible en los potreros del mismo general Balcarce.

No se sabe por qué hubo una especie de motin en un escuadron del regimiento de patricios que mandaba el coronel Espinosa, que habia pasado á Lobos en comision.

Este escuadron acababa de llegar de Córdoba donde habia sufrido infinidad de penurias.

Sabiendo que sobre el pucho de estas iban á entrar en nueva campaña, los soldados descontentos, y cansados de sufrir, se amotinaron encabezados por los sargentos y cabos.

Rosas hizo sofocar el motin y fusiló á todos los cabecillas.

En seguida hizo formar el escuadron y se *limpió* de cada cuatro uno.

Acto continuo proclamó al ejército, haciendo saber á la tropa que el que se portara bien tendria su buena recompensa, pero al que anduviera *mañereando*, le haria pegar cuátro tiros.

Esta matanza produjo tal efecto, que en toda la campaña no hubo un solo desertor.

Rosas dejó en Tapalqué un fuerte destacamento de infantería y caballería para que quedase como reserva y auxiliase el convoy, poniéndose en marcha con el resto del ejército.

Este destacamento era mandado por varios gefes, siendo cabeza de ellos un coronel conocido por el Colombiano, cuyo nombre no hemos podido averiguar.

Rosas dejaba todas sus órdenes bien dispuestas en Buenos Aires.

La manera como se habia de seguir haciendo la oposicion á Balcarce y recomendando á sus agentes fuesen siempre á tomar instrucciones de doña Encarnacion.

El ejército marchaba perfectamente racionado, vestido y equipado como para mucho tiempo.

La vanguardia, mandada por el general Pacheco, se internó al desierto, llegando hasta el Colorado.

Rosas marchaba más lentamente, como si no quisiera alejarse mucho del centro de las operaciones políticas.

Los partes de Rosas, exajerados hasta el escándalo, con supuestos triunfos, empezaron á llegar, y la oposicion comenzó en su tarea de minar al Gobierno.

Don Pedro Angelis, en la *Gaceta Mercantil* era quien llevaba la batuta de este manejo.

A Balcarce se le acusaba públicamente de haberse aliado, no ya á los enemigos de la Santa Federacion, sinó á los enemigos de Rosas, lo que era más grave.

Daba la voz de alarma á los verdaderos federales y llegaba hasta amenazar al Gobierno.

Libre de Rosas y sin saber que era él quien tejia toda esta trama, Balcarce quiso ser rígido y empezó á perseguir y aún castigar á los más insolentes.

Por intermedio de doña Encarnacion, Rosas supo todo esto, y decidió regresar al Monte, para preparar la caida de Balcarce, porque si esto seguia así, iba á ser el sepulturero del rosismo.

Ambicioso y cruel, estaba ávido de volver á tomar el mando, para vengarse de los lomos negros y volver á perseguir á los unitarios, que eran sus mortales enemigos.

En su campaña al desierto, habia sometido algunas indiadas, halagándolas con dádivas y haciéndolas ver con los caciques que lo acompañaban como una garantía que cumpliria lo que les prometia.

La frontera quedaba asegurada por medio de una paz, susceptible de ser rota cada vez que los indios quisieran, segun vieja táctica.

Pero la cuestion era aparentar haber hecho mucho, aunque en realidad nada resultase hecho.

El general Pacheco, á todo evento, quedaba en el Colorado con una fuerte division.

Los triunfos del gran Rosas levantaron en Buenos Aires gran tumulto entre los federales rosistas que los ponian por las nubes.

El Gobierno, temeroso de indisponerse con Rosas, le pasaba oficio tras oficio, espresándole el reconocimiento del país y del Gobierno, miéntras la Legislatura lo nombraba Héroe del Desierto.

Es curioso el servilismo con que aquella honorable Sala de Representantes, decretó para Rosas, todo género de honores y dádivas

Se sancionó una ley mandando regalar al gran Rosas la isla de Choele-choel, cuya isla se llamaria en adelante Isla de Rosas.

Se le mandaba así mismo regalar una espada guarnecida de oro, grabándose por un lado de su guarnicion las armas de la Provincia orladas de laurel, y por el otro la siguiente inscripcion:

«La provincia de Buenos Aires grata á los servicios de su ilustre defensor, brigadier general Don Juan Manuel de Rosas.»

Y como si todo esto no fuera bastante, se le acordaba una medalla de oro y brillantes que debia usar pendiente al cuello y con una banda escarlata cruzada del hombro derecho al costado izquierdo.

Rosas, que no se mamaba el dedo, devolvió la isla, proponiendo se le cambiara por una estension igual de terreno á su eleccion, aunque fueran terrenos dados en enfiteusis, lo que se le acordó al momento.

Dejemos á un lado estos vergonzosos servilismos que empezaron á degradar al país, y tomemos nuestra narracion en su punto interesante.

Los preparativos que hacia Rosas para su segundo Gobierno, que habia de durar diez y siete años, como diez y siete siglos de atraso y de barbárie.

Doña Encarnacion habia recibido instrucciones que repartia entre sus corifeos de segundo órden, para precipitar la caida del general Balcarce.

Rosas, desde el Monte manejaba toda la trama, que resolvia aquí con un raro talento doña Encarnacion, á quien los federales miraban como si fuera el mismo don Juan Manuel, pues la mayor parte creia que aquella dama, por inspiracion propia, trataba de salvar la federacion y restaurar su imperio.

Doña Agustina y D. Leon, creyendo que

aquello podria traer sérios perjuicios para la familia, le decian que no se mezclara en política, pero ella los echó á rodar diciéndoles que lo que ella hacia era salvar á su esposo y su gran partido.

La casa de doña Encarnacion era el cuartel de los conspiradores, el Gobierno lo sabia, pero no se atrevia á tomar la menor medida.

Cómo meterse con la esposa del Héroe del Desierto?

Quién se atrevia á atraerse sobre sí el ódio de Rosas, provocando al gran ejército á sus órdenes?

Balcarce se hallaba en una situacion terrible, de la que no sabia como salir.

La *Gaceta Mercantil* era cada vez más vehemente en sus ataques, y ya se hablaba á cara descubierta de voltear á Balcarce si no desterraba y perseguia á los unitarios y lomos negros.

Balcarce fué débil y no se atrevió á tomar la menor medida precaucional.

Su caida fué decretada por Rosas y anunciada por doña Encarnacion con gran sigilo.

Se fijó para el movimiento, un dia en que debia celebrarse en la plaza de la Victoria una especie de reunion, á pretesto de un juicio de imprenta, entre federales y lomos negros.

Cuando la concurrencia fuera numerosa y los cabecillas estuvieran en sus puestos, debia empezar el baile al grito de ¡viva Rosas! abajo los lomos negros!

El primer gran grupo que llegó á la plaza, era compuesto por los personajes tristemente célebres despues, Ciriaco Cuitiño, Benavento, Parra, Troncoso y Alegre.

Poco más tarde, y con aspecto misterioso llegó el segundo grupo, que lo formaban un gallego Maestro, famoso Juez de Paz de Monserrat, Moreira, los hermanos Paleta, el carretillero Arballo, Salomon, el temido Salomon, y otros cuya lista seria larga y fastidiosa.

Los federales de cierta posicion y valer no estaban en el movimiento, ó no querian dar la cara.

Todos los cabecillas reclutados entre la gente de hacha y tiza, habian salido de casa de doña Encarnacion, donde recibieron las últimas órdenes.

Doña Encarnacion que habia sido siempre una señora mansa y suave, se hallaba transfigurada.

Con una entereza asombrosa y un valor de que no se la hubiera creido susceptible, repartia las armas, proclamando á los caudillejos con palabras llenas de pasion y vehemencia.

—Es necesario hacerse dignos de la federacion, les habia dicho, y del aprecio del brigadier Rosas.

El que no tenga ánimo de morir por tan santa causa, que se quede en su casa, que yo lo reemplazaré si es necesario.

Con semejantes proclamas los gefes de grupo habian salido templados y dispuestos á echar el resto por la santa causa de la federacion.

Ni los monigotes de la inquisicion se vieron jamás animados de ardor semejante, ni mayores deseos de que empezara la matanza.

Reunidos en la plaza y *saliéndose de la vaina* los federales no aguardaron el juicio de imprenta ni la señal convenida.

Cuitiño y Troncoso fueron los primeros en gritar ¡viva Rosas! armándose el motin á las voces de ¡muera Balcarce! acompañadas por el afilar de los facones en las piedras de las calles.

—Muera el traidor Balcarce! viva Rosas! ahulló aquella jauria federal y se lanzó cuchillo ó garrote en mano en direccion á Quilmes, punto de reunion.

Toda era gente de á caballo y la jornada no podia ser penosa.

Los de á pié, gente cruda y á *lo que te criaste* se desparramó por la ciudad á hacer de las suyas.

Las personas más conocidas por unitarios ó lomos negros, fueron apaleadas

por las calles y saqueadas sus casas, sobre todo si eran de negocio.

La gente decente que era la así clasificada, se defendia como mejor le era posible, de donde resultaron no pocos muertos y un buen número de heridos.

La casa de doña Encarnacion que era la que es hoy del Gobierno de la Provincia estaba rodeada de grupos enfurecidos, que atronaban los aires con sus gritos de muerte y sus vivas á Rosas y doña Encarnacion.

Aquellos que acertaban á pasar por allí en las primeras horas, eran detenidos y obligados á gritar con ellos sus diferentes vivas ó mueras.

Y desgraciado del que no les obedecia, porque ó tenia que ceder obligado por los palos, ó los dejaban en un estado lastimoso, si es que no le hacian alguna *mojada* de facon.

Los almacenes de los alrededores fueron saqueados en sus bebidas, de modo que á la oracion, los grupos que rodeaban la casa de Rosas, estaban ébrios á no poder ponerse en pié.

Doña Encarnacion tuvo el buen tino de despacharlos á Quilmes, punto de reunion de los revolucionarios, quedándose con veinte hombres de la mayor confianza.

LA CAIDA DE BALCARCE

El Juez de Paz de Quilmes, don Manuel Gaete, era el que llevaba la voz en aquel terrible movimiento, y decimos terrible, porque eran las últimas capas sociales, lanzadas contra la sociedad de Buenos Aires.

No era aquel un movimiento político, que obedeciera siquiera á una razon cualquiera.

Era una revolucion personal, para entronizar la dictadura más miserable que haya sufrido la América.

Gaete ó Gaitan, habia reunido el escuadron de Quilmes que mandaba el mayor José Montes, y á él se habian plegado todos los grupos de la ciudad y de la campaña.

Al dia siguiente se hallaba reunido sobre el Puente de Barracas un verdadero ejército.

Los lomos negros y unitarios de la ciudad, estaban con un jabon mayúsculo, pues bien sabian que aquello todo era obra de doña Encarnacion, obedeciendo instrucciones de Rosas.

A pesar de lo franco y decidido del movimiento, Balcarce no se habia atrevido á tomar ninguna medida enérgica.

Desconfiaba de sus elementos, temia no ser obedecido por las mismas tropas que habia en la ciudad y prefirió tentar primero los medios pacíficos y conciliatorios.

El Gobernador Balcarce llamó al general Pinedo encomendándole fuese al Puente de Barracas y ordenase á los revolucionarios abandonasen su actitud amenazadora y se retiraran á sus casas, en la seguridad que si así lo hacian el Gobierno los indultaba.

El general Pinedo llegó al Puente, donde se habian agregado á la revolucion una buena cantidad de milicias, formando un ejército suficiente en su número para cambiar el órden de cosas.

El general fué recibido con vivas entusiastas por los revolucionarios, que lo proclamaron general en gefe del movimiento.

A Pinedo le pareció de más porvenir la causa de aquellos foragidos y se plegó á ellos aceptando el puesto que se le brindaba.

Quedaba á Balcarce el general Rolon, con quien creia poder contar.

Pero este, que estaba indeciso, viendo lo que habia hecho su amigo Pinedo, salió por el bajo esa misma tarde, con su batallon al paso de trote, para plegarse á la revolucion.

Todos estos jefes estaban vistos y com-

prometidos de antemano con los agentes de Rosas, á nombre de doña Encarnacion.

Rolon dejaba preso en el cuartel á su segundo, el Comandante Pieres, pues sabia que este era fiel al Gobierno y que lo pondría en sérios conflictos respecto á la tropa.

Cuando Balcarce supo que Pinedo y Rolon lo traicionaban, quiso tomar entonces medidas enérgicas, siguiendo el consejo que desde el primer momento le dieron sus amigos, pero demasiado tarde ya.

Reunió las únicas fuerzas que le quedaban, que era el batallon Rio de la Plata, mandado por el coronel Olazábal y las caballerías de Estramuros.

En seguida ofició por medio de chasques á los Jueces de Paz y comandantes reunieran sus respectivas milicias y viniesen á la ciudad forzando las marchas y ganando el mayor tiempo posible.

Así mismo envió comisionados al general Quiroga, para que concurriese á sostener su autoridad.

Los comandantes militares y Jueces de Paz reunieron inmediatamente las milicias, como se les ordenaba, pero fué para plegarse con ellas á la revolucion.

Quiroga se puso en marcha con su famoso regimiento de auxiliares, que segun recordará el lector era aquel cuya base fueron los habitantes de las cárceles de Buenos Aires.

Pero este contingente no podria llegar en tiempo oportuno.

Toda la Provincia se levantaba contra Balcarce, y este no tenia ningun elemento, ni siquiera para sostenerse.

Los regimientos que acudian de todos los puntos de campaña, con sus comandantes á la cabeza, pusieron sitio á la ciudad, intimando á Balcarce presentara su renuncia.

Por considerarlo completamente inútil, Balcarce no habia pedido auxilio á Rosas, el único que hubiera podido dárselo.

Comprendia que Rosas debia estar furioso con él y no queria esponerse á alguna sátira sangrienta de las que aquel usaba con frecuencia.

Viendo la inutilidad de toda resistencia y convencido que al fin tendria que caer, decidió abandonar el mando, y presentó su renuncia á la Cámara.

Esta, cuya mayoría de miembros estaba en el complot, la aceptó en el acto, nombrando para reemplazarlo en el mando y como Gobernador interino, al general Viamont, que ya conocia la manera de pasar el mando á Rosas.

Viamont se recibió del Gobierno y el general Balcarce, acompañado del general Martinez, Olazábal y los pocos gefes que le habian sido leales, pasaron á la Banda Oriental, para no participar de la vergüenza y luto en que iba á ser envuelto Buenos Aires primero, y la República entera más tarde.

El ejército sitiador, sin objeto ya de permanecer en su campamento, se disolvió tomando cada regimiento para su pago sin dejar de arrasar cuanto hallaron al paso.

Cuando llegó Quiroga ya todo habia concluido.

El tigre de los llanos que habia volado olfateando sangre, tuvo que contentarse con escuchar las noticias de lo que habia sucedido.

No era ya necesaria la intervencion de su lanza ni el facon de sus greñudos.

El Gobierno despues de agradecer su lealtad, le cedió los cuarteles del Retiro para que alojara su tropa, la que se mandó tratar á cuerpo de rey.

Aquellos bandidos que habian abandonado las cárceles para salir de la ciudad, volvian á ella con todo el aire y pretensiones de libertadores.

Quiroga resolvió descansar en Buenos Aires las fatigas de la marcha, esperando al amigo Juan Manuel para charlar largamente antes de volver entre sus greñudos y montaraces.

Rosas entre tanto estaba entregado á saborear el feliz resultado de sus manejos.

Concluido el interinato de Viamont, á quien más que á él elegiria la Cámara?

Y si no lo elegia, para qué estaba allí su ejército espedicionario?

Cuando tuvo conocimiento, por su esposa, de que Balcarce estaba sitiado por las fuerzas de la campaña y pasadas de la ciudad, reunió en el acto á todos los gefes de su ejército.

Y con aire contristado y lamentándolo profundamente, dió cuenta de todo lo que sucedia.

—En Buenos Aires ha estallado una revolucion contra el Gobierno, que está sitiándolo.

Como es natural que muchos de ustedes quieran presentarse á ofrecer sus importantes servicios, el que desee hacerlo, puede decírmelo ahora mismo, para estenderle su pasaporte, pues es preciso que el quiera llegar oportunamente no pierda tiempo.

A pesar de la benevolencia aparente con que estas palabras eran pronunciadas, habia en su fondo tal amenaza, que eran un equivalente á estas otras:

—El que no quiera provocar mi venganza que no se mueva de mi lado.

Y así lo entendieron todos aquellos gefes.

—Yo no me apresuro á cumplir ese deber, concluyó, porque aún no he terminado la campaña y debo esperar órdenes del Gobierno.

Los gefes se apresuraron á hacerle mil protestas de fidelidad y lealtad estrema.

—Nosotros, dijeron, no reconocemos más gefe que V. E., ni más deber que cumplir las órdenes que se sirva darnos.

Nadie se moverá de aquí sin una órden espresa de V. E.

La tropa por su parte se entregó á todo género de manifestaciones y vivas al gran Rosas, quien quedó convencido una vez más, que podia contar con aquel ejército, para obrar segun sus miras.

Necesitando tenerlo reunido, resolvió no dar aún por terminada la espedicion.

Entre tanto en Buenos Airas no habia más héroe que D.ª Encarnacion, á quienes los federales, por un exeso de suprema adulacion, proclamaban como la única autora de aquel movimiento que les habia hecho perder todo temor de una caida ruidosa.

Dicen que el general Viamont consultaba con ella todos sus actos de Gobierno, no haciendo nada sin que ella no estuviera conforme.

Bastaba un simple recado trasmitido por la persona interesada, para que esta obtuviera lo que pretendia.

Y Rosas desde su campamento y por intermedio de D.ª Encarnacion, trazaba la marcha que debia llevar aquel Gobierno.

Comprendiendo por su parte el general Viamont, que su mision se reducia como la vez primera, á conservar y entregar á Rosas el mando, poco ó nada se ocupaba de administracion.

No queria indisponerse ni con él, ni con su terrible partido, cuya ferocidad empezaba ya á traducirse en ciertos actos del populacho.

La persecucion á los unitarios, recrudeció, haciéndose esta vez estensiva hasta los lomos negros.

Y unos y otros empezaron á emigrar nuevamente á Montevideo, para no hallarse en Buenos Aires á la vuelta de Rosas.

El célebre cintillo volvió á usarse, y los que no lo llevaban empezaron nuevamente á ser el blanco de los atropellos y palizas del populacho federal, alentado, por la glacial indiferencia de la Policía.

La vida, pues, se hacia insostenible para los miembros de aquellos partidos.

Rosas encargaba que se persiguiera sobre todo á los lomos negros.

—A estos, decia, no se les puede per-

donar de ninguna manera, porque han sido traidores y renegados.

Que caiga sobre ellos todo el ódio y el desprecio de la santa federacion.

El ejército espedicionario, seguia admirablemente tratado para que olvidara, á fuerza de beneficios, los sufrimientos de aquella campaña estéril y penosa.

Viamont no retardaba un momento el despacho de todos los pedidos de Rosas, de modo que el ejército estaba sobrado de dinero, porque no tenia donde gastar el que habia recibido, rico de buenos y abundantes víveres, con ropa buena y abundante.

Así se esplica el cariño entrañable que aquel ejército habia cobrado á Rosas.

Las faltas eran castigadas con todo rigor y muchas de ellas con toda la ferocidad de que Rosas era susceptible de modo que por temor y por conveniencia cada cual trataba de portarse lo mejor que le era posible.

D.ª Encarnacion seguia en su papel de heróina, é intermediaria entre Rosas y sus parciales de la ciudad.

Con ninguno de ellos habia querido entenderse directamente y cuando alguno se dirijia á él por medio de carta ó nota, aunque fuera el Gobierno mismo, hacia que D.ª Encarnacion le contestara verbalmente.

Así concluyó esta por hacerse una política é intrigante de primera fuerza, aunque una infeliz en el fondo.

El Gobierno de Viamont se acercaba á su fin y era necesario que Rosas regresara.

El héroe del desierto dió por concluida su espedicion y se vino á San José de Flores para esperar los acontecimientos que no habian de tardar en suceder.

Desde allí empezó á maniobrar, apoyándose en el gran ejército á sus órdenes, para dominar á sus caudillos.

La mayor parte de los gobernadores lo habian reconocido en su grado de brigadier general, cediendo á los trabajos que hizo, como lo habia prometido, la servil Legislatura federal de Buenos Aires.

Estos reconocimientos fueron anunciados en pomposas notas, de las que se tiró una edicion especial que se hizo circular hasta la última pulperia de campaña.

La tal Legislatura, no encontrando ya calificativo con que adornarlo, creó el empleo de gran mariscal, como se verá más adelante, título que al mismo Rosas le dió vergüenza de aceptar, repugnado sin duda de aquel servilismo tan miserable.

El plazo de Viamont se acercaba y era preciso pensar en el Gobernador propietario que debia sucederle.

Apesar de lo que Rosas queria hacerles entender, algunas tribus no encontraron bien la espedicion, y empezaron á hostilizar y pelear las tropas espedicionarias.

Pero qué podian hacer los pobres salvajes con su chuza y sus bolas, teniendo que combatir con tropas perfectamente armadas y diez veces superiores en número?

Cada vez que vinieron al combate fueron batidos y esterminados, con una ferocidad que no habrian usado los mismos salvajes.

Aquí empezaron los partes, tratando de despertar la admiracion pública, con hechos heróicos que no habian existido jamás.

Concluida la matanza de las pocas tribus que se resistieron, Rosas hizo retirar su ejército del Colorado.

Formó un regimiento de mil plazas, refundiendo en este otros más pequeños y lo dió á mandar al célebre Pancho el ñato, bajo la denominacion de regimiento de Dragones.

Este cuerpo quedó en Bahía Blanca, guarneciendo la frontera por la parte Sur.

El resto del ejército fué traido á in-

mediaciones de la ciudad, en prevision de lo que pudiera suceder.

Puesto en contacto con los miembros más influyentes de la Sala de Representantes, quedó acordado su nombramiento para suceder á Viamont.

Pero Rosas no queria gobernar sinó con la suma del poder público y queria hacérselo dar sin tener que pedirlo.

Para esto contaba no solo con el servilismo, sinó con el temor que le tenian los personajes que por su influencia habian llegado á ocupar el puesto de representantes, muchos de los cuales se habrian estasiado ante un nombramiento de teniente alcalde de la campaña.

Rosas pretendia además librarse de todos aquellos caudillos feroces que podian hacerle sombra y que no habia podido domar, por que cada uno en sus dominios pretendia ser otro Rosas.

Entre estos figuraba en primera línea D. Facundo Quiroga, que era á quien más temia por su poder y su valor legendario.

Fué este el primero que cayó bajo el puñal de la federacion.

Véamos cómo tuvo lugar este acontecimiento que sorprendió á los federales del interior, y aterró á los caudillos iguales.

LA MUERTE DE UN TIGRE

AUNQUE muy ligeramente, hemos bosquejado al generel Quiroga lo bastante, para que el lector se dé cuenta de lo que era este hombre feroz y bravo.

El solo merecia un libro aparte, pero habiéndose ocupado de él escritores eminentes, creemos que nada importante podriamos decir, despues de lo que ellos han consignado.

Como dijimos ántes, Quiroga habia venido á Buenos Aires con su regimiento de presidarios, á sostener al Gobernador Balcarce.

Este solo hecho, que importaba un acto de insolente rebelion cometido por el caudillo riojano contra el caudillo porteño, hizo que este lo tomara entre ojos, y decidiera destruirlo á toda costa.

Balcarce habia traicionado á la federacion de cintillo y puñal, y Quiroga, al venir á sostenerlo, cometia delito de lomo negro y por consiguiente se hacia acreedor al ódio de Rosas y como es natural, reo de muerte.

Como Quiroga permaneciera en Buenos Aires cuando regresó Rosas del Colorado, fué á visitar á su amigo en su residencia de Flores.

La entrevista fué cordial, porque á Rosas no le convenia dejar entrever su ódio al general Quiroga.

Era el tigre de los llanos demasiado bravo, para que el tigre de los pajonales lo provocara lealmente.

Iba á ser una lucha de tigre á tigre, en la que indudablemente triunfaria el más cobarde.

Quiroga no creia haber cometido delito con venir á apoyar á Balcarce, hechura de Rosas, y por consiguiente no desconfiaba de las intenciones de aquel.

Accedió entonces á pasar una temporada en Buenos Aires, antes de regresar á la eterna vida del puchero de ovejas que se hacia en las provincias por él dominadas.

Quiroga era un gran calavera, pero un calavera brutal, como podia serlo un hombre de sus condiciones y habituado á los centros miserables que habia habitado siempre.

Para él cualquier mujer de medio pelo y aún de pelo entero, estaba colocada en las mismas condiciones de cualquier mujer de cuartel.

Les echaba un requiebro como un bote de lanza y respondia á un desden con una andanada de frases que habrian lastimado al más veterano de sus milicos.

El dia lo empleaba en dormir como un bien aventurado, pasando las noches en

perfecto jaleo y algazara, de aquellas que nuestros compadritos califican pintorescamente de *no te muevas.*

Habia por aquellos tiempos, detrás de la Merced, una casa incalificable, por sus parroquianos y la clase de escenas que allí tenian lugar.

Esta tal casa era conocida por *la jugada de la Figueroa.*

A esta jugada concurria lo más sério de la sociedad, en ambos sexos, ocupándose en pelarse hasta el último centavo y armando cada tremolina que hacian ruborizar hasta los mismos hábitos de los piadosos habitantes de la Merced.

A esta jugada concurria noche á noche el general don Juan Facundo Quiroga.

Hombre de campamento y habituado á todo género de jugadas buenas y malas, era rara la noche que se retiraba sin una buena ganancia.

De allí salia al amanecer, se entraba al primer fondin que encontraba abierto, y se entregaba al placer de regalar sus piadosos intestinos.

En seguida, y segun el humor que llevaba, se retiraba á dormir á su alojamiento ó al cuartel, de sus presidarios, que le quedaba más próximo.

En la tal jugada de la Figueroa, Quiroga solia cometer sus avances y genialidades.

Pero quién se metia entonces con el general Quiroga, cuyo valor legendario era la admiracion de todos?

Muchos eran los desplumados por él que le tenian ganas, pero se contentaban con tenerlas, pues ninguno de ellos se hubiera atrevido á coparle la banca, ni aún en pandilla.

Quiroga era además muy amigo de concurrir á los bailecitos y reuniones alegres de la gente del pueblo.

Allí solia *armarse* de la mejor moza que habia, sin averigüar quién era su marido ó su hombre.

Y cuál era el que se hubiera atrevido á quitársela?

Ni por un queso!

Los compadres más bravos le tenian recelo y no se animaban.

Habia sin embargo tres ó cuatro á quienes se les hacia bueno el partido, y que habian resuelto limpiárselo en la primera ocasion buena.

Estos eran tertulianos de la jugada de la Figueroa, y reputados como hombres de alma atravesada.

Cansados de que Quiroga les ganara siempre hasta el resuello, habian decidido desbancarlo y si no podian, quitarle en la calle lo que les hubiera ganado.

La empresa era difícil pero no imposible, juntándose tres ó cuatro.

La noche aquella, los jugadores habian caido con mucho dinero para poder pelar en regla á Quiroga, y este que queria ganarles cuanto llevaran, habia concurrido con buenos pesotes.

Era tal el aspecto de la jugada, que el *cafife* se habia agrandado en relacion á lo que el *coimero* creia deber recibir.

El principio de la jugada, fué malo para Quiroga que, ó habia entrado en la mala, ó les daba soga para agarrarlos más confiados.

Una buena cantidad de sus onzas pasó á poder de sus antagonistas, que creyeron entonces poder llevarlo *de calle.*

Poco les duró aquella ilusion.

La suerte inconmovible de aquel hombre estraordinario empezó á aparecer, y todo el oro y papel de la mesa empezó tambien á pasar á su poder.

A media jugada habia recojido todo el dinero que estaba en circulacion.

Viendo que no habia ya quien pusiera banca ni quien llevara el apunte, se dispuso á retirarse despues de soltar á los pelados media docena de buenas pullas.

Puso en dos bolsillos que le prestó la casa las onzas y patacones que habia ganado, que eran muchos, y salió.

Los tres compañeros, que habian perdido hasta la rábia, cambiaron una seña y salieron detrás.

Parece que Quiroga se apercibió de aquella seña, pues sonrió de una manera especial y quebró el cuerpo como diciendo:

—Veremos como se hamacan.

Era tal la fama y hechos de los tres compadres, que cuando salieron, el coimero recojió el cafife diciendo:

—No, pues si los tres se le echan encima, le van á quitar hasta el resuello.

Al salir, Quiroga pareció vacilar como si temiera, pero se resolvió en seguida y tomó la calle del 25 de Mayo, en direccion al Retiro.

Los tres compadres caminaban á unas cinco varas á retaguardia de una manera decidida.

Los tres llevaban dagas.

Al llegar á la esquina que hoy se llama General Lavalle, Quiroga se detuvo.

Puso un talego sobre el poste, otro en el suelo y sacó un cigarro y fuego.

Al llevar el cigarro á la boca se echó el poncho sobre el hombro derecho, dejando ver la culata de dos pistolas de gran calibre.

Su figura quedaba iluminada de lleno por la luz mortecina del reverbero.

Los tres compadres creyeron bueno el momento y avanzaron de una manera resuelta.

Pero al llegar á Quiroga, acariciando la empuñadura de las dagas, se encontraron con aquella fisonomía fuertemente varonil iluminada por una sonrisa de supremo desprecio.

Quiroga en aquel momento encendia su cigarro, desplomando sobre los compadres su terrible mirada.

Aquellos se encontraron dominados sin poderlo remediar.

Se detuvieron un par de segundos, y pasaron por delante de Facundo, balbuceando un débil *buenas noches general.*

Fué entonces Quiroga quien los detuvo.

—Francamente, les dijo, me vienen ustedes como llovidos del cielo.

Confieso que estas dos bolsas pesan más de lo que yo creia, y me temo que con ellas no voy á poder llegar á casa.

Hagan, pues, ustedes el favor de llevármelas.

Ante tal salida los compadres se repusieron algo y trataron de resistirse con débiles disculpas.

Pero Quiroga acababa de amartillar las pistolas, lo que no daba lugar á réplica.

Cargaron humildemente las talegas, y devorando su despecho, echaron á andar por delante, en la direccion que este les indicó.

Indudablemente Quiroga, con su astucia incomparable, les habia *maliciado el juego.*

Así llegaron hasta la puerta del alojamiento de Quiroga.

Este llamó y cuando le abrieron, les hizo dejar los talegos en el zaguan, y los acompañó hasta la puerta.

Una vez allí, guardó sus pistolas en la cintura y dando á cada uno un buen puntapié, los despachó con estas palabras:

—Así aprenderán trompetas á saber quien es Quiroga!

Los compadres corridos y humillados hasta el último estremo, salieron como alma que lleva el diablo, dándose por bien librados, pues siempre creyeron que Quiroga iba á hacer fuego sobre ellos.

Esta aventura concluyó de acentuar la personalidad de Quiroga en los garitos, al estremo de ser muy pocos los que con él se atrevian á jugar.

Esta vida de trueno tuvo que abandonarla Quiroga para cumplir una mision federal que lo iba á hacer desaparecer de la escena cuando ménos lo sospechaba.

Habian asesinado al Gobernador Heredia, asesinato que se quiso hacer caer sobre los unitarios, pero que todos sabian era obra de don Juan Manuel, que empezaba á deshacerse de todos aquellos que importaban para él un fuerte estorbo.

Con este motivo llamó Rosas á Quiro-

ga, dándole una importante comision sobre los pueblos que él dominaba.

—Los unitarios han empezado con Huidobro y Heredia, le dijo, y si siguen en ese camino, concluirán tambien con nosotros.

Es preciso dar la voz de alarma y contrarestar aquellos crímenes y los que puedan venir

Nadie mejor que usted para tomar las medidas del caso.

Es preciso marchar ganando tiempo, para que no caiga otro de los nuestros antes de llegar usted.

Quiroga tragó el anzuelo y creyendo de buena fé lo que su aliado le decia, se dispusó á marchar en el acto.

—Si voy con el regimiento, la marcha será más lenta.

Voy á dejarlo aquí, añadió, porque pienso pegar la vuelta para que nos pongamos de acuerdo sobre las medidas que hemos de tomar si los unitarios reaparecen.

Por lo pronto yo voy á lancear á cuantos encuentre al paso.

—Vaya tranquilo, que yo me encargo de llenar las necesidades de su regimiento.

Rosas concluyó de engolosinar á Quiroga con sendos planes de dominacion y se despidió de él ofreciéndole dinero para su viaje, que Quiroga rehusó pues la jugada de la Figueroa habia sido para él una especie de Banco.

Al otro dia el general Quiroga se puso en marcha, acompañado del general Ortiz como secretario.

Quiroga pasó á Catamarca, Rioja, San Luis y San Juan, desde donde mandó dar á Rosas cuenta de lo que habia hecho, anunciándole su pronto regreso.

Es voz general y cosa probada, que Rosas habia mandado sus instrucciones á Córdoba, para que á su regreso quitaran de en medio al temido general Quiroga.

Era entonces Gobernador de Córdoba, el desgraciado Reynafé, víctima más tarde, como su hermano, de la ferocidad de Rosas.

Las órdenes de Rosas fueron trasmitidas por el Gobernador, á su hermano que era Comandante General de la Provincia.

Eran tales y tantos los crímenes y actos feroces cometidos por Quiroga en las provincias, que no habia un solo hombre que no deseara su muerte.

Lo servian y obedecian en fuerza del terror que les inspiraba y porque sabian que el que no acatase sus órdenes, perdia la cabeza, irremediablemente.

La muerte de Quiroga era cosa santa para aquella buena gente, pero quién se atreveria á herirlo?

Temerian morir antes ellos bajo su mirada de fiera.

Los hermanos Reynafé, se pusieron de acuerdo para cumplir los deseos de Rosas, y enviaron una partida, bajo las órdenes de un oficial Santos Perez, con órden de esperarlo en Barranca Llano y matarlo allí.

Quiroga era un bandido puesto fuera de la ley por sus mismos crímenes, de modo que su muerte, á nadie podia repugnar.

Quiroga, ajeno á toda esta trama, salió de San Luis apresuradamente, de regreso á Buenos Aires, siempre acompañado de su secretario el general Ortiz.

El Gobernador hizo montar una compañía de buenos soldados para que le sirviera de escolta, pero Quiroga la rechazó.

Tenia la conciencia que no habia mejor escolta que el prestigio de su nombre, y además, en su valor soberbio, no creia que hubiera gente capaz de asesinarlo, sobre todo allí, en medio de todo su poder y prestigio.

Viajaba en una especie de galerin, rodado indefinible, tirado por fuertes mulas.

Cuando llegó á la posta que está á la entrada del monte donde lo esperaban los que habian de matarlo, el dueño de ella

le ofreció unos cuantos peones para que lo escoltaran hasta Córdoba.

Pero Quiroga los rehusó, como habia rehusado la escolta que le ofreció el Gobernador de San Luis.

—Yo no necesito más escolta que mi nombre, y en último caso mis pistolas, dijo.

El de la posta puso al volantin sus mejores mulas, y despues de las mil adulonerias que le inspiraba el temor se despidió de los dos generales.

Media hora despues entraban al monte fatal.

En un pasaje más estrecho que habia como á la mitad, estaba apostada la partida á ambos lados del camino.

Un raro presentimiento habia asaltado al secretario de Quiroga desde que salieron de San Luis.

Los caminos no estaban seguros y la insistencia con que Quiroga rechazaba las escoltas que le ofrecian, no le daba buena espina.

—Me parece, decia el general Ortiz. que es una imprudencia viajar sin escolta, sobre todo, cuando se tienen enemigos, como usted los tiene.

—El miedo que me tienen me libraria de cualquier atentado, repuso Quiroga, convencido de lo que decia.

Si yo viajase con escolta, les daria á entender que era posible jugarme una mala partida, y esto en ningun caso es bueno.

Pierda usted todo recelo que nada nos ha de suceder.

—No es que yo tenga recelo, repuso Ortiz, no queriendo confesar su presentimiento: observo una imprudencia y nada más.

Los unitarios son muy traidores, ellos le tienen á usted un ódio á muerte y es preciso ser precavidos.

Quiroga sonrió creyendo que su compañero tenia miedo y le pidió un cigarro.

Entraban al camino más estrecho del monte.

Sacaba Ortiz el cigarro y lo alcanzaba á Quiroga cuando sonó una descarga terrible, á ambos lados del camino.

Una de las mulas y el que guiaba la volanta rodaron al suelo.

De los dos lados del camino salieron los que formaban la partida que mandaba Santos Perez, creyendo este que todo estaba concluido.

Quiroga como un verdadero tigre, saltó al camino por la portezuela amartillando sus pistolas.

—Alto ahí, canallas ladrones, les dijo. No saben que yo soy el general Quiroga?

—Por eso mismo, replicó Santos Perez, es que te voy á matar, para librar á los pueblos de semejante bandido.

Entre tanto los soldados habian vuelto á cargar las armas y permanecian atentos á la voz del oficial.

Quiroga comprendió recien que se trataba de asesinarlo.

—Ah! hijo de mala madre! gritó y se lanzó sobre Santos Perez descargando sus pistolas.

Y como estas ya le eran inútiles, las arrojó sacando con presteza un puñal que llevaba siempre en la cintura.

El tigre parecia dispuesto á vender cara su vida, y aún creia imponer á los asesinos con su valor sobrehumano.

Perez por su parte era un oficial bravísimo, y el único tal vez capaz de acometer aquella empresa.

Indudablemente Quiroga era un hombre de un valor novelesco, y de una fibra escepcional.

Su solo nombre infundia temor y respeto, al estremo de que en todo el interior no se hubiera encontrado un hombre capaz de salirle al encuentro para matarlo.

Los mismos que á su lado hacian verdaderas proezas en un campo de batalla, se sentian dominados por él, hasta el estremo de tener miedo, cuando le veian enojado.

No se hubieran atrevido, fuera de duda, ni siquiera á defenderse atacados por él.

Por eso es que para acometer la empresa se habia buscado un hombre de un valor á toda prueba, y que conociera poco al hombre que se trataba de matar.

Santos Perez, pues, aceptó el encargue de matar á Quiroga, como hubiera aceptado el de matar al diablo.

No conocia á Quiroga ni habia tenido ocasion de verlo en ningun campo de batalla, disputando personalmente la victoria con la punta de su lanza, ó tomando á ponchazos al frente de sus greñudos, los cañones enemigos.

Por eso cuando el general Quiroga se nombró, descargó sus pistolas y sacó su puñal, Santos Perez no se sintió impresionado.

Tenia por delante, para él, un hombre igual á los demás, ya se llamase Quiroga, ya de cualquier otra manera.

El general Ortiz habia salido tambien de la volanta y con la espada en la mano permanecia inmóvil, sin saber lo que debia de hacer.

Si no era su persona lo que se buscaba, creia que no seria conveniente provocar á los asesinos.

—No se acobarde maula! gritóle entonces Quiroga y avanzó sobre Santos Perez que lo miraba sonriente.

La fisonomia de Quiroga habia tomado ese aspecto feroz y sombrío que adquiria en los momentos de peligro.

Indudablemente, si llegaba á Perez, este era hombre muerto, por más bravo y ágil que fuera.

El tigre de los llanos era una fiera, pero una fiera serena en medio del peligro, dueña de todos sus recursos y plenamente convencida de que no habia quien fuera capaz de arrancarle la vida.

—Fuego! gritó Santos Perez y la segunda descarga sonó terrible, repitiéndose su éco entre los árboles seculares que formaban el tupido monte.

El general Ortiz rodó entre las ruedas del carri-coche, dolorosamente herido.

Habia recibido dos balazos en el pecho y uno en la espalda.

Quiroga se detuvo á mitad de camino, lanzando una maldicion digna de él.

—Hijo de mala madre, agregó, acércate á mí para siquiera tener el gusto de darte una puñalada!

Santos Perez soltó una carcajada esclamando:

—La perra! y qué flojo habia sido el tigre de los llanos!

Quiroga quiso avanzar, pero no pudo.

Habia recibido un balazo que le fracturó el hueso de la pierna á la altura del muslo.

—Vamos á ver puerco! agregó Perez, ya que eres tan malo y tan bandido, como te compones en este trance!

Quiroga lanzaba maldiciones terribles, y en sus pupilas negrísimas habia algo como un infierno.

Sus lábios trémulos dejaban escapar una espuma blanquecina.

A una mirada de Santos Perez, sus soldados se lanzaron sobre las víctimas, cuchillo en mano.

El general Ortiz y el que guiaba el carri-coche se revolcaban aún en un charco de sangre.

Aquello fué obra de un minuto.

Las cabezas de aquellos desgraciados fueron separadas del tronco, con una rapidez vertijinosa.

Al pasar por el lado de Quiroga uno de los soldados, aquel, dominando el dolor de la herida lo sujetó del chiripá con mano hercúlea y le abrió el estómago de una puñalada.

El soldado rodó á sus piés para no levantarse más.

Quiroga levantó el puñal y blandiéndolo de una manera feroz miró á Perez como diciendo:

—Ya vez miserable que aún soy Facundo Quiroga!

Perez se lanzó sobre él.

Algunos soldados quisieron ayudarle, pero él los contuvo con un ademan.

Queria medirse con Quiroga.

Perez tenia la enorme ventaja de que su enemigo tenia embarazado todo movimiento por la herida de la pierna.

Pero en honor de la verdad, era capaz de haberse medido con su víctima, aún con desventaja para él.

Aquello fué una esperanza para el tigre de los llanos.

Luchando con su asesino, estaba seguro de matarle y entonces le seria fácil dominar á los soldados con su sola voz y prestigio.

Si aquellos se habian atrevido á agredirlo, era indudablemente por respeto y temor á su oficial.

Pero muerto este, Quiroga se les impondria por aquel mismo acto.

La lucha era terrible y encarnizada.

Concluido el degüello de los otros dos, los soldados comtemplaban aterrados, la lucha de aquellas dos fieras.

Facundo hacia lo posible por ultimar á su contrario, que habia logrado ya herir en un brazo, pero indudablemente su hora habia sonado ya.

La fractura de la pierna lo hacia sufrir de una manera tremenda, imposibilitando toda su accion de ataque.

Santos Perez le partió la cabeza de un hachazo.

Quiroga cayó, envuelta ya su mirada en un torrente de sangre.

—Así, le gritó Perez, tomándole del pelo:

Así, bandido, como has muerto y hecho morir á tantos!

Quiroga hizo un esfuerzo supremo para desasirse de aquel enemigo implacable, pero aquel esfuerzo no hizo sinó debilitarlo más.

Un momento despues, rendia la vida, no sin haber antes, como última injuria, escupido á la cara de su matador, con una baba sanguinolenta.

Así murió el tigre de los llanos, el asesino despiadado y cruel, bajo cuya palabra habian sido sacrificados tantos inocentes como los vencidos en Tucuman.

Los soldados se entregaron en seguida al saqueo de los cadáveres.

Santos Perez se apoderó de carri-coche y en él regresó á Córdoba á dar cuenta de haber cumplido su comision.

Las provincias quedaban libres del bandido más feroz que se haya conocido en ellas.

Esto no podia llamarse ni un crímen ni un delito.

Quiroga habia sido un bandido, contra el que no habia habido ley ni justicia.

Sus crímenes lo habian puesto fuera de toda ley y el que lo matara, cometia una accion humanitaria, puesto que libraba á pueblos enteros del puñal de un bárbaro, que no tenia, para distinguirse de la fiera, más que la figura de hombre.

Su muerte fué, pues, festejada en todas aquellas provincias que habia asolado de todos modos, matando á sus hijos y escarneciendo sus mujeres.

Ninguno se atrevia á manifestar en público la alegria que dominaba á la generalidad, porque hubiera cometido delito de lesa-federacion.

Pero en la intimidad del hogar, la muerte de Quiroga fué festejada de todos modos.

Ya no podria el trigre hacer uso de sus garras y ferocidad.

Quiroga, en su fiereza no ha tenido simil.

El coronel Sandes es el único que ha llegado á aproximársele, pero nunca á igualarlo.

La huella de sus pasos está marcada en las provincias de Cuyo, por centenares de montecitos que indican tal ó cual matanza, por ellos cometida.

Hoy mismo, en los llanos de la Rioja, los paisanos tiemblan al oir pronunciar su nombre.

Parece que su recuerdo y su sombra fueran á traerles nuevos cataclismos y matanzas.

Santos Perez, con la muerte de Quiroga se hizo una especie de héroe, sobre todo, por la manera bravía con que la habia ejecutado.

Reynafé mandó dar cuenta á Rosas de la muerte de Quiroga, quien inmediatamente la atribuyó en documentos públicos á los unitarios, que solo querian ensangrentar al país, privándole de sus hombres más culminantes.

Quedaban á Rosas otros manes que invocar, y otra muerte que vengar, en personas inocentes, puesto que era él el único responsable de ella.

Y los Reynafé vinieron á pagar más tarde con su vida, aquel servicio que habian hecho á la humanidad, por intermedio de Santos Perez.

Más tarde y con poder suficiente para ello, Rosas hizo levantar un sumario sobre el cobarde asesinato del ilustre Quiroga.

Traidos aquellos á Buenos y despues de permanecer en el hospital, curándose una enfermedad que los martirios les habian hecho contraer fueron condenados á muerte y fusilados frente al arco del Cabildo.

De esta nueva matanza nos ocuparemos á su tiempo, de una manera detallada.

Tomemos, pues, el hilo de nuestra narracion, que entra á su parte dramática y más conmovedora, en la narracion de los crímenes que han hecho malditamente célebre la tiranía del miserable cuya historia narramos á grandes rasgos.

Todos esos crímenes comprenderán el material de nuestro libro tercero.

LOS PRELUDIOS

COMO hemos dicho, Juan Manuel de Rosas preparaba desde Flores la noche de veinte años que, como un manto de muerte iba á caer sobre la República Argentina, arrastrando en su vorágime á la valiente República Uruguaya, como lógica consecuencia de la tiranía.

La época de los bandidos erijidos en Gobierno iba á comenzar recien.

Ya Rivera, aquel que inspiraba el brindis *brindo por el gaucho Rivera*, habia caido bajo el calificativo de pardejon, por haberse negado á entregarle las personas de los emigrados unitarios allí asilados.

La espuela y el sable de los caudillos más bárbaros, iba á encargarse de doblar la cerviz de aquel heróico pueblo, el más bravo tal vez de todo el continente americano, y el refugio de los infelices señalados por el dedo inflexible de la mazorca.

Estando por terminar el Gobierno provisorio del general Viamont, la Sala de Representantes se reunió solemnemente, para elejir el Gobernador propietario que debia sucederle.

Ya hemos visto como estaba dispuesta la votacion federal de línea.

Despues de sendas discusiones, tendentes á disimular el inícuo enjuague, la Sala de Representantes eligió Gobernador al ilustre brigadier general D. Juan Manuel de Rosas, Restaurador de las leyes y héroe del desierto y de la independencia americana.

Pero se encontraron con que el ilustre Restaurador le volvió el nombramiento, por no encontrarse capaz de desempeñar el cargo en época tan difícil.

Todos comprendieron que aquello no era más que una farsa del héroe de Santos Lugares, para mejor lograr su objeto engañando al pueblo que aún no lo conocia bien.

Rosas queria el Gobierno, puesto que habia sido la ambicion de toda su vida.

Pero queria un Gobierno sin leyes que respetar, sin límites de accion y sin censura de ningun género.

Queria recibirse del Gobierno como de

una estancia, sin más autoridad que la suya, para cuerear, matar y destrozar á su antojo, sin que nadie le tomara cuenta de ello.

Esto era no solamente más cómodo, sinó la única manera de perpetuarse en el poder, como lo habia pensado.

Ante la renuncia de Rosas, la Sala de Representantes abrió tamaña boca, y una comision vino á San José de Flores, á recibir órdenes sobre lo que debia hacerse.

—No se puede ser Gobernador en época tan difícil, dijo Rosas.

El país se viene abajo y para contener el derrumbe, se necesita una mano de fierro y plena libertad de accion.

Es mucha responsabilidad para mí, que he resuelto retirarme á la vida tranquila y al manejo de mis estancias abandonadas.

Los ilustres Representantes adivinaron el pensamiento del patron, insistiendo en el nombramiento, que se remitió con una nota, llena de alabanzas y adulaciones.

—El país espera esta nueva prueba de patriotismo y amor, de tan ilustre y esclarecido ciudadano, le decian, y todos esperamos que se dignará aceptar este nuevo sacrificio que le impone la patria.

Pero el ilustre Restaurador volvió á arrojarles por la cara con el nombramiento, manifestando que estaba decidido á no aceptar el Gobierno de país tan ingobernable.

Aquí fueron las pellejerias y apuros de los honorables Representantes.

Cuatro veces insistieron en el nombramiento y cuatro veces lo rechazó Rósas, amenazando con renunciar hasta el cargo de Comandante General en Campaña, siempre pretestando el tener que atender sus intereses, y siempre persiguiendo su ideal.

La suma del poder público depositada en sus manos perversas y criminales.

Aquí empezaron los empeños, las comisiones y los lloriqueos de todos lados.

Cumplido el plazo para que habia sido electo Viamont, y quedando el puesto acéfalo porque Rosas no aceptaba, se hizo cargo del Gobierno, hasta elegir el propietario, el Presidente de la Sala, don Manuel Vicente de Maza.

Este era el hombre en quien Rosas tenia depositada toda su confianza.

Consejero privado desde muchos años, estaba al cabo de todas las intrigas y crímenes, en los que le habia ayudado con toda su poderosa inteligencia.

El Gobierno de Maza era el Gobierno de Rosas, puesto que este no era más que su subordinado.

Sus actos iban á pasar primero por su censura como que era él el encargado de hacer los trabajos para que se le nombrara Gobernador, con toda la suma del poder público.

Los unitarios y los lomos negros, comprendiendo que Maza iba á caer sobre ellos como una maza verdadera, y en la certeza de que el gobierno de Rosas, en la forma que él deseaba seria una cosa que no podia tardar, empezaron nuevamente á emigrar á Montevideo, liquidando sus intereses, no solo para salvarlos de la rapiña federal, sinó para tener recursos de vida durante la época del destierro, que iba á ser larga, fuera de toda duda.

Bajo la *regencia* de Maza, los federales exaltados se sintieron apoyados por la autoridad y empezaron nuevamente á perseguir por su sola cuenta á los unitarios ó clasificados de tales.

Los empeños para que Rosas aceptara el Gobierno, asumian entre tanto un carácter epidémico.

Doña Encarnacion que era mirada como una especie de Restauradora, se veia asediada de todas partes, para que influyera con su consorte de manera que aceptara el Gobierno vacante.

Otras comisiones salieron á Flores, á la quinta de Terrero, donde paraba Rosas, para rogarle de rodillas que aceptara el nombramiento de Gobernador, sin obtener una respuesta categórica.

Rosas queria que le rogaran.

Creyendo que doña Agustina fuera una buena influencia, se apersonó á ella una comision compuesta de los miembros más importantes de la Legislatura.

—Es preciso que usted aconseje á su hijo acepte el Gobierno, le decian afligidísimos, porque de ello depende la salvacion de la patria.

—Y qué puedo yo aconsejarle? respondia sonriendo la buena señora.

Mi hijo no admite más consejo que el de su sagrada voluntad. y es inútil que yo me empeñe.

Juan Manuel no admite consejos y mucho ménos mios, que poca ó ninguna influencia tengo en su espíritu rebelde.

Porque aunque Rosas aparentemente estaba bien con sus padres, doña Agustina que lo conocia á fondo, sabia que no le perdonaba y talvez no le perdonaria nunca la historia aquella de sus estancias.

—Pues interponga su influencia con don Leon, decia aquella comision, quemando su último cartucho.

Tal vez él pueda persuadirlo y logre con su autoridad paterna. más que nosotros con todos nuestros ruegos.

Señora, agregaban en el colmo de la afliccion y penetrados de un santo amor pátrio notablemente finjido:

La salvacion del país está en la aceptacion de su hijo!

Eran aquellos los judas que ponian en juego todos los recursos á su alcance para la venta de Buenos Aires.

Sabian bien que entronizaban un bandido, pero este bandido les arrojaba la bolsa de los treinta dineros y esto era lo principal.

Que la patria estenuada cayera despues en un charco de sangre, poco les suponia.

Siempre los judas son lo mismo.

No hay más que un solo molde para vaciarlos.

—A ustedes. dijo entonces doña Agustina. voy á darles un consejo para que con poca fatiga vean colmados sus deseos.

Los comisionados se volvieron puro oidos, como se dice, para no perder una sola palabra de aquel consejo.

—Si ustedes quieren que mi hijo acepte el Gobierno, dénle las facultades estraordinarias para que gobierne el país como gobernaba mis estancias, y aceptará en el acto.

Ahora, el dia que ustedes le pidan cuenta de ellas como lo hice yo, les volverá el Gobierno como me volvió la administracion de las estancias.

Aquella comision se retiró entonces sin atreverse á adoptar por lo pronto aquel consejo.

Ya se sabia prácticamente el uso que hacia Rosas de las facultades estraordinarias y no tenian suficiente valor para arrostrar tamaña responsabilidad.

Sin embargo era preciso decidirse á todo trance.

La situacion se hacia cada vez más tirante y si Rosas demoraba en ocupar el Gobierno, el partido unitario podria organizar algun golpe de mano.

La Sala de Representantes, bajo la presidencia de don Manuel J. Pinto, por estar Maza de Gobernador provisorio, decidió hacer aceptar á Rosas el Gobierno. á cualquier precio.

Al efecto se reunió y sancionó una ley, que se apresuró á comunicar al Gobernador provisorio, y cuyos artículos más importantes decian:

« 1.º Queda nombrado Gobernador y Capitan General de la Provincia, por término de cinco años, el brigadier general don Juan Manuel de Rosas.

« 2.º Se deposita toda la suma del poder público de la Provincia, en la persona del brigadier general don Juan Manuel de Rosas.

« 3.º El ejercicio de este poder estraordinario durará por todo el tiempo que á juicio del Gobierno electo fuere necesario.»

La provincia de Buenos Aires podia mandar construir su ataud.

Pero poco suponia esto.

El brigadier Rosas subia al poder, y los treinta dineros se aseguraban á perpetuidad.

Estas dos cosas eran lo importante.

Rosas no renunció al Gobierno en esta forma y tomó posesion el 13 de Abril de 1835.

La alegría federal no tuvo límites.

El populacho federal se entregó á tales fiestas y manifestaciones, y si no *corrió el pato* en las calles de la ciudad, fué porque no se le ocurrió.

Todo era bullicio y algazara terrible.

Y miéntras los federales de copete se trasladaban á la casa del ilustre Restaurador á besarle la mano, el populacho federal paseaba por las calles el retrato de S. E., á son de música, cohetes y destemplados vivas á la federacion.

La misma divisa fué voluntariamente transformada en leyenda, de la manera siguiente:

Viva la Confederacion Argentina!
Mueran los salvajes unitarios!

Y era tal la exaltacion federal, que el Juez de Paz de la parroquia de Monserrat, dispuso que, toda persona que entrara al juzgado, por cualquier cuestion antes que el saludo dirijido al mismo Juez, debia descubrirse y gritar:

Viva Rosas!

Sin este requisito esencial, no solo no era escuchado en el asunto que allí le habia llevado, sinó que se esponia á una regular dósis de palos, aplicados por los corchetes del juzgado y comedidos del barrio y de la relacion del Juez.

—Ah! ya sabrán quien es Juan Manuel! esclamaba el noble anciano don Juan Miguens, vecino de Rosas y fuerte hacendado del Sud.

A este no se lo sacan de encima en toda su vida.

Rosas tuvo conocimiento de este dicho, que valió á Miguens todo género de persecuciones y sinsabores.

El partido unitario podia darse por muerto y enterrado.

Sus miembros andaban dispersos y emigrados careciendo por el momento, aún de los elementos necesarios para dar señales de vida.

Antes de entrar al tercer libro, que abrazará la época más dramática de la tiranía, vamos á narrar á nuestros lectores la manera curiosa como se formó el pueblo del Azul.

Es un hecho casi desconocido que no debemos pasar por alto, porque en él está estereotipado el carácter de Rosas y porque es muy poco conocido á la par que curiosísimo.

Nuestro tercer libro abarcará toda la época más dramática de la tiranía, con los horrores que tuvieron por escenario las calles de Buenos Aires y las casas de familia.

Llega su parte á la mazorca y á las trajedias de Santos Lugares de Rosas.

LA FORMACION DEL AZUL

MUCHAS veces Rosas, cediendo á instancias de amigos á quienes quería complacer, habia decidido formar un pueblo en el Azul.

Pero por más que habia aguzado su magin, no habia alcanzado el medio de realizar su idea.

—V. E. no debe bajar del poder le decian los amigos interesados de llevar á cabo aquella idea durante el tiempo de su primer Gobierno.

V. E. no debe bajar del poder, sin haber dotado á la provincia de su nacimiento, con un nuevo pueblo que tanta falta hace en el Azul.

De esta manera las tierras tomarán más importancia allí, la frontera quedará más resguardada y el país tendrá un nue-

vo motivo de agradecimiento hácia la esclarecida persona de V. E á quien tanto debe ya.

Ya sabemos que Rosas no era un hombre de Estado ni de Gobierno.

Trataba al país como á una estancia, y á sus habitantes como á la peonada.

Pero como todo ignorante, tenia la vanidad de creerse un político de primera fuerza y un gobernante cuya memoria no moriria nunca.

—Formaré el pueblo que se me pide, dijo á sus amigos, y así ligaré mi nombre á un pueblo destinado con el tiempo, tal vez á ser una capital.

Firme en este propósito y cuando estaba por terminar su primer Gobierno, llamó un dia al coronel don Pedro Burgos, con quien tuvo el siguiente diálogo:

—Se me ha ocurrido formar un pueblo en el Azul, y desde el primer momento he pensado en usted como la persona más apropósito para ayudarme.

—Señor, replicó Burgos, que era puro almíbar delante del Restaurador, estoy á las órdenes de V. E.

—Muy bien—se vá usted entonces al Azul mañana mismo.

En cuanto llegue, se dedica sin pérdida de tiempo á la formacion del pueblo y me dá cuenta en cuanto haya terminado su trabajo.

El coronel Burgos declaró que no se sentia con la inteligencia necesaria para el desempeño de aquella comision, agregando:

—Y con qué gente he de formarlo?

Hombres no digo que falten, si V. E. me dá algunos regimientos.

Pero, y mujeres?

—No faltarán, replicó Rosas, y de todo pelaje y copete.

Usted forme el pueblo que yo proveeré lo demás.

Por lo pronto, mañana recibirá usted todos los elementos necesarios para su mejor desempeño.

Puede llevar con usted los regimientos 3.º y 7.º

Con estos, agregados á las milicias que hay ya en el Azul, tiene un plantel de primer órden.

Burgos, aunque no tenia idea de lo que era la formacion de un pueblo, se puso en marcha al dia siguiente, con los elementos que se le dieron.

Eran estos, unos quinientos cortes de rancho y todas las herramientas necesarias para el trabajo.

Además, una buena suma de dinero, y varios carros con provisiones.

Llegó al Azul, y acompañado de un italiano que tenia bastantes ideas de ingeniero, se dedicó al desempeño de su comision, de la mejor manera que le fué posible.

En seis meses habia parado los quinientos cortes de rancho y sembrado muchas chacritas.

Los milicos, que temblaban de emocion ante la perspectiva de que iban á ser propietarios de un rancho y una chacra, trabajaban con un maravilloso empeño.

—Solo nos falta, decian picarescamente, una costilla con quien partir tanta grandeza.

—Caramba! esclamaban, y cómo se luciria aquí una matrona como Dios manda. Se iba á dar más tono y más ínfulas que una autoridad de pueblo!

Concluidos los elementos que se le habian dado, y con un plantel de quinientos ranchos y chacras, bajó á Buenos Aires, á dar cuenta del desempeño de su comision, al heróico defensor de la América.

—Lo que es el pueblo está ya formado. Exmo. señor, decia.

Pero el milicaje se queja de la falta de mujeres.

Creen que para mejor llenar los deseos de V. E. necesitarian casarse cuanto antes.

—Que no se aflijan esos pillos, que yo les he de proveer de todo.

En su perra vida se las han de haber visto tan gordas.

Al dia siguiente Rosas hizo llamar á don Genaro Chaves, dueño de una tropa de carretas, que paraba enla plaza de la Concepcion.

—Mañana, le dijo, espera usted con su tropa de carretas, en la plaza de la Concepcion, sin faltar una, las órdenes que le trasmitirá el jefe de policia, las que obedecerá usted al pié de la letra.

Don Genaro Chaves, que perdia con este motivo una buena ganancia, pues ya tenia fletadas sus carretas, se retiró dado á los diablos, pero con buen cuidado de no dejar traslucir su mal humor.

Quién era el guapo que se atrevia á protestar de una órden de Rosas, aún con la mirada?

Don Juan Manuel mandó en seguida llamar á don Gregorio Pedriel, gefe de Policia, á quien dió las originales órdenes que siguen:

—Esta noche á las diez en punto, enviará usted dos levas que deben recorrer toda la ciudad.

Estas levas tomarán presa y conducirán á la Policía toda mujer que despues de esa hora, transite por las calles, sin compañia de hombre.

—Habrá que hacer alguna escepcion? preguntó Pedriel, sin saber de lo que se trataba.

—Ninguna, absolutamente ninguna, replicó Rosas.

Si mi propia hija anda sola por la calle, la hará usted tomar y conducir á la Policia.

Mañana al toque de diana formará usted un grupo de todas las mujeres que hayan caido, y las entregará usted al capitan Avelino Garmendia, quien se hará cargo de ellas.

En seguida hace usted ordenar á Genaro Chaves, en la plaza de la Concepcion, que se ponga inmediatamente en marcha háeia el Azul, conduciendo al referido capitan y la carga que él le indique.

Pedriel completamente ignorante de lo que se trataba y creyendo que esta fuera una simple broma de las que acostumbraba dar Rosas, se dispuso á partir para cumplir las órdenes que le habian dado.

—Exijirá usted recibo al capitan Garmendia, al pié de la lista que de esas damas se formará antes de la entrega, concluyó Rosas, despachando á Pedriel.

Esa misma noche á las diez la ciudad era sorprendida por un acontecimiento estraño.

Dos patrullas de soldados, con un sargento á la cabeza, arrestaban y conducian á la Policía, á toda mujer que andaba sola por la calle.

Era una noche de invierno, fria como un témpano de hielo.

Los transeuntes andaban por la calle tapados hasta el punto de dejarse ver apénas la punta de la nariz.

Las mujeres que alegres y leves transitaban á aquella hora por la calle, eran algunas muchachas que, acompañadas de la tia ú otra parienta, se retiraban de alguna reunion ó visita de barrio, envueltas en sus abrigos.

Algunas otras mujeres de vida más ó ménos dudosa, cruzaban las calles solas ó acompañadas, pero de una manera más pesada.

Eran dueñas de su tiempo, no tenian á quien dar cuenta de haberse ó nó retardado y les era indiferente llegar á sus respectivas casas una hora antes ó despues.

Con ménos abrigo, y desafiando el frio de la noche con el calor del estómago, cruzaban tambien las calles, mucho más pesadas y vacilantes, las mujeres que, sin otra mision en la vida que la de adorar á Baco, salian de la pulperia, porque era la hora de cerrar y las habian echado á la calle.

Este tipo original y travieso, lleno de vicio y desvergüenza, no ha faltado jamás de nuestras calles, á altas horas de

la noche, buscando el sitio donde han de *atorrar* con toda tranquilidad.

En estos tres gremios hizo presa la Policía aquella noche memorable, llevándolas juntas y en horrible confusion al Hotel del Gallo.

El llanto de la vergonzosa chirusa, se mezclaba á la insolente discusion de las perdidas, miéntras las humildes y fragantes muchachas honestas se cubrian los ojos y oidos, para no ver ni escuchar aquellos horrores.

Cuentan que tres copetudas damas, entre ellas la esposa de un personaje de aquellos tiempos fueron tambien conducidas á la tipa.

Y aseguran que una de ellas venia de una aventura amorosa, aventura que se descubrió por esta estraña prision.

Al dia siguiente, bien de madrugada, la ciudad era un conflicto.

Quién buscaba á su hija, quién buscaba á su consorte y quién en fin, á la hermana que faltaba del hogar desde la noche anterior.

Un peinetero Masculino de nombre, aunque no de hechos, casi perdió el juicio, por no haber podido dar con su consorte que habia esperado á tomar el té hasta las tres de la madrugada.

Nada ménos que ochenta y tres era el número de mujeres encerradas en el Hotel del Gallo, por haber andado sin compañía en la calle la noche anterior!

Algunos maridos y hermanos se trasladaron á buscar noticias á la Policía, donde les informaron de lo que sucedia.

La voz se corrió de tal manera, que poco despues no habia quien no supiera, en la ciudad, lo que habia pasado la noche anterior.

—Es preciso ver al supremo Gobierno, y verlo con tiempo, respondia Pedriel á las demandas de libertad.

Sin su órden yo no suelto á nadie, y en cuanto echen diana las enviaré con la persona que de ellas debe recibirse.

La Policía hizo una lista de todas las presas, como se habia ordenado.

Poco despues del toque de diana se presentaba en la Policía el capitan Garmendia, quien prévio recibio, sacó al pátio las presas, donde las hizo formar.

Allí dió una frazada y varias otras pilchas á cada una, ordenándoles seguir la marcha, cargadas con sus pilchas, en direccion á la plaza de la Concepcion.

Aquí fué donde se armó el verdadero escándalo.

Cada cual se abalanzó á su consorte á su hermana ó su novia, declarando que no las dejarian llevar, porque aquel era un atentado infame.

—Qué derecho tiene la Policía, para apoderarse de la personas que ningun daño han cometido?

El capitan Garmendia tuvo que despejar el campo de reclamantes, bajo las más sérias amenazas.

Viendo los interesados que por aquel camino no lograrian más que una buena paliza, se retiraron en direccion á la casa del Gobernador.

Rosas, como buen hombre de campo era muy madrugador.

Aquel dia, esperando los reclamos que le lloverian, se levantó así que empezó á amanecer.

De manera que aquella muchedumbre reclamante lo encontró paseándose por el patio riendo como si le hicieran cosquillas.

—¿Qué hay señores? por qué tanto alboroto?

Cada cual dió su queja en un concierto infernal, acompañado por los quejidos del peinetero Masculino.

Rosas rió como un desaforado, tomándose la barriga con ambas manos como si temiera fuera á reventarle.

Esta risa tenia completamente desconcertados á los de la peticion, quienes ponian el semblante cada vez más lánguido y compunjido.

Rosas, al contemplar aquellas caras

ue amenazando llanto trataban de poerse en una corriente risueña, reia cada ez con más ganas.

Como á la media hora, cuando se hubo atigado de tanto reir, llamó uno por uno los peticionantes, haciéndoles entablar u queja detalladamente.

—Cosas del jefe de Policía! murmuraba l escucharlos—ya remediaremos eso, no ay que aflijirse!

Despues de mil bromas y chuscadas sobre los maridos que dejaban andar solas á sus mujeres, á altas horas de la noche, Rosas convino en poner en libertad á la esposa de Masculino y á veinte y dos más que halló justamente reclamadas.

Las otras sesenta quedaron destinadas á ir á poblar el Azul.

Masculino fué el primero que rompió filas, con la órden de libertad en la mano.

Los demás lo siguieron con igual precipitacion yendo á alcanzar la tropa de carretas, á unas tres leguas de distancia.

El capitan Garmendia hizo formar nuevamente las presas, entresacando de ellas las que espresaba la lista que llevaba Masculino.

Las otras, llorando largamente, tuvieron que resignarse á su suerte fatal.

Es verdad que las que quedaban eran aquellas por las cuales no hubo quien reclamara.

Esta remesa de sesenta mujeres, cayó al nuevo pueblo, como un fruto de bendicion.

En un abrir y cerrar de ojos se casaron diez y ocho milicos, que no esperaban para hacerlo sinó tener con quien.

Las demás fueron habilitadas con su correspondiente corte de rancho y suerte de chacra, donde pudieron esperar tranquilas á que se les presentara un novio apetecible.

Muchas de ellas tuvieron que apechugar con el primero que se les presentó, porque entre los nuevos pobladores, cada desden ó calabaza era correspondido con una paliza de mano maestra y eran pocas las que se esponian á obtener semejante retribucion.

De esta manera fué formado el pueblo del Azul, uno de los más importantes de toda la campaña de Buenos Aires.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

LA MAZORCA

EL CONGRESO DE LA MUERTE

CON el espíritu impregnado aún por el horror de esa época tremenda, vamos á exhibir ante nuestros lectores, el cuadro sombrío y sangriento que encierra la época maldecida comprendida entre los años 35 y 51.

El espíritu se conmueve, el corazon se estremece sollozante, y la inteligencia se resiste á creer en los horrores de aquellos tiempos inolvidables.

Es necesario recorrer una á una las pájinas del proceso seguido al asesino Juan Manuel Rosas y sus instrumentos.

Es necesario escuchar de los lábios estremecidos de algun anciano, escapado milagrosamente á la matanza, aquellos crímenes bestiales.

Es necesario, en fin, escuchar la indignacion que brota aún del alma de alguna de aquellas patriotas azotadas por la mazorca, para convencerse de todo aquel horror, de toda aquella trajedia de diez y siete años!

El espíritu aterrado, cree asistir á una alucinacion fantástica, porque parece increible que el espíritu humano pueda asimilarse de aquella manera con los instintos bestiales de la fiera.

Y sin embargo, todo lo que se conoce de aquella larga noche de diez y siete años, es pálido y frio al lado de la realidad.

Aquellas cabezas sangrientas adornadas de perejil y exhibidas en los mercados;

Aquellos lábios violados y oprimidos, en que la muerte ha ahogado una maldicion;

Aquellos ojos cristalizados por la muerte, acusando en una mirada suprema la agonía que precedió á la muerte;

Aquellos cuellos sangrientos, destrozados por el serrucho con que se degollaba á la gente decente;

Aquella mirada brillante que parece mirar aún la esposa azotada ó el hijo apuñaleado, son verdades terribles que narraremos con sus más exactos detalles, pero son verdades pálidas y débiles, al lado de otros horrores más ignorados, que exhibiremos de manera á no dejar la más remota duda.

El cuchillo desafilado reemplazando al puñal, y el serrucho sustituyendo á aquel, muestran el crescendo monstruoso de aquella turba de asesinos miserables, que se distinguian bajo el nombre de la mazorca.

Vamos á empezar este tercer libro, con una descripcion de aquella asociacion infernal, para que el lector pueda comprender mejor la trajedia de que fué principal actora.

La mazorca. presididida en su primera época por el tremendo Salomon, se reunia en una casa situada frente al paredon de San Miguel, de propiedad de don Lúcas Gonzalez.

Una de sus primeras hazañas habia sido el degüello de este caballero, cuyos bienes fueron confiscados y entregada su casa para que sirviera de punto de reunion á sus asesinos.

Era don Lúcas Gonzalez un rico hacendado del Sud, cuyo único delito consistia en ser persona decente y honrada, delito imperdonable en aquella época nefanda.

Don Lúcas Gonzalez se habia casado en la familia de Borbon, cuyos deudos viven aún á inmediaciones de la Recoleta, en la calle Larga.

Deseando la tranquilidad de espíritu, tan difícil entonces, y el bienestar de su esposa é hijos, el señor Gonzalez habia facilitado diversas veces sumas de dinero, á federales encumbrados.

Y creyendo que con ellas compraba su bienestar, compró su muerte terrible y dolorosa.

Creyendo que don Lúcas Gonzalez les cobraria de un momento á otro, las personas á quienes les habia facilitado el dinero, resolvieron deshacerse de él, para chancelar sus créditos de una manera definitiva.

Y la voz de que Gonzalez era un salvaje unitario, empezó á correr entre los altos círculos primero, descendiendo en seguida hasta Salomon y su gavilla.

No se necesitaba más sentencia de muerte.

Aquellas insinuaciones eran órdenes terribles, que la mazorca no tardaba mucho en ejecutar.

Sus miembros eran asesinos feroces que estaban en su elemento al cumplir aquellas órdenes.

Y además tenian el poderoso aliciente del saqueo de las casas á cuyos dueños degollaban.

Así, el calificativo de salvaje unitario, fué una sentencia de muerte que recayó en el desgraciado señor Gonzalez.

Serian las ocho de la noche, cuando este sintió golpear desaforadamente á la puerta.

Era la mazorca que con el cabo de sus puñales llamaba á la víctima anunciándole su próximo fin.

Sobrecojido de espanto el señor Gonzalez, mandó á la puerta un peon que tenia en su casa, para que sin abrirla, preguntara quién era.

Demasiado sabia él que solo la mazorca se anunciaba de aquella manera, pero no queria creer que fuera á él á quien buscaban.

—Abra usted á quien debe! respondieron al peon desde la calle, sinó echamos la puerta abajo y degollamos á todos los que hay adentro!

Y con los cabos de los puñales volvieron á golpear la puerta, produciendo un estrépito infernal.

El peon, sobrecojido de espanto, fué á dar cuenta á Gonzalez de lo que sucedia, quien comprendió que era necesario tomar una resolucion estrema.

A las ocho de la noche, la ciudad presentaba entonces un aspecto imponente.

Todas las puertas estaban cerradas *á piedra y lodo* y por sus rendijas no se veia la menor claridad de luz, ni se escuchaba el más leve rumor.

Bien podia armar la mazorca en plena calle el escándalo más formidable, ninguna ventana se abria, ni se daba en las casas la menor señal de vida.

Es que al primer grito destemplado, las familias huian al fondo de las casas, para no oir los lamentos de la víctima y las imprecaciones de los asesinos.

Las calles silenciosas, no acusaban el rumor de paso alguno, á no ser el tropel de los asesinos que las cruzaban en todas direcciones, ó el paso tranquilo del caballo del sereno; cuyo sereno no era otra cosa que un ayudante ó espectador impa-

sible de los crímenes que en plena calle perpetraba la mazorca.

Cada dos ó más cuadras, se veia un resplandor y se apercibia un vocerio atronador.

Era alguna pulpería donde algun grupo de la mazorca se jactaba del último crímen, que narraba con todos sus repugnantes detalles, ó hacia el sangriento programa del que iba á cometer, detallando las prendas y dinero que pensaba obtener en el saqueo.

Aquel grupo se retiraba, pero era reemplazado en el acto por otro que iba á repetir la misma escena.

Y aquella concurrencia terrible se iba renovando á cada momento en las pulperias y almacenes, que permanecian abiertos hasta altas horas de la noche.

La mayor parte de estos grupos no pagaban la bebida consumida.

Pero cuál era el pulpero que se atrevia á exigir el pago?

El calificativo de salvaje unitario y un par de puñaladas habria sido la respuesta inmediata.

De todos modos, cuando el saqueo de alguna casa habia sido grande, casi todo el dinero quedaba en los mostradores de las pulperias y con esto cobraban con morrudos intereses todos los fiados del mes.

Así, pues, miéntras la mazorca llamaba de aquella manera desaforada á la puerta de Gonzalez, no solo no se abrió puerta alguna, sinó que la que por casualidad permanecia abierta se cerró de una manera precipitada.

De la pulpería más próxima acudió una pareja de mazorqueros, que se unió á los que golpeaban, entablando el diálogo siguiente:

—Qué, están de bolada?

—Sí, hemos venido á saludar al salvaje de don Lúcas que anda por volar.

—Y no habrá palomas adentro?

—Creemos que sí porque estos inmundos salvajes están siempre bien acompañados.

Yo no sé que estómago tienen estas mujeres!

—Pues entonces y por si acaso les echaremos una manito.

Siempre serán dos facones más.

Y aquellos dos forajidos sacaron sus puñales y unieron sus golpes á los de los primeros.

Don Lúcas Gonzales era un hombre bravo en toda la estension de la palabra.

Era mendocino y habia hecho su fortuna en aquel comercio, guiando él mismo sus primeras árrias.

Los peligros personales no lo espantaban pero no podia conformarse ante la idea de que su familia pudiera ser víctima de aquellos asesinos feroces.

Al momento se dió cuenta de su situacion, resolviéndose á abrir la puerta.

—Yo no tengo enemigos entre esa jente, dijo; por el contrario los federales mejor colocados me deben servicios y no debo tener nada que temer.

Pero, si me niego á abrir, me hago sospechoso, y poco es lo que adelanto, pues de todos modos concluirán por echar la puerta abajo.

Resuelto á todo, se echó un par de pistolas al bolsillo y mandó abrir la puerta.

Apénas se hubieron corrido los pasadores, la mazorca dió un empujon á la puerta y se lanzó dentro de la casa blandiendo los puñales y dando terribles gritos de viva la federacion! mueran los inmundos salvajes unitarios!

La primera víctima fué el peón que habia abierto la puerta

Dos manos hercúleas lo tomaron de los cabellos, antes que el paisano intentara defenderse, echándole la cabeza hácia atrás.

Por un movimiento instintivo, se llevó ambas manos al cuello como única defensa, pues ya los asesinos le habian arrebatado el puñal de la cintura y se le habian prendido de las piernas.

Poca defensa fué aquella para las filo-

sas cuchillas que se disputaron su garganta.

Los dedos cayeron primero, y momentos despues su cabeza destilando sangre, era levantada como un trofeo por el que le tenia agarrado de los cabellos.

Una estrepitosa carcajada saludó aquella cabeza.

El cuerpo fué arrojado á un lado del zaguan, despues de sacarle el tirador de la cintura, y la turba, siguiendo al que llevaba la cabeza, penetró en la casa.

El señor Gonzalez estaba en el comedor, que cuadraba el primer pátio, de pié delante de la mesa y completamente dominado por el terror.

Hacia pocos momentos que acababa de comer la familia, y aún estaban sobre la mesa los últimos platos.

El comedor estaba alumbrado por la luz de un quinqué, que bañaba de lleno la persona del dueño de casa.

Aunque solo él estaba en el comedor, por los asientos de la mesa se comprendia que allí habian comido más personas.

Era la desgraciada familia de Gonzalez que éste acababa de mandar esconderse en el interior de la casa.

Aunque no habia podido ver lo que pasó en el zaguan, por la oscuridad del pátio, don Lúcas, por el rumor de la lucha y el estertor del peon comprendió lo sucedido.

De modo que, mudo y aterrado, de pié en el comedor, y sin atinar á sacar las pistolas del bolsillo, contempló con mirada estraviada la invasion de aquellos asesinos.

Estos penetraron al comedor mostrando sus cuchillos empapados en la sangre del peon.

Uno de ellos tomó una copa de vino que se hallaba servida y se la echó al coleto despues de dirijir á la cabeza del peon estas palabras:

—A tu salú, cara de maiz frito! frase que fué saludada con un trueno de risas y dicterios.

—Viva Rosas!

—Viva la federacion!

—Mueran los salvajes unitarios! gritó la turba, arrojando á la cara de Gonzalez la cabeza de su peon.

—Yo no soy un salvaje unitario, balbuceó Gonzalez.

Soy bastante conocido como buen federal y mañana entablaré la queja de este atropello.

—Mañana será tarde, repuso el que encabezaba la turba, porque ahora mismo te vamos á tocar el violin.

—Y cuál es la causa? preguntó Gonzalez, que ante la realidad del peligro empezaba á serenarse.

—De que sós un salvaje unitario!

—Mentira! soy federal, insistió Gonzalez.

—Ya te daremos federal! replicó el mismo bandido y se le fué encima dándole en la cabeza con el cabo de la daga.

Gonzalez vió que no habia más remedio que morir matando, y sacó sus pistolas.

Pero demasiado tarde ya.

Los asesinos se le fueron encima y lo desarmaron en medio de sangrientas burlas.

Y miéntras unos vaciaban el vino que habia quedado en las botellas y otros empezaban por el saqueo de los cubiertos de plata que habia sobre la mesa, los demás sacaron á Gonzalez á empujones hasta el pátio.

Don Lúcas trataba de defenderse de todos modos pero miéntras más desesperada era la defensa, más récios eran los empujones y más terribles los insultos.

Aquellos miserables trataban de divertirse con la víctima, haciéndole apurar todo género de humillaciones ántes de degollarlo.

—Primero con vos! le gritaban, primero con vos, y despues con la asquerosa de tu mujer, que es muy buena moza, la muy puerca y muy salvajona.

Hemos de bailar un federal, rodeando tu cabeza.

—Por Dios gritó Gonzalez, sintiendo que su razon empezaba á turbarse.

Yo les daré toda mi fortuna, les entrego mi casa para que se lleven todo lo que hay en ella, les regalo cuanto poseo, pero no me maten!

—No señor, porque todo eso lo vamos á tener aunque no querás, y en ancas tu cabeza y la de tu mujer.

—Todo cuanto tengo, inclusive mi misma cabeza! gritó Gonzalez, vencido por el horror de aquella amenaza.

—Ni los gatos van á quedar aquí con vida!

Gonzalez, por ir en auxilio de su esposa, ya con la razon perdida, quiso abrirse paso por entre los asesinos y dió un bofeton al que tenia más cerca.

Esta fue la señal de muerte.

Los asesinos, miéntras unos concluian de arrojar al pátio, con infernal estrépito, la loza y cristales que habia en el comedor, empezaron á empujar á Gonzalez en direccion á la calle, pinchándole con la punta de los puñales.

En el zaguan resbaló en la sangre de su peon que habia formado un charco, y cayó sobre su cuerpo.

De allí fué levantado del pelo, á golpes y punta-piés y sacado á la calle.

—Socorro! socorro que me asesinan! gritó entonces Gonzalez aferrándose al cuello de uno de los asesinos.

Pero sus voces no tuvieron más contestacion que las risotadas de estos.

Un sereno ocurrió al laberinto que se habia armado, y el socorro que prestó á Gonzalez, fueron las siguientes palabras:

—Maten de una vez á ese chancho que con sus gritos no deja dormir á los buenos federales!

—Querés una mojada, tuerto? le preguntó uno.

—No porque hace mucho frio y tengo pereza de sacar las manos.

Los serenos, como las demás autoridades análogas, reclutados entre los bandidos más feroces, sabian que aquellos degüellos se hacian por órden del *patron*, y lejos de impedirlos, los aplaudian, cuando no tomaban parte en ellos.

Gonzalez fué puesto contra la pared, y aunque opuso toda la resistencia de que es capaz un hombre bravo en tan amargo trance, sintió en su cuello el filo de dos ó más puñales que se disputaban por dividirlo.

Un momento despues su cabeza pasaba de mano en mano, miéntras su cuerpo, dejando escapar un grueso chorro de sangre por el cuello destrozado, daba algunos pasos aún y caia al medio de la calle.

—Ya cantó esa maula! gritaron entonces los asesinos, y volvieron á penetrar á la casa para entregarse al saqueo.

Este fué tan completo como lo podia hacer la mazorca.

Los muebles fueron despedazados y vaciados de cuanto contenian.

Dinero, alhajas, ropas, todo lo que representaba un valor fácil de realizar, fué atado entre los ponchos y repartido entre los asesinos por propia adjudicacion.

Lo que no podian llevar consigo, por demasiado pesado, ó porque no sabian que hacer de ello, era despedazado ó quemado.

Los marcos de los espejos sirvieron para hacer una fogata, donde los asesinos calentaron agua y terminaron la jarana con un cimarron.

Concluido el saqueo, que los habia embargado por completo más de dos horas, recordaron recien que aún les faltaba algo que hacer.

—Y qué se habrá hecho la compañera? preguntó el más harapiento de todos ellos.

—Es verdad, con todos los diablos! ahulló el que tenia atada á la cintura, por los cabellos, la cabeza de Gonzalez.

Ha de estar por ahí escondida.

Vamos á hacerla que le dé un beso á su marido.

Que lo bese!

—Y despues la castigamos!

—Viva Rosas! vociferaron los demás.

Y aquella turba feroz, enardecida por el olor de la sangre que habia derramado, se desparramó por la casa buscando á la señora de Gonzalez.

Miéntras efectuaban la pesquisa, cada uno de ellos proponia en medio de estruendosas carcajadas la iniquidad que con ella habian de cometer.

Pero felizmente no pudieron dar con ella.

La señora se habia salvado por los fondos de la casa y pasado á la vecindad, forzada por otros criados que habian obedecido la última órden de Gonzalez.

La pobre señora huia creyendo que su marido habia logrado hacer lo mismo por la puerta de calle.

Así se lo habian hecho creer los servidores que la acompañaban, para decidirla á abandonar la casa.

No hallando á la señora, el furor de los asesinos no reconoció límites y empezaron á despedazar lo poco que quedaba en pié.

En esta tarea estaban, cuando descubrieron dos barriles de vino que habia en una pieza.

Era vino de la tierra del señor Gonzalez, que recibia con frecuencia para su uso.

Los asesinos rodearon los dos barriles y se pusieron á beber con comodidad.

Estaban en lo más grato. de la ocupacion, cuando se apareció un nuevo tertuliano que venia á tomar parte en el beberaje.

—Hijos de mala madre! les gritó desde la puerta del cuarto ¿qué todavia no han concluido?

Venga un trago que tengo el garguero entumido, de tanto tiempo que no tomo ni agua.

La presencia del sereno, que era el mismo que habia presenciado el degüello, renovó la algazara de los bandidos.

Quien le dió un empellon, como prueba del placer que esperimentaba al verlo allí, quien le tiró una canchada, y quien por fin le hizo subir á caballo sobre uno de los barriles.

Las cabezas de Gonzalez y su peon fueron colgadas por los cabellos, de los pasadores para que presenciaran la fiesta, miéntras los asesinos se prendian del vino con un entusiasmo febril.

De cuando en cuando se dirijian á las cabezas elogiando el licor y cruzándoles el rostro lívido con algun golpe de lomo de facon.

Aquello tocaba ya el límite del horror, si es que para esa canalla el horror tenia algun límite.

De pronto el sereno bajó del barril y levantó las manos como pidiendo silencio.

—Voy á darles una noticia de lo fino! chilló, pero me van á dar mi parte.

—Concedido! concedido! ahulló la turba, pero si no es de lo fino, te echamos á la calle y no te damos más vino.

—Pero si es como digo me dan la parte que voy á pedir.

—Concedido! concedido!

—Que cante! que cante pronto!

El vino de Mendoza habia comenzado á hacer su efecto y la escena tomaba su aspecto más nauseabundo.

—Yo conozco una moza, gritó el sereno, pero una moza como no se ha visto otra.

—Vaya una noticia! si no tenés otra mejor, á la calle.

—Es que la moza que yo conozco, añadió el sereno, es nada ménos que la querida del aparcero.

Y señaló con una guiñada la cabeza ensangrentada del señor Gonzalez, colgada del pasador como hemos dicho.

Tiene la casa hecha un chiche, y debe haber allí un platal, como que el aparcero la tenia á lo decente.

Y volvió á señalar la cabeza de Gonzalez.

—Y dónde vive?

Dónde vive? preguntaron los asesinos, cuya mayor parte estaban ya completamente borrachos.

—Alto ahí—replicó el sereno.

Yo digo donde vive, pero quiero mi parte.

—Y cuál es tu parte, condenado?

—Mi parte ha de ser una mulatilla muy donosita que hay en la casa, y un poco de platita.

Si no, cierro la de beber vino y no hay señas.

—Se te concede la plata, tuerto trompudo!

—Se te dará la mulatilla, pero no la has de ahogar con la trompa.

Todos festejaron esta farsa hecha á la enorme boca y gruesísimos lábios del tuerto.

—Entonces en marcha que yo guio.

Las cabezas fueron descolgadas de los pasadores, y atadas á la cintura.

Y los que podian tenerse en pié, siguieron al tuerto, dando desaforados vivas á la federacion y al ilustre Restaurador de las leyes.

Como á las cuatro ó cinco cuadras de San Miguel hácia el campo, el tuerto se detuvo ante una casa pequeña, pero cuyo aspecto esterior indicaba que se vivia allí, sinó con lujo, con gran comodidad.

Segun se decia entonces y lo que aseguró el tuerto, allí vivia una dama con quien el señor Gonzalez tenia estrecha relacion.

Esta dama, bastante hermosa, y cuyo lujo habia llamado alguna vez la atencion del barrio, vivia allí desde hacia algunos meses, en compañia de una pardita, cuya hermosura habia levantado furiosa algarabia entre los compadritos de todo el barrio.

—Aquí es, dijo el tuerto desmontando, pero ya saben mi comision.

—No te apurés, dijo uno—bien dicen que no hay tuerto que no sea desconfiado!

Apénas el sereno habia indicado la puerta, los bandidos sacaron las dagas y empezaron á golpear con la empuñadura.

Los que llevaban las cabezas no se tomaban tanto trabajo, y golpeaban con ellas, tomándolas de las orejas.

Al poco rato se sintieron carreras en el interior de la casa y un rumor como llanto de mujeres.

Convencidos de que no les abririan, los bandidos forzaron la puerta, ayudados de sus facones y del sable del tuerto, que habia dicho:

—Yo garanto que adentro no hay ningun hombre.

Forzada la puerta, los mazorqueros penetraron á la casa, forzando las de las habitaciones para penetrar á las piezas.

En el dormitorio de la señora, se hallaba esta, envuelta con las ropas de la cama, acurrucada contra una pardita sonrosada y bella.

Las dos mujeres se hallaban dominadas por el más hondo y conmovedor espanto.

La vista de aquellos hombres visiblemente borrachos, blandiendo enormes cuchillos ensangrentados, ostentando como trofeos dos cabezas humanas, concluyó de aterrar á aquellas infelices.

—Buena noche salvajona, dijo el de la cabeza, aquí traemos á tu gaucho para que le dés un beso.

Y acercó al bello semblante de la jóven dama aquella ensangrentada cabeza.

La señora lanzó un grito estridente, abrió los ojos de una manera vaga y se cubrió el semblante sin poder articular una palabra.

Los asesinos, con sus manos ensangrentadas separaron las de la jóven de su bello semblante y le acercaron la cabeza lívida de Gonzalez.

El espanto devolvió la palabra á aquella desventurada, que empezó á dar voces de socorro, miéntras la pardita se prendia de su cuello llorando amargamente.

El tuerto se aproximó á ella y tomán-

dola de un brazo la arrancó del lado de su ama.

—Vamos prenda, le dijo, vamos que yo la voy á sacar para que no le suceda una desgracia.

La pardita empezó á dar terribles gritos, que se mezclaban á las voces de auxilio de la señora y á los juramentos y ternos de los bandidos.

—Si no caminás roñosa, te hago yo caminar pronto, vociferó el que parecia desde un principio que tenia más ascendiente sobre los otros.

Y dió un puñetazo terrible sobre la espalda de la mulatilla.

—Me van á degollar! gritó esta entonces—socorro!

El tuerto tiró de ella con fuerza, miéntras sus compañeros le descargaban una andanada de puñetazos y trompadas.

La negrilla al ser arrancada de su ama, llevó con ella las cobijas que la cubrian, dejándola en la situacion más desesperante que pueda hallarse una mujer.

El tuerto salió con su presa, que una vez en la puerta de calle volvió á prorrumpir en gritos desaforados.

—Te callás ó te deslomo, dijo el tuerto echando mano á su sable.

La mulatilla para no empeorar su triste situacion guardó silencio.

El sereno entonces la acomodó sobre su caballo, saltó en seguida con sin igual limpieza y salió al galope en direccion al hueco de Lorea, hoy plaza del mismo nombre.

Ignoramos cual fué la suerte de aquella desgraciada.

Volvamos á donde quedaba su ama en trance tan amargo.

Al ver sus carnes blancas, los bandidos prorrumpieron en su más insolente carcajada.

—Bese á su gaucho maula! gritó de nuevo el bandido que tenia la cabeza de Gonzalez, acercándosela el semblante.

Despues nos besará á nosotros y sabrá lo que vale una boca federal.

Y como la dama retrocedia aterrada, aquel bandido cobarde envolvió su hermoso cuerpo con la lonja de su rebenque.

La señora lanzó un ¡ay! prolongado y quiso correr para las otras piezas, pero los asesinos le cerraron el paso.

—Bese á su gaucho, salvajona unitaria! replicó el bandido, acercándole aún la cabeza ensangrentada.

Y el segundo rebencazo vino á formar una larga y cárdena lista sobre aquella espalda mórbida y bella.

Los otros no quisieron ser ménos y los que tenian rebenque imitaron la accion del primero, á las voces de *bese á su gaucho!*

Aquello era monstruoso y bestial.

La dama vencida por el dolor y el espanto, creyendo salvar la vida por este medio, besó aquella cabeza pálida y helada y aquella boca violada y entreabierta.

Pero con esto no hizo sinó escitar más la ferocidad de aquellos bárbaros.

Las lonjas de los rebenques empezaron á caer implacables sobre su cuerpo, al compás de las risotadas más infernales y de las palabrotas más nauseabundas.

Y siguieron castigando hasta que la jóven dama estenuada y moribunda cayó al suelo privada del sentido.

De todo su cuerpo, convertido en un tejido de costurones, brotaba la sangre negruzca y coagulada por la misma fuerza de los golpes.

Una patada tremenda fué el punto final de aquella escena salvaje.

Los asesinos se desparramaron en seguida por la casa, despedazando los muebles y rastreando todos los objetos y prendas de algun valor.

Aquella desventurada poseia en realidad, gran cantidad de alhajas ricas y bastante dinero, que el que lo hallaba trataba de ocultarlo apresuradamente, para no tener que partirlo entre los demás compañeros.

Como lo habian hecho en lo de Gonzalez, destrozaron todo aquello que por su peso y volúmen no pudieron llevar.



Bese á su Gaucho

Los muebles y espejos fueron despedazados y la loza y cristales arrojados al pátio con un estrépito infernal.

Antes de retirarse de la casa, cargados del producto del robo, pasaron por delante de la jóven que permanecia aún en el suelo sin conocimiento.

Y para ver si finjia algun desmayo ó lo estaba realmente, todavia le pegaron algunos golpes de lonja, como yapa de la infamia.

Aquel cuerpo presentaba en toda su estension una gran mancha que variaba desde el violado hasta el verde y el negro.

Aquellos miserables, despues de apartarlo con el pié, se retiraron á los gritos de ¡mueran los salvajes unitarios!

Viva la federacion!

De allí se dirijieron en pandilla al mercado, con los primeros resplandores del dia.

El mercado era el foco de los bandidos, sobre todo el gremio de los carniceros.

Allí habia un tal don Ramon, que más tarde, en 1840, sostenia que en muchas mañanas habia vendido trozos de carne humana, á los que le parecia que tenian caras de salvajes unitarios.

Cuántas veces en aquella época tremenda salió don Ramon de su puesto á dar una puñalada, delante de todos, y volver con el mismo cuchillo ensangrentado á cortar cinco pesos de puchero para el marchante que los habia pedido!

Y desgraciado del que se hubiera resistido á tomar la carne!

Hubiera sido calificado de salvaje unitario y tal vez muerto á puñaladas allí mismo.

Don Ramon era un tipo especial como bandido, que más tarde hemos de ver figurar en las escenas más terribles.

Fué al puesto de don Ramon donde se dirijieron los asesinos de Gonzalez.

Y allí, despues de relatar todo lo sucedido, colgaron al lado de las tiras de asado aquellas cabezas lívidas, adornándolas con perejil y toda clase de verdura.

Allí estuvieron todo el dia espuestas al escarnio federal, hasta la tarde, que fueron arrojadas al carro de los desperdicios.

La Policía recojió al dia siguiente los dos cuerpos de las víctimas, sin tomarse siquiera el trabajo de averigüar qué grupo de la mazorca los habia degollado.

La casa de don Lúcas Gonzalez fué declarada oficialmente el recinto donde la mazorca habia de celebrar sus sesiones.

La autoridad léjos de perseguir el crímen infame, trató de ocultarlo.

El cuerpo de Gonzalez fué llevado al cuartel de serenos, en la calle de las Piedras, donde se simuló fusilarlo por salvaje unitario.

El cuerpo de serenos era una asociacion tan terrible como la misma mazorca.

Más tarde nos ocuparemos de ella detalladamente.

El cuerpo de Gonzalez fué colocado, para hacer el simulacro de fusilamiento, al lado del doctor Saráchaga, á quien iban á fusilar realmente aquella noche.

Más adelante nos hemos de ocupar tambien de este asesinato, por los detalles terribles que lo precedieron.

El cadáver y Saráchaga fueron así fusilados bajo una misma descarga, en medio de las sátiras más miserables, pretendiendo hacer creer á la poblacion que Lúcas Gonzalez habia sido fusilado por delitos políticos incalificables.

Al dia siguiente el mercado era teatro de una nueva escena, tan imponente y conmovedora como las que acabamos de narrar.

Moreira, el terrible Moreira á quien el mismo Rosas hizo fusilar, para librarse de tan feroz asesino, era el héroe de este nuevo horror.

Yendo al mercado á hacer sus compras aquella madrugada, vió las dos cabezas que adornadas de verdura y cintas ce-

lestes, exhibia D. Ramon al lado de las tiras de carne.

El tremendo Moreira se acercó á las cabezas, y palmeando impíamente á la de Gonzalez, preguntó á D. Ramon quien habia hecho la hombraba y quienes eran los dos salvajes.

Cuando estuvo al cabo de todos los detalles del crímen, soltó una maldicion esclamando:

—Pues por Dios que yo no he ser ménos que nadie!

Con tu permiso, Ramon.

Y sacando su filosa cuchilla, arrancó, con imitable maestria y formando una peluca, la cabellera de Gonzalez.

Moreira arrancó aquella cabeza y la arrojó á un rincon del puesto, como cosa inservible.

En seguida ató aquella peluca á la cola de su caballo, y salió á darse un corte por aquellos barrios, con el sangriento despojo.

Toda aquella mañana y parte de la tarde, el asesino Moreira paseó á la cola de su caballo, la cabellera de Gonzalez, adornada con profusion de cintas celestes.

Este género de hazañas eran las que habian dado una triste celebridad á aquel bandido tan terrible y cruel.

Este fué el fin dramático de Lúcas Gonzalez, cuya casa habia de pasar á ser propiedad del asesino Salomon, y centro de las reuniones de la mazorca.

Sus bienes fueron confiscados y repartidos, en remate público, entre los buenos federales, como se hacia entonces.

En cuanto á su pobre amiga privada de todo socorro, pues nadie se atrevió á prestárselo, no volvió más de su desmayo.

Cuando fueron á confiscarse sus bienes como de Gonzalez, se la encontró cadáver en el mismo sitio que habia caido.

La muerte habia seguido al desmayo.

Esta trajedia terrible no concluyó aquí.

Véamos su sangrienta terminacion.

LA CASA MALDITA

DESDE el dia siguiente á los degüellos que hemos narrado, un grupo de la mazorca, bajo la presidencia del fatídico Salomon, declaró la casa de Gonzalez su alojamiento.

Allí, sin siquiera limpiar la sangre que se veia en charcos por todas partes, se recojió á dormir la siesta y la mona, como quien dice sobre sus laureles.

Aquella casa, tan tranquila habitualmente, fué ese dia el teatro de las más clásicas borracheras, con todo el aspecto original y repugnante de una crujia.

En la casa del Sr. D. Lúcas Gonzalez vivia un dependiente del Sr. Borbon, suegro y sócio de aquel.

Este dependiente era un jóven Gamboa, persona de irreprochable conducta y de distinguida educacion.

Gamboa se habia hecho acreedor á toda la confianza de Gonzalez, como de Borbon por su noble espíritu y su honradez acrisolada.

Vivia en la casa y tenia á su cargo no solo la llave de la casa, sinó la administracion de los valores más fuertes.

Se recibian continuamente crecidas remesas de las provincias, que se liquidaban prontamente, á lo que debia D. Lúcas su cuantiosa fortuna.

Gamboa no se habia mezclado á ninguna de las fracciones políticas.

Los federales le repugnaban de una manera invencible, y ser unitario en Buenos Aires, era lo mismo que decretase la muerte.

Queria vivir tranquilo y aparentaba la mayor indiferencia por todo lo que no era el comercio á que pertenecia.

Pero esto mismo era un delito de que no se habia apercibido.

Rosas no queria indiferentes sinó federales, y federales entregados en cuerpo y alma á la adoracion de su persona y al aplauso de sus maldades.

El indiferente era para él lo mismo que el unitario ó el lomo negro.

No pasaba mucho tiempo sin que lo señalara á la mazorca, con su dedo nervioso, y entonces su cabeza no quedaba más segura sobre sus hombros, que un billete de banco en la crujia de una cárcel.

Pero Gamboa no tenia ni siquiera el coraje de finjirse federal y aplaudir las maldades de aquellos facinerosos.

Sencillo y arreglado en sus costumbres, asistia diariamente al escritorio, donde trabajaba sin descanso hasta la caida de la tarde.

Comia en la casa de Gonzalez y á la noche salia á dar un poco de espansion á su espíritu.

Gamboa, á sus bellas condiciones morales reunia un físico fuertemente simpático.

Aunque no bello, su semblante vigorosamente varonil era gentil y bien modelado.

Todas sus facciones estaban en perfecta armonia y á sus espresivos ojos negros, asomaban los destellos de un alma viril y bien templada.

Gamboa estaba en sus veinte y cinco años, á esa edad en que todo sonrie y en que no hay pena que alcance á durar un par de horas, á esa edad donde la desventura más grande es una calabaza recibida de la mujer que se ama.

Gamboa tenia sus amores, á los que dedicaba la mayor parte de sus noches.

La prenda por quien suspiraba, era una graciosa morena de la calle de Cuyo, que se sentia feliz ante el cariño tranquilo de Gamboa.

Cuando concluia de comer, se acicalaba de la mejor manera que le era posible, é iba de visita á casa de su novia, que vivia en compañía de la madre, hermosa y jóven señora todavia y una hermanita de corta edad.

Allí pasaba la noche de una manera grata é inocente.

Se tomaba mate y se charlaba en grande de todo ménos de política, porque las paredes oían y delataban.

De rato en rato Gamboa y María, volcaban su corazon en una mirada, y se decian aquellas ternezas que se incrustan en la memoria para no borrarse jamás.

Gamboa, como María, tocaban la guitarra lo que contribuia á hacer más amena la reunion.

La guitarra era el pretesto, además, para que los amantes se dedicaran en supremas miradas, las frases más tiernas de la cancion.

Entre diez y diez y media de la noche, Gamboa se retiraba á la casa de Gonzalez, llevando sobre sus lábios la flor que adornaban las trenzas de su María y sobre el corazon el recuerdo de su imájen purírima y risueña.

Una vez en su cuarto, depositaba la flor en la cajita que guardaba las otras, despues de besarla íntimamente, sonreia ante el porvenir feliz que le esperaba y despues de pensar en su buena madre, de cuyas caricias se hallaba privado desde hacia cuatro años, se entregaba al descanso hasta el dia siguiente, á la hora de almorzar y asistir al escritorio.

Así pasaba Gamboa una existencia feliz y tranquila, sin que la más remota nube la hubiera jamás oscurecido.

Cuando se retiraba de noche, lo hacia siempre acompañado de un rico par de pistolas, regalo de Gonzalez, únicos amigos á quienes confiaba la defensa de su vida.

Con aquellas dos pistolas y su corazon viril y sereno, Gamboa se creia seguro de impedir cualquier asalto que sobre él hubieran intentado.

No tenia por otra parte enemigos personales, ni creia que jamás tendria la menor dificultad por causas políticas á la que como hemos dicho, no se mezclaba.

Muchas veces María le hacia retirar

más temprano, cuando los asesinatos se aumentaban.

Pero él, golpeando los bolsillos donde guardaba sus pistolas, le respondia.

—No teman ustedes.

Nadie tiene por qué meterse conmigo, porque yo no me mezclo en lo que hace el Gobierno.

De todos modos, si alguien tuviera la mala ventura de venírseme al cuello, no le arriendo las ganancias.

—Es que yo tengo miedo, decia entonces la gentil María, con toda la dulzura de su melódico acento.

Tengo miedo por usted, Gamboa.

A esta hora no andan en la calle sinó grupos de bandidos y yo moriria si por nosotras sucediese á Vd. una desgracia.

—Si se trata de la tranquilidad de ustedes, no digo nada, replicaba entonces Gamboa, pero pierdan todo recelo que nada puede sucederme.

Efectivamente nunca le habia sucedido el menor contratiempo.

Muchas veces se habia encontrado con grupos de malhechores, que venian ó iban á cometer algun crímen.

Pero jamás le habian dicho nada.

O lo creian un buen federal, ó se engañaban ante la enorme divisa que usaba á pedido de su María.

La noche que degollaron á Gonzalez y mataron á golpes á su amiga, Gamboa no estaba en la ciudad.

Habia pedido permiso por la mañana y se habia ido á pasear á San Fernando, en compañía de la familia de su novia.

Habia pasado un dia y una noche deliciosas.

Cuando degollaban á don Lúcas, tal vez se hallaba entregado á su idilio más encantador.

Al dia siguiente se pusieron en marcha de regreso, calculando estar en la ciudad al tocar oraciones.

Cuán ageno estaba Gamboa de lo que habia sucedido!

Entonces no habia en Buenos Aires sinó muy pocas volantas y estas eran de propiedad de las familias más pudientes y destinadas para pasear hasta Palermo, cuando más lejos.

Los viajes á Belgrano, Flores ó pueblos más lejanos se hacian en carreta.

Así es que un viaje á San Fernando era cuestion de un dia.

Apénas llegó Gamboa á la ciudad, dejó en la calle de Cuyo á la familia de María y se dirijió á casa de Gonzalez.

Temia haber hecho gran falta y se proponia trabajar en grande al dia siguiente, para resarcir los dos perdidos.

No habia hablado con nadie y por consiguiente ignoraba lo sucedido en la casa á que se dirijia.

La puerta estaba cerrada, sin embargo de no haber todavia tocado ánimas.

Esto llamó la atencion del jóven aunque no mucho, pues casi todas las casas estaban ya lo mismo.

Con lo sucedido la noche ántes, muchas familias no se atrevian á abrirla ni aún durante el dia.

Pensando que tal vez Gonzalez no estuviera en casa, Gamboa llamó á la puerta con dos golpes rápidos y sonoros, segun su costumbre.

Apénas habia pasado un momento, cuando le pareció sentir adentro el rumor de muchas voces.

—Es estraño, pensó, que don Lúcas esté de reunion!

Ha de ser sin duda en la casa del lado, concluyó y volvió á llamar de la misma manera.

En los momentos que Gamboa llegaba á la casa, esta se hallaba ocupada por los mismos asesinos de la noche anterior, presididos por el terrible Salomon.

Habian llevado allí gran cantidad de bebidas y algunos comestibles, para pasar una noche de trueno.

Ricos, con los robos de la noche anterior, no reparaban en gastos y vivian en plena orgia, desde por la mañana.

Habian cerrado la puerta para evitar la

presencia de algun otro grupo que pasase casualmente y se declarara convidado al festin.

Así que sonaron los primeros golpes de Gamboa, los asesinos prestaron suma atencion, no sabiendo discurrir quien pudiera llamar á aquella puerta despues de lo sucedido.

—Talvez algun salvaje amigo del otro, dijo Salomon.

Curioso seria que fuéramos á tener fiesta hoy tambien.

Los asesinos, borrachos en su mayor parte, soltaron una carcajada bestial y sacaron á relucir sus facones.

—Un momento, dijo Salomon.

Dejemos llamar de nuevo á ver si podemos colejir quien sea.

Este fué el rumor de voces que creyó Gamboa haber sentido, y atribuyó á la casa vecina.

Cuando sus segundos golpes volvieron á sonar, los asesinos se pusieron de pié á la voz de Salomon que decia:

—No hay duda—ese es golpe de algun pariente ó amigo que ignora lo sucedido.

Tal vez sea algun salvaje unitario que viene á ponerse de acuerdo para realizar algun plan inícuo.

Es preciso entonces que dos se coloquen de cada lado de la puerta, miéntras otro abre y le deja entrar.

Es preciso cazarlos antes que se aperciban que han caido en la trampa.

Así dispuestos, se dirijieron al zaguan, daga en mano y paso cauteloso.

Gamboa sospechó que algo estraordinario sucedia en la casa.

No podian estar recojidos á esa hora y no podia esplicarse por qué no le abrian, cuando debian haber conocido su golpe.

Iba á llamar de nuevo, cuando sintió descorrer el pasador por alguien que habia cuidado de no hacer oir sus pasos al llegar.

Parecia, pues, indudable que algo sucedia en lo de Gonzalez, ó habia sucedido ya.

Lo que más espantó al jóven fué el silencio de muerte de la casa, y de todo el barrio.

La puerta se abrió por fin, y apareció en su dintel un hombre de siniestra catadura.

Prevenido por todas las circunstancias espuestas, en vez de avanzar Gamboa, retrocedió hasta el poste del cordon de la vereda y sacó y amartilló sus pistolas.

—Quién es usted? preguntó al que abria.

Pronto, ó le quemo los sesos.

—Y usted hermanito, quien és? preguntó á su vez el bandido con toda sorna.

Y se lanzó á la vereda seguido por los otros cuatro, que gritaron ¡mueran los salvajes unitarios!

—Aquí no hay unitarios, replicó Gamboa, siempre apuntando con sus pistolas.

—Dónde está don Lúcas Gonzalez?

—A donde vas á ir tú, en seguida, salvaje.

Está cenando con el diablo!

No quedó ya duda á Gamboa que aquellos cinco hombres eran cinco degolladores que acababan de degollar á don Lúcas y su esposa.

Creyendo que serian solamente aquellos cinco manteniéndolos siempre á distancia con las pistolas, empezó á maniobrar para ganar la puerta y entrar á la casa donde tal vez pudiera prestar algun socorro.

Ya hemos dicho que Gamboa era un jóven valiente y sereno.

Aquellos cinco hombres de tan siniestras cataduras y de facon en mano, no habian podido imponerlo.

Conociéndole la intencion, los bandidos se hicieron que temian y bajaron al medio de la calle.

Gamboa entónces, creyéndose triunfante, saltó sobre el escalon de la puerta, dándoles siempre el frente.

Esta posicion que creia salvadora, fué la que vino á perderle, sin ningun género de defensa.

En cuanto dió la espalda al zaguan, los que habian quedado allí, silenciosos y en acecho, cayeron sobre él y lo sujetaron de los brazos fuertemente.

En vano hizo esfuerzos violentísimos no pudo soltarse de aquellas manos que, semejantes á esposas, le sujetaban de los antebrazos.

—Mire que facha para hacerse el guapo! rugió la voz de Salomon, á quien el jóven conoció así que se le puso delante.

Ya verás mocoso lo que te vale ser salvaje unitario.

—Pero qué es lo que ustedes quieren? preguntó sin perder aún su aplomo.

—Hacerte una caricia en el cogote, nada más.

Lo que es Gonzalez ya está en escabeche, pero nos faltabas vos para cortarte las orejas y despues la cabeza.

Aquellas palabras y la presencia de Salomon convencieron á Gamboa de que nada tenia que esperar.

Se resolvió á morir aprovechando los dos tiros de sus pistolas, como le fuera posible.

Pero antes quiso tentar un último recurso.

—Pero yo qué les hago? les preguntó. Ya desconocen hasta los federales!

—Yo te voy á dar federal, salvajon! quítenle las pistolas!

Dos de aquellos bandidos se acercaron á desarmar á Gamboa, á quien otros dos, como hemos dicho, lo habian agarrado de los antebrazos.

El pobre jóven levantó las manos cuanto le fué posible, é hizo fuego.

—Ah! sabandija maldita! gritó uno de ellos, que me has herido en un pié.

Y como pronto castigo le dió un tajo en la cara.

Con la indignacion y el dolor, Gamboa hizo un esfuerzo supremo, y pudo escapar de las manos que lo sujetaban.

Uno de los asesinos habia sido herido realmente en el empeine del pié.

Las punterías habian sido bajas por no poder levantar los brazos, y era ya un milagro el haber podido causar aquella herida.

Un hombre valiente se impone siempre, por más audaces que sean los que lo atacan, mucho más si estos son asesinos, á quienes el peligro personal es lo único que los contiene.

Al ver á Gamboa libre, y creyendo tal vez que tuviera algun otro par de pistolas, los bandidos retrocedieron visiblemente asustados.

El jóven aprovechó aquel primer momento de temor, comprendiendo que era este el único medio de salvarse.

Golpeólos como pudo con las culatas de las pistolas y ganó nuevamente la puerta.

Un momento más de estupor entre los bandidos y talvez se hubiera salvado.

El tajo de la cara, dado con un cuchillo súcio de comida y sabe Dios de que más, le ardia horriblemente.

Pero no era una herida que tuviese otro carácter que el de dolorosa, ni pudiese entorpecer sus movimientos.

—Ah! hijos de mala madre! gritó Salomon, al ver que Ganboa huia.

No vén, cochinos, que está desarmado?

A ver si los agarro yo á golpes para que aprendan á dejar escapar un salvaje!

A la voz de Salomon, que ejercia sobre ellos un dominio absoluto, los asesinos se rehicieron y todos á una cayeron sobre Gamboa.

Desde aquel momento toda resistencia era inútil.

Qué podia un hombre desarmado, por fuerte y bravo que fuese contra ocho ó diez bandidos, armados de cuchillo y decididos á degollarlo?

Sin embargo Gamboa se defendió como un héroe.

De un puñetazo en la cabeza puso fuera de combate á uno de los asesinos, miéntras con ambas manos se prendia al cuello del que más se le acercó.

Esto no hizo más que irritar doblemente á los restantes, que se le fueron encima y lo sujetaron fuertemente.

Una vez en el suelo y sobre el mismo charco de sangre de la noche anterior, uno lo tomó de los cabellos y le alzó la cabeza.

Otro, despues de acariciarle el cuello, iba á pasar por él el filoso cuchillo, cuando fué detenido por Salomon.

—Un momento! un momento! gritó este.

Yo le voy á enseñar á este salvaje lo que vale hacer armas á la federacion.

Y saliendo á la vereda, pasó sobre las piedras el filo de su propio puñal, para que éste cortara ménos y el suplicio fuera más largo.

—Con este cuchillo, gritó entrando —con este cuchillo me van á degollar á este maldito, para hacerlo gritar en regla.

Con qué querias escaparte, no? ya verás lo que es bueno!

Y alcanzó el puñal mellado al que aún permanecia acariciando el cuello de la víctima.

Gamboa escuchó todo el horror que le esperaba y se estremeció poderosamente.

—Cobardes! gritó—ya rendirán de todo esto cuenta á Dios, tanto ustedes como el cobarde de su amo.

—Trata de cobarde al Restaurador, dijo uno de ellos.

Ah! indino! si tendrás madre viva!

Y de un solo tajo le separó la oreja derecha que levantó en su mano.

Otro no quiso ser ménos y acercándose á Gamboa le cortó la otra oreja.

El martirio comenzaba de una manera espantosa.

Gamboa se estremeció de nuevo, pero no se le oyó la más leve queja.

Esto irritaba de una manera terrible á los bandidos, cuyo mayor gozo era escuchar los lamentos y súplicas de sus víctimas.

—Vamos á ver que tal corta ese cuchillo.

Carpincho, que era el nombre de guerra de aquel bandido, pasó varias veces por el cuello de Gamboa el cuchillo que le habia dado Salomon sin que produjera la menor herida.

—Esto no corta ni manteca, dijo, va á ser preciso despacharle con otro.

—Con ese, con ese, animal! apretá fuerte y verás si corta.

Aquellos bandidos aplaudieron con un estrépito infernal la órden de Salomon.

Era un martirio nuevo con que se aumentaba su larga coleccion.

El Carpincho empezó á hacer fuerza y el puñal principió á penetrar lentamente destrozando el cuello.

Gamboa no se quejaba; un solo éco de dolor no habia escapado á sus lábios.

Pero su cuerpo se estremecia á pesar de las manos que le sujetaban, haciendo comprender lo terrible del dolor que esperimentaba.

Todos aquellos hombres seguian en sus ojos, en sus lábios, en la palidez de su semblante, todas las graduaciones de aquel martirio inmenso.

Donde más se fijaban sus miradas feroces, era en el cuello de la víctima, como si esperaran el paso de alguna fortuna por aquella ancha y sangrienta herida.

Cuando el cuchillo habia andado la mitad del camino, los estremecimientos del jóven empezaron á ser más poderosos.

Carpincho tuvo entonces que pedir relevo, porque ya estaba tan fatigado, que el cuchillo se movia entre la herida sin adelantar camino.

Aquel debia ser un martirio superior á todo sufrimiento.

Se necesitaba un valor moral estupendo, para resistirlo sin lanzar una sola queja, una sola maldicion siquiera.

—Quejate, pues, trompeta! gritó el Carpincho, ya que tanto me has hecho sudar.

Pero por los lábios del jóven cruzó algo como una sonrisa tan suave y sublime,

que hubiera conmovido á cualquier corazon que no fuera el de un mazorquero.

Cuando el cuchillo llegó al hueso, se cambió de táctica.

Como era mucho trabajo buscar la articulacion, el bandido empezó á servirse del mellado cuchillo como de una hacha.

Fué necesario dar más de diez fuertes golpes, para desprender del tronco aquella noble cabeza.

Concluida la tarea, los que sujetaban el cuerpo se separaron de él dejándole hacer libremente sus últimos movimientos y convulsiones.

—Ya nos ha dado trabajo el muy deslenguado, dijo uno.

Lástima que un mozo tan guapo no sea federal.

Y miraron con algun respeto aquella cabeza lívida que la muerte habia puesto realmente hermosa.

—Y murió sin quejarse el trompeta!

Lástima que no tenga alguna gaucha como el otro, para irla á saludar!

—Cómo que no tiene! y una muy hermosa, esclamó una voz chillona.

Estos malditos no pueden vivir sin su pareja.

Dieron vuelta los mazorqueros y se hallaron frente á un mulato, dueño de la pulperia situada donde hoy está una mueblería, dos cuadras más adelante.

El mulato habia acudido en compañia de dos ó tres, al rumor del degüello y á ver si le tocaba alguna mojada.

—Dónde vive? preguntó Salomon con la mirada brillante á la idea de nuevas víctimas.

—Vive con la madre y la hermana aquí á la vuelta, en la calle de Cuyo.

—Pues vamos allá, gritó el Carpincho desaforadamente.

Vamos allá á darles un bromazo!

Y los asesinos salieron, llevándose la cabeza de Gamboa, al furioso clamoreo de ¡mueran los salvajes unitarios!

Al doblar la calle de Cuyo guardaron silencio, para no poner sobre aviso á la familia que iban á sorprender.

Carpincho fué el primero que llegó á la puerta, acompañado del mulato, que parecia muy complacido de la escena que iba á presenciar.

—Es preciso golpear despacio para que no se alarmen, dijo el mulato.

La puerta parece muy fuerte y muy bien cerrada y no la vamos á poder forzar si no la abren.

—Bueno, contestó el Carpincho, llamá vos miéntras yo voy á prevenir á los otros.

Y retrocedió silenciosamente al encuentro de los otros, que avanzaban tratando de producir el menor rumor que les fuese posible.

Miéntras los otros asesinos se aproximaban guiados por el Carpincho, el mulato llamó á la puerta con cierta delicadeza, para mejor representar el papel que se proponia.

Parecia que este bandido tuviera algun resentimiento con la familia que tan interesado se mostraba en su desgracia.

Al primer llamado nadie contestó.

Al segundo, que fué un poco más fuerte y precipitado, acudió una sirvienta que preguntó quien llamaba.

—Soy Gamboa, dijo el pérfido mulato apagando la voz para no ser conocido.

Decíle á tu señora que me haga abrir por favor, que vengo huyendo de la mazorca.

El ruido precipitado de los talones, indicó que la sirvienta se apuraba á llevar la demanda.

En aquel momento llegaron todos á la puerta, sacudiendo de los cabellos la cabeza de Gamboa, cuyo nombre se invocaba para cometer un crímen.

Como á los dos minutos de espera, se volvieron á sentir los mismos pasos de un pié sin calzar.

—Voy á abrirle, niño, dijo—espérese un momento que ya se están levantando.

Los asesinos se miraron sonrientes.

Pronto iban á entrar en danza.

La sirvienta empezó á descorrer los pasadores y cerrojos, franqueando la puerta, quedándose ella detrás de la hoja, sin duda para ocultar la lijereza de su traje.

El mulato fué el primero que entró, seguido de cerca por el Carpincho y comparsa.

Fué la pobre morena la primera que pagó el terrible engaño.

Miéntras uno de los asesinos le echaba las manos al cuello para impedir que gritara, el mulato le enterraba en el cuerpo toda la hoja de su daga.

La desgraciada cayó como herida por un rayo.

La puñalada, admirablemente dirijida, le habia partido el corazon.

Como si la impiedad fuese una pasion en aquellos bandidos, el Carpincho no pudo prescindir de hacer una caricia al cadáver.

En seguida se dirijieron á buscar la puerta por donde debia haber salido la sirvienta.

Esta no podia ser otra que la del comedor pues era la única que se veia entreabierta.

Por ella penetraron los bandidos, siempre con sigilo y cuidando de no producir ningun ruido que acusara su número.

Cansada la señora sin duda, de esperar la contestacion de la sirvienta, y ya vestida apareció en el comedor en compañía de María, la bella novia de Gamboa.

Esta última traia en la mano una vela encendida, única luz que se veia en el resto de las habitaciones.

Al ver aquella cantidad de hombres, de tan siniestro aspecto, las mujeres se detuvieron aterradas.

—Quiénes son ustedes y cómo han entrado aquí? preguntó la señora sobreponiéndose á la situacion terrible y cubriendo con su cuerpo á su espantada hija.

—Hemos entrado porque se nos ha abierto la puerta, replicó descaradamente el mulato.

Si no nos hubiera abierto, es claro que no habriamos entrado.

—Y Tomasa?

Tomasa! Tomasa! gritó la señora llamando á la sirvienta.

Los asesinos soltaron una carcajada imposible de describir. y se miraron entre ellos.

—No chille tanto, patrona, dijo entonces el Carpincho, que nadie ha de acudir. Su Tomasa está durmiendo una broma que le hemos dado y ha de tardar mucho en despertar.

La señora se sintió ahogada por el llanto que le inspiraba el terror.

Semejante gente, en aquella época terrible y á aquella hora, no podia presajiar sinó la muerte.

—Y Gamboa? En dónde está Gamboa que no le veo? preguntó la señora, en quien el pavor habia hecho nacer una duda terrible.

—Gamboa está charlando con Tomasita, replicó el Carpincho, siempre riendo. Le estará haciendo el amor.

—Tú mientes, canalla, dijo la señora no pudiendo contenerse y olvidando el peligro que corria.

Se han valido de su nombre para hacerse abrir.

Está bueno, lleven todo lo que hay en la casa, pero váyanse de una vez.

—Gamboa está aquí, volvió á asegurar el impávido mulato; lo que hay es que no quiere mostrarse.

La misma duda volvió á asaltar, pero más fuertemente el corazon de la señora.

Seria posible que un jóven que parecia tan noble y bueno hubiera finjido una amistad tan íntima y pura para entregarlas luego á la mazorca?

Esto no admitia réplica pues que no se atrevia á presentarse.

La jóven María, más pálida que un cadáver, si es posible, y venciendo su an-

gustia suprema, salió trás de su madre, y dijo con voz temblorosa y sollozante:

—Si Gamboa está aquí, díganle que yo le llamo, que quiero convencerme que esto no es un sueño.

—Si la moza se empeña, no habrá más que hacerle el gusto, gritó el Carpincho. A ver, pues, a llamar al Gamboa.

El que llevaba la cabeza, levantó el poncho bajo el cual la ocultaba, y la arrojó sobre la mesa, de donde rodó hasta los piés de María.

Un grito tremendo, imposible de describir, desgarrador y sollozante, lanzó la pobre jóven y dobló la rodilla ante aquel despojo sangriento y querido.

La fuerza del dolor le embargó todo sentimiento á él estraño, y rompió á llorar con una desesperacion aterradora.

La señora, muda y estática, decaido todo su valor, tuvo que agarrarse del contra-marco de la puerta, para no rodar al lado de la cabeza.

María se levantó de pronto, terrible y amenazadora.

El llanto se habia secado de sus ojos y el dolor habia desaparecido de su semblante purísimo.

—Asesinos! gritó, asesinos miserables! por qué lo han muerto?

Y avanzó sobre ellos de tal manera, que el mulato que era el más audaz, retrocedió sin poderlo remediar.

—Miren qué monada! gritó el Carpincho — le hacen el favor de traerle á su gaucho para que se despida, y todavia se queja!

No digo yo! si no hay como contentar á estas salvajes!

—Bandido! tú has de haber sido el asesino!

—Y si nó?

Basta, pues, de milongas y á besarle la jeta porque lo vamos á llevar al mercado.

Con la razon estraviada por el dolor, hasta el punto de desconocer todo peligro, la jóven avanzó hácia los asesinos, cada vez más amenazadora.

Gamboa era su único ó primer amor, y sabido es que esta es la pasion más fuerte que puede dominar el corazon de una mujer.

La madre, llorando amargamente, vino á tomar á su hija que se mezclaba á los asesinos, para impedir cualquier violencia.

Pero tarde ya.

Apénas llegaba á su hija, esta retrocedia tambaleante, como aturdida por un golpe violento.

Era el Carpincho, que le habia dado un puñetazo sobre el pecho.

La jóven jimió y se apoyó en la mesa para no caer, en momentos que llegaba su hermanita á medio vestir, atraida por las voces y las risotadas.

—Mueran los salvajes unitarios! gritó el mulato con toda la fuerza de sus pulmones.

Mueran los salvajes unitarios! repitieron los otros, y un nuevo golpe fué á herir nuevamente el rostro de María.

—Huyamos! huyamos! gritó la madre aterrada tratando de huir con sus dos hijas.

Pero la mazorca les cerró el paso golpeando á las tres furiosamente.

En vano trataron de huir, en vano disparaban al rededor de la mesa.

Los asesinos las alcanzaban á cada momento y nuevos golpes iban á herir sus cuerpos.

Los vestidos habian sido arrancados á girones, al estremo de que los planazos de los facones iban á herir la carne desnuda.

Aquello era una repeticion exacta de lo sucedido en casa de la amiga de don Lúcas Gonzalez.

María, acosada por los golpes de daga y de rebenque, tropezó en la cabeza de Gamboa y cayó.

Y miéntras los otros azotaban sin compasion y furiosamente á la madre y la hermanita, el Carpincho se fué sobre ella y despues de cortarle las dos trenzas, que

atõ á su cintura como trofeos, la azotó hasta que la fatiga lo hubo inutilizado.

Las otras dos mujeres fueron azotadas hasta que cayeron tambien privadas de sentido.

En seguida empezõ el saqueo y la destruccion.

Miéntras hubo que robar y que romper, los asesinos trabajaron con ardor.

Los muebles fueron hechos pedazos para sacar lo que contenian.

El aceite de las lámparas y otros residuos súcios fueron volcados sobre las camas, y las botellas con bebidas que hallaron en los armarios, se las bebieron á la salud de sus víctimas.

El mulato fué el que sacó mejor parte, pues miéntras los demás se hallaban entregados á la diversion de azotar las señoras, él habia ganado los aposentos, donde se apoderõ de las alhajas y de todo aquello que representara algun valor:

Este era el interés que aquel miserable habia tenido al delatar á la familia.

Cuando hubieron dado la última mano al cuadro de destruccion y saqueo, los asesinos se prepararon á retirarse,

Dieron su último azote á aquellos delicados y exánimes cuerpos, volvieron á tomar la cabeza de Gamboa y salieron dando terribles gritos de ¡mueran los salvajes unitarios!

Al llegar al zaguan el mulato tropezõ con el cadáver de la criadita, cayendo sobre el charco de sangre.

—Una gran perra! vociferõ—estos malditos salvajes unitarios hasta despues de muertos y enterrados nos hacen daño!

Ahora vas á ver, maldita.

Y *pelando* el facon, cortó la cabeza á la criadita, entre la algazara y risa de los compañeros.

En seguida salieron todos en direccion á la casa de don Lúcas Gonzalez.

Allí terminaron por aquella noche su obra de impiedad.

El cadáver de Gamboa, fué sentado en el cordon de la vereda, apoyado contra el poste, y le acomodaron la cabeza por medio de un gran pañuelo colorado, puesto como corbata.

Al otro dia, los grupos de mazorqueros que pasaban por la cuadra, se detenian delante del cadáver, dirijiéndole las más infames burlas.

Cada uno de aquellos miserables añadia una burla más, que arrancaba estrepitosos aplausos y vivas á la federacion.

Quien le ponia un pucho detrás de la oreja, quien un pito entre los lábios, y quien en fin, le ataba algun trapo celeste en un ojal que abria con el cuchillo en la carne.

Aquella farsa impía durõ hasta la tarde del dia siguiente, hora en que recien se sirvió la Policia mandar recojer el cadáver en un carro del servicio público para arrojarlo al carnero unitario donde iban á parar todas las víctimas de la mazorca.

Hé aquí el orígen de cõmo la mazorca se apoderõ de la casa de don Lúcas Gonzalez, declarándola local de sus terribles sesiones, de donde salió tanta sentencia de muerte.

Hagamos ahora un retrato fiel de aquella terrible asociacion, la más bestial y tenebrosa que se haya conocido en toda la historia del crímen.

Tomémosla desde que cambió su nombre de sociedad Popular Restauradora, por el célebre de Mazorca, con que ha pasado á la historia, ilustrada por los crímenes más bárbaros y las iniquidades más brutales de que haya memoria.

LA MAZORCA

Es imposible entrar en los detalles de esta asociacion terrible, sin sentir frio en el corazon.

Todos hemos oido de boca de nuestros padres, con las carnes estremecidas, aquellas narraciones de los degüellos que llegaron al vértigo del mayor frenesí en los años 40 y 42.

Y ninguno se esplica como la ciudad podia convertirse, en las horas de la noche, en una masacre terrible.

Solo las turbas desenfrenadas de asesinos recorrian las calles, sedientos de sangre y de vino.

No se percibia otro rumor que los ayes de las víctimas, los gritos de muerte, y el estrépito de los cristales rotos á pedradas ó de los muebles arrojados á la calle.

De cuando en cuando una descarga de fusileria anunciaba á la poblacion que no sólo en las calles y á filo de daga se inmolaban unitarios.

Tambien en la cárcel y en los cuarteles se les arrancaba la vida, con la diferencia que aquí se asesinaba al monton y sin elegir víctima.

La autoridad no existia desde las cinco de la tarde.

Rosas se iba á Palermo y las autoridades policiales se escondian creyendo que así evadian toda responsabilidad.

La poblacion quedaba, pues, entregada á los caprichos de las bandas de asesínos que la recorrian en todas direcciones, escojiendo las víctimas que habian de inmolar.

No habia más escudo ni más salvacion que salir á las puertas dando vivas á la Federacion y al héroe del desierto.

Muchas familias unitarias, dominadas por el terror consiguiente, lo hacian, aprovechando muchas de ellas hasta las más horribles escenas de sangre.

Cuando tenia lugar un degüello en plena calle, cerca de una familia unitaria, no era cosa estraña ver esta asomarse á la puerta de calle gritando desaforadamente:

—Mueran los salvajes unitarios!

Era aquel el vértigo del terror, de que estaban poseidas las familias sospechadas.

Ninguna de ellas estaba segura, al levantarse de concluir con vida aquel dia.

Cuitiño y Parra, Troncoso y Badia, Salomon y Pablo Alegre, eran los que disponian á su albedrio de la ciudad durante la noche.

Bastaba una seña, una simple guiñada de ojo de cualquiera de estos personajes, para que una familia entera fuese esterminada, á filo de puñal ó de serrucho.

Estos eran los omnipotentes que podian detener el facon al tronchar el cuello, ó lanzar las bandas de asesinos á tal ó cual casa.

El marido era degollado en los brazos de la mujer que trataba de disputar su vida á aquellos séres abyectos y miserables.

Y por este solo delito, era ella azotada á la vez con vergas curadas á propósito, despues de cortarle el cabello y cometer todo género de infamias.

La hija, con todo el encanto y desesperacion de una mujer embellecida por el dolor, era impotente á detener el cuchillo federal sobre el cuello del padre.

Y el mismo niño de pechos que descansaba en la cuna, con toda la sublime inocencia de aquella edad no escapaba al puñal de la mazorca.

Bastaba que á cualquiera de los asesinos se le ocurriera gritar:

—Este muñeco tiene cara de salvaje unitario.

Mueran las inmundas crias!

A este grito terrible, el inocente era tambien degollado, y arrojada su cabeza á la madre como la última y más sangrienta injuria.

Y todo esto se llevaba á cabo entre las risotadas más innobles y los epítetos más denigrantes y obcenos.

Aquello era una fiesta federal, pero una fiesta ruidosa.

Se bailaba al rededor de los cadáveres, y se mojaban los dedos en los charcos de sangre, para persignarse por la señal de la santa federacion, y habia mazorquero que se mojaba con ella los lábios, para librarse de caer en malas tentaciones ó para ser buen restaurador.

Las cabezas cortadas á los salvajes unitarios, ó sus inmundas crias, servian para diferentes usos y diversiones.

Unos jugaban con ellas á las bochas, otros las metian en un carro y las ofrecian en venta como duraznos del monte.

Y otros en fin, como Moreira, el célebre Moreira, las ataban de los cabellos á la cola de su azulejo para salir á darse un corte por los barrios del Sud.

Es que la mazorca habia llegado al vértigo del crímen, al delirio del degüello.

Degollaban por darle gusto á la mano y últimamente, era tal el furor de matarse que llegaron hasta desconocerse al estremo de que el sereno Moreira fué fusilado por órden del mismo Rosas, porque un dia se le fué la mano y se limpió un federal de copete.

Ya nos ocuparemos á su debido tiempo y de una manera detallada, de este terrible y singular bandido, pues su vida es el proceso criminal más monstruoso que pueda escribirse.

Cada uno de estos tipos tendrá su biografia aparte, para la cual contamos con datos preciosísimos.

No cortemos, pues, el hilo de nuestra narracion.

Rosas necesitaba dominar por medio del terror, único medio de asegurar su tiranía y necesitaba tambien dar entretenimiento á la turba de bandidos que habia levantado á las primeras posiciones, y que á su vez se servian de otros asesinos más miserables y más encenagados en el crímen.

Y les entregaba la ciudad en las horas de la noche, para que eligieran sus víctimas y las esterminaran sin responsabilidad de ninguna especie.

Cuando Rosas queria librarse de algun hombre, porque estaba en posesion de algun secreto grave, jamás ordenaba su muerte directamente.

Si queria hacer desaparecer á un enemigo político, llamaba á cualquiera de los gefes de la mazorca y le decia:

—Sabe que fulano me parece que está por emigrar para irse con Lavalle?

Si se trataba de un federal antiguo y reconocido, cambiaba la fórmula de esta manera:

—Sabe que tengo pruebas de que fulano me está traicionando?

Estas simples palabras equivalian á una sentencia de muerte terminante y á una órden de degüello ineludible.

Seguro es que al dia siguiente el gefe de la mazorca volvia á darle cuenta de que el fulano habia sido degollado.

Así fué apuñaleado el doctor Maza, en plena Sala de Representantes, el doctor Zorrilla en su estudio, bajo la Recoba, y tantos otros cuyos martirios horribles iremos narrando uno por uno.

—Pero hombre! esclamaba Rosas, con su sonrisa bestial y acerada.

Por qué le han muerto? yo no creí que fueran á hacer tal barbaridad!

—Iba á traicionar á V. E. y á la federacion y yo creí que cumplia con un deber sagrado....

—Bueno ya no tiene remedio, qué le hemos de hacer!

De todos modos bien merecido lo tienen por salvajes ó lomos negros!

Esta era la manera como Rosas señalaba á sus asesinos, las víctimas que queria inmolar.

Cuando los asesinatos subian de punto y los puestos del mercado amanecian llenos de cabezas adornadas de perejil y legumbres, pasaba una nota al gefe de Policía recomendándole la más séria vijilancia para guardar el órden.

Pero el gefe de Policía que sabia demasiado de donde venia el mal, se encojia de hombros y se escondia para no escuchar las voces de los que venian á implorar su auxilio y eran degollados á la puerta de la Policía ó en sus mismos pátios.

Desgraciado del mismo gefe de Policía si se hubiera permitido prestar el auxilio pedido!

Tal vez su cabeza no hubiera durado un minuto sobre sus hombros!

Así se esplica que las lanzas de la reja

de la pirámide, amanecieran llenas de cabezas, sin que la Policía supiera cuando las habian puesto!

Si pudiera hablar aquella reja! cuántas cosas nos contaria!

Allí está sirviendo de reja de fierro á la calle en una pequeña casita de la calle de Corrientes entre Ayacucho y Junin.

Muda, helada, con un ciprés al lado, como triste alegoría, pasa desapercibida al estraño viandante que ignora su historia de sangre!

Y sin embargo, fué allí donde se clavaron las cabezas de Maza, de Jané, de Saráchaga y tantos otros!

Cuántos de nuestros lectores habrán mirado sus puntas angostas y mohosas, sin sospechar siquiera su pasado de sangre!

Fué un noble anciano, escapado milagrosamente á aquellas matanzas, quien con un dedo rígido y la mirada velada por el dolor, nos mostró una tarde, desde los wagones del tren, aquella reja y aquel ciprés.

Desde entonces no podemos cruzar aquella cuadra, sin esperimentar una sensacion desagradable.

La mazorca tuvo su orígen en un hecho bestial y vejatorio, pues en su principio era la Sociedad Popular Restauradora.

Sus miembros eran todos asesinos de profesion y bandidos de todo género, de quienes Rosas se valia para hacer ejecutar sus secretas sentencias.

Fué el Carpincho, bandido formidable á quien ya conocemos, el autor de este nuevo bautismo.

En el año 37, cuando los degüellos se convirtieron en sistema de gobierno, el tremendo Troncoso fué encargado de degollar al señor don Juan Manuel Baigorri, y saquear su casa en la calle de Representantes.

El señor Baigorri era un hombre sumamente distinguido, que poseia una gran fortuna, ganada en el comercio con las provincias.

Sabido es que los hombres decentes y de distincion eran los que Rosas habia declarado fuera de toda ley y conmiseracion.

Miéntras cualquier unitario era tratado á simple filo de cuchillo, bastaba que éste fuera clasificado de decente, para que se le sometiera á todo género de vejámenes y martirios antes de ser degollado.

El desgraciado señor Baigorri habia caido en aquella clasificacion terrible.

Se habia negado á hacer una fuerte venta á plazos, á un federal, y esto bastó para que se le calificara de unitario decente y se le mandara degollar.

Troncoso, encargado de ejecutar la sentencia, se dirijió á su casa seguido de un gran grupo de la Sociedad Popular Restauradora, entre cuyo grupo figuraba como el personaje más importante el célebre Carpincho.

El Carpincho no era un sócio oscuro cuyo nombre careciese de ilustracion.

Era, por el contrario, uno de los personajes más considerados de la terrible asociacion.

El año 34, el Carpincho, ayudado por un compañero, habia asesinado en el Azul una familia compuesta de un matrimonio y dos criaturas, una de las cuales tenia tres meses.

El móvil de este crímen infame habia sido el de robar la suma de 37,000 pesos que la familia poseia.

Cuando el marido se hallaba en el campo, recojiendo su hacienda, los dos bandidos penetraron á la casa, y degollaron á la mujer y á los niños, apoderándose de la suma codiciada.

Podrian haberse retirado desde que habian logrado el infame objeto que allí los llevó.

Pero el Carpincho y su colega eran dos asesinos en toda regla, y despues de apagar la vela que habia encendido la mujer ántes que ellos entraran, se escondieron detrás de la puerta.

Necesitaban tambien matar al marido.

no solo para que no hubiese quien los persiguiera, sinó por lujo de infamia.

Media hora más tarde, llegó á su casa el hombre, ageno al horror que le esperaba.

No bien hubo franqueado el dintel de la puerta, los dos asesinos le acometieron y antes que pudiera darse cuenta de lo que sucedia, lo ultimaron á puñaladas.

Festejando el chasco que acababan de darle, montaron á caballo y sin siquiera limpiarse las manos teñidas en sangre, se dirijieron á una pulperia á dos leguas de distancia, á repartirse el producto de aquel crímen tremendo.

Sin cuidarse de las sospechas que pudieran despertar, pidieron un frasco de ginebra y empezaron á hacerse el reparto delante del pulpero y demás concurrentes.

Al ver dos hombres manchados de sangre repartirse tan crecida suma ¿cómo dudar que venian de cometer un asesinato?

Esto fué lo que todos pensaron aunque ninguno se atrevió á decirlo en aquel momento.

Terminado el reparto y concluida la ginebra, los dos bandidos pagaron, montaron á caballo y se dirijieron tranquilamente en direccion á Dolores.

Pero el Carpincho no era hombre de partir con nadie la suma de 37,000 pesos, pudiendo guardarla toda para sí.

Así es que desde que salió de la pulperia empezó á meditar la mejor manera de arrancar su parte al sócio.

Este caminaba confiadamente, medio turbado por la ginebra, y sin sospechar los planes que iba tramando el Carpincho.

Tratándose de dos bandidos semejantes, lo natural era que á los dos hubiera asaltado la misma idea.

Pero en honor de la verdad, su sócio era mucho ménos bandido que el Carpincho y se daba por satisfecho con lo ya llevado á buen fin.

Habian andado solo una legua, cuando ya el Carpincho habia madurado su plan y empezaba á ponerlo en ejecucion.

Sin que el compañero pudiera notarlo, habia sacado la daga, que guardó disimuladamente entre la manga.

—Galopiemos un poco, le dijo, pues sinó no vamos á llegar nunca.

Apénas su compañero castigó el caballo y lo puso al galope, el Carpincho se echó sobre el estribo y le metió la daga en el costado.

El otro asesino cayó al suelo murmurando un ¡vírgen mia!

Sin soltar el caballo de la rienda por no quedarse á pié y echándose al suelo rápidamente, el Carpincho se le fué encima, y buscándole la *olla* con la punta de la daga, se la sepultó hasta la S, revolviéndola varias veces en la herida.

Prontamente el Carpincho registró á su víctima y no solo le robó los diez y ocho mil quinientos pesos que le habian tocado, sinó la rastra del tirador, que era muy rica y el puñal de cabo de plata.

—Quién te mete á zonzo! murmuró por toda oracion fúnebre.

Y saltando sobre su caballo y llevando de tiro el de su sócio, se alejó á galope tendido en direccion á Dolores, desde donde siguió viaje sin detenerse, apenas hubo mudado caballo.

El Carpincho que no se mamaba el dedo y que sabia lo que hacia, se vino buscando el 5° regimiento de caballería de campaña, donde sentó plaza.

Por la referencia del pulpero y sus tertulianos y por el cadáver que el Carpincho dejó en el camino, no fué difícil saber quienes habian sido los autores del terrible crímen del Azul, que consternó la poblacion al siguiente dia.

Se buscó al Carpincho y bien pronto se dió con él, puesto que no se tomaba el trabajo de ocultarse, ni de ocultar su crímen.

Pero quién se metia con un soldado del célebre regimiento de Rosas?

Las autoridades del Azul se llamaron á silencio y el crímen del Carpincho quedó impune y este jactándose de haberlo cometido, lo que le dió cierto ascendiente sobre sus compañeros.

Dos años despues, el año 36, el Carpincho destinado á cambiar el nombre de la Sociedad Popular Restauradora, pidió y obtuvo el pase á la ciudad, para servir más de cerca al ilustre Rosas, que lo destinó á la banda de Salomon.

Este era el terrible bandido que como segundo de Troncoso, llegaba á casa del señor Baigorri, calificado de unitario decente.

A la hora que los bandidos franqueaban la puerta, el señor Baigorri se hallaba de sobre-mesa.

Habia comido con un amigo, el jóven Gimenez, y se ocupaba de los horrores que á cada instante cometia la mazorca.

A cada rato el sereno Moreira cruzaba las calles al galope de su caballo y atadas á la cola, ya un par de cabezas, ya algunos otros miembros humanos que pertenecian á salvajes degollados.

Así es que, la poblacion aterrada, no hablaba de otra cosa que de aquellos terribles sucesos.

Cuando Troncoso y los suyos llegaron al comedor, el señor Baigorri se puso de pié, lívido y azorado, sin atinar á hablar una sola palabra.

El jóven Gimenez no tuvo fuerzas ni aún para ponerse de pié.

La presencia de aquella jente, cubierta de divisas y trapos colorados, hablaba un lenguaje harto elocuente para dudar un momento de lo que allí iba á pasar.

—Vengan las llaves de los muebles! dijo Troncoso furiosamente, dirijiéndose á Baigorri, porque traigo órden de revisar todos los papeles que aquí encuentre.

—Aquí no hay más papeles que los de mi casa de comercio, balbuceó Baigorri.

—Eso lo veremos, porque aquí hay quien dice que usted es de los de la conspiracion.

—Pero qué conspiracion ni esa? Todo el mundo me conoce demasiado y saben que yo no me meto en política.

—Mejor para usted, pero vengan las llaves y que no tenga que pedirlas otra vez.

Baigorri era un hombre pusilánime, incapaz de hacer la menor resistencia.

De todos modos, en aquellos tiempos y con aquella jente, el resistir no hubiera importado otra cosa que acelerar la muerte y volverla más terrible.

Alargó las llaves con mano temblorosa y quedó de pié, un poco más tranquilo, pues creyendo en el pretesto, creia tambien que en el registro estaba su salvacion, puesto que nada tenia que pudiera comprometerlo.

Observaba las conveniencias federales, como todo el que queria vivir tranquilo y usaba su enorme divisa como el más exaltado federal.

Sin embargo, el miedo, superior á todo raciocinio, le inspiró la idea de huir.

Mientras la turba se entregaba al más prolijo registro de los muebles, hizo una guiñada espresiva al jóven Gimenez y trató de huir en la esperanza de no ser visto.

Pero el Carpincho que no perdia un minuto la vigilancia de sus víctimas, por entretenido que estuviera, le tomó de un brazo y lo obligó á permanecer quieto.

—Todavia no, hermanito, espere é ver lo que dice Troncoso.

Y dió á Baigorri un bofeton terrible.

El pobre hombre, más muerto que vivo, sufrió en silencio aquella sangrienta injuria, y agobió la cabeza cediendo al peso de la afrenta y del dolor.

Gimenez, ménos sufrido y más valiente que su amigo, sintió subirle al corazon su sangre de veinte y cinco años, y dirijiéndose al Carpincho, le dijo con la voz alterada por la indignacion y el coraje:

—Para decir á un hombre que no se mueva, no hay necesidad de maltratarle. Ustedes, segun ha dicho el que los

manda, han venido á registrar los papeles y no á maltratar al señor, sin motivo.

—Cómo sin motivo y se queria escapar! dijo el Carpincho mirando á Gimenez de una manera feroz.

Ya te va á llegar la tuya, no te apurés, salvaje sabandija.

Gimenez devolvió al Carpincho su mirada feroz, y quedó impasible.

Se habia resuelto á correr aquella mala ventura defendiendo su cabeza con toda energia, si llegaba el momento.

Baigorri le agradeció con una triste mirada el apoyo de su palabra varonil.

Aquella mirada, además de un tierno agradecimiento, queria decir:

—No se esponga á correr igual suerte! ya sé que mi causa está pérdida.

De pronto sonó un ruido seco que hizo volver á todos la mirada.

Era Troncoso que habia dado un formidable puñetazo sobre un gran escritorio de caoba, diciendo:

—Y las llaves de esto, por qué no me las han dado?

Vengan las llaves de aquí! canallas! que aquí ha de estar lo que buscamos.

—Ahí no hay más que papeles de comercio dijo Baigorri.

—Las llaves! te han pedido las llaves, gritó el Carpincho dándole otro bofeton.

Baigorri fué á sacar del bolsillo las llaves pedidas, pero antes que sacara la mano, ya los bandidos se las habian arrancado con un pedazo de pantalon.

—Por Jesús crucificado! vociferó Gimenez poniéndose al lado de Baigorri.

Respeten en su casa á este caballero, por lo ménos, hasta no haber tenido una prueba de su culpabilidad!

Y brillaron sus ojos con una amenaza terrible.

—Hagan callar esa sabandija! gritó Troncoso, miéntras trataba de abrir el escritorio.

El Carpincho avanzó sobre Gimenez rápidamente y le dió un golpe en la cabeza con el mango del puñal.

Gimenez á falta de otra arma, tomó para defenderse uno de los cuchillos que habia sobre la mesa, pero no pudo hacer de él el menor uso.

Todos se le fueron encima y quien una trompada, quien un planazo de facon y quien un silletazo, lo cubrieron de golpes.

Gimenez rodó por el suelo con la cabeza partida en varias partes y el rostro bañado en sangre.

Y en el suelo, los tacos de las botas de los que las tenian y la punta de los facones, se encargaron de inutilizarlo.

Baigorri cerró los ojos para no ver aquel horror, y sintió que las lágrimas le quemaban los pómulos.

Cuando volvió á abrirlos, la cabeza de Gimenez no estaba ya sobre sus hombros.

Uno de los asesinos la levantaba en la mano izquierda, miéntras que con la derecha limpiaba en el pelo, el cuchillo con que la habia cortado.

Baigorri no pudo resistir á aquel espectáculo y se descompuso de una manera terrible.

Su estómago no pudo resistir un momento más la comida de aquella noche y la echó fuera.

—Ah! salvaje inmundo! gritó la turba.

Ahora te vamos á componer nosotros.

Y el Carpincho y otro más empezaron á golpearlo.

Toda la ropa esterior habia desaparecido del cuerpo hecha girones.

Baigorri se hallaba solo cubierto con la ropa interior, y esa, á medio desgarrar.

Los miserables, siguiendo las prácticas de Rosas, no podian perdonarle el delito de ser hombre decente y como tal, lo trataban con un refinamiento de crueldad digno de una horca.

Miéntras uno le pasaba la mano por el cuello, haciendo de él los mayores elojios, el Carpincho le acariciaba las orejas, prometiéndole cortárselas para regalarlas á una comadre suya muy aficionada.

Baigorri pasaba por una agonia tremenda.

Sus ojos, terriblemente desencajados, espresaban ese último estado de descomposicion moral producida por el terror.

Sus mandíbulas inferiores, caidas hasta el pecho, mostraban cuan íntimo era aquel terror, dando á la fisonomia esa espresion de estupidez que se nota en aquellos que marchan al patíbulo, muertos ya por el espanto é insensibles á todo.

Aquel aspecto de suprema angustia, que hubiera conmovido al hombre más cruel, produjo una sensacion de risa bestial en aquellos miserables que habian llegado ya al vértigo del crímen.

Lo que deseaban era que aquella situacion se prolongara lo más posible.

Troncoso, con algun trabajo y ayudado por dos ó tres más, habia abierto por fin el escritorio.

Allí no habia más que papeles de comercio, como lo habia dicho Baigorri, y bastante dinero en billetes de banco y algun oro.

—Y cómo no habias dicho que tenias cosas tan buenas? esclamaron los bandidos con la mirada brillante de codicia.

Y á su vista y sin tomarse el trabajo de disimular, empezaron á pasar á sus bolsillos todo aquel dinero.

Baigorri aunque tenia fija en ellos la mirada vaga, no se daba cuenta de lo que sucedia.

Hubiera pedido que no se le arrancara la vida tal vez, ofreciendo valores mayores que aquellos, pero el terror le impedia gobernar los músculos, ni juntar las mandíbulas para pronunciar una palabra.

El cuerpo de Gimenez habia quedado sobre un charco de sangre, sin que ninguno se preocupara ya de él para nada.

Ya lo habian despojado de todas sus alhajas, de su dinero y de ru ropa ensangrentada.

Qué más les quedaba que hacer ya?

Su cabeza pasaba de mano en mano, mostrando el cuello los pedazos de sangre coagulada.

Era el trofeo que habian de exhibir en el mercado, adornado de perejil al siguiente dia, y trataban de conservarlo de la mejor manera posible.

Cuando ya no quedó más que robar en el escritorio, preguntaron á Baigorri con toda la insolencia del cinismo.

—Y, diga hermano. ¿dónde tiene más pilchas y platita?

Baigorri guardó silencio, sonriendo como un idiota.

Habia perdido por completo todo el dominio de sus facultades.

Ni se daba cuenta de lo que sucedia, ni oía lo que preguntaban.

El Carpincho le pasó por el pescuezo el *lomo* de su facon, para devolverle el uso de la palabra amenazándole con pasárselo de filo si no hablaba, pero no pudieron conseguir respuesta alguna.

Los músculos de aquella cara descompuesta por el terror, habian sufrido una contraccion nerviosa, dejando impresa en ella una especie de sonrisa sin espresion.

Era la sonrisa de un cretino, fija é invariable, fria y desconsoladora.

—Pues á este no habrá más que cortarle el tragadero, dijo el Carpincho.

Ya no dá oido y es inútil esperar que cante!

—Pues degüéllenlo de una vez, dijo Troncoso, que ya es tarde y todavia tenemos bastante que hacer.

Tan insensible estaba Baigorri á todo lo que pasaba á su lado, que ni siquiera cambió de direccion su mirada ante aquellas terribles palabras.

Uno de los bandidos lo tomó de los cabellos y le echó la cabeza atrás.

Y así de pié, sin tomarse siquiera el trabajo de acostarlo, para mayor comodidad, el Carpincho le cortó la cabeza.

Al brotar de su cuello la primera sangre, la sonrisa de Baigorri se convirtió en una carcajada nerviosa, que hizo retroceder á algunos de los asesinos.

Su cuerpo sin cabeza, dejando salir de su cuello un surtidor de sangre, dió tres

ó cuatro pasos y cayó agitado un momento por las últimas convulsiones.

El final de aquella muerte arrancó en los asesinos furiosas carcajadas y palmoteos.

—Así son estos decentes! ahullaban enarbolando las dos cabezas.

Todos se mueren de miedo ántes de hacerles la primera pasada!

Los asesinos se desparramaron en seguida por la casa, buscando nuevas víctimas y más dinero ó cosas de valor.

Desde que Baigorri y Gimenez habian sido sorprendidos de sobre-mesa, era lo natural que aquella comida la hubiera hecho un cocinero y que un sirviente la hubiese servido.

Era necesario encontrarlos para completar la fiesta, porque dos muertos era muy poca cosa para una noche sola.

Pero por más que buscaron en la casa, no pudieron hallar una persona más.

El señor Baigorri tenia á su servicio un muchachon puntano y una mulatilla jóven.

Estos que estaban comiendo en la cocina acudieron presurosos al comedor, cuando sintieron los gritos y palabradas.

Pero al contemplar la escena que allí tenia lugar, huyeron aterrados sin ser vistos felizmente.

—Vamos á la Policía, dijo el puntano, porque esos van á degollar al patron.

Y seguido de la mulatilla se dirijió á la Policía.

El pobre muchacho, que ignoraba que aquellas matanzas se hacian por órden de Rosas, y con conocimiento de la tal Policia, creia que allí iba á encontrar un apoyo para salvar á su patron, ó para castigar á los miserables.

—Señor! señor! gritó apénas hubo llegado al Departamento.

La casa de mi patron ha sido asaltada y si no van pronto lo van á matar.

—Y quién es tu patron y quién ha asaltado la casa? preguntó el oficial de guardia que recibia la queja.

—Mi patron es el señor Baigorri, de la calle de Representantes; ellos son unos hombres con muchas divisas, que tienen puñales y que dicen que mi patron es unitario!

—Bueno, dijo el oficial, que sabia lo que hacia.

Van ustedes á dormir la tranca, y á incomodar á otra parte.

A los gritos del puntano, habian acudido de las oficinas otros empleados.

—Cómo á dormir la tranca? preguntó aterrado el puntano.

Yo aseguro á usted, señor, que están asesinando á mi patron, repitió gimoteando.

Se lo juro á usted por mi Dios, señor!

—Fuera de aquí borrachones! gritó este, antes que los haga meter adentro y no salgan en un año!

Fuera de aquí! repitió y halagó al muchachon con un punta-pié que le hizo dar un brico y enfilar la puerta.

La pareja de sirvientes salió de la Policía en medio de una estrepitosa rechifla, acompañada de su correspondiente aguacero de punta-piés.

Esa era la justicia que lograba todo el que iba á pedirla al Departamento de Policía!

Lo que hacia la Sociedad Popular Restauradora venia de más arriba, y ya tenian estrictas y severas órdenes de no intervenir en sus acciones.

Los sirvientes, aterrados y dominados por la más acerba pena, enfilaron la calle buscando donde guarecerse

Por nada de este mundo hubieran vuelto á su casa, hasta no saber lo que allí habia pasado.

Y al huir de aquella casa, los pobres habian huido de la muerte, pues miéntras buscaban donde guarecerse, eran buscados á su vez por la banda de Troncoso.

Ménos feliz fué la pobre cocinera.

Muerta de miedo, y sin atinar á huir, se metió bajo el fogon, creyendo que hasta allí no llegaria la Sociedad Popular.

Vana esperanza!

Al entrar á la cocina, lo primero que vió uno de los asesinos, fué los piés de la infeliz, que asomaban por debajo del fogon.

—Aquí hay uno! gritó, se ha escondido, pero ha dejado la cola de fuera como el peludo.

Los asesinos acudieron allí presurosos, cuchillo en mano.

La mujer fué sacada de los piés con gran trabajo, pues comprendia lo que le iba á pasar.

Y antes que tuviera tiempo de implorar misericordia, aquellos bandidos la degollaron en el acto, llevándose la cabeza para juntarla con las otras dos.

No teniendo ya más que hacer, todos volvieron al comedor á llevar las cabezas que allí habian dejado, y echar una última mirada á los muebles, por si acaso habia quedado algo que robar.

Ya se disponian á alejarse, cuando vieron al Carpincho que traia sobre los brazos, á guisa de carga de leña, una cantidad de mazorcas de maíz, con la chala arremangada.

La espresion de aquella cara innoble y brutal era más feroz que de costumbre.

Al entrar, soltó una carcajada infernal, y dijo:

—Ahora van ustedes á ver lo que á mi se me ha ocurrido.

A ver si valgo lo que peso!

—Y ese maíz para qué es?

—Para eso! Lo he sacado de una gran bolsa que hay allí al lado de la cocina y lo he ensayado ya con la cocinera.

Y soltó una carcajada más prolongada y repugnante.

—Pero para qué lo has traido?

—Ahora verán.

El Carpincho soltó en el suelo su carga de maíz, y tomando una mazorca y armado de una astilla de leña, se dirigió al cuerpo de Baigorri, caliente aún.

Ninguno se sospechaba cual era la intencion de aquel bandido.

El Carpincho dió vuelta el cadáver y valiéndose de la astilla de leña como de un mazo, introdujo la mazorca en aquel cuerpo.

Aquella operacion impía é infame hasta lo fantástico, aquella afrenta digna de Satanás, fué acompañada de un éco de alegres carcajadas, é imprecaciones de todo género.

—Viva el Carpincho!

—Viva la federacion!

—Mueran los salvajes unitarios! vociferó la turba aplaudiendo furiosamente al Carpincho.

—Esto es para los decentes! ahullaba aquel, dando los últimos golpes con el improvisado mazo, hasta solo dejar de fuera la chala seca y arremangada.

—Perra si valgo plata! gritaba el Carpincho entusiasmado.

—Perra si valgo plata! van á temblar de mi los unitarios peor que del diablo!

Aquella operacion bestial fué repetida con el cadáver de García!

Esta era la última afrenta con que se sellaba aquel degüello.

Los demás asesinos, encabezados por el mismo Troncoso, aplaudian ferozmente á cada golpe de mazo, sintiéndose poseidos del más federal entusiasmo.

Y todos convinieron en que realmente el Carpincho valia plata, y que su invento era el más famoso que se habia hecho en el siglo.

Los demás asesinos fueron á donde estaba la bolsa de maíz y cada uno sacó tantas mazorcas cuantas pudo llevar.

Se las colocaron en la cintura, entre las cintas de los sombreros y donde pudieron, á los gritos de ¡viva la mazorca!

Al salir á la calle, llevándose las cabezas de los que habian degollado, dejaron en las ventanas un atado de mazorcas como señal de la operacion que en aquella casa se habia llevado á cabo.

Desde allí á los gritos siempre de ¡viva la mazorca! se encaminaron á la casa de Gonzalez, á dar cuenta á Salomon y de-

más compañeros, del famoso invento que se debia al caletre del Carpincho.

Al otro dia todos los federales aplaudian frenéticos el procedimiento del bandido, y se veia á los miembros de la Sociedad Popular Restauradora, adornados de enormes mazorcas de maíz, buscando víctimas en quienes ensayar el procedimiento.

Todas las vidrieras de los negociantes federales se vieron desde ese dia llenas de mazorcas de maíz.

El nombre de mazorca empezó á popularizarse y á designarse por él á la terrible asociacion, encontrándolo más simpático que el de Sociedad Popular Restauradora.

Y desde entonces es que á los unitarios clasificados de decentes, empezó á aplicárseles el tormento de la mazorca.

Las casas donde esto se ejecutaba, eran señaladas por una mazorca de maíz colgada en la puerta de la calle ó en las rejas de la ventana.

Ya se sabia que cuando en alguna puerta se veia aquel símbolo colgado, no era difícil pronosticar lo que adentro habia sucedido.

El tormento de la mazorca les habia sido aplicado despues de cortarles la cabeza.

Muchas veces cuando solo se trataba de asustar á algun unitario decente, lo que rara vez sucedia, porque siempre preferian degollarlo, le hacian la operacion de la mazorca, lo que anunciaban al barrio y los transeuntes, de la manera que dejamos indicado, colganda un mazo de mazorcas á la puerta de la calle.

Fué tal la popularidad de esta afrenta inaudita, que el Carpincho llegó á hacerse de una fama asombrosa.

Chico le fué el estómago para contener el número de convidadas con que lo obsequiaron aquel dia, que su enorme chapona hubo de romperse, tal fué lo que se hinchó su cuerpo, al recibir por medio de Cuitiño, la federal felicitacion del Restaurador de las Leyes.

Este fué el orígen de aquella palabra, á cuyo solo sonido llegó á temblar la sociedad argentina.

Vengamos ahora al centro de sus sesiones.

LAS SATURNALES

PÁLIDAS son las descripciones de las noches de *Sábato* que nos hace el Diccionario infernal, al lado de las tremendas reuniones de la mazorca.

Bajo la presidencia del terrible Salomon, la mazorca concurria á tener sus reuniones en la calle de Suipacha, casa embargada á los deudos de don Lúcas Gonzalez.

Allí tenian lugar las sesiones más importantes, donde se trataba de quitar la vida á tales ó cuales ciudadanos calificados de salvajes unitarios.

Esta clasificacion no se daba simplemente á los sospechados de esta opinion política.

El pulpero de la esquina, mazorquero ultra é íntimamente ligado al Carpincho, denunciaba como unitaria á tal ó cual familia que no le hacia el gasto en su pulperia.

El carnicero á quien no se le pagaba la cuenta que se le antojaba presentar, delataba á su deudor como salvaje unitario.

Y cuidado que estas simples indicaciones bastaban para hacer rodar la cabeza que se hubiera creido más segura.

La mazorca imperaba, sus fallos eran inapelables y su autoridad la única que velaba por la tranquilidad y vida de sus habitantes.

En los años cuarenta y cuarenta y dos, los más terribles de la tiranía, eran sus grupos los únicos que recorrian las calles desiertas, despues que oscurecia.

Entonces y á aquellas horas, solo se oia el quejido lastimero de los que sucumbian y el blasfemar de los que les daban muerte.

Rosas los habia castigado entregándolos por completo al inapelable furor de la mazorca.

La casa del desgraciado don Lúcas Gonzalez habia sido arreglada de una manera conveniente, para las saturnales que allí habian de celebrarse.

Toda pintarrajeada de colorado y adornada de mazorcas por todas partes, permanecia abierta de dia y de noche.

Quién que no fuera uno de sus afiliados se habria atrevido á entrar allí?

En sus paredes despedazadas y manchadas por el vino que estaba de más en los estómagos, se leian toda clase de motes obcenos y palabras terribles, siempre bajo este sangriento lema:

Viva la Confederacion Argentina! mueran los inmundos asquerosos salvajes unitarios!

Lo de *asquerosos é inmundos* era muchas veces reemplazado por otros calificativos repugnantes, dignos de aquel que los habia escrito.

Las paredes de las piezas, igualmente adornadas, estaban decoradas además por los inmensos tiznes de las velas allí pegadas, á falta de candeleros.

Por todas partes, amontonados á puntapiés en los rincones, se veian grandes cantidades de frascos de ginebra vacíos y hechos pedazos.

No se percibia en su interior otro ruido que el de la fiesta perpétua que allí se celebraba, salpicada con caña y el chasquido de alguna vieja guitarra, despedazada tambien en alguna borrachera.

Salomon, el terrible Salomon, era el que presidia aquellas bacanales monstruosas, incitando á los afiliados con discursos de una lójica infernal, que producia el mayor desenfreno entre las turbas.

Salomon era un raro tipo trasplantado á aquella atmósfera de sangre de una manera violenta é insensible.

El era un buen paisano, partidario de Rosas, con todo su corazon, porque Rosas lo habia protejido en la campaña Sud, cuando trataba de atraerse á todos los paisanos para dominar con ellos, como lo hizo más tarde.

Su valor sereno y buenas prendas de corazon, le habian ido abriendo camino poco á poco y conquistándose la confianza del patron, que no veia más en él que una persona humilde y buena, leal, valiente y fácilmente manejable.

Salomon se ganó á Rosas, desde un principio, creando al mismo tiempo gran prestigio entre los que se hallaban á él subordinados.

Como el tipo más apropósito, Rosas se lo habia enviado á doña Encarnacion para que lo aprovechara en aquel célebre movimiento de que hemos dado cuenta, y que preparó su segundo é interminable Gobierno.

Salomon hizo proezas de malicia gaucha y se portó con una actividad y valor á toda prueba.

De modo que cuando don Juan Manuel trepó al poder, Salomon fué recompensado con una posicion que estaba muy lejos de soñar.

Era de los más importantes miembros de la Sociedad Popular Restauradora, hablaba con el superior Gobierno de igual á igual cada vez que queria y lo que él mandaba era ejecutado al momento, sin tener que dar jamás cuenta de sus actos, siempre que se ejercieran contra salvajes unitarios.

Pero Salomon iba sin sentirlo invadiendo un terreno que no era para su corazon naturalmente bondadoso.

Y cuando se apercibió era demasiado tarde para retroceder sin perder la cabeza.

El hecho de ser gefe y tener entrada en el despacho del Restaurador, le habia dado un ascendiente terrible entre la chusma que lo seguia.

Era uno de los federales más intransigentes y una verdadera potencia entre los miembros de la Sociedad Popular Restauradora.

Cuando llegó la época de la matanza y vió Salomon que para ser un buen federal no bastaba con charlar y prometer, sinó que era necesario degollar y azotar mujeres, quiso retroceder.

Pero cómo hacerlo sin jugar la cabeza?

Él, Salomon, impidiendo que otros degollasen y protejiendo á las víctimas, era cosa que no estaba en armonia sin ser sospechado de salvaje unitario.

Cómo armonizar su necesidad de vivir, y de conservar la posicion que tenia, con sus instintos bondadosos y nobles?

Salomon se decidió á correr la caravana tal cual se le presentaba, pero valiéndose de una verdadera estratagema para conciliar *la obligacion con la devocion.*

Otro ménos astuto y ménos noble que Salomon, hubiera optado por la matanza, sin más trámite.

Salomon era hombre de imaginacion larga, y resolvió el problema de auxiliar á los unos sin hacerse sospechoso á los otros.

Alguna vez, como ya lo hemos visto, tuvo que tomar parte en alguna degollatina, pero esto era cuando no le quedaba otro recurso.

—No me queda más camino, murmuraba entonces, pero qué le hemos de hacer!

Compensaré este daño salvando otras víctimas, y Dios me lo tendrá en cuenta para que me sirva de descargo.

Su proceder para salvar esas víctimas, era lo más original y sagaz que pueda imaginarse.

Él, como persona influyente y gran federal, tenia conocimiento anticipadamente de las personas á quienes se iba á quitar de en medio, ó de las familias que iban á castigar.

A veces, porque se lo decian los encargados de ejecutar la cosa, Cuitiño, Troncoso, etc., ya porque el mismo Rosas, se lo ordenaba de esta invariable manera:

—Caramba, Salomon, me parece que en casa de fulano se conspira!

Me han dicho que las mujeres andan entre casa vestidas de celeste, y que ellos mantienen correspondencia con Lavalle.

Lo siento mucho, porque si los muchachos llegan á saber esto, les van á jugar una mala pasada.

Averigüe que hay en esto.

Este discurso no era otra cosa que una sentencia de muerte para los hombres, y de azotes para las mujeres.

Y aquí era donde el buen Salomon ponia en juego toda su astucia.

A la tardecita del mismo dia que habia recibido la órden, ó saber que otro la habia recibido, se presentaba solo, en la puerta de la casa amenazada.

Allí con ademan feroz, el puñal en la mano, segun la urgencia del caso, empezaba á gritar todo genero de insolencias salpicadas, de las amenazas más brutales.

—Ah! salvajes unitarios! gritaba.

Ah! inmundos unitarios! decia — ¿con que en correspondencia con Lavalle, eh? sabandijas!

Ya lo verán! ya lo verán mañana qué rebenqueada á las mujeres y qué degollatina á los hombres!

—Con qué enemigos de la Federacion, eh?

Veremos cuando mañana estén sus cabezas clavadas en la plaza, si viene Lavalle á ponérselas sobre los hombros!

Yo les voy á dar unitarismo á fuerza de puñaladas!

Miren qué figuras para ser enemigos del que nos dió libertad y cuantos beneficios gozamos!

Ya verán mañana! malditas sabandijas!

Estos discursos duraban siempre diez minutos ó un cuarto de hora.

Pronunciados nada ménos que por Salomon, que tenia una fama terrible, debian producir un efecto formidable.

La familia á quien habian sido dirijidas las amenazas, se entregaba á la más honda desesperacion.

Sus miembros se abrazaban sollozantes, temiendo que vinieran á matarlos de un momento á otro, porque para la mazorca nunca habia mañana.

Los vecinos lamentaban profundamente la desgracia en que habia caido aquella familia, y cerraban sus puertas y se tapaban los oidos para no oir los lamentos y las imprecaciones de la matanza.

Salomon entretanto se retiraba satisfecho de su obra, esperando los efectos que no podian tardar.

Asombradas de estar vivas al dia siguiente, la primer operacion de las personas así amenazadas era abandonar la casa, de uno en uno, y buscar asilo entre sus relaciones, esperando el momento más favorable para emigrar del país.

Y al último que salia le parecia un sueño poder hacerlo por sus propios piés.

Salomon habia hecho su papel ante los federales que lo habian visto y habia logrado su noble propósito por medio de aquel aviso indirecto hecho con tanta sagacidad.

A la noche siguiente como él lo habia prometido, la mazorca asaltaba la casa afilando los cuchillos en los pátios.

Pero por más que buscaban, sus habitantes no parecian por ninguna parte.

Salomon echaba andanadas de ternos acusándose de miserable é indigno de ser federal por haber ocurrido tarde, pero en su interior se sentia satisfecho.

La mazorca se desquitaba con los muebles, arrojándolos á la calle, y despedazando los cristales y porcelanas.

Robaban todo aquello que más valor tenia y se ponian las mejores ropas.

Pero no habian tenido un solo cuello que cortar.

Salomon habia hecho su papel á las mil maravillas, y los amenazados habian salvado sus vidas.

Este era el terrible Salomon que tanto terror ha inspirado, y cuyo nombre ha pasado á nosotros rodeado de sangre, y aparejado á las maldecidas memorias de Cuitiño, Morcira, Parra, Troncoso y demás bandidos de la Sociedad Popular Restauradora.

Con este sistema empleado siempre con increible sagacidad, Salomon salvó á muchos hombres y familias, que habia señalado al puñal de la mazorca el dedo fatídico de Rosas.

Muchos le deben así su vida, y muchos hay vivos aún, que podrán corroborar nuestras palabras.

Salomon era además héroe de escenas traviesas, aunque bárbaras y dignas de la mazorca á que pertenecia, pero que comparadas á las escenas de puñal y verga, eran estas travesuras muy aceptables y aún festejadas.

Salomon además hacia estas travesuras á personas á quienes con la misma naturalidad podia haberles pasado ó hecho pasar la cuchilla por el cuello.

Eran entonces travesuras que, por groseras que fueran, bien podian perdonarse.

Por ejemplo, frente á la casa que habia declarado suya vivia la familia de.... á quien más tarde se ligó el conocido señor don Alejandro Cornac.

Esta familia era continuamente víctima de las campestres bromas de Salomon.

Por ejemplo vestia por toda prenda un *robe de chambre* lleno de divisas y lazos federales y con esta única prenda salia al balcon á tomar el fresco.

Si por casualidad sus vecinas asomaban á la puerta ó ventanas, al momento les dirijia la palabra, llena de los más federales requiebros que haya pronunciado jamás boca de mazorquero alguno.

—Ah! unitariazas! les decia, no quieren ver que un pecho federal arde por ellas.

Yo soy soltero, buenas mozas! yo soy soltero! y estoy dispuesto á hacer feliz á cualquiera de ustedes.

A ver un beso, pichonas!

Con estas y otras chanzonetas por el estilo, habia obligado á aquella buena familia á vivir completamente encerrada.

—Yo no entiendo á este Salomon! solia decir alguno de los mazorqueros que oia sus requiebros.

Le gustan las muchachas y no es capaz de hacerles una atropellada!

No, pues si yo fuera Salomon ya se habrian de entender conmigo!

Verian en qué momento me hacia decir *quiero.*

Salomon sonreia al oir sus opiniones, pues en sus bromas no tenia otro objeto que quemar un poco la sangre á sus vecinas, que le eran terriblemente antipáticas.

En las tremendas saturnales que bajo su presidencia celebraba la mazorca, él era completamente ageno á las deliberaciones de sangre.

Cuando sabia que sus subordinados habian resuelto asaltar tal ó cual casa, degollando á sus habitantes, no pudiendo impedirlo de otro modo, daba aviso á las víctimas, de la manera que hemos indicado más arriba.

A la caida de la tarde empezaban á llegar á la casa de don Lúcas Gonzalez los miembros más importantes de la mazorca.

Mariño, el célebre gefe de los Serenos, habia declarado por suya la casa de doña Rosa Régules, aquella amiga de Gonzalez que fué saqueada y azotada aquella misma noche.

Y para que todo quedase en casa, como la fortuna de don Lúcas, Mariño asistia á las reuniones de Salomon, y era el más famoso consumidor de vino de la tierra que haya nacido jamás de vientre de mujer.

Cada mazorquero llevaba á la reunion su poderoso contingente de ginebra y caña, alma de todas sus feroces deliberaciones.

Unos llegaban acompañados solamente de sus dos ó tres botellas de bebida, coima que habian sacado de alguna pulperia amiga.

Otros más traviesos, llevaban además de la bebida su correspondiente consumidora.

Esta no era otra cosa que la prenda de su alma, que le ayudaba á dar una buena puñalada, ó le bombeaba las casas donde podian *hacer negocio.*

Estas mujeres, en cuyas caras no era estraño ver una ó más cicatrices, tapadas con su rebozo de bayeta colorada, tenian voz y voto en aquel congreso infernal.

Con un cigarro de hoja entre los lábios, el mate en una mano y la limeta en la otra, aquellas mujeres miserables aplaudian furiosamente los actos más nauseabundos y las crueldades más monstruosas.

Daban su opinion sobre la mejor manera de degollar y no era estraño escuchar á una de ellas, dar á un hombre lecciones sobre el mejor modo de dar una puñalada en la *olla* ó un tajo en la garganta.

En medio de una algarabia infernal de interjecciones de toda especie, cada cual referia la escena más ó ménos brutal y feroz en que habia sido actor la noche anterior.

Y todos escuchaban con religioso silencio, sin atreverse á interrumpir al orador.

Cuando este terminaba, empezaban los vivas á la federacion y las felicitaciones al narrador.

Las limetas pasaban de mano en mano y de boca en boca, prometiendo los demás sobresalir á aquel en primera oportunidad.

De repente uno de los sócios se presentaba llevando de los cabellos una cabeza humana, que arrojaba al suelo, entre la turba, y se sentaba como á reposar la inmensa fatiga de algun trabajo pesado y laborioso.

La cabeza pasaba de mano en mano, saludada con mil injurias y con alguno que otro bofeton.

El recien venido contaba de quien era la cabeza y como habia degollado á su dueño.

Era esta alguna bolada de aficionado que le habia caido en plena calle.

Un viandante de quien el pulpero habia dicho que era un salvajon á quien él, sin más trámite, le habia cortado la cabeza.

Con este motivo se renovaba la algazara y chacota, se consumia el contenido de nuevos frascos de ginebra, y las cabezas empezaban á ponerse pesadas.

Las mujeres eran las primeras en dejarse ganar por Baco.

Poco á poco, borrachas, iban haciéndose rosca en los rincones, hasta que sus ronquidos empezaban á mezclarse á las risas y votos de todo género.

Alguno que queria recogerse temprano aquella noche, por el mucho trabajo que habia tenido en la anterior y tendria en la siguiente, se separaba de aquella rueda infernal, dando traspiés, despertaba á su moza de una patada y se la llevaba consigo, haciendo el firme propósito de degollar al primer salvajon que hallase en el camino.

Aquellas tremendas reuniones terminaban por lo general en embriaguez que ataba la lengua de los congresales, ó por tener que salir á asaltar la casa de alguna familia setenciada á ser carneada por aquellas turbas feroces.

En este caso, las mujeres se quedaban enjuagando las botellas miéntras los hombres iban á dar su golpe.

Y no era cosa del otro mundo ver á algunas de ellas seguir al grupo de mazorqueros, para entregarse al robo más desenfrenado miéntras aquellos degollaban á sus víctimas, prévia aplicacion del invento feroz del Carpincho, que llamaban sencillamente la pena de la mazorca.

Por aquella cuadra y las adyacentes, no transitaba un solo sér viviente, con escepcion de los miembros de la mazorca.

El pueblo huia de aquella manzana, como del infierno.

Es que al pasar por la casa de Salomon, muchos habian sido degollados por los que allí estaban de faccion.

Unos por llevar prendas celestes, otros por no llevar bien grande la divisa, y otros, en fin, porque tenian cara de salvajes unitarios.

Era el último pretesto de que se valian aquellos bandidos para autorizar un degüello, si es que necesitaban algun pretesto para llevarlo á cabo.

No habia para ello control de ninguna especie.

No obedecian más autoridad que la de Salomon, ni más freno que sus instintos.

Los miembros de la mazorca eran ricos, porque unos por miedo de perecer y otros por finjirse los más grandes federales los llenaban de obsequios de toda clase.

La casa de Salomon parecia un almacen por mayor, tal era la cantidad de sus provisiones.

Quien una pipa de vino para que bebieran los muchachos, quien media docena de frasqueras de ginebra con el mismo objeto, quien yerba y quien azúcar, todos enviaban algo á Salomon, para estar bien con él y con la mazorca, pues este en plena sesion, daba cuenta del regalo y de la persona que lo enviaba, recomendándolos á la mayor consideracion de aquellos desalmados.

La mazorca daba grandes vivas al generoso que remitia el obsequio y como es natural, á la federacion, madre forzosa de todo lo bueno que sucedia.

Así vivia aquella turba de miserables, sin tener que pensar en el mañana.

EL PUÑAL Y LA CRUZ

Raras han sido las épocas de matanza y sangre en que la cruz no haya tenido su parte más ó ménos odiosa.

Larga seria por cierto nuestra fatiga, si tuviéramos que historiar los sucesos

en que, á la sombra de la cruz é invocando el nombre de Cristo, se han cometido los mayores crímenes.

Vengamos, pues, á nuestra historia, que harto tenemos en ella para apoyar aquel aserto.

El cura Gaete, el terrible cura Gaete, cuya memoria es harto maldecida, el padre Juan A. Gonzalez, el impío cura Solís, el teniente cura Palacios y otros muchos, concurrian á las reuniones de la mazorca, escitando la ferocidad de aquellos bandidos con discursos más ó ménos brutales.

El cura Gaete, en aquellas bacanales monstruosas y rodeado de las mujeres que hemos descripto en el capítulo anterior, bebia hasta quedar postrado por la embriaguez, brindando por las tres santas: la santa federacion, la santa verga y la santa cuchilla.

Este miserable, sostenia en plena mazorca que el reino de los cielos seria del que más salvajes unitarios degollara, enseñándoles á persignarse por la señal de la santa Federacion.

El cura Solís se ponia á bailar lo que hoy se llamaría can-can, al rededor de las vacijas de bebida teniendo por compañera á la mujer más depravada de la reunion.

Cuando el vino le dominaba por completo, se quitaba la sotana y empuñando un facon, aseguraba con un lenguaje nauseabundo, que él tambien tendría la gloria de tomar parte en la más feroz degollatina.

Este energúmeno feroz y corrompido, llévó su lenguaje bestial y sanguinario, hasta el mismo púlpito de San Nicolás, de cuya parroquia era cura.

En uno de sus más brutales sermones y en el mayor delirio federal, decia á los fieles que llenaban el templo:

«Estos brazos que veis, se han de empapar hasta el codo en la inmunda sangre de los asquerosos salvajes unitarios y sus crias maldecidas.»

Y arremangándose sus brazos desnudos y huesosos, golpeaba en el parasismo del furor, la baranda del púlpito, lanzando miradas furibundas á sus aterrados oyentes.

Este hombre bárbaro, llegó hasta proponer que en una noche sola se esterminaran en las calles y en sus casas, todos los salvajes que se encontraran dentro de la ciudad, sin que escapara al puñal vengador y justiciero, una sola de sus inmundas crias!

El cura Solís, que bebia por cinco y maldecia por ciento, se palmeaba con los más harapientos de aquellos bandidos, que lo trataban como á un igual.

Una noche que la saturnal subió de punto y en que la mazorca se preparaba á pasar á degüello diez ó doce familias, se presentó en lo de Salomon con el siguiente discurso:

—Ola, muchachos! segun me acaba de decir Mariño, hoy tendremos ricas y abundantes sardinas.

Cada uno afile su cuchillo, porque la jarana va á ser larga y divertida.

Ya saben, hijitos, que Dios, protector de la federacion, estará en el filo de sus puñales.

Ahora venga un trago á la salud del que mejor se porte en la jarana.

En seguida se agarró con una de aquellas horribles maritornes y bailó un triunfo, segun dijo, para despertarles los apetitos sangrientos.

Los muchísimos frailes allí presentes, bailaban y bebian en el vértigo de la infamia, mezclados á aquel caos de mujerzuelas y asesinos, cuya única ocupacion era la de sacar cabezas.

Y para que se vea hasta donde llegaba el desenfreno de los frailes y curas, hé aquí un párrafo de un oficio del cura del Salto, que encontramos en el número 5308 de la *Gaceta Mercantil*, donde se publicó íntegro:

« Insensatos! esclamaba aquel ministro de Dios.

«Los pueblos hidrópicos de cólera, os buscarán por las calles, en vuestras casas, en la iglesia, en los campos y segando vuestres cuellos, formarán con vuestra inmunda sangre un hondo rio donde se bañarán los patriotas para refrijerar su devorante ira.»

Este miserable incitaba á las masas para que no perdonarán siquiera á los niños de pechos, pues estos, con el tiempo, habian de ser otros tantos inmundos asquerosos salvajes, enemígos de Dios y de los hombres.

La mazorca escuchaba delirante la palabra de aquellos mónstruos y se apresuraba á beber en los mismos jarros que la embriaguez les hacia caer de las manos, persuadidos que bebian vino bendito.

Y para que se vea hasta donde llegaba el fanatismo religioso federal, publicamos íntegra una circular que dirijió á los curas el obispo Medrano, hombre bueno y honesto á todas luces, y un prelado virtuoso.

Queremos publicarla íntegra y con su propia ortografía, porque estando el obispo Medrano colocado á otro nivel moral que los bandidos de que nos ocupamos, se podrá calcular por ella donde llegarian los curas y frailes que asistian á las reuniones de la mazorca:

«¡Vira la Federacion!

« Buenos Aires, Setiembre 7 de
» 1837; año 28 de la Libertad, 22
» de la Independencia y 8º de la
» Confederacion Argentina.

«Al Cura Vicario de Santos Lugares de Rosas:

«Nada más justo que el clero conforme sus opiniones con las del Superior Gobierno; qualquiera divergencia en esta parte podria ser ruinosa al Estado, y perpetuar males que á todos nos serian sensibles, y que una dilatada esperiencia nos lo ha hecho sentir con dolor.

«Es preciso por lo tanto que usted que está á la cabeza de esa felegresía desde el púlpito y con su ejemplo exorte á todos sus felígreses á que lleven constantemente la divisa federal que tiene ordenada el Superior Gobierno, y que tan necesaria es en las presentes circunstancias para fijar el sistema Federal sin el que seríamos víctimas de las más negras pasiones y veríamos correr la sangre de nuestros mismos hermanos.

«Estienda usted tambien sus alocuciones á todas las mujeres sin esceptuar los jóvenes de uno y otro sexo, haciéndoles presentes que llevando la divisa Federal hacen un servicio singular á la Patria, á sus familias, y á sí mismo: pues que viviendo en quietud y tranquilidad gozarán de sus trabajos, acabarán sus dias no en los campos y desiertos, sino en el regazo de los suyos y al lado de sus maridos y de sus hijos.

«Hágales usted entender igualmente que los hombres deben llevar la divisa de Color punzó al lado izquierdo sobre el corazon; y las mujeres en la cabeza al mismo lado; debiendo tambien advertirles que en adelante procuren abolir una moda que han introducido los lojistas unitarios de hacer usar á los paisanos la ropa almidonada con agua de añil, de modo que luego queda de un color que tira á celeste claro, lo que es una completa maldad de los Unitarios impíos, en cuya moda han hecho entrar á los paisanos que la siguen con la mayor ignocencia y que es preciso advertirles para que la aborrescan y nadie la siga.

«Pero si usted advirtiese que algunos ó algunas de sus feligreses fueran indiferentes á sus exortaciones, reconvengales por dos ó tres veces y si ni aún así cumpliesen con sus insinuaciones, hágales usted entender que por último resultado de su ignoservancia se les prohibirá la entrada en la iglesia. para cuyo efecto se pondrá usted de acuerdo con el Juez de Paz de ese Departamento.

«Recuerdo á usted por último, que no omita rezar despues de las Oraciones el Rosario, las buenas noches, y en seguida los dos Padre Nuestro que tiene ordenado el superior Gobierno, por las almas de los Generales D. Juan Facundo Quiroga y D. Manuel Dorrego; éste acto de religion, será una prueba de la gratitud que toda la Provincia debe á estos señores, y una memoria, de los distinguidos servicios que prestaron á la Santa Causa Nacional de la Federacion hasta derramar su sangre y perder sus vidas por ella.

«Espero por lo tanto que usted, cuyos sentimientos patrióticos son bien notorios al Públíco, cumplirá con lo que ordenamos Acusándonos recibo de nuestra comunicacion con la Celeridad que le permita la distancia en que se encuentra.

Dios guarde á usted muchos años.»

«*Mariano*—Obispo.»

Cuitiño y Troncoso eran los que tenian siempre cuidado de que las limetas, estuvieran llenas de vino, porque decian que los frailes bebian mucho, y además concurrian allí parroquianos como Pablo Alegre, Otechea, Moreira, Parra y demás federales probados.

Aquello era una borrachera feroz é interminable.

Las mujeres rodaban por el suelo, borrachas hasta parecer cadáveres, confundidas con los frailes, los curas, y las cabezas que, cortadas fuera de programa, llevaban allí los mazorqueros más furiosos, de los que era riguroso modelo el Carpincho.

Cuando el vino y la orjía habia concluido de exaltar las cabezas de aquellos malvados, se lanzaban á la calle en grupos, encabezados por Cuitiño, Troncoso, Alegre y los más agalludos.

Con la daga en una mano y una mazorca en la otra, detenian á todo el que encontraban, degollando á los que, á través del vino, más sospechosos les parecian.

Cuando habian degollado una docena, que era el número que podia contener un carro, el grupo se detenia y quemaba uno ó dos cohetes voladores.

Esta era la señal que daba á la Policía, para que enviara sus carros de basura, á recojer los cadáveres.

Hecha la señal el grupo seguia su marcha destructora y dejando en el camino dos ó más de los que lo componian, á quienes la embriaguez no les permitia dar un paso más.

Las cabezas eran guardadas por los degolladores, para clavarlas en las rejas de la pirámide, ó arrojarlas al otro dia en un carro, donde las paseaban por la ciudad á las voces de —

Duraznos blancos y amarillos! duraznos muy baratos!

Muchas familias llamaban á los vendedores que así gritaban, y en vez de duraznos, en medio de feroces carcajadas, les exhibian las cabezas humanas, aún tibias muchas de ellas.

Si á alguno se le antojaba señalar una casa con estas palabras:

—Allí viven salvajes unitarios, la desgraciada familia que la habitaba estaba perdida.

La mazorca entraba en ella, degollaba á los hombres y azotaba á las mujeres.

Los mismos templos no estaban exentos de estas invasiones sangrientas.

Los grupos de la mazorca penetraban en ellos á cerciorarse si el retrato del Restaurador estaba ó nó en los altares, para proceder en el segundo caso contra el cura.

Los santos eran adornados con gran cantidad de divisas y las santas con moños pegados á brea como se hacia con las señoras que no los llevaban.

Si al más borracho de todos ellos se le ocurria encontrar que tal ó cual santo se parecia á Lavalle ó tenia facha de salvaje unitario, la mazorca procedia del siguiente modo:

El santo aquel, con facha de salvaje unitario, era bajado á lazo del nicho donde se hallaba colocado.

En seguida y delante del altar mayor, para escarmiento de los demás santos, era despojado de sus vestidos y azotado á verga límpia, en medio de las más frenéticas carcajadas.

Despues el santo unitario era sacado á la calle donde se le pegaban moños con brea y divisas de las más enormes.

Así azotada, quedaba la imágen del santo en medio de la calle, ofreciendo el aspecto más desastrado.

Ebrios por el furor de azotar y escarnecer, de la iglesia pasaban á las casas de las familias señaladas como salvajes unitarios.

Ya lo hemos dicho, en aquellos asaltos, no se escapaban ni las criaturas de pechos.

Bastaba que uno se acercara á la cuna, y encontrara que el niño tenia cara de salvaje unitario, para ser degollado sin más trámite.

Nada escapaba á la ferocidad de aquellos bandidos.

En el templo en cuyo altar mayor no se hallara bien visible el retrato del tirano, eran azotados todos los santos y santas, despues de despojárseles de sus vestidos.

Los curas, ó frailes si era convento, eran tratados entonces de la misma manera que los santos.

Así sacaron á facon límpio á los jesuitas de San Ignacio, mazorcada que narraremos con sus menores detalles, á su debido tiempo.

El final de aquellos degüellos y azotainas, era como el principio.

Ebrios de vino y de sangre, regresaban á la casa de Salomon, donde comenzaba la bacanal de una manera más brutal y desesperante.

Las cabezas que llevaban eran arrojadas en monton, junto con los frascos vacios y las mujeres borrachas.

Allí se renovaban los discursos sangrientos de los frailes y curas, incitando á recomenzar al dia siguiente las mismas escenas.

Allí vociferaban hasta quedar rendidos por el vino y el cansancio.

Dormian todo el dia, hasta la oracion, en que salian nuevamente á sus degüellos y crímenes.

Dados estos antecedentes de la mazorca y su orígen, retrocedamos al famoso año 35, en que se diseñó esta bárbara tiranía, que llegó á su período más agudo en el imperecedero año de 1842.

EL DESPERTAR DEL TIGRE

ROSAS en el poder con las facultades estraordinarias y la suma del poder público, habia llegado al colmo de sus deseos y aspiraciones.

Los que le habian hecho oposicion, los clasificados de lomos negros y los sospechados de salvajes unitarios, podian estirar el cuello, pues aquel Gobierno se iniciaba con un terrible programa de venganzas, que podia leerse en la mirada feroz de aquellos hermosos ojos azules.

Los muy conocidos como salvajes unitarios, se apresuraron á emigrar á Montevideo, sospechando ya lo que les esperaba.

Los más moderados y desapercibidos, esperaron que se desencadenara la tormenta, para adoptar el partido más conveniente á su salvacion.

Porque la verdad es que, aunque todos temian á Rosas y conocian sus crueldades, ninguno se imaginó el carácter monstruoso y sangriento que asumiria aquella tiranía bárbara que ha marcado nuestra historia con enlutada y estremecida cifra.

Rosas habia organizado su Gobierno de manera á no compartirlo con nadie, ni que nadie sospechara lo que cruzaba por su espíritu tenebroso.

La Cámara servil que le habia entre-

gado el país como un rebaño, con la suma del poder público, no podia ser un obstáculo á ninguna de sus pretensiones, por bestiales que fueran.

Quién se habria atrevido á levantar la voz en aquel recinto, contra el héroe de la América?

De sus bancas hubiera sido arrojado á la calle, y allí entregado á las turbas miserables que Rosas habia traido cerca de sí, para erijirlas en su policía secreta y absoluta.

El dia de su recepcion fué un dia clásico en aquella misma época.

Todos esos bandidos que él mismo habia educado á sus necesidades, se desbordaron por la ciudad, festejando al patron vuelto á ser Gobierno.

Las pulperias se llenaron de estos siniestros personajes, que volvieron á derramarse por las calles dando espansion á sus sentimientos y á su ginebra.

Los vivas y mueras eran lanzados como terribles sentencias de muerte, contra los que tenian el más débil aspecto de decencia, pues era contra los hombres decentes que Rosas habia azuzado el ódio de aquellos miserables.

Eran verdaderamente siniestras aquellas cataduras formidables!

Todos ellos iban cubiertos de divisas, donde se leia en grandes letras el nuevo lema de ¡mueran los inmundos salvajes unitarios!

Sus chiripás de bayeta punzó y sus inolvidables gorros de manga del mismo color, contribuian á aquel aspecto patibulario, á cuya presencia se cerraban precipitadamente las puertas de amigos y enemigos.

Porque todos temblaban de las consecuencias que podia tener aquella avalancha de borrachos que cruzaba la ciudad como una tolderia, amenazando de muerte hasta las mismas criaturas que espantadas cruzaban la calle.

Y para que no cupiera duda de sus intenciones, de trecho en trecho sacaban sus puñales de la cintura y golpeaban con sus cabos las puertas que se cerraban á su paso, en medio de una algazara descomunal y terrible.

Estas turbas fueron las mismas que acompañaron al ilustre Restaurador hasta la sala de Representantes.

Fué en su puerta donde tuvieron lugar las primeras escenas de violencia y escarnio.

Todo el que pasaba por allí, ya fueran nacionales ó estrangeros, eran obligados á descubrirse y vivar al supremo Restaurador de las leyes.

Algunas personas que ni siquiera conocian el idioma en que se les hablaba, se negaban á obedecer.

Era entonces cuando se arrojaban sobre ellas golpeándolas furiosamente.

Y como las víctimas de aquellos desmanes no atinaban siquiera á defenderse, confusos por la sorpresa, eran golpeados á mansalva, pasándoles por el cuello el lomo de los facones, como muestra de lo que les esperaba si no obedecian.

Los numerosos grupos que presenciaban estas escenas, las saludaban con una griteria espantosa y dicharachos de toda especie.

Cuando el Restaurador salió de la Sala de Representantes, despues de haber leido con la mayor desvergüenza su programa de venganzas, las iniquidades no tuvieron límites.

En su misma presencia y estorbándole el paso, las turbas pateaban y escarnecian á cuanta persona cruzaba por la calle, sin dar furiosos vivas á la Santa Federacion.

Y el Restaurador miraba todo aquello con sus terribles ojos, sin demostrar la menor estrañeza.

Concluidas aquellas manifestaciones, parecia que todo quedaria en calma, pero no eran sinó los relámpagos que preceden la tempestad.

A la oracion, Rosas indicó á los cabe-

cillas de aquel desenfreno, que era preciso hacerle una manifestacion más íntima.

Para hacer entender á sus enemigos que su nombramiento llenaba de júbilo á toda la Provincia, dispuso que su retrato fuera paseado por todas las calles de la ciudad, escoltado por un piquete de caballería, de gran uniforme.

Los federales, como era natural, tratándose de complacer al patron, se escedieron á las órdenes recibidas.

A la oracion, escoltados por un escuadron de caballería y capitaneados por el insigne y terrible Juez de Paz de Monserrat, se dirigieron á casa del Gobernador.

Allí pidieron á gritos los retratos del Restaurador y su esclarecida esposa, porque el pueblo, ébrio de entusiasmo, queria pasearlos por la ciudad, como débil tributo de homenaje que se les debia.

Los retratos fueron negados modestamente al principio, pero como era necesario cumplir la suprema voluntad del soberano pueblo, se entregaron en el acto.

Despues de arrodillarse en presencia de aquellas dos imájenes, con profunda veneracion, fueron colocados en un carro triunfal que habia sido conducido á propósito, y paseados por toda la ciudad á los gritos de mueran los inmundos salvajes unitarios!

Aquellos miserables, entre los que iban confundidos los representantes del pueblo y otros personajes de posicion, iban entrando en cuanta pulperia hallaban al paso, para calmar con un poco de bebida su devorante sed patriótica.

Cuando el último grupo habia pasado, la pulperia quedaba sin un solo frasco de ginebra, y sin que aquel gran despacho hubiera dejado de producto un solo cobre en los cajones del pulpero.

Este tenia que demostrar su mayor alegria, aunque hubiera tenido más deseos de ponerse á llorar como un recien nacido.

Pero quién se atrevia á negar una bebida que se pedia y se bebia en nombre del brigadier Rosas, ó del Gobierno, como ellos decian?

Hubieran sido clasificados de salvajes unitarios y tratados como tales.

Así es que destapaban frasco tras frasco, siendo los primeros en beber á la salud de la Federacion.

Cuando aquella manifestacion, engrosada por cuanto perdido hallaba en su camino, regresaba á devolver los retratos venia disminuida en más de sus dos terceras partes, que habian quedado en las veredas y en medio de la calle, borrachos á no poder más.

Las mujeres de los cuarteles y la última chusma de este sexo, no eran ajenas á aquella manifestacion de santo amor federal.

Ellas tambien marchaban tambaleantes por el vino, como otras tantas bacantes en sus más formidables fiestas.

Y la policía, para ocultar al pueblo encerrado en sus casas, la manera como se hacian aquellas manifestaciones, marchaba por detrás de todos, recojiendo los borrachos que quedaban en la via pública, como otros tantos cadáveres.

Con el aliciente del escándalo y la bebida, aquellas fiestas empezaron á repetirse con una frecuencia aterradora, no ya en la ciudad, sinó en todos los pueblos de la campaña.

De ellos venian comisiones especiales á buscar retratos, para pasearlos triunfalmente de pueblo en pueblo y de estancia en estancia.

Allí la fiesta asumia otro carácter más en armonía con el modo de ser de los paisanos, que en todo no ven otra cosa que un motivo de baile y de jarana.

El retrato se ponia primero en el Juzgado de Paz, donde se reunia todo el vecindario para salir en procesion.

Una vez reconocido, el Juez de Paz

pronunciaba una arenga, á la que seguia una prédica del cura.

En seguida se colocaba el retrato en un carro triunfal, tirado por dos tronqueros y cuatro ó más cuartas.

Concluido el paseo por el pueblo, la comitiva llevaba el retrato á la primera casa que se le ocurria, como un sin igual obsequio á su dueño, que tenia la obligacion de obsequiar á su vez á la concurrencia y permitir que se bailara un momento despues de colocar el retrato de una manera conveniente.

El carro donde habia sido conducido estaba adornado de trapos colorados y enormes divisas, cubiertos unos y otras de enormes letreros contra los inmundos unitarios, enemigos de Dios y de los hombres.

Estos mismos adornos, sacados del carro, eran los que servian para improvisar el altar desde donde el Gobierno, aunque era retrato, debia presidir la fiesta.

El baile improvisado duraba hasta la madrugada, hora en que se sacaba el retrato para depositarlo en el Juzgado de Paz.

Al dia siguiente se repetia la fiesta de la misma manera aunque en distinta casa.

Y cuando en todas ellas habia sucedido idéntica cosa, era sacado del pueblo y obligado á visitar las pulperias del tránsito.

Por supuesto que entonces la fiesta tomaba otro aspecto, pues se bebia á discrecion, y el baile duraba tanto como duraba la bebida.

Los peones de las estancias abandonaban sus trabajos durante los seis ú ocho dias que duraba la reunion.

Y los patrones no se atrevian ni siquiera á descontarles el dia, por temor de ser tachados de salvajes unitarios.

A los dos dias de semejante fiesta, no habia un solo paisano que no estuviera completamente borracho.

Y aquí eran las peleas, las discusiones y las puñaladas, sin el menor respeto á la *justicia* que presidia la fiesta.

Concluida la última reunion en la pulperia, la procesion regresaba al Juzgado de Paz, donde se depositaba el *esclarecido retrato*, hasta el paseo siguiente ó hasta ser escoltado al pueblo vecino que lo solicitaba.

Cada una de estas fiestas duraba por lo ménos un mes, y se repetia por cualquier acontecimiento más furiosamente que el *dia del santo* del Gobierno, declarado más tarde dia de fiesta, por aquel motivo.

En la ciudad, estas fiestas revestian un carácter más servil y más repugnante, por la clase de jente que tomaba parte en ellas, y la manera miserable con que se efectuaban.

La misma *Gaceta Mercantil* describia una de ellas de la siguiente manera:

«A las diez de la mañana el Juez de Paz y vecinos se dirijieron con un elevado carro triunfal á casa del Héroe á sacar su retrato y el de su esclarecida esposa.

«Al recibir los retratos el Juez de Paz pronunció en la puerta de calle de nuestro ilustre Restaurador la alocucion que va señalada con el número 1.

«En el centro de las tropas de caballería é infantería que escoltaban los retratos, conducia don L. B. un rico estandarte de seda punzó alegóricamente bordado de oro, costeado para este acto por el mismo ciudadano.

«El retrato fué recibido en el átrio de la Catedral por el señor cura y otros eclesiásticos y colocado dentro del templo al lado del Evangelio.

«El templo estaba perfectamente adornado; la majestad con que brillaba, persuadia que era el tabernáculo del Santo de los Santos.

«La misa fué oficiada á grande orquesta y la augusta solemnidad del acto no dejaba nada que desear.

«Nuestro ilustrísimo señor Obispo Diocesano, doctor don Mariano Medrano, asistió de medio pontifical y celebró nues-

tro digno provisor canónigo don Miguel García.

«El señor cura de la Capital don Felipe Elortondo y Palacios, desempeñó con la maestria que lo tiene acreditado, la difícil tarea de hacer la apologia del Arcángel San Miguel, mezclando oportunamente elocuentes trozos alusivos á la funcion cívica en honor del Héroe y en apología de la causa federal.

«Fué en seguida presentado el nuevo estandarte ante las aras y recibió la bendicion episcopal.»

Esta es la manera como el pueblo federal festejaba el segundo asalto al poder supremo.

Doña Encarnacion participaba en grande escala de aquellas manifestaciones estupendas.

Habia sido la heroina del último movimiento revolucionario y se habia hecho conocer como una intrigante de primera fuerza en aquellos manejos.

Los federales le daban tratamiento de V. E. y doblaban ante ella la espina dorsal.

Rosas, para contener á la chusma y enardecerla más contra los unitarios, hacia llevar á su casa medias pipas de vino, que apénas duraban un par de horas.

Aunque apoyado en toda la fuerza de la Provincia, él tenia miedo de los unitarios, y queria librarse de los más prestigiosos.

Lavalle en Montevideo era una terrible amenaza, porque era el centro donde se agrupaban los que el temor habia hecho huir de Buenos Aires.

El general Paz por otro lado y el mismo La Madrid, no dejaban de infundirle sérios temores.

Sin intelijencia política para manejar el país y sin querer compartir el Gobierno con los que podian ayudarlo á salir de apuros, no se le ocurrió más medio de sofocar la oposicion que el terror—el terror de la daga y los cadáveres.

—De este modo me libraré de unitarios pensó, porque emigrarán todos, y el que no emigre caerá al filo de mis cuchillos.

Y el terror lo empezó á ejercer haciendo pasear por las calles aquellas turbas desenfrenadas y harapientas, que cumplieran su programa, programa sangriento que se encerraba en estas palabras.

—El que no esté conmigo es mi enemigo y á los enemigos se les quita del medio para que no estorben.

Así se instaló la Sociedad Popular Restauradora, encargada de sostener el santo amor federal.

En ella figuraban muchos hombres de la primera sociedad, mezclados á los bandidos hechos traer espresamente de la campaña, á las mujeres de estos y á los frailes que bendecian las limetas en que se derramaba el vino que les pagaban Troncoso y Cuitiño.

Los miembros de esta sociedad tenian prerogativas sin límites.

Necesitaban vino ó artículos de consumo, y los tomaban del primer almacen que hallaban, sin pagarlo ni siquiera ofrecerlo para más adelante.

Los almaceneros no se atrevian ni aún á poner mala cara, por temor á las represalias.

Sabian que negándose, serian declarados enemigos de la santa federacion y consumido el almacen en ménos de una semana:

Así es que no solamente daban cuanto se les pedia, sinó que bebian á la salud de los marchantes que los honraban con su consumo.

En el mismo consumo de la carne se manejaban de idéntica manera.

Pedian la carne y ni siquiera preguntaban el precio para prometer su abono.

Asi se habia hecho célebre el tremendo don Ramon, de quien nos hemos de ocupar detenidamente, personaje tan encumbrado en la Federacion.

Era en su puesto donde se colgaban frecuentemente las cabezas de los unitarios que se degollaban.

Doña María Josefa, instinto perverso hasta la exajeracion, habia hecho las paces con su cuñado Juan Manuel.

Este con su astucia de gaucho, comprendió que aquel carácter era muy preciso para sus fines de sangre y esterminio.

Rosas estudió pacientemente aquel carácter maldito, y la encargó de su policía secreta, una policía admirablemente organizada, que dió frutos tremendos.

Era la policía del espionaje, por medio del servicio de las casas de familia.

La servidumbre se entendia directamente con ella, á quien reconocia como único jefe supremo.

Ella se entendia directamente con Rosas para trasmitirle las delaciones que le llevaban las sirvientas de las casas.

Y últimamente, por su sola cuenta, pasaba aviso á Cuitiño, Troncoso, Parra ó algun otro gefe de los degolladores, de que tal ó cual familia conspiraba contra la federacion.

Y bastaba un solo aviso de estos, para producir el esterminio en la familia delatada.

Así, las familias que se creian seguras en el seno de su hogar, tenian adentro de sus propias piezas las espias de la mazorca, que fiscalizaban las palabras más inocentes, y sus actos más íntimos.

Así el servicio habia tomado una preponderancia terrible sobre los patrones.

Bastaba el mal trato de una señora, ó que esta se negara simplemente á aumentar el jornal, para que fuera en el acto delatada á la terrible doña María Josefa, que procedia inmediatamente á tomar sus medidas de sangre.

Esta terrible mujer causó tanto mal como el mismo Rosas.

Las familias le temblaban como al más brutal verdugo y se ocultaban de ella como del peor enemigo.

Este personaje funesto y perverso, será tratado tambien especialmente, porque los crímenes que abortó su imaginacion, merecen un relato detenido y prolijo.

Muchas cabezas que se creian perfectamente seguras, por una sola palabra suya, fueron á caer hasta el puesto del terrible don Ramon.

Los sospechosos, no ya los lomos negros solamente, fueron arrojados de todas las ramas de la administracion, y reemplazados por sus federales netos, aquellos que no tenian asco de dar una puñalada por la federacion, y sobre todo de su persona.

Porque la palabra federacion no tenia en su Gobierno el significado con que la levantó Dorrego.

La federacion estaba encarnada en Rosas, en sus propósitos, en su sistema y en sus aspiraciones.

Ser federal equivalia á ser rosista y era Rosas el sinónimo de federacion.

La divisa que habia adoptado era la venganza sangrienta y sin cuartel, contra los que él llamaba asesinos de Dorrego y de Quiroga.

En su interior, era el que primero y más íntimamente habia aplaudido la muerte de Dorrego sobre cuyo cadáver debia elevarse.

El era tambien el que armó el brazo de los asesinos de Quiroga á quienes empujó al crímen.

Pero necesitaba atraerse los partidarios de aquellos dos hombres y al mismo tiempo aterrar á los enemigos de su Gobierno, con la trajedia que preparaba á costa de la vida de los hermanos Reynafé.

Vamos viendo una por una aquellas páginas que destilan aún sangre unitaria é inocente.

EL TERROR

El primer año de este segundo Gobierno, lo empleó aquel bandido en organizar el vasto sistema que se proponia desarrollar.

Era don Manuel Vicente Maza, presi-

dente de la Sala de Representantes, única persona cuya palabra escuchaba con alguna atencion.

El doctor Maza estaba ligado á él de una manera sangrienta, para temer la menor traicion.

Tenia una fé ciega en su inteligencia y se servia de él como de un instrumento que romperia fácilmente el dia que no le fuera ya necesario.

Aceptaba, pues, sus consejos muchos de los cuales lo obligaba á él mismo á poner en práctica.

El doctor Maza estaba persuadido que Rosas le profesaba una gran estimacion y se habia entregado á él en cuerpo y alma, hasta el estremo de obedecerle como un perro tímido.

Era el doctor Maza quien redactaba los famosos proyectos de la Cámara y las notas de honor que con cualquier motivo se le pasaban.

Pero no por esto Rosas confiaba á su amigo todos los proyectos que bullian en su imaginacion infernal.

Profundamente desconfiado, Rosas era además reservadísimo.

No queria que nadie penetrase en sus monstruosos pensamientos, ni que persona alguna conociera un secreto que pudiera dañarlo.

Su único secretario era su esposa, y á esta misma no le revelaba jamás sinó aquellos secretos que la consideraba capaz de guardar.

Esta pobre mujer, apasionada de su marido hasta el delirio, no habia podido apreciar el descenso de aquella alma sombría y pervertida.

Lejos de ella la mayor parte del tiempo, creia que siempre era el mismo Juan Manuel alegre y bullicioso con quien se habia casado.

Las sombras en que estaba envuelto aquel espíritu canalla, estaban aún cubiertas por el brillo del cariño y jamás se sospechó la clase de pantera de cuyas fingidas caricias habia hecho un culto.

Juan Manuel para ella era un espíritu bello, capaz de todo lo grande y lo sublime.

No comprendia como podia haber hombres capaces de odiarlo hasta el estremo de hacerse perseguir de aquella manera.

—Es envidia, pensaba, envidia á su hermosura y á su talento, envidia á su posicion y á sus honores.

Y de buena fé detestaba á los unitarios porque estos odiaban á su marido.

Se habia identificado en su cariño, al estremo de que, sin detenerse á averiguar la razon, aborrecia lo que él aborrecia y no queria nada, porque todo su cariño estaba reconcentrado en Juan Manuel, y este no tenia amor por nada ni por nadie.

Su misma hija Manuela crecia bajo su mirada de hiena, sin inspirarle la menor accion, el menor ademan que pudiera traslucirse en un rasgo de cariño.

Cuando doña Encarnacion pudo entrever la clase de mónstruo que era su esposo, gimió de una manera profunda y reconcentró entonces su espíritu sollozante en el inmenso amor de su hija.

Muchas veces quiso interceder por alguna víctima inocente, hasta que Rosas se lo prohibió de una manera tremenda.

—Seria curioso, le dijo, que tambien tú te hubieras vuelto unitaria!

Te has aliado acaso con los que quieren ver rodar mi cabeza?

Doña Encarnacion lloró mucho y no volvió á intentar salvar á nadie, por no hacerse blanco de las groserias de aquel bandido.

Rosas necesitaba víctimas para calmar la ferocidad de su espíritu, y elejia como la primera á su propia esposa.

Era la única manera de, aún dormido, poder estar mortificando un sér humano.

Mujer delicada y de sentimientos elevados, vivia en una mortificacion contínua.

Los pátios de su casa se hallaban siempre llenos de séres inmundos y deprava-

dos, la mayor parte de los cuales se presentaban á saludarla lanzando su tufo especial de vino carlon, y muchas veces con las manos teñidas en la sangre de algun salvaje.

Todo el dia tenia que estar escuchando las palabras y risas de aquella chusma, que habia convertido su casa en cuartel.

Porque todavia Rosas se daba humos de un republicanismo sin límites, que él llamaba republicanismo federal, y que consistia en hombrearse con toda aquella canalla y no tener á ménos recibirla en su casa.

Les hablaba en su propio lenguaje y palmeaba á los más feroces, de quienes hacia los mayores elogios.

Los cabecillas, en su ausencia, penetraban á la cocina, á servirse del fuego y tabear con las criaditas, entrándose al comedor y á otras habitaciones, como personas de la mayor confianza en la casa.

Doña Encarnacion cansada de esta vida amarga, se quejó un dia á Rosas de ciertos avances de aquella canalla, pero salió tan airosa como en sus empeños de perdon.

—Y qué, le contestó Juan Manuel—cuando me ves rodeado de enemigos por todas partes, pretendes que arroje de casa á los que me sostienen y me permanecen leales?

Cuando te digo que estás aliada á los salvajes unitarios que quieren ver mi cabeza clavada en una pica!....

Mira, esos hombres son los bien venidos en mi casa y no quiero que por ningun motivo se les demuestre mal modo.

Ellos miran mi casa como la suya propia, pues yo dispongo de sus vidas para defender mi persona y mi Gobierno.

Te van acaso á comer por entrar á la cocina y al comedor?

No vés que esos buenos muchachos se deshacen en todo género de cariños, cada vez que te vén, para demostrarte el gran aprecio y respeto que te tienen?

No seas tonta, pues, y en vez de quejarte, trata de demostrarles que aprecias mucho sus manifestaciones.

Doña Encarnacion se contentó con llorar como siempre.

Era la única manera que tenia de dar algun desahogo á sus penas, hasta que fué poco á poco habituándose á aquel martirio sordo é irremediable.

Doña María Josefa, la terrible doña María Josefa, no era estraña á esos sufirmientos.

Ella se venia al pátio muchas veces á conversar mano á mano con aquella canalla, que agradecia la franqueza de la hermana del Gobernador.

—Así debias hacer, decia Rosas á su consorte, aludiendo á la conducta de su cuñada.

Ella sí que sabe manejarse con mis parciales y alentar el amor que me tienen.

Doña Encarnacion sufria y concluia siempre por darle la razon.

Qué remedio le quedaba?

Doña María Josefa era la mujer con quien debia haberse casado Rosas, porque sus espíritus eran gemelos.

Esta llevaba su ambicion dañina y maldita hasta el mismo Rosas, haciéndole tomar idea y ódio á las personas que le parecia que su cuñado debia querer ó estimar.

Y trató de desarrollar este ódio contra su misma hermana, valiéndose de los medios más disimulados.

—Esta Encarnacion es una tonta, solia decirle.

En vez de hacerse adorar hasta la idolatría con esta gente que la quiere profundamente, se enajena sus simpatias con su orgullo tonto!

Qué le cuesta salir de cuando en cuando y decirles algunas palabras afables?

Ese maldito orgullo que la domina, no más!

Rosas comprendia muy claramente, cual era el objeto de aquella charla, pero la disimulaba hábilmente.

Odiaba con toda su alma perversa á doña María Josefa.

No podia verla sin sentir tentaciones de entregarla á la mazorca.

Pero le hacia falta y dominaba su ira en atencion á los servicios de espionaje que podia prestarle aquella mujer maldecida.

Habia comprendido hasta en su menor detalle aquel espíritu perverso y depravado, digno aliado del suyo y habia resuelto utilizarlo en beneficio de la federacion.

—Se la soltaré á los unitarios, se decia, y veremos como se entienden con esta harpía tremenda.

Ella será el censor que les reservo y veremos como se entienden con ese infierno!

Y doña María Josefa fué erigida á la categoría de gefe supremo del cuerpo de espionaje, organizado como lo hemos dicho, con las sirvientas de las familias.

En las fiestas federales, sobre todo en el paseo de los retratos, ella marchaba á la cabeza de las federalas que tenian más miedo á su lengua que á las mismas vergas de la mazorca.

Las federalas de corazon que se titulaban lo principal de nuestras damas, llevaron su servilismo hasta convertirse en caballos para arrastrar el carro triunfal que conducia los retratos del héroe del desierto, y de su esclarecida y federal esposa.

Uno de estos paseos que describe la *Gaceta Mercantil* del 21 de Setiembre del año 39, termina con los siguientes párrafos, que no debemos dejar en el olvido:

« ¡Mueran los salvajes unitarios! Mueran » los asquerosos franceses! Muera Luis » Felipe el guarda chanchos! Muera el » pardejon Rivera y el salvaje unitario » y asesino Juan Lavalle! »

—

« Luego que el Sr. Inspector General dispuso la retirada del retrato, empezó la marcha en el mismo órden siguiendo la columna por el espresado arco principal y de este por la calle de la Reconquista hasta la casa de S. E.

« Al salir de la fortaleza el acompañamiento, se empeñaron las señoras en conducir el retrato de S. E. tirando del carro, que alternativamente habian tomado los Generales y Gefes de la comitiva al conducirlo al Templo.

« Las Señoras mostraron el más delicado y vivo entusiasmo, y vimos con inmenso placer á las distinguidas Señoras Dª. Pascuala Beláustegui de Arana, doña Guillerma de Pinedo, Dª. Cármen Quintanilla de Alvear, Dª. Juana Manuela Maciel de Rolon, y D.ª Dolores Quiroga, y otras damas no ménos respetables, alternarse en esta demostracion federal y patriótica.

« Al llegar á la casa de S. E., las mismas Señoras depositaron el cuadro en el salon de S. E., donde la comitiva fué recibida con la más delicada urbanidad por su respetable familia.—Cerca de las cinco de la tarde, se retiró la concurrencia, satisfechos todos de haber cumplido un deber de patriotismo y amistad con el agradable recuerdo de aquel dia.

« Al cerrar estos detalles no llenariamos una deuda de honor y de justicia, si no aplaudiésemos el celo, actividad é inteligente empeño que han demostrado para preparar la fiesta del 1º. nuestros compatriotas federales los señores don José Olaguer Feliú, Coronel D. Luis Argerich y Sargento Mayor D. Pedro Ximeno. »

Esta era la situacion de los federales en aquellos tiempos benditos.

Al otro dia, las casas de las damas á que la *Gaceta* se referia, amanecieron con los zaguanes llenos de cargas de alfalfa.

Era el único desquite que se atrevian á tomar los salvajes unitarios.

A la madrugada, la ciudad aparecia completamente desierta.

Los serenos se retiraban á su cuartel,

y los grupos de la mazorca, fatigados del degüello, se retiraban tambien á dormir el vino y la sangre.

Era á esa hora que los unitarios podian ejercer sus pequeñas venganzas, usando de las mayores precauciones para no ser vistos, porque hubieran perdido la cabeza.

La campaña estaba peor todavia que la ciudad, porque allí además de todo, la autoridad se componia de los últimos bandidos.

Desconfiando Rosas de poner un elemento tremendo en manos susceptibles de una traicion, nombró á su hermano don Prudencio, con el título de general, y con el cargo que él tenia antes.

Era el verdadero gobierno de campaña, como que era un comandante general.

Don Prudencio Rosas, aunque no era un bandido de la talla de su hermano Juan Manuel, no dejaba de ser un terrible azote.

Don Prudencio no asesinaba ni mandaba degollar por su cuenta, aunque lo hacia por órdenes de su hermano, ó toleraba que sus subalternos lo hicieran por cuenta propia.

Don Prudencio era el censor de los habitantes de la campaña, quienes tenian que dar muestras de ser federales ultras para no ser perseguidos y vejados.

Poco á poco el mismo don Prudencio se fué contagiando con las iniquidades que veia cometer y cometia por órden del Gobierno, hasta que se habituó á la crueldad y la dureza de corazon.

Don Prudencio, en esta práctica terrible, concluyó por hacer él mismo clasificaciones de unitarios, para apoderarse de sus bienes y cuerear sus haciendas.

Sus enormes depósitos de cueros secos, llegaron á sumar, muchas veces la enorme cifra de cien mil, todos de marcas unitarias.

Así fué como don Prudencio Rosas levantó la enorme fortuna que se le conoció más tarde.

Su hermano Gervasio, ménos duro y ménos bárbaro, aunque con un importante puesto militar tambien, atendia más á sus establecimientos de campo, que eran valiosos, que á la política y al saqueo descarado.

Así como el gauchaje del Sur era todo rosista hasta el delirio, porque el rosismo importaba la impunidad de todo género de delitos, la mayor parte de los estancieros eran unitarios, y enemigos, aunque ocultamente de su sistema bárbaro y depravado.

Habian formado entre ellos una especie de hermandad, á la que se asociaban muchos paisanos patriotas que formaron despues en las filas del benemérito Juan Lavalle.

A su tiempo nos hemos de ocupar minuciosamente de esta hermandad de los estancieros del Sud, de donde surjió la famosa y ejemplar revolucion del Sud, punto de partida de la caida de Rosas.

Don Prudencio y don Gervasio en la campaña, y don Juan Manuel en Buenos Aires, con sus agentes desparramados por el interior y litoral, eran los dueños de esta pobre tierra, del cuello de sus habitantes que dividian á su antojo, y de sus intereses que repartian entre los parciales despues de quedarse con la mejor parte.

De este modo habia logrado Rosas dominar la Provincia de Buenos Aires, miéntras estendia su mirada feroz por el resto de la República para hacer lo mismo, como lo consiguió, y sobre la heróica República Oriental, donde habia de estrellarse con el general Rivera.

Pero apesar de todo su poder militar, apesar de sus policías secretas hábilmente montadas y apesar de la Sociedad Popular Restauradora, los unitarios conspiraban de todas maneras para voltear aquella hiena que los habia declarado su presa.

Desde la emigracion unos, y desde el santuario del hogar la mayor parte, em-

pezaron á trabajar unidos para librar al país de semejante bandido, á quien aún no conocian en todo el apogeo de su ferocidad.

Rosas resolvió entonces aterrar al partido unitario y reducirlo á la impotencia por el pánico, aunque tuviera que cegar las cabezas de todos ellos.

Qué podria importarle el aumento del crímen á un sér que vivia apoyado en él y que comprendia que solo el terror y el crímen podian sostenerlo donde estaba?

Tenia una Cámara y un Ministerio, compuestos en su mayor parte de siervos humildes é instrumentos mercenarios.

Disponia de la suma del poder público, con que se le habia investido, y creia poder ensangrentar el país sin la menor responsabilidad y con el provecho positivo de perpetuarse en el mando, á semejanza de Francia, el tirano del Paraguay.

Es preciso aterrar al pueblo, pensó entonces, pero aterrarlo de manera que pierda toda esperanza de poder conspirar contra mí y tenga horror á pensarlo siquiera.

Pero es necesario tambien, volvió á pensar, que otro asuma la responsabilidad y aparecer yo cediendo á las instancias del pueblo soberano y de sus autoridades legalmente constituidas.

Porque aquel hombre fué tan astuto, que en las épocas más sangrientas, jamás mandó degollar directamente.

Se insinuaba sutilmente delante de Parra, Troncoso, Cuitiño y Salomon, seguro que al dia siguiente tendria en su despacho la cabeza que le estorbaba.

Fué entonces que invocando la augusta sombra del bandido Quiroga, resolvió procesar á los hermanos Reynafé, á quienes él mismo acusaba del asesinato de Quiroga, y perseguirlos hasta arrojar á la cara de los unitarios las cabezas de aquellos hombres inocentes.

Así, ante la federacion, vengaba aquel asesinato, y mostraba á sus enemigos lo que podian esperar de él, lanzándose al terreno de la revolucion.

Pero los unitarios redoblaban sus esfuerzos lejos de amedrentarse, y su emigracion á Montevideo empezó á hacerse notable.

Qué podia llevar á Montevideo á aquella cantidad de gente, que para irse tenia que abandonar familia é intereses?

Indudablemente rodear al general Lavalle, allí refujiado, y formar un ejército con que venir á disputarle el poder.

—Pues que no puedan irse á Montevideo, pensó.

Que queden aquí para tenerlos á la vista y castigarlos como se debe, al mismo tiempo que quito á Lavalle este contingente.

Y ese mismo dia mandó que no se diese pasaporte á ningun salvaje unitario, á quienes prohibia salir del país.

Los unitarios se vieron obligados á emigrar furtivamente, embarcándose por la costa en canoas y lanchas.

Pero el puñal de la mazorca se encargó de privarles este recurso de la manera que se verá á su tiempo.

Fué entonces que empezó á encarcelar á los acusados de ser salvajes unitarios, muchos de los cuales eran fusilados á la *sordina*, dentro de los cuarteles ó en los pontones.

Pero así mismo no logró sofocar en ellos el amor á la libertad, aunque tenian diez probabilidades contra una de perder la cabeza.

Entonces empezó Rosas á destinarlos al servicio de las armas, despues de hacerles aplicar un castigo que variaba entre cien y quinientos azotes.

A los unitarios destinados así, por enemigos de la federacion, se les trataba de la manera más inhumana.

Su alimento eran las sobras de los demás soldados, hervidas en un enorme tacho y servidas á mano límpia.

El que no queria comer en esta forma, además de quedarse sin alimento, se le castigaba por desprecio á los alimentos federales.

Este castigo era siempre de azotes, desde veinte hasta cien, y aplicados con un rigor esencialmente federal.

Los servicios más duros y degradantes se encomendaban siempre á los destinados unitarios, que era la gente de servicio en el cuartel.

Despues de dos ó más meses de una vida que se hacia intolerable, se les permitia rescatar su libertad por una cantidad de personeros, que variaba segun el capricho del tirano, ó de los jefes, que á este respecto hacian lo que mejor les parecia.

Pero era un recurso que poco servicio podia prestarles, pues al poco tiempo de ser puestos en libertad, eran presos nuevamente y destinados al servicio de las armas, para pasar las mismas penas y volver á rescatarse en la misma forma, para volver á caer.

Los personeros eran muy caros, y no todos podian pagar el número que se les designaba, sobre todo la segunda ó tercera vez.

Para estos no habia entonces remedio.

Tenian que servir como soldados de línea durante el tiempo ordenado.

Para estos soldados no habia sueldo, ni racion de vicios, ni vestuario de abrigo.

Vivian con la tumba que se les daba por toda racion, á la que se agregaba de cuando en cuando una data de azotes.

Muchos de estos desventurados, que estaban habituados á otra clase de vida y regalos, no podian sufrir mucho tiempo aquella vida espantosa, y morian víctimas de diversas enfermedades ó salian de baja para ingresar al hospital, por dementes.

Eran tales las enormidades y abusos crueles que se cometian, que los mismos federales empezaron á aterrarse.

Aquello no era un Gobierno sinó una inquisicion militar, tan terrible y tan feroz como la inquisicion de sotana.

No habia las tenazas que arrancaban la carne y la vida á pedazos, no existian los potros, ni los braseros, ni las hogueras, como en la inquisicion de los frailes, ni se invocaba el nombre de Jesús para cubrir aquellas atrocidades.

Pero en cambio estaban el cuchillo y la sierra destemplada de la mazorca, se usaba la verga y las barricas de alquitran, se cortaban las orejas para salarlas y la piel para hacer maneas.

Y todo esto á la sombra augusta de Rosas, que era el nuevo Jesús federal, puesto que su retrato, al lado de la imájen de aquel, estaba espuesto en el altar mayor de todos los templos.

Pero todo esto no era bastante para aterrar á los salvajes unitarios.

Era necesario dar espectáculos públicos de sangre y degüello, para mostrar en toda su repugnante desnudez la ferocidad que guardaba en su corazon.

Y no tardó mucho en dar dos ó tres espectáculos de estos, que no produjeron segun parece el efecto que iba buscando.

Angel Ruiz y Santiago Gonzalez, fueron las primeras víctimas, que debia repetir tan frecuentemente como fuera necesario para el logro de sus fines.

Estos eran dos desgraciados personeros, que servian en el batallon de Ramella.

Estos infelices se habian hecho antipáticos á sus superiores, porque eran flojos para el servicio, y mucho más para sufrir las penas terribles que se les imponian.

El cuerpo de Ruiz como el de Gonzalez, era una llaga viva.

Sus miembros estaban dislocados por los palos y las *cepiadas*, hasta el punto que los dos se habian inutilizado para el servicio.

Estos dos infelices llegaron á ser una carga para el cuerpo donde habian sido dados de alta.

Y el jefe dió cuenta al Gobierno de tener algunos soldados inútiles, para obtener el permiso de darles la baja.

Al saber esto don Juan Manuel Rosas, se golpeó la frente como si hubiera sido iluminado por una idea feliz.

A su penetracion no podia escaparse que aquellos personeros habian sido inutilizados por los bárbaros tratamientos del cuartel.

No convenia entonces que salieran de baja y divulgaran la cosa, porque ninguno entraria como personero, y perderia un buen número de altas costeadas por los unitarios destinados.

Estos malos tratos y la pena de azotes, habian hecho desertar algunos de estos personeros, que no se habia logrado prender nunca para hacer un escarmiento.

La idea que habia asaltado á Rosas era una idea diabólica, que con un solo acto le prestaba tres diversos servicios.

Aterrar á los unitarios con un espectáculo de sangre, privar que Ruiz y Gonzalez divulgaran las escenas de que los personeros eran víctimas y dar un ejemplo duro á los que tuvieran intencion de desertarse.

Esta idea fué puesta en práctica inmediatamente.

El jefe del cuerpo debia decir reservadamente á aquellos dos infelices, que les daba de baja y que podian salir del cuartel, haciéndoles seguir sus pasos.

Cuando se hubieran alejado algunas cuadras, serian presos de nuevo y conducidos al cuartel, acusados de desercion.

Entonces el jefe debia pasar un parte dando cuenta detallada de aquella perfidia cobarde, como si se tratara realmente de una desercion.

Y esto pasó como se habia ordenado.

Al dia siguiente se recibia un parte detallado de aquella doble desercion, en cuyo parte recayó la siguiente terrible resolucion:

«Fusíleseles y avísese en la órden general que igual procedimiento se adoptará en adelante con aquellos que cometan igual delito.»

La noticia cayó como un rayo sobre aquellos desventurados.

Ellos habian salido del cuartel puestos en libertad por el jefe y se les mandaba fusilar como desertores!

Quisieron hablar y esplicar con la fuerza de la desesperacion que no eran tales desertores, pero entonces se les hizo amordazar para que aquel mismo proceder pudiera servir con algunos otros.

Los dos reos fueron puestos en capilla para recibir los auxilios de la religion.

Tristes auxilios debian ser estos, cuando permanecian con la mordaza puesta para que no pudieran revelar su terrible secreto.

Así fueron sacados al banquillo, en la Plaza del Retiro, donde se les debia fusilar á las diez de la mañana.

La federacion se habia dado cita allí para presenciar el doble fusilamiento.

Aquellos dos infelices, custodiados por un piquete, estaban amarrados al banquillo y fuertemente amordazados.

Sus ojos, fuertemente saltados de las órbitas, mostraban el terror y la desesperacion que les dominaba.

No pudiendo hacer el menor movimiento, habian reconcentrado todos sus sentimientos, en aquella noble faccion.

Y miraban y escuchaban con más espanto que el de la muerte misma, las manifestaciones feroces de la turba federal.

Todos se disputaban el derecho de vejarlos, insultarlos y escarnecerlos de todos modos: miéntras los soldados que los custodiaban sonreian brutalmente cuando el alboroto subia de punto.

A las 9 y 1[2 salieron los diversos cuerpos de los cuarteles, y á las 10 en punto, Ruiz y Gonzalez rodaron por el suelo, con el pecho destrozado.

Recien entonces se les quitó la mordaza y las ligaduras, entre el espantoso clamoreo de ¡Mueran los salvajes unita-

rios! ¡Mueran los que desertan de la santa causa de la federacion!

Los cadáveres fueron colgados en dos horcas, que permanecieron en la plaza, hasta el siguiente dia.

Era la segunda parte del espectáculo que Rosas preparaba á la poblacion.

Durante todo el dia, los grupos federales fueron acudiendo, con el noble y federal fin de apedrear los cadáveres y llenarlos de improperios, despues de cometer otras herejías.

Así, el primer ejemplo de ferocidad, fué solo de dos víctimas inocentes.

Véamos el segundo, mucho más terrible y sangriento, que dejó sobre la Plaza del Retiro, horriblemente mutilados, ciento diez cadáveres de hombres, mujeres y niños.

Era el segundo peldaño de la escala, cuyo último escalon debia ser las matanzas de los años 1840 y 1842.

LA MASSACRE

TENIENDO que atender á los bárbaros manejos de su terrible política, Rosas habia abandonado el cuidado de las fronteras, que decia aseguradas por su famosa espedicion, espedicion pagada en sesenta leguas de magníficos campos.

A las tribus que estaban en paz no se les atendia en su racionamiento, y estas se vieron obligadas á invadir y robar para no perecer de necesidad.

Las tropas que guarnecian las fronteras eran escasas, pues Rosas tenia ocupados los cuerpos del ejército en guardar su persona y su miedo.

Amenazado de todas partes con movimientos revolucionarios, no se atrevia á distraer de la ciudad un solo soldado, y si sacaba algun cuerpo era para observar la frontera de Santa-Fé y amenazar á Entre-Rios y Corrientes, desafectos á su sistema de una manera decidida.

Los indios se habian convencido que su hermano Juan Manuel, desde que era Gobierno, no miraba por ellos como ántes, ni se tomaba el menor cuidado para cumplir las bases de los tratados de paz con él celebrados.

Los nuevos jefes de milicias de campaña y de fronteras los trataban malamente y cada vez que iban á reclamar sus raciones, eran tratados mal, presos en los cuerpos de guardia, y la mayor parte de las veces, los milicos se permitian despojarlos de sus pilchas, buenas y ricas todas, puesto que eran regalos del hermano Juan Manuel.

Viendo que con este sistema no sacaban tajada y que solo conseguirian ser maltratados y robados, empezaron á retirarse al desierto y á invadir los puntos más cercanos y poblados.

Los partes de estas invasiones empezaron á llegar y á confesar su impotencia contra los invasores, los jefes de frontera.

El héroe del desierto se sentia humillado, pero no atreviéndose á desprenderse de un solo batallon, ocultaba su rábia, reservando vengarse en mejor oportunidad.

Los indios viendo que no eran perseguidos, ni se trataba siquiera de quitarles sus grandes robos, los repetian todos los meses sin la menor agitacion.

Arrasaban las estancias llevándose enormes rodeos y retirándose como de paseo.

La gran grita que más vino á ajitar á Rosas, fué la que levantaron los estancieros federales, que no se conformaban con ver disminuir sus enormes rodeos, de una manera tan notable.

—O al hermano Juan Manuel no le importan los malones, pensaban los indios, ó no tiene con que hacernos frente.

Y seguros de que esto era así, llegaban hasta invadir y campar tranquilamente con el rico botin.

Los estancieros pedian proteccion á don Prudencio, pero á este le eran pocos los soldados que tenia á sus órdenes para las grandes cuereadas de marcas desconocidas.

Ademas Juan Manuel le tenia rigurosamente prohibido alejarse una sola legua de su especie de cuartel general.

Las peticiones de socorro llegaban de todas partes, pero Rosas se contentaba con prometerles esterminar á los indios y dejar la frontera completamente asegurada.

El ridículo que con este motivo caia sobre el héroe del desierto, era enorme.

Pero qué le importaba á él todo esto?

La cuestion era evitar que los salvajes unitarios invadieran la ciudad, aunque los indios barrieran con todas las haciendas de la Provincia.

Ya tendria tiempo de escarmentarlos!

Pero los indios, cebados en la impunidad poco tiempo le dieron para dormir sobre sus falsos laureles y título de héroe del desierto.

A principios del año 1837, el cacique chileno Cañuquil, empezó á moverse seguido de unas dos mil lanzas de primer órden.

Este cacique, que gozaba de un gran prestigio por su valor asombroso y su astucia inaudita, vino hácia el centro de la provincia y campó con sus indios en las Manzanas, donde está hoy la primera línea de fronteras.

Allí empezaron á reunírsele lanzas de todos los toldos, al estremo de que aquel campamento fué ya estrecho para tanta jente.

Cañuquil dejó allí solo unas mil doscientas lanzas para que los caballos pudieran comer descansadamente y no se enflaquecieran y pasó á campar á Choele-Choel con el resto de la indiada.

Desde allí organizó y lanzó una terrible invasion sobre las fronteras de Santa-Fé, Córdoba, San Luis y Buenos Aires, mandando él personalmente esta última.

El golpe fué tremendo.

Los indios no solo arriaron grandes cantidades de la hacienda, sinó que cautivaron y lancearon con la ferocidad á ellos característica.

El malon fué traido tan cerca de las poblaciones, que innumerables casas de negocio fueron saqueadas y sus dueños lanceados y degollados.

Con un arreo inmenso, los indios regresaron á las Manzanas á recibir órdenes del cacique Cañuquil.

Este indio intrépido y astuto habia invadido la parte más poblada de la campaña Sud, haciendo un arreo que pasaba de cincuenta mil cabezas.

Y con la tranquilidad del que no espera ningun contratiempo, regresó á Choele-Choel, donde se le reunieron los capitanejos y caciques que habian guiado la invasion á las provincias que hemos nombrado.

Cañuquil habia traido muchas mujeres y niños cautivos, parte la más interesante para él del botin.

Las mismas estancias de Rosas, como las más pobladas, no escaparon á aquel malon, el más sério y ruinoso que habian traido los indios hasta entonces.

Reunidos á su regreso, se procedió al reparto del malon, y cada cual con su parte, fueron regresando á los toldos.

Cañuquil se quedó en Choele-Choel á pastorear sus haciendas y emprender su marcha con lo mayor tranquilidad, pues sabia que nadie los perseguiria.

Y tan convencidos estaban de esto, que su estadía la fueron prolongando de una manera indefinida.

Cuando Rosas tuvo noticias, su coraje y su ira no tuvieron límites.

Al saber que ni sus mismas estancias se habian salvado, juró vengarse de una manera tremenda.

Pero tocó el mismo inconveniente de siempre.

No tener el valor suficiente para desprenderse de un solo batallon.

Pero Rosas, habituado á no detenerse ante nada para lograr sus fines, resolvió usar de toda su astucia para desquitarse de aquel malon, que importaba el último golpe de ridículo sobre su pomposo título de héroe del desierto.

Por pronta maniobra y para evitar mayores males, se resolvió á hacer tratados de paz con el cacique Cañuquil.

Era preciso impedir que los robos y las matanzas siguieran adelante, pues el campamento establecido por el valiente cacique, significaba no estar dispuesto á retirarse, sin tentar y realizar otro golpe.

Para empezar estos tratados de paz que debian terminar con una horrible carnicería, envió una comision encabezada y dirijida por su terrible amigo y capellan el fraile Delgado.

Este personaje funesto, como todos los frailes que rodearon á Rosas, se encargó de aquella traicion inícua, que no tenia precedente hasta entonces.

Las instrucciones que llevaba el fraile Delgado, era consentir en todas las pretensiones que manifestara Cañuquil, poniéndole por única condicion que no habia de invadir, pues el Gobierno estaba dispuesto á acceder á todos sus pedidos.

Del fraile Delgado nos hemos de ocupar tambien á su tiempo, pues esta traicion contra los indios no era más que el ensayo de otras más negras que habia de efectuar más tarde.

Los caciques y capitanejos reunieron sus parlamentos, para entrar en los arreglos preliminares.

Despues de mil reuniones y semanas perdidas llegaron á formular las primeras bases.

Envalentonados y ensoberbecidos con que, despues de sus malones, el Gobierno trataba con ellos quisieron exijir cuanto se les ocurrió.

El fraile Delgado les aseguraba que Rosas asentiria á todo, que pidieran con franqueza, pues el Gobierno era amigo de los indios y no queria más que su bien estar.

Las exijencias de Cañuquil eran que cada dos meses les habian de mandar una tropa de carretas cargadas de ropas, comestibles y bebidas.

Además quinientos animales vacunos ó mil yeguas para la manutencion de su jente.

Para la mayor seguridad de que estos tratados habian de cumplirse, se estipuló que cada una de las partes habia de mandar en rehenes una persona de valer y confianza.

El fraile Delgado regresó á dar cuenta á Rosas de lo convenido, bajo la intelijencia que, miéntras él no regresara, no habian de invadir.

Rosas aceptó en el acto todas aquellas bases que importaban por lo pronto la seguridad de que no vendrian nuevas invasiones y acallar por este medio el clamoreo de los hacendados y del pueblo.

Delgado llegó con proposiciones que entusiasmaron á Cañuquil, pues ellas superaban á sus mismos deseos.

Su amigo Rosas, no solo aceptaba lo estipulado ya, sinó que le mandaba decir pasara á Salinas Grandes á establecer su campamento general.

Esos eran mejores campos y de mejores aguadas, y su jente podia estar con mayor comodidad para pastorear las haciendas.

El Gobierno para manifestarle la buena fé y cariño con que procedia, le dejaba en rehenes al mismo fraile Delgado y le remitia la primer tropa de carretas y la primera yeguada.

Cañuquil al recibir estas noticias y sobre todo al recibir la primera remesa, creyó á puño cerrado la buena fé con que Rosas procedia, enviándole á su vez, como cautivo, en cambio del fraile, á su secretario y lenguaraz Villalican, terrible lanza y una de las más prestigiosas.

Las fiestas que con este motivo celebraron los indios, fueron estupendas.

Bebieron hasta caer como troncos, á la salud de Rosas, declarándolo su bueno y leal hermano.

Así pasaron dos meses, tiempo en que llegó la segunda tropa de carretas y la segunda yeguada.

Esto acabó de ganar á los indios y con-

firmarles las escelentes intenciones del Gobierno á quien el fraile Delgado les pintaba como un segundo Cristo.

—Demuéstrenle ustedes que son amigos de corazon, les decia, y estoy seguro que ese hombre leal y bondadoso les ha de doblar las raciones que hoy les manda.

Cañuquil campó en el punto que se le indicaba, desde donde envió á pedir á su hermano Juan Manuel una escolta que le sirviera de garantia en caso que alguna tropa quisiera ofenderlos ó hacerles desalojar aquel campamento que hallaba muy de su gusto.

Rosas que estaba dispuesto á acceder á todo, le remitió cincuenta hombres, á las órdenes de su edecan el comandante Delgado, hermano del fraile que permanecia con los indios.

Así pasó algun tiempo en que Rosas cumplió religiosamente lo estipulado, logrando contener así toda invasion.

Completamente confiado Cañuquil, despachó á sus toldos más de la mitad de sus lanzas, para que llevaran todo el arreo y los regalos que Rosas les habia hecho.

Este era el momento esperado.

No se esperaba sinó que disminuyera la indiada, para darles el golpe que de tanto tiempo atrás venian madurando Rosas y el fraile Delgado.

Cañuquil habia enviado á los toldos todas las provisiones que tenia en Salinas, con la seguridad que dentro de dos meses recibiria nuevas.

Antes de este tiempo Rosas le mandó una nueva tropa, de bebibas solamente, con un recado que entusiamó al cacique hasta el delirio.

—El general Rosas le manda esa tropa estraordinaria de bebidas, para que sus indios festejen tambien una gran fiesta que él dá en el pueblo.

Dice que la beban toda, que pronto ha de llegar la tropa del convenio.

Aquella bebida estaba compuesta con fuertes narcóticos para que los indios se adormecieran y dar entonces fin con ellos.

Para que el golpe no fallara, el inolvidable coronel Pancho el ñato, fué avisado de aquel plan infernal, cuya parte más activa á él quedaba encomendada.

El coronel Pancho el ñato que estaba en Bahia Blanca, debia marchar sobre Salinas, junto con la guarnicion de Tapalqué, que se le debia incorporar.

A unas tres leguas del campamento de los indios debia esperar un aviso de Delgado, anunciándole el momento oportuno de caer sobre la indiada.

Para que los indios no pudieran apercibirse de la presencia de aquella tropa, el fraile habia manifestado á Cañuquil, un pedido que Rosas esperaba cumpliese al pié de la letra, como el cumplia con esceso todo lo que les habia prometido.

—Dice el Gobernador, agregó el fraile, que es preciso que ningun indio se separe más de media legua de este campamento.

Los estancieros están muy alarmados y esta es la única manera de tranquilizarlos.

El indio no vió en esto ningun mal, y entusiasmado como estaba con el regalo, ordenó enérgicamente que ningun indio de lanza ni de chusma, se separase un momento del campamento.

Entre los indios, las órdenes emanadas del cacique se cumplen con la misma religiosidad que este cumple todos sus deberes de padre y de gefe de su tribu.

Así, desde que aquella órden fué dada, todos los indios tomaron sus medidas para no tener necesidad de salir del campamento.

Cumplidos así los deseos de su generoso hermano Juan Manuel, Cañuquil rodeado de su tribu, es decir, de la parte de tribu que con él habia quedado, se entregó al consumo de aquella caña, y aguardiente, en medio de la mayor alegria.

Los indios, cuando están entregados al

beberaje, lo hacen con todo descanso y en toda regla.

Se trata de beber y ellos beben miéntras sus brazos tienen fuerzas para acercarse los jarros á la boca.

Cuando no pueden más, caen postrados bajo la más terrible influencia del alcohol.

Porque beben en tales cantidades á la vez, que la borrachera los sorprende de golpe, asi es que cuando esta se declara, el indio se desploma como un cadáver.

Si se tiene presente que aquella bebida estaba compuesta con fuertes narcóticos, se comprenderá que en la cantidad en que bebian, los efectos debian ser más terribles.

Este era el momento que esperaban los hermanos Delgado, para mandar el aviso al coronel Pancho el ñato, aviso que llevó en persona el mismo fraile, cuya salida del campamento no fué notada por los indios.

Estos, que pensaban entregarse por dos ó tres dias á aquella espléndida fiesta, soltaron los caballos, que acostumbran á tener en la estaca y se quedaron á pié.

De otro modo sus mejores caballos que son siempre los que atan, habrian sufrido tres ó cuatro dias de hambre y sed, lo que no era conveniente.

Apénas llegó el fraile al campamento de Pancho el ñato, este se preparó para marchar á la oracion, á fin de que fuera mayor la sorpresa.

El fraile Delgado dió á Pancho el ñato todos los detalles que podia necesitar para el mejor logro de la sorpresa y carnicería.

El fraile con una fruicion íntima por el cuadro que iba á contemplar, se complacia en dar los detalles más minuciosos sobre la situacion de aquellos que tan cobarde y traidoramente iban á ser sacrificados.

Los milicos pensando en el pilcheo y en las haciendas que iban á robar, escuchaban al fraile, deseando llegara el momento de esgrimir el sable y el puñal.

Y miéntras Pancho el ñato marchaba sobre los indios, estos bajo la inmediata vigilancia del hermano del fraile y su escolta, estaban entregados á un verdadero festin.

Si alguien les hubiera dicho que el final de aquel festin debia ser la muerte, lo hubieran creido un demente.

El narcótico empezaba á hacer su efecto y ellos seguian bebiendo y bebiendo, para caer más pronto en el estado de embriaguez que hace su felicidad suprema.

Ya habian caido postrados por el narcótico más que por el alcohol la mitad de la gente, cuando se sintió el tropel inconfundible de regimientos de caballería que cargaban.

Los indios como entre sueños, y al través del estraño sopor que les dominaba, comprendieron que un peligro sério les amenazaba.

Los que se conservaban más despejados quisieron echar mano á sus inútiles lanzas, pero apénas pudieron unos cuantos ponerse de pié y esto fué para volver á rodar por el suelo bajo el sable de la escolta que estaba en el campamento, escolta que inició la matanza.

El terror más desesperante se apoderó entonces de los que apénas, como entre sombras, podian darse cuenta de lo que sucedia.

Miraban á los hermanos que caian y sonreian con esa espresion de supremo idiotismo, que baña el feroz semblante del indio cuando está completamente ébrio.

Las indias al sentir el tropel tomaron sus hijos y corrieron á refugiarse donde estaban los indios.

Pero al ver los primeros que cayeron retrocedieron aterradas y dando gritos de espanto.

Fué en aquel momento que los regimientos de Pancho el ñato, con este á la cabeza, cargaron sable en mano sobre los toldos.

Entonces empezó la confusion más espantosa y la carnicería más brutal.

Los que estaban en el suelo, postrados por la embriaguez, eran clavados por los sables y las lanzas, sirviendo en seguida de alfombra ensangrentada á los caballos de los soldados.

Los que aún no habian perdido el uso de sus facultades, trataban de manotear las lanzas para defenderse, haciendo supremos é inútiles esfuerzos.

Solo tenian fuerza y aliento para reir con sus espresiones de imbéciles y recibir de aquella manera la muerte más espantosa.

Los soldados, entusiasmados en la matanza, no miraban al que caia bajo el filo de los sables.

Hombres, mujeres y niños todos fueron heridos con igual saña.

Cañuquil, idiotizado por el narcótico, no podia moverse del lado del barril, donde habia caido.

Desde allí miraba con ojo feroz y estraviado la matanza, que se hacia entre los hombres y mujeres de su tribu.

Y como si quisieran hacerle apurar aquel martirio horrible, hasta su último detalle, era sostenido por el fraile Delgado y Pancho el ñato, para que no perdiera ninguna de las crueldades cometidas.

Despues que se cansaron de matar á lanza y sable, empezaron á degollar los muertos.

Cañuquil enmudecido por aquella bebida fatal, no podia pronunciar una palabra.

Pero en cambio sus ojos brillaban con una elocuencia tremenda.

El ojo rodaba en la órbita, con una espresion feroz y sangrienta, y se detenia sobre el fraile acusándolo con el mutismo de aquella mirada febriciente y aterradora.

Y el fraile sonreia con un sarcasmo hediondo, dirijiéndole palabras de piedad y amor cristiano.

Su turno tocó por fin al terrible Cañuquil.

A una señal de Pancho el ñato, los soldados empezaron su obra de martirio.

Aquel indio tan valiente y tan lleno de vida, hizo un esfuerzo supremo y se puso de pié.

Por un exeso de voluntad, desanudó su lengua, para escupir en la cara del cínico fraile esta terrible y última injuria:—cobarde!

Fué su última palabra.

Todos á uno cayeron sobre él y lo hicieron pedazos á golpes de toda especie.

En seguida empezó el saqueo, que llegó hasta despojar á los cadáveres de sus inmundas vestimentas y quillangos.

Las haciendas fueron arreadas en grandes trozos, hasta esperar el nuevo dia para emprender la retirada.

A la mañana siguiente el fraile que todo lo andaba, descubrió un grupo de mujeres y criaturas, que rodeaban á algunos indios borrachos, que léjos del grupo principal, habian escapado á la matanza.

—Todavia hay aquí sabandijas! gritó el fraile, arremangando su sotana para no empaparla en sangre.

Las tropas acudieron allí para completar la obra de esterminio, pero el coronel Pancho el ñato se interpuso para que nadie tocara aquel grupo.

—Esta es la parte del Restaurador de las leyes, dijo.

A él se la quiero mandar para que disponga de estos bandidos como quiera, y como muestra de la buena jornada de anoche.

Los señores asesinos quisieron oponerse y seguir la degollatina, pero D. Pancho se enojó y fué preciso cederle á este capricho, aunque al hacerlo llevaran á cabo un verdadero sacrificio federal.

Contados aquellos infelices, entre hombres, mujeres y niños llegaron á sumar ciento diez, que enhorquetados sobre la mancarronada, los echaron al centro de las caballadas para ser arreados en cuenta de tales y con mayor comodidad.

Como necesitaran reponerse de la fati-

ga de la matanza, recien al dia siguiente emprendieron la retirada.

El arreo arrebatado, llegó á más de cuatro mil caballos y más de diez mil cabezas vacunas, que se mandaron repartir á la tropa y los oficiales.

Los pobres prisioneros fueron escoltados hasta la capital, por los hermanos Delgado y los cincuenta hombres de escolta de Rosas.

El parte detallado de aquella accion gloriosa, lo llevaba el fraile Delgado, autor de aquella massacre.

Aquí se presentaba á Rosas la ocasion de aterrar al pueblo, para dominarlo por este sistema, y dar un dia de festin á la chusma federal.

Los partes de la matanza en Salinas fueron publicados, pero como se supondrá cambiando los detalles y las causas.

Despues de manifestada la generosidad del Gobierno con inmensas dádivas, decian, estos bandidos han seguido invadiendo y robando con toda crueldad.

Ha sido preciso que el Gobierno les muestre su poder, escarmentándolos despues de una sangrienta batalla, en que el ejército federal ha perdido algunos soldados.

De este modo ocultaba la traicion infame del fraile Delgado y su propia ferocidad.

Aquellos ciento diez prisioneros fueron paseados por las calles, para despertar la curiosidad pública y atraerlos más á la escena que se tramaba.

Indios é indias marchaban á pié todo el dia por las calles cubiertos de divisas federales, con los letreros de vivas y mueras que el lector conoce.

Así aquellos infelices eran el ludibrio y escarnio de aquella chusma federal y desenfrenada.

Todos ellos comprendidos en un solo grupo, fueron alojados en los cuarteles del Retiro, bajo la custodia del terrible coronel Maza, víctima tambien más tarde del puñal de Rosas, esgrimido por la mazorca.

Una mañana se hizo llamar á los indios á la casa de Gobierno, con el pretesto de darles ropas y algunas prendas.

Allí se inventó un cuento para disculpar la terrible massacre que preparaba.

Se dijo que habian rechazado los presentes que se les daba, que habian agredido á los empleados y amenazado de muerte al mismo Gobierno.

Por estas causas, el Restaurador de las leyes dispuso y ordenó que aquellos indios fueran pasados por las armas.

La noticia corrió de boca en boca y las tropas se prepararon al festin de sangre, aunque ignorando la manera brutal como habia de llevarse á cabo.

Rosas mandó llamar al coronel Maza, su bandido de más confianza entonces, á quien dió detenidas instrucciones sobre el drama que preparaba.

Y miéntras Maza regresaba al cuartel á disponerlo todo, los indios fueron sacados de la casa de Gobierno, para ser reconducidos, segun se les dijo, á sus alojamientos del Retiro.

Silenciosos y taciturnos, aquellos infelices marchaban bajo la mirada altanera y la palabra soez é insultante de la federacion.

Adelante marchaban los hombres, mirando de cuando en cuando con ademan valiente y resuelto á aquella chusma feroz.

Detras caminaban las mujeres, llevando en sus brazos y de la mano á sus pequeños hijos, la mayor parte de los cuales eran de pechos.

Pasado el efecto narcótico de la bebida preparada, los indios recordaban como entre sueños la carnicería de Salinas, y esperaban tranquilos y serenos la muerte que no podia tardar en venir.

Por que á pesar de que se les cuidaba un poco para confiarlos más y que la muerte los tomara de sorpresa, ellos estaban convencidos de la proximidad de su fin.

Lo adivinaban en la mirada de la plebe federal, en el facon que veian brillar en la mano de algun impaciente, y en el desprecio y ódio con que los soldados de Maza les dirijian la palabra.

La voz de que los indios iban á ser fusilados, habia corrido ya por todo el pueblo.

Así es que cuando salieron de la casa de Gobierno, los esperaba ya una multitud, que á pié y á caballo, no querian perder un solo detalle de la ejecucion.

El fusilamiento de indios no era cosa que podia ver el pueblo con frecuencia y era preciso aprovechar la ocasion.

Cōmo moria un salvaje?

Hé aquí la gran piedra de toque de aquella ferocidad federal.

Aunque todos los que formaban aquella comitiva eran hombres endurecidos en el crímen y avezados á las mayores crueldades, á ninguno se le ocurrió por el momento que las mujeres estuvieran tambien condenadas á morir.

Y tan era así, que sus bromas y dicharachos recaian siempre en el reparto de las indias, que pasaban de veinte y cinco.

Ménos podia ocurrírseles que aquellas inocentes criaturas pudieran figurar en la matanza.

Cuando llegaron á la plaza del Retiro, esta presentaba un aspecto terrible para los indios, que sin embargo no comprendieron ó aparentaron no comprender de lo que se trataba.

La antigua plaza de toros, San Martin hoy, era un hervidero de cabezas humanas.

Era aquel un paseo á donde concurrian las señoras, desde que fué plaza de toros, y Rosas, para aprovechar todo género de circunstancias, para que la tragedia fuera de todos conocida, habia elejido un dia de fiesta.

Al frente norte de la plaza, y delante de los cuarteles, se hallaba formado en batalla el batallon de Mariano Maza.

No existian entonces las plantas que han hecho de esa plaza un hermoso jardin, como no existia la espléndida estátua del general San Martin, que embellece su centro, con su magestad suprema.

Aquella plaza era lo que se llama un peladar, adornado con uno que otro poyo, donde enamoradas parejas iban por la noche á decirse los arrumacos consiguientes de estos casos.

Allí hacian ejercicios las tropas que se alojaban en los cuarteles, de cuya gente aquella plaza era propiedad indiscutible.

De modo que la tropa formada así sobre el costado norte, dominaba por completo las entradas y todo el frente sud.

El lenguaraz que habia mandado en rehenes Cañuquil, el valiente Villalican, fué mandado por el coronel Maza á recibir á sus hermanos, diciéndoles que aquel dia les iba á dar una racion especial, para que estuvieran más contentos y más conformes con su cautiverio momentáneo.

Ante la palabra y aspecto tranquilo de Villalican, los indios desecharon cualquier temor que podia haberles asaltado, y entraron resueltamente á la plaza, donde se desbordó la multitud que los seguia.

Los que esperaban en la plaza debian estar bien impuestos de lo que iba á suceder.

Ocupaban los costados este y oeste, sin acercarse mucho al centro de la plaza.

Cuando penetró á ella el populacho que llegaba, se impusieron por los que allí estaban esperando, de lo que iba á pasar.

Su asombro fué entonces incalculable.

La funcion sobrepasaba á todo programa imaginable.

Dos minutos más, y el pueblo de Buenos Aires, en medio de la mayor consternacion iba á conocer recien todo lo sombrío y cobarde del espíritu del gran Rosas, como lo llamaban los poetas que hacian versos en su honor.

Apénas habian llegado los indios al

centro de la plaza, por un movimiento rápido y calculado, los soldados de Maza se echaron el fusil á la cara y una descarga cerrada atronó los aires, envolviendo aquella muchedumbre en un humo espeso.

Un movimiento de terror se manifestó aún entre los mismos que conocian el programa con mucha anticipacion.

Cuando el humo se hubo disipado, se vió remolinear al grupo de indios, lanzando feroces alaridos y levantando los puños en ademan de terrible amenaza.

Unos veinte de ellos se revolcaban luchando con las últimas convulsiones de la muerte, al lado de otros, cadáveres ya.

Aún no se habian podido dar cuenta de aquel asesinato tan cobarde como inaudito, cuando sonó otra descarga tan nutrida como la primera y otro número de indios volvió á caer, muertos unos, gravemente heridos los otros.

Entonces pudo verse un espectáculo tierno y conmovedor.

En vez de disparar buscando la salvacion los que quedaban, dieron frente á los asesinos, resueltamente, tratando de protejer con sus cuerpos la vida de sus inocentes mujeres é hijos.

Pero los cobardes en vez de sentirse dominados por aquella noble abnegacion y aquel valor heróico, siguieron su obra de destruccion despiadada.

A las descargas sucedió un fuego graneado contínuo, que duró miéntras hubo un indio en pié.

Al estruendo de la fusilería, las familias salian á las puertas de calle y á las ventanas á averiguar lo que sucedia.

Y no tardaban mucho en conocer la verdad, regresando al interior de las casas á ocultar su terror y su angustia.

Rosas habia conseguido su objeto.

El pánico más tocante se habia apoderado de la poblacion, y sobre todo de las familias unitarias que pensaban con razon que, al asesinato de los salvajes de la pampa, seguiria el de los salvajes unitarios.

Como era natural, los indios que habian caido á las descargas de los soldados de Maza, no habian muerto todos.

La mayor parte estaban heridos de mayor ó menor gravedad.

Las criaturas estaban vivas en su mayor número pues siendo calculadas al pecho de los indios las punterías, las balas no habian alcanzado á los chicos, con raras escepciones.

Y esta fué la parte más entretenida y federal del terrible espectáculo.

El fusilamiento estaba terminado, para comenzar la matanza á cuchillo.

Contando al indio Villalican eran ciento once las cabezas que era preciso cortar.

Los soldados corrieron al cuartel á dejar sus fusiles y volvieron á aparecer armados de enormes y filosos cuchillos.

Entonces empezó la matanza y carnicería más horribles.

Sin distincion de vivos y muertos, de heridos graves y leves, de mujeres y niños, aquella soldadesca impía empezó su obra federal de degüello.

Era tal lo monstruoso, lo infernal de aquella escena, que los espectadores huyeron en su mayor parte, sin atreverse á presenciarla hasta su fin.

Solo quedaron aquellos bandidos capaces de regalarse con igual funcion todos los dias.

Y estos no tardaron en tomar parte en la obra infernal, ayudando á los soldados.

Como era natural, en las descargas hechas de aquella manera, algunos curiosos mal colocados fueron heridos por las balas.

Y en el entusiasmo de la matanza no pudieron escapar al degüello.

Aquellos bárbaros habian llegado al delirio de la ferocidad.

Se arrojaban unos á otros los cuerpitos de los niños, y les cortaban la cabeza lentamente, con una fruicion indescriptible.

Las escenas de crueldad duraron toda la tarde en medio de la algazara más bestial y repugnante.

Parecian fieras habrientas en un campo de batalla.

Concluido el degüello, se comenzó la tarea de colgar los cuerpos en palos clavados al efecto y en árboles que habian en la plaza.

Y como ningun cuerpo tenia cabeza, era necesario colgarlos por debajo de los brazos, pues se habia ordenado esta operacion para escarmiento de los salvajes unitarios y terror de la poblacion.

Aquellos bandidos se desparramaron por todas las pulperias, á beber á la salud de los difuntos y á narrar, en medio de alegres carcajadas, los detalles de aquella feroz massacre.

Como prueba de que habian tomado parte activa en la carnicería, además de sus manos y cuchillos teñidos de sangre, llevaban cada uno diferentes despojos de los cadáveres.

Quién llevaba un par de orejas, quién una mano y quién otros miembros diferentes.

Los más desastrados que querian pasar por más feroces, llevaban un par de niños ó alguna cabeza de mujer asegurada á la cintura por la trenza.

Esa noche la federacion anduvo de fiesta por toda la ciudad.

Las pulperias se hallaban llenas de federales que bebian hasta la embriaguez, festejando aquel regalo que les habia heho el Resctaurador, regalo precursor de dias más sangrientos y divertidos.

Los grupos cruzaban las calles en todas direcciones, dando vivas al Supremo Gobierno y mueras tremendos á los asquerosos salvajes unitarios.

Las casas conocidas como habitadas, no ya por salvajes, sinó por personas poco entusiastas de la santa causa, eran golpeadas violentamente en medio de gritos de muerte y amenazas de todas clases.

Ante las escenas del dia, las familias aterradas, huian á refujiarse en las últimas piezas, pensando que á falta de víctimas irian á buscarlas entre las familias unitarias.

Rosas habia logrado su objeto de una manera más brillante de lo que él mismo esperó.

Los que no habian podido asistir á la funcion por no haber tenido noticia de ella, se habian ido de paseo aquella noche á la plaza del Retiro, á traer despojos semejantes á trofeos.

Parecian escursiones de brujas en busca de grasa de ahorcado para fabricar untos.

Y era cosa terrible ver el regreso de aquellas turbas, que parecian volver de una fiesta, trayendo como reliquias hasta pedazos de cuero para fabricar alguna manea, ú otra pieza de arreo.

Al dia siguiente la ciudad ofrecia un aspecto de cementerio.

Los mismos bandidos que habian ejecutado la degollatina, se habian recojido en sus pocilgas á dormir la tranca de la noche anterior.

GRECE EL TERROR

No puede imaginarse el pánico que causó en toda la poblacion, federal y unitaria, la matanza inícua de los infelices pampas.

Los federales más allegados á Rosas, no se atrevian ni siquiera á hacer la menor pregunta al gobernador, cuya mirada daba poca esperanza de una contestacion comedida.

En esos meses, estaba más que nunca empeñado en asegurar su poder en el resto de la República.

Parece que desconfiaba de algunos gobernadores de Provincia que era preciso derrocar cortándoles la cabeza, y aterrando las poblaciones de la misma manera que habia aterrado á la sociedad de Buenos Aires.

Las provincias que le eran hostiles, le iban á dar un trabajo inmenso, no pudiendo prestarle toda su atencion por estar amenazado en su misma provincia.

Por esto fué que trató de adormecer los espíritus con las bandas de asesinos y las escenas de sangre.

Se habia privado del brazo del feroz Quiroga, porque este no le inspiró gran confianza.

Tenia recelo de que Quiroga se apoderara del interior y del litoral, y viniera en seguida á imponerle la ley.

No le quedaba más que el fraile Aldao en Mendoza, el terrible fraile Aldao, punto de apoyo de la federacion en el interior.

Con el asesinato de los indios y tres ó cuatro fusilamientos más que hizo á pretesto de desercion, Rosas se destapó por completo, mostrando descaradamente lo que de él podian esperar sus enemigos.

Ordenó en señal de admiracion por su persona, se usara el chaleco colorado en la misma forma que habia mandado usar la divisa.

Quién se hubiera atrevido á contrariar una órden de Rosas, que acababa de fusilar en un solo momento ciento once indios?

Todo el que salió á la calle tuvo buen cuidado de hacerlo ostentando un largo chaleco colorado bien visible, para no esponerse á los insultos de las turbas federales.

La poblacion se apercibió que este color habia sido declarado oficial, y que usándolo con profusion, salvaban su cabeza pasando la plaza de rosistas.

Un pulpero de la calle de los Mendocinos (Maipú), en cuya pulperia se reunian los más feroces bandidos, pintó de colorado la pared de su boliche y la puerta de la calle.

Pocos dias despues de esto, todas las casas de la cuadra eran pintadas de la misma manera y color.

Las familias que sabian que aquel pulpero estaba en los secretos de la federacion, creyeron que aquello era una señal para salvarse de la muerte.

Y se apresuraron á imitar la maniobra, para evitar tragos amargos.

La creencia aquella fué pasando de barrio en barrio y de cuadra en cuadra, causando los mismos efectos.

Así es que pocos meses despues, podia verse toda la ciudad pintada de rojo.

Los colores verdes, celeste y todas sus combinaciones, fueron condenados á muerte sin apelacion.

Se ahorcaba de un poste ó de una reja cualquier trapo celeste, loza, ó cualquier objeto de aquel color, como se podia haber ahorcado un hombre.

Se quemaban cohetes á su alrededor, entre un gran círculo de federales curiosos, y se le tenia así dos ó tres dias, condenado á la vergüenza pública.

Las familias más tímidas entonces se convencieron que los objetos de aquel color eran un peligro y empezaron á deshacerse de los muebles y objetos que pudieran ser tachados de salvajes unitarios, porque tenerlos era un verdadero peligro.

Cuando los grupos de federales miembros de la Sociedad Popular Restauradora tenian conocimiento que en alguna casa habia cortinas, muebles, loza ó cualquier objeto de aquel color podia darse por perdida.

La Sociedad Popular Restauradora entraba á la casa con la misma franqueza que hubiera entrado á cualquier pulperia.

La escena que se producia entonces era de lo más conmovedora.

Se desparramaban por la casa haciendo pedazos cuanto habia.

Los muebles eran destruidos por unos á golpes de hacha, miéntras los demás se encargaban de despedazar la loza, los cristales y cuanto caia bajo su mirada dañina.

Entonces las familias eran felices, porque todo se reducia á despedazar el mena-

je de las casas é insultar á sus habitantes con todo género de dicterios.

Despues esto se aumentó con uno que otro vergazo, hasta que terminó con azotaina general y degüello.

El terror se apoderó entonces de la poblacion y Rosas pudo maniobrar con más libertad en las provincias, cuyos gobiernos lo habian reconocido como brigadier general de la Nacion, y llegado como el de la Rioja hasta mandar acuñar las monedas con su retrato.

Sus agentes maniobraban en todo sentido, para asegurar su dominio en todas partes.

Oribe, el tremendo Oribe cuya marca sangrienta palpita aún en Montevideo, se habia puesto á sus órdenes y declarado su más útil instrumento.

Privado de Quiroga, Rosas necesitaba un bandido que lo secundara, y Oribe llenaba admirablemente este papel.

Oribe tenia que servirlo con fidelidad por su propio interés, pues esperaba que Rosas lo ayudara á apoderarse de la Banda Oriental hundiendo el prestigio y poder del *pardejon Rivera,* bautizado así por Rosas, á causa de no haberse prestado á sus manejos feroces.

Porque Rosas pretendia llevar su dominacion hasta la misma República Uruguaya.

Y para esto contaba con el asesino Oribe.

Aunque todavia no se les degollaba en media calle, sin pretesto ni motivo alguno, como poco despues, se les perseguia de todas maneras amargándoles la existencia todo lo que les era posible.

Como no podian emigrar con pasaporte y á la luz del dia, lo hacian durante la noche disfrazados y por la costa.

Pero bien pronto se apercibió la federacion de esta manera de emigrar, y tomó sus medidas para impedirla á todo trance.

Las fuerzas al mando de los coroneles Maza y Salomon y del comandante Cuitiño, fueron encargadas de hacer la policía de la costa durante la noche.

Así eran tomados muchos jóvenes de las mejores familias, que eran conducidos á los calabozos más inmundos, donde eran olvidados, para ser fusilados en monton tres años despues.

No apresuremos los sucesos, pues ha sido en la costa y por estas causas, donde han tenido lugar las escenas más infames y sangrientas.

El comandante Cuitiño no era entonces el feroz y cobarde asesino de los años cuarenta y cuarenta y dos.

Allá por los años 1833 y 1834, Cuitiño era vigilante de policía, cuando el gefe de la reparticion era el señor Somalo.

Era entonces Cuitiño un hombre bondadoso, de una moralidad ejemplar y de una rara contraccion en el cumplimiento de sus deberes.

Su bondad era notable, pues aunque inflexible y rijido en el cumplimiento de su obligacion, siempre se andaba empeñando con sus superiores, para obtener la libertad de los mismos á quienes él habia aprehendido por tal ó cual delito.

Siempre bueno y servicial, auxiliaba á los presos con su propio dinero, y proporcionándoles todo aquello que era permitido introducir á la Policía sin contravenir al Reglamento.

Cuitiño por estas prendas naturales de su carácter, se hizo querer de presos y superiores, al estremo de que, poco tiempo despues era ascendido á oficial de Policía y llenado de mil consideraciones.

Además de ser excelente como empleado y como persona, Cuitiño tenia condiciones de primera fuerza, como policiano.

A una sagacidad especial, reunia una actividad incansable y un valor personal que siempre lo habia hecho sobresalir entre sus compañeros.

Las pesquizas más difíciles eran con él consultadas y encomendadas á su sagaz penetracion.

Puesto sobre la pista, Cuitiño no la

abandonaba hasta no haber descubierto la trama que buscaba.

Tal vez Cuitiño ha sido el polizonte más notable que haya jamás tenido nuestra Policía.

Como bravo, Cuitiño lo era hasta la temeridad.

Siempre se le encomendaba á él la captura de bandidos ú hombres peligrosos.

Jamás pidió la ayuda de otros agentes para cumplir este género de comisiones.

Casi siempre para realizarlas tenia que esponer su vida, pero nunca habia vuelto á la Policía sin el criminal cuya captura se le habia encomendado, y sin que este tuviese heridas de consideracion que hubiera sido necesario inferirle para lograr su captura.

A veces él habia vuelto herido ó contuso pero siempre tenia palabras para disculpar al criminal.

—Es natural, solia decir.

Quién es aquel que va á entregarse así no más á la justicia, sabiendo que no le espera ningun buen trago?

Poco á poco, á fuerza de servicios constantes y de importancia, Cuitiño se hizo un empleado del que no se podia prescindir.

Rosas, que tenia un ojo supremo para calar á ciertos hombres, comprendió que aquel le era de una necesidad suprema, por la suma de condiciones que reunia.

En su primer gobierno tuvo ocasion de hablar con él varias veces, y comprendió la importancia del tipo.

Cuitiño no tenia para él más defecto que la bondad, pero esta condicion él se la haria perder insensiblemente, hasta volverlo una fiera.

Cuitiño era partidario acérrimo de Rosas, porque lo habia sido de Dorrego y porque le gustaba el mozo.

Sin educacion alguna y sin más ilustracion que la de su natural inteligencia, le parecia que aquel hombre era el Gobierno que el país necesitaba para ser feliz y respetable.

La franqueza y cariñosa amistad con que lo habia tratado Rosas siendo Gobierno, concluyeron por arrebatarle toda su simpatía é inocente lealtad.

Cuando se trató del movimiento revolucionario contra Balcarce, doña Encarnacion, por instrucciones de Rosas, mandó buscar á Cuitiño para alistarlo en sus filas.

Los halagos de doña Encarnacion y una carta de Rosas, concluyeron de marcar al buen Cuitiño, que se les entregó en cuerpo y alma.

Era él la persona más activa y sagaz de todos los que preparaban el movimiento.

Y fueron sus consejos y observaciones seguidas al pié de la letra, lo que los condujo al mejor logro de su terrible trama.

Cumplido así su deber de partidario, volvió á llenar las exigencias de su empleo, satisfecho de haber quedado bien con el general Rosas y doña Encarnacion.

Cuando Rosas volvió á escalar el Gobierno, no se olvidó de Cuitiño, cuya adquisicion como fanático por su causa le era de gran importancia.

Empezó á protejerlo visiblemente haciéndolo ascender en su empleo y llamándolo continuamente á su casa y á su mesa.

Marcado por esta conducta, el bandido Cuitiño concluyó por cobrar á Rosas una idolatría íntima.

Para él no habia hombre como éste, en prueba de lo cual se le entregó en cuerpo y alma, sin la menor reserva.

Rosas lo ocupó en diversas ocasiones en comisiones dificilísimas que desempeñó á medida del deseo más exigente.

Pero siempre con cuidado de ir relajando su espíritu suavemente de manera sensible.

Fué entonces que lo sacó de la Policía y lo hizo teniente coronel con mando de fuerzas.

Aquello fué para Cuitiño una especie de sueño fantástico.

Hombre humilde cuya posicion de agente de Policía lo hacia creer que estaba en el pináculo de la gloria, no podia creer en los primeros momentos que tanta felicidad fuera cierta.

Rosas empezó entonces á darle importancia y á pervertir su espíritu en compañía de la chusma más depravada.

Empezó por hacerlo efectuar prisiones con las fuerzas á su mando, continuó haciéndole fusilar esos mismos presos, y concluyó por convertirlo en uno de los degolladores más feroces de su tiempo.

Cuitiño se habia ensoberbecido de una manera feroz.

Alternaba con el Gobernador y con Manuelita, se sentaba á su mesa á comer y se creia un personaje de lo más importante de la federacion.

Cuitiño habia adquirido vicios que jamás pudo perdonar en otros.

Se embriagó primero, por complacer á Rosas, porque un buen federal debia bebeber fuerte de cuando en cuando.

Y concluyó por ser federal de primera fuerza.

Era él quien en sociedad de Troncoso, costeaba las limetas de vino que bebia la mazorca en la casa de Salomon.

Poco le importaba este gasto al feroz degollador.

Rosas le daba dinero á manos llenas para que gratificara á la gente, y además era un fenómeno que Cuitiño pagara el vino que compraba siempre en grandes cantidades.

Ninguno le cobraba por otra parte.

El pulpero que con él tenia cuentas pendientes las daba por chanceladas, considerándose feliz que no las aumentara con nuevos pedidos.

Cuitiño era así el mastin en quien más confianza tenia Rosas.

El hacia sus más hábiles pesquizas para descubrir tal ó cual unitario y era al mismo tiempo el gran guardian de la costa.

Los unitarios perseguidos que por allí tentaban una invasion, podian estar seguros de caer bajo el puñal de Cuitiño, por lo ménos noventa de cada cien.

Rosas, en su invariable sistema, jamás hacia á Cuitiño una indicacion directa.

—Comandante, solia decir, ¿ha visto cómo emigran estos salvajes unitarios?

Cómo si yo me fuera á ocupar de sus personas!

Me han dicho que la otra noche se han embarcado diez por la costa de San Isidro y segun me avisan pronto deben emigrar quince de un golpe.

No me gusta que esto suceda por lo que pueda creer el estranjero.

—Déjelos no más, S. E., yo les voy á arreglar de manera que se les quiten las ganas de viajar, tal viaje les voy á hacer emprender!

—No les haga nada, comandante! no quiero sinó que les dé un buen susto, para que se dejen de compadradas!

—Déjelos S. E.—corren de mi cuenta. No han de volver á compadrear más!

Cuitiño se ponia en acecho y no tardaba en descubrir algunas de las muchas espediciones de unitarios, que pasaban hasta en pequeñas balleneras hasta Montevideo.

Aquella espedicion era con seguridad pasada á cuchillo, despues de todo género de humillaciones.

Las orejas de estos y algunas lonjas de cútis, eran presentadas á Rosas al dia siguiente, como prueba del buen servicio á la causa de la federacion.

—Los mató á todos? preguntaba éste, entre enojado y sonriente.

—Ni uno solo escapó respondia aquel bandido, porque los muchachos estaban ganosos.

El único fué el lanchero, y eso, porque habia fondeado lejos, donde los unitarios iban á buscarlo á nado

—Caramba! yo no quiero que sean tan malos los muchachos! un buen susto hubiera bastado.

—Si he hecho mal S. E. se servirá perdonarme ¡tengo tal ódio á esa inmunda sabandija!....

—En fin, ya está hecho, no tiene remedio.

Ellos tienen la culpa que provocan á su gente de todos modos.

Avise á la Policía para que recoja las osamentas, cosa que no apesten.

Y los dos bandidos cambiaban una sonrisa hedionda, que significaba haberse comprendido á las mil maravillas.

Al alejarse Cuitiño, Rosas tomaba de su escritorio un buen puñado de billetes de banco que ofrecia al asesino.

—Qué ocurrencia V. E.

Para qué se va á incomodar!

Demasiado compensado estoy con su amistad.

—Con la amistad no se vá al mercado, comandante.

Tome no más para que les dé á los muchachos.

La noche ha sido muy fria y el trabajo rudo.

Quiero que calienten las tripas á la salud de la federacion y que se diviertan.

—Venga para que S. E. no se resienta.

Cuitiño tomaba entonces el dinero, muchas veces con las manos tintas aún de sangre y se alejaba haciendo mil cortesias y poniéndose á los piés de la señorita.

Mandaba un soldado á que diera á la Policía el aviso convenido, y se dirijia en seguida á casa de don Lúcas Gonzalez, ocupada por Salomon, donde como se sabe se reunia la mazorca.

Se mandaba traer el vino en tinetas, en medio de los federales de rebozo y de los curas y frailes que hemos nombrado y se armaba una orgía tremenda, cuyo remate era salir á la calle á asaltar casas de salvajes unitarios y degollar á sus habitantes.

Muchas veces el grupo de asesinos era acompañado por una ó más parejas de frailes, y federales, que dominados por el vino, salian bailando y dando feroces alaridos.

Era al compás de esta música que se improvisaban las más terribles escenas de crueldad y las matanzas más bárbaras.

Al que cruza hoy las calles de Buenos Aires, le parecerá increible que por ellas hayan paseado los vendedores de cabezas humanas al grito de: ¡buenos duraznos!

Y sin embargo nada más cierto que aquellas matanzas incalificables, cometidas de una manera más brutal que la que hoy se emplea en la matanza de los perros.

Miéntras para ésto se emplea hoy solamente la píldora de estricnina, para los salvajes unitarios, no habia más que el facon y el serrucho, para que miéntras se efectuaba el degüello llevar la tortura hasta su último límite.

El que no hubiese degollado con este lujo de ferocidad, no hubiera sido considerado como un buen federal.

El menor rasgo de piedad lo habria pagado con una puñalada.

La poblacion empezó entonces á aterrarse y á comprender que no tenia nada que esperar del Gobierno que se inauguraba con tales actos.

Era indudable que Rosas buscaba el esterminio del partido unitario!

LOS REYNAFÉ

PRONTO comprendió el bárbaro, que la impresion dejada por la matanza de los indios, era preciso renovarla con alguna otra más fuerte y duradera.

Los unitarios sobrecojidos de espanto en el primer momento, temblaron por sus vidas y huyeron de toda accion que pudiera traducirse en una manifestacion hostil al gobierno.

Sin embargo pasado el primer momento, y comprendiendo que la inaccion era

la muerte, decidieron defender su cabeza por todos los medios á su alcance.

La emigracion á Montevideo desafiando todos los peligros, empezó más violenta y más decidida que nunca.

De Montevideo llegaban diarios y hojas sueltas, en las que los emigrados trataban al tirano de una manera tremenda.

En esas publicaciones se incitaba al partido unitario no solo á la revuelta, sinó al asesinato de aquel miserable bandido.

En vano la autoridad tomaba todo género de precauciones para impedir la entrada de aquellos impresos.

En vano Rosas llegó hasta dar de patadas á los empleados encargados de esa pesquiza.

En vano puso penas terribles á los que fueran tomados como sus conductores.

Todo era inútil.

Los imsopres entraban á la ciudad y con un sigilo superior á la penetracion de Cuitiño, circulaban por las casas de los unitarios y entre el bajo pueblo federal.

El bandido Rosas que no queria que sus asesinos conocieran el desprecio y la dureza con que lo trataban los emigrados, se mordia los puños de ira cada vez que sucedia un hecho análogo.

Era entonces que prodigaba sus más terribles punta-piés, entre sus empleados de Policía y amenazaba al cielo y la tierra con el puñal de la mazorca.

El feroz Cuitiño, encargado de hacer esta importante pesquiza, dió al fin con un marinero que traia cien de estos impresos, cosidos en el interior de su camiseta.

Seguido con un disimulo de pantera, aquel desgraciado que se habia hecho sospechoso, bajó á la ciudad, y se alojó en un fondin del bajo.

De allí salió á la noche bajo la facha del más tremendo federal, y por la calle Federacion (Rivadavia) tomó el camino del hueco de Lorca.

Las carretas que habia en el hueco se hallaban solas á aquella hora.

Sus propietarios se habian diseminado por las *esquinas* á escuchar los sucesos del dia, entre azumbre y azumbre de caña ó vino de la tierra.

Allí permanecian hasta que el sueño ó el alcohol los rendia.

Entonces, los unos conduciendo á los otros regresaban á la carreta, hacian la fogata correspondiente para echar un cimarron, y cada cual bajo la suya, se entregaba al reposo bajo las protectoras miradas de Baco y Morfeo.

El bueno y travieso Caco, andaba por regiones más elevadas y poco tenia que hacer por allí.

El marinero lleno de divisas, de chiripá y poncho para hacerse ménos sospechoso, y de gran puñal á la cintura, cruzó la calle Federacion y penetró al hueco de Lorca.

Una vez entre las carretas, se puso á mirar en todas direcciones, de una manera bastante significativa.

Por más que el desgraciado hundió por todas partes su penetrante mirada, no pudo ver dos bultos que, tendidos de barriga, lo seguian hasta en su menor gesto.

Estos no eran otros que el feroz Cuitiño y uno de sus soldados de mayor confianza.

—Cuando éste toma tales precauciones no debe andar jugando límpio, habia dicho el feroz Cuitiño.

Observemos.

El marinero, despues de unos dos minutos de mirar atentamente por todas partes, se metió entre un grupo de carretas y ganó bajo una de ellas aparentando una accion harto natural.

—Aquí vamos á saber á que ha venido, dijo Cuitiño.

Cuando salga lo seguís, y con el mayor silencio posible, le echás el guante hasta que yo vuelva.

Entre tanto yo me voy bajo la carreta y trato de averiguar la verdad.

El marinero tardó más de cinco minutos en salir de bajo la carreta.

Y como lo hiciera arreglándose el chiripá, el soldado dijo á Cuitiño de una manera burlona:

—Se me hace que se nos ha chingado el tiro.

Se ha tardado demasiado para lo que pensamos.

Allá lo veremos, repuso Cuitiño.

Ahora mucho ojo porque si se te vá vás al infierno.

—No hay cuidado! ni que fuera peludo —y así mismo me le haria rastra en la cola!

El marinero salió del hueco de Lorca y volvió á tomar la calle de la Federacion.

Sin duda la tenia más confianza ó la conocia más que las otras.

Y al salir no solamente no vió á los asesinos que seguian de barriga, sinó que no sintió que uno de ellos se ponia tras de sus pasos. Miéntras éste se ponia en su seguimiento, á unos veinte pasos de distancia, Cuitiño se dirijó hácia la carreta que habia señalado bajo su mirada de águila.

Apénas se metió debajo, lanzó una esclamacion de inmensa alegria y se apoderó de un monton de papeles que allí habia.

Era en el hueco de Lorca y en el de Santa Engracia (Plaza Libertad) donde aparecian las publicaciones orientales.

No habia entonces la menor duda que el marinero era el introductor de ellas.

Cuitiño echó fuego y buscó bajo la carreta con toda minuciosidad.

No habia allí más que los papeles recojidos.

Con su precioso hallazgo y respirando ferocidad, el famoso asesino regresó en la direccion que habian seguido el marinero y el soldado.

A las tres cuadras de distancia los halló, al segundo haciendo presa en el primero, á quien sujetaba de una manera violenta.

Al ser detenido, el marinero, con una rapidez de relámpago se hizo una reflexion justísima.

—No pueden prenderme en este momento sinó por haber sorprendido lo que acabo de hacer,

Con que perdido por perdido; como la puedo sacar mejor es huyendo, y para huir hay que matar á éste.

Por la misma comision que se le ha visto desempeñar, se comprende que este era un hombre de un valor á toda prueba, y que no era la presencia de otro hombre lo que podia hacerle retroceder ó espantar por más que este otro hombre fuera miembro de la mazorca.

Así es que á la voz de ¡alto en nombre de la federacion! respondió dando vuelta, sacando un enorme cuchillo y yéndose sobre el que lo detenia de una manera tan brusca.

Pero el desventurado se las tenia que ver con uno de los tipos más feroces de la partida de Cuitiño.

Solo así se comprende que este le fiara así no más, la captura de un hombre que, á juzgar por lo que hacia, debia ser dueño de un valor á toda prueba, y tener un profundo desprecio por la vida.

Así es que el soldado, cuando le dió, la voz de alto lo hizo con el sable en la mano, y en actitud de herir.

Cuando vió que el marinero dió la vuelta echando mano á la cintura, dejóle caer el sable sobre la cabeza, en un golpe de plano desnucador.

El marinero aturdido, vaciló un momento y tendió sus manos buscando un punto de apoyo.

El golpe lo habia enloquecido.

Sin embargo, con una organizacion vigorosísima pronto hubiera vuelto en sí para volver á la carga.

Pero aquel momento de vacilacion y aturdimiento fué el tiempo necesario para que el soldado lo desarmara, repitiera el golpe y le echara mano al cuello.

—Ahora es la mano no más, le dijo.

Más tarde, será lo que el comandante disponga.

El marinero guardó silencio.

Sin duda pensaba el partido que debia tomar.

Fué en este momento que llegó Cuitiño, con el rollo de papeles que acababa de tomar.

Sabia que eran papeles impresos pero aun no conocia lo que contenian.

—Ola, buena pieza! dijo—parece que hemos caido en la trampa?

Si no cantás claro, me parece que no volvés á comer más puchero.

El marinero guardó silencio y envolvió el asesino en una mirada de terrible desprecio.

Era un hombre jóven, de fisonomía franca y noble, á cuya mirada asomban los destellos de su espíritu intrépido.

Su aspecto, aunque bajo el disfraz de un asesino, ofrecia esa mezcla de bondad y grandeza que ilumina en general, el noble rostro de ciertos marineros italianos.

Murature, el viejo leon de nuestros rios, por ejemplo.

—Qué has ido á hacer abajo de las carretas, salvajon? preguntó Cuitiño, algo desconcertado ante aquella mirada llena de fiereza.

—Lo que hace cualquiera que se vé apurado.

Si es eso solo lo que quieren saber, ya están satisfechos.

Respondió y miró el lio de papeles que el asesino traia en la mano, comprendiendo entonces que su vida no valia la pitada de un cigarro.

—Allá lo veremos, dijo Cuitiño.

Ahora vamos á lo de Salomon.

—O al infierno, lo mismo me dá.

En materia de viajes, nada me arredra.

Entre Cuitiño y el soldado aseguraron al marinero con sus fajas y pañuelos y le hicieron caminar á prisa, mediante unos cuantos golpes.

Indudablemente aquel no era un hombre vulgar.

El traje de marinero con que habia bajado á tierra, era un disfraz como el mismo de asesino que en aquel momento llevaba.

Unitario de corazon, pertenecia á una de las muchas lógias de patriotas establecidas en Montevideo, y como tantos otros, se habia resuelto á jugar la vida contra el bandido Rosas.

La comision en que fué tomado la habia desempeñado otras veces de idéntica manera.

A fuerza de golpes y humillaciones, fué conducido á la casa de Salomon, donde en aquel momento se jugaba un truco entre éste, Troncoso, Parra y Alegre.

Al ver entrar al terrible y prestigioso Cuitiño. seguido de un federal bien amarrado, los cuatro compañeros abandonaron la baraja, miéntras Troncoso preguntaba amenazador:

—Se trata de algun traidor?

—No, dijo Cuitiño.

Este ciudadano es el hombre de los impresos.

Y arrojó sobre la mesa el rollo de papeles.

Examinados, resultaron ser pasquines contra Rosas, conteniendo todo género de amenazas.

—Pues has salido de pobre, amigo, dijo el astuto Salomon.

No te arriendo las ganancias!

—Y qué hacemos con este salvaje?

—Vamos á hacerle cantar y dar cuenta.

Los asesinos aplaudieron de una manera feroz.

Iban á tener un rato de federal diversion.

El marinero fué interrogado de todos modos.

Cada uno empleó un medio más persuasivo de obtener una respuesta, desde la cachetada hasta el golpe de verga.

Pero aquel hombre parecia de fierro.

—Soy quien me dá la gana, dijo, y he venido á lo que á ustedes no les importa.

Cuitiño no se atrevió á proceder más federalmente sin dar cuenta, y se lanzó á casa del Restaurador á imponerlo de su preciosa presa.

Rosas se enteró de los impresos tomados, y despues de felicitar á Cuitiño por su hábil pesquiza, le regaló una buena suma y le ordenó entregára al preso en la Policía, para cuyo gefe dió cuatro letras.

Segun ellas el preso debia ser sometido á un riguroso interrogatorio y fusilado al dia siguiente en la plaza del Retiro.

El marinero fué encerrado en uno de aquellos lóbregos calabozos, donde se le interrogó á fin de que delatara algun cómplice en Buenos Aires.

Pero aquellos tratamientos inquisitoriales no dieron más resultados que los impuestos en casa de Salomon.

Registrado, se le hallaron cosidos en el interior de la camiseta, una buena cantidad de impresos como los que habia tomado Cuitiño.

Conociendo esta alma noble que miéntras más irritara á los federales más pronto le darian la muerte y más pronto dejaria así de penar, cuando le comunicaron que al dia siguiente seria fusilado, esclamó:

—Gracias á Dios!

—Que grite viva Rosas! esclamó un esbirro.

—Muera Rosas! gritó el jóven con toda la fuerza de sus pulmones.

Y en un ademan sublime cruzó los brazos sobre el pecho valeroso y descansó su mansa y noble mirada sobre toda aquella canalla.

A las tres de la madrugada recibió Rosas el parte en que se le comunicaba el resultado del interrogatorio, sin escluir el último incidente.

Poco despues llegaba á la Policía su edecan, con una órden tremenda.

—Que se le corte la lengua ahora mismo y no se le fusile hasta mañana á las seis.

Y aquella órden terrible fué cumplída al pié de la letra, llenando de horror á los mismos empleados que la hicieron ejecutar.

Exequiel Gomez, que así resultó llamarse aquella noble víctima, sufrió la terrible operacion de una manera heróica.

Su boca fuertemente cerrada apesar de los golpes que se le aplicaban para que la abriera, le fué abierta por fin con una bayoneta y su lengua fué cortada tanto como se pudo.

A las cinco de la mañana fué conducido al cuartel de Maza y fusilado á las seis en la plaza del Retiro.

Su cadáver fué colgado durante aquel dia para escarmiento de los unitarios.

En sus espaldas se veia pegada una de aquellas hojas y colgada de su barba negrísima la mitad de su lengua!

El espectáculo no podia ser más terrible é imponente.

Aquello era una notificacion que se hacia á los unitarios, para el caso que se permitieran gritar otra cosa que ¡viva Rosas!

El partido unitario se aterró verdaderamente, pero no desmayó.

Todos se habian resuelto á jugar la cabeza, y el perderla no los tomaría de nuevo.

Muchos de ellos andaban con una pistola en el bolsillo, destinada á saltarse los sesos en el momento de ser presos.

De esta manera se ahorrarian los martirios que empezaban á aplicar á las víctimas antes de darles muerte.

Exequiel Gomez era una prueba de esta conveniencia.

Rosas comprendió que era necesario seguir con el sistema del terror, ó renunciar á su propia cabeza.

No era difícil acertar con la medida que de estas dos se adoptaria.

El proceso instruido por su órden á los hermanos Reynafé, le proporcionaba sufi-

ciente tema para preparar una nueva trajedia.

Y si así mismo no lograba intimidar á los unitarios, ahí estaban Cuitiño y sus hordas á quienes daria carta blanca para proceder.

Sigamos á aquellos nobles hermanos, víctimas inocentes de la ferocidad de aquel miserable.

Es el proceso más monstruoso que se haya formado jamás, por el número de víctimas que él hizo perecer y la infame injusticia con que se condenaron por el mismo Juan Manuel Rosas, erijido en juez.

UNA LIGA DE ASESINOS

NUESTROS lectores recordarán el asesinato del bandido don Juan Facundo Quiroga, su secretario el general Ortiz y el peon conductor de la volanta.

Este asesinato habia sido cometido por órden de Rosas y sancion de los demás gobernadores de la liga rosista-federal.

Rosas habia concluido por temer á Quiroga y tener celos del gran prestigio que aquel facineroso tenia en el interior.

Temia que Quiroga pudiera alzar el poncho y venírsele encima, arrebatándole todo lo adquirido.

Quiroga solo, con sus greñudos, no era muy temible.

Pero Quiroga podia maniobrar con la liga, aliarse con ella y aún con los mismos unitarios, en último caso.

Porque su ambicion de mando era inmensa, y más que ésta, su ambicion de dinero.

Rosas decretó en su interior la muerte de Quiroga, y sobre tablas se puso á idear el mejor medio de llevarla á cabo, salvando, como acostumbraba, su responsabilidad.

Sus aliados de Salta y Tucuman no andaban de acorde.

Tenian sus pequeñas diferencias federales que amenazaban concluir con una guerra entre las dos provincias.

Quiroga estaba en Buenos Aires y el momento era oportuno.

El podia haberlo hecho sacrificar aquí mismo, pero entónces no hubiera podido evitar su responsabilidad.

Era necesario hacerlo sacrificar fuera de la provincia.

Rosas mandó sus enviados á Lopez, el gobernador de Santa-Fé, para ponerse de acuerdo y que éste tocara á los demás de la liga.

La respuesta no era dudosa ni podia tardar en llegar.

Lopez no solo consintió en el crímen, sinó que aseguró que los demás de la liga entrarían *por el aro.*

No habia que perder tiempo.

Rosas mandó llamar á Quiroga y lo encargó de una mision política de gran trascendencia.

Se trataba de poner en paz á los dos gobiernos de Salta y Tucuman, en nombre de la santa causa de la federacion, para cuyo sostén era preciso permanecer siempre aliados y amigos.

Quiroga aceptó la mision de su amigo, asegurando que si no podia por los medios conciliatorios, los haria entrar en paz á la fuerza.

Rosas le dió por secretario al general Ortiz que le era poco simpático y le proporcionó todos los medios necesarios para efectuar el viaje cómodo y rápidamente.

Primero se fijó la provincia de Santa-Fé para dar el golpe, pero más tarde se acordó que fuera en territorio de Santiago del Estero, centro de sus greñudos.

Así su muerte podria atribuirse á alguna venganza personal, por las muchas iniquidades que allí habia cometido.

Era entonces gobernador de la Provincia de Córdoba don José Vicente Reynafé, hombre de nobles antecedentes y que no pertenecia á la liga de asesinos,

aunque contemporizaba con ellos esperando el momento de romper de lleno.

José Vicente Reynafé tenia tres hermanos, Francisco, Guillermo y José Antonio, con quienes lo unia un cariño verdaderamente fraternal.

Los cuatro hermanos eran verdaderamente queridos en la provincia de Córdoba, donde gozaban de un gran prestigio.

Córdoba no podia olvidar las carnicerías cometidas por Quiroga, despues de la derrota y prision del general Paz, así es que allí se le profesaba un ódio á muerte.

El gobernador Lopez se puso al habla con el gobernador Reynafé, para esplotar ese ódio en contra de Quiroga.

Pero no eran los Reynafé, á pesar de su enemistad personal con el bandido, personas capaces de prestarse á acto tan infame y cobarde.

Negarse era tambien romper abiertamente con Rosas y entrar en una guerra en que, fuera de toda duda llevarian la peor parte.

Fué entonces que Lopez hizo llamar al capitan Santos Perez, persona de entrañas, á quien se le encomendó el asesinato, encargándole el mayor sijilo sobre la órden.

La posicion de Reynafé era por demás falsa y difícil.

Santos Perez, como capitan de milicias, estaba á sus órdenes y él, como gobernador no podia consentir en el crímen.

Negar su sancion era, pues, un rompimiento con Rosas y la liga, y lo que era peor, entregar maniatada la provincia de Córdoba en poder de la federacion.

José Vicente Reynafé delegó el mando pretestando una enfermedad, y resuelto á no tomarlo hasta que aquella tormenta de sangre no hubiera pasado.

De todos modos se trataba de un bandido cuyos crímenes lo habian puesto fuera de toda ley.

Arreglado todo lo concerniente al asesinato y comprometido Santos Perez, con una buena partida, se fijó como teatro del drama la Barranca Yaco y se apuró la partida de Quiroga y su secretario.

Nuestro lectores conocen ya la manera como se llevó á cabo aquel asesinato el 16 de Febrero de 1835.

La liga de gobernadores puso el grito en el cielo.

Era preciso segun ellos que aquel crímen inaudito, que el asesinato del ilustre brigadier general Quiroga, no quedara sin castigo, y sin un castigo ejemplar.

A quién se echaba la culpa del crímen?

Es claro que á los salvajes unitarios, que conociendo la importancia de aquel gefe lo habian suprimido, como suprimirian al mismo Rosas si se les presentaba igual ocasion.

Los que más clamaron por una rigurosa venganza fueron aquellos que habian preparado el asesinato y que habian seguido el plan sin descanso, hasta llevarlo á buen término.

Rosas aseguró que no reposaria un momento hasta no dar con los asesinos del general Quiroga, pues ya era esta la segunda vida ilustre que el puñal de los unitarios robaba á la santa causa de la Federacion.

La memoria de Dorrego era así degradada, colocándola al mismo nivel de la del tigre de los llanos!

El crímen habia sido cometido en la provincia de Córdoba y, segun lo aseguraba la liga, por individuos pertenecientes á las milicias de aquella provincia.

Aunque muy sordamente al principio, se señalaba á los hermanos Reynafé, como principales autores del crímen, y el nombre de Santos Perez rodaba de boca en en boca, como el instrumento de que se habian valido.

Es claro que los Reynafé estaban entonces en relacion con los salvajes unitarios, siendo por consiguiente reos de alta traicion á la santa causa federal.

La idea de Rosas era aún antes del ase-

sinato de Quiroga, quitar del medio á los cuatro hermanos, de quienes desconfiaba y además, de quienes no podia servirse como instrumentos ciegos.

Pero era preciso que otros lo hicieran, sin que él tuviera la menor parte, como en todos sus crímenes.

La liga de asesinos pidió justicia, recurriendo á Rosas, como gefe de la provincia más importante.

Pero este declaró que él no podia entrar en una guerra con Córdoba por una simple sospecha, pero que en el sentido de hacer justicia prestaria á los demás gobiernos todo su apoyo moral y material.

Era preciso escarmentar á los unitarios una vez por todas, decia, y con una accion enérgica y rápida, impedir que aquellos crímenes bárbaros se repitieran con la frecuencia que era de temerse.

Primero fué Dorrego, dijo, y despues Quiroga.

Mañana será el general Lopez ó cualquier otro gobierno, contándome yo en el número pues soy el más amenazado.

Para significar su profundo sentimiento, decretó pomposos funerales por Quiroga y Dorrego, mandando que los buenos federales llevaran luto en señal de duelo.

Entre tanto y por *abajo del poncho*, se entendia con Lopez, su brazo derecho en el interior, para tratar el esterminio de los Reynafé.

Era preciso probar de cualquier manera que ellos, en alianza con los unitarios, eran los autores del crímen.

Entonces los gobiernos reunidos podian dar libre espansion á la indignacion más íntima de los pueblos, prender á todos los autores del crímen de Barranca Yaco, y someterlos á la alta justicia del Gobernador de Buenos Aires.

Por lo pronto tenian á Santos Perez á quien aprehender, pero cómo hacer que este se volviera contra los Reynafé, á quienes pertenecia en cuerpo y alma?

Aquí estaba la primera dificultad.

Preso Santos Perez se le podia hacer declarar de la manera más conveniente por medio del terror, ó publicar una declaracion falsa, supriméndolo en seguida.

En esta declaracion se haria la luz que la Federacion necesitaba y recaer todo el delito contra los hermanos Reynafé.

Eran muchos los antecedentes que podian fraguarse para inventar á los Reynafé un ódio mortal contra Quiroga.

Los Reynafé segun se empezó á decir entonces, y se hizo constar despues en el sumario, querian vengarse de Quiroga porque le temian y lo odiaban.

Este ódio tenia orígen desde el año 31, época en que Quiroga increpó á los Reynafé en términos terribles, un acto de hostilidad que de ellos decia haber recibido.

En 1832, se insurreccionó contra la administracion de los Reynafé un comandante Castillo que, batido por ellos se fué á refujiar á la Rioja donde imperaba Quiroga, quien lo patrocinó de tal manera, que los Reynafé dijeron que el comandante Castillo habia hecho el movimiento instigado por Quiroga.

Entonces este escribió una carta en la que entre otras cosas decia *puede ser que esos pillos no recojan otro fruto que el que una simple esquela los haga amanecer colgados.*

Con semejantes antecedentes era lógico suponer que los Reynafé quisieran suprimir á Quiroga, á cuya voz se levantaban los pueblos.

Los astutos unitarios, añadia la prensa federal, bien apercibidos de las debilidades de los Reynafé, convertidos aparentemente en federales, se pusieron al habla con ellos y trataron y llevaron á cabo e asesinato del general Quiroga.

Estas eran las armas que la Federacion pensaba esgrimir contra los cuatro hermanos, armas que, puede decirse, figurar como acusacion principal en el miserabl proceso que se instruyó.

A fines del año 1835, estaba ya andad

la mayor parte del camino para llegar al fin propuesto.

Los gobiernos de la confederacion bien penetrados del plan, se alian y reclaman de la autoridad de Córdoba, la averiguacion y castigo de los asesinos de Barranca Yaco.

Matar al general Quiroga, cuya bravura fantástica era de todos conocida, importaba una gran hazaña.

Así es que Santos Perez era el primero en narrar por todas partes que él era el guapo que habia muerto á Quiroga, de hombre á hombre, como lo podian atestiguar sus milicianos, presentes á la hazaña.

Así es que Santos Perez fué reducido á prision junto con los individuos que lo habian acompañado, en número de 63.

Santos Perez era un bandido completo, espíritu degradado y pérfido que no obedecia á otro móvil que al del dinero.

Basta la comision que le hemos visto desempeñar para formarse una idea de lo infame que podia ser.

Antes de ser preso ya se habia entendido con el gobernador de Santa-Fé, dándole este la leccion que habia de repetir.

—Si quieres ganarte mil patacones y salvar la cabeza es preciso que declares lo que se te mande.

Aunque oigas decir que van á fusilarte, no lo creas, siempre que hagas lo que se te mande.

Van á prenderte y tienes que empezar por no hacer resistencia.

Los gobiernos unidos te mandamos prender para castigar á los verdaderos autores del crímen, que son los que nombrarás.

—No me importa, respondió el asesino con un cinismo aterrador.

Si así lo quieren, declararé contra mi madre.

—No te pido tanto.

Eso si, aunque te sienten en el banquillo, no creas nada, pues todo será simple aparato si fuera necesario.

—Pues no tienen más que mandar.

Así aleccionado este miserable y convencido de que realizaba un buen negocio, se prestó á todo.

—A los Reynafé no les sucederá nada se le dijo.

Esto no es nada más que una comedia para tapar la cosa.

Prendido Santos Perez prestó su primera declaracion, que fué una acusacion tremenda contra los Reynafé, no solo por la mancha que sobre ellos arrojaba, cuanto porque aquella era una sentencia de muerte.

Santos Perez con un aplomo tremendo, contaba la cosa de esta manera.

—Un dia fuí llamado por el entonces Comandante General de Campaña, don Francisco Reynafé.

Cuando llegué yo, estaba este acompañado de su hermano Guillermo, gefe de mi cuerpo.

Los dos me dijeron que me habian elegido para confiarme en nombre del Gobierno una comision de la mayor importancia, puesto que se trataba nada ménos que de la salvacion de la República.

Todos los gobiernos de la confederacion, me decian, han resuelto para ello, dar muerte al general Quiroga, sin el menor ruido y de manera que la cosa quede en silencio.

Como es usted una persona brava y de toda confianza, lo hemos elejido para el desempeño de tan importante comision, para cuyo mejor cumplimiento le daremos toda la gente que necesite.

En seguida me dijeron que la persona que acompañaba al general Quiroga tambien debia de morir, como así mismo los peones ó escolta que trajeran.

¿Qué podia responder yo á una órden terminante que me daban mis superiores de acuerdo con todos los Gobiernos?

Resistirme hubiera sido para que me fusilaran sobre tablas y esto no me convenia.

Acaté la órden y pedí instrucciones.

Los dos hermanos hablaron un momento y en seguida me dijeron que debia situarme con mi gente en Barranca Yaco, por donde debia pasar el general Quiroga de viaje para el Interior y darle muerte como pudiera.

Aterrado y sin animarme á cumplir la õrden, pretesté una enfermedad grave, y perdí la oportunidad del golpe.

Bien pronto hube de arrepentirme, tales cosas me dijeron.

Fué entonces que me mandaron situar en Barranca Yaco, el 15 de Febrero, donde fuí auxiliado por fuerzas que me mandó el mismo don Guillermo, mi gefe.

Cómo eludir la cosa?

Esto me era imposible y la õrden fué cumplida de la manera que ya se conoce.

Cuando fuí á dar cuenta de mi comision, se me dieron las gracias en nombre de la patria y los Gobiernos, regalándome lo que habia sobre los cadáveres.

—Este es un acto de alta justicia, se me dijo, dispuesto por todos los Gobiernos, incluso el de Buenos Aires, en cuyo nombre se recomienda el más riguroso silencio.

Santos Perez, en seguida procedió á dar los nombres de todos los que directa ó indirectamente lo habian ayudado al crímen de Barranca Yaco, los que inmediatamente fueron reducidos á prision.

Perez hablaba con un aplomo asombroso.

Tenia plena seguridad que naba le sucederia, pues se habia concluido por decirle que en rigor de ley era inocente.

Ningun oficial puede ser responsable de los actos que comete en servicio, por órden de sus superiores.

Este fué el punto de partida del inícuo proceso que terminó con una nueva matanza que, para hacerla más vejatoria é infame, se la quiso revestir con todas las formalidades que hubiera empleado el tribunal más justo y rígido.

Acusados de esta manera los hermanos Reynafé como autores de aquel asesinato, ¿qué tribunal podia juzgarlos en la República?

Ninguno más aparente que el brigadier Rosas, revestido con la suma del poder público.

Los gobernadores de la liga se reunieron entonces y nombraron á don Juan Manuel Rosas, juez supremo, para que entendiese en la causa y la terminara con un acto de ejemplar justicia.

Como esto era lo convenido, Rosas se apresuró á aceptar el cargo, prometiendo proceder con todo el rigor de las leyes y no economizar esfuerzo hasta no descubrir al último de los cómplices en aquel crímen.

El crímen habia sido cometido contra un brigadier general, nada ménos que comisionado especial del Gobierno de Buenos Aires en las provincias del interior.

Estas circunstancias hacian clasificar el crímen de alta traicion á la patria y á la Confederacion Argentina.

Los Reynafé venian á quedar encerrados en un terrible aro de fierro, y por grande que fuera su prestigio, ¿qué harian ellos contra todas las demás Provincias unidas?

No tenian más remedio que esperar los acontecimientos y proceder segun ellos.

La medida más prudente era ponerse en fuga.

Pero este era un medio que les repugnaba, y además, nunca pudieron sospechar la magnitud terrible de la trajedia que les esperaba.

José Vicente debia dejar pronto el Gobierno y siempre tendrian tiempo de una resolucion estrema.

Las declaraciones de Santos Perez no se habian hecho públicas, ignorando la trama diabólica que ellas encerraban.

Además no podian suponer el giro que ellas tomarian, y como inocentes que eran, estaban perfectamente tranquilos á este respecto.

EL PROCESO DE PILATOS

ROSAS piensa destruir toda sospecha que sobre él pueda caer respecto al asesinato de Quiroga,—pensaba José Vicente Reynafé al entregar el mando á su sucesor en 7 de Agosto de 1835.

Pero al mismo tiempo no dejaba de alarmarse por la actitud bestial y amenazadora que asumian los gobiernos de las demás provincias.

Se le habia pedido la prision de los asesinos que delataba la opinion pública, y él los habia complacido.

Pero se le habian dirigido notas ásperas, diciéndole que los gobiernos de la confederacion irian hasta la guerra para hacer justicia.

—Esta no es una causa nacional para cruzar bayonetas y levantar ejércitos, habia respondido él.

Es un crímen aislado cuyos autores no han sido castigados porque no los conocia.

Haré sin embargo todo esfuerzo por complacer á los gobiernos de la Confederacion, y trataré de demostrar que éste no es un crímen cometido por la provincia de Córdoba para que se quiera envolverla en una guerra, ni tampoco un acto de hostilidad al señor gobernador de Buenos Aires.

Santos Perez y demás acusados fueron puestos á la disposicion de la liga de gobernadores, que empezaron á instruir aquel curioso sumario.

Fuera Reynafé del gobierno de Córdoba, aunque los otros hermanos conservaban sus posiciones, la empresa era más fácil.

Toda la República sabia que el verdadero autor de la muerte de Quiroga era Juan Manuel de Rosas.

Pero ninguno se atrevia á comunicárselo ni siquiera con la mirada.

Aceptaban la acusacion á los Reynafé y cuando más se encojian de hom-bros.

El mismo Lopez, jefe de la liga de Santa-Fé, habia concluido por convencerse de la cosa, por la cuenta que le tenia.

Rosas se les habia impuesto con su enorme poder y los elementos que habia acumulado.

Lo sentian estrechar la mano al rededor de sus gargantas y no se atrevian á separarla.

Muchos de ellos comprendian que la causa de los Reynafé era la propia, pues podian hallarse en igual caso, pero contribuian á la infamia, porque ante todo era preciso estar bien con Rosas, mucho más despues de la muerte de Quiroga, único que hubiera sido capaz de emprender una campaña contra el poder de Buenos Aires.

Rosas pidió, como juez absoluto de la causa, que se remitieran presos á Buenos Aires, acompañados del sumario que debia instruírseles en Córdoba mismo para la averiguacion de los hechos.

José Vicente Reynafé era un carácter en toda la estension de la palabra.

Tenia la conciencia de sus acciones, sabia que no habia tribunal capaz de condenarlo, las pruebas de su inocencia estaban en la conciencia de todos y no temia ni al mismo Rosas, porque tuvo la inocencia de no creerlo capaz de una iniquidad tan terrible.

Así es que en cuanto fué requerido por los gobiernos de la liga, se presentó sereno y altivo, creyendo se tratára de una simple interpelacion, para mejor concluir el crímen.

Fué recien cuando se le interrogó y tuvo conocimiento de las declaraciones de Santos Perez, que se apercibió de la trama formidable contra él tejida.

Fué, pues, con una indignacion terrible que rechazó todos aquellos cobardes cargos.

—Se me quiere asesinar, dijo, con una apariencia de justicia, como se hizo asesinar al general Quiroga.

No vale la pena de tomarse tanto trabajo: con una buena puñalada queda todo concluido!

Pero ¡vive Dios! que no han de arrojar sobre mi nombre esa mancha de asesino!

Tengan presente que si me apuran mucho, tales cosas he de decir, que los asesinos de aquel asesino han de temblar.

Reynafé, con una entereza sublime, espuso todo lo que sabia respecto al crímen que se le imputaba.

Era lo que estaba en la conciencia de todos y lo que sus mismos jueces conocian mejor que él mismo.

Pero su declaracion no debia figurar en el sumario tal cual era, sinó tal cual convenia á la liga de pillos.

Era preciso que en aquella declaracion el ex-gobernador de Córdoba dejara entrever su culpabilidad, y así se confeccionó.

Allanada su casa, se le tomó su correspondencia particular.

Entre ella habia de esas cartas íntimas que se escriben los hermanos y que, falsamente interpretadas, podrian servir de grandes piezas de conviccion.

Por ejemplo, habia una de su hermano Guillermo, en que decia:

«Me pides escolte como se debe al General Quiroga, á su paso por Córdoba, pues viene en comision del Exmo. Gobernador de Buenos Aires.

«Pondré á su disposicion, si se me avisa, la mejor escolta que me sea posible improvisar.»

En esta carta se vió una prueba irrecusable de que los Reynafé eran los asesinos.

Aquella escolta no debia ser otra que el grupo de bandidos que se mandó para asesinarlo, á las órdenes de Santos Perez.

A estos los habia protegido el mismo comandante Guillermo Reynafé con otro grupo de soldados que habian tomado parte activa en la matanza y degüello.

En vano Reynafé quiso esplicar el inocente contenido de aquella carta.

¿Cómo hacerlo, si sus jueces estaban dispuestos á no aceptar sinó lo que les convenia?

Aquella carta fué tomada en aquel sentido miserable y así se hizo constar en el sumario.

Cuando estén presos sus otros hermanos, se le dijo, se hará más luz en este crímen sin nombre, y aparecerá toda la verdad de los hechos.

Ellos no tendrán aliento para sufrir el peso de las pruebas terribles que se tienen!

Ya no habia duda alguna para José Vicente.

La cruzada era contra el apellido Reynafé y su prestigio en Córdoba, al estremo de no perdonar ni al mismo Francisco, que no tenia el menor rol en la política, ni siquiera el de un teniente alcalde.

Estos, entre tanto, ménos confiados que Vicente, se habian puesto en guardia, dispuestos á no dejarse sacrificar á mansalva.

—El que ha sido capaz de asesinar á Quiroga por un temor vago, es capaz de comprar el misterio que debe rodear el crímen, con todas nuestras cabezas, y si es posible, con la de los otros gobiernos mismos.

Es necesario no solo salvarnos nosotros mismos, sino salvar á José Vicente, que ha cometido la niñada de ponerse á disposicion de sus asesinos.

Los otros tres hermanos estaban dispuestos á defender la cabeza de los cuatro, á todo trance.

Pero Rosas estaba resuelto á arrebatarla y para esto aliado con todos sus vecinos.

El trance no podia ser más apurado y toda salvacion estaba en el tiempo que pudiera ganarse.

Las fronteras debian estar vigiladas por fuerzas de los otros gobiernos y era casi imposible toda escapatoria.

A pesar de esto los Reynafé, fuertes en

su valor y conciencia, no se acobardaron.

Tanto Guillermo como José Antonio conservaban su puesto militar, que en tan apuradas circunstancias podia serles de una utilidad salvadora tanto para ellos como para José Vicente, preso ya.

Los asesinos de la liga, para mejor asegurar el golpe, una vez apoderados del gobierno de Córdoba, dictaron una órden por la cual destituian de todo mando militar á Francisco y á Guillermo Reynafé, que conservaban tropas bajo sus órdenes.

Al mismo tiempo remitian una órden al comandante Juan Bautista Moreira, segundo jefe del rejimiento que mandaba Francisco Reynafé, para que hiciera efectiva la destitucion de aquel jefe y lo remitiera preso á Córdoba, prévio el remache de una pesada barra de grillos.

Francisco Reynafé, jefe de la frontera Sur de Córdoba, se hallaba al frente de sus leales dragones, guardando la frontera.

Juan Bautista Moreira, lejos de llevar á cabo aquella traicion contra su jefe y amigo, no solo le dió aviso de lo que sucedia, sino que, aliado á Pastor Romero, Francisco Solano y José Manuel Diaz, jefes y oficiales del rejimiento, resolvió ayudarlo á fugar, desobedeciendo la órden que de aprehenderlo se le daba.

En vista de la desobediencia, el Gobierno decidió prender á todos ellos, á cuyo efecto envió algunas tropas.

Pero Francisco Reynafé se hallaba en el centro de su prestigio y podia resistir con ventaja cualquier tropa que fuera á batirlo.

Todo el vecindario de Rio IV, donde se hallaba, reconocido á sus muchos servicios y firme en el cariño que le profesaba, decidió sostenerlo.

Así Francisco Reynafé, unido á Guillermo y José Antonio, pudo resistir á los que iban á prenderlos como viles asesinos, pues ya las órdenes eran estensivas á los tres hermanos.

Apénas las tropas del Gobierno de Córdoba cambiaron unos tiros con las de Reynafé, se plegaron á la capital completamente deshechas.

Allí no se atrevieron á perseguirlas, pudiendo retirarse tranquilamente.

No era prudente hacerse ilusiones por este triunfo parcial.

Si los Reynafé tenian suficiente prestigio para resistirse al Gobierno de Córdoba, no podian hacer lo mismo con el poder de las demas provincias, aliadas contra ellos.

Además, Rosas les habia facilitado sus grandes elementos, y toda resistencia seria completamente inútil.

El camino más prudente, entonces, era ponerse en salvo, de la manera más segura, para así auxiliar á José Vicente.

Los Reynafé no temian á la justicia, como todo espíritu noble y recto que se ha conservado ileso de toda mancha.

Pero no les sucedia lo mismo con la justicia de Rosas, de cuya decision pendia aquella causa inícua.

No les imponia la muerte, pero temblaban ante la idea de una muerte infamante, como podia dictarla la justicia de Rosas, y de una condena, sobre todo, como asesinos de Quiroga.

Así entre los tres concertaron un plan de fuga, miéntras la liga de asesinos se ponia de acuerdo para arrebatarles la cabeza.

Francisco Reynafé debia pasar al Estado Oriental, ayudado por sus compañeros de armas que no habian querido traicionarlo, donde en combinacion con Lavalle y el centro unitario de Montevideo, podria protejer á su hermano José Vicente.

Era este el de más valer de todos ellos.

Como gobernador de Córdoba, su provincia y la República entera, le debian señalados servicios.

Batallando contra los indios, habia asegurado por completo las fronteras de Córdoba, ayudando al mismo general

Quiroga en sus famosas campañas contra los pampas y araucanos.

Magistrado noble y de una integridad acrisolada, solo la Federacion podia abrigar contra él aquel ódio estúpido y desmedido.

Si Reynafé hubiera sido un bandido, se hubiera aliado á Rosas, y en vez de ser su enemigo habria formado parte de la liga.

Este es un argumento que, por sí solo, habla elocuentemente en favor de su carácter honrado.

Por esto solo la liga de asesinos lo perseguia hasta arrancarle la cabeza, único medio, por otra parte, de apoderarse de la provincia de Córdoba, hasta entonces libre de la liga federal.

Francisco abandonó su familia é intereses á manos de amigos leales, y siguió su plan de pasar al Estado Oriental.

José Antonio decidió su fuga de otra manera.

Para lograr buen éxito, todos creian que era preciso dividirse y destruir de este modo toda persecucion.

Fraccionándose, obligaban á la liga á fraccionarse tambien y le dejaban entonces ménos probabilidades de apoderarse de los tres.

Así José Antonio, miéntras su hermano Francisco partia hácia el territorio oriental, decidió pasar á territorio brasilero, por puntos que le eran esencialmente conocidos.

José Antonio encomendó el cuidado de su familia é intereses al doctor José Roque Funes, su padre político, y se dispuso á pasar á territorio boliviano, seguido de un grupo de soldados.

El doctor Funes, persona de influencia y que tenia por su yerno un cariño y estimacion profundos, le facilitó cuanto estuvo en su mano para el mejor logro de su objeto.

Así, José Antonio, despues de abrazar á su esposa é hijos, de quienes se despidió hasta muy pronto, tomó el camino que debia conducirlo á la frontera boliviana.

Pero ya Córdoba estaba llena de espias federales, y difícilmente se podria hacer algo sin que inmediatamente lo supieran los gobiernos que, como aves de rapiña, se cernian al rededor de aquellas víctimas ilustres.

La marcha de José Antonio se supo con tales detalles, que esa misma tarde salió de Córdoba una comision á prenderlo, miéntras otros agentes federales reducian á prision en su propia casa al doctor Funes, como cómplice de la huida de su hijo político.

Funes sufrió algunos vejámenes sin querer declarar la menor palabra que pudiera perjudicar á su yerno, pero todo era inútil.

La federacion sabia ya más de lo que era necesario.

José Antonio fué alcanzado por la comision que lo perseguia, la que le intimó órden de prision, en nombre de todos los gobiernos de la República.

—Encuentro que mi cabeza se halla muy cómoda sobre mis hombros, replicó el jóven.

Si se animan á arrebatarla, pueden avanzar.

E hizo alto provocando con su reducida escolta á la comision que lo seguia.

Esta avanzó decidida, pero muy pronto tuvo que retroceder, primero, y ponerse en seguida en precipitada fuga.

Reynafé y los suyos no habian necesitado hacer uso de sus armas para obtener este feliz resultado.

Habia bastado la resolucion inquebrantable de vender cara la vida, que irradiaba en todos aquellos semblantes juveniles, y ante ella habian retrocedido.

Como su objeto no era montonerear ni hacer pequeñas escaramuzas y prisioneros sin trascendencia alguna al enemigo, José Antonio y su grupo trataron solo de salir del territorio argentino lo más pronto que les fuera posible.

En territorio estranjero estaban seguros, pues nunca se figuraron se atreviese Rosas á hacerlo violar por sus tropas.

Pero estaba escrito que todas las esperanzas mejor fundadas debian fracasar de una manera desgraciada.

Ni aún en territorio estranjero debia estar á salvo aquella noble cabeza!

Una vez en territorio boliviano, se internaron unas diez leguas y decidieron descansar algunos dias de las fatigas y penurias de su marcha tan precipitada.

Al efecto ganaron una poblacion miserable habitada por dos buenos viejos, á quienes pidieron hospitalidad aunque fuera por un par de dias.

Todavia en aquellos buenos tiempos la hospitalidad era un deber cuyo cumplimiento ninguno se habria atrevido á eludir.

Los viejos franquearon su pobre rancho, medio aplastado ya por el peso de los años, y allí se instalaron todos con la mejor voluntad y alegria.

Pero los agentes de Rosas, precedidos por bomberos excelentes y rastreadores de gran vista y olfato, no estaban muy lejos de allí.

Al saber que habian pasado á territorio estranjero, el oficial que mandaba aquella tropa pareció vacilar.

Pero pronto se le vió encojerse de hombros y avanzar resueltamente.

Tenia instrucciones de perseguirlo hasta donde lo alcanzara y tomarlo allí, fuera donde fuera y aunque tuviera que matarlo, en último estremo.

Descubierto el punto de residencia y por la manera de haber soltado los animales que montaban, los vaqueanos aseguraron que los fujitivos estaban allí reposando por algunos dias, pues sin duda se creian libres ya de todo peligro y protejidos por otra bandera.

Entonces el oficial tomó sus medidas para asegurar el golpe por sorpresa.

Se emboscó cerca de allí y esperó que llegara la noche y que los fujitivos se entregaran al reposo.

Fué entonces que cayó sobre la choza como una invasion de indios.

Sorprendidos Reynafé y los suyos durante el sueño, no pudieron defenderse, ni siquiera acudir á sus armas, de que se habian apoderado ya los asaltantes.

Todos fueron hechos prisioneros y amarrados antes que pudieran darse cuenta de lo que sucedia.

No habia que perder tiempo.

La autoridad del territorio que violaban podia sentirlos y echarlo todo á perder, quitándoles los presos.

Todos los prisioneros, que eran cuatro, fueron atados y atravesados sobre las mulas.

Al entrar á terrritorio boliviano, donde se creía seguro, Reynafé habia despedido á los pocos soldados que lo escoltaban, quedando en su compañía solo los tres amigos.

Acto contínuo se pusieron en marcha despues de sacudir algunos palos á los viejos que se atrevieron á interceder por los presos.

Aquella jornada fué terrible para los compañeros de desgracia.

No se les dirijia la palabra sinó acompañándola con sendos palos y golpes de puño.

El alimento que se les dió hasta Salta, fué las más groseras injurias é insolencias.

Los esbirros de Rosas estaban en su elemento.

Tenian víctimas que escarnecer, sin correr el menor peligro y esto los entretenia sobremanera.

Una vez en poder de los asesinos de la liga, el martirio de Reynafé y los suyos asumió un carácter tremendo.

Se le quiso hacer declarar desde el principio que él era uno de los asesinos de Quiroga, y como se resistiera, fué engrillado y encerrado en un calabozo inmundo hasta el dia siguiente, que se les

haria seguir viaje para Córdoba, donde serian juzgados.

El resto del viaje hasta la ciudad clerical, fué un tormento interminable.

Se les trataba peor que si hubieran sido verdaderos asesinos, de los más feroces.

Se les queria obligar á prestar las declaraciones que convenia á la federacion, y para ello empleaban todos los medios que su bestialidad le sujeria.

Ellos sufrian con resignacion.

Esperaban que una vez en poder de la autoridad de Córdoba cesarian todos aquellos escándalos y vejámenes.

Pero todo pasó precisamente al revés de lo que esperaban.

Fué en Córdoba donde más se ensañaron con ellos, pues era precisamente donde estaba el interés de hacerlos pasar por los asesinos de Quiroga.

José Antonio y José Vicente fueron careados entre sí y con los demás supuestos cómplices.

El asesino Santos Perez fué traido delante de ellos y allí obligado á declarar que, al dar muerte á Quiroga y Ortiz habia sido obedeciendo sus órdenes.

Los Reynafé se encerraron en una noble negativa, lanzando en público y á la cara de sus inícuos jueces, por vez primera, el nombre de Juan Manuel de Rosas como único autor de aquel asesinato.

—Sus cómplices, dijeron, en este crímen que se pretende hacer caer sobre nosotros, son todos los Gobernadores de la Confederacion, aliados al de Buenos Aires, su instigador.

Los tratamientos bárbaros crecieron con este motivo.

Los Reynafé fueron pasados á los más frios y húmedos calabozos de la clerical ciudad, donde se les obligaba á recibir como alimento los huesos que habian roido ya los demás presos.

El pobre Guillermo, el más jóven de todos, no podia tardar en venir á compartir con ellos tanta miseria y sufrimiento.

El habia tomado distinto rumbo al de sus hermanos.

Más ágil y tal vez con ménos apego á la vida que ellos, salió solo, con intencion de pasar á la Rioja, donde tenia muy buenas amistades, y de allí á Chile, donde se veria libre de toda persecucion.

Pero no pudo salir de Córdoba.

Se le perseguia con un encarnizamiento terrible y se habian tomado todo género de medidas para que no pudiera abandonar la provincia.

Guillermo se convenció por el momento que la mejor manera de salvarse era permanecer en Córdoba, y así lo resolvió.

Guillermo, como todos sus hermanos, tenia valiosas amistades en Córdoba.

La sociedad estaba profundamente indignada y conmovida por la iniquidad sin nombre que contra ellos se hacia.

Así es que, aunque de una manera oculta por el peligro que se corria, todos les ofrecian elementos y dinero para la mejor realizacion de la fuga.

Guillermo, aprovechando una de estas generosas y espontáneas ofertas, se fué á un puesto de D. Matias Bustamante, de que era capataz Roque Quinteros, y allí se escondió, decidido á no salir hasta que pudiera ausentarse de Córdoba de una manera segura.

Allí recibió la noticia de la prision de sus hermanos, y la manera como esta se habia efectuado.

Guillermo se decidió á correr la misma suerte.

—Presos ellos, dijo, está de más andar esquivando el bulto.

Así caeremos todos bajo el mismo golpe miserable, ó nos ayudaremos unos á otros para librarnos de la infamia que con nosotros se quiere hacer.

A pesar de la decision que tenia Guillermo tuvo que ceder á las instancias del señor Bustamante, acompañadas de las

más justas reflexiones que puedan hacerse.

—Lo que se busca aquí, le decia, es asesinar á ustedes, con el doble objeto de suprimirlos, porque ustedes estorban á la Federacion, y de ocultar á los verdaderos asesinos de Quiroga, acusándolos á ustedes.

Es, pues, una tontera y un desatino ir á estirar el cuello para que le corten la cabeza.

—Pero yo no puedo reducirme á la inaccion cuando mis hermanos sufren los martirios de una prision infame.

—¿Y qué vá usted á remediar con aumentar el número de las víctimas?

Con semejantes razones, Guillermo tuvo que ceder y seguir oculto, convencido de que era el medio mejor para librarse de las garras de la Federacion.

Poco tiempo tuvo el pobre que permanecer en aquel escondite, donde la amistad no lo dejaba carecer de nada.

Los espias de Rosas, que sabian que Guillermo Reynafé no habia salido de Córdoba, seguian su pista sijilosamente, haciéndose pasar en todas partes como amigos que trabajaban por la libertad de los presos.

Así fué que dieron bien pronto con el refujio de Guillermo.

Introducidos en el puesto de Bustamante, pudieron convencerse de que allí estaba la víctima perdida.

Entonces, y sin moverse de allí á todo evento, dieron cuenta al Gobernador de Córdoba de lo sucedido.

Fué enviada inmediatamente la misma comision que habia preso á José Antonio, la que se presentó de madrugada en el puesto, intimando á Guillermo órden de prision.

Este no opuso la menor resistencia.

Se dejó remachar la pesada barra de grillos que le pusieron como medida preventiva, y conducir fuertemente amarrado.

Ya iba á compartir con sus hermanos los horrores del martirio, y esto ya era un consuelo para su corazon noble.

La liga de asesinos cayó sobre Guillermo como bandada de aves de rapiña.

Se le quiso hacer declarar todo lo que necesitaban, pero se encontraron con un carácter de acero, que rechazó indignado aquella acusacion infame.

—Un Reynafé no puede ser un asesino, dijo; son ustedes unos miserables.

Y cruzó los brazos sobre el pecho en un movimiento jigante.

Aquellos jueces cobardes tentaron seducirlo, ofreciéndole dinero y libertad.

—Es preciso declarar, le decian, y te ponemos en libertad, haciéndote fugar cargado de dinero.

De otro modo irás á la horca con todos los demas, porque no ha de faltar quien declare.

—¿Quiere decir que ustedes me proponen que con una calumnia entregue al verdugo la cabeza de mis hermanos?

¿Qué venda sus cabezas como cabezas de matadero?

—No hombre, es preciso declarar que ustedes fueron los que ordenaron la matanza de Barraca Yaco.

Nada les va á suceder.

Es que así lo quiere el Gobierno de Buenos Aires, y esto es todo.

Guillermo desplomó sobre aquellos séres degradados una mirada de profundo desprecio, tembló todo en una sonrisa nerviosa, y les escupió al rostro estas palabras:

—Ustedes son sencillamente unos cobardes, que ni siquiera merecen el honor de una bofetada.

El martirio, como la muerte, no me imponen. Yo los desprecio y los maldigo.

—Peor para tí, porque tus hermanos han declarado.

—Mentís! mentís mil veces, gritó.

Un Reynafé no es un bandido!

Convencidos que con palabras nada lograrian, recurrieron á los medios violentos.

Guillermo fué alojado en un calabozo húmedo, lleno de insectos y reptiles de toda especie

Pero este horror movible no pudo en su espíritu valiente más que las amenazas.

Como sus hermanos, no recibió por todo alimento más que las sobras y desperdicios de otros presos.

No se les dejaba un instante de reposo, interrumpiéndoles el sueño á cada momento, y maltratándolos de todos modos.

Fué entónces que el sumario tomó su forma odiosa.

LOS MÁRTIRES

PARA toda la poblacion de la República, los hermanos Reynafé eran inocentes del crímen miserable que se les imputaba.

Era conciencia pública que sus únicos y verdaderos autores eran los gobiernos de la liga, encabezados por Rosas é instigados por el fraile Aldao, famoso bandido que tendrá su capítulo especial en esta terrible historia.

Pero esto poco importaba á Rosas y á los gobiernos de la liga.

Ya tenian bajo su garra á los Reynafé, que era lo interesante.

El resto de la obra maldita era lo de ménos.

A pesar de todo martirio y todo engaño se habian negado á aceptar la responsabilidad del crímen.

Pero esto era un inconveniente fácil de destruir.

Y esto se reduciria á alterar las declaraciones y hacer en ellas confesar á los presos lo mismo que negaban.

Todo se reduciria á un poco más de trabajo.

Las declaraciones fueron, pues, alteradas y publicadas en los diarios de la federacion.

Por ellas todos los presos aparecian convictos y confesos del crímen que se les habia imputado.

José Vicente acusaba á sus otros hermanos, y estos, para disculpar su participacion en el asesinato que no negaban, invocaban órdenes recibidas del Gobernador José Vicente.

Y como Francisco Reynafé era el único ausente, contra él se ensañaban todas las declaraciones.

Santos Perez aseguraba haber recibido de Francisco mismo las órdenes para el asesinato y el mismo Guillermo, noble y recto carácter, aparecia declarando contra su hermano.

Así se instruyó en Córdoba aquel sumario terrible, en medio de los martirios más insoportables para los que en él figuraban.

En el domicilio de los cuatro hermanos se habia encontrado correspondencia familiar y política que, interpretada como mejor les pareció y alterada en su esencia, pretendian hacerla figurar como cuerpos de delito capaces de hacer condenar á muerte al mismo Dios padre.

Sabedores de esto los Reynafé, perdieron toda esperanza de salvacion.

Recien comprendieron que lo del proceso era una farsa inícua y que no era más que un pretesto para cortarles la cabeza con toda la apariencia de un acto de justicia.

Pero este convencimiento no fué bastante á quebrantar aquellas viriles organizaciones.

Lo único que los aterraba era la condena infamante que iba á caer sobre ellos. porque no faltaria quien la creyera.

Sin embargo se dominaron, mostrando más entereza que nunca.

Todavia tenian la inocente esperanza de que tal vez no se atrevieran á consumar la obra.

Todavia no conocian toda la barbárie de aquella dictadura sangrienta, bajo cuyas órdenes rodaron tantas y tan nobles cabezas.

Pero bien pronto tuvieron que perder esa última esperanza.

La muerte de ellos era una necesidad imperiosa para la federacion, puesto que importaba borrar un crímen y atar una provincia dudosa.

No habia, pues, que vacilar, mucho ménos cuando vieron el giro que tomaba el sumario.

Concluido este, fué remitido á Rosas, poniendo á su disposicion todos los presos y nombrándolo Juez supremo de aquel crímen, calificado de alta traicion á la patria y á la santa causa de la federacion.

Rosas se apresuró á aceptar, prometiendo hacer una ejemplar justicia, y mandando que todos los autores y cómplices en el crímen de Barranca Yaco fueran remitidos á Buenos Aires para ampliar el sumario y condenar á los reos.

Fué aquí que empezó la segunda parte de aquella trajedia que debia concluir en la plaza de la Victoria.

Los Reynafé comprendieron que no volverian más á Córdoba, y pidieron como único servicio á sus asesinos, les permitieran ver sus familias y despedirse de ellas tomando algunas disposiciones.

La respuesta fué tan insolente como bárbara.

—¿Concedieron ustedes acaso esa gracia al general Quiroga? dijeron.

Pues mueran ustedes de la misma manera.

La familia de los asesinos son los reptiles del calabozo.

Ahí los tienen ustedes.

Se les permite hasta llevarlos para amenizar el viaje.

José Vicente, que profesaba á sus hijos una idolatria ciega, sintió que se le oprimia el corazon y no encontró palabras con que responder á aquella burla sangrienta.

Dobló su altiva cabeza, y dos lágrimas cayeron sobre aquel pecho varonil y esforzado.

Antonio miró un momento á aquellos bandidos con una mirada candente, y dijo:

—Brutos, ni siquiera tienen el talento de la ferocidad.

No saben pasar la plaza de magnánimos!

Y se retiró á un rincon del calabozo para evitar su presencia.

Guillermo, que poseia la sangre más ardiente y juvenil, los apostrofó de todas maneras, y á pesar de sus grillos tentó de saltarles encima.

¡Pobre mártir!

Su esfuerzo no tuvo más consecuencia que renovar el dolor insoportable de sus llagados piés.

—¡Infames! concluyó, me queda el consuelo de saber que allá arriba hay quien nos vengue!

La justicia de Dios es ineludible!

Aquellos miserables rieron estruendosamente de aquellas palabras y se retiraron á preparar todo lo necesario para el viaje, viaje terrible, tan amargo como el del Calvario.

Los Reynafé y titulados cómplices fueron sacados de la cárcel y librados de sus grillos. El viaje hasta Buenos Aires debian hacerlo á pié, para lo cual los grillos eran un sério inconveniente.

En cambio se les aseguró bien por medio de largos maneadores, pues temian que uno de ellos fuera á escaparse, ó hacer un motin entre todos, lo que les obligaria á dormir durante el camino en un contínuo sobresalto.

Así, los Reynafé, queridos y estimados por todos sus conciudadanos, salieron de la Provincia madre, que con tanta abnegacion habian hecho prosperar, en medio de una rechifla general y de los insultos de la chusma federal que debia insultarlos hasta Buenos Aires.

Un piquete de caballería abria la marcha, entre el cual debian ir, á pié se entiende, los hermanos Reynafé, para que no pudieran comunicarse con los demás presos.

Estos, ayuntados de cuatro en cuatro, marchaban precedidos del piquete, llevando detrás otro grupo de soldados de caballería.

Estos tenian la facha más siniestra que pueda imaginarse.

Todos harapientos y cubiertos de cintas coloradas con horribles letreros, ginetes en mulos adornados de la misma manera, parecian todo ménos séres humanos.

Un jefe que merecia toda la confianza de los gobiernos de la liga, traia bajo sus órdenes toda aquella rara mezcla de verdugos y víctimas.

Porque á pesar de todas las promesas y seguridades, Santos Perez mismo era tratado con igual rigor que los demás presos.

—En el camino nos matarán, pensaron los Reynafé.

En el estado miserable que nos hallamos, es imposible que podamos andar de aquí al Rosario.

Esta gente está dispuesta á hacernos marchar á palos y es preciso evitar en lo posible los malos tratamientos.

El estado de aquellos infelices era realmente espantoso.

Sus tobillos, á causa de los grillos, eran una llaga viva, sanguinolenta y supurante.

Su debilidad era estrema, á consecuencia de la humedad de los calabozos y la miserable alimentacion.

Las primeras dos leguas las anduvieron con poca dificultad.

La marcha habia sido abierta con un rebencazo aplicado en las espaldas de Perez, y ante argumento semejante, cada cual trató de que no se le hiciera en pellejo propio.

Pero despues de esta distancia la marcha empezó á hacerse insostenible.

Las piernas flaqueaban y las fuerzas, mal alimentadas, empezaban á desfallecer.

José Vicente llamó al jefe de la tropa y le pidió algun descanso, por corto que fuera.

—No podemos dar un paso más, le dijo, y si hemos de llegar á Buenos Aires es preciso que se nos permita descansar.

—Para hacer el primer descanso, respondió aquel bandido, es preciso que andemos por lo ménos ocho leguas más.

¿Cómo no estuvieron cansados para asesinar al general?

Marchen no más, porque si no, aquí hay un remedio contra la pereza.

Y acompañó sus últimas palabras con un formidable golpe de látigo.

José Vicente se conmovió todo como al contacto de una máquina eléctrica.

Miró á sus hermanos con toda la resignacion de su alma noble, y abatió la cabeza.

—Es preciso hacer un esfuerzo supremo para caminar, les dijo—si nó tendremos encima el látigo de estos miserables.

Si pudiéramos hacernos matar, ménos mal.

Pero es que nos van á obligar á seguir caminando á golpes y martirios.

—Si pudiéramos valernos tan solo de las manos, dijo Guillermo, podriamos ahorcar á ese miserable y obligar así á su chusma á que nos mataran.

Pero mis ligaduras son terribles—siento que las arterias no pueden soportar ya la presion de la sangre en ellas encerrada.

Los tres hermanos se ayudaron con una mirada de supremo cariño y siguieron arrastrando pesadamente sus piés sobre aquel camino áspero y sembrado de pedregullo.

Así, cayendo y levantando y sufriendo verdaderos tormentos, anduvieron dos leguas más.

A las llagas de los grillos se unia ahora el despedazamiento de los piés, producido por la marcha penosa que llevaban.

A pesar de todos los esfuerzos terribles de voluntad, llegó el momento en que no pudieron dar un solo paso.

José Vicente, que era quien llevaba más

largo el cautiverio fué el primero en caer.

José Antonio y Guillermo corrieron en su auxilio, pero ¿qué podrian hacer ellos, amarradas sus manos á la espalda?

Frente á su impotencia, cayeron tambien al lado del hermano, á cubrirlo con sus cuerpos contra los golpes, ya que no podian hacer otra cosa.

El comandante de la tropa acudió y les mandó que inmediatamente siguieran la marcha.

—¿Con qué piés? preguntó José Vicente sonriendo.

No podemos dar un solo paso más, á pesar de toda nuestra buena voluntad.

El comandante sin cuidarse de averiguar el grado de verdad que habia en el aserto, mandó que los hicieran parar á palos y seguir la marcha.

Guillermo y José Antonio se incorporaron para protejer el cuerpo exánime de Vicente.

Pero fueron separados, empezando á golpear el cuerpo del caido con una ferocidad creciente.

El antiguo Gobernador de Córdoba no se movió.

Lo que no habia podido su grande esfuerzo de voluntad, ménos podia lograrlo el garrote, que no haria otra cosa que postrarlo cada vez más.

José Vicente fué golpeado hasta que perdió el conocimiento.

Fué entonces que el comandante mandó acampar y desensillar las mulas.

Despues que la tropa hubo comido, fueron conducidos los presos á hacer lo mismo, con la sobra de la miserable comida.

Era tal el hambre que tenian, que se pusieron á roer los huesos con una voracidad canina.

A la noche fueron amarrados contra los árboles para mayor seguridad.

A cada momento los centinelas iban á mirar si dormian, interrumpiéndoles el sueño con patadas y otros tratamientos análogos.

Al dia siguiente fueron los presos los que ensillaron los caballos de aquella tropa de foragidos.

El comandante y los dos oficiales que comandaban la tropa, se habian distribuido como asistentes á los hermanos Reynafé.

Con ellos se hicieron cebar mate y hacer los demas servicios de la mañana.

Concluidos estos, fueron obligados á seguir la marcha á pié.

Si el dia anterior habian podido andar cuatro leguas, ese dia no pudieron más que dos.

En vano fueron los palos y demas martirios á que se les sujetó.

No pudieron dar un paso más.

En vista de esto, el comandante de la tropa hizo un chasque á Córdoba consultando lo que debia hacer, porque el viaje así, era interminable.

La respuesta no tardó en llegar.

Ella estaba en relacion con todas las iniquidades cometidas.

«Los hará usted caminar, decia, hasta que no puedan moverse.

Para ganar tiempo, puede hacerlos subir en ancas, pero tan pronto como descansen, volverá á hacerlos marchar á pié.»

Se tentó el último medio de hacerlos andar, un medio tan feroz como salvaje.

—Vamos á hacer la prueba de los caballos empacados, gritó uno de los gauchos.

—Viva! ahullaron los demas—vamos á ver si es maña.

Aquello era tremendo y conmovedor, pero la escolta de los Reynafé era escogida entre los más sombrios bandidos.

Hé aquí el medio que iban á poner en práctica con aquellos desventurados.

Cuando un caballo se empaca y se agotan con él todos los medios de paciencia y rigor para hacerlo caminar, se recurre al que los paisanos llaman el último.

Amontonar bajo la barriga del caballo, una gran cantidad de paja bien seca.

Hecha esta operacion, montan el animal y pegan fuego á la paja.

No hay caballo que persista en no caminar cuando siente sobre la barriga el calor de las llamas.

Generalmente echan á disparar, costando gran trabajo sujetarlos y dislocándose muchas veces.

Esto era lo que iban á hacer con José Vicente, el más postrado de los tres.

—Yo caminaré, yo caminaré! gritó éste cuando supo de lo que se trataba.

Y el horror le dió fuerzas para caminar unos veinte pasos más.

Pero en seguida volvió á caer, no pudiendo pararse por más esfuerzos que hizo.

—Es de gusto! es de gusto! gritaron los federales.

El que puede andar dos pasos, puede andar cuatro.

—A la paja!

—A la paja!

Y empezaron á cortar apresuradamente las matas de pasto seco y paja que habia en los alrededores.

Los Reynafé miraban aquello como idiotizados.

Estaban á la completa merced de aquellos miserables y no habia evasiva alguna.

Hacian con ellos todo cuanto se les ocurria.

Lo único que sentian verdaderamente es que no se les ocurriera darles de puñaladas.

Así todo habria concluido pronto.

Para tentar esta felicidad, tanto José Antonio como Guillermo cubrian de insultos á sus guardianes y les decian todo aquello que calculaban pudiera hacerles perder la paciencia.

Pero bien pronto abandonaron esta táctica convencidos de que con ella no conseguirian más que unos cuantos palos de más y alguno que otro rebencazo de domador.

Al poco rato los bandidos tuvieron un buen monton de paja seca.

José Vicente fué despojado de sus ropas y puesto sobre la paja.

—¿Quieres ó no quieres caminar? le preguntaron.

—No puedo, murmuró la noble víctima. Denme una puñalada en el corazon, y les perdono todo el mal que me han hecho.

—Tenemos órden de entregarlos vivos sinó. hace ya mucho tiempo que lo habriamos hecho,

Ahora se trata de que caminés, sinó te vamos á asar las tripas.

José Vicente hizo un esfuerzo tremendo para ponerse de pié, siquiera, pero volvió á caer sobre el monton de paja.

—¡Pues á prenderlo! gritó un sargento y se acercó con el yesquero encendido.

El comandante miraba aquella operacion, impasible y sin hacer el menor movimiento.

Parecia que presenciaba la cosa más natural de este mundo.

Los otros hermanos miraban aquellos preparativos con todo el horror que puede engendrar situacion semejante.

Eran tales los esfuerzos que hacian por ir en socorro de Vicente, que los maneadores con que estaban atados se les habian enterrado en la carne como un centímetro.

Sus injurias á los verdugos eran terribles, pero con ellas no lograban sinó arrancar estruendosas carcajadas y unas cuantas frescas.

—¡Mueran los salvajes unitarios! gritó el sargento, y encendió fuego á la paja.

Un humo denso y oscuro envolvió la víctima de aquella inquisicion federal.

Antonio y Guillermo se cubrieron el semblante lanzando un grito de desesperacion.

El humo fué reemplazado por una llama viva y rojiza que subió en brillantes espirales.

José Vicente lanzó un quejido desgarrador, se encojió y se le vió hacer un supremo esfuerzo para saltar, pero volvió á caer sobre el fuego.

No habia podido avanzar una línea.

No habia, pues, la menor duda de que el hombre estaba postrado.

Temiendo que aquello pudiera tener malas consecuencias para la vida de José Vicente, el mismo comandante se precipitó sobre el grupo y lo arrancó de las llamas.

Tenian órden terminante de entregarlos vivos y sanos en Buenos Aires y de martirizarlos de manera que no pudiera comprometer la vida de ninguno de ellos.

Y demasiado sabian de qué manera se vengaba la federacion.

José Vicente se habia hecho algunas lijeras quemaduras que, aunque de pocas consecuencias, habian sido lo bastante para producirle sufrimientos espantosos.

Se le hicieron algunos remedios de campo para que las consecuencias fueran menores, y se le subió en ancas del sargento.

Dos soldados cargaron con los otros dos hermanos, para poder seguir la marcha hasta llegar al Rosario.

Los otros presos fueron provistos de mulas.

Eran infelices á quienes no habia gran interés en martirizar.

Todos habian cantado al tono que se les pidió y no habia por que mortificarlos.

Así fueron hasta el Rosario, donde se les dió una buena racion de carne para que recuperaran las fuerzas perdidas y estuvieran entonados para aguantar las caricias que les haria don Juan Manuel.

José Vicente apénas pudo tomar un poco de leche.

Su naturaleza robusta y magnífica antes de ser preso, se habia quebrantado al estremo de que ninguno de sus antiguos amigos lo hubiera reconocido.

Sus pómulos agudos y salientes, su color amarillo y sus ojos escondidos entre las órbitas, donde brillaban con un fulgor siniestro, le daban todo el aspecto de un tísico en el último grado.

Es que sus sufrimientos morales habian sido tan hondos como los físicos.

José Vicente tenia una familia que amaba con pasion, á la que dejaba abandonada y perseguida y á la que tal vez no volveria á ver más.

El era un hombre de mucha inteligencia y de bastante ilustracion para comprender que habia contraido una afeccion forzosamente mortal.

—Si no se apresuran á asesinarme pronto, decia, se van á llevar un solemne chasco.

Una hipertrópia suele caminar más, que un proceso como el nuestro.

La provincia de Santa-Fé era el foco de la federacion más implacable, y sobre todo un hervidero de ódios mezquinos y pasiones ruines.

Los santafesinos se habian identificado con su caudillo Lopez, á quien seguian fielmente tanto en sus ódios como en sus afecciones.

Así es que la poblacion del Rosario se puede decir que acudió en masa á gozarse en el martirio de los Reynafé.

En los calabozos y en los patios del presidio fueron escarnecidos de todos modos por el populacho, que vivaba á Rosas, sin que fuera capaz de conmoverlo el aspecto cadavérico de Jose Vicente, capaz de impresionar al espíritu más indiferente y duro.

Era tal el estado de este infeliz, que se creyó no llegaria á Buenos Aires.

En medio de la rechifla de la chusma, los presos salieron del Rosario, donde habian permanecido dos dias bien amargos.

José Vicente iba constantemente á lomo de mulo, pues ya no podia sostenerse parado ni un solo minuto.

Los piés se le habian hinchado inmensamente y las piernas habian comenzado á adquirir las mismas proporciones.

En San Nicolás se les embarcó en un vapor que les estaba esperando, para conducirlos al último martirio y á la muerte.

Rosas habia sido prevenido con anticipacion, y se les tenian ya preparados hasta los calabozos donde se les iba á alojar,

cuidando que estos fueran los más inmundos é inhabitables de la cárcel, hoy casa de justicia.

Si aquellos grandes viejos muros pudieran hablar, ¡cuánta leyenda tremenda nos contarian!

El viaje en el buque fué un idilio de paz, comparado con el que habian traido hasta entonces.

Siempre se les mortificaba de todos modos, siempre recibian algun punta-pié del oficial que pasaba por su lado, pero siquiera no caminaban y venian en la posicion que les era más cómoda.

El alimento suministrado fué mejor que nunca, por que al ménos fué más límpio y abundante.

A la noche se recojieron temprano y no fueron molestados en su reposo.

Sus verdugos venian tambien muy fatigados y solo pensaron en descansar.

Cuando los hicieron levantar del rincon donde dormian, junto con la primer luz de la madrugada, José Antonio y Guillermo se encontraron más fuertes y más dispuestos á sufrir con entereza los nuevos martirios á que serian sometidos.

El mismo José Vicente estaba tan animado que deseó ver prolongarse su vida el tiempo necesario para confundir á sus miserables calumniadores.

Esto no podia llamarse sinó una alucinacion de la fiebre del martirio.

¿Cómo confundir la calumnia, cuando el majistrado que los iba á juzgar era quien la habia hecho lanzar?

¿Qué justificacion podian esperar cuando el que iba á condenarlos como asesinos era el mismo que mandó cometer el asesinato que se les imputaba?

No habia salvacion posible.

Aquella causa estaba fallada con anticipacion, harto lo comprendian.

Era, pues, inútil disputar la cabeza, que habian perdido irremisiblemente.

Esto lo pudieron apreciar hasta en el mismo aspecto de Buenos Aires cuando desembarcaron.

Todo les era hostil, hasta el finísimo aguacero que caia y el frio desconsolador que penetraba hasta la médula de los huesos.

A las doce del dia fondeaban por fin en Buenos Aires, por lo que dieron gracias á Dios. Por fin se verian libres de las patadas y palos de aquella chusma miserable.

Tenian la idea de que en Buenos Aires los verdugos serian más civilizados y les darian de puñaladas, pero no de puntapiés.

Estaba de Dios que los Reynafé habian de equivocarse en todos sus cálculos.

UN NOBLE ESPÍRITU

LOS Reynafé eran esperados en el bajo y sus alrededores con una ansiedad incalculable.

La venida de los asesinos del general Quiroga, para ser juzgados en Buenos Aires, se habia anunciado desde que salió el vapor en su busca.

De modo que desde el dia anterior á la llegada, la chusma federal se habia agrupado en el bajo apalabrada de antemano para insultar á los Reynafé y apedrearlos hasta la cárcel.

De este modo el pueblo mostraria su federal protesta contra los autores del crímen de Barranca Yaco, mostrándoles así la opinion que sobre ellos se tenia en Buenos Aires y lo que podian esperar de la justicia.

Apénas pisaron tierra porteña, se levantó en el bajo un clamoreo terrible.

—¡Viva la Confederacion Argentina! ¡Viva el Restaurador de las leyes! ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Mueran los asesinos Reynafé!

Estos eran los gritos que resonaban en todos los grupos.

El estado miserable de Buenos Aires no podia ocultarse á los recien llegados.

Aquellas caras patibularias, respirando alcohol por todos sus poros;

Aquellos descamisados, cubiertos de andrajos y de divisas coloradas;

Aquellos borrachos de facon á la cintura, que olian de una legua á caña con limonada, eran una prueba palpitante del estado de degradacion moral á que habia llegado Buenos Aires bajo el gobierno de Rosas.

No se veia sinó gente tambaleante, ó energúmenos que lanzaban alaridos descompasados,

Los Reynafé fueron los primeros que bajaron á tierra sintiendo helarse su corazon con un frio de muerte ante el aspecto de la ciudad.

—Estos son los hermanos Reynafé.

Estos son los asesinos del general Quiroga, dijo el oficial que los acompañaba, mostrándolos á la plebe.

—Mentís! le gritó Guillermo en medio de la indignacion más sublime.

Los asesinos de Quiroga son el goberbernador de Buenos Aires, unido á los gobernadores de aquellas pobres provincias.

Un clamoreo infernal apagó las palabras del jóven, que se preparaba á hablar más largo.

Guillermo tentaba así, de paso, un recurso que no le parecia malo.

Insultando á Rosas en el centro de su prestijio y ferocidades, tal vez esa turba se irrite y nos despedace pronto.

Así habremos concluido de una vez.

La chusma aquella no hubiera tardado mucho en darles gusto á la mano, degollándolos sobre tablas.

Pero tenian órden de moderar su indignacion justísima y no propasarse en hechos que pudieran ocasionar la muerte de alguno de ellos.

Así es que se contentaron con lanzar sus terribles gritos de ¡mueran! acompañados de uno que otro ladrillazo y pedrada.

Cuitiño y Troncoso eran los encargados de cuidar que, en un esceso de santo amor federal, la chusma no fuera á pasar de las piedras al cuchillo.

Así atravesaron aquellos nobles jóvenes, desde el bajo hasta el cabildo.

Las federales, por su parte, ayudaban á sus hombres en la obra impía. Aquellas mujeres, reclutadas entre la última haz de la soldadesca, envueltas en sus largos rebozos de bayeta colorada, llegaban hasta los Reynafé para escupirlos en la cara ó darles algun bofeton.

Cada vez que sucedia alguna escena de estas, la federacion aplaudia de una manera desaforada, pidiendo se repitiera la injuria.

Los otros desgraciados se puede decir que pasaban desapercibidos.

Toda la saña y el encono, eran contra los Reynafé.

Así lo habia mandado el gobierno y así era preciso cumplirlo.

Fué entre aquella granizada de injurias y ladrillazos, que los tres hermanos entraron á la cárcel.

En el gran patio permanecieron en vergonzosa exhibicion hasta la noche.

Los federales de todo pelaje iban allí en grandes grupos á saciar su ferocidad contra las pobres víctimas.

Aquello era fuertemente repugnante y conmovedor.

Borrachos que se paraban para aliviar el estómago del esceso de bebida, mujerzuelas que lanzaban palabras capaces de ofender el pudor de un granadero, asesinos que mostraban el cuchillo con ademan amenazador, y energúmenos que vomitaban injurias de toda especie.

Toda esta amalgama nauseabunda, confabulada para ensañarse contra aquellos tres hombres que no habian cometido otro delito que no querer aliarse al más infame de los tiranos.

En el patio de la cárcel los Reynafé apuraron los más bárbaros martirios morales.

Cuando la noche cubrió con sus sombras aquel cuadro de vergüenza, los Reynafé fueron introducidos en un calabozo.

A semejanza de los de Córdoba, aque-

llos eran calabozos movibles, puede decirse, por la cantidad de arañas y réptiles que cubrian su techo y su piso.

Este era el alojamiento que la federacion les preparaba.

Los otros presos fueron alojados en los pocos calabozos que quedaban y en las crujías federales.

Fué aquella noche una verdadera noche de parranda para la santa federacion.

Las pulperias estaban llenas de compadres y no se escuchaba por todas partes sinó la noticia de que habian llegado los asesinos de Quiroga para ser fusilados en Buenos Aires.

De las pulperias salian á la calle los grupos de borrachos, sembrando el terror por la ciudad con sus gritos de ¡mueran los Reynafé y los asesinos salvajes unitarios!

La Sociedad Popular Restauradora habia salido de madre y declarado teatro de sus iniquidades las casas de los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres.

Parecia que el desenfreno de la chusma no podia llegar más allá.

De los puntos más remotos de la campaña acudian federales á conocer los asesinos de Quiroga y á felicitar al Restaurador porque estaba llamado á castigar aquel crímen nefando segun ellos.

La venida de aquellos mártires produjo una impresion bien diferente en la primera clase social.

Todos comprendian y sabian lo que habia de verdad en aquella causa monstruosa, y compadecieron á los nobles hermanos.

Porque los Reynafé, por la posicion que ocupaban en su provincia natal y por los servicios prestados por ellos á la patria, eran conocidos en toda la república.

Sus mismas afinidades políticas, que les iban á costar la cabeza, y la digna independencia que quisieron mantener en Córdoba, los habia hecho espectables y estimados aún fuera del país.

Por eso en aquellos dias de terror no se veia por la calle más que gente de poncho y de siniestra facha.

Rosas habia lanzado sus proclamas, tendentes al mejor éxito de su plan infame.

Era preciso que la condena de los Reynafé tuviera todas las apariencias de un riguroso acto de justicia, que no le habia sido posible evitar.

—Está en la conciencia de todo el mundo, dijo, que esos miserables son los autores del crímen de Barranca Yaco.

Pero yo no quiero que pueda acusárseme de la menor parcialidad.

Yo estimaba en lo que valia la noble persona del general Quiroga, pero esto no me hará desviar un átomo del camino recto.

Si por el sumario no aparecen plenamente culpables, la justicia podrá tener alguna contemplacion con ellos.

Pero yo prometo á los gobiernos que han hecho tamaña confianza en mí, que todo el rigor de las leyes caerá, en caso contrario, sobre los miserables.

Es preciso que esta clase de crímenes sean castigados con toda crueldad.

Ayer fué Dorrego y hoy es Quiroga, los dos hombres más beneméritos de la federacion.

Si este segundo crímen queda impune como el primero, mañana el puñal de los asesinos caerá sobre los demás gobiernos, incluso yo mismo, que soy el que ménos vale.

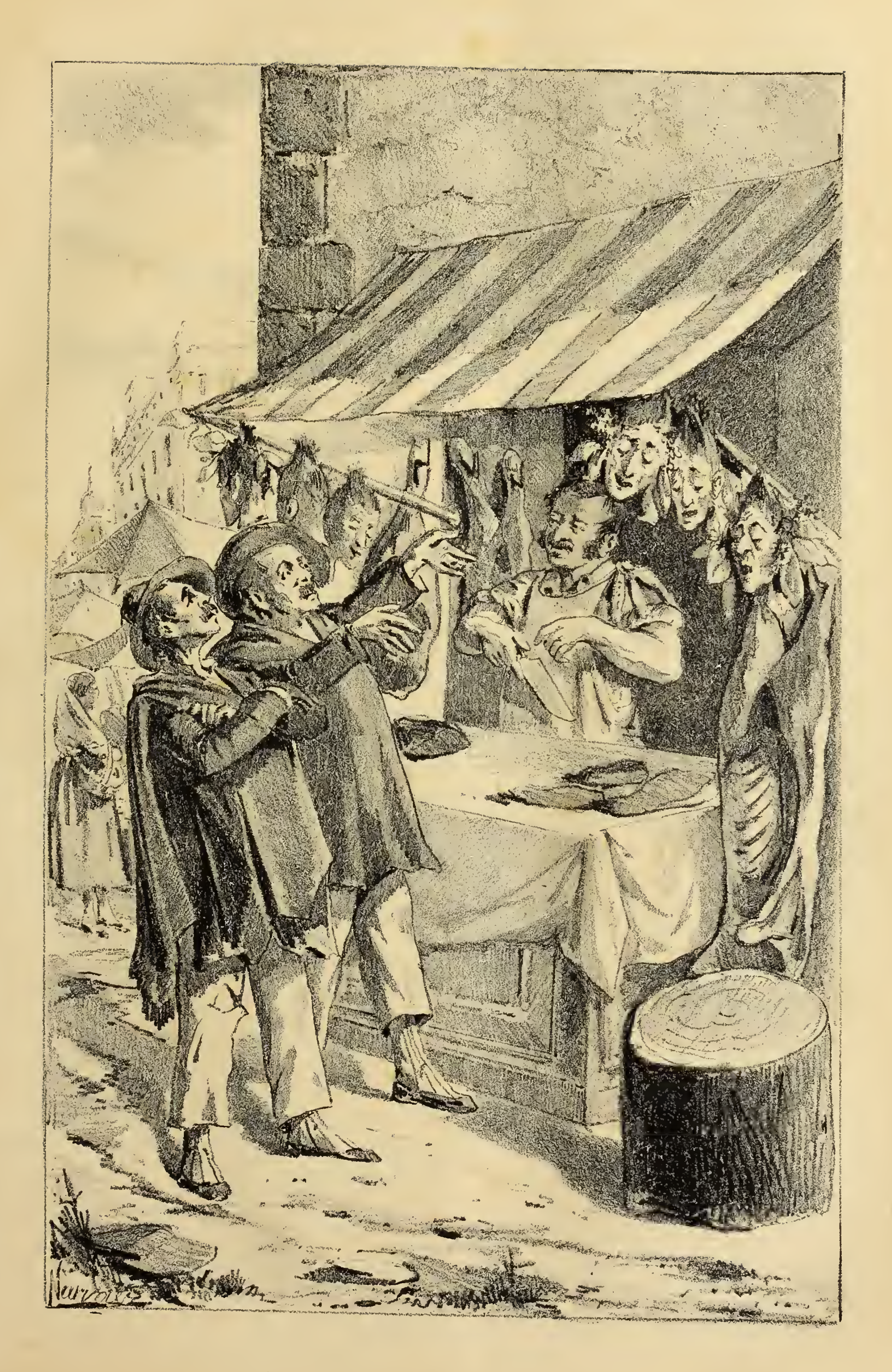
A los presos no se les negará ningun recurso legal.

Si pueden borrar la mancha infamante que pesa sobre ellos, seré el primero en interponerme entre ellos y los ódios que tan justamente han levantado.

—¡Nada de clemencia! aullaban las turbas, aleccionadas unas y deseando las otras un nuevo espectáculo de matanza.

—¡Mueran los Reynafé! ¡Mueran los asesinos del ilustre General Quiroga!

—Seré el primero en someterme á la



El puesto de Don Ramon

voluntad del pueblo soberano, concluia el farsante.

No quiero sofocar su justa indignacion.

Así se preparaba aquel bandido á llevar á cabo el crímen que habia meditado con tanta cobardia y ferocidad.

A pesar de todo lo que hasta entonces habia hecho, aún no se conocia en Buenos Aires toda la hiel y todo el veneno que encerraba aquel espíritu empequeñecido contra sus enemigos políticos.

La matanza de los indios, para quienes creyeron los pretestos y la historia que inventó, era comprensible en un hombre que queria dominar por el terror.

Pero el asesinato de los Reynafé, tan friamente meditado;

Aquella venganza cobarde y brutal ejercida contra personas de posicion y de sacrificios, mostraban en toda su horrible desnudez la frialdad infame de aquel sér que, sin sentirlo, habia rodado hasta un cieno de sangre y de infamias diversas.

No podia calcularse hasta dónde llegaria en el crímen el que así empezaba.

Los años 40 y 42 iban á encargarse de mostrarlo á los pueblos de la República.

Rosas tenia la sagacidad de aparecer siempre como cediendo á las exijencias del pueblo y doblar su cabeza ante el mandato de las leyes.

Por esto se negó á fallar la causa por el sumario que se habia confeccionado en Córdoba.

—Buenos Aires tiene justicia recta y hombres de saber, dijo.

Ellos han de estudiar primero, ampliándola, esta causa escandalosa.

Por ahora reservo mi opinion.

Los Reynafé no se hicieron por esto la menor ilusion.

Sabian que Rosas era el más empeñado en hacerlos desaparecer y que no retroccderia ante nada.

La justicia recta y los hombres de saber de que habia hablado estaban sometidos á su suprema voluntad.

Todo no pasaria, pues, de un aparato más ó ménos largo, pero que tendria su solo término.

El único consuelo que esperimentaban, era no ver entre ellos á su hermano Francisco.

El se ha salvado, decian estrechándose en un fuerte abrazo; y él velará desde el destierro mismo sobre nuestras familias abandonadas y perseguidas.

Dios nos ha tenido de la mano, ayudándolo.

El los protegerá para que nuestros hijos tengan un amparo sobre la tierra!

Y era precisamente la salvacion de Francisco lo que más habia enconado á Rosas.

Su cólera habia estallado de una manera violenta, llegando hasta acusar, por notas oficiales, á los gobiernos sus aliados, de imbéciles é inservibles.

Y estos habian tragado la píldora por propia conveniencia.

—Cuál de ellos se atreveria á tomar la iniciativa de una alianza contra Rosas, despues de los ejemplos de Quiroga y los Reynafé?

Luego pensaban que, aun aliándose todos, no podrian contrarestar el poder de Buenos Aires y Santa Fé, aliada inseparable y foco de la federacion más miserable, pues eran asesinos cuyas crueldades no tenian otro móvil que complacer y mostrarse adictos á Rosas.

Este increpó con una dureza terrible la fuga de Francisco, tratándolos como podia haberlo hecho con un peon de su estancia.

Y los gobernadores se disculpaban alegando pretestos que él desechó con infinita soberbia.

Francisco en libertad y aliado á los unitarios de Montevideo, era un peligro sério para él por el prestigio que tenia en Córdoba.

Ademas, aquel solo Reynafé que escapaba á su venganza, podia tener alguna prueba de la inocencia de todos y su crímen por esta razon no quedaria tan bien encubierto como pensó y preparó.

Toda su cólera y su despecho se desplomó entonces sobre los presos.

Ordenó que no se les diera más alimento que los desperdicios de los demas presos y que, miéntras durara el proceso, se les empleara en los servicios más degradantes de la cárcel.

No conforme con la fuga de Francisco, empezó á gestionar su entrega con el gobierno de Montevideo,

Pero este se negó á remitirlo como se habia negado á otras pretensiones por el estilo.

Entonces oprimió más todavia á los pobres presos.

Despues de lo narrado parece imposible que pudiera hacerse con ellos nada peor.

Pero Rosas era fecundo en martirios.

El Jefe de Policía, por su órden los sacaba entre diez soldados á barrer la calle con grillete al pié, y como esto no fuera bastante, dos dias á la semana se les daba como alimento una racion de cogote crudo.

Cuando no era esto, la racion de desperdicios que se les daba diariamente se les arrojaba al suelo como si hubieran sido perros.

Al principio miraron el alimento con la repugnancia natural, y no lo tocaron.

Pero pasaron dos y tres dias de la misma manera, y la necesidad fué superior á toda repugnancia.

¡El hambre es terrible!

Es preciso haber pasado por ella para poder calcular hasta dónde es capaz de llegar el sér humano dominado por ella.

Los Reynafé recogieron aquellos desperdicios al tercer dia y los devoraron con cierto placer, habituándose á esta clase de alimentacion.

Cuando les tocaba la racion cruda se aguantaban en ayunas hasta el dia siguiente.

Pero la policía de Rosas tenia recursos diabólicos.

Si los presos rechazaban el cogote crudo, no se les daba otra racion hasta que no lo hubieran comido.

—Es mejor que lo coman así, les dijo el alcaide movido á compasion, porque si no lo van á tener que comer podrido.

¡El hambre es mala compañera! yo he visto á un hombre comer hasta lo que no puede decirse.

Los Reynafé se resistieron sin embargo hasta que el hambre volvió á vencerlos.

Y comieron el cogote en un estado espantoso.

Y así como se habituaron á los desperdicios arrojados en el suelo, concluyeron por habituarse tambien al cogote crudo, lo que desesperaba á Rosas que pretendia desesperarlos hasta que le pidieran gracia, vencidos por la desesperacion.

Es lo único que no hubiesen hecho aquellos hombres á pesar de todas las hambres á que se les hubiese condenado.

Tan habituados y conformes estaban ya con aquella vida, que cuando venian por la mañana á arrojarles el alimento al suelo, Guillermo se levantaba sonriente, tomaba un pedazo, lo limpiaba con la mano y decia al que se los llevaba:

—Muchas gracias, amigo, Dios se los dé igual todos los dias!

Estamos conmovidos por tanta distincion.

Y el pedazo que habia limpiado con tanto cuidado lo alcanzaba á José Vicente, cuyo estado de postracion empezaba á alarmarlo.

Guillermo, que era el menor, tenia una especie de veneracion religiosa por su hermano Vicente, que le habia servido de padre.

Así es que lo cuidaba con todo esmero alcanzándole límpio el bocado ménos repugnante de aquel alimento nauseabundo.

Era tal el pesar que esperimentaba al verlo postrado por sus dolencias, que olvidaba sus propios martirios para atenuar en lo posible los del hermano querido.

Los carceleros se conmovian muchas

veces ante la profunda abnegacion de este cariño.

Pero ¿quién era el guapo que se atrevia á conmoverse ante los actos del Restaurador de las leyes?

Se hubieran guardado de dejar ver su conmocion, como del peor de los crímenes.

Y se operaba entonces un fenómeno solo comprensible con el temor de perder la cabeza.

Miéntras más íntima era la conmocion que esperimentaban, se mostraban más duros con los presos.

La crueldad llegó al estremo de alcanzarles el agua en vasijas destinadas á bien diversos usos.

Así los Reynafé, enfermos y desesperados, envejecieron de tal modo que más parecian espectros que séres humanos.

Era pues preciso apresurar la terminacion de la causa para encontrar á quienes aplicar la sentencia que estaba ya pronunciada en la mente de Rosas.

El tirano, para evitar toda responsabilidad en el asunto, como siempre, y aparecer cediendo á exigencias imperiosas, resolvió nombrar un juez especial para que entendiera en la causa y la pusiera en estado de sentencia definitiva.

Este nombramiento, poco envidiable, recayó en el camarista Dr. D. Manuel Vicente de Maza, con el título de juez especial comisionado.

A él se pasó todo lo actuado en Córdoba, poniéndose los presos á su disposicion para los interrogatorios y declaraciones del caso.

Maza se apresuró á aceptar el nombramiento, yendo á recibir órdenes verbales de S. E., pues ya sabia que aquella causa era necesario prepararla, no por los cargos que arrojara contra los presos, sinó por los cargos que sobre ellos era necesario arrojar hasta llevarlos á la muerte.

Era pues forzoso conocer los designios del amo.

El doctor don Manuel Vicente de Maza, presidente de la Cámara de Representantes, que habia puesto en manos del tirano todas las armas del poder público, era el instrumento más miserable de aquel malvado.

Maza era un hombre dotado de una inteligencia clara y robusta, lo que le hacia más criminal aún.

Habia sido y era el mensajero de Rosas en todas aquellas cosas que él no entendia, y se prestaba por complacerlo á las acciones más ruines y despreciables.

Espíritu pequeño sin más horizonte que realizar una ambicion estúpida, habia creido ofuscar á Rosas y apoderarse de él con su inteligencia brillante.

Pero cuando acordó se encontró preso entre las garras de la soberbia pantera.

Y se dobló y se humilló hasta el estremo de consultar con el tirano sus acciones más íntimas y propias.

El se conformó con su rol de instrumento servil y despreciable, á cambio de sostener una posicion que tan cara habia de costarle poco tiempo despues.

Sabia que el nombramiento de juez especial comisionado no era más que un nombramiento de verdugo implacable.

Pero lo mandaba el amo que él á sí mismo se habia dado y era preciso obedecer.

—¿Cómo quiere usted que complete el sumario? se limitó á preguntar.

—De manera que se les pueda condenar á muerte sin que el tribunal más rígido, viendo la causa, tenga nada que decir.

—Será preciso permitirles entonces que nombren defensor, si es que ha de llevar el sello de una justicia íntegra.

—Todo lo que quieran, con tal que se les pueda condenar.

¿Quién se atreverá á defenderlos, aún creyéndolos inocentes?

—Ninguno, estoy seguro.

Serian defensas que constituirian la mejor pieza de acusacion.

—Entonces manos á la obra, y con-

cluir pronto, porque esos pillos están enfermos de gravedad y pueden morirse.

Estas fueron las instrucciones que recibió el doctor Maza para llevar al patíbulo cuatro víctimas cuya inocencia le constaba mejor que á nadie, puesto que con él mismo consultó Rosas el plan de asesinar á Quiroga, preparando las cosas de manera que el crímen recayera sobre los Reynafé.

Maza se puso á la obra inmediatamente, empezando por estudiar lo actuado en Córdoba, para no incurrir en la menor contradiccion.

A los cinco dias fué llamado á su presencia el ex-gobernador de Córdoba, José Vicente Reynafé, para que ampliara su declaracion.

Se le leyó la que figuraba en el sumario como prestada en Córdoba, preguntándole si tenia algo que agregar.

En aquella declaracion, José Vicente aparecia como el que mandó asesinar al general Quiroga y su secretario el general Ortiz, valiéndose para ello de sus tres hermanos.

—¿Qué tiene usted que agregar á esta su primer declaracion? preguntó Maza con un cinismo imposible de imitar.

Miéntras se habia leido aquella pieza adulterada, Reynafé habia cambiado varias veces la actitud de su fisonomía, que habia pasado de una frialdad glacial á un asombro tremendo.

Habia entrado á la sala con un color de cadáver y poco á poco se habia encendido hasta amenazar un ataque á la cabeza.

Cuando escuchó la pregunta que cerró la lectura, se puso de pié como movido por un resorte y encarándose con Maza, dijo:

—Tengo que agregar que esa declaracion no es mia, y que todo lo que contiene es un estúpido tejido de iniquidades. Si se me quiere asesinar, háganlo enhorabuena, pero no se pongan en ridículo.

—Esta declaracion es de usted puesto que por usted está firmada.

Además, el juez que ha actuado en este proceso no es capaz de hacer lo que usted asegura.

—Pues yo sostengo que esa es una calumnia estúpida y niego con toda la fuerza de mi alma, todo lo que esa declaracion encierra.

—Usted no puede negar hoy lo que confesó ayer.

Esta declaracion es suya y usted debe ampliarla, puesto que nada va á ganar ya con negar lo que ha confesado.

—¡Señor asesino! gritó entonces Reynafé con un acento que parecia un gemido.

¡Señor asesino, le prohibo á usted que pretenda gobernar mi conciencia!

Cumpla usted con la mision cobarde que ha aceptado, pero deje en paz á los hombres de honor que pretenden morir como tales.

El doctor Maza encontró que nada le quedaba que hacer con un hombre de aquel temple, y lo mandó llevar nuevamente al calabozo.

Reynafé abandonó la sala más altivo que nunca, deplomando sobre aquel juez una mirada de supremo desprecio.

Sin embargo, la declaracion de José Vicente fué ampliada al tenor de la primera.

Se ratificaba en todo lo falsamente aseverado, confesándose él responsable del crímen de Barranca Yaco.

Con la órden de que no pudieran hablar á su hermano, fueron mandados comparecer José Antonio y Guillermo Reynafé.

Estos presentaban un aspecto bien diverso al de su hermano.

Antonio, reconcentrado y amenazador, parecia más bien un juez que un acusado.

Su andar era seguro y rápido.

Se conocia que hacia grandes esfuerzos por disimular la cojera ocasionada por los grillos.

Guillermo, frio é impasible, parecia dispuesto á todo.

Sonreia como si el juez Maza le inspirara una compasion profunda, y lo miraba con insistente fijeza.

Parecia querer penetrar con el rayo de su mirada hasta el fondo de aquella conciencia miserable.

Ambos tomaron asiento sin esperar una invitacion.

El doctor Maza parecia inquieto y mortificado.

Aquella serenidad le imponia á pesar suyo, y se encontraba pequeño ante la grandeza de alma que se reflejaba en aquellas dos miradas.

—Se les ha hecho venir, dijo, para que amplien la declaracion prestada en Córdoba.

¿Tienen ustedes algo más que agregar?

Corrido con las respuestas de José Vicente, el doctor Maza quiso ahorrar la lectura de las declaraciones á que se referia.

—Desearia se me leyera esa declaracion, dijo tranquilamente José Antonio.

Puede haber en ella algo que enmendar ó que ampliar.

—Es inútil, pues el hermano de ustedes está conteste en todas.

Ha vuelto á confesarse como autor del crímen de Barranca Yaco en union de ustedes.

—Sin embargo, no podemos responder nada sin conocer esa nuestra declaracion de Córdoba.

El doctor Maza, visiblemente contrariado, hizo leer las dos declaraciones falsas como la anterior.

—¿Tiene usted algo que observar ó que agregar? preguntó.

—Sí, señor, respondió Antonio sin parecer sorprendido por lo que escuchara.

Observo que la única persona que puede ampliar esa declaracion, es el mismo que la hizo.

Sin necesidad de incomodarnos á nosotros, él podria ratificarse en ella ó hacer lo que le plazca.

—¡Es que al pié de ellas está la firma de ustedes!

—De la misma manera que podia estar la del general Rosas ó la del doctor Maza su consejero.

—Noto á usted que está faltando al respeto á la justicia, y esto suele costar caro.

—En cambio yo me permito hacer notar á usted, que usted está faltando á la verdad, á la vergüenza y á toda dignidad humana.

¡Juez Maza! yo no temo nada, mi conciencia está tranquila, y no cambiaria, lo juro á Dios, la horca en que he de ser colgado, por la tranquilidad de la tuya!

Al decir esto se puso de pié y cruzó los brazos nerviosos sobre su ancho pecho.

Habia algo de gigante en aquella palabra conmovida hasta el sollozo y mucho de imponente en la espresion magnífica del varonil semblante.

Maza tambien se puso de pié, como si una mano estraña lo hubiera alzado de los cabellos.

Su fisonomía estaba bañada de una palidez cadavérica y sus lábios temblaban visiblemente.

—Está bien, dijo—peor para ustedes.

Lleven no más al calabozo á esos asesinos.

Guillermo saltó á su vez de la silla, y tomando á José Antonio de la mano, dijo:

—¡Bravo, hermano mio! eres el mismo de siempre.

¡Juez Maza! gritó mirando á este:

Los hermanos Reynafé no te hacen el honor de su desprecio.

Tú escupes hoy sobre nuestro nombre!

Lo único que yo lamento es no poder hacerte escupir sangre del corazon!

Adios, juez Maza, no podrás, á pesar de todo, dormir tan tranquilo como nosotros.

Y altivos y tranquilos abandonaron la

sala seguidos de los soldados que los escoltaban.

—No hay vuelta, dijo Guillermo á su hermano, siempre sonriente.

Pero francamente me irrita que para cortarnos la cabeza anden con tanto trámite y tanto aparato. Esta es gente que no se detiene ante nada.

—¿Qué tienes, hermano? añadió viendo dos lágrimas que iban á perderse entre los bigotes de Antonio.

—No es nada, repuso éste, tranquilízate, he pensado en mis hijos y me he conmovido.

¡Francisco velará por ellos! Dios lo proteja!

Los dos hermanos agobiaron la cabeza bajo el peso de sus recuerdos y siguieron hasta el calabozo donde los esperaba José Vicente.

El doctor Maza, entre tanto, habia quedado confundido.

Las respuestas de aquellos hombres lo habian anonadado.

Tal vez si hubiera sido ménos esclavo, habria renunciado á seguir con aquella causa inícua.

Pero, ¿cómo rebelarse ahora contra su amo y renunciar una comision que aquel le habia impuesto?

Muchos hombres, en su lugar, hubieran elegido un puesto de honor al lado de las víctimas, antes que aceptar el horror de aquella comision.

Pero la conciencia del doctor Maza se prestaba á todo.

Cinco minutos despues, las palabras de los Reynafé le parecian pesadas, y una hora más tarde se habian borrado completamente de su memoria.

Fué llamado á declarar Santos Perez, quien se prestó de nuevo á cuanto se quiso exigirle.

Volvió á afirmar bajo juramento que al dar muerte á Quiroga lo habia hecho obedeciendo órdenes de los hermanos Reynafé, que tenía que obedecer, como oficial subalterno.

—De todos modos, decia, sin mi cooperacion el crímen se hubiera llevado á cabo y yo habria perdido la cabeza.

Me confieso autor del hecho pero no responsable.

Santos Perez repetia la leccion recibida, siempre creyendo que de esta manera salvaba la cabeza.

Era esta una declaracion terrible, tanto más, cuanto que estaba conteste con la que prestaban los demás autores del crímen y una série de testigos improvisados.

Quedaban además las cartas, cuya interpretacion infame las hacia figurar como irrecusables piezas de conviccion.

El doctor Maza, con todas aquellas piezas reunidas, se puso á trabajar sin descanso hasta formar un espediente de mil cien páginas.

Segun su infame conclusion, José Vicente, Francisco, Guillermo y José Antonio Reynafé estaban convictos y confesos como autores únicos y responsables del crímen de Barranca Yaco, cuyos ejecutores eran el capitan Santos Perez y demás soldados presos con él.

Maza impuso á Rosas de todo lo actuado, como de la firmeza de los tres hermanos, concluyendo por confesar que no podia arrastrarlos á la declaracion que deseaba.

—Poco importa eso, contestó Rosas, puesto que en el sumario aparecen como habiendo confesado el crímen.

¿Qué falta que hacer para concluir la causa con todas las formalidades exigidas?

—Falta permitirles que nombren un defensor y que V. E. pase el espediente al Asesor de Gobierno, luego que yo me espida.

—Que nombren todos los defensores que quieran! dijo Rosas paseándose á grandes trancos.

Veremos quién es el guapo que se atreve á disputarme sus cabezas.

—Además, que leyendo el proceso,

añadió Maza, el defensor más decidido é inteligente no podria decir nada digno de ser tomado en consideracion.

Para reos convictos y confesos no hay defensa posible, y esta es la situacion de todos ellos.

—Tenga usted bien entendido que quiero concluir con todos.

No debe escapar más que el que yo perdone en mi sentencia definitiva.

No se comprendia tanta ferocidad y tan frio cálculo, en un hombre como Rosas, que habia vivido sus primeros años no viendo sinó ejemplos de virtud y de bondad.

El mismo Maza, que lo conocia á fondo, quedó aterrado ante la mirada sombría con que sus ojos azules acompañaron aquellas palabras:

—¡Quiero concluir con todos!

Entre tanto el martírio de los Reynafé seguia con la misma saña y maldad.

No se habia dado órden de suspenderlo, y los encargados de efectuarlo estaban dispuestos á seguirlo hasta concluir con la vida de las víctimas.

La salud de José Vicente, sobre todo, siguió decayendo hasta alarmar á sus mismos guardianes.

La hipertrófia ganaba terreno diariamente y cada mañana sus hermanos creian hallarlo muerto en el mismo sitio donde dormia.

José Antonio cayó tambien gravemente enfermo.

Era preciso tener una naturaleza de bronce para resistir tales tratamientos.

Solo la juventud y la fortaleza de Guillermo, era capáz de encontrar elementos de vida entre aquella humedad de sepulcro y aquella alimentacion de perro sin amo.

Sin embargo, su color amarillento y su flacura de mómia le hacian parecer el más enfermo de los tres.

Alarmado el Jefe de Policía y temiendo fueran á morírsele los presos, mandó dar parte á Rosas de lo que sucedia.

—¡Han de ser pretestos para hacerse las víctimas! dijo el tirano.

Es esa maña muy gastada entre los presidarios que aspiran á gozar de mejores tratamientos.

Sin embargo, lo haré reconocer.

En efecto, al siguiente dia fueron los médicos de Rosas á reconocer á los Reynafé.

Su informe fué fatal.

Si esos hombres permanecen una semana más donde están, su muerte es inevitable.

Si el Gobierno se interesa en guardar sus vidas, es preciso que á la brevedad posible sean sometidos á un régimen delicado y á una asistencia cuidadosa.

«No quiero que se diga, — escribia Rosas en una nota que ese mismo dia pasó al señor Jefe de la Policía, no quiero que se diga, que, aunque reos de crímen más miserables, esos asesinos no han obtenido toda la compasion que ha podido dispensarles el gobierno.

Procederá, pues, usted en el acto á remitirlos al hospital, en calidad de presos y bajo la más severa vigilancia.

Es bueno que haga usted saber á los encargados de vigilar los presos, que la evasion de cualquiera de ellos les costará la vida.»

En cumplimiento de esta órden, el Jefe de Policía remitió al hospital á los Reynafé.

Fué preciso colocarlos en un carro, porque tanto Antonio como Vicente, no podian moverse del rincon donde se habian echado.

El carro iba rodeado de soldados mandados por el comandante Cuitiño y el coronel Salomon.

La traslacion desde la cárcel al hospital fué un verdadero via crucis para los pobres mártires.

A las puertas de la Policía los esperaba un gran grupo de compadres y borrachos, que los seguian llenándolos de improperios y maldiciones.

De cuando en cuando Salomon, ó Cuitiño tenian que interponerse para que las amenazas de muerte no se convertieran en hechos.

Los Reynafé ignoraban que iban al hospital, ignorancia en que se les tenia para mortificarlos más todavia.

Pensaban que los conducian á degollarlos ó fusilarlos, y se felicitaban de concluir de una vez con tan miserable existencia.

Así es que miraban sonrientes á aquella muchedumbre de energúmenos, para mostrarles siquiera que la muerte les era aún más agradable que la vida.

Y sus fisonomias eran tales, que no inspiraban ya compasion, sinó horror.

Parecian esqueletos que se sonreian con risa más helada que la muerte misma.

La sociedad de Buenos Aires estaba aterrada y conmovida con tanta infamia.

Pero nadie dejaba traslucir lo que sentia.

Habria sido compartir el martirio de las nobles víctimas.

Se contentaban con mirar el carro, los que lo hallaban al paso, y apresuraban la marcha finjiendo una sonrisa.

Los grupos fueron aumentando con la chusma que se hallaba en el tránsito, de modo que, al llegar al hospital, los Reynafé eran seguidos por más de quinientos hombres, que vociferaban todo género de maldiciones y amenazas.

En unas camillas que trajeron, fueron colocados y llevados á la sala del hospital, donde ya se les habia preparado todo lo necesario.

Rosas queria prolongar á todo trance la vida de las víctimas, y habia dado todas sus órdenes al respecto.

Al bajarlos del carro se aproximaron algunos borrachos con la pretension de ultimarlos.

Pero mediante un discurso federal de Cuitiño, acompañado de algunos lomazos de sable, los más atrevidos retrocedieron apresuradamente. contentándose con lanzar sus sempiternos ¡muera!

Una vez colocados los Reynafé en la sala de presos, y distribuido el servicio de guardia, se retiró el carro seguido de la mitad de la escolta.

La otra mitad quedaba de servicio, debiendo permanecer allí hasta que otra guardia especial fuese á relevarla.

EL DOCTOR GAMBOA

CUANDO los hermanos Reynafé vieron que se hallaban en el hospital y acostados en buenas camas, relativamente á las que habian tenido desde que fueron presos, esperimentaron una pena profunda y verdadera.

Ellos creian que los conducian á la muerte, y por consiguiente que iban á dejar de sufrir.

Y cuando bendecian aquel momento supremo, se encontraron con que se trataba nada menos que de prolongar sus vidas!

—Nos hemos lucido, dijo débilmente José Vicente cuando vió el interés que demostraban los médicos para indagar la marcha de la enfermedad.

Ahora sabe Dios hasta cuándo se va á prolongar nuestro martirio!

Quieren matarnos gordos para que nuestra muerte les haga mejor provecho!

¡Paciencia y resignacion!

—Lo que es por mi parte, agregó Vicente, declaro que por mi boca no entrará ningun remedio.

Siquiera sirvámonos de las armas que nos ha dado Dios: la voluntad.

Fiel á este propósito, José Vicente se negó á tomar los medicamentos que se le ofrecian, lo que obligó á los médicos á dar cuenta á Rosas de aquella contrariedad que esterilizaria todos los esfuerzos de la ciencia.

—Que se le hagan tomar por fuerza, fué la repuesta de Rosas, aún á riesgo de matarlos.

Los médicos le previnieron con dulzura que era preciso tomar los medicamentos, pues en caso contrario y en cumplimiento de las órdenes recibidas, se verian obligados á enchalecarlos y medicinarlos á la fuerza.

—Tenga usted resignacion, le decian, para evitarse nuevos martírios.

—Cede, hermano, le dijo entonces Guillermo.

Ahórrate nuevas torturas y sea lo que Dios quiera.

Aunque nos maten despues, siquiera habremos sufrido menos y descansaremos el tiempo que permanezcamos aquí.

—No insisto entonces, hermano mio.

Tomaré todo lo que se me dé, con el sentimiento de que no sea veneno.

Así la carga de la vida empezó á ser ménos pesada para aquellos desventurados.

Dormian en una cama buena, eran alimentados con comidas limpias y nutritivas, y sobre todo no oian sonar en sus oidos la eterna injuria y la eterna maldicion.

Los médicos y practicantes eran personas buenas y humanas.

Nadie se acercaba á ellos para darles de punta-piés, y ninguno se complacia en venir á turbarles el sueño.

Guillermo habia recobrado toda la alegria de su génio travieso, para endulzar así la agonia de sus hermanos.

—Sabe, doctor, decia una mañana al médico, que sin saberlo usted me está matando.

—¿Cómo así? replicaba el noble facultativo.

—Mi estómago habituado al cogote crudo y mi cuerpo al duro suelo, se recienten ahora de la cama con colchon y de los buenos churrascos y caldos de gallina.

Esto me hace daño, doctor; temo que semejante tratamiento me mate el dia menos pensado.

Lo que es mis hermanos tienen ya una indigestion de buena vida, tal, que no se la sacan ni con palabra de casamiento, como dicen los paisanos.

Estas ocurrencias en situacion tan desesperante, hacian sonreir al médico y á los practicantes, que no podian ménos que asombrarse ante el temple viril de aquel carácter.

—Doctor, decia otra vez—se me han indigestado las sábanas límpias—si no me las hace usted sacar pronto, voy á perder hasta las telarañas que la falta de aseo ha criado en mi cuerpo.

Sáquemelas, doctor, mire usted que se van á llagar las carnes.

Así pasaban su vida en el hospital aquellos pobres, endulzándola de la mejor manera que podian.

Los practicantes solian darles de cuando en cuando un cigarro, que hacian durar una semana.

—Señor doctor, decia un dia Guillermo al médico, enseñándole un homeopático pucho.

Si usted no me da un remedio para este pobre cigarro, enfermo de consuncion, voy á esperimentar el dolor de perderlo.

Cúremelo por favor, que él pobre no tiene ni una pitada de vida.

El médico, sonriendo como él, sacó su cigarrera y vació su contenido bajo la almohada del jóven.

—Déjelo usted reposar, le dijo, y lo que le queda de vida durará muchos años.

Haga uso de esos otros que son jóvenes y salvará la vida de un compañero.

Guillermo agradeció aquel regalo y sobre todo la bondad fraternal con que fué hecho.

La enfermedad de Vicente y Antonio, aunque con lentitud, iba cediendo de una manera visible.

Poco á poco sus fisonomias habian ido adquiriendo colores humanos, y ellos mis-

mos se iban sintiendo cada vez más fuertes y animados.

En la sala donde se les habia colocado quedó de faccion, desde el primer momento, un centinela de vista que se relevaba cada seis horas.

Este centinela no tenia más consigna que vigilar escrupulosamente los tres hermanos, y cuidar que no recibieran cosa alguna sino por conducto del oficial de guardia.

Este por su parte habia recibido las más severas órdenes al respecto.

Cualquier cosa ó mensaje que se enviara para aquellos presos, debia ser remitido al gobierno, prendiendo al portador en caso de la menor sospecha.

Los Reynafé quedaban así privados de todo socorro que no les viniera por manos del médico y los practicantes.

Y estos, que conocian la consigna del oficial, no se atrevian á dar á los presos otra cosa que cigarros.

Al principio, aquella eterna mirada del centinela reposando sobre ellos, los mortificaba enormemente.

Los más íntimos actos de la vida tenian que ser hechos delante de aquel sayon, que se imponia igualmente de todas sus conversaciones.

Ellos bajaban la voz cuanto podian para hablar de sus familias y de su desgracia.

Pero entonces el soldado se aproximaba á las camas, y se veian obligados á guardar silencio.

Buscando la manera de poder conversar sin que nadie se pudiera imponer de lo que decian, Guillermo tuvo una gran idea.

Él podria conversar con José Antonio en *quichua*, dialecto que hablaban fácilmente, y así lo hicieron.

Aunque José Vicente no lo hablaba, comprendia la mayor parte de las palabras y esto ya era un gran consuelo.

Los Reynafé se pusieron desde aquel momento á hablar en quichua, con grandes iras del centinela que se quedaba en ayunas.

Alarmado con esta novedad, dió cuanta al oficial de guardia, quien comunicó al gobierno lo que sucedia.

La respuesta no tardó mucho en llegar.

«Prevendrá usted á esos bandidos que, á la primer palabra que hablen sin que el centinela pueda comprenderla, serán separados y tratados con el rigor que debe emplearse con los salvajes unitarios conspiradores y asesinos.

«A la primer palabra pronunciada en idioma estranjero, procederá usted á separarlos y dar cuenta.»

—Pues señor, esto no nos conviene, dijo Guillermo cuando se les dió á conocer la órden.

Todo es más llevadero que la separacion.

Es mejor entonces obedecer y hablar delante del centinela, aunque se imponga este de nuestras debilidades de cariño.

Al fin y al cabo ellas no constituyen un delito.

Era tan feliz y envidiable la existencia que pasaban en el hospital, comparada con la del calabozo, que á cada momento esperaban se les arrebatase para volverlos á la cárcel.

Hablaban con la mayor tranquilidad de que serian fusilados, y no les preocupaba más pena, que la de partir sin estrechar á los suyos en un último abrazo

Esta era la situacion del espíritu de aquellos mártires, cuando se apareció en el hospital un secretario del juez, especial comisionado, á comunicarles la resolucion que ménos esperaban.

—Dice el doctor Maza, que estando por terminarse la causa de ustedes, se hace necesario que nombren un defensor, eligiendo la persona que más confianza les merezca.

—¿Quieren, hermanos, que yo responda por ustedes? preguntó José Vicente.

—¡Pues bueno fuera que nó!

Habla no más, que tus palabras son nuestras.

—Diga usted al doctor Maza, agregó

entonces Vicente con una imponente severidad, que los Reynafé no pueden defenderse del cargo que se les hace.

Que el disputar nuestra cabeza al cuchillo federal, no vale la pena de darse vuelta para escupir.

Puede agregar usted que despreciamos la vida y el sumario que contra nosotros se levanta, pero que despreciamos mucho más al juez doctor Maza.

Queda usted despachado, jóven.

El secretario salió confundido, y los tres hermanos cambiaron una cariñosa mirada.

—Has hablado como si hubieras leido en mi corazon, dijo Guillermo.

Has dicho lo único que podia responder un hombre de tu altura y de tu corazon.

—A tanto cinismo no hay respuesta posible, agregó José Antonio.

El secretario de Maza llevó la respuesta de Reynafé, aunque con distintos términos y suprimiendo la última parte.

Eran tan duras las palabras aquellas, que el jóven temió cayera sobre él la cólera que suponia hubiera de levantar.

Así es que se limitó á la siguiente respuesta:

—Dicen que no quieren nombrar defensor, porque aprecian su vida en muy poco.

—Vuelva usted, repuso Maza, y dígales que es necesario que nombren defensor para que el sumario llene las formas que manda la ley.

Añadirá usted que tienen cinco dias de plazo para nombrarlo, y que, en caso que no lo hagan, se les nombrará de oficio.

El secretario volvió al hospital con toda la mala gana.

La figura noble y respetable de aquellos hombres lo habia impuesto, como impuso á Maza mismo.

Cuando los Reynafé oyeron este nuevo mensaje, quedaron perplejos.

—Está bien, replicó siempre por los tres José Vicente.

Puede usted retirarse y decir á Maza que mañana puede mandar recojer el nombre de nuestro defensor.

Cuando el jóven hubo salido, los tres hermanos su pusieron á cambiar ideas.

—Opino, dijo José Vicente, que debemos nombrar defensor, para evitarnos la sangrienta burla que nos defienda de oficio alguno de los locos que tiene Rosas de bufones.

Cualquier defensa que de nosotros se haga, no alcanzará resultado alguno.

Todas serán iguales, pero por lo ménos no se nos ultrajará de la manera que esta gente es capaz.

Tienes razon, contestó José Antonio.

Pero en nuestra posicion desventurada, quién se atreverá á defendernos?

Piensa que el que lo haga juega la cabeza, y lo que es peor, la juega inútilmente y sin el menor provecho.

—Qué?—preguntó á su vez Guillermo, —no habrá en Buenos Aires un solo corazon honrado?

—Hay muchos, pero andan emigrados ó caidos como nosotros.

Seria hasta poco noble exigir de un hombre semejante sacrificio.

No quedan, pues, más que federales, y entonces no vale la pena de elegir.

—Yo conozco un hombre capaz de defendernos con talento y con bravura.

Es un hombre de un temple de acero y de una lealtad á toda prueba.

Pero no sé hasta qué punto podré exigirle ese sacrificio.

Este hombre es el doctor Gamboa.

—¡El doctor Gamboa! exclamaron Guillermo y Antonio—tienes razon.

Es un carácter de acero y una inteligencia de primer órden.

¿Cómo haremos para consultarlo?

—Yo le escribiré y si no tenemos su defensa, tendremos por lo ménos un consejo honrado y luminoso.

De acuerdo los tres hermanos, José Vicente llamó al oficial de guardia y le pidió permiso para escribir al doctor Gam-

boa, diciéndole de lo que se trataba.

—No hay inconveniente, repuso aquel, pero el mensaje irá primero al juez de la causa.

José Vicente escribió entonces estas palabras:

«Mi noble amigo:

Se me manda que nombre un defensor en la causa que se me sigue y que usted conocerá.

Podré contar con sus luces?

Su affmo.—

José V. Reynafé.»

El billete fué enviado á Maza, quien prévia consulta con Rosas, lo remitió á su destino.

—Sé que Gamboa es un salvajon, dijo Rosas, pero no creo que se atreva á defenderlos.

De todos modos, si lo hace, peor para él.

El doctor Gamboa recibió el papelito, que se apresuró á contestar en el acto.

«Amigo mio, decia, acepto la defensa que me ofrece, agradeciendo haya pensado en mi.

Puede usted nombrarme en la seguridad de que cumpliré fielmente con ese hermoso deber.»

—Ya lo sabia, dijo José Vicente al recibir la respuesta.

Aunque poco conseguiré con ella, por lo ménos habrá en el sumario una pieza digna de nosotros.

Es tal la rectitud de este hombre, que el hecho solo de defendernos vale nuestra inocencia.

Era el doctor Gamboa, efectivamente, un hombre de un carácter inquebrantable y de un corazon valiente á toda prueba.

En Buenos Aires era reputado como un abogado de vigorosa inteligencia y de una conciencia inquebrantable.

No habia habido amenaza capaz de hacerlo vacilar en el estricto cumpliento de su deber, ni de hacer retroceder su corazon valiente, en aquel mismo camino.

El doctor Gamboa era tenido por un federal sospechado y se desconfiaba de él porque no habia querido ponerse al servicio de Rosas, aunque entonces tampoco estaba afiliado á ninguna fraccion política.

Usaba la divisa federal como hubiera usado una flor en el ojal, si el gobierno lo hubiera ordenado.

Porque el doctor Gamboa amaba á su familia. y no queria verla padecer ó injuriada por la plebe por no haberse querido poner un trapo en el sombrero.

—Si la cosa aprieta, habia dicho, nos mandamos mudar en el acto.

Entre tanto, por no usar un trapo de cualquier color, no quiero que mi familia sea objeto de ruines venganzas.

Pero á pesar de estas precauciones, Gamboa era sospechado, por el solo hecho de ser un hombre decente y no andar mezclado en las turbas federales, mostrándose en las públicas manifestaciones.

El doctor Gamboa estaba dispuesto á comprar el respeto y bienestar de su familia á toda costa, ménos al precio de una infamia.

Si el gobierno hubiese mandado pintarse las narices, como distintivo de verdadero federal, hubiera sido el primero en hacerlo.

Pero no habria cometido una mala accion ni habria vendido su conciencia por nada en el mundo.

Tal era el hombre que los Reynafé habian elegido como defensor en aquella causa inícua.

Y se comprendia que, si Gamboa aceptaba, seria para quemar su último cartucho en bien de los acusados.

Solo Juan Manuel Rosas era capaz de dudar de aquel carácter noble y honrado.

Y asimismo, ya lo hemos visto ponerse en el caso de que Gamboa los defendiera en toda regla.

Cuando el secretario de Maza fué al hospital á buscar la respuesta prometida, José Vicente le dió el nombre del doctor

Gamboa, como defensor de los tres hermanos.

Comunicando el nombramiento y aceptado por la persona indicada, se pasaron los autos al doctor Gamboa, pidiéndole se espidiera á la brevedad posible.

El doctor Gamboa pidió entonces se le permitiera hablar con sus defendidos, permiso que no se le pudo negar.

El nombramiento del doctor Gamboa produjo un verdadero alboroto en toda la sociedad de Buenos Aires.

Era el tema de todos los comentarios y el comentario de todas las bocas.

—No se ha de atrever á defenderlos, decian los federales.

Cuando lea la causa, por lo mismo que es un hombre honrado va á ser el primero en condenarlos y pedir su muerte.

—Es muy capaz de defenderlos con todos sus brios, decian los lomos negros.

Puede que no lo haga de miedo, porque sabe lo que le costaria el enemistarse con Rosas.

Pero es un hombre tan recto, que no seria estraño que, aunque con alguna moderacion, hiciera fuerza de vela.

Los unitarios, que conocian á fondo al doctor Gamboa, opinaban de un modo muy diverso.

—Les va á ponér las peras á cuarto! decian.

Ya oirán verdades amargas que no se esperaban, y se estrellarán con un hombre que no transije con nada.

Si Gamboa no salva á los Reynafé, vá por lo ménos á establecer la verdad de los hechos y á darles algun fuerte dolor de cabeza.

Esta era la opinion general en los tres bandos políticos y lo que cada uno esperaba.

El doctor Gamboa entre tanto se habia encerrado á estudiar la causa, con tal dedicacion que no salia de su casa sinó para ir al hospital, y esto solo para consultar con sus amigos algun punto que no comprendia con bastante claridad.

Ya conocen nuestros lectores como habia sido hecho el sumario, en el cual no habia una sola palabra de verdad.

Todo lo actuado contra los Reynafé era falso incluso sus mismas declaraciones.

Solo un hombre de alma bien templada podia abrazar una defensa donde habia que empezar por tachar de falso todo lo actuado.

Era una posicion difícil y peligrosa que solo podia ser aceptada por un hombre como el doctor Gamboa.

Muchos de sus amigos fueron á verlo rogándole desistiera de defender á los Reynafé.

—Es desafiar la muerte sin el menor provecho moral ó material.

Rosas no le va á perdonar nunca lo que haga, y usted no va á poder ni siquiera cambiar la pena á que esos desventurados están condenados de antemano.

Renuncie el cargo y no se esponga tan estérilmente.

—Jamás y por nada—replicó aquel hombre recto.

La causa de los Reynafé es la causa más noble que habrá defendido jamás un abogado.

Esos jóvenes, tan culpables como yo mismo, han puesto su vida en mis manos y yo la he de defender con todo mi esfuerzo.

Si por semejantes causas no se interesa un hombre honrado, es preciso renegar de toda nobleza humana,—agregaba entusiasmado.

—Es que esa defensa entrañará un peligro de muerte.

—¿Y cuál es el paso en la vida que no lo entraña?

Y si no se cae por estas causas, amigos mios, ¿cuáles debemos elegir?

Sancionar con el silencio cobarde los más infames asesinatos?

¡Vamos, vamos!

Ya verán como nada me sucede.

Y sobre todo siempre habrá tiempo de ponerse en salvo.

Aquella conciencia serena habia abrazado con toda la abnegacion humana la defensa de aquellos hombres inocentes, que se pretendia infamar y hacer morir de tan cobarde manera.

—Tal vez no los pueda salvar, habia dicho á los Reyuafe, porque hay el firme propósito de matarlos.

Pero por lo ménos la acusacion quedará rechazada.

No omitiré, sin embargo, sacrificio alguno para hacer oir mi palabra.

A este respecto pueden ustedes estar tranquilos.

—Lo sabemos, amigo mio, y el único pesar que nos aflije es el daño que nuestra defensa puede ocasionarle.

Va á tener usted que emigrar de Buenos Aires para salvar la cabeza.

Estamos ya arrepentidos, por esta causa, de haberlo ocupado.

—¡Mal hecho, mal hecho! por todos los santos del cielo!

Ese trabajo es el que más ha satisfecho mi espíritu.

Es una defensa que hace honor á cualquiera que la efectúe, por lo mismo que se corre algun peligro.

¿Qué gracia, qué mérito hay en defender un inocente cuando el defensor encuentra allanados todos los caminos?

El único mérito de esta está en el peligro, pues la defensa esta hecha por sí misma.

No ofrece la menor dificultad ni la más mínima duda.

Los Reynafé, conmovidos, estrecharon con efusion aquella noble mano.

—No podemos compensarlo más que con nuestra gratitud leal, dijeron.

Es indudable que pronto vamos á morir.

Pero llevaremos á la tumba el gran consuelo que usted nos ha proporcionado.

¡Es la única palabra amiga que escuchamos desde que caimos en poder de estos miserables!

LOS TRES VERDUGOS

El doctor Gamboa desde aquel momento no tuvo el menor descanso.

Todo el tiempo que le dejaban libre las necesidades de la vida, lo empleaba en la confeccion de su brillante defensa, defensa que iba á caer como un rayo entre las filas federales.

No habia más medio de demostrar la inocencia de aquellos nobles reos, que destrozando por completo aquella causa infame, tan pérfidamente formada.

Iba á ser preciso empezar por caer sobre el mismo Rosas, y concluir por desenmascarar al juez, fiscal, asesor y testigos que en la causa habian declarado.

¿Se atreveria el doctor Gamboa, por el mero placer de defender cuatro vidas estrañas, á jugar su cabeza?

Esto es lo que los federales no creian, y de lo que querian apartarlo los amigos de aquel hombre eminente.

—¡Usted se va á perder sin salvarlos! le decian por fin.

—Es que no se puede abandonar esta defensa, sin rodar hasta el lodo donde se revuelven los acusadores.

Ademas es esta una tarea que he emprendido con toda la pasion de mi alma, y que solo abandonaré con el pellejo.

Pero me habrán oido, vive Dios, y sabrán que á pesar de todo aún existen en el mundo hombres de conciencia honrada.

Desesperanzados los amigos porque veian su pérdida inevitable sin haber salvado á una sola de las víctimas, recurrieron á la familia para hacerlo desistir.

¡Vana tarea! la familia del doctor Gamboa conocia la rectitud y firmeza de su carácter y no aceptó la comision.

Sabian que con pedir á Gamboa que desistiera, no harian más que amargarle sus buenos momentos.

—Cuando él hace una así, dijeron, es porque debe ser de aquella manera y nada lo arrancará á su propósito.

¡Hermoso convencimiento que nacia de una existencia consagrada á la virtud y al honor!

Convencidos así de que todo era inútil, los amigos lo dejaron tranquilo y pudo dedicarse libre de toda mortificacion á aquella defensa luminosa.

Sesenta dias tardó el doctor Gamboa en concluirla, sesenta dias que fueron de muerte para los presos del hospital!

Por fin terminó su trabajo, y con él debajo del brazo se presentó en la Cámara.

El doctor Gamboa estaba lívido y desencajado.

Se conocia que habia trabajado sin descanso dia y noche, lo que era una prueba de la pasion con que habia abrazado la causa de sus defendidos.

La defensa era de una gran estension y de una minuciosidad desconocida hasta entonces.

Aquella pieza jurídica, hecha con un gran vigor de colorido y especial valentia, fué á conmover profundamente á la federacion, sembrando tal espanto en sus filas, que se halló de necesidad vital la supresion de Gamboa, clasificado de insolente salvaje unitario.

Pero la defensa estaba allí, tremenda y amenazadora, haciendo la luz de una manera implacable y resuelta.

¡El hombre que así hablaba tenia indudablemente muy poco apego por su cabeza!

Su objeto era descubrir la infame acusacion.

Ahora, el peligro que en tal empresa corriera él, era cosa muy secundaria.

Por eso es que con magnífico arrojo empezaba su espléndida defensa de la siguiente manera:

«Justicia y no venganza, es el grito del pueblo argentino!

Resuene el acento de la ley, y calle el murmullo de las pasiones miserables!

Ningun poder me arredra á lanzarme en un campo escabroso y lleno de espinas, porque todo, todo vale muy poco, es muy subalterno á la dicha de hacer el bien y cumplir con el más santo de los deberes.

Esta es mi línea de conducta como defensor de los hermanos Reynafé, y me felicito de verme colocado en ella.

Les he jurado por la patria que nada economizaré para hacerme digno de la sublime mision que he aceptado.

No habrá entonces consideracion que sofoque mi pensamiento, y la verdad será mi centro, en que espero ver fructificar los eternos principios de lo justo y equitativo.»

Tenemos á la vista el original de aquella inmortal defensa, por la situacion en que fué hecha, y nos complacemos en estractarla, aunque muy á la ligera.

El doctor Gamboa empezaba en seguida negando á Rosas el derecho de juzgar á sus defendidos y á los gobiernos ligados el de erigirlo en juez supremo.

No existe ninguna ley constitucional que sancione semejante atentado, y un fallo fuera del nivel de la ley ofende al Cielo, é irritando á los buenos, prepara el camino de mayores desgracias.

En estos puntos el doctor Gamboa se estendia muchísimo, demostrando con la mayor claridad que, ni Rosas podia ser juez de los Reynafé, ni debia haber recibido un nombramiento contrario á toda ley, á todo derecho y á toda conciencia.

«Qué es lo que sirve de base á semejante proceso? añadia indignado.

Las actuaciones hechas en Córdoba?

Esto es monstruoso y hasta falto de criterio.

Porque todo lo actuado en Córdoba presenta la imágen de un desórden inícuo, de una maldad sin ejemplo y del furor de las pasiones más viles.»

En seguida impugnaba al fiscal su conducta cobarde y pérfida en la interpretacion de las cartas privadas tomadas á los presos, cartas que eran un justificativo, en vez de una acusacion.

«Si tales cosas pudieran interpretarse como la obra de la más refinada perfidia, agregaba, como el resorte de la hipocresia para ofender más á salvo, dejaria al momento de haber accion buena sobre la tierra.»

Con un lenguaje lleno de vigor y de pasion sublime, hacia pedazos la inícua acusacion del fiscal, y al llegar á las declaraciones en que tal acusacion estaba fundada:

—«Es falsa y mercenaria la acusacion que en su declaracion llena de mentiras hace el testigo Cabanillas, como son falsas todas las otras,—dijo.

En cuanto al anónimo de que hace mencion el fiscal, son papeles que jamás entraron como elementos probativos!

Estas pruebas han sido reputadas siempre como el éco de la perfidia y el arma de la iniquidad, que ha debido ser mandada al desprecio.»

Despues de analizar el cúmulo de contradicciones de que están plagadas las declaraciones de los testigos falsos, arroja al rostro del fiscal las mismas contradicciones de que se ha servido pérfidamente para su vista.

Toma como la más infame la declaracion del capitan Santos Perez, cabeza de proceso, y perfila con conceptos maestros y colores patéticos la fisonomía moral de este miserable.

Dejemos un momento la palabra al doctor Gamboa.

«Santos Perez de testigo!!

Este individuo, no ha mucho tiempo sufrió en Córdoba, por su vida criminal, doscientos azotes que se le aplicaron en una plaza pública, miéntras Vicente Reynafé era investido de la primer magistratura, que desempeñó por muchos años haciendo la felicidad del pueblo cordobés.

¿Cuál ha sido la vida de estos dos hombres que el fiscal pretende colocar á un mismo nivel?

Miéntras Santos Perez se ocupaba en cometer todo género de salteamientos y punibles liviandades, José Vicente y sus hermanos prestaban esquisitos servicios á la causa nacional.

Por último, cuando Reynafé reposaba tranquilo en el seno de su familia, aquel malvado, emboscado y cual tigre feroz, acechaba la víctima para despedazarla.

Esperaba el momento en que ni el clamor infantil ni el grito de la inocencia pudieran calmar su furor desenfrenado que á todo trance habia resuelto satisfacer.

Se trata de un miserable asesino que depone contra un hombre de bien para librarse de un castigo en que ha incurrido; y aceptar como pieza de conviccion una declaracion contradictoria é inícua, es una maldad y un contrasentido.

El fiscal, por último, se apoya en la voz pública, porque dice que la voz pública señala á los Reynafé como autores del crímen de Barranca Yaco.

Si se fuera á atender lo que dice la voz pública, há mucho tiempo que el calabozo de mis defendidos estaria hoy ocupado por muy distintas personas.»

Este era un cargo terrible que lanzaba el doctor Gamboa á la faz de la federacion, pues la conciencia pública sobre el crímen de Barranca Yaco, se habia formado desde que aquel se conoció.

Y el pueblo habia señalado con su dedo mudo pero inflexible á Juan Manuel de Rosas.

El doctor Gamboa, con una frialdad terrible y una lógica inconmovible, iba examinando todos los cargos y despedazándolos uno por uno.

Y en seguida, á nombre de sus defendidos, trataba de falsas y estúpidas las declaraciones que, como suyas, aparecian en la causa.

«Al observar el interés que los gobernadores de la Confederacion mostraban en que fueran condenados los Reynafé y la grosera estupidez con que ha sido inspeccionada aquella causa, no puede mé-

nos que sentirse el espíritu exaltado de una amarga duda.

Serán los gobernadores de la Confederacion ajenos á este crímen?

Por qué se toman el derecho de juzgar á un igual y someterlo, por ley especial, sin valor constitucional alguno, á la sentencia de otro gobernador que no puede ser juez de manera alguna?

Cuál es, por otra parte, el valor legal de las declaraciones que prestan los tales testigos?

Ninguno, porque es declaracion que prestan los autores de un crímen, sin más objeto que atenuar el delito.

Todas son contradictorias, falsas ó infames.

Y el fiscal ha pasado por alto todo esto, y lo ha reunido sin órden ni talento para pedir una pena contra quienes no merecen sino consideracion y respeto!»

Si el pueblo no hubiera estado convencido de la inocencia de los Reynafé, la defensa del doctor Gamboa hubiera llevado el convencimiento pleno al espíritu más oscuro y difícil.

Pero el doctor Gamboa con una valentía de alma tremenda y un lenguaje contundente, no habia hecho más que consignar lo que todos pensaban y ninguno se atrevia á decir.

Este era el gran mérito que tenia aquella defensa, notable por otra parte como pieza jurídica.

«No encontrando el fiscal, concluia el doctor Gamboa, prueba remota del delito imputado á los Reynafé, lejos de poder acusarlos á una pena arbitraria, que no es la de la ley, sino la de muerte en los crímenes en que han querido hacerlos aparecer comprometidos, ha debido concluir pidiendo su absolucion.

Pues si hay un crímen en todo esto, es el crímen que se comete en la persona de mis defendidos.

Así, por riguroso derecho, debe abstenerse el Gobernador de Buenos Aires de sentenciar en esta causa, además de todo lo dicho, porque él anticipó en ella su voto del modo más solemne.

Esta causa debe ser devuelta á los gobiernos que la han formado, poniendo el gobierno de Buenos Aires en libertad á mis defendidos, tan inocentes del crímen que se les imputa, como yo mismo.

Esto, ó que se espida la absolucion de los acusados.

Son los dos únicos caminos honrados que tiene el Gobierno de Buenos Aires para evitar su complicidad en indignidad tamaña.»

Esta fué la terrible defensa de los Reynafé, en que el inflexible abogado anonadó á los verdaderos autores del asesinato de Quiroga.

Era inconcebible para ellos cómo aquel hombre habia tenido la audacia y el valor desmedido de azotarles la cara con aquel sumario.

—Es un imbécil, dijeron los federales, que ha querido hacerse notable aún á costa de su cabeza.

—Pobre mentecato, esclamaba el doctor Maza para pasar el mal trago de aquella defensa—sus injurias no pasan de ser otra cosa que los desahogos de un pobre loco.

Es que la defensa de Gamboa, como al fiscal, se le habia enterrado en el corazon como una puñalada.

Cuando Rosas tuvo conocimiento de ella, se entregó á toda la violencia de su furor.

Insultó á Maza diciéndole que él tenia la culpa de aquel atentado, y dió de trompadas al fiscal, pues segun él, sus brutalidades eran las que habian dado armas á Gamboa para hacer su argumentacion insolente.

—Todos los Gamboa del mundo, esclamaba, no serán bastantes á arrancarme un solo pelo de los Reynafé.

En cuanto á la defensa, tendrá el castigo merecido.

Yo le he de preguntar á ese compadrito si así no más se me ha de subir á las barbas.

Sabido es que la pasion de Rosas era tratar de compadritos á las personas de alguna distincion ó posicion social.

El doctor Gamboa supo todas las amenazas de que era blanco, pero ni siquiera se conmovió.

Sonrió, cuando se las trasmitieron, con toda la nobleza de su gran corazon, y repuso:

—Poco me importa.

He cumplido con el más honroso de los deberes y estoy perfectamente tranquilo.

Rosas tenia una astucia proberbial.

Comprendió que si se dejaba arrastrar de la ira, mandaria matar á Gamboa, lo que equivalia á confesar que la defensa era contundente, y se reprimió.

—Más tarde, dijo, no ha de faltar pretesto.

Y mandó á Maza que agregase la defensa al sumario, en prueba del desprecio que le merecian sus conceptos.

—Ahora, apúrese usted á concluirlo y pasarlo al Asesor.

Quiero que esto termine de una vez, porque ya se vá prolongando demasiado.

El doctor Maza, despues de la defensa de Gamboa, se encontraba ménos sereno.

Pero ya no tenia más remedio que obedecer y apoyar el terrible dictámen fiscal.

Su menor vacilacion, en el estado que estaba Rosas, habria sido de consecuencias terribles.

Y Maza era cobarde, porque se sentia encerrado en un aro de fierro.

Rosas y el partido federal era su salvacion única porque ni aún rompiendo con ellos, los unitarios y lomos negros hubieran olvidado que habia sido el consejero infernal de aquel sér maldito.

—Es preciso hacer de tripas corazon, pensó tal vez.

Ya este es mi único camino.

O tal vez perdido todo sentimiento humano, aceptó aquella infame mision, con la indiferencia de su alma depravada.

El partido unitario se habia alborotado, por su parte, con la defensa del doctor Gamboa.

Todos admiraban su valor, y lo felicitaban con toda la espansion de sus corazones oprimidos.

Los hermanos Reynafé eran los únicos en quienes aquella defensa habia producido una impresion de profunda tristeza.

—Noble amigo! esclamó José Vicente, dejando correr dos lágrimas, arrancadas á la gratitud.

Se ha perdido sin fruto alguno.

Ha levantado sobre su corazon esforzado el puñal de la federacion, sin que nosotros nos salvemos.

Es preciso ser dignos de esa abnegacion y esa defensa.

Por mi parte la muerte es lo ménos malo que puede ya sucederme.

—Cuando contemplo hombres de este temple de alma escepcional, dijo Guillermo, me veo disminuir yo mismo hasta el tamaño de un gusano.

Francamente no creí que en la República entera hubiese un hombre dueño de semejante fibra!

Cuando defensor y defendidos se vieron en el hospital por última vez, tuvo lugar entre ellos una escena de las más patética.

—He hecho lo que he podido y lo que he debido, decia el noble abogado, pero me queda el temor de que todo sea estéril.

—Eso lo sabemos desde que se nos tomó la primer declaracion.

Hay el firme propósito de asesinarnos, y no hay remedio.

Pero usted noble amigo, añadió Vicente tomando las dos manos de Gamboa y oprimiéndolas sobre su corazon;

¿Porqué se ha perdido asi por una causa sin remedio?

Es la única tortura que vamos á llevar á la tumba!

—Me siento tan satisfecho con mi defensa, contestó el abogado, que ahora me

parece que valgo algo más ante los ojos de Dios, único Juez á quien temo.

Ya trataremos de evitar la tormenta—siempre ha de haber tiempo!

Los Reynafé guardaron silencio, conmovidos con tanta grandeza.

—Si no se vá de Buenos Aires, nos promete que volveremos á vernos? preguntó Vicente.

Confieso que tendré un gran consuelo si antes de morir puedo estrecharle la mano.

—Lo prometo solemnemente, siempre que estos bandidos no me nieguen la entrada.

En ese caso, aunque sea de lejos, le prometo que nos hemos de ver de nuevo.

Son exajerados, por otra parte, los temores que se abrigan contra mí.

Cualquier acto hostil que contra mí cometiera esa gente, seria para ponerlos en transparencia y esto no les conviene.

Son demasiado pillos para dar á entender que les he hecho irritar.

Más tarde, no digo que no intenten algo, pero por ahora no hay peligro.

Ellos no me han de dar la razon cometiendo conmigo un nuevo crímen.

Aquellos cuatro hombres se separaron por fin.

Gamboa, contento y satisfecho de sí mismo.

Los Reynafé, con el ánimo amargado por quel noble y abnegado sacrificio.

El doctor Gamboa se habia hecho con este motivo el personaje más espectable en aquellos momentos.

La federacion, por lo pronto, se habia contentado con señalarlo y esperar la ocasion de herirlo en el corazon, puesto que por el corazon habia pecado.

Sigamos entre tanto los trámites de la causa, entregada á los tres bandidos que habian de concluirla.

Rosas, como juez inapelable, D. Manuel Vicente Maza como juez especial comisionado y el doctor Lahitte como asesor general.

LA SENTENCIA DE MUERTE

ASÍ como los Reynafé fueron defendidos por Gamboa, cada uno de los otros acusados nombró un defensor, ó se le nombró de oficio, como á Francisco Reynafé, que, juzgado en rebeldía, escapaba al puñal de la federacion.

Todas aquellas defensas fueron cada cual más vergonzosa, pareciendo muchas de ellas una acusacion fiscal.

La ménos impávida de todas era la encomendada al doctor Velez, que empezaba á figurar entonces como un inteligente abogado.

Velez, como muchos otros ciudadanos, era federal por temor, y no se atrevia á romper la corriente ni á obrar contra las órdenes y deseos de quienes todo lo podian, segun lo estaban probando en aquella misma terrible causa.

Reunidas todas estas defensas á la causa, fué esta entregada al Asesor General de Gobierno, doctor D. Eduardo Lahitte, para que diera su dictámen á la brevedad posible.

El Dr. Lahitte no era un hombre malo, pero era un hombre débil, que es peor todavia, y tenia miedo hasta de pensar privadamente con independencia.

Se habia habituado á aquella dominacion brutal que ejercia Rosas en todos aquellos hombres que lo rodeaban, y estaba esclavo de cuerpo y de alma.

Conocia á fondo á Rosas, y ni con el pensamiento se hubiera atrevido á contrariar su más leve voluntad.

Qué podia esperarse de un hombre en semejantes condiciones?

Es claro que la sancion de todas las iniquidades cometidas, y lo que es peor todavia, las que faltaban aún que cometer en aquel sumario.

El Dr. Lahitte se tomó el tiempo que creyó necesario para el estudio de la causa, que jamás leyó porque era inútil.

Sabia que aquella acusacion y dictámen de fiscal eran ordenados por Rosas.

Entonces no habia que hacer otra cosa que leerla y espedirse de acuerdo con ella.

El conocia además la opion de Rosas, sabia que Gamboa estaba condenado y no queria correr igual suerte.

Leyó los fundamentos de su colega y amigo Maza, el dictámen fiscal, y se puso á zurzir el suyo, tomándoles los puntos á esas dos inícuas piezas del proceso.

La conclusion debia ser fatal bajo tales auspicios.

El asesor doctor Lahitte, de acuerdo con el fiscal y con el juez Maza, pedia la pena de muerte para los Reynafé, Santos Perez y demas ejecutores del asesinato.

Para los demas presos se pedia todo género de penas ménos la de la muerte, salvo el parecer y resolucion del juez supremo é inapelable.

¡Cómo se iluminó la mirada del tirano cuando tuvo en su poder la causa concluida!

Con qué fiebre de sangre leyó aquellas tres opiniones contestes en la sentencia de muerte, á pesar de la defensa del salvaje Gamboa!

Aquel cúmulo de iniquidades reunidas en la forma de sumario, constaba de 1844 fojas.

Mil ochocientas fojas donde no habia una sola palabra de verdad, fuera de la defensa del Dr. Gamboa!

Mil ochocientas fojas donde la calumnia y la impostura desempeñaban el principal papel!

Y todavia el juez Maza tenia la insolencia de elevar la causa con una nota donde se leia este párrafo monstruoso:

«La gravedad de la causa, lo complicado de esta, la estension del proceso y la cantidad de personas sumariadas, exijian una contraccion más detenida, una atencion esclusiva que no ha podido tener el juez especial comisionado: procediendo *para su mayor desconsuelo* á verificar la entrega de la causa *sin la satisfaccion de haber dado una segunda mano á la obra.*

Mas en esto, los que la revisen, suplirán y corrijirán los defectos que en ella encontrasen.»

Aquel era el colmo del cinismo y de la infamia.

Al juez Maza le parecia poco haber llevado al patíbulo cuatro inocentes, y lamentaba no haber dado á su obra inícua una segunda mano!

La publicacion de esta nota levantó una tormenta de indignacion hasta en los mismos federales de buena fé.

Porque todavia habia hombres que creian de buena fué que Rosas era duro momentáneamente, para cimentar su gobierno.

Porque una vez regularizado el país, cesarian las facultades estraordinarias y volverian los ciudadanos al goce de sus libertades y el país á una era de paz y prosperidad.

Pero aquella nota de Maza en un proceso cuyas causas eran del dominio de todos, no pudo ménos que sublevar á toda conciencia honrada.

Los federales exaltados, aseguraban que Rosas no firmaria aquella triple sentencia.

—Va á mostrar su gran magnanimidad, decian, perdonando á los reos, á pesar de la opinion unánime de todos los que han andado en el sumario.

El es así, agregaban.

Quiere demostrar la gran justicia que hay en castigar á esos malvados, para que su perdon sea mejor apreciado.

Es que entonces, ni los mismos federales conocian las entrañas de Rosas y toda la maldad que abrigaba su corazon depravado.

Así el pueblo de Buenos Aires se echó á temblar materialmente cuando conoció la feroz sentencia que publicamos á continuacion, suprimiendo solo los largos considerandos que carecen de todo interés.

«Viva la federacion!
Mueran los salvajes unitarios!

Buenos Aires, etc., etc.

El Gobierno de Buenos Aires, visto el proceso seguido de oficio contra los autores y cómplices del crímen de Barranca Yaco, por especial y uniforme delegacion de los Exmos. Gobernadores de las Provincias confederadas, etc., y considerando que resulta probada de un modo pleno la existencia del cuerpo del delito, (aquí siguen las largas consideraciones que omitimos, porque ellas no son más que un estracto de lo que ya conocen nuestros lectores y que terminan así):

Por la ley, en nombre de la Patria y á virtud de las facultades que le han sido delegadas por los gobiernos de las Provincias confederadas, el Gobierno falla que debe condenar como condena,

1º á José Vicente Reynafé, Francisco Reynafé, Guillermo Reynafé, José Antonio Reynafé, Santos Perez, Feliciano Figueroa, Cesáreo Peralta y Basilio Márquez, Fermin Flores, José María Suarez, Solano Juarez, Francisco Peralta, Marcelo Figueroa, Mateo Márquez y Marcelo Márquez, á sufrir la pena ordinaria de muerte, con la calidad de aleve, que deberá ejecutarse en la plaza 25 de Mayo, asistiendo al acto las tropas de la guarnicion;

Debiendo, en seguida de la ejecucion, suspenderse por seis horas en la misma plaza los cadáveres de los reos José Vicente, Francisco, Guillermo, José Antonio Reynafé y José Santos Perez, autores y principal ejecutor del crímen, para que puestos en espectacion se desagravie la vindicta pública, etc.

2º A los coadyuvadores y cómplices Juan Pedro García, Feliciano Romero, Pedro Pablo Juncos, José Suarez, Mariano Barrionuevo, Miguel Juarez, Nicolás Juarez, Calisto Guzman, Cándido Pizarro, José Leon Flores, Dalmacio Parra, Eufrasio Suarez, Felipe Suarez, Eustaquio Lucero, Benito Moyano, José María Bustos, Balbino Aguirre, Benito Pizarro, Pablo Cabrera, Miguel Figueroa, Miguel Suarez Guevara, Roque Juncos, Miguel Suarez Márquez, Rosa Casas y Justo Casas, á que sean sorteados, cuyo acto, autorizado por el Camarista Juez Comisionado para la sustanciacion de la causa con el escribano de ella, asistencia del Fiscal del Estado y de los defensores de los espresados reos, deberá practicarse en la forma que designe el Gobierno; debiendo diez y siete de estos veinte y cinco reos sufrir la pena ordinaria de muerte, y los ocho restantes la de diez años de presidio, con una barra de grillos; presenciando la ejecucion de los treinta y dos que son condenados á muerte como autores, ejecutores y cómplices en aquel espantoso atentado.

(En seguida viene la condenacion á diversas épocas de presidio, de todos los demás individuos encausados como cómplices, concluyendo así la sentencia):

Así mismo condena á los reos de mancomun *et insolidum* á la reposicion del papel sellado correspondiente á las actuaciones obradas en esta causa, á la restitucion de las especies robadas ó su estimacion, respecto de las cuales y de cualquiera otra accion á que haya lugar en derecho, se deja á los interesados el que les corresponde, para deducirlo ante el Camarista Juez Comisionado, y al pago de las costas procesales, que deberán regularse segun los aranceles vigentes: para todo lo cual se repetirá el oficio librado al Exmo. Gobierno de la Provincia de Córdoba.

Y por esta sentencia que será notificada á los reos y al alcaide de la cárcel, publicada en los periódicos, inserta en el Registro Oficial, fijada por carteles en los lugares públicos de los pueblos de la Confederacion y comunicada á sus Exmos. Gobiernos, definitivamente juzgando así lo provee, manda y ordena á

virtud de la especial autorizacion de los mismos.

JUAN MANUEL DE ROSAS.
Felipe Arana.»

Esta era la sentencia feroz con que Rosas iba á aterrar la poblacion.

El espectáculo de los cadáveres suspendidos en horcas durante seis horas, era para él la parte maestra de la sentencia.

Seria el golpe de muerte asestado á la cabeza y al ánimo de los salvajes unitarios.

Quién se atreveria en adelante á conspirar contra Rosas?

A pesar de todo esto, Rosas era presa de un furor reconcentrado.

Se le escapa una víctima que dejaba la obra incompleta.

Francisco Reynafé tendria que ser fusilado y colgado en efigie, porque él habia puesto su cuello á salvo.

Los Reynafé oyeron la lectura de aquella sentencia bárbara, sin la menor muestra de terror.

—Todo está bueno, observó Guillermo, ménos una cosa que no podrá cumplirse, á pesar de todo el deseo y voluntad de ustedes.

—Y cuál es ella? preguntó el juez Maza con altanería.

—Ella es la muerte de Francisco Reynafé, agregó Guillermo sonriendo.

Parece que el muchacho no está conforme con la sentencia y que no quiere que se cumpla.

Siento mucho por el ridículo que cae sobre ustedes, pero alguna contrariedad habian de tener!

No todo sale á medida del deseo, amigo Maza, y sabe Dios si el buen Francisco no se halla mañana en situacion de aplicar á ustedes la misma sentencia, sin más modificacion que el cambio de nombres.

La vida da muchas vueltas, juez Maza! muchas vueltas!

Y prorumpió en una ruidosa carcajada á que hicieron coro José Vicente y José Antonio.

—Parece que no les hace impresion la sentencia, observó el escribano irónicamente.

Más vale así y sentiria que al último momento fueran á cambiar de aspecto.

—No lo crea usted, señor escribano, respondió entonces José Vicente.

Hemos batallado tanto por la patria y tantas veces hemos visto vagar la muerte á nuestro lado, sintiendo su helado soplo, que le hemos perdido todo temor.

De algo se ha de morir, señor dador de mala fé, y lo mismo es una pulmonía que una horca, cuando el que muere es un Reynafé.

Es cuestion de forma—lo mismo se asesina de una puñalada que con un dogal.

Solo los criminales temen la muerte de horca, y los Reynafé no están en ese caso.

Tal vez el Juez Maza pueda dar á usted mejores ideas al respecto.

Está tan pálido y conmovido, que cualquiera creeria que es él quien debe morir.

Cuestion de conciencia no más.

Sin esplicar una palabra, el Dr. Maza recogió sus papeles y se retiró seguido de escribanos y secretarios, despues de haber hecho á los presos una notificacion más mortificante que todas.

—Estando ustedes buenos, y sobre todo no necesitando ya remedios, porque la enfermedad de la sentencia no tiene cura, el gobierno ha decidido que vuelvan ustedes á la cárcel.

—Como ustedes quieran, dijeron los hermanos.

Estamos dispuestos á todo martirio, ménos al de escucharlo á usted mucho tiempo, porque si al principio nos divierte, pronto nos dá asco.

Era este el único desquite que en situacion tan amarga podian tener los condenados.

Cuando Maza hubo salido, los tres her-

manos se abrazaron, permaneciendo así largo tiempo.

Necesitaban dar algun desahogo á sus oprimidos corazones.

No sucedió lo mismo con el capitan Santos Perez.

Este, que esperaba salir libre de toda culpa y cargo, porque no habia hecho sino obedecer como militar las órdenes de sus gefes, siendo por consiguiente de todo punto irresponsable, y porque además aún se lo habian prometido para arrancarle sus declaraciones, quedó aterrado cuando oyó leer su tremenda sentencia.

Se echó á temblar como un azogado y presa de un terror convulso, apénas pudo esclamar:

—Esto no es lo convenido! esto no es lo convenido!

Se me prometió que no iban á hacerme nada, y ahora me condenan á muerte.

Pues ahora yo hablaré y hablaré tanto, que me han de oir los mismos diablos del infierno.

Y empezó á retorcerse en medio del terror más desesperante.

Todavia los jueces tuvieron palabras con que engañar á Santos Perez.

—Si hablas, le dijeron, te pierdes sin remedio.

Esto no es más que un aparato para que los demás no tengan que hablar.

En el último momento se te pondrá en libertad y se te dará dinero para que te vayas.

Santos Perez no comprendió la necesidad de engañarlo y tragó el anzuelo guardando silencio.

Temian que hablara y necesitaban engañarle hasta el último momento.

El doctor Gamboa fué á ver esa noche á sus defendidos.

Los Reynafé estaban perfectamente tranquilos.

Habian desahogado entre sí sus corazones, y estaban tan conformes con su suerte como si no se tratara de ellos en la infamante sentencia.

—¿Qué tal, mis amigos? preguntóles el abogado.

Veo que el ánimo está entero y como conviene á hombres de sus antecedentes.

—Perfectamente serenos y tranquilos, dijo José Vicente.

Me parece muy difícil que logren doblegarnos.

—Lo único que me mortifica, dijo Guillermo, siempre riendo, es el negocio de la colgada.

Confieso ingénuamente que no me hace gracia eso de estar colgado seis horas, sufriendo los insultos de la canalla que vendrá á vernos, pues solamente canalla puede concurrir á semejante espectáculo.

¡Caramba, ojalá pudiera darles un buen puntapié!

¡Con qué gusto lo haria!

—Aún no se ha perdido todo, respondió el doctor Gamboa.

Todavia me queda algo que hacer como defensor.

Ninguna esperanza tengo, pero quién sabe, siempre hay que fiar en Dios.

Puede ser que consiguiéramos aunque solo fuese una modificacion.

—No se moleste ni se esponga más, mi noble amigo, que demasiado ha hecho usted ya por nosotros!

Cuando nada ha conseguido con su magnífica y luminosa defensa, insistiendo en ella no lograria otra cosa que atraer sobre usted alguna fatalidad.

Nosotros estimamos en lo que vale su abnegacion y su esfuerzo.

Ya no hay remedio, ni se puede insistir con semejantes bandidos.

—Yo soy como esos médicos empecinados, que á pesar de estar convencidos que una enfermedad es incurable, no abandonan al enfermo miéntras la materia esté animada por un soplo de vida.

Mi deber me llama á tentar el último recurso.

Yo no puedo abandonarlos hasta no

verlo todo perdido y cumplida la sentencia.

No traten ustedes de arrebatarme este noble y envidiable deber, porque seria inútil.

Lo que me falta que hacer lo haré á pesar de todo.

Duerman entonces tranquilos, pues todavia hay que esperar en Dios, ya que los hombres son la negacion de todo sentimiento digno y humano.

Aquellos cuatro hombres, conmovidos hasta las lágrimas, se estrecharon en silencio.

Los mismos Reynafé, que recibian con una indiferencia glacial la noticia de su muerte, ante aquel corazon grande y noble, sentíanse conmovidos de una manera poderosa, pero dulce y apacible.

Era uno de aquellos enternecimientos que bañan el espíritu de un raro bienestar, preparándolo á la conformidad más íntima.

Cuando el doctor Gamboa salió, los Reynafé lo acompañaron con una mirada de supremo cariño y admiracion.

—Con media docena de hombres de ese temple, dijo José Vicente, no daba yo la pitada de un cigarro por el tiempo que quedara á Rosas para gobernar.

Estos son los hombres que sublimizan las grandes causas, hermanos mios, desde la cárcel hasta la cruz, desde el banquillo hasta el Calvario.

Valiente corazon! y pensar que queda espuesto al puñal de los esbirros de Rosas!

No me conformo con haber recurrido á este hombre!

Le he labrado su mayor desgracia!

En seguida los hermanos Reynafé se entregaron á una conversacion de todo indiferente.

—Qué broma volver á la cárcel! dijo Guillermo entre un bostezo real ó finjido.

Ya me está indigestando la idea del cogote crudo y los mendrugos revolcados!

Se van á aprovechar estos bandidos y no van á hacer otra cosa que torturarnos.

Lo que es yo, en mi último dia voy á tratar de morderle una oreja aunque sea, al que más nos haya mortificado.

Fué tal la espresion de jovialidad con que dijo aquello, que el mismo centinela no pudo reprimir la risa.

—Lo que siento, dijo, es que pueda tenerla súcia.

Cristo bendito! qué mal bocado entonces!

Sus mismos hermanos rieron mucho con su clásico gesto de asco, y trataron de conciliar el sueño que huia de sus párpados.

Por valientes que fueran, por indiferentes que les fuese la muerte, ellos tenian familia y no podia ménos que amargarles todos los instantes de la vida.

¿Cómo reposar un minuto tranquilo, cuando se tiene sobre el corazon, como una montaña, el recuerdo del hogar perdido para siempre?

Se piensa en la muerte sin poder recibir la infantil caricia del hijo querido.

Se piensa en aquellos rostros cuya mirada llenan el corazon de suprema dicha.

Se piensa en la caricia de cada ademan, de cada palabra y se siente sobre la carne un frio de muerte.

—Moriré lejos de los mios! dice el pensamiento, sin que una mano amiga me haga una seña!

—Moriré sin que la mano de mi esposa cierre mis ojos apagados por la muerte! agrega el deseo.

Y la amargura es tremenda y se siente el veneno de la última desventura.

Es entonces que el corazon se vuelve á Dios y se vé como un rayo de luz entre la oscuridad de aquella orfandad terrible.

Esta era la situacion de aquellos tres hermanos, cuya marcha por la vida les hacia esperar un fin bien diverso.

Ah! el lazo de los hijos! hé aquí la

gran cadena que amarra al hombre á la vida!

Ellos amarran la existencia desde la cuna á la tumba, porque se vive en una perpétua zozobra.

En todas partes se vé para ellos un peligro de muerte y nada en su bien satisface por completo.

Pero una caricia, una sonrisa tan solo, viene á compensar con exceso todo lo que han hecho sufrir.

Morir rodeado por la esposa y los hijos, morir bajo la aureola del cariño y del amor!

Hé ahí la felicidad suprema á que puede aspirar con derecho el que forma una familia, felicidad que escapaba á aquellos hombres tan dignos de mejor suerte!

Al otro dia la almohada de José Vicente estaba empapada.

Aquel corazon de leon habia sido doblado por la pena del recuerdo del hogar, y habia llorado como llorarian sus propios hijos.

Cubrió la funda con el brazo para ocultar á sus hermanos su dolor y no afligirlos más, y se mostró tan sereno como el dia anterior antes de conocer la sentencia.

El doctor Gamboa, entre tanto, no habia perdido el tiempo.

Aquella noche habia velado tambien, confeccionando la página de su defensa.

Recorria en un lenguaje conciso y brillante todos los antecedentes y marcha de la causa.

Calificaba la sentencia de muerte con términos duros pero elevados, y pedia se revocase por ser contraria á todo derecho, á toda ley, á todo proceder honrado y á todo sentimiento de humanidad por fin.

¿Con qué derecho D. Juan Manuel Rosas, nombrado Juez por personas que no podian hacerlo, arrancaba la vida á hombres beneméritos, llenos de servicios é inocentes del crímen que se les imputaba?

Examinando de nuevo aquel voluminoso espediente, desde las infames actuaciones de Córdoba hasta el proceder vergonzoso é inícuo del fiscal, asesor y juez especial, concluia por asegurar que, por semejante sumario, los únicos que merecian pena eran aquellos que lo habian confeccionado.

Yo debo insistir en mostrar al gobierno, decia, que sufre un error tremendo.

Que ni hay causa para esa sentencia, ni él puede darla.

Insisto en sostener, concluia, que la causa debe devolverse á su procedencia, prévia absolucion y libertad de los Reynafé.

Por lo ménos, ya que se quiere juzgarlos, somótaseles á un tribunal competente, que haga una nueva causa y falle en seguida, porque lo actuado es hasta depresivo á la dignidad humana.

El doctor Gamboa remitió al juez Maza aquel notable escrito, como una apelacion á la brutal sentencia.

El juez Maza, temblando de ira, lo llevó á Rosas, pidiéndole instrucciones para proceder.

—Es preciso no rechazarle esta apelacion para que no hablen, dijo Rosas.

¿Qué se puede hacer en ese sentido?

—Pedir á los demás defensores que amplien sus defensas, ó hagan las observaciones que quieran á la sentencia, respondió el miserable instrumento.

De este modo se puede ampliar la causa, pedir nuevo dictámen al asesor y fiscal sobre lo nuevamente actuado, y disponer V. E. lo que quiera.

—Muy bien — esto será como una segunda instancia en que algo modificaré para que nada tengan que reprocharme.

En cuanto á ese que se quiere lucir contrariando mi voluntad y faltándome al respeto, ya lo compondremos como se merece.

Veremos si le quedan brios para defenderse él mismo.

En cuanto á los Reynafé, pueden recu-

rrir al diablo, pero ni el mismo diablo los arranca de mis manos.

No me conocen como soy yo para hacer lo que me propongo!

Poco tiempo despues de salir Maza del despacho de Rosas, llamaba este á un oficial de los muchos que estaban con sus jefes á su servicio particular.

Acudió un capitan Beruti, á quien habló así:

—¿Conoce usted al doctor Gamboa, el salvaje unitario que está defendiendo á los Reynafé?

—Sí, excelentísimo señor.

—¿Sabe usted dónde vive ese malvado y traidor á la federacion?

—Sí, excelentísimo señor.

—Muy bien, se sitúa usted en las inmediaciones de su casa, y en cuanto lo vea salir á la calle, le arranca usted la divisa y el chaleco punzó.

No regrese usted hasta no haber cumplido la órden.

Puede retirarse.

Beruti era un oficial de sentimientos y de corazon—así es que recibió aquella órden como una condena.

—Mire usted, concluyó don Juan Manuel, deteniéndolo.

En ningun caso usted invocará órdenes mias.

Usted obre por su sola cuenta y capricho.

Vaya usted.

Era aquella una órden del diablo.

¿Pero cómo librarse de su cumplimiento?

No habia más que obedecer ciegamente ó atenerse á las resultas.

Beruti conocia al doctor Gamboa y lo estimaba como hombre de honor y cumplidísimo caballero.

No podia, pues, haber recibido una órden que le fuera tan violenta.

Invocando órdenes superiores, ménos mal.

Pero así, como accion propia y espontánea, era cosa muy dura para un jóven que habia logrado conservar sus sentimientos de honor.

Beruti fué á situarse en las inmediaciones de la casa de Gamboa, deseando que éste no saliera en toda su vida.

Pero pocos minutos despues el doctor Gamboa salia de su casa, y sério y digno como siempre, se dirigió precisamente hácia donde estaba el oficial.

Lo habia visto desde que salió, pero el aspecto decente y reposado del jóven no le inspiró la menor desconfianza.

En la situacion que él se habia creado, Gamboa debia desconfiar de todos y de todo, pero no podia prescindir del desprecio con que se habia habituado á mirar las cosas federales.

Así, caminaba tranquilamente, cuando al llegar á donde estaba el oficial, este se le cruzó por delante y estiró al pecho una mano conmovida y temblorosa.

Allí estaba colocada la larga divisa con que el doctor Gamboa queria comprar la tranquilidad de su familia.

Al ver que un oficial le cerraba el paso y estiraba la mano á su pecho, el doctor Gamboa dió un paso atrás y lo envolvió en una mirada severa y despreciativa.

Parecia querer buscar el puñal que debia brillar en la mano del jóven asesino.

Pues para el doctor Gamboa, en aquel momento se trataba de un asesinato ordenado por Rosas, puesto que era un oficial del ejército quien lo acometia.

Ante aquella mirada serena y aquella actitud severa, el oficial se sintió conmovido, bajó sus ojos y no se atrevió á avanzar.

—Hiera usted, jóven, dijo entonces Gamboa, que nada podia temer desde que era un solo hombre el que lo atacaba.

Hiera usted sin miedo y sin consideracion.

El jóven bajó entonces la mano, y alzando el semblante enrojecido por la vergüenza, miró al abogado de una manera reposada y digna.

—No se trata de eso, doctor Gamboa, repuso entonces, sino de mucho ménos.

Quiero ahora hablar con usted, pero no en la calle, porque si me ven talvez me cueste la cabeza.

Si usted quiere acceder á mis ruegos vuelva usted á su casa, que yo entraré dentro de algunos minutos.

Y se retiró lentamente hácia la esquina opuesta.

El doctor Gamboa reflexionó un momento, pensó que el porte y el rostro de aquel jóven no eran los de un asesino, y sin decir una sola palabra regresó á su casa.

Solo sí que, por esceso de precaucion, se echó una pistola al bolsillo.

—Puede ser una treta, pensó, pero al ménos, si no es más que él solo, caro le ha de costar el cumplimiento de sus órdenes.

Cinco minutos despues, el oficial entraba al zaguan, y se metia al patio, como evitando ser visto.

—¿Qué me quiere usted? preguntó entónces Gamboa, ya perfectamente dueño del terreno, desde que el oficial se presentaba solo.

Comprendiendo el jóven lo violento de la situacion y las razones que para sospechar de él tenia el doctor Gamboa, se apresuró á esplicar el incidente.

—Hoy es cosa muy leve, dijo, pero puede ser grave mañana.

Y refirió al pié de la letra la órden que de boca del gobernador habia recibido.

—No he podido prescindir del respeto que usted me inspira, agregó el jóven, y si usted no me entrega de buena voluntad el chaleco y la divisa, me retiro sin cumplir la órden, cuésteme lo que me cueste.

Gamboa se sintió conmovido ante aquel noble proceder.

—No trato de resistirme, jóven, al contrario, y me admira la nobleza de su corazon honrado y puro.

Puede usted arrancarme esas prendas, porque de todos modos me las arrancará mañana, tal vez con la vida, otro enviado ménos noble.

—No pongo yo mis manos sobre usted por nada de este mundo.

O usted me las entrega, ó me retiro sin ellas.

Gamboa tuvo que convencer al jóven de la necesidad que habia en que lo despojara de ellas en la calle, y á la vista de alguno.

—De esta manera queda usted más seguro y yo más tranquilo.

El oficial se retiró despues de recibir un apreton de manos de aquel digno hombre, que salió tambien á los pocos minutos.

Apesar de todo lo que habia dicho al oficial, se vió en la necesidad de despojarse de las prendas en cuestion, pues este se negó á hacer el aparato de tomarlas bruscamente.

—Mire usted que lo observan desde el almacen.

—Me es indiferente, démelas usted.

Gamboa se quitó el chaleco y la divisa que entregó al jóven mirándolo como una caricia.

Poco tiempo despues aquel noble rasgo era conocido de Rosas, que se lo hizo pagar con una muerte horrible, que narraremos á su tiempo.

Así quedó el doctor Gamboa señalado por el dedo sangriento de la federacion, como salvaje unitario aliado á los asesinos.

—Es preciso que se vaya cuanto antes, le decian sus amigos.

No se esponga á que le quiten tambien la cabeza

—Tengo que ver primero el resultado de mi última defensa.

—Pero por lo ménos mande usted su familia!

—Eso no digo que nó.

En cuanto á mí no me voy hasta que no ejecuten á los Reynafé.

Tengo el deber de acompañarlos hasta el último trance.

Entre tanto la causa, en aquella cómica segunda instancia, se agitaba de una manera vertiginosa.

Cada defensor habia sido requerido por si tenia algo que agregar.

Y todos presentaban su correspondiente mamotreto, más ó ménos de un tenor.

La mayor parte se habian contentado con elevar una simple súplica á nombre de sus defendidos, pidiendo se les conmutase la pena, haciéndoles gracia de la vida, pues reconocian su infame culpabilidad.

Y otros agregaban á la súplica mil promesas, como la de servir en el ejército sin límite alguno de tiempo, desde que cumplieran su nueva condena, si el gobierno les perdonaba la vida.

A Santos Perez le dijeron que era preciso pedir gracia para mejor disimular su perdon, y este la pidió de la manera más servil que le fué posible.

La causa, con las nuevas defensas y súplicas, fué pasada al fiscal y al asesor, quienes despues de largas digresiones y consideraciones infamemente estúpidas y estúpidamente infames, dieron una nueva vista, igual á la primera.

Volvió la causa al juez especial comisionado, quien la elevó con una nueva nota á manos de Rosas.

Segun Maza y los otros, la sentencia que dieron en llamar de primera instancia, estaba perfectamente fundada y, visto el crímen que se habia cometido, podia calificarse de sentencia magnánima.

Por tanto, una disposicion que debia cumplirse en todas sus partes.

Aquí llegaba á Rosas la ocasion de fingir una magnanimidad estupenda, pero, por supuesto, no en beneficio de los Reynafé, que no tenian nada que esperar de aquellos infames.

Hé aquí las modificaciones que hizo Rosas á la calificada sentencia de primera instancia.

PRELIMINARES

Hemos dicho que Maza, despues de agregar las nuevas defensas y pedidos de gracia que habian hecho algunos, elevó la causa al fallo de segunda instancia.

Aquella especie de apelacion de la primer sentencia era hecha al mismo juez que la habia pronunciado y declarado que no habia poder en el mundo capaz de librar á los Reynafé.

Sin embargo, la ceguera federal llegaba hasta afirmar que el general Rosas revocaria su primer sentencia pronunciando un acto de perdon general.

No era que ellos lo creyeran así, sino que pretendian con esto dar una esperanza á los unitarios y á los condenados para que el golpe fuera más violento.

Rosas entretanto modificaba su feroz sentencia de la siguiente manera:

Siempre bajo el lema de: ¡Viva la Federacion! y despues de sus considerandos tendentes á demostrar lo infame del asesinato de Quiroga, hacia estas modificaciones:

«Se cumplirá la sentencia definitiva de fojas 87, con estas reformas:

1.° Que la ejecucion de la pena de muerte que por dicha sentencia se impone á José Vicente Reynafé, Guillermo Reynafé, Francisco Reynafé, José Antonio Reynafé y Santos Perez tenga lugar en la plaza de la Victoria, con la calidad de circunstancias que en ella se alegan, debiendo en seguida de la ejecucion suspenderse los cadáveres, por seis horas, en la misma plaza.

2.° Que la ejecucion de la misma pena de muerte en la parte relativa á los oficiales Cesáreo Peralta y Filomeno Figueroa, se verifique en la plaza de Marte.

3.° Que los ejecutores de la degollacion, á saber: Basilio Marquez, Fermin Flores, José María Juarez, Solano Juarez, Marcelo Figueroa y Francisco Peralta,

condenados á sufrir la pena de muerte en dicha sentencia, sean sorteados con los cooperadores Juan Pedo Javier y Marcelo Márquez; de todos los que, tres sufrirán la pena de muerte y serán ejecutados en dicha plaza de Marte y los cinco restantes que por la suerte libren la vida, quedan destinados á presidio por diez años.»

El 4.°, 5.° y 6.° es disponiendo algunas modificaciones en el tiempo de presidio impuesto á los demás cómplices y cooperadores.

Despues de estos seis artículos y para que nada faltara al programa de sangre, agregaba:

« Y para la ejecucion de esta última definitiva sentencia, se señala el 25 del corriente Octubre á las once de la mañana.

Líbrense las correspondientes órdenes á la Inspeccion General y al Departamento de Policía, y pásense las notas al camarista juez comisionado á quien se ordena:

Que haciendo comparecer ante sí á los defensores de los ocho reos que deben ser sorteados, estando tambiem presentes el Fiscal del Estado y el escribano de la causa, introduzca éste dentro de un cántaro ocho cédulas de la misma estension é igualmente dobladas, de las que cinco llevarán la siguiente inscripcion:

«Salvó la vida por la clemencia discrete de la Confederacion.»

Las otras tres deberán llevar esta otra:

«Sufrirá la pena de muerte que le impone la ley.»

Las espresadas ocho cédulas, antes de ser dobladas y colocadas dentro del cántaro, serán manifestadas por el escribano al fiscal y á los defensores de los reos.

Verificado esto, y acto continuo, el mismo escribano, contadas una por una las ocho cédulas, las introducirá en el cántaro y el ejecutor de la justicia sacará una por una las dichas cédulas, anunciándose ántes de cada acto, en alta voz, el nombre del reo á que haya de corresponder la cédula.

Concluida esta diligencia se estenderá una acta y agregada al proceso se elevará inmediatamente al gobierno, para la resolucion que corresponda.

Y por esta última y definitiva sentencia que será notificada á los reos y al alcaide de la cárcel, publicada en los periódicos, inserta en el Registro oficial, fijada por carteles en los parajes públicos de los pueblos de la confederacion y comunicada á sus Exmos. gobiernos, definitivamente juzgando, así lo proveo, mando y ordeno á virtud de la especial autorizacion de los mismos.

JUAN MANUEL DE ROSAS.

Felipe Arana,

Ministro secretario de Relaciones Exteriores.»

Al dia siguiente, como lo disponia la sentencia esta fué leida á los reos, como estaba mandado, principiando por los Reynafé.

Los tres hermanos escucharon la lectura, con una serenidad irritante para los que esperaban grandes gritos y ademanes de desesperacion cobarde.

El juez Maza, que esperaba este momento para gozarse de aquella triple pena, en venganza de las injurias recibidas, fué quien más se irritó ante aquel valor imponente.

—Es en vano disimular! tuvo la cobardia de decirles.

La ansiedad se les sube al cuello y los ahoga.

Aún es tiempo, pidan gracia y haremos algo en el sentido de que el gobierno se apiade de ustedes.

Los tres Reynafé como movidos por un resorte y como si ya esperaran aquello y se hubieran convenido en el modo de responder, se pusieron de pié y se encararon con Maza.

—Manuel Vicente Maza! dijo José Vi-

cente levantando la mano en señal de amenaza:

Yo no tengo ninguna gracia que pedir.

Muero inocente y tranquilo.

Necesito la vida para los mios, pero no tanto como para mendigarla á los asesinos.

Tú si morirás como un perro, pues como nosotros estás sentenciado, aunque para más tarde.

Los tiranos rompen los instrumentos de sus crímenes y los reemplazan para no dejar de estos la menor constancia.

Este es el premio que se te reserva y la rara alegria que nos anima en este momento!

Dicho esto se retiró para dejar paso á José Antonio, que avanzó como un espectro.

—Manuel Vicente Maza! gritó este con su voz más sonora y severa.

En nombre de mis hijos huérfanos y de mi esposa viuda, yo te maldigo desde el fondo de mi alma.

Deseo que de hoy en adelante el remordimiento ó el recuerdo de este asesinato, te siga á todas partes, hasta el dia del fin fatal é ineludible que te ha anunciado Vicente.

Hasta el otro mundo, cobarde!

Y siguió como una sombra dejando el sitio á Guillermo, que avanzó á su vez.

Maza, aturdido, pálido y trémulo, hizo ademan de alejarse.

Pero una fuerza superior, la atraccion del abismo, lo detuvo allí, á oir tambien las palabras del jovial Guillermo.

—Manuel Vicente Maza! dijo el jóven, yo te ódio con toda mi alma, pero te desprecio más todavia.

Tú eres el instrumento mercenario y ruin de esta feroz matanza.

Esto no puede quedar así, porque hay un Dios en el cielo, no tengas duda, y no está allí en vano.

Toda nuestra sangre caiga sobre tu cabeza, ménos la de Francisco, que á pesar de todos los esfuerzos y de todas las sentencias, no lo tendrás entre tus manos.

Cobarde Maza! en nombre de todos los que vamos á caer, yo te escupo á la cara.

Y unió la accion á la palabra, con tal rapidez que ninguno pudo evitarlo.

El centinela de vista que custodiaba los presos, y algunos otros soldados que habian ido escoltando á Maza, se echaron sobre ellos, golpeándolos de la manera más brutal que se les ocurrió.

Maza aprovechó aquella especie de resuello y limpiándose la cara salió de allí como quien huye de algo que lo aterra hasta el punto de no poderse dar vuelta á mirar.

Los Reynafé fueron golpeados con las culatas de los fusiles, los piés y las manos.

Y si no murieron, fué porque temian las consecuencias de matar á un sentenciado por Rosas, y tuvieron cuidado en no herirlos.

A pesar de estas precauciones, los tres hermanos quedaron sin movimiento, á causa de las contusiones.

Tuvieron que ganar la cama de nuevo, sintiendo en el alma que no les hubiesen quitado la vida.

—Lo siento por ustedes, hermanos mios, dijo Guillermo, pero hay en mi corazon un fondo de alegria que no han podido arrancarme los culatazos.

He llenado una imperiosa necesidad de mi espíritu, escupiendo el rostro de aquel miserable.

Creo que esa escupida va á quedar en su cara todo el tiempo que viva, quemándola como una brasa de fuego.

—Siempre es ese algun consuelo—y ya que no se le puede morder en el corazon, escupámosle el rostro.

Fué aquella la última noche que los pobres durmieron en cama y tomaron una taza de té límpio y agradable.

Al dia siguiente fueron conducidos al sitio que debia servirles de albergue has-

ta la hora suprema, es decir, catorce dias despues.

Aquella traslacion se hizo en un carro de basura, en cuyo fondo habian puesto un colchon, no por comodidad de los presos, sino por ocultar algo la ferocidad que con ellos se usaba.

El pueblo conocia ya la horrible sentencia publicada en la *Gaceta Mercantil*, con los elogios consiguientes.

El papelucho inmundo, redactado como se sabe por don Pedro de Angelis, vendido á Rosas porque Lavalle no lo quiso comprar, hallaba en aquella sentencia nuevos motivos para quemar incienso en honor de don Juan Manuel, y llamarlo el hombre más grande de la América.

El populacho, pues, á quien la *Gaceta* avisaba la traslacion, siguió el carro de basura, en todo el trecho del camino, cubriendo de injurias y todo género de groserías á aquellos tres mártires.

En vano se ocultaban en el fondo del carro y trataban de esquivar el rostro para no ver aquellas escenas de suprema cobardia: todo era inútil.

A cada momento el carro era asaltado, á pesar de la escolta, y los borrachos que subian les ataban alguna divisa en la barba, el pelo ó en el pescuezo, á riesgo de ahogarlos.

Los Reynafé guardaron silencio y soportaron todo aquello con una resignacion conmovedora.

Cuando descendieron á la cárcel, fueron acometidos de nuevo, con insultos, golpes de mano y una que otra pedrada.

A no estar allí un fuerte cuerpo de guardia tal vez las turbas federales los hubieran arrebatado á sus guardianes, para despedazarlos en plena calle.

Fué necesario, para despejar las turbas, que los soldados hicieran uso de las culatas de sus fusiles y amenazaran con las bayonetas.

Allí mismo estaba alojado Santos Perez y demás reos de muerte, puesto que los que iban á ser ejecutados en la plaza del Retiro tenian que presenciar, ántes de marchar al suplicio, la ejecucion de los Reynafé y Santos Perez.

Este malvado habia escuchado leer su sentencia entregándose en seguida á la más cobarde desesperacion.

—Son unos infames! gritaba, son unos corbardes que me quieren matar para que no hable!

Pero yo lo voy á contar todo para que no vuelvan á engañar á nadie.

El doctor Maza mandó entonces que lo amordazaran, porque no habia medio de hacerlo callar.

Los soldados le metieron un trozo de madera en la boca, atado á la nuca por dos pañuelos.

Cuando se hubo tranquilizado un poco, el juez Maza quedó solo con él y le dijo:

—He tenido que amordazarte para que no te pierdas.

Se te condena, imbécil, para poder perdonarte.

Calla entonces y espera.

Voy hacerte quitar la mordaza, pero calla, porque á la menor palabra te la hago poner de nuevo entonces, hasta que llegue el dia de cumplir la sentencia.

Santos Perez tragó la nueva píldora, comprendiendo que no tenia otro remedio.

Con hablar no iba á adelantar nada, y callando tal vez salvaria la vida.

Se conformó y volvió á recuperar su antigua alegria.

Era raro el fenómeno que se operaba en Santos Perez.

El se habia distinguido siempre como un oficial bravo, sentando su reputacion de brillante oficial de pelea, hasta en Barranca Yaco mismo, donde se midió cuerpo á cuerpo con el hombre más valiente que se conocia.

Y ante la perspectiva de la muerte en el banquillo, aquel hombre habia abatido su espíritu hasta el estremo de llorar como una criatura cuando pensaba que tal vez lo engañaban y lo iban á fusilar.

No se comprendia un cambio tan completo en aquel espíritu perverso.

Él, que en un campo de batalla hubiera peleado con el mismo diablo cayendo como un bravo, no habia trepidado ante la calumnia y la infamia por salvar la vida.

Los encargados de dar á aquel asesinato todo el carácter de un acto de justicia, fueron al dia siguiente á practicar el sorteo de los ocho infelices, para tomar los nombres de tres que debian morir.

En medio del gran patio y en presencia de todos los condenados á muerte y á presidio, se les hizo formar al rededor del cántaro donde arrojaron las cédulas fatales.

Cuáles serian los afortunados y cuáles aquellos que sacarian cédula de muerte?

Allí estaban todos los ocho como verdaderos condenados á muerte, ofreciendo las diferentes gradaciones del terror y el espanto más acabados.

Ninguno de ellos se atrevia á esperar la cédula buena y todos la deseaban!

Pero no eran más que cinco las de salvacion, y tres de ellos tendrian que morir forzosamente.

El momento no podia ser más desesperante ni más cruel la ansiedad pintada en aquellos ocho semblantes lívidos y desencajados por el miedo.

Las ocho cédulas que contenian los diversos letreros, fueron dobladas y echadas al cántaro.

Las ocho que contenian los nombres de los que iban á ser sorteados, se doblaron tambien entregándose al escribano.

A pesar de estar presentes al acto más de sesenta presos, reinaba en aquel patio, tan bullicioso siempre, un silencio de cementerio.

Todos contenian la respiracion para no perder una sola sílaba de aquella escena imponente y patética.

Tomadas todas las disposiciones que se ordenaban en el decreto, el ecribano abrió una de las cédulas, leyendo en alta voz el nombre de Basilio Márquez.

Acto continuo pudo observarse cómo se movió el pelo sobre la cabeza de aquel infeliz, cuya vida pendia de un acto tan casual.

En seguida un tal don Anastasio Romo, que era el titulado ejecutor de la justicia, procedió á sacar y desdoblar la sentencia correspondiente á aquel nombre.

—Salvó la vida por la clemencia discreta de la Confederacion — leyó en voz aguda.

Un gran grito lanzó Basilio Márquez y se le vió temblar como un beodo.

Los siete restantes se estremecieron ligeramente.

Tenian ya una probabilidad ménos de salvar sus vidas.

—Fermin Flores! gritó el escribano.

—Salvó la vida por la clemencia, etc., respondió Romo el ejecutor, despues de haber sacado y leido la segunda cédula.

Quedaban seis reos que iban á ser sorteados por igual, con tres cédulas de vida y tres de muerte.

Aquellos seis hombres temblaban de piés á cabeza, como si estuvieran bajo la influencia de un ataque de chucho.

—José María Juarez!— volvió á decir el escribano, como quien pasa lista.

—Salvó la vida, etc., repitió el famoso Romo, mirando al reo afortunado en cuya mirada brilló un rayo de alegría.

Para cinco reos quedaban solo dos cédulas de vida.

Estos iban perdiendo la última esperanza de salvacion.

Se conocia en el opaco brillo de la mirada y en la espresion de profundo desaliento que iban adquiriendo sus bocas.

—Solano Juarez! dijo el escribano mirando á éste, que tembló todo, pues era natural que ahora saliese una cédula diversa.

—Sufrirá la pena de muerte que impone la ley, añadió la voz implacable y aflautada de Romo.

Juarez abatió la cabeza sobre el pecho y dejó escapar un sollozo.

Pero no dijo una palabra.

Quedaba la partida igual otra vez entre los reos restantes.

—Marcelo Figueroa, — dijo el escribano, leyendo la quinta cédula.

—Salvó la vida etc., dijo Romo, ya con una voz de octavin, de puro fina.

A juzgar por el metal de la voz, más le gustaba leer las cédulas de muerte.

Quedaban solo tres reos, de los cuales dos dos debian morir.

Estaba, pues, la cosa en á cuál de los tres tocaba la otra cédula, si era esta de salvacion.

—Francisco Peralta—esclamó el escribano.

El pobre Peralta parecia querer arrebatar con la mirada la cédula que se veia en la mano de Romo.

—Sufrirá la pena de muerte que le impone la ley, añadió Romo, saboreando cada una de las frases y haciendo al final un chasquido con la lengua, como borracho que prueba caña sin rebajar.

Quedaban dos para sacar la última suerte.

La sentencia de uno iba á ser la de los dos, pues no quedaba ya más que una cédula de cada clase.

—Aquellos dos hombres se miraron como si hubiesen tenido puñales en vez de ojos.

Indudablemente se deseaban la muerte con todo el fervor de su alma, puesto que en la muerte de uno estaba la salvacion del otro.

—Juan Pedro García, dijo el escribano.

Romo tomó una de las cédulas que quedaban en el cántaro y permaneció un momento gozando en la impresion de angustia del nombrado.

—Dios me valga! esclamó García y se tapó los oidos.

—Queria leer su sentencia en el rostro de los que le rodeaban, sin duda para prolongar aquella amarga duda.

—Salvó la vida, etc., leyó Romo con una voz impasible.

El rugido que lanzó Marcelo Márquez, que era el octavo reo, anunció su víctima á García.

—Están mal las cédulas, gritó Márquez en un arranque de desesperacion: están mal las cédulas.

—Manuel Márquez, leyó el implacable escribano, sin tener en cuenta aquellas palabras y como si no hubieran sido pronunciadas.

—Sufrirá la pena de muerte, etc., leyó Romo con una complacencia diabólica.

Aquella maldita sentencia quedaba así terminada.

La suerte habia sido fatal para Márquez, Peralta y Juarez.

Los otros cinco habian salvado su pellejo que creyeron perdido.

El juez Maza, como podia haberlo hecho un magistrado ante verdaderos reos de muerte, miraba aquel trágico cuadro con una indiferencia glacial.

Cualquier corazon un poco ménos encenagado, se hubiera sentido conmovido, no ya ante aquella realidad tristísima y tirante, sinó en un simulacro teatral de aquella escena.

Los que habian salvado la vida estaban alegres, alegria que manifestaban de todos modos.

En cambio los tres condenados, en pié y cabizbajos, permanecian silenciosos y consternados.

A no ser porque de cuando en cuando alzaban sobre Romo una mirada terrible, se les hubiera tomado por cadáveres puestos de pié.

Ya no se les condenaba como cómplices en un crímen feroz, puesto que otros tan cómplices como ellos salvaban la vida por la misma razon que ellos la perdian.

Se les condenaba á muerte, porque así lo habia dispuesto la casualidad, porque conforme podia haberles tocado una cédula con suerte, les habia tocado otra que no la tenia.

Así su desesperacion era más honda, más tocante.

Era Marcelo Márquez el más sereno de los tres sin duda, y el más apegado á la vida, porque poco á poco se fué reponiendo hasta encararse con Maza y decirle:

—Y á mí porqué me condenan?

Porque á ese maldito que conocia las cédulas, se le ha antojado darnos una mala?

Esa es una iniquidad.

—Silencio, señor asesino! interrumpió el juez Maza.

Ningun miserable de tu estampa puede interpelar á un juez!

Entonces Márquez, en una de esas sublimes agachadas de nuestros paisanos, le *retrucó* al grito:

—Quiere decir que si yo fuera un miserable de levita podria ocupar su lugar?

Pues cambiemos prendas, pues donde yo estoy se desempeñará usted mejor.

No me pueden hacer nada peor que matarme—muerto por muerto, le haré en vida el gusto á *la de lamerse.*

Amigo Maza, usted es un trompeta.

Mire, que me parta un rayo si lo que digo no me nace del corazon!

Maza, en el primer momento, mandó que dieran á aquel insolente trescientos azotes, pero despues se arrepintió y lo mandó simplemente incomunicado.

No sabia que tal efecto haria á Rosas aquel castigo, y no queria recibir una peluca.

Habia tiempo para consultarlo.

Pero Rosas era un bandido tan completo, que su complacencia más esquisita, reposaba siempre en las desventuras de aquellos que lo servian.

Por ningun otro, por ejemplo, cambiaba el placer de patear á su escribiente de más confianza, ó dar de garrotazos al más encopetado de sus edecanes.

Si alguno de ellos tenia la desgracia de mostrarse mortificado con aquellos tratamientos, podia estar seguro que ellos se repetirian con una frecuencia aterradora.

Y pobre del que no los aceptase con la sonrisa en los lábios!

Este era entregado á la cuadrilla de locos que lo rodeaban siempre, para que se divirtieran á su sabor.

Así es que cuando Maza le hizo la queja de que Márquez se le habia insolentado, preguntó con su sonrisa diabólica:

—¿Y qué diablos puede haberle dicho aquel infeliz?

Maza repitió entonces las palabras de Márquez, agregando de su cuenta otras más hirientes.

Don Juan Manuel se puso entonces á reir como si le hicieran cosquillas.

—Pero eso no tiene nada de malo!

Podia haber dicho algo más y ya ve que lo ha callado.

No es bueno ser tan cosquilloso con un pobre diablo que va á ser fusilado.

No quiero que se castigue á ese infeliz.

—Es que si ese acto queda sin castigo, yo voy á perder mi autoridad moral y mañana esos miserables me dirán algo peor.

—Deje que le digan, deje que le digan, que con eso no le hacen mal.

—Su autoridad moral no la puede perder nunca, puesto que siempre será usted el que los ha condenado y quien los hace ejecutar.

Maza no se atrevió á contradecir á Rosas, y aguantó todas las chuscadas que este le dijo con aquel motivo.

Mire que no quiero que se castigue á Márquez, eh?

¿Le han hecho algo?

—No señor, lo mandé solamente poner incomunicado.

—Pues que le permitan ir al patio con los demás, hasta que yo resuelva sobre el sorteo.

—Voy á mandarlo así, dijo Maza, y salió dado á los diablos.

—Mañana, pensaba, los demás reos, y sobre todo Guillermo Reynafé, que es el más insolente, me llenarán de oprobio.

No importa, mi venganza está asegurada de antemano.

Y en el acto mandó que Márquez fuera puesto en comunicacion con los demás presos, sin privársele de ninguno de sus derechos de condenado á muerte.

Y para aparentar poderío ante los demás presos y empleados de la cárcel, decia en su nota-órden, que perdonaba á Márquez porque harto castigadó estaba con el peso de su propia desventura.

Al retirarse á sus respectivos calabozos, los Reynafé se encontraron muy cerca del calumniador Santos Perez.

Vicente y Antonio pasaron indiferentes, como si no lo conocieran.

Guillermo se detuvo ante él, bañándolo con la espresion burlona de sus ojos risueños.

—Hola, bandido, le dijo—parece que tu calumnia no te salva la vida.

Mucho me voy á entretener con la cobardia que muestres en tu último instante!

—No se verán en ese espejo! respondió el capitan con suprema audacia.

Yo no soy culpable y nada me han de hacer!

—Imbécil! serás el primero que caiga para que no hables.

Te compran el silencio con una promesa que no tragaria el más bruto!

Si te fueran á perdonar ya lo habrian hecho.

Por lo del sorteo ya lo debias haber comprendido.

Bien merecido lo tienes! así mueren todos los judas!

Aquellas palabras se enterraron en el corazon cobarde de Santos Perez, como una lanzada.

La más terrible duda volvió á albergarse en su espíritu aterrado, y creyó que aquello era una profecia fatal.

Guillermo al ver el terror que acusaba su semblante, lanzó una carcajada y siguió á sus hermanos.

Santos Perez tembló, y siguió hácia su calabozo, reflexionando sobre las palabras de Reynafé.

Pero á su espíritu inculto y oscuro no penetraba más luz que la escasa claridad del terror más decidido.

—Puede ser, dijo, pero todavia me queda tiempo de hablar.

Sin embargo, no puede ser que Maza me engañe.

Si no hubieran querido que hablase, me habrian hecho desaparecer desde que presté mi primer declaracion y no me necesitaron.

A pesar de todas estas reflexiones, dos horas despues los presos fueron sorprendidos por un amargo llanto, que se escuchaba en uno de los calabozos.

Era Santos Perez que lloraba soñando que lo asesinaban.

Aquel hombre habia sido vencido por el terror, al estremo de no ocultar á sus compañeros su desesperacion tremenda.

Por el menor incidente ó alusion se ponia á llorar en pleno patio, delante de presos y soldados.

Santos Perez empezaba á perder la cabeza de miedo, y ya podian verse en él algunos síntomas del delirio de las persecuciones.

Por todas partes veia banquillos y soldados formados para fusilarlo.

Poco temible era ya para Rosas, puesto que el terror no lo dejaba pensar ni ocuparse de otra cosa que de su muerte próxima.

A los dos ó tres dias volvieron á la cárcel todos los estafermos y bandidos que se disfrazaron de hombres de justicia, para cometer aquella matanza.

Venian á leer á los condenados del sorteo, la suprema resolucion recaida sobre ellos.

Hé aquí aquella cobarde pieza, que se leyó ante todos los presos formados en un gran círculo:

«Viva la Federacion!

Con lo espuesto por el asesor y vistas las diligencias del camarista-juez-comisionado, se aprueba el sorteo practicado en 13 del corriente, debiendo en su consecuencia y de lo ordenado en la sentencia

definitiva, sufrir la pena de muerte los reos Solano Juarez, Francisco Peralta y Marcelo Márquez.

Vuelva el proceso á dicho juez, á quien se comete el cumplimiendo de ella y á cuyo objeto dispondrá que el dia 23 del presente Octubre, sea notificada á las seis de la mañana y puestos en capilla los reos José Vicente Reynafé, Guillermo Reynafé, Francisco Reynafé, José Antonio Reynafé, Santos Perez, Cesáreo Peralta, Feliciano Figueroa, Solano Juarez, Francisco Peralta y Marcelo Márquez.

Debiendo los cinco primeros tenerla en la cárcel general y los cinco restantes en el cuartel de la guardia argentina, adonde deben ser conducidos luego de ser notificados, á cuyo efecto se librarán las correspondientes órdenes.

Rosas.

Felipe Arana.»

Ya sabe el lector, como lo sabia el pueblo, que Francisco Reynafé habia escapado y estaba en Montevideo.

Pero era tal el deseo de concluir con aquel apellido, que Rosas no trepidó en incluir aquel nombre en todas las sentencias y disposiciones, para ver si engañaba al pueblo.

Esta farsa llegó hasta dar Maza cuenta de su muerte, como si se hubiera llevado á cabo.

Aquella célebre nota la daremos á su tiempo.

La sentencia esta, se leyó, como hemos dicho, delante de todos los presos, formando un círculo alrededor del juez y ayudantes.

Terminada la lectura, Maza fué á retirarse, pero lo detuvo á su paso la voz de Guillermo Reynafé que decia:

—Manuel Vicente de Maza!

No olvides que el premio de tu infamia será un puñal que te parta la espalda!

Y lanzó una de aquellas carcajadas que parecian risas del otro mundo.

Aquellas risas nerviosas de Guillermo imponian á todos, porque habia en ellas algo de infernal y fatídico.

A Maza le hacian tal impresion, que no pudo borrar el éco de sus oidos.

Lívido y tembloroso salió de la cárcel, secándose el sudor que brotaba abundante de su frente cadavérica.

—Cobarde! oyo todavia, como un éco del sepulcro—yo te escupo en la cara, esperando que Dios haga descender sobre tu cabeza el peso de su eterna justicia!

Manuel Vicente Maza empezaba á tener miedo por el crímen que cometia, pero el miedo que sentia por Rosas era tan superior, que amordazó su conciencia, rompiendo con todo sentimiento humano.

Estar bien con Rosas y tenerlo contento, era su aspiracion suprema!

LA ÚLTIMA ESPERANZA

Los Reynafé, desde que fueron vueltos á la cárcel, empezaron á sufrir sus pasadas torturas.

El único beneficio que gozaban era el poder salir al patio á respirar aquel aire corrompido por la inmundicia y las basuras.

Pero al lado de la atmósfera de los calabozos, aquel aire impuro y nocivo les parecia una brisa purísima, con algo de ese perfume de la libertad, sensible solo al espíritu y que el sentido del olfato no puede apreciar exactamente.

Es preciso haber sido sepultado en un calabozo de aquellos para apreciar lo que vale una bocanada de aire libre, con un poco de sol y su perfume de libertad.

Los Reynafé tenian tambien el derecho de pasear al rededor de aquel gran patio, ¿pero cómo hacerlo?

El peso de los enormes grillos y el cansancio de llevarlos, solo les permitia alejarse unos pocos pasos de la puerta del calabozo.

La gente que se habia elegido para cui-

darlos dia y noche era de la más feroz con que contaba la federacion policial.

Ellos por su sola cuenta les imponian mil mortificaciones que no se habian ordenado.

Al principio les llevaron el *rancho* en un plato de lata para los tres.

Tres mendrugos de carne nadando en un caldo súcio y lleno de moscas.

Primeramente lo rechazaron, pero la necesidad les obligó á comer aquello.

Cuando no se apuraban en recibir el plato, el que lo habia llevado arrojaba al suelo los mendrugos de carne, diciéndoles:

—Miren qué personajes para tenerlo á uno con la mano estirada!

Los Reynafé tomaban gota por gota aquellos tragos de veneno, pero no decian una palabra.

Parecia que no querian dejar entrever toda la amargura que sentian.

La Gaceta Mercantil habia publicado todas las sentencias, haciendo conocer de sus lectores el estado de horrible postracion en que se hallaban los reos, sobre todo los Reynafé, de quienes aseguraba que el remordimiento era tan terrible, que revestia ya las formas más repugnantes.

Sus ropas eran andrajos, decia, porque en sus momentos de desesperacion la despedazaban toda.

Y aquello era una verdad terrible.

Los Reynafé estaban efectivamente cubiertos de andrajos á consecuencia de los golpes que habian recibido y de tener que dormir en el suelo asqueroso del calabozo, porque no se les habia permitido otra cama.

Sus cabellos habian crecido al estremo de caer sobre sus hombros, mezclados con las plateadas y luminosas canas arrancadas por el martirio y la desolacion.

Sus barbas descendian hasta el pecho, cubriendo los girones de la camisa, cuyos mugrientos puños asomaban por las mangas, más mugrientas aún, y sobre unas manos descarnadas y amarillentas.

Aquellos tres hombres ofrecian todo el aspecto de la última miseria en la más amarga desventura.

Atraida por los artículos de la *Gaceta*, la chusma acudia á la cárcel á gozar del espectáculo miserable.

Y los Reynafé eran exhibidos como cualquier galeote, ante aquella chusma desenfrenada que los llenaba de improperios y de groseros insultos.

El martirio moral llegaba así á su colmo.

José Vicente, tal vez el más bravo de todos ellos, no podia resistir aquella prueba tremenda.

Muchas veces trataba de meterse en su miserable calabozo, en medio de la más tremenda rechifla.

Pero entonces los guardianes se encargaban de hacerlo salir á golpes y obligarlo á permanecer en exhibicion.

Guillermo conservaba siempre su terrible audacia.

El devoraba la vergüenza que los postraba, enterraba en su corazon toda la hiel que de él brotaba, y miraba sereno é imperturbable á aquella chusma procaz é insolente, que pretendia imponerlo con sus insultos y burlas.

—Ya veremos si te mostrás tan guapo el veinticinco! le gritába algun borracho.

Entonces metia sus manos en los bolsillos y empezaba á silbar alguna cancion criolla.

Nunca les hizo el honor de una contestacion enfadada, pero nunca dejó tampoco de mirarlos con su magnífico ademan de desprecio y con ojos cuya burla no habia desventura capaz de apagar.

Los condenados á presidio solian tomar parte en estas burlas, cambiando con aquel público especial dicharachos dignos de una horca.

Soldados en su mayor parte, y federales por instinto, no los preocupaba su condena ni su situacion.

Era gente que habia nacido y vivido en el presidio de su provincia, de donde fue-

ron sacados para remontar tal ó cual cuerpo.

¿Qué podian suponerles unos cuantos años más ó ménos?

¿No habitaban de todos modos el presidio tenebroso del ejército de línea?

Muchos de ellos no habian recibido su condena á los gritos de ¡viva la federacion! porque no se creian dignos de aquel honor y temian ser azotados.

Así es que se unian á las turbas federales que visitaban la cárcel, para escarnecer á aquellos nobles mártires, que habian logrado hacerse simpáticos, aunque en secreto, de aquellos federales que no pertenecian á la última capa social.

Apesar del gran dominio que tenia sobre sí mismo, un dia que estos presos habian llegado á tributarles los insultos más soeces, no se pudo contener y les dijo:

—Qué perros tan estúpidos!

Son los primeros que veo ladrar á los habitantes de la misma casa!

Esta salida de tono le valió una lluvia de puchos, huesos y toda la basura que habia á mano en los patios.

Pero no por esto se acobardó aquel carácter firme y altivo.

Habia tomado la resolucion de sufrirlo todo, hasta la muerte misma, y la cumplia estrictamente.

El ánimo de José Vicente decayó notablemente desde que se produjeron aquellas escenas.

Pensaba en sus hijos, en sus hijas sobre todo, y esperimentaba una amargura infinita.

—Pobres criaturas! decia con frecuencia.

Abandonadas al ódio implacable de la federacion, sabe Dios lo que será de ellas, porque el furor de este sér maldito amenaza no concluir nunca.

La última hez de la camada ha trepado al poder en las Provincias, y por apoderarse de lo poco que he dejado, los reducirán á la más triste miseria si no los asesinan tambien.

¿Quién se atreverá á protegerlos contra Rosas?

Dios, solo Dios velará por ellos!

—Firmeza, hermano mio, decia entonces Guillermo.

Firmeza, que harto la necesitamos todos.

Es preciso estrujarse el corazon y morir como debe hacerlo todo hombre honrado que no puede temer el juicio de Dios ni de los que lo sucedan.

Algun dia esto ha de concluir y nuestra causa será entonces revisada por hombres de honor, que salvarán nuestro nombre del ludibrio y la infamia á que se ha querido condenar.

Y los hermanos se consolaban así unos á otros, fortaleciendo su espíritu para el trance amargo.

En la ciudad no se hablaba de otra cosa que de la próxima matanza con que Rosas obsequiaba á la federacion, para aterrar á los unitarios.

Si solo se hubiera tratado de hacer perder la pista á la opinion en los asesinatos de Barranca Yaco, Rosas se hubiera contentado con la supresion de los Reynafé y del capitan Santos Perez.

Pero es que al mismo tiempo necesitaba aterrar al pueblo, dominarlo por el pánico.

Y qué ménos podia hacer entonces que fusilar cinco hombres más?

Y era de felicitarse que se hubiera contentado con tan poco, pues ya se vé por su primer sentencia las intenciones malvadas de su espíritu.

La poblacion en general estaba conmovida.

No salian á la calle sino aquellos que tenian imperiosa necesidad de hacerlo, ó los federales muy conocidos.

Hasta mucho tiempo despues de aquella matanza, no se vió una sola señora cruzar las calles.

Solo iban á misa ó á visitas aquellas federalazas que ya hemos nombrado y que figuraban entre las gentes que tiraron

del carro triunfal donde iba el retrato de aquel gran miserable.

Este fué el orígen del ódio que empezó á mostrar Rosas contra las damas más distinguidas de Buenos Aires, declarándolas salvajes unitarias y poniéndolas fuera de la ley.

Todos tenian la idea de ir á empeñarse con la familia de Rosas y con la misma doña Encarnacion, para ver si arrancaban al tirano un perdon para aquellas nobles víctimas.

Pero ninguno se atrevia á tomar la iniciativa.

Habria sido declararse aliado de los Reynafé y enemigo de la santa causa de la federacion.

Un espíritu noble y valiente surgió de aquel caos de espanto y fué á ver á doña Encarnacion y á doña Andrea Rosas, hermana por la cual conservaba alguna consideracion.

—Te concluyes de perder, le dijeron sus amigos, no seas loco!

Despues de tus defensas, este empeño es para que te declaren cómplice y te fusilen con ellos.

—No importa, tengo que consumar el sacrificio hasta el último trago.

Yo no puedo abandonar esos hombres á su fatal destino, sin haber tentado hasta el último esfuerzo.

Los he de acompañar hasta la muerte si no logro salvarlos, pero trabajando siempre en ese sentido.

El doctor Gamboa se puso en campaña, por medio de todas sus relaciones, empezando por ir á ver á doña Encarnacion, que se creia era una gran influencia con su marido.

Despues de escuchar á aquel hombre noble y elocuente, la pobre mujer dejó escapar una lágrima, y repuso:

—Yo nada puedo con mi esposo, doctor Gamboa.

La primera vez que me empeñé con él á instancias de una amiga muy querida, no solo se negó á complacerme, sino que me prohibió terminantemente que volviera á empeñarme con él, por nada ni por nadie.

—Cuando yo hago una cosa, me dijo, es porque está arreglada á la más estricta justicia, porque la creo buena y porque esa es mi resolucion inmutable.

Por un ruego ó el empeño de Fulano ó Fulanita, no voy á torcer la vara de la justicia ni á doblegar mi voluntad.

Que sea, pues, la última vez que te metes en empeños y sobre todo á favor de pillos ó grandes criminales.

Usted comprende, doctor Gamboa, que por más buena voluntad y deseo que tenga, no puedo nada porque nada valgo.

Y habia tal amargura en aquellas palabras, que el ménos perspicaz podria comprender que aquella mujer cuya felicidad tantos envidiaban, era un sér desventurado cuya vida debia ser un tejido de pesares.

Y Rosas efectivamente, segun todos los datos que tenemos de sus contemporáneos y personas de familia, no era para su esposa otra cosa que un patron.

Don Juan Manuel no tenia confianza en nadie, como todo hombre desleal y pérfido. Sus secretarios no estaban impuestos sino de aquellos asuntos que no podian comprometerlo.

Necesitando un secretario íntimo, un confidente de sus actos más recónditos, eligió á su mujer como secretario privado, á quien impuso de todo el abismo de su corazon perverso.

Pero tenia tal tino para hacer sus revelaciones, esplicándolas de tal manera, que doña Encarnacion estaba convencida de que su marido era un hombre recto y bueno, á quien las circunstancias obligaban á ser transitoriamente severo.

Estaba, ademas, enamorada de su marido y tenia para él la venda que sobre los ojos pone el cariño.

Así Rosas se habituó de tal manera á la secretaría de su esposa, que esta perdió el marido para encontrar un simple patron de escritorio.

El doctor Gamboa trató de vencer, con todo su esfuerzo, las razones que esponia doña Encarnacion, pero fué un trabajo infructuoso.

—No puedo desobedecer lo que tan terminante y razonablemente me ha mandado, terminó aquella dando por concluida la conferencia.

El hace eso porque lo crée justo y equitativo.

Hay, ademas, un Juez, un Fiscal y un Asesor que han pedido para aquellos desgraciados la pena de muerte.

¿Cómo puede el Gobierno contrariar á toda la justicia?

Tiene que someterse tambien á su fallo, pues de lo contrario sentaria un precedente bien funesto.

El doctor Gamboa vió ya claro ante aquellas palabras.

Rosas habia hablado ya con su mujer del asunto, parando de antemano el golpe del empeño y el ruego.

Y la habia dejado así preparada de manera á resistir á todo empeño, mostrando al comedido lo impropio de su pretension.

—He hecho aquí lo que he podido, pensó Gamboa—golpearemos á otra puerta.

—Doña Agustina, le dijo Encarnacion al tiempo de despedirlo, tiene alguna influencia; ¿por qué no la vé á ella, como asimismo á Andrea?

—Las veré, contestó el noble abogado saliendo, y acto continuo se dirigió á casa de ellas.

El doctor Gamboa sabia, como todos, que entre doña Agustina y Juan Manuel no habia el cariño que se aparentaba.

Desde aquel disgusto primitivo que recordará el lector, habian continuado frias sus relaciones.

Rosas no profesaba á la madre el ódio que han pintado algunos exagerados, pero no le profesaba el menor cariño.

La veia muy de tarde en tarde, por casualidad, demostrándose siempre frio con ella.

Ella, por su parte, habia concluido por ser indiferente á aquel desamor malvado, y venia á visitarlo por hábito y por no romper con él del todo.

—Será inútil, pensaba Gamboa miéntras cruzaba las calles.

Será inútil, ya lo sé, pero tendré la conciencia de que nada me ha quedado por hacer.

Pobres mártires! si Dios no toca el cieno de aquel corazon malvado, no habrá salvacion para ellos.

La conferencia del abogado con doña Agustina fué más corta y desconsoladora.

—Lo único que yo puedo hacer es perjudicarlo más, dijo, si me empeño con Juan Manuel.

Usted debe saber que mi hijo no me tiene un átomo de cariño, ni si quiera para tratar de salvar las apariencias.

Creo, pues, estoy persuadida, que un empeño mio seria perjudicial.

Segun se vé por la *Gaceta*, él ha sentenciado de acuerdo con el pedido de los otros jueces.

Sabe usted que es terco y voluntarioso, y léjos de cederme, me va á demostrar que aún merecian mayor rigor.

En honor de la verdad, doña Agustina, como todos, estaba convencida de la inocencia de los Reynafé.

La muerte de estos era para ella un error de Rosas, porque no alcanzaba toda la ferocidad de aquel sér á quien dió vida.

Por eso mismo y conociendo á su hijo, sabia que no volveria sobre sus pasos.

Aún estaba fresca en su corazon la noche aquella en que el hijo le devolvió con una soberbia satánica la administracion de sus estancias.

Gamboa se retiró contristado y se fué á ver á doña Andrea.

—Yo sé que será inútil, repuso esta, pero lo tentaré.

Algo me oye Juan Manuel cuando le pido algo, pero puede ser muy bien que en este asunto no me haga caso.

Nada se habrá perdido entonces.

Al fin el abogado hallaba el medio de golpear el corazon del bandido, aunque ya sin esperanza.

Cuando su hermana le habló, ya él conocia por D.ª Encarnacion y por sus espías en las diligencias que andaba Gamboa.

Así es que á las primeras palabras de esta le dijo:

—Puedes decir á Gamboa que esta es mala causa para buscar celebridad, porque se trata de asesinos malvados, á quienes ha condenado todo el pueblo de la República.

Que si no está contento con los insultos estúpidos y cretinadas que ha dirigido en su defensa á los jueces de la casa de gobierno, tienta con ella al diablo.

Que no se meta más en este asunto que es peligroso, y deje que se cumpla la justicia de los hombres.

Le agregarás que lo suponia un hombre de más talento.

—Bien que tú con dos palabras puedes salvarlos, insistió Andrea.

Los pobres tienen hijos, y.....

—Basta, hermana, y no pierdas tiempo. El general Quiroga tambien tiene hijos, y ellos que lo han asesinado, no pueden quejarse.

Esta fué la respuesta que Andrea trasmitió al doctor Gamboa.

Buen cuidado tuvo éste de ni siquiera pensar en Maza.

¿Qué podia aquel instrumento miserable, que habia obrado con arreglo á las órdenes recibidas?

No quedaba ya nada que hacer para salvar á las víctimas de aquella muerte infamante.

Sin embargo, Gamboa no desmayó.

Incomovible en lo que él llamaba un puesto de honor, ocupó á todas sus relaciones, aunque sabia que con ello estaba provocando las iras del tirano, hasta el estremo de verse despues en sérias figurillas para salvar la cabeza.

Noble espíritu! no desmayó ni en el último momento!

Fué él único consuelo que en su largo martirio tuvieron los hermanos Reynafé!

Los empeños de Gamboa, por otra parte, habian empeorado la situacion de los condenados.

Ya en sus últimos dias no eran tratados sino á palos y rebencazos, siendo él el ludibrio de toda la cárcel.

Cuando se aproximaba el dia fatal, Rosas llevó su ferocidad hasta llevar á la cárcel al reverendo padre Viguá, uno de sus locos, á que mortificara á las víctimas, haciéndoles farsas sangrientas.

El tal loco, más cuerdo que muchos, y que habia descubierto el secreto de hacerse el loco para pasarlo mejor, puso en un gran alboroto á la cárcel.

Cumplia su programa ofreciendo á los reos el perdon eterno, é incitándolos á confesarse con él.

En un momento que lo tuvo á buen tiro, Guillermo Reynafé que desde el principio espiaba aquella oportunidad, le largó un cachetazo que lo dejó sin aliento.

El loco salió de la cárcel llorando amargamente y diciendo que se lo iba á contar á su padre Juan Manuel, quien por bruto le sacudió una de sus habituales palizas, mandando reemplazarlo por otro de sus locos, el célebre don Eusebio.

Guillermo pagó muy cara aquella cachetada, pues aquel dia no le dieron de comer, y lo golpearon de todos modos, para que aprendiera á respetar á los enviados del gobernador.

El mártir sufrió en silencio aquel suplicio, diciendo solo:

—Martirio más ó ménos, todo me es igúal ya.

He tenido el placer de castigar á ese miserable, y estos placeres no se borran añadiendo una gota más de veneno en una copa que ya se vuelca á fuerza de estar llena.

Era tal la vida que llevaban aquellos desventurados, que bendijeron con todo el fervor de su alma el dia de la ejecucion.

—He hecho lo que he podido, les dijo el doctor Gamboa, á quien se habia permitido ir á verlos, para que los desesperara con la amarga certeza de que no habia poder bastante á librarlos de la muerte.

He hecho lo que he podido, pero sin ningun resultado.

Resignacion, amigos mios, resignacion y valor.

La muerte es una consecuencia lógica de la vida — ella no puede espantar á hombres como ustedes.

¿No es verdad?

—No, mi noble amigo, repuso José Vicente.

La muerte se nos ha hecho ya una necesidad, porque esto no se puede sufrir.

Agradecemos con toda la efusion de nuestra alma su noble y abnegada conducta.

Usted, por nosotros, ha atraido sobre su cabeza el ódio de ese malvado.

Dios se lo recompensará.

—He cumplido con mi deber y esto no vale un elogio, repuso conmovido el abogado.

Aún me queda algo que ofrecerles.

¿Tienen alguna cosa que disponer sobre lo que queda?

Me encargo de cumplir esa voluntad hasta donde lleguen mis fuerzas.

José Vicente bajó su mirada leal, como para ocultar una lágrima rebelde que asomaba á sus ojos.

Pocos segundos despues, como si hubiera recuperado toda su serenidad, dijo á su defensor.

—Poca cosa es lo que tengo que encargarle.

Si alguna vez por casualidad llega á encontrarse con mi esposa y con mis hijos, trasmítales mi última caricia y mi último pensamiento!

Estando yo en la cárcel debe haber nacido otro hijo mio, pues mi noble compañera estaba en cinta y próxima á alumbrar.

Le dirá que yo bendigo á ese último hijo que nace huérfano, como la bendigo á ella misma.

Aquí la palabra de Reynafé, á pesar de todos sus esfuerzos, fué apagada por los sollozos.

Sus altivos ojos se llenaron de lágrimas y cayó entre los brazos de Gamboa, para desahogar el dolor que le roía el corazon.

Sus hermanos ocultaban sus semblantes, bañados en llanto.

Fué aquella una escena que conmovió hasta los miserables que desempeñaban las funciones de centinelas de vista.

El doctor Gamboa se retiró despidiéndose para siempre y jurando cumplir aquella última y noble voluntad de su amigo y defendido.

Los otros no le hicieron el menor encargo.

Lo siguieron hasta que hubo franqueado la puerta, y cuando lo perdieron de vista esclamaron:

—Raro valiente espíritu para la época que atraviesa el país!

Con semejantes prendas de corazon, poco le ha de durar la cabeza sobre los hombros si no se va de Buenos Aires.

Rosas no le ha de perdonar nunca la defensa que nos ha hecho y los conceptos que en ella ha empleado!

LA MATANZA

El lúnes 23 de Octubre á las siete de la mañana, en cumplimiento del último decreto, se trasladaron á la cárcel pública el juez especial comisionado y demás ayudantes.

Iban á leer á los reos la última sentencia y á ponerlos en capilla hasta el 25 á las once en que serian fusilados.

Los Reynafé escucharon la lectura más impasibles que nunca.

Ya conocian el documento, se habian resuelto á morir y la noticia no podia tomarlos sino bien preparados á recibirla.

Cuando Maza iba á retirarse á practicar la misma operacion con los demás reos, tuvo que oir el último sarcasmo de boca de Guillermo.

—Es triste y doloroso, dijo, que el buen Francisco no pueda oir esta lectura, no solo por el placer que roba á ustedes, cuanto que vienen á quedar en un ridículo punto de vista.

¿Cómo se van á manejar para hacer cumplir la sentencia?

Maza no respondió una palabra y siguió impasible su camino.

En el otro calabozo la escena tuvo un aspecto bien diverso.

Al escuchar aquella sentencia algo como una luz pasó por la razon apagada de Santos Perez.

Miró á Maza con los ojos desmesuradamente abiertos y esclamó:

—¿Quiere decir que á mi tambien me fusilan?

¿Entonces el comandante Reynafé tenia razon al decir que estaban jugando conmigo como un gato con un raton?

—No se aflija usted, jóven, repuso entonces el doctor Maza.

Ahora tengo algo que hacer con usted—no se mortifique.

A pesar de estas palabras, Santos Perez se sintió presa de una violenta desesperacion.

Empezó por maldecir del cielo y de la tierra y concluyó por ampararse de su recurso supremo.

¡Echarse á llorar!

Los otros condenados nada dijeron.

Alguno de ellos sintió rodar por sus tostados pómulos una lágrima de dolor, pero esta fué emocion pasajera.

Triste cosa es sentirse anunciar la muerte, en pleno goce de la salud y la vida.

Se muere en el campo de batalla, contento y satisfecho, porque se ha hecho cuanto se ha podido en defensa de la vida.

Tambien se muere resignado en el lecho del dolor.

La ciencia ha combatido á nuestro lado con un esfuerzo supremo, y esto ya es un consuelo.

No se ha podido salvar la vida.

¡Cómo ha de ser!

Así lo habrá querido el buen Dios!

Se muere entre tanto en medio de las caricias de la familia, ó del consuelo de la amistad.

Pero morir así, sin defensa alguna, con los brazos y piernas ligadas, porque así lo quiere otro hombre que se titula juez!

Morir por la voluntad de otro hombre que dispone de la fuerza cuando se siente en el físico bullir con más fuerza los elementos de vida, es desesperante, sombriamente desesperante!

No hay situacion comparable á la de un condenado!

Es el mayor límite á que puede llegar la ferocidad humana.

Se manda matar al que ha matado por el simple hecho de ser un homicida.

¿Qué deja para sí entonces el que firma una sentencia de muerte?

Y un asesino viene á ser el reo de muerte, como el juez que enlo con dena.

Hay una sola diferencia.

Hay más premeditacion y más premeditada alevosía en el homicidio que comete el juez, que en el que cometió el reo.

Aquel será siempre más cobarde, pues el que mata sin ser juez, por lo ménos pone en peligro su vida y dá la muerte por mano propia.

Pero dejemos á un lado reflexiones tristes y vengamos á nuestra dramática historia.

Cuando el doctor Maza hubo terminado de hacer leer las sentencias, mandó salir á Santos Perez para hablarle aparte.

—Hace usted mal de afligirse por lo que vé, le dijo.

Para perdonarlo de una manera decorosa y natural, es necesario salvar las apariencias y llenar todos los requisitos que marca la ley.

No se alarme, pues, por nada, que su

perdon está ya firmado y listo para ser leido en último momento.

Ahora voy á darle un consejo amistoso.

No se deje arrastrar por una inmotivada desesperacion, que podria serle funesta.

Tenga presente que una declaracion suya contra el Gobierno, puede hacer realizar entonces la sentencia.

No olvide mi consejo que es saludable.

Dicho esto, el juez Maza se retiró, dejando á Santos Perez sin saber qué pensar.

Tan pronto se inclinaba á creer en aquellas promesas como á dudar de ellas.

El abatimiento volvió á apoderarse de su espíritu hasta que recayó en su habitual idiotismo.

Todos los reos fueron puestos en capilla á las 8 1[2 de la mañana.

El juez especial comisionado les habia mandado los sacerdotes necesarios para que los pusieran bien con Dios y los ayudaran á bien morir.

Estos sacerdotes eran los mismos de que hemos hablado ya, y que veremos figurar más adelante en las orgías brutales que celebraba la mazorca y de que hemos narrado algunas al principio de este libro.

¿Qué podian confesar los Reynafé?

¿Qué eran inocentes y con ellos se cometia el último de los crímenes?

Esta espansion habrian podido tenerla con un sacerdote digno, capaz de mitigar con algun consuelo aquella terrible desventura.

Pero con aquellos miserables, era prestarse á la farsa infame y servirles de grotesca diversion.

—Yo creo en Dios, dijo José Vicente, y en la religion de mis padres.

Moriré como buen cristiano, acatando su voluntad suprema que nos impone este sacrificio.

No tengo nada que confesar y moriré tranquilo, con toda la fortaleza de un espíritu bueno.

No se molesten ustedes respecto á mí, porque nada tengo que agregar á lo ya dicho.

Más ó menos la misma manifestacion hicieron Guillermo y José Antonio.

—Acepto mi asesinato, agregó Guillermo, porque no puedo hacer otra cosa.

Acato la voluntad de Dios, pero maldigo á los miserables que nos llevan amarrados á la muerte y á la infamia.

Por lo ménos quiero tener el consuelo de volcar toda la amargura de que han hecho rebosar mi corazon.

Como hombre, nunca hice daño á los hombres; como soldado, no economicé sacrificio por la patria.

Entonces, tengo serena la conciencia y en ella puede reposar mi espíritu.

¿Se me pide confesion?

Ya la he hecho y solo tengo que agregar una cosa.

No creia que la impiedad del bandido que nos mata, llegara hasta hacer farsa del acto más solemne, enviándonos sacerdotes con consigna.

Por lo ménos queremos tener el miserable derecho de que goza hasta un gusano.

Morir en paz!

Los enviados de Rosas no lograron una palabra más á sus insistentes insinuaciones.

—Es preciso hacerse dignos del perdon de Dios, para gozar en la otra vida el puesto de los arrepentidos.

—Para merecer el perdon de Dios no necesitamos mediacion alguna.

A él levantamos nuestro espíritu directamente y su perdon descenderá á nosotros.

Los sacerdotes se convencieron de que toda tentativa era inútil y dejaron en paz á los desventurados mártires.

Desde que fueron puestos en capilla, los Reynafé gozaron de la mayor tranquilidad.

No los golpeaban, no eran tratados con aquella brutalidad inaudita y su comida la habian recibido en un plato.

—Por lo ménos estos dos dias los pasaremos como gente! esclamaron.

Despues, oh! despues, aunque quieran, no podrán turbar más nuestro reposo eterno.

Volveremos á la tierra, á la nada, única verdad de la existencia humana!

Y comieron tranquilos y durmieron en paz, sin que el pié de los centinelas viniera á turbarles el sueño.

El 24 por la mañana vino un ayudante de Rosas á traerles una gracia inesperada.

El gobierno, en su infinita misericordia, les otorgaba el supremo favor de permitirles hacer testamento, mandándolos proveer de todo lo necesario.

—Es una dicha tener un juez tan humano! dijo Guillermo.

Haremos uso del supremo permiso.

Hemos visto aquellos documentos, y no hemos podido prescindir de una conmocion íntima.

José Vicente fué quien lo hizo más estenso.

—Esto será una nueva infamia, dijo, pero puede ser que de algo sirva algun dia, si no lo rompen.

Y con mano insegura trazó aquellos sus últimos renglones.

Se limitaba á hacer una esposicion de sus bienes y la manera cómo los habia adquirido.

En seguida pasaba á reconocer todos sus hijos nombrándolos uno por uno, hasta el último, nacido despues de su prision.

Declaraba deber algunas sumas á diferentes personas, deudas que reconocia y pedia fueran satisfechas.

A esto se reducia su testamento, que terminaba perdonando á todos los que le habian hecho mal.

Guillermo, el inalterable Guillermo, no tenia más bienes de fortuna que su mujer, y nada podia dejar entonces.

De su matrimonio no habia tenido sucesion, así es que solo se limitaba á bendecir á la compañera de sus dias y pedirla no lo olvidara en su orfandad.

El de José Antonio era un testamento más íntimo y familiar.

Solo se ocupaba de los suyos, de hablar con ellos y mandar tuvieran conformidad con su triste suerte.

Eran aquellas tres piezas capaces de enternecer á cualquier bandido que no se llamara Juan Manuel de Rosas.

—Puede ser que Dios toque el corazon de esa fiera, dijo José Vicente, y permita se cumpla esa mi última voluntad.

Así quedaron el 24, dispuestos á recibir la muerte en cualquier momento que ella se presentara.

La ciudad entre tanto, el 24, ofrecia un raro aspecto de vida y de muerte.

Las casas de familia, en su gran mayoría, estaban cerradas, como una débil protesta á aquellos asesinatos bárbaros, que debian celebrarse con toda la pompa federal.

La sociedad de Buenos Aires estaba conmovida y aterrada con las escenas de vandalaje que empezaban de aquella manera.

Las mismas casas de negocio que no eran las pulperias de los grandes mazorqueros, estaban cerradas en señal de duelo.

El pueblo de Buenos Aires, no sabia la época funesta que le esperaba, y aún se atrevió á protestar, aunque de aquella manera muda y temerosa.

Entre tanto los grupos de la chusma cruzaban las calles dando desaforados gritos de vivas y mueras.

Para mostrar la preponderancia que tenian sobre la gente decente, iban golpeando las puertas de las casas que estaban cerradas, insultando á las familias y amenazándolas de muerte con sus enormes dagas.

Algunos grupos cuya estacion en las pulperias habia sido más larga, marchaban alegremente al son de sus guitarras, en festejo de la gran fiesta que la federacion les preparaba.

Ver fusilar á un gobernador acompa-

ñado de sus hermanos y cinco personas más, no era espectáculo que se ofrecia á cada momento.

Las pulperias parecian un hormiguero en la época del trabajo.

No se oía en ellas más que el chocar de los vasos y las palabrotas más groseras y escandalosas.

Alguna que otra mujer se veia mezclada á los grupos, rebozada en un pedazo de bayeta roja, con el cigarro á media boca y rivalizando en gritos é insolencias con los más desaforados.

De la campaña habia caido gran cantidad de paisanaje, invitado especialmente por los jueces de paz y demás justicias.

Rosas queria mostrar el mayor número de foragidos para que sus enemigos pudieran ver todos los elementos de que disponia.

Y para este fin habia ordenado que se le mandaran de la campaña todos los hombres que se pudieran reunir.

Y aquel público, bárbaro del todo, habia acudido con el caballo cubierto de divisas y cintas rojas, distintivos que se multiplicaban en todas las prendas de su traje, hasta en el barbijo.

Tanto la plaza de la Victoria como la del Retiro estaban llenas de gente que se disputaba al mejor sitio.

Indudablemente aquellos hombres tenian un corazon fuerte hasta la última prueba.

Pero á poco la agitacion esterior y el movimiento se hizo más sensible.

A los pocos momentos aparecieron en la cárcel dos compañías de infantería.

Eran estas las que debian escoltar á los condenados á muerte y á los condenados á presenciar la ejecucion.

Las azoteas de las Recobas, desiertas hasta entonces, se empezaron á llenar de espectadores.

Eran estos los que, no siendo federales de corazon, querian aparentar serlo por todos los medios á su alcance, ya para pasarlo bien, ya por una simple exajeracion del miedo, que les hacia ver la muerte en todas partes.

Esta clase de federales abundaron mucho en toda la época de la tirania.

Gente tímida hasta la cobardia suprema, se hacian federales para salvarse de todas las persecuciones y medrar con el gobierno en lo que pudiesen.

Muchos de ellos se mancharon para siempre, pues el miedo los llevó hasta publicar en la *Gaceta Mercantil* grandes composiciones ya en prosa ó verso, pero todas ellas en honor de aquel miserable tirano.

Los balcones del Cabildo estaban tambien llenos por los invitados especiales, empleados y gente bien colocada, que por nada de este mundo se hubieran atrevido á contrariar á D. Juan Manuel.

Muchos de ellos estaban enfermos de espanto.

Se les veía en los balcones, pálidos y desencajados, pero aplaudiendo como el más entusiasta y dando cada viva á la federacion, que se hacian espectables.

Los federales de sangre, la crema de la federacion, reclutada entre la hez de la canalla, esa estaba en la plaza y en las calles que á la plaza conducian.

El clero no era ajeno al llamado general que habia hecho Rosas.

Algunos sacerdotes se veían entre los concurrentes al Cabildo y en las azoteas de la Recoba.

El clero entonces habia rodado al último escalon del servilismo.

Presidido por el Obispo Medrano, pobre viejo achacoso á quien manejaban como un títere, no miraba sino por los ojos del gobierno, prestándose hasta predicar en los púlpitos el esterminio de los viles salvajes unitarios y sus inmundas crias.

A las diez y media de la mañana se levantó en la plaza un clamoreo tremendo.

La multitud se empinó sobre la punta de los piés, ávida de curiosidad, y se

sintió un movieuto semejante á una oleada.

—Mueran los inmundos salvajes unitarios!

Este fué el grito que resonó en azoteas y balcones, y que fué recogido por la multitud para repetirlo entre un vocerio imponente y estruendoso.

Las cajas tocaron atencion, toque que repetieron las cornetas, y aquellos veinte mil ojos se clavaron en el arco principal del Cabildo.

Acababan de aparecer en él los tres hermanos Reynafé y Santos Perez, entre una compañía de infantería.

Poco más atrás venian los otros cinco infelices que debian servir de alimento á la ferocidad de aquellas turbas ébrias y mercenarias.

—Mueran los asesinos del general Quiroga!

¡Mueran los ladrones cobardes! aulló aquella multitud enfurecida á la aproximidad del terrible espectáculo.

Los Reynafé miraron serenos á aquella canalla y siguieron avanzando penosamente.

—Viva el Restaurador de las leyes!

—Viva Rosas!

Volvieron á aullar aquellas bocas de energúmenos, lanzando el tufo á ginebra ó vino carlon.

Los Reynafé siguieron avanzando penosamente entre una doble fila de soldados.

Tenian los piés tan hinchados y tan destrozadas las piernas por los grillos, que aquella corta marcha era para ellos un verdadero via-crucis.

Los tres venian igualmente tranquilos y serenos.

No parecian hombres que marchaban á una muerte terrible é inevitable.

Miraron tranquilamente á la multitud que los devoraba con su injuriante curiosidad, y en seguida descansaron la mirada sobre la horca y el banquillo.

Indudablemente la vista de todo aquel aparato y sobre todo el de la horca debió hacer en aquellos hombres una impresion terrible, pero la dominaron instantáneamente hasta la sonrisa.

Ni el mismo sacerdote que iba con ellos pudo apercibirse del menor temblor.

Llegaron á los banquillos, y desde allí miraron la plaza y sus alrededores con una mirada noble y tranquila.

La multitud, que habia callado un momento, volvió á atronar los aires con sus grandes alharidos.

—¡Viva el gran Rosas!

—¡Mueran los asesinos del general Quiroga!

—¡Mueran los Reynafé! aulló aquella canalla.

José Vicente cruzó los brazos sobre el ancho pecho, su espresion bondadosa y tranquila se trocó en severa, y miró á la chusma con todo el desprecio de su alma noble.

No era aquel un hombre que hacia alarde de un valor terrible ante la muerte.

No, la jactancia del valor mediocre no alcanza ni siquiera al modo de mirar en el hombre que desprecia realmente la muerte porque ha mirado la vida como una carga inaguantable.

Se veia que aquel hombre iba á recibir la muerte con tanta frialdad como desprecio podia verse en su mirada hácia todo lo que allí tenia presente.

A su lado venia Guillermo, siempre sonriente y siempre altivo.

Escuchaba las manifestaciones vocales de la canalla, como si lo que oía le hiciera una gracia infinita.

Su eterna sonrisa llena de sarcasmo, se habia vuelto diabólica.

No era un condenado á muerte en presencia del banquillo, era Mefistófeles acechando á Fausto.

Aquella mirada pinchaba, hacia mal.

Muchas veces tenia el brillo de una espada, siempre filosa, siempre hiriente.

Es un testigo presencial de aquel crímen miserable el que nos sumistra estos datos verídicos.

Jose Antonio venia más reconcentrado y pensativo sin perder la imponente actitud de su apostura.

Alma más tierna y poética que la de sus hermanos, pensaba en su consorte, en su hogar y la tristeza de su espíritu afluia sin cesar á su mirada.

Contempló al pueblo y al banquillo, como si hubiera querido significar que nada de aquello lo imponia, y cayó de nuevo en el abismo de sus pensamientos.

Detrás de ellos caminaba el capitan Santos Perez.

Lo imponente del acto parecia haberle vuelto por completo al uso de sus facultrdes.

Ya no marchaba como un ébrio, ni llevaba caidas las mandíbulas inferiores en la última espresion del terror.

Su mirar taimado habia vuelto á adquirir aquella ferocidad bestial que dominaba en su espíritu, y su ademan era más reposado que ántes.

¿Es que Santos Perez estaba convencido de su perdon, ó en presencia de la muerte recuperaba su antiguo valor?

Miró al pueblo á su vez con ademan resuelto, pero no se atrevió á mirar el banquillo ni la horca.

—Tienen miedo!

—Tienen miedo! aulló el populacho que seguia sus menores movimientos.

—Bijú! los asesinos!

Los tres Reynafé, como movidos por un golpe eléctrico, miraron aquella chusma con un ademan magnífico.

Y la chusma fué dominada y obligada á callar, de tal manera, que dieron vuelta el semblante para no mirar á las víctimas.

El verdadero valor, no se habia impuesto, sino que empezaba á inspirar respeto.

Así permanecieron diez minutos más ó ménos, mientras se hacian los demás preparativos.

Cuando se trató de subir á los banquillos, los soldados tuvieron que ayudarlos.

Eran muy altos y el continuo martirio los habia dejado sin un adarme de fuerza.

Quedaba un banquillo vacio.

El que estaba destinado á Francisco Reynafé.

Esta falta produjo un gran descontento entre el populacho, que empezó á pedir ¡el otro reo! ¡el otro reo! con ademanes amenazadores.

Los soldados distribuidos de distancia en distancia tuvieron que hacer uso de toda su energia para obligarlos á callar.

Desde los altos banquillos los Reynafé podian dominar mejor aquel mar de cabezas y la gran agrupacion de los balcones del Cabildo, á donde daban el frente.

Sonrieron al ver la avidez con que eran contemplados, hasta por medio de anteojos, y siguieron tranquilos.

Cuando se trató de atarlos y vendarles los ojos, los tres protestaron con la mayor energia.

—Es inútil! completamente inútil.

No ños hemos de mover, y por otra parte, queremos ver nuestra ejecucion hasta el último instante.

—Qué los dejen! qué los dejen! aulló la turba, y á una seña del capitan de la compañía, los soldados se retiraron.

Santos Perez no opuso ninguna resistencia á ser amarrado, pero pidió que no lo vendaran y así se le concedió.

No quitaba sus ojos del Cabildo.

Sin duda esperaba aún su prometido perdon.

Así la ciudad ofrecia el aspecto de una gran fiesta de locos, y de locos borrachos, puesto que toda la chusma lo estaba, celebrada en un cementerio.

En las plazas ya era distinto.

Los paisanos y la hez del pueblo, para matar la noche, habian formado grandes grupos, entre los que se tocaba la guitarra, se bebia, se payaba y se jugaba á los naipes.

No solo la plaza de la Victoria, sino sus alrededores estaban llenos de gente.

De cuando en cuando y seguidos de un imponente clamoreo, sonaban los formi-

dables gritos de ¡viva la Confederacion Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!

¡Viva el ilustre Restaurador de las leyes!

¡Mueran los asesinos del General Quiroga!

Y la milonga seguia, interrumpida de cuando en cuando por el ruido del frasco de ginebra vacio, que algun borracho estrellaba contra las piedras.

Los Reynafé oian aquel infernal clamoreo, escuchaban los coros formidables que seguian á los mueras, y á pesar suyo se estremecieron.

—Pobre pueblo! decia José Vicente—si supiera que con esto no hace más que amarrarse al carro de un bandido!

—Pueblo cobarde! decia Guillermo.

Bien merecido tienes el porvenir que te aguarda.

—Por lo visto vamos á morir entre un inmenso público.

—Sí, pero ante un público de canallas y borrachos!

Los conozco en la manera de gritar! Ya se lo dirán de misas!

Rosas por su parte estaba plenamente satisfecho.

Calculaba que á la ejecucion asistirian más de diez mil espectadores, que no cesarian un solo momento de vivarlo y aplaudir aquel acto de justicia.

Los Reynafé no pudieron reposar un solo momento aquella última noche de su vida.

El escándalo de la plaza repercutia en los grandes patios de la cárcel, donde los empleados estaban encargados de repetir las voces de vivas y mueras para que llegaran con bastante claridad á los oidos de los condenados.

El 25 de Octubre amaneció con toda la esplendidez del más bello dia de verano.

El sol se alzaba magestuoso en el horizonte, como si saliera de entre las tranquilas aguas del Rio de la Plata.

La brisa fresca de la mañana contribuia á aquel esplendor de la naturaleza magnífica, donde todo invitaba á la vida.

En la plaza de la Victoria, frente al arco del Cabildo y entre un gentio que se apiñaba de todos lados, se veian cinco banquillos pintados de rojo, como de una vara de altura.

Detrás de cada uno de estos banquillos se levantaba una lanza, pintada de rojo tambien y que tendria una elevacion de cuatro metros.

En cada una de estas lanzas se veia un cordel, destinado á suspender á las víctimas despues de haber sido fusiladas.

Poco tiempo despues de amanecer, se sintió el lejano ruido de músicas y tambores.

Eran los batallones en que se apoyaba la federacion, que venian á ejecutar y asistir á aquella fiesta federal.

Las tropas llegaron y tomaron su colocacion, formando al frente y costados de los banquillos.

Para esto fué necesario que una compañía de infantería se adelantara para abrir paso á la columna entre la apiñada multitud.

Esta era compuesta por tres batallones de infantería y la escolta de S. E. el Restaurador de las leyes, á quien las turbas no se cansaban de vivar.

Esta columna venia seguida por la gran cantidad de pueblo aglomerado en la plaza del Retiro y que se fundió en el acto con la muchedumbre que allí esperaba.

En todas aquellas fisonomias estaba pintado el deseo de oir sonar las once de la mañana, que era la hora fijada.

Los Reynafé sintieron el estruendo de las músicas y cajas y se miraron sonrientes.

—Pronto vamos á descansar! dijo José Vicente.

Un par de horas más y ya nada podrán contra nosotros.

Hay mucha gente en la plaza, pero estoy seguro que mucha más nos acompaña con su sentimiento.

A las 9 se les trajo el almuerzo.

Los tres hermanos, que habian pasado la noche en vela, por el escándalo de la plaza, se sentian con apetito.

Así es que con un gran placer se les vió tomar asiento y comer cuanto se les llevó.

Cuando concluyeron se dieron vuelta y empezaron á conversar con la mayor indiferencia.

De cada lado de los banquillos se colocaron los otros cinco reos de muerte, dos al estremo de Santos Perez, y tres al de Vicente Reynafé.

Estos cinco desventurados estaban idiotizados por el terror y el espanto.

Estaban asistiendo á los preliminares de su muerte.

¿Cuál era el objeto de aquella crueldad?

Un simple lujo de maldad, una ostentacion de ferocidad, y nada más.

Detrás de aquellos, formaban los demas condenados á diversas épocas de presidio, que debian presenciar tanto el drama de la plaza de la Victoria como el de la del Retiro.

Estos estaban conmovidos, pero al fin y al cabo no iban á ser más que espectadores de aquella horrible trajedia.

Una de las compañías que habian servido de escolta, avanzó y formó delante de los reos.

De ella avanzaron diez hombres que se retiraron á cuatro varas delante de los condenados.

El oficial mandó preparar las armas y entonces Guillermo Reynafé hizo un ademan con las manos, como indicando que iba á hablar.

Un silencio de sepulcro reinó entonces entre aquella muchedumbre tan bulliciosa antes.

—Respetable público! esclamó Guillermo como si tratara de parodiar á esos avisadores de entre funcion en los teatros.

Respetable público—me sospecho que en esta funcion les roban la plata.

Aquí hay un banquillo vacio que no se llenará!

Muera el bandido Rosas! canalla.

Un clamoreo aterrador pasó como una ola inmensa por aquel mar de cabezas humanas.

—Viva Rosas!

—Muera el asesino!

—Que le corten la lengua! ahulló frenético el populacho.

El jefe de la línea hizo una señal al oficial, que mandó aprontar las armas.

Una insolente carcajada lanzaba Guillermo Reynafé, miéntras en el quinto banquillo tenia lugar una escena repugnante y triste.

Al ver que le apuntaban, Santos Perez perdió su aparente serenidad, entregándose á la desesperacion más tirante.

—A mi no me apunten, porque á mi me perdonan! dijo.

Si no voy á hablar y á cantar cómo se ha hecho todo esto.

Y miéntras gritaba se retorcia entre las ligaduras que lo sujetaban, al estremo de hacer crujir el banquillo.

—Yo no quiero morir! eso no es lo convenido.

La multitud chillaba y se entregaba á las brutales manifestaciones de su alegria.

Como si esto hubiera sido calculado, aparecció en aquel momento en los balcones del Cabildo, la satánica fisonomia de Juan Manuel Rosas.

Todo sin duda preparado de antemano, la noticia corrió por todas partes con una celeridad casi eléctrica.

—Viva el ilustre Restaurador de las leyes! gritó el populacho ya en medio del frenesí más feroz.

—Mueran los salvajes unitarios!

Y allí estaba Rosas pálido y desencajado.

Sus ojos azules y hermosos, brillaban como los de un tigre.

Y en aquella fisonomia bella, bellísima, pero con una belleza donde ondulaba la

maldad más feroz, habia mucho de cobarde, mucho de sombriamente cobarde.

Era su alma pequeña y miserable que se le asomaba al rostro por el azul de sus ojos.

La palabra de Santos Perez se perdió así entre la entusiasta esplosion del populacho.

—Fuego! dijo por fin el oficial y sonó una descarga uniforme y breve.

Todos los ojos se volvieron entonces á los banquillos.

Y los azules ojos de Rosas contemplaron con un placer diabólico el fin de su obra.

José Vicente Reynafé estaba inmóvil en el suelo, al lado del banquillo.

Habia recibido una bala sobre el ojo derecho y otra sobre el corazon.

Dios habia querido que la muerte de aquel hombre noble fuese rápida y sin sufrimientos físicos.

José Antonio Reynafé, vaciló al sonar la descarga, y se inclinó al lado derecho del banquillo.

Pero logró agarrarse del respaldo y evitó la caida.

Habia recibido una bala sobre la tetilla derecha, por toda herida.

Guillermo estaba ileso.

No habia recibido la menor contusion.

Sobre la frente de Santos Perez se veia brotar la sangre que corria sobre su semblante herido.

Todo se pudo ver cuando se disipó el humo de la primer descarga.

Los dos hermanos se sonreian y se miraban de una manera suprema.

—Cobardes! dijo Guillermo.

Ni siquiera saben asesinar al primer golpe!

Los diez soldados que habian hecho aquella descarga, se retiraron y avanzaron otros diez.

Santos Perez se retorcia como un condenado.

Rechinaba los dientes como atacado de hidrofóbia y daba terribles alharidos.

El oficial mandó preparar y apuntar en una sola vez, sin duda para terminar rápidamente los gritos de Perez.

En un movimiento rápido, Guillermo y José Antonio se levantaron de la mano, y despues de haber saludado al cadáver de Vicente, esperaron la voz de fuego.

—¡Fuego! repitió el oficial, y la segunda descarga sonó envolviendo en un humo blanquecino los cinco banquillos.

Esta vez José Antonio rodó con la frente hecha pedazos, y arrastrando en su caida á Guillermo, que habia recibido tres balas sobre el pecho, todas en el mismo punto.

De modo que aquel pecho noble y esforzado ostentaba un agujero por donde, con toda comodidad, podia pasar un puño.

Santos Perez estaba horriblemente mutilado.

Tenia la frente partida, un brazo roto y un agujero sobre el corazon.

La primera parte del drama quedaba así terminada.

Se cortaron las ligaduras de Santos Perez, y su cadáver fué á rodar al lado de los otros.

Aquí el clamoreo de aquel populacho no tuvo límites.

Muchos querian llegar hasta los cadáveres para profanarlos, pero fueron contenidos por la tropa.

Inmediatamente empezó la operacion de la colgada en las horcas.

Para sacar los banquillos y preparar las sogas, segun estaba dispuesto, se valieron de los condenados á presidio.

Para colgar los cadáveres fueron llamados los otros cinco condenados á muerte, pero fué preciso reemplazarlos.

El terror espantoso que los dominaba no les hubiera permitido hacer un solo movimiento.

La mayor parte de ellos estaban sostenidos por soldados, pues no podian tenerse en pié.

Si los soltaban se hubieran caido.

Con una complacencia y prolijidad infame, fué pasado al rededor de los cuatro cuellos el dogal, cuya estremidad tenian dos presos y dos soldados encargados de hacerlos tirar.

Unos minutos despues, los cuatro cadáveres rígidos y sangrientos eran subidos á las horcas, para quedar duránte seis horas á la espectacion y la vergüenza pública.

La sangrienta tragedia de la plaza de la Victoria, estaba terminada y los altos dignatarios de la federacion se retiraban de los balcones del Cabildo.

Eran las once y tres cuartos.

Las tropas, al toque de atencion se prepararon á marchar, empezando el desfile de los demás condenados, como estaba dispuesto, por delante de los cadáveres.

A los cinco que debian ser fusilados en la plaza del Retiro, fué preciso cargarlos, pues ya hemos dicho que no podian dar un paso.

En dos carros que mandó la Policia se les colocó sobre un colchon y se les hizo salir de la plaza como cabeza de la columna.

Seguian á estos todos los demás presos condenados á presidio y cerrabr la marcha la columna de infanteria, á poca distancia de la cual mandaba la escolta.

La columna tomó por la calle S. Martin hácia el Retiro, donde esperaban los otros cinco banquillos y las otras cinco horcas.

Detrás de la columna, apiñada y amenazadora, ébria de vino y de sangre, seguia aquella multitud feroz en un número considerable.

Muchos grupos se iban desprendiendo de la gran masa, en las boca-calles del tránsito, para tomar por otra calle y ganar mejor sitio en la plaza del Retiro.

Las grandes dignidades de la federacion no iban á tomar parte en el segundo acto del drama.

Los que iban á morir allí eran cinco infelices, cuya muerte no tenia para ellos la menor atraccion.

Esta era una segunda parte de la fiesta esclusivamente dedicada al populacho.

Era como quien dice un torito de muchachos despues de la gran corrida donde el destrozo ha sido horrible.

Cuando la gran columna llegó á la plaza del Retiro, esta estaba completamente llena por los grupos que se habian desprendido en el camino y esperaban allí.

Fué necesario que una compañía abriera calle por aquella masa humana, para dejar pasar los carros donde iban los condenados, y para que la tropa pudiera tomar su colocacion.

Durante la marcha, á pesar del bullicio de las músicas y la algazara del pueblo, no se veia un solo habitante en las ventanas ó azoteas.

Todo estaba cerrado y silencioso.

Solo de trecho en trecho se veia abierta una pulpería, de donde salia un grupo de hombres que se agregaba á la columna del pueblo.

Las casuchas y covachones donde hoy se han edificado los magníficos edificios de Tarnasi y del señor Escalada, estaban tan llenos de pueblo que amenazaban desplomarse.

La plaza del Retiro estaba más concurrida que en la mejor corrida de toros, á cuya fiesta iba todo Buenos Aires.

Los cinco desgraciados fueron descendidos de los carros de basura al entrar á la plaza, y acompañados por cuatro soldados cada uno, hasta el sitio donde estaban los banquillos, con su correspondiente horca á la espalda.

Aquel espectáculo era bien diverso al que habia tenido lugar en la plaza de la Victoria.

En esta habian dejado de latir tres corazones bravos é incapaces de ceder ante desventura alguna.

Aquí se habian apagado tres espíritus llenos de luz, cuya valentia llegó hasta imponerse en algunos momentos á aquella muchedumbre feroż y cobarde.

En el Retiro solo se trataba de cinco

infelices que eran sacrificados con el solo objeto de aterrar la poblacion.

De cinco infelices ignorados y desconocidos, que llegaban al banquillo presa del más íntimo terror y muertos ya puede decirse, puesto que habian perdido, tres de ellos, toda manifestacion de vida.

Solo se conocia que no estaban muertos en la fatiga de su respiracion débil.

Habian perdido toda conciencia de lo que pasaba á su alrededor.

Márquez era el único que caminaba por sus piés, aunque se detenia de trecho en trecho para tomar aliento.

Los otros, ya lo hemos dicho, iban adonde los guiaban, como masas inertes y sin voluntad.

Era pues Márquez el único que iba á sostener el verdadero interés dramático de aquel cuadro, con un espantoso terror á la muerte.

No habia en el Retiro consideraciones que guardar, porque no habia personajes á quienes complacer.

Los detalles de esta segunda ejecucion quedaban al completo albedrio del coronel Maza, que era quien la mandaba.

Quién le hubiera dicho entonces que seria medido con la misma vara!

Los reos de muerte, ménos Márquez, fueron puestos y amarrados cada cual en su banquillo, como si se tratara de sacos de harina ó reses muertas.

No tenian ni sombra de ánimo.

Les vendaron los ojos por puro aparato, pues en la vaguedad de aquellas pupilas sin vida, no podia existir ni la idea de la percepcion.

Sus fisonomias lívidas y cadavéricas, sus ojos vagos y desmesuradamente abiertos con un fuerte círculo violado bajo el párpado superior y sus mandíbulas caidas hasta el pecho, acusaban con triste vigor todos los síntomas de una muerte causada por el espanto.

Aquel espectáculo era brutal, más que brutal: nauseabundo.

Solo una masa de bandidos ébrios podia resistirlo.

No se comprendia como séres humanos, aún bajo el delirio colectivo de la ferocidad, podian aplaudirlo.

Porque aquel pueblo no estaba enfurecido ni obedecia á un arranque de pasion que esplicara aquel exceso de bestialidad.

Era un pueblo que veia asesinar de una manera fria y cobarde á cinco hombres que no les habian hecho mal alguno.

Y que aplaudian el asesinato de una manera verdaderamente entusiasta.

—Cobardes! esclamaban entre sus vivas y mueras.

—Cobardes sin vergüenzas!

Y estos son los perros que tenian los unitarios para chumarnos!

—Mueran los inmundos salvajes unitarios!

—Un barato!

—Un barato!

Márquez, que haciendo un supremo esfuerzo habia tenido aliento para subir al banquillo, sintió decaer ya todo su valor cuando vió que le vendaban los ojos.

No tuvo ni siquiera el coraje de rechazar el pañuelo y se puso á llorar de una manera conmovedora.

—Ah, cobarde!

—Que le den de mamar!

—Que le den un caramelo!

—¡Viva la federacion! aulló el populacho en medio de alegres carcajadas.

Y los insultos crecian y alguno que otro naranjazo ó pedrada iba á caer cerca de ellos, ó sobre ellos, segun el pulso de quien tiraba.

Y cada naranjazo de estos era festejado con una griteria infernal y tal bullicio de aplausos, que solo aquellos oidos ensordecidos por el aguardiente podian soportar.

Muchos de los mismos soldados que ocupaban la primer fila de tiradores, estaban conmovidos hasta haber inclinado la cabeza, á pesar de la voz de ¡firmes!

Aquellos eran hombres del pueblo, era

carne de su carne, y no podian ménos que conmoverse ante tanta desventura.

Cuando los quince tiradores tomaron posicion á pocos pasos de las víctimas, tuvo lugar una escena que no estaba en el programa y que concluyó de enardecer á aquel populacho infernal.

Los condenados á presidio y á presenciar los fusilamientos, sintieron que el valor les faltaba para seguir los últimos instantes de aquella sangrienta tragedia.

Eran compañeros de pago y de armas.

Compañeros con quienes habian partido los buenos y malos momentos, la miseria y la abundancia, el peligro y el descanso.

Eran compañeros con quienes se habian criado desde pilluelos de playa hasta veteranos.

¡Cómo mirar impasibles aquel supremo martirio!

Unos bajaron la cabeza, otros dieron vuelta y otros, ménos animosos y más audaces para desafiar las consecuencias, se dieron vuelta por completo.

Visto esto por el terrible coronel Maza, que era el verdugo oficial, puede decirse, de la justicia de Rosas, mandó un ayudante con órden al oficial de los tiradores que suspendiera la ejecucion.

Y en seguida se acercó en persona, seguido de varios soldados, á donde estaban los reos de presidio.

—Canallas! les gritó, acompañando el grito con un golpe de sable sobre el que tuvo á mejor alcance.

Ustedes han venido aquí á presenciar la ejecucion y no á darse vuelta.

Al primero que dé vuelta la cara, le voy á hacer fusilar tambien!

Este discurso fué seguido de una lluvia de palos que descargaban los soldados sobre aquellos infelices, para obligar- · á mirar la matanza.

˜ɔr oficial—añadió—al primero de ɔ usted dar vuelta la cara, ɔ tiros, sin esperar mi

Y se retiró á tomar su colocacion en el centro del cuadro.

Aquella accion y aquella órden fué saludada por un espantoso estruendo de gritos y de aplausos.

Aquellos no eran ya séres humanos ni siquiera en el aspecto, pues la ménos alterada de aquellas fisonomias tenia una espresion bestial y carnívora hasta en la manera de entreabrir los dientes para sonreir.

Era aquella una colosal jáuria de lobos al olor de la carne muerta!

Aquellos infelices dieron vuelta obligados por los palos y la terrible amenaza.

Sin embargo, cuando el oficial hizo las señas de preparar y apuntar, dos de ellos, á él próximos, olvidaron la amenaza por la falta de coraje y dieron vuelta la cara, evitando mirar los efectos de la descarga que creyeron inmediata.

El oficial se separó entonces con cuatro soldados de la línea de tiradores, tomó del cuello al que tenia más próximo y lo hizo arrodillar.

Y allí no más, entre los otros presos, y obligándolo personalmente á permanecer de rodillas, lo fusiló.

—¡Viva!

—¡Viva!

—¡El otro tambien!

—El otro tambien ha dado vuelta la cara! aulló aquella multitud.

Y como el oficial seguia á recuperar su puesto, el populacho prorrumpió en los insultos más soeces y atrevidos.

—No es verdadero federal!

—¡Qué lo fusilen á él tambien!

Fué necesario que el oficial que estaba en la reserva de tiradores avanzase con un peloton, para hacer cesar el clamoreo y las insolencias.

Aquel fué un medio eficacísimo.

Ninguno de los otros reos se atrevió á contravenir lo ordenado.

Todos fijaron la vista en los cinco banquillos y permanecieron allí como en extasis.

Fué entonces que el oficial pudo mandar tranquilamente la ejecucion.

—Por piedad! sollozó Márquez, que creyó habian hecho la primera descarga y que él por un milagro sobrevivia.

Por piedad tirenmé á boca de jarro para que no me hagan penar!

Quiero que me maten de un solo golpe!

El estruendo de la segunda descarga sonó y pudo verse que Márquez se estremeció en una convulsion tremenda y quedó tan inmóvil como un muerto.

En los demas no habia producido la descarga ningun efecto perceptible.

Si habian sido tocados por las balas, estas no habian producido el menor movimiento en los cuerpos, lo que prueba que ya estaban muertos.

El oficial se acercó á revisarlos y Maza llegó al galope hasta los banquillos.

—Qué hay? preguntó.

Es necesario que avance la reserva?

—Creo que no, mi coronel, replicó el oficial.

Todos han recibido sus correspondientes tres balas en medio del pecho y me parece que tienen bastante.

Para mí los cinco están muertos!

—Y si no lo están la horca se encargará de ultimarlos.

A ver pues, á colgar estos belitres!

Que avancen esos!

Y señaló á los presos que contemplaban enternecidos el cadáver de su pobre compañero.

Los presos avanzaron tímidamente, y empezó la operacion de desatar los cadáveres de los banquillos para colgarlos de las horcas.

Los pobres presos, con lo que ya habia sucedido, obedecieron en el acto, aunque con una marcadísima repugnancia.

—Vivos! vivos! gritó Maza, y al que no ande listo pegarle cuatro tiros!

La repeticion de aquella órden venció hasta el último escrúpulo de aquellos pobretes.

Así es que la operacion de colgar los cadáveres se hizo en un momento.

En seguida se hicieron desfilar los presos y desfilando la tropa en seguida.

El populacho se quedó allí entregado á todo el desenfreno de su maldad y cobardía.

Los cinco cadáveres colgados, empezaron por ser el blanco de aquellos infames, que les arrojaban naranjas, piedras y terrones de tierra, apostando á cual le daba en las narices, cual en la boca y cual en otra parte.

A los terrones de tierra siguieron los medios frascos vacios, y no teniendo ya que arrojarles, cambiaron de diversion.

Unos venian por debajo y se les colgaban de los piés, para probar si las sogas eran bastante fuertes.

Otros saltaban á la pasada para ver si les alcanzaban la cara con alguna cachetada.

Y no faltó quien, al grito de ¡Viva Rosas! les sepultara el puñal á la pasada.

Y la plebe aplaudia, chillaba y se entregaba á todo género de excesos.

A las dos de la tarde, más ó ménos, se puso en marcha para el Cabildo, la compañía de soldados que debia escoltar los presos hasta la cárcel.

El oficial llevaba el parte de Maza, en que avisaba que regresaban aquellos con uno de ménos á consecuencia de haberse visto obligado á fusilarlo para hacer cumplir las órdenes del Supremo Gobierno, que aquella canalla se negaba á obedecer.

—Qué diablo de Maza! esclamó Rosas al leer el parte.

No ha querido ver incompleta la media docena, y se ha limpiado uno más!

Y qué le va uno á decir!

Quién puede con el ardor federal de estos jóvenes patriotas y abnegados!

Apruébesele su conducta, por una nota especial.

Aquella pequeña columna de tropas y presos, fué acompañada hasta la cárcel

por una parte de los espectadores del Retiro.

Estos querian entretenerse con los cadáveres de los Reynafé, pues los del Retiro no les ofrecian ya gran aliciente que digamos.

Cuando llegaron á la plaza de la Victoria, otra gran masa de pueblo que se les habia adelantado, se entretenia ya en hacer herejias con los cuatro cadáveres allí espuestos.

A pesar de lo terrible del espectáculo, habia algo de diabólicamente grotesco.

Los cadáveres habian sido adornados con cuantos colgajos pudo inspirar la impiedad.

Los Reynafé, como personas de mayor importancia, estaban cubiertos de cintas celestes, atadas en toda la ropa y otras en la cabeza en forma de vinchas.

Con esto, el populacho queria escarnecer al partido unitario.

Indudablemente esto era dictado por el mismo Rosas.

Los que hacian cabeza de aquella jarana, eran Parra, Cabrera, Salomon y otras celebridades de aquella época.

Moreira, el terrible Moreira y otros, ocupaban un papel secundario.

Ejecutaban las ocurrencias de los nombrados.

En la horca destinada á Francisco Reynafé habian atado un muñeco grotescamente hecho con pedazos de géneros.

Más abajo del muñeco y en letras muy malas, con federal ortografía, se leia lo siguiente:

«Muera el asesino salbaje unitario Juan Laballe.»

Y la horca estaba cubierta, tanto la cuerda como el palo, de trapos y cintas azules y celestes.

El cadáver del degraciado Santos Perez habia sido tratado con más confianza, vista la inferioridad de su persona.

En cada una de sus orejas, á manera de zarcillos y atados con dos piolines que amenazaban cortarlas, se veian colgando dos medios frascos de ginebra.

A cada rato se trepaba por el palo uno de aquellos energúmenos, y bebia un trago en los medio frascos.

Por supuesto, todo esto era hecho en medio de la algazara más descomunal y los vivas y mueras más terribles.

En las piernas de este último cadáver habian atado tambien frascos de ginebra, con cintas celestes, pero vacios.

Aquello era indescriptible.

A las cinco de la tarde llegó á la plaza un carro de basura, que mandaba la Policía para llevar los cadáveres al carnero.

Pero el populacho se ofuscó de una manera amenazadora.

—No señor! que los dejen otro poco!

—Que los dejen hasta la noche!

—Que los dejen hasta mañana! vociferaba aquel pueblo estúpido y feroz.

—Todavia hay ginebra en los aros de Santos Perez! gritaba otro, y tenemos sed, mucha sed!

Los carreros hicieron causa comun con aquellos bandidos y la farsa impía y sacrílega siguió en un crescendo terrible.

Passo fué á ver al Gefe de Policía, habiéndose nombrado así mismo en comision, para que éste concediera al pueblo la gracia pedida, y éste mandó consultar el punto con el Juez Maza, quien á su vez lo consultó con Rosas.

El resultado de todas estas consultas fué que Rosas declaró que no podia contrariar la suprema voluntad del pueblo, y *opinando* que los cadáveres podian dejarse colgados hasta la oracion.

A esa hora fueron recien bajados de las horcas, y arrojados á dos carros de basura que debian llevarlos á tirar en la zanja, recojiendo de paso los cadáveres colgados en el Retiro.

El pueblo del Retiro habia sido aún más feroz, pues habia llegado hasta mutilar los cadáveres.

Estos, en vez de cintas celestes, habian sido adornados con verdura entre las ore-

jas, narices y boca, donde habian abierto grandes ojales á punta de cuchillo.

La ferocidad de Juan Manuel Rosas estaba satisfecha.

Se habia librado con los Reynafé de un peligro sério para la federacion; dejaba ocultos segun creía á los verdaderos asesinos de Facundo Quiroga, y aterraba al pueblo con esta advertencia.

—Vean ustedes lo que yo soy capaz de hacer con los enemigos de mi gobierno!

Y el pueblo quedó positivamente aterrado y convencido de que, de aquel hombre no habia nada que esperar, sinó la ruina y la muerte.

Hé aquí ahora como complemento de esta triste historia, la nota en que el Doctor Maza daba cuenta de aquella matanza inícua.

«Viva la federacion!

—

Al Sr. Ministro de Relaciones Esteriores.

Despues que el Exmo. gobierno, por decreto del 16 del corriente devolvió el proceso al Camarista Juez Comisionado, remitiéndole, en cumplimiento de lo sentenciado, fueron notificados los reos el Lúnes 23, y acto continuo los condenados á muerte puestos en capilla en los lugares y á la hora que determina y designa la sentencia del mismo modo que ejecutados en las plazas de Marte y de la Victoria, hoy 25 á las 11 de la mañana, suspensos en seguida en la horca hasta la oracion, en que llenas las seis horcas de espectacion pública, se mandaron descolgar, todo de conformidad al más estricto cumplimiento de los términos de la última sentencia definitiva de 9 del presente mes y decreto del 16; siendo entregados los cadáveres al Gefe de Policía.

Dios guarde al señor Ministro.

Manuel V. Maza.»

FIN TOMO PRIMERO

INDICE

LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

LA MAZORCA

NOTA—La pauta para la colocacion de las láminas se verá al final del segundo tomo.

DRAMAS DEL TERROR

HISTORIA

DE

DON JUAN MANUEL DE ROSAS

POR

EDUARDO GUTIERREZ

TOMO II

MONTEVIDEO

CENTRO DE PUBLICACIONES: CALLE ANDES, 250

1883

DRAMAS DEL TERROR

HISTORIA DE DON JUAN MANUEL DE ROSAS

LOS DEGUELLOS Y LOS DEGOLLADORES

ERA tremendo el aspecto de la gran ciudad, á fines del año 39 y principios de 1840.

La poblacion estaba entregada por completo al puñal de la mazorca, que recorria las calles afilando sus cuchillos en plena vereda y á la vista de todos.

El tipo exterior de la ciudad era original y curioso por más de un motivo.

Todo en ella respiraba un tinte rojizo, que empezando en los pisos de las calles iba á terminar en la atmósfera misma.

Los que usaban el colorado como un medio de escapar á la matanza y el embargo, se contentaban con pintar el piso de sus casas de color punzó.

Los federales templados, pintaban el friso y el frente de colorado.

Para los más exaltados, todo esto era poco.

Desde la puerta de la calle hasta el fondo de la casa, todo era rojo.

Lo mismo el forro de los muebles que el entapizado de las habitaciones.

Los hombres, en la calle, parecian locos, por la cantidad de cintas y trapos colorados que llevaban encima.

Perseguida á muerte en las calles la gente decente, no se veia una sola levita en la ciudad.

Poco hubiera vivido el que la llevara.

El traje que dominaba en la ciudad, era la gorra de pastel, la chaqueta y el poncho puesto ó doblado sobre el hombro—chaleco colorado y divisas por todas partes, que ostentaban los siguientes letreros:

¡Viva la Confederacion Argentina!

¡Mueran los salvajes unitarios!

En cuanto caia la noche, la ciudad quedaba desierta.

Los unitarios ganaban sus casas, donde se encerraban con toda precaucion.

Y los que no eran bien conocidos como federales, no se hubieran atrevido á cruzar la calle.

A esa hora los gefes de la mazorca daban puerta franca á los degolladores.

Numerosos grupos de éstos malvados, con figura siniestra y daga en mano, salieron entonces á recorrer la ciudad al grito de ¡mueran los salvages unitarios! y á cumplir la consigna de degollar á tal persona ó azotar á tal familia.

No habia una sola autoridad que velara por la vida de los habitantes, entregada á la mazorca.

Estos degollaban por encargo de la federacion y por cuenta propia.

La pulperia era inevitablemente el punto de reunion, de donde salian en patrullas á recibir órdenes de Salomon, en las

saturnales, que como hemos dicho ya, tenian lugar frente á la iglesia de San Miguel, en la casa que fué del desgraciado señor Borbon.

Rosas se retiraba á Palermo, donde se entregaba al desenfreno de su vida licenciosa é inícua.

Allí se vivia en eterna fiesta, miéntras la ciudad era teatro de escenas terribles.

Don Felipe Arana, gobernador delegado, era un monigote á quien Rosas no le dejaba comunicar otra cosa que los asuntos de trámite.

Así es que se metia en su casa y aunque la ciudad pereciera, no se atrevia á tomar la menor resolucion.

Las órdenes de degüello no eran comunicadas al gefe de Policía, cuya mision á ese respecto era ver y callar.

Esas órdenes las insinuaba Rosas en Palermo, directamente á sus gefes de bando, como Cuitiño y Parra, encargados de ejecutarlas ó hacerlas ejecutar.

El gefe de Policía tenia conocimiento, muchas veces instantáneamente, de que en tal ó cual parte tenia lugar una escena de degüello.

Podia acudir á impedirla ó terciar en ella, pero no se atrevia.

Aquellas escenas debian ser ordenadas por Rosas cuando los asesinos se atrevian á venir á clavar las cabezas de los degollados en las rejas de la pirámide de Mayo.

Era lo de Salomon el Congreso de sesiones de aquellos asesinos, cuyas saturnales hemos descrito en el libro anterior.

Allí continuaba la borrachera, que habia empezado en las pulperias, bajo la presidencia del cura Palacios, el cura Gaete, el cura Solis y el célebre padre Juan A. Gonzalez, aquel que en sus sermones, aseguraba ser grato á Dios el esterminio de los unitarios y sus inmundas crias.

Siempre habia en aquel centro infernal limetas de vino que proveian los coroneles Cuitiño y Parra, y que los curas mencionados bendecian, asegurando que aquel vino, semejante á la sangre de Cristo, prestaria nuevo ardor á los hijos de la federacion para degollar á cuanto salvaje unitario naciera de vientre maldecido de mujer.

Las mujeres, borrachas como los hombres, besaban de una manera nauseabunda y bestial, la boca de los que más ferozmente se espresaban.

Y estos, blandiendo la cuchilla y enarbolando la mazorca, juraban sobre las limetas, hacerse bien dignos de la santa federacion.

Así aquellas turbas feroces, enardecidas por el vino y la prédica de los curas se lanzaban á la calle, frenéticas y tambaleantes, recordando el domicilio de algun sospechado, para saquear la casa y pasar á cuchillo sus habitantes.

El coronel Cuitiño no daba tampoco sus órdenes directas, á imitacion de Rosas.

Cuando sus muchachos estaban reunidos y en buen punto alcohólico, se paseaba entre ellos diciendo:

—Me parece que á Fulano, que vive en tal parte, le va á pasar un chasco porque anda jugando súcio y me han dicho que está en correspondencia con los salvajes unitarios.

No será estraño que esta misma noche algun patriota le corte la cabeza.

Y han de tener despues el atrevimiento de quejarse.

Seguro era que al concluir Cuitiño su discurso, un grupo se habia desprendido de la reunion, é iba á ejecutar el pensamiento del gran federal como lo llamaban.

—Qué muchachos! esclamaba Rosas cuando iba Cuitiño á darle cuenta de estos hechos.

Son crueles con los unitarios, aunque estos bien lo merecen.

Dígameles que se sosieguen, comandante, que es bueno ser generoso algunas veces.

Y en su sonrisa de tigre se conocia la íntima satisfaccion que esperimentaba.

—Que quiere S. E., esclamaba Cuitiño, que le conocia el flaco.

Los muchachos son buenos, pero tratándose de defender la causa de la federacion, ni el diablo los contiene!

Son capaces de desconocer al padre y la madre.

—Bueno coronel, felicítelos de mi parte, pero dígales que no usen tanto rigor.

Ahí tiene eso para que los haga refrescar un poco porque los calores son apretadores.

Y alargaba á Cuitiño una cantidad de dinero, que este por especulacion rechazaba.

—Tome no más, coronel, que como no es para usted, no tiene porque tener recato.

Cuitiño *embolsicaba* los pesos, y se retiraba, despues de recibir una indicacion como esta, por ejemplo:

—Me parece que el doctor Zorrilla ha hecho causa comun con los unitarios para asesinarme.

Averígüe que hay sobre esto, porque si lo saben los muchachos van á hacer con él una de las suyas, sin que yo pueda evitarlo.

Dos dias despues el doctor Zorrilla era cosido á puñaladas, en su estudio de la Plaza Victoria, de la manera que referimos á su tiempo.

Porque Cuitiño interpretaba el pensamiento de Rosas y lo ponia en práctica sobre tablas, recibiendo la nueva suma destinada al refresco de los muchachos.

De lo de Salomon, pues, salian las turbas de asesinos blandiendo las dagas con ademan feroz.

De puro compadres, se cubrian media cara con pañuelos de seda ó algodon, colorados siempre.

Y muchos llegaban á pintársela de rojo con pimenton ó agua de remolachas, para espresar mejor su pasion por la santa causa federal.

Así iban recorriendo las calles, golpeando las puertas con el cabo de las dagas y amenazando de muerte al incauto federal que hallaban al paso, si no los acompañaba unas cuadras, entregándose á las mismas escenas.

Bastaba entonces la broma de un borracho ó la indicacion de un pulpero amigo, para que la turba que la escuchaba procediese como por órden de mismo Rosas.

—Los que viven allí enfrente, habia dicho el borracho, deben ser unitarios.

Esta tarde he visto una moza muy de mi flor, con un trapo celeste en la cabeza.

No era necesario más.

La turba que tal oia, se detenia delante de la puerta indicada, y empezaba á golpearla ferozmente, mandándole abrir en nombre de la federacion y á los gritos de mueran los salvajes unitarios!

Estos golpes y mueras eran siempre seguidos de llantos y grito de desesperacion, lanzados por la familia amenazada, que presentia ya las escenas más bárbaras.

Pero los gritos y llantos no conseguian otra cosa que enardecer la ferocidad de los mazorqueros, que ya no pensaban sinó en echar la puerta abajo.

Muchas veces la puerta resistia los primeros asaltos y los degolladores, distraidos con alguna otra escena de horror y de sangre, abandonaban el propósito.

Pero otras, la pistola de algun comedido se encargaba de hacer saltar la cerradura, y la mazorca penetraba en la casa, deseando empezar su faena.

El grupo se desparramaba por la casa, como indios en noche de malon, entregándose cada cual al quehacer que le caia á mano.

Los que encontraban un hombre, lo degollaban sin más trámite y sin hacer la menor averiguacion.

Los que tropezaban con mujeres, las azotaban y les cortaban las trenzas, porque no tenian moño colorado.

El resto de la pandilla, aumentado con algunos curiosos federales y borrachos, se entregaba al saqueo y á la des-

truccion de todo lo que era loza y cristales, en medio de un estruendo infernal.

Los muebles, buscando alhajas ó dinero, eran despezados á hacha ó simple daga, en medio de satánicas vociferaciones, cuando no hallaban cosas de valor.

De estos asaltos fueron ejemplos la casa de Rosa Régules, que ya hemos narrado y de la familia de Delgado, que referimos en nuestro romance *Juan Cuello.*

Cuando las cabezas de los hombres habian sido cortadas y cuando las mujeres quedaban en el suelo tendidas por los golpes de verga, la mazorca se retiraba con el botin del saqueo y la cabeza de sus víctimas, que era necesario exhibir en las rejas de la pirámide ó el puesto del tremendo don Ramon, en el mercado, adornadas de perejil y otras legumbres.

Entonces se podia ver algo de curioso y esplicable solo en el terror de aquellos momentos terribles.

Los mismos amigos de la familia inmolada, vecinos y aliados de causa, se asomaban á la azotea ó los balcones, á vivar á la federacion y al gran Restaurador de las leyes.

Es que éstas personas querian pasar por federales, á todo trance, para salvar, no sus vidas, que poco les importaba, sinó la vida de sus hijos, de sus mujeres ó de sus madres.

Estos gefes de familia adulaban al pulpero, al compadron que en la esquina se estacionaba y al mismo sereno que rondaba la cuadra.

Porque era esa clase de gente la mejor garantia que un sospechado podia invocar.

Cuando un pulpero ó un borrachon de estos decia:

—A esa familia no hay que tocarla porque es de los nuestros en cuerpo y alma, ya podia aquella dormir tranquila, aún con la puerta abierta.

El sereno se entraba hasta la cocina á tomar mate con la mulatilla de la casa, donde el patron le mandaba un frasco de caña para matar la noche.

¿Quién podia sospechar de semejante familia?

Muchos salvaron así sus hijos del rebenque de la mazorca, valiéndose de cuanto buen medio puede inspirar el amor á los hijos.

Cuando tenia lugar una de aquellas farsas que solia hacer Rosas, de que habia escapado á una tentativa de asesinato, farsas que no tenian otro objeto que incitar más á la matanza, aquellos unitarios hacian cosas como la siguiente, que puso en práctica la familia de Saenz.

La mulatilla de la casa atravesaba al almacen de la esquina, con un billete de doscientos pesos, y el siguiente recado, dirigido á don Andrés.

—Dice la señora que aquí le manda estos doscientos pesos, para que invite á los amigos con un buen trago, en felicitacion de haber escapado el ilustre gobierno de esta nueva tentativa.

Otras veces el recado era alterado así en su última parte......para que beban una copa en este cumple-años del Restaurador, y en deseo de que Dios le conserve la vida para felicidad de la patria y de la federacion.

¿Qué degollador se hubiera atrevido á tocar el pelo de la ropa á una familia que daba tan grandes y federales pruebas de patriotismo?

Don Andrés se habria puesto furioso y hubiera sido capaz de pelear al mismo Cuitiño.

Y como don Andrés era una gran influencia en el barrio, no habia más remedio que acatar su fianza sagrada.

Porque las influencias de valer en aquellos tiempos, eran las de los almaceneros, que estaban más al corriente del barrio y la de los puesteros del mercado que eran una potencia.

Las señoras que querian alejar todo peligro de la cabeza de sus hijos, compraban en el puesto de don Ramon, ó en el de don Nicolás, que eran los cabecillas de la mazorca de los corrales.

Y habia unitarias tan guapas en su noble mision de salvar sus hijos, que al acercarse á los referidos puestos, lanzaban sus sátiras contra las cabezas lívidas que, adornadas de verdura, allí se exhibian.

Y al precio de esta suprema amargura, compraban la vida de sus hijos, con el título de buenos federales que les otorgaba don Ramon ó don Nicolás.

Otras damas, como la soberbia y brava doña Josefa Lavalle, madre de los Cavo, nobles y gallardos espíritus, llevaban su valor patriótico y su entusiasmo bravío hasta la exajeracion.

Aquella intrépida dama hacia abrir con sus sirvientes la puerta y ventanas de su casa, diciendo:

—Aquí vive la hermana de Juan Lavalle! quiero que cuando me azoten por unitaria no tengan el trabajo de forzar mi puerta.

Y con aquel valor magnífico y brillante, se imponia á los gefes de los degolladores, que nunca se atrevieron á levantar sobre su noble y bella cabeza, ni el pincel de brea, ni el rebenque federal que tantos cuerpos mórbidos y gentiles habia mutilado.

Porque las damas de Buenos Aires tuvieron tambien su parte en el terror y la matanza de aquellos años!

Los grupos de degolladores, provistos de enormes baldes de alquitran y una buena cantidad de moños rojos, se estacionaban en los átrios de los templos, único paraje que las señoras se atrevian á frecuentar y de donde tambien fueron corridas por las escenas de que nos vamos ocupando.

Cuando la concurrencia salia del templo, la mazorca se acercaba á las señoras para revisarles la cabeza, á cuyo efecto les bajaban con impia mano el tapado que las cubria.

La que no llevaba un moño colorado bien visible, era unitaria y por consiguiente sometida al siguiente tratamiento:

Un degollador se acercaba cuchillo en mano, y le cortaba los cabellos en medio de una algazara nauseabunda, miéntras otro, con el gran pincel empapado en brea, pegaba sobre su cabeza el moño colorado de la federacion.

Aquello era conmovedor por más de un motivo.

Muchas señoras se entregaban á la manifestacion del dolor más desesperante, miéntras la mazorca aplaudia de una manera frenética.

Otras, de organizacion y espíritu más fuerte se defendian, apostrofando á aquellos cobardes miserables.

Pero entonces la verga se encargaba de llamarlas al silencio dejándolas desmayadas en media calle, con general aplauso.

Muchas veces algun hermano ó marido, presente á la cobarde infamia, se lanzó al cuello de los asesinos, sabiendo que esto no era más que provocar la muerte.

Y el cuchillo mellado se encargó de separarle la cabeza, entre las mismas señoras que pretendian escudarlo con su cuerpo.

Porque entonces se usaban tres clases de degüellos.

El del cuchillo afilado, para la gente de poca monta, que no merecia los honores de un trabajo prolijo.

El del cuchillo mellado, que era destinado á los unitarios decentes, clasificados de *bota fuerte*, y el de la sierra desafilada, que se aplicaba á la gente decente, y de primer rango social.

Este martirio verdaderamente infernal, se aplicaba al compás de la siguiente copla, que se atribuia á la maldad bestial de Mariano Maza, tipo cobarde y ruin:

El que con salvajes
tenga relacion,
la verga y degüello
por esta traicion.
Que el santo sistema
de Federacion
le dá á los salvajes
violin y violon.

Aquel martirio horrible se llamaba la *resbalosa*, y tenian una manera especial de practicarlo.

El grupo se apoderaba de la víctima, y uno ó dos de los degolladores les sujetaban los brazos á la espalda por medio de fajas fuertes que usaban al efecto.

En seguida, entre dos, le desnudaban la parte superior del cuerpo, con gran calma, puesto que se trataba de una diversion.

Hecho esto, uno de los degolladores, armado de una sierra de carnicero, cuyo filo habia sido mellado con una lima, se acercaba á la víctima, que dominada por el espanto más íntimo concluia por entregarse, ya con la razon vacilante.

Entonces el grupo de mazorqueros formaba círculo al rededor de la víctima, verdugos y ayudantes, miéntras el de la sierra la pasaba por el cuello de la víctima, el círculo daba vuelta á su alrededor, siguiendo los compases de aquella cancion estúpida y malvada, que era repartida con profusion entre el populacho.

Las turbas estraviadas por el vértigo del crímen, iban aumentando el círculo y las voces del canto, hasta que la operacion satánica terminaba, en medio de los aplausos más frenéticos.

Esta era la resbalosa de que todos habrán oido hablar y que valió á un autor el apodo de *violin y violon*.

Y hay todavia quién defienda á Rosas y quienes pretendan seguir sus huellas!

¡Insensatos!

Solo demente, se puede disculpar á aquel miserable bandido!

Rosas llevaba hasta el escarnio la despiadada persecucion que sus hordas hacian á las familias, hasta el estremo de mandarlas burlar en su propio nombre.

Presentamos el siguiente ejemplo, que es una prueba concluida de la perversidad de su espíritu cobarde y ruin.

En las matanzas horribles de la revolucion del Sur, el año 39, cayeron como buenos, el señor don Domingo Lastra y su hijo, los que fueron degollados y guardadas sus cabezas para salarse y remitirse despues á Palermo como trofeos de guerra.

Los jueces de Paz y autoridades de campaña, pasaban con frecuencia partes bombásticos de haber hecho degollar á Fulano ó Mengano, para que sus bienes fueran confiscados y tener ellos la mejor parte en el reparto.

Pero viendo que Fulano ó Mengano volvian á aparecer como Guayama, dejando con un palmo de narices á sus diferentes degolladores. Rosas que tenia toda la astucia del gaucho, comprendió el tiro y para evitar que en adelante lo engañaran con falsos partes de degüello, tomó la siguiente resolucion que se comunicó á todas las autoridades y gefes militares en campaña.

«No se recibe ningun parte dando cuenta de la ejecucion de salvajes unitarios, sin que estos partes vengan acompañados de las cabezas ó por lo ménos de las orejas de los referidos salvajes unitarios.»

Así la cabeza del doctor Lastra y su hijo, fueron saladas, para retardar la descomposicion, y remitidas á Palermo, con un parte en que se les hacia pasar por salvajes unitarios de la peor cria.

La muerte de estas dos personas, pertenecientes á la primera sociedad y estimadas de todos, produjo en el partido unitario una honda pena, retemplando al mismo tiempo la fibra de los que batallaban contra tan monstruosa tirania.

El blanco de la mazorca entonces, fué la casa de la respetable señora doña Clara Muñoz de Lastra, madre de don Domingo Lastra y tia del coronel don José Ignacio Garmendía.

Era esta una señora por el estilo de la de Cobo, de quien hemos hecho referencia anteriormente.

Temple de alma soberbio, sintió como un golpe de muerte en el corazon, el degüello de su hijo y su nieto.

Pero pronto reaccionó, volviendo su dolor en ódio, ódio que derramó sin recato sobre la tirania.

—Si la muerte de los hijos ha sido tan aplaudida, pensaron los cabecillas de la mazorca, mayormente lo será un susto en regla dado á la madre.

Y sin más preámbulos empezaron á rondar la casa.

No era solamente el interés de quedar bien con el Restaurador, lo que guiaba á aquellos bandidos.

Habia una razon mucho más poderosa que todas las otras.

La señora de Lastra era muy rica y vivia con un gran lujo.

En su casa debian existir grandes valores y sumas de dinero importantes, pues era natural que un salvaje complicado en la revolucion del Sur, tuviese consigo cuanto poseia en dinero.

Este fué el móvil principal que llevó á la mazorca á casa de la noble dama.

La turba de degolladores penetró al zaguan, á los furiosos gritos de ¡mueran los salvajes unitarios!

En aquellos momentos la noble dama lloraba la muerte de su hijo querido.

Al sentir los gritos de muerte y ruido de armas, se lanzó á la puerta á defender la entrada.

Pero qué resistencia podria oponer la pobre señora á treinta ó más bandidos dispuestos á todo y garantidos por la autoridad, sorda á aquellas infamias?

Sin hacer caso de la señora se desparramaron por la casa, invadiendo sus habitaciones donde creian hallar alhajas y dinero.

La señora los siguió sin dar la menor muestra de timidez.

El gran grupo de asesinos mandados por Parra, habia penetrado á los lujosos salones, miéntras los grupos pequeños destrozaban muebles, entregándose á la rapiña.

Parecia increible que una mujer conservara su entereza, ante un peligro que hubiera hecho vacilar al hombre mejor templado.

—Asesinos cobardes! les gritó levantando una mano amenazadora.

Si hubiera un solo hombre en la casa, pronto los haria salir por la azotea!

Cobardes ladrones! asesinos de mi hijo! salgan ustedes de mi casa, porque me siento con fuerzas para hacerlos salir á silletazos!

Parra, el coronel Parra, soltó una carcajada, ante aquella amenaza.

—Salvaje unitaria! le dijo, puedes estimarte feliz con que no te degollemos!

—¿Y qué hacen que no me degüellan? ¿créen acaso que con la amenaza me van á asustar?

A la calle, cobardes! á la calle!

Y miéntras Parra contenia á la señora, que pretendia hacer efectivas sus amenazas, la mazorca se entregaba á la destruccion más completa.

Las espléndidas colgaduras celestes y las lujosas cortinas, eran destrozadas á puñaladas y arrancadas de sus galerias.

Los grandes espejos eran destrozados á golpes de verga, con un estrépito espantoso, miéntras los muebles, que no podian romper por su solidez, eran tajeados en sus hermosos tapices y en sus bellas molduras.

—Mueran los salvajes unitarios con sus inmundas crias! aullaba la turba de asesinos.

La *refalosa!* la *refalosa!*

Y ya algunos tarareaban la infernal cancion, preludio de aquel bárbaro tormento.

—Cobardes! cobardes! esclamaba la señora, debatiéndose con Parra.

Ya vendrá Lavalle y les dará resbalosa!

—Calle la hija de mala madre! esclamó por fin Parra, fatigado de aquella lucha.

Calle si no quiere que se le corte la lengua!

—Y qué haces que no la cortas, valiente? preguntó la señora.

Y saltando sobre la injuria, se prendió

del cuello de Parra, logrando darle una cachetada.

Aquello era repugnante y feroz.

El coronel Parra dió primero un golpe terrible en la cabeza de la señora, arroándola por el suelo.

En seguida la golpeó con los piés y la arrastró de los cabellos entre los asesinos, que reian como si les hicieran cosquillas y consultaban á Parra con la miraba si debian ó no degollarla.

Lo señora se defendia como un leona, sin cesar en sus calificativos injuriosos hasta lo terrible.

—Cobardes malditos! ladrones! esclamaba.

¿No te dá vergüenza, coronel Parra, de estropear así á una señora?

El dia que Lavalle golpee las puertas de Buenos Aires, has de ser el primero en huir como un conejo!

Parra se sintió dominado por tanto valor y tanta grandeza.

Dejó de golpear y se retiró de la señora.

Si esto fuera posible en semejantes séres, diriamos que se habia sentido avergonzado.

—Sigue, cobarde, sigue tu obra, esclamó sonriendo aquella mujer escepcional.

¿Acaso por retroceder ahora vás á ser ménos cobarde y ménos ladron?

Estoy esperando que me degüelles tu mismo, porque serás el más práctico.

Dominado el gefe de los asesinos, se retiró á las otras piezas, haciendo una seña á los que habian quedado.

La destruccion en las otras piezas, si esto es posible, presentaba un aspecto más brutal que en el salon.

Los muebles habian sido hechos pedazos, y la ropa que contenian arrojada al suelo, en espantoso desórden, para buscar mejor el dinero y las alhajas.

Los espejos habian saltado en mil átomos, y hasta los papeles de la pared, gran lujo entonces, rotos á uña.

Las colgaduras y ropas de la cama, fueron cortadas á puñal en pequeños átomos.

Habia en ellas algunos moños celestes, de los cuales era preciso no dejar el más pequeño rastro.

La señora de Lastra habia intentado incorporarse para siquiera seguir ultrajando á los asesinos.

Pero el dolor de los golpes no le dejaron mover en el primer momento.

El comedor era entre tanto el teatro del escándalo más formidable.

En medio de palabras escencialmente federales y ternos de toda especie, los asesinos arrojaban al patio con infernal estruendo, todo lo que era porcelana y cristaleria.

Las filas de platos y fuentes, volaban de un estremo á otro, produciendo al caer, un ruido indescriptible, y del que solo puede tener idea el que haya visto desmoronarse un armazon de almacen en noche de incendio.

Las grandes piezas de cristal eran estrelladas contra los vidrios, miéntras algunos que habian hallado en la cocina hachas y otras herramientas, empezaban á destruir los pesados muebles de caoba macisa, que era el gran lujo de aquellos tiempos.

El barrio entero, no ya la cuadra, estaba aterrado por el estruendo de aquella destruccion salvaje.

El que ménos, pensaba que aquello terminaria con el degüello de la señora de Lastra y el incendio de la casa.

Varias familias unitarias que vivian en la cuadra, trancaban cautelosamente todas sus puertas, no dudando que sus casas serian tambien asaltadas.

Miéntras, los hombres, armados á todo evento, subian á la azotea preparándose á vivar á la federacion cuando la mazorca saliera de la casa de Lastra.

No era esto que la fibra del valor civil se hubiese apagado en el pecho de los unitarios de la ciudad.

Es que este era un medio de salvar la familia.

Y qué hombre vacila ante sus hijos ó hijas amenazados de muerte y azotes?

Además, que toda manifestacion hostil hubiera sido una imprudencia criminal, puesto que comprometia la existencia de séres inocentes y queridos que un hombre tiene el sagrado é ineludible deber de protejer y conservar.

Muerto el padre, quién tenderia su mano á aquellos inocentes, marcados con el San Benito de la Federacion?

¿Quién los protejeria del puñal y del hambre?

Asi pensaban los padres de familia, y dominando la indignacion y la ira que ardia en todos los corazones, se asomaban á la azotea á gritar viva la federacion!

Rosas habia logrado su objeto dominando por el terror, pues en su sistema de delaciones habia sembrado el temor, hasta el estremo de que los hermanos desconfiaran entre sí y vacilaran para confiarse alguna idea, algun sentimiento contra la tiranía.

Es que el vértigo del crímen habia dominado de una manera espantosa entre el partido federal.

El hermano degollaba al hermano y el padre al hijo.

Y los que crean que exajeramos un átomo, ahí tienen el ejemplo de los hermanos Vera, que es una muerte clásica del delirio de sangre que se habia apoderado de aquellas masas feroces.

Calisto Vera era un comandante de la federacion, que con gruesas partidas recorria una parte de la campaña donde las partidas revolucionarias de salvajes unitarios, se apoderaban de todo género de elementos para seguir aquella santa guerra.

Mariano Vera, hermano de padre y madre del comandante Calisto Vera referido, andaba entre los unitarios, capitaneando una partida volante de la revolucion.

Hombre bueno y puro, era estimado de todos sus compañeros de armas, que lo distinguian por el celo y actividad con que servia la causa de la libertad.

Un dia los dos hermanos, al frente de sus respectivas fuerzas, se encontraron frente á frente, cuando ménos lo esperaban.

Antes de separarse se tenian un verdadero cariño fraternal, que cultivaron, á pesar de la opinion política que los separaba.

Así es que cuando Mariano supo que la fuerza que tenia al frente era la que mandaba su hermano Calisto, huyó el combate por primera vez de su vida, y emprendió la retirada.

Calisto, por el contrario, al saber que su hermano Mariano huia, comenzó una persecucion tenaz.

Alcanzado, y picada su retaguardia vigorosamente, tuvo que aceptar el combate, aunque con marcada repugnancia.

Recien empezado el tiroteo, Mariano envió á Calisto un parlamento, indicándole que aquello era monstruoso, que él iba á retirarse y que no lo persiguiera obligándolo á un combate maldito.

Calisto Vera tomó al parlamento y por toda respuesta lo hizo degollar á la vista de Mariano y sus soldados.

Era preciso entonces combatir, ó resignarse á correr la suerte del parlamento.

El combate empezó, pues, sangriento y empeñoso.

Calisto Vera se multiplicaba en todas partes haciendo lo posible por alcanzar una victoria.

Mariano, por el contrario, parecia haber perdido todo su entusiasmo y hasta su proverbial valor en la pelea.

Es que aquel sacrilegio lo horrorizaba.

Sus tropas se batieron con el denuedo de siempre, pero sin que su gefe tomara la menor medida para alcanzar una víctoria maldecida.

En estas condiciones el triunfo tenia que ser de Calisto, como sucedió.

A la media hora de combate, los solda-

dos de Mariano Vera, acuchillados, se desbandaban y huian en todas direcciones.

Mariano, agobiado por el dolor de aquel combate y la vergüenza de la derrota, ni siquiera intentó seguir á los suyos y fué hecho prisionero, en compañía de su ayudante José Pino, que no quiso abandonarlo.

Acto continuo y por órden verbal de Calisto, Mariano Vera y Pino eran lanceados por sus tropas, y degollados despues.

Parece increible que tan sacrílega infamia se llevara á cabo.

Pero el mismo comandante Vera se encargó de dejar la prueba indeleble de su infamia, en el parte que sobre aquella accion elevó á Rosas.

Tomamos el principio de aquel documento infernal, publicado en el número 5,010 de la *Gaceta Mercantil* y que nuestros lectores pueden confrontar en la Biblioteca de la Provincia.

Dice así, despues de los vivas y mueras de estilo:

«El infrascrito tiene LA GRATA SATISFACCION de participar á V. E. AGITADO DE LAS GRANDES SENSACIONES, que el infame caudillo Mariano Vera, CUYO NOMBRE PASARÁ MALDECIDO de generacion en generacion, quedó muerto en el campo de batalla, cubierto de lanzadas, igualmente que su ayudante José Pino.

Felicito á V. E. y á toda esa benemérita Provincia, é igualmente á toda la Confederacion Argentina por tan insigne triunfo, en que hemos recojido los laureles de la victoria tanto más frondosos, cuanto que HAN SIDO EMPAPADOS EN LA SANGRE DE UN SACRÍLEGO UNITARIO.

. . . .

Calisto Vera.»

Esto no podia ser ya sino el delirio del crímen y de la sangre, en su faz más monstruosa y exajerada.

¿Qué estraño es entonces que en las calles de la ciudad, la mazorca se entregara á escenas como el salteo á la casa de la señora de Lastra?

Cuando todo lo hubieron despedazado, ménos el servicio de plata, que se llevaron, los mazorqueros abandonaron la casa, siempre bajo las más terribles injurias y maldiciones de la viril señora.

Todo se lo habian llevado: dinero, alhajas y lo que representaba valor.

Recien cuando la mazorca se hubo retirado, la señora de Lastra se entregó á todo el dolor de una situacion tan dramática y rompió á llorar amargamente.

Al fin la mujer predominaba!

Al dia siguiente de estos sucesos, el tremendo don Bernardo le mandó un recado con uno de sus ayudantes.

—El señor Gefe de Policía manda saludar á la señora de Lastra, dijo el enviado, para manifestarle el profundo pesar que ha tenido, al saber lo que ha pasado anoche en su casa.

Dice que bien quisiera haberlo evitado, pero que es imposible contener la santa indignacion del pueblo federal, exaltado justamente por los últimos desmanes que han cometido los salvajes unitarios.

El señor Victorica se pone á su disposicion y le ruega lo cuente en el número de sus más leales amigos.

Ante aquel sarcasmo la señora de Lastra se puso de pié, mostrando la puerta al jóven, con ademan soberbio.

Aquella muda y elocuente respuesta mostraba la altura moral de la noble dama!

Sin embargo, los vejámenes no habian terminado para ella.

Esa misma noche, se presentaba en su casa un edecan del brigadier Rosas, llevándole el reloj de oro que tenia su hijo al ser degollado.

El edecan manifestó el supremo pesar que habia tenido S. E. al saber sus desgracias, añadiendo:

—Dice el señor Gobernador que para

que mitigue en algo su dolor, le manda el reloj que se halló en el bolsillo de su hijo cuando fué degollado.

La señora de Lastra que ni siquiera habia hecho sentar al coronel, edecan de S. E., le contestó:

—Agradezco el recuerdo, pues será la única prenda que se ha arrancado á las uñas de la federacion.

Añada usted que los detesto con toda mi alma y los desprecio con todo mi corazon.

—Señora, yo no puedo decir eso!

—El que es capaz de insultar á una dama, por encargo, debe tener siquiera el valor de afrontar un puntapié de su amo.

Y le indicó que estaba despachado.

Esta era la situacion de Buenos Aires y toda la República al principiar el memorable año de 1840!

Las escenas que vamos á seguir narrando, mostrarán con toda verdad el horror que encierran aquellos doce meses.

No exajeramos nada.

Las escenas que vamos á narrar están apoyadas en documentos y pruebas que iremos exhibiendo poco á poco.

Revolvamos un poco aquel horror!

DOÑA MARÍA JOSEFA

ENTRE las sombras de la federacion y ocupando el puesto más repugnante, se movia, semejante á un reptil horrible, aquel demonio de la perversidad que se llamó doña María Josefa Ezcurra.

Aquel sér maldito y repelente se habia erijido en gefe de una policía secreta terrible.

La policía secreta de la servidumbre que vijilaba las casas de sus amos sospechosos, para delatar sus menores acciones y sus más recatados pasos.

Doña María Josefa era la confidente de todos los gefes de la mazorca, y era en su casa donde se reunian Cuitiño, Troncoso, Parra, Salomon, el tremendo Salvador Moreno y otros muchos, á recibir las delaciones del dia y proceder en consejo.

Era tal la perversidad de aquel espíritu infame, que Rosas mismo habia concluido por olvidar el ódio que le profesó siempre, para aceptar su contingente de ferocidad é infamia.

Doña María Josefa habia llegado á hacerse tan temida como el mismo Rosas.

Los federales le temblaban porque temian su ódio y su venganza, y las familias unitarias trataban de estar bien con ella, porque esto importaba alejar de ellas un peligro de muerte.

Unitarios y federales todos la regalaban, y los gefes de la mazorca partian con ella el saqueo hecho en las casas que delatara.

Su casa era un bazar donde se aglomeraban desde el género más rico hasta la alhaja más preciosa.

Unas cosas regaladas para conquistar su benevolencia, y otras robadas en las casas asaltadas por la mazorca.

Con una figura ridícula hasta la insolencia y una cara siniestramente antipática, aquella mujer era una especie de tarántula, cuyo vello negruzco y repelente, parecia verse brotar de entre su piel escarláta, á consecuencia de su vida desordenada.

La fealdad tenebrosa de aquella mujer malvada, estaba completada por dos ojillos de basilisco que giraban como en un círculo de sangre, con una espresion de ferocidad suprema.

Parecian aquellos ojos, dos estiletos revolviéndose en los lábios de una herida!

Doña María Joséfa tenia organizado su inícuo servicio de policía secreta, de una manera diabólicamente admirable.

Para espiar de cerca á las familias y estar en sus secretos más íntimos, se valia de las negrillas y mulatas que constituian el servicio de las casas.

Para penetrar en el corazon de muchas de ellas, é imponerse de aquello que te-

nia que escapar á la vigilancia de los sirvientes, se valia de un elemento más poderoso.

Este elemento eran los frailes, los franciscanos, sobre todo, que tenian hecha con ella una alianza ofensiva y defensiva.

Entre sus confidentes más importantes se contaba el padre guardian de aquel convento, un tal fray Aldazor, cuyos escándalos en aquella época fueron memorables.

Con semejantes elementos, el servicio organizado por aquel mônstruo, tenia que dar los más infernales resultados.

Esta era la causa, que nadie podia esplicarse al principio, de que fueran sorprendidos en su punto de embarque muchas de las personas que emigraban, y degollados por las partidas de Cuitiño, Parra ó Moreno, á quienes ella habia trasmitido las delaciones de las sirvientas.

Cuando la sociedad perseguida se apercibió que estaba vendida por el servicio, era ya tarde para remediar el mal.

¿Quién se atrevia á despedir una sirvienta aunque tuviera la seguridad que esta lo vendia?

Hubiera sido esponerse á dos peligros en vez de conjurar uno.

La venganza de la sirvienta despedida, que podia llegar hasta la calumnia, y el despecho de doña María Josefa, que no toleraria así no más que un agente suyo fuera arrojado á la calle.

Así las familias tenian que vivir con un espia metido en el corazon del hogar, de quien no podrian ocultarse.

Y aquellas criadillas tan humildes antes, habian adquirido con su posicion de agentes secretos, una insolencia que habia que soportar á todo trance.

¿Cuál era la señora que se permitia reprender á sus sirvientes, aunque como sucedió á muchas, las vieran recibir á sus amigos en sus propios salones?

Una calumnia soplada á los oidos de doña María Josefa, hubiera sido el efecto inmediato de la reprension.

Y no hubieran pasado muchas horas sin que la mazorca golpeara con el cabo de sus puñales las puertas de la familia calumniada.

Así las familias se veian en verdaderas figurillas para ocultar al sirviente ciertas novedades significativas, como preparativos de viaje, etc.

Echar al sirviente de la pieza donde estos se hacian y á la que entraba cuando ménos era esperado, equivalia á decirle:

—No quiero que doña María Josefa sepa lo que yo hago, y esto equivalia á echarse encima la vigilancia de toda la mazorca.

Rosas, asombrado del génio diabólico de su cuñada, se valia de ella para sus más ocultas pesquizas, y la complacia atendiendo todas sus indicaciones.

Cuando alguno de sus adulones ó espias le llevaba alguna importante delacion, les decia:

—Hable con María Josefa y dígale que me comunique lo que haya al respecto.

Y doña María Josefa se manejaba de tal modo, que al dia siguiente á más tardar, Rosas sabia más de lo que necesitaba.

La casa de doña María Josefa era más concurrida que la misma casa de Gobierno.

Aquella harpia se levantaba muy temprano con su más brillante traje federal, para atender las delaciones que le llevaban sus agentes.

Era la hora de gran despacho, despacho que no podia eludirse bajo ningun pretesto.

A esa hora en que las sirvientas y cocineras van al mercado, las que tenian que hacer alguna revelacion importante, hacian su escapada hasta lo de doña María Josefa, para aprovechar el tiempo de las compras, sin que los patrones pudieran desconfiar de la tardanza.

Hacerlo á otra hora hubiera sido poner á aquellos sobre aviso y perder un buen golpe!

Aquella mujer feroz recibia á las negrillas y mulatas en su propio salon y por

turnos, para que la delacion de una no fuera escuchada por las otras.

Las hacia sentar á su lado, les hacia *hacer la mañana* porque no era concebible una buena federal que no supiera echar un trago, y les hacia soltar cuanto sabian y cuanto no sabian.

Porque aquellas infelices, dominado el espíritu por aquel sér perverso, por contentarla y merecer un elogio, aumentaban las noticias ó inventaban frases sospechosas.

Cuando la noticia valia la pena, la harpia la recompensaba con un billete de valor, segun la denuncia, y hacia toda clase de halagos á la delatora.

Así ese sér malvado hasta lo fantástico estaba en posesion de la vida íntima de las familias.

Sabia quiénes visitaban las casas de los unitarios, á qué hora se habian retirado y la conversacion que habian tenido.

De aquí ella deducia sus infernales consecuencias y se ponia de acuerdo con los jefes de la mazorca para obrar.

Porque para los casos apurados, como Rosas estaba en Palermo, doña María Josefa gozaba de ciertos privilegios y autoridad que ningun otro agente del tirano gozaba.

Porque doña María Josefa no podia cometer otro error que cargar un poco la mano y esto era conveniente para el sistema del terror.

El General Lavalle estaba en campaña; se temia se pusiese en combinacion con los unitarios de la ciudad, y todo esceso de crueldad era pálido al lado de la que Rosas se proponia desplegar.

Por eso la mazorca no trepidaba en ejecutar las órdenes de doña María Josefa, en la seguridad que complacian al tirano, á la par que quedaba bien con ella.

Cuando terminaba el despacho, es decir, despues que habia oido todas las delaciones, doña María Josefa devoraba una enorme taza de chocolate con sus correspondientes tostadas y se acostaba á dormir la siesta, como todo Buenos Aires lo hacia, por hábito, por necesidad.

¿Quién era aquel que se atrevia á dormir de noche?

Los unitarios no lo hacian, temiendo que sus casas fueran asaltadas durante el sueño.

El pueblo federal, entregado á recorrer las pulperias y las calles, pasaba las noches de jarana.

La mazorca estaba entregada á su ocupacion favorita: el degüello y el saqueo.

La alta sociedad federal se entregaba á sus grandes bailes y grandes fiestas, en festejo de tal ó cual tiempo imaginario, miéntras la federacion política pasaba sus noches en conciliábulos y alarmas, temiendo que de un momento á otro Lavalle se echase sobre la ciudad, secundado por los unitarios de adentro.

Las cárceles estaban llenas de presos, cuya mayor parte èran pasados por las armas durante la noche, para aterrar más á la poblacion con las continuas descargas en medio del silencio de la noche.

Y la poblacion vivia en medio de un terror continuo, pues cada una de esas descargas anunciaba que un miembro de la sociedad porteña habia sido suprimido del número de los vivos

Y todos temblaban ignorando cuales serian las víctimas, porque rara era la familia unitaria que no tuviera un miembro querido en la cárcel.

Todos fusilaban por su cuenta, sin siquiera tomarse el trabajo de apuntar el nombre de la víctima.

El jefe de Policía fusilaba en los patios del Departamento; Cuitiño fusilaba en su cuartel; el comandante Maza en el suyo, y el jefe de los serenos degollaba en el suyo, para no alarmar al vecindario con descargas inútiles.

Así es que Buenos Aires dormia de dia, porque era la hora en que los asesinos descansaban las fatigas de la noche y del vino.

A la madrugada, el espectáculo cam-

biaba, siendo más aterrador, si cabe en lo posible.

Los carros de la basura iban á la Policía y cuarteles unos, á recojer los cadáveres de los fusilados, miéntras los otros alzaban de las calles los degollados de la noche anterior.

Estos cadáveres, cuyas cabezas estaban separadas del tronco, eran llevados al cementerio á las voces de duraznos blancos y amarillos que daban los carreros, exhibiendo las cabezas humanas en medio de carcajadas feroces.

Muchas personas que engañadas al principio salian á comprar duráznos, daban vuelta, horrorizadas al contemplar las cabezas ensangrentadas y lívidas que se anunciaban de aquella manera.

Si hay alguien que dude de la verdad de lo que decimos, todavia hay miles de personas vivas, que pueden apoyar nuestras palabras, pues fueron testigos de aquellas escenas, que parecen inventadas por una imajinacion calenturienta y febril.

Doña María Josefa dormia pues una siesta de cinco ó seis horas, de cuya siesta se levantaba á comer. Su mesa siempre era concurrida por amigos de ambos sexos, que iban á rendirle pleno homenaje.

Las célebres damas que hemos presentado ya en escena tirando del carro donde se paseaba en triunfo el retrato del tirano, concurrian á sus salones, recibiendo con ello un alto honor, y haciendo sociedad á los miembros de la mazorca, infaltables al cuartel general de las libaciones.

Allí se hablaba de política, se criticaba de una manera sangrienta y amenazadora á las damas que no visitaban á doña María Josefa, y los nombres más respetables eran entregados á la difamacion.

Cuando aquel sér ridículo y malvado concluia de comer, entraba al salon con todos los aires de una reina y seguida de las parejas que la habian acompañado á la mesa.

La reunion tomaba entonces otro aspecto.

Los corrillos se formaban en todos los ángulos de las salas, miéntras un regimiento de negritas y mulatillas servian el mate dulce y amargo.

Porque la harpia alojaba en su casa, miéntras les encontraba *acomodo*, á todas las sirvientas que habian sido despedidas de sus amos.

Doña María Josefa se entregaba entonces á sus conciliábulos y confidencias con los jefes de la mazorca que habian concurrido.

Se cambiaban noticias y chismes, é indicaba ella las casas que se debian asaltar, para castigar las familias cuyos hermanos, padres ó hijos habian logrado emigrar á Montevideo.

A las once ó doce de la noche, la reunion volvia á tomar un nuevo aspecto.

Las damas copetudas se habian retirado entre nueve y diez de la noche, protejidas por sus enormes moños punzóes y largas divisas, ó acompañadas por algun federal de campanillas.

Quedaban solo las más calaveras, muchas de las que permanecian allí hasta la madrugada, y los federales que no tenian que hacer.

Los miembros de la mazorca se iban retirando á la hora del golpe preparado, para volver más tarde á dar cuenta de su cometido.

Y referian cuántos chicotazos habia recibido tal ó cual dama, qué nueva herejia habian hecho en aquella otra, y cómo habian cumplido ciertas órdenes especiales de doña María Josefa, órdenes que eran más ó ménos estas:

—A Fulana hay que castigarla hasta sacarle las brujas, porque ha tenido la insolencia de hablar de mí y del Restaurador.

A Mengana hay que entregarla á los muchachos para que se diviertan con ella y le bajen el copete y ese aire de querer valer más que uno.

Yo les he de enseñar á esas salvajonas á tener á ménos á los federales!

Y eran estas las referencias que hacian los bandidos en medio de los aplausos de aquella sociedad espantosa.

El resto de la noche era empleado en cenar y en todo género de excesos.

Se bebia hasta la embriaguez más completa y se hablaba un lenguaje esencialmente federal.

Miéntras en el comedor y los salones tenian lugar aquellas escenas, los patios eran teatro de otras más pintorescas.

Los grupos de mazorqueros que habian ejecutado los actos cobardes que se referian en la sala, llenaban los patios á participar del festin y de la sociedad de las negrillas y mulatas que llenaban la casa.

Cumpliendo las órdenes de su patrona, estas les alcanzaban frascos de bebida y avios de tomar mate, pues era preciso recompensar los desvelos de aquellos leales servidores.

Esta era la razon por que aquellos aclamaban á doña María Josefa, mirándola como su jefe más importante.

Con bebida y mate á discrecion y muchachas con quienes matar el rato, aquellos buenos mazorqueros se instalaban en la casa, de donde no se movian sino para cumplir alguna órden de la patrona.

Y como muchas veces se ofrecia alguna delacion á deshoras, ó algun viajero que atajar, siempre habia en los patios un buen grupo, dispuesto á bailar la *refalosa*.

Como todo entraba á la casa en grandes cantidades, sin que la María Josefa tuviese nunca que gastar ni un medio, se gastaba de una manera escandalosa.

Las mulatillas se trataban á cuerpo de rey, y los miembros de la mazorca se retiraban al amanecer con su abundante provision de cuanto podian necesitar.

El escándalo de los patios y departamento de servicio era tal á veces, que el rumor de la orgía y el beberaje llegaba hasta los salones.

Y si alguno preguntaba alarmado que era lo que aquello significaba, respondia con su risa más hedionda:

—Son los muchachos que se están divirtiendo un poco.

Demasiado trabajan y se desvelan los pobres, para que uno les niegue los pocos momentos de espansion que puedan gozar.

Y el beberaje y la chacota seguian como en pleno cuartel.

La jarana duraba hasta una hora muy avanzada de la noche, en que la concurrencia de las salas y los patios empezaba á retirarse.

Solo quedaban algunos patriotas que se constituian en guardia de honor de la casa, y los muchos borrachones á quienes Baco habia agarrado de las piernas y no les permitia ni siquiera moverse.

Aquello parecia entonces un verdadero departamento del infierno.

Aquellas negras y mulatas envueltas en grandes rebozos de bayeta punzó y aquellos hombres de caras patibularias, de gran melena y cubiertos de trapos y divisas coloradas, borrachos sin poderse mover, parecian una lejion de diablos en noche de puerta franca.

Entonces era que doña María Josefa se acostaba á dormir hasta las seis ó siete de la mañana, hora en que empezaban á caer sus agentes y espias.

La organizacion que esta mujer perversa habia dado á su sistema de espionaje, no se limitaba á los sirvientes y frailes.

Ella tenia sus agentes de segundo órden á donde se dirijian los espias delatores que, ya por la distancia, ó porque no convenia los fueran á ver entrar á su casa, no podian concurrir á la hora de la audiencia.

Por ejemplo, á inmediaciones de donde es hoy el cementerio Inglés, vivia en un *sitio* bastante cómodo, la famosa tia Joaquina, conocida por el apodo de Federacion.

Tia Joaquina era una negra vieja, fabri-

cante y vendedora de chicha, á la que estaban subordinadas numorosas negrillas y mulatas, la mayor parte de ellas hijas, sobrinas y nietas de la tia Federacion.

Este escuadron de negrillas estaba desparramado en varias casas unitarias, como espias de doña María Josefa.

Cuando en cualquiera de las casas ocurria alguna novedad de importancia, la negrilla venia á ver á tia Joaquina, y la ponia en autos de lo que sucedia.

Y la negra vieja corrijiendo y aumentando el suceso, lo iba á comunicar á doña María Josefa.

La negra Joaquina era una policía tal, que tenia entrada franca á cualquier hora, hasta donde la señora estaba, pues sabido es que nunca iba sino cuando tenia algo importante que comunicar.

Ademas de su mision de agente secundario, la negra Federacion tenia otro empleo importante.

Era el espia ambulante que tenia doña María Josefa.

Con el pretesto de vender chicha, se metia adentro de las casas unitarias, donde sorprendió más de un secreto, que valió á la familia la desolacion y la ruina.

Al romper el dia, *arrebozada* en un pedazo de bayeta punzō, con un cachimbo á media boca y la vasija de chicha en la cabeza, con un equilibrio perfecto, la negra Federacion salia de su sitio, y husmeándolo todo y entrándose á las casas, llegaba hasta el centro al compás de sus ancianas y amuletadas canillas.

Si husmeaba algo de importancia, se iba hasta lo de la María Josefa, para comunicarlo.

Si no, se venia hasta el mercado donde despachaba la chicha, y regresaba de vacio hasta su sitio.

La tia Federacion no era de mirarla así por sobre el hombro, pues tenia entrada á casa del Restaurador, que le solia regalar un billete de cincuenta y hacerle un par de encargos.

Ademas de la tia Joaquina, doña María Josefa tenia otros agentes colocados en otro centro de accion.

Estos eran entre otros, don Ramon y don Lorenzo, puesteros del mercado y dos de los federales más tremendos que se conocian.

Raro era el dia que, entre las tiras de asado que colgaban del puetso, no exhibieran algunas cabezas humanas, de personas degolladas la noche anterior ó aquella madrugada.

Estos dos puesteros eran una potencia tan terrible como la misma tia Joaquina·

Ellos observaban el traje y conducta de las señoras y sirvientas que iban á hacer sus compras.

Husmeaban si hacian sus compras á los puesteros más federales y si tenian asco á las cabezas puestas en exhibicion, para sacar sus conjeturas, y comunicarlas á doña María Josefa.

Si alguna criadita no les compraba á ellos, daban por sentado que su patrona se lo habia prohibido, porque era salvaje unitaria.

Ante semejante aserto, doña María Josefa hacia vijilar inmediatamente la casa, y pasaba aviso á sus confidentes favoritos, Salvador Moreno ó Ciriaco Cuitiño.

Estos eran los jefes de mazorca á quienes ella más distinguia, por su ferocidad proverbial, pues ninguno de ellos tenia inconveniente en bajarse del caballo y *tocar el violin* en plena calle, al primer salvaje unitario que les caia á mano.

Así entre los pulperos, lecheros y todos esos proveedores que entran por la mañana á las casas de familia, la harpia federal tenia admirablemente organizado su sistema de espionaje.

Cuando se trataba de algo muy grave, subia en su carruaje é iba á Palermo á conferenciar con D. Juan Manuel, que se quedaba sorprendido de los secretos que poseia su cuñada.

Muchas veces salia corrida de Palermo, porque Rosas que no podia dominar su espíritu malvado, aunque la miraba como

uno de sus agentes más importantes, solia hacerla víctima de sus bromas groseras.

Mandaba á D. Eusebio de la Santa Federacion por ejemplo, que le echara un piropo de grueso calibre ó le hiciera alguna otra travesura análoga.

Y la harpia se retiraba furiosa y sin poder contener la rabia, miéntras don Juan Manuel quedaba riendo como si le hicieran cosquillas.

Cuando esto sucedia doña María Josefa, salia jurando no volver más á poner los piés en Palermo.

Pero pocos dias despues su perversidad le hacia olvidar la ofensa, y volvia con algun plan infame, con alguna delacion, ó con algun pedido de órden de confiscacion.

Rosas entonces le hacia tirar piedras, quemándole la sangre con sus eternas bromas, pero no por esto la harpia se arredraba.

Esta es la harpia infernal que disponia de la policía secreta el año 40 y que hoy ponemos en escena.

Este mónstruo fué la autora de mil trajedias terribles que iremos narrando en el curso de este libro.

La siguiente es una de las más sombrias.

EL DRAMA DE LOS MANTEROLA

En la esquina de las calles de Cuyo y Maipú frente á la esquina de Caña, y en los altos conocidos por de Gutierrez, vivia la familia de Manterola.

Esta familia digna y honorable, era compuesta de doña Ana Berutti de Manterola, sus hijas Juana y Cármen, sus hijos Norberto y Tomás y dos nietas huérfanas, de quienes la señora Ana se habia hecho cargo.

La señora tenia dos hijos más: don Lorenzo y don Luis Manterola.

El señor don Lorenzo Manterola se habia casado y vivia con la familia que empezaba á formar.

Don Luis vivia en casa de don José Marzano, juez de paz de la Parroquia deSan Nicolás, de cuyo juzgado era escribiente.

Veamos por qué coincidencias aquel hombre habia descendido á tan humilde empleo.

Don Luis Manterola desde muy jóven habia abrazado la carrera de las armas.

Siempre constante en el servicio y ambicionando labrarse un porvenir habia ido ascendiendo, siempre por hechos distinguidos, hasta el empleo de teniente coronel, que conquistó con su espada en la memorable jornada de Ituzaingó, donde tambien fué actor su hermano Lorenzo, aunque en grado militar más inferior

Inteligente y práctico en el arma de artillería, se habia ganado el aprecio de los generales Lavalle y Paz, que lo miraban como una esperanza de la patria y del ejército, que carecia entonces de buenos jefes artilleros.

Hecha la paz con el Brasil, el teniente coronel Manterola regresó á Buenos Aires con el general Lavalle, y con él tomó parte activa en el motin militar del 1° de Diciembre, que terminó con la jornada del Puente de Márquez.

Caido en aquella accion el partido unitario por la traicion de Rosas que no quiso respetar el convenio de Abril, Manterola fué privado del mando activo y se le relegó á una plana mayor aunque con sueldo íntegro.

El militar pundonoroso y altivo no dijo una palabra ante aquel desconocimiento de susméritos y servicios, conformándose con su suerte, que él creia pasajera, hasta 1835.

Manterola amaba entrañablemente á su señora madre y hermanas, á quienes ayudaba con el sueldo de su clase, y era esta razon la que habia influido en él para no protestar contra aquel olvido intencional, separándolo del ejército en cuyas filas hizo su lucida carrera.

Rosas, que queria contraer méritos con los federales dorreguistas, no perdonaba ocasion de pasar por el vengador terrible del gobernador Dorrego.

Así, invocando las cenizas de aquel hombre desgraciado, borró de la lista militar á todos los jefes que habian tomado parte en el movimiento del 1º de Diciembre, y que no se habian plegado al partido de la federacion rosista.

Entre ellos cayó el teniente coronel don Luis Manterola, á quien se le privaba así de todos sus elementos de vida.

Aquel hombre fuerte y digno en la desgracia, devoró en silencio aquella desventura que le quitaba, al mismo tiempo que sus recursos de vida, el porvenir brillante que se habia labrado.

No quiso pedir gracia á Rosas, como lo hicieron unos pocos, y desoyó los consejos que en este sentido le dieron los amigos que conocian su situacion.

—Prefiero la miseria en medio de mi pureza como patriota, les dijo, á la posicion y riqueza que sea necesario envolver entre los girones de mi honor.

El trabajo no me acobarda, añadió, y distraido en ganar lo necesario para mí y ayudar á los mios, podré esperar tiempos mejores.

Pobre Manterola!

Esperaba tiempos mejores, cuando la Federacion no habia mostrado aún el malvado cerebro de Rosas!

Resignado á su suerte, don Luis Manterola empezó á buscar trabajo y comprender que aquello no era tan fácil como lo habia pensado, tratándose de un salvaje unitario que habia peleado contra Dorrego y que debia estar en correspondencia con Lavalle.

La familia de Manterola, desde doña Ana abajo, era así clasificada y señalada como tal por los federales exaltados.

Por fin el benemérito teniente coronel de Ituzaingó halló una puerta abierta, y por cierto la que ménos esperaba.

Esta puerta fué la del señor Marzano, federal en toda regla, quien en prueba de la confianza que merecia al gobierno, habia sido nombrado juez de paz de la Parroquia de San Nicolás.

Don José Marzano con quien lo ligaban vínculos de cariño, le ofreció aquello de que podia disponer.

El puesto de escribiente en el juzgado y su casa de familia lealmente abierta.

Como en el Juzgado de Paz habia mucho trabajo, el escribiente tendria que almorzar y comer en casa del juez, que vivir cerca y por consiguiente era mejor que viviese en ella, sin perjuicio de ir á pasar al lado de su familia todo el tiempo que le quedase libre.

Don Luis aceptó radiante aquella buena proposicion que le deparaba el cielo.

Siendo escribiente de un Juzgado de Paz en aquellos tiempos, tenia garantida su vida y la tranquilidad de su familia.

No era admisible que el escribiente de don José Marzano, federal á todas luces, fuese un salvaje unitario.

El sueldo era una miseria para un hombre de su rango social, que no le alcanzaria para cubrir sus más urgentes necesidades.

Pero ya era un sueldo con que poder aliviar á su familia, marcada ya por la Federacion; y una garantia para aquellos séres queridos.

Inmediatamente ocupó su puesto y se trasladó á la casa de Marzano.

Trabajó con un ardor y un interés tal, que se granjeó por completo toda la amistad de aquel hombre y el cariño de la familia á cuyo lado vivia.

Conocidos sus antecedentes y desgracias, el señor Marzano solia alentarlo con un cambio de posicion, para lo cual él y otros amigos podrian hacer trabajos, no pudiendo decirse que era un enemigo de la federacion, puesto que estaba sirviendo al gobierno, aunque en un puesto hu-milde.

—Mejor es no hacer nada por ahora, decia Manterola, para ocultar su modo de pensar.

Los que hemos servido á órdenes de Lavalle somos antipáticos al gobierno y yo temo perder hasta este puesto humilde.

Más tarde, cuando las pasiones políticas hayan pasado un poco, veremos lo que se puede tentar.

Es que Manterola tenia sus compromisos con el partido unitario, que empezaba á trabajar sordamente.

El asesinato de los Reynafé y la terrible sentencia recaida contra el doctor Gamboa, habia sublevado el espíritu.

La emigracion á Montevideo empezó á aumentar de una manera prodigiosa, hasta que Rosas, alarmado, tomó terribles medidas de degüello contra los que huian á engrosar las filas de sus enemigos en Montevideo.

Así lo pasó hasta principios del año 39, en que las escenas de matanzas y mazorcadas vinieron á aterrar la poblacion, que se creyó perdida.

Ya no eran solo los unitarios los perseguidos por el puñal y la verga.

Lo eran tambien los llamados lomos negros y los federales que no estaban bien definidos, es decir, que no pertenecian á la mazorca, ó al círculo de la feroz María Josefa Ezcurra.

Manterola, comprometido, como muchos otros, en la gran revolucion del Sud, esperaba tranquilamente el desenvolvimiento de los sucesos.

Su tiempo lo dividia entre el juzgado de paz, su buena madre y la familia de Marzano.

Todas las noches en cuanto se desocupaba, iba á visitar á doña Ana y á sus hermanas, á cuyo lado permanecia hasta las once de la noche, hora en que la familia del juez de paz cerraba la puerta.

A esa hora se retiraba y aunque era peligroso andar por la calle, él iba garantido por su larga divisa y los papeles del Juzgado, que por precaucion se echaba siempre al bolsillo.

Tanto él como su hermano Lorenzo y doña Ana, corazon patriota y noble, estaban al cabo de los sucesos que se desarrollaban en Montevideo, pero con tal recato, que nadie tuvo nunca la menor sospecha.

Aunque la negrilla Luisa que los servia era sobrina de la terrible tia Federacion, jamás habia visto en la casa nada digno de ser trasmitido al teniente de doña María Josefa.

Lo que prueba que los Manterola obraban con gran recato y hablaban con suma cautela.

Era en casa de doña Ana que se veian los hermanos Luis y Lorenzo, para comunicarse las noticias de que tenian conocimiento.

El temor á los unitarios llegó á punto tal que el tirano se alarmó sériamente.

Quintuplicó la vijilancia en la costa para tomar y degollar á todos los que querian embarcarse, y puso á las familias unitarias bajo una activa vigilancia de observacion.

Sus agentes no tenian más encargo que imponerse de lo que pasaba en las casas y trasmitirlo sin pérdida de tiempo, cuando se tratara de algo referente á los unitarios.

Doña María Josefa fué encargada absoluta de esta parte de las medidas del gobierno.

Ninguna más competente que ella para estrechar á las familias en sus propios hogares, por la fabulosa y diabólica organizacion de su policía secreta.

Doña María Josefa se puso sobre tablas á su infame tarea, llamando á sí todos los elementos que la estaban subordinados, para instruirlos bien en lo que tenian que observar en adelante.

La harpia tomó una larga lista que guardó en su precioso escritorio de caoba, regalo de Victorica, y la recorrió prolijamente, marcando con su lápiz varios nombres.

Bajo aquella marca terrible habia caido tambien el de doña Ana Berutti de Manterola.

Concluida esta prolija operacion, doña María Josefa tomó del mismo escritorio otra lista, donde tenia todos los datos sobre la reparticion de sus agentes, marcando tambien varios nombres.

Luisa, la sobrina ó hija de la negra Joaquina, fué tambien uno de los nombres señalados preferentemente en la segunda lista.

María Josefa contempló el preludio de su obra con ojos sombrios, y miró á Cuitiño y Moreno que estaban con ella, sonriendo llena de ferocidad.

Cualquiera que la hubiese visto la habria creido una mujer bajo la infiuencia de una felicidad inesperada.

Es que toda la felicidad de aquel sér monstruoso se reducia á hacer mal, pero un mal terrible que dejara rastros de sangre.

Se le proporcionaba la ocasion de hacer un mal tremendo, de hacer caer muchas víctimas bajo el puñal de la mazorca, y se sentia en la cúspide de la felicidad suprema.

Aquel corazon de reptil estaba en su elemento, agitado por la fruicion del crímen.

—Me parece, dijo á sus confidentes, que la Sociedad Popular Restauradora, va á entrar en su época de labor más fecunda.

Los inmundos salvajes unitarios se revuelven entre el fango de sus crímenes é intentan otros nuevos.

Es necesario aplastarlos ántes que alzen la cabeza y un nuevo crímen venga á enlutar la Confederacion Argentina.

Estos infames no se contentan con Dorrego, y el ilustre general Quiroga, y quieren aún más sangre.

La tendrán! voto al infierno! pero esta vez será sangre de salvajes unitarios.

Mueran las sabandijas y sus inmundas crias! concluyó con frenético entusiasmo.

Aquí, y golpeó las dos listas de que hemos hablado, tengo preparado ya un cementerio.

—La labor no nos asusta, dijo Cuitiño. Nos multiplicaremos, si es necesario, para librar á la santa causa de la federacion de los peligros que la amenazan.

—Ya sabe el Restaurador y usted misma, agregó Moreno, que no tienen más que mostrarme ó indicarme con la palabra más leve donde es necesario golpear.

Caerán cuantos se me indiquen.

El esterminio de los salvajes y sus crias, no es para mí ningun trabajo; es un placer, una religion que todo pecho federal debe alentar hasta la muerte.

—Lo sé, lo sé mis leales amigos, contestó la harpia tendiéndoles su mano innoble y grasosa.

Esta mañana misma se lo decia al Restaurador.

Con hombres como ustedes, los salvajes unitarios no podrian ni siquiera intentar luchar con ventaja.

Pasen ahora á la sala, que yo voy á tomar unas pequeñas disposiciones para el mejor servicio.

Dentro de un momento estaré con ustedes.

Cuando la harpia quedó sola, llamó y mandó buscar un soldado de los muchos que en su casa pasaban la noche.

En el acto que éste se presentó, lo envió á casa de la tia Joaquina, con órden de traerla en ancas, pues se le necesitaba para un trabajo urgentísimo.

La familia de Manterola, pensó en cuanto hubo salido el soldado, es toda de salvajes unitarios de la peor especie, pues hay en ella hasta reincidentes.

La tal Ana es de aquellas intrépidas que creen que con llamarse patriotas han conquistado la gloria eterna.

Luis fué borrado de la lista militar porque tomó parte en la revolucion contra Dorrego, revolucion en que tambien andaba mezclado Lorenzo.

Hace tiempo que no vigilo á esta chusma y es preciso saber lo que hace y lo que piensa.

Me parece que de esta hecha ellos no

escapan de una buena refalosa, y ellas de una azotaina en toda regla.

Es imposible que no anden mezclados en las trampas de los unitarios, sobre todo ese Luis, que deseará vengarse de Juan Manuel, por la borrada de la lista.

¡Cómo me he descuidado yo con esta gente!

Quiera Dios que no se hayan ido ya á Montevideo, porque esto seria un golpe de descrédito para mi policía.

Y miéntras llegaba el teniente que habia mandado buscar, pasó á la sala donde estaba reunida ya la flor de la mazorca y los unitarios que habian logrado pasar por tales, para servir á la causa y á sus amigos, trasmitiéndoles los peligros que los amenazaban.

Muchos unitarios habian logrado engañar el feroz olfato de aquel demonio é introducirse en su confianza.

Así pudieron prestar muchas veces inestimables servicios á la amistad, imponiéndose de las tramas y órdenes de doña María Josefa.

—Me parece, dijo la harpia tomando asiento en medio de la reunion, y dirijiéndose á Moreno, que dentro de dos ó tres dias voy á darle una comision que se la envidiarán muchos.

Va á ser un golpe de burla para los unitarios, que no se lo esperan.

Se trata de....pero no, ya conocerán el golpe despues de darlo.

Moreno agradeció servilmente aquella prueba de distincion y dijo que esperaba el dia fijado, deseando que volaran las horas.

En seguida se ocupó la reunion, como siempre, en echar pestes contra los unitarios que tenian trastornado el país con sus bravatas y deseando que el gran partido federal concluyese de una vez con aquella sabandija.

—Si el mulato Rivera no hubiera sido un trompeta traidor, hace mucho tiempo que el país estaria libre de enemigos, aulló la harpia.

Pero él se ha propuesto ser tan trompeta como mulato, dando refugio á los unitarios, y es necesario que el gran Oribe le dé una vuelta de azotes.

Pronto se acabarán las compadradas de ese mulato insolente!

La reunion aplaudió frenética aquel estúpido desahogo contra el noble caudillo oriental, manifestando su deseo de verlo morir como los hermanos Reynafé.

En este momento entró al patio el soldado que traia enancada á la negra Federacion, y doña María Josefa abandonó á sus tertulianos, pretestando un quehacer ineludible y de imperiosa necesidad.

En su aposento mismo, para hacer más sigilosa la entrevista, la esperaba la negra, envuelta en su eterno rebozo de bayeta y con su cachimbo á medio encender entre las encias, pues ya la tia Federacion apénas tenia muelas y unos tres colmillos.

—Siéntese tia, dijo el basilisco federal, que la he mandado buscar para algo grave.

La negra jurguneó el cachimbo con la punta del dedo índice y despues de dos pitadas que apestaron el cuarto, tomó asiento y repuso:

—Aquí me tiene su merced el ama para lo que guste mandar.

—Necesito saber si tu sobrina Luisa está siempre en casa de Manterola.

—Allá está, mi ama.

Hace dias que no la veo, pero si hubiera salido habria venido á casa.

—Superior—yo necesito que mañana bien temprano me traigas á tu sobrina.

Puedes ir á la casa al amanecer y así en cuanto abra la puerta la hablas y me la traes.

Pero cuidado, mucho cuidado, porque es preciso que nadie se aperciba de esto.

—Pierda cuidado su merced, mañana en cuanto abra la puerta se vendrá conmigo.

—Bueno, por ahora no necesito nada más.

¿Sabe usted algo sobre los patrones de Luisa?

—Nada, mi ama, parece que son muy buenos y que la tratan bien.

—Bueno, ahora váyase adentro á tomar un mate para estar lista á cumplir la comision.

La negra se fué á la cocina, echó en el cachimbo una brasa de fuego á dedo pelado, y se le durmió á un frasco de ginebra que por encargo del ama le alcanzó una mulatilla.

En seguida se puso á echar panes, entre mate y mate, que le alcanzaban las criadas, que la trataban con el mayor respeto, en primer lugar por la banca que tenia con el ama, y en segundo porque la negra Joaquina era capaz de dormírsele á garrotazos á la más pintada, con la misma flema que se le dormia á una media azumbre de caña.

Doña María Josefa despidió á sus visitas y se recogió.

Queria estar descansada para los perversos trabajos del dia siguiente.

En cuanto empezó á amanecer, la negra Joaquina se embozó en su andrajo de bayeta, y se largó para la esquina de Caña, donde se puso en observacion.

Al poco tiempo de estar allí se abrió la puerta de lo de Manterola, y apareció la negrilla Luisa muy emperifollada y con su tipa al brazo para ir á hacer sus compras.

Grande fué la sorpresa que tuvo al encontrarse á aquella hora con que su tia hacia centinela en la esquina.

La negra vieja se acercó entonces á la jóven y le dijo:

—Vamos á prisa, que te necesito y no quiero que nos vean.

La negrilla entornó la puerta y siguió á la tia, que enfiló la calle á trote gatuno.

—¿Qué sucede? preguntó cuando la hubo alcanzado.

—No sé, el ama grande,—así llamaba á doña María Josefa,—me ha mandado llamar para que te lleve á su casa.

Algun pandero habrá con tus patrones.

La negrilla habia olido en esos dias que doña Ana trataba con sus hijos algun asunto muy reservado.

Varias veces habia sentido pronunciar el nombre del general Lavalle en aquellas conversaciones misteriosas, pero no se habia atrevido á decir nada á su tia.

Tenia mucho cariño por su señora y las niñas, que la trataban con suma bondad, y le habia repugnado profundamente la idea de delatarlas.

—Cristo padre! pensó la negrilla.

¡Si habrán olido algo y me irán á armar la gorda porque he callado!

Pues con decir que nada he oido, estamos del otro lado.

Así se preparaba la buena negrilla á salvarse ya que no podia salvar á sus amos.

Las dos negras se entraron á lo de doña María Josefa y se hicieron anunciar.

La harpia las recibió en la cama, pues deseaba ardientemente sorprender los secretos de los Manterola, é inaugurar su nuevo servicio con algo ruidoso que hiciera crecer su prestigio á los ojos de su digno cuñado.

Las dos negras tomaron asiento porque así se lo mandó el ama grande, que empezó en seguida un minucioso interrogatorio.

—¿Quiénes viven con tu ama?

—Las niñas doña Cármen y doña Juana, el niño Tomás, el niño Norberto y las nietas del ama.

—¿Y don Lorenzo y don Luis no viven allí?

—No señora; don Lorenzo vive aparte desde que se casó.

Don Luis vive en casa del señor Marzano.

—¿Don José Marzano?

—Del señor don José.

—¡Olá! del juez de paz de San Nicolás, exclamó sorprendida la María Josefa.

¿Y no sabes por qué vive allí?

—Creo que porque es empleado del juez de paz y como hay mucho que trabajar vive con él.

—¿Con que Marzano es protector de unitarios? pensõ en alta voz la infame jefe de espias.

Es preciso averiguar cómo anda jugando ese tal don José.....

Y decime, ¿qué dias vá Luis á visitar á la madre, ó está mal con ella?

—No señora, don Luis vá todas las noches á ver al ama y tomar mate con ella.

—¿Y Lorenzo?

—Tambien vá de noche, pero como él es casado suele faltar algunas.

—Bueno, ahora me vas á decir detenidamente lo que hablan cuando están juntos.

—Hablan de lo mal de dinero que andan....

—No, de Lavalle y del Restaurador.

—Yo nunca les he oido nada, señora.

—¿Cõmo nõ? y ¿quién les alcanza el mate?

—Yo, señora.

—Y ¿cõmo te atreves á decir que no has oido nada? aullõ doña María Josefa sentándose sobre la cama como movida por un resorte y mirando á la negrilla de una manera terrible.

La negrilla se echó á temblar, comprendiendo que no le quedaba otro recurso que vender á su ama, ó esponerse á las iras terribles de doña María Josefa.

—No ocultes nada, no seas tonta que si el ama grande se disgusta, puede costarte muy caro.

Además que si yo sé que has sabido y no lo has dicho, te corto la lengua y te mato á garrotazos.

La negrilla tenia un *terror pánico* á doña María Josefa, pero era aún mayor el que sentia por la negra Federacion, que la conocia y sabia era muy capaz de cumplir aquella amenaza.

Confundida la negrilla ante la mirada espantosa de aquel sér deforme, sin darse cuenta de lo que hacia, vendió el secreto que importaba la cabeza de sus amos.

—Ola, ola! exclamõ la harpia triunfante.

Parece que se te vá desatando la lengua!

Esto es lo que te conviene, que yo sabré recompensártelo.

De otro modo ya sabes que en mi mano hay poderosos medios de castigo contra las que tratan de engañarme.

—¿Con que hablaban mucho de Lavalle? agregõ, y por supuesto, se preparan á recibirlo cuando venga?

—Así es, señora, replicõ la negrilla aturdida y sin saber lo que decia.

—No me parece mal.

¿Y don Luis y don Lorenzo hablan de irse á Montevideo cuando la cosa aprete?

—Sí señora, replicõ la negrilla, sin calcular el mal enorme que con aquellas respuestas estaba causando.

—¿Y quiénes más visitan la casa? preguntõ la harpia.

—El administrador del Hospital de Mujeres, y el yerno de la señora, don Alejandro Romero.

Tambien va don Pepe Gomez, pero este con ménos frecuencia.

—Oh! con que don Juan Rosales abandona el Hospital para visitar unitarios.

No me parece mal! ya veremos eso.

¿Nadie más vá?

—Nadie más, al ménos de gente que yo conozca.

—Bueno, ahora es el momento de estar alerta y andar viva, porque si te duermes te vá á llevar el diablo!

Es necesario que te fijes en todo lo que dicen y lo que hacen, para que me lo vengas á contar en el acto.

Ahora, si oyes algo de que alguno de ellos se vá á ir ó de que Lavalle viene pronto, tienes que andar como un viento.

Para no perder tiempo, te vas al almacen de don Salvador Moreno, que te queda más cerca, y le dices cuanto sepas,

que yo hablaré con él para que no pierda tiempo.

Yo te pagaré á peso de oro cada noticia de importancia que me traigas.

Pero cuida mucho de no engañarme! no te digo más.

La harpia regaló un billete de doscientos pesos á la negrilla, suma fabulosa en aquellos tiempos, y uno de cincuenta á la tia vieja, haciéndoles de nuevo mil recomendaciones y las despidió.

En cuanto salieron á la calle, la negra vieja quitó á la sobrina los doscientos pesos, y como por via de preámbulos le pegó dos pescozones.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, bribona, le dijo.

En la primer ocasion buena, te largas á lo de Moreno, que yo te prometo no quitarte el otro regalo que te hagan.

Y cuidado con que tus amos vayan á maliciar que los espias, porque entonces soy yo y no el ama grande quien va á hacer picadillo con tus entrañas.

La negrilla, sin haber podido dominar su aturdimiento, hizo sus compras en el mercado y se fué á su conchavo.

La tia Joaquina se metió á una pulpería donde se chupó una buena azumbre de caña y se costeó sola á su sitio, con su eterno cachimbo á medio encender y su rebozo contemporáneo.

Doña María Josefa, en cuanto las negras se salieron se levantó, se engulló su enorme taza de chocolate y saboreando el placer del crímen que meditaba se fué á casa de Rosas, casa hoy de Rocha.

Como cuando la llevaba algo urgente, entró á las piezas de Rosas.

—Qué milagro, tan temprano? dijo don Juan Manuel que adivinó en la mirada de su digna cuñada, que le llevaba algun proyecto infernal.

—Nunca es temprano para la santa causa de la federacion, esclamó doña María, finjiendo gran fatiga para encarecer la premura con que habia andado.

He descubierto un nido de víboras unitarias que trabajan en combinacion con el asesino Juan Lavalle.

Delante de Rosas ninguno se atrevia á nombrar á Lavalle por su título de general.

—Pues no hay más que aplastarlas, repuso Rosas empezando á ponerse sério.

Y aplastarlas de una vez porque los tiempos no dan espera.

Vamos á ver, ¿de quién se trata?

—Se trata de la familia de Manterola, unitaria toda, que, lo sé de buena tinta, anda en manejos con los espias del asesino Lavalle.

Luis Manterola, que fué borrado de la lista militar, por unitario, va á emigrar con su hermano Lorenzo, llevando correspondencia para el asesino Lavalle.

—Pues los haremos prender ahora mismo.

—Mejor es cuando se vayan para tomarles la correspondencia.

Yo los tengo vijilados muy de cerca y respondo que el aviso será dado en oportunidad.

—Entonces se puede esperar todavia.

—En la casa tienen divisas celestes, la porcelana tiene pintas celestes y me dicen que el dormitorio de la vieja todo es de ese color.

—Se le dan estos datos al coronel Cuitiño, que él arreglará el asunto.

—Bueno, hasta mañana ó pasado, que ya tendré todos los hilos.

—Sí, pero que no se cometa una torpeza, porque entonces los hago arder á todos.

—No hay cuidado—mis desvelos por la causa son mi mejor garantia.

Rosas sonrió y estrechó la mano de su digna cuñada, que se alejó más inflada que velas de barco en noche de viento.

Rosas, en el fondo, odiaba á muerte á su cuñada, como la habia odiado desde sus amores con doña Encarnacion, pero aquel basilisco se multiplicaba en servicio del crímen, y Rosas no solo la tolera-

ba, sino que la agasajaba, salvo alguna broma que le hacia dar con el mulato Viguá ó el loco Eusebio.

Aquellos dos séres malditos se separaron, y entre su apreton de manos quedó sellado el esterminio de la familia de Manterola, que no iba á tardar en conocor todo lo horrible de su desventura.

—

Dos dias despues de lo que hemos narrado, todos los íntimos de doña María Josefa, sabian que se trataba de dar una mazorcada en casa de la señora de Manterola, y degollar á don Luis y don Lorenzo.

Estos, inocentes de lo que sucedia, seguian el sistema de vida que hasta entonces habian llevado

Don Luis trabajaba en el juzgado sin descanso para ser útil á su protector y amigo.

A la noche, venia como siempre á casa de su buena madre, donde se veia con su hermano Lorenzo y se comunicaban las noticias que cada uno de ellos sabia.

Así es que fué grande el espanto de Manterola cuando recibió en el juzgado de Paz, con el mayor sigilo y muy temprano, la inesperada visita de su mejor amigo y correligionario, don Santiago Gomez.

—Querido compañero, le dijo al oido, en cuanto se hubo cerciorado que estaban solos.

Estamos vigilados y amenazados de degüello.

Es preciso que no te descuides ni vayas á comprometer á tu familia.

A mí, sé de buena tinta que mañana ó pasado piensan darme el golpe, por lo que he resuelto salir esta misma noche para Montevideo.

Un italiano lanchero, á quien he contratado ya, me espera luego á las nueve frente al bajo del Retiro.

Conmigo, añadió, viene otro amigo político.

Si quieres correr nuestra suerte, puedes ir á esa hora al paraje indicado, á la izquierda de la barranca.

Allí te esperaremos hasta las nueve y dos minutos.

—Y ¿cómo abandono yo á mi madre en esta emerjencia? preguntó Manterola palideciendo.

Se vengarian con ella.

—No lo creas.

Quedándote empeoras tu situacion y la de ella, pues marcado como estás, te degollarian en sus propios brazos, lo que es peor.

Me voy, concluyó, porque si nos ven juntos nos perdemos.

En caso que te resuelvas, ya sabes la hora y las señas.

No olvides tus pistolas.

Y Gomez se alejó precipitadamente.

Don Luis Manterola quedó aterrado.

Muerto él y perseguidos sus hermanos, ¿quién velaria por su familia?

Era preciso huir y además en aquella época—Junio del 39—el partido unitario esperaba el rápido triunfo del general Lavalle, ya en campaña.

Don Luis Manterola resolvió correr la suerte de sus amigos y se decidió á fugar.

A las 7 de la noche entraba á casa de doña Ana, quien se sorprendió al ver la agitacion de aquel semblante tan sereno siempre.

La negrilla olió algo y disimulando cuanto pudo se puso en acecho.

—¿Qué es eso hijo mio, por qué vienes tan sobresaltado?

—No es casi nada, mamá, es que me voy á Montevideo, porque dicen que me van á fusilar.

Me lo ha prevenido un amigo con quien me voy.

—¡Hijo de mi alma!

¡Dios te proteja! exclamó sollozando la pobre señora.

La negrilla que oyó llanto, pegó la oreja á la puerta.

Ya habia andado mucho para retroceder.

—¿Y cuándo te vas?

—Esta noche, madre mia, si á usted le parece bien.

—¡Qué si me parece! pronto hijo mio, pronto, ya sabes que si te matan, muero yo en seguida.

Todavia tengo tiempo de estar á tu lado.

La separacion no será muy larga, madre mia.

Pronto entraremos otra vez, pero será al lado de Lavalle que habrá derrocado esta tirania infame.

La negrilla deseaba que don Luis se fuera cuanto antes para volar á casa de Moreno.

Estaba por irse sin esperar la partida del jóven pero temia ser reprendida por no haber oido la conversacion hasta el fin.

—Lorenzo vendrá más tarde, avísale de lo que se trata, porque yo no tengo tiempo y aconséjale que se vaya tambien.

Ah! es probable que Marzano, viendo que no voy, mande preguntar por mí.

Díganle que no me ven desde ayer.

La negrilla devorada por el deseo de salir, no esperaba más que don Luis dijera la hora y el sitio por donde debia embarcarse.

Y como si la casualidad tratara de ayudarla, en ese momento preguntó doña Ana.

—¿Y es seguro el sitio del embarque? ¿Por dónde se ván?

—Por el bajo del Retiro—Gomez lo ha elejido y debe ser bueno.

—Dios los ayude y premie la accion de tu buen amigo.

Don Luis Manterola permaneció al lado de doña Ana, hasta las 8 y 1[2.

Habia tenido la precaucion de arreglar su reloj por el de su amigo y estaba seguro del tiempo.

La casualidad quiso que ni doña Ana le preguntara, ni él dijera la hora á que debia partir.

Cuando don Luis hubo salido, despues de examinar prolijamente sus pistolas, la negrilla, media confusa por ignorar la hora, se dirigió al almacen de Salvador Moreno.

La suerte esta vez protejia á Manterola.

El mazorquero no estaba y los dependientes del almacen le dijeron que dentro de un rato volveria.

La negrilla esperó hasta que la señora le mandara cerrar la puerta y recojerse, operacion que, no estando don Luis, se hacia infaliblemente á las diez de la noche.

Así fué efectivamente.

A esa hora, más ó ménos, doña Ana mandó cerrar la puerta y dijo á Luisa que podia acostarse.

La negrilla apretó apénas la puerta, y en un segundo estuvo en el almacen de Moreno.

Pero este no habia vuelto.

La negrilla se resolvió á ir hasta lo de doña María Josefa, pues estaba aterrada de que fueran á cumplirse las amenazas que le habian hecho, tanto doña María Josefa, como su tia Federacion.

En cuanto entró á la casa se hizo anunciar y doña María Josefa, que esperaba noticias de un momento á otro, la hizo entrar á su aposento.

—¿Qué es lo que hay? babla pronto.

—Lo que hay es que el niño don Luis se va á Montevideo.

—¿Cuándo? aulló la harpia.

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—No lo sé.

Y refirió en seguida todo lo que habia oido, esplicando, para evitar un golpe que adivinaba en la mirada furiosa de la Josefa, que no habia avisado antes, por no haber hallado en el almacen á don Salvador.

—¿Y cuánto tiempo hace que ha salido de su casa don Luis? preguntó oprimiendo el brazo de la negrilla hasta hacerla llorar.

—Un momentito, señora, el tiempo necesario para ir á lo de don Salvador y venir aquí.

—Entonces nada hay perdido.

Vete ligero, y si sucede algo nuevo ó va alguno te vienes en seguida.

Si saben tu salida, dices que te corrió de la puerta un grupo de la Sociedad Popular.

La negrilla toda temblorosa y asustada, regresó á casa de su ama, que no se habia apercibido de su salida.

Doña María Josefa se asomó á la sala, é hizo una seña á Salvador Moreno y á Parra que estaban allí.

—El unitario Manterola se va esta noche por el bajo del Retiro.

No hay que perder tiempo porque no sé la hora.

Moreno puede ir á atajarlo al bajo, miéntras usted hace vijilar la esquina de Caña y la casa de don Pepe Marzano, donde vive Manterola.

Es necesario tomarlo á toda costa, porque lleva pliegos importantes para Lavalle.

Moreno y Parra salieron inmediatamente, montando en el caballo que tenian á la puerta.

El primero se fué á lo de Salomon en busca de un buen grupo, miéntras el segundo se hizo seguir de algunos soldados que habia en el patio de la casa.

Moreno se dirigió á gran galope al bajo del Retiro, por el paraje que se le habia indicado.

Pero en vano recorrió de un lado á otro, no halló el menor rasgo de sabandija.

Decididamente no han llegado aún, pero no han de tardar, pues son ya las diez y media.

Y Moreno que queria quedar bien con la harpia, por muchos motivos de que hablaremos más adelante, se emboscó entre los sauces y se puso en la más atenta observacion.

Su partida permanecia con el caballo de la rienda, pronta para moverse á la primera indicacion.

Pero no aparecia persona alguna.

Moreno escuchó atentamente si algun ruido le indicaba la proximidad de alguna embarcacion, pero inútilmente.

No se oía más rumor que el que producian las ramas de los sauces, agitadas por las brisas húmedas del rio.

El impávido degollador empezaba á perder la paciencia.

Un planton á la orilla del rio en aquel paraje, y en pleno mes de Junio, era como para hacer perder la paciencia al más constante federal.

A eso de las dos de la mañana y cuando Salvador Moreno empezaba á tiritar de frio y á echar pestes contra doña María Josefa, se sintió un leve rumor de pasos.

Todos estuvieron atentos y un par de minutos más tarde se aproximó un bulto que cayó en la emboscada.

Al sentir el grupo y verlo despues entre la escasa claridad de la noche, el bulto aquel se echó atrás y dejó oir el ruido de sus pistolas al montarse.

Indudablemente era aquel un hombre que iba á embarcarse y que estaba dispuesto á defender el pellejo.

—A él y que no se escape! gritó Moreno.

Firme muchachos que es un cabecilla unitario.

Y al mismo tiempo que sonaba la doble detonacion de las pistolas, el grupo, armado de sables unos y de puñales otros, cargaba furioso capitaneado por Moreno.

El desventurado, descargadas sus pistolas, huyó entre los árboles, para confundirse con ellos, pero pronto fué alcanzado.

—Ríndase don Luis, le gritó Moreno, que no le vamos á hacer mal.

Solo queremos sus papeles y nada más.

El individuo, comprendiendo que aquella gente estaba engañada y que podia aún salvarse, exclamó:

—Yo no me llamo Luis ni llevo papeles. Ustedes están sin duda equivocados.

—Usted es Luis Manterola y lleva co-

rrespondencia para Lavalle! insistió Moreno.

—Aseguro que no.

—Pues dése preso entonces.

—No porque me van á matar!

—Pues á él muchachos y duro, concluyó Moreno.

Y fué el primero en cargar, pues sabia que aquel hombre habia disparado sus pistolas.

La lucha fué terrible y encarnizada.

Aquel infeliz sabia que combatia por la vida y luchó desesperadamente, con un pequeño puñal, única arma que le quedaba.

Pero no tardó en caer á los golpes de sus numerosos enemigos.

Y sucumbió con el cráneo despedazado por los sables y el pecho destrozado por el puñal de la mazorca.

Moreno, dando por compensado el planton y el frio de la noche, puesto que quedaba bien con doña María Josefa, hizo cargar aquel cuerpo mutilado en ancas de uno de los suyos y entró á la ciudad por las calles más escusadas.

Todavia el degüello y la matanza se hacia de una manera oculta hasta cierto punto, sin adquirir el terrible carácter que asumió despues del asesinato de Maza, ocurrido poco despues.

Moreno entró triunfante á casa de su confidente.

Su chusma quedaba á corta distancia.

—¿Y qué tal? preguntó la diabólica mujer—¿cómo ha ido eso?

—Muy bien, ahí lo traigo.

—¿Vivo?

—No, muerto.

Fué preciso matarlo porque el maldito se defendia como un tigre.

Nos disparó sus pistolas y se nos vino encima como un desesperado, armado de un puñal.

—¿Y los papeles?

—No se le han tocado—voy á hacerlo registrar.

Moreno salió á registrar el cadáver y doña María Josefa se entregó á saborear su infame triunfo con terrible fruicion.

Poco tiempo habia de durar su alegria.

Salvador Moreno no habia hallado sobre el cadáver más papel que algunos billetes de Banco.

—Es imposible! aulló doña Josefa Los tendrá cosidos en la ropa.

Pero en vano se buscó por todo, no se halló el menor vestigio de correspondencia.

De pronto doña María Josefa quedó helada, y Salvador Moreno se puso más lívido que aquel cadáver.

Uno de los de la reunion que fué á curiosear el registro, volvió con este cruel desengaño.

—Ese cadáver, dijo, no es el de Luis Manterola.

No conozco quien sea, pero aseguro con mi pescuezo que no es Manterola, á quien conozco como á mis manos.

La harpia miró á Moreno de una manera sombria, y el degollador dominado se quedó atónito.

—¿Y qué cuento estúpido es el que se me viene haciendo?

Han dejado escapar á Manterola miéntras se han entretenido en algun imbécil.

—Es el único hombre que ha ido á embarcarse por ese punto esta noche, balbuceó el degollador.

Si no es Manterola, aseguro con mi cabeza que ese no se ha embarcado esta noche por aquel punto.

Doña María Josefa estaba trasfigurada por la ira.

Sus ojos rodaban entre un círculo de sangre y su boca contraida por el despecho, daba á su fisonomia feroz un tinte fuertemente repugnante.

Miraba á Moreno de arriba á abajo y parecia quererlo aplastar con su ódio.

— Veremos qué dice Parra cuando vuelva!

Si Manterola se ha ido esta noche, mal parado queda don Salvador.

Este estaba anonadado; comprendia lo

grave que era echarse encima el ódio de aquella mujer terrible, é insistió aunque débilmente, en su primer disculpa.

—Si Manterola se ha ido, ó ha sido por otra parte, ó lo ha hecho mucho antes de llegar nosotros.

Esta disculpa sirvió para hacer alimentar alguna esperanza á la harpia Josefa.

—Parra nos sacará de dudas, dijo, pero ¡ay! del bruto que lo haya dejado ir.

Parra volvió á la madrugada, hora en que ya nadie se hubiera atrevido á embarcarse, pues hubiera sido descubierto en el acto.

—Ni en lo de Marzano, dijo, ni en lo de Manterola se ha movido una paja.

Si el pájaro no ha volado antes de ir nosotros, aún debe estar en la ciudad, y esta noche será el viaje.

—Hoy lo sabremos, rugió la terrible mazorquera.

Doña María Josefa quedó sola, pensando un plan de venganza terrible si habia sido burlada.

—Lo que es don Pepe Marzano se va á ver en figurillas si se le ha ido el escribiente.

Así aprenderá á protejer unitarios.

¿Qué habia sido entre tanto de don Luis Manterola?

Al salir de casa de doña Ana, se dirigió rápidamente y ocultándose en las aceras.

Bajó por la barranca de la calle de Artes, y una vez en el bajo, empezó á caminar en direccion á la barranca del Retiro.

Era esta la mejor manera de dar con sus amigos.

A la cuadra de camino, más ó ménos, sintió el ruido de varias pistolas que se montaban, y se detuvo conteniendo hasta la respiracion.

Militar bravo hasta el esceso, no sintió el menor temor, pero montó tambien sus pistolas, dispuesto á sacar la mejor ventaja posible.

Aquellos podian ser, por otra parte, sus amigos que lo esperaban, y que al sentirlo, por un esceso de precaucion preparaban sus armas.

Manterola quedó en observacion.

De pronto sintió el sonido de una voz tan leve, que dudó un momento entre si aquella voz habia pronunciado su nombre, ó si seria el ruido de la helada brisa.

Reflexionó un momento, y despues de haber pronunciado el nombre de Santiago, tan levemente como pudo, avanzó de una manera resuelta.

Pocos pasos más y bajaba sonriendo sus pistolas.

Acababa de reconocer entre las sombras á su amigo Gomez.

—Te resolviste, por fin! exclamó este tendiéndole una mano cariñosa.

Cuánto me alegro, por tí y por tu familia.

Ahora no hay un momento que perder, porque un segundo puede ser la muerte.

A la lancha pues, que allí tendremos tiempo de hablar.

Los tres jóvenes, con increible rapidez se quitaron el calzado y se arremangaron la ropa.

En seguida y siempre con las pistolas amartilladas, empezaron á caminar en el agua, guiados por Perez, con una serenidad que indicaba conocia el camino.

Cuando el agua empezaba á mojarles la ropa, Perez se detuvo y silvó cuatro veces de una manera tan sigilosa como habia nombrado á Manterola.

Al momento se sintió un silvido corto y enérgico á poca distancia de ellos.

Segundos despues oian claramente el rumor de los remos al moverse sobre la borda.

Por el lado de la ciudad no se apercibia ningun sonido que les indicara que hubieran sido sentidos.

Minutos más y estamos en salvo.

¡Cuántas emociones esperimentaron aquellos tres hombres en tan corto tiempo!

Recien cuando estuvieron sobre la lan-

cha y en marcha, respiraron con libertad y se estrecharon con un fuerte abrazo.

—Ya no tenemos nada que temer! dijo Manterola á Juarez.

Mi cabeza, gracias á usted, no será de la mazorca, de quien pronto tomaremos revancha.

No olvido que esto se lo debo á usted, amigo mio.

Gracias en mi nombre y en el de mi buena madre!

—No se hable más de eso, contestó Juarez.

Ahora solo pensemos en dedicar á la causa de la libertad, la vida que hemos salvado,

Muera el tirano Rosas!

Y aquel muera Rosas, á que se mezcló la voz protesta del noble italiano flotó sobre las ondas y vino á morir sobre las playas de Buenos Aires.

Dos dias despues los tres amigos engrosaban en las entusiastas filas del ejército libertador.

Manterola era buscado entretanto por Buenos Airas, con un empeño febril.

No podian convencerse que hubiera huido aquella noche.

Don Pedro Marzano se alarmó tambien con la ausencia del jóven, y dió parte á la policía de su desaparicion, para salvar toda responsabilidad.

Con este motivo, tuvo un fuerte altercado con doña María Josefa.

—Usted tiene la culpa, le habia dicho ésta, usted que alberga y encubre á esos inmundos unitarios!

—Manterola era un mozo tranquilo, que servia al gobierno con toda dedicacion, replicó el juez de paz.

Lo que hay es que ustedes se habian metido á perseguirlo, no ha faltado quien le avisara y el mozo ha tratado de huir, no para conspirar, sino para salvar su cabeza.

—¿Quiere decir que yo soy una bandida?

—Yo no clasifico á nadie, pero no tolero que se me clasifique á mí tampoco.

—¡Yo estoy bien definida!

—Tambien lo estoy yo, y la prueba es el empleo que tengo.

—¡Cuidado con no perderlo!

—Difícil me parece, pero si usted quiere puede hacer la prueba.

Seguro y bien seguro debia estar Marzano, cuando así provocaba las iras de aquella feroz harpia.

El se retiró á su juzgado, miéntras ella quedaba meditando la mejor manera de perderlo.

La policía, convencida de que toda pesquiza era inútil, renunció á buscarlo más.

Se habia ido hasta entrar á la casa de don Lorenzo, creyendo que allí estaria escondido, pero con gran desesperacion, supo la harpia que el mismo don Lorenzo habia logrado fugar.

La única esperanza que les quedaba era que ambos estuvieran escondidos en casa de doña Ana.

Pero esta misma esperanza era muy vaga, aunque la negrilla Luisa, por recuperar la benevolencia de la harpia, decia que tal vez allí estuviese escondido don Luis, pues de don Lorenzo nada sabia.

Para averiguarlo, no habia más remedio que dar un golpe de mazorca y registrar la casa de doña Ana con toda proligidad.

Doña María Josefa, que no se detenia ante nada, en cuanto pensó aquella infamia, trató de ponerla en ejecucion.

Le sobraban elementos, pues el mismo Salvador Moreno, por componer el barro hecho, se encargaria de consumar la nueva iniquidad.

Bien meditado su plan, llamó una noche aparte al terrible degollador, y se lo insinuó de la manera siguiente:

—Tengo una buena oportunidad para que se desquite del chasco de la otra noche, amigo Moreno.

—Se lo agradeceré con el alma!

Usted sabe lo mortificado que estoy desde aquella noche, y no deseo otra co-

sa que demostrarle todo mi celo por la santa causa y todo lo que por ella me siento capaz de hacer.

—Yo deseo que usted contraiga nuevos méritos para que aquello se olvide, pues Juan Manuel se ha disgustado mucho y ha dicho que usted no sirve para nada.

Yo que lo conozco, sé que lo que le ha pasado no es más que una desgracia, pero quiero poner en sus manos los medios de remediarla para que se acredite de nuevo.

—Dios la bendiga señora, exclamó el degollador.

Vd. sí que es el alma de la federacion!

Dígame lo que hay que hacer y esta vez no quedo mal, ni aunque el diablo me salga á la cruzada!

—¡Así me gusta verlo! decidido siempre y animoso.

Este es el modo de hacerse ver y de que luzca el trabajo.

—Vamos á ver pues, que es preciso que haga, preguntó Moreno verdaderamente entusiasmado.

—Tengo sospechas, que importan casi una seguridad, de que Manterola está escondido en Buenos Aires por no haber podido salir.

—Vé usted como no me la habian pegado! exclamó gozoso Moreno.

—Tengo solo sospechas de que está escondido, dijo la harpia.

Ahora á usted toca averiguarlo, para lo cual yo le proporcionaré los medios.

—No tiene usted más que hablar, y me encargo de probar al Restaurador, que todavia sirvo para algo, y que lo demas son cuentos de envidiosos.

Diga, diga qué hay que hacer, y verá si me tardo un segundo!

—Pues hé aquí una cosa, dijo doña María Josefa, revistiéndose de toda su ferocidad.

Segun mis datos, don Luis no ha salido de casa de su madre, donde está escondido.

La conversacion que yo les hice sorprender, debe haber sido preparada para ocultar la verdadera intencion.

Así lo cree el mismo Parra, que como usted sabe, vigiló las casas aquella misma noche.

—Entonces no hay más que registrar la casa y todo queda concluido.

—Pero eso no se puede hacer sin asaltar la casa!

—Pero se entiende que hay que asaltarla!

En el aposento de doña Ana, hay colgaduras y otros trofeos celestes.

En el comedor hay tambien porcelana pintada de celeste, lo que les servirá de pretesto para una visita de la Sociedad Popular Restauradora.

—Ahora mismo me pongo en campaña, de acuerdo con Salomon, dijo Moreno levantándose, y verá usted si encuentro á don Luis, esté oculto donde esté.

—Mucha cautela, amigo mio.

Mire que si llega á saberse esto, cuando usted vaya, los pájaros habrán volado.

—Entonces juro á Dios que me la pagan los que estén en la casa, sean quienes fueren.

—Eso es lo que es preciso! desquitarse siquiera con la familia, por los trabajos y malos ratos que le han dado.

—Eso corre de mi cuenta! corre de mi cuenta! gritó el degollador, saliendo de la casa de doña María Josefa, en direccion al cuartel general de la mazorca.

Pero no habia á aquella hora más que unas cuantas mujeres, ocupadas en tomarse los últimos vestigios de vino, y otros tantos curas de los que no faltaban, en lamentable y completo estado de embriaguez.

—¿No hay aquí ningun muchacho? preguntó con impaciencia.

—Ninguno replicó la más serena de las odaliscas.

Andan en campaña, dando músicas no sé á quienes.

—¿Y Salomon?

—Salió temprano con el coronel. Ya volverán esperálos.

Salvador Moreno se dió vuelta ofendido por la confianza con que la bebedora lo trataba y se retiró en direccion á su casa.

—No será estraño, pensó, que allí se estén mamando unos ocho ó diez de esos perdidos, con los que tendré suficiente para el golpe.

Don Luis se defenderá duro, porque dicen que es guapo y firme, así es que miéntras más vamos será mejor, para que miéntras lo atendemos á él, haya quien entretenga á las mujeres que vendrán en su defensa.

Don Salvador Moreno llegó á su almacen, donde apénas halló unos cuantos bandidos, pero tan borrachos, que á pesar de sus fachas infernales no se atrevió á hacerles la menor indicacion.

No tuvo más remedio que resolverse á esperar hasta el siguiente dia, en que juntaria la gente de que se habia de servir á la noche.

En todo el dia no se movió del almacen, sino para ir á lo de la tia Federacion, que debia decirle de qué manera estaban distribuidas las habitaciones.

Cuanto miembro de accion de la Sociedad Popular Restauradora cayó á beber á su boliche, lo apalabró para una asonada que debian dar á unos unitarios, sin decirles el nombre.

—¿Y qué tal casa? preguntaron estos, que solo el interés los movia.

—Gran casa y mucha riqueza, respondió Moreno.

Será uno de los mejores golpes.

Pero prevengo que hay que portarse en toda regla, porque el encargue viene de doña María Josefa.

—Pues que nos echen la copa, que no faltaremos.

—¿A qué hora?

—De ocho á nueve, aquí en mi casa, de donde saldremos juntos.

Vamos á quedar como gobierno con mi amiga doña María Josefa.

Salvador Moreno, aunque era conocido como un desalmado, no tenia gran prestigio entre los mazorqueros, que tenian sus jefes en toda regla.

Así es que para arrastrar grupos de mazorqueros en sus escursiones, tenia que valerse de todos aquellos recursos y mostrarse íntimo amigo de doña María Josefa, que tenia verdadero prestigio entre aquella canalla.

Cuando Moreno tuvo apalabrados unos veinte de aquellos bandidos, recien se consideró seguro.

Así se puso á esperar tranquilamente las nueve de la noche, hora que él les habia señalado.

¿Si sospecharia la pobre señora de Manterola el golpe tremendo que le estaba reservado?

Por ella, poco le suponia toda la mazorca junta, pero temblaba á la idea de que sus niñas cayeran algun dia en sus manos!

Desde que don Luis y don Lorenzo salieron de Buenos Aires, la pobre señora no habia vuelto á saber de ellos, lo que la tenia en una ansiedad desesperante.

¿Se habian salvado sus hijos?

¿Habrian caido en poder de la mazorca que vijilaba la costa?

Terrible situacion para el corazon de una madre amorosa como aquella.

Hubiera hecho cualquier sacrificio por salir de aquella ansiedad fatal, aunque despues pensaba que era mejor la incertidumbre, por cruel que fuera, á la certeza de una desgracia horrible.

Pronto iba á salir de dudas, pero de qué manera!

¡Cuán cara iba á pagar la seguridad de saber que sus hijos habian escapado ilesos!

A eso de la oracion, Salvador Moreno envió á una criada que tenia, para que, con cualquier pretesto, hablara á la negrilla de doña Ana y le dijera de parte de doña María Josefa:

—Si la señora doña Ana manda cerrar

la puerta ántes de las nueve, la cierra en falso, de manera que pueda entrar Moreno sin ser sentido.

Si no, esperas en la cocina, que va á entrar él sigilosamente para observar lo que pasa en el interior de la familia.

La negrilla contestó que cumpliria al pié de la letra la órden recibida, creyendo realmente que venia del ama grande.

Así dispuesto todo, Salvador Moreno salió de su almacen, seguido de unos veinte bandidos, armados de cuchillo y de la histórica verga.

Un grupo de la Sociedad Popular Restauradora, era cosa respetable en aquella época.

Los hombres más animosos saludaban sonriendo á sus jefes agitando las divisas, para librarse de cualquier atropello.

Los más tímidos ó sospechados se iban metiendo en los zaguanes de las casas, cuyas puertas cerraban hasta que el grupo habia pasado.

Las pocas mujeres que á esa hora andaban por las calles, disparaban en todas direcciones, llorosas y aterradas.

Solo los compañeros de infamia cruzaban por entre ellos, respondiendo con grandes carcajadas á sus gritos de vivas y mueras.

El grupo capitaneado por Moreno se detuvo unas tres cuadras ántes de llegar á la esquina de Caña.

—Es preciso suspender los gritos, dijo el jefe, porque si nos sienten de léjos van á trancar las puertas y quién sabe si las podremos forzar sin hacer un gran escándalo.

Ademas, se trata de pescar dos unitarios que están allí ocultos y presentándonos de sorpresa no es difícil que los agarremos fuera del escóndite.

El grupo guardó silencio en vista de estas consideraciones, y siguió avanzando por la calle de Cuyo.

Como ya dijimos, la familia vivia en casa de altos, lo que hacia que el grupo podia entrar sin ser notado hasta el interior de la casa.

La puerta de la calle estaba apénas apretada, lo que probaba que la señora la habia mandado cerrar y que la familia se habia acostado ya, ó se estaba acostando.

Moreno y los suyos subieron lo más levemente que les fué posible, despues de haber cerrado la puerta y quedado allí dos de ellos, para el caso que don Luis lograra escapar y pretendiese salir á la calle.

Los mazorqueros no habian sido sentidos.

La familia estaba recogiéndose.

De pronto un grito terrible hizo estremecer las galerias, llevando el terror más desesperante al corazon de aquellos séres desdichados.

—¡Mueran los salvajes unitarios y sus inmundas crias!

¡Muera el asesino salvaje unitario Lavalle! repitieron aquellos energúmenos empezando á sacudir las puertas de las habitaciones.

Doña Ana, á pesar de todo su valor, se sintió morir de espanto.

¡Qué iba á ser de sus hijas y sus nietas!

Dominando el miedo cuanto le fué posible y á medio vestir, corrió á las piezas de las niñas, sobre cuyas puertas empezó á arrojar toda clase de estorbos.

Los vidrios saltaban hechos pedazos, y en las galerias resonaba siempre, con un acento de reconcentrada ira, el grito de ¡mueran los salvajes unitarios!

Las niñas parecian estátuas de mármol, pues el terror habia interrumpido la circulacion de la sangre.

Unas en la cama ya, miraban á doña Ana con la mirada dilatada y cargada de lágrimas.

Otras, á medio vestir, habian quedado en la misma posicion que las sorprendió el primer grito y no atinaban con lo que debian hacer.

Aquel era un cuadro de lo más patéti-

co, de lo más trájico que pueda ofrecer una familia.

—Pronto, pronto por Dios! exclamaba la animosa señora, ayudando á sus hijas á vestirse.

¡Pronto que los momentos vuelan!

Dios nos tendrá de su mano.

Y el rumor del llanto y del rezo desesperado, llegó hasta los bandidos.

Las desventuradas mujeres solo de Dios esperaban la salvacion.

Sin un hombre en la casa, pues Tomás y Norberto eran muy jóvenes y ni armas tenian, ¿qué podrian esperar?

Todas se agruparon en un rincon del aposento, y la animosa señora abrió los brazos cubriendo aquel grupo que encerraba toda su felicidad en la vida.

En aquel momento las puertas de la sala y del aposento de la señora cedian á los repetidos golpes, y la mazorca se desbordaba por las habitaciones, siempre al grito terrible de ¡mueran los salvajes unitarios!

La vista de las colgaduras celestes los irritó desde el primer momento, empezando á destrozarlas á tajos y puñaladas.

Las mujeres se pusieron entonces á rezar á gritos y de una manera desesperante.

Era aquella la única defensa que podian oponer al cuchillo de los asesinos.

¡Pobre doña Ana! ¡qué tormento horrible cruzaria por su corazon de madre, en aquel momento escepcional!

¿Cómo escapar sus hijas, no ya á los golpes, sino á las profanaciones de la mazorca?

Al ver el grupo, el malvado Salvador Moreno avanzó hasta él, y mirando fijamente á doña Ana le preguntó:

—¿Dónde están don Luis y don Lorenzo, sus hijos?

Un rayo de luz consoladora hirió el espíritu de la pobre mujer, en medio de su desventura.

En el primer momento habia pensado que, degollados Luis y Lorenzo, venian á consumar la obra.

Ahora veia que solo se trataba de buscar á sus hijos, lo que queria decir claramente para su corazon de madre, que sus hijos habian realizado la fuga.

Así es que su primer palabra fué para agradecer al cielo el inmenso beneficio.

—Gracias Dios mio!—esclamó—están salvos.

—Se dejará usted de comedias, repitió Moreno ferozmente, empezando á temer que la fuga fuera un hecho.

Diga usted donde están sus hijos, porque si no vamos á revolver la casa y ¡ay! de ustedes si los hallamos!

—Registren no más, registren no más, exclamó la señora animándose, puesto que el peligro parecia alejarse de sobre sus hijas.

Yo les juro que mis hijos no están aquí y que si no los han hallado en Buenos Aires, es porque no están en la ciudad.

Entre tanto la destruccion de la casa seguia, siempre al grito terrible de ¡mueran los salvajes unitarios!

—No estando mis hijos aquí, dijo la señora á Moreno—¿por qué me destruyen así lo poco que tenemos?

¿Por qué aterran á mis niñas inútilmente, ellas que ninguna culpa tienen de lo que pasa?

Yo le ruego á usted señor que haga retirar esa gente y registre si quiere toda la casa entera.

—¿Retirarnos? exclamó Moreno.

Ah grandísima bribona! nos vas á decir donde están tus hijos, ó á todas ustedes les voy á sacar el cuero á azotes!

Ante aquella amenaza, doña Ana se irguió como una leona, y retrocedió á cubrir el grupo de sus hijas.

Sin embargo, todavia pudo dominarse y pedir misericordia á aquel miserable.

—Pero señor, ¿qué va usted á sacar con maltratarnos? le decia.

Un hombre noble y bueno como usted,

tendrá compasion de estas pobres é inocentes niñas.

Tenga lástima de nosotras que estamos sin apoyo en el mundo.

Mis hijos no están en mi casa y hace ya muchos dias que no los veo!

Las pobres niñas unieron sus ruegos á los de la madre y se arrojaron á los piés del miserable.

—¡Mienten! mienten las salvajonas! gritó el degollador.

Digan donde están esos inmundos unitarios, si no las voy á desollar vivas.

—¡Pero señor! esclamó doña Ana echando mano de su último recurso.

Todos saben que el comandante Manterola es un valiente.

¿Cómo crée usted que si estuviese aquí no hubiera ya venido en socorro de su madre y sus hermanos?

Tal vez Moreno por sí, hubiera cedido, despues de registrar la casa y destrozarlo todo.

Pero la silueta terrible de doña María Josefa cruzaba por su espíritu, apagando en él toda buena inspiracion.

—Ea, ea, exclamó, que no hemos venido aquí ni á perder tiempo ni á oir lloriqueos.

O nos dicen donde están escondidos los que buscamos, ó la pagan ustedes por ellos.

Pronto, he dicho! aulló aquel maldito, á quien á la sazon rodeaban seis ú ocho foragidos.

—No están aquí, lo juro sobre sus vidas! exclamó doña Ana.

—Pues si no quieren cantar á buenas, cantarán á vergazos, gritó Moreno.

Doña Ana recibió el primer golpe.

—Ah! miserable, gritó.

Ahora si siento que Luis y Lorenzo no estén aquí, para hacerte pagar tu cobardia.

Pero estoy yo madre mia! gritó Tomás y se lanzó sobre Moreno.

Pobre jóven! un golpe de verga en la cabeza, lo volteó sin sentido.

—Atento, atento á ese pegote que ya llevará su merecido, gritó Moreno, forcejeando con doña Ana que trataba de clavarle las uñas en los ojos.

Bajo los golpes cobardes y brutales, las pobres niñas corrian en todas direcciones lanzando gritos de dolor inmenso.

Y sus cuerpos mutilados y sus caras ensangrentadas no movian á compasion á los verdugos!

Así fueron llevadas á golpes hasta el comedor, donde el resto de los mazorqueros despedazaba muebles, lozas y cristales.

Allí la escena tomó un tinte indescriptible.

Cansados de correr de aquí para allá, castigando siempre, los bandidos cesaron de golpear.

Entonces fué que Moreno tuvo una idea infernal.

Como si doña María Josefa Ezcurra hubiera hablado en su espíritu, quiso profanar el cuerpo lacerado de sus víctimas.

Estas, reuniendo todas las fuerzas que podian quedarles, se armaron de pedazos de loza, de cuchillos de mesa y de cuanto podia causar una herida.

Y con la resolucion más sagrada pintada en el rostro ensangrentado, se prepararon á la defensa.

Parecian leonas batiéndose en su último atrincheramiento.

Habia algo de magnífico y grandioso en aquellas fisonomias heróicas y juveniles, desfiguradas por las heridas y golpes.

El primero que llegó á ellas, retrocedió llevando al rostro una mano, al mismo tiempo que lanzaba una blasfemia.

La señora doña Ana, armada de medio plato, le habia inferido un tajo que le dividió el carrillo.

Los bandidos, cobardes siempre, retrocedieron ante aquella actitud y aquel hecho.

Las pobres mujeres se habian salvado, cuando empezaban á desfallecer, á con-

secuencia de aquel último esfuerzo moral.

Los degolladores, á la voz de Salvador Moreno, recorrieron toda la casa, haciendo pedazos todo y creyendo encontrar á los hermanos Luis y Lorenzo.

Solo cuando se convencieron de que no estaban en la casa, trataron de retirarse, llevando, como siempre, las alhajas, el dinero y todo aquello que representaba valor.

Ademas, llevaban un trofeo vivo, en quien podian desquitarse con usura.

Este trofeo era el jóven Tomás Manterola, de cuya cabeza dividida por el golpe que lo postró, brotaba la sangre en abundancia.

La señora doña Ana vió cuando le llevaban á su hijo.

Hizo un esfuerzo sobrehumano y se lanzó á disputarlo.

Pero á los dos ó tres pasos lanzó un grito de dolor terrible, y rodó nuevamente por el suelo, postrada por los golpes y el cansancio.

Los asesinos descendieron la escalera en tropel, gritando siempre ¡mueran los salvajes unitarios!

Y miéntras se dirigian á las pulperias amigas, á convertir en dinero lo que habian robado, Salvador Moreno se dirigió rápidamente á lo de doña María Josefa, seguido por los mazorqueros que llevaban el cuerpo de Tomás.

El miserable ardía en deseos de referir su hazaña y entregar á la harpia dos estuches de alhajas, parte del botin.

—¿Y cómo les ha ido? preguntó esta en cuanto le vió entrar y recibiendo con una mirada cariñosa los estuches.

—Bien y mal, respondió Moreno frotándose las manos.

Mal, porque los salvajes unitarios que buscamos no están en la casa; y bien, porque los que estaban en la casa han recibido una como no se ha dado hasta hoy.

—A ver, á ver, chilló aquel basilisco, cuente como ha sido eso.

Ya sabe lo que me gustan estas cosas, así es que no le quite nada.

Salvador Moreno refirió toda la mazorcada, hasta la escena final.

Doña María Josefa, despues de hacerle una burla federal por no haber consumado la obra por miedo á un pedazo de plato, preguntó quien era aquel que babian traido entre dos.

—Es el hermano de Luis y Lorenzo—Tomás Manterola, respondió Moreno tragando saliva y corrido por la burla de la harpia.

—Que lo entreguen en la Policía, gritó la infame, hasta ver que dispone Juan Manuel.

Y el jóven, que con el fresco de la noche habia recobrado el sentido, fué conducido hasta la Policía, donde se entregó con este terrible calificativo.

—*Por salvaje unitario;* lo que equivalia á decir: para ser fusilado.

Salvador Moreno se retiró mortificadísimo, bajo las sátiras y burlas de la feroz Josefa, que no le perdonaba el no haber consumado la obra diabólica.

Pocos dias despues, el jóven Tomás Manterola era destinado al batallon de Maza, como soldado, por vago.

Aún falta el último toque á esta tragedia.

—

El teniente coronel Manterola, como todos los emigrados argentinos, habia engrosado en las filas del ejército libertador que organizó el heróico Juan Lavalle, para dar en tierra con aquella tirania ignominiosa.

Prescindimos de narrar aquí aquella campaña histórica, porque ella tendrá sus capítulos especiales en esta obra.

Uno de los episodios más dramáticos de aquella campaña, fué el combate del Quebrado, en el que el feroz Oribe se mostró á la altura de Rosas.

Despues de combatir como un héroe, don Luis Manterola fué rodeado por tro-

pas del batallon *Libertad* que mandaba el coronel Mariano Maza.

Manterola hizo un esfuerzo heróico, se incorporó sobre su brazo derecho y empuñando la espada se preparó á vender de una manera airosa el resto de vida que le quedaba.

Se habia batido como un leon durante toda la batalla y habia caido cubierto de heridas.

—¡Ríndase el salvaje! gritó el oficial que mandaba la tropa, en cuya espada, á usanza de dragona, se veía una divisa federal.

—No soy tan tonto, respondió sonriendo Manterola.

Para cortarme la cabeza hay que concluir conmigo, amiguito: ántes no.

La tengo mucho cariño para dejar que me la corten sin defenderla.

Viéndolo postrado en el suelo y convencido que no podia oponer gran resistencia, el oficial avanzó, amenazador y decidido.

Ambos levantaron la espada, esperando Manterola, sin poder levantarse, el ataque del oficial.

En este momento llegó un jefe y se interpuso entre el vencedor y el vencido, desviando un golpe de muerte que dirigia aquel.

—Ese prisionero es mio, señor oficial, dijo, vaya usted á las filas.

Y tendió una mano al herido.

Aquel jefe no era otro que el coronel Mariano Maza, amigo de Manterola desde hacia más de veinte años.

Maza era un espíritu mezquino, educado en el servilismo y la maldad.

No podia abrigar entonces el menor sentimiento leal y noble, aún tratándose de su amigo más querido.

—Yo no quiero entregarme como prisionero repuso Manterola á su amigo Maza.

Prefiero morir aquí, que al fin poco me falta, á entregarme para que me fusilen en Buenos Aires y me cuelguen de una horca como á los Reynafé.

Deje, amigo mio, que concluyan de una vez—me hacen un servicio, pues me evitan el dolor de esta derrota.

—Comandante Manterola, contestó el coronel Maza, al parecer conmovido.

Yo le garanto con mi palabra de honor y mi antigua amistad, que su vida será respetada.

Entrégueme su espada y será usted, no mi prisionero, sino mi amigo de otro tiempo.

—Creo en su palabra, necesito creerla para no renegar de la humanidad, pero usted no puede garantirme sino de su proceder únicamente.

Oribe no dirá lo mismo y Rosas ordenará todo lo contrario.

Concluyamos de una vez y no hablemos de imposibles.

—Comandante Manterola, así como le prometo que no será mi prisionero sino mi amigo, le garanto bajo mi palabra que tendrá usted un indulto del general Rosas.

—Es mucho prometer, amigo mio.

—Mucho ó poco, cuando lo hago es porque lo puedo.

Si le prometo un indulto, esté seguro de tenerlo.

—Estoy resuelto á morir, coronel.

Aún con el indulto de Rosas en el bolsillo, no dormiria tranquilo.

Calcule por ahí la fé que le tendré!

Concluyamos de una vez, que le aseguro que muero agradeciendo sus buenas intenciones.

El coronel Maza tenia un gran interés en salvar á Manterola no se sabe por qué.

Viendo que era difícil rendirlo, recurrió á un golpe bien calculado, por el efecto visible que produjo en el vencido.

—Si usted no quiere salvarse por sí, dijo, hágalo por su buena madre.

Calcule el golpe terrible que puede causarle su muerte.

—Sea entonces por mi buena madre, todo por ella á quien todo lo debo, replicó Manterola con acento agonizante.

Coronel Maza! recuerde usted sus promesas y que tengo su palabra de honor!

Que no tenga que invocar yo más tarde el santo nombre de mi madre, que ha rendido mis armas.

Soy pues, su prisionero.

Y sin fuerzas para entregarla, dejó escapar la espada de las manos.

Maza le tendió los brazos y le ayudó á levantarse.

Cuando terminaron los últimos quehaceres de la batalla, y los cuerpos se dirijieron á los campamentos á reparar los destrozos causados por los soldados de Lavalle, el comandante Manterola fué conducido al alojamiento de Maza, que lo trató con paternal cariño, llenándolo de consideraciones.

—Ya las persecuciones no tienen objeto, decia Maza, porque ustedes no se reorganizan ni en diez años.

Por eso es que obtener un indulto del gobierno, no es tan difícil como Vd. cree.

Yo se lo proporcionaré dentro de poco, por más que dude y usted podrá pasar á Montevideo y regresar al seno de su familia.

Entre tanto usted estará aquí conmigo como mi propio hermano.

Así fué en efecto.

En el alojamiento de Maza vivian los dos gefes como dos hermanos.

—Un nuevo servicio, amigo, tengo que pedirle, dijo un dia Manterola, único, que si es posible, vale tanto como los que me ha hecho hasta hoy.

—Ya sabe que soy su amigo, y que pudiendo no hay inconveniente.

—Se trata de algo íntimo para mí.

Desde el dia que salí de Buenos Aires, ignoro lo que habrá sido de mi familia.

Usted que sabe cuanto quiero á mi madre, comprenderá mi ansiedad.

¿No puede valerse de algun medio para obtener alguna noticia?

—Cómo no! Si no es más que eso, en el acto voy á mandar un asistente á Buenos Aires.

En el batallon de Maza estaba el soldado Tomás Manterola, á quien, gracias al gefe, se habia permitido siempre acercarse á su hermano Luis.

Los dos hermanos habian conversado siempre, pero Tomás no le habia querido referir lo sucedido á su madre y hermanos para ahorrarle un dolor inútil.

—Me destinaron ya que no pudieron tomarte á tí, dijo.

Pero en casa todos quedaron buenos y olvidados, puesto que al fin en mí habian encontrado una víctima, que era lo que buscaban.

Así es que cuando Luis le dijo que pronto tendria noticias de la familia, el pobre Tomás tembló todo, pero aún tuvo la fuerza de callar.

Cenaban alegremente una noche Maza y los dos Manterola, pues aquel hacia estensiva su amistad hasta el soldado Tomás, cuando se anunció un chasque de Buenos Aires.

—Tal vez le traiga noticias de su familia, dijo el coronel, recibiendo los pliegos que le alcanzaban.

Los hermanos dejaron el cubierto, Luis lleno de ansiedad porque al fin iba á tener noticias de los suyos, y Tomás sobrecojido de espanto al pensar el efecto que podria hacer en su hermano la verdad, que él tan cuidadosamente habia ocultado.

Observaba atentamente la mirada de Maza, pues abria y leia los pliegos, para hacerle una señal de inteligencia, cuando lo vió palidecer de pronto y estremecerse de piés á cabeza.

Tomás creyó que doña Ana habia muerto á consecuencia de los golpes recibidos y bajó la cabeza para ocultar una lágrima.

Luis, que observaba desde un principio la fisonomia de Maza, se puso de pié en un movimiento violento, y preguntó.

—¿Qué es eso? ¿Ha sucedido algo á mi madre? ¿Han muerto á Lorenzo?

—Tranquilícese á ese respecto, repli-

có Maza con voz conmovida; se trata de otra cosa.

—Entónces poco me importa.

¿Se refiere á mí acaso ese pliego?

—Sí, desgraciadamente.

—¿Desgraciadamente? entónces no puede ser otra cosa que una órden de fusilarme.

¿Qué le dije yo á usted?

Sin embargo poco me supone: ahora, como el dia de la batalla, estoy dispuesto á morir.

Maza, sin valor para pronunciar una palabra, tendió á Manterola la nota que tan mal efecto le habia producido.

Y el valiente patriota, con una voz perfectamente serena, leyó el siguiente párrafo:

«En el acto de recibir la presente, pondrá usted en capilla al salvaje unitario Luis Manterola, á quien debe usted fusilar á las veinte y cuatro horas.

«El gobierno ha visto con profundo disgusto las gestiones que usted hace en favor de aquel reo reincidente, y le notifica no vaya á proceder de tal y sospechosa manera en adelante.

«Le hace á usted directamente responsable del cumplimiento de esta órden

Juan M. de Rosas.»

—No hay inconveniente—estoy dispuesto, dijo Manterola, devolviendo la nota con toda tranquilidad.

Pero aseguro que esto no me quita el apetito.

¿Qué le decia yo?

¿No hubiera sido mejor dejarme morir peleando?

Maza bajó la cabeza.

No tenia qué responder.

Tomás, conteniendo á duras penas sus sollozos, se levantó de la mesa y se retiró.

Necesitaba desahogar su corazon, oprimido tan violentamente por aquella noticia inesperada.

Luis, comprendiendo su dolor, lo dejó salir sin decirle una palabra.

Maza habia quedado aterrado.

Ya de una manera calculada, ya porque realmente habia tomado cariño á su prisionero, se mostró desalentado.

—Es horrible, dijo, ¡y quién contradice á este hombre!

—No se preocupe de ello, amigo mio, y dé cumplimiento á la órden.

Ningun reproche tengo que hacerle, pues veo la pureza de sus intenciones.

Concluyamos de comer, pues supongo que no estará muy apurado.

Don Luis quiso seguir comiendo, pero el bocado se le atravesó en la garganta.

Pensaba en su querida madre, en el dolor que esta tendria al tener noticias de su muerte, y esto le quitaba parte del valor que le era tan necesario.

El momento no podia ser más amargo!

El coronel Maza se puso á pasear de una manera agitada, saliendo poco despues de su alojamiento, donde quedó solo el sentenciado á muerte.

¡Cuánto pensamiento doloroso cruzaria por aquella cabeza juvenil y noble!

Cuando no se deja nada detrás de sí, la muerte se recibe con la resignacion del que comprende aquel trance inevitable de la vida.

Nacemos para morir, más tarde, más temprano, pero el hecho se produce inevitablemente.

Esto, y el cariño leal de la madre, son las dos solas verdades de la vida!

Pero cuando se dejan en el mundo séres queridos, á quienes no se puede ver por última vez, bajo la sombra de cuya mirada no se puede recojer el espíritu entristecido, la noticia de la muerte suena al oido como una maldicion.

No hay conformidad para sobrellevarla, más cuando uno la ve venir paso á paso, y acercarse minuto por minuto!

Oh! la muerte así, debe ser el tormento mayor á que pueda sujetarse el espíritu humano!

El cráneo estalla, la razon vacila y el corazon se pára en el pecho produciendo el frio de la muerte.

No se puede apreciar en toda su horrible verdad una situacion así, sino estando en ella, pasando por uno solo de los segundos de aquella inmensa agonia!

Manterola se levantó á su vez de la mesa y se paseó por la pieza con aquella vaguedad del que no está en el goce de su razon.

Miró los cubiertos de la mesa como acariciando la idea del suicidio.

Pero su espíritu elevado debió rechazarla bien pronto, pues se le vió salir á la puerta y absorber una gran cantidad de aire.

Acercó en seguida una silla y se sentó esperando que fueran á buscarlo.

Poco despues una compañía, al mando de un capitan, venia en su busca y le pedia la siguiera de órden del coronel.

Manterola demostró desde el primer momento su entera conformidad.

Tomó entre los soldados la posicion que se le designó y siguió hasta el cuerpo de guardia, donde fué puesto en capilla.

El coronel Maza no volvió ni siquiera á saludarlo.

¿Era esto efecto del sentimiento, ó acaso el instrumento de Rosas no habia hecho otra cosa que representar una comedia infame?

Difícil, si no imposible, era averiguar la verdad de ello.

Desconfiando que Manterola pudiera escaparse ó intentar quitarse la vida, se le dejó bajo la vigilancia de cuatro centinelas de vista.

En este mismo acto se habia hecho alarde de la mayor crueldad.

No se sabe si por órden de Maza ó del capitan que mandaba el piquete, uno de aquellos cuatro centinelas era el soldado Tomás Manterola.

Mudo y reconcentrado, insensible á todo por la fuerza del dolor, el jóven estaba de pié, apoyado en su fusil para no caer.

Luis, comprendiendo aquel dolor, para no aumentarlo, habia dado vuelta la espalda y permanecia embargado en sus tristes pensamientos.

Cuando el primer cuarto fué relevado, Tomás pidió al capitan le permitiera hablar al coronel para hacerle una revelacion de suma importancia.

Conducido á la presencia de Maza, el jóven Manterola se empeñó para ser relevado en su odioso servicio.

—Por lo que más ame usted en el mundo, le dijo, hágame relevar de esta tortura.

Prefiero un sitio al lado del banquillo de mi hermano, que ser su centinela de vista!

Maza, ignorando el hecho, ó fingiendo ignorarlo, dió órden para que el jóven Manterola fuera reemplazado por otro en el servicio.

—No basta esto, señor, esclamó el soldado, yo quiero que no se me obligue á formar el dia de mañana, ¡seria mil veces peor que condenarme á muerte!

El coronel Maza concedió aquella nueva gracia, añadiendo:

—Pida usted ahora todo lo que quiera, porque no quiero se me hable más de esto.

Por desesperado que usted esté jóven, no está más desesperado que yo mismo.

—Gracias, señor, es cuanto tenia que pedir.

Y el jóven se retiró á la cuadra, donde se le escuchó gemir de una manera sofocánte todo el resto de la noche.

Esta fué terrible para el pobre don Luis, á quien sus centinelas no le oyeron pronunciar la menor palabra ni le sorprendieron el menor movimiento.

Toda la noche la pasó sentado en un banquito, con la frente abatida entre las manos.

Varias veces el oficial de guardia se le acercó á preguntarle si queria alguna

cosa, pero no pudo obtener la menor respuesta.

Alarmado con aquella inmovilidad, tan semejante á la muerte, el oficial se le acercó á la madrugada y lo sacudió levemente.

Entonces Manterola alzó su semblante altivo, donde estaba pintado todo el dolor que sentia, y con voz suave y perfectamente firme, dijo:

—Creo que tengo el derecho de no ser molestado en el último instante de mi vida.

El respeto á este derecho es lo único que pido á ustedes.

Y conservó la misma actitud hasta que llegó la hora fatal, señalada para la lista de la tarde.

Frente al cuartel se habia formado un gran cuadro, compuesto del batallon Libertad y cuatro escuadrones de caballería.

Manterola fué sacado del cuerpo de guardia y escoltado hasta el centro del cuadro, donde llegó tranquilo y sereno.

—Ha llegado el momento, comandante, dijo irónicamente el oficial que mandaba los tiradores.

Permita que le haga vendar los ojos.

—Es inútil, amigo mio, respondió más irónicamente aún.

Los unitarios gozamos con la muerte cuando la recibimos luchando por la patria y por la libertad.

Hoy me toca á mi y mañana le tocará á ustedes.

Es ley ineludible.

—Entonces puede usted arrodillarse.

—Un momento, dijo Manterola, y agregó con voz potente, dirijiéndose á los que formaban el cuadro:

Oficiales y soldados! si alguno de ustedes llega á ver algun dia á mi madre, dígale que mi último pensamiento y mi última bendicion han sido para ella.

¡Viva la causa de la libertad!

Y cayó de rodillas, cruzando los brazos sobre su pecho y alzando su noble mirada hácia el espacio infinito.

Una descarga compacta puso fin á aquella noble existencia que se habia consagrado á la patria y á la familia.

Pocos momentos despues y conducido en un cuero, el teniente coronel Manterola, fué sepultado en un pozo que se habia mandado cavar, desde por la mañana, á muy corta distancia.

Ninguno se tomó el trabajo de poner una cruz sobre aquel montoncito de tierra que guardaba tan nobles despojos.

Como á la hora de haberse tocado silencio se vió salir un soldado de la cuadra donde todos dormian y dirigirse fuera del campamento.

El soldado iba sin armas, y por su manera de marchar se conocia su gran interés por no ser sentido.

En su mano derecha se veian dos palos planos, cuyo objeto era difícil prever.

—Ese no puede ser sino un soldado que deserta, pensó el oficial de servicio, que le habia visto.

Y se puso en su seguimiento recatadamente y con una pistola amartillada, dispuesto á hacer fuego en cuanto adquiriese la certeza de que era realmente un desertor.

¿A qué podia salir del campamento, á aquella hora, un soldado solo, sin armas y con dos pedazos de palo en la mano?

Al salir, el oficial hizo una seña al cabo de cuarto, que marchó en su proteccion acompañado de otro soldado.

El soldado salió del campamento y se dirigió rápidamente á un punto dado

El oficial apretó el paso disponiéndose á dar la voz de alto y hacer fuego si no era obedecido.

El soldado se detuvo en un sitio de todos bien conocido.

Era el monton de tierra que cubria el cuerpo de don Luis Manterola.

—Este debe venir á pilchar el cadáver, pensó el oficial.

Lindo chasco se lleva, pues á estas horas no tendrá ya ni una hebra de ropa.

El soldado aquel debia estar muy preocupado, ó muy seguro de no haber sido visto, pues ni siquiera se tomó el trabajo de dar vuelta á ver si era seguido.

Tomó los dos palos que llevaba y los ligó en forma de cruz, con alguna soga ó guasca que llevaba esprofeso, y cuando la humilde cruz estuvo concluida, la clavó sobre la tierra que besó con religioso cariño.

En seguida el soldado se descubrió, cayó de rodillas y se le sintió orar con voz entrecortada por los sollozos.

Ante aquel acto que hubiera respetado el ser más impio, el oficial sintió hervir su más federal indignacion y desnudando su espada se acercó al soldado que oraba.

Era tal el dolor de aquel desventurado, que no sintió la presencia del oficial, que levantando la espada la dejó caer sobre su cabeza en un golpe formidable, al mismo tiempo que decia.

—Miserable! sobre la tumba de un salvaje unitario no se reza.

Y miéntras le descargaba un segundo golpe, hizo rodar de una patada la miserable cruz.

El soldado se incorporó, levantado, más por la indignacion que por el dolor de los golpes, y se lanzó al cuello del oficial.

Aquel soldado era Tomás Manterola, que habia ido á llevar una cruz y una lágrima sobre la tumba de su desventurado hermano.

Cara hubiera costado al oficial aquella impiedad á no haber sido la presencia del cabo y el soldado que iban en su auxilio.

Estos se lanzaron sobre el pobre jóven y lo condujeron preso al campamento sin perjuicio de los golpes que le aplicaron.

Cuando el oficial llevó al coronel Maza el parte de lo sucedido, como si se tratara de una hazaña, éste no tuvo coraje de aprobar tal conducta, á pesar de su conocida dureza de corazon.

—Usted se ha metido á lo que no debe, dijo.

Ponga usted en libertad á ese soldado y cuidado con castigarlo ni faltarle al respeto.

Manterola era un salvaje unitario, pero no hay que olvidar que este es su hermano y que es natural llore su muerte.

Este fué el final de aquella trajedia, la más terrible y conmovedora de todas las que se desenvolvieron en los años 1839 y 1840.

Su recuerdo ha quedado tan vivo entre los contemporáneos, que con todos esos preciosos detalles nos ha sido referida por alguien que fué actor en ella, socorriendo y consolando á la familia de Manterola.

Y ella es debida casi en su totalidad á aquel demonio de infernal ferocidad que se llamó doña María Josefa Ezcurra.

¡No le reservó el cielo mejor suerte que á sus víctimas!

Ella, como el fraile Aldao y otros tantos tigres de la tirania, saborearon en la copa de amargo veneno los últimos momentos de su perversa vida.

Son muertes tremendas que iremos narrando á su debido tiempo.

Ellas son una leccion formidable!

EL SERENO MOREIRA

ENTRE los asesinos de segundo órden que servian á Rosas, el sereno Moreira sobresalia por su ferocidad escepcional y los *hechos* con que se hizo conocer.

Este tipo del degollador más sombrio merece un capítulo especial en nuestra obra, por el crímen cobarde con que hizo méritos á los ojos del tirano.

Era Moreira un hombre corpulento y de talla elevada, padre del noble paisano Juan Moreira, tan conocido ya de nuestro público.

Con todos los vicios posibles, Moreira no tenia las nobles condiciones del gau-

cho ni uno solo de los rasgos de nuestro compatriota.

Vestia sin embargo el trage del gaucho y habia tomado todas las apariencias del compadre.

En el cuerpo de serenos, Moreira habia adquirido fama de malo, merced á un par de puñaladas que dió á un pulpero, y á una muerte alevosa, que á la sombra de su empleo llevó á cabo en la persona de un español que se ocupaba en vender pescado.

Su fama de malo estaba encerrada en el cuartel de serenos, lo que lo mortificaba mucho, pues él aspiraba á ser persona tan notable como el coronel Cuitiño ó Parra, que revistaban en la Policía como comisarios y con el morrudo sueldo de cuatrocientos pesos, fuertes, se entiende.

Moreira fué enviado por el gefe de serenos, Marin, á cuidar la manzana de la casa de Rosas, donde hoy está el gobierno de la Provincia.

Allí debia recibir órdenes directas de Rosas, á quien previno que le mandaba el hombre más guapo de Buenos Aires.

Rosas estaba ocupado entonces en forjar planes de asesinato contra su persona, para tener el pretesto de fusilar y aterrar así á los que realmente fuesen á tener la idea de matarlo.

Era el año de 1839, antes de la muerte de los dos Maza, á quienes Rosas pagó con el puñal y el plomo los inícuos servicios que le habian prestado.

La consigna que recibió el sereno Moreira al hacerse cargo de su puesto, fué la de tener una severa vigilancia y prender á cualquier persona que pasase dos veces por la casa, en una misma noche, ó rondase la manzana.

Aunque fuese la hora más avanzada de la noche, Moreira debia dar cuenta al edecan de servicio, y si este no estaba, esperar al dia siguiente para dar cuenta al mismo Rosas.

Moreira desde aquella noche anduvo sin sombra por poder encontrar una víctima con que quedar bien.

Si llegaba á aprehender un individuo sospechado de querer asesinar á Rosas ¡cuál no seria su celebridad y recompensa!

¡Era preciso encontrar un rondador, á toda costa!

Ya el hecho de pasar su parte sin novedad, todas las mañanas, se le hacia insoportable.

Queria por fin presentar un preso!

El diablo vino al cabo en su ayuda, inspirándole el crímen más inícuo y cobarde.

Para aparentar más el temor de ser asesinado, Rosas no tenia un punto fijo para dormir.

Ninguna persona sabia donde habia dormido; pues unas veces lo hacia en su casa, otras en el Fuerte, otras en Palermo y otras donde nadie podia sospecharlo.

Su hija Manuela era la única que lo sabia pues era ella quien le velaba el sueño.

Sus mismos servidores, que lo creian durmiendo en su casa, por ejemplo, eran llamados al otro dia á Palermo, donde S. E. habia pasado la noche.

Como desconfiando que lo envenenaran, no permitia que le cebara el mate otra persona que el mulato Miguel Rosas, sargento de su escolta.

Su cocinero era Pedro Gallegos, titulado sargento de la escolta de la niña; y no probaba bocado que fuese hecho por otras manos.

Ultimamente llevó la farsa del temor al asesinato, al estremo que se hacia cebar el mate por la misma Manuela y no tomaba más alimento que huevos que esta misma le cocia.

Sus enemigos eran muchos, decia, y queria estar prevenido contra un envenenamiento.

Vengamos ahora á Moreira.

En aquellas noches en que Moreira fué colocado para cuidar la manzana de la casa de Rosas, este observó que un hom-

bre daba vuelta por la calle de Moreno y Perú y caminaba por esta última, se detenia ántes de llegar á Belgrano y pasaba un par de horas pegado á una reja.

Moreira se puso en acecho, espió al nocturno visitante, y agazapado en un portal pudo sorprender una noche toda la conversacion.

Moreira se retiró de sú escōndite, plenamente satisfecho.

Aquel hombre, de lo que ménos podia ocuparse era de asesinar á Rosas, pues harta preocupacion tenia con los amores que allí lo llevaban.

Se trataba solamente de un amante desgraciado.

¿Quién era aquel jóven así clasificado por el sereno Moreira?

Aquel no era otro que Manuel Cienfuegos, brillante oficial del ejército, borrado de la lista militar y clasificado de salvaje unitario, como Manterola, el año 35, por el crímen de haber servido bajo las órdenes del noble Juan Lavalle.

Manuel Cienfuegos tenia sus amores en el punto que hemos indicado ya.

Queria contraer matrimonio con una joven que lo amaba inmensamente, pero cuyos padres se oponian tenazmente á aquella union.

¿Qué padre podia dar la mano de su hija á un hombre clasificado de salvaje unitario?

Era lo mismo que prepararla á la viudedad, esponiendo á una desgracia á ella y toda su familia.

Así el padre de la jóven concluyó por rogar á Cienfuegos que no volviera más á la casa.

Desesperados los jōvenes, pronto ingeniaron el medio de verse para prodigarse sus más tiernas caricias y combinar para el porvenir sus más bellos proyectos de felicidad.

Todas las noches, despues de la una, la joven abria la ventana de la sala, y con una pequeña endija, esperaba la llegada de Cienfuegos, que ya esperaba su presencia para acercarse.

Y allí pasaban una ó dos horas embebidos en sus amores, y narrándose las mil contrariedades que tocaban para lograr un par de horas de aquella felicidad suprema.

Al retirarse Cienfuegos solia encontrar al sereno Moreira que miraba como á un amigo.

Siempre el enamorado profesa un cariño íntimo á todo aquello que está cerca ó rodea á la mujer querida.

Le parece que tiene algo de su perfume.

Tan convencido estaba Moreira de lo que se trataba, que jamás se le ocurrió detener al jōven para interrogarlo.

Una noche, y cuando el sereno estaba más dado á los diablos por no encontrar un sospechado que prender, la jōven no habia abierto la ventana, sin embargo de haber pasado la hora habitual.

¿Estaria enferma? ¿habria sido sorprendida por su padre?

Solo una causa muy grave podia haberle impedido concurrir á la cita.

Entristecido con estas dudas y creyendo que por momentos se abriria la ventana, el joven se paró en la esquina de Perú y Moreno.

Desde allí miraba la casa de su amada, como si quisiera penetrar, á través de las paredes, la causa de aquella ausencia inmotivada.

Fué entonces que por quinta vez cruzó la imaginacion de Moreira una idea infernal.

El demonio de la perversidad acababa de despertar en él la necesidad de un crímen horrible.

Se acercó resueltamente al joven, como si temiera que este huyese, y golpeándole en el hombro le dijo:

—¿Qué hace aquí, amigo, tan tarde?

Cienfuegos que se habia habituado á mirar á aquel sereno como á un amigo, porque todas las noches lo veia hablar con su novia, respondió sonriendo:

—Espero que me abran la ventana para conversar un momento.

Ya sabe usted lo que son estas cosas, amigo, y no hay por qué tener el menor recelo.

—Sí, pero perdone la pregunta, añadió Moreira, ¿qué diablos viene á hacer usted á aquella ventana?

Se lo pregunto porque yo tengo mis órdenes que cumplir.

—No serán referentes á mí, pero sin embargo, voy á desvanecer cualquier sospecha que pudiera haberle inspirado.

Y en seguida el joven narró, hasta donde se lo permitió su discrecion, la historia de sus desgraciados amores.

—Me gusta el hombre por gaucho, respondió el sereno sonriendo al joven, y por eso voy á hacerle una prevencion al mismo tiempo que un servicio.

—Diga no más, amigo, sin el menor recelo.

—Es el caso que yo tengo órden de no permitir que se páre nadie por aquí, y en cumplimiento de ella, hago retirar á cuantos se detienen.

—Es una broma, porque precisamente esta noche desearia estar aquí mucho tiempo.

—Para ver si abren la ventana ¿no es eso?

—Lo adivinó—y si me echa usted de aquí, no voy á poder saber cuándo esto suceda.

—No se aflija, amigo, por tan poco.

Le he tomado cariño de verlo no más tan buen gaucho, y lo voy á servir, pero no dejándolo aquí parado, porque me espondria á que hicieran alguna heregía.

Véngase conmigo, que yo lo voy á poner donde pueda esperarme y le avisaré al momento que abran la ventana, para que pueda pelar su pava.

Cienfuegos no tenia por qué dudar de la buena fé con que el sereno procedia, y lo siguió, prometiéndose en su interior recompensar al dia siguiente aquel señaladísimo favor.

Moreira lo llevó hasta el patio de la casa de Rosas, donde le dijo que esperara.

—Pero esta es la casa del gobernador, esclamó Cienfuegos sorprendido, y si me toman aquí puede no parecerles bien mi visita.

—No tenga usted cuidado, que yo estoy de servicio dentro y fuera de la casa, contestó Moreira, y nadie más que yo inspecciona la gente que entra ó sale.

Como no habia por allí ningun edecan ni persona que le inspirara desconfianza, el jóven armó un cigarrillo y se agazapó en un rincon del patio.

Habia una razon, ó mejor dicho una necesidad poderosa, que le hubiera hecho desafiar cualquier peligro.

La necesidad de ver á su novia y saber si le habia sucedido alguna desgracia.

Moreira se retiró á rondar la manzana y observar si abria ó no la novia, segun dijo.

Pero en realidad se retiró á meditar un momento el diabólico plan que acababa de poner en práctica.

Cienfuegos pasaria allí el resto de la noche, y cuando á la madrugada quisiera salir, él se lo impediria entonces por la fuerza.

Si acaso el gobernador habia dormido allí, por la mañana le entregaria el preso con un parte tremendo.

Si Rosas no habia dormido allí, lo entregaria al Jefe de Policía, en calidad de preso miéntras él iba á llevar su parte, pues queria darlo personalmente.

Como á la hora de andar rondando de un lado á otro, para estar prevenido en caso que Cienfuegos quisiera salir, volvió á hablar con el jóven.

Este estaba ya impaciente y decidido á salir si el sereno no volvia en un momento más.

—Y, preguntó lleno de ansiedad;—ha abierto ya la ventana?

—Todavia no, pero se siente ruido adentro y tengo esperanzas que venga pronto.

—Entonces yo voy, tal vez por las voces pueda sacar en límpio lo que sucede.

—Eso es imposible, aunque yo desearia servirlo.

Ya sabe que tengo órden de no dejar que nadie se páre en la manzana, y con el gobernador no se puede jugar.

Si usted sale y se pára, ya se lo he dicho, no voy á tener más remedio que prenderlo y dar cuenta.

Tenga paciencia, qué diablo—ella ha de abrir y yo se lo avisaré en el acto.

—¿Pero si abre me dejará hablar con ella?

—Nada le pide el cuerpo! no le he dicho la órden que tengo?

Lo único que puedo hacer por usted, y esto, porque lo veo tan apichonado, es llevarle á la moza el recado ó papel que usted quiera y traerle la respuesta.

Pero cuidado que lo sepa nadie, porque entonces se acabó la bolada.

Cienfuegos sonrió ante lo que él llamó la sencillez de aquel buen hombre y se puso á preparar un billetito para el caso en que su novia abriese la ventana.

No tuvo la menor sospecha de traicion, y aunque la hubiera tenido, joven y bravo, se creia á cubierto de todo peligro con una pistola que llevaba en la cintura y un cuchillo de hoja corta y dura que tenia en el bolsillo y que era el fiel compañero de sus campañas y de sus parrandas.

¿Qué sucedia entre tanto en la casa de la novia de Cienfuegos?

Elena no habia podido concurrir á la cita aquella noche, á consecuencia de una enfermedad repentina que habia acometido á la madre.

Cuando el ataque pasó y la familia pudo retirarse á dormir, Elena tuvo aún que esperar un largo rato para dar tiempo á que los demás durmieran.

Cuando el silencio profundo de la casa le indicó que todos estaban entregados al reposo, vino á la sala y abrió sigilosamente la ventana.

No se veia un alma en la calle.

Moreira sintió el ruido leve que produjeron las hojas al abrirse, y se acercó presuroso.

—Es inútil que espere, joven, le dijo respetuosamente, porque el niño no viene hoy.

Ha esperado aquí hasta hace poco, y al irse me he encargado que si usted abria la ventana, le dijera que no habia podido esperarla más por que tenia un quehacer grave; que mañana á la hora de siempre estará aquí.

La joven suspiró melancólicamente y esclamó:

—Pobre! tiene razon, pero no ha sido culpa mia.

Mire, sereno, agregó, si usted lo vé mañana ántes que yo, dígale que he venido y que siento el contratiempo que me ha privado de verlo.

—Y suspirando de nuevo, cerró la ventana, dando á Moreira un suave *buenas noches*.

—Buenas noches niña, respondió éste, y se alejó al compás de su grotesco canto:

«¡Viva la federacion!
¡Mueran los salvajes unitarios!
Las cuatro han dado lloviendo.»

Se acababa de desencadenar un temporal de todos los diablos.

Moreira regresó á casa de Rosas y dijo á Cienfuegos:

—El ayudante me acaba de decir que cierre la puerta.

No salga usted porque vá á verlo y esto no me conviene.

Yo ya vuelvo.

En casa de Rosas habia muchos soldados, que dormian desparramados en los patios y zaguanes.

La enorme huerta de la casa era un verdadero cuartel.

Algunos notaron que un desconocido estaba en el zaguan, pero como vieron que el sereno hablaba con él, se limitaron á una simple observacion.

Moreira habia hecho además una significativa seña al sargento, que equivalia á decirle que no lo dejara salir porque era un preso.

La lluvia seguia arreciando y ya Cienfuegos empezaba á entrar en cuidado.

—En cuanto vuelva este diablo, pensó, me mando mudar, porque hoy es inútil esperar á Elena.

Sabe Dios lo que le habrá sucedido á la pobre!

Pero el tiempo pasaba y el protector sereno no volvia.

El dia empezó á esparcir su luz vacilante y ténue, cuando Cienfuegos decidió no esperar más.

—Se habrá dormido este diablo, dijo, ó se habrá olvidado y á mí no me conviene que me encuentren aquí.

Y conforme lo habia pensado se dirigió á la puerta de la calle con el ánimo de abrirla.

Pero no bien habia andado dos pasos cuando el sargento estuvo encima de él.

—Eh! amiguito! ¿con qué permiso sale?

—Con el mio! vamos, y á quién tengo que pedirlo?

—Pues me gusta!—á mí!

¿Cómo está usted aquí?

—Porque el sereno de la manzana me lo ha permitido en razon de algo que él conoce.

—Pues hasta que no vuelva el sereno no sale usted.

¿Quién me asegura que usted no está preso?

—¿Yo preso? hombre, seria curioso!

Déjeme salir, amigo, que tengo que hacer.

—No hay tu tia—hasta que no venga el sereno no sale.

Cienfuegos empezó recien á tener un vago temor.

¿Por qué no volvia el sereno?

Temiendo mayores consecuencias quiso salir violentamente, pero el sargento llamó en su auxilio y entre unos veinte hombres, soldados todos, que Cienfuegos no se dió cuenta de donde salian, lo tomaron, lo voltearon; y en un momento lo registraron prolijamente, quitándole la pistola y el puñal.

El jóven temia de la manera más séria las consecuencias de aquel escándalo sucedido nada ménos que en casa de don Juan Manuel.

—Pues si este maldito no viene y cuenta el porqué de estar yo aquí, son capaces de tomarme por un asesino!

No bien concluia de decir estas palabras, cuando entró Moreira muy peinado y muy compuesto.

—Caramba! esclamó Cienfuegos, entre risueño y enojado.

Dios le bendiga la memoria, amigo! venga, sáqueme del apuro en que su tardanza me ha puesto!

Ya se habian levantado algunos edecanes y otra gente que allí dormia, quienes impuestos de lo sucedido miraban al jóven con mortificante curiosidad.

—Vamos á ver pues, amigo, si esplica á estos hombres lo que sucede para que me dejen ir de una vez!

—Primero tengo que esplicarlo á S. E., esclamó Moreira con un acento feroz que hizo temblar al jóven.

Acababa de desenmascararse.

—¿Pero qué tiene que ver el gobernador con mi presencia aquí?

—Eso lo sabrá usted á su tiempo.

No va á tardar en venir, porque él es madrugador.

Rosas en efecto, se levantaba tempranísimo á tomar mate.

Aquella noche, por causalidad, habia dormido en su casa, de modo que, junto con el primer mate le llevaron la noticia de lo que sucedia.

—¿Y todavia no ha dicho nada Moreira? preguntó.

—Nada, dice que no quiere decir nada antes que S. E. lo sepa.

—Algo grave debe ser—algun asesino sin duda, esclamó Rosas haciendo bri-

llar en un relámpago siniestro sus hermosos y azules ojos.

A ver, llámame á Moreira!

El sereno vino inmediatamente.

—Vamos á ver ¿qué sucede? ¿por qué está ese hombre allí?

—S. E., dijo el bandido fingiendo gran humildad, anoche, desde la media noche, ese hombre rondaba la casa de S. E. con mucha insistencia.

Se paraba delante de la puerta y miraba al interior, como si quisiera reconocer la situacion de las piezas.

Yo que no me chupo el dedo, le pregunté qué andaba buscando y me salió con un cuento de amores más viejo que el andar á pié.

—Si me permites que entre á esperar al zaguan del gobernador, me dijo, yo te pagaré bien; así nadie me verá.

Yo consentí y el hombre imbécil no tardó en confesarme que á lo que él venia era á asesinar á V. E., con palabras que no se pueden repetir.

—Hola, conque esas tenemos?

—Sí, señor.

Yo hice entonces una seña al sargento para que lo vigilase y me fuí á la calle.

No seria difícil que el hombre tuviera algun cómplice que lo esperara por aquí, pero no ví en la calle á ninguna persona sobre quien se pudiera abrigar la menor sospecha.

La fisonomia de Rosas adquirió entonces esa espresion tremenda que le era habitual cuando meditaba alguno de sus crímenes.

—Ya han registrado á ese pillo, ¿no?

—Sí, V. E.

—¿Y con qué armas pretendia asesinarme?

—Con este puñal y esta pistola, dijeron mostrándole las dos cosas.

—Llévenlo al patio, que allá voy yo.

Rosas, seguido de la turba de adulones y bandidos que lo rodeaban, salió al patio y mandó que se le acercara el que ya clasificó de asesino.

—¿Cómo se llama? preguntó secamente.

—Manuel Cienfuegos, contestó el jóven sin poderse esplicar lo que le pasaba y la amenaza que veia pintada en todas las fisonomias que lo rodeaban.

—Ah, ya comprendo! esclamó Rosas de pronto, á usted lo borré yo de la lista militar.

—Es cierto, señor.

—Por salvaje unitario, ¿nó?

—Ignoro los motivos, porque yo no dí ninguno y ménos contra el gobierno.

—¿Y es por esto que esta noche queria usted asesinarme, ó acaso trabaja usted por cuenta ajena?

—¿Yo asesinar á V. E.? esclamó temblando el jóven—y quién puede decir semejante infamia?

—¿Quién ha de ser sino yo? esclamó Moreira, con un cinismo tremendo.

¿Para qué me confió usted su golpe? Yo no puedo callar nada, y todo lo he contado ya.

Conque es inútil negar ahora, y al avio!

Cienfuegos creyó al principio que aquello no seria sino una de las tantas farsas de Rosas, pero bien pronto se convenció de que no era más que una infamia brutal y cínica del sereno Moreira.

Comprendió el gran peligro que corria si aquella calumbia no era pronto destruida, y en el acto narró con todos sus detalles, lo que habia pasado la noche anterior entre él y el sereno Moreira.

—No está mal preparado, no está mal preparado! dijo el tirano.

Y diga usted, amigo, ¿con puñal y pistola hace usted el amor?

—No, señor, pero están sucediendo tantas cosas, que toda precaucion es poca para andar á deshoras de la noche.

—Por lo ménos hay que confesar que usted tiene talento, añadió Rosas, pero me parece que Moreira es más vivo que Vd.

—Señor, dijo el jóven, empezando á desesperarse por el giro que tomaba la aventura.

Juro por lo más sagrado que hay en el mundo, que lo que he dicho es la verdad.

Puede muy fácilmente averiguarse, por los hechos que he citado y la familia que menciono.

Tal vez Rosas desde el primer momento còmprendiõ que aquella no era otra cosa que una infamia que Moreira cometia para contraer méritos.

Pero necesitaba pasar por víctima de los salvajes unitarios y autorizar por este medio las medidas de terror que iba á adoptar más tarde.

—Mala mano tenés para asesino, porque te falta corazon, le dijo.

No sé en qué piensan estos imbéciles de salvajes unitarios, que ni siquiera saben elegir un hombre capaz de matarme sin asustarse.

Estoy seguro que si hubieras podido llegar á mí, ántes de herirme se te hubiera caido el puñal de las manos!

El jõven perdió toda esperanza al oir aquellas palabras.

La calumnia habia sido creida.

El desgraciado pensõ en su novia, en su buena madre, y sintió el corazon ahogado en llanto.

Hizo esfuerzos sobrehumanos para demostrar que aquello era una infame calumnia, pero todo fué inútil.

Rosas necesitaba una víctima que sacrificar y no hubiera soltado, por nada de este mundo, la que habia caido entre sus manos.

—Anda, cobarde! esclamó golpeándolo furiosamente, con las manos primero, hasta que lo volteó, y en seguida con los piés sobre el noble rostro.

Llévenlo á la Policía—que lo pongan incomunicado hasta que yo avise lo que ha de hacerse con él.

El sereno Moreira habia crecido media vara ante los ojos de los adulones.

El desgraciado Cienfuegos fué conducido á la Policía y al sereno se le mandõ regalar doscientos patacones, por el señalado servicio que habia hecho á la patria, librando al gran Rosas del puñal de los inmundos asquerosos salvajes unitarios.

Dos horas despues se celebraba en la Catedral un gran te-deum en accion de gracias al Todopoderoso por haber librado al Restaurador de las leyes del puñal aleve.

Las campanas fueron echadas á vuelo en todas las iglesias en señal de popular regocijo, y todos los curas que hemos nombrado, y otros más, invitaban al pueblo á diferentes novenas y rosarios, siempre en accion de gracias al Todopoderoso.

No quedõ pueblejo de la campaña cuyo cura no convocara á igual funcion.

Hombres y mujeres se apresuraban á concurrir á las iglesias para hacer notar su ardor federal unos, y para pasar por tales, otros, por temor de ser clasificados de salvajes unitarios.

El cuerpo diplomático se presentõ de los primeros en casa del ilustre Restaurador, para felicitarlo por la escapada que acababa de hacer.

Y Rosas, autor de la farsa, recibia aquellas felicitaciones dándose todos los humos del caso y asegurando que despues se habian de quejar los unitarios si tomaba justas represalias.

Todo aquel dia fué de regócijo y júbilo para el pueblo federal.

La canalla llenõ las pulperias, de donde saliõ á mazorquear las familias; las músicas concurrieron á casa del héroe, y doña María Josefa, la terrible doña María Josefa Ezcurra, diõ un baile en conmemoracion de aquel acontecimiento providencial.

El sereno Moreira fué ascendido á la categoria de ayudante de serenos, quedando de servicio permanente en la manzana de Rosas.

Durante una semana fué el niño mimado de los adulones de la época, que lo miraban como el salvador de la ilustre vida del gran Rosas.

Ensoberbecido Moreira con el ascendiente que acababa de adquirir, procedia ya por su sola cuenta y mataba á quien mejor se le ocurria.

Prescindiendo completamente de su jefe, él recibia directamente órdenes del Restaurador.

Así es que cuando degollaba á alguna persona y paseaba su cabeza atada á la cola de su caballo, sus superiores no se atrevian á decir la menor palabra.

Ignoraban si aquello habia sido hecho por órden del gobernador, ó de cuenta y riesgo de aquel bandido.

Esto le dió una gran superioridad sobre sus subalternos, que lo veian hablar con el mismo Rosas, y á quienes á su vez dictaba sus órdenes, sin que nadie se atreviera á desobedecerlo ó contradecirlo.

Así aquel bandido daba sus órdenes de degüello, que eran ejecutadas al pié de la letra por sus subordinados.

La farsa de las músicas, paseos del retrato de Rosas y novenas, duró algunos dias, siendo interrumpida por la tragedia que debia representarse con el desgraciado Cienfuegos.

Este habia sido encerrado en un calabozo de la Policía, en rigurosa incomunicacion y con una barra de grillos á los piés.

Se le trataba á palos y se le alimentaba arrojándole la comida de los presos, por un agujero que, con el pomposo título de ventanilla, habia en su calabozo, sobre la maciza puerta.

Así permaneció tres dias, sin que nadie fuera á tomarle declaracion, ni atinar cuál seria su suerte.

Rosas lo habia mandado poner preso, en calidad de privarle toda comunicacion, y haber hablado con él para levantar el sumario, sin órden del gobernador, hubiera sido esponerse á perder el empleo y la cabeza.

A los tres dias de estar preso sintió que muy de madrugada abrian la puerta de su calabozo.

El desgraciado se acurrucó en un rincon, creyendo que serian los que con tanta precaucion iban á apalearlo.

Pero grande fué su asombro al oir que le mandaban salir.

En la confianza de su inocencia, Cienfuegos creyó que se trataba de ponerlo en libertad, pues ya se habria averiguado lo sucedido.

Levantó su barra de grillos para andar más liviano, y siguió a los que habian ido á buscarlo.

Pronto iba el pobre á convencerse del triste fin que lo esperaba.

Como no se le habia levantado sumario ni tomado declaracion siquiera, jamás pudo figurarse que marchaba á la muerte.

Cienfuegos fué conducido al patio de la Policía, donde encontró un aparato que no pudo ménos de sorprenderlo.

Diez soldados, al mando de un oficial, se hallaban formados en el centro de aquel patio lúgubre, detrás de los que se apiñaba una multitud de presos, de todos pelajes.

En las ventanillas y puertas de los demás calabozos se veian los ojos ávidos de los presos, que miraban como si algun espectáculo estraordinario fuera á desarrollarse allí.

Cienfuegos se estremeció de tal manera, que los grillos sonaron en sus piés, como si hubieran obedecido al impulso de una sacudida violenta.

Los dramas de la Policía eran demasiado conocidos para que un preso no temblase ante semejante aparato.

Sin embargo como no vió banquillo ni ningun otro accesorio de ejecucion, se tranquilizó un momento interrogando con su tímida mirada á los que lo rodeaban.

Los agentes que lo habian sacado del calabozo, le dieron órden de pararse contra la pared, lo que algo lo sobresaltó.

Obedeció la órden, estrañando que nada más se le dijera, y temiendo más que nunca que fueran á cometer con él algun crímen.

Iba ya á preguntar qué era lo que pretendian hacer, cuando vió que á una señal del oficial, los soldados se le colocaban al frente y preparaban sus armas.

—¿Qué es eso? ¿qué es lo que van á hacer? preguntó perdiendo ya todo su aplomo.

Si tratan de fusilarme, al ménos díganme cuál es la causa y mándenme buscar un sacerdote, porque yo no quiero morir como un perro.

Una sonrisa de burla se dibujó sobre los lábios de aquel oficial habituado á su oficio.

—Quiero un sacerdote! quiero un sacerdote! gritó entonces Cienfuegos, pues vió que los soldados se echaban el fusil á la cara.

Fueron estas las últimas palabras que pudo pronunciar.

Los soldados hicieron fuego, y el desventurado rodó por el suelo, quejándose de una manera terrible.

Entonces empezó una escena estupenda.

Los soldados, para no perder tiempo en cargar sus lentos fusiles de aquella época, empezaron á ultimarlo á golpes.

Quién con la culata del fusil, quién con el cuchillo, y quién hasta con el taco de la bota, concluyeron de dar muerte al jóven, de la misma manera que se podia haber muerto á un perro rabioso.

Cienfuegos habia sido muerto por una órden que mandó Rosas verbalmente, con uno de sus edecanes.

Media hora despues su cadáver hecho pedazos, era arrojado al carro de la basura, que lo condujo al cementerio.

—

Este fué el sangriento fin del *horrible asesinato* inventado por Moreira y puesto en práctica por Rosas.

Se enviaron circulares á todas las provincias, cuyos gobernadores echaron á vuelo las campanas y se desgajaron en notas de felicitacion á Rosas y la Patria, que lo conservaria al frente de sus destinos.

En su nueva posicion de ayudante de serenos, el asesino Moreira habia echado unos humos de todos los diablos.

¿Quién se atrevia á decir la menor palabra descortés al individuo que habia salvado la vida del Restaurador de las leyes?

¿Quién era el guapo que pisaria el poncho al ayudante de serenos que tenia á su solo cuidado la manzana de la casa de Rosas?

Los federales mismos tenian sus sospechas de que el fusilamiento de Cienfuegos no habia sido más que una farsa.

Pero tenian muy buen cuidado de aparentar todo lo contrario y hacer grandes felicitaciones en público, sobre el feliz y providencial acontecimiento.

Así es que estos mismos miraban con gran respeto al sereno Moreira, que habia venido á ser una verdadera autoridad nocturna.

Moreira, pues, empezó á apuñalear por su cuenta y á robar á los que *despachaba* al otro mundo, el dinero y alhajas que llevaban consigo.

Con esta industria estableció una pulperia en la esquina de Venezuela y Chacabuco, donde hoy se está levantando un espléndido edificio.

En esta pulperia se reunian todos los dias y todas las noches *lo más distinguido* del batallon de serenos.

Si aquello no era una reunion de *high-life*, como se dice hoy dia, era por lo ménos una reunion de *blood life*.

Se jugaba al truco y al punto de la vasca, y se bebia miéntras habia dinero en los bolsillos.

Porque Moreira no fiaba *ni por un queso*.

Vendia al contado, y prévio pago, lo que prueba la confianza que tenia en sus mismos compañeros.

Cuando la ginebra y la caña se habian trepado en la cabeza de tales parroquianos, la pulperia de Moreira solia ser el teatro de escenas terribles.

Los borrachos salian á la puerta y empezaban á insultar á cuanta persona pasaba, con aspecto de salvaje.

El que podia y tenia motivos, se hacia conocer al momento como legítimo federal, temiendo una equivocacion funesta de aquella gente perdida.

Ya el vecindario conocia el terrible huésped que le habia caido en suerte, y trataba de evitar toda cuestion.

El que no tenia consigo elementos para hacerse conocer como tal federal, seguia silenciosamente su camino, soportando aquella lluvia de injurias y palabradas, y considerándose muy feliz de que las cosas quedaran ahí no más.

Algunas veces Moreira que estaba trás del mostrador, señalaba á algunos de los que habian pasado, con estas ó semejantes palabras.

—Ese hijo de mala madre no es federal.

Yo ya le he echado la vista encima, y á la primera mala pisada que haga, le corto el gañote de un solo tajo.

El así señalado era entonces agredido por los borrachos de la puerta, que lo entraban dentro de la pulperia, á fuerza de golpes é insultos, para obligarlo á tomar una copa á la salud del gran Rosas.

Ninguno se resistia á invitacion semejante! bebian la copa y trataban de retirarse, agradeciendo aún el trato comedido.

Algunas veces la persona así introducida á la pulperia llevaba consigo alguna buena alhaja ó tenia aspecto de llevar dinero.

Entonces la escena cambiaba por completo.

—Háganlo pasar al despacho reservado, para que no esté entre tanto perdido, decia Moreira.

Y á empujones y á golpes, el infeliz era conducido á la pieza que habia indicado Moreira.

Este despacho reservado, no era otra cosa que un pequeño altillo que habia en el fondo del almacen.

Aquel era nada ménos que el sitio bautizado por aquella canalla de *despacho*, donde aquellos bandidos desalmados degollaban por la simple órden de Moreira.

Al dia siguiente el cadáver era sacado de la pulperia y conducido á un terreno cercado que existia en la calle de Chacabuco, un poco más adelante.

En aquel terreno habia un pozo de balde, al lado de cuyo brocal se levantaba una higuera corpulenta al estremo de parecer un ombú.

Aquel pozo era el cementerio donde Moreira enterraba á las personas que hacia degollar en su altillo.

No hace mucho tiempo que se estrajo de allí una cantidad de huesos humanos, que la Policía no pudo nunca saber cómo estaban en aquel sitio.

Recordamos que, segun las noticias de Policía que publican los diarios, la Policía habia constatado esta particularidad.

Se habian extraido huesos y parte de esqueletos, que se conocia eran de personas que habian caido de pié, que acusaban la presencia de más de seis cuerpos humanos.

Pero por más que se buscó y se limpió el pozo no se pudo hallar más que un solo cráneo.

¿Qué misterio era este?

¿Por qué faltaban aquellas cabezas?

La Policía no pudo nunca esplicarse las causas de aquel lúgubre misterio, y no se ocupó más de ello, dándose por satisfecha con haber hecho enterrar los huesos, y la única cabeza que se halló.

La esplicacion de aquel misterio la damos nosotros.

Moreira, como lo hemos narrado en otra parte, tenia el hábito de pasear atadas á la cola de su flete las cabezas de los que degollaba y cuando no habia degollado él, paseaba cualquiera de las que hallaba en el mercado, en el puesto de don Ramon ú otro cualquiera.

Este era el lujo sangriento que usaba aquel miserable.

Las personas clasificadas de salvajes unitarios, que vivian por aquel barrio, si tenian fortuna, eran cuidadosamente vigiladas por el sereno Moreira.

Y si alguna de ellas tenia la desgracia de pasar por la pulperia, era metida adentro á tirones y golpes, subida hasta el altillo, donde Moreira, solo ó acompañado, procedia á degollarla, despues de haberle dado de puñaladas.

Despojado el cadáver de todos los valores que llevaba encima, era conducido, sin cabeza, al pozo de la higuera, donde se enterraba.

La cabeza quedaba en el altillo, para que el bandido se diera un corte feroz, atándola á la cola de su caballo.

Esto sucedió entre otros con un señor Quesada que desapareció una noche sin que nadie supiera, hasta despues de la caida de Rosas, lo que habia sido de él.

Un tal Ortega, español, preso despues de la caida del tirano, hacia entre otras la siguiente terrible declaracion:

Que una noche, despues de oracion, habia llegado Moreira á su pulperia, situada en la Boca.

Moreira entró con un atado en la mano, atado que colocó sobre el mostrador, pidiendo un vaso de caña.

Una vez que ésta le fué servida, pidió otro vaso, sin haber tocado el primero.

—¿Y para qué diablos pide dos vasos? le preguntó Ortega.

—Es que traigo aquí un amigo, respondió Moreira, que no le gusta la caña y quiero ver qué cara pone cuando le haga tomar este vaso á la fuerza.

Y diciendo esto desató el nudo del atado y dejó descubierta una cabeza humana, hermosa y distinguida, á pesar de esa espresion descompuesta y conmovedora que acusaba un largo sufrimiento en la víctima.

Moreira la puso sobre el mostrador, y tomándola de los cabellos, introdújole en la boca el borde del vaso de caña, pretendiendo hacérsela tomar.

—No toma el hijo de mala madre! esclamó, volcándose encima la caña.

Pues en el infierno no vá á encontrar bebida igual!

Algunos cachafaces que estaban en la pulperia de Ortega, festejaron aquello con grandes carcajadas y felicitaciones á la ferocidad del asesino.

Este, entusiasmado, dijo que aquella era la cabeza del salvaje Quesada, que habia cortado la noche anterior porque era un pillo que no se le podia aguantar.

Y despues de tomar su caña ató la cabeza por el cabello á la cola de su caballo, y se alejó diciendo que la llevaba para mostrarla á algunos otros amigos, que tendrian sumo placer en verla haciéndole ascos á la caña.

Con estos hechos Moreira adquirió una fama terrible, que concluyó de conquistarle el aprecio del Restaurador y de los buenos federales.

El gran bandido necesitaba víctimas diarias para saciar su ferocidad.

Y llegó tiempo en que no se metia á averiguar si eran ó no federales ó salvajes unitarios.

Cuando no se presentaba un salvaje, degollaba á un federal, pues lo que él buscaba eran víctimas.

Si alguien lo veia cometer el asesinato, decia que era por haberle oido decir que Lavalle era el libertador de Buenos Aires.

Pero buen cuidado tenia él de que nadie lo viera, cuando el degollado era un federal.

Habia entonces en la Aduana un tal Martinez, carretillero, que era uno de los más tremendos federales de la época.

Martinez trabajaba con su tropa de carrillos, de dia, siendo á la noche capitan de un grupo de mazorqueros que recorria y aterraba el barrio de la Aduana.

Varios crímenes cometidos por el grupo de mazorqueros que Martinez capita-

neaba, hicieron célebre á éste, que fué recomendado á la consideracion del supremo gobierno por el capitan del puerto, don Pedro Gimeno.

Martinez y Moreira se tenian muy mala voluntad, desde un dia en que el segundo arrebató al primero la dama de sus pensamientos—una hermosa parda que habia sido criada por la familia del referido señor Gimeno.

Los dos rivales se habian tenido ganas durante mucho tiempo.

Pero separados por sus diversas ocupaciones no habian tenido ocasion de encontrarse despues.

Este ōdio se habia aumentado de un modo poderoso, á consecuencia de un degüello que habia hecho Moreira en la persona dè un primo de Martinez.

Como buen federal, reconocido y probado, Martinez podia haberse quejado al gobierno, reclamando que el ayudante de serenos fuera castigado, pero entonces la cosa tenia un sério peligro y es que su primo era conocido como salvaje unitario reincidente y amonestado por el señor coronel Cuitiño.

—Puede este reclamo sentar mal al gobierno, pensō, que concluiria por dar la razon á mi enemigo.

Martinez guardō entonces su venganza para mejor oportunidad.

Una noche, ante un numeroso grupo de mazorqueros, se encontraron los dos rivales en una pulperia del bajo.

Martinez, en el acto, habia empezado á chocar á Moreira groseramente, para provocar un lance.

Los mazorqueros estaban absortos de ver lo aguantador que estaba Moreira aquella noche.

—Es que Martinez es muñeca! esclamó uno. Cuando el hombre se calla, él sabrá por qué lo hace.

—No hay nadie tan amargo como el compañero Moreira, replicō otro; y me parece que si el otro sigue aullando, le van á planchar los lomos.

—Será él quien salga planchado! añadiō el primero.

Usted no sabe quién es Martinez.

—Pero sí quién es Moreira, y esto me basta.

Entre tanto, los dos rivales seguian prodigándose cada galanteria que metia miedo.

—Ya me han dicho, esclamō Moreira, que anda jugando súcio á la federacion y relacionándose con salvajes unitarios.

Que no lo vuelva á saber yo, caramba! porque pongo sus huesos á contribucion de golpes!

—¿A mí? no sea tonto, contestō Martinez sonriendo con desprecio, y en prueba de ello, aquí me tiene—¿por qué no se sirve de ellos?

No sea sonzo, que conmigo la lleva perdida.

—Perdida ō ganada, lo haré como lo digo, y no me caliente los cascos porque lo dejo seco de una puñalada.

—Es muy poca cosa y muy maula para hacer esa hombrada!

¿Qué hace que no se sirve?

Y al decir esto sacó de la cintura un cuchillo largo y filoso.

Moreira no pudo contenerse más.

Sacō á su vez el cuchillo de la cintura y acometió á Martinez.

Martinez era bravo y lejos de temer un encuentro con Moreira, lo habia provocado en la seguridad de salir airoso.

La lucha fué corta y dura, como tenia que serlo entre combatientes de aquel temple y animados de iguales deseos.

No se cambiaron más que media docena de *tiros* que el más débil de los cuales hubiera causado la muerte del que lo recibiera.

Al fin Martinez dejó caer el cuchillo y dando un gran grito fué á caer de costado azotando la cabeza contra el mostrador.

La puñalada de Moreira le habia dividido el corazon.

Moreira se le fué al humo y con una fa-

cilidad que demostraba su larga práctica le separó la cabeza del cuerpo.

—Esto le sucede, esclamó, á todo el que se meta á compadre, sin saber si el cuero le dá para tanto.

¿Quiere alguno tomar la bolada?

Ninguno de los amigos de Martinez dijo la menor palabra.

Moreira se les habia revelado muy superior á Martinez y los habia dominado.

Moreira se llevó la cabeza de su rival y la Policía recojió su cuerpo de la calle, á donde fué sacado por el pulpero, sin averiguar á quién pertenecia.

Un cadáver en plena calle y con la cabeza cortada, era la cosa más natural de aquellos tiempos.

¿Quién iba á tomarse el trabajo de constatar á quién pertenecia el cuerpo?

Lo arrojaban al carro de la basura y negocio concluido.

Don Pedro Gimeno, que era el protector de Martinez, en cuanto supo su muerte, con todos los detalles, pasó á Palermo á ver al Restaurador, á quien le dió la queja de lo sucedido.

—Se ha asesinado á un federal puro, dijo, por el gusto de matar no más.

El carretillero Martinez era un leal servidor de V. E.

Rosas, que trataba á Gimeno, como á todos sus empleados, con gran desprecio y haciéndolos juguete de sus locos, no hizo gran caso de lo que le decia Gimeno.

Sin embargo, mandó llamar á Moreira y le echó una peluca de primer órden.

—Al primero que me mate un federal, le dijo, lo hago yo fusilar sobre tablas.

Las armas y la muerte deben guardarse para los salvajes unitarios enemigos de Dios y de los hombres.

—No crea S. E. que ese carretillero era tan federal como se dice.

Era un pillo que jugaba á dos caras y nada más.

Y contó en seguida como habia sido provocado ofreciendo el testimonio de todos los buenos federales presentes.

—No será estraño que haya exajeracion en lo que se me ha contado, dijo Rosas, cuyas tendencias en protejer á la chusma eran bien conocidas, mucho más, cuando esta chusma se hacia notable como degolladora.

Pero no quiero que se me maten los federales entre sí: que no tenga que decirlo dos veces.

Moreira se retiró jurando entre sí que habia de degollar á todo el mundo, fueran ó no federales.

Temiendo la amenaza de Rosas, por algun tiempo anduvo tranquilo, es decir, degollando unitarios solamente.

Se lo pasaba siempre en su pulperia, ocupado en las faenas de su altillo y en las del pozo de la higuera.

Habia en aquellos tiempos un barbero sangrador, muy estimado de la gente fedaral.

El barbero este era un federalazo de los más formidables.

No degollaba por su mano porque era tan cobarde como federal, y tenia miedo de las armas, aún esgrimidas por él.

Pero era un delatador famoso, causante de degüellos, que habian sido consecuencia de sus delaciones.

Este barbero prestaba sus servicios de sangrador y aún de comadron de los hospitales de la ciudad.

Sus servicios, aplicados á gente federal, no los cobraba nunca: ni al gobierno por los que prestaba en los hospitales, ni á los particulares que lo llamaban.

Pero cuando se trataba de servir á un unitario, ya la cosa cambiaba de especie.

No solamente cobraba un desatino que era preciso pagarle por temor á una delacion, sino que le sacaba cuanta sangre podia, con la intencion de despacharlos así al otro mundo.

En el cuerpo de serenos gozaba de un gran prestigio.

El famoso Marin lo hacia comer á su mesa y todos los miembros del batallon lo miraban como á un padre.

Porque el sangrador, no solo atendia grátis, sino que daba dinero á sus enfermos más necesitados.

Este mismo cariño que se dispensaba al sangrador habia fastidiado enormemente al bandido Moreira, que no queria hubiera más influencia que la suya.

Cuando se encontraba con el sangrador, le hablaba con dureza, tratando de mortificarlo en cuanto podia.

Sus bromas hirientes llegaron al estremo que Marin reprendió duramente á Moreira, notificándole que cesara en sus impertinencias contra el sangrador.

Con esto solo se consiguió que aumentara el ódio de Moreira y jurara vengarse de él, por lo mismo que por él lo habian reprendido.

Una tarde que Moreira se dirijia á la Boca, segundo teatro de sus iniquidades, se encontró con el sangrador en la calle de Bolívar, donde hoy es el Mercado de Comercio.

El sangrador venia de prestar sus servicios en el hospital, donde habia sido llamado.

En cuanto lo vió, Moreira se dejó caer del caballo y le cerró el paso.

—Amigo barbero, le dijo, me viene usted como queso á los tallarines, porque tenia que pedirle un favor.

El sangrador, poco complacido de aquel encuentro, se metió bajo el brazo su paquete de ventosas y le tendió una mano.

Moreira se la estrechó hasta hacerle crujir los huesos.

—En qué puedo servirle, amigo, dijo, —ya sabe que con los buenos federales soy franco y leal.

—Superior entonces—queria verlo hoy porque ando en un apuro de unos mil pesos y nadie mejor que usted puede sacarme del pantano.

—No sé si tendré tanto en casa, pero lo que tenga está á sus órdenes.

—A mí poco me importa que tenga ó no tenga.

Yo necesito los mil pesos y es preciso que me los dé.

La calle estaba sola, y como convidando para cometer una herejia.

—Pero ¿cómo quiere que se los dé si no los tengo? esclamó el sangrador temblando de miedo ante la espresion feroz del sereno.

Le daré cuanto tenga ahora y el resto mañana ó pasado.

—Ahora mismo, rugió Moreira pelando su enorme daga.

Ante semejante instrumento de sangrias, el barbero se asustó, y en vez de prometer á Moreira lo que pedia, echó á correr con una velocidad de liebre, en direccion al hospital, arrojando tarros, ventosas y cuanto llevaba.

Moreira saltó sobre su caballo y disparó detrás de él.

Lo atropelló con el pingo pisoteándolo, y echándose al suelo en seguida, lo dejó *seco* de una puñalada, degollándolo acto continuo.

Como la escena pasó cerca ya del hospital, los gritos del sangrador fueron sentidos, acudiendo algunos empleados y soldados.

—No es nada! gritó Moreira para evitar que llegaran.

Es un salvaje á quien estoy dando un susto.

Pero ya los que acudian se habian apercibido de que el *asustado* no era otro que el barbero sangrador y el asutador el terrible Moreira.

El cadáver del sangrador fué recogido y llevado al hospital, miéntras el bandido, limpiando su daga, se alejaba al tranco de su caballo.

Dado el cariño y gran estima de que el sangrador gozaba entre la gente federal, su asesinato produjo una gran indignacion en el hospital, primero, y en el cuerpo de serenos, más tarde, á cuyo gefe se mandó dar cuenta de lo sucedido.

Este, deseando verse libre de Moreira, y no treviéndose á castigarlo por su



Degollàndolo acto continuo

sola cuenta, mandó un oficio al gobernador, refiriéndole el asesinato y agregando que el ayudante de serenos Moreira era ya intolerable.

Era ya el tercer ó cuarto federal que asesinaba, y á ese paso, concluiria por atentar á la vida de su mismo gefe.

Ya hasta se cree que Moreira puede obrar de acuerdo con los salvajes unitarios.

A Rosas se lo llevó el diablo cuando leyó esta comunicacion.

El mismo conocia al sangrador y comprendia que perdonar aquel hecho seria dar álas á Moreira, que era capaz de todo.

Además hacia ya tiempo que Rosas sentia la necesidad de verse libre del sereno.

No dudando que lo de Cienfuegos habia sido una farsa que él aceptó porque le convenia, temia que algun dia Moreira fuese á descubrirle y ya varias veces habia tratado de suprimir aquel testigo importuno.

Ninguna coyuntura podia ser mejor que la que se le ofrecia.

Así es que al pié de la misma nota escribió la sentencia de muerte del bandido.

«El gefe del cuerpo de serenos, decia, procederá á arrestar al ayudante Moreira, remitiéndole al cuartel del Retiro, donde será ejecutado á fusil, tan pronto como llegue.»

En seguida redactó otra órden para que la sentencia fuera cumplida tan pronto como llegase el reo al patio del cuartel.

Moreira fué preso así que se presentó al cuartel de los serenos, sin manifestársele el motivo de su prision.

—Ha de ser para asustarme con posturas, dijo, pero para mí no vale un pito.

Y efectivamente Moreira creia que se le prendia para darle un susto, pues jamás se sospechó que Rosas fuera capaz de mandarlo fusilar.

Muy fresco se presentó en el cuartel del Retiro, saludando en el cuerpo de guardia con cierto aire de proteccion é importancia.

Pero apénas hubo llegado al patio un peloton que se hallaba formado frente á la puerta de entrada, apuntó é hizo fuego, sin que Moreira, tomado de sorpresa, pudiera hacer el menor movimiento.

El bandido rodó por el suelo, buscando su daga en la cintura, como si pretendiera defenderse.

Pero allí, en el suelo, fué ultimado de la misma manera bárbara que su víctima Cienfuegos.

La federacion quedó aterrada con el fusilamiento del bandido Moreira, pues se vió que, ni aún siendo federal, se tenia segura la vida.

Cuando Rosas habia hecho fusilar al sereno Moreira, el salvador de su vida, ¿qué no haria con aquellos que ninguna consideracion le merecian?

La turba de bandidos se moderó entonces un poco, teniendo buen cuidado de examinar á sus víctimas que tenian algun punto de contacto con la federacion.

No querian esponerse por un degüello más ó menos, á correr la suerte de Moreira, á quien todos suponian un gran amigo del gobernador, desde que le salvó la vida, y entregó á la justicia el *asesino* Cienfuegos.

Los crímenes cometidos por Rosas para aterrar á sus enemigos políticos y evitar así que tuvieran el coraje de pensar en movimientos contra su gobierno, empezó á darle malos resultados.

Los hombres de corazon empezaron á sentir levantar su espíritu y comprendieron que era preciso hacer algun esfuerzo para derrocar aquella tirania sangrienta.

A ninguno se le escapaba que el menor descuido podia costarles la vida.

Pero con una fé resplandeciente en el corazon, empezaron á conspirar de una manera decidida, á mediados del año 1839.

La empresa era tremenda, pero no imposible para aquellos corazones esforza-

dos que lo sacrificaron todo en honor de la patria.

Veamos cómo se perdió aquel movimiento grandioso.

LOS DOS MAZA

No es nuestra mente comenzar aquí la historia de la revolucion del Sur, ya narrada por el distinguido literato señor Lamas, Carranza y otros.

La tomamos como punto de partida para la muerte de los dos Maza, y narraremos de ella solamente algunos episodios desconocidos hasta ahora, como algunos crímenes que aquellos historiadores no han mencionado.

La revolucion del Sur está ya escrita, y ella no pertenece al dominio de nuestro libro, que aunque es la historia de Rosas, no abarca la historia de toda aquella época, tan llena de sangre, de mártires y verdugos!

Sigamos entonces con lo que hemos llamado *dramas del terror*, tomando de la revolucion del Sur, solamente aquellos que se desarrollaron en su vasto teatro.

El jóven teniente coronel don Ramon Maza, hijo del célebre doctor don Manuel Vicente Maza, presidente de la Sala de Representantes, era en la ciudad el alma de aquella conspiracion formidable.

Maza contaba con elementos de primer órden.

No solo estaba en combinacion con algunos gefes del ejército, como el coronel Granada, sino que los principales caudillos de la campaña Norte se habian comprometido á secundar en toda ella el movimiento que estallara en la ciudad.

Entre las filas federales mismas, habia enemigos irreconciliables de Rosas, que no titubearon un momento ante la invitacion de Maza.

Entre los hacendados del Sur, la revolucion á Rosas era un deber ineludible.

Allí, donde Rosas habia levantado el inmenso prestijio y el ejército que lo trajo al poder, echaba sus cimientos la revolucion que esperaba concluir con su poder inícuo.

Los gefes de aquella histórica cruzada, los iniciadores de aquel movimiento que se juzgaba imposible, porque el Sur era la cuna del poder de Rosas, fueron tan solo las siguientes personas, vivas aún muchas de ellas.

Don Marcelino Martinez Castro, el noble coronel don Matias Ramos Mejía, don Francisco y don Exequiel Ramos Mejía, al señor Madero y don Pedro Castelli, gefe de la revolucion, don Apolinario Barragan, José Ferrari y Leonardo de la Gándara, que fueron vistos por los primeros, como Rico y tantos otros patriotas.

Estos ciudadanos, todos hacendados en el Sur y vecinos de los parajes donde más prestijio habia tenido don Juan Manuel, empezaron á trabajar con todo el ardor del entusiasmo más abnegado.

Don Marcelino Martinez habia venido á la ciudad á conversar con Maza, á nombre de todos sus compañeros, no solo para combinar los dos movimientos, sino para hacerse una manifestacion de los elementos con que cada cual contaba.

Don Marcelino Martinez vuelve al Sur entusiasmado, á poner en conocimiento de sus amigos que todo el poder de Rosas no bastaria á sofocar la revolucion que se preparaba, por los poderosos elementos de que disponia.

El gauchaje de las estancias, abandonado por Rosas á su suerte desde hacia mucho tiempo, se levantaba alegramente al llamado de sus patrones, que nombramos más arriba.

El paisano, consumido por el servicio de las armas y el azote del Juez de Paz, habia abandonado á su primitivo caudillo, y ardiendo en entusiasmo se alistaba en las filas de la revolucion que se preparaba con todo recato, aunque sin el menor temor.

Los mismos pueblos por donde Rosas se habia paseado como un ídolo, como Dolores, Azul, etc., eran hoy revolucionarios, desde el mismo Juez de Paz hasta el último paisano.

Los gauchos, siempre valientes y denodados, hablaban de la revolucion como de cosa hecha, en las pulperias y en sus reuniones, siendo necesario que sus gefes les recomendaran la mayor prudencia y reserva, por el gran riesgo que podian correr ellos y la revolucion, si la trama llegaba á descubrirse ántes de estallar.

Ya contaban con elementos de un poder incontrarrestable.

No tenian que temer ótro peligro que el que representaba una division de línea, que al mando del coronel Nicolás Granada, se hallaba en Tapalqué.

Pero Ramon Maza habia asegurado que el coronel Granada estaba con él, y aunque este defeccionara, no sucederia lo mismo con sus gefes subalternos, en quienes tenia confianza y que debian plegarse á la revolucion desde un principio.

Por consiguiente este peligro mismo habia desaparecido, siendo reemplazado por una esperanza más.

La revolucion, siguiendo el camino que pisaba, hubiera sido coronada por el éxito más brillante.

Pero no faltó el júdas que debia vender al noble jóven Ramon Maza, matando en él al gran nérvio del movimiento é inutilizando todos los trabajos hechos en la ciudad.

Ramon Maza era el tipo opuesto á su primo el feroz Mariano Maza.

Corazon noble y abnegado, patriota por instinto, odiaba á muerte la tirania, que ensangrentaba el suelo de la patria.

Por eso lo vemos poniendo al servicio de la causa de la libertad, su inteligencia, su corazon y todos los poderosos medios de que disponia su persona simpática y querida.

La célebre conjuracion que le costó la vida, nació en su propio cerebro, descubriéndola á algunos amigos, cuando sus trabajos estaban en buen pié de organizacion.

Nos detenemos en estos detalles, porque además de su interés dramático, no se han dado todavia á la publicidad.

Solo los conocen los hombres que vivieron en aquella época, y que se mezclaron á los acontecimientos de la revolucion.

Su amigo de confianza y su secretario, era el jóven Jacinto Peña, con quien consultaba todos sus pasos y medidas.

Ambos sabian concurrir á lo de don Avelino Balcarce, patriota á toda prueba, á quien referian lo avanzado de la grande obra y de quien recibian tambien uno que otro consejo saludable.

Este patriota tenia un verdadero cariño fraternal por Ramon Maza, cuyo valor y prudencia lo tenian admirado.

—No olvides, solia decirle, que en esta partida juegas tu cabeza y la de tus amigos.

Es necesario mucho ojo, porque todo exceso de prudencia seria poco.

Las precauciones de Maza eran tales, que de quien primero se habia guardado como su mayor peligro, era de su propio padre, el doctor don Manuel Vicente.

—Mi padre está entregado á Rosas en cuerpo y alma, decia.

Le pertenece como la sombra al cuerpo, al estremo de que, entre el tirano y yo, sabe Dios con cuál se quedaria.

Prefiero pegarme un tiro á hablar con mi padre una sola palabra de la conjuracion.

Creo que cometeria en ello un delito de traicion á la pátria.

La conjuracion estaba, pues, preparada con suma astucia y meditacion.

Todos los jefes de la ciudad estaban comprometidos de una manera séria, de modo que Maza podia contar con ellos como consigo mismo.

Respecto á la campaña, tenia tanta seguridad como en la ciudad misma.

No contaba con el coronel del Valle, ni con el coronel Granada, pero el primero estaba vencido por el prestigio de Maza, á quien seguiria toda la division, y el coronel Granada tendria que seguir el movimiento revolucionario, impulsado por sus jefes subalternos.

Granada era una insignificancia militar, sin valor y sin prestigio.

Era un elemento que, por su nulidad, convenia más bien hacerlo á un lado en el momento de obrar.

Arregladas así las cosas y en combinacion con los patriotas del Sur, Maza escribió á Lavalle, con quien estaba en correspondencia, señalando al movimiento un dia fijo, dia en que el general debia encontrarse en Buenos Aires á toda costa.

Una sola dificultad faltaba á Maza que vencer, dificultad que, si bien no era un obstáculo á la revolucion, allanada, podria completar el movimiento, haciéndolo más grandioso y brillante.

Se trataba de apoderarse del batallon de marina, que mandaba el bandido Mariano Maza, primo hermano de Ramon, y con quien no era posible contar, ni este se atreveria á abordar, temiendo una traicion.

Pero si Mariano Maza no era abordable, no sucedia lo mismo con su segundo gefe el sargento mayor Martinez Fontes, quien disponia verdaderamente de la oficialidad y de la tropa.

Martinez Fontes era tan querido como odiado Maza, entre la tropa y oficialidad, de modo que, en caso de órdenes diversas, era seguro que el batallon obedeceria las de su segundo gefe.

El secreto estaba entonces en tocar al sargento mayor Martinez Fontes, por una persona de los conjurados que pudiera garantir su silencio en caso de no aceptar.

A ese difícil trabajo dedicó entonces Ramon Maza toda su poderosa actividad.

—

El punto valía la pena de consultarse para no partir de ligero y cometer alguna imprudencia fatal que echara á perder la labor de tanto tiempo.

Despues de consultarse largamente entre Peña y Maza, fueron á ver á su amigo Avelino Balcarce.

—Tenemos el hombre! esclamó este, despues de oir á los conjurados.

Ahora tocar al mayor Martinez Fontes, nadie puede ser más á propósito que su propio padre.

—Pero es que el viejo no está con nosotros, replicó Maza, y para ver nuevos afiliados hay que andar con piés de plomo.

—El viejo no está con ustedes, contestó Balcarce, porque no lo han visto.

En efecto, el viejo Martinez Fontes iba todas las noches al escritorio de Balcarce.

Allí se reunian varios patriotas á desahogarse contra la marcha infamante y criminal del gobierno.

Y era Martinez Fontes el que más indignado se mostraba y el que más predicaba la idea de un movimiento revolucionario que tumbase aquella tirania.

—¿Cómo no creer que se afiliara á los conjurados y se prestara á trabajar el espíritu de su hijo, para traerlo al camino de la gloria?

Martinez Fontes no habia cometido jamás acto por el cual pudiera tachársele de verdadero federal.

Lo era, como todos, lo suficiente para salvar el pezcuezo y nada más.

No habia entonces motivos para desconfiar de él, ni mucho ménos para creerlo capaz de cometer una traicion infame.

Estos fueron los antecedentes que dió Balcarce del viejo Martinez Fontes, antecedentes por los cuales los conjurados decidieron abordarlo.

—Me parece prudente, dijo entonces el precavido Maza, que lo tantee usted primero, para ver como se halla dispuesto á la revolucion.

Dado el caso de que la acepte de una

manera decidida, entonces podrá verse conmigo y arreglar el asunto.

Ante todo, ruego á usted la mayor reserva, no por mí, sinó por los amigos que juegan la cabeza.

Yo solo debó aparecer por ahora, pues es lo que conviene.

Hecho este arreglo, Maza y Peña se retiraron, quedando en verse la noche siguiente.

Esa misma noche, como todas las anteriores, cayó Martinez Fontes al escritorio de Balcarce.

Provocado por este, empezó á echar pestes contra la tirania, en términos que no dejaron duda de sus sentimientos patrióticos.

Balcarce lo abordó entonces, aunque con cierta reserva.

—Me han visto, le dijo, para entrar en un movimiento contra Rosas, movimiento de rápidos y seguros y resultados.

A mi no me gusta mezclarme en estas cosas, pero antes de contestar definitivamente he querido hablar con usted, á ver qué le parece.

—De mil amores! esclamó Martinez, dando á Balcarce un fuerte abrazo.

Conteste por usted y por mí, pues yo me ofrezco desde ya en lo poco que valgo y con toda la efusion de mi alma.

—Usted vale más de lo que se figura, respondió Balcarce, animado con aquella respuesta.

Olvida usted que su hijo dispone de un batallon?

—Que me he de olvidar!

Con hijo ó sin hijo, pertenezco desde ahora mismo á la revolucion.

El trabajo no podia haber dado resultados más brillantes.

Alegre Balcarce con la buena noticia que iba á dar á sus amigos, despidió á Martinez Fontez con estas palabras:

—Mañana á las siete han de volver á verme, para que les dé mi contestacion categórica.

Véngase usted á esa misma hora y yo lo pondré en contacto con la persona que me ha visto, porque yo, francamente, no estoy bien decidido.

Tengo miedo!

—Déjese de esas cosas, amigo mio.

Si el movimiento es sério y seguro, metámonos hasta el cogote, que la patria necesita el esfuerzo de todos.

Martinez Fontes se retiró y Balcarce, despues que cerró su escritorio, se fué á casa de Maza.

Tenia prisa en llevarle la buena noticia, que tal vez importaba la conquista del batallon de marina.

Y con este cuerpo, todas las tropas que habia en la ciudad, sin escepcion de un solo soldado, pertenecian á la conjuracion.

Este era el bello ídeal de Ramon Maza, pues la revolucion no costaria una sola gota de sangre patriota no habiendo quien hiciera fuego sobre ellos.

Ramon Maza vivia con su señora en la calle de Maipú, ocupando un solo departamento de la casa, que constaba de cuatro piezas.

En el otro departamento vivia el imbécil de Juan Rosas, casado tambien, con la hermana de la muger de Maza.

La vecindad de aquel cretino, mortificaba á Maza de una manera terrible, porque lo obligaba á obrar con estremo sigilo.

Pero no habia querido cambiar de domicilio, para aparecer más ligado aún á la familia de Rosas y á la causa de la federacion.

Recibia sus visitas en la pieza que tenia puerta al zaguan, usando de las mayores precauciones.

Su asistente, viejo veterano que le tenia una idolatria ciega, era el encargado de cuidar disimuladamente que nadie fuera á escuchar lo que pasaba en la habitacion.

Tenian una señal convenida para ser prevenidos, de manera que el espia no

pudiera apercibirse que habia sido sentido.

Era en aquella piezita donde Maza se reunia noche á noche con Peña, y donde recibia á los conjurados de quienes nada podia temerse respecto á sigilo.

Los demás elementos los manejaba él por medio de cartas indescifrables para aquel que no estuviera en los secretos de aquel vasto y bien preparado movimiento.

Allí fué Balcarce, radiante de gozo, á dar cuenta de su mision.

—Contamos con el hombre en cuerpo y alma, dijo.

Y refirió en seguida el diálogo que habia tenido con Martinez Fontes.

—Su prudencia ha sido esquisita, dijo Maza estrechando fuertemente la mano de su amigo.

Con el batallon de marina, nuestro, agregó radiante de entusiasmo, la revolucion no costará una sola gota de sangre patriota.

Ya sabe usted que mi plan es atar á Rosas en su propio despacho, no haciéndole mal alguno.

Que juzguen y castiguen sus delitos los tribunales que deban hacerlo, porque nuestra mision es salvar á la patria sin matar, solo que no se la pueda salvar si no matando.

No sé por qué tengo fé en la realizacion de mi plan, tal cual lo he trazado.

Hay algo misterioso que así lo dice á mi corazon.

Sin el batallon de marina la revolucion será siempre un hecho triunfante, pero entonces será preciso someterle por las armas y la muerte de muchos inocentes tendria que producirse de una manera fatal.

Despues de conversar un largo rato y repasar todos los poderosos elementos con que se contaba, Balcarce se retiró, conviniendo en que á la noche siguiente volveria con el viejo Martinez Fontes.

Era este un original cuyo traje llamaba fuertemente la atencion, haciéndose conocer desde largas distancias.

Padre de un gefe de toda la confianza de Rosas é íntimo amigo de Mariano Maza, especie de verdugo de la tirania, el viejo Martinez Fontes pasaba por un federal cumplido y en toda regla, de los que más tarde habian de llamarse federales *netos y adivinos.*

En aquellos tiempos en que todos los habitantes de la ciudad, sin distincion de posicion y fortuna, andaban de poncho, porque era el traje federal, Martinez Fontes se permitia usar una capa ridícula por su forma y su largo, que apénas llegaba á taparle la rabadilla.

Con aquella capita y su aire rechoncho y desconfiado, el buen vejete tenia todo el aspecto de un judio cordobés.

Este traje era completado con la chaqueta obligatoria y el chaleco punzó, el sombrero alto, que no todos usaban, y la correspondiente exajerada coleccion de divisas de todos tamaños y de todas formas.

Con semejante uniforme de federal intransijente, el viejo Fontes tenia todo el aspecto de aquellos rosistas furiosos de los que aún han quedado algunos ejemplares esquisitos.

A la noche siguiente de la entrevista que hemos narrado, se presentó á la hora exacta en casa de Balcarce, el viejo cuyo perfil original hemos trazado.

—No ha venido, dijo Balcarce en cuanto lo vió, pero me ha mandado decir que me espera.

Conforme á lo que usted me dijo anoche, he respondido que iria con un amigo más, por lo que en vez de decir me espera, he debído decir: nos espera.

—Pues andando, amigo, concluyó Fontes, y dando un cuarto de revuelo á su ridícula capa, salió con Balcarce en direccion á lo de Maza.

Este los esperaba con su inseparable Peña, el que fingió que se despedia y salia, para dejarlos en mayor libertad.

Balcarce, despues de estar un cuarto de hora hablando de la conveniencia de la revolucion, se retiró tambien, manifestando que lo hacia por tener que atender à su negocio.

—De todos modos, dijo al salir, ya sabe que quedo de acuerdo y acepto cuanto se haga.

Mañana me darán noticias.

Quedaron solos Ramon Maza y Martinez Fontes.

—Desde que usted está aquì, traido por Balcarce, dijo el primero, sabe de lo que se trata y acepta en ello una parte.

—Ya lo creo! y de corazon, contestó el viejo.

Mi amigo Balcarce, dirá á usted cómo pienso á este respecto.

—Superior.

—Se trata entónces de una revolucion, preparada ya con poderosos elementos, en la que usted puede ser un elemento de primera fuerza.

—Poco valgo, pero ese poco estarà al servicio de ustedes.

—No diga ustedes, pues por ahora soy yo el único jefe y cabeza, lo que no quiere decir que mañana no sean mas.

El noble Maza, receloso todavia, hacia recaer sobre sì únicamente toda la culpa, en prevision de que pudiera ser traicionado.

—Usted, añadiò, puede prestar á la gran causa bajo cuya bandera se alista, un servicio de primera importancia.

—Escucho á usted con verdadera ansiedad.

—La revolucion necesita la cooperacion del Batallon de Marina.

Creo que mi primo estará siempre á favor de Rosas, por lo que conceptúo que es inútil verlo.

Pero tengo la seguridad de que el mayor Martinez Fontes dispone del cuerpo más que mi primo mismo.

Es necesario tocarlo, y nadie más que usted, porque podrá decidirlo á aceptar, y si no acepta, èl nunca delataria un movimiento en que está complicado su padre, y nada se habria perdido asì.

—Mañana mismo verè á mi hijo y desde ya puedo anticiparle que aceptará.

Me prêcio de conocer su corazon y los sentimientos de su espìritu.

Ahora, agregó, podrè saber cuáles son los elementos con que contamos?

—Me es imposible decirlo á usted antes de saber si contamos, ó mejor dicho, si cuento con su hijo.

Decir más de lo dicho ya, seria una imprudencia que me desconceptuaria ante sus propios ojos.

—Tiene usted razon, y ahora veo que se puede jugar francamente la cabeza, con un jefe de tal prudencia.

Mañana mismo hablo con mi hijo y à la noche traeré la contestacion aquí mismo—á qué hora?

—A las nueve lo esperarè.

Martinez Fontes se despidió, asegurando que era aquella la noche de más íntima alegria que habia pasado hasta entónces y estrechando efusivamente la mano leal de Maza.

Este no habia quedado enteramente satisfecho.

Sin poder esplicar la causa, aquel hombre le inspiraba una desconfianza invencible.

Su catadura, á mitad cubierta por aquella capita, y su fisonomia poco abierta, le hacian temer vagamente una traicion.

Pero ya no era posible retroceder.

Asì lo manifestó à Peña y Balcarce; quienes combatieron sus temores infundados.

—Es un patriota decidido, dijo el último, y mañana tendrás la prueba.

—Quiera Dios que me equivoque, aunque con êl, solo yo serè el comprometido.

Sigamos nosotros á Martinez Fontes.

Cuando salió de lo de Maza, se detuvo un momento en la esquina para observar si era seguido.

Viendo que nadie más salia de la casa, siguió adelante, doblò la calle de Belgrano y dando un rodeo se entró á casa del Coronel Corvalán, edecan de toda confianza de Rosas.

Corvalán estaba solo en aquel momento, asì es que pudo recibirlo en el acto.

—A qué debo el placer de verlo aqui á hora tan avanzada? preguntó el militar fijando en el vejete su penetrante mirada.

—Vengo nada menos que ha salvar la vida del ilustre restaurador y la de usted mismo, respondió el vejete con aire agitado.

Hay una gran conspiracion encabezada por Ramon Maza, que debe estallar de un momento à otro.

Cuentan con poderosos elementos para dar el golpe y yo vengo é cumplir con el deber de dar el hilo de esta inicua trama.

—Demonios! esclamó Corvalán—està usted seguro, hombre, de lo que dice?

—Vaya si lo estoy! como que acabo de ser visto para formar parte en ella!

Corvalan, agitadísimo, pidió á Fontes que le refiriera detalladamente lo que sabia.

Este entónces, dándose una importancia descomunal, refirió hasta en su menor incidente la conversacion que acababa de tener con el patriota Ramon Maza, à quien empezó por llamar el miserable salvaje unitario.

Para dar mayor importancia á la delacion, Fontes agregaba que la revolucion debia estallar de un momento á otro, pues lo ùnico que se esperaba era la respuesta que èl debia llevarles de su hijo.

Es preciso avisar inmediatamente al Gobierno, esclamó Corvalán sumamente agitado.

Espèreme usted aquì, que tal vez quiera hablar con usted el señor Gobernador.

Corvalàn tomó su kepì y salió à paso de trote en direccion á casa de Rosas.

Ahora bien, què se habia propuesto aquel hombre al hacer aquella delacion cobarde è inesplicable?

El no era federal ni siquiera amigo particular de Rosas.

Lo hacia por obtener alguna recompensa ó era simplemente el deseo de hacer mal?

Esto es por ahora un misterio.

Se conoce la traicion cobarde de aquel hombre, pero nó los móviles que lo impulsaron á cometerla.

Corvalán llegó hasta donde estaba Rosas, rodeado de adulones serviles, y le dijo al oido dos palabras.

En seguida el gobernador y un edecan salieron del salon encerrándose en el despacho.

Allì Corvalán, agitadìsimo, refirió cuanto acababa de decirle Martinez Fontes.

—Si V. E. quiere verlo á el mismo è interrogarle, lo iré á buscar pues me espera en casa.

El tirano se puso lívido y permaneció largo rato como embargado por su meditacion.

Rosas, aunque sumamente violento, era un hombre muy sagaz y muy hábil para la ejecucion de sus planes.

—Nada hago, exclamó de pronto, con la cabeza del traidor Ramon Maza y la de su padre, que será su cómplice.

Quiero las cabezas de todos y las tendrê.

Y al decir esto dió un puñetazo sobre el escritorio y soltó una criollada que hizo estremecer á su edecan.

—Nada hacemos con un hilo, prosiguió, yo quiero el ovillo, todo entero, sin faltarme una sola hebra!

—Qué debo decir al señor Martinez Fontes? preguntó el edecan tímidamente, al ver el creciente furor que iba dominando á Rosas.

Este hizo girar ferozmente en la órbita su azulada pupila y repuso:

—Dirá usted á ese traidor que conteste que sí—que su hijo se compromete y que pide dinero.

Dígale que es preciso que me averigüe los nombres de todos, porque yo no quiero delaciones á medias y que se maneje de modo á desempeñar bien su papel, teniéndolo al corriente de lo que vaya averiguando.

En el desprecio con que lo trató el dictador, tuvo Fontes su primera recompensa.

Su accion habia dado asco al mismo á quien beneficiaba.

Corvalán volvió con aquella respuesta que dejó helado al traidor, mientras Rosas quedaba meditando un plan para apoderarse de todos los conjurados.

Astuto hasta la exageracion, no tomó ninguna medida ni precaucion que pudiera alarmar á los revolucionarios haciéndoles ver que poseia su secreto.

—No me crée porque tiene sin duda mucha fé en Maza, dijo al oir la respuesta que le daba Corvalán.

Tendrá que creerlo á su pesar, concluyó, porque yo le daré las pruebas indudables.

Y se retiró quedando en volver á la siguiente noche, despues de haber hablado con Maza y sacádole cuanto pudiese.

—Qué lo moverá á este hombre á cometer esta traicion tan infame? pensó Corvalán al ver salir al viejo embozado á medias en su célebre capa.

Veremos en qué pára todo esto!

Pobre Maza! verdad ó mentira, esta delacion le va á costar la cabeza!

Martinez Fontes se retiró á su casa, de donde no salió hasta la noche siguiente á la hora indicada por Maza.

En lo que ménos habia pensado, por supuesto, habia sido en ver á su hijo.

Ramon Maza lo esperaba solo, como la noche anterior.

El viejo traidor le estrechó la mano con la mayor efusion que le fué posible.

—Tengo las mejores noticias que darle, dijo apénas hubo concluido de saludarlo.

Por eso vengo medio trastornado de alegría.

Maza lo hizo sentar, y con toda cortesía y miramiento le rogó le refiriera aquellas buenas noticias.

—Mi hijo, dijo Fontes, acepta la idea con entusiasmo extremo.

Me ha encargado diga á usted que puede contar hasta con su última gota de sangre.

Fuera de la persona del jefe, responde del batallon hasta el último soldado.

Mas, hay un pero, que, me dijo, usted como hombre práctico comprenderá bien.

Dice que necesita dinero para concluir de decidir á los que anden remolones, dinero que él supliria si lo tuviera en el momento.

—Diga usted al mayor Martinez Fontes, contestó el noble jóven, que á la revolucion le sobra dinero, como le sobran hombres.

Que mande decir tan pronto como le sea posible la suma que necesita, para remitírsela.

—Entónces no hay ningun obstáculo que se oponga à su deseo.

Puedo asegurar desde ya, que el batallon de marina pertenece à la revolucion.

Maza, que no habia perdido su desconfianza, no dejó de extrañar que el hijo se hubiese entregado tan pronto, sin preguntar nada.

Y llamó tambien su atencion aquel pedido, porque conocia la delicadeza del jóven mayor, que disponiendo del

batallon à su antojo, no necesitaba para decidirlo de un solo peso.

Y mayor fué aún su desconfianza cuando Martinez Fontes, despues de pintar exageradamente el entusiasmo de su hijo, hizo esta pregunta:

—¿Y cuàles son los jefes que dirigirán el movimiento en la campaña?

No me supongo que la cosa sea aquí sólamente en la ciudad.

—Yo, y siempre yo, replicó el noble jóven.

Si yo tengo el derecho de jugar con mi cabeza, no tengo el mismo derecho con la de mis amigos.

Si por casualidad la traicion llegara á vendernos, añadió fijando en el viejo su mirada hidalga y serena, será mi cabeza la única que ruede.

A los demas, si los hay, no podrá tocárseles un cabello.

Esto lo juro yo por el nombre que llevo.

No tengo miedo por ahora de que nadie me traicione — pero si sucede, caiga la traicion sobre mi sola cabeza.

Martinez Fontes, quedó medio descompuesto ante esta respuesta, pero no abandonó el puesto.

Era preciso llevar á Rosas nuevos datos y nuevos nombres, pensaba el pérfido, y no encuentro cómo salir del paso ni del atolladero en que me hallo, porque aquel bárbaro por lo ménos es capaz de mandarme azotar y destinarme á un cuerpo de línea.

—No creo que haya en nuestras filas quien nos traicione, contestó, y supongo que caro le habia de costar al que lo hiciera.

—Caro ó barato, no se remediaria el mal.

Prefiero entónces quedarme en mi habitual reserva y no esponer á ningun mal una causa que no es mia sinó de la patria.

—Por lo ménos, insistió Fontes, mi hijo quiere conocer qué jefes más toman parte con sus cuerpos en la revolucion.

Esto es natural.

El no lo exige, pero cree que seria bueno ponerse de acuerdo con todos ellos.

—Los jefes que toman parte, respondió Maza observando la atencion con que lo escuchaba su interlocutor, hasta en el menor movimiento, son, yo y nadie más que yo.

Ya he dicho á usted que no quiero exponer más cabeza que la mia.

Ahora, el dia que vaya á estallar la revolucion, cada afiliado conocerá todos los demas compañeros.

Con aquella pregunta, Maza se afirmó mas en la desconfianza que tenia sin saber por qué.

—Es original, pensaba, pero yo tengo algo ahí, en el corazon, que me hace desconfiar de este hombre, hasta creerlo un traidor.

Y si esto, por desgracia, resulta cierto, la revolucion queda perdida por el momento.

Fontes tuvo que retirarse aquella noche, sin haber obtenido nada de lo que se proponia.

—Se desconfia de mí, pensó.

Es preciso entónces cambiar de táctica, porque ahora no tengo más remedio que cumplir con aquellos.

Es preciso entónces borrar la desconfianza que he inspirado.

Martinez Fontes salió de lo de Maza y, como la noche anterior, se detuvo en la esquina para observar si era seguido, pero como la noche anterior, nadie salió en su observacion. El pérfido viejo dobló la calle Rivadavia para dar un rodeo, y tomando la calle de Chacabuco, se metió en la casa del coronel Corvalán.

Pero fué ménos afortunado que la noche anterior.

El edecan estaba de servicio en casa del gobernador, segun se lo manifestó el asistente, añadiendo que iria á buscarlo.

El coronel Corvalán tenia un hijo estudiante, doctor hoy, que, como toda la juventud de aquel tiempo, era implacable enemigo de la tiranía.

Aunque en silencio, conspiraba como conspiraban todos los jóvenes.

Corvalán estaba ligado con Ramon Maza, á cuya conjuracion pertenecia.

Cuando Martinez Fontes entró á la casa, el jóven Corvalán estaba estudiando en su pieza, que tenia dos ventanas cuadrando el patio, una de las cuales venia á quedar frente con el zaguan.

Al ver un tipo que entraba al zaguan precipitadamente y hablaba al asistente de su padre con cierta agitacion, quiso por lo ménos filiar el tipo, por si acaso era necesario estar sobre aviso.

Con este fin apagó su vela, y se puso á observar aquel tipo, cuya capa y catadura llamaron su atencion desde el primer momento.

Un momento despues vino el asistente á avisarle que la casa quedaba sola, pues él iba á llamar al coronel.

Este llamado tan urgente y fuera de horas, puso más en cuidado al jóven, que quedó en su punto de acecho, puesto que el tipo no se movió del patio, evitando siempre ser visto de la calle.

Poco despues llegaba el coronel Corvalán mostrando en su agitacion que habia andado de prisa.

——

En cuanto entró Corvalán, se metió con el viejo á su escritorio, cerrando la puerta con pasador, cosa que nunca habia sucedido con nadie.

—Aquí hay perro, pensó el jóven: observemos.

Este viejo tan mal entrazado se me ha clavado en el corazon.

El jóven Corvalán tenia mucho respeto por su padre y pudiendo hacerlo con facilidad, no quiso espiar lo que hablaban.

No tenia más que una sospecha infundada y esto no era suficiente para autorizarlo á violar los secretos de una conversacion tenida con su señor padre.

Decidió, pues, esperar y estar á la pesca de lo que la casualidad pudiera hacerle conocer.

El viejo traidor, entre tanto, muy mohino y compungido, decia al edecan de Rosas:

—Me parece que me han sentido

Ese diablo de Maza es más desconfiado que un zorro y no ha querido comunicarme nada de nuevo.

—Usted no habrá andado con prudencia.

—Con toda la que me ha sido posible, pero antes de decirme quienes son los demas, quiere ver comprometído á mi hijo.

—Es preciso entónces comprometerlo.

Digales que él no vá por no hacerse notable pero que acepta el movimiento.

En fin, mi amigo, usted es demasiado vivo para saber cómo debe manejarse.

No olvide que usted está ya comprometido y que es preciso que averigüe algo mas, por lo menos el nombre de los cabecillas.

Martinez Fontes empezaba á arrepentirse de su accion, no por lo miserable de ella, ni por las consecuencias que podia tener, sinó porque tropezaba con dificultades que no sospechó al delatar la conspiracion,

—Mañana volveré á tantear al hombre, dijo, y volverè á informarlo del resultado.

El coronel Corvalán abrió la puerta y acompañó al traidor hasta el zaguan, sin sospecharse que su hijo estaba en el pátio.

Eran ya las dos de la mañana.

—Conque, dijo Corvalan despidiéndolo, haga lo posible por descubrir aunque solo sea los principales.

—No omitiré esfuerzo—hasta mañana.

—Hasta mañana.

El jóven Corvalán, que escuchó este último diàlogo, no tuvo duda ya de que se trataba de una delacion.

—Tal vez sea contra Maza, pensó, y es preciso no perder tiempo en referirle lo que ha pasado.

Fué á su cuarto, tomó el sombrero, y solió de la casa con gran sigilo.

El asistente, que dormia en el zaguan lo vió pasar, y sonrió bondadosamente ante estas palabras del jóven:

—Que nadie sepa que he salido, Gregorio, que ando en unos amores de patente.

Despues te contaré lo que hay porque estoy apurado.

Causa de ese maldito viejo, que ha entretenido á mi padre, me estoy haciendo esperar hace ya una hora.

—Vaya no más tranquilo, mi general—dijo el leal soldado, y dió media vuelta sobre su colchon.

¿Cuál es el asistente que no mira como cosa suya á los hijos de su jefe?

El jóven Corvalan en dos minutos estuvo á la puerta de Maza, que encontró cerrada.

Pero llamó sigilosamente á la ventana de aquella salita donde hemos visto entrar dos veces á Fontes, y no tardaron en responderle.

Ramon Maza trabajaba aun con su amigo Peña.

Cuando Corvalán se hizo conocer, el mismo Maza salió á abrirle, haciéndolo entrar rápidamente.

—Qué milagro á estas horas! preguntó—qué te sucede?

—A mí nada, pero creo que á usted sí.

Vengo á imponerlo de una cosa que he visto esta noche, y que me parece le toca muy de cerca.

—Vamos á ver qué es ello.

hombre que ha permanecido más de dos horas encerrado con mi padre.

Yo no sé por qué, pero se me ha puesto que la visita de aquel hombre se relaciona con usted.

Al despedirse han dicho esto, y el jóven refirió el corto diálogo que habia oido; y yo me he decidido á venir, porque entónces mi sospecha se ha convertido en certeza.

—Y quién es el tipo? preguntó Maza algo alarmado.

—No le sé, pues es la primer vez que lo veo.

—Qué señas tenia ese hombre, puede ser que por ellas lo saquemos.

El jóven Corvalán hizo una exacta descripcion del hombre que ya conocemos.

Por estas señas y por la capa, sobre todo, no podia ser otro que Martinez Fontes.

—¿Y á qué hora fué á tu casa?

—Serian las once, ó tal vez las once y media.

Mi padre no habia venido, pero lo fueron á buscar.

—Martinez Fontes! esclamó Maza golpeándose la frente con desesperacion.

Esa es más ó menos la hora en que salió de aquì.

Bien dije yo que ese hombre nos iba á vender, pues su cara acusaba al traidor, desde el primer momento.

Felizmente nada se le ha dicho y solo sabe que yo encabezo la conspiracion.

Acabas de prestarme un servicio que me importa más que la vida, dijo Maza al jóven Corvalan estrechándole la mano.

Gracias con toda mi alma.

Ahora, si es posible avisarme cada vez que vuelva allí, lo agradecerè doblemente.

El noble jòven se retiró con las mismas precauciones que habia tomado.

—Miserable traidor! esclamó Maza cuando el jóven hubo salido.

Es preciso apresurar el golpe, para

darlo antes que se nos echen encima.

Felizmente solo yo soy el comprometido, y está todo tan bien arreglado, que cualquiera puede ponerse á la cabeza del movimiento, en caso que me inutilicen.

Razon tenia yo para desconfiar de aquel viejo.

No sê por qué su mirada vacilante y movible siempre, me habia hecho precaver desde un principio contra aquel hombre.

Ah, miserable! ni con la cabeza paga el crìmen que comete.

Maza comprendió que era preciso parar el golpe.

Y para pararlo no encontró otro remedio que precipitar el movimiento.

Aquella misma noche escribió una carta al general Lavalle, que le fué remitida al siguiente dia.

En ella Maza le prevenia que estaban descubiertos, y que en consecuencia no habia tiempo que perder.

Para hacer la revolucion y triunfar, sobran aquì elementos.

Garanto que no se necesita un solo hombre más.

Es preciso que usted venga inmediatamente aunque solo sea acompañado de dos ó tres oficiales.

Venga cuanto antes, para ponerse al frente de la gran revolucion.

En cuanto usted llegue, yo doy el grito y me apodero de la ciudad; no tenga duda, general.

Venga, pues, ganando horas porque descubierto, si la revolucion no se anticipa, habré caido en poder del que hoy tanto me aborrece.

En cuanto el general Lavalle recibió la carta de Maza y se hubo impuesto de su contenido, la pasó al patriota don Valentin Alsina, que la leyó llorando de entusiasmo.

—Siempre sostuve yo que ese jóven seria una gran cosa, dijo.

Ya lo verán más adelante.

Aquella carta debia ser fatal para Maza—de peores consecuencias, aún, que la misma delacion de Martinez Fontes.

La esposa de don Valentin Alsina éra una señora tan patriota como su marido, aunque más entusiasta, si es posible.

En cuanto don Valentin la impuso de la carta refiriéndole su contenido, la señora doña María Antonia tomó su tapado y se fué á la casa de sus amigas unitarias.

En el acto les dijo que pronto caeria Rosas, debido á la conjuracion de Ramon Maza.

Y en seguida dió el detalle de lo que decia la carta, añadiendo que, en cuanto Lavalle pisara á Buenos Aires, la revolucion seria un hecho consumado y un triunfo seguro, dados los elementos con que contaba Maza.

Siendo Montevideo el foco de las tramas contra su gobierno, pues hasta un Comité unitario habia, Rosas tenia allí dos ó tres espias de su mayor confianza, que lo imponian de cuanto sucedia.

Gente bien colocada, se metia en todas partes imponiéndose de cuanta conversacion podia relacionarse con la tirania.

De unitaria en unitaria, el contenido de la carta de Ramon Maza corrió con la celeridad del rayo.

Ya en Montevideo no era un misterio la caida de Rosas, debido á la conjuracion Maza.

El general Lavalle preparó su espedicion anunciando al patriota su próximo desembarque.

Los agentes de la tirania conocieron el texto de la carta, se metieron entre las filas unitarias que, radiantes de entusiasmo, se preparaban al combate, y obtuvieron cuanto dato les era necesario.

Al dia siguiente Rosas recibia una

cópia de la carta de Maza y todos los detalles de la conjuracion.

Ya no era posible esperar más.

Era preciso prender á Maza sobre tablas, puesto que el movimiento podia estallar de un momento á otro.

Se preparó entónces la trampa donde se le debia hacer caer.

Maza era un hombre precavido y sagaz— no era posible entónces que tuviese en su casa ó consigo papeles que lo comprometieran.

Era necesario ponérselos, y Juancito Rosas, el imbécil, fué el encargado de esta maldad.

El Grito Argentino era el diario que los unitarios publicaban en Montevideo, diario que se enviaba á Buenos Aires con gran profusion.

Un atado de estos diarios fué colocado á la puerta de la salita de Maza, durante la noche, por el mismo Juancito.

A la madrugada, cuando su asistente fué á llevarle el mate, vió el paquete y lo llevó á su jefe.

—Este paquetito, señor, estaba á la puerta del cuarto.

—*Gritos!* esclamó el astuto Maza— ya sé lo que es.

Y empezó á levantarse á prisa, pues era precisamente el dia que habia fijado para ponerse en campaña.

Mandó con el asistente un caballo á casa de Peña, y le ordenó que llevase el otro á Flores y lo esperara allí donde pensaba llegar á medio dia.

El asistente salió á cumplir la órden, y Maza, vestido ya, salió con el atado de *Gritos* bajo el brazo.

Cuando estuvo en la calle notó que dos vigilantes y un sereno se ponian en su seguimiento.

—Es necesario despistar á estos, pensó, y la mejor manera de hacerlo es meterse al foco enemigo.

Tomó la calle de Chacabuco, que dobló á la altura de Potosí, y se metió á casa de doña María Josefa, la terrible doña María Josefa, de sangrienta memoria.

Allí estuvo un largo rato hablando de las infamias que cometian los salvajes unitarios contra el paternal gobierno de Rosas.

—¿No tiene nada que encargarme? preguntó.

Yo me voy esta tarde á Flores, para regresar mañana temprano.

Doña María Josefa hizo algunos encargos y Maza se despidió.

Cuando salió á la calle, observó con sumo cuidado en todas direcciones.

Los vigilantes que lo seguian no estaban ya allí.

O los habia despistado ó habian ido á dar cuenta.

Tomó apresuradamente el camino de la casa de Peña, siempre con el atado de *Gritos* bajo el brazo.

—Todavia aquí? preguntó Peña—ah! Ramon! tú estás jugando con tu cabeza.

El jóven refirió entónces el encuentro de los diarios y la vijilancia de que habia sido objeto, por cuya causa tuvo que entrarse á lo de doña María Josefa.

—Pronto á caballo, le dijo Peña, no te quedes un minuto más aquí, porque un segundo más, tal vez, puede costarte la vida.

—Me voy ahora mismo, repuso, pero antes tengo que ir á la Policia á llevar estos *Gritos*.

—No seas loco, te van á poner preso.

—Qué esperanza! no sabes lo bruta que es esta gente!

Con la entrega de los diarios, borro cualquier desconfianza que puedan tener y me voy en el acto.

Peña hizo lo posible por disuadir á Maza, pero todo fué inútil.

El jóven creia que con aquel paso iba á desconcertar todas las sospechas que contra él se abrigaban, las que no

debian ser muy vehementes, cuando no habian tratado de prenderlo ya.

Maza se dirijió á la Policia y fué introducido á los altos, donde es hoy la Municipalidad, y donde se halla el Jefe de Policia, quien tenia instrucciones al respecto, pues ellos esperaban que Maza se presentaria á entregar los *Gritos*, como todo buen federal.

–Adelante, Ramoncito, le dijo el Gefe así que lo vió– qué novedad te trae por aquí?

Maza se sentó y espuso el objeto de su visita, entregando el paquete de diarios.

El Gefe de Policia habia hecho ya una señal convenida, cuando entró Maza, y dos empleados habian venido poco despues.

–Siento mucho decírtelo, Ramoncito, esclamó el Gefe, pero tengo que cumplir una òrden contra tí.

—Y esa órden, preguntó Maza, arrepentido ya de su visita, la puedo conocer?

—En el acto, puesto que hay que cumplirla.

A ver, añadió, que entre ese.

En el acto se presentó un herrero, que sin duda esperaba en la pieza de al lado, armado de una enorme barra de grillos y acompañado de cuatro vigilantes.

No habia resistencia posible, y así lo comprendió Maza, conformándose con su fatal destino.

Media hora despues se hallaba en el calabozo de la cárcel.

—Y no se ha tocado la campaña Sur? preguntó Rosas con visible temor cuando se le llevó esa noticia.

—No debe haberse tocado porque lo sabria yo, respondió Corvalán refiriéndose á los informes de Fontes.

—Ah! mis leales del Sur me habrian avisado! esclamó.

Allì es donde está el verdadero partido, los hombres que me quieren y que me son adictos hasta el mayor sacrificio.

Si hubieran hecho trabajos por allí, no seria usted indudablemente quien me diera el primer aviso!

Y el doctor Maza, qué parte tiene en el movimiento?

¿Cuál es la razon que alega para querer hacerme caer del poder y entregarme inerme á la saña feroz de los salvajes unitarios?

—El doctor Maza, replicó Corvalán, refiriéndose siempre á la delacion de Martinez Fontes, ignora todo lo que ha hecho y lo que proyecta Ramon.

Este ha tenido miedo de la lealtad de su padre y se lo ha ocultado todo.

—Imposible es que el hijo esté mezclado en un crímen semejante sin que lo sepa el padre.

Ah! víboras! no llegareis á morderme el corazon.

—Puedo asegurar á V. E. que el doctor Maza está completamente ageno á esta traicion.

Ramon ha sabido ocultárselo todo.

Yo he venido aquí á poner en conocimiento del gobierno, me dijo Martinez Fontes, el crímen que se trata de ejecutar, sin la idea de salvar uno solo de los cómplices.

Ellos son reos de un crímen horroroso; pues que reciban el castigo que han merecido!

—Está bien, dijo Rosas.

Tenga usted entendido que seré inexorable si me engañan.

Fué recien entónces que Rosas se enfureció de una manera terrible.

Dió de patadas á sus escribientes de secretarìa, que tenia ocupados en ese momento, y desmayó de un puñetazo al padre Viguá, que al verlo furioso, habia venido á hacerle una bufonada.

El tirano recorria á grandes pasos la habitacion, despidiendo fuego por aquellos ojos celestes, que en ese momento daban á su hermosa fisonomía

una expresion de fiera hambrienta.

—Los Maza! esclamaba arrojando su gorra de pastel.

Los Maza! que me lo deben todo y en cuya lealtad cometia la estupidez de creer!

Ah! pero el castigo va á ser tal, que no creo que nadie se atreva á conspirar en adelante.

Entre tanto, la prision de Ramon Maza habia levantado una verdadera tormenta.

Los federales no sabian què pensar y comentaban el suceso sin podérselo esplicar, mientras los cómplices del movimiento buscaban su salvacion saliendo á la campaña para buscar la incorporacion de los conjurados allí, los unos, y embarcándose los que podian hacerlo.

Era seguro para ellos que, desde que Maza estaba preso, era porque todo estaba descubierto, siendo lógico suponer que ellos no tardarian en serlo; pues Rosas debia estar al corriente de todo el plan.

Era preciso entonces ganar tiempo para salvar la cabeza.

Si el tirano no se hubiera dejado enceguecer por la ira, probablemente ninguno de ellos escapa.

Pero mientras èl meditaba su venganza, les dió más tiempo del necesario para ponerse en salvo.

Pasados los primeros momentos de ira, Rosas envió á buscar al padre de Maza, para ponerlo al corriente de lo que sucedia y tratar de sorprender en su cara el secreto de si era ó no ajeno á la conspiracion.

El doctor Maza acudió instantáneamente, como acostumbraba, sin tener la idea màs remota de lo que sucedia.

Cuando Rosas se lo hubo revelado todo, Maza se puso de pié y protestó con toda energia.

—Conozco á mi hijo, señor, y sé que no es capaz de semejante crímen.

Esta es una calumnia como otras muchas por el estilo, y me duele que se tome á Ramon como victima, para inventar una tentativa de asesinato.

—Desgraciadamente todo es cierto, replicó Rosas de una manera terrible.

Tengo en mi mano pruebas irrecusables ante, las que he tenido que convencerme á mi pesar, porque yo ni podia, ni queria creer lo que me decian.

—Si mi hijo es culpable, yo no intercederé por él, pero espero que no se procederá sinó con mucha calma y sin atropello.

Aunque á mi me lo juren por lo más sagrado, declaro que no creo en la culpabilidad de mi hijo.

—Tambien si ella no fuera cierta, hubiera hecho con los delatores un escarmiento terrible.

Pero desgraciadamente es cierta y voy á tener que proceder con igual energía, si no quiero que mañana se limpien en mí las manos los salvajes unitarios.

Maza se retiró completamente desconcertado, y temiendo una terrible desgracia.

Conocia á fondo á Rosas y sabia que nunca volvia atrás en sus resoluciones.

—Si tiene la idea de matarlo, lo matará no más, sea ó no culpable.

Y los Reynafé, de quienes él mismo habia sido Juez, acudieron á su memoria haciéndolo estremecer de piés á cabeza.

Tal vez aquello no era más que un castigo del cielo.

Si Rosas habia sacrificado ya á otros para fraguar un asesinato y encontrar pretesto para matar enemigos políticos, quién le impediria ahora hacer lo mismo?

En una situacion del espíritu terrible, el doctor Maza se dirigió á la Cámara de que era Presidente y desde allí le escribió una carta, pidiéndole hablar con Ramon.

Pero aquello era enteramente imposible.

Para evitar peticiones y empeños

enojosos y para aterrar bien pronto y eficazmente á los que estuvieran metidos en la revolucion. Rosas habia mandado órden á la Policia para que, sin pérdida de tiempo, fuera pasado por las armas el pérfido traidor y asesino Ramon Maza.

La noticia oficial del descubrimiento de la conjuracion y el fusilamiento del cabecilla Maza, cayó como una bomba en la poblacion.

Por el número de personas que habian fugado, se veia que aquello no era una farsa como las anteriores.

Los federales se asustaron, temiendo que Rosas, por pura desconfianza, hiciera alguna atrocidad con los que creyera complicados.

Los unitarios sintieron el golpe en el corazon.

La revolucion más completa y de más positivos resultados, venia á fracasar por completo con la muerte de su jóven jefe.

Los jefes comprometidos se echarian atrás, aterrorizados, y la revolucion quedaria concretada á la campaña y obligada á batirse con las fuerzas de Rosas.

Con la ayuda del general Lavalle, que se movia ya del Estado Oriental, podia esperarse mucho.

Pero estaba de Dios que la suerte de las armas protegiera al tirano, por la clase de caudillos que mandaban sus divisiones y por alguno que otro error cometido por el noble Juan Lavalle.

Los amigos de la ciudad habian enviado chasques para prevenir á don Marcelino Martinez y á don Matías Ramos Mejia de la gran desgracia sucedida.

—Es necesario abandonar la empresa por ahora, les decian, hasta que se combine algo seguro.

Rosas debe tener todos los datos del movimiento y ustedes van á ser perseguidos y degollados donde los tomen.

Y como único medio de salvacion, les aconsejaban embarcarse inmediatamente por el Tuyú ó sus inmediaciones y emigrar hasta mejores tiempos.

Aquellos hombres, lejos de intimidarse con las noticias que les daban, sintieron, por el contrario, más brío y decision que nunca.

El Sur entero nos pertenece, dijeron, y la ciudad se levantará con nosotros en cuanto se aproxime el General Lavalle.

Así, el fusilamiento de Maza, lejos del aplazar la revolucion del Sur, precipitó su poderoso estallido.

Aquellos patriotas se lanzaron á la labor con más pasion que nunca.

El Coronel don Matias Ramos Mejia y don Marcelino Martinez, nérvios vitales de todos los trabajos, se multiplicaron.

Ellos vieron á don Pedro Castelli, ellos trabajaron á Rico y en fin pudieron ver realizada la gran obra, bajo el comando de Pedro Castelli.

Rosas recibia continuos avisos de lo que pasaba en el Sur, pero ó no queria ó no se atrevia á creerlo.

Conocia que los Ramos Mejia, viejos patriotas, harian lo posible por levantar un ejército.

Conocia la actividad eléctrica de don Marcelino Martinez.

No dudaba que Castelli y Rico podian hacerle un mal enorme.

Pero se resistia á creer que el paisanaje del Sur veniera en su contra.

Allí se habia criado, como saben nuestros lectores, allí habia hecho todas sus proezas, y allí habia dejado un recuerdo de cariño que el gaucho no podia olvidar.

Es que el tirano olvidaba que, despues de subir al gobierno por segunda vez, solo se habia acordado de esquilmar al gaucho en el servicio de las fronteras y en el numeroso ejército que tenia sobre las armas.

Olvidaba que el paisano habia sido abandonado á la arbitrariedad del Juez de Paz y al sable del comandante militar y que no podia abrigar para su gobierno sinó un ódio profundo.

Todavía hablaba de sus leales del Sur, creyendo que eran los tiempos del año 20 y 28, en que sus colorados eran el orgullo de aquellos paisanos nobles y sencillos.

Pero los tiempos habian cambiado completamente.

El corazon noble de aquellos paisanos que habian dado en otro tiempo toda su sangre por Rosas, se habia estremecido ante la palabra viril y patriótica de Castelli y sus compañeros.

Habian comprendido lo tremendo de aquella tiranìa monstruosa, y al grito de ¡viva la patria! se habian agrupado al rededor de sus patrones, jurando morir por la causa de la libertad.

En la cocina de todas aquellas grandes estancias se reunian las peonadas á la noche, y el patron les leia los diarios que se habian recibido de Montevideo, donde se narraban todas las iniquidades cometidas en Buenos Aires por la mazorca.

Y los paisanos se conmovian hasta las lágrimas, y juraban no desmayar en la penosa empresa.

Toda la campaña Sur fué levantada así en masa por aquella santa y bien dirigida propaganda.

Esto era lo que Rosas no podia creer, por más que tratáran de demostrárselo de una manera indudable.

En el pueblo de Dolores, sobre todo, era donde más entusiasmo habia levantado la cruzada libertadora.

Allí la propaganda se hacia en alta voz y el paisanaje se reunia en las pulperias, donde sin temor alguno hablaban de la revolucion y de los crímenes cometidos por la mazorca.

El Juez de Paz del partido veia todo esto y callaba, con gran escándalo de los pocos rosistas que aún quedaban y que lo eran porque, caido Rosas, concluirian los robos de hacienda y otros negocios que estaban haciendo descaradamente.

Fueron estos los que mandaron prevenir al gobierno, de lo que sucedia en Dolores, y advirtiendo que era preciso acudir prontamente en sostén de la federacion, porque la revolucion del Sur era un hecho incuestionable, siendo el pueblo de Dolores su cuartel general, puesto que hasta el Juez de Paz estaba mezclado en ella y traicionaba al gobierno.

Fué en vista de estas denuncias que Rosas se decidió á proceder de una manera enérgica, aunque sin salirse de su sistema del terror, que creia era el que mejores resultados daba.

El Juez de Paz de Dolores, don Manuel Sanches, recibió cuando menos lo esperaba una nota que lo hizo temblar de piés á cabeza.

El coronel Corvalán, invocando el nombre del Restaurador, y hablando por *comision*, le prevenia que el gobierno tenia conociminto de que en Dolores se conspiraba contra el ilustre Restaurador, hasta el estremo de arrojar contra su persona pasquines injuriosos.

«El gobernador ordena á usted decia Canota, que proceda en el acto á remitir á esta cárcel, los cuatro vecinos más conocidos como salvajes unitarios, bajo segura custodia.

«Dado el caso de que se resistan ó dén trabajo, los hará fusilar usted dando cuenta inmediatamente».

Asustado el Juez de Paz, mandó llamar á los cabecillas de todo aquello, para consultar lo que debia hacer.

Estos conferenciaron largamente mandando llamar á Rico y á Castelli, por que la situacion era apurada.

Como lo principal era ganar tiempo, se decidió que el Juez de Paz diera una

respuesta que hiciese necesaria una órden nueva.

—Creo, decia en su nota al coronel Corvalán, que de allí seria mejor nombraran los cuatro individuos que debia remitir, porque en Dolores no habia salvajes unitarios ni gente que conspirara.

La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo.

El gobierno mandaba prevenir al Juez de Paz diera cumplimiento en el acto à lo ordenado en la nota anterior.

Y agregaba que, cada vez que apareciese un nuevo pasquin, remitiese otros cuatro hasta concluir con las inmundas sabandijas de salvajes.

Esta órden era más peluda para el Juez de Paz que se plegó de hecho á la revolucion, aunque disimuladamente por el momento.

La respuesta de Rico no se hizo esperar mucho.

—Es necesario, decia, que si el Juez de Paz no tiene suficiente carácter para resistir la órden de Rosas, ustedes se opongan, aun á riesgo de comprometer una lucha, á que salga de Dolores una sola víctima.

Yo estaré allí pronto, pues salgo con buenos caballos y no pararé un minuto.

Rico llegó á Dolores al dia siguiente de estos sucesos y cuando ya el comandante habia encapillado cuatro de los más respetables vecinos para mandarlos á Buenos Aires, pues segun parece habia recibido una órden igual á la que se le mandó al Juez de Paz.

En cuanto llegó Rico, la poblacion adquirió un aspecto que jamás habia tenido.

Dos tambores recorrieron el pueblo tocando generala y media hora despues se reunia en la plaza un crecido número de paisanos y puebleros armados como mejor habian podido.

Fué entónces que Rico penetró á la plaza y les echó su histórica proclama cuyo texto era más ó menos el siguiente:

«Compañeros:

«Estamos aquí reunidos, un nuevo Comandante Militar y un nuevo Juez de Paz que apoyan el levantamiento de la campaña Sur contra Juan Manuel Rosas que nos afronta y provoca con sus crímenes de todos modos.

«Para qué queremos, paisanos, un gobierno absoluto que nos pegará mañana cuatro tiros, porque así se le ocurra?

«Este pueblo heróico, cansado de humillaciones y amenazado en su vida y la de sus hijos, se pone hoy en armas.

«Juremos todos no dejarlas hasta no haber dado en tierra con el amo y el último de sus esclavos.

«Patriotas del Sur!

«¡Viva la libertad!

«¡Abajo el tirano Rosas!»

Los vivas más entusiastas atronaron los aires.

De allí se desprendió una comision que fué á lo del comisario, de donde se sacaron 70 lanzas, únicas que habia, para armar á los que no tenian más que su cuchillo y sus boleadoras.

Otra comision, compuesta de don Severo Pizarro y cuatro ciudadanos, fué al Juzgado de Paz, de donde sacó el retrato de Rosas, que fué traido al centro de la plaza.

Era este un magnífico retrato al óleo, de más de un par de varas de alto, representando al Restaurador de gran uniforme.

Aquel retrato fué conducido hasta donde estaba Rico, en medio de tremendas maldiciones y gritos de indignacion.

—Ya que por el momento no podemos destruir aquella fiera maldecida, esclamó Rico, destruyamos por lo ménos su retrato, mientras llega el dia de hacer lo mismo con él.

Y arrojando al suelo el lujoso cuadro, lo despedazó entre las espuelas de sus botas.

Esta fué la señal de la bataola.

Todos se lanzaron sobre el lienzo, cubriéndolo de golpes, cortándolo con el cuchillo é insultando el retrato de todos modos.

Media hora despues, el pedazo más grande que quedaba del retrato, no alcanzaba al tamaño de un papel de cigarrillo.

Concluida aquella operacion, y á iniciativa de Rico, cada cual se arrancó el luto que llevaba por el fallecimiento de don Leon Ortiz de Rosas, padre del tirano, luto público que Rosas habia impuesto á los habitantes de la Provincia, y la divisa federal.

Estas prendas federales fueron pateadas y rotas en pequeños pedazos que fueron arrojados en todas direcciones.

Igual cosa se hizo con todo lo colorado que habia en el pueblo, color que se veia en todas partes, pero más abundantemente en todo lo público.

La fiebre de destruir todo lo colorado llegó al estremo de que hubo paisano que se quedó en cueros por destruir su chiripá colorado.

Era necesario embanderar al pueblo, pero no habia en todo él un solo pedazo de género celeste.

Ya saben nuestros lectores que este color, como el verde, era perseguido á muerte.

Pero bien pronto las damas patriotas se encargaron de subsanar la falta, tiñendo el bramante con azul de la ropa y fabricando así banderas de la patria, de un celeste clarísimo.

Con ellas amaneció la ciudad al dia siguiente alegremente embanderada.

El pueblo procedió á nombrar Juez de Paz á don Tiburcio Leus, y comandante general de sus milicias al mismo Rico.

Este salió inmediatamente fuera del pueblo, acompañado de los Cívicos al mando del capitan Ortiz, y algunas tropas improvisadas.

Rico fijó su cuartel general por las inmediaciones del cementerio, en un gran descampado que podia servir como campo de maniobras y de instruccion á sus tropas bisoñas.

Desde allí se puso en comunicacion con Castelli, los Ramos Mejía, Martinez y demas autores de aquella revolucion tan grandiosa y tan desgraciada desde antes de su estallido.

Vengamos al efecto que este inesperado movimiento produjo en la ciudad, entregada todavia á festejar el nuevo asesinato á que milagrosamente habia escapado el ilustre Restaurador de las leyes.

OJO POR OJO

NUNCA la federacion habia hecho fiestas más solemnes que las que se celebraron con motivo de aquel acontecimiento.

Por decreto del mismo Rosas, se habia mandado colocar luminarias en todas las casas, decreto que todo el mundo se apresuró á cumplir, porque en ello le iba la cabeza.

No habia casa federal de *copete*, que no hubiera dado un gran baile en celebracion de haberse descubierto el plan inicuo.

El cuerpo diplomático se habia apresurado á concurrir, como siempre, á casa del ilustre bandido, á darle tambien su más cumplida y espresiva felicitacion.

La ilustre mazorca habia tenido diez dias de orgia perpétua y de beberaje, de donde salió á cometer todo género de crímenes y atentados, que consternaron á la poblacion nacional y estranjera, pues el estranjero clasificado de salvaje unitario, era tratado con todo el rigor de la *resbalosa*.

Las prisiones de ciudadanos, se efectuaban á cada momento, al estremo de

que ya los presos no cabian materialmente en los cuarteles, cárcel, Policía y Cuna, que fué habilitada como prision.

Estos ciudadanos eran condenados á rescatar su libertad por medio de personeros; desde uno, hasta el número que queria imponérsele, segun el más ó menos color unitario con que se le habia clasificado.

Hubo ciudadano que tuvo que aflojar cuarenta personeros y darse por muy bien servido con salir en libertad con su pescuezo intacto.

En esta volteada cayeron tambien el señor Mones Ruiz y su hijo Mamerto, asesinado más tarde el primero, de cuyo crímen nos ocuparemos con más detencion á su debido tiempo.

Este fué uno de los tantos medios de que se valió Rosas para remontar su ejército á la exajerada, cifra que llegó á tener.

La casa de la tremenda doña Maria Josefa, era un baile y bochinche perpétuo, en festejo tambien de la escapada de su cuñado.

Mientras el *blood life* concurria á los salones á rendir pleno homenaje á aquel demonio, para tenerlo á su favor, la chusma mazorquera, en union del regimiento de negrillas y mulatas que formaban la policia secreta de la arpia, destripaba en los pátios, alegremente y con federal regocijo, los barriles de vino y frascos de ginebra llevados exprofeso.

El cadáver del desgraciado Ramon Maza habia sido paseado por las calles, en medio de los más groseros insultos de la chusma, y lleno de trapos y cintas celestes, en señal de la más horrible degradacion.

Sus orejas fueron cortadas y saladas por Badía, segun se dijo, y remitidas por Cuitiño al ilustre Restaurador para que las exhibiera en sus salones como muda prevencion á todos los traidores.

Toda la federacion estaba de fiesta, menos el más malvado de todos los federales de alto copete.

El doctor Manuel Vicente Maza que estaba ocupado, segun decia, en llorar la muerte de su hijo desgraciado, en cuya culpabilidad no creia aún.

Habia pedido permiso para hablarlo, y no solo no se le habia contestado, sinó que lo habia hecho fusilar Rosas sin permitirle recoger su última palabra.

Y como si esto no bastara, se mandaba exhibir su cadáver como símbolo de vergüenza, entre las injurias de la plebe.

Ah! la maldicion de los Reynafé empezaba á cumplirse de una manera terrible.

—Quién sabe, pensaba, si á pesar de mi posicion y mi lealtad tengo la cabeza segura sobre los hombros!

Y como cualquier hijo de vecino, habia tenido que poner luminarias en su casa, para no provocar la cólera del tirano.

Fué en medio de estas fiestas y regocijos que recibió Rosas la noticia de los terribles sucesos de Dolores.

Un violento golpe de ira fué la primera manifestacion de aquel hombre soberbio.

Inmediatamente se apoderó de él un gran pánico que trató de ocultar todo lo que le fué posible.

Ya no podia dudar que sus leales del Sur, se le habian dado vuelta, porque una insurreccion como aquella en el pueblo de Dolores, tenia forzosamente que responder á un movimiento general en la campaña.

Rosas se aterró más por la clase de personas que encabezaban aquel movimiento, y en su pánico no atinó más que á tomar medidas de terror en la ciudad.

Fué el doctor Maza, presidente de la Sala de Representantes, la primera víctima que señaló su dedo fatídico al puñal

de la mazorca que cruzaba las calles, ébria de sangre y de vino.

El doctor Maza habia concluido por ser un verdadero estorbo para el tirano.

Aquel hombre, dueño del secreto del asesinato de los Reynafé, era un testigo importuno que lo mortificaba, y una amenaza para su vida, si la suerte llegaba á darle la espalda.

Maza debia tener en su poder una carta que con aquel motivo le habia escrito y se hacia ahora más que nunca necesaria la supresion de persona tan peligrosa.

Què oportunidad mejor que la que le ofrecian los acontecimientos?

Fusilado el hijo por traidor, quién dudaria que el padre estaba afiliado al movimiento revolucionario?

Era necesario no dejar escapar la coyuntura.

Rosas decidió entónces suprimirlo, mientras preparaba sus elementos para contrarrestar el movimiento del Sur y vencer la revolucion.

Maza, por su parte, comprendió que todo su prestigio habia concluido, desde el fusilamiento de su hijo y paseo de su cadáver por las calles de la ciudad.

Rosas lo suprimiria en el primer momento oportuno, como habia suprimido á su hijo.

El doctor Maza, sin atreverse á afrontar la situacion, se resignó á su suerte, aceptándola como una expiacion á sus muchos delitos.

La sombra de los Reinafé, lo perseguia sin dejarle un momento de reposo.

En vez de abordar á Rosas, convencerlo de su lealtad y de que aún le era necesario, Maza se retiró y se asiló en su casa ó la Sala de Representantes, que habia sido el primero en ultrajar, prestando su palabra y su voto á cuanta infamia quiso Rosas convertir en ley.

Uno de aquellos dias en que el desborde de la mazorca habia subido de punto, pudo comprender Maza que su suerte estaba echada y que no tardaria mucho en caer bajo un puñal despiadado.

Salia de su casa, cuando halló al paso un grupo de mazorqueros capitaneado por el pulpero Salvador Moreno, á quien hemos hecho conocer ya de nuestros lectores.

Moreno, como todos los miembros de la mazorca, conocia perfectamente al doctor Mazá y lo respetaba por la espectable posicion que ocupaba y por saberlo el primer consejero del gobernador.

Siempre que se habia encontrado en situacion análoga, la mazorca se habia apresurado á darle la vereda, saludándolo con el respeto debido.

Aquel dia no sucedió lo mismo.

Al ver á Maza, la mazorca prorumpió en gritos terribles de ¡mueran los salvajes unitarios! y Salvador Moreno le quitó la vereda al mismo tiempo que le gritaba al oido:

¡Mueran los traidores asesinos!

¡Mueran los vendidos á los salvajes unitarios!

¿Qué más esperaba Maza para comprender que estaba perdido?

Temió ser asesinado allí mismo y bajando la cabeza y disimulando el miedo que lo dominaba, siguió su camino adelante en direccion á la Sala de Representantes.

Allí estaba trabajando el oficial mayor de la Cámara, don Domingo Cabello.

Maza le refirió lo que acababa de sucederle, añadiendo que tenia sérios temores de ser asesinado, tal vez aquel dia mismo.

El oficial Cabello, trató de calmarlo con mil reflexiones atendibles.

—Tenga usted presente, le observaba, que la mazorca ha llegado ya al colmo del desborde y la insolencia.

Esos hombres irian borrachos y no lo han conocido.

Por eso le han faltado al respeto y han proferido á su lado gritos de muerte.

Si se tratara de asesinarlo, ya lo hubieran hecho, pues no es seguramente Salvador Moreno quien se detiene un momento para cumplir tales encargos.

—Estos son los primeros truenos de la tormenta, contestó Maza.

Si no se trata de matarme, ni Salvador Moreno ni ninguno de los bandidos que capitanean la mazorca se habria atrevido á un atentado semejante.

Me han tratado como á cualquier salvaje unitario, porque se me ha querido significar que estoy fuera de la ley federal.

Ahora mismo voy á escribir mi renuncia de Presidente y miembro de esta sala y en seguida haré lo posible por ponerme fuera de tiro, si es que aún es tiempo.

Y tomando papel y la pluma con que trabajaba Cabello, se puso á escribir su renuncia, con mano temblorosa.

Maza no se habia equivocado al pensar que la mazorcada de aquel dia era precursora de su muerte.

Rosas lo habia mostrado á sus asesinos favoritos y un grupo de estos, capitaneados por el célebre y feroz Gaetan, acechaba sus pasos desde por la mañana, para asesinarlo en cumplimiento de la órden recibida.

Gaetan lo vió entrar á la Sala y se enboscó en la esquina, donde estuvo despues la confiteria del Gallo.

Segun las instrucciones recibidas, debian esperar la noche para que el asesinato fuese menos visible, y pudiese pasar como una venganza personal, ó un nuevo atentado de los salvajes unitarios.

Pero el tal Gaetan era hombre de poca paciencia y creia que con dar muerte á Maza habia cumplido su comision.

Si Maza estaba solo en la Cámara, le daba muerte sin que nadie lo viera, como se le habia encargado, y si habia alguien con él, con dar muerte á ese alguien, se suprimian testigos importunos.

Gaetan entró con su grupo á la Sala de Representantes, con el mayor sigilo.

Maza y Cabello estaban en la oficina de la derecha—el primero dando la espalda á la puerta y el segundo engolfado en los más fúnebres pensamientos.

En aquel momento el doctor Maza soltaba la pluma y leia á Cabello la renuncia que acababa de escribir.

Como si el asesino Gaetan hubiera querido dejar concluir la lectura, apenas Maza leyó la frase «Dios guarde á usted muchos años, etc.», el asesino se acercó con cautela, le echó hácia atrás la cabeza con la mano izquierda, y con la derecha le sepultó en el pecho hasta la S, su larga daga.

Maza se echó más atrás aún, y mirando á la cara de Gaetan, le dijo:

—Basta—creo que este golpe es todo lo que se necesita: no me atormenten más.

Pero Gaetan le arrancó la daga de la herida, por donde brotó un largo chorro de sangre y la clavó más á la izquierda, buscando el corazon.

Cabello habia quedado atónito en el primer momento sin saber què partido tomar.

Cuando vió que la tarea con Maza iba á terminar, comprendió que con él harian lo mismo y fué entónces que trató de salvarse.

Amargo y apurado trance!

Al ver Gaetan que Cabello fugaba, abandonó á Maza á medio degollar y corrió á detenerlo.

Pero el miedo y la conciencia del peligro habian dado á èste alas, y corria con una ligereza asombrosa.

Cabello, en su afan de salvar la vida,

logró saltar la pared, cuando ya sentia á la espalda la daga de Gaetan.

—No tardarás en caer en mis manos! gritó el asesino—que te aprovechen las horas que te quedan de vida.

Pero Cabello no escuchaba nada.

Aterrado con el asesinato de Maza, pasaba de casa en casa, saltando las paredes, hasta que salió á la calle.

Allí disimuló un poco la prisa que llevaba, y se dirigió á la barraca Bosch, de quien era amigo, donde se escondió refiriendo lo que acababa de ver.

Maza, entre tanto, era degollado y apuñaleado de una manera brutal.

Su cabeza, entregada á las furias de la mazorca, fué arrastrada aquella noche como una de tantas otras, sin que los mismos que con ella jugaban supiesen á quien pertenecia.

Cabello seguia escondido en la barraca de Bosch mientras sus amigos averiguaban qué especie de órdenes ó disposiciones se habian dictado contra él.

En realidad, el gobierno no habia mandado adoptar ninguna medida contra el oficial de la Cámara, pues hasta ignoraba que hubiera presenciado la muerte de Maza.

El único verdaderamente empeñado en suprimirlo, era Gaetan, porque le habia visto cometer el crímen y queria librarse de un testigo terrible.

Ya no podria decirse que el crímen habia sido cometido por los salvajes unitarios, puesto que el asesino habia sido visto cometiéndolo.

Los amigos de Cabello, viendo que nada se decia contra este, le aconsejaron saliera y se mostrara para evitar así cualquier sospecha peligrosa.

—Si te escondes, le dijeron, pueden creerte reo de algun delito y hacerte perseguir entónces.

El gobierno está hoy desconfiando de todo el mundo, y procediendo de una manera terrible, como te lo prueba la muerte del doctor Maza

Conque á la calle entónces y guárdate de Gaetan, que es el único que puede tener interés en suprimirte por la cuenta que le tiene.

Cabello aceptó el consejo y aquel mismo dia se presentó en la Sala, asegurando que habia estado tan enfermo que tuvo que faltar aquellos tres dias.

Como nadie sospechaba nada de él, su disculpa pasó como la cosa más natural de este mundo.

Preocupados todos además con la muerte trágica del doctor Maza, poca atencion podian prestar á las faltas del oficial Cabello.

Solo Gaetan espiaba sus pasos, pues necesitaba deshacerse de él á toda costa.

A los pocos dias de andar en la calle, hallóse con Gaetan á inmediaciones del mercado, pero huyó el bulto y se volvió á la Cámara, en momentos que este se le venia encima.

El asesino estaba ya sobre la pista y no habia que descuidarse.

Pocas noches despues, Cabello salia de su casa en direccion à la Sala.

Desde el asesinato de Maza no salia nunca despues de oscurecer, pero aquella noche habia trabajo extraordinario y era imposible faltar.

Apenas habia llegado à la esquina de la Patria, que así llamaban á la de Tacuarí y Belgrano, cuando fué detenido por cuatro emponchados, entre los que reconoció, sin gran trabajo, á Gaetan, asesino de Maza.

Cabello se consideró perdido.

A aquellas horas y en poder de semejante gente, no era difícil suponer lo que debia sucederle.

Los cuatro emponchados lo empujaron por la calle de Belgrano, en direccion á la plaza de Monserrat, direccion terrible, pues allí estaba el callejon del Pecado, que aun existe, teatro de las más sombrias iniquidades

Cabello se resistió, comprendiendo que lo llevaban á degollar.

No llevaba arma ninguna, y aun que las hubiera llevado poco podia haber hecho contra cuatro bandidos semejantes.

No encontrando otra salvacion por el momento, se desprendió de las manos de Gaetan, que lo sujetaba fuertemente, y se metió en la esquina de la Patria, creyendo encontrar algun refugio, como federal y oficial de la Sala de Representantes. .

La esquina de la Patria estaba llena de emponchados, que bebian alegremente, preparándose sin duda á las mazorcadas de aquella noche.

Uno de ellos, que vió que Cabello entraba huyendo de Gaetan y sus tres compañeros, lo detuvo fuertemente diciéndole:

—Parece que el salvaje anda con miedo.

Venga no más que por más que le hagan no ha de ser tanto como merece.

—Yo no soy salvaje, gritó Cabello tratando de desprenderse de aquel hombre.

Soy un federal bastante conocido, por lo cual se me ha dado el empleo, hace años, de oficial de la Sala de Representantes.

- Lindo pasaporte! esclamó Gaetan, cuando el mismo Presidente de la tal Sala se habia metido à salvaje unitario!

Si así era el Presidente, cómo serán los oficiales!

Una estrepitosa carcajada acogió aquella federal salida.

Cabello estaba perdido, pues el mismo título que él invocaba como una salvacion, se convertia en un motivo de desprestigio.

—¡Qué tome la copa y marche! gritó el que lo habia detenido, alargándole su aso de caña.

¿A dónde lo llevas, Gaetan?

A la calle del Pecado! respondió el bandido sonriendo de una manera feroz.

Aquello no significaba otra cosa que: *á degollarlo*.

—Entónces que tome la copa y marche, agregó el bandido, metiéndole en la boca el borde del vaso y haciéndole tragar por fuerza una buena parte del contenido.

Bien vale la pena de echar un trago cuando uno va á divertirse.

Todos los presentes, que estaban en el secreto de lo que queria decir llevar á un hombre á la calle del Pecado, soltaron una estruendosa carcajada.

—Qué beba! qué beba! gritaron todos, para que pueda divertirse más y esté más alegre.

—Conque amigo, marchando! esclamó Gaetan, y le dió un empellon que lo hizo salir á la calle.

Los tres emponchados lo rodearon al momento haciéndole seguir para la plaza de Monserrat.

—Memorias á Maza! gritaron los concurrentes, despidiendo á Cabello.

Este, aturdido con lo terrible de su situacion, caminó unos pasos como una máquina.

Vuelto en sí y convencido del peligro que corria, intentó resistirse nuevamente.

Pero entonces Gaetan sacó su cuchillo y pinchando con él á Cabello, le intimó que siguiera.

—No se te va á hacer nada, le dijo, sino una simple prevencion referente al negocio que sabes.

Pero si te resistes, si te pones á dar gritos, te corto el gañote aquí mismo.

Ya sabes de lo que yo soy capaz y que no admito resistencias en lo que quiero hacer.

Cabello comprendió que querian degollarlo en un paraje más escusado y decidió defenderse allí, pues tal vez á

sus gritos, si querian matarlo, acudiese algun socorro.

Pero en aquel momento supremo acudió á su memoria un recuerdo salvador.

Para llegar á la plaza de Monserrat, por la acera que caminaban, tenian que pasar forzosamente por el Juzgado de Paz, del que solo distaban media cuadra.

El Juez de Paz, Casal, era íntimo amigo de Cabello, á quien apreciaba y tenia gran cariño.

Además Casal sabia que él no se metia en política, ni tenia con los unitarios ningun género de afinidades.

Con tales antecedentes, era indudable que Casal lo salvaria.

Solo le quedaba la duda de que estuviera en el Juzgado.

—Está, bien, dijo entónces á Gaetan, aparentando la mayor conformidad.

Ya que no es para hacerme mal, vamos á donde ustedes gusten.

Y siguió tranquilamente el camino que le indicaban.

¡Cómo latiria de ansiedad el corazon de aquel pobre mozo, cuya vida pendia de la casualidad de hallarse ó no el Juez de Paz en su despacho!

Viendo los asesinos que caminaba voluntariamente, lo dejaron ir adelante, tomándole Gaetan, por esceso de precaucion, el lado de la calle.

No podian imaginarse que en casa de la autoridad encontrara refugio una víctima acusada de unitaria y perseguida por él, Gaetan, conocido como mazorquero federal á toda prueba.

Por esto es que solo trató de ganarle el lado de la calle, temiendo que intentara fugar y produjese escándalo.

Porque al fin y al cabo aquella muerte la hacia por su cuenta y solo para ocultar al gobernador que fuè visto cuando asesinó á Maza.

La situacion de Cabello era lo más desesperante.

Si Casal estaba en el Juzgado, no dudaba que este impediria lo matasen.

Pero si Casal se hallaba ausente, su muerte era segura.

Los mismos empleados del Juzgado prestarian su auxilio para consumarla, á Gaetan y los suyos.

Al llegar á la puerta del Juzgado la ansiedad de Cabello fué tal, que sintió faltarle la seguridad en las piernas, como si estuviera ébrio, y casi cayó sobre la vereda.

Hizo un esfuerzo sobre sí mismo, el instinto de la propia conservacion le prestó el valor que necesitaba, y como flecha se metió al Juzgado.

Tal fuè la sorpresa de Gaetan, que quedó en la puerta un momento sin intentar perseguirlo.

—Ah! hijo de mala madre! esclamó por fin metiéndose al Juzgado—Ya veràs lo que te espera!

Y se dirigió rápido al despacho del Juez de Paz.

Allí estaba Cabello narrando al Juez lo que le pasaba.

Al ver que su amigo estaba alli y que no corria ya peligro alguno, el pobre jóven se habia desvanecido, al estremo que Casal no le entendió lo que le decia.

Trataba de hacérselo esplicar con mayor claridad, cuando entró Gaetan á la pieza y tomó á Cabello de un brazo, sin siquiera dar las buenas noches.

—¿Qué modo de entrar aquí es ese? preguntó Casal poniéndose de pié.

¿Qué es lo que á usted se le ofrece?

Sacar á este salvaje unitario que se metió aquí, respondió el degollador con insolencia.

Si no le gusta el modo de sacarlo, entrèguemelo, que será lo mismo.

—¿Y para qué lo quiere usted llevar?

—Porque es un salvaje unitario, de los de la conjuracion, lo llevo preso para entregarlo á la Policía.

—No es cierto, balbuceó Cabello, pálido como un cadáver.

Me llevan á la plaza para matarme.

—Pues si es para llevarlo preso, no se moleste el amigo, añadió Casal, porque yo mismo lo llevaré más tarde.—Este hombre queda aquí bajo mi responsabilidad.

—Ultimamente, lo llevo para matarlo, gritó Gaetan, porque tengo órden para ello, y usted no puede impedirme que la cumpla, porque quien me lo ha mandado puede más que usted y que todos.

—Pues yo quiero ver esa órden, terminó Casal: si no, este hombre no sale de aquí.

Es un federal de los buenos à quien yo conozco y de quien me constituyo en garantía.

—Es que la órden no se la puedo mostrar porque usted no tiene derecho á pedírmela.

Si usted no me lo entrega, añadió enfureciéndose, yo voy á dar cuenta y veremos cómo se las compone.

—Pues si no me muestra la órden no saca de aquì à este hombre, repuso terminantemente Casal.

Mándese mudar no más, y dé todas las cuentas que quiera, que ya sabe el gobierno quién soy yo.

—Lo que no sabe, dijo Gaetan haciendo brillar sus ojos de vibora, es que usted es un salvaje unitario, tapadera de los de la revolucion.

Pero yo lo voy á hacer conocer para que le ajusten las cuentas.

—Fuera de aquí el degollador cobarde! esclamó Casal, perdiendo ya toda prudencia—fuera de aquí antes de que lo haga sacar á palos por venir á faltar al respeto á la autoridad.

Gaetan salió prorumpiendo en un rosario de amenazas tremendas.

—Llama degolladores á los agentes del gobierno! veremos cómo se las compone cuando yo hable con quien debo!

Y ganó la calle como un verdadero energùmeno.

—De todos modos, gritó en el zaguan, si no es hoy será mañana, y al fin y á la postre ese salvaje ha de morir á mis manos.

Cuando salió Gaetan, Cabello se echó en los brazos de Casal, prorumpiendo en las más espresivas palabras de agradecimiento.

—Ya sabia yo que estando usted aquí, decia, mi vida no corria peligro.

—¿Pero qué diablo ha podido usted hacer para que lo persigan con tanto encono?

Cabello refirió el incidente del asesinato de Maza.

—Me han asegurado que ninguna órden hay contra mí, y no solo he salido á la calle sino que he asistido à mi oficina.

Supongo que el único motivo que tiene ese hombre para quererme matar, es el haberlo yo visto herir al doctor Maza.

—No hay duda ninguna, contestó Casal—y la prueba es que no ha podido mostrarme la supuesta órden que ha invocado.

Sin embargo, ahora mismo voy yo á averiguar lo que haya, para saber lo que tenemos que hacer.

Gaetan obra por su cuenta y es preciso impedir que el dia ménos pensado lo halle á su paso y entonces no se pueda evitar un crímen.

Casal se preparó á salir, pero Cabello lo detuvo, recelando justamente un nuevo atentado.

—¿Y miéntras usted esté ausente, preguntó, no volverá ese bandido á hacer una nueva tentativa?

—No tenga el menor cuidado.

Su vida, miéntras esté aquí, queda tan segura como la mia propia.

Ahora verá usted.

Casal llamó á su segundo y demas empleados del Juzgado.

—Ustedes me responden con su cabeza, les dijo, no ya de la vida, sino

hasta de la tranquilidad de este caballero.

El es un leal servidor del gobierno, perseguido por la venganza de un cobarde que no debe ser federal, cuando asi persigue á los hombres conocidos como tales.

Yo voy á la Policía á dar cuenta de lo que sucede, y vuelvo.

Si en mi ausencia vuelve Gaetan ó cualquier otro, que me espere en la calle, y si persiste en entrar, que se le eche á empujones, por órden mia.

El señor Casal era un hombre respetado y temido, como que poseia la confianza del gobierno.

Cuando él obraba de aquella manera sus razones debia tener, y bastante poderosas.

—Puede usted ir tan tranquilo como si usted mismo estuviera aquí, respondieron todos los empleados.

Este caballero no será molestado por nadie bajo ningun pretesto.

Casal salió á la calle inmediatamente, y no descansó hasta no hablar con Cuitiño, Parra, Salomon, Marin, y demás gefes de degolladores.

A todos ellos habia preguntado si tenian alguna órden contra Domingo Cabello, oficial de la Sala de Representantes, y todos habian dado la misma respuesta con diferentes palabras:

—No sé que se persiga, ni siquiera que se sospeche nada del oficial de la Sala, á quien conozco como un buen federal.

Sumamente alegre con estas noticias que confirmaban sus sospechas de que Gaetan obraba por cuenta propia, Casal se dirigió á la Policía á hacer la misma averiguacion.

Ninguna órden se habia recibido en el departamento, ni la habia recibido privada el jefe.

Casal regresó al Juzgado donde pudo dar á su amigo la plena seguridad de que nada existia en contra, no ya de su vida, pero ni aún de su libertad.

—Sin embargo, le dijo, es preciso precaverse mucho y andar con cien ojos.

Gaetan es tal vez el más malo y cobarde de toda esa gente.

El dia menos pensado lo encuentra por la calle, y sin que nadie lo vea, lo deja seco de una puñalada.

Usted mismo ha visto lo que ha sucedido al doctor Maza.

Quién habria dicho que Rosas habia de hacerlo matar!

La autoridad se habia empeñado en convencer al pueblo que el asesinato del Presidente de la Cámara era obra de los unitarios.

Pero demasiado sabia el pueblo á qué atenerse!

Y la prueba de esta falsa inculpacion, es que ninguna medida se tomó para perseguir á los asesinos, siendo la víctima persona tan allegada al tirano y de tanta utilidad para él, como que era tal vez su único hombre de consejo.

—Yo pienso irme del país, dijo Cabello, porque quedándome aquí no podria vivir tranquilo, como que no tendria seguridad de la vida.

—Es que una tentativa de fuga es difícil y más peligrosa que la persecucion de Gaetan.

Ya sabe lo rigurosa que es la vigilancia de las costas, y más de la mitad de los que intentan fugar caen en manos de la autoridad.

Con ese hecho y la menor delacion de Gaetan, puede tener por seguro que lo fusilarian sobre tablas.

No andan los tiempos para hacerse sospechoso, querido amigo. El gobierno está justamente alarmado, y será exageradamente severo con los que crea sus enemigos.

—Usted puede contar seguramente conmigo, en esta emergencia que es puramente personal.

Pero perseguido por la autoridad, mi

proteccion no servirá para otra cosa que para perderme á mí mismo.

—Yo tengo mucha amistad con el cónsul francés, replicó Cabello.

Puedo guarecerme en su consulado, miéntras él halla oportunidad de embarcarme en uno de los buques de su bandera.

—Entonces nada digo, replicó Casal, y mañana mismo yo lo acompañaré al consulado, para evitar que Gaetan ande rondando por aquí y cometa alguna iniquidad, precisamente en el último momento.

Al otro dia, poco despues de amanecer, el señor Casal acompañaba á su amigo hasta su casa, donde se despedia éste de su jóven esposa.

En seguida se trasladaba al consulado francés, desde donde salió á embarcarse entre un grupo de marineros, vistiendo su mismo traje, pues el cónsul para evitar todo contratiempo, le habia proporcionado un uniforme.

De esta manera fué burlada la venganza de Gaetan, que para tapar una mentira sobre asesinato, necesitaba cometer otro.

¡SANGRE!

A LA conjuracion descubierta se habian seguido numerosas prisiones.

Martinez Fontes no se habia contentado con entregar la cabeza de Maza.

Avelino Balcarce, Jacinto Peña y su hermano, Barros Pazos, Perez y otros muchos complicados, habian sido vendidos por el traidor Martinez Fontes y presos por la terrible policía de Rosas.

El único que habia salvado de una manera milagrosa fué el eminente patriota Miguel Esteves Seguì.

Complicado en la revolucion, Esteves Seguì asistia á las reuniones de amigos, ya en casa de Avelino Balcarce, ya en la de Jacinto Peña, ya en la de Barros Pazos.

Dos noches antes de la traicion de Martinez Fontes, el doctor Esteves Seguí se dirigia á la casa de Peña, donde iban á reunirse media docena de amigos para comunicarse las últimas disposiciones de la conjuracion.

La pieza donde se reunieron no tenia más que una sola puerta, y ésta era de una sola hoja.

Esteves Seguí abrió aquella puerta y fué á entrar, pero vió entonces que en el círculo de amigos habia personas desconocidas y se echó atrás.

Martinez Fontes, que formaba parte de la reunion, llevado por Balcarce vino á quedar detràs de la hoja de la puerta cuando esta fué abierta, de manera que no pudo ver al que asi habia retrocedido.

Al verlo salir é irse, Balcarce y Peña salieron de la pieza, para preguntarle el motivo de aquel acto.

—No comprendo la imprudencia de ustedes! esclamó el jóven, manifestando todo su asombro.

En momentos tan solemnes y tan próximos al movimiento traen ustedes gente desconocida, que al salir de aquí puede venderlos!

—No temas, todos son amigos y comprometidos al movimiento: entra sin cuidado; te los presentaremos.

—No temo, pero tomo mis precauciones.

Nosotros todos, en este momento, estamos jugando la cabeza—es necesario ver entonces cómo se juega.

Perderla en el movimiento ó por una fatalidad, será la gloria suprema.

Perderla por falta de precaucion y por confiarse al primer venido, no tendria disculpa ni perdon.

Luego, cuando ustedes queden solos,

vendré y hablaremos, ó nos veremos en otra parte.

Entre tanto, les aconsejo reserva y que no se entreguen tan inocentemente al primer espía ó al primer traidor que venga.

El doctor Esteves Seguì no participaba de la ligereza de sus amigos.

Hombre inteligente y observador profundo, sabia detener muchas veces los impulsos de su corazon noble y patriota, para no pisar un terreno que consideraba falso, no por temor personal, porque ningun hombre de su altura moral puede abrigarlo, sino por miedo de que la santa causa á que habia dedicado todo el vigor de su esfuerzo viril, pudiera peligrar un minuto.

—Nuestra cabeza poco importa, puesto que á jugarla hemos venido, concluyó saliendo.

Es que una traicion, en estos momentos, puede costar una cabeza más preciosa y causar la muerte de la revolucion.

Los amigos no pudieron ménos que convenir en la razon que asistia al jóven pero ya era tarde para volver atrás.

Si entre los nuevos afiliados habia un traidor, la revolucion estaba muerta, por lo ménos en la ciudad.

La reunion terminó, pero los amigos no pudieron volverse á ver.

Lo primero que hizo el traidor Fontes, al salir de allí, fué dirigirse á casa del Coronel Corvalán, y entregarle una lista de todos los que en ella habian tomado parte.

Y no tardaron en ser presos todos ellos, ménos Messon, Lynch y Salvadores, que pudieron ocultarse, y el doctor Miguel Esteves Seguí, que no habia sido visto por Martinez Fontes.

A Albarracin, Ladines y Cárlos Tejedor, se les remitió á la cárcel, clasificados de reos parricidas de lesa América, con una barra de grillos.

Para mortificarlos en vida todo lo posible, el gobernador dispuso se le pusiera á cada uno otra barra de grillos bien pesada, y con las dos á los tobillos se les obligara á pasear por el pátio de la cárcel.

Y como á todos ellos sus familias les enviaban comida buena y abundante, dispuso que no se recibiera en adelante ésta, y fueran los presos obligados á comer la tumba miserable del presidio.

Para todos ellos era un hecho positivo que serian fusilados.

La clasificacion que se les habia hecho no era para ménos.

Rosas se habia enfurecido de una manera tremenda.

El saber que sus leales del Sur se le habian dado vuelta, al estremo de patear su retrato en Dolores, lo habia puesto de un humor verdaderamente feroz, porque, para un hombre tan sagaz como él, aquello era una prueba latente de que toda la provincia estaba en su contra.

Los revolucionarios del Sur se agitaban con un ardor creciente.

El descubrimiento de la revolucion en la ciudad y la pérdida de Maza y sus amigos, les habia dado nuevos brios en vez de hacerles perder los que ya tenian.

El insigne patriota don Marcelino Martinez Castro no reposaba un momento.

Aquel hombre infatigable acudia á todos los puntos, buscando nuevos aliados y comunicando valor á los que empezaban á descorazonarse.

Don Gervasio Rosas, que en resumidas cuentas era un desgraciado, en comparacion á sus hermanos, fué tambien tocado por los revolucionarios.

Pero don Gervasio se escusó, manifestando que al fin y al cabo el Gobernador era su hermano y que no podia tomar parte en el movimiento.

—Lo que yo haré será callarme y no

serles hostil, pero no puedo dar la cara, aunque la campaña me es simpática.

Escamados con la traicion de Martinez Fontes, los revolucionarios del Sur fueron más prudentes é hicieron su prisionero á don Gervasio, obligándolo á permanecer entre ellos y no permitiendo se comunicara con la ciudad.

Asi hacian creer que don Gervasio estaba en la revolucion y los elementos de aquel se plegarian á ella, viendo que su jefe formaba parte.

Todo esto hacia que la gran revolucion fuera enteramente espontánea en el Sur.

Al saber Rosas que su hermano estaba en la revolucion, se enfureció al estremo de parecer una fiera.

—Ese miserable no puede negar que no es mi hermano, decia, y pateaba á cuanto empleado y tinterillo se le ponia al ancance de su mano.

Don Gervasio era perfectamente hermano de don Juan Manuel, pero este desparramó aquella voz, no solo para vengarse, como para que no estrañasen verlo en las filas de sus enemigos.

El escárnio llegó al punto de que diò órden á la mazorca y demás gente federal, de que en sus manifestaciones públicas, al grito de ¡mueran los salvajes unitarios! añadieran el de ¡muera el traidor Gervasio Cardo! lo que equivalia á asegurar que no era su hermano, sinó un advenedizo introducido á la familia.

Doña Agustina, tan altiva y sobérbia, mandó llamar á su hijo, al lecho donde se hallaba postrada, y cuando acudió lo apostrofó de una manera terrible.

—Es usted un infame! le habia dicho la enérgica señora.

A los crímenes de que es Vd. autor diariamente, solo le faltaba añadir un escarnio á la memoria de su padre, y un puñado de lodo sobre mis canas.

—Madre y señora, repuso el tirano, que temia á su señora madre cuando estaba bajo un grado de ira tremendo.

Aseguro á su merced que yo no me he metido en ello.

El pueblo ha visto que Gervasio se mete en una revolucion que quiere mi cabeza, y como esta no es accion de un hermano, lo ha supuesto así, y grita lo que le parece.

— Si usted tuviera vergüenza, concluyó la señora, habria castigado á los miserables que tal gritan, pero es usted un mónstruo igual á ellos.

Rosas salió del aposento de su señora madre, dado á todos los infiernos.

Ese dia los locos se chuparon palizas brutales, y sus escribientes y empleados fueron tratados á punta-piés y garrotazos, como acostumbraba, sin que se escaparan sus edecanes mismos.

Sus órdenes al general don Prudencio Rosas que se hallaba en el Sur al mando de fuerzas, fueron violentísimas.

Le ordenaba la persecucion y estermínio de los grupos revolucionarios que alcanzase, y la remision de la cabeza de los mismos.

Su desesperacion era tremenda, porque convulsionado el Sur, tendria que distraer numerosas tropas para batir la revolucion.

El bloqueo de los franceses lo obligaba á distraer grandes elementos para contrarestar un desembarco probable, y además, el general Lavalle de un momento á otro podia penetrar en Buenos Aires, y tal vez entónces tendria que perecer, por no poder luchar contra aquellos elementos juntos!

Su poder vacilaba.

A un hombre de su astucia no podia ocultársele que la ciudad era una mina bien cargada, y que á la aproximacion de cualquier tropa unitaria, los salvajes de la ciudad trabarian un combate rudo en las mismas calles.

Asi es que las órdenes espedidas á don Prudencio eran tremendas y apremiantes.

—Con toda la fuerza á tus órdenes y la que puedas reunir, le decia, deshace la revolucion á todo trance.

El coronel Granada te ayudará con su tropa veterana.

Don Prudencio Rosas, general hecho á dedo por don Juan Manuel, era un hombre malo y déspota como su hermano.

Y á esta recomendacion famosa, unia las de ser un ignorante calificado de bruto, y aún bastante lijero de piernas en los momentos de peligro, como lijero de manos tambien, cuando el peligro desaparecia.

Contra el único enemigo que el general don Prudencio se batía denodamente, segun todos sus contemporáneos, era contra las vacas y majadas de los salvajes unitarios, suprimidos por el asesino de su hermano, ó por su propia cuenta.

El enemigo que se echaba encima era pues poco temible para los revolucionarios, aunque mucho para sus haciendas y propiedades.

Asi, miéntras don Prudencio se aprestaba á cumplir las órdenes de su ilustre hermano, Castelli, Rico y demás gefes de la revolucion, preparaban sus elementos para el primer encuentro.

Las tropas con que aquellos jefes denodados contaban, eran paisanos patriotas, con mucho valor, pero con muy poca organizacion militar.

Se habia tratado de tocar al coronel Granada, que al frente de tropas de línea, se hallaba en Tapalqué.

Pero el encargado de cumplir esta comision no pudo llevarla á efecto, pues ya Granada habia recibido pliegos de Rosas y se preparaba á cumplir lo que en ellos se le ordenaba.

Las fuerzas revolucionarias se encontraron por fin, con las que mandaba el general don Prudencio.

El triunfo hubiera sido brillante, pero á la primer carga firme de los bravos del Sur, vacilaron y ante el sable de los milicianos de Rico y Castelli, las hordas de don Prudencio se permitieron dar vuelta, y con este á la cabeza no sujetaron los mancarrones hasta Barracas.

La revolucion hizo muchos prisioneros y tomó una buena cantidad de armas.

Pudo concluir con toda aquella tropa pero fué tan rápida la huida, que al fin les fué preciso renunciar á toda persecusion.

La revolucion no podia haberse estrenado con mejores auspicios.

No solo eran dueños del primer triunfo, sino que aquella derrota iba á ser de un efecto moral de primera fuerza.

La llegada de don Prudencio á Barracas, cayó en la ciudad como una bomba.

Porque era tal el cerote que traia aquel gran general, que apenas mandó á su hermano el parte de su llegada, trató de meterse en la ciudad.

Aun parecíale oir sonar á su espalda, el sable vengador de los patriotas.

Los unitarios estaban de supremo regocijo.

No se atrevian á manifestarlo ni en una sola mirada, pero el que en aquellos momentos hubiera penetrado á sus hogares, habria visto á las damas orar fervorosamente en accion de gracias, miéntras los hombres se abrazaban en silencio, dispuestos al gran momento.

Porque para ellos era seguro que, despues de aquel ruidoso triunfo, los revolucionarios se vendrian sobre la ciudad.

Bien diverso fué el efecto que entre los federales produjo la inesperada aparicion de don Prudencio.

Todos los elementos de que Rosas disponia, fueron inmediatamente puestos sobre las armas y preparados para un próximo combate.

Entre tanto, el Gobernador, con el

mismo ayudante que le habia traido el parte, mandaba ordenar á su hermano que, lejos de entrar á la ciudad á sembrar el espanto, retrocediera inmediatamente y contramarchara en direccion á Dolores.

El general don Prudencio, más prudente que general, contestó que si se alejaba de allì, se esponia á caer con sus tropas en poder de la revolucion.

—Que salga de la ciudad, repitió don Juan Manuel, que estaba indignado contra su hermano, ó serán ellos el primer blanco de mi ejército.

La revolucion no podia haber seguido adelante, porque batido Granada, ya se tendrian noticias por los dispersos.

Entónces los temores de don Prudencio no podian obedecer más que al miedo.

Conociendo de lo que Juan Manuel era capaz, don Prudencio se retiró de Barracas y emprendió su marcha hácia Chascomús, con asombrosa cautela.

Parecia que marchase por el centro de un enemigo numerosísimo.

Llevaba dos compañìas de caballería desplegadas en guerrilla, como una legua á vanguardia, y un escuadron de flanqueadores.

La ciudad, entre tanto, tenia el aspecto de un sepulcro.

Los unitarios no se atrevian á salir á la calle, por temor de ser muertos por la mazorca—y los federales no tenian aliento para nada.

Ya se les figuraba ver desfilar por las calles al ejército del Sur, fusilándolos en monton, donde los tomaran.

La ansiedad era terrible.

Se esperaban por momentos chasques de la campaña con noticias de Granada.

Pero esos chasques no parecian á calmar la ansiedad del ilustre Restaurador.

Por fin, la noticia esperada por federales y unitarios en tan suprema angustia, llegó, traida por un chasque de Granada.

Las fuerzas de este jefe se hallaron con las de la revolucion, en la laguna de Betel, y la batalla de Chascomús tuvo lugar sangrienta y reñida.

Granada llevaba tropas veteranas y numerósas de las que eran vanguardia las indiadas de Catriel, en número de más de trescientos.

La revolucion traia menos fuerza, bisoña y mal armada.

No era difícil asegurar de quien seria el triunfo.

Sin embargo, la revolucion con un denuedo á toda prueba y reforzada con algunos milicianos que se le presentaron en Chascomús, aceptó la batalla.

¡Cuánto entusiasmo y cuánto brio, se desplegó en aquella accion!

A los gritos de ¡viva Lavalle! ¡vivan los patriotas! los paisanos cargaban, no ya á sable, sinó cuchillo en mano.

Y los choques se producian cada vez más sangrientos.

Varias veces los regimientos de Granada dieron vuelta, arrollados por los patriotas, á pesar de su inferioridad en armas y tropas.

Pero tropas regulares, se rehacian en cuanto encontraban alguna proteccion, y volvían á la lucha, para tener que dar nuevamente la espalda.

Los indios de Catriel se batian como fieras, impidiendo muchas veces á las tropas de Rico llegar hasta las de Granada.

El triunfo de la revolucion se hacia cada vez más difícil.

Miéntras más se prolongara la batalla, más estaban las probabilidades á favor de la tropa de linea, habituada á las fatigas del combate; que al de los paisanos armados, que habia luchado sin descanso, por más de dos horas con aquellos malditos indios empecinados en el combate.

Pero los revolucionarios se batian cada vez con más denuedo, causando numerosas bajas al enemigo, principalmente entre los indios que eran los mas que se entusiasmaban en las cargas.

Por fin los revolucionarios, convencidos de que disputar por más tiempo el triunfo, era destrozarse sin provecho alguno, emprendieron la retirada, teniendo que abandonar algunos heridos que no pudieron salvar.

Fué entre aquellos heridos que las tropas de Granada empezaron á cometer todo género de horrores.

A los mismos cadàveres que habian quedado sobre el campo de la sangrienta batalla, se les amputaban algunos miembros, como brazos, orejas y cabezas mismas, para mandarlas de regalo como muestra de lo que sucederia á todo aquel que se levantara contra el poder del muy ilustre Restaurador de las leyes.

No hay colores suficientemente fuertes para pintar las escenas tremendas y las monstruosidades que allí tuvieron lugar.

Los soldados y algunos oficiales, sinó todos, para mejor espresar su santo amor federal, llegaban hasta cuerear los cadáveres—y viendo que no podian, se contentaban con sacarles lonjas de cuero para hacer trenzados.

Los cadáveres fueron saqueados, por supuesto que de amigos y enemigos.

Don Prudencio, al saber la feliz noticia, se dirigió á Chascomús, donde arrasó, no solo las estancias, sinó tambien los negocios de los complicados en la revolucion, desorganizada y en retirada completa.

Podia entregarse cómodamente al aparte de lo ageno, sin temor de que el enemigo viniera á molestarlo en tan piadosa tarea.

Granada, con su servilismo y una aduloneria esencialmente federal, daba cuenta de su triunfo al supremo gobernador, en una nota llena de frases aduladoras y nada más.

«Era imposible, concluia aquella nota, contener el ardor de la indiada de Catriel, en la carga que llevaron á las columnas de los insurrectos salvajes unitarios.

«El regimiento número 3, de mi mando, cargando por escalones, era una avalancha *incapaz* de ser detenida.

«Al grito de ¡viva Rosas! repetido por toda la division, la carga se hizo general y vigorosa, dando un triunfo espléndido y decisivo.

«Puedo decir, señor, que el solo nombre de V. E. sirvió para alcanzar la victoria.»

Nada más servil y más descalabrado en su construccion.

Pero ambas cosas le valieron el grado de general.

Y decimos que el grado fué debido á la nota, porque al referirse Rosas màs tarde á aquel combate, decia:

—Aquellas tropas de primer órden triunfaron en Chascomús.

El pobre Granada habia mirado y nada más.

El parte aquel, publicado en la *Gaceta Mercantil*, vino á cambiar por completo el aspecto de la ciudad.

Tocó ahora á los patriotas llevar luto en el corazon, ya que no podian manifestar su pesar desesperante.

Las campanas de los templos fueron echadas á vuelo en celebracion del triunfo, no escuchándose otro ruido que el de los cohetes quemados con profusion.

Las mùsicas recorrian las calles, metiéndose al zaguan de las familias clasificadas de unitarias, donde armaban toda clase de escándalos.

La mazorca habia salido de madre, paseando por las calles con el puñal en la mano y cometiendo toda clase de escesos y crìmenes.

Al que encontraban por la calle con

la barba entera y sin bigote, lo detenian, porque aquella barba significaba una U, y la U queria decir unitario.

El detenido era sujetado por el grupo, y afeitado de una manera feroz, que la mazorca llamaba afeitar en seco.

Y afeitar en seco queria decir afeitar sin jabon y con el cuchillo, aunque la barba saliera con los pedazos de la cara.

Y para los que duden de estas monstruosidades, reproduciremos el siguiente estracto que hallamos en el índice de Policía del año 1839 bajo el número 12:

«Ordena el gobierno la libertad del preso Zacarias Puyol, que fué aprehendido por sospechas de ser enemigo de la santa causa de la Federacion, por habérsele visto parado varias noches en un poste inmediato al cuartel del comisario Cuitiño, y usar la patilla de U, la misma que le fué afeitada en seco por el sargento que estaba de guardia en dicho cuartel cuando se verificó su captura.»

Nuestros lectores pueden imaginarse la clase de tormentos que encerraba una afeitada en seco.

No habia una sentencia de muerte más segura, que salir á la calle con una barba como la que usa hoy don Ladislao Martinez.

Porque á muchos de los afeitadores en seco se les iba la mano y solian afeitar el pescuezo tambien.

El *camino* en la cabeza, era considerado tambien como signo unitario, y desgraciado del que se atreviera á llevarlo!

Le cortaban el pelo en seco, al principio, pero al año siguiente, por creerlo sin duda más fácil, le cortaban la cabeza, y todo quedaba asi arreglado.

Para hacerse de recursos y poder sostener un ejército, empezaron los embargos y las ventas en público remate.

Tan pronto se remataba el teatro de la Victoria y la casa de enfrente, propiedad de la señora de Montes, como los bienes de don Lúcas Gonzalez, reservándose solo las estancias para premiar con el ganado á los leales partidarios de la federacion.

Aquellos remates eran curiosos!

A ellos asistian los grandes bandidos como Parra y Cuitiño, ascendidos á coroneles y comisarios de policía, Moreno, Troncoso, Badía y toda la hez de aquella canalla degolladora.

Por una casa que valia doscientos mil pesos, suma enorme en aquellos tiempos, ofrecia Troncoso cinco mil pesos, por ejemplo.

Y miéntras el rematador, que lo era por entónces Arriola, pedia mejora de la oferta, Troncoso paseaba una mirada terrible por toda la concurrencia.

¿Quién se atrevia á disputarle la finca?

¿Quién provocaba la cólera del bandido, mejorando la oferta?

Ninguno, seguramente.

Los únicos que se hubieran atrevido á hacerlo, eran los bandidos iguales al postor, como Parra, Badía, etc.

Pero estos no lo hacian porque tenian sus convenios particulares.

Hoy compraba Troncoso, Parra ó Cuitiño, sin que los demas mejoraran la oferta, para que mañana estos pudieran comprar á su vez sin oposicion de aquellos.

El rematador repetia dos ó tres veces la frase sacramental de ¿no hay quién dé más?

El grupo repetia «adjudíqueselo que es buen federal,» y la venta quedaba hecha.

Así aquellos bandidos habian establecido una sociedad para comprar barato, sin que hubiese quien se atreviera á hacerles la indicacion más insignificante.

Así se repartia aquella turba de facinerosos, la fortuna de los titulados

salvajes unitarios, ó de los que realmente lo eran.

Las consecuencias de este imperio de los asesinos, tenian que ser funestas.

Para ser clasificado de salvaje unitario no era preciso serlo, usar la barba de U, andar sin divisa ó pretender fugar.

El que poseia alguna propiedad codiciada por algun jefe de la mazorca, ó el que uno de estos le debiera dinero, eran tambien causas suficientes para ser degollado por salvaje unitario.

El que deseaba apoderarse de la finca lo delataba como tal, y obtenia una órden de degüello cuando no lo hacia simplemente por cuenta propia.

Sus bienes se remataban, y el delator y degollador acudia á hacer oferta, en la seguridad de no tener competencia.

Si esto sucedia en el corazon de la ciudad, podrá calcularse fácilmente lo que hacian los federales en la parte de la campaña que no habia dominado la revolucion.

Allí los crímenes eran positivamente bestiales y se cometian con un verdadero lujo de ferocidad.

Los jefes rosistas parecian empeñados en sobresalir como crueles y asesinos.

Uno de los episodios que puede servir como muestra de lo que pasaba en la campaña en aquellas épocas, es el asesinato terrible del teniente coronel Zelarrayan.

La traicion de Martinez Fontes habia sido fecunda en víctimas.

Poco á poco habian ido descubriéndose los complicados en la conspiracion de Maza, y degollados despues de someterlos á tormentos espantosos.

El teniente coronel Juan Zelarrayan, al mando de fuerzas federales, se habia lanzado ardientemente á preparar un movimiento revolucionario que pudiera servir de poderoso punto de apoyo á la conjuracion Maza.

Valiente y prestigioso, el comandante Zelarrayan no omitia sacrificio para hacer triunfar su idea patriótica.

Él personalmente, hacia los trabajos de tocar á este ó aquel amigo, como de llegar á los ranchos y proclamar á los paisanos con lenguaje sencillo y entusiasta.

Y habia concluido por convencerse de la gran facilidad con que podia llevarse á cabo un movimiento revolucionario en el Sur de Buenos Aires.

Rosas no solo habia perdido su prestigio allí donde antes fuera un ídolo, sino que habia levantado sobre sí una tormenta de ódios y rencores.

El paisano, perseguido y martirizado de todos modos por la autoridad militar y la misma justicia de paz, estaba dispuesto á tomar parte en cualquier movimiento que tuviera por objeto la caida de aquel poder omnímodo y feroz.

Los estancieros acaudalados estaban en las mismas disposiciones, aunque estos se recataban algo, pues á la menor sospecha concebida por el gobierno, sabian que perdian la cabeza.

No querian tomar parte abiertamente, sino en un movimiento sério y bien preparado, como el que echó por tierra la infame traicion de Martinez Fontes.

Zelarrayan veia todas estas disposiciones, desde el más rico hacendado hasta el peon más humilde, y se lanzó de lleno en la prosecucion de la gran obra.

Zelarrayan, cuando empezó sus trabajos, no contaba con más contingente leal y seguro que sus amigos el sargento mayor Manuel German Céspedes y el capitan José Rios.

Estos dos hombres, tan bravos y resueltos como Zelarrayan, se habian comprometido á ayudarlo hasta el fin de la noble jornada, fuera feliz ó adversa.

Entre los tres partian como buenos

hermanos la peligrosa tarea de buscar prosélitos para el movimiento.

Se separaban muchas veces por la mañana y no volvian á verse hasta el otro dia, para comunicarse la larga lista de nuevos afiliados.

Zelarrayan era un carácter noble y franco, pero sério y hombre de pocas palabras.

Era muy competente para dirigir el movimiento que tramaba, pero poco á propósito para seducir afiliados, por su palabra breve é imperativa.

El capitan Rios, por el contrario, persona jovial é inmensamente comunicativa, apenas hablaba cinco minutos con un paisano, ya lo tenia conquistado.

Rios recorria todos los bailes, jugadas y pulperías donde habia reunion de paisanos.

Se apoderaba de una guitarra, que manejaba como el mejor; y al poco tiempo habia armado un jaleo de todos los diablos.

Cuando se retiraba de la reunion, habia cautivado á los paisanos que lo miraban como cosa suya y de *la familia*.

Era entónces que el capitan Rios les hacia una *tanteada*, y segun respondian á ella, les proponia la revuelta, mostrándoles en un lenguaje sencillo, la necesidad que habia de voltear un gobierno como aquel, al que el paisanaje no debia más que martirios y privaciones.

Su lenguaje sencillo y elocuente, llegaba al corazon de los paisanos, decidiéndolos por la revolucion, sobre todo cuando la propuesta venia de tan *lindo mozo*.

Así trabajaron estos tres hombres infatigables sembrando una semilla que vinieron á cosechar en gran parte Martinez, Ramos Mejía y demas héroes de la revolucion del Sur.

La traicion abatió sus alas sobre aquellas tres nobles cabezas y Zelarrayan fué sentido cuando tenia preparados todos sus elementos para pegar el grito de libertad en la primer oportunidad propicia.

Zelarrayan y sus dos amigos empezaron á ser espiados de cerca, hasta que se apoderaron de su trama con los principales hilos.

Completamente ignorantes de lo que pasaba y del terrible peligro que corrian, no tomaban la mas mínima precaucion, prosiguiendo en su noble tarea como si tuvieran la mayor seguridad en el éxito.

Una noche, cuando menos se lo esperaban, los tres amigos fueron sorprendidos por fuerzas del coronel Vicente Gonzalez.

No tenian cerca de ellos mas que una compañia que mandaba el capitan Rios.

El combate fué rudo y prolongado.

Los tres amigos sabian que defendian la cabeza, y hacian prodigios de valor.

La compañia de Rios se batió de una manera memorable, pero tuvo que ceder el campo al número y rendirse, no habiendo ya nada que hacer.

Zelarrayan y sus dos compañeros, aprovechando la oscuridad y la última escena de la sangrienta pelea, lograron retirarse sin ser vistos y tomaron rumbo á Bahia Blanca.

Allí contaban con numerosas relaciones y quedaban mas inmediatos á un punto de embarco.

Porque descubiertos por Rosas, no les quedaba mas salvacion que la pronta huida al estranjero.

Cuatro ó cinco partidas de Gonzalez salieron en varias direcciones, al notar la ausencia de las personas que con tanta avidez buscaron al dia siguiente

Rosas les habia dado órden terminante de tomarlos vivos, y un pliego de instrucciones que no debia ser abierto hasta que aquellos no hubieran sido tomados.

Una de aquellas partidas tomó el

camino de Bahia Blanca, mas ó menos sobre la huella que marcaba el paso de Zelarrayan, Céspedes y el capitan Rios.

Estos no habian podido mudar caballos durante la noche, lo que daba á sus perseguidores una gran ventaja, pues antes de partir aquellos pequeños destacamentos, habian tomado los mejores caballos, como que habia un gran interés en alcanzar á los fugitivos.

Los tres amigos trotaron todo el resto de la noche, pues galopar solo habria servido para que sus caballos hubieran concluido de postrarse.

Pero por la mañana tuvieron que hacer un alto, para conservar sus caballos, siquiera hasta la primera poblacion, poco distante de allí.

En todo el resto de la noche apenas habian podido andar seis leguas, seis leguas que el enemigo andaria, montado como iba, en un par de horas.

Los tres jóvenes se daban al diablo, sin poder atinar cómo podian haber sido descubiertos.

—Es natural, aseguraba Rios, hemos obrado con demasiado desembozo, para no ser pillados.

Nuestra gran chambonada ha sido esperar, en vez de haber dado el golpe cuando todo estuvo dispuesto, y convulsionar todo el Sur, desde Barracas á la frontera.

—No es tiempo ahora de pensar en lo que debimos hacer, repuso tristemente Zelarrayan, sino en lo que debemos hacer para salvar la cabeza.

Es indudable que ahora nos andan persiguiendo y que tal vez vengan sobre nuestra pista.

La cuestion es entónces ganar tiempo, todo el tiempo que se pueda.

Una vez en Bahia Blanca estamos salvos—yo lo garanto.

—Puedo decir delante de ustedes que me conocen, agregó el capitan Rios, que no tengo el menor temor á la muerte, ni el más insignificante cariño á la vida.

Una y otra me eran indiferentes, desde que me metí á hombre de espada.

Pero debo confesar con la misma franqueza que una muerte tan sin provecho me escuece la conciencia, y que la idea que una daga mellada me ha de cortar el cogote como á un animal de carneada, no me es nada simpática.

Prefiero la muerte como yo la he deseado para mí.

Al frente de mi compañía y postrando el mayor número de enemigos que me sea posible.

—Comprendo tu descontento porque á mí me pasa otro tanto, añadió Céspedes.

La muerte que nos puede dar el gran Rosas, francamente no estaba en mis libros—y francamente yo protesto ante la profanacion de mi honesto pescuezo.

—Mal regalo te espera—terminó Rios.

Sigamos el consejo del comandante y tratemos de llegar ilesos á Bahia Blanca, que es nuestra salvacion.

Siento mas nuestra situacion por él, que es hombre de familia y de obligaciones.

En cuanto á mi, vuelvo á declarar que no es la muerte lo que me preocupa sino la forma en que esta nos puede ser ofrecida.

Si el desgraciado Rios hubiera conocido el fin tremendo que le esperaba, no se hubiera espresado de otra manera, pues es su muerte, fuera de duda, la mas tremenda de todas las ordenadas por Rosas.

Despues de estrecharse la mano el comandante y el capitan, con espresivo cariño, montaron à caballo y siguieron los tres el camino interrumpido.

Rios tenia por Zelarrayan un cariño intimo é invariable.

Zelarrayan lo habia hecho soldado enseñándole el camino de la gloria, y lo habia tratado siempre, no como á

un subalterno, sino como á un hermano á quien se quiere y se distingue.

Cuando concibió la idea de la revolucion, quiso apartarlo de ella, pero Rios le alzó el gallo por primera vez, y le declaró terminantemente que queria correr con él aquella aventura.

—Hay gran peligro de pagar la tentativa con la cabeza, y basta con la mia.

—Si hay peligro, razon demás para compartirlo, contestó Rios, y no se hable más.

Yo no soy oficial del ejército para andar huyendo al peligro y jamas ninguno tan bien venido como el que se corre al lado de un hombre leal y de un patriota.

Vengan, pues, esos cinco.

Zelarrayan tuvo que ceder y Rios corrió la tormenta cuyo fin sintió tan próximo.

A las dos leguas de camino tuvieron como mudar caballo, aunque no ganaron en el cambio.

Sin embargo, miraron como una salvacion á aquellos pobres mancarrones, á los que *bajaron la mano* para marchar con toda la rapidez que les fuera posible.

A las tres leguas de marcha hicieron otro altito para dar un resuello á los caballos, cuando Zelarrayan mostró á sus compañeros un polvo que se veia detras.

—Que me desuellen vivo, dijo, si aquellos no me vienen buscando!

—Pues á no perder tiempo, respondió Rios.

Todavia no nos han echado el guante y espero en Dios que no llegará el caso.

Y los tres montaron á caballo poniéndose à media rienda.

A los cinco minutos más ó menos, dió vuelta Rios y vió que los polvos se habian convertido en un numeroso grupo de ginetes.

—Por todos los diablos! dijo, no solo han apurado la marcha, sino que apesar de nuestra prisa, parece que nos aventajan.

Y estos flacuchos que no pueden con su alma!

—A este paso, observó Céspedes, sospecho que dentro de muy poco tiempo vamos á ser alcanzados.

Opino entónces que, si el resultado á de ser el mismo, que nos alcancen, no nos fatiguemos más.

Bajémonos y esperemos, que tres hombres resueltos pueden mucho y siempre nos quedará el consuelo de haberles hecho todo el mal posible.

—La idea no es mala, contestó Zelarrayan, pero aun hay tiempo de ponerla en práctica.

Apuremos los matungos á ver cómo se portan.

Los mancarrones fueron apurados en toda regla, pero no se logró hacerlos adelantar lo más mínimo.

Y la partida avanzaba visiblemente, pudiendo contar ya los veinte y seis soldados que la componian.

Apenas los separaba una legua de distancia.

Los tres amigos revisaron sus pistolas y siguieron castigando sus matungos.

A la media hora de camino, no habia ya esperanza que abrigar.

Estaban muy lejos del punto de salvacion y la partida habia adelantado mucho.

No podia haber duda de que en media hora más, serian alcanzados sin remedio.

—Ahora sí me parece inútil fatigarnos más, dijo Zelarrayan, pues pronto vamos á tenerlos encima.

Si ustedes quieren nos detendremos aquí.

Por toda respuesta los dos compañeros pararon el caballo y echaron pié á tierra.

Los tres se sentaron en el pasto, con las pistolas al lado y la espada en la mano.

En aquella actitud, parecian más bien hombres que esperaban la incorporacion de aquella partida.

Y tan era así, que la misma partida detuvo la marcha, creyendo haberse equivocado, porque los perseguidos no podian esperarlos en aquella actitud tranquila, aunque se veian sus armas en la mano.

Un sargento mayor que la mandaba, se adelantó pues, sin duda los conocia.

Al cerciorado de que eran ellos, hizo una seña á los soldados que siguieran avanzando.

Pocos minutos despues los tres amigos se ponian de pié, rodeados por la partida, que tambien habia desmontado.

—No hay que hacer resistencia, gritó el mayor, pues solo tenemos órden de prenderlos y llevarlos al Azul.

De órden del señor gobernador entreguen las armas.

—Despues de habéroslas roto en la cabeza, repuso Zelarrayan.

No pierda su tiempo inútilmente y proceda como le parezca.

—Señor, mayor. . .de edad! gritó entónces Rios, que no habia perdido su buen humor, no se seque la lengua y véngase el primero.

A que no se vienen?

—Peor para ustedes, salvajones, si no se entregan, porque los ataré á la fuerza.

Y dió órden á los soldados de reducirlos á prision.

Sin duda estos habian recibido órden terminante de no matarlos, pues no cargaron como para herir.

En cambio los tres amigos hicieron uso de las pistolas, el mejor uso posible, y sable en mano se prepararon á la defensa.

No hubo lucha posible.

La partida era numerosa, ellos estaban á pié y por fuerza tenian que ser tomados.

El primero que cayó fué Zelarrayan, envuelto en un hàbil tiro de lazo, y á este siguió Céspedes, envuelto en las patas de su caballo.

Quedaba Rios solamente, que con una agilidad prodigiosa habia evitado tiros de lazo, bolas y pechadas.

Pero què podia hacer solo, saltando entre aquel estrecho círculo de soldados.

—Vamos por partes! gritó entónces, convencido de que la prision no tenia remedio.

Yo voy á entregarme, pero no hay que atropellar.

A una señal del mayor los soldados se detuvieron y el capitan Rios se entregó despues de haber roto su espada.

El hubiera podido matarse, como fué su intencion, para no caer vivo en semejantes manos.

Pero pensó en el desgraciado Zelarrayan y quiso partir su suerte.

Los tres amigos fueron bien amarrados, como si se tratara de criminales feroces, y echados por delante.

Entónces recien, cuando estuvieron inermes, empezaron los insultos y los golpes.

—Miren qué basuras para habernos hecho correr un dia entero! gritó el mayor, atropellándolos con el caballo.

Si no valen siquiera la pena de la degollada!

—Amigo mio, observó Zelarrayan, el vernos prisioneros no le da el derecho de faltarnos al respeto debido.

Si hemos cometido algun delito, ya se nos juzgará.

—No es mala la juzgada que vas á tener, salvaje revolucionario.

El tal mayor era un paisano de larga melena y elevada talla.

Su fisonomía innoble inspiraba muy poca confianza.

Sin embargo, él debia tener órdenes de no hacerles mal, cuando ya no los habia degollado.

—Calle el compadron, gritó Rios, y no olvide que está hablando con un superior.

El mayor se puso furioso ante aquella salida que hizo reir á la tropa, y dió al capitan un talerazo.

—Esta es la primera reprimenda— le dijo—á la segunda te meto el cuchillo hasta el remache.

Los tres amigos se miraron y guardaron silencio, comprendiendo que por aquel camino solo iban á conseguir hacerse estropear inútilmente.

Aquel viaje de regreso fué espantoso. Los prisioneros fueron privados del alimento y del descanso, pues durante la noche se les obligaba á estar de pié.

Cuando llegaron á donde estaba el coronel Gonzalez, á pesar del triste estado de miseria y hambre en que venian, aquel les hizo poner una barra de grillos y pasar al cuartel, miéntras leia las órdenes que tenia y que habia llegado el momento de abrir.

Aquella órden era de tal especie, que el mismo que la leia se estremeció, sintiendo profundamente que aquellos hombres hubieran caido en su poder.

A Zelarrayan se le condenaba á muerte.

A Céspedes y Rios se les perdonaba la vida, pero con condiciones terribles.

A Zelarrayan se le mandaba fusilar y cortar la cabeza, para ser remitida á Palermo despues de dejar cumplida la sentencia en sus otras partes.

El mayor Céspedes y el capitan Rios debian presenciar el fusilamiento y degüello.

Esa cabeza debia ser clavada en un paraje público por espacio de cinco dias.

Durante aquellos cinco dias, dos horas cada dia, Céspedes y Rios debian ser colocados á una vara de la cabeza á la que debian mirar fijamente, sin hacer el menor gesto de disgusto ó pesar, bajo la pena de doscientos azotes.

Cuando se les comunicó semejante brutalidad monstruosa, tanto Rios como Céspedes declararon que preferian morir.

—Imposible! repuso Gonzalez, enseñando el último párrafo de la órden.

No habia remedio — aquella órden maldecida debia cumplirse al pié de la letra.

Rios era el más apesadumbrado de los tres.

Ya hemos dicho que amaba con pasion á Zelarrayan, que era indudablemente el más favorecido, pues al fin iba á morir y verse libre de todo sufrimiento.

Minutos despues de leida la sentencia, sin proporcionarle el auxilio que pidió, de un sacerdote, el comandante Zelarrayan fué fusilado en presencia de la poca tropa reunida y de sus dos compañeros.

Zelarrayan murió como un bravo.

En aquel momento supremo, cuando avanzaban los soldados, dió un ¡muera el tirano! escupió á la cara al oficial que mandaba la ejecucion, y recibió la descarga, sin apagar de sus labios la glacial sonrisa de desprecio.

Acto contínuo avanzó sobre el cadáver, daga en mano, el mismo mayor que les habia hecho prisioneros, y que habia pedido el *barato* de aquella *bolada*.

Tomó del cabello la cabeza del noble jóven, y la separó del tronco con una facilidad que acusaba su larga práctica en aquella operacion.

—No les dije que nos íbamos á divertir? preguntó á Céspedes y á Rios.

Lástima que no pueda hacerles lo mismo.

— Harto lo siento! respondió el último concibiendo la esperanza de enfurecer al mayor y hacerse degollar tambien,

para librarse de la parte de la órden á ellos referente.

Harto lo siento, pero eres demasiado cobarde para degollarme á mi!

Lo que es por su voluntad el mayor habria hecho el gusto al prisionero, pero no habia autorizacion.

Era preciso que se cumpliera tambien la segunda parte de la órden.

Esta empezó á ejecutarse el mismo dia.

La cabeza del comandante Zelarrayan fué clavada como se habia mandado, y los dos presos colocados á una vara de distancia, desde donde se les hizo contemplar por las dos horas mandadas.

Si la órden de no dejar de mirar la cabeza, sin hacer el menor gesto de disgusto, hubiera sido bajo pena de ser tambien sacrificado, el capitan Rios hubiera hecho lo posible por merecerla.

Pero se trataba de una pena terrible é infamante como la de azotes, y no queria aumentar la desesperacion del dolor, con la vergüenza pública.

Ambos fijaron su vista en la sangrienta cabeza del amigo, y permanecieron inmóviles el tiempo ordenado.

Al otro dia el espectáculo era más repulsivo y lúgubre.

La cabeza, puesta al sol durante el dia, habia empezado á descomponerse desfigurando las nobles facciones.

Estas se habian hinchado y aparecian manchadas por la gangrena.

Rios necesitó emplear toda la fuerza de su terrible voluntad, para no apartar de ella la vista y no hacer, no ya un gesto de disgusto sino de terrible indignacion.

Los federales, durante la noche, habian escarnecido la noble cabeza, adornándola de cintas y moños celestes en cada faccion saliente.

Al rededor de ella habian celebrado una orgia terrible, rogando á Dios les proporcionara igual espectáculo todos los dias.

Los pobres presos eran tratados en sus calabozos con todo el rigor posible.

Se les daba de comer alimentos de la peor condicion que podian hallar.

Y como no satisfechos con estos, les daban de beber solamente por la mañana, para hacerles aparecer los tormentos de la sed.

Rios se habia enfermado, no por los malos tratos materiales, sino por la muerte desgraciada que cupo á su amigo.

La cabeza de Zelarrayan no se apartaba un momento de su vista, pues cuando se cumplia el tiempo de mirarla, la veia en el calabozo, sobre los hombros de sus centinelas, en cualquier parte en fin donde fijara la vista.

Y estaba tan impregnado del fuerte olor que despedia la cabeza, que lo tomaba hasta en los alimentos, de que se privó voluntariamente, pues no podia ya tragar un solo bocado.

Le parecia que comia de la cabeza de su amigo.

Al tercer dia cuando lo sacaron del calabozo para conducirlo ante la cabeza, el capitan Rios no podia dar un paso,

Se sentia débil, febril y atacado de un raro delirio.

Se le figuraba que lo obligaban á besar á aquella cabeza fétida y desfigurada.

Su estado no lo salvó del espectáculo diario, pues fué sentado en un banquito, á una vara del terrible despojo.

Ya el olor no se podia tolerar á seis varas de distancia.

Rios fijó en la cabeza su vista débil y enfermiza que acusaba toda la amargura que esperimentaba.

Asi permaneció más de media hora, sin hacer el más pequeño movimiento.

Al cabo de este tiempo, los sentinelas que observaban en los presos el cumplimiento de la órden se estremecian ante el nuevo cuadro que se les ofrecia.

El capitan Rios habia caido del banquito donde se hallaba sentado, prorumpiendo en una carcajada estruendosa.

Cuando se acercaron á levantarlo los rechazó con un ademan enèrgico diciéndoles:

—He dicho que no quiero besarla!

Aunque me maten, no quiero besarla, y reia como si le hicieran cosquillas.

Rios no habia podido resistir á la prueba y se habia enloquecido.

Era demasiado el cariño que profesaba á su amigo para resistir semejante espectáculo.

Céspedes, aunque conservaba su juicio, parecia que empezaba á idiotizarse.

Parecia un ser indiferente al que nada lo movia, ni la cabeza de Zelarrayan ni la locura de Rios.

Al principio creyeron que esta era fingida y para evitar el cumplimiento de la órden.

Y trataron de sacarlo al cuarto dia.

Pero tuvieron entónces que convencerse de la verdad de la locura: tales cosas dijo y tales cosas hizo.

El delirio habia aumentado de una manera terrible, y la locura, bajo la forma del delirio de las persecuciones, habia tomado un aspecto terrible é imponente.

Rios agredia á los centinelas tratando de morderlos, y no pudiendo llegar á ellos, se mordia él mismo, haciéndose en los brazos y manos heridas terribles.

Fué preciso enlazarlo, porque ninguno queria acercársele y atarle los brazos á la espalda.

Al quinto dia por la mañana, el capitan Rios fué presa de un ataque más violento que todos los demás.

No pudiendo morder otra cosa, clavó los dientes en la hoja de la puerta, y se tiró al suelo dando alaridos terribles.

Una hora despues el capitan José Rios moria de una manera desesperante.

Lloraba de una manera conmovedora, y rogaba por todos los santos que le sacaron de sobre los labios aquella cabeza podrida.

Los soldados que pocos momentos antes reian de la desesperacion de aquel desventurado, no pudieron contener un movimiento de piedad ante aquel cadáver.

Céspedes pareció que aquel nuevo golpe completara su idiotismo.

Miró á su compañero y amigo tirado en el suelo sin vida, y ni siquiera se inmutó ni cambió la espresion glacial de su semblante.

—Feliz de él! esclamó, y se fué á contemplar la cabeza con la mayor indiferencia.

Era que Céspedes estaba tambien loco, sin que lo supieran, pues la suya era una locura suave y apacible, llena de cariñosa melancolía.

Las únicas palabras que se le oian, eran para lamentar la muerte de Zelarrayan.

De su compañero parecia no acordarse, y cuando le hablaban de él se encojía de hombros como si no supiera de qué le hablaban.

El capitan Rios fué arrojado á campo, en una zanja, porque á los salvajes unitarios que habian atentado à la vida y seguridad del supremo gobierno, no se les daba sepultura.

A los seis dias de la ejecucion del comandante Zelarrayan, su cabeza fué retobada en un cuero.

Cada dos ó tres puntadas, los milicos que en ello se ocupabon tenian que disparar á respirar más lejos, pues la cabeza habia empezado ya su segundo período de descomposicion, adelantado por aquellos cinco dias de sol.

Y así fué remitida á Palermo junto con el mayor Céspedes, acompañado de una nota en que se narraba lo sucedido á Rios.

Y aquella cabeza se exhibió en Palermo durante tres dias más, para escarmiento de salvajes unitarios.

Los federales se acercaban á ella, dominando el horror y la repugnancia que les inspiraba!

Quièn se atrevia á decir que tenia asco de un espectàculo que el mismo Rosas habia preparado?

Si este hubiera mandado que besaran aquella boca llena de gusanos, lo habrian hecho tambien demostrando el placer más íntimo.

Y Rosas, que conocia la repulsion que aquella cabeza inspiraba á los más tímidos, se complacia en mandarlos á cada momento á que la miraran y que le avisaran cuando hubieran desaparecido las partes blandas.

El mayor Céspedes fué obligado todavia á contemplar la fatal cabeza durante aquellos tres dias, lo que poca impresion le hizo, pues estaba ya completamente idiota.

La miraba como lo hubiera hecho con cualquier otro objeto indiferente.

En uno de aquellos dias se fué del lugar donde lo ponian á su horrible contemplacion, y nadie lo detuvo.

Rosas habia dicho lo dejaran en completa libertad de accion.

No volvió á saberse más lo que habia sido del sargento mayor Cèspedes.

El partido unitario, lejos de amedrentarse con estos hechos verdaderamente terribles, estrechó sus filas, por el contrario, y se preparó á la lucha para arrancar al tirano, de cualquier manera, su libertad arrebatada.

UNA TRAJEDIA DE DOCE AÑOS

LA conjuracion de Ramon Maza y la revolucion del Sur, habian puesto al tirano de un humor tremendo.

Sus agentes le habian avisado desde el Estado Oriental que el general Lavalle se habia movido protegido por los franceses, con buenos elementos, para unirse á la revolucion del Sur.

Su dictadura peligraba entónces amenazando el derrumbe, y era necesario contenerlo, haciendo esfuerzos de ferocidad.

Y su sistema de dominar por medio del terror, volvió á ser implantado con más firmeza que nunca.

Ya no se fusilaba en los cuarteles á altas horas de la noche, ni se degollaba en el interior de las casas unitarias, para hacerlo con más cautela.

Se cantaba la *refalosa* en plena calle y se degollaba á sierra mellada á las doce del dia en la misma plaza de la Victoria, como al doctor Zorrilla.

Era necesario aterrar al pueblo, y para lograrlo nada mejor que hacerlo presenciar la manera cómo se aplicaba el sistema federal.

Los degolladores hacian público alarde de sus crímenes.

Lo mas natural y frecuente era ver una partida de estos, deteniendo un hombre, por el delito de llevar barba unitaria.

Y sin mas trámite ni motivo sacaban sus facones y lo afeitaban en seco, como castigo señalado de antemano.

Era infalible que junto con la barba fueran tambien algunas rebanadas de carne.

Pero esto era hecho intencionalmente y no habia que parar en ello la atencion.

Era simplemente un nuevo motivo de fiesta y algazara.

Y cuidado que el que así salia podia contarse por bienaventurado.

Pues el que de cualquier modo protestaba de aquel hecho brutal, le afeitaban el cuello dejando á la policia el trabajo de recoger el cadáver.

Por esta causa era frecuente encontrar á un afeitado en seco reir á la par

de los verdugos y festejar la federal ocurrencia.

Los que llevaban chaqueta unitaria eran despojados de ella en la calle, prévia aplicacion de una paliza.

Y la persecucion á las prendas de vestir, hecha por la mazorca, llegó al punto de que los mismos empleados federales eran perseguidos y amonestados porque impensadamente, sin duda, habian hecho uso de ellas.

Tenemos delante una nota en que el gobernador apercibe ágriamente al comisario Lopez, diciéndole:

—Hago saber á usted que el celador que está á su servicio usa calzones celestes y que usted usa capote verde.

El gobierno previene que si no tienen cómo vestirse uno y otro, con esclusion de tales colores unitarios, es ménos malo que cesen en su empleo que causar semejante escándalo un funcionario público de su clase, por lo que el gobierno dispone se le dè de baja en el Departamento.

Así es que nadie se atrevia á presentarse en público con ninguno de estos colores en el traje.

Las familias unitarias más exaltadas los usaban en la porcelana ó en el entapizado, pero muchas de ellas pagaron con la vida temeridad tan grande.

Los unitarios se convencieron entonces que en Buenos Aires no habia cómo conservar la vida y la fortuna, y aquellos que podian fletar un barco cualquiera, emigraban á Montevideo, abandonando sus intereses.

Al principio Rosas se contentaba con apoderarse de los bienes dejados por éstos.

Pero poco despues pensó que era mejor apoderarse tambien de la cabeza de sus dueños, y los comisarios Cuitiño y Parra fueron los encargados de vigilar la ribera, en toda su estension, y pasar á cuchillo á todo el que fuera tomado embarcándose ó por embarcarse.

Muchos patriotas perecieron á manos de estas partidas emboscadas en todos los puntos, pero no por esto abandonaron este medio de salvacion.

Lo que hacian era juntarse por grupos, bien armados, y correr el azar de una lucha.

Si eran sorprendidos, peleaban con todo el ardor del que disputa su cabeza.

Unas veces sucumbian, pero otras lograban poner en fuga á los degolladores y embarcarse en la lancha ó ballenera que los esperaba en parage fijo

Muchos de estos unitarios fueron vendidos por el mismo barquero que debia salvarlos, pero esto no era bastante á hacerlos desistir.

Continuamente se sabia que tales ó cuales personas habian sido degolladas al embarcarse para Montevideo; y nuevas partidas se hacian noche á noche.

Unas de estas escursiones desgraciadas dió oríjen á una verdadera trajedia de familia, que duró tanto como la tirania misma.

El señor don José María Salvadores, unitario intransijente y con un valor personal á prueba del mayor peligro, habia decidido irse á Montevideo, pues señalado como salvage pertinaz, su cabeza estaba marcada por los degolladores, quienes esperaban solamente una ocasion propicia.

En los primeros grupos que se formaron para huir los peligros de aquella dictadura feroz, figuraba el señor Salvadores, que habia arreglado de antemano todos sus negocios y bienestar de su familia.

Pero aquella caravana fué sorprendida y atacada en momentos de embarcarse por soldados de Cuitiño.

Habian sido delatados por el mismo barquero que debia conducirlos á Mon-

tevideo, y á quien habian pagado anticipamente el precio del viage.

A los barqueros que tal conducta federal observaban, el gobierno les permitia guardar el importe del viage, dándoles además una recompensa en dinero.

Como los que emigraban no habian contado con la sorpresa, ni siquiera se habian armado y tomado otras precauciones del caso.

Como al llegar al punto donde les esperaba la ballenera no vieran nada que les llamara la atencion, siguieron adelante, considerándose ya salvos.

Pero apénas se habian quitado los botines y arremangado los pantalones para entrar al rio y caminar hasta el barco, los soldados de Cuitiño, guiados por éste mismo, cayeron sobre ellos sable en mano.

Aquellos hombres, en tan duro trance, no se amedrentaron.

Comprendieron que estaban perdidos y decidieron morir causando á los asesinos todo el mal posible.

Quien con el baston que llevaba, quien con sus propios botines, y quien en fin, á puño limpio, cada cual trató de hacer una defensa mas ó menos desesperada.

Pero aquel era caso irremediablemente perdido.

Los asesinos eran muchos, estaban armados de sable, y á caballo.

Cuando cayeron sobre los fugitivos, Salvadores estaba sentado aún sobre el verde, sacándose los botines.

Completamente dueño de sí, esperó el jiro que tomara la aventura, tratando de pasar desapercibido.

No queria abandonar á sus compañeros en tan amargo trance, si su ayuda podia darles la menor posibilidad de escapar.

Pero si todo estaba perdido, no queria tampoco sacrificarse estérilmente.

Y no era solo la conservacion de la vida lo que así lo hacia pensar.

Era su familia, que necesitaba su ayuda y el sosten que podia proporcionarle su trabajo honrado y activo.

Salvadores logró pasar desapercibido.

Los asesinos se echaron sobre aquel grupo de hombres de pié, que dominaba el cuadro, y no se fijaron en el pequeño grupo del suelo que se encojió cuanto le fué posible.

No tuvo mucho que esperar, para apreciar el resultado sangriento que aquello podia tener.

Salvadores se escurrió hasta un pozo oscuro, donde se metió, reduciéndose a menor volúmen posible.

Y fué desde allí que sintió la matanza de sus compañeros.

Todos fueron muertos y degollados en seguida para llevar sus cabezas como constancia del hecho.

Rosas habia exigido aquella formalidad, para evitar que le fueran con falsas narraciones.

Cuando hubieron terminado el degüello, empezó el registro de los cadáveres, que los asesinos limpiaron de cuanto llevaban encima.

Como el que tenia, generalmente llevaba sobre sí todo el dinero y alhajas, el botin de estas matanzas daba á las partidas una ganancia pingüe, asi es que la vigilancia de la costa se hacia con suma proligidad.

—Pero aquí falta uno! dijo de pronto el que parecia sargento de aquella partida.

El gringo dijo que eran seis y yo no cuento mas que cinco aquì.

Ya le enseñaré yo á equivocarse.

—Tal vez el que falte ande por aquí cerca, dijo otro.

Vamos á buscarlo y si está completemos la media docena.

Salvadores, que habia oido el diálogo anterior, se acurrucó mas en su pozo, á riesgo de asfixiarse y esperó lleno

de angustia el resultado de aquella propuesta.

Estaban tan cerca de allí, que si lo buscaban, no podian tardar en hallarlo.

Pero pronto pudo tranquilizarse y recobrar su habitual serenidad.

—Eso es al boton, habia contestado Cuitiño.

Si se nos ha escapado alguno, ya estará bien lejos de aquí.

El buscarlo, solo servirá para mostrar que hemos andado con torpeza y hacernos echar una peluca en vez de recibir una gratificacion.

Vamos, pues, que de todos modos es tarde.

—Y, no los echamos al agua? pregunto el sargento.

—No faltará quien lo haga—ahora, vamos! concluyó Cuitiño echando á andar.

Los bandidos lo siguieron sin hacer la menor observacion.

Cuando Salvadores los sintió á alguna distancia, sacó poco á poco la cabeza del pozo, y miró rápidamente en todas direcciones.

Aunque no habia oido decirlo, temia que alguno se hubiese quedado allì de centinela.

Pero qué tenian que hacer despues del saqueo y degüello?

A què habian de quedarse?

Cuando se cercioró que no habia allí ninguna persona, salió de su pozo, y echó á andar siempre con recato, y ocultándose entre los árboles del bajo.

En cuanto llegó á la esquina de Temple subió rápidamente la barranca.

Allí se detuvo y se puso los botines, colgándose las divisas que, por un exceso de prudencia, no habia tirado como sus compañeros.

Y enfiló á trote gatuno, camino de su casa.

El señor Salvadores vivia en la calle de Temple, entre Maipù y Esmeralda.

Cuando llegó fué grande la sorpresa de su gentil esposa, que lo hacia ya en camino para Montevideo.

La operacion del degüello y registro habia sido larga y, habiendo salido de su casa á las 9 de la noche, eran las 3 de la madrugada cuando regresó.

Recien cuando cerró la puerta de su casa se consideró salvo por el momento, pues si los asesinos sabian el nombre del que faltaba, no tardarian en venirlo á buscar á su misma casa, como habian hecho con otros muchos.

El resto de aquella noche y el dia siguiente, fué de suprema angustia para Salvadores y su esposa, á quien este no se cansaba de narrar la manera providencial con que habia escapado á muerte tan segura.

Al dia siguiente mandó á un amigo para que se impusiera de lo que se decia sobre la matanza de la noche anterior.

Este no tardó mucho en volver con consoladoras noticias.

Se decia que la Policia habia sorprendido cinco salvages unitarios que se escapaban para el ejército de Lavalle y se los habia *limpiado.*

Pero no se agregaba una sola palabra referente á un ses to que se hubiese escapado, ni mucho menos que este sesto fuera el señor Salvadores.

Podia estar tranquilo á este respecto.

Cuitiño habia callado y hecho callar á los suyos para no ser tratado de imbècil ó incpto, que era peor aun.

Queria conservar su fama, su terrible fama del mas astuto y mas federal de todos los servidores de aquel bandido erigido en Restaurador de las leyes.

Cuando el coronel Cuitiño fué á Palermo á dar cuenta de lo sucedido, recibió una gratificacion de mil pesos para sì, y quinientos para cada uno de los soldados que lo habian acompañado.

Era el precio de aquellas cinco cabezas sangrientas que fueron entregadas al edecan de servicio.

Ya se sabe que Rosas queria siempre hacer recaer sobre otros la responsabilidad de aquellos horrores, mucho mas entónces que el general Lavalle se habia puesto en campaña y no era posible llegar á vencerlo.

Asì es que cuando Cuitiño le preguntó si estaba satisfecho del cumplimiento de sus órdenes, Rosas respondió:

—Ya sabe, coronel, que yo soy enemigo de proceder con tanto rigor, y que solo he ordenado la prision de los que se van á engrosar las filas del asesino Juan Lavalle.

No está demás que se moderen un poco; miren que Lavalle puede triunfar y tomarles cuenta de todas estas cosas.

—De la santa federacion no hay enemigo capaz de triunfar, replicó el asesino poniéndese de pié.

Es mucho el ardor de los buenos federales, y muchos ellos mismos para que puedan ser vencidos por el gran salvaje unitario y asesino Juan Lavalle.

Y despues de esta perorata, pidió algunas órdenes.

—Nada tengo que decirle, sinó volver á recomendar la vigilancia en la costa.

Es necesario evitar que las filas de los inmundos salvajes, puedan engrosar con gente de Buenos Aires.

—Pierda cuidado V. E., contestó el bandido, y se retiró embolsando el importe de los asesinatos, ansiando cometer otros nuevos para que no le faltara aquella suma estraordinaria.

Salvadores, por su parte, viendo que nada se decia do él, y que nada contra él se intentaba, empezó á salir á la calle ocupándose de sus asuntos, como si nada hubiera pasado por él.

Solo tres ó cuatro amigos íntimos estaban en el secreto de la trájica aventura, y de estos no podia abrigar la menor desconfianza.

El patron del barco que los habia vendido, no podia saber su nombre, y por consiguiente nada habia que temer por ese lado.

El apenas sabia cómo se llamaba el que lo habia tratado y ningun mal podia hacerle.

Lejos de escarmentar con lo que habia sucedido, Salvadores empezó al poco tiempo á tramar una nueva tentativa de fuga, prometiéndose ser mas precavido en adelante.

El poder de Rosas se hacia sentir más feroz de dia en dia; permanecer en Buenos Aires era renunciar al derecho de vida.

Los disgustos terribles que le causaban los crímenes del hijo, habian concluido por postrar en cama al padre.

El bueno de don Leon le habia aconsejado cuanto habia podido y habia concluido por renunciar á toda esperanza de enmienda.

La muerte del doctor Maza habia sido el golpe final á aquella série de disgustos terribles.

D. Leon estaba unido á Maza por una vieja amistad y porque creia inocentemente que los consejos de este eran un freno que contenia á su hijo en aquella vertiginosa pendiente de sangre.

Para el buen viejo don Leon, no hubo la menor duda de que el asesinato de su amigo habia sido ordenado y preparado por Juan Manuel.

Aquel doble disgusto, la muerte de Maza y el crímen de su hijo, envenenaron su delicada existencia.

No volvió á levantarse mas del lecho!

Pocos meses despues moria consumido por los pesares aglomerados en su corazon noble y bueno.

Aquel hombre moria con otra amargura nueva en el espíritu.

Qué raza maldita habia engendrado?

Porqué lo habia condenado Dios á tamaña desesperacion?

Las iniquidades del general don Prudencio no eran un misterio, como las

muchas maldades del general don Gervasio.

Solo sus hijas no le habian dado ningun disgusto, pero esto no impediria, por santas que fuesen, á que su apellido se perdiera en una cadena de maldiciones.

Por fin aquel hombre noble rindió su espíritu al Creador Supremo, sin haber gozado un momento de dicha, desde que Juan Manuel Rosas subió al poder.

Este tuvo la audacia infinita de asistir á sus últimos momentos, fingiendo el dolor mas intenso.

Con este motivo la mazorca se lanzó á todo género de manifestaciones de pùblico pesar.

Los frailes mazorqueros convocaban en *La Gaceta Mercantil* al pueblo de la Provincia, á las pompas fúnebes que cada uno de ellos celebraba.

Y como no habia quien quisiera cargar con una sentencia de muerte, federales y unitarios se apresuraban á asistir á aquellos funerales parroquiales de riguroso luto, y fingiendo un pesar que en parte sentian realmente, pues don Leon era un corazon honrado que habia dedicado todo el esfuerzo de sus ùltimos años, en mostrar á su hijo el camino del bien y del honor, camino que este desconocia de todo punto.

Don Juan Manuel no suspendió por esto su sempiterna orgìa de sangre.

Por el contrario, redobló su zaña contra las vìctimas de su crueldad, hasta donde parece imposible.

Los salvajes unitarios degollados por la mazorca, eran enterrados como perros.

No habia quien, por ninguna suma, quisiera vender á sus deudos un miserable ataud, ni cura que se atreviese á rezar una misa por su descanso eterno!

El que á tales cosas se hubiera prestado, hubiera corrido igualmente el clasificado de salvaje unitario.

Doña Agustina tambien cayó á la cama, postrada por la muerte de su compañero para no levantarse mas.

Pero nada de esto ablandó aquellas entrañas de tigre.

Siguió cada vez mas implacable en su sistema de terror y de sangre.

No habia en la ciudad un solo unitario que se atreviese á contar con el dia de mañana.

Así es que apesar de los consejos y reflexiones de su noble y abnegada esposa, Salvadores preparó su segunda espedicion de huida hasta Montevideo.

Debian embarcarse juntos él, don Pedro Echenagusia y don Clemente Zañudo.

La primera aventura lo habia hecho sumamente precavido y desconfiado, sobre todo del botero que habia de llevarlos hasta un buque francés donde debian embarcarse.

Llegó por fin la noche de la huida, en medio de la mayor zozobra.

La esposa de Salvadores estaba agitadísima, pues tenia el presentimiento que, como la vez primera, iban á ser sorprendidos.

—No tengas el menor cuidado, respondia Salvadores para tranquilizarla.

El hombre que nos vá á llevar hasta el buque es de entera confianza.

Es el mismo que ha llevado hasta Montevideo otros amigos.

Ademas, agregaba chanceándose —no en vano me llama Salvadores —ya vés que la primera escapada no ha estado mala.

Pues así me he de salvar esta noche, aunque nos estuvieran esperando.

—Es que no me conformo con que te vaya á suceder una desgracia! respondia la buena señora.

Voy á vivir en una ansiedad mortal hasta el dia de mañana, en que, si no has vuelto, podré recien saber si has logrado fugar.

Despues de tranquilizar à la señora y dar un beso á los chiquilines, Salvado-

res salió de su casa en direccion al bajo, por la calle del Paraguay.

Era mas ó menos la hora en que Zañudo y Echenagucia debian estarlo esperando.

Al llegar en la esquina de San Martin, encontró á estos que creian se hubiera echado atrás.

—Ya lo dábamos por desertor! murmuraron silenciosamente — el tiempo corre y es preciso no desperdiciarlo.

Son las 9, y si á las 9 1|2 no estamos en la orilla, el botero se irá: esto es lo convenido.

Los tres amigos prepararon sus pistolas y caminaron hasta la barraca de Balcarce.

Apenas habian pisado el Paseo de Julio, sintieron un gran tropel y grandes voces de muerte.

Era gente de á caballo que, sable en mano, trataba de detener á un pequeño grupo de hombres, que se defendian con sus pistolas tratando de disparar.

Indudablemente aquellos eran unitarios sorprendidos en el momento de embarcarse, como lo fué Salvadores y sus amigos pocos meses antes.

La noche estaba bastante oscura, de modo que puede decirse que los tres amigos habian adivinado aquella escena al resplandor de los fogonazos, pues apenas podian distinguirse los bultos.

Perseguidos y perseguidores vinieron á detenerse frente á donde estaban los tres amigos, á unas cincuenta varas de distancia.

Y detuviéronse los tres, presas del mayor terror, pues cualquier casualidad podia descubrirlos.

—¿Qué hacemos? preguntó Zañudo, que era hombre resuelto y de pocas palabras.

—No hay que pensar en seguir adelante esta noche, contestó Salvadores.

Lo mejor es pegar una vuelta y darnos por bien servidos.

Si nos apresuramos cinco minutos mas, es decir, si yo no tardo tanto, caimos en la volteada.

Entre tanto se habia trabado una lucha desesperada entre degolladores y unitarios.

Solo se oia el choque de los sables contra los cuerpos, mezclado á maldiciones terribles y lastimeros ayes.

—No hay que esperar mas, dijo Salvadores.

Ahora la del humo!

Y los tres dieron vuelta, emprendiendo una rápida retirada.

En aquel mismo momento salió del grupo una voz que heló de espanto á los tres amigos, haciéndolos apurar el paso rápidamente.

—Allí se van otros! allì se van otros! habia gritado aquella voz, á la que siguió el galope de un caballo.

— Es uno no mas, murmuró Salvadores, y apuró la carrera de sus ágiles piernas.

Al llegar á la esquina de San Martin, como si hubieran estado convenidos de antemano, cada uno tomó direccion distinta.

Echenagucia siguió San Martin hácia la plaza, Sañudo siguió Paraguay derecho, y Salvadores, mas corajudo ó mas travieso, dobló la derecha y se echó de barriga contra la pared, montando sus pistolas.

La noche era oscura y como los que corrian debian llamar la atencion del ginete, era fácil no reparar en él.

Y en último caso, para librarse de aquel hombre tenia un par de buenas pistolas.

El ginete llegó á la esquina, y como Salvadores lo habia pensado, miró primero al que huia por la calle Paraguay y luego al que caminaba por San Martin.

Y detuvo su caballo como si vacilase á cuál habia de dar la preferencia.

Y como ningun rumor se sintiese á

la derecha, ni siquiera se le ocurrió mirar por aquel lado.

—Por la gran perra! esclamó, como si hubiese renunciado á todo proyecto de persecucion.

Y cómo disparan los muy hijos de una unitarial chico debe ser el jabon que llevan!

Si no fuera por el reparto de lo que estos llevan, que me pueden dejar en blanco si me tardo, yo los alcanzaba, sí.

Y volvió á media rienda al bajo, donde las carcajadas y chacota habian sucedido á las maldiciones y golpes de sable.

Cuando las pisadas del caballo se hubieron alejado bastante, recien Salvadores respiró con fuerza.

Habia estado á tres varas de aquel bellaco y habia contenido su respiracion cuanto le fué posible, por no hacerse notar.

En el bajo parecia que todo ya habia concluido.

Los asesinos debian estar registrando los cadáveres y ningun momento más á propósito para emprender la huida.

Así lo entendió Salvadores, y encomendándose á sus piernas, echó por la calle del Paraguay con bastante rapidez, aunque no tanta que pudiera despertar las sospechas de algun sereno con quien tropezara.

Y dobló la esquina de Maypú en direccion á su casa, que le parecia estar todavia á una legua de distancia.

A pesar de su valor personal á cada momento le parecia sentir detràs un grupo de ginetes que le seguia pidiéndole la cabeza.

Y se estremecia de espanto al pensar que no volveria á ver mas á sus hijos si era alcanzado.

Al llegar á la esquina de Temple, se encontró con un grupo de mazorqueros, que venian por la acera opuesta, dando grandes gritos de muerte.

El esterior de Salvadores era el de un cumplidísimo federal.

Llevaba chaleco punzó y la chaqueta federal,—grandes divisas en los ojales de la chaqueta y sombrero, y una barba intachable.

Al enfrentar al grupo de mazorqueros, estos le miraron detenidamente y con curiosidad.

A Salvadores se le desprendieron las carnes de los huesos.

Si entre los prójimos de aquel grupo habia alguno á quien se le antojara tantearle el pescuezo, era hombre muerto inmediatamente.

—¡Viva la santa federacion! gritaron los mazorqueros, dejando brillar en sus manos los largos facones.

Salvadores se rehizo, dominó todo temor y sacándose el sombrero gritó con la alegria de una carcajada:

—¡Viva la gran Sociedad Popular Restauradora!

Mueran los inmundos ladrones y asesinos salvajes unitarios! y agitó su sombrero con gran entusiasmo.

Tanta jovialidad habia en el timbre de su voz y en la manera con que dió sus gritos, que los mazorqueros se echaron á reir.

—Dios guarde á la buena gente! gritó el que parecía hacer cabeza de ellos, y siguieron en direccion al Retiro.

Para ellos Salvadores era un cumplido federal y hombre de pelo en pecho.

—Malditos bandidos, pensó, mientras seguia rápidamente á su casa.

Siquiera los partiera un rayo antes de llegar á la esquina!

Fué á llamar á la puerta de su casa con cierta precipitacion porque por la calle de Esmeralda se sentia otra mazorcada, cuando notó con estremado placer que la puerta se hallaba entornada.

Su esposa, en prevision de cualquier

accidente, habia dejado la puerta apenas apretada, para que no perdiera tiempo en hacerse abrir.

Salvadores abrió precipitadamente, entró con tanta rapidez, como si lo vinieran persiguiendo, y se dejó caer pesadamente sobre el sofá del comedor.

Allì estaba su leal esposa, que no habia tenido el coraje de recojerse, pensando en él y en los peligros que lo rodeaban antes de pisar el buque salvador.

—¿Qué es eso, por Dios? preguntó aterrada, ¿vienes herido acaso? ¿te persiguen?

—Ni un rasguño traigo, se apresuró á decir Salvadores, pero déjame reposar un momento el horror de esta noche maldecida.

Creo que aunque viva cien años bajo igual estado de cosas, no volveré á pasar un momento más amargo.

Y era verdad, Salvadores necesitaba algun reposo para tranquilizarse, pues recien empezaban á pesar sobre su espìritu fuerte los momentos de suprema angustia por que habia pasado en pocas horas.

La señora se puso á llorar conmovida, pensando en que por otro milagro del buen Dios volvia á ver vivo á esposo.

—Qué noche! querida mia, dijo al fin de un momento de reposo.

Parece que una estrella fatal me persigue, pero al mismo tiempo la Providencia divina proteje mi cabeza.

No crei que dos veces pudiera hacerse la misma escapada.

—Pero qué les ha sucedido? preguntó la señora ahogada por los sollozos.

Acaso ha vuelto á venderlos el barquero y han muerto á Echenagucia y á Zañudo?

—No, gracias á Dios—todo ha sido obra de la estrella maldita que me persigue, y de una casualidad terrible.

Y conmovido aun por el recuerdo terrible, refirió á su esposa con sus detalles mas sombrios la escena de que habian sido testigos y la manera cómo habian escapado ilesos.

—Y Dios nos ha protejido en toda regla, continuó, porque nadie nos ha conocido.

El bandido que nos vió huir y nos siguió hasta la esquina San Martin, ni siquiera podria dar nuestras señas.

—Quiere decir que tus dos amigos han salvado tambien?

—Como yo, porque supongo que no los habrán muerto en la calle porque ni siquiera son sospechosos.

La Providencia ha sido magnánima con los tres.

Efectivamente.

Zañudo y Echenagucia habian llegado ilesos á sus casas, aunque para caer presas meses despues bajo el puñal de la mazorca, en su segunda tentativa de huida.

—Supongo que habrás escarmentado ya, y que no incurrirás en otra tentativa de fuga, sollozó la señora.

No te metas en nada y hazte pasar como hasta ahora por un buen federal, y asegurarás tu vida.

De otra manera te espones á un nuevo chasco, y tres veces no sucede la misma casualidad.

—Tienes razon, repuso Salvadores, para aliviar la angustia de la señora.

Segiré tu buen consejo.

El sabia que no hay razon capaz de convencer á una mujer contra sus sentimientos, y evitaba una discusion inútil, ahorrándole un pesar.

Cómo hacerle comprender que no podia renegar de sus creencias ni desertar su bandera, aun en la seguridad de perder la cabeza?

—Tienes primero que conservarte para ti y tu familia, que están arriba de todo, le habia dicho esta.

Tus hijos valen mas que tus amigos de causa.

—Es que mi honor es el de mis hijos, y es preciso sacrificarse muchas veces para que nadie tenga una sombra que enrostrarles, habia contestado.

Para una madre y una esposa amantes estas razones son nulas.

Para ellas no hay nada, nada, en el mundo que esté arriba de la conservacion del objeto amado.

—Yo quiero mi esposo vivo y mis hijos quieren vivo á su padre, responde una muger en igual situacion.

Lo demás, todo lo demàs, que se lo lleve el diablo.

La causa por que se sacrifican los hombres, desde Cristo hasta la fecha, no alimenta los hijos de los que caen.

Pronto su nombre se olvida por todos, y los hijos pueden pedir una limosna si no tienen de que vivir.

Y por Dios santo que no dejan de tener razon en este punto.

Pero no perdamos la hilacion de nuestro capítulo, que llega á su parte más dramática.

Salvadores no pudo olvidar en toda aquella noche y el dia siguiente, la escena del bajo.

Siempre le parecia estar escuchando el golpe de los sables y el quejido de los que caian.

Y al recordar las carcajadas que siguieron á aquel primer momento, le parecia estar viendo las cabezas de las víctimas separadas del cuerpo y fuertemente asidas de los cabellos, de aquellos cabellos unidos por la sangre coagulada.

A la siguiente noche se vió con Zañudo y Echenagucia en la tertulia habitual.

Los tres amigos se estrecharon con un fuerte abrazo, sin cambiar una sola palabra.

En aquel abrazo silencioso habia algo más elocuente que toda palabra humana.

Eran tres hombres que se abrazaban vivos, despues de haber tenido la muerte á dos dedos del cuello.

Por el momento los tres habian renunciado á probar fortuna.

Con aquella salvada milagrosa tenian para mucho tiempo.

Podia ser que despues de aquel vértigo de sangre viniera alguna reaccion saludable, pues continuando de aquella manera, medio Buenos Aires desapareceria pronto.

—

Pero la mazorca seguia apretando la mano de manera de no dejar la menor esperanza de escape.

Cada dia se nombraban tres ó cuatro personas de lo más conocido, asesinadas por la mazorca, sin contar las que eran fusiladas en la Policia y cuarteles sin que el pueblo conociera sus nombres.

Su facultad no llegaba más que á contar las descargas que sonaban durante la noche, cada una de las cuales anunciaba la muerte de algun salvage unitario.

Pensar, pues, que en Buenos Aires se podia conservar la cabeza sin pertenecer á la mazorca ó á algun grupo suelto de asesinos, era una ilusion completa.

El espionaje se habia establecido con una habilidad diabólica.

Doña María Josefa, la tremenda Doña María Josefa, tenia organizado el servicio doméstico, por secciones y con su jefe correspondiente, de modo que no se entendia sino con estos jefes, tanto para atender á las delaciones, cuanto para dar sus órdenes.

Y las familias estaban vendidas sin poderlo evitar.

Porque las que despedian el servicio y se quedaban solas para librarse de espiones, eran clasificadas de salvajes unitarias, sin más trámite, y no tardaban en sentir las consecuencias de tan terrible clasificacion.

Diariamente emigraban grupos de

salvajes unitarios y diariamente eran sorprendidos otros que intentaban hacer lo mismo.

La noticia de los degollados por quererse ir con Lavalle, se hacia circular en toda la poblacion, para escarmiento de los que iguales intenciones abrigaban.

Pero no por eso dejaban los unitarios de hacer y realizar sus tentativas de fuga.

De todas maneras tenian perdida la cabeza pues siquiera arriesgarla de firme corriendo algun buen albur.

En las reuniones que tenian secretamente los unitarios, se hallaron una noche José Maria Salvadores, el coronel Francisco Linch, Cárlos Maison, Isidro Oliden y otros muchos.

Segun los avisos que se tenian, pues tambien los unitarios, si no espias, tenian algunos amigos leales en el foco de la federacion, los cuatro que hemos nombrado habian sido clasificados de salvajes unitarios, dándose órden á la Policia para que los vigilase.

Esto y una sentencia de muerte, era lo mismo.

Se les habia acusado de tener correspondencia con el salvaje Lavalle, y no se necesitaba mayor delito para hacer rodar una y cien cabezas.

—Lo que es yo, dijo el coronel Linch, me mando mudar à Montevideo, antes que den contra nosotros una órden de degüello, si no la han dado ya.

—Yo haré lo mismo, dijo Salvadores, aunque debia estar escamado,—y refirió sus dos tentativas con sus menores detalles.

De todos modos, perdidos por perdidos, puede ser que Dios nos ayude, fugando, mientras que quedando aqui es seguro que nos tocan el violin mas grande que un contrabajo.

Me animo,pues, y lo acompaño, aunque hemos de tomar las mayores precauciones.

—Acepto y venga esa mano, respondió el coronel Linch.

De todos modos si nos pillan y no podemos salvar el bulto, pelearemos por la vida.

Dos hombres bien armados y resueltos, bien pueden abrirse paso por entre una partida de asesinos, cobardes como todos ellos.

Acostumbrados á la impunidad y á la conformidad con que se dejan matar las víctimas, un poco de dura resistencia les ha de causar algun escozor y han de concluir por abandonar el campo.

Qué dice de esto Salvadores?

—Aceptado sin observacion, replicó este, decidido á correr aquella tercera aventura, aunque ya la fuga se hacia mucho mas dificil.

—Pues yo sostengo que tres hombres resueltos y bien armados ofrecen mas resistencia y probabilidades de triunfo que dos hombres en iguales condiciones.

Dijo à su vez Cárlos Maison:

Me agrego á la partida sin mas trámite.

—Pues diablo, interrumpió á su vez Isidoro Oliden, si tres son tan famosos, mejor seremos cuatro.

Yo tambien me agrego, y por lo menos algunos han de caer con nosotros en caso de ser descubiertos.

—Bueno, mis amigos, esclamó José Maria Riglos que se hallaba en la reunion y que estaba tambien vigilado por la policía.

No me negarán ustedes que,segun las cuentas que van echando, cinco hombres resueltos y bien armados seremos por lo menos como un ejército.

Si no les parezco un maula inservible, yo tambien me agrego á la carabana, dispuesto á hacer por la vida cuanto esté á mi alcance.

A pesar de la tremenda situacion por que todos pasaban,aquel ejército de

cinco unitarios, levantó una lluvia de bromas alegres y joviales.

—Mejor es que se queden, decia uno, y con cinco más que nos agreguemos, podemos concluir aquí con la federacion.

—El plan no es malo, decia otro.

Hagamos una espedicion de diez, y entónces no hay peligro de que nos detengan.

—Diez seriamos sentidos en el acto por las partidas que recorren el bajo, observó Salvadores.

Y aun cinco mismo somos demasiado, pero se puede correr el albur en honor y provecho de una resistencia ventajosa en caso de ataque.

—Basta de bromas, amigos mios, que el asunto es sério, segun creo, interrumpió el coronel Linch.

No me parece tan descabellado el plan que merezca tanta broma.

No por esto se interrumpió el buen honor.

Los cinco amigos se comprometieron solamente á probar fortuna juntos, y Linch y Oliden se comprometieron á arbitrar los medios prontamente, pues una hora perdida, en aquellos momentos, importaba la pérdida de la cabeza.

—Yo tengo el hombre que necesitamos, dijo Linch.

Un unitario á toda prueba, que nos proporcionará ballenera segura.

Asì es que el punto delacion puede ser desterrado de nuestras probabilidades en contra.

—Pues entónces difícilmente nos atrapan andando con cautela, observó Salvadores.

Todos los que perecen en sus tentativas de emigracion es debido á la delacion de los barqueros que los han de salvar.

Hay quien les pague á peso de oro cada delacion y aquella gente no se pára en pelillos.

Así como nos salva por una cantidad dada nos vende por otra mayor.

Así es que asegurando este punto, no hay nada que temer y sí solo esperar el momento más á propósito.

El barco nos puede esperar de ocho á once, por ejemplo, dijo Maison.

Me parece que en tres horas se puede elegir momento, pues las partidas recorren el bajo sin detenerse en punto dado.

—Bueno, coronel, dijo Oliden: si su hombre falla por algun motivo ajeno á él, yo tengo con quien reemplazarlo.

Es un tipo cuya lealtad garanto con mi pescuezo, y que nos servirá activa é inteligentemente.

—Mi hombre pasa hábilmente la plaza de federal, dijo Linch—por esto sus servicios pueden ser famosos.

Mañana lo veremos juntos y resolveremos lo que ha de hacerse y el partido que se debe tomar.

Convenidos en esto y en verse á la noche siguiente para resolver de una manera definitiva y fijar la noche de la fuga, los amigos se despidieron y se retiraron á sus casas usando de mil precauciones.

Salvadores comunicó á su esposa el plan de la nueva fuga, para irla preparando, pues esta debia ejecutarse tal vez dentro de dos dias.

Por supuesto que le pintó la cosa de una manera risueña y con todas las probabilidades de éxito.

Me voy con personas bien relacionadas con algunos federales de respeto, quienes les guardan las espaldas.

Ya ves que no puede existir mejor ocasion.

—No te vayas por Dios! esclamó la señora, que esta vez te van á matar!

No te vayas, te lo suplico—qué peligro te amenaza tan sério, que te haga arrostrar la muerte y el abandono de los tuyos?

—La muerte misma, hija mia, replicó entónces el patriota.

Esta noche nos han avisado á los

cinco que estamos vigilados por la policia, y que pronto se vá á dar órden de degollarnos.

Si tù quieres me quedaré, pero ya ves que quedándome corro un peligro seguro.

Decide tú misma, haré lo que digas, te lo juro.

Quieres que me quede?

—Y cómo he de querer que te maten? santo cielo!

Dios mio! Dios mio! creo que me voy á volver loca!

Puesto que dices que huyendo aseguras la vida, huye que mis ruegos te acompañarán hasta el buque si Dios quiere que llegues salvo.

—Y llegaré, no tengas duda.

Ya ves que Dios no me ha abandonado las otras veces.

—No sé por qué tengo un presentimiento fatal que les vá á suceder una desgracia!

—Vivir asì, te aseguro, es cien veces peor que morir.

Pero me quedaré, tranquilízate hija mia, me quedaré, y haz cuenta que nada te he dicho.

—Pero cómo has de quedarte, Dios bendito, si la policia te vigila y van á dar contra tí órden de degüello?

Huye con ellos si tantas seguridades tienes, y que el Señor te proteja.

Pero tén presente, que si te sucede alguna desgracia y te matan, no tardaré en seguirte.

Con mil delicadas caricias, Salvadores trató de borrar del ánimo de su esposa aquellos tristes presentimientos, y así lo logró aparentemente.

Todo el dia siguiente fué de nuevos preparativos de marcha.

La señora de Salvadores fingia la mayor conformidad, pero en su espíritu ardia un mundo de terrores.

Cuando su esposo salió para asistir á la reunion convenida, el dolor la venció y se echó á llorar por todo lo que habia disimulado durante el dia.

Salvadores fué exacto á la cita en casa de Oliden, como se habian convenido.

Era el único que faltaba.

Los otros cuatro lo esperaban con buenas noticias, á juzgar por sus semblantes risueños.

Veamos lo que habia hecho el coronel Linch acompañado de Oliden.

Al dia siguiente muy de mañana, se juntaron, y como quien no quiere la cosa se fueron á ver á Juan Santos Merlo, que era el hombre leal y de confianza con quien Linch contaba y de quien daba las más sérias garantias.

Juan Santos Merlo era un reconocedor de carnes, hombre á quien todos conocian como sumamente honrado y de corazon inmejorable.

Juan Santos Merlo era tenido por los unitarios como un partidario acérrimo que les podia ser de suma utilidad, y le sacaban el cuerpo y hasta se espresaban de él con profundo desagrado, para no hacerlo sospechoso á los federales con quienes estaba intimamente relacionado.

Porque Juan Santos Merlo pasaba por un federal formidable, amigo del santo sistema y profundo adorador de la persona del Restaurador.

Juan Santos Merlo no degollaba, pero habia hecho entender á Cuitiño y demás degolladores con quienes se entendia, que no tenia corage para tanto.

Esto era al menos lo que los unitarios se decian entre si al ocuparse de Juan Santos Merlo, persona utilísima, por la clase de relaciones federales que poseia.

En cuanto á Cuitiño y Parra, otra cosa pensaban del honrado reconocedor de carne.

Lo tenian por uno de los suyos, á carta cabal—y si no lo invitaban á los degüellos era para no hacerlo sospechoso

á los unitarios, entre los que no era más que un espia.

Y esto era la verdad, fatalmente.

Con toda la apariencia de un hombre honrado y manso, y todo el aspecto de unitario pacífico, Juan Santos Merlo era un miserable digno de la gente á que servia de todas maneras.

Era el espia de más confianza que tenia Cuitiño y el autor obligado de terribles delaciones.

Los unitarios se confiaban á èl creyéndolo un centinela avanzado en las filas federales y él los vendia miserablemente, poniendo á Cuitiño en posesion de los más graves secretos de fuga ó noticias de Lavalle.

Era tal el talento que para finjir tenia este individuo, que á ninguno se le ocurrió jamás sospechar de su proceder.

Lo creian, como hemos dicho, un unitario decidido, que tenia la fortuna de pasar por un cumplido federal.

Este era el hombre de quien el coronel Lynch respondia de todos modos, y á quien habia ido á ver en compañia de Oliden.

—Qué lo trae por aquí, señor coronel? preguntó Merlo con un aire bonachon y honrado.

Quiere saber con certeza la noticia que ya debe haber llegado á sus oidos?

—Cuál noticia? preguntó á su vez Lynch.

—La de las clasificaciones.

—En efecto, qué hay de cierto en ello?

—Todo, coronel, todo.

Parece que ha habido alguna delacion, pues han dado órden de vigilarlo de cuando en cuando para saber qué hace.

Como lo han visto hablar conmigo otras veces, me han pedido informes sobre usted.

Como pintarlo federalmente hubiera sido descubrir mi juego, he dicho que creo que no es usted amigo del gobierno, pero que juraria tambien que no se mete en nada contra él, porque no quiere perder su tranquilidad.

—Ha hecho bien, amigo mio, repuso Lynch, y de ello le estoy profundamente grato.

Conociendo su buena voluntad hácia mí, he venido hoy á ocuparlo, referente á esto mismo, recordando sus frecuentes ofrecimientos.

Puedo siempre contar con ellos?

—Y cómo no? Usted me conoce demasiado y sabe que pudiendo hacer un servicio soy feliz.

—Bueno, entónces es necesario que hablemos de una manera reservada, porque es muy grave lo que voy á decirle.

—Superior: voy á concluir mi tarea para no dar nada que maliciar, y á la siesta, que están más solas las calles, me tiene usted en su casa.

Váyase tranquilo.

Lynch y Oliden se retiraron, muy satisfecho este último del hombre que acababa de conocer.

Entre once y media y doce del dia Juan Santos Merlo entraba á la casa de Linch, sin golpear la puerta, para no hacerse notar, segun dijo, pero con un fin muy diverso.

Cuando los dos amigos se hubieron despedido, Merlo habia abandonado su trabajo y trasladádose á la comisaría de Cuitiño, á quien hizo una seña imperceptible.

Este se levantó y se fueron ambos á una pieza reservada.

—Parece que ván á caer algunos pájaros de los más famosos, dijo apenas se sentaron.

Vamos á estar de fiesta dentro de poco.

—¿Qué hay? hemos olido algo bueno?

—Ya lo creo que sí.

Parece que tenemos fugada.

—Y quiénes son los que se ván?

—Por ahora solo sé de dos—el coronel Lynch y don Isidoro Oliden.

Y refirió su conversacion en aquella mañana con los dos unitarios.

—Es preciso que si hay alguna vigilancia en casa del coronel, la retiren, porque seria hacerme sospechoso para ellos.

—Hay un vigilante que ronda de tarde en tarde, pero lo voy á hacer retirar.

Es preciso ser vivo, amigo Merlo, pues esos pájaros son de la mayor importancia.

Apunte los nombres de todos para agarrarlos en seguida, si acaso alguno pudiera escapar.

- Si apunto me pierdo.

¿Qué objeto tendria en apuntarlos?

Nada, ya sabe que tengo la memoria larga y que aunque fueran veinte, no se me olvidaria uno solo.

Para ver si puedo pescar algo que no quisieron decirme por un esceso de prudencia, tengo ya mi plan.

Voy á meterme de golpe en la casa, bajo el pretesto de no hacerme ver de la calle.

Así lo que esté á la vista, lo conoceremos.

—Superior—vaya no más, amigo, que de esta hecha nos acreditamos más que gobierno.

Merlo salió de la comisaria de Cuitiño y se dirigió rápidamente á casa de Linch.

Hé aquí esplicado el por qué de aquella entrada tan franca, que los dos amigos hallaron muy puesta en razon.

No convenia de ninguna manera que Merlo se hiciera sospechoso.

Este era sagaz y previsor como ninguno, observaba el detalle más insignificante, y siempre era preparado á destruir cualquier sospecha.

Era difícil que lo hubiera visto alguien entrar y salir á lo de Cuitiño, pues ambas cosas las hizo prévia inspeccion de calle.

Era, pues, urgente parar anticipadamente la mala impresion que tal noticia hubiera hecho en los dos amigos: la noticia de su visita á Cuitiño.

Así es que cuando se tomaron todas las precauciones para no ser interrumpidos, fué lo primero que espuso aquel miserable.

- Aquí donde ustedes me ven, dijo con la mayor frescura, vengo de la comisaria de Cuitiño.

Para abordar una situacion, no hay mejor cosa que conocerla con toda exactitud: así antes de venir quise informarme de si algo nuevo habia referente á ustedes.

Pero nada hay más de lo que ya conocen.

Como supongo que era lo que ustedes me iban á pedir, me he anticipado al pensamiento.

Les garanto entónces que no hay nada de nuevo y que si la policia los vigila es muy por encima.

He acertado?

Merlo habia sospechado que se trataba de fuga, pero se habia guardado muy bien de darlo á conocer.

Era mejor dejarlos venir sin el menor esfuerzo.

—Ya sabia que es usted hombre precavido, dijo Linch haciendo una señal de complacencia á Oliden, como si dijera ¿que le parece mi hombre?

Pero se trata de algo más grave, así es que el servicio que le tengo que pedir es importante.

Para un hombre menos sagaz y prudente, podria ser de algun compromiso, pero en usted no hay cuidado.

Hable no más sin reserva, que si hay compromiso lo serviré con mayor complacencia.

De otra manera y si la cosa hubiera sido lo que yo pensé, no valdria la pena de tanto.

— Pues bien, mi amigo, se trata de evitar que el dia menos pensado nos den una mazorcada, y hemos resuelto irnos.

Como usted tiene tantos amigos en una y otra parte, he pensado en usted para que me proporcione un barquero de absoluta confianza.

Ya sabe usted que los emigrados que son sorprendidos, es, en su mayor parte, por delaciones de los que los deben embarcar.

Por eso hemos resuelto suspender el viaje hasta no tener una persona de quien usted mismo pueda responderme.

—Eso sí que es grave, esclamó Merlo, fingiendo un gran embarazo,—no por mi sinó por ustedes.

La costa está muy vigilada, Cuitiño y Parra no se duermen en las pajas, y embarcarse hoy es tan dificil como volar.

Merlo sabia por esperiencia que con aconsejarlos asì no se perdia nada, pues ningun consejo podia detener al que se resolvia á fugar, mucho más con hombres como el Coronel Linch.

Demasiado sabia todo el pueblo las grandes dificultades con que habia que luchar.

—Yo les aconsejo que no hagan locuras, prosiguió Merlo.

Esperen un poco, que tal vez el embarque sea más fàcil y menos peligroso. Hoy es de un gran peligro.

—Agradezco su interés, dijo Lynch, pero encuentro que mayor peligro se corre quedándose, cuando estamos ya señalados.

—Es que si los toman en el bajo los van á pasar á cuchillo.

—Puede ser que nó, qué diablo!

Somos varios y estamos resueltos á pelear en último caso.

Alguno caerá, pero algunos tambien nos salvaremos.

—Tambien tienen razon, dijo Merlo, fingiendo gran preocupacion.

Tan peligrosa es una cosa como otra.

Al fin y al cabo si todos los que se ván son hombres como usted, peleando se puede hacer mucho.

—Ya lo creo que lo son! dijo Lynch - el que menos es capaz de cambiar su vida con otra.

—Superior, superior, dijo Merlo - pero no se descuiden, miren que la cosa es del más sêrio peligro.

No me conformarìa jamás con que, habiendo yo mediado en esto, fuera á acontecerles una desgracia!

—No tenga cuidado - de todos modos nunca habria que hacerle el más leve reproche.

Puedo garantirle para satisfaccion propia, que tengo tanta confianza en usted como en mí mismo.

Merlo sintió que un resto de vergüenza le salia al semblante.

Por miserable que fuera, aquella ciega confianza en su honradez no dejaba de causarle algun remordimiento.

Què mal le habian hecho aquellos hombres leales, que así preparaba el abismo de muerte á que los iba á hacer rodar?

Qué interés de venganza ó de pasion podia llevarlo á cometer aquel crímen vil y repugnante?

Ninguno, absolutamente ninguno.

Su único interés era quedar bien con Cuitiño y partir con este la comision de la buena presa y alguna alhajita de los cadáveres.

Esto era el único móvil que guiaba á aquel cobarde en su obra maldita.

Así es que las últimas palabras del Coronel Lynch, no dejaron de hacerle alguna impresion.

—Conque, qué nos dice? concluyó aquel—tiene algun barquero tan seguro como usted mismo y á quien podamos fiarle la cabeza?

—Conozco dos ó tres, dijo Merlo, acostumbrados á este género de espediciones.

Sobre todo hay uno que ha hecho tres viajes con unitarios y de quien puedo responder como de mi mismo.

Pero para saber si les conviene, ne-

cesitaria hacer una pregunta que desde hoy no quiero hacer, porque parece curiosidad inmotivada.

—Pregunte no más, Merlo, sin el menor temor: ya le he dicho que tengo en usted tanta confianza como en mi mismo, y una prueba de ello es lo que estamos tratando.

—Como le he oido decir que los que ván son varios, para saber si les conviene esta embarcacion, la más segura, necesitamos saber cuántos son, porque es chica.

—Y para preguntar eso andaba deteniendo sus recatos.

—Somos cinco: nosotros dos, José Maria Salvadores, Maison y Riglos.

Supongo que ahora se dejará de delicadezas, pues sabe la cosa por completo.

Merlo sintió una emocion que apenas pudo disimular, al conocer aquellos nombres, importantes todos ellos.

—Cristo mio! esclamó, por si acaso se habia traslucido algo de su emocion —jamás me conformaria con que á tales personas fuera á sucederles lo que á tanto otro mártir!

En el barco de mi hombre caben hasta ocho, apretados—seis irán con comodidad.

Les garanto que con el barquero pueden tener una confianza ciega.

Por este lado pueden estar tranquilos.

No les queda otra dificultad que burlar la vigilancia de las partidas del bajo.

—Si nos sorprenden nos hemos de batir bien, repuso Linch con una fé profunda.

Para que nos degüellen será preciso que la casualidad venga en nuestra contra.

—Dios no lo quiera!

Yo me voy ahora mismo á ver al de la ballenera, para que no se comprometa con otro.

Dónde quieren que lo lleve para que hablen con él?

—Es inútil, repuso Lynch—hable con él usted mismo y trate el precio.

Pregúntele si podemos disponer del barco hoy ó mañana, y usted nos contesta.

De este modo evitamos el ser vistos hablando con un barquero.

No le parece, compañero?

Oliden, que á él iba dirijida la pregunta, aprobó por completo lo que Lynch habia dicho.

—Ya que el señor nos sirve de tan buen corazon, dijo, es mejor que complete así el servicio.

—Entónces no hay más que hablar—fijo précio.

—El que pida, y adelantado.

—No hay necesidad, basta que yo lo vea, para que sepa que se trata de caballeros cumplidos.

Entónces ahora mismo me voy á hablar con él.

La contestacion la traeré yo mismo antes de la noche, para poder fijar dia y punto—hasta luego.

—Hasta luego, contestaron los dos amigos, y miraron salir á aquel hombre con una especie de respeto.

—Qué opina? pregunto Linch á Oliden—le parece hombre en quien uno pueda fiarse?

—Basta oirlo hablar y mirarle la cara para comprender que es un hombre honrado y leal.

Aunque usted no hubiera garantido su fidelidad, no trepidaria yo en confiarme á él.

Apruebo, pues, en un todo su proceder, y declaro que tengo fé en el resultado de nuestra empresa.

Estoy contento, y algo me dice en el corazon que llegaremos sanos y salvos á Montevideo.

La única dificultad que se presenta es que el barquero esté comprometido, y esto solo importaria una demora.

—Es que una demora en nuestra situacion vale la vida.

Soy de opinion entónces que se busque otro.

No ha de encerrarse en esto toda bienaventuranza.

—Y en último caso, observó Oliden, yo tengo de quien valerme, aunque mi hombre vale menos que Merlo, porque no conoce como este á la gente federal, ni anda entre ella.

De todos modos, esperemos su vuelta, tal vez traiga buena noticia.

Los dos amigos resolvieron esperar, pues á la hora de reunirse los cinco, era preciso que todo estuviera arreglado.

Entre tanto Merlo se habia dirijido rápidamente á su casa, desde donde habia mandado llamar á Cuitiño.

Volver á la comisaria no era prudente, pues ya no tenia una disculpa séria.

Miéntras que Cuitiño podia ir á su casa, aunque fuese visto, pues no estaba en su mano evitarlo.

Cuitiño concurrió con tanta premura como á un llamado del mismo Rosas.

Era indudable que Merlo lo mandaba llamar porque tenia todo el ovillo.

—Què tal? dijo en cuanto entró—tenemos ya la lista.

—Y qué lista! cinco unitarios de los más importantes.

Esta va á ser la más famosa pescada de todas,—conque prepárese á tender el aparejo en la seguridad de que todo es pescado fino—no hay ni un solo sábalo.

—Vaya echando pues, no me haga lamer de curiosidad.

—Pues me parece que de la espedicion hacen cabeza el coronel Lynch y Oliden, don Isidoro.

—Buenas cabezas porque son pesadas! y quiénes son los otros?

—Tres más, Salvadores, Maison y Riglos.

—Al fin caen tambien esos! esclamó Cuitiño—Unitarios flor y nata.

Qué dia va á pasar el Restaurador!

Y cuándo es el viaje?

—No lo sé todavia porque debo ir á ver un barquero que les he ofrecido, para arreglarlo.

Pero me parece inútil desde que los van á atajar.

—No está de más, véalo y haga el trato.

Bueno es estar prevenido á cualquier desconfianza que pudiera ocurrir á última hora.

Y, tiene la seguridad que son los que me dice?

Mire que seria lástima faltase alguno!

—El mismo Lynch me los ha nombrado: tienen en mí una confianza ilimitada.

—Pues no hay que perder tiempo.

Trate el barquero—cuál és? don Cárlos?

—El mismo.

—Bien; trátelo, y me avisa lo que resulte.

—Ah! bueno es saber que el fandango vá à ofrecer alguna dificultad.

Segun me han dicho, si los descubren, ván dispuestos á pelear de firme y causar todo el mal posible.

—Cuidado, porque tengo entendido que es gente brava y de entrañas de buen temple.

—Llevaré la flor de mi gente, para llevar poca, dijo Cuitiño como hablando consigo mismo.

Podría avisar á Parra para que me auxiliara en caso de apuro, pero es una lástima partir con álguien la gloria de esta batida.

Por resueltos que sean, ya llevaré yo con qué amansarlos. No hay que dejarse maliciar el juego, mire que de esta echa nos vamos á lucir de lo lindo.

Merlo, asi que se fué Cuitiño, montó á caballo y se largó á lo del nombrado don Cárlos. Este era un genovés franco

y noble, que se habia puesto al servicio de la gran causa, sin el menor interés.

Si le pagaban, recibia, pero no negaba sus barcos al que le manifestaba no tener con qué pagarle por el momento.

Don Cárlos estaba en el bajo, en su punto de parada habitual.

Conocia á Merlo por un unitario decidido, como todos ellos, hasta romper lanzas con el que le hubiera dicho que era un traidor.

Así es que en cuanto aquel le hizo una seña, lo siguió disimuladamente.

Merlo se dirigió con él á un paraje solitario entre los árboles, y allì le dijo sencillamente:

—Le tengo cinco viajeros que le pagarán lo que se pida.

Le conviene la bolada?

—Ya lo creo que sí, per Cristo! para trabajar estamos, per Dio sacramento, y para servir de paso, si se puede, à la buena gente.

—Está desocupado por ahora, es decir, libre de compromiso con algun otro?

—Sí, pueden disponer de mì cuando quieran—¿ qué hay que hacer?

—Llevarlos á Montevideo ó á la Colonia.

Se pagarà adelantado, si quiere.

—No hay necesidad.

Cuando usted los recomienda, será porque valen.

Alantuuze, me diga cuándo teñimo que ir.

—Esta noche á las 8, vaya por casa, allí le contestaré.

Hasta luego, pues, y de todos modos, esté preparado para el viaje.

—Bueno, hasta luego—no faltaré ni por un sacramento.

Merlo se retiró en direccion á casa de Lynch, miéntras que el bravo Cárlos iba á comprar algunas provisiones de boca.

El tiempo no estaba muy firme y un temporal no hubiera tomado de sorpresa á ningun patron de buque.

—Todo está listo — dijo Merlo al entrar.

He demorado más de lo que creia, porque Cárlos, que es el barquero, no estaba donde creí encontrarlo.

No solo no tenia compromiso sino que está dispuesto al primer aviso.

— Gracias, amigo mio, respondió Lynch, estrechando aquella mano cobarde y traidora.

—No esperaba mènos de Vd.

Y acercándose á un mueble agregó:

—Ahora diga en cuánto lo ha tratado, para que lo pague al fijarle el momento.

—No hay necesidad, lo harán ustedes una vez que estén á bordo.

—Gracias otra vez.

—Esta noche me parece imposible, pues los compañeros no están preparados.

Le parece bien así, Oliden?

—Creo lo mismo.

Mañana será mucho mejor.

—Bueno, dijo Lynch á Merlo.

Que nos espere mañana desde las ocho, hasta las once de la noche.

—En qué paraje?

—Cuál es el menos vijilado? eso usted lo debe saber.

—Me parece mejor el bajo, á la altura de Temple.

De la Recoleta adelante, como son parajes más solitarios, son los que vijilan.

No se supone que nadie venga á embarcarse en un punto tan visible.

—Pues mañana entre ocho y once, frente á la calle de Temple, concluyó Lynch.

Que no falte, haga el tiempo que haga, que si es malo es mejor para nosotros.

—Cuenten con que allí estará todo el tiempo convenido.

Felicidad y buena fortuna, que si se

toca algun inconveniente yo lo avisaré con tiempo.

Y estrechó la mano que le tendieron Oliden y Lynch.

—Un momento, esclamó este.

Felices ó afortunados, quiero que nos recuerde siempre y á cada momento, en la seguridad de que siempre estamos dispuestos á retribuir este noble servicio.

Y sacando del bolsillo uno de aquellos enormes relojes de oro y de repeticion que se usaban entónces, lo alargó á Merlo con cadena y adornos.

—Guarde ese reloj en recuerdo nuestro y de su noble ayuda.

Merlo rechazó el presente.

Palideció intensamente y bajó la mirada.

—Este es un recuerdo de amistad, continuó Lynch, y espero que no habrá interpretado de otro modo.

Siento en el alma si esto puede haberlo herido, pero no ha sido esa la intencion.

Quiero que guarde un recuerdo de este dia.

Merlo estaba avergonzado.

Aquel presente era un reproche terrible á su accion villana.

Y algo parecido al remordimiento asaltó á su espíritu.

Lynch le obligó á aceptar el reloj poniéndoselo en el bolsillo, y Merlo salió de allí como si la presencia de aquellos hombres le hiciera daño.

Era la vez primera que sentia el mal que habia causado.

Pero esto no tenia ya remedio.

Para un espíritu envilecido y cobarde como el suyo, no habia medio de eludir el compromiso con Cuitiño, que tan entusiasmado estaba.

Podia este descubrir su mal juego, y hacérselo pagar caro.

—A lo hecho pecho! esclamó por fin, borrando de su espíritu aquella parodia de remordimiento.

Siento mucho, pero ya no hay remedio.

Cuando don Cárlos vino á obtener la respuesta, Merlo le dió la hora y sitio convenido, recomendándole la mayor exactitud, cualquiera que fuese el tiempo.

—Porco dun Papa! esclamó el genovés, vamos á tener un tiempo de todo lo diablos!

—No importa—esto es lo convenido.

—Alantunze no abremo más.

Saró allí, de la ochos á la onces.

—Adios.

—Addio.

Y se fué á lo de Cuitiño.

Este estaba haciendo una lista, muy apurado, pues no sabia si el fandango seria aquella misma noche.

—Estoy arreglando la partida con la mejor gente, dijo.

—Es esta noche?

—No, mañana.

—Entónces hay tiempo, y se echó la lista al bolsillo.

Los dos bandidos, despues de conocer Cuitiño la hora y el punto de embarque, estuvieron bebiendo hasta hora avanzada, pensando en el efecto que iba á causar tamaña presa.

Cuando se despidieron, quedaron en verse la noche siguiente á las doce, en que Cuitiño narraria á Merlo, el resultado del negocio.

Pues aquello, para ellos, no era más que un buen negocio, bajo todo punto de vista.

—

Los cinco amigos, inocentes de la inícua traicion que se preparaba sobre sus cabezas, se hallaban reunidos en casa de Lynch, quien daba minuciosa noticia de los felices trabajos que se habian hecho.

—Qué les parece? preguntaba alegremente.

Tienen fé en el resultado?

—Completa, respondieron todos, aprobando lo que se habia hecho.

—Seguros de no ser vendidos, no hay que tener recelo, dijo Salvadores.

Es á lo único que yo tengo miedo,

No se puede dudar de la honradez de Merlo, á quien yo tambien conozco, y desde que él responde plenamente del referido don Cárlos, no hay porqué abrigar el menor recelo.

El punto de embarque es superior, porque es el menos vigilado: de consiguiente, los resultados tienen que ser buenos, salvo una casualidad fatal.

—Bueno, dijo Linch, es preciso que ahora nos pongamos de acuerdo sobre lo que se ha de hacer.

Voy á dar una idea general que ustedes aprobarán ó modificarán, segun les parezca.

Como no podemos andar juntos por la calle, porque seria delatarnos, es necesario que vayamos de á uno y por distintos rumbos al punto convenido, ó á la esquina de Temple y Reconquista, para estar juntos si un apuro sobreviniera.

Como la Policia nos vijila, segun dicen, cada cual, al salir de su casa, debe observar si es seguido.

En caso que lo fuera y no pueda burlar al espìa, debe regresar á su casa y renunciar á la fuga.

Todos debemos ir llegando al punto de cita, desde las 8, como sea posible á cada uno.

A las diez se embarcarán los que estén á esa hora, pues el que falte será porque no ha podido burlar la vigilancia.

Las armas que deben llevarse son un par de pistolas y una arma blanca—puñal seria mejor.

Qué les parece?

—Bien todo, menos un punto que se puede enmendar ventajosamente.

Como todos estamos ó debemos estar vijilados, es natural que la vigilancia se ejerza sobre nuestras casas, para saber á qué hora entramos y salimos.

Propongo, pues, que mañana salgamos temprano todos.

En el momento que cada uno vea que no es observado, ganará la casa de un amigo, en donde permanecerá hasta la noche.

De esta manera burlamos toda vigilancia y miéntras cuidan nuestras casas nosotros quedamos libres de contratiempos.

Esta reforma fué calorosamente apoyada por los otros cuatro, que la hallaron intachable.

En lo demás se adoptó lo que habia dicho Lynch.

—Entónces; en el caso de ser sorprendidos, concluyó éste, cada cual hará lo que pueda.

A todos nos interesa defender la vida lo mejor posible.

Así arregladas las cosas, y de acuerdo en todo, los cinco amigos se fueron retirando de á uno, para no llamar la atencion.

Al dia siguiente, como lo habia indicado Salvadores, cada uno fué saliendo de su casa ya algo avanzada la mañana.

A esa hora los agentes de la federacion reposaban de las fatigas de la noche, y suponiendo que todos dormian, nadie se ocupaba en hacer vigilancia.

Asi es que conforme iban adquiriendo la seguridad de que no eran seguidos, se iban metiendo en casa de los amigos menos sospechados, donde permanecerian hasta la noche.

No podia darse nada más sagàz y bien combinado.

Asì cuando los espías vijilaran las casas á la noche, si lo hacian, ellos irian en camino de salvacion.

Cada uno llevaba sobre si todo lo que constituia su equipage, á saber: dinero, pistolas y un puñal de buen temple.

Era el 3 de Mayo de 1840.

Este dia, como el anterior, habia

amanecido lluvioso y amenazando tempestad.

Era el tiempo que convenia á nuestros fujitivos, porque era el peor enemigo que podian tener las partidas que recorrieran el bajo.

A la caida de la tarde empezó á soplar un buen pampero, que arreció poco á poco hasta convertirse en un verdadero temporal.

El embarque iba á ser difícil porque el rio estaria bajo y la marejada fuerte, pero en cambio el bajo se hallaria limpio de espías.

Los fujitivos miraron aquel tiempo como una ayuda del cielo y no dudaron ya del éxito de la empresa.

Quién habia de suponer que con semejante noche se habia nadie de atrever á embarcarse?

Ah! solo el que necesitaba salvar la cabeza podia intentarlo!

Y efectivamente, bajo una lluvia torrencial, las partidas fueron ganando las pulperias del tránsito.

Solamente esperando un golpe seguro, se podia permanecer en el bajo.

Y allí estaba Cuitiño desde las siete de la noche.

No pudiendo calcular el plan de Salvadores, él mismo dió los pasos necesarios para hacer cesar cualquier vigilancia que hubiera en casa de los fugitivos, para facilitarles más el camino.

Y á las siete de la noche se emboscó con quince hombres elegidos entre sus soldados más bravos, entre los árboles del bajo.

Allì esperó con una paciencia de gato, á que apareciese el grupo de amigos para caer sobre ellos.

El viento y la lluvia eran insoportables.

El dudaba que se resolvieran á embarcarse con semejante noche, pero esperaba porque Merlo le habia dicho:

—Se embarcarán con cualquier tiempo.

Es gente resuelta á todo y no es el viento ni el agua lo que ha de detenerlos.

Los que provocan y desafian una tormenta de sangre, no se han de detener ante un aguacero y un ventarron.

Y así era efectivamente.

A las ocho de la noche, los cinco amigos que habian puesto iguales sus relojes, salian cada cual de la casa donde se habia albergado durante el dia.

Y sigilosamente y sin preocuparse del agua que á torrentes les caia encima, se dirigian por distinto camino al punto de reunion.

Y un cuarto de hora despues los cinco se hallaban en la esquina de Temple y Reconquista, sin que les hubiera sucedido el menor contratiempo.

La lluvia habia disminuido notablemente, siendo de esperar que en cinco minutos más el aguacero habria pasado.

La noche era serenísima y el viento silbaba causando un ruido tìpico é imponente, entre los corpulentos sauces del bajo, que han desaparecido ya de aquel parage.

Allà, á lo lejos y frente mismo á la calle del Temple se veia un farol encendido, que no podia ser otro que el de la ballenera que los esperaba.

La partida de Cuitiño habia salido un poco de su emboscada para estar prevenida, pues la oscuridad era completa.

No se veian los objetos sinò teniéndolos muy cerca.

El frio era intenso y desconsolador.

Los cinco amigos escuchaban atentamente, pero no podian darse cuenta de los ruidos que llegaban confusos á sus oidos, alterados por el fragor del viento entre los árboles.

De cuando en cuando un relámpago vivo venia á iluminar la escena dejándola sumida en seguida, en las más densas tinieblas.

—Parece que debemos aprovechar los momentos, dijo el coronel Lynch.

No me parece que haya partida capaz de llevar su aficion al degüello hasta afrontar esta noche terrible.

Por otra parte, no se siente nada que pueda hacernos sospechar la proximidad de una partida.

Allí está el barco salvador—un esfuerzo más y habremos llegado.

—Vamos, pues, contestó Maison.

Se pueden llevar las pistolas montadas, para mayor precaucion.

Los relámpagos irán poco á poco mostrándonos el camino.

Los cinco amigos, formando una especie de ala de batalla, avanzaron silenciosamente, las pistolas en la mano y el oido atento al rumor más leve.

De cuando en cuando, algun relámpago mas vivo que los anteriores, iluminaba el camino, permitiéndoles ver á cierta distancia.

Estos mismos relámpagos sirvieron para que los asesinos los vieran llegar.

Cuitiño que sabía el punto preciso por donde habian de venir, no habia quitado de allí su vista de lince.

De modo que cuando los cinco unitarios desembocaban al bajo, este hacia montar su gente preparándola al momento que no podia tardar ya.

Los cinco amigos se detuvieron despues de andar unos treinta pasos, esperando un nuevo relámpago que les enseñara el camino.

Y esperándolo tambien, los asesinos se habian movido para caer sobre las víctimas asì que irradiara su luz.

Más de tres minutos estuvieron así aquellos dos grupos, que esperaban la luz de un relámpago con tan diverso objeto.

Por fin el relámpago se produjo y los verdugos y víctimas pudieron contemplarse frente á frente.

Una quintuple maldicion partió del grupo de los que huian y el relámpago de muerte de sus pistolas volvió á iluminar el terreno.

Dos ginetes rodaron al suelo, produciendo cierta desorganizacion entre los asesinos.

A los salvages! que no puedan escapar! gritó Cuitiño.

Si se van, luego los he de fusilar à todos ustedes.

—Firmes y ánimo! dijo á su vez el coronel Lynch.

Este canalla está ya vencido por nuestra agresion inesperada.

Otra descarga y huyen como perros.

Los cinco amigos se agruparon y volvieron á hacer fuego, guiándose para ello por el sonido de las voces y el ruido que producian los caballos.

Otros dos ginetes cayeron al suelo, desmoralizando por completo á los asesinos.

No habian aun causado el menor mal y ya habian perdido cuatro hombros.

Pero ya los cinco amigos no tenian más que sus puñales.

Maison tuvo una idea salvadora, que puso en práctica inmediatamente.

Aprovechemos las otras pistolas! gritó, pero para hacer fuego, aprovechemos un buen momento.

—Avanzemos! avanzemos! gritó el coronel Lynch, haciendo fuego cuando sea necesario.

Ante semejante amenaza y sin sospechar que los emigos mentian para aterrarlos, los asesinos se abrieron y diseminaron al rededor, para esquivar las balas de las pistolas y hacer imposible el fuego al monton.

Los cinco amigos empezaron á avanzar, tratando de ganar tiempo y entrarse al agua, antes que el enemigo se repusiera y apercibiera de que no tenian con qué hacer fuego.

Cuitiño atropelló á los suyos con el caballo, obligándolos á cortar la retirada de los fugitivos.

Estos cargaron á sable y empezó entónces una lucha terrible.

Los cinco amigos se batian con sus puñales entre la oscuridad de la noche, con una bravura imponderable.

Sabian además que este era el único medio de salir de allí con vida.

Se prendian de las piernas de los asesinos, y á las bridas de los caballos y trataban de huir y herian con una desesperacion creciente.

Oliden y Maison habian sido heridos tambien, y Salvadores, al evitar un hachazo que le habria partido la cabeza, recibia una profunda herida en la mano derecha.

Sin embargo, los asesinos, que ignoraban estas heridas, perdian terreno visiblemente acobardados.

Estaban acostumbrados á degollar impunemente y aquella heróica resistencia los habia desconcertado desde un principio.

Fuera de duda los amigos estaban salvos.

El coronel Linch habia logrado arrebatar un sable y con él dirigia golpes terribles.

En vano eran los esfuerzos desesperados de Cuitiño, que veia que á pesar de todas sus precauciones, las víctimas se escapaban.

Varias veces intentó agredir él mismo, pero otras tantas retrocedió ante el sable de Linch.

El gran degollador tenia tanto miedo como sus mismos soldados.

Ya llegaban los amigos á la playa, perseguidos muy débilmente, cuando se cambió por completo la escena y la situacion de los combatientes.

Con un estrépido infernal, acababa de presentarse en la playa un nuevo y numeroso grupo de combatientes.

Eran el coronel Parra y su gente que estaban en una *esquina* y habian sentido las detonaciones.

—Esos no pueden ser sinó unitarios que, sorprendidos, se han visto obligados á pelear, dijo Parra.

Es preciso acudir, porque cuando se atreven á tanto, es porque han de ser muchos: el fuego así lo atestigua.

La gente montó á caballo y acudieron presurosos á donde se estaba combatiendo.

—Qué gente es esta? qué sucede aquí? preguntó Parra deteniendo su caballo.

—No podia llegar más á tiempo! yo soy el coronel Cuitiño! gritó éste.

Acudid pronto, coronel Parra, que se nos van—han conseguido acobardar á estos trompetas!

Parra se adelantó impetuoso sobre los que huian, cargándolos con sus soldados.

La suerte de los cinco amigos acababa de decidirse.

Qué podrian hacer, heridos ya tres, contra más de doce soldados de refresco, unidos á los que aun conservaba Cuitiño?

Desde el primer momento lo entendieron así y se dispusieron no ya á luchar por la vida, sinó á morir haciendo el mayor daño que les fuera posible.

Fué Maison el primero que cayó, con una segunda herida terrible.

Varios soldados habian hechado piè á tierra, y uno de ellos le habian sepultado su daga en el costado derecho.

—Adios, compañeros! gritó al caer—ya soy uno menos!

—A mí bandidos! á mí asesinos! gritó el coronel Linch saltando adelante.

Y cayó tambien con el cráneo partido de un sablazo y herido el corazon de una puñalada.

Tan cerca estaban unos de otros, que los tres que quedaban de pié, lo vieron caer.

Salvadores, herido en la mano, ni siquiera podia defenderse; no ya agredir.

La muerte era inevitable.

Y tentó otra vez la buena fortuna que lo habia salvado anteriormente.

Aprovechando la oscuridad, se deslizó á la derecha todo lo que pudo y empezó á retroceder rápidamente hácia la ciudad.

En aquel mismo momento caia tambien Oliden rendido por las muchas heridas recibidas, pero postrando al caer á otro asesino.

Solo quedaba en pié Riglos.

Los asesinos, engolfados en el triunfo, que tocaba ya á su fin, no vieron á Salvadores que habia retrocedido con pasmosa rapidéz.

Como no podian ver los caidos, cuando cayó Riglos, no encontrando ya resistencia, creyeron haber concluido con los cinco.

Fué entónces que prendieron fuego y revisaron el terreno del combate.

—Ni uno ha escapado! vociferó el feróz Cuitiño—ni uno solo para que cuente el cuento!

—Cuántos eran? preguntó Parra.

—Cinco, cinco de los más importantes, pues entre ellos figura el coronel Lynch.

—Pero algo les ha costado, eh?

Veo aquí algunos cuerpos que son de nuestra gente.

Dos, cuatro, seis, siete, siguió contando á la luz de una linterna los soldados tendidos en el suelo.

No se puede negar que han hecho lo posible por sacarla bien.

Me parece que si no caigo yo se hacen el gusto.

—Efectivamente, repuso Cuitiño algo corrido—estos sinvergüenzas se habian dejado arrollar con la parada.

—Con la parada no, mi coronel, repuso un sargento que alguna tranca debia tener cuando se permitia hacer observaciones.

Habiamos perdido ya cinco hombres.

—Por maulas! y yo que los elejí como una gran cosa!....

—Será, mi coronel, pero la gente era dura como la mejor.

—Bueno, á registrarlos ahora, á ver si llevaban comunicaciones.

La órden era inútil, pues ya los asesinos, no solo registraban, sinó que desnudaban ya los cadáveres, calientes todavia.

—Mi coronel, dijo el sargento que habia hablado antes, yo no encuentro aquí màs que cuatro:

A no ser que el otro haya ido á caer más lejos!.....

—Poder del diablo! aulló Cuitiño—se habrá escapado alguno—pronto, á ver si está por ahí.

Se buscó, pero inútilmente.

No habia allí más que cuatro cadáveres.

—Y está seguro que eran cinco? preguntó Parra.

—Y cómo no! los conté en medio del gran relámpago.

Y aunque no fuera así, conozco hasta sus nombres.

—Iremos á dar una batida.

—Es inútil, terminó Cuitiño.

Si se ha salvado volviendo á la ciudad, ya sé quién es y pronto le pediré el vuelto.

Si se ha embarcado durante el combate, ya no hay remedio.

Cuitiño miró hácia el rio, y vió el farolito de la ballenera que apenas se distinguia ya.

O va allí, ó mañana será conmigo.

Y tomó la linterna de manos del sargento, y se fué él mismo á revisar los cadáveres.

Con qué satisfaccion íntima los nombró uno por uno, así que fué viéndoles la cara!

—Salvadores! esclamó de pronto,—José Maria Salvadores! chilló; ese es el que falta.

De poco te vá á servir la gauchada, siguió vociferando, si es que te has quedado!

Los bandidos se entregaron con un

entusiasmo febril al saqueo y mutilacion de los cadáveres.

Cuando hubieron concluido, el sargento entregó á su vez á Cuitiño las alhajas y dinero que los soldados le entregaron de lo que indudablemente faltaba una buena parte.

Y allí mismo, á la luz de los cigarros y de la linterna, se hizo el reparto del botin entre los diez y ocho soldados que se habian ido entreteniendo en desnudar tambien á sus compañeros.

A pesar de la fuga de Salvadores y de las bajas tenidas, Cuitiño estaba alegre.

Lynch y Maison, y de yapa Oliden, decia, esto sí que es portarse en toda regla.

Me quemo por hablar con el señor gobernador.

Concluido el reparto, Cuitiño se acercó á Parra y le dijo:

—Me parece que podemos hacer retirar los muchachos, porque ya no hemos de necesitarlos.

Yo me voy á Palermo á dar cuenta; si quiere iremos juntos.

—Ya es tarde y el gobernador estará recojido.

No, porque me espera, pues él sabia la bolada y me habia dado órdenes.

—Entónces estoy demàs—yo me voy con la gente y mañana nos veremos.

Los dos asesinos se despidieron cordialmente, Parra á la ciudad, despues de mandar retirar la soldadesca, y Cuitiño hácia Palermo.

El tirano esperaba al bandido, pero apenas lo vió el edecan de servicio, le dijo:

—Entre coronel, entre; aunque es tarde, tengo órden de S. E. de hacerlo entrar en cuanto llegase.

Cuitiño se metió á una pieza, donde estaba el tirano con su gorro de pastel sumido hasta las orejas y haciéndose el distraido, señal infalible de mal humor.

Omitimos aquí una descripcion detallada de aquella pieza y de los locos que se veian en los rincones acurrucados y durmiendo, porque ella estará en nuestros capítulos describiendo minuciosamente lo que era Palermo de San Benito.

Cuitiño se detuvo en la puerta, esperando que Rosas le hablara, pero este pareció no haberlo sentido llegar.

—Buenas noches S. E., dijo por fin, puedo entrar?

—Ah! coronel, repuso el tirano como si recien lo viera—entre, no se esté ahí parado.

—Es que como donde me siento dejo el charco de agua, no sé si debo....

—Entre no más, y no tenga recelo.

Cuitiño venia efectivamente aterído de frio y chorreando agua.

Despues de los degüellos del bajo y cuando venia á Palermo, le habia caido encima el segundo aguacero de aquella terrible noche.

—La noche no está muy mansa, agregó Rosas, y como usted habrá estado de servicio esta noche, ya me imajino que ha de estar calado hasta los huesos.

Cómo le ha ido de campaña?

Supongo que habrá escarmentado á esos insolentes.

Cuitiño habia impuesto á Rosas aquella mañana de lo que se trataba.

Por eso es que el tirano estaba esperando á Cuitiño y le hacia aquellas preguntas.

La empresa ha sido un poco dura, pues ya sabe V. E. de la clase de gente que se trataba.

Dura para morir como no he visto otra.

—Y los cinco?

—Hubieran caido, contestó Cuitiño algo confuso—pero ya vé V. E. la noche, no se veian ni las manos.

—Hubieran caido! quiere decir que se han salvado! esclamó enfurecido el tirano.

Bien digo yo que no tengo un solo agente que valga cuatro reales, en las empresas difíciles.

Si viene Lavalle, no sè qué vamos á hacer con semejante chusma! nos vá á llevar por delante!

Cuitiño temblaba como un niño ante aquella mirada de tigre y no se atrevia á replicar una palabra.

—Hable de una vez! con mil diablos; supongo que ni siquiera me traerán la cabeza de Lynch!

—Algo más, V. E., se atrevió entónces á decir el degollador.

Solo ha escapado uno, y el que menos vale.

Con escepcion del salvaje José Maria Salvadores, todos han caido bajo el puñal justiciero de la federacion.

Al oir esto la cara del tirano tomó una espresion más humana, sonrió á Cuitiño y le dijo:

Entónces Linch, Maison, el....

—Todos V. E., todos han caido pagando su infame delito.

Solo la gran oscuridad de la noche ha podido hacer que se nos escape aquel salvaje sabandija.

Pero no importa, otros me proporcionarán el desquite!

Rosas habia concluido por ponerse alegre y charlador.

—Y sabe que se ha mojado de lo lindo, dijo.

Yo lo voy á secar por dentro, miéntras usted se seca por fuera.

Y dió un gran alarido.

Los locos estuvieron de pié tan rápidamente, que parecia hubieron finjido dormir.

La gorra voló por la cabeza de uno, el tintero por la de otro, y un gran puntapié alcanzó al que le quedaba más cerca.

— Qué ordena mi padre? preguntó don Eusebio, que no era tal loco, sinó un vividor que pasaba la plaza de tal.

— Pronto, bellacos - un vaso de cualquier bebida fina para el coronel Cuitiño, que tiene frio.

Los locos se desparramaron prontamente merced á otros mil objetos que les llovieron por la cabeza, regresando poco despues cada uno con un vaso ó una botella de bebida.

—Dispense V. E. que muestre mis manos súcias, dijo Cuitiño, tomando un vaso con la mano roja aun por la sangre derramada esa noche.

—Haga no más, haga no más, coronel!

—Cuando uno está de servicio, no siempre puede andar tan limpio como quisiera.

—Haga no más y cuente cómo fué aquello.

Cuitiño se echó al coleto, de un trago, el contenido del vaso, é inventó una historia en que él y sus soldados hicieron un papel heróico.

—Al último, concluyó, el amigo Parra, que habia sentido la jarana, acudió en mi ayuda y me echó una manito.

—Ah! Parra! siempre activo en el servicio!

—Y cómo no, V. E.!

Demasiado compensado está uno con merecer la confianza del supremo gobierno.

—Bueno, retírese á descansar no más, pero tenga presente que el que se ha salvado, será un enemigo más con quien tienen que contar.

—Tal vez esté en la ciudad, señor, repuso Cuitiño.

Entónces no le vá á valer la mayor oscuridad de esta vida.

—No crea que se ha ido en el bote que los esperaba.

—Yo lo creo así, pero nada se pierde con registrar la casa dentro de uno ó dos dias.

—Esto sí que será inútil, pero nada se pierde.

—No hay necesidad—ya sabremos si está aquí, y entónces se procederá.

– Entonces V. E., con su permiso, dijo Cuitiño poniéndose de pié para retirarse.

Yo no voy á ir hasta mañana, que vendré á traer á V. E., si me lo permite, las cabezas de aquellos malhechores.

—No, me bastan las orejas, dijo Rosas, para hacerlas clavar por otro, á la vista.

Espere un momento.

Cuantos hombres han tomado parte en la fiesta?

No sé fijamente V. E., pero creo que unos veinte ó veinte y cinco, si contamos los del amigo Parra.

Rosas se levantó y volvió al pronto con quince mil pesos.

Tome coronel, dijo entregándoselos.

Démele quinientos pesos á cada soldado.

Lo que sobre, haga de ello una buena obra, si es que no quiere guardarlo para usted.

El asesino tomó el dinero y se despidió hasta el dia siguiente.

Rosas, cuando quedó solo, dió un gran gorrazo sobre el escritorio y esclamó:

—Todos, todos van cayendo poco á poco!

No ha de quedar uno solo!

Cuitiño salió de Palermo y regresó á su comisaria.

Al dia siguiente entregaba mil pesos á Parra diciéndole que se los remitia el Gobierno.

El resto del dinero lo guardó para sí.

Los soldados tenian demasiado con lo que les habia tocado del reparto, y lo que habian sacado de sobre los cadáveres.

Volvamos nosotros á Salvadores, salvado por la tercera vez.

—

Salvadores no se atrevió á permanecer un solo minuto en lo que llamaremos el campo de batalla.

Apenas notó que no habia sido visto y que no lo seguian, empezó á caminar con gran rapidez hácia la calle de Córdoba, cuya barranca gredosa y como jabonada por la lluvia, trepó con dificultad terrible.

Una vez arriba, procedió al vendaje de su herida, para estancar en lo posible la pérdida de sangre.

En seguida tomó el camino de su casa, donde llegó jadeante de fatiga y desfallecido por la pérdida de sangre.

Cuando su esposa lo vió llegar en tan desesperante estado, se entregó á la manifestacion de todo su dolor.

—Pronto, hija mia, pronto, dijo Salvadores.

La pérdida de un minuto importa la pérdida de mi cabeza!

—Pero qué hay que hacer, Dios mio Vienes herido? te persiguen acaso?

—Es casi seguro.

Estoy perdido inmediatamente porque me han conocido—y me vendrán á buscar.

Pronto, cierra la puerta de la calle y que nadie, absolutamente nadie conozca mi venida.

Felizmente para Salvadores, todos dormian en la casa, con escepcion de su esposa.

La puerta de calle habia sido dejada entreabierta, de modo que nadie pudo ver entrar á Salvadores.

La señora aseguró por sus manos todas las puertas y regresó al lado de su esposo para saber lo que habia sucedido.

Pocas palabras necesitó este para referirlo.

—Nos esperaban, dijo, y cayeron sobre nosotros como una tormenta.

Hemos defendido la cabeza cuanto nos ha sido posible, pero al fin sucumbimos.

Soy el único que ha escapado con vida, aunque sin esperanza de conservarla mucho tiempo.

—Y los demas han muerto?

—Todos! todos!

Dios me ha protejido por tercera vez y he podido huir.

Pero ellos sabian quiénes éramos y al faltar el mio entre los cadáveres, vendrán á buscarme.

Una sola cosa puede protejerme, pero ello depende absolutamente del sigilo que se guarde sobre mi vuelta.

Cuitiño y Parra, que eran los gefes de los asesinos, no pueden saber si yo he logrado embarcarme ó he huido á la ciudad.

Es preciso que crean lo primero á toda costa y es en esto que reposa todo mi plan de salvacion.

Yo ahora me voy á meter en el sótano, de donde no saldré hasta que no haya caido este feroz tirano.

—Nadie mas que tú debe conocer el secreto de mi presencia aquí, pues si llega á traslucirse, mi muerte es inevitable.

Mis hijos mismos deben ignorarlo.

Es preciso entonces que salgas, que visites á los parientes y que te muestres alegre, como corresponde á la muger cuyo marido está á salvo de todo peligro.

Es la ùnica manera de que crean que estoy en Montevideo.

Cuando haya pasado toda sospecha y mi fuga haya sido primeramente creida, podrás entónces venir al sótano, sin que nadie te vea, y allì hablaremos entónces más largo.

La casa de Salvadores, más que una casa, una quinta, estaba situada como hemos dicho, en la calle del Temple entre Esmeralda y Suipacha.

Las piezas eran espaciosas, como todas las casas de aquella época, con sus tradicionales pisos de ladrillo.

En una de estas piezas, del segundo patio, habia un sótano estrecho, pero que por el momento era cuanto Salvadores necesitaba.

En el piso de ladrillo habia una puerta de madera, pequeña, que era la que daba entrada al sótano, y era muy fácil disimular con ladrillos que el mismo Salvadores trajo del fondo, esplicando cómo habia de colocarlos asi que él entrara.

Armado de una azada para proceder al ensanche del sótano, bajó á él despues de despedirse tiernamente de su aflijida esposa.

Su propósito inquebrantable era no salir de allí en veinte años, si veinte años mas duraba aquella bárbara tiranía.

La señora colocó los ladrillos, conforme Salvadores le habia indicado y se retiró á su aposento.

Harto amargo fué para ella el resto de aquella noche maldecida!

A cada momento le parecia sentir á la mazorca golpear la puerta de la casa pidiéndole la cabeza de su marido.

El terror mas íntimo se habia apoderado de ella, dominándola por completo.

La mazorca vendria á su casa à buscar á su esposo, y no hallándolo, tal vez se desquitara con sus hijos.

Y ante aquel pensamiento enloquecedor, la madre se revelaba, y saltaba como una leona al lado de las camas donde reposaban sus hijos.

Y si ponian la vida de sus hijos por condicion de decir dónde estaba su marido?

Confesemos que la situacion de aquella señora, era de lo mas dramático y desesperante por que puede pasar el corazon de una muger.

Y ella veia con terror que entre los hijos y el marido no habia lucha posible.

Amaba á este ùltimo de una manera entrañable, pero los hijos tenian que triunfar en su corazon de madre.

Los hijos sobre todas las cosas

de la tierra, y aun sobre las del cielo mismo.

Asi la sorprendió el dia en su encarnizada lucha con sus propios pensamientos.

La familia de Salvadores era entónces pequeña con relacion á lo que fué mas tarde.

Componíanla su hija Porfiria, la mayor, hoy esposa del coronel Bedoya, el correntino mas alegre y jovial que conozcamos, y tres varones.

José María, que tenia siete años, Tomás, que tenia cinco, y Nicèforo, que apenas contaba tres.

Dos sirvientes y una cuñada de Salvadores que vivia con él, completaban el personal, diremos así, de aquella familia tan feliz hasta entónces.

La señora salió de sus habitaciones en cuanto hubo amanecido y despertó á los sirvientes.

Su hermana, que se habia recojido tarde, dormia aún.

La casa fué abierta completamente, procediéndose á las faenas familiares como en los demas dias.

Era la mejor manera de desimular lo que acontecia.

Y no tardó la señora en ver pasar por delante de la puerta grupos sospechosos que indudablemente le espiaban.

Cuando su hermana se levantó, la señora de Salvadores estaba contenta y sonriente, por lo ménos en la apariencia.

—Dios es bueno contigo, Pepa, le dijo—José María se ha salvado, pues si no fuera así ya habria vuelto.

—Se ha salvado, sí, á Dios gracias, repuso aquella.

El corazon me lo anuncia así, pues si lo hubieran agarrado, ya sabriamos la noticia.

Las malas noticias se saben bien pronto.

Despues de almorzar, la señora de Salvadores se vistió tranquilamente, y acompañada de su hija, salió á visitar á sus parientes más próximos.

Era asombrosa la valentia con que aquella señora disimulaba la tormenta que estallaba en su corazon.

Nadie habia sospechado, por su aspecto, la verdad angustiosa de lo que sucedia.

A todos ellos fué contando la feliz noticia de que su marido habia logrado fugar la noche anterior.

Toda la ciudad conocia ya el drama de la noche pasada.

La muerte de Lynch y sus compañeros habia sido un golpe harto doloroso para las familias unitarias que preveian ya la tormenta de sangre en que iba á ser envuelta la ciudad.

Todos felicitaban á misia Pepa, como se decia entónces, pues con la muerte de los cuatro amigos, circulaba la noticia de que Salvadores habia logrado fugar.

Sin embargo, Cuitiño queria tener la certeza, y para ello solo le faltaba un registro en la casa del salvage tan milagrosamente escapado.

Desde que regresó de Palermo, habia establecido un espionage en la calle y por las azoteas, pero los espias no tuvieron nada que contar.

Los de las azoteas, sobre todo, se habian impuesto de cuanto habia pasado en la casa, adquiriendo la conviccion de que allí no podia haber ningun hombre escondido.

Todas las puertas estaban francamente abiertas, y mientras la familia pequeña jugaba en el fondo alegremente, el servicio se hallaba tranquilamente entregado á sus quehaceres.

Si Salvadores hubiera estado adentro, otro hubiera sido el aspecto de la casa.

A pesar de esto, Cuitiño habia resuelto presentarse él mismo, al oscurecer, aunque solo fuera por fórmula.

La señora habia regresado de sus visitas, tan alegre en la apariencia como habia salido.

—Ha sido un milagro de Dios, dijo á su hermana, en cuanto entró al patio, tan fuerte como le fué posible, pues calculaba que estarian espiando la casa.

A todos los han muerto menos á José Maria.

Por fin estará libre, á estas horas, de todo peligro!

Gracias, Dios mio!

La niña Porfiria era la única que podia darse cuenta de aquella situacion terrible.

Los demás niños apenas tenian tiempo para preocuparse en sus juegos infantiles.

La familia se sentó á la mesa á la hora de costumbre, cuando empezaba á anochecer.

Apenas se habian puesto en la boca una cucharada de sopa, cuando se sintió en el zaguan ruido de pasos y de sables.

Todos, con escepcion de doña Pepa, que esperaba aquella visita desde la noche anterior, se aterraron.

Las pisadas siguieron avanzando, como si fueran producidas por gente de la casa, hasta el comedor, donde penetraron con la mayor franqueza.

Era Cuitiño seguido de cuatro mazorqueros de puñal y sable.

—Dónde está Salvadores? preguntó apenas hubo entrado.

—A Dios gracias, replicó la señora, lo supongo en Montevideo.

—Mentira, Salvadores está aquí, dijo Cuitiño.

Anoche ha vuelto herido á altas horas de la noche.

—Qué, esta herido Salvadores? Dios mio! Dios mio! esclamó la señora, y aprovechando aquel pretesto para desahogarse, rompió á llorar amargamente.

Esta era la prueba mas concluyente para Cuitiño de que Salvadores ni estaba allí ni sabia nada de él su señora.

—He dicho que está aquí! gritó Cuitiño.

—Dios lo quisiera! así podia curarlo y atenderlo.

Y la señora seguia llorando con una amargura suprema.

Desde por la mañana, recien encontraba un pretesto que no pudiera despertar sospechas, para desahogar su amargo llanto, la desesperacion que le roía el espíritu.

—Usted puede convencerse fácilmente, continuó, revisando la casa.

Voy á mostrar á usted hasta el último rincon.

Por dónde quiere usted empezar, por la sala ó por el fondo?

—Por las dos partes á un tiempo.

A ver, dijo dirijiéndose á los suyos—ustedes dos me revisan desde el fondo hasta aqui.

Vos conmigo á la sala.

Vamos, señora.

Cuitiño y la señora se fueron à la sala desde donde empezó aquel un prolijo registro.

Los encargados de revisar desde el fondo al comedor, eran los mismos que habian vijilado la casa desde la azotea y estaban plenamente convencidos de la ausencia de Salvadores.

Así es que apenas miraban á los rincones, por fórmula, criticando la inocencia de Cuitiño en creer que el pájaro estaba allí.

Llegaron, pues al comedor, sin haber notado el sótano, y se sirvieron un buen vaso de vino para matar el tiempo, ya que no tenian otra cosa que matar.

Cuitiño revisó con gran prolijidad hasta los muebles de las piezas, que la señora le abria con gran apresuramiento.

Cuando se convenció de que allí nada habia, volvió al comedor donde lo esperaban sus dos satélites.

—Qué tal, preguntó: no han hallado ningun rastro?

—Ni olor á unitario, mi coronel.

Ya le decia yo que á estar aquì ese salvajon no se me habia de haber escapado.

—Dígame, señor, preguntó entonces doña Pepa, finjiendo una consternacion terrible.

¿No puede hacerme la caridad de decirme si la herida de Salvadores es muy grave?

—No debe ser tanto cuando se nos ha hecho humo, desgraciadamente.

Ah! si llego á echarle la vista encima!

—Pobre José Maria! Dios me lo ha de ayudar!

—Dios está con los buenos federales! concluyó el bandido, y si yo llego á saber que usted se mete con unitarios, vengo aquí nuevamente y no me queda uno vivo.

Y dando un cogotazo á la señora como para mostrar la autoridad de que estaba investido, salió de la casa arrastrando la charrasca.

Los asesinos que le acompañaban no quisieron ser menos, y dieron un buen puntapié á cada uno de aquellos inocentes, que se acurrucaban en el regazo de la madre, llenos de miedo y dolor.

Aquellos bandidos se retiraron, rompiendo los vidrios, por costumbre, y algunos cristales de los que habia sobre la mesa.

La casa quedó sumida en el mayor espanto.

La señora, para disimular delante de los sirvientes y de su propia familia, lamentaba la herida de Salvadores, y daba gracias al cielo por haberlo salvado tan milagrosamente del puñal de la mazorca.

De esta manera se aseguraba aquel secreto, que pesaba sobre su corazon como una montaña.

A la noche, cuando todo estuvo perfectamente cerrado y despues de quedar durmiendo todos los niños y demás gente de la casa, la señora bajó al sótano, llevando algo que comer á su esposo, que no probaba un bocado desde aquella noche terrible.

Cuánta precaucion no usó aquella señora para no producir el mas lijero ruido!

Cada rumor lejano que llegaba á sus oidos, le parecian los pasos producidos por alguna partida federal, y aterrada suspendia la tarea para ir á escuchar por las endijas de la puerta.

Era preciso poseer un corazon verdaderamente valiente para resistir todas aquellas emociones

Por fin estuvo al lado de su marido, entre cuyos brazos buscó un consuelo que tanto necesitaba.

Salvadores habia escuchado el rumor de los sables y las voces de Cuitiño y su gente.

Así es que cuando supo la visita de Cuitiño y su resultado, respiró con mas libertad, diciendo:

—Ahora pasó ya el gran peligro de un registro, que era lo que yo más temia.

Ya podemos estar tranquilos, pues no tienen más remedio que creerme en Montevideo.

Para asegurar esta creencia, se convino en que á la noche siguiente la señora le llevaria lo necesario y él escribiria una carta fechada en Montevideo, dándole cuenta de cómo se habia salvado, carta que la señora se dejaria sorprender.

La señora de Salvadores permaneció unas tres horas al lado de éste, instruyéndose sobre lo que debia hacerse.

Cuando salió, acomodó los ladrillos en la misma forma que estaban y se retiró á su aposento.

Así pasó una semana.

De dia, salia siempre á casa de sus parientes y relaciones, demostrando una gran alegría.

Y por la noche, cuando todos se hallaban entregados al reposo, bajaba al lado de su marido á llevarle de comer, endulzando cuanto le era posible aquel horrible cautiverio de donde no podia calcular cuándo llegaria salir.

—

La situacion empezó á hacerse crítica por otro lado.

Los pocos bienes de Salvadores fueron embargados y los recursos de vida empezaban á faltar.

Cómo proporcionarse lo necesario para el sustento de la familia?

Esta era la gran cuestion á resolver.

Salvadores no podia pensar en trabajo alguno porque hubiera sido una locura.

La menor sospecha hubiera traido un registro mas prolijo y entonces todo se habrìa perdido.

Las cartas fueron escritas en el sótano y la señora salió á llevarlas á los parientes y relaciones.

Aún vigilada la casa, con cierto descuido, los agentes de Cuitiño la vieron salir muy apurada, leyendo unos papeles y sin mas preámbulos y á pesar de una resistencia heróica, para fingir mejor, se los arrebataron.

Lo principal estaba hecho, pues ya la autoridad quedaria persuadida de estar él en Montevideo.

Salvadores habia tenido el buen tino para salvaguardar de cierto modo á su familia, de decir en aquellas cartas:

«Ya sabes que yo no me he venido por ser salvaje unitario, pues nunca lo fuí, pero me tenian por tal, y si no me vengo el dia menos pensado me iban á matar.»

Y tal vez á estos párrafos se debia que la familia de Salvadores no fuera tratada ni mazorqueada como la de otros muchos salvajes emigrados.

Persuadidos de que Salvadores no estaba aquí, dejaron la familia tranquila y por el momento no volvieron á ocuparse de ella.

La señora pudo ocuparse así con mas libertad del cuidado de su casa que atendia mejor, pues ya no tenia que salir diariamente á fingir alegrias que estaba tan distante de esperimentar.

Lo primero que se necesitaba arreglar era el presupuesto de la casa, pues no se contaba con la menor entrada fija, y se tenian que cubrir aquellas imperiosas necesidades de la familia menuda, sobre todo.

Tanto los parientes de Salvadores como los de la señora misma, y algunas leales relaciones, la socorrian con dinero y aquellos artículos mas necesarios en una familia, pero esto no era bastante y podia concluirse pronto, pues todas las familias unitarias estaban mas ó menos alcanzadas.

Por lo pronto, llamó un dia á las dos sirvientes que habia conservado hasta entonces para que en caso de ser interrogadas pudieran asegurar que allí no habia hombre alguno y les dijo:

—Con todo el dolor de mi alma tengo que despedirlas, porque no puedo tenerlas más.

Desde que se fué Salvadores yo no tengo más dinero que aquel con que me socorre la familia, y este apenas me alcanza para comer.

Para que no me falten las necesidades mas apremiantes, voy á tomar trabajo ya de costura ó de planchado y ustedes serian entonces una carga insostenible para mi.

—Señora, repuso una de ellas, yo me quedaré á servirla sin sueldo, hasta que su posicion mejore.

—En ese caso yo las haré buscar, pues ahora, para darles de comer solamente, tendria que hacer sacrificios terribles.

Lo siento en el alma, pero no me queda otro recurso.

Las dos muchachas, llorando y pesarosas dejaron aquella casa donde habian servido tantos años y donde tan bien las habian tratado.

La señora, aunque quedaba sola y obligada á hacer ella el servicio interior de la casa, se encontró más desahogada.

En primer lugar; hacia una buena economia con aquellos dos sueldos, y luego se libraba de dos testigos estraños que, en cualquier momento, podian sorprender el secreto que tanto queria ocultar.

La fatiga iba á ser grande, pues tendria que atender á sus tres hijos, sin más ayuda que la que podia prestarle Porfiria,—cocinar y lavar la ropa de todos.

Aquello era para Salvadores un martirio mayor aún que un encierro obligatorio, pero qué podia hacer para remediar situacion tan crítica?

Intentarlo hubiera sido delatarse y agravar el mal que queria conjurar.

Devoró en silencio tamaña desventura, y esperó resignado dias mejores.

El partido unitario estaba en campaña y el dia menos pensado podria dar en tierra con la tirania.

Era preciso pues tener paciencia y sobre todo resignacion.

No era cosa muy fácil entónces encontrar trabajo una señora unitaria, y esposa de un emigrado.

Pero en último caso ahí estaba don Simon Pereira, que era el paño de lágrimas de muchas familias azotadas por la desgracia.

Don Simon Pereyra tenia una gran roperia, de donde se proveia el gobierno para vestir las tropas y Policia.

Allí acudian las más distinguidas familias unitarias á pedir costuras, para llenar con su producto sus más apremiantes necesidades.

Y era don Simon Pereyra quien nunca dejaba faltarles el trabajo, recompensándoselo con cierta largueza noble y desinteresada.

A muchos ancianos hoy, les hemos oido hablar de don Simon Pereyra, con lágrimas de reconocimiento.

Allí acudió tambien la señora de Salvadores y de allí salió con el corazon rebozando felicidad y los brazos cargados de costuras.

Estas eran penosas, porque entónces todo se hacia á mano y se trataba de chaquetas y ponchos de paño grueso.

Pero esto poco importaba.

Trabajando bien una señora hacia una chaqueta por dia, y el producto de esta chaqueta daba para acudir á las necesidades más imperiosas.

Entre la señora y la jóven Porfiria podian hacer más de una chaqueta por dia, pero entónces no podian acudir á los demás servicios.

Se tomó una resolucion heróica, porque al fin y al cabo no habia otro remedio.

José Maria, que era el mayor de los hijos, aunque su edad era tierna, fué nombrado cocinero de la familia, y Tomás el mucamo.

Miéntras el primero salía por la mañana á hacer los compras, el segundo barria los patios, encendia fuego, y daba mate á las dos costureras, que se levantaban con el dia á entregarse al trabajo.

Muchas veces la señora se levantaba tarde, porque su estadia en el sótano habia sido larga la noche anterior.

Pero esto no obstaba para que cada cual hubiera cumplido su obligacion, con escepcion de Nicèforo, que como ya lo hemos dicho, solo tenia tres años y no podia ayudar en nada.

Las hermanas y tias de la señora quisieron venir á su casa para aliviarla en lo posible, pero ella rechazó primero

las ofertas y cuando insistieron mucho se opuso terminantemente.

Tenia terror á que sorprendieran su secreto y á no poder atender á su marido con entera libertad.

A los dos meses, este habia empezado á habituarse á aquella vida de presidiario.

Para matar las horas del dia, se entretenia en cavar el sótano para darle mayor ensanche, siendo la señora la que durante la noche y con un recato asombroso, llevabe la tierra al fondo.

De este modo Salvadores habia logrado ganar algunas varas de espacio, que le permitieran tener una mesa de la cocina, una silla y un catre que él mismo se habia confeccionado, porque no lo habia en la casa y traerlo de afuera habria sido peligroso pues podia despertar alguna sospecha.

La señora pasaba á su lado todo el tiempo de la noche que le dejaban libre sus hijos, pues nunca entraba al sótano hasta no tener la seguridad que estos dormian profundamente.

Entónces acomodaba la comida en un canastito y la iba á llevar á su marido.

Este aprovechaba tambien su tiempo en beneficio de su familia.

La señora le daba de noche lecciones de costura, y él durante el dia estudiaba con tanta pasion y desvelo, que en un par de meses se hizo un costurero de primer órden.

Entónces ya podria ayudar al sustento de la familia sin que nadie lo sospechara.

La señora le llevaba al sótano las costuras mas pesadas como los ponchos y ciertos remates de las chaquetas, que este concluia rápidamente y de una manera primorosa.

Planchaba sus costuras sobre la mesa de cocina, y se consideraba en esto verdaderamente feliz.

Su esposa tendria un buen alivio en adelante y podria cubrir ciertas necesidades urgentes, con aquel trabajo en que nunca hubiera pensado.

Don Simon Pereyra estaba contentísimo con aquella famosa oficiala.

—Ah! señora! solia decirle.

Parece imposible que con esas manos tan pequeñas y delicadas, pueda usted domar estos pañazos y asentar tan prolijamente estas costuras.

—Què quiere usted, don Simon, respondia la pobre señora pensando en Salvadores, la necesidad suele hacer prodigios.

Este habia adelantado tanto en su nuevo oficio de sastre, y trabajaba con tal pasion, que la ropa que salia de sus manos, era siempre admirablemente concluida.

Don Simon Pereyra empezó entónces á dar á doña Pepa ropa de oficiales y alguna otra que exigia mas cuidado.

Salvadores, ademas, se habia convertido en un famoso planchador de fino.

Era él quien planchaba la ropa de toda la familia é invitaba á su esposa para que se buscara tambien un buen planchado de alguna familia.

Pero la señora le observaba con mucha razon que trabajar más, en aquel sótano tan sombrío y húmedo, era peligroso de contraer alguna afeccion pulmonar.

Este solo pensamiento aterraba á la señora de una manera indecible.

Si Salvadores se enfermaba, tendria que descubrir su secreto al médico que lo asistiera, y si no renunciar á toda asistencia y socorro.

Una enfermedad hubiera sido un verdadero conflicto.

Los parientes estaban asombrados, y con sobrada razon, de la virtud ejemplar de aquella jóven tan hermosa y tan digna de llevar una vida mas cómoda.

Todos ellos la ayudaban en cuanto les era posible, tratando siempre de llevársela con ellos.

Pero á la pr'mer tentativa tuvieron que renunciar, tal fué la firmeza con que ella se escusó.

—Es inútil, les dijo, quiero vivir de esta manera hasta donde me sea posible, para que cuando venga Salvadores vea que aun soy digna de todo su cariño.

No insistan mas, que demasiado carga soy para ustedes con lo que me ayudan.

Este pretesto le valió el tilde de rara y aun el de maniática, pero no insistieron más.

Asi vivieron los dos primeros años, en medio de una situacion tan amarga y desesperante.

José María habia concluido por hacerse un cocinero de profesion, miéntras Tomás se habia convertido en lo que las señoras llaman un excelente mucamo.

Nicéforo habia crecido tambien un par de años y ya servia para cebar mate y hacer uno que otro mandado á la esquina.

Se puede decir que la señora vivia sin pasar necesidades, porque los parientes la socorrian mucho.

Pero tenia que pasar sin embargo por el grave peligro que este encarnaba, mucho más en aquella época, en que la feroz doña Maria Josefa se valia del servicio doméstico de la manera que ya lo hemos narrado, de modo que un sirviente no era otra cosa que un espía de puertas adentro.

Y cuidado con despedirlo!

Hubiera sido provocar una terrible desgracia.

Todos los sábados y domingos, la señora los dedicaba á lavar, en el fondo de la casa, toda la ropa de la familia, que Salvadores planchaba en el sótano, en dos dias tambien.

Para esto habia hecho en el sótano dos respiraderos, teniendo cuidado de que le bajaran el fuego muy bien prendido.

La cambiada del brasero era una de las operaciones más dificiles, pues para hacerla, tenia que encerrar los hijos en la última pieza, con el pretesto de esconderlos de una partida que iba á venir.

Y como los niños se acordaban de los puntapiés recibidos el dia del registro, se dejaban encerrar sin hacer la menor observacion.

Entónces ella venia al cuarto del sótano, y llevaba nuevo fuego para el brasero.

—Y quién te plancha la ropa? solia preguntarle Porfiria al ver la cantidad de ropa planchada.

—Yo, mientras ustedes duermen, respondia la señora sonriendo.

Y esta misma esplicacion hacía á los parientes que venian á visitarla.

Cada dia se hacia Salvadores más hábil en su oficio de sastre, al estremo de que solia reformar los cortes de las chaquetas, dándoles una forma más elegante, con profunda alegria de don Simon Pereyra, que no encontraba ya palabras bastante espresivas para ponderar la habilidad de la señora de Salvadores, para quien reservaba siempre las costuras que exigian mayor cuidado.

Este entusiasmo llegó hasta confiarle la confeccion de la ropa que él debia usar, como la de otros amigos paquetes.

Y esta ropa, por supuesto, era pagada á un precio mejor que el que se pagaba por lo que llamaban ropa de tropa.

Durante este tiempo, es decir, estos dos años, la señora de Salvadores, á pesar de todos sus trabajos, se consideró feliz, rogando á Dios poder seguir viviendo de aquella manera hasta que á Salvadores le fuera dado salir de su encierro.

Pero no hay felicidad completa en la tierra, aunque sea aquella que se consigue de la manera más penosa, y que se cifre en el mendrugo de pan con que

uno alimenta diariamente la vida de sus hijos.

A la señora de Salvadores le esperaba una desgracia más terrible todavia que cuantas habia pasado, porque era una de aquellas desgracias para las que no tiene resistencia el corazon de una mujer virtuosa hasta ese estremo.

Aquel miserable hogar no habia sido abatido aún mas que por el ódio de sus enemigos y las desgracias que este habia engendrado.

Faltaba ahora que se uniera á esto el ódio de sus amigos, de los parientes, el desprecio y la vergüenza de propios y estraños.

Véamos en que circunstancias habia venido aquella fatalidad tanto mas terrible cuanto que en ella no habian pensado ni remotamente los dos esposos.

Para impedir que los niños se criaran como salvajes y favorecerlos lo más que se pudiera, la señora los habia puesto en la escuela de Garcia, próxima á la casa, quien le hacia la caridad de enseñárselos gratuitamente.

Los niños asistian á la escuela todo el tiempo que les dejaba libre el servicio de la casa, lo que fué un motivo de elogio para la pobre señora, cuya abnegacion por la familia habia llegado á hacerse proverbial.

José Maria, que era el mayor, era quien la acompañaba á la roperia de don Simon Pereyra, para llevar el alto de ropa concluida y traer las nuevas costuras.

En estos dos años, Salvadores se habia desfigurado tanto, que hubiera podido salir á la calle sin que lo hubiese conocido su mas íntimo amigo.

La humedad y falta absoluta de sol en el sótano, le habia hecho adquirir un color pálido amarillento, que á la luz artificial con que lo contemplaba su esposa, parecia un cadáver.

Su barba y su cabellera habian crecido enormemente, matizados con algunas hebras de plata, arrancadas por el dolor y la desesperacion.

Como habia concluido con el calzado que tenia, y su esposa no se atrevia á comprarlo para su medida, él mismo se remendaba los botines con los recortes de paño que sobraban.

Este calzado mortificante y lleno de costurones, unido á aquella inmovilidad forzada, le habian hinchado los piés de una manera monstruosa.

Era tal el esfuerzo que necesitaba hacer para caminar, que parecia un anciano achacoso.

La señora, por su parte, habia enflaquecido de una manera que inspiraba lástima.

Además de la fatiga del dia y de la noche, cuando hacia dormir á Nicéforo que era el menor, era para emprender otro trabajo que, aunque agradable para ella, no por esto dejaba de serle harto pesado, pues lo hacia en las horas que el cuerpo necesitaba reposo imperiosamente.

La señora à aquella hora se ponia á hacer algun platito, para llevar á Salvadores, y evitar de este modo que toda la comida fuese recalentada.

Salvadores la habia prohibido muchas veces hasta que le calentara la comida.

Pero en esto ella no le hacia caso, desarmando su enojo con una dulzura irresistible.

Una de estas noches en que los esposos se entregaban á las espansiones del corazon, mientras Salvadores tomaba su miserable comida, ella le dió una noticia que al principio le fué agradable, porque no se dió cuenta de los inconvenientes que ella traia aparejados.

La señora estaba en cinta y en estado bastante avanzadisimo.

—Esto es terrible, decia la señora, porque una criatura chica me va á qui-

tar el tiempo que tanto necesito, y me va á privar de atenderte como es debido el tiempo que esté en la cama.

—Esto es lo menos, decia sonriendo Salvadores.

Me dejas costura para ocho dias, un poco de galleta y charque, que lo puedo ir haciendo yo mismo, y esperaré así tan distraido como pueda, tu vuelta á mi prision.

—Pero piensa que, sin servicio, voy á tener que dedicarme á la criatura por completo, y entonces adios costura, y adios tanto que hacer menudo que hay en la casa!

—Eso no es nada, decia Salvadores, la cuestion es que tú estés buena.

Lo que es por mí, ya me arreglaré como pueda.

Era el año 42 y el furor de los crímenes y mazorcadas habia recrudecido de una manera terrible, así es que habia que guardar mas reserva que nunca.

La mazorca podia venir cualquier noche á asustar á la familia, y descubrir cuando menos lo esperaba, un secreto que habia estado tan bien guardado durante dos años.

Estos fueron los únicos contratiempos que vieron los esposos en aquel trance apurado, festejando alegremente la noticia que ella venia de darle.

Y la pobre señora, con esa abnegacion que solo poseen las madres, no vió mas inconveniente que los que para el trabajo de costura podia traerle aquel nuevo hijo.

Fué desde aquel dia que empezó á preparar la ropa necesaria para el ser que venia al mundo en situacion tan terrible, y los alimentos que debia dejar á su esposo en el sótano, para los dias que ella faltase, pues por bien que pasara el trance, no podria moverse antes de ocho dias.

—

El tiempo pasó en medio de la situacion mas terrible, aunque tranquila respecto á Salvadores.

El estado de la señora fué avanzando poco á poco, hasta que llegó el trance fatal.

Era preciso buscar alguna persona que la ayudara, y esta fué la primera amargura que esperimentó.

No estaba la dificultad en que faltara la persona á propósito, pues su familia era numerosa.

El inconveniente estaba en el testigo que cohartaria sus pasos en la casa.

En fin, era preciso resolverse, por que de un momento á otro podia llegar el trance fatal.

El dia que le pareció que no podia tardar, bajó al sótano, llevando á Salvadores todo cuanto pudiera necesitar en ocho dias, sin olvidar las costuras que era lo principal.

—Bueno, le dijo, ahora hasta dentro de ocho dias no podremos vernos.

Puede ser que antes venga, pero ya sabes que no es seguro; dependerá de la mayor ó menor felicidad del lance.

—Paciencia, hija mia, respondió el pobre hombre, pensando en la reclusion terrible á que iba ser condenado durante ocho dias.

—Dios, que tanto nos ha protejido, concluyó la señora, no ha de abandonarnos en este amargo trance.

Entonces hasta muy pronto y piensa en mi.

—Y en qué mas he de pensar, cielo santo!

Que Dios nos ayude.

Para Salvadores empezaron á contarse desde el siguiente, ocho dias de prueba durísima.

Una preocupacion terrible lo mortificaba.

La esposa podia pasar bien aquella enfermedad natural.

Pero podia presentarse de una mane-

ra grave, que pusiera en peligro su vida.

Y no habia medio ninguno para salir de esta ansiedad desesperante.

Se necesitaba una conformidad á toda prueba, para no hacer saltar de un golpe la puerta del sótano y correr hasta el aposento de la esposa.

A esta la esperaban otros tormentos terribles que en su honesta inocencia no habia podido calcular.

Cómo podia ella afrontar aquella situacion de madre, á los dos años de ausente su esposo?

Cómo apreciarian aquel hecho la familia y la sociedad?

Este era el lado verdaderamente terrible del trance, que ella no pudo calcular hasta que el primer reproche no llegó á herir su oído.

Como todo el que obra bien, no pensó que alguien pudiera haberle tomado cuenta de su situacion, ni que su conducta fuese sospechada de una manera vergonzosa.

Inocente de la maldad ajena y de que todo la condenaba de una manera fatal, mandó llamar á su hermana mayor para que la asistiera.

Esta acudió presurosa y alarmada, sin saber de qué enfermedad se trataba.

Pero cuando supo que Mercedes estaba por salir de cuidado, no pudo reprimir un asombro y un sentimiento de indignacion, que no pasó desapercibido para Mercedes.

—Pero de qué te asombras? preguntó sonriente.

—Otras veces me has asistido sin estrañeza: te parezco acaso muy grave?

—No es eso, respondió la hermana bruscamente y palideciendo.

Es que las otras veces Salvadores estaba aqui y ahora hace dos años que falta.

—Y eso qué importa? volvió á replicar la señora sin comprender todavia. Esta vez nos faltará su ayuda cariñosa, pero no por eso nos ha de ir mal.

Y mientras hablaba así, con gran entereza de ánimo arreglaba la cama y las ropitas que habia de necesitar.

La hermana la miraba cada vez mas asombrada, atribuyendo aquella ingenuidad á una gran dósis de desvergüenza.

Asi es que sin pensar lo poco á propósito del momento, ni el terrible alcance de sus palabras, dió paso á su tremenda sospecha en la forma siguiente:

—Y dime, Pepa, cómo puedes esplicar tu estado, haciendo mas de dos años que tu esposo falta del país?

Ni un rayo caido á los piés de la señora hubiera producido un efecto más espantoso que aquellas malignas palabras.

Toda la sangre se agolpó á su rostro juvenil, tembló de una manera poderosa, palideció en seguida como un cadáver, y esclamó:

—Es verdad! no habíamos pensado en ello!

—Sin embargo, era preciso pensar lo que vas á responder ahora á la familia, á la misma familia de Salvadores y á la sociedad?

Es preciso dar una esplicacion clara y terminante y una esplicacion que levante la sospecha de una afrenta que cae sobre todos nosotros, sobre tu mismo marido y sobre tus inocentes hijos.

La señora de Salvadores estaba tan confusa y tan consternada, como si realmente estuviese bajo el peso de la falta que se le imputaba.

Y era esta confusion lo que mas hacia creer á su hermana en su culpabilidad.

La justificacion estaba en su mano, clara y terminante.

Pero para ello era necesario descubrir un secreto que podia costar la vida á su esposo, y antes que descubrirlo

preferia pasar por toda vergüenza y por toda humillacion.

Aterrada y sin saber qué responder á la imprudente hermana, rompió á llorar con toda la desesperacion natural à semejante momento.

La sospecha de su hermana seria la sospecha de todos, indudablemente, y el desprecio mas profundo vendria á ser el colmo de todas sus desventuras.

-- No importa, pensó aquel espíritu fuerte y noble.

Caigan sobre mí todas las desgracias posibles, pero viva él, que es lo que mas me importa en este mundo.

Y afrontó aquella situacion terrible, con todo el valor de la heroicidad.

Para librarse de toda recriminacion en aquellos momentos, y dar alguna esplicacion mas ó menos aceptable, dijo á su hermana:

—Salvadores ha venido de Montevideo varias veces y ha vuelto á ir.

El me habia encargado que guardase secreto para poder seguir haciendo lo mismo, pero no habíamos contado con el caso actual.

Todo el mundo sabia que aquello no podia ser cierto.

El emigrado que habia logrado burlar una vez la vijilancia de la costa, no se hubiera prestado, por nada de este mundo, á correr igual suerte desafiando de nuevo el mismo peligro.

Esto era por demás evidente, mucho mas tratándose de un hombre como Salvadores, que habia logrado emigrar por un milagro de la Providencia, despues de des tentativas en que habia salvado la vida casualmente.

Asì es que si las palabras de la señora eran una esplicacion momentánea, no eran una esplicacion aceptable.

Salvadores, como cualquier otro emigrado, no podia haber estado en Buenos Aires, con la tranquilidad y el descanso que daba á entender la señora.

En aquellos tiempos no habia parteras.

Haciau el oficio de tales unas mulatas viejas prácticas, que se desempeñaban como la casualidad queria.

José Maria fué á buscar á la mujer que la habia asistido otras veces, la que vino sin atinar á qué, porque el niño no habia sabido darle la menor esplicacion.

Cuando vió de lo que se trataba, no pudo dominar la misma estrañeza que dejó ver la hermana, estrañeza demostrada, como es natural, con más groseria y de una manera mas hiriente.

La señora de Salvadores, embargada con el sufrimiento del espíritu, apenas sentia los dolores del parto.

Cuando este se hubo producido, por suerte con toda felicidad, las dos mujeres dejaron reposar á la enferma y se fueron á otra pieza á charlar sobre el lance y hacer conjeturas á cual mas ofensiva y perversa.

—Pero esta señora no ha sabido ocultarse, decia la comadre.

Qué van á hablar ahora las gentes, que tan poco necesitan para armar un enredo!

—Lo mismo digo yo!

Y Salvadores! qué vá á hacer cuando vuelva y se encuentre con esta novedad?

—Pobre señora! mire en que trance se encuentra!

—Y qué vergüenza para todos nosotros!

Ah! para faltas así no debe haber perdon posible.

La maledicencia y la calumnia empezaban ya á cebarse en la pobre señora.

La comadre llevó el cuento á la vecindad y la hermana al seno de las dos familias.

Los miembros de estas, indignados, tal vez mas de lo que correspondia, empezaron á llegar á hacer su visita á la enferma.

Y con cada uno de ellos se fué repitiendo la terrible escena de la noche anterior, cada vez más hiriente y más incisiva.

Todos querian tomarle estrecha cuenta de lo sucedido, y la señora tenia que salir del paso con la misma disculpa.

—Esa es la verdad, decia, dejen que vuelva Salvadores, y entonces me condenarán junto con él, ó me pedirán perdon de la ofensa que me hacen en estos momentos.

El estado de la señora, á los dos dias, llegó á ser tan delicado, con la repeticion de estas escenas, que fué necesario llamar médico, el que ordeno ante todo absoluta tranquilidad, y que no se molestara á la señora.

Gracias á esta prescripcion, pudo entregarse al reposo del cuerpo, bajo la tormenta de su espíritu.

La familia se limitaba entónces á enviar un simple recado, que era contestado por la hermana que habia quedado como enfermera.

Deseando verse libre de ella tambien, sin estar buena, Pepa dejó la cama á los seis dias.

Ansiaba ardientemente poder hablar con su marido para referirle lo que pasaba y encontrar consuelo en sus amorosos brazos.

— Puedes irte, le dijo entónces, que ya mi asistencia de convalesciente pueden hacérmela los niños.

Tú tambien necesitas descanso y demasiado has hecho ya por mì.

La hermana, que no queria otra cosa, se quedó por cumplimiento hasta el dia siguiente, en que se retiró para volver diariamente.

Pepa sintió que una montaña se levantaba en su corazon al quedarse sola!

Por fin, despues de siete dias de suprema angustia iba á poder ver á Salvadores y desahogarse en su pecho.

A pesar de estar muy débil aùn, se quedó levantada hasta que su ùltimo hijo estuvo durmiendo.

Recien entónces se decidió á venir a sótano.

Al primer ruido producido por los ladrillos que la señora removia, Salvadores sintió agitarse su corazon á impulsos de una alegria inmensa.

Su esposa estaba buena é iba poder estrecharla sobre su pecho!

Pero bien pronto aquella alegria se trocó en un presentimiento terrible.

Al rumor de los ladrillos se unia un llanto lastimero, que se percibia de una manera clara.

¿Habria muerto el pequeño hijo?

No podia ser otra cosa.

A no ser que quien abria el sótano fuera Porfiria, poseedora del secreto por la muerte de su esposa.

Amargos, terriblemente amargos fueron para él aquellos pocos minutos que lo separaron de la persona que llegaba.

Así es que cuando vió asomar el rostro descompuesto y lloroso de su esposa, se avalanzó á ella preguntando:

—¿Qué sucede, por Dios? dime que desgracia ha sucedido, pronto, porque la ansiedad me está matando.

—Ninguna de las que puedes temer, respondió ella concluyendo de bajar, tranquilízate.

—¿Pero por qué lloras? ¿se ha muerto acaso el niño?

—No, no ha sucedido nada, es otra cosa.

Y titubeando y sin saber cómo empezar, esclamó:

Es que dicen que tú no eres su padre!

Y rompió entónces á llorar de una manera lánguida y sentida.

Salvadores quedó tan aterrado, como lo habia quedado ella misma ante la sospecha de su hermana.

—Pero esto es infame! rugió.

Y sin embargo lógico.

Hace dos años que para todos, yo falto de Buenos Aires!

—Es preciso destruir esa infamia! esclamó obedeciendo á los impulsos de su corazon generoso.

Es preciso revelar nuestro secreto, porque no puedo consentir en sospecha tan tremenda para tí.

Y abrió los brazos á su esposa que se precipitó en ellos ávida de consuelo.

—Por Dios vivo que no habia contado yo con la maldad de los demás!

—Yo no quiero descubrir el secreto que importa tu vida, por nada de este mundo! replicó la esposa con suprema energia.

Teniendo tu estimacion y tu cariño, poco me importa el de los demás.

Además, que el sacrificio seria inútil.

Imponiendo á tu familia y á la mia de tu permanencia en casa, ellos quedarian satisfechos.

Pero y la sociedad? y las relaciones? y la vecindad misma que me condena?

Habria que publicar tu secreto y entregar tu cabeza.

Y á ese precio nó, mil veces nó: deja no más que me acusen, que mi pureza ha de ser reconocida más tarde ó más temprano.

—Si, mi cantiverio no ha de ser eterne, porque Rosas ha de caer.

Y entónces, oh! entónces los mismos que dudaron de tí, han de venir á implorar el perdon que yo no les daré porque una mujer como tú, debia estar á cubierto de toda sospecha.

Y sobre todo, por qué condenar sin pruebas.

¿No has dado tú una esplicacion que está entre los límites de lo posible?

Ay! alma mia! cuánto vás á tener que sufrir!

Déjame salir de aquí! por lo menos nuestros hijos sabrán que tienen un padre, y que su madre es la mas pura de las mujeres!

—No quiero! no quiero! renuncio hasta el consuelo de mostrar la verdad á nuestros hijos.

Son muy jóvenes y tal secreto en la boca de un niño seria la muerte.

La señora lloró y suplicó hasta que obtuvo de Salvadores la promesa de que se habia de conformar á aquella situacion.

Y aquí empezó una verdadera vida de martirio para la señora.

La vecindad y la familia la espiaban constantemente para conocer el amante.

Pero por mas que aguzaban sus sentidos, no podian llegar á descubrir lo que no habia.

Y esto mismo los intrigaba profundamente. A casa de Salvadores no se veia entrar ningun hombre, ni habia entrado nunca, segun se creia.

Era entónces en otra parte que tenian lugar las entrevistas criminales.

Y cuando la señora salia á la calle cada ocho ó diez dias, era seguida de muchas personas ávidas de descubrir su secreto.

Pero Pepa no salia sino á entregar sus costuras y traer nuevas, por lo que empezaron á atribuirle amores con don Simon Pereyra, único hombre con quien se le habia visto hablar.

La señora estaba completamente perdida.

Todos murmuraban: los parientes á penas la veian y los conocidos sonreian de una manera infame cuando la veian pasar, siguiendo su pobre hijo cargado con el atado de costuras.

Y ella no se atrevia á referir esto á Salvadores, por no amargar el único momento alegre de su vida: cuando ella bajaba al sótano noche á noche á llevarle la comida.

Los recursos pecuniarios se habian reducido enormemente, desde aquella calumnia.

Las familias suya y de su marido habian dejado de socorrerla con dinero

y comestibles, como antes, pues decian:

—Ahora tiene quien le dé - seria ridículo estar la socorriendo cuando no lo necesita.

Cómo su amante no ha de atender á sus necesidades!

Ya no tenian para vivir mas que el producto de las costuras.

La crianza de su pobre hijito, nacido de aquella manera desventurada, le absorvia gran parte de su tiempo, atando así sus brazos para el trabajo.

No habia, pues, mas que lo que cosia en su sótano Salvadores, y lo muy poco que podia coser la tierna Porfiria.

Las necesidades eran grandes, pues el producto de estas costuras apenas alcanzaba para dar de comer á los hijos y comer ellos mismos.

Los niños tenian ahora una lídia, pesada y engorrosa para ellos.

Tenian que atender las ropas del pequeñuelo, porque los momentos libres que tenia la señora, eran para coser, y aumentar en lo posible las entradas.

Nicéforo era el encargado de lavar los pañales del hermano menor.

Una vez lavados y secos, los entregaba á José Maria, que era el encargado de plancharlos.

Tomás que, como hemos dicho, hacia de mucamo, era el encargado de hacer los mandados de la casa, y de vigilarla, así es que poca atencion podia exigírsele en las cosas caseras.

Cómo reia Salvadores cuando su esposa le referia los oficios adoptados por sus hijos!

Ya les recompensaré yo tanto sacrificio, decia.

Por ahora es preciso que sufran los pobrecitos lo que nosotros mismos sufrimos.

Ya vendrán tiempos mejores!

Así transcurrieron otros dos años, en que nuevas desventuras vinieron á concluir de asolar á la pobre familia.

El trabajo habia disminuido mucho, porque ya el ejèrcito estaba equipado.

Y las costuras no podian ser dadas en la cantidad que anteriormente, á pesar de toda la buena voluntad de don Simon Pereyra.

Y la miseria empezó á batir sus alas sobre la desgraciada familia.

¿Pero cómo pedir dinero á gente que la despreciaba y que tenian creencias tan infames respecto á ella!

En tan terribles momentos la señora volvió á tener un hijo nuevo; lo que alborotó el cotarro sancionando su terrible deshonra.

¿Pero quién era este amante misterioso?

Hé aquí lo que más alborotados traía á los curiosos, que habian llegado hasta interrogar á los niños.

La señora soportó con más valor que nunca el desprecio de todos, la ruptura completa con su familia y la miseria terrible que la agoviaba.

Y siguió ocultando á su esposo todos sus sinsabores.

En estos cuatro años, solo dos veces Salvadores se habia atrevido á salir del sótano, un par de minutos, para ver á sus hijos, dormidos, sin atreverse á hacerles una caricia por no despertarlos.

Y era tal el aspecto de miseria de que los habia visto rodeados, que habia sentido conmoverse hasta las lágrimas.

Desde que las costuras disminuyeron, la familia fué puesta á racion, para poder comer todos los dias.

Por la mañana, los niños tomaban un poco de fariña, una galleta y un vaso de agua.

Despues de este frugal almuerzo iban á la escuela un par de horas y volvian à entregarse cada cual á su servicio.

Como era necesario que uno quedara en la casa para lo que pudiera ofrecerse, se turnaban por semana para que todos pudieran aprovechar la escuela

que la señora pagaba con pequeños regalos de fruta ó dulce.

A la tarde José Maria hacia un puchero bueno y abundante, infaltable cada veinte y cuatro horas.

En los fondos de la casa habia muchos árboles frutales.

Pero en tiempo de fruta, y para que esta le durase más, los niños eran tambien sometidos á racion, como en los demás alimentos.

El traje de los niños era lo mas miserable.

Solo habia uno bueno, y este se lo ponia el que iba á salir á la calle con la madre.

Por la noche ó á la madrugada, Nicéforo y Tomás salian armados de varios pedazos de hilo, al próximo hueco de la basura.

Cada hilo de esos representaba la medida del pié de cada uno de ellos y de los otros hermanos.

Y con aquellos hilos, elegian entre la basura las suelitas de botin y botines despedazados, arrojados por completamente inservibles.

Con aquellas suelitas y los recortes del paño de las costuras, el señor Salvadores les fabricaba botines bastante aceptables.

Esos botines les servian para salir, pues entre la casa no usaban otro calzado que el pié limpio.

La señora de Salvadores estaba completamente perdida ante cuantos la conocian.

Cuando llegó á tener tres hijos, quedó en el concepto de una mujer de la última especie.

Y con una valentía magnífica aceptó todo aquello, con tal de salvar la vida á su marido.

Esto era para ella la cuestion capital. Se reconocia pura, y bastaba esta íntima satisfaccion para su alma.

Una mañana, José Maria vino de la escuela malamente estropeado.

La amable señora preguntó á su hijo la causa de aquellos golpes que ensangrentaban su cara juvenil.

No es nada, madre, respondió el niño, es que he peleado con otros muchachos.

—Y por qué te has peleado á ese estremo? preguntó la afligida señora.

El niño, con toda la inocencia de sus años, refirió así la causa de su pelea.

—Tú no tienes padre? le habia preguntado un condiscípulo.

Si lo tengo, pero está en Montevideo.

—¿Y cómo se llama?

—Como yo, José Maria Salvadores.

—Miéntes, tu padre es el lechero!

—Ese será el tuyo.

—Y el padre de Tomás es el cura y el de Nicéforo el sereno.

—Miéntes, trompeta!

—Cállate, guacho! y quién es el padre de los menores?

Aquí el niño no habia podido contenerse y se habia lanzado sobre el compañero.

Otros acudieron en su ayuda y José Maria fué estropeado de una manera terrible.

Aquello fué una puñalada para la pobre señora que se puso á llorar.

—Es verdad, hijo de mi alma, dijo, tu padre está en Montevideo, pero pronto volverá, no tengas cuidado.

Y devoró en silencio aquella nueva afrenta, mas dolorosa que todas, sin decir una palabra á Salvadores.

¿Por qué amargar su existencia?

¿Por qué hacerle odioso aquel único momento que en su compañia llevaba un triste bocado á los lábios?

Y las escenas del colegio se repitieron en la calle y los hijos de Salvadores fueron señalados como hijos del público.

Y sin embargo aquel amante misterioso no pudo nunca ser descubierto.

Durante diez años de esta vida terri-

ble, ni la familia de Salvadores ni la suya propia se acordaron de ella para nada.

Habia sido olvidada como si hubiera muerto.

En este tiempo, las necesidades de la vida se llenaban con el producto de las costuras de los esposos y la niña Porfiria, cuyo trabajo ya podia tomarse en cuenta.

En aquellos diez años, la señora tuvo cinco hijos más, que ninguno de ellos podia aliviar en su trabajo á los veteranos José María, Tomás y Nicéforo.

Por el contrario, la ropa á lavar habia aumentado y era siempre Nicéforo el que lavaba, Tomás el que enjuagaba y secaba y José María el que planchaba.

Porfiria demasiado hacia con pasar el dia doblada sobre la costura.

Y la virtuosa señora sufrió hasta los reproches de su protector, el señor Pereyra, sin decir una sola palabra en su justificacion.

Todo para ella era preferible, antes que vender el secreto de su esposo, tan fielmente guardado durante diez años, como diez siglos.

El mismo José María era un jóven de diez y siete años, que por mas que callara, alguna estrañeza debia causarle aquel misterioso aumento de familia.

Cuántas veces la madre se vió obligada á bajar los suyos ante los ojos del hijo!

Cuántas veces sintió en el corazon el deseo de justificarse á sus ojos!

Pero esto no podia ser sin descubrir que allí estaba Salvadores y era preciso entónces hasta afrontar las sospechas de los mismos hijos.

Ellos se habian criado y crecido en el servicio doméstico, como personas del pueblo.

Y como puede decirse que no habian conocido otro género de vida, estaban tan habituados, que no se les ocurria otro porvenir.

Además de todo, llevaban sobre la frente un sello maldito: ser hijos del salvaje unitario Salvadores.

Esto era causa suficiente para que el vigilante que los hallara al paso los azotara sin compasion ó para que el sereno vecino los atropellara con el caballo.

¿Y á qué autoridad podian haber ocurrido en demanda de justicia los hijos de un salvaje unitario emigrado?

La infancia no habia existido para ellos, que, la edad de los juguetes y diversiones, la habian empleado en trabajos de todo género.

A la noche podian haber gozado de alguna distraccion, pero caian rendidos por la fatiga, y asi mismo tenian que ayudar á la buena madre en el cuidado nocturno de sus hermanos menores.

Como al lado de la casa vivia un sereno, varias noches, por asustar á la familia, este, acompañado de otros colegas, se habia dejado caer por los fondos para asustarlos y robar algo de paso.

Pero qué iban á robar en aquel refugio de la miseria?

Al principio, la señora se habia aterrado ante tales visitas.

Creyó que su secreto habia sido descubierto y que venian á buscar à Salvadores.

Pero pronto concluyó por habituarse y comprender que aquellos no eran más que sustos.

Una noche los serenos invadieron la casa, en momentos que ellla se hallaba en el patio con su hijo Nicéforo.

La señora no tuvo tiempo de encerrarse en las habitaciones como lo habia hecho otras veces, y fuè cruelmente maltratada.

Quiso Nicéforo acudir en defensa de la madre pero un lomazo de sable sobre la espalda le hizo comprender que

debia renunciar á toda tentativa de defensa.

Los serenos entraron al comedor y se llevaron la comida destinada á Salvadores, no teniendo más que llevar.

Porque todo lo que representaba el valor más insignificante, habia sido vendido para comer.

Esa noche no pudo bajar al sótano hasta muy tarde, porque los golpes la habian postrado.

Y como además de esto no tenia comida para llevar á su esposo, fué preciso referir lo que habia pasado.

—Este es un entretenimiento de malvados que no tienen nada mejor que hacer, decia Salvadores.

Si me buscaran á mì ó tuvieran alguna sospecha, otra seria su conducta.

Y se convino en que antes de oscurecer, la señora cerraría todas las puertas y no saldrian más á los patios.

Entónces la operacion de llevar y traer costuras fué hecha por la mañana, despues que José Maria regresaba de hacer sus compras y provisiones.

Dejamos sin narrar mil episodios curiosos de barrio y aventuras de los niños, porque para esta sola leyenda, necesitariamos un libro.

El lector puede bien calcular lo que aquella familia, numerosa ya, sufriria entre el desprecio de propios y estraños, la miseria más espantosa y las persecuciones de la autoridad.

Cuando se mandó pintar de colorado las puertas de las casas, por ejemplo, en lo de Salvadores habia apenas el dinero necesario para comer.

La señora tuvo que vender media docena de sillas, para comprar la pintura necesaria, que habia subido á un precio fabuloso

Y ella misma, ayudada de sus tres hijos, pintó el frente de su casa como mejor pudo.

Si no, hubiera sido azotada como lo fueron otras familias que no quisieron ó no pudieron dar cumplimiento al decreto, porque veinte y cuatro horas despues de ser publicado éste, no habia en Buenos Aires una sola libra de pintura colorada.

—Pero esta dictadura será eterna? pensaba el desgraciado Salvadores.

Tendremos que esperar á que este bandido muera de viejo ó tendré que resignarme yo á morir primero en esta tumba?

—

Por fin llegó el memorable 3 de Febrero de 1852!

Y Buenos Aires pudo al fin respirar libremente, despues de veinte años de esclavitud y de muerte.

El tigre de Montiel, como se llamó más tarde el General Urquiza, habia vencido al tigre de Palermo.

Omitimos aquí la descripcion de este gran dia, porque no es el sitio que le corresponde en esta obra.

La ciudad presentaba un aspecto de alegria indescriptible.

A los primeros tiros y vivas de las fuerzas libertadoras que entraron á la ciudad, la señora de Salvadores salió á la puerta á imponerse de la verdad de lo que sucedia.

A ella le pasaba lo que á todas las familias unitarias.

No se atrevian á creer en la caida de la tiranía.

Pero no habia cómo dudar.

De todas partes se arrojaban á la calle las divisas, los retratos, y todo lo que constituia una prenda de la federacion.

Se gritaba en plena calle ¡muera el tirano Rosas! y los trapos azules y celestes, de todas formas y calidades, flameaban en todas las azoteas y ventanas.

Era preciso creer en la caida de la tiranía, en la muerte de Rosas, pues solo así la poblacion de Buenos Aires podia entregarse á semejantes demostraciones.

La señora de Salvadores, media loca y sin saber lo que le pasaba, mandó á sus hijos al centro á averiguar la verdad de lo sucedido.

Y ellos, como los demás, rebosando en entusiasmo, volvieron gritando ¡muera el tirano Rosas! muera la federacion! viva el ejército libertador!

Ya no habia que dudar.

Salvadores estaba libre; ya podia respirar el aire puro de los pátios y abrazar y conocer á sus hijos.

- Hijos mios! hijos de mi alma! gritaba en los patios y en el fondo aquella santa madre.

Dentro de poco ván á poder abrazar á su padre! él viene ahí, entre los que han aplastado la tiranía.

Y los niños se figuraban ver entrar á la casa algunos de aquellos militares que habian visto en la calle, armados de luciente lanza y montando soberbios caballos.

- Por fin ya no nos llamarán más los hijos del lechero y del vigilante, decian los jóvenes.

Tenemos un padre que nos hará respetar á nosotros y á ti misma, madre mia, de los charlatanes y calumniadores.

Trémula de emocion y temblando como si fuera á cometer un delito, empezó á levantar, ayudada por sus hijos, los ladrillos que cerraban aquel sótano cuya existencia ninguno de ellos conociera.

La señora estaba doblemente conmovida, pues la caida de Rosas importaba para ella la vida de su esposo y la justificacion pública de todas las infamias que de ella se habian dicho.

Salvadores sabia, porque lo sabia su señora como todo el pueblo, que en aquellos dias debia tener lugar una batalla decisiva.

Y esperaba por momentos que le trajeran noticias del resultado.

Así es que cuando sintió que abrian el sótano, de dia, y apercibió la voz temblorosa de su mujer, acompañada de otras más, no dudó que la suerte de las armas habia sido favorable para la causa de la libertad.

La señora, apenas abierto el sótano, no pudo contenerse y bajó de un brinco prescindiendo de la pequeña escalera fabricada por Salvadores con duelas de barrica.

—Libre! libre! gritó colgándose á su cuello.

Ya puedes salir ahora porque Rosas ha caido.

El ejército libertador ocupa ya la ciudad.

—Libre! esclamó Salvadores, de una manera hambrienta, retrocediendo hasta la pared del sótano.

Conque al fin puedo ver la luz del dia, respirar aire puro y mirar á mis hijos!

Y la emocion que esperimentaba ahogó su palabra, necesitando apoyarse en su esposa para no caer, pues lo habia acometido un vahido.

Cuando volvió en sì, hasta el sótano llegaba el rumor de la algazara popular y los gritos contra el tirano Rosas.

- Sí, muera Rosas! gritó tambien, y se avalanzó á la escalera, que salvó valiéndose de los piés y de las manos.

Apenas estuvo en el cuarto, cuya puerta al pátio estaba completamente abierta, Salvadores se detuvo y llevó la mano á los ojos lanzando un grito de dolor.

El ojo, habituado durante doce años á vivir á la luz de la vela de sebo, no habia podido resistir la luz del dia.

Mucho tiempo estuvo así, sin poder abrir los ojos.

Fué necesario cerrar las puertas, é ir gradualmente haciendo la luz, hasta que el ojo pudo recibirla sin mayor mortificacion.

La señora abrazaba á Salvadores prodigándole mil caricias.

—Este es vuestro padre, hijos mios, decia á los niños, que llenaban el cuarto, dominados por un franco espanto.

Este es vuestro padre, vengan á abrazarlo y á pedirle la bendicion, que harto ha sufrido.

Pero cuando Salvadores tendia los brazos hácia ellos, todos retrocedian, poniéndose en actitud de disparar.

—Será nuestro padre, desde que tú lo acaricias así, decia José Maria, pero nosotros no lo conocemos.

Déjanos por lo ménos acostumbrarnos á mirarlo.

Y se comprendia claramente la resistencia que había en los niños, á creer lo que la madre les decia.

Es que Salvadores tenia una catadura patibularia, que á los niños les parecia más bien la de un ladron que la de su padre.

Como la señora habia ido viendo diariamente aquella transformacion tan completa, se habia habituado insensiblemente y no le llamaba la atencion.

Pero no sucedia lo mismo con los niños, que veian por primera vez aquella estampa siniestra.

Y mientras los más grandes retrocedian huyendo de su contacto, los más pequeños echaban á llorar de miedo.

Salvadores tenia entónces una barba espesa y algo canosa, que llegaba más abajo de su cintura.

Barba descuidada absolutamente y poco peinada, tenia un aspecto súcio y descolorido, que hablaba muy poco en favor de su dueño.

Sus bigotes habian crecido en relacion á la barba.

Era : dos larguìsimos bigotes enroscados al rededor de las orejas, donde se los acomodaba para que no le estorbaran.

Su pelo caia tambien hasta la cintura, cubriendo su espalda como un manto gris súcio, pues el cabello acusaba tanto descuido como la barba

En aquella fisonomia encerrada en tan espeso marco de pelo, aparecian dos ojos hundidos entre las órbitas, dos ojos sin brillo y puede decirse sin vida.

Dos ojos enfermizos que inspiraban más desconfianza que otra cosa.

Unase á esto dos pómulos agudos y fuertemente salientes, un color cadavérico y unos lábios lívidos y estenuados y tendremos el conjunto de aquella fisonomía de presidiario.

Los piés de Salvadores estaban monstruosamente hinchados por la humedad y la falta de movimiento.

El mismo no se esplicaba cómo habia podido llegar hasta allí.

El complemento de aquella individualidad tan poco atrayente, era un trage que, aunque se veia cuidadosamente cosido y remendado, por otro lado dejaba ver la carne amarillenta de su dueño.

¿Cómo iban á acercarse los niños á semejante tipo?

En vano la señora lo colmaba de caricias para inspirarles confianza y les rogaba que se acercasen, asegurándoles que era su padre.

Ellos retrocedian siempre y siempre se negaban á obedecer.

—Ese no es nuestro padre, decia Nicéforo que era el más travieso, como que apenas tenia quince años.

Ese no puede ser nuestro padre, porque es demasiado rotoso y tiene mala cara.

—Y se aproximaba á la puerta para asegurar su retirada, creyendo que aquello pudiera costarle un puntapié.

Y el desgraciado Salvadores sonreia bondadosamente, comprendiendo que aquello era lo natural y que bien pronto habria vencido toda repugnancia.

Apoyado en su señora y en su hija, porque no podia caminar, Salvadores fué á la sala, para participar por las ventanas del regocijo de la ciudad.

Y allí fueron llamados los niños para

escuchar de boca del mismo padre, la historia de aquellos doce años terribles.

La ninguna educacion que habian recibido los niños, les hacia escuchar aquella terrible narracion, con aires de la más completa chacota.

El corazon nada les decia, y no se hallaban dispuestos á creer ni aquella fábula, ni que aquel era su padre.

—Mire, amigo, le dijo Tomás, apenas concluyó.

Usted podrá decir lo que quiera, pero usted no es mi tata.

Mi tata está en Montevideo, y no hay que querer ocupar su lugar, aunque mamá lo acaricie para que creamos cuanto se ha dicho.

Conque abur, que nos vamos á divertir.

Y todos tres se fueron á la calle, dejando á los esposos entregados á diversos pensamientos.

Para la señora, aquella resistencia de los niños era terrible.

Los creia capaces hasta de abandonar el hogar, si insistia en hacerlo reconocer en su carácter de padre.

—Pero si es natural, pobrecitos! le decia Salvadores.

Si mi facha debe ser la de un criminal!

Cómo quiéres que así de golpe y zumbido me acepten como padre?

Ellos saben cómo se llama su padre; cuando yo me dé á conocer, lo que algun trabajo ha de costar, y vean que todos me dan mi nombre, verás cómo creerán nuestra triste historia y me cobrarán el cariño que hoy no pueden tenerme.

Aquel dia la casa fué un desórden.

La gente que pasaba por las ventanas miraba á aquel desconocido de tan siniestro aspecto, sin darse cuenta de de quién podia ser.

Tal vez fuera alguno de los oficiales ó soldados del ejército que conocia ó no conocia á la familia, pues á la señora de Salvadores la creian capaz de todo, tal era la fama que habia adquirido.

Aquel dia no se hizo de comer.

Entregada la señora al completo gozo de tener su marido al lado, ni se habia siquiera acordado de ofrecerle alguna cosa.

Por otra parte, ni el cocinero, ni el mucamo, ni el lavandero, habian vuelto de su paseo, y no habia quien hiciera de comer.

Pero como ya las circunstancias habian cambiado, doña Pepa envió á buscar una morena de la vecindad, que otras veces se le habia ofrecido, y á quien no habia ocupado, siempre por mejor guardar su secreto.

Y la mandó llamar con aquel primer hijo que motivó la primer calumnia, diciéndole que era el señor Salvadores quien la llamaba.

La morena vino en el acto, contenta porque con la venida del marido cesarian las miserias de la señora.

Era una de aquellas antiguas y leales morenas, cuyo cariño está siempre arriba de toda habladuria.

Cuando la morena entró á la sala y vió á aquel hombre, retrocedió como habian retrocedido los niños.

—Es Salvadores, Mauricia, dijo la señora,—qué! no lo conoces?

—No, señora, pero cuando su merced lo dice debe ser asì.

Mauricia fué llevada al cuarto del sótano, donde la señora la hizo bajar.

—Aquí, le dijo, ha pasado desde el año cuarenta, en que creyeron se habia ido á Montevideo.

Solo yo conocia el secreto y nunca lo hubiera revelado.

Y el estado del sótano corroboraba perfectamente lo que habia dicho la señora.

—Dios bendito! esclamó la buena morena, qué dirán ahora los que tanto han hablado de su merced!

Por eso es que en vano espiaban: no

podian dar con el hombre que decian vivia aquí.

Y cómo habian de dar si estaba tan bien guardado?

Animas benditas!

Qué vá á decir ahora su familia, que tan mal ha tratado á su merced?

Y la morena volvió á la sala, ya convencida de que realmente aquel era Salvadores.

Poco á poco lo fué reconociendo, hasta que esclamó:

—Pero como no ha de estar descono-do con semejante encierro!

Dios lo conserve, al amo!

Pepa habia entrado en todos esos detalles porque sabia que la morena, apenas saliera de allí, habia de referir la historia á cuantos se la quisieran oir.

Y así llegaria á oidos de su familia, que quedaria confundida y sin saber qué hacer.

La morena Mauricia hizo la comida, y todos se sentaron á comer ciudadosos con la tardanza de los tres niños.

Quién sabe si en el barullo de la soldadesca no les habia sucedido una desgracia?

Por fin entraron los tres, agitados y cansados.

Venian de Palermo, ocupado ya por las tropas de Urquiza, donde todo lo habian curioseado y averiguado.

Aunque miraron á Salvadores con menos miedo, no por eso lo miraron con menos aversion.

Venian de Palermo de ver caras patibularias y ya la de su padre no les llamaba la atencion.

Despues que refirieron largamente, mientras comian, todo cuanto habian visto, la señora insistió en hacerles reconocer á su padre, pero se hallaban tan poco dispuestos á ello como antes de salir.

—Basta de jaranas, señora, dijo José Maria, por ahora yo no reconozco á ese hombre como mi padre.

Mas adelante, cuando me convensa de ello, seré el primero en atacarlo.

La morena Mauricia, conocida de todos los niños, vino en apoyo de la señora, corroborando lo que ella decia, pero fué inútil.

—Que va á ser tata! decia Nicéforo—tiene la misma cara de todos esos hombres que hemos visto en Palermo.

Y Salvadores no podia dejar de reir ante aquella actitud de sus hijos, al mismo tiempo que sentia una íntima amargura al ver que el corazon nada les decia.

Despues de comer, Salvadores y su esposa volvieron á la sala.

La ciudad ofrecia un aspecto tan alegre y entusiasta, que no se podia prescindir de tomar parte en el regocijo de todos.

Los tres mocitos, José Maria, Tomás y Nicéforo, quedaron en el comedor, deliberando lo que debian de hacer con aquel padre que les habia llovido del cielo cuando menos lo esperaban.

—Ese no es tata, volvia á decir Nicèforo.

Aunque mamita le hace cariños para que tengamos mas confianza, yo creo que ese no es tata.

—Y cómo si ha estado siempre en el sótano no lo habiamos de haber sospechado nosotros!

Es imposible que no hubiera salido cualquier dia y sobre todo, á tí que eres el mayor, no te habian de haber ocultado el secreto.

—Eso es claro, agregaba José Maria, lo que es nuestro padre no es, yo lo puedo jurar, porque no soy tan tonto que se me hubiera escapado su estado aquí, durante doce años.

Ahora, si nos prueban que es él, nuestros tios, por ejemplo, yo no diré que nó, pero antes, ni á palos.

—Claro, concluyeron los demás.

—Y digo yo, preguntó Tomás, no pensará irse esta noche?

Parece que tiene el aire de instalarse en la casa, y eso no se le puede permitir.

—No, lo que es eso nó, respondió José Maria, Si á las once no se ha ido, es preciso preguntarle qué piensa hacer.

—Yo creo que lo que debemos hacer, concluyó Nicéforo, es sacarlo á palos si no quiere irse por las buenas.

Y tal vez mama se enoje, pero qué le hemos de hacer!

Nosotros no podemos consentir que semejante tipo pase aqui la noche.

—Por supuesto!

—Por supuesto!

Aqui los tres decidieron intimar á Salvadores que se mandara mudar, ó á eso de las diez de la noche, sacarlo á palos.

—Es bueno que sepa que, aunque muchachos, habia dicho José Maria, somos capaces de hacer respetar la casa.

Ageno á lo que sus hijos tramaban contra él, Salvadores charlaba alegremente con su señora, haciendo mil proyectos para hacer cesar aquella miseria espantosa.

-- Ahora los unitarios estamos triunfantes, le decia, y nos vá á sobrar el trabajo.

La señora por su parte lo escuchaba estasiada y arrobada por la felicidad suprema de ver terminadas todas sus desdichas.

—Ya no tenemos nada que temer, gracias al cielo, respondia.

Ahora podrás ocuparte de la educacion de nuestros pobres hijos, que tanto la necesitan, entregándote al descanso que te hará recuperar la salud perdida.

—Mi primer descanso está en el espiritu, y para lograrlo necesito hacer cesar esta miseria que me hiela el alma y que tú me habias ocultado.

Estaban entregados á esta conversacion, interrumpida por las muchas músicas que pasaban, cuando los tres jóvenes aparecieron en la sala de una manera graciosísima para el padre, y alarmante para la señora.

José Maria venia armado de un gran garrote de durazno, recien cortado de los árboles del fondo, Tomás tenia una pata de un sillon de caoba, y Nicéforo, que como el más jóven era el más entonado, se habia venido con el cuchillo mocho de la cocina.

Los tres se pararon delante de Salvadores, á unos seis ú ocho pasos de distancia.

Este soltó una carcajada llena de cariño, comprendiendo lo que aquello significaba, y empezó á mirarlos mansamente, mientras acariciaba su larga barba.

Al revés de lo que Salvadores pensaba, fué Nicéforo, el que, con una gracia infinita tomó la palabra.

—Oiga, amigo barbudo, dijo el chiquilin con gracia infinita: es preciso que usted se largue con los pelos á otra parte, porque ya es hora de cerrar la puerta y usted no puede quedarse á dormir aquí, porque esto no es fonda.

—Hijo de mi alma! es tu padre y el dueño de la casa! esclamó aterrada la señora.

—Déjalos, dijo Salvadores; me están dando un placer inmenso.

—Usted se dará un placer inmenso, dijo Tomás blandiendo su macanita de silla, pero lo que es nosotros, si no se larga de aquí, le vamos á dar una paliza mas inmensa todavia.

A volar, pues, so roñoso, que vamos á cerrar la puerta.

Salvadores reia placenteramente y se seguia acariciando su barba.

—Mire, amigo, dijo entónces José Maria blandiendo su garrote de durazno.

No crea que por que somos muchachos nos va á asustar.

Mándese mudar de una vez porque le vamos á reventar la crisma de una paliza.

Los muchachos estaban dispuestos á hacer lo que decian, á juzgar por su ademan resuelto.

Era, pues, preciso conjurar aquel cataclismo.

La señora, á pesar de Salvadores, se lanzó sobre sus hijos, dando un pescozon á Nicéforo y ordenando á los demás que se fueran á acostar mientras Salvadores seguia riendo como si le hicieran cosquillas.

Pero José Maria se rebeló por primera vez contra el poder de la madre y dijo:

—Usted no puede obligarnos á consentir en que un hombre extraño duerma en nuestra casa.

Basta con todo lo que se habla, madre mia!

—Pero hijos mios, si es su padre, gritaba la señora afligidísima, temiendo que sus hijos realizáran la amenaza.

—No señor! fuera el peludo!

—Fuera el peludo! dijeron los otros dos.

—Conque, á ver amigo, ó á la calle, ó le rompemos el alma!

Y luchando con la madre, arremetieron á garrotazo limpio sobre Salvadores.

Este, riendo siempre de la gracia de los muchachos, tuvo que ponerse de pié y retroceder.

Y como sus hijos avanzaban empezó á obstruirles el paso tomando las sillas y arrojándoselas por delante.

Por fin, para verse libre del peligro de recibir algun garrotazo, arrojó por delante una mesa, y pidió la palabra.

—Un momento, chiquilines, dijo sin dejar de reir.

He dicho que soy el padre de ustedes, y se lo voy á probar en un momento.

Mercedes, dame dinero.

La señora entregó á Salvadores unos noventa pesos, que era todo el dinero que poseian.

—Mañana, yo les probaré lo que les digo, con el testimonio de sus mismos tios, porque ahora es tarde para andar en estas bromas.

Por el momento, tomen para que festeje mi libertad.

Tú, Nicéforo, toma estos veinte pesos, por ser el mas zafao.

Ustedes repártanse estos cincuenta, por ser mas mozos.

Mañana bien temprano yo les probarè lo que les digo.

Qué les parece?

—Caramba, dijo Nicéforo á sus hermanos, mirando los veinte granaderos que le habian tocado.

Cuando así de golpe y zumbido nos da tanta plata, debe ser nuestro tata, caramba!

Esperémonos hasta mañana.

—Si, agregó Tomás, si no fuera tata no nos daria tanto, porque solo los padres dan plata.

—Bueno amigo, concluyó José Maria, esperamos hasta mañana.

Pero si mañana no queda probado que es usted nuestro padre, le rompemos el alma, tèngalo por seguro.

Y se metió debajo del brazo su gran garrote de durazno.

Así quedó conjurada por el momento aquella tormenta.

A la edad de 19 años, entónces, habia más inocencia y ménos malicia que hoy á los diez.

No es estraño pues, que aquel reparto de dinero fuera una prueba fehaciente, para aquellos niños desventurados, que jamás habian recibido un centavo en propiedad.

Pero las voces y el ruido de las sillas que hacia rodar Salvadores, habian atraido muchos vecinos y gente que pasaba, entre la que habia muchos amigos de la familia.

Creyendo que se trataba de alguna lucha, segun lo daban á entender las voces de la señora, muchos habian entrado á ofrecer auxilio.

Y al ver á Salvadores, con aquella estampa de facineroso, no solo se habian confirmado en la creencia, sinó que habian avanzado hácia él de una manera resuelta.

Pensaron que seria algun soldado de los de Urquiza, que al ver aquella familia desamparada, habia entrado á robar.

—Qué hace usted aquí, bribon? le habia preguntado un señor Garcia, antiguo amigo de Salvadores, y que se habia retirado de la casa, con su familia, cuando se produjo la calumnia que hemos narrado.

—Cómo que hago aquí? contestó Salvadores sonriendo.

Lo que hace en su casa cualquier individuo de este mundo.

Estaba jugando con mis hijos.

—Es un borracho, señora, dijo otro de los que habian entrado, tambien amigo de la casa.

No tenga cuidado que ya vamos á hacerlo salir.

—A ver amigo, añadió tomando de un brazo á Salvadores.

Retírese en paz y gracia de Dios, sino quiere salir de una manera violenta.

Salvadores se puso á reir alegremente, é hizo á su esposa una señal imperceptible para que guardara silencio.

—Pobre, añadió Garcia, tal vez sea algun loco.

Mire, amigo, retírese porque usted no puede quedar aquí.

Está incomodando á la señora.

Los niños apenas habian recibido el dinero, se habian ido, de modo que no estaban allí más que los esposos y los que habian entrado.

—He dicho á usted, amigo Garcia, que estoy en mi casa, añadió Salvadores, siempre sonriente.

No comprendo, pues, el derecho con que ustedes me mandan salir á la calle.

Garcia quedó atónito al verse llamar tan familiarmente por aquel tipo, y tanto él como los demás estaban asombrados del silencio con que la señora aceptaba aquella audaz afirmacion.

Estaria acaso embargada por el espanto, ó aquel hombre estaria allí con su consentimiento?

Para salir pronto de aquella situacion, Garcia se dirijió á la señora diciéndole:

—Es cierto lo que dice este hombre, doña Pepa? quiere usted que lo hagamos salir de aquí?

Indudablemente cuando nosotros hemos entrado habia aquí una lucha entre ustedes y este hombre.

—Lo que él ha dicho es la más pura verdad, replicó sonriente la señora, mirando á Garcia y demás personas presentes.

Está en su casa y no habia tal lucha, sinó que se entretenia en jugar con sus hijos.

—Perdon, entónces, mi señora, esclamó Garcia desconcertado completamente.

Y deseando desahogar la rábia que le habia causado el chasco, agregó de una manera hiriente, como si deseara vengarse:

—Tenia entendido que el dueño de esta casa y el padre de estos niños era José Maria Salvadores, pero veo que me he equivocado.

Y se puso el sombrero que se habia quitado al entrar, en señal del más profundo desprecio.

—¿Y quién le dice que usted se ha equivocado? preguntó Salvadores sonriendo siempre.

El padre de estos niños, de todos ellos, y marcó estas palabras, como el dueño de la casa es efectivamente José Maria Salvadores.

—Entendámos de una vez, replicó Garcia amostazado, y no llevemos al último estremo esta cínica farsa.

Si usted se proclama dueño de la casa, no lo es Salvadores, y si lo es Salvadores, usted no es más que un

intruso y esta señora una farsante, por no decir otra cosa.

Es verdad que su conducta durante estos últimos años no dejaba esperar otra cosa, pero por lo ménos debia respetar el recuerdo y el nombre de su esposo.

Buenas noches, señores.

Las personas que estaban con Garcia y otros que habian entrado despues, pues la escena pasaba á ventanas abiertas, no sabian qué hacer ni què partido tomar.

Aquello era verdaderamente una comedia, pero una comedia que tenia olor á risueño desenlace.

—Un momento, un momento, habia dicho Salvadores deteniendo á Garcia.

Comprendo que en doce años de encierro en un sótano, cambie el físico hasta el punto de ser totalmente desconocido.

Pero la voz, el acento y la mirada misma no cambian hasta ese estremo!

Amigo Garcia! está usted hablando con José Maria Salvadores, para cuyo nombre acaba de pedir respeto, y ofendiendo á la más pura y virtuosa de tódas las mujeres.

Basta por Dios de infamias y calumnias; mi esposa no ha dejado de ser nunca la mujer honesta que todos han conocido, antes de la muerte de mis amigos y de mi salvacion milagrosa.

Garcia habia abierto desmesuradamente los ojos sin atraverse á creer lo que oia.

Cómo era posible de aquel hombre fuera Salvadores?

Allí estaba su esposa radiante de alegrìa, colmándolo de caricias.

Pero aquello podia ser tambien una farsa admirablemente combinada.

Sin embargo, el lenguaje y las maneras distinguidas de aquel hombre, estaban reñidas con su catadura funesta.

Como penetrar la verdad de aquello?

—De una manera muy fácil, dijo Salvadores, como si les hubiera adivinado el pensamiento.

Tornen ustedes asiento y yo les voy à poner en conocimiento de lo sucedido.

Es una historia larga y triste, pero yo omitiré todo aquello que carezca de interés para ustedes y no tienda á identificar mi persona.

Cada vez mas asombrados, Garcia y los que pudieron, tomaron asiento.

Los demás se prepararon de la manera más cómoda á escuchar aquella historia que prometia ser interesantísima.

Con un lenguaje sencillo y conmovedor, Salvadores refirió la matanza del 3 de Mayo y la manera cómo habia escapado herido.

Narró tristemente la historia de su terrible encierro en el sótano, durante doce años, con todas las amarguras y sinsabores que habia tenido que apurar, la infamia lanzada sobre su familia y la abnegacion suprema de su esposa.

Y concluyó por refirir el oríjen y causa de la lucha que los habia atraido allí.

A medida que Salvadores hablaba, Garcia lo habia ido reconociendo poco á poco.

Su modo, el timbre de su voz, su gesticulacion, todo en fin, le habia puesto por delante, al travéz de aquella gran barba y de aquella fisonomia demacrada, á su antiguo amigo y compañero que creian muerto.

Así es que cuando este concluyó de hablar, se levantó y lo abrazó estrechamente.

—Si, te conozco, te conozco, amigo desventurado, le dijo.

El dolor y el encierro te han desfigurado terriblemente, pero tu espíritu hidalgo te hace reconocer á pesar de la mudanza del fisico.

—Ahora, continuó Salvadores, despues de devolver todas las felicitaciones

que le dirigian, solo me resta probar lo dicho.

Voy á llevarlos á ver el sótano que he habitado durante doce años, desde aquella fatal noche del 3 de Mayo hasta hace unas pocas horas.

—Como prueba, lo rechazo, se apresuró á decir Garcia.

Lo admito solamente como una visita curiosa, para ver de qué manera esta santa señora ha podido ocultar su secreto hasta de sus mismos hijos.

Todos fueron á visitar el sótano.

Allí habia todavia una buena cantidad de costuras, pues la señora sacaba costuras de muchas casas, y el resto de la comida que le llevara su esposa la noche anterior.

Era tal la pesantez de la atmósfera que allí habia, á pesar de que el sótano estaba abierto desde que salió Salvadores, que todos se asombraron de que un ser humano hubiera podido vivir allí doce años.

Los pulmones se fatigaban á los cinco minutos de estar allì, haciendo temer una asfixia inmediata.

Es que Salvadores se habia habituado poco á poco á respirar aquel aire, como los que se habitúan á tomar una fuerte dósis de veneno, habiendo empezado por tomar un centígramo.

La permanencia de Salvadores allí quedaba constatada, y destruida por completo la infamia que las apariencias habian hecho caer sobre la desventurada señora.

No se sabia qué admirar más, si la resistencia de Salvadores á tanta desventura y tan largo encierro, ó la abnegacion sublime de aquella señora, que todo lo habia arrostrado y sufrido hasta lo mas infamante, antes que revelar el secreto que comprometia la vida de su marido.

Aquella noche fué una especie de fiesta para la familia al estremo de que los niños se levantaron de sus camas y vinieron à tomar parte en la alegría de todos, conviniéndose por fin, que aquel era realmente su padre.

Muchos se habian retirado á repetir la historia que escucharan, pero la mayor parte habian quedado con Garcia, á oir los detalles íntimos que seguia dando Salvadores.

—Perdónenme, mis amigos, habia dicho èste, pero nada hay aquí con que invitarlos.

Esta es toda nuestra riqueza, añadia mostrando los veinte pesos que le habian quedado.

—Poco importa, habia respondido Garcia, pues nosotros pagamos gustosos el festejo de tal acontecimiento.

Y él y muchos otros habian salido, volviendo al poco rato cargados de masas y de algunas botellas de buen vino.

La pobre señora estaba radiante de felicidad.

Parecia haber rejuvenecido aquellos doce años maldecidos.

Por fin podia levantar su frente pura ante los mismos que la habian escarnecido y despreciado.

Por fin podria salir del brazo de su marido, á tomar cuenta de aquel desprecio inmotivado.

—Y nosotros hubiéramos sido felices, decia, todo lo felices que se puede ser en tal situacion, si nuestras familias me hubieran creido y no nos hubieran retirado su apoyo.

Pero sin mas recursos que el de nuestras costuras, cuando estas escasearon por la quiebra de don Simon Pereira, muchas veces tuvimos que dejar de comer nosotros, para que comieran nuestros hijos!

Felizmente Dios ha oido mis súplicas y Salvadores no ha enfermado en tan largo tiempo.

Cómo me habria yo decidido á llamar un médico, poniéndolo en el secreto que tanto importaba guardar!

Puedo asegurar que este temor ha

sido el que me ha hecho derramar más lágrimas.

La concurrencia á lo de Salvadores se habia ido renovando toda la noche.

La negra Mauricia por una parte, y los que habian escuchado la tocante historia por otra, la habian referido en el seno de otras familias y á los grupos de amigos que encontraban en la calle.

Y todos habian querido ver á Salvadores en su terrible aspecto y oir de sus lábios algunos detalles de aquella verdadera leyenda.

Así es que la concurrencia habia ido aumentando progresivamente, al estremo de que à la mañana siguiente estaba la casa materialmente llena de amigos y desconocidos que iban á felicitarlo y á cumplimentar á la señora por su noble conducta.

Al dia siguiente muy de madrugada, la familia de Salvadores despertó con aquella novedad que corria ya de boca en boca.

Salvadores habia estado doce años escondido en un sótano de su casa.

Inmediatamente se vistieron todos y se fueron á buscar á la familia de Pepa, que ya sabia la noticia y se preparaba á salir.

—Pero qué le parece, pobre Pepa! decian todos.

Con qué le compensamos todos el abandono en que la hemos tenido, privándola de los recursos más necesarios, porque creíamos que tenia quien la atendiera?

Y las mujeres lloraban amargamente, miéntras el más cruel remordimiento roia el corazon de los hombres.

Todos habian creido que Pepa no tenia servicio, no porque no pudiera pagarlo, sinó por entregarse más libremente á su vida licenciosa, y ahora comprendian las miserias que habria sufrido aquella familia.

Todos fueron juntos á la casa que no pisaban desde hacia diez años, y entraron llenos del más agudo remordimiento.

Ninguno de ellos pudo mirar sin conmoverse hasta las lágrimas el cambio miserable de Salvadores.

Ni él ni su esposa les hicieron la menor recriminacion.

Los recibieron con los brazos abiertos, respondiendo á sus disculpas con estas sencillas palabras:

—Es natural, todas, todas las apariencias estaban en mi contra y me condenaban.

Yo no podia justificarme y ustedes tenian razon en dudar.

Pero todo queda olvidado, pues que en adelante, gracias al buen Dios, nada tenemos que temer, y el daño recibido en mi reputacion queda remediado.

La familia se habia entregado á la inmensa felicidad de ver vivo á Salvadores, á quien creyeron muerto, y en saber que Pepa era mas digna que nunca del aprecio que le habian retirado.

Ellos tomaron á su cargo el preparar una comida opípara para festejar el acontecimiento y pasar el dia entregados al íntimo goce de la familia.

Los espesos Salvadores no habian dormido la noche anterior y era preciso que descansaran.

No solo el desvelo, sino las emociones sufridas los habian rendido completamente.

Y como nadie reparara en esto, distraidos con el bullicio y la conversacion, fué necesario que Salvadores lo hiciera presente.

—Perdonen, dijo; pero necesitamos un poco de reposo, porque aún no hemos dormido y las emociones recibidas, una en pos de otra, nos han vencido, como no nos habian vencido la fatiga y los pesares.

Vamos, pues, á descansar un poco, sin que esto sea despedir á nadie.

Nuestra familia queda haciendo los honores de la casa.

Todos eprobaron á Salvadores su falta de franqueza, instándolo para que se fueran pronto á dormir.

—Ya los despertaremos á la hora de comer! dijeron.

Antes de recojerse, Salvadores reunió á sus hijos en el fondo.

La quinta estaba hermosa—los árboles cargados de fruta y las parras cubiertas de tentadores racimos.

Hacia doce años que los niños deseaban fruta, pues por muy abundante que hubiera sido, siempre habian estado á racion, por órden del mismo Salvadores, para que les durara.

—Hijos mios, les dijo, la miseria en que hemos vivido llegó ya á su término, gracias á Dios.

Ya no tenemos que hacer economías sobre el miserable pedazo de pan y el puñado de frutas.

Toda esa fruta, como todo lo que hay en la casa, es de ustedes y pueden hacer de ello lo que mejor les parezca.

Suban á los árboles y coman cuanta fruta quieran, rompan y destrozen, si se les ocurre hasta echar abajo todos los árboles, que demasiadas privaciones han sufrido.

No tengan reparo, hijos mios, su padre que tanto los ama, les asegura que todo es de ustedes y para ustedes.

Hasta luego mis queridos.

Y despues de prodigarles sus mas sentidas caricias se retiró á dormir.

Los niños no sabian lo que les pasaba!

Les parecia mentira que ellos fueran dueños de toda aquella fruta que habian deseado hasta el dia anterior y que no se habian atrevido á tocar, porque profesaban á la madre, un respeto sin limites y ella se los habia prohibido.

Así es que no bien Salvadore habia andado diez pasos, cuando todos se habian trepado á los árboles, con una agilidad insospechab'e, y empezado á comer vertiginosamente.

—Ahora si que yo juro que es tata! gritaba Nicéforo desde un damasco, con la boca llena.

Ahora si que no se puede dudar que es tata, aunque nadie nos hubiera dicho nada.

Y casi le hemos roto el alma á palos! qué bárbaros!

—Qué bárbaros, repitieron Tomás y José Maria que se habian trepado al zarzo de la parra.

Pero qué culpa teniamos nosotros? porque no nos dijeron que estaba en el sótano?

Los jóvenes no abandonaron los árboles y las parras, hasta que materialmente no les cupo en el estómago una sola uva más.

Entónces se bajaron y empezaron á jugar á la rayuela con los damascos y pelones, y á tirarse unos á otros con los racimos de uva

Era el primer dia en su vida que aquellos niños desventurados se entregaban á un recreo franco, sin límites y sin tener que pensar en el rudo trabajo de la casa.

Aquel atracon de fruta les produjo una descomposicion de todos los diablos.

Al recordarla Nicéforo Salvadores, cuando nos daba estos datos hace dias, nos decia:

—Caramba! dolores de barriga como aquellos, creo que nadie los habrá tenido!

A mi me hacian dar diente con diente.

Así el que crea que hemos exagerado en la narracion de esta historia, puede preguntarlo á él, que nos ha proporcionado los datos mas interesantes, desde la época que él recuerda.

La familia siguió recibiendo las numerosas visitas que llenaron la casa durante aquel dia.

Ya estaban fatigados de referir la

misma historia y mostrar el sótano salvador.

Los esposos durmieron hasta la tarde, en que fueron recordados para comer.

La familia, deseando remediar en lo posible el mal que habia causado, dejándose llevar de apariencias engañosas, cuidó de que al despertar tuviera Salvadores cuanto necesitaba.

Le habian preparado un baño á un temple agradable y la ropa necesaria para que se mudara completamente.

Cuánto lo agradeció el pobre!

Limpio, fresco y recien mudado, apesar de su cabello, de su barba y de su demacracion cadavérica, habia cambiado de aspecto, perdiendo todo el aspecto de presidario.

Con qué placer se sentó á la mesa, despues de doce años, rodeado de su familia y sus hijos!

—Caramba! decia á cada momento—yo voy á tomar una indigestion espantosa.

Esta comida es demasiado para nosotros ¿no es verdad, Pepa?

Acostumbrados no ya al puchero, que hubiera sido un lujo, sino á un simple hervido, confieso que como estos manjares con gran miedo de que me hagan mal.

Y todos reian echando aquello á gracejo, para distrer la pena que tales bromas les causaba.

Aquella comida fué memorable por su cordialidad y alegria.

Habiéndose sentado á la mesa á las seis de la tarde, no se levantaron hasta las cuatro de la mañana.

Es que las visitas que no cesaban de llegar habian sido recibidas en el comedor, donde habian permanecido todas hasta que se retiró la última.

Salvadores permaneció como una semana sin salir á la calle.

Habia necesitado hacerse cortar el cabello y la barba y esperar á que se le deshincharan los piés.

En solo ocho dias de felicidad y descanso del espíritu, Salvadores habia recobrado su antiguo aspecto.

Parecia mas jóven y habia empezado á engrosar.

No podia dedicarse aún al trabajo, pero no le faltaron ya recursos de vida.

Se habia vuelto á recibir de sus bienes y quedaba en las mismas condiciones que antes de entrar al sótano, más, su completa libertad de accion.

Todo en su casa era alegria, bullicio y felicidad.

Empezaban á olvidar algo las amarguras pasadas.

—

Poco tiempo duró esta felicidad apacible, aunque ella fué interrumpida por contratiempos mas pasables, y por una corta época.

El menorable sitió del 52 habia venido á dar el grito de guerra, y la Guardia Nacional de Buenos Aires, siempre entusiasta, siempre brava, siempre abnegada, acudió á los cuarteles y cantones, con un entusiasmo análogo al que le vimos desplegar el año 80 en el Puente Alsina y la meseta de Lagos.

Y Salvadores padre y Salvadores hijos, corrieron á formar en sus filas, ofreciendo el contingente de su sangre á la provincia madre.

Y la Guardia Nacional de Buenos Aires, concluyó de dar cima, con brazo de Hércules, al movimiento regenerador que habia de cimentar los principios y derechos perdidos hoy nuevamente.

No es este el sitio para describir aquel movimiento sublime, y que será descrito en su lugar correspondiente.

Este capítulo pertenece solo á la historia de Salvadores.

Todos los dias se tomaban al enemigo diferentes prisioneros, que se entregaban á la justicia ordinaria, si ellos habian formado entre los mazorqueros y degolladores de la federacion.

Un dia, en la cuadra de la casa de

Salvadores tenia lugar una escena tocante por más de un motivo.

Entre algunos prisioneros que se habian tomado á los de «afuera», venia el terrible bandido Troncoso, á quien no habia conocido ninguno de los que lo conducian.

Salvadores, que en ese momento salia de su casa para su canton, conoció al asesino y quedó clavado en medio de la vereda, trémulo por la indignacion y la ira que habia despertado en su alma, la presencia de aquel hombre.

Hemos omitido referir que Troncoso formaba parte de la gente de Cuitiño, la terrible noche del 3 de Mayo.

Fué él quien dió muerte á Oliden y fué el mismo quien hirió á Salvadores.

El grupo que conducia á Troncoso y demás prisioneros, se detuvo al ver la actitud de Salvadores.

—Què es eso? qué le pasa? preguntó uno de los guardias nacionales.

Viene entre estos algun pariente que desea salvar?

La guardia nacional de Buenos Aires siempre se ha distinguido por su generosidad.

Asi es que no solo no hacia mal á los prisioneros que tomaba, sino que ni siquiera se preocupaba de desarmarlos.

—No es eso, respondió Salvadores, una vez que hubo pasado su primer sorpresa.

Es que entre esos hombres viene uno de los asesinos mas infames y crueles que ha tenido la mazorca.

—Cuitiño? preguntó uno.

—Peor que ese, contestó Salvadores señalando al bandido.

Ese hombre es el feroz Troncoso, el asesino de Oliden, del noble Oliden, el que me hirió á mí mismo aquella noche de muerte!

Troncoso! repitieron todos, mirando al bandido de una manera amenazadora.

El degollador Troncoso!

—El mismo, contínuó Salvadores, preparando su fusil.

Ese hombre no puede figurar entre los prisioneros, porque es un asesino.

Es preciso fusilarlo aquí mismo por la espalda.

Aterrado Troncoso y presintiendo un mal fin, habia desnudado el sable de que venia armado y retrocedió hasta el mismo umbral de la casa de Salvadores.

En las personas que rodeaban al bandido se veia claramente la resolucion de secundar lo que habia propuesto la antigua víctima.

Fusilarlo!

En aquel momento, llegó milagrosamente al teatro del suceso, el patriota doctor don Miguel Esteves Saguí, espíritu incansable en aquellos dias inolvidables.

—Què es esto? qué van á hacer? preguntó aquel corazon noble y sereno, colocádose entre Troncoso y Salvadores que se habia echado ya el fusil á la cara.

—Ese es el degollador Troncoso! el asesino de Oliden y de tanto otro ilustre patriota! Es necesario fusilarlo.

—Salvadores! Salvadores! gritó aquel espíritu bizarro—este hombre es hoy un prisionero de guerra y hay quien lo juzgue.

No nos manchemos por Dios con actos semejantes.

—Ese hombre es un asesino! gritó Salvadores, y el más feroz de todos!

—Pues lo juzgarán y condenarán los tribunales, nunca nosotros!

Salvadores! continuó el doctor Esteves Saguí, bajando el fusil que aquel tenia aùn levantado.

Este hombre será todo lo que sea, pero de este umbral para adentro, es sagrado á usted y á todos.

Su cabeza pertenecerá á la ley.

Y con un movimiento vigoroso empu-

jó á Troncoso dentro de la casa de Salvadores.

—Ahora, repitió, este hombre le es sagrado—se atreveria á matarlo?

Salvadores estaba dominado por la noble palabra de Esteves Saguí, que dirigiéndose á Troncoso, le pidió sus armas, que eran el sable y un trabuco de bronce.

—No, porque me ván á asesinar, dijo temblando el bandido.

—Nadie tocará á usted al pelo de la ropa, le empeño mi palabra de honor!

– Y quién es usted para pedirme mis armas?

—El que le salva la vida! contestó el doctor.

—El Gefe de Policia! respondió un guardia nacional.

Troncoso entregó sus armas y fué acompañado hasta la cárcel, teatro antes de sus mismos crímenes, por el mismo doctor Esteves Saguí.

—Gracias doctor, le dijo Salvadores al despedirse, más calmado ya.

Me ha evitado usted cometer una mala accion.

Lo sabia, contestó el patriota, y siguió su camino escoltado por los mismos Guardias Nacionales que conducian los demás prisioneros.

Este es el drama de los doce años, con el que cerramos el cuarto libro de los *Dramas del terror*.

En el siguiente trataremos la vida de Palermo y los asesinatos incomprensibles y sangrientos del 40 y 42.

FIN DEL LIBRO CUARTO

LIBRO QUINTO

LOS DEGÜELLOS

LA RETIRADA DE LAVALLE

En Agosto de 1840 se suponia derrotado en Entre-Rios al brillante general Lavalle.

Fué, pues, una sorpresa completa cuando se supo que habia pasado el Paraná y que se hallaba en San Pedro.

Fué un hecho admirable del que no se supo sacar partido.

Rosas que habia festejado con cohetes y músicas la derrota de Lavalle, quedó aterrado, miéntras un rayo de esperanza volvió á brillar en el espíritu de los unitarios, que habian recibido en medio del corazon, como un golpe de muerte, la noticia de aquella derrota.

La ciudad tan alegre poco antes, por las músicas federales y el desborde de la mazorca, quedó sumida en un silencio de muerte.

La federacion tenia miedo.

Es que no solo se sabia que el heróico Lavalle estaba en San Pedro, sino que se dirijia sobre Buenos Aires, sobre Palermo mismo, levantando toda la campaña á su paso triunfal.

La revolucion del Sur lo esperaba con todos los elementos, reunidos con una actividad febril por el patriota Marcelino Martinez Castro.

Los avisos llegaban uno en pos de otro, y el tirano veia llegado su ùltimo momento.

A él no se le ocultaba que en la ciudad como en la campaña, el elemento unitario era superior al federal, y que entrando Lavalle, se alzaria como un solo hombre aquella poblacion dominada hasta entónces por el puñal de la mazorca.

A toda prisa sacó Rosas las fuerzas que habia en la ciudad para librarlas de un golpe de mano ó de una fácil seduccion, pues eran fuerzas ya tocadas por el desgraciado coronel Maza, y trató de formar con ellas un campamento en Santos Lugares.

Desde entónces data ese horroroso campamento, destructor de vidas y haciendas, y teatro de los crímenes más brutales

Aún vive D. Antonino Reyes, jefe militar y Gobernador de aquel paraje maldecido, regado con tanta sangre inocente.

Cuánto dato estupendo podria él darnos para la historia de Santos Lugares!

Ya nos ocuparemos á su tiempo de aquel parage sombrío.

Ejército que invade y que se retira, es

ejército perdido, con rarísimas escepciones.

Y esto fué lo que sucedió al ejército del benemérito general Lavalle.

Narremos la historia de aquella retirada inesplicable para muchos, y desconocida para la mayor parte.

La hemos recogido de las fuentes más puras y exactas.

El señor don Mariano Baudrix, que conservaba amistad con Rosas, para ser útil á los unitarios, sabia ir de cuando en cuando, con el objeto de hacerse presente y fingir por la causa de la federacion un interés que estaba léjos de sentir.

Lavalle estaba sitiando la ciudad por el Sur, acampado en Barracas, y esperando el momento oportuno de entrar.

En su trayecto se habian ido incorporando algunas milicias de campaña, faltas de armas, y la mayor parte de los jueces de paz y comandantes militares de los pueblos por donde habia pasado, y otros ocupados por la revolucion.

En momentos en que Baudrix llegaba á Palermo, salia de allí, despedido por el mismo Rosas, un paisano montado en un caballo overo negro, conocido parejero del tirano.

—Que tal, Exmo. Señor? preguntó jovialmente el señor Baudrix, sin dejar de notar algunos inequívocos preparativos de fuga que se veian por allí.

Qué noticias nos dá de los invasores?

—Vé usted ese hombre? preguntó Rosas, mostrándole el paisano del parejero que se perdia en aquel momento por uno de los recodos del camino.

—Si, le he visto ya—y qué bien montado vá!

—Pues ese hombre va á derrotar á Lavalle.

Baudrix no pudo menos que reir maliciosamente, atribuyendo aquel dicho á una de las tantas originalidades de Rosas.

—No se ria usted, continuó éste.

Por estraño que le parezca, ese hombre solo que usted ha visto, va á derrotar á Lavalle.

El va á morir, es cierto, pero Lavalle, mañana al toque de diana, no estará mas en Barracas.

El señor Baudrix viendo que no se le daban mas esplicaciones, convino en la cosa y esclamó:

—Será sorprendente—solo porque es V. E. quien lo dice lo creo, pues los tiempos no están para chacotas.

Despues de conversar un buen rato, sobre cosas indiferentes, el señor Baudrix se retiró.

—No olvide lo que le he dicho! esclamó Rosas al despedirlo.

Ese solo gaucho vá á derrotar á Lavalle—mañana tendrá la prueba de ello.

Veamos nosotros cuál era la esplicacion de aquel dicho, y la seguridad que en él tenia el astuto Rosas.

Comprendiendo que no tenia ni fuerzas ni elementos para luchar con Lavalle, soldado hábil y denodado, se dedicó á buscar una estratagema que lo hiciera desistir de su entrada á Buenos Aires.

Y su espíritu diabólico no tardó en sugerirle una que debia darle los mejores resultados.

El dia antes á aquel en que fué Baudrix á su campamento de Palermo, llamó Rosas á un mulato asistente que tenia consigo hacia mucho tiempo, á quien debia encargar lo más importante de su estratagema.

El mulato aquel era un desalmado, espíritu perverso como el de su amo, y astuto y sagáz como él.

—Lúcas, le dijo el tirano, necesito que ahora mismo montes á caballo y te pases á las fuerzas de Lavalle, que están del otro lado del puente de Barracas.

—Es el caso que yo no quiero pasarme, dijo el mulato.

Me encuentro muy bien aquí y allí es posible que desconfien y me fusilen.

—Es que yo necesito que te pases y

te aseguro que no te han de fusilar.

En cambio si no obedeces te fusilo yo en un segundo.

—Parece que va de veras! esclamó entónces el mulato, que como todos los locos y sirvientes viejos de Rosas, se permitia ciertas libertades.

Y qué tengo que hacer una vez que me pase y me quieran fusilar?

—Aseguras que eres un pasado y que vas á hacer, en prueba de lo que dices, una revelacion á Lavalle.

—Si, esto es cierto, agregas, ya ve usted que es verdad que me he pasado. Si no, siempre habrà tiempo de fusilarme.

—Y cuál es esa revelacion?

—La siguiente; retiéncla bien.

Tú dices á Lavalle que mañana ha de salir de aqui un chasque con comunicaciones para el general Lopez, que viene en marcha.

Das las señas de Torres y dices que va montado en un caballo overo, que es el mas ligero de todos mis parejeros.

En prueba de que sé lo que digo, añadirás, Torres, que es un buen servidor del gobierno, ha de negar todo, pero yo sé donde trae las comunicaciones, y aseguras que ellas van cosidas en los bastos del recado.

Dices que tù mismo, por órden mia, le ayudaste á coserlas.

Como viendo que esto es cierto te han de creer lo demás, asegura que yo tengo muchos soldados, así como cinco mil, segun crees, y que aquí se dice que si Lopez recibe á tiempo lo que le lleva Torres no va á quedar un unitario lavallista, ni para remedio.

Ya ves pues que no te han de fusilar y que por el contrario yo te voy á hacer un regalo que ni te sueñas.

Lavalle se ha de retirar despues de tomar á Torres.

Entónces, bien montado, puedes volverte aquí.

Demasiado vivo eres para que tenga que decirte cómo te has de escapar.

—Y cuando tendré que pasarme?

Esta noche para que la cosa sea mejor hecha.

Es preciso que antes des unos buenos galopes al caballo que montes, y te vas sobre el pucho, para llegar bien sudado al campamento y como corresponde á un individuo que huye.

Lleva estas pistolas y otro caballo, como prendas que me has robado.

El diabólico mulato se hizo repetir la leccion, y seguro de sacarla bien, se preparó á la marcha, sonriendo de una manera infernal, pues habia comprendido que la víctima de todo aquello iba á ser Torres.

En las primeras horas de la noche, el mulato se presentó á Rosas con el caballo bien sudado, para que éste le diera un vistazo.

—Superior, dijo el tirano—vás hecho un verdadero pasado, tanto, que siento ganas de fusilarte, porque me parece que es de veras.

—Nó, dejémonos de juguetes, gritó el mulato que sabia era Rosas capaz de hacer lo que decia.

Ya me voy.

—Bueno, largo y cuidado cómo se cumple.

—No hay cuidado, que al ñudo no nos ha elegido usia para cosa tan peluda.

Cuando el mulato salió, Rosas mandó llamar á Torres.

Era este un paisano de aquellos que toman cariño á un hombre y lo sirven con la lealtad de un perro, sin averiguar siquiera qué peligro ván corriendo en el servicio que prestan.

Bravo como las armas, segun su propia espresion, servia á Rosas porque lo queria y porque le estaba agradecido á algunos servicios que le prestó en otra época, como patron.

Por él, por hacerle el gusto simple-

mente, hubiera desafiado sereno el mayor peligro.

Y Rosas que sabia esto, lo elegia como víctima de aquel plan diabólico y casi sin necesidad.

La misma lealtad de Torre le sujirió la idea de que ninguno mejor que él habia de desempeñar la comision.

Torres se presentó como siempre, con su franca sonrisa y su ademan cariñoso.

—Te necesito para una comision peluda, le djo el tirano.

—Muchas gracias, patron, por haber pensado en mí.

—No te alegres porque la cosa tiene pelos.

—Razon de más, porque eso me prueba que todavia me tiene fé.

—Ya sabes que el loco asesino Lavalle está encima y que vá á entrar.

—Si lo pela será durazno!

—Pues para eso necesito que hagas una gauchada.

Tengo que mandar al general Lopez que viene en camino, una órden para que se apure con el ejército que trae, y he pensado en tí como el más á propósito para salvar los inconvenientes del camino.

—La entregaré, contestò Torres con una conviccion profunda.

—Yo te voy á dar un parejero de los mios y hemos de esconder la nota para que no te la encuentren aunque caigas prisionero.

—Montado así no caeré.

—Bueno, prepara tus cosas para marchar mañana.

Torres se retiró lléno de alegria por la confianza que en él depositaba el patron, y Rosas se entregó á escribir la comunicacion que iba á costar la vida á aquel infeliz.

Era una nota en la que decia á Lopez:

«Lo supongo á estas horas muy cerca de la ciudad.

Es necesario que apure la marcha de una columna de cinco mil hombres, de los diez que trae, para caer sobre Lavalle, de sorpresa y cuando él ménos lo espere.

Yo, para atacarlo con todo mi ejèrcito, fuerte de doce mil hombres, no espero más que su llegada, para combinar el doble y simultáneo ataque y destruir hasta el último salvaje unitario de los que lo acompañan.

Con mis elementos de la ciudad, tengo de sobra para vencerlo y obligarlo á retirar, hecho pedazos.

Pero yo quiero más: quiero que no sobre uno solo.

Apure, pues, la marcha aunque mate las caballadas, para llegar cuanto ántes.

Siempre su affmo.

Juan Manuel Rosas.

Cuando Lavalle lea esta nota, pensaba Rosas, no hay duda que se retirará, porque creerá positivo cuanto contiene.

Y Lopez no se habia movido ni pensaba moverse de Santa-Fé sobre Buenos Aires.

Al dia siguiente cuando se presentó Torres, este se hizo dar su célebre caballo overo y le mandó le llevase los bastos de su recado.

Entre uno de ellos, el mismo Rosas cosió el oficio, diciendo á Torres:

—Así, aunque te agarraran, por una casualidad, ni el mismo diablo dá con el pliego.

Puedes decir lo que quieras, hasta que te has desertado, que todos creerán, pues no pueden imajinarse lo que llevas aquí adentro de los bastos.

—Yo digo que no me han de agarrar, respondió el paisano, y tan seguro lo tengo, que llevaria el papel en el tirador.

Pero en fin, para que usted quede bien tranquilo, lo llevaremos ahí escondido.

Hasta la vuelta entónces, patron.

—Mira, no te olvides que en negar la verdad está tu salvacion, si te agarran.

Al fin te pondrán en libertad y podrás volverte.

Mira que si descubren la verdad, puede llevarme el diablo, porque entonces Lavalle se animará y yo tengo pocas fuerzas.

—No hay que tener cuidado, ya sabe que para tomar el papel, tendrian que carnearme primero.

Como se vé, Rosas preparaba la muerte de este infeliz, con una crueldad bárbara.

Todas sus instrucciones eran tendentes á que fuera fusilado.

—Porque es claro, decia, si Lavalle intercepta de otra manera el oficio, puede oler la verdad y apresurar el ataque en vez de retirarse.

Esta es la razon por la que Rosas aseguraba á Baudrix que aquel ginete moriria, pero que iba á derrotar á Lavalle.

El mulato se presentó en el campamento unitario, pidiendo hablar con el general Lavalle.

—Qué se te ofrece? le preguntó uno de los gefes; de donde vienes?

—Soy un pasado de Palermo, que tengo que darle una noticia de primer órden.

Los gefes desconfiaban que aquel pudiera ser un asesino enviado por Rosas, y no querian dejarlo hablar con el general.

—Es lo mismo que me digas á mi lo que quieres.

—No puedo, insistió el mulato, ha de ser al mismo general.

—Y si te hago fusilar?

—Peor para ustedes porque mi noticia vale su salvacion.

Lavalle, para quien la significacion del miedo era completamente desconocida, mandó que llevaran el pasado á su presencia.

Y sus ayudantes introdujeron al mulato con las mayores precauciones.

—Quién eres tú? preguntó el general.

—Un pasado, señor.

Fuí condenado el año ultimo al servicio de las armas, por una pelea que tuve, y he aprovechado la bolada de estar usted aquí para desertarme, porque yo tambien soy unitario.

Pero no vengo solo, agregó el mulato guiñando el ojo picarescamente.

Traigo conmigo un contingente de mi flor.

—Qué vienen más soldados?

—No, señor, pero traigo una noticia que no sé cómo me ha cabido en el pecho.

—Habla entonces de una vez.

—El bandido Rosas, perdone usia la mala palabra, está haciendo una nota para mandarla con un chasque, cuya nota dice que es su perdicion de usted.

—Poder de Dios, y qué dice esa nota?

—Yo no lo sé, pero si sé que lo que dice es gordo.

—Y entónces cuál es tu noticia?

—Que la nota la van á mandar al general Lopez con un chasque de estas señas.

Y el mulato dió las de Torres.

Torres vá á salir mañana de Palermo, y vá á ser montado en un parejero overo del gobernador.

—Y todo esto no será mentira tuya?

—No, señor dijo el mulato palideciendo.

—Es que si eres espía te vamos á fusilar sobre tablas.

—No, señor, yo soy unitario, y para mayores señas, le aseguro que Torres trae la nota cosida entre los bastos.

El mismo gobernador la cosió por su mano esta noche.

—Bueno, dijo el general Lavalle.

—Tú puedes ser el pasado que dices, pero tambien puedes ser un espia.

Te vamos á tener preso hasta mañana; si aparece el chasque, quedas en libertad, y yo te recompensaré como se debe.

Si no, eres un espia y tienes que confesarlo ó te hago fusilar.

El mulato sintió entónces un miedo de todos los diablos.

Y si no venia el chasque?

Y si Rosas se olvidaba, ó no necesitaba ya enviarlo?

Seria fusilado sobre tablas.

—Pá los patos! pensó el mulato, antes que me peguen cuatro tiros canto la verdad. Asì puede que me salve.

El mulato fué conducido al cuerpo de guardia y en el acto dispuso el general que marchasen numerosas comisiones estendiéndose hácia el norte, para tomar aquel chasque, á quien tanta importancia daba el pasado.

El mulato fué interrogado nuevamente por los otros gefes que seguian creyéndolo un traidor ó un asesino, pero él siempre se mantenia exactamente en lo que habia dicho desde el principio.

Y como los gefes le pidieron datos sobre lo que sucedia adentro y las tropas con que el gobierno contaba, les decia que él, como unitario, les aconsejaba no se hiciesen ilusiones.

—El gobierno está muy fuerte, agregaba, y tiene muchos soldados de los buenos.

Pero en fin, esto no seria nada, porque tan buenos serian unos como otros.

Lo cosa es esa comunicacion que debe ser muy importante, porque cuando el mismo gobernador la cosía en el recado de Torres, decia:

—Veremos si con esta sacudida le quedan ganas de meterse nuevamente á redentor de pillos.

No le vamos á dejar ni aliento ni para correr!

Toda aquella noche y á la mañana siguiente, las comisiones andaban por todas partes, esperando el chasque.

Pero no se veia venir ningun ginete montado como el mulato decia.

—Me parece que no te escapas de cuatro tiros, dijo el oficial de guardia.

Ese tal chasque ha sido un pretesto para introducirte y nada mas.

Confiesa la partida, mulato viejo, que tal vez te salves así.

—Si todos los cuatro tiros que han de darme en mi vida son como esos, ya puedo acostarme á dormir.

Yo aseguro que el chasque viene, á no ser que los que esperan lo dejan ir.

—No tengas miedo por eso.

Si él sale de Palermo, yo te aseguro que lo tomamos.

—Pues entónces en vez de cuatro tiros, váyanme preparando cuatro azumbres de caña que bien los merezco.

—Eso se hará á su tiempo.

No tengas miedo que tu servicio ha de ser bien recompensado.

—Y què mas recompensa que estar con los mios, entre ustedes?

Pues esta es la mejor que me pueden dar.

Viva el general Lavalle! gritó como dominado por el entusiasmo.

Pero á pesar de todo esto, aunque las mitigó en algo, no por esto destruyó las sospechas que abrigaban los gefes.

Por fin, á eso de las cinco de la tarde se sintió en el campamento del general Lavalle, un movimiento estraño.

Los oficiales andaban en todas direcciones y los gefes conversaban entre sí alegremente...

Se preparaba acaso el ejército á entrar en la ciudad?

Aquel movimiento era producido por algo muy diverso.

Por un chasque, acababa de llegar la noticia de que el paisano del overo y señas de que dió cuenta el mulato habia caido prisionero de una de las partidas que lo esperaban.

—Ahora sí creo que te salvas, dijo al mulato, al pasar, el gefe que más habia desconfiado de él.

Ahi traen bien asegurado al hombre de la nota.

Veremos si has mentido ó si realmente eres un buen amigo de causa.

Efectivamente, Torres habia caido en una emboscada hábilmente tendida, á la altura de Belgrano.

El habia tomado todas las precauciones imaginables, saliendo por un lado en que no podia estar el enemigo.

Pero el infeliz no contaba con la delacion infame, y lo que más léjos estaba en su espiritu, era que lo hubieran estado esperando.

Así es que en el primer momento trató de negarlo todo y persuadió al oficial que era un paisano que iba en viage á las Conchas, donde vivia.

—Tú vienes de Palermo y vas al campamento santafesino, le dijo el oficial.

—Yo nunca he estado en Palermo, ni sé dónde es ese campamento, contestó con firmeza el paisano.

Registrado prolijamente por el oficial no se le halló nada que corroborára la sospecha.

El oficial no conocia el secreto de los bastos.

Este registro era lo que Torres esperaba para ser puesto en libertad.

Así es que cuando vió que en vez de dejarlo seguir su camino, se trataba de desarmarlo para conducirlo al cuartel general, se resistió con toda energía.

Y convencido de que apesar de todo el oficial estaba firmemente resuelto á desarmarlo, sacó su sable y se dispuso á pelear, tratando de acercarse á su caballo.

Pero si bravo era Torres, bravo eran tambien el oficial y los cincos soldados que lo habian detenido: así es que su resistencia heróica solo sirvió para agravar su causa.

Desarmado despues de recibir algunos golpes, fué conducido al cuartel general, donde se le interrogó nuevamente.

Torres persistió en lo que habia dicho al oficial, con tal aplomo, que á no saberse el secreto de los bastos, hubiera sido creido.

—Tú miéntes, le dijeron.

Tú vas de chasque llevando pliegos para el general Lopez.

Entrega esos pliegos y no trates de negar la verdad por más tiempo y podrás salvarte.

—Yo no soy chasque, ni llevo pliegos ningunos.

—Mira que todo es inútil pues hasta sabemos dónde llevas los pliegos.

Pues saben ustedes mas que yo.

Si es que quieren *limpiarme* de puro vicio, límpienme de una vez, pero no me amuelen más con los tales pliegos y el cuento del chasque.

Registrado nuevamente no se le halló nada.

—A ver, gritó entónces el jefe que lo interrogaba traigan los bastos del recado de este hombre!

Al oir esto, Torres palideció visiblemente, pero no dijo una palabra.

Los bastos fueron descosidos en su presencia; y sacado de allí el oficio que tanto habia defendido.

Para el fiel paisano, era indudable que allí habia habido una traicion, puesto que los bastos fueron pedidos á cosa hecha.

Pero por mas que pensaba no podia darse cuenta de dónde esta partia.

Solo él y Rosas conocian el secreto, y era claro para él que á Rosas no le convenia hacerlo tomar.

—¿Qué dices ahora? le preguntó el jefe, entregando el oficio al general Lavalle.

Persistirás todavia en negar?

—Y cómo no?

Lo que yo he dicho es la verdad.

—Y cómo esplicas entónces esta nota entre tu recado?

—Muy fácilmente.

Yo no quise decir la verdad, porque á

nadie le gusta meterse en cosas feas.

Pero como ahora es preciso decirla allá vá.

Yo me iba para las Conchas, de donde vine ayer, á cobrar un dinero que me deben.

Al pasar por la pulperia de la barranca del Retiro, ví este overo que me pareció de aguante y bastante buen pingo.

Entónces me hice el zonzo, me dejé caer de mi sotreta aplastado y me le enhorqueté al overo, para hacer más pronto la jornada.

Nadie es adivino, por Cristo! si yo hubiera sabido lo que trae el overo, á buen seguro que no lo habria codiciado.

—No está malo el cuento, pero él no te salva.

Qué sucedia en Palermo cuando saliste?

—Pero si yo nunca he estado en Palermo!

—Qué fuerzas tiene allí el gobierno?

—Nada sé, yo he dicho todo lo que puedo, replicó resueltamente el bravo y leal paisano.

El mulato fué mandado buscar para carearlo con Torres.

Cuando el paisano hubo reconocido al mulato se esplicó recien lo que pasaba.

No podia ser otro el autor de la denuncia.

– Quién es este hombre? lo conoces? preguntaron á aquel en cuanto entró.

—Y cómo no he de conocerlo?

Es el amigo Torres, asistente del gobernador.

—Qué dices ahora? persistes en negar?

—Yo nunca he visto á semejante mulato! esclamó Torres con un desprecio magnífico, mirando de arriba abajo á aquel miserable.

El puede decir todo lo que quiera, yo nunca he estado en Palermo.

—No embrome, paisano, y cante claro, dijo el mulato, porque todo lo saben ya y es al cohete andar negando.

Torres volvió á mirarlo con un desprecio terrible y no le hizo el honor de contestarle una palabra.

—Y es este el mismo hombre que debia llevar la nota?

—El mismo, si señor, que de puro tonto lo está negando.

Es el asistente de confianza del gobernador y el mismo á quien mandan de chasque.

—Persistes todavia en negar y en no responder á lo que se te pregunta?

—Y por qué he de mentir?

Ya he dicho toda la verdad, ahora si no me creen, poco me importa.

—Mira que tu negativa te puede costar cara.

Mira que te vamos á fusilar!

—Y acaso la vida el para siempre? respondió aquel hombre noble.

Más tarde, más temprano, todos hemos de morir, sin saber de qué.

Yo no tengo el cuero para negocio, asi es que poco cuidado se me dá.

Yo sabia ya que los salvages eran asesinos.

Torres fué sometido á un consejo de guerra y fusilado dos horas despues, sin haber confesado una palabra, ni querer decir cuáles eran los recursos de la ciudad.

Este fusilamiento mortificó mucho á Lavalle, que desde la muerte de Dorrego habia cobrado horror á las sentencias de muerte.

Pero era preciso conformarse con la aplicacion de la ley militar.

La nota tomada á Torres fué leida en consejo de gefes, y puesta á votacion la actitud que debia asumir el ejército libertador.

Es imposible resistir con estas fuerzas mal armadas y poco organizazadas, dijo Lavalle, á un doble ataque de fuerzas numerosas y en combinacion.

Parece indudable que la ciudad está

fuerte y su entrada costaria mucha sangre.

Pero esto poco importaria teniendo tantas probabilidades á favor nuestro.

Pero este ataque que puede traernos de un momento á otro, un fuerte ejército con el que no se contaba, hace insostenible nuestra posicion.

Quedaríamos entre dos fuegos y sin tener retirada posible.

Esta comunicacion ha sido interceptada, pero lo lógico es que Rosas la haya repetido por dos, cuatro, ó mas chasques.

Sin embargo espero la opinion de todos.

Todos opinaron que la retirada era lo más prudente y que debia emprenderse sin pérdida de tiempo.

El general Lavalle, tal vez contra todo el torrente de su voluntad, acató lo deliberado por el consejo y dió las órdenes para levantar campamento y marchar inmediatamente.

Así, aquel ejército que hubiera entrado fácimente á la ciudad, llena de partidarios que lo esperaban para pronunciarse, emprendió su retirada, engañado por aquella nota tan bien calculada y de tan seguros resultados.

El mulato fué puesto en libertad aunque se observó sobre él una vigilancia que no le permitió regresar, por temor de correr la suerte de Torres.

Al conocerse en la ciudad la retirada de Lavallo, retirada que nadie podia esplicarse, la desesperacion de los unitarios fué cruel.

Quién se animaria á intentar nada contra la tiranía, sin apoyo de ninguna clase?

Es que el mismo terror que pesaba sobre los unitarios, perdia á Lavalle.

Si dos ó tres hombres de la ciudad se hubieran ido al campamento del general, y lo hubieran impuesto de la verpadera situacion de Rosas.

Si le hubieran mostrado los elementos con que él mismo podia contar una vez en la ciudad, otro habria sido el resultado.

El general Lavalle, en vez de retirarse, hubiese atacado, y la caída de la tirania se hubiera anticipado doce años.

El aspecto de Buenos Aires, cuando se supo aquella fatal nueva, fué conmovedor.

Las familias que tenian preparadas las coronas y banderas celestes con que habian de recibir al libertador, se escondian en sus casas aterradas, temiendo las iniquidades que á aquella fatal retirada se sucederian.

La mazorca recorria las calles lanzando los mas terribles gritos de esterminio y muerte.

Entraban á todas aquellas casas donde vivian ó suponian vivir unitarios y cometian todo género de escesos y violencias.

Las damas mas distinguidas eran azotadas por aquella canalla que no encontrando esto bastante les cortaba los cabellos y les pegaba con brea el terrible moño colorado.

Los hombres eran degollados en plena calle, con menos formalidad que la que se emplea en los mataderos para degollar una res.

Y aquellos escesos y crìmenes, no solo eran tolerados por la autoridad policial, que sabia eran motivados por órdenes del Gobierno, sino alentados con su silencio y su indiferencia.

A las ocho ó diez de la noche, salia la mazorca de la orgia de vino en que habia pasado la tarde y se entregaba á la orgia de sangre unitaria.

Esto es inaudito, parece la invencion de un loco, ó exajeraciones brutales para hacer efecto.

Y sin embargo nada mas exacto que lo que vamos narrando.

Todavia hay muchas personas vivas,

que pueden corroborar nuestras palabras, y decir si exageramos.

Ahí están don Marcelino Martinez, Don Josè Gregorio Botet, el noble doctor Esteves Sagui, los hermanos Mones Ruiz, los Varangot, don Mariano Billinghurst y tantos otros que pasaron en Buenos Aires aquella terrible época, por no haber podido emigrar.

Ellos son testimonios vivos, de esta narracion, á quienes su puede referir el que dude de la exactitud de estos hechos.

A la una ó dos de la mañana, el que capitaneaba el grupo mas importante de mazorqueros quemaba tres cohetes voladores.

Esta señal, repetida por los demás grupos, era para que la policia enviara sus carros á recoger los cadáveres.

Y era entónces cuando á la madrugada y aun á la siesta los carreros conducian al *carnero* las cabezas que se habian cortado durante la noche, bajo el grito terrible de: duraznos blancos y amarillos!

Era entónces cuando el bandido Moreira recorria las calles en su brioso caballo, á cuya cola iba *compadreando* la cabeza de algun unitario, cortada por su propia mano.

Y esto mismo, que parece el colmo de toda exageracion, es pàlido al lado de otros horrores que hemos de narrar en seguida.

Muchas de las personas que acompañaron à Lavalle hasta Barracas y que no pudieron seguirlo, fueron victimas de su patriotismo.

Ellos, entre los que habia muchas autoridades de campaña, creian no ser descubiertos ó poder disculparse, pero pronto pagaron su error.

EL PUÑAL COMO LEY

FUÉ el distinguido jóven Viamont hijo del general Viamont, una de las primeras víctimas en quienes se cebó el puñal de la mazorca, erijido en ley suprema.

Este jóven, patriota entusiasta, al pasar Lavalle por su estancia, le mandó todos los caballos que tenia disponibles y algunas reses para su heróica tropa.

Más tarde el mismo Viamont se incorporó á Lavalle y lo acompañó hasta el punto de su retirada.

Cuando Lavalle se fué, Viamont regresó á su estancia, como otros muchos, creyendo que nadie sabia la proteccion que le habia prestado y su estadìa en Barracas.

Pero no faltó un miserable que con el solo objeto de quedar bien, y tal vez de tapar igual delito, vendió el secreto de Viamont, exajerando las cosas, como era natural.

De todos modos aquella delacion, exajerada ó no, habia de costar la cabeza al distinguido jóven.

Inmediatamente de tener Rosas conocimiento de la delacion, dió las órdenes necesarias para que aquel fuera preso en su estancia y conducido á la ciudad.

El peligo era inminente.

Pero asi como no faltó un miserable que lo delatara, no faltó tampoco un alma noble que le diera aviso de que se ocultara.

Còmo hacerlo en la estancia, y en el campo mismo, rodeado de espías por todas partes?

Era preciso ponerse en salvo y sin perder tiempo, pues de un momento á otro podia llegar la partida que debia prenderlo.

Jóven y bravo, cuidándose poco del



Duraznos blancos y amarillos

peligro personal, Viamont decidió venir á la ciudad.

Aquí tenia más facilidad para ocultarse, para intentar una fuga á Montevideo, y aun mas recursos de empeños, por la posicion de su familia.

Viamont tomó entónces los pocos caballos que le habian quedado, y acompañado de un peon de toda su confianza se puso en viaje al oscurecer.

A la madrugada llegaba á Quilmes, donde entre otras relaciones contaba con la amistad del Juez de Paz, don Paulino Barreyro.

Era este hombre una autoridad escepcional en aquellos tiempos luctuosos.

Obligado á permanecer en Buenos Aires, por su inmensa familia y algunos intereses, Barreyro consentia en pasar por federal, al estremo de ser nombrado Juez de Paz.

Muchas veces hubiera podido emigrar, junto con otros cuyo embarque habia protejido, pero el cariño á la familia lo detuvo siempre.

Si él emigraba, sus bienes serian declarados de salvaje unitario, como habia sucedido con los otros, embargados y vendidos en remate.

Que perspectiva quedaba entónces á su familia?

El hambre y la muerte, porque en aquel año, ni los mismos parientes se atrevian á socorrer á las familias unitarias cuyos bienes se embargaban.

Ante este pensamiento y no pudiendo llevar la familia consigo, Barreiro habia resuelto quedarse, pasando por federal y á cubierto de la autoridad que investía.

Hombre honrado y de nobles sentimientos, léjos de hacer mal, habia tratado de ayudar siempre, por todos los medios á su alcance, al que lo necesitaba, sin averiguar nunca á qué partido pertenecia.

Y cuando algun unitario habia legado ocultamente á su casa á implorar su ayuda, lo habia ocultado y ayudado á embarcarse en primera oportunidad.

Asì se habia hecho amar de estos, y estimar de los otros que lo creian un federal de primer órden.

Viamont conocia á Barreiro de muchos años atrás, eran amigos, y fué á su casa donde llegó á salvar de su primer apuro.

El Juez de Paz de Quilmes, como todos los de la campaña, tenian órden de echar el guante al jóven, si llegaba á su partido.

Como no se podia transitar sin pase seria fácil tomarlo, pues todo el que andaba sin aquel requisito era detenido por la autoridad como sospechoso, hasta tanto probara ser buen federal.

Barreiro se vió en un compromiso de todos los diablos.

Viamont estaba perseguido y era conocidísimo por aquellos parajes.

Amparándolo él, si esto llegaba á saberse, no solo se comprometia sinó lo que era mucho peor, comprometia á su familia.

Viamont mismo vino á sacarlo de situacion tan apurada.

—No voy á quedarme aquí, amigo, le dijo, porque mayores recursos tengo en la ciudad, entre la familia.

Lo que hay es, que para ir allí, necesito pase con qué salvarme en caso de ser detenido.

—Pero un pase te delatará al momento.

—No, un pase á nombre ageno.

En caso de ser descubierto, esto no lo compromete en nada, pues de usted no desconfia nadie y yo mismo diria que lo quité al dueño, ó que lo robé para venir á la ciudad.

Como donde me buscan es en la Estancia ó sus inmediaciones, tengo la esperanza de que podré pasar sin inspirar desconfianza.

Barreyro demostró al jóven el peli-

gro que ambos corrian, Viamont empeñándose en ir á la ciudad y él facilitándole el pase pedido.

Pero como el jóven insistiera, Barreyro le dió el pase, recomendándole la mayor reserva.

El juzgado de Paz estaba situado en la misma casa de la familia, así es que no hubo necesidad de salir de allí para nada.

En momentos que Barreiro entregaba el pase á Viamont entró al Juzgado, por asuntos de servicio, el alcalde M. G. Lopez, quien sorprendió el ademan.

Lopez no solo era amigo de Barreyro, sino que le debia servicios de consideracion, así es que lèjos de abrigar la menor desconfianza, el Juez de Paz ni siquiera se inquietó por la llegada del alcalde.

Este además, por la indiferencia con que miró al jóven, parecia no conocerlo ni sospechar de lo que se trataba.

—Si estorbo, dijo, volveré mas tarde: no corre prisa mi asunto.

—Que esperanza, amigo! ya sabe que usted siempre es bien venido.

Diga no mas lo que necesita.

El alcalde hizo la consulta que allí lo llevaba y se retiró en seguida, despues de saludar comedidamente al jóven.

—Caramba! dijo este cuando quedaron solos.

Si habrá olido este de lo que tratamos.

—No lo creo, y aunque así sea, poco importa, repuso Barreyro.

Es un hombre de toda mi confianza y además me es deudor de muchos servicios.

Entre tanto el alcalde, no solo habia sorprendido el negocio del pase, sinó que habia conocido á Viamont.

Sabia, como toda autoridad, que habia órden de prenderlo, y concibió en el acto la idea de quedar bien con el Gobierno entregándole el unitario que con tanto interés se buscaba y librarse de Barreyro á quien detestaba por lo mismo que le debia servicios y á quien creia poder reemplazar en el Juzgado de Paz.

Así es que, sin perder tiempo, se fué á su casa, mudó caballo y se dirijió á la ciudad á hacer cuanto antes su delacion infame.

Viamont habia quedado en casa de Barreyro, con la idea de tomar un bocado y descansar un momento.

Barreyro le aconsejó que se embarcara esa misma noche, que él podia proporcionarle un bote.

Pero el jóven no aceptó.

En la ciudad puedo esconderme mientras preparo mi fuga, repuso.

No quiero irme sin dar un abrazo á la familia que estará agitadísima.

Así que hubo descansado un poco y comido algo, se despidió de aquel hombre noble y montando en su mejor caballo se vino á la ciudad tranquilamente, para no despertar la menor sospecha.

Pero á pesar de su actitud tranquila y reposada, antes de salir de Quilmes habia tenido que hacer uso de su pase, por lo menos tres veces.

Su aspecto indudable de llegar recien de afuera, lo hacia sospechoso, á causa de las órdenes que se habian impartido.

El alcalde Lopez, entretanto, se habia venido á Palermo á todo lo que le daba el caballo, solicitando hablar con el Gobernador.

Pero este era entónces muy económico de su persona y á los que iban á buscarlo los hacia hablar primero con su educan de servicio.

Lopez tuvo que hacer su miserable delacion, como Martinez Fontes, al coronel Corvalan, encargado de transmitirla.

—El traidor salvaje unitario Viamont, dijo, está oculto en casa del Juez de Paz de Quilmes, Paulino Barreyro, que es un unitario espia que las echa de federal.

Supongo que vá á venirse á la ciudad, porque Barreyro le ha dado un pase, á sabiendas de que con ello contraria órdenes terminantes del Supremo Restaurador.

—Y cómo sabe usted todo eso? preguntó Corvalan, dejando ver todo el desprecio que el delator le inspiraba.

Mire que su denuncia es muy grave

Barreyro es considerado como uno de los federales mas decididos y el Gobernador castigaria severamente al autor de cualquier calumnia en su contra.

—No tengo que temer ningun castigo, porque sé que estoy prestando un gran servicio á la causa de la federacion.

Lo que he dicho me consta, porque he visto á Viamont en el mismo despacho del Juzgado y á Barreyro entregarle un pase, haciéndole mil recomendaciones.

Corvalan estuvo tentado de hacer con aquel miserable una herejía.

Pero tuvo miedo á las malas consecuencias que esto podia traerle.

Si el Gobernador llegaba á saber que él habia ocultado una denuncia, podia hacer su testamento.

Mas arriba que él estaba colocado el doctor Maza, y ya se sabia lo que le habia pasado, por una simple sospecha.

Así es que el coronel Corvalan no se atrevió á cumplir su deseo y trasmitió á Rosas la delacion del alcalde Lopez.

—Ah! bandidos! dijo el tirano.

No pasa dia sin que se descubra un nuevo traidor.

Tentado estoy de quemar vivo á uno de ellos, á ver si los demás escarmientan en pellejo ajeno.

Hágame buscar en el acto al coronel Cuitiño y que se me presente en seguida.

A ese otro traidor dígale que está bien, que el Gobierno estima el servicio prestado y que puede retirarse.

Que vijile prolijamente todo lo que pase en el Juzgado y que venga mañana á dar exacta cuenta.

Agregue quinientos pesos, porque es preciso estimular estas traiciones, como es preciso castigar las otras.

Corvalan entregó á aquel canalla los quinientos pesos que recibió sin inmutarse y le trasmitió las órdenes del Gobierno.

—No hay cuidado, repuso Lopez, que se creyó ya Juez de Paz de Quilmes.

Puede asegurar á S. E. que no se moverá una paja en casa de Barreyro, sin que él tenga inmediatamente conocimiento.

Y el traidor se retiró acariciando sus quinientos granaderos y la esperanza de reemplazar á su víctima en el Juzgado.

Una hora y media despues, llegaba el coronel y el comisario de Policia Cuitiño.

—Es inútil buscar al traidor salvaje unitario Viamont, dijo el gran bandido

En estos momentos está en Quilmes, pero viene en viaje á la ciudad.

Seria bueno despachar en aquella direccion gente viva y que lo conozca, para prenderlo.

Los traidores deben morir, porque no hay crímen más miserable que el de la traicion.

—Iré yo mismo, replicó el asesino.

Conozco al vil sabandija de que se trata, y conozco tambien aquellos lugares, siéndome así muy fácil tomar todos los pasos.

Y Cuitiño dió media vuelta dispuesto á asesinar á Viamont, porque aquellas palabras sobre los traidores no querian decir para él otra cosa que la muerte del jóven.

Rosas no le daba sus órdenes de matanza sinó en una forma parecida.

— Un momento, gritó Rosas.

El pillo ese debe llevar un pase firmado por el Juez de Paz de Quilmes, Paulino Barreyro.

Despues de arreglar á Viamont, es

preciso trasladarse á Quilmes, y pedir al mencionado Barreyro reconozca la firma del pase.

Si la reconoce, seria saludable fusilarlo en el acto, pero allá veremos lo que ha de hacerse.

Es preciso concluir de una vez con todos los traidores y sospechados unitarios lavallistas.

De otra manera no hacemos sino alimentar los reptiles que han de comerme el corazon.

Cuitiño se retiró á cumplir aquellas dos órdenes de asesinato, porque no era otra cosa.

En su comisaria tomó la gente necesaria y acompañado del feroz Gaetan, se dirijió á Barracas, organizando su caceria y aleccionando sus perros.

Y llegaron al puente, sin haber hallado en el camino à la víctima que buscaban.

Allí se emboscaron para esperar que esta se presentara.

Pero pasó un buen par de horas sin que pasára por el puente persona alguna.

—Caramba! esclamaba Cuitiño de cuando en cuando.

Tengo miedo que hayamos llegado tarde y que nuestra espera sea infructuosa.

Tal vez el cuento haya tardado en llegar y mientras yo recibia las órdenes, el galgo esté bajo buena guarida.

—No lo crea, respondió Gaetan.

Es que fiado en la seguridad del pase, el hombre no se ha de haber dado ninguna prisa.

Ya verá cómo no tarda en llegar, si es que no se le ocurre esperar hasta mañana.

Ya los temores de Cuitiño empezaban á hacerse sérios, cuando vieron venir un ginete para quien parecia no existir el menor peligro, vista su tranquilidad.

—Pues si es él no se escapa! esclamó alegremente el asesino.

Atentos muchachos á la primera señal.

Cuando el jóven estuvo á diez ó quince varas del puente y juzgó imposible su fuga, Cuitiño mandó á su gente salir de la emboscada y atajar al ginete.

Viamont, que era él en efecto, ni siquiera se inmutó al ver sobre sí el grupo.

Habia hecho uso del pase tantas veces, con felicidad, que le pareció que saldria lo mismo de aquel apuro.

—Sin duda esperan á otro, pensó, y se van á dar un chasco soberano.

Así es que en cuanto le intimaron hiciera alto, detuvo su caballo y esperó tranquilo la interrogacion.

Fué entónces que se le acercó Cuitiño, preguntándole de dónde venia, quién era y á donde iba.

—Soy Pablo Moreno, repuso el jóven, vengo de Quilmes y paso á la ciudad por unos dias.

—Y su pase dónde está?

—Aquí lo tengo.

—Muestre entónces.

—El jóven sacó el pase que le diera su amigo Barreyro, y lo mostró, como lo habia hecho otras veces.

Cuitiño lo examinó ligeramente y se lo echó al bolsillo.

—Y por qué me quita mi pase?

—Vuélvamelo porque sinó no podrè pasar á la ciudad.

—Con el pase me quedo yo, por la sencilla razon que no le pertenece.

—Cómo que no me pertenece?

Porqué razon me salen ahora con esa simpleza?

—Porque un pase de Moreno, sea quien sea, no puede servir para ningun Viamont.

Viamont palideció al sentirse descubierto.

Quiso huir, pero no pudo, pues estaba rodeado de bandidos.

—Quiso defenderse entónces, pero todos lo rodearon al momento, desarmándolo merced á un buen palo en la

cabeza que lo volteó del caballo privado de sentido.

—A concluir con él, dijo Cuitiño sin la menor consideracion, que aun nos falta el mejor.

Los bandidos se echaron entónces al suelo cuchillo en mano.

En aquel mismo momento el desgraciado Viamont recobraba el sentido y sabiendo ya lo que iba à sucederle, sacó sus pistolas y se preparó á vender cara la vida.

De poco le sirvió su heróica resolucion.

Aturdido todavia con el golpe recibido en la cabeza, aunque disparó las pistolas casi sobre el pecho de los asesinos, no logró causarles mal alguno.

Estos lo acometieron, y en el momento quelevantaba las dos pistolas para defenderse con el golpe de sus culatas, recibió dos puñaladas terribles, á las que se siguieron tres mas.

Viamont cayó bañado en sangre, pero todavia amenazador.

Los asesinos empezaron entónces á lanzar sus epígramas mas nauseabundos, preparándose á degollarlo ántes que muriese, para nò perder el espectáculo de su desesperacion.

—Aquí hay un mellado! gritó uno.

Y una de esas cuchillas preparadas como sierras para cantar la refalosa, fuè pasada á los asesinos que tenian al jóven asido ya de los cabellos.

Este cerró los ojos ya empañados por la muerte, y esperó resignado el momento supremo.

Y aquel acto brutal y estúpido, fué consumado entre un coro de risas y obcenidades, sin arrancar á la víctima un solo quejido.

Separada la cabeza del tronco, fué atada á los tientos de uno de ellos y siguieron viaje á Quilmes, por supuesto, despues de haber robado cuanto tenia aquel cuerpo tan bestialmente mutilado.

Cuando llegaron á Quilmes era aún demasiado temprano y Barreyro hallaba en el juzgado.

—No importa, dijo Cuitiño al s que se hallaba en la puerta.

Ahí no mas en el despacho esperaremos, porque es preciso que nos acompañe á prender unos salvajes que se han refugiado en este partido.

Miéntras el soldado abria la puerta, Cuitiño mandó rodear la cuadra para asegurarse contra una evasion.

En aquel momento pasó por el juzgado un hombre que los saludó con la mano cariñosamente.

Era el miserable alcalde Lopez que espiaba las consecuencias de su delacion.

Habia visto la lívida cabeza del jóven Viamont á los tientos de uno de los recados y no le cabia duda que igual suerte esperaba á su amigo Barreyro.

Y apuró el galope de su caballo en direccion á la alcaldia, pues era indudable para él que muy pronto lo irian á buscar para que quedase al frente del Juzgado. El soldado, apenas entraron Cuitiño y Gaetan, seguido de dos soldados, fué á prevenir al Juez lo que sucedia.

El desgraciado Barreyro ni siquiera sospechó de lo que se trataba.

Se vistió apresuradamente pensando quiénes serian las víctimas de que se trataba, y vino al despacho.

Cuando vió que los visitantes eran Cuitiño y Gaetan, á quienes conocia, no le cupo duda que se trataba de algun gran crímen.

Si este hubiera sido insignificante como el degüello de alguna persona poco conocida, se habrian contentado con pasarle un oficio ordenàndolo, ó hubieran mandado un asesino de menor importancia.

¿Quiénes serian ó seria la víctima señalada á aquellos bandidos?

Barreyro entró sonriente al despacho, saludó con afabilidad á los dos bandi-

dos, y por cumplimiento no quiso sentarse al escritorio, casualidad que de algo vino á servirle.

—Deseo saber, dijo, en qué puedo ser útil á la gran causa de la federacion.

Cuando ustedes vienen á mi casa algo grave debe suceder.

—Algo hay, dijo Cuitiño, de alguna gravedad, pero que con su ayuda puede reducirse á una cosa muy sencilla.

—Pueden ustedes disponer de mí como lo estimen más conveniente.

Cuitiño se puso entónces de pié, fingiendo gran tranquilidad, sacó un papel del bolsillo y acercándose á Barreyro le dijo:

—El señor Gobernador sospecha que alguien ha falsificado su firma de usted, y para los fines naturales me encarga pida á usted declare si es esta ó no su firma.

Y desdobló ante los ojos de Barreyro aquel pase fatal.

—Es esta su firma? continuó.

Barreyro quedó helado ante aquella pregunta que envolvia una amenaza terrible.

Comprendió que la víctima que se buscaba era él mismo y tembló de una manera poderosa ante la mirada de tigre de Cuitiño, que repitió:

—Reconoce usted por suya esta firma?

—Sí, balbuceó el infeliz, la reconozco, pero este pase es el de un cumplido federal.

No bien habia concluido de decir esto, cuando en las manos de Gaetan brilló la larga y filosa daga.

El mismo miedo dió alas á Barreiro, que de un brinco estuvo en el zaguan y echó á correr hácia su aposento, donde se encerró trancando la puerta.

Allí estaba su esposa, Rosa Leyva, y su hija menor Dolores, interesante jóven que tenia por él un cariño entrañable.

Grande fué el espanto de estas al ver encerrarse á Barreyro de aquella manera y notar la gran alteracion de sus facciones.

—¿Qué es eso, por Dios? qué te pasa?

—Qué sucede papá querido que vienes tan ajitado? preguntaron simultáneamente la madre y la hija.

—No es nada, no se alarmen, es que han entrado ladrones.

Y se dirigió á la mesa de luz buscando una pistola que sabia usar, sin acordarse que la tenia en el despacho.

—Por Dios, Barreyro! gritó la señora saltando de la cama.

La presencia de ladrones no basta para aterrarte así.

Qué peligro te amenaza?

Y la señora y la hermosa niña lloraban amargamente.

En aquel momento y como si hubieran querido satisfacerla, se sintió en la puerta un tumulto infernal, seguido de voces y gritos de muerte.

—Abrí salvaje! abrí la puerta, gritaban, ó la hacemos volar!

Mueran los salvajes Unitarios!

—Ya lo ves, balbuceó Barreyro sonriendo amargamente, la cosa no tiene remedio!

La proximidad del trance terrible habia devuelto á aquel hombre todo su aplomo.

—Allá voy! gritó á su vez, un momento, señores asesinos.

Pero aquella no era gente de esperar mucho á una víctima que podia escapársele, de un momento á otro.

—Abrí, salvaje, ó echamos la puerta abajo.

Y empezaron á golpearla de una manera desaforada.

—Hija mia, murmuró el desgraciado al oido de su esposa.

Es preciso que yo salga, aunque solo sea para que nuestra hija no me vea asesinar.

Y quiso dirijirse á la puerta.

—No quiero! no quiero! gritó la se-



PERMANECIÓ · ABRAZADA.

ñora, escóndete aquí, abajo de los colchones, y yo diré que te has ido.

—Papá! Papá querido! gritó Dolores, prendiéndose del padre—no te vayas que te váu á matar!

Escóndete como te dice mamita! yo te lo pido de rodillas!

La escena no podia ser más desgarradora.

Aquel hombre sufria de una manera terrible, pensando que podia ser degollado allí, en presencia de aquellos dos seres queridos, y luchaba por desprenderse de los cuatro brazos que lo sujetaban.

En aquel momento saltó la puerta hecha pedazos, y cuatro asesinos, guiados por el mismo Cuitiño, entraron al aposento, puñal en mano.

—Allá voy! no se acerquen! gritó Barreyro desesperadamente.

Lo único que pido es que no me maten aquí.

Pero la señora, con un valor asombroso saltaba al cuello de Cuitiño, mientras la niña, abrazada de su padre, pedia por todo y de un modo conmovedor que no lo matáran.

Pero qué ruego era capaz de ablandar las entrañas de aquellos malvados.

Por el contrario, aquella triple y honda desesperacion los hacia gozar inmensamente, al estremo de mover sus puñales como si estuvieran degollando.

Apurado Cuitiño por las uñas de la señora, que á todo trance queria clavárselas en el cuello, se vió obligado á darle de golpes con el cabo de su rebenque.

La pobre señora retrocedió por el dolor de los golpes, hasta que perdió pié y cayó bañada en sangre.

Tenia la cabeza rota en varias partes.

—Concluyamos de una vez! gritó Barreyro, tratando de deshacirse de su hija.

Mátenme pronto, que este espectáculo es superior á toda resistencia.

Pero su hija Dolores lo habia abrazado tan estrechamente, que era imposible librarse de aquel abrazo íntimo.

A una seña de Cuitiño los cuatro se acercaron y trataron de arrancarlo de los brazos de la jóven, pero tuvieron que renunciar á ello.

La jóven que creia que así salvaba al padre, lo defendia con un escarnizamiento creciente.

Era tal la presion nerviosa de sus brazos, que aún queriéndolo, tal vez no hubieran podido abrirlos.

Entónces uno de los asesinos pasó á la espalda de Barreyro, le echó la cabeza atrás tomándolo de los cabellos y con una facilidad que acusaba su larga práctica, le pasó el cuchillo por el cuello.

Tan afilada estaba la arma y tan vigorosa fué la herida, que la cabeza cayó hácia la espalda, donde quedó pendiente.

Y el asesino se retiró á contemplar su obra desde un punto de vista mejor, soltando una carcajada.

Un golpe de sangre tíbia cayó del cuello del padre, sobre la cabeza de la hija, bañándola por completo.

Esta, en el parasismo del horror, no atinaba á soltar el cuerpo á que estaba abrazada, que se estremecia de una manera poderosa bajo las convulsiones de la muerte.

La sangre que seguia saliendo del cuello de aquel cuerpo, la ahogaba y la enceguecia.

Y aquellos cinco bandidos contemplaban sonrientes aquel cuadro de horror infinito, mientras la señora, postrada por la pérdida de sangre, se arrastraba hácia el grupo que se movia sobre un gran charco de sangre.

El cuerpo de Barreyro, cadáver ya, buscó su centro de gravedad, y cayó pesadamente sobre el charco de sangre, arrastrando á la hija, prendida aún á él.

La jóven no lloraba ya, ni decia una palabra.

Tenia sus ojos desmesuradamente abiertos y movia los lábios agitadamente como si hablara.

Pero su garganta no producia mas ruido que un ronquido gutural intraducible.

Poco á poco fué entreabriendo los brazos hasta que aquel cadáver frio se escapó de ellos, y fué empujado por el pié, por los asesinos, que querian llevar su cabeza como testimonio de haber cumplido la órden.

—Qué tal mocita? preguntó Cuitiño á la jóven, mientras seis hombres se apoderaban de la cabeza de Barreyro.

Dolores se apartó penosamente el pelo que la sangre habia pegado sobre sus ojos, miró al asesino de una manera incoherente, diremos, y sonrió de una manera estúpida

Era de esperarse!

La escena que presenció tenia que haber turbado su razon, produciendo la locura ó la estupidéz.

La pobre señora se habia cubierto el semblante con ambas manos y gemia dolorosamente.

Con la cabeza sangrienta asida por los cabellos, los asesinos salieron del aposento, no sin haber sacado lo que habia en los bolsillos del cadáver, y apoderádose de algunas alhajas y objetos de valor que habia sobre los muebles.

La noticia habia corrido en un momento por todo Quilmes.

Así es que cuando los degolladores salieron al patio mostrando el terrible trofeo, fueron saludados á los gritos de ¡mueran los salvages unitarios!

Viva el Restaurador de las leyes!

Viva el coronel Cuitiño!

Y aquella no era toda gente federal!

Es que el terror se habia apoderado del pueblo, al estremo de que muchos unitarios iban á festejar y aplaudir frenéticamente los degüellos, para hacerse notar y garantir de este modo su cuello contra el puñal de la mazorca, que degollaba ya á las ocho de la mañana á la primer autoridad del pueblo, en el mismo juzgado, y entre los brazos de la familia.

Cuitiño salió á su vez, se apoderó de los papeles que habia en el juzgado y montó á caballo seguido de los asesinos.

A los tientos de estos, se veian las dos cabezas lívidas y ensangrentadas.

Contra todas las esperanzas del traidor miserable Lopez, Cuitiño se alejaba sin dejar persona alguna al frente del Juzgado.

La familia de Barreyro quedaba alli, rodeando el cadáver, sin recibir de nadie el menor socorro.

Quien se atreveria á tender la mano á personas que habian caido en semejante desgracia?

Hubiera sido esponerse á correr igual suerte.

Cada cual desconfiaba de la persona que tenia al lado, temiendo una delacion así es que los mismos amigos de la familia huian lo mas léjos que les era posible, por temor de que los vieran hasta en la manzana donde estaba la casa.

Los sirvientes de la casa se fueron á la calle y hasta los mismos parientes, devorando su desesperacion, no se atrevieron á ir en socorro de las dos mugeres.

Así pasó la mañana y gran parte de la tarde.

Algunas personas se habian detenido á dos ó tres cuadras de la casa, por si salian doña Rosa y Dolores, pero estas no daban señales de vida.

Por fin, á eso de las cuatro de la tarde llegó á Quilmes un comisario seguido de seis vigilantes que iba á embargar los bienes de Barreyro y á quedar en el Juzgado, mientras se nombraba el mazorquero que debia sustituir al degollado.

Como la casa donde estaba el Juzgado

era propiedad de Barreyro, fué esta lo primero que se embargó.

La esposa y la hija fueron arrojadas á la calle á puntapiés y rebencazos, sin siquiera permitirles que tomáran un pañuelo para taparse.

Y así, cubiertas de sangre y desgreñadas, se les ordenó salieran de Quilmes inmediatamente, bajo pena de ser azotadas en plena calle.

Y así emprendieron el camino de la ciudad, postradas por los golpes recibidos y hundidos los espíritus en el abismo de la más terrible desventura.

La señora, por el amor de su hija, pretendia sobreponerse á la situacion tremenda, é interrumpia su llanto nervioso ya, para acariciarla y darle algun consuelo.

La pobre niña marchaba á su lado como una idiota.

A todo sonreia con una estupidéz tremenda para la pobre madre y parecia agena á cuanto la rodeaba y sucedia.

Todas las personas huian al paso de aquellos desventurados, como al paso de leprosos.

Todos temian que detrás de ellas viniese algun espia, encargado de ver quienes las socorrian.

Y marchando sin descanso, como locas que han huido de un manicomio, insensibles á toda fatiga corporal, pasaron aquella noche terrible creyendo ver en cada bulto, en cada sombra del ánimo un hombre que los acomete rebenque en mano.

—Vamos pronto mamá, decia estùpidamente la niña de cuando en cuando. Vamos pronto, mira que si demoramos van á asesinar á papá.

Estas palabras penetraban en el corazon de la madre, como el frio de un cuchillo, pues por ellas veia que su pobre hija habia perdido la razon.

No es posible humanamente sufrir más de lo que sufrió en aquella noche, la viuda de Barreiro.

Habia momentos en que se le ocurria ponerse á gritar, muera Rosas! para que alguno la matara y dejar así de sufrir.

Pero el pensar la suerte que correria su hija si ella moria, ahogaba en su garganta el grito terrible, pronto à ser lanzado.

Su entrada á la ciudad, fué mas terrible que el viaje desde Quilmes y la salida de allí bajo el rebenque de la mazorca.

Su aspecto era una cosa indescriptible.

El polvo del camino se habia pegado sobre la sangre, cubriéndola de una capa indefinible.

Parecian dos borrachos que hubieran dormido la tranca en los resíduos de un matadero.

Y el pueblo federal, ávido de iniquidades, sospechando que eran unitarias castigadas, las seguia en grupos, llenándolas de improperios y apedreándolas hasta voltearlas sobre la vereda.

Y la pobre niña reia siempre, aùn bajo el golpe de piedra que le partia la frente, mientras la madre trataba de cubrirla con su cuerpo mutilado, para protejerla de nuevos golpes.

Y el populacho se aumentaba de una manera tremenda, aumentándose tambien las piedras y los dicterios.

Asì llegaron aquellas dos desventuradas, sin saber ellas mismas cómo podian sostenerse de pié, hasta la casa de doña Andrea Rosas, donde se dirijian.

Doña Andrea, alma buena y piadosa, habia sido siempre la protectora de Rosa Leyva, como de muchas otras desgraciadas.

Alma buena y piadosa, no temia las fúrias de su hermano, que habia llegado hasta calificar á su esposo de salvaje unitario.

Este era el único amparo que quedaba en el mundo á la pobre viuda.

Si doña Andrea se negaba ó no podia socorrerla, no le quedaba más que vivir en la calle, con su hija, bajo las pedradas de la cobarde chusma federal.

A la puerta de aquella casa que al fin pertenecia á la hermana del Restaurador, se detuvo la chusma que las seguia, no sin haberles arrojado las últimas piedras.

La pobre viuda se entró á la casa, como á la suya propia, pero allí le estaba reservado un nuevo trago de amargura.

Los sirvientes que habian acudido al tumulto no solo se negaban á dejarlas pasar adentro, sinó que querian echarlas á la calle nuevamente.

Cómo dejar entrar hasta donde estaba la señora, á aquel par de seres estraños, á quienes perseguia el populacho!

Felizmente á los gritos y escándalo, acudió doña Andrea, que estaba en casa, y que entreabrió una puerta preguntando lo que sucedia.

—Son estas dos locas que se han entrado y no quieren salir, respondió un negro atlético, sirviente de confianza.

—Doña Andrea! doña Andrea! gritó la pobre mujer.

Soy Rosa Leyva con mi hija Dolores! socórrame usted, por caridad, que ya no podemos más!

La noble señora se estremeció de espanto, al reconocer en la voz á aquella mujer, que hubiera mirado un año sin saber quien era.

Cómo conocerla bajo el lodo sangriento que la cubria, en aquel desórden horrible y bajo las heridas y golpes que se veian en todo su rostro!

Impresionada profundamete, toda trémula y llorosa, doña Andrea llegó apresuradamente hasta donde estaban las mujeres detenidas por los sirvientes y tomándolas de la mano las arrastró adentro preguntando:

—Pero por Dios, qué sucede? de dónde salen en este estado?

Dónde está Barreiro?

La viuda echó á llorar nuevamente.

El nombre de su esposo y el sonido de una voz amiga, habian logrado despertar nuevamente su sensibilidad.

—Lo han degollado! gritó la desgraciada, lo han degollado sobre nosotras mismas.

Y con acento desgarrador y sollozante, narró la historia que conocen ya nuestros lectores.

—Pero esto es inaudito! esclamó la noble dama.

Esto es espantoso! continuó secando el llanto que aquella narracion desesperante le habia hecho derramar.

La espresion de estupidez de Dolores, sobre todo, aquel dolor mudo y reconcentrado, era una de las cosas que mas la conmovian.

—Pero ante todo, es preciso lavarse y mudarse, esclamó.

Ustedes no pueden estar así un minuto más.

Y uniendo la accion á la palabra, las llevó á sus habitaciones donde limpió ella misma las heridas y las ayudó á lavarse y vestirse.

—Yo no puedo tenerme mas en pié dijo entonces Rosa, y esta pobrecita, que no se da cuenta de nada, no sé cómo puede mantenerse así.

—Pues á acostarse, dijo doña Andrea.

Y les preparó camas y les hizo dar un poco de alimento.

Un minuto despues de acostarse, la viuda de Barreiro caia bajo un sueño profundo, que le duró más de diez horas.

Pobre mujer! cuando se despertó, creyendo que salia de un sueño abrumador y se encontró con la realidad de su situacion, rompió á llorar nuevamente.

Su hija Dolores habia tomado inconcientemente el alimento que le dieron, pero no durmió ni un minuto.

Doña Andrea mandó llamar médicos que la pusieran en el acto bajo un réjimen curativo.

—Vamos á ver ahora lo que se puede hacer, esclamó doña Andrea ¿con qué cuenta usted?

—Con nada! todo lo han embargado! Aquí tenemos la casa de la calle de Córdoba pero lo embargarán tambien. Estamos en la calle.

—Pues trataremos de salvar aunque solo sea esa casa, pues siquiera así tendràn dónde vivir.

Yo voy á hacer las diligencias necesarias para ello, ahora mismo.

Doña Andrea se vistió y dejando á las dos desgraciadas rodeadas de cuanto podian necesitar, se fué no á casa de don Juan Manuel, como era lo más espeditivo, sino á casa de doña Agustina, postrada ya por la enfermedad que la llevó á la tumba.

Doña Andrea conocia demasiado á su hermano y sabia que una sùplica suya seria contestada con una sátira.

Doña Agustina escuchó horrorizada la narracion que le hacia su hija, esclamando:

—Ah! Juan Manuel! Juan Manuel! Estás maldito de Dios, criatura desgraciada.

Como todo empeño seria ineficaz, las dos mujeres convinieron en que doña Agustina haria pasar por suya la casa de la calle de Córdoba para salvarla del embargo, y que ambas socorrerian á las dos desventuradas, hasta que se hallase una oportunidad de ablandar á Juan Manuel.

Así escaparon al hambre y á una muerte horrible aquellas dos desventuradas, protejidas por el noble espíritu de doña Andrea.

ASESINATO DE VARANGOT

CORRIA el tremendo mes de Octubre, mes de sangrienta memoria, que los federales habian bautizado de mes de Rosas.

Esta adulonería era para conmemorar aquella entrada de los colorados de que ya hemos hablado, en Octubre del año 20, cuando la revolucion al general Rodriguez.

El bloqueo francés estaba entónces en lo mas récio, teniendo á su bordo los buques, segun se anunciaba, poderosas fuerzas de desembarque.

Algo se decia de que los franceses debian ayudar al general Lavalle con poderosos elementos de guerra, lo que habia enfurecido á Rosas de una manera terrible.

La mazorca fué lanzada entónces contra los ciudadanos franceses al grito de: ¡muera Luis Felipe el guarda chanchos! para aterrarlos de esta manera y evitar que tomaran parte en cualquier movimiento contra su gobierno

Las primeras víctimas fueron los hermanos Varangot y el señor Dupuy, cuyos cobardes asesinatos vamos á narrar con preciosos datos que poseemos.

Las calles estaban desiertas, no solo ya de noche sinó de dia.

El puñal de la mazorca era lo único que imperaba, al estremo de que los mismos federales poco conocidos, no se atrevian á salir por temor de ser asesinados.

Fué en este mes que se cometieron los crímenes más bestiales y repugnantes.

Martinez Eguilaz, quemado sobre una barrica de alquitran, el doctor Zorrilla, el señor Mones Ruiz, Nóbrega y tantos otros, son episodios trájicos y sangrientos que iremos narrando uno á uno,

para mostrar lo terrible de aquella dictadura cobarde y criminal.

El que se atrevia á salir á la calle, lo hacia merced á una necesidad imperiosa, y adoptando todo género de precauciones.

El que sentía pasos detrás de sí, no se atrevia á dar vuelta y apresuraba el paso, ganando el primer zaguan abierto si los pasos se aproximaban.

Y el que venia atrás retardaba su marcha, temiendo alcanzar al que venia delante, por temor de encontrarse con algun asesino.

Los edictos de policia eran obedecidos por el pueblo con una rapidez asombrosa, al estremo que, cuando se ordenó que las puertas de calle y frente de las casas fueran pintadas de colorado, la órden fué cumplida en una noche.

El que no habia hallado pintores salió él mismo á pintar su puerta y frente, y él que no encontró pintura, porque en el acto se agotó la que habia, la fabricó él mismo con polvo de ladrillo ó con lo que pudo.

Es que en la ciudad no habia más autoridad que la mazorca, que cometia cuanta infamia se le ocurria al más miserable de sus miembros.

Era gente que vivia en un perpétuo estado de ebriedad, y bajo el delirio del crìmen.

La policia, conociendo lo que pasaba en la ciudad, no se atrevia á tomar la menor medida, porque sabia que cuanto se hacia era ordenado por el mismo Rosas, desde Palermo.

Por la mañana enviaba sus carros á recoger los cadáveres, y daba así por terminada su mision.

Y llegaba á tal estremo el terror de inmiscuirse en aquellas cosas que tenian los empleados de policia, que cuando amanecia alguna ó algunas cabezas clavadas en las rejas de la pirámide, ninguno de ellos se atrevia á sacarlas.

Ellos mismos temblaban á la mazorca!

Los crímenes y degüellos que se cometian durante la noche eran tantos, que no era ya cosa estraña en las más centrales calles de la ciudad poder contar por la mañana diez ó veinte charcos de sangre.

Fué entónces que Rosas ordenó la matanza de perros, por los presos, para que se comprendieran los rastros de sangre, y atribuirlo todo á aquella operaciòn material.

Así la policia podia asegurar que aquellos charcos de sangre provenian de la matanza de perros.

La poblacion se recojía asì en las primeras horas de la noche, bajo los gritos de la mazorca, las voces que pedian un socorro que nunca habia de llegar, y las descargas en los cuarteles.

Y despertaba á la madrugada bajo la griteria espantosa de los presos, que andaban matando perros á lazo y garrote.

Y los carros de policia levantaban indistintamente, los cadáveres de los perros y de los salvajes unitarios degollados durante la noche.

Aun viven muchas de las personas que pasaron en Buenos Aires aquella època maldita.

A ellas puede recurrir el lector que dude de la veracidad de nuesta narracion.

No exageramos nada, porque no es necesario exagerar.

No hay exageracion posible en la narracion de aquellos crímenes brutales.

Vengamos pues al asesinato del señor Varangot, tema de este capítulo.

Cuando el ilustre Bernardino Rivadavia, el apóstol manso de los principios yderechos, presidia los destinos de la patria, vinieron á Buenos Aires, como tantos otros, dos distinguidisimos jóvenes franceses.

Los hermanos Juan Pedro y Cárlos Varangot.

Dueños de un fuerte capital, los hermanos Varangot venian á establecerse en el país, halagados por el porvenir que ofrecia, garantido por aquel gobierno puro y patriótico.

Estudiando las necesidades del país y las industrias que más se prestaban á una esplotacion brillante, pasaron algunos meses, hasta que se decidieron á plantear dos empresas industriales.

Esto, mientras adquirian algun establecimiento de campo, que era á lo que daban su preferencia.

Así Juan Pedro estableció una gran fábrica de sombreros, primera que hubo en el país, y Cárlos otra de naipes á la española, que eran los de general y gran consumo.

Deseando dar á ambos negocios el mayor incremento posible, mandaron buscar á Francia, no solo las máquinas necesarias, sinó los obreros y oficiales más inteligentes del ramo de cada fábri ca, pues aquí no los hubieran hallado.

En cambio dieron colocacion á una buena cantidad de hijos del país, como aprendices y como dependientes en las fábricas.

Las fábricas empezaron á producir beneficios de primer órden.

Atendidas con una dedicacion é inteligencia especial, los negocios marchaban desde un principio de una manera brillante.

Al poco tiempo de haber planteado las fábricas, los hermanos Varangot colmaron su ambicion, estableciendo en sociedad un establecimiento de campo en gran de escala.

Al efecto, y para poder dedicar sus capitales á la adquisicion de hacienda y planteo del establecimiento, tomaron campos de pastoreo en enfitéusis, cuyo cánon pagaban anualmente.

Gracias á una dedicacion estrema y á una actividad asombrosa, el establecimiento de campo empezó á prosperar como habian prosperado las fábricas, compensando desde el primer momento los sacrificios hechos.

Jóvenes de una educacion esmerada y con el carácter afable y franco de todo francés de esas condiciones, pronto se abrieron las puertas de nuestra primera sociedad, haciendo en ella numerosas relaciones, y aun amistades estrechas.

Las familias porteñas, con su sencillez encantadora de aquellos tiempos, los cautivaban, al estremo de no echar de menos la patria recien dejada.

Los dos hablaban el español con la misma correccion que el francés, lo que les facilitó enormemente su contacto con las familias mas distinguidas.

Su conducta era irreprochable y proverbial su modo de vivir, lo que concluyó de captarles las generales simpatias.

Así vivieron mucho tiempo, completamente felices, y satisfechos de haber dado su preferencia para residir, á la provincia de Buenos Aires.

Los negocios seguian dando resultados brillantes y prometiendo un porvenir de los mas hermosos.

Es que los hermanos no descansaban, atendiendo tan presto á las fábricas, como al establecimiento de campo.

Entónces la ambicion, que siempre anida en el corazon del hombre, los pinchó por otro lado.

Algo les faltaba, y este algo era una familia con quien compartir la felicidad que por todas partes les salia al encuentro.

—Pues construyámonos un hogar aquí, dijo un dia á Cárlos, su hermano.

Creo que este seria el colmo de nuestra felicidad y lo que endulzaria de una manera celeste esta existencia monótona que llevamos.

—Construyámos un hogar, repuso Cárlos.

Aquì hay bellezas en donde elejir, co-

razones buenos y honrados y espíritus gentiles hasta el idilio.

Has tenido una idea espléndida!

Yo notaba que á mí me faltaba algo para completar mi vida, pero no me daba cuenta de lo que podria ser.

Ahora caigo que es una esposa amante y una familia que se crie á la lumbre de nuestro espìritu.

Desde aquel dia se decidieron á elegir, entre las muchas familias que visitaban, la niña que habian de solicitar como eterna compañera.

La eleccion no era muy fácil, pues todas las niñas que trataban les parecian igualmente dignas de hacerlas sus compañeras.

Por fin, despues de muchas vacilaciones y consultas entre ellos mismos, empezaron á visitar con mas asiduidad, á las respetables familias de Agüero y Aranzo.

En ambas casas habian hallado la mujer que les parecia mas completa y mas digna de tomar por consorte.

Don Cárlos se habia enamorado apasionadamente de la hermosa señorita Francisca Aranzo y don Juan Pedro de la bella jóven Juana Agüero.

Renunciamos á narrar aquellos amores purísimos y discretos, en honor de la seriedad de los actores.

Pero decimos que ámbos hermanos se habian enamorado verdaderamente, con toda la pasion de su edad juvenil y corazon ardiente.

Poco tiempo despues, con satisfaccion de las familias á que se enlazaban y de toda la sociedad á que estaban relacionados, se unieron á las distinguidas niñas que dejamos nombradas.

Aquellos matrimonios fueron un idilio de amor, pues la base de aquellos hogares era un cariño sin límite y un mútuo respeto encantador.

Así, al amor de aquel cariño y bajo la sombra de aquel respeto, empezaron á crecer los séres queridos que debian constituir la familia.

Don Juan Pedro fué en esto menos afortunado que su hermano, pues la naturaleza, rebelde á sus deseos, no le daba sucesion.

En cambio don Cárlos aumentaba su familia rápidamente.

Aun viven sus hijos don Avelino, honorable empleado de la Aduana, doña Carlota, Dorila y Magdalena.

Así don Cárlos al lado de su familia, y don Juan Pedro al lado de su esposa, vivieron felices, hasta el año 40 que empezó Rosas á aplicar á los franceses su sistema de terror.

Los negocios de ambos habian seguido prosperando, hasta dar á sus dueños una hermosa fortuna.

Don Cárlos Varangot fué la primera víctima.

Apesar de que acataban todas las disposiciones del Gobierno y ni por broma se mezclaban en los acontecimientos políticos, empezaron á ser clasificados de salvajes unitarios y perseguidos como tales.

Habia un doble é inícuo objeto en la persecucion de los Varangot.

Rosas lo habia ordenado, porque eran dos personas las más espectables de la poblacion francesa y porque la clasificacion de salvajes unitarios fulminada contra ellos, debia producir el embargo de sus riquezas.

Y era este el aliciente que para perseguirlos tenia la mazorca, que sabia habia de sacar la mejor tajada.

Don Cárlos empezó á notar ciertos grupos sospechosos al rededor de su casa. No faltó quien le dijera que lo miraban como á unitario y trató entónces de demostrar que, en su calidad de estranjero, no se mezclaba en la política del país.

—Poco me es el tiempo, decia, para preocuparme de mis intereses y de mi familia.

Don Cárlos no tenia miedo por sí.

Se creia garantido con ser estranjero y jamás pensó que el miserable tirano, por esa misma razon, resolviera perseguirlo.

Pero el peligro que podia correr su familia lo aterraba al estremo de hacerle perder la cabeza.

Una noche que entraba á su casa, á la hora que tenia de costumbre, se encontró con uno de tantos grupos de foragidos, cuyo jefe le intimó órden de prision.

¿Quien se atrevia en aquel tiempo á resistirse á una órden semejante?

El hecho solo de no obedecer á la mazorca, porque mazorqueros eran, equivalia á hacerse degollar sin mas trámite.

—Tal vez sea por asustarme, pensó, ó por hacerme pagar una multa.

Si fuera para degollarme, lo habrian hecho aquí, no más, sin pérdida de tiempo y sin tomarse el trabajo de llevarme á otra parte.

Y como esta era la práctica, se afirmó más en su idea.

—Estoy pronto, dijo, pero agradeceria á ustedes me permitieran entrar á prevenir á mi familia para que no tenga cuidado por mi ausencia.

—No señor, respondió el que encabezaba el grupo, con federal insolencia.

Y marche pronto, antes que le hagamos marchar á la fuerza.

Y miéntras algunos enarbolaban los tradicionales nervios de toro, otros hacian relucir sus puñales.

—En marcha pues, contestó Varangot tranquilamente.

Esto no puede ser más que un error, porque yo no tengo nada que temer.

—Eso lo sabrás pronto, salvajon francés.

Me parece que de la caricia que te van á hacer en el pescuezo, no te salva ni cristo padre.

Y á los gritos de ¡mueran los franceses! ¡muera Luis Felipe el guarda chanchos! ¡mueran los salvajes unitarios! lo llevaron á golpes y estrujones á la Policia, siendo pasado de allí á la cárcel, donde lo alojaron en un calabozo despues de notificarle que si decia una palabra seria fusilado.

Recien comprendió Varangot que cuanto se le habia dicho era terriblemente cierto.

Pensó entónces que su familia quedaba sumida en la desesperacion y el abandono, y sintió que se le oprimia el corazon bajo el peso de aquella primera desventura que se cruzaba en su camino.

Su familia entretanto, estaba entregada á la desesperacion más tocante.

La señora á los gritos que habia sentido en la calle, salió á la puerta, guiada por un presentimiento fatal.

Y al sentír desde allí los gritos lejanos de ¡mueran los franceses! etc., no le cupo duda que á su marido le habia sucedido una desgracia.

Como una desesperada salió á la calle, llorando y llamando á su esposo.

—No siga adelante, señora, le dijo un vecino.

Al señor Varangot lo acaban de llevar preso por una equivocacion, sin duda, como él mismo lo ha dicho.

No se aflija que mañana lo han de poner en libertad.

Era tal el significado de la palabra prision, en aquel tiempo, que al oirla la señora se lanzó á la calle velozmente diciendo:

—¡Pues me voy á la Policía, yo no quiero que lo maten!

Entre muchos otros vecinos que habian salido tambien á la puerta, detuvieron á la noble dama, haciéndola notar el peligro que corria ella misma y el que hacia correr á su esposo con aquel paso imprudente.

—Esto los va á irritar contra ustedes,

y será causa de otras persecuciones.

Piense usted que ahora tiene que protejer á sus hijos, que no tendrán amparo miéntras dure la prision de Varangot.

Esta última reflexion obró de una manera poderosa en el espiritu de la señora, que regresó á su casa con el corazon oprimido por el dolor.

En el acto envió á llamar á don Juan Pedro, que se presentó lleno de agitacion y de zozobra.

Por el camino habia tenido conocimiento de la prision de su hermano, y por mas que pensaba, no podia atinar con las causas que la habian producido.

—Cárlos, que yo sepa, no se mezcla en la política, pensaba.

Este debe ser forzosamente un error sin consecuencia.

Pero cuando le dijeron que su hermano habia sido clasificado de salvaje, y le refirieron el diálogo que habia tenido lugar en la puerta de la calle, tembló por la vida de Cárlos.

—¡Sabe Dios! sabe Dios! pensó, si no ha hecho una calaverada tan grande, que me la ha ocultado á mí mismo, para quien no tiene secretos.

Y entró á consolar á su cuñada, que estaba entregada á la manifestacion del dolor mas íntimo.

Pero quién consuela á una mujer enamorada de su marido, cuando crée que este corre un peligro de muerte!

Vanas fueron todas las reflexiones de su cuñado.

No habia medio de consolarla, pretendiendo irse esa misma noche á la Policia, á hacerse entregar el preso.

—Es preciso que te calmes, dijo por fin don Juan Pedro, revistiéndose de una energia que estaba muy lejos de sentir, puesto que el mismo golpe lo habia él sentido en medio del corazon.

Yo voy ahora mismo á averiguar lo que sucede y vengo á traerte la contestacion.

Cierras la puerta y no abras á nadie. Qué será de tus hijos y de tí misma, si esa canalla vuelve y logra entrar en la casa!

La señora se calmó un poco ante esta promesa y se resolvió esperar, bien encerrada, la vuelta de su cuñado.

Este, sin reflexionar el peligro que él mismo corria, y sin oir los consejos de los amigos, se dirigió á la Policia.

Se trataba de la vida de un hermano y de un hermano á quien amaba con una idolatria insuperable.

El hecho solo de ir à preguntar por Varangot hizo que el empleado que lo recibió le pusiera una cara de todos los diablos.

Probablemente si hubiera sabido que era hermano del preso por quien preguntaba, lo deja preso á él mismo.

—¿Y qué le importa á usted de la prision de ese salvaje franchute, ó viene á empeñarse por él?

Comprediendo por aquella actitud lo peligroso que seria darse á conocer, don Juan Pedro replicó con toda naturalidad.

—De él no me importa nada, pero soy amigo de la familia y quisiera llevarle algun consuelo.

—Amigo de la mujer, ¿eh? preguntó aquel verdadero salvaje con una espresion brutal.

Pues ya puede consolarse porque me parece que muy pronto enviuda.

Don Juan Pedro saludó tratando de sonreir y salió rápidamente.

Sintió que el llanto lo ahogaba y temió que su emocion fuera á traicionarlo.

—Caramba si le dado buena noticia! pensó el empleado—ha salido como un cohete!

El pobre Varangot, en cuanto salió de la Policia, se puso á llorar como un niño.

¿Cómo podia él consolar á su cu-

ñada, cuando necesitaba consuelo él mismo?

Sin embargo, hizo un supremo esfuerzo de voluntad y regresó al seno de la desgraciada familia.

--No hay nada que temer, dijo á doña Francisca.

Cárlos está preso porque ha sido denunciado como salvaje unitario.

En cuanto se convenzan que esto no es cierto lo pondrán en libertad.

Pero habia tal acento de dolor en las palabras de Varangot, que en el primer momento no pudo engañar á su cuñada.

Mi esposo corre un peligro de muerte, dijo ésta resueltamente, y yo debo estar á su lado.

Me voy á la Policia ó á donde esté.

—Eso es una imprudencia que puede redundar en perjuicio tuyo y de tus hijos.

Ya sabes que hoy no se respeta nada: lo mismo se maltrata á un hombre que á una mujer.

Lo único que lograrias seria hacerte estropear ó poner presa tal vez, y entónces ¿qué seria de tus hijos?

Por otra parte Cárlos no corre peligro alguno por su calidad de estrangero.

De otra manera no estaria yo aqui tan tranquilo, sabes lo que lo quiero y que no le habria de abandonar en su desventura.

Estas dos últimas reflexiones pesaron sobre el ánimo de la señora, que prometió esperar hasta el siguiente dia.

—Eso si, dijo, si á la tarde Cárlos no está aquí, yo voy á su lado, porque allí está tambien mi puesto.

En todo caso llevaré nuestros hijos.

—Eso seria lo peor de todo, pues no hay necesidad de que los espongas á ellos tambien.

En fin, mañana veremos lo que sea más acertado hacer.

Y don Juan Pedro se retiró, porque necesitaba estar solo, para entregarse por completo á su dolor.

Tenia miedo, un miedo terrible por la suerte de su hermano, porque ignoraba la causa de su prision, y una prision en aquella época, era la muerte en la mayor parte de los casos.

¿Cómo podia figurarse que el simple hecho de ser ciudadanos franceses era causa bastante para que fuesen perseguidos á muerte?

En toda la noche no pudo conciliar el sueño.

Cada descarga que sentia en los cuarteles ó en la Policia, le parecia que era lo que ponia fin á los dias de su hermano.

Al dia siguiente salió á la calle á hacer sus averiguaciones, y se encontró con la novedad que la mazorca habia asaltado en la noche anterior, la casa de varios franceses.

Los franceses empezaban pues á ser puestos fuera de la ley y entregados al puñal de la mazorca.

De averiguacion en averiguacion, supo que su hermano habia sido pasado á la cárcel.

Todo Buenos Aires conocia ya la prision de don Cárlos Varangot aconsejando sus amigos á don Juan Pedro que se pusiera á salvo con tiempo, para no correr igual suerte.

¿Pero como se ausentaba del país abandonando á su hermanc en aquella situacion desesperante y cuando su huida podia ser muy bien causa de su muerte?

En aquella triste situacion de espíritu volvió á casa de su hermano.

Su cuñada estaba desesperada.

En las primeras horas de la mañana habia mandado buscar varios amigos que alguna influencia podian tener, pero ninguno habia acudido al llamado.

Quién se atrevia á poner los piès en una casa de familia, cuyo jefe habia sid

arrestado por la autoridad, clasificado de salvaje unitario?

Hubiera sido atraer sobre sí las denuncias más odiosas y las persecuciones màs sangrientas.

En cuanto vió venir á su cuñado, le dijo:

—Yo me voy, yo me voy á salir de angustias, y suceda lo que Dios quiera.

No puedo ya dejar de correr al lado de mi esposo, cuando tal vez me esté reprochando el martirio de morir sin verme por última vez.

Don Juan Pedro logró detener momentáneamente á la señora con algunas reflexiones, pero ésta salió al fin á la calle, pidiéndole cuidara miéntras á sus hijitos.

Don Juan Pedro le aconsejó que fuese prudente hasta la exageracion, y quedó á reparar á la pequeña familia, esperando que su cuñada lograria lo que él no logró:

Ver al desgraciado Cárlos.

Este habia pasado una noche terrible, pues á sufrimientos morales se habian unido toda clase de brutalidades.

Tratándolo con los calificativos más groseros y bestiales, fué conducido á la cárcel á golpes y amenazas de muerte.

—Pero ¿por que me tratan así? preguntó pudiendo apenas contener la indignacion que lo sofocaba.

¿Cuál es el delito de que se me acusa?

—Cállate, francés salvajon, que te dirán en el pescuezo de lo que se trata!

Y le golpeaban con el cabo de los puñales ó le daban de bofetones.

Varangot quiso terminar de una vez aquella escena repugnante, y se dispuso á volver golpe por golpe, para provocar una muerte rápida que pusiera término á aquella situacion angustiosa, pero el recuerdo de sus hijos y de su amante esposa lo contuvo.

Pensó en la cadena de sufrimientos que podia pesar sobre aquellos séres queridos y se resignó á sufrirlo todo, pensando en que seria puesto en libertad despues de aquellos vejámenes, pues en realidad no encontraba una sola razon que justificára aquel proceder violento.

Una vez en el calabozo que debia ocupar, lo golpearon de nuevo, notificándole que si queria dormir ahí tenia el suelo, y que si tenia hambre esperára al siguiente dia.

Varangot se consideró feliz con el simple hecho de quedarse solo.

Fué entónces que se entregó á pensar en los suyos y en el peligro que tal vez estaban corriendo en aquel mismo momento.

Y volvió á desear la muerte si es que no habia de salir más de aquel calabozo.

Varangot pasó una noche terrible, mortificado por sus tristes pensamientos y por el dolor de los golpes recibidos, dolor que recien empezaba á sentir en toda su intensidad.

El dia siguiente lo sorprendió en medio de aquella angustia suprema.

Le habian llevado un zoquete de carne que á penas se atrevió á mirar.

El pobre esperaba que las diligencias practicadas ese dia por su hermano y sus amigos, darian por resultado su libertad.

Esta era su situacion cuando su desgraciada señora, llorosa y conmovida, entró al despacho de Policia.

En cuanto se nombró, los empleados empezaron á tratarla con la brutalidad habitual á todo empleado, pues el que no lo hacia por naturaleza, lo hacia temiendo que sus modales comedidos, tratándose de unitarios, lo hiciera caer en desgracia.

Entónces se entabló el siguiente diálogo entre la dama y los empleados.

—Yo no pido mas que ver á mi esposo, verlo solamente y me retiro en seguida.

—No se puede ver á ese franchute salvaje.

—Un momento no mas.

—Los salvajes no pueden hablar con nadie.

—Si mi esposo no es unitario!

Si él no se mezcla en nada á la política!

—Es un salvage unitario y un franchute inmundo y asqueroso.

Largo de aquí pronto!

La pobre señora, sin mas armas que su dolor y su llanto, se desquitaba con llorar de una manera conmovedora.

¡Pero que desgracia de la vida era capaz de conmover un corazon federal!

Tanto insistió y tanto lloró la noble dama, que fuè arrojada á la calle á empujones, pudiéndose dar por muy bien servida de no haber sido estropeada.

Pero no era ésta una señora capaz de dejarse vencer por aquel maltrato.

—Por lo ménos, imploró, juntando sus hermosas manos, díganme ustedes dónde está y permitánme mandarle una cama y un poco de comida.

Pero entónces ya no le contestaron mas y la hicieron ir á empujones hasta la calle de la Federacion (hoy Rivadavia).

La señora regresó á su casa abatida por el dolor y la vergüenza, y se desquitó con llorar, prendida á sus hijos.

Asi pasó una semana, semana mortal, aunque ella trajo un miserable consuelo á su desolada familia.

Si Varangot no habia sido muerto ya, es porque no habia la intencion de matarlo.

De otro modo se hubieran librado ya de un preso y hubieran cumplido el programa.

La familia sabia que don Cárlos vivia, aunque tratado con suma dureza, por personas que la informaban sin que nadie pudiera sospecharlo.

Y Varangot, soportaba con paciencia todos aquellos martirios, pensando que pronto habian de ponerlo en libertad.

Ya Varangot habia sido sacado de su calabozo, y dejado en la crujía, frente á la puerta de la calle, lo que demostraba claramente que no habia la intencion de matarlo.

Sabiendo esto, la señora quiso darle algun consuelo, enviando á su hijo Avelino para que se dejara ver por él, aunque solo fuera desde la puerta de calle, si no lo dejaban entrar.

El señor don Avelino Varangot, empleado en la aduana, como ya lo hemos dicho, tenia entónces doce años.

Querido entrañablemente por su desgraciado padre, su vista debia proporcionarle un placer que compensára las torturas que pasaba.

Vestido con la mayor prolijidad y esmero, salió el niño de su casa, acompañado de Juana Francisca Varangot, pardita criada en la casa, cuyo apellido llevaba por ser hija de esclava de la misma familia.

Esta era costumbre de todas las familias.

Los hijos de sus esclavos, llevaban su mismo apellido.

El niño y la pardita se pararon delante de la puerta de la cárcel, mirando fijamente á la crujía, donde les habian dicho estar Varangot.

—¿No me deja entrar amigo? preguntó el niño al centinela, con toda la inocencia de su edad infantil.

—Ahí no hay más que salvajes, repuso el soldado, y nada tenês que hacer con ellos.

El niño se quedó en la puerta, mirando siempre con avidez á la crujia.

Tenia un vehemente deseo de ver á su noble padre, que tan cariñoso era con él.

Desde allí, al poco rato, alcanzó á distinguir una mano blanca y pálida como la muerte, que por entre las rejas de fierro lo saludaba.

El niño sintió que el cabello se enderezaba sobre su cabeza.

Era la mano de su padre que lo habia conocido, y que lo saludaba enviándole un bes o y haciéndole señas de quedarse dónde estaba.

Guiado solo por su cariño y sin saber lo que hacia, el niño corrió con sus bracitos tendidos, ávido de besar aquella noble mano.

Pero el centinela lo contuvo en la puerta.

Quiso lanzarse de nuevo hácia la crujía, pero no bien habia dado dos pasos, rodaba por el pavimento, lanzando gritos de dolor y espanto.

Aquel salvaje habia dado vuelta el fusil de que estaba armado y le habia dado un culatazo capaz de postrar á un hombre.

El pobre niño no pudo levantarse, agoviado por el terrible dolor que el golpe le habia producido.

Fué la pardita quien lo alzó en sus brazos, sacándolo de allí prontamente, por temor á un nuevo golpe.

Amargo y terrible fué aquel momento para el infeliz Varangot, que habia visto el golpe y el efecto producido en su tierno hijo.

Se prendió á la reja, y sacudiéndola con violencia, apostrofó de una manera tremenda al centinela.

Sus compañeros de presidio lo sacaron de allí, y lo hicieron callar, temiendo que si sentian lo que gritaba le fusilarian inmediatamente.

El niño Avelino fué vuelto á su casa, con la pobre mulata que lloraba amargamente

Terrible fué el susto que esperimentó la pobre señora!

Cuando vió el estado de su hijo y supo el golpe que habia recibido, lo creyó muerto.

Era preciso entónces renunciar á toda tentativa de consuelo para Varangot, dejándole ver algunos de los séres que tanto queria.

No era prudente exponerse á un nuevo golpe que pudiese ser más funesto.

Y solo esto y algunos avisos que le dieron, decidió á don Juan Pedro á emigrar para Montevideo.

No queria verse espuesto á correr la misma suerte de su hermano, y que su esposa, más sensible que su cuñada, muriese de desesperacion, ó por lo menos, enfermase gravemente.

Asì, se resolvió á ausentarse, aún abandonando sus cuantiosos intereses en manos de un apoderado.

—

Ese mismo dia Varangot fué á ver á su cuñada y á prevenirle su determinacion.

—Me parece prudente que te vengas conmigo, acompañada de los tuyos.

Tal vez esto fuera salvador para el pobre Cárlos, pues para mortificarlo más, puede ser que dén en perseguirlos.

—Yo no me muevo de Buenos Aires miéntras Cárlos esté preso, respondió la pobre señora.

Yo debo quedarme aquí, porque debo atenderlo aunque sea de léjos.

En Montevideo me moriria de angustia y de incertidumbre!

—Pues yo me voy, no por mí mismo, sinó por Juana, que ya sabes lo poquita que es, y la impresion que le haria si me prendieran como á Cárlos.

Ya sabes que yo no creo le suceda á éste ningun daño, pues ya le habria sucedido.

Por esto es que me voy tranquilo y si te invito á que me acompañes es para mayor tranquilidad de él mismo.

—Mucho te lo agradezco pero es inútil.

Creo que mi deber es quedarme aquí y me quedo.

Si esto me ocasiona alguna desgracia, la soportaré con paciencia pues no será mayor de lo que me ha sucedido.

Yo aplaudo tu idea de irte con Juana á Montevideo, pues si han hecho con Cárlos una iniquidad, no será estraño

que el dia menos pensado te suceda lo mismo.

Sintiendo que su cuñada no hubiera aceptado la invitacion, don Juan Pedro se retiró para concluir sus arreglos y dar sus instrucciones al apoderado que iba á quedar al frente de sus negocios.

Despues de comer, hizo algunas visitas de cumplimiento, y salió en seguida acompañado de su señora, á despedirse de la familia de ésta y de sus amistades mas íntimas.

Todos le aplaudian su determinacion, estrañando no se hubiera ausentado cuando prendieron á su hermano.

Don Juan Pedro no ocultaba su viaje, porque en su calidad de estrangero creia no tener nada que temer.

Habia sacado su pasaporte y puesto en regla sus papeles para embarcarse al siguiente dia á la tarde.

Serian las nueve de la noche, cuando los esposos Varangot resolvieron volver á su casa, pues à esa misma hora era ya imprudente andar por las calles, mucho mas, acompañado de una señora.

Don Juan Pedro, como de costumbre, no llevaba consigo arma alguna, pues las consideraba inútiles, primero porque nada tenia que temer, segun pensaba, y despues, porque para defenderse de uno de aquellos numerosos grupos de mazorca, hubiera sido necesario llevar consigo un arsenal.

Tomaron la calle de Maypú y siguieron en direccion á la de Chacabuco.

Don Pedro vivia en esta última, entre Belgrano y Venezuela, casa de su propiedad.

Las calles estaban desiertas, como de costumbre.

Solo se veia cruzar de cuando en cuando, alguna sombra que apuraba la marcha, por haberse retardado fuera de su casa á hora tan avanzada.

—Apuremos el paso, ¡por Dios! decia la señora.

Tengo frio en el corazon y un miedo que no puedo dominar.

No veo el momento de llegar á casa, porque creo que si tardamos mucho me voy á descomponer.

—No tengas cuidado, respondia alegremente don Juan Pedro.

Ya mañana estaremos libres de todo temor.

¿Qué quieres que nos suceda á tan corta distancia de casa.

—No sé, no sé, decia la señora, pero me parece que nunca llegamos.

Me vá á parecer un sueño verme á bordo, libre de todo temor.

Es estraño este sobresalto que me ha invadido desde que nos acercamos á casa?

Conozco que es una locura, si quieres, pero tengo miedo!

Así, temblando ella bajo el brazo de su marido que estrechaba á su cuerpo, y tratando él de disipar sus temoros, llegaron á la puerta de la casa.

La puerta estaba cerrada, lo que no era estraño por lo avanzado de la hora.

—Han tenido miedo estos tontos y se han encerrado, dijo don Juan Pedro tocando al llamador.

—¡Pronto, pronto! ¡llama pronto! gritó la señora, oprimiéndole el brazo—yo tengo miedo! estoy enferma.

Y palideció de pronto, como si hubiera visto á su lado un peligro de muerte.

Oh! el corazon de las mujeres es muy leal en sus anuncios.

Don Juan Pedro, alarmado, dejó el llamador para atenderla, al mismo tiempo que le decia:

—¡Pero hija! ¿no ves que no hay nadie en la calle? no ves que no se siente el rumor mas leve?

—Llama por Dios qué me muero! no puedo resistir más esta impresion.

Don Juan Pedro tomó el llamador y dió dos golpes vigorosos.

El miedo de su señora empezaba á producirle un vago desasociego.

Algunos segundos despues, se sintieron pasos leves, como de persona descalza que venía del interior de la casa.

—Tengo tan oprimido el corazon, que hasta te juro que me dan ganas de disparar de aquí—dijo la señora.

—Ya estamos seguros, ya nos abren, no temas, dijo don Juan Pedro, gritando á la persona que habia llegado á la puerta:

—Abre pronto, con mil diablos, que la señora está enferma.

La puerta se abrió entónces de par en par.

La señora lanzó un alarido terrible, y se prendió á su esposo que habia quedado allí aterrado, sin poderse dar cuenta de lo que sucedia.

Los presentimientos de la pobre señora acababan de cumplirse.

Al querer entrar precipitadamente, se habian encontrado con un grupo de unos diez hombres de la mazorca, á cuyo frente se hallaba el feroz Cuitiño, que era quien habia abierto la puerta.

Para tomar mas desprevenidas á las víctimas el grupo de mazorqueros se introdujo en la casa en las primeras horas de la noche, con el mayor sigilo, á esperar la vuelta de los esposos Varangot.

Apenas cerraron la puerta unos, entraron otros á asegurar la gente de servicio, lo que les fué fácil, porque ella se componia de tres mulatillas y un moreno demasiado jóven para oponerse á tanta gente.

Atados y amordazados todos, despues que recibieron algunos punta-piés y puñetazos, los mazorqueros se desparramaron por la casa, á zaquear lo que estuviera á mano, y aún en los muebles que pudieran forzarse sin hacer estrépito que llamara la atencion del vecindario.

Concluido este saqueo á la ligera, se vinieron á situar en el zaguan acompañados de algunas botellas de buen vino que habian hallado en los aparadores del comedor.

Para matar el tiempo, y á medida que el vino iba haciendo su efecto, se levantaban de rato en rato, dos ó tres, con el único objeto de mortificar á las mulatillas y al negrito, atados en la cocina.

Les preguntaban dónde tenia Varangot el dinero, y como contestaban que no sabian, los pinchaban con las puntas de los puñales ó los quemaban con la brasa de los puchos.

En esta situacion estaban, cuando sintieron el diálogo que mantenia Varangot con su esposa.

A una señal de Cuitiño, todos guardaron un silencio de muerte, y cuando sonaron los golpes en la puerta, caminó uno de ellos que se habia descalzado anticipadamente con aquel solo objeto.

Este fué el cuadro que hirió la vìsta de Varangot y su aterrada esposa, en el primer momento.

A asegurarlo pronto y sin bulla! dijo Cuitiño, y todos se lanzaron sobre Varangot.

La impresion misma de aquella situacion terrible, arrancó á don Juan Pedro de la especie de estupor que le causó aquello sorpresa.

Y tratando de cubrir con su cuerpo á su consorte, dió un poderoso empujon á los que lo asaltaban.

La señora, prendida de su marido, lanzaba poderosos gritos en demanda de socorro, tratando de ponerse adelante para defender al esposo querido.

La situacion la habia convertido en una leona.

—¡Cobardes! ¡malvados! gritaba, déjennos entrar! ¿qué quieren de nosotros?

Otras veces, creyendo sacar mejor partido con la ternura, les suplicaba con las palabras más dulces y cariñosas que no hicieran mal á su esposo, que

ella les daria cuanto tenia, haciéndolos ricos.

Varangot, que habia dominado al fin la situacion, trataba siempre de rechazar á los que se le aproximaban, preguntándoles:

—¿Pero qué pretenden ustedes? digan pronto lo que han venido á hacer aquì!

—Queremos llevarte preso no más, respondian los bandidos, no te resistas franchute, porque entónces te matamos.

—Pero no hay inconveniente alguno —yo voy á seguirlos en el acto.

Permìtanme tan solo tranquilizar á la señora y vamos en seguida.

—¡No quiero! ¡no quiero! gritaba ésta dando rienda suelta al terror que la dominaba.

Si te llevan te van á matar!

—No quiero que vayas!

El escándalo era tal, que debia de sentirse á más de tres cuadras.

Sin embargo, era tal el pánico que dominaba á la poblacion, que ni siquiera hubo quien se atreviera á abrir una ventana para investigar lo que pasaba.

—Pronto, gritó Cuitiño, á concluir de una vez, agárrenlo y llévenlo al instante!

Los asesinos se lanzaron sobre Varangot, dando principio á una lucha repugnante y horrible.

Varangot, estrechado por su esposa, no podia defenderse contra los que lo atacaban, dándole de golpes con los rebenques y con el cabo de los puñales.

La señora, con una desesperacion sobrehumana, hacia uso de todos los elementos de defensa.

Se prendia de la cara de unos, clavándole las uñas, ó mordia con un encarnizamiento canino, al que venia á separarla de su esposo.

Cuitiño, para terminar pronto aquella escena, pues sin duda no querian matar allì á Varangot, sacó el largo sable que usaba eternamente y dió con él tan terrible golpe de dorso sobre la cabeza de la señora, que esta cayó al suelo como herida por un rayo, con el cráneo partido y privada de todo conocimiento.

Varangot, golpeado y estropeado con toda cobardia y bestialidad, fué obligado á marchar, á empujones, en direccion al cuartel de Cuitiño, quedando allí abandonado el cuerpo exánime de la esposa querida.

Esta permaneció así más de cinco horas.

Sus sirvientes estaban atados y los que la vieron no se atrevieron á alzarla y llevarla adentro por temor á la mazorca.

El unitario que caia en desgracia, era como un leproso al que nadie se atrevia á acercarse.

Avisada la familia de Agüero, vino á recojer aquel cuerp exánime, que condujo á su casa, volviéndolo á la vida, gracias á una asistencia cariñosa y esmerada.

Entre tanto Varangot habia sido conducido al cuartel de Cuitiño, donde esperaba Troncoso, sin duda invitado para la terminacion del crímen.

El golpe dado á su esposa habia exasperado de tal modo á Varangot, que despreciando el peligro que corria, empezó á llenar de injurias á aquella turba de asesinos.

Esto le valió que le dieran dos puñaladas, calculadas á no matarlo, pero sí á hacerle sentir algun dolor.

Asi es que cuando Varangot llegó al cuartel de Cuitiño, estaba ya insensible por la impresion tremenda que habia pasado su espíritu y los golpes recibidos durante el camino, rematados con las dos puñaladas.

Fué llevado hasta el fondo, donde le notificaron que iban á degollarlo, pero esto no le produjo la menor impresion.

Estaba aturdido, insensible á todo.

—¿No tiene nada que disponer el franchute? preguntó Troncoso dándole

un bofeton, como para hacerle pasar el aturdimiento.

Pero Varangot lo miró con espresion sublime y sonrió con todo el desprecio de su alma noble y elevada.

Los bandidos desnudaron sus dagas y empezó la refalosa, á cuyo efecto se hizo traer no ya el cuchillo mellado, sinó el serrucho que, destinado á esos casos, estaba en el despacho del comisario y coronel Cuitiño.

Don Juan Pedro Varangot, fué así degollado à serrucho destemplado, por el solo delito de ser francés y querer Rosas aterrar á los súbditos de aquella nacion.

Su cadáver fué entregado al otro dia á los carros de limpieza que hacian la *recogida*, como ellos decian, de los cuerpos unitarios sin cabeza.

Al otro dia el gobierno embargaba los cuantiosos bienes de los dos hermanos, cuyas casas eran saqueadas por la mazorca, como era de práctica federal.

Aquellas familias no tenian pues nada que esperar sinó miseria y desolacion.

El asesinato de Varangot produjo un efecto terrible entre la poblacion francesa, que vió suspendido sobre sí el puñal de la mazorca.

Y los franceses empezaron á emigrar como habian emigrado antes los salvages unitarios.

La familia de don Cárlos quedó verdaderamente aterrada.

Degollado don Juan Pedro, era indudable para ella que aquel correria la misma suerte.

Este desgraciado, tratado en su prision de una manera infernal, recibió allí la noticia de aquel crímen, noticia que le fué dada con una complacencia maldita.

—Lo hemos degollado con serrucho destemplado, le dijeron, que es lo que te vamos á hacer dentro de poco.

¡Y cómo chillaba el puerco! no podia negar que era franchute!

Pues cuanto antes concluyan conmigo, ¡mucho mejor! replicó don Cárlos, así concluiremos de una vez!

Y agobió su noble cabeza vencido por el dolor.

Aquella triste noticia le habia hecho una impresion tremenda.

Amaba á su hermano, á cuyo lado habia crecido, con verdadera pasion y no podia conformarse de ninguna manera con su muerte.

Era indudable que con él harian lo mismo.

Y este pensamiento lo hacia estremecer, á la idea de la suprema desventura por que pasaria su familia.

Para mortificarlo mas y llevar el dolor á su último límite en aquel corazon noble, le dieron tambien la noticia de que sus bienes habian sido embargados y que su familia quedaba así en la indigencia.

¿Qué mas tenia que sufrir aquel espíritu?

La muerte, para él, debia de ser un consuelo en vez de la ùltima angustia.

Y deseó entónces la muerte, como la única manera de escapar á aquellos tormentos físicos y morales.

La ruina tenia que producirse en sus negocios.

Era una consecuencia lógica y forzosa de su prision y el embargo.

Herido así en el corazon y en el cuerpo, no pudiendo resistir aquella cadena de desventuras, don Cárlos enfermó gravemente.

Devorado por la fiebre y la vigilia, permanecia dia y noche tendido sobre e duro suelo, sin fuerzas para pedir ya que le permitieran ver á su familia, su clamor diario.

Su estado empezó á inspirar sèrios temores, y fué entónces que lo remitieron al hospital en calidad de preso y con centinela de vista.

Aquel centinela tenia órden de no separarse de su cama mas de dos varas, y de matarlo al primer movimiento que hiciese para salir de ella.

Sus compañeros de prision y amigos, los doctores Baez y Denis, presos y enfermos tambien, desde mucho tiempo atrás, fueron remitidos en su compañia al hospital.

Y Varangot bendijo fervorosamente aquella enfermedad que amenazaba su vida; pues ella le proporcionó el único consuelo á que aspiraba su alma.

¡Estar al lado de su familia!

Su valiente esposa que no omitia empeño ni sacrificio tendente á aquel resultado, obtuvo por fin el permiso que tanto anhelaba.

Se le dió licencia para verá su esposo en el hospital, durante unas cuantas horas cada dia, pero la visita debia hacerse delante del centinela áquien no se habia alterado la consigna.

Sin perder un momento, la señora se trasladó al hospital rodeada de sus hijos, y fueron la providencia del pobre enfermo, que no necesitó otro remedio para que su fiebre empezára á declinar.

Conmovedor fué aquel momento, al estremo de hacer lagrimear al mismo centinela!

Don Cárlos reia y lloraba como un loco, sin creer en la felicidad que acababa de sorprenderlo.

Y acariciaba á su esposa y á sus hijos, dudando aún si soñaba!

Una débil esperanza asalto entónces su espíritu.

Tal vez el asesinato de su hermano fuera una mentira inventada para mortificarlo mas.

Pero la triste noticia fué corroborada por los suyos, con los detalles mas tristes.

La esposa de don Juan Pedro seguia con la razon estraviada.

Si feliz habia sido la entrada, dura fué la despedida.

Ellos no se hubieran separado ya de don Cárlos, pero fué preciso salir, bajo la amenaza de las culatas de los fusiles de chispa, y la de no dejarlos entrar al siguiente dia.

Necesario fué entónces conformarse!

Las horas de ausencia las mitigaria el inmenso placer de volver á verse al siguiente dia.

Miéntras duraban las visitas, los hijos y demas personas de la familia, rodeaban en círculo compacto la cama del enfermo.

De este modo su esposa podia hablar con él sin ser oida por el centinela, pues el bullicio de los ninños apagaba su voz.

De esta manera la señora lo imponia de lo que pasaba en el pueblo y quienes eran los amigos que habian pagado con la cabeza el delito de ser unitarios.

Las familias de Varangot, como todas las de los unitarios que sucumbian á la cuchilla de la mazorca, no pudieron llevar luto por la muerte de don Juan Pedro.

Rosas habia prohibido bajo severas penas aquella manifestacion de duelo y los contraventores hubieran pagado la falta con la cabeza.

Así don Cárlos lloró en silencio la muerte de su hermano, y el luto lo llevó solo en el corazon.

A la convencion del 29 de Octubre de 1840 debió don Cárlos el haber salvado su vida y conseguido su libertad, pero completamente arruinado en su salud y en sus negocios.

Las penas morales y físicas habian minado la primera, y los embargos y el abandono concluyeron con los segundos.

Con una constancia digna de su corazon elevado y amante, afrontó la lucha terrible por la vida.

Los sacrificios eran enormes para atender á las necesidades propias y las de la familia.

Pero no por esto desmayaba su valor para el trabajo diario.

Cuando empezaba recien á respirar con alguna holgura á los dos años de estar en libertad, nuevas persecuciones vinieron á turbar su reposo.

La mazorca empezó á concurrir á su casa á aterrar á la familia, con sus gritos de muerte y de amenaza.

Temiendo ser víctima de un nuevo atentado que revistiera un carácter más grave, don Cárlos resolvió irse de Buenos Aires á toda costa.

Era el único medio de asegurar su vida y la existencia de los suyos.

Fué entónces que, protegido por el ministro francés y disfrazado de marinero de guerra de aquella nacion consiguió embarcarse en una lancha, entre los demas que la tripulaban.

De esta lancha pasó al buque de guerra que lo condujo á Montevideo, pais de hospitalidad para los infelices unitarios.

Don Cárlos llevaba consigo una profunda pena.

Habia tenido que dejar aquí su familia, para despues mandar por ella, y temia que su mismo viage le ocasionara alguna série de desgracias.

Felizmente esto no sucedió.

En los últimos dias de diciembre de 1842 salia de Buenos Aires, en la barca francesa *Eufrosina* y con rumbo á Montevideo, la familia de don Cárlos Varangot.

Allí la esperaba aquel.

Habia escrito á su esposa, dias antes, encargándole de vender por lo que le dieran, los muebles y los grandes depósitos de leña de durazno que aún conservaban salvados del embargo.

Con esta leña, vendida al menudeo, era con lo que se habia alimentado la familia y con lo que contaba para obtener algun dinero y atender las necesidades del viage.

Conseguido esto, la familia se habia puesto en marcha.

Pero aún no estaban agotados sus padecimientos.

Al ir á embarcarse, los empleados de la Capitania y Resguardo saquearon á la familia, despojándola de todo su dinero y de los documentos de importancia que llevaba consigo y que creia ya salvados de la rapiña federal, por haber logrado colocarlos ya en las carretillas que venian entónces de conductoras hasta las lanchas, porque en aquella época no se conocian los muelles que se construyeron despues.

Este último descalabro fué para Varangot un golpe terrible, pues no contaba ni siquiera con el dinero necesario para cubrir el valor de los pasages.

El que esperaba á su familia con recursos suficientes siquiera para atender á las mas imperiosas necesidades durante el primer tiempo de la emigracion, se halló con que, por el contrario, estas necesidades habian aumentado de una manera terrible.

¿Cómo haria él, desconocido en aquella sociedad, para dar de comer á sus hijos mientras buscaba cualquier trabajo?

Triste problema, que muchos resuelven con una pistola sobre la sien!

Pero hombre valiente, en toda la estension de la palabra, la idea del suicidio ni siquiera cruzó por su pensamiento.

Se sentia con fuerzas suficientes para luchar con la vida y vencer todos los obstáculos de la mala suerte.

Felizmente, en la noble Montevideo, los emigrados argentinos no eran considerados como estrangeros sinó como hermanos.

Allí se complacian en facilitarles todos los medios de vida; haciéndoles mas llevadera su situacion angustiosa.

Don Cárlos Varangot, á pesar de todos sus esfuerzos y empeños, no lle-

gó á resolver este formidable problema.

—¿Cómo mantengo yo á mi familia, cómo la alimento siquiera mientras no encuentro trabajo?

Y la resolucion de este problema apuraba porque era cuestion de hambre para su familia.

Por fin, cuando ya empezaba á desesperar, Varangot pudo tomar á interés una cantidad de dinero que lo sacó de apuros.

Aunque no conocian su persona, no sucedia lo mismo con su firma respetable.

Así es que, á pesar de no poseer un centavo, le facilitaron dinero, que pudo cubrir despues merced á un trabajo perseverante, sin que su buen crédito sufriera en lo mas mínimo.

Lo que aquella familia padeció en la emigracion, como lo que padecieron todos los unitarios en Montevideo, seria largo y enternecedor, saliendo del título de este libro.

Así para terminar este capítulo narramos solo los últimos instantes de aquella vida amarga y valiente.

A los pocos dias de haber llegado á Montevideo la familia de Varangot, el general Oribe puso sitio á la plaza.

Don Cárlos Varangot y su hijo Avelino, tierna y noble criatura, ofrecieron y dieron á la defensa su corazon y su brazo.

Como se sabe, aquella heróica defensa fué dirigida por el hábil táctico, general don José M. Paz.

Siempre el partido liberal lo contó en sus filas y cuando el Salto Oriental fué tomado por don Servando Gomez, (Enero 7 del 47) Varangot padre é hijo se encontraban entre los defensores de aquel pueblo de héroes.

Despues de esta campaña y de regreso ya en Montevideo, el señor Varangot enfermó de una manera grave.

Aquella existencia tan feliz en su juventud y tan duramente azotada por la desgracia más tarde, tocaba á su término.

El señor Varangot sintió llegar y afrontó la muerte, como toda alma grande y serena: que nada tiene que reprocharse en su paso por el mundo.

Rodeado de los suyos, murió noblemente, despues de haber estrechado y bendecido, sobre su pecho hidalgo, á su gentil compañera y à sus queridos hijos.

Tocó al jóven Avelino ponerse al frente de la desconsolada familia, que quedaba en la mayor pobreza y postrada pòr este último golpe, el mas tremendo de todos, porque les arrebataba una existencia querida y venerada.

El trabajo asíduo y honrado de don Avelino, alimentó desde entónces á su buena madre y hermanos.

Así concluyeron aquellos dos hermanos que habian venido á Buenos Aires bajo tan felices auspicios y risueñas esperanzas.

Creemos que el único heredero de ese apellido es hoy don Avelinc Varangot, empleado en la aduana, como lo hemos dicho yá.

UN HOMBRE QUEMADO

EL parasismo del crímen habia llegado ya á su último límite.

La mazorca necesitaba diariamente nuevos alicientes á su ferocidad, creciente siempre.

El cuchillo mellado y la sierra destemplada les parecia poco para entretener el espíritu, ávido de espectáculos nuevos.

Ya las mazorcadas á las casas de familias, los degüellos y el azote á las esposas é hijas de unitarios no les llamaba la atencion.

Estaban fastidiados de estas escenas, que solo ponian en práctica muchas

veces, por el aliciente del saqueo.

La ciudad era, desde la caida de la noche hasta la madrugada siguiente, una orgía de borrachos y asesinos, que cruzaban sus calles en grupos más ó mènos numerosos; de ébrios donde formaba la hez de la canalla.

Las orejas y otros miembros del cuerpo humano, figuraban como adornos inestimables en los salones de los grandes federales.

El célebre Mariño las usaba hasta sobre el piano, para que se inspiráran los que fuesen á tocarlo.

En los salones de Rosas se veian sartas de orejas de las que tomaba algunas para obsequiar á los amigos que lo visitaban.

Y no era estraño ver aparecer en medio de sus reuniones, alguno de aquellos bandidos, que, como un obsequio especial, llevaba la cabeza de tal ó cual salvaje unitario, que pasaba entónces de mano en mano, para que cada cual le dirigiera algun insulto ó alguna sátira miserable.

Y cada uno festejaba á su modo las lìvidas facciones, la espresion de los ojos, ó alguna particularidad que no taban.

Algunas veces sucedia que llegaba á Palermo alguna bolsa, en calidad de urgente, remitida por el Juez de Paz de tal ó cual partido.

Generalmente de esta bolsa salia el olor nauseabundo que producen los cuerpos en estado de descomposicion.

Era indudable que en aquella bolsa venia alguna cabeza humana, que por los dias de viaje que tenia, estaba ya putrefacta.

Rosas se complacia entónces en hacer sacar aquella cabeza y circular entre los presentes, que no se atrevian á rechazarla ni hacer la menor mueca, temerosos de provocar las iras del gobernador.

Así fué exhibida la cabeza del desgraciado comandante Zelarrayan, de cuyo episodio dimos cuenta oportunamente.

La mayor parte de los mazorqueros bien colocados, es decir, los mas ladrones é infames tenian pulperias establecidas como la de Moreyra, en la parte mas central de la ciudad.

Era allí donde los diversos grupos de mazorca iban á armar el beberage, que servia de excitante á sus pasiones brutales.

En este desborde inaudito tuvo lugar el asesinato del señor Martinez Eguilaz, el crìmen más bestial, tal vez, de todos los cometidos por la mazorca.

Martinez Eguilaz, era un jóven español, de educacion esmerada y de conducta intachable.

De una actividad asombrosa y de una labor incesante habia hecho una fortuna regular, que fué aumentando poco á poco hasta hacerse algo respetable.

En la calle de Tacuarí esquina á Moreno, entónces general Rosas, tenia un gran almacen en cuyo negocio ganaba algunos centenares de miles.

Liberal y desprendido era sumamente apreciado entre sus relaciones y querido en la sociedad que frecuentraba.

Alegre y locuaz, como buen español, era pierna buscada con empeño para bailes y reuniones alegres.

En su calidad de estrangero, no se mezclaba para nada en la política, siéndole escaso el tiempo para atender á sus negocios.

Pero estaba relacionado con lo principal de la federacion, asegurando que los hombres valian por sus prendas y que por tener esta opinion política no se les podia acusar de los crímenes que cometia Rosas, á cuyos crímenes eran completamente agenos.

Así se le veía andar frecuentemente con los hombres que ocupaban mejor posicion social, sin averiguar si eran ó no miembros de la Sociedad Popular Restauradora.

—Si yo me pongo á averiguar cómo piensan mis amigos, decia, ya puedo ir cerrando mi casa de negocio y marchar con la música á otra parte.

No por esto, Martinez Eguilaz dejaba de tener sus relaciones con algunos salvajes unitarios, entre los que habia muchos señalados ya por el dedo fatídico de la mazorca.

Y los ayudaba en sus pobrezas y embargos, no solo enviándoles artículos de primera necesidad, sinó facilitándoles dinero de la manera más delicada y desprendida.

A pesar de estas relaciones que solian costar la cabeza á muchos, Martinez Eguilaz se creia insospechable de salvaje unitario.

Para eso tenia amigos en lo principal de la sociedad federal, que pudieran salvarlo de cualquier sospecha de este género, garantiendo su proceder.

Muchas veces estos grandes federales le aconsejaban que rompiera con aquellas amistades perjudiciales.

Pero él se encogia graciosamente de hombros respondiendo:

—¿Y porqué? yo no dejo de ser quien soy por protejer á un infeliz!

Y sobre todo, á mi nada me han hecho ni conozco tengan hecho mal á nadie.

—¡No importa! por esto solo pueden clasificarlo de salvaje unitario y hacerle pasar un mal rato.

Para eso están ustedes, que saben cómo pienso yo, política y comercialmente.

Y no era solamente á sus amigos federales á los que Martinez Eguilaz servia con dinero y con artículos.

Algunos de los personages más encumbrados entónces y que gozaban el favor de Rosas le eran deudores de fuertes sumas de dinero que les prestaba sin el menor interés.

Y los mismos mazorqueros de condicion infame, como Troncoso, Cuitiño, Mariño y algunos otros, le eran deudores de mercaderias que compraban en su casa y que pagaban tarde, mal y nunca.

Martinez Eguilaz sabia esto, pero les abria un crédito limitado, porque al fin y al cabo, por un poco de dinero perdido, no valia la pena de echarse encima el ódio de semejantes personajes.

¡Y no es que Martinez Eguilaz fuera flojo!

Por el contrario! pera ponerse de pique con aquella gentuza, era para que lo señalaran con el dedo y le trajeran algunas dificultades.

Rico y trabajando con la mejor suerte, poco se le importaba aquella pequeña pérdida que al fin y al cabo lo libraba de mayores pedidos.

Cuando los crímenes de la mazorca subieron de punto y esta empezó á degollar á personas conocidas, como al doctor Zorrilla, Nóbrega y otros, Martinez Eguilaz tomó algunas precauciones personales, no porque temiera contra él una medida gubernativa, sinó porque aquel estado de cosas traia consigo el desborde de las masas.

Y la mazorca, como lo hizo ébria y buscando solo cuellos que cortar, asaltaria á cualquiera, sin averiguar quién fuere, para robarlo ó tener el placer de darle una buena *refalosa*.

Entónces, cuando salia de noche, se echaba al bolsillo del seno un largo puñal de soberbio temple.

Y con esto se creia tan seguro como en medio de un batallon.

Es que Martinez era valiente, y creia á puño cerrado en la teoría de que los asesinos y grandes criminales, son todos cobardes.

Y es seguro que el mazorquero que lo hubiera detenido, hubiese recibido un buen golpe de puño, como primera prevencion, y hubiera visto brillar en sus manos, si insistia, aquella soberbia hoja de Toledo que pegaba, como él de-

cia, sin hacer escándalo y sin que la tierra lo sintiera.

Sus amigos sabian que era bravo como un leon, asì es que lo respetaban, á la par que lo querian.

Y de esta bravura tenia noticias exactas la misma mazorca!

Una tarde habia entrado á su almacen un grupo de unos tres ó cuatro de aquellos sères repugnantes, y habian hecho un buen gasto.

Miéntras mas baja era la condicion del mazorquero, más insolente era éste.

Así es que cuando el dependiente que los habia servido les manifestó lo que debian y que era necesario pagarlo, los mazorqueros se desataron en un rosario de denuestos.

Y uno de ellos sacando de la cintura la enorme daga, la chaireó sobre el mostrador al mismo tiempo que decia:

—Lo que es yo puede ser que te pague á puñaladas, à una por peso!

Algun salvaje unitario ha de ser el dueño de este negocio!

—Dígale, repuso otro, que se lo ponga en cuenta al General Lavalle!

Como lo comprado importaba algun dinero, el dependiente, para salvar su responsabilidad, hizo avisar á Martinez Eguilaz lo que sucedia.

Y cuando éste acudió al llamado de su dependiente, el bochinche estaba en todo su apogeo.

El de la daga estaba aún con ella en la mano, amenazando al dependiente, y gritando desaforados mueras á los salvajes unitarios, lo que atrajo á la puerta una regular concurrencia.

—Ea, amiguitos! les dijo, ni aquí hay unitarios ni permito yo que ningun borrachon arme escándalo en la casa.

—Es que el mocito ese nos quiere hacer pagar no sé cuánto!

—El valor de lo que han comprado, y es justo, vive Cristo!

Arreglen pues de una vez la cuenta y retírense porque no me convienen los escándalos aquí.

—Yo no arreglo ninguna cuenta sinó á puñaladas, volvió á decir él de la daga, y si usted quiere que le paguemos con plata, es porque usted es salvaje unitario.

¡Mueran los salvajes unitarios!

—Bien, añadió Eguilaz, no paguen lo que llevan, que al fin y al cabo no han de tener con que, pero ahora mismo se mandan mudar á la calle, porque estoy harto de escándalos.

¡Ea! ¡fuera pues!

—Pues poco le pide el cuerpo! añadió el bandido, blandiendo siempre su daga.

Puede que yo lo eche «al otro lado del charco» para que no se meta á compadre!

Con que venga ahora un poco de plata, para que nos retiremos sin romperle el alma.

Martinez Eguilaz, que habia perdido ya su buen humor, tomó un gran garrote de que se habia armado su dependiente, dispuesto á meter en órden á aquella canalla.

Al efecto, agarró lo que aquellos terribles clientes habian comprado y lo tiró á la calle.

Y en seguida les notificó que siguieran el mismo camino.

Entónces el de la daga, sin decir una palabra, cargó sobre el jóven, con la marcada intencion de darle de puñaladas.

Pero éste, que esperaba el momento, enarboló su gran garrote y lo dejó caer como una maza de armas, sobre el cráneo de aquel miserable que cayó pesadamente.

En el acto Eguilaz, tratando de ganar tiempo y concluir con aquellos bellacos, se vino sobre ellos y mediante una media docena de buenos garrotazos, los hizo salir á buen paso.

Luego entre él y sus dependientes, sacaron el cuerpo del asesino, que estaba como muerto, y lo arrojaron á la calle.

Grande fuè la impresion de los que presenciaron el lance.

¿Quién era ese tipo que se atrevia á garrotear y echar de su casa un grupo de mazorqueros que habian pretendido asesinarlo?

Aquel debia ser por fuerza algun federal bien colocado y de reputacion á toda prueba, cuando se atrevia á hacer semejante escándalo.

El herido fué levantado por sus compañeros y conducido hasta la pulperia del asesino Moreira, que, como hemos dicho cuando nos ocupamos de este bandido, estaba situada en la esquina de Chacabuco y Belgrano.

Moreira fué invitado por ellos á degollar á Martinez Eguilaz, refiriéndole lo que habia pasado.

Pero el gran bandido les hizo conocer quién era Eguilaz y los muchos apoyos que tenia entre los federales copetudos.

—No hay mas remedio que conformarse con lo sucedido, les dijo, y tener paciencia.

Tal vez no esté léjos el dia en que podamos tomar nuestro desquite, porque en estos tiempos el que se cree más firme es el que rueda primero.

Esta aventura fué muy útil para Martinez Eguilaz pues muchos bandidos que hubieran podido darle un mal rato, lo temian y lo creian algun agente secreto del gobierno.

O esta aventura no llegó á oídos de Rosas, ó éste no quiso tomar medida alguna, por los informes que habia recibido del distinguido español.

Lo cierto es que en el almacen de Eguilaz no iban á meter bochinche, ni á provocar los escándalos de que era teatro la ciudad.

Poco tiempo, sin embargo, duró al pobre jóven aquel bienestar fenomenal.

Las denuncias empezaron á llover contra él, de una manera cruel é injusta.

Unos hacian llegar á Rosas la noticia de que mantenia relacion con salvajes unitarios.

Otros aseguraban que era el intermediario de la correspondencia entre Lavalle y los unitarios de Buenos Aires.

Y otros en fin, que era el espía no solo de Lavalle, sinó de los mismos franceses.

Y aquellos famosos federales que otras veces habian sacado la cara por él, guardaban entónces silencio y lo dejaban condenar.

Es que segun los hombres de aquella época, con quienes hemos hablado, estos amigos eran los más interesados en que se perdiera.

Debian á Martinez Eguilaz una suma enorme, que no podian ó no querian pagar, y trataban de saldarla, contribuyendo con su silencio á que Rosas lo hiciera matar con sus verdugos.

Nosotros no aseguramos que esto fuera verdad. Consignamos el rumor, tal cual llegó á nosotros, y seguimos la narracion de aquella trajedia.

Martinez Eguilaz, entre tanto, ignoraba lo que sucedia, pues sus amigos se lo ocultaban.

Quién iba á animarse á prevenirlo del peligro que corria?

Le hubiera él contestado con su habitual jovialidad:

—Ya se encargarán ustedes de destruir todos esos disparates!

Asi es que, armado siempre de su excelente toledano, salia como siempre, á cualquier hora y hácia cualquier rumbo, sin preocuparse jamás de lo que podia sucederle.

Ya estaba señalado por el dedo de la mazorca, y una desgracia no debia tardar en sucederle.

Una de aquellas noches del mes de Octubre, en que las iniquidades de todo

género habian recrudecido, se dió un gran baile en el teatro de la Victoria en festejo de una derrota supuesta del General Lavalle.

Al baile habian sido invitadas las familias de los federales mas acreditados, y algunos estranjeros que pasaban como tales, ó que se habian vinculado á familias Rosistas.

Martinez Eguilaz fué uno de tantos invitados, yendo á entusiasmarlo muchos de ellos para que asistiera á la federal fiesta.

Español jóven y por consiguiente gran amigo del bullicio y la alegria, desde el primer momento aceptó la invitacion preparándose á pasar una de las noches mas saladas de su vida.

¿Cómo faltar á un baile oficial, puede decirse, donde iba á concurrir la sociedad que componia el gran mundo federal?

Por nada de esta vida se hubiera permitido faltar!

Comió ese dia mas temprano que de costumbre, para andar mas liviano, y se vistió con un esmero de novio en vísperas de convertirse en marido.

Vestido y perfumado esperó á que vinieran algunos amigos, para ir juntos.

Pero como el tiempo pasaba y no se presentaba ninguno de ellos, resolvió irse solo.

Al efecto, se echó al bolsillo del pecho su toledano compañero, y salió á la calle.

En aquellos momentos tenia lugar en las mismas cuatro esquinas de su casa, una fiesta que estaba en voga, entre la canalla de la mazorca.

En medio de las cuatro esquinas, habia una barrica de azucar, en cuyo interior se habian arrojado maderas impregnadas de alquitran, aceite, aguardiente y algunos otros combustibles.

En seguida habian prendido fuego á la barrica, que se convirtió en una inmensa hoguera.

Alrededor de aquella barrica en combustion, cuyas enormes llamas se elevaban culebreando y arrojando un resplandor rojizo, daban vuelta cantando todo género de obscenidades y compadradas, una docena de borrachos, por cuyos largos facones puestos á la cintura y sus enormes trapos colorados, envueltos en todo el cuerpo, se veia un grupo de la mazorca, de su capa más abominable.

Aquellos miserables giraban alrededor de la hoguera, como en una refalosa, retirándose de cuando en cuando á mitigar el calor de las llamas con un vaso de caña ó aguardiente.

Aglomerados en la puerta de la pulperia de donde se habia sacado la barrica, se veia otra buena cantidad de compadrones, borrachos, aplaudiendo á los que cantaban, y pidiendo de cuando en cuando un barato alrededor de la barrica.

Allí quemaban cohetes, con infernal algarabia, atronando los aires á pequeños intérvalos, con los gritos de ¡mueran los salvajes unitarios!.

En la esquina de enfrente y separarados de estos grupos, como si ellos se consideráran superiores á los que estaban en la puerta de la pulperia, se veia otro grupo, que parecia entusiasmadísimo con aquel *San Juan* inesperado.

Entre este grupo y en primera línea, se podia conocer fácilmente, por la luz de la hoguera, á los tremendos bandidos Bernardino Cabrera, el sereno Moreira, Gaetan y Badia.

Los demas del grupo era gentuza mas ó menos de la esfera de los de la otra esquina.

Martinez Eguilaz se sorprendió del bullicio y la fogata, pero creyó que era una de tantas escenas que se veian con frecuencia.



LOS PIES DEL CADAVER SALIAN FUERA

En otra situacion, hubiera dado vuelta por otro lado.

Pero preocupado con el baile y tal vez con la certeza de hallar en él á la dama de sus pensamientos, no se preocupó de que era peligroso el cruzar entre semejante gente y atravesó la esquina rápidamente.

¡Cómo habia de figurarse el desgraciado jóven que todas aquellas medidas se tomaban por él esclusivamente!

Al cruzar frente á este grupo de los asesinos que acabamos de nombrar, Martinez Eguilaz ni siquiera fijó la atencion en ellos.

Siguió caminando rápidamente, sin notar siquiera que de aquel grupo se desprendieron tres hombres que siguieron sus pasos sigilosamente.

Estos tres hombres eran Gaetan, Moreira y Cabrera.

El resto quedó como una línea de reserva.

Sabian que Martinez Eguilaz era exajeradamente bravo, y querian lograr el tiro con todas las reglas del arte federal.

Es decir entre muchos y por la espalda.

Llegaba el jóven á esa pequeña crucesita que aún se vé en la pared del convento de San Juan, por la calle de Tacuarí cuando fué detenido de una manera terrible.

Bernardino Cabrera acababa de sepultarle su daga en el costado izquierdo.

Al mismo tiempo, el bandido Moreira le bandeaba el pulmon derecho de una feroz puñalada.

Asì mismo, el jóven Martinez Eguilaz tuvo tiempo y ánimo de desnudar su toledano y dar vuelta sobre sus asesinos, pero vaciló y cayó, bañando la vereda con un abundante vómito de sangre.

No pudo articular la menor palabra, pues en el acto de caer, se precipitaron sobre él los asesinos, haciéndolo pedazos á puñaladas.

Todos habian concurrido á herirlo, hasta los que giraban alrededor de la barrica.

Terrible fué entónces la algazara y escándalo que se armó con este motivo.

Todos se disputaban el derecho de herirlo nuevamente, y sobre todo, de despojarlo del dinero que llevaba en el bolsillo, y las alhajas que tenia puestas.

Concluida esta operacion importantísima, el saqueo del cadáver, brotó del alma de aquellos miserables una idea infernal.

—¡Vamos á echarlo á la barrica! dijo uno.

Asì se irá mas pronto al infierno.

—¡Sí, sí, apoyaron otros, vamos á quemarlo! ¡làstima que no esté vivo! así podria contarle al diablo lo que hacemos nosotros los buenos federales!

—¡A la barrica! á la barrica! gritaron todos, con un entusiasmo indescriptible.

Que arda el muy salvaje unitario, y así Satanás tendrá menos trabajo.

Y el cadáver de Martinez Eguilaz fué levantado entre todos aquellos malvados y arrojado de cabeza entre la barrica en combustion.

Pueden figurarse nuestros lectores todo lo tremendo de aquella escena!

Los piés del cadáver salian fuera de la barrica envuelto en un torbellino de llamas.

Y aquellos bandidos rodeaban la imponente hoguera, bailando y cantando sus canciones mas deshonestas.

Y cuando el fuego empezaba á ceder por consumirse los combustibles, estos eran renovados con precipitacion inaudita.

Vejigas de grasa, paquetes de velas, leña y hasta aguardiente, todo era arrojado dentro de la barrica para mantener el fuego.

De la casa de don Juan Manuel se veia perfectamente la hoguera, pues hasta

allí llegaban los rojizos resplandores del incendio.

—¿Que es eso? ¿qué sucede? habia preguntado el Coronel edecan de S. E· por encargo de este.

—No es nada, le habian dicho.

Son los muchachos de la Sociedad Popular Restauradora que están tostando á un gallego unitario.

—¡Ah! yo creí qué era otra cosa! dijo, y se volvió á dar cuenta de lo que sucedia.

La bulla, la algazara y el espectáculo habian reunido alrededor de la barrica en combustion á toda la mazorca, que iba cayendo por grupos.

De modo que á las dos de la mañana aquello era una saturnal completa.

Las mujerzuelas se mezclaban á los hombres, ébrias y repugnantes, tirando de las piernas rígidas del cadáver, que colgaban de la barrica, y la orgìa asumia ya un carácter gigantesco.

Solo cuando el pulpero dijo que no tenia mas elementos conque sostener el incendic, dejaron de avivarlo.

Y alli, bailando, bebiendo y dando gritos de toda especie, continuaron en la orgía, hasta que cayó reducido á brasa el último pedazo de la barrica.

Del cuerpo del desventurado Martinez Eguilaz, no quedaban mas que las piernas.

Todo lo demás habia sido reducido á cenizas.

Recien entónces empezaron á retirarse por grupos, aquellos bandidos, escitados por el aguardiente y el espectáculo que acababan de tener.

Desgraciado del que se encontró con ellos.

Sin meterse á averiguar si era ó no federal, apuñalearon á cuanto desgraciado hallaron.

Fué esta una de las más terribles noches durante el terrible desborde de la mazorca.

Y allí quedaron las piernas de Martinez Eguilaz, á medio carbonizar, sobre un monton de ceniza y de botellas rotas como para dar una idea de lo que allí habia pasado.

Fué esa madrugada que, los que se retiraban del baile del teatro de la Victoria , pudieron contemplar aquellas piernas entre el monton de cenizas y el charco de sangre formado bajo la crucecita, donde el desgraciado jóven habia caido herido y donde lo ultimaron en seguida.

Y muchas personas que lo vieron durante ese dia y el siguiente están aun vivas, pudiendo ocurrir á ellas el que dude de la monstruosidad que venimos de narrar.

Es inútil decir que el almacen de Martinez Eguilaz, fué saqueado esa misma madrugada y la noche siguiente al crímen, llevándose hasta los libros comerciales, lo que indica que habia alguien interesado en aquel crímen.

De este modo, los que debian al jóven gruesas sumas, pudieron saldar sus cuentas de aquella manera terrible y respirar con libertad.

Destruidos los libros, no quedaba ni la menor noticia de aquellas deudas.

¿Quién se atreveria á hacer el reclamo, por mas que conociese el monto de los préstamos y las personas que los debian?

Lo hemos dicho que era gente altamente colocada entre la federacion, que meterse con ella era meterse con el patíbulo.

Si el hecho de prestar dinero habia costado la vida á Martinez Eguilaz: ¿qué le costaria al que intentara cobrarle, y exigirle la devolucion?

Nadie hubiera sido tan tonto; mas con el ejemplo de la hoguera.

Así todos saldaron con Martinez sus cuentas, pasando sus bienes á poder de la mazorca.

Es imposible calcular hasta dónde habia llegado el desborde de la mazor-

ca, y de la plebe embrutecida y aterrorizada ya, que la seguia en sus manifestaciones.

No teniendo ya de qué manera mostrar su amor á la federacion y á sus insignias, muchos mazorqueros llegaban hasta pintarrajearse el rostro de colorado, y usar vincha en vez de sombrero, con grandes letreros de mueras á los salvajes, rodeando el retrato del restaurador.

Las mismas compañias de los teatros tenian que prestarse á las mayores bajezas, pues de otro modo habrian caido en desgracia con el gobernador, ¿y quién se hubiera atrevido á asistir á las funciones?

Y hasta al teatro mismo se llevaban escenas de degüello, pues el público gustaba de estas cosas hasta el delirio.

Se entiende que hablamos del público federal, que era el único que tenia cartas y puñal en aquellas fiestas.

Asi se veia que, antes de empezar la funcion, aparecia la compañia sobre la escena, con el único objeto de gritar:

¡Viva la Confederacion Argentina!

¡Mueran los inmundos asquerosos salvajes Unitarios!

Despues de esa formalidad ineludible, empezaba la funcion.

Este estado social estupendo, llevó á las compañias que actuaban entónces, á intercalar en las obras que se daban, frases de admiracion hácia el gran Rosas.

Así una compañia que trabajaba en el teatro de la Victoria, llegó hasta componer y poner en escena una petipieza titulada *un duelo federal*, en la cual no se hacia sinó repetir las escenas de las calle.

Esta peti-pieza ó farsa gustó de tal manera, que siempre que se anunciaba se llenaba el teatro.

Y para que el lector no abrigue la menor duda de lo que decimos, copiamos de la *Gaceta Mercantil* de Diciembre 23 del 41, el siguiente párrafo del aviso de espectáculo.

Despues de grandes elogios y bombos terminaba el aviso:

«El espectáculo concluirá con la admirable y nunca vista prueba:

«El duelo de un Federal con un salvaje Unitario.

Nota importante:

El Federal degollará al Unitario á la vista del público.»

Por esto pueden calcular nuestros lectores, lo que pasaba en Buenos Aires.

Por supuesto que en la escena como en la calle, el unitario sucumbia despues de sufrir mil martirios.

Y la degradacion y el servilismo llegaban á su màs repugnante manifestacion.

Rosas habia dado en su quinta una fiesta para celebrar las frecuentes farsas que hacia él mismo, sobre asesinatos contra su persona milagrosamente frustrados.

Con este motivo, y despues de la fiesta, el jefe de Policia pasaba la nota que copiamos en seguida y que tomamos del índice de esa reparticion, en nuestro poder:

«Ningun quehacer dieron á la Policia los millares de concurrentes á la quinta de V. E., á escepcion que, cuando V. E. honró á sus conciudados con su presencia.

«Aquellos grupos se movian gozosos y entusiastas hácia donde V. E. se dirijia, con el objeto de victorearlo, de verlo y aún muchos de tocarlo.

«Así es que V. E. sabe cuántas felicitaciones recibió, cuánta infinidad de personas le tomaron la mano y se la besaron.

«Era tal el entusiasmo, Exmo. Sr., que las personas no sentian los golpes y los encontrones que se daban, por abrirse paso y poder oir, ver y aún tocar á V. E.

«Este entusiasmo patriótico, esa pa-

sion hasta el delirio, que animaba á aquel inmenso pueblo, así grandes como pequeños y de todos sexos y edades, por la ilustre persona de V. E., ocasionaron algunos leves daños en los jardines, por que tanto el que firma, como sus demas empleados, estaban estasiados á la par de los demás.»

Este solo documento muestra el estado terrible de desgradacion moral, ocasionado por el terror á que habia llegado el pueblo y sus autoridades.

Habian ido hasta mirar en Rosas una especie de Dios, á quien se adoraba en el altar de los templos y cuyas manos se besaban en las fiestas.

Y la autoridad no podia impedir algunos destrozos causados en los jardines, por estar estasiada en la contemplacion del tirano.

Solo así se comprenden las escenas bestiales y degradantes que hemos narrado en el transcurso de este libro.

Y aún nos faltan tal vez las mas conmovedoras y tocantes de que fué teatro Santos Lugares de Rosas.

Veamos algunos de estos crímenes sin precedente.

FUSILAMIENTOS

NO era solo la mazorca la que asesinaba á los ciudadanos mas distinguidos en plena calle.

El mismo Rosas, que habia llegado ya al vértigo del crímen, no se contentaba con las órdenes indirectas y las espedia él mismo, con su firma y escritas de su puño y letra.

Era tal la exaltacion criminal de aquellos malvados, que bastaba el simple hecho de no usar bigote, para que un hombre fuese mandado fusilar.

Una simple farsa, una palabra irónica, era bastante motivo para llevar á la cárcel á las señoras mismas.

Y sabido es que los que entraban á la cárcel salian en su mayor parte cadáveres.

Casi todos nuestros lectores, que no han vivido en aquella época nefanda, creerán que exajeramos y aun mentimos.

Pero en la historia de Rosas no cabe ni exageracion ni mentira.

La verdad pura es más terrible aún que lo que que pudiera producir la inventiva de un novelista.

En prueba de ello, copiamos á continuacion algunos estractos del índice de Policía de aquella época, que tenemos á la vista, y que puede, confrontar cualquiera de nuestros lectores.

En el libro 113 de Policía, que está en ese archivo, pájina 811 y anotado bajo el número 22, se lee lo siguiente, con fecha 1.° de Febrero de 1840:

«El gobierno ordena pase á la cárcel la presa doña Tránsito O. Pulido, aprehendida segun parte del Comisario Cuitiño, *por haber hablado contra el sístema santo de la federacion, dándole el título de* TATA EN PIFIA, al señor gobernador, y manifestando que la ilustre señora finada doña Encarnacion, debia estar en el *cielo colorado*, tratando al mismo tiempo de ENGRASADOS á los federales.»

En el libro 119 del mismo archivo, página 825, y anotado bajo los números 45, 46, 62, 64, 72 y 73, se leen los siguientes estractos:

«Pastor Albarracin—patria Buenos Aires, no ha prestado servicio á la federacion.

«Fué preso por ser un hablantin contra el superior Gobierno, y no usar bigote.»

—«Juan Navarro, pátria Buenos Aires, 31 años.

«Este individuo fué preso por ser paquete de frac unitario y recibir en su casa salvajes sabandijas.»

—«Sinforiano Huertas, Buenos Aires, 48 años.

Se ha quitado el *bigote*, por cuya razon y la de ser salvaje Unitario, fué preso por el coronel Parra».

—«Martin Quintana, Buenos Aires, 30 años.

«Lo prendió el coronel Cuitiño, porque siendo paquete de frac y no usando divisa, no puede ser otra cosa que un salvaje Unitario.»

—«Juan Cruz Ocampo, catamarqueño, 20 años, fué remitido por el Juez de Paz de Moron por haberse quitado el bigote.

«Este individuo no ha prestado servicio á la federacion.»

—«Faustino Uberna, San Luis, 25 años, dice haber prestado servicios á la federacion, pero lo ha mandado preso el señor general don Prudencio Rosas, por unitario y haberse quitado el bigote.»

Bajo el número 83 del mismo libro, se lee el siguiente estracto:

Setiembre 17.

El señor gobernador ordena al Juez de Paz de San Fernando, remita preso y entregue al Jefe de Policia, al cura de ese partido, por salvage unitario traidor; y previene cuide de todo individuo clasificado por tal que haya ó hubiese en el mismo partido, lo prenda y remita al ejército de Santos Lugares, debiendo en consecuencia limpiarlo de todo unitario salvaje, barriéndolo como con una escoba.

«Núm. 87, Octubre 12. Comunica el edecan de S. E. don Nicolás Mariño, haber dispuesto el señor Gobernador se proceda á la venta de todas las casas y cuanto pertenece al finado salvage unitario Lúcas Gonzalez, de cuya venta se esceptuarán las estancias porque estas quedan para el premio acordado al ejército.

El delito de no ser espía, era tambien penado con cárcel, segun este otro estracto, de puño y letra de don Juan Manuel, que se halla en el número 117 del mismo libro.

Octubre 8. Remítase al Jefe de Policia para que tenga entrada en la cárcel el individuo Timoteo Armaya por el delito de ser sirviente de Manuel Ojeda y no denunciarlo de la conversacion que sostenia este con la salvaje unitaria Marcelina Buteler, la que tambien debe ser presa en la cárcel.»

Juan Manuel de Rosas.

Con esa misma fecha y en el mismo libro, bajo el número 29, se lee la siguiente carpeta, tambien de puño y letra de Rosas, referente al noble doctor Gamboa, defensor de Reynafé:

«Instrucciones que debe observar el edecan de gobierno don Manuel Corvalán, acerca del *insolente, pícaro, impío, logista unitario*, Marcelo Gamboa, quien ha pedido permiso para publicar la defensa que hizo en favor de los reos de Barranca Yaco, y al cual se le dá la ciudad por cárcel, con prevencion que si llega á infrinjir las órdenes que se le dan, será paseado por las calles en un burro vestido de celeste y castigado además, segun la falta, como tambien si tratase de fugar del país, será inmediatamente fusilado.»

Todos estos documentos que tenemos á la vista, son insignificantes al lado de aquellos que iban seguidos de una sentencia de muerte, sin juicio y hasta sin oir al acusado ó preso.

Y para que el lector pueda formarse una idea de cómo se daban esas órdenes de matanza, en los cuarteles y en la cárcel, vamos á transcribir algunas de ellas.

En el libro 125 del archivo de Policia y bajo el número 10, hallamos la siguiente clasificacion:

«Manuel Adame, español, 33 años, fué remitido de Zárate por el comandan- Juan Navarrete como tercer piloto del

queche *General Rondeau*, apresado por el práctico Julian Gomez.

«Fusílesele en la cárcel el lúnes próximo.

Juan M. de Rosas.

«Febrero 13—Juan Gomez, sanjuanino, 25 años,—fué preso por el coronel Cuitiño, porque siendo peon de confianza del salvaje unitario Eusebio Antonio Migueuz, trajo, asociado á un tal Trinidad, conocimiento del estado del ejército de los Santos Lugares de Rosas.»

«Fusílese el lúnes próximo en la cárcel.

Juan M. de Rosas.

Bajo el número 11 del mismo libro, y con fecha de Febrero 13, se encuentra tambien esta órden seca y terminante:

«Fusílese en la cárcel el lúnes próximo, al salvaje unitario Antonio Tomás Villabra.

Juan M. de Rosas.»

Febrero 13.—Manuel Ortega, Buenos Aires, 23 años.

«Tuvo entrada en la cárcel el 8 de Enero, como prisionero del ejército del asesino Lavalle—fué oficial del batallon Guardia Argentina.

«Fusílese el lùnes próximo en la cárcel.

Juan M. de Rosas.

Bajo el número 19 del mismo libro y con fecha de Marzo 4, hay este otro decreto:

«Fusìlese el salvage unitario José Felipe Quintana, y el dinero que á este se le encontró, entrégueselele para sí al alcalde don Paulino Nuñez que lo aprehendió, dándosele al mismo tiempo á dicho alcalde, como donacion que le hace el Gobierno, doscientas cabezas de ganado de un año para arriba, de una de las estancias que fueron de salvajes unitarios.

Juan M. de Rosas.»

Las clasificaciones que se hacian en los Santos Lugares de Rosas, eran mucho mas odiosas, si caben en lo posible.

Allì iba el preso, con la nota que lo acompañaba.

A esa nota ponia don Antonino Reyes una carpeta con la clasificacion del preso, y la remitia á Palermo para su resolucion.

De este procedimiento puede dar idea al lector lo siguiente, que se registra en el archivo de gobierno, legajo núm 21.

«El Juez de Paz de Dolores remite preso al individuo José Maria Caballero, por haber pisoteado el retrato del ilustre Restaurador de las leyes cuando la sublevacion de los salvajes en dicho partido.

«Este individuo es no solo salvaje unitario, sinó que tambien tiene su fraque de tal y es *cajetilla* de bota fuerte.

Antonino Reyes.

Fusílese—

Juan M. de Rosas.

«Enero 18, mismo archivo, número 6: El Superior Gobierno dispone que el dia de mañana, 11 de Enero, el gefe de Policia haga fusilar al ex-teniente coronel Telésforo Rios, sin quitarle los grillos con que fué remitido del Paraná hasta despues de la ejecucion.

Juan M. Rosas.

«El edecan de S. E. don Manuel Corvalan, de órden de S. E. el Gobernador, dice al Jefe de Policía que:

«Mañana miércoles 2 del corriente, á las 4 ó 4 1|2 de la mañana, hará fusilar á los salvajes unitarios Márcos Legnizamon, José Gimenez, Manuel Velez, Pedro Burgos, Lorenzo Cabral, Pablo Ramirez y Antonio Helguero, á quienes se les facilitarán uno ó dos sacerdotes para que los confiesen.»

Esta nota lleva fecha 1° de Febrero y está en el archivo de Policia, libro 127, nùmero 20.

Como se vé, Rosas decretaba los fusilamientos por grandes grupos.

Uno ó dos no hubieran bastado á calmar su sed de sangre.

Podríamos transcribir mil órdenes análogas, pero creemos que las publicadas ya, son bastantes para dejar bien demostrado la clase de bandido que era Rosas, y el derecho que asiste á los que se presentan hoy al Congreso Argentino, reclamando la propiedad de los bienes de aquel malvado, que dejó à tanta familia en la más horrible miseria.

La lista sola de las personas inmoladas por el puñal de la mazorca y cuyos bienes fueron robados, llenaria nuestro folletin durante muchos dias.

La venta de sus bienes, en aquellos célebres remates de que ya hemos hablado, solo comprendia á los que no eran establecimientos de campo, que quedaban para premio del ejército y de los esbirros de la tiranía.

El dinero que producian estas ventas era entregado al depósito de Policia, del que el tirano disponia á su antojo.

Era este el dinero con que se pagaba á los mismos asesinos y que ya habian cobrado su mejor parte, en el saqueo del cadáver y casa de la víctima.

El ódio estúpido contra los unitarios, llegó en Rosas hasta mandar degollar á las personas que vestian bien, clasificándolas de paquetes, y á los que no pertenecian á la canalla que lo rodeaba, á quienes se clasificaban de decentes, último delito que se podia cometer contra la federacion.

Y para confirmar lo que dejamos dicho, transcribimos este último documento, escrito de puño y letra de Rosas, aunque aparece como si lo hubiera escrito su edecan.

Este documento se encuentra original en la voluminosa causa criminal que se siguiò al tirano, donde pueden verlo nuestros lectores.

El Coronel Edecan de S. E.

Santos Lugares de Rosas,
Setiembre 10 de 1840.

Viva la Federacion!

Año 31 de la libertad, 25 de la Independencia y 11 de la Confederacion Argentina.

Al Comandante en Jefe del número 3, Coronel don Vicente Gonzalez.

El infrascrito ha recibido órden de nuestro ilustre Gobernador, Restaurador de las leyes, Brigadier don Juan Manuel de Rosas, para avisar á V. S. el recibo de su nota fecha de hoy, con que adjunta unas notas del Comandante accidental Navarro, por si importase algo para el conocimiento de S. E., pues de todos ellos se puede tener confianza porque dicen que los llevaron á la fuerza, y al que solamente cree V. S. que es uno que estando en las guerrillas vino con el caballo cansado y se fué á mudar y al llegar al arroyo dice que le dieron alcance.

Pero esto nadie lo vió y el alcalde que mandaba al Comandante con comunicacion para V. S. que sin presentarse á los unitarios se ha venido con la carta del salvaje Lavalle, que los ha retado fuertemente y los ha hecho degollar por no cerrar la puerta á otros que lo hagan de buena fé.

S. E. considera que estos hombres en la actualidad se están viniendo de buena fé.

Y aun cuando son asi considerados algo se aventura, es conveniente hacerlo mientras se vea que no se vuelven á ir para el ejército de los salvajes enemigos y que se advierta que de la gente ha que reunido por bien ó por fuerza se están viniendo.

No así dice S. E. que debe hacerse, respecto de los ricos y de los que se titulan decentes, porque de estos ninguno es bueno, en cuya virtud debieran ser pasados por las armas, ó DEGOLLADOS,

todos los que aparecieran de esta clase de salvajes.

Dios guarde á V. S.

Antonino Reyes.

Como se vè, el degüello de la gente rica y decente quedaba decretado por el Gobernador, cuyos servidores mas famosos estaban reclutados entre la hez de la canalla.

¡Hé ahí el sistema de gobierno de aquel gran bandido!

SANTOS LUGARES DE ROSAS

ESTE es el parage maldecido donde se cometieron los crímenes más infames de la tirania.

La historia de Santos Lugares, por sí solo, constituye el proceso mas sangriento que puede hacerse de la época de Rosas.

Allì era donde se asesinaba de la manera mas brutal y cobarde, llevando el martirio de las víctimas hasta el mas bestial refinamiento de barbárie.

Allí se azotaba y se llevaba el crímen hasta arrancar ó cortar los miembros de aquellos que mas tarde habian de ser degollados, cuyos miembros sangrientos se clavaban en palos, para ser puestos á la espectacion pública.

Allì se obligaba á los unitarios condenados á muerte, á cavar el pozo donde debian de ser enterrados, á cuyo borde se les hacia parar para recibir la muerte y evitarse de este modo, hasta el trabajo de arrojarlos á la fosa!

Cuando eran varios los desgraciados á quienes se habia de fusilar, se les ejecutaba por parejas, acollarados con pesadas barras de grillos.

Entónces se obligaba á las parejas que iban quedando vivas, enterrasen á los que morian, sometiédolos aún á torturas espantosas.

La pena de azotes estaba en su apojeo.

El no haber saludado á un jefe á tiempo, el no haber sido bastante cruel con un prisionero, el no haber recibido con placer un garrotazo ó un palo, eran delitos que se castigaban con azotes.

Por cualquiera de ellos se condenaba á un soldado y muchas veces á un oficial á recibir de quinientos azotes arriba.

Y al que se quejaba le aumentaban los dias al estremo de que muchos de ellos morian con el cuerpo horriblemente mutilado.

Los gefes sabian prácticamente que un hombre, por fuerte que fuese, no podia resistir á la aplicacion de tres mil azotes, por ejemplo, pero le mandaban dar hasta cinco mil muchas veces, porque matando á un soldado de esa manera, se daba prueba de un ciego ardor y celo federal.

A Santos Lugares iban los reos de todo género de delitos, tanto el acusado de ser salvaje unitario como el que habia robado un caballo, ó el que habia tenido una simple pelea en una pulperia.

Y como el tirano necesitaba soldados á todo trance, cualquier delito insignificante era castigado con una condena al servicio de las armas, condena que nunca bajaba de un par de años.

Don Antonino Reyes era el pequeño Restaurador de las leyes en aquel punto.

Siendo el hombre de confianza de don Juan Manuel, su palabra era tenida como la misma palabra del tirano, obedeciéndose sus órdenes inmediatamente, pues se sabia emanaba de aquel.

Hay tormentos aplicados en Santos Lugares que hubieran sorprendido agradablemente á los frailes perversos, familiares de la inquisicion.

Porque el espìritu cobarde de Rosas, era diabólicamente fecundo para inventar martirios.

Su diversion favorita era llenar de

viento por medio de un fuelle, á las mismas personas que lo rodeaban, aunque fuesen estos sus servidores mas leales.

Y cuando la barriga del paciente se estiraba hasta amenazar romperse, lo hacia acostar de espaldas, y llamaba á dos ó tres soldados para que le bailaran encima un gato ó un malambo.

Entónces se veia al tirano reir de una manera descomunal, é incitar á los bailarines con todo género de dicterios, para que pisasen más fuerte y fuesen mayores los dolores de la víctima.

Y plagiando al amo en Palermo, los lacayos de Santos Lugares habian adoptado las infladas, como una diversion oficial.

Para martirizarlo y divertirse con sus quejidos ó gestos de dolor, todos tenian allí derecho para usar de un preso, desde el jefe más nombrado, hasta el más ruin escribiente de secretaria.

Y de los presos que por unitarios remitian alli de la campaña, todos escogian sus sirvientes para los oficios más degradantes.

La amenaza sola de ser enviado á Santos Lugares era un castigo para cualquiera que supiera lo que allí pasaba.

¡Y quién no lo sabia entónces!

¿Quién no tenia conocimiento de aquel horror de la federacion?

Nada se hacia allí sinó por órden de Rosas, pero esas órdenes las obtenia á su entera satisfaccion el Gobernador don Antonino Reyes.

El recibia los presos con los partes que eran remitidos.

Allí estractaba el parte y lo remitia á Palermo con una carpeta que no era otra cosa que la clasificacion del preso.

Esta clasificacion era susceptible de mil reformas y de mil giros que Antonino Reyes conocia admirablemente.

Así es que él bien sabia cómo redactar la clasificacion, para obtener una órden de fusilamiento, de azotes ó de condena á las armas.

Porque pensar en salir de Santos Lugares sin haber recibido algun castigo, era pensar un disparate!

Todavia vive en Montevideo, el Coronel Edecan de S. E., Antonino Reyes, jefe supremo de Santos Lugares.

¡Cuánto horror podria narrarnos si quisiera!

¡Cuántas veces se estremecerá el cuerpo de este hombre, al recordar las escenas tremendas de Santos Lugares!

Si aquella boca se decidiera á hablar cuánta trajedia podria narrarnos!

Don Antonino Reyes es uno de los pocos protagonistas vivos, de aquellos horrores.

El ha llegado á una edad avanzada, como la que llegó Rosas.

El *Señor* sabe para qué lo deja vivir.

Refresquémosle nosotros su memoria entumecida por la edad, y desmienta, si le parece, algunos de los ¡nfames crímenes que entramos á narrar.

Diga si no es, cierto que en aquel campamento se mataba á bolazos á los indios que incurrian en alguna falta y se fusilaba á los salvajes unitarios, acollarados con grillos de la manera que dejamos referido mas arriba, y si no se aplicaban allí los tormentos feroces que contaremos, hasta el fusilamiento estúpido y cobarde de la hermosa jóven Camila O'Gorman.

Su silencio será entónces la confirmacion de nuestra palabra.

De los primeros que regaron con su sangre aquel campamento maldecido, fueron dos capitanes Iriarte y Manuel Ortega, fusilados en Santos Lugares.

Estos dos jóvenes cayeron prisioneros, junto con el Coronel Diaz, en uno de los tantos combates librados entre el

general Lavalle y el célebre general Echagüe.

Remitidos por este jefe á Santos Lugares, fueron allí fusilados, despues de haberles hecho apurar todo género de humillaciones y martirios.

Antes de ser fusilados, á ambos se les hizo cabar la fosa en que habian de ser enterrados, haciéndolos arrodillar á su borde para mayor seguridad.

Allí se exhibieron tambien las orejas del honorable señor don J. M. Dupuy, padre de los señores hacendados del partido de la Ballenera.

El señor Dupuy salia de su casa á prisa, una noche, en busca de algunos medicamentos para su señora, que habia salido de cuidado ese dia.

El señor Dupuy fué asaltado al salir de su casa por un grupo de mazorqueros que gritaban desaforadamente sus terribles mueras á los salvajes unitarios, á los franceses y á Luis Felipe el guarda chanchos.

Sorprendido de esta agresion, pues en nada se mezclaba que pudiera hacerlo sospechoso, creyó que aquello seria una equivocacion y preguntó al jefe del grupo qué era lo que con él querian.

Una puñalada en un costado fué la contestacion.

Dupuy, que era un hombre bravo y robusto, quiso defenderse, pero otras puñaladas lo postraron privándole de toda accion.

Allí mismo y sin darle tiempo para nada, lo ultimaron, degollándolo enseguida.

Su cuerpo fué arrastrado hasta la plaza del Retiro, donde lo colgaron en un árbol, adornandolo con trofeos celestos y una cantidad de verdura, para que sirviera de burla á los federales que pasaran por allí.

Y fué entónces que para mayor escarnio le cortaron las orejas remitiéndolas á Santos Lugares, donde fueron saladas para que se conservaran más tiempo.

La estupidez de Rosas, llamada ardor federal, llegaba hasta cometer los actos más ridìculos y pequeños.

Como una prueba de ello, transcribimos aquí una nota que figura en el libro número 121 del Archivo de Policia, bajo el número 3 y fechada en Junio 30.

Esta nota dirijida al gefe de esa reparticion de puño y letra de Rosas, dice:

«ElGobernador hace presente el sumo desagrado con que han visto los federales el que en las rifas del mes de Améria (Mayo), se hayan puesto varios artículos con colores verde y celeste, de salvajes unitarios.

«Ordena en consecuencia que si ya se han comprado los que deban jugarse en las próximas fiestas de Julio y tienen los mismos colores, sean inmediatamente quemados y reemplazadas por otros federales, cualquiera que sea su costo.

Juan M. de Rosas.»

Como se vé, Rosas llevaba su ódio por los unitarios, hasta los simples objetos que tenian una leve pincelada de celeste ó verde.

Todo lo que no era color de sangre debia ser execrado.

ASESINATOS DE PRISIONEROS

Siempre combatiendo contra fuerzas superiores, mal armadas y peor disciplinadas las suyas, el arriesgado y brillante General Lavalle no desmayaba un momento.

Oribe, aquella hiena estúpida y ávida de crimenes, con un fuerte ejército; el General Lopez Mascarilla con sus santafecinos, cometiendo toda clase de

horrores; el General Pacheco, que no era tan feroz como ellos, al frente de las tropas de Rosas, eran los poderosos enemigos que perseguian á Lavalle sin dejarle un momento de reposo.

Aquel tenia que multiplicarse para atender á todos estos enemigos, è irlos batiendo en detalle, llegando á darles algunos golpes que los dejaron algo mal parados.

El habia logrado sitiar en Santa Fé al General Lopez, y ponerlo en sérios apuros, porque vencido este, podria entónces darse la mano con el valiente y heróico Lamadrid, que esperaba por momentos su incorporacion.

Pero estando en lo más interesante del sitio, el General Pacheco, con una fuerte division, le pisó la retaguardia, obligándolo á retirarse.

No era solo la division del General Pacheco la que hacia retirar á Lavalle.

Es que detrás de aquel estaba Oribe, y veia que no podia luchar contra tales fuerzas y tales elementos.

Sus soldados pésimamente armados y con escasa municion, no tenian más recurso que el arma blanca, y esta era insuficiente para luchar con tantos, sobre todo con el ejército de Oribe que era el mejor equipado.

El General Lavalle abandonó la Provincia de Santa Fé, dirigiéndose á Entre Rios, con la esperanza de seguir batiendo en detalle á aquel enemigo poderoso.

Pero éste, como si le adivinase el pensamiento, siempre unido, y á una jornada uno de otro, emprendió la persecucion, dividido en tres cuerpos, mandados por los generales Pacheco, Lopez y Oribe.

El 28 de Noviembre de 1840, fué alcanzado por la vanguardia del General Lopez, en los campos del Quebracho y se vió obligado á aceptar un combate cuyas consecuencias fatales no eran dificiles de prever.

Pero Lavalle tenia confianza en su gente, y una fé profunda en su corazon hidalgo y valiente, así es que aceptó el combate con muchas esperanzas de triunfo.

Y así hubiera sido, si el ùnico enemigo con que tenia que luchar, hubiera sido la vanguardia de Lopez.

Sus valientes paisanos y aquella juventud distinguida y brava que lo acompañaba, hacian prodigios de valor.

Sus cargas de caballerias eran tan contínuas y tan hábilmente dispuestas, que el enemigo por fin vaciló.

Roto su centro, el terror ganó sus filas, y sus alas empezaron á perder la formacion.

Entónes Lavalle llevó personalmente una carga á fondo, y la derrota empezó á pronunciarse en las tropas de Lopez de una manera tremenda, iniciando entónces aquel una persecucion tenaz y encarnizada.

Pero estaba de Dios que aquella jornada debia ser fatal á las armas unitarias.

Apenas iniciaba Lavalle la persecucion, cuando se presentó á su frente y flancos el ejército del General Pacheco reforzado con algunos batallones de Oribe.

Pacheco se presentó ya formado en línea de batalla y rompió sobre el ejército de Lavalle un fuego nutrido y mortífero.

Los cuerpos de este, lanzados á la persecucion, fueron sorprendidos por aquel nuevo ejército en completo desórden y fuera de toda formacion.

Reorganizado bajo aquel terrible fuego y dispuesto á disputar el terreno conquistado, aceptó el intrépido Lavalle aquella nueva batalla que empezó más récia y más sangrienta que la primera.

Agotadas sus municiones, el sable y la lanza de sus buenos gauchos se abrian paso por entre las filas enemigas.

Los libres del Sur, lucidísimo regimiento que mandaba el coronel Rico, dió una carga sobre el flanco derecho del enemigo con espléndido éxito.

Aquel regimiento hubiera hecho vacilar y tal vez hubiera arrollado la fuerza de caballeria que cubria aquel flanco, cuando el noble Coronel Rico cayó de su caballo para no levantarse más.

Una bala le habia atravesado el pecho.

Deshecho y acuchilleado, el Regimiento Libres del Sur tuvo que retirarse, no sin haber tentado en vano levantar el cadáver de su jefe.

Fué en esta empresa donde tuvo más bajas, pues al verlo sin jefe y vacilante, el enemigo cargó sobre él con ánimo de concluirlo.

El General Pacheco tomó entónces la ofensiva, el toque de ataque sonó en toda la línea y al mismo tiempo que la infanteria rompia un fuego tremendo la caballeria toda cargaba, tratando de envolverlo por ambos flancos.

La derrota era inevitable.

Muchos cuerpos empezaban á envolverse, á pesar de las hábiles disposiciones de Lavalle, y otros á dispersarse, aterrados con la idea de una derrota que iba á ser sangrienta y sin cuartel.

En vano Lavalle quiso mantener la formacion en sus filas, para emprender una retirada con éxito, en vano se lanzó con aquel objeto en lo mas récio del combate, su pobre ejército, estenuado de fatiga, despues de dos batallas, y desmoralizado ya con las bajas que sufria empezó á desbordarse.

Desesperado entónces y como último recurso de salvacion, hizo tocar retirada, la que se emprendió con la mayor precipitacion.

La caballeria de Lopez, rehecha á la espalda del ejército de Pacheco, empezó entónces á tomar una revancha, digna de la causa que defendia; el herido como el prisionero, como el muerto mismo, eran degollados y sometidos al saqueo más impío.

Y el ejército, no ya el ejército sinó los pocos grupos de hombres que habian quedado al general Lavalle, huian en todas direcciones para escapar á un esterminio seguro.

El General Lavalle hubiera quedado allí á seguir la suerte de sus compañeros, pero el benemérito coronel Vilela lo obligó á huir con reflexiones como esta:

—Su muerte, General, será la muerte de nuestra santa causa.

Es su prestigio lo único que puede contrarestar el poder de Rosas en toda la República, que quedaria bajo su gobierno impio sabe Dios hasta cuando.

Una derrota no es nada, General, ya combatiremos con mejor suerte.

Y sobre todo, su muerte seria un suicidio que usted no tiene derecho de consumar y que yo le prohibo en nombre de la patria ensangrentada!

El General Lavalle escuchó aquellas leales palabras y agobiando la noble frente cargada de sombras, siguió á los últimos restos de su valiente ejército.

¡La batalla de Quebracho estaba concluida!

Pero aún el enemigo tenia que hacer un esfuerzo tremendo para coronar aquel triunfo.

Aún quedaba sobre el campo de batalla un grupo de infantes que, en formacíon imponente, parecia dispuesto á pelear hasta caer el último.

Era una brigada de infanteria, compuesta de unos quinientos hombres al mando del bizarro y bravo Coronel don Pablo José Diaz.

Este jefe habia comprendido que la retirada á pié era la muerte, y habia formado dos cuadros, con los que podria imponer al enemigo y obligarlo á una batalla por demás sangrienta

cuanto estaba dispuesto á combatir hasta el último aliento.

Dos cargas terribles y encarnizadas trajo sobre él el enemigo, pero las dos veces tuvo que retirarse con grandes pérdidas y en completo desórden.

Aquello era la heroicidad llevada hasta su último grado.

El Coronel Diaz calculaba que el enemigo postrado por la batalla y la persecucion, tendria que dejarlo retirar, mal de su grado.

Así es que sostenia su posicion con una bizarria imponente.

El General Pacheco comprendió por su parte, que aquella tropa estaba dispuesta á morir matando.

El podria concluir con ella, pero á costa de grandes sacrificios y sin lograr hacer un prisionero.

Conocia demasiado al Coronel Diaz para calcular que todo ataque llevado sobre él seria rechazado como los dos anteriores, con pérdidas enormes.

E inició entónces proposiciones de capitulacion, de manera que fueran aceptadas.

Respetarles la vida, si se entregaban á discrecion.

Aquella primera proposicion fué rechazada con toda soberbia por el Coronel Diaz, que agregó:

—Diga usted al general Pacheco que si no tiene otra cosa que proponer que mande atacar no mas.

Aún podemos resistir y ofender hasta agotar la municion.

Y cuando no tengamos otra cosa, aún nos quedarán los fusiles para hacerlos pedazos sobre el cráneo de la canalla que comanda.

Aquella respuesta altiva y valiente no dejaba lugar á dudas.

Los dos ataques llevados sobre los cuadros de Diaz, tan bravamente rechazados, habian acobardado algo á los soldados de Pacheco, al estremo de temer este no fueran capaces de llevar un tercero.

Y envió un nuevo parlamento con proposiciones mas aceptables.

Rendir las armas á cambio de la vida y de la libertad.

Pero el Coronel Diaz las rechazó de nuevo, añadiendo:

—Diga usted al General Pacheco que yo no puedo entrar en arreglos sinó bajo estas bases inmodificables.

Respeto cumplido de la vida y libertad de todos los que formamos esta brigada, que depondria entónces sus armas con todos los honores de la guerra.

Que lo creo un militar dígno, incapaz de faltar á una capitulacion, que no haría á buen seguro con Oribe, ni con Lopez.

Que bajo estas bases, puede formular un tratado.

Entre tanto, muchos soldados de la caballeria, dispersos y huyendo de las partidas enemigas, se habian incorporado á la heròica brigada, aumentándola en unos cien hombres mas.

Trasmitida esta respuesta al general Pacheco, este se apresuró á aceptar las bases, pasando en persona al sitio que ocupaba aquella soberbia tropa.

Bajo los más sagrados juramentos y bajo la fé de su honor, de cumplirla en todos sus puntos, el General Pacheco aceptó aquella capitulacion.

El Coronel Diaz entregó las armas que habia esgrimido con tanto heroismo, y pasó al campo enemigo, con todos los honores de la guerra.

La soldadesca de Pacheco, quiso burlarse de los capitulados intentando saquearlos, pero el General Pacheco empezó á cumplir su palabra imponiendo las mas severas penas al que se permitiera la mas leve agresion á los vencidos.

El General Lopez se habia retirado del campo de batalla, con sus santafeci-

nos, buscando tal vez la incorporacion de Oribe, que era el jefe superior en campaña que investia todo el poder de Rosas.

Hácia aquel campamento emprendió tambien su marcha el General Pacheco, seguido de los capitulados, para presentarlos al General Oribe y llevar verbalmente el parte de la accion, y del triunfo que importaba la anulacion del General Lavalle y la pérdida de todo su ejército.

La marcha hasta el campo de Oribe se hizo en el mayor órden, sin que los capitulados tuvieran que quejarse en lo más mínimo.

Pero desde que el ejército estuvo bajo la voz del bandido Oribe, la situacion de los capitulados cambió por completo.

—Yo no hubiera admitido tales condiciones, dijo el terrible caudillo y los hubiera pasado á degüello.

—Pero yo creí deber hacerlo así para evitar mayor número de bajas, y no creo haber hecho en ello un disparate.

—Pero yo no puedo sancionar con mi consentimiento semejante capitulacion y no debo hacerlo.

—Es que mi palabra, y por intermedio mio la del Gobierno, están de por medio, y yo jamás falté á la mia.

—Pues se pasará al Gobierno un parte minucioso del combate, consultándole yo lo que debo hacer con esta gente.

--Sea así, pero entre tanto, esos hombres nos son sagrados.

Están aquí bajo una capitulacion de guerra.

El General Oribe tuvo que ceder, pero declaró que aquellos hombres permanecerian en su campo, hasta tanto se recibiera órdenes de Rosas sobre lo que debia de hacerse, órdenes que fueran cuales fuesen, cumpliria al pié de la letra.

Demasiado comprendian Oribe y el mismo Pacheco cuales podrian ser aquellas órdenes, tratándose de salvajes unitarios que pertenecian al ejército del General Lavalle!

Todavia aquella noche la brigada del Coronel Diaz gozó de lo estipulado en la capitulacion, cuyo término debia de ser corto.

Al dia siguiente el General Oribe se puso en marcha desde el Quebracho hácia la Provincia de Córdoba, donde dijo iba á esperar las órdenes del General Rosas, segun lo habia manifestado en sus notas.

Siendo ya inútil toda tentativa por ese lado, Oribe dejó allí al General Pacheco, para que despues de dar á su tropa el descanso consiguiente á la pasada fatiga, marchase á impedir la incorporacion de los restos del ejército de Lavalle, con el terrible y bravo Lamadrid, que se habia movido ya en contra del tirano, con no pocos elementos.

Aquí empezó el martirio de los capitulados, á quienes Oribe miraba como prisioneros cuyos cuellos pertenecian de derecho á la federacion.

Guiado por sus instintos y deseos, en cuanto se separó del General Pacheco los habria pasado á cuchillo.

Pero temia una reprimenda de Rosas que tal vez los quisiera hacer degollar en Buenos Aires.

Así es que no se atrevia á adoptar una resolucion, sin esperar órdenes del Gobierno.

Este temor no fué sin embargo un obstáculo para cometer con ellos, durante la marcha, todo exceso de crueldad bestial y de repugnante cobardía.

Entre ellos venian los Tenientes Coroneles Manuel Esteban Suarez, Saturnino Navarro, Juan José Torres, el Sargento Mayor Juan José Perez, los Capitanes Domingo Castañon, Faustino Lopez y Mariano Llanos, el Teniente Cayetano Gallegos, el Alferez Benito Plaza, y los ciudadanos Manuel Escobar, N. Rodriguez, Gregorio Arraigada,

Laureano Valdéz (de 18 años) y Apolinario Gaetan.

Como estos eran los decentes á quienes Rosas condonara á degüello, segun la comunicacion que ya hemos publicado, fué contra ellos que se estrelló principalmente la cobardia de aquellos malvados.

Desde que estuvo fuera de la vista de Pacheco, la soldadesca de Oribe empezó á prodigar á los que llamaba sus prisioneros, todo género de insultos, amenazas y aun golpes.

Los gefes de los capitulados protestaron con toda energia, reclamando el cumplimiento de la capitulacion hecha con el General Pacheco.

—Como capitulacion los voy á poner yo á ustedes, respondió Oribe con su habitual groseria.

Ya verán que capitulacion les espera cuando vengan las órdenes que de Buenos Aires espero.

—Nosotros hemos capitulado bajo bases precisas y hemos depuesto las armas con todos los honores de la guerra.

Tenemos para ello la garantia de la palabra del General Pacheco, que ha empeñado ante todo su ejército.

—El General Pacheco no sabe lo que hace, replicó Oribe.

Quien ha de disponer de ustedes es el General Rosas, y hasta que sus órdenes no vengan, yo los he de tratar como ustedes se lo merecen.

Los soldados de Oribe empezaron por despojar á los que ellos llamaban sus prisioneros, de la ropa que vestian, dándoles para cubrir sus carnes los andrajos que ellos llevaban, y los que habian arrancado à los cadáveres del campo de batalla.

El que se resistia al despojo de su ropa y de alguna prenda que llevara consigo, era golpeado con toda crueldad y sometido á las penas mas brutales, por haberse insolentado, segun la razon que daba Oribe, contra un soldado de la federacion.

Aquellos prisioneros, segun lo declarado por Oribe, en su mayor parte, pertenecian á la más distinguida juventud de Buenos Aires y de otras Provincias Argentinas.

No contento con los martirios que se les aplicaba, fueron obligados á marchar á pié, y descalzos, durante los diesisiete dias que duró aquella marcha espantosa, á cuyo lado empalidecia el mismo camino del Gólgota!

La marcha se hacia sobre campos desiertos, llenos de filosas raices y de pajonales incendiados, cuyas hojas filosas y agudas destrozaban sus piés desnudos!

Y aquella marcha diaria que debia durar diesisiete dias, se hacia en un espacio de diez y doce leguas por dia!

Era difícil que un ser humano pudiese resistir á aquella prueba de suprema barberia.

El que caía postrado por el dolor y el cansancio, era obligado á seguir la marcha, por un procedimiento digno de aquellos séres privados de todo sentimiento.

Cuando el garrote no era suficiente á hacerlos poner de pié, los pinchaban con las puntas de las lanzas y de las bayonetas hasta que el nuevo dolor los hacia hacer un esfuerzo supremo y seguir aquella marcha estupenda.

El que no cedia ni al palo ni al pinchazo, debia ceder á la mutilacion de los miembros, ó pagar su postracion con la vida.

Así, el camino que seguian aquellos desventurados, quedaba señalado por un reguero de cadáveres.

Muchos de los que se habian sostenido hasta el último esfuerzo, por huir de aquel otro martirio, caian moribundos, sin tener siquiera fuerza para pedir gracia.

Estos, eran degollados sobre tablas,

convencidos de que toda tentativa de hacerlos marchar seria inútil.

Y como si todo esto no fuera bastante, el cerebro infernal de Oribe inventaba á cada paso nuevos y crueles martirios.

Bajo el sol abrasador de Diciembre, marchando aquellas jornadas tremendas, heridos y desfallecientes, la sed venia á ser una nueva tortura insuperable.

Esto habia dado á Oribe idea de someterlo al martirio de Tántalo.

Cuando se hallaba en el tránsito alguna laguna ó arroyo de los muchos que por allí abundan, acampaba todo el ejército á tomar algun descanso y apagar la sed devorante.

Esta operacion se hacia de una manera verdaderamente infernal.

A ambos lados del arroyo y á unas cincuenta varas de la orilla, se hacian formar los prisioneros que aún quedaban con vida.

Desde allí se les obligaba á contemplar al ejército de Oribe, que venia á tomar agua por compañias.

Muchos de aquellos desventurados no tenia fuerza suficiente para soportar el martirio.

La sed era superior al instinto de conservacion y rompian las filas, á pesar de los centinelas, para lanzarse al arroyo.

Pero nunca podian satisfacer el ardiente deseo, porque alcanzados por los centinelas, que los custodiaban, ó atajados por los soldados que estaban bebiendo, eran muertos á bayonetazos ó á puñaladas.

Parece increible que un ser humano pueda llegar á semejante exceso de crueldad!

El que crea que exageramos en un átomo la relacion de estos horrores, puede ir al Archivo de los tribunales y hojear el voluminoso espediente de la causa criminal seguida contra Rosas.

Allí encontrará corroboradas todas estas monstruosidades por la declaracion del General Pacheco, en la foja 87, de Benjamin Villegas, á fojas 323 vuelta, Josefa Mendoza de Perez, á foja 32, y otros muchos que allí figuran.

Y damos estas pruebas, porque la mayor parte de nuestros lectores creerá con razon que exajeramos los hechos de una manera criminal, pues no es concebible tanta perversidad y depravacion de sentimientos!

Cuando todo el ejército concluia de beber, los pobres prisioneros pensaban que les llegaria su turno.

Pero no era asi.

Aún faltaba el complemento de aquel horror.

Asì que el último soldado habia bebido hasta no poder mas, se traia á beber las caballadas.

Y como si esto no bastara aún, cuando las caballadas habian bebido, las hacian pasar el arroyo dos ó tres veces, á fin de que el agua mezclada al fango del fondo, se convirtiera en un lodo espeso y nauseabundo, comparable solo á un chiquero de campo.

Entónces, recien entónces se permitia á los prisioneros que fueran, no á beber, porque aquello era imposible, sinó á chupar aquel barro asqueroso, para apagar la sed.

Aquellos desventurados se lanzaban frenéticos al charco, cuyo lodo chupaban con una ansiedad de dementes.

Ante este espectáculo tremendo y conmovedor, las tropas de Oribe se entregaban al placer mas íntimo.

Aplaudian desaforadamente á los que se echaban de barriga al arroyo á devorar el lodo, é insultaban y apedreaban ferozmente á aquel que hacia el menor gesto de repugnancia.

En una de estos escenas incalificables, un oficial de las tropas de Oribe, el capitan Fermin Mendez, no pudo contener el desborde de sus sentimientos; su-

blevados ante tan miserable cuadro.

Y despues de impugnar de una manera bravía, proceder tan cobarde y brutal, se acercó á uno de los prisioneros, el Comandante Navarro y le alcanzó su *chifle* lleno de agua cristalina que aquel apuró con una desesperacion febril.

—¡Esto es espantoso! esclamó aquel noble oficial al alcanzar el chifle, y no hay corazon humano que pueda contemplarlo sin sublevarse.

Tome, Comandante, beba.

En vez de avergonzarse con aquel acto noble, que provocaba un castigo, el General Oribe se enfureció de una manera tremenda y galopando hasta donde estaba el Capitan Mendez, le pegó en la cabeza con el rebenque.

El jóven protestó del acto, y se puso en actitud hostil.

El General Oribe hizo entónces acercar un escuadron de caballeria, y mandó lancear al jóven, órden que se cumplió inmediatamente, sin la menor observacion.

—Y con vos no hago lo mismo, añadió dirijiéndose á Navarro, porque te reservo una muerte más á mi gusto.

¡Ya te enseñaré á beber cuando yo no quiero!

El Capitan Mendez, que era un mozo ilustrado, y por consiguiente un lunar en aquel ejército de bandidos, murió como debia morir un hombre de su temple.

—¡General Oribe! le gritó defendiéndose de las lanzadas, como si quisiera evitar la muerte hasta decir aquello.

¡General Oribe! yo te emplazo ante la infinita justicia de Dios!

¡Eres un bandido!

Y calló acribillado á lanzadas.

Como los prisioneros que se habian asesinado, el cadáver de Mendez quedó insepulto, para servir de alimento á las fieras.

Aquello que Oribe bautizó de acto de justicia militar para castigar una rebelion, sirvió para otros fusilamientos de soldados que habian tenido con los prisioneros actos de compasion y de comedimiento.

—No hay piedad posible para los salvajes unitarios, decia Oribe, y el que la tenga, la pagará con el cuero.

Estos son bandidos que no merecen mas que puñal ó bola.

Y la bola aludia á otros infelices, que habian muerto á bolazos, para ensayar este nuevo género de torturas.

Cada jornada de estas costaba la vida á doce ó quince de aquellos infelices, que caian postrados por el cansancio, la sed, el desgarramiento de los piés ó el puñal de aquellos bárbaros.

Durante esta marcha espantosa perecieron mas de cincuenta de aquellos desventurados.

En uno de los dias en que el calor se habia hecho sentir de una manera terrible, un grupo de prisioneros, entre los que figuraban el Coronel Mons y el jóven José Maria Carranza, se negó á dar un paso más.

Ellos sabian que aquella resolucion iba á costarles la vida.

Pero de todos modos el final de aquella jornada debia ser la muerte, y apresurarla era siempre un beneficio.

—¡Sigan la marcha! les gritó el oficial que los custodiaba, ó tendré que dar cuenta al General.

—No podemos y no queremos, dijo el Coronel Mons.

Si nos matan, por lo menos ahorraremos muchos dias de martirio inútil.

Puede pues dar cuenta al General, añadiendo que nos hace un verdadero servicio si nos manda fusilar sobre tablas.

El oficial dió cuenta al General Oribe de lo que pasaba, y aquel se trasladó á donde estaban los prisioneros aludidos, mandando hacer alto al ejército.

—¿Qué es lo que ustedes se han

atrevido á mandarme decir? esclamó encarándose con el Coronel Mons.

—Ignoro lo que el oficial habrá dicho, respondió noblemente el prisionero, pero lo acepto á pesar de todo.

Preferimos la muerte, todos nosotros, á este martirio sin trégua, sin un solo momento de reposo.

—Ah! miserable! gritó Oribe ¿y no sabes, salvaje unitario, que yo puedo hacerte cortar la lengua?

—Solo lo puede quien dispone de un ejército de bandidos, tratándose de hombres desarmados y rendidos de fatiga.

Pero lo que garanto que no puede usted ni nadie, es hacerme dar un solo paso más.

Y se sentó sobre el suelo, mirando al asesino con un desprecio supremo.

—¡Ah! canalla, ahora verás si puedo.

Y golpeó la cabeza de Mons con el cabo del rebenque.

Al golpe, Mons estuvo de pié como movido por un golpe eléctrico, y no pudiendo hacer otra cosa, se contentó con escupir á la cara de aquel bandido.

Esta fué su salvacion.

Enfurecido Oribe, hizo acercar inmediatamente cuatro tiradores, y lo fusiló sin darle siquierá tiempo de apreciar la situacion.

Y hemos dicho que esa fué su salvacion, porque enceguecido Oribe por la ira, lo hizo matar inmediatamente, dejando á un lado su eterno programa de pinchazos y lanzadas, que usaba como preliminares de muerte.

De otro modo, el Coronel Mons habria sido martirizado como lo fueron sus desgraciados compañeros.

Muerto Mons, Oribe apartó con el pié el cadáver y se dirijió al jóven José Maria Carranza que habia presenciado la muerte de aquel, y esperaba tranquilamente su turno.

¿Y usted tampoco quiere marchar? le preguntó.

¿Quiére tambien seguir la suerte de ese animal?

—Por lo ménos, replicó el jóven, respete usted los muertos.

—¿Quiere decir que no querés marchar, nó?

Bueno y á ver esos cuatro, háganme caminar á ese pillo á paso de trote!

Los mismos soldados que habian asesinado á Mons, se acercaron á Carranza, cuchillo en mano, y empezaron á pincharlo diciéndole que caminara.

Pero el jóven sonrió de una manera glacial y soportó los pinchazos, que se convirtieron bien pronto en puñaladas.

Los demás jóvenes que presenciaron esta cobarde escena, se lanzaron sobre los verdugos gritando:

—Morir por morir, pues tengamos siquiera el consuelo de defendernos!

Entónces empezó una verdadera carnicería.

Todos aquellos jóvenes fueron muertos á puñaladas y golpes de culata, en presencia de todo el ejército y resto de sus compañeros.

Y arrojando los cadáveres á un lado del camino, siguió el ejército su marcha á Córdoba.

Cuando llegaron al Rio Tercero los capitulados bajo la fé del general Pacheco y del Gobierno por intermedio de este, solo alcanzaban al número de doscientos.

Trescientos y pico habian quedado en el camino, muertos de la manera que hemos indicado.

Allí, en Rio Tercero, estaba esperando á Oribe, con pliegos de Rosas, un Comandante Maestre, al frente de un Rejimiento de Caballeria.

En los pliegos venia una órden para que Oribe entregara los prisioneros á Maestre, quien debia conducirlos á Buenos Aires á esperar la resolucion del Gobierno.

Oribe entregó los prisioneros como se le ordenaba, y Maestre emprendió con ellos la marcha para Buenos Aires.

A ninguno se le escapó que salian de un peligro para caer en otro mayor.

Rosas no podia hacerlos conducir á Buenos Aires para otra cosa que para cebarse con ellos y someterlos á martirios más brutales, aún, de los que hasta entónces habian pasado.

Así es que muchos de ellos, al emprender la marcha, habian resuelto hacerse matar en el camino, para evitar el horror de caer entre las garras de Rosas.

Suponiendo que el tal Comandante Maestre fuera más humano, trataban de combinar la manera como podian proceder para hacerse matar.

El aspecto de estos infelices era horrible.

Consumidos por la sed, el hambre, la fatiga y el dolor, sus cuerpos, mas que tales parecian esqueletos.

Sus rostros cadavéricos aterraba, indicando que la vida, en semejantes naturalezas debia ser muy corta.

Sus piés eran una llaga viva, pero una llaga sangrienta y destrozada por las mismas causas que la habian producido los pajonales y filosas raices del campo, sobre las que caminaban jornadas imposibles.

Durante la noche, no se les dejaba un momento de reposo, siendo despertados contínuamente para molestarlos y hacer otros aparatos de vigilancia.

El desaseo consiguiente en las heridas de aquellos piés mutilados, habia empezado á corromperlos, ayudado por el sol abrasador de aquellos parajes.

Empezaba, pues, para muchos de ellos, una descomposicion en vida.

Obedeciendo á órdenes recibidas, ó por una crueldad natural, el Comandante Maestre empezó á hacer con ellos un verdadero lujo de ferocidad.

La menor y mas insignificante observacion se les hacia con el sable en la mano, aplicándoseles bárbaras palizas por el solo placer de verlos sufrir.

El que caia postrado por la fatiga ó el despedazamiento de los piés, ya no era obligado caminar á puntazos y palos, como en el ejército de Oribe.

Se les lanceaba sencillamente, para no perder tiempo y se les hacia degollar, que era más divertido.

Aunque aquel género de muerte era espantoso, muchos se hicieron matar así, para huir de un martirio insostenible.

Aún les faltaba un buen trecho para llegar á Buenos Aires.

Cada noche amanecian uno, dos ó mas cadáveres entre las filas de los capitulados.

Eran los que morian silenciosamente á consecuencia de aquellos horrores.

Una noche, uno de ellos atropelló al centinela, le arrancó la bayoneta y se la clavó en el corazon, dándose así una muerte instantánea.

Y para evitar la repeticion del hecho, desde aquella noche se les hizo dormir acollarados por las piernas, en cepo de lazo y á cierta distancia del centinela que tenia órden, no de matar al que se moviera, pero sí de desmayarlo de un culatazo.

Por fin, el 6 de Enero del año 41, llegó á Santos Lugares de Rosas, el resto de aquellos desventurados.

Solo ascendian entónces á penas á unos 150 hombres, entre oficiales y tropa.

El puñal de los bandidos de la federacion habia dado cuenta del resto!

Una vez en Santos Lugares, todos aquellos hombres que apenas podian moverse, fueron puestos bajo las órdenes de don Antonino Reyes, quien pasó á Rosas el parte circunstanciado, relacion y estado de los presos, para que

aquel dispusiera lo que habia de hacerse con ellos.

Como preliminar de las nuevas penurias quedebian pasar, despues de maltratados de todas maneras, se les hizo que ellos mismos, es decir, cuatro de ellos, fusilasen á sus compañeros Miguel Silva, Francisco Biancarlos y algunos otros contra los que el tirano tenia especial odiosidad, por ser personas pertenecientes á respetables familias.

Ya se sabe que la condicion de decente, constituia por si solo un delito que se castigaba con el degüello, segun documento que hemos publicado ya.

Los tiradores debian hacer fuego sobre sus compañeros, sin permitirse la menor observacion.

Con este objeto se habia colocado detrás de cada uno de ellos un sargento armado de sable que debia darles de golpes hasta que hicieran fuego ó cayeran muertos.

Despues de estas terribles ejecuciones, los demás prisioneros fueron tratados como bestias feroces.

Se les arrojaba al suelo un hueso de puchero por el cual tenian que pelear, porque si nó, se les retiraba y se les dejaba sin comer.

Y á los pocos dias era tal el hambre que los aflijia, que peleaban efectivamente por el hueso, que roia de una manera febril el que lograba conquistarlo.

Y estas escenas increibles de ferocidad inaudita, eran estruendosamente aplaudidas por los soldados y empleados que los miraban, quienes arrojaban huesos y pedazos de pan, para verlos pelear.

Despues que el hambre se habia calmado un poco, tenian lugar entre los presos escenas de desgarradora ternura.

Los que habian peleado por el hueso se abrazaban y se pedian perdon, asegurándose que solo las locuras del hambre podia hacerlos cometer tales actos.

Y todos se disculpaban y se tendian la mano fraternalmente.

Oh! los estravios del hambre solo eran comprensibles para el que la pasaba.

El que no ha sufrido tres ó cuatro dias de hambre, no puede calcular hasta donde es capaz de llegar el ser humano para satisfacerla.

Comeria uno pedazos de su propia carne sin perder tiempo en asarla!

Por fin llegó á Santos Lugares una disposicion de Rosas referente á los presos.

Por ella ordenaba el tirano fueran separados los oficiales del resto de la tropa, siendo remitidos aquellos al cuartel del Retiro, y esta distribuida entre los cuerpos de línea.

Habia muchos de ellos cuyos piés estaban tan despedazados, que por la planta podian verse los huesos careados y astillados muchos de ellos.

Era un reparto estéril, porque aquellos infelices estaban inutilizados para el servicio de las armas y aún para estar en pié.

Harto milagro harian con poder caminar despues de ser curados!

En cuanto llegaron al cuartel del Retiro y fueron entregados al coronel Quevedo, jefe de las fuerzas que habian de custodiarlos, fué separado el capitan don Manuel Ortega.

Este bravo oficial, con el pretesto de que era desertor del batallon federal «guardia argentina», fué remitido á la Policia con una órden de Rosas, que creemos haber publicado ya, ordenando fuese fusilado el próximo lúnes.

Para los que quedaron presos en el Retiro, empezó una nueva vida de sufrimientos incalculables.

No tenian más lecho que los ladrillos de un suelo lleno de pozos y reptiles,

único mueble que para todo su uso se les consentia.

Cuántos no envidiaron la suerte de Ortega, al verlo salir para la Policia!

¡Todos ellos habrian deseado hallarse en su caso!

Narrar el cúmulo de horrores à que fueron condenados, será repetir lo ya dicho, pues la federacion aplicaba los mismos tormentos, que iban conociendo por estrañas referencias.

La comida en el suelo, el garrote por el cuerpo, la sed, la carencia hasta de un poco de aceite para untar á las llagas de los piés, todo, todo fué finamente esplotado para aumentar el tormento.

Fué el sargento Mayor Cano, el primero en que hizo presa la muerte, bajo la forma mas aterradora.

El Mayor Cano era una persona fina y delicada, habituada á las penurias de las guerras, pero en quien el tratamiento recibido debia producir un efecto terrible.

El Mayor Cano venia enfermo desde Rio Tercero, donde lo habia acometido un violento chucho, al que se siguió una fiebre intermitente que revestia su mayor gravedad.

Los piés de Cano, á consecuencia del desaseo, del calor y de las llagas desgarradas, se habian ulcerado y empezado á descomponer.

La putrefaccion empezaba á estenderse á las piernas, donde ya aparecian otras ùlceras que, aunque menores que las del pié, no dejaban de tener una gravedad terrible.

Las úlceras aumentaban sensiblemente, y el cuerpo del jóven amenazaba convertirse en algo indescriptible, en un horror capaz de impresionar al disector mas indiferente.

El Mayor Cano pidió al coronel Quevedo le permitiera hacer llamar un médico que por lo ménos aliviara los terribles dolores que padecia, ó que le hiciera la gracia de fusilarlo inmediatamente, porque no podia resistir á aquel nuevo género de martirio á que la fatalidad lo condenaba.

El coronel Quevedo que tenia instrucciones precisas que cumplir, hizo presente al Mayor Cano que no podia acceder á ninguno de los pedidos, pero que tampoco queria negarse á hacer lo posible para complacerlo.

Que mandaria consultar á Rosas.

El Coronel Quevedo pasó una nota al Restaurador, dándole cuenta del estado de Cano y lo que éste solicitaba.

« Contéstese al Coronel Quevedo, escribia Rosas al pié de esa nota, y en forma de decreto, que se abstenga en adelante de dar curso á solicitudes de salvajes unitarios, á quienes se debe negar por principio, todo cuanto pidan, mucho más tratándose de individuos que han servido con el asesino Lavalle y que han hecho fuego contra la santa causa la federacion.»

El Coronel Quevedo llevó aquel decreto que se le remitió en cópia, al desgraciado Mayor Cano, que vió cerradas para sí, todas las esperanzas de mejorar su suerte.

—Un ùltimo servicio, dijo, que espero esclusivamente de usted y concluyamos.

—Estando en mi mano, no hay inconveniente, contestó aquel jefe, conmovido por el terrible estado de Cano.

—Pues bien, en nombre de lo que más ame usted en el mundo, hágame pegar cuatro tiros!

En el règimen que sigue el Gobierno, su accion no se estrañará, sobrándole á usted pretestos para autorizarla.

—Si se tratara de otra persona cualquiera, no digo que no, pero tratándose de prisioneros de guerra es distinto.

—¡Pero esto es espantoso! yo voy á morir devorado por esta enfermedad terrible que ya invade mi cuerpo!

Présteme usted por lo ménos una

arma con que terminar este martirio insoportable.

Esto no puede saberlo persona alguna.

¡Mi silencio se lo garante mi muerte misma!

—Esto ménos que lo otro, pues mi compromiso seria mayor, viniendo á costarme mi posicion y tal vez mi vida.

Perdone pues, amigo mio, bien lo deseara, pero no puedo servirlo.

El Mayor Cano se decidió entónces á poner en práctica un medio estremo.

Una noche en que sus sufrimientos eran insoportables, á consecuencia del terrible calor que reinaba, se puso á dar grandes gritos contra el sistema federal, contra Rosas, á quien calificaba de bandido y asesino y contra sus miserables instrumentos.

—Puede ser, pensaba el pobre, que así me fusilen, porque no consentirán en semejante escándalo.

El coronel Quevedo se presentó en el cuarto donde se alojaban los presos, intimándole guardara silencio y cesara en aquel escàndalo.

Pero Cano, en vez de obedecer, replicó con soberbia:

—No me callo, no quiero callarme, porque lo que digo es la verdad que arde en todos los pechos, aunque son pocos los lábios que se atreven á decirla.

Rosas es un asesino miserable y cobarde y los que lo sirven una gavilla de bandidos.

—Le prevengo, replicó entónces Quevedo, que si usted no se calla, voy á verme en la necesidad de ser con usted duro, usando de todo el rigor que me sea permitido.

—Poco me importa, contestó Cano, con la esperanza de que aquel rigor fuera la muerte.

Y siguió vociferando y creciendo en injurias contra el tirano y sus esbirros.

Pero aquel jóven estaba destinado á apurar el sufrimiento humano hasta su último átomo.

Quevedo, que no se hubiera atrevido jamás á fusilarlo por su cuenta, le mandó poner una mordaza, y pasó un oficio á Palermo avisando lo que sucedia.

Aquella mordaza consistia simplemente en un hueso de caracú metido entre la boca horizontalmente, y fuertemente atado á la nuca con dos tientos.

Era una mordaza inaguantable por la posicion violentìsima en que venian á quedar las mandíbulas.

Cano empezó á pedir por señas que le quitaran aquello, que se callaria.

Pero el Coronel Quevedo, llamado por Rosas, no estaba, y en su ausencia nadie se atrevia á quitársela.

El Coronel Quevedo dió al Restaurador cuenta detallada del escándalo provocado por Cano, para que lo fusilaran, informando minuciosamente sobre su lastimoso estado.

La determinacion de Rosas fué tremenda para Cano.

Mandó que siempre que se espresase de una manera irrespetuosa contra el Gobierno, se le aplicara la mordaza, dejando á la enfermedad que sufria seguir su libre curso.

Cuando el coronel Quevedo volvió al cuartel, le mandó quitar la mordaza hablando con él de esta manera bondadosa:

—Le aconsejo que no repita sus gritos, porque la órden que tengo es de amordazarlo, asì es que no vá á lograr su deseo, que desde el primer momento adiviné.

Tenga paciencia, que ya vendrán dias mejores.

Cano se resignó con su suerte desesperante, por no tener otra cosa que hacer.

Ni siquiera le quedaba el recurso de darse la cabeza contra el suelo porque su debilidad era estrema y los dolores

que sufria no le permitian hacer el menor movimiento.

Dos dias despues de esto, su enfermedad habia entrado al período mas repugnante.

Su cuerpo, hasta la cintura se habia descompuesto al estremo de que tenia que atarse un pañuelo en las narices, para no aspirar su olor repugnante y nauseabundo.

Cada una de sus llagas monstruosas era un hervidero de gusanos que lo hacian sufrir dolores incalculables.

El pobre jóven pedia á gritos que lo libraran de la vida, porque aquello era horrible.

Pero el coronel Quevedo no se hubiera atrevido por nada de este mundo, á dejar de cumplir las órdenes recibidas.

Tres dias duró aquella agonia indescriptible, durante la cual la descomposicion del cuerpo llegó hasta el rostro.

Veinticuatro horas antes de morir, conociendo que su fin se aproximaba, pidió un sacerdote para tener siquiera aquel miserable consuelo, pero le fué negado terminantemente.

Así fué muriendo poco á poco, aquel infeliz, cuyo cuerpo, en su última hora, era una masa sangrienta y repugnante, donde se agitaban millones de pequeños gusanos.

Para mayor martírio de sus compañeros, aquel cadáver se quedó en el calabozo durante todo el dia siguiente, siendo sacado al fin, porque sus emanaciones molestaban al coronel Quevedo y demás oficiales del cuerpo que este comandaba.

La muerte de Cano impresionó de una manera terrible á los demás prisioneros, que clamaban por que se les fusilase cuanto antes.

Dos meses despues, el teniente D. José Galan, fué atacado por la misma enfermedad que el Mayor Cano.

El desventurado jóven, que habia presenciado la muerte de aquel, hizo todas las tentativas imajinables por quitarse la vida sin poder lograrlo.

Ultimamente, ayudado por sus compañeros, improvisó una pequeña cuerda con tres fajas trenzadas, para ahocarse.

Pero sorprendido en momentos que se echaba al cuello el nudo salvador, no pudo llevar á cabo su designio.

¡Pobre Galan! su enfermedad y su muerte fueron iguales en un todo á la de Cano.

El espiró sobre los ladrillos del piso, en medio de tormentos espantosos y sin conseguir la presencia de un sacerdote que tambien habia solicitado.

De los prisioneros del Quebracho, solo quedaron catorce, en el cuartel del Retiro.

Los Comandantes Manuel Suarez, Saturnino Navarro y José Torres, el Mayor Juan J. Perez, y los oficiales y ciudadanos Domingo Castañon, Faustino Lopez, Mariano Llanos, Cayetano Gallegos, Benito Plaza, Manuel Escobar, Nicanor Rodriguez, Gregorio Arraigada, Laureano Valdéz y Apolinario Gaetan.

Estos catorce jefes, oficiales y ciudadanos, estuvieron mas de un año presos en un calabozo donde apenas habia espacio para ocho.

Allí fueron martirizados de una manera tremenda hasta el mes de Abril del año 1842, en que Rosas los hizo pasar á la cárcel, donde fueron fusilados.

Apolinario Gaetan, aunque venia entre ellos, no formaba parte de los capitulados en el Quebracho.

Gaetan era un anciano inofensivo, que pasaba su vida tranquilamente al lado de sus hijos y nietos en la provincia de Córdoba.

De allí fué arrancado por las fuerzas de Oribe, y remitido por este General á Buenos Aires, con la clasificacion de sospechoso, ó al menos de indiferente.

A los ocho dias de estar preso en el

cuartel del Retiro, Gaetan quedó ciego, á consecuencia de un tiro á pólvora, que por asustarlo, le hicieron sobre el rostro, quemándole las pupilas.

Cuando llegaron los prisioneros del Quebracho, fueron alojados en el mismo calabozo donde permanecia el pobre anciano que debia correr la misma suerte.

Como era práctica entónces los bienes de éste, como de aquellos, fueron embargados y pasados á los bolsillos federales.

Esto está corroborado por las declaraciones que prestaron en la causa criminal seguida á Rosas, la señora Ventura Ferrer de Viancarlos, Maria Santos Patron, general Pacheco y otros, á fojas 87, 89, 96 y de 328 á 349.

Recomendamos su lectura, como la de los documentos que hemos publicado en nuestros últimos números, á los diputados y senadores de la Nacion que han de resolver la solicitud que acaba de presentar al Congreso don Máximo Terrero, pidiendo sean entregados á los herederos del tirano, las propiedades que una ley justa y equitativa declaró públicas, debiendo haberlas repartido entre las familias que la rapiña y el saqueo ordenado por Rosas dejó en la calle.

Los legisladores que han de despachar esa solicitud, deben antes penetrarse de los documentos que hemos citado, y otros muchos que publicaremos á su debido tiempo.

Pero dejemos el porvenir de estos hechos á los que han de resolverlos, y volvamos á nuestra narracion dolorosa.

Parece que en lo narrado hubiera concluido todo el horror de lo ocurrido en aquella época maldecida, pero no es así.

Santos Lugares de Rosas, dá tema por si solo para escribir un libro voluminoso y de terrible lectura!

Veamos algunos crímenes más.

—

Cincuenta y siete jóvenes de lo mas selecto de nuestras familias, cayeron prisioneros de Rosas en la desgraciada batalla del Arroyo del Medio.

Todos ellos pidieron ser fusilados en el acto, pues sabian lo que les esperaba viniendo á Buenos Aires, pero no lograron su anhelado objeto.

Rosas recompensaba muy bien la entrega de esta clase de prisioneros, para deshacerse de ellos asì no más.

Los prisioneros de guerra eran la única distraccion de la soldadesca de Santos Lugares y era necesario no dejársela faltar.

Aquellos cincuenta y siete jóvenes fueron entregados á órdenes de un Teniente Coronel Echegaray, quien debia conducirlos hasta el fatal campamento que bien podia calificarse de cementerio.

El Teniente Coronel Echegaray emprendió la marcha y empezó, como es consiguiente, la primer data de martirios que debian sufrir aquellos.

Como á los del Quebracho, principió por alijerárseles de la ropa que vestian, de lo que los bolsillos guardaban y concluyó por hacer marchar á garrotazos y pinchazos, á aquellos que caian postrados por el cansancio y las heridas de los piès.

Entre los prisioneros venia un Sargento Mayor Bejarano, distinguidísima persona que se habia propuesto hacerse matar en el camino, para escapar asi al horror de Santos Lugares.

Diferentes medios habia puesto en práctica para lograr el fin que se proponia, pero todos le habian fallado.

Parecia que habia el firme propósito de llevarlos vivos hasta su destino ó una órden superior que asi lo disponia.

En vano se habia espresado en términos violentísimos contra Rosas y su sistema federal.

En vano habia insultado á todos los federales: Echegaray se hacia el sordo.

Los prisioneros venian en un solo grupo, rodeados por dos escuadrones de caballeria.

—Sin embargo, decia Bejarano á sus compañeros, y á pesar de ese propósito ó esa órden, yo me he de salir con la mia!

No me han de llevar vivo á Santos Lugares, para que aquellos asesinos limpien sus botas sobre mi cuerpo!

A cuatro leguas del fatal campamento Bejarano resolvió poner en práctica su gran recurso, el que habia reservado como una última tentativa.

—Si no me matan ahora, habia dicho, no me muero nunca.

¡Yo voy á ser inmortal!

Firme en su dia, llamó al capitan que mandaba los dos escuadrones, diciéndole:

—Antes de llegar á Santos Lugares, quiero hacer dos importantes revelaciones.

Hágame el servicio de decirlo al Comandante Echegaray, añadiendo que estas revelaciones tienen para él un interés vital.

Son tales, que despues de oirlas, garanto á ustedes que el Comandante me tomará bajo su proteccion, dejándome libre en el acto.

Como se trataba de interés personal para Echegaray, el capitan se apresuró á transmitirle personalmente las palabras de Bejarano.

Y el Comandante no tardó en acudir al llamado, ávido de conocer las revelaciones que con tanto misterio se le annunciaban.

Así es que se acercó á Bejarano, y sin darle tiempo á hablar, le preguntó qué era lo que tenia que decirle.

—Que me oigan mis compañeros de causa, poco supone, porque ellos tal vez disfruten del favor que usted ha de dispensarme despues que me haya oido.

Pero no sucede lo mismo con estos señores.

Y Bejarano indicó al capitan y á algunos otros oficiales que se habian aproximado para escucharlo.

—Desearia que ellos no pudieran oirme, sin que esto importe la menor ofensa.

Bejarano queria con esto, alejar de Echegaray todo socorro que le impidiese el total cumplimiento de su plan.

Más intrigado que nunca con aquel misterio ordenó Echegaray á los oficiales que fuesen á tomar en la columna su colocacion respectiva.

—Puede usted hablar ahora, dijo; supongo que nadie lo estorba ya.

Tanto la turba como el grupo de prisioneros, seguia marchando, pues ni Bejarano ni Echegaray se habian detenido.

De pronto el Mayor Bejarano, al hacer el ademan natural de una persona que va á hablar, dió á Echegaray tan terrible bofetada, que lo dejó atarantado.

Y sin darle tiempo á volver de su asombro, empezó á descargar sobre él una lluvia de golpes de puño, pretendiendo arrancarle la espada.

Muchos oficiales y los escuadrones mismos que rodeaban a los prisioneros, se lanzaron en auxilio de su jefe que, en el suelo, apenas podia evitar algunos golpes.

Los demás prisioneros, habian quedado tan atuididos como el mismo Echegaray,

Sobre Bejarano comenzó á caer entónces un diluvio de palos y rebencazos.

Libre ya de su enemigo, Echegaray, que aún no habia vuelto completamente de su aturdimiento, empezó á gritar:

—¡Máteenlo, lancéeenlo á ese asesesino miserable!

Esta órden entre aquella gente, no necesitaba repetirse para ser cumplida.

Así es que á la primera palabra,

veinte soldados rodearon á Bejarano, con la lanza enristrada.

El jóven sonrió de una manera traviesa y saludó con la mano á sus compañeros como si quisiera decirles:

—¿No se los previne?...

Y las veinte lanzas se clavaron en su cuerpo, estorbándose unas á otras.

Es terrible la muerte á lanzadas.

Las heridas son débiles, por el mismo largo del arma con que se infieren, y no llevan nunca suficiente vigor para causar una muerte instantánea.

Por eso es lenta y desconsoladora la agonía del que muere de esta manera horrible.

El Mayor Bejarano no lanzó sin embargo una sola queja!

No trató tampoco de evitar uno solo de estos golpes que se le dirijieron, empujando el cuerpo en sentido de la lanza que lo heria, para de este modo hacer más profunda la herida y terminar cuanto antes aquella agonia.

Heridos sus pulmones, y exhaustas de sangre sus arterias, sus piernas fueron doblándose poco à poco, hasta que cayó pesadamente para no volverse á levantar.

El Comandante Echegaray, que habia estado escitando á los asesinos, porque aquello no era otra cosa que un asesinato, se acercó entónces al grupo de prisioneros impresionados por la triste escena, y les dijo:

—Este es el castigo que aplicaré á todo el que se permita la menor insolencia.

—¡Eres un imbécil, Echegaray! gritó Bejarano con la voz ya ensordecida por la muerte.

Nunca me hiciste fusilar, á pesar de mis deseos, pero ya ves que al fin he salido con la mia.

Yo no queria ir á Santos Lugares y ya lo ves—lo he conseguido.

¡Echegaray! eres un imbécil!

Y dobló sobre la tierra su noble cabeza que habia levantado para mirar mejor á su verdugo.

En seguida sonrió débilmente y espiró suavemente, sin dar señales de la menor violencia.

Recien entónces se dió cuenta Echegaray del proceder de Bejarano.

Pero ya lo hecho no tenia enmienda.

Avergonzado y corrido ante la sonrisa que vagaba en los labios de los demas prisioneros, se retiró de aquel sitio siguiendo la marcha hácia Santos Lugares, donde llegaron el 15 de Noviembre, bajo los rayos de un sol abrasador.

Aquella nueva remesa de prisioneros fué recibida con muestras de gran regocijo, porque ellos no eran otra cosa que un contingente á la eterna fiesta.

Los prisioneros eran considerados como una propiedad de los que formaban el campamento.

Cada uno de ellos tenia derecho de acercárseles, para dirijirles alguna injuria ó darles algun golpe.

Este grupo de prisioneros se hizo acampar á inmediaciones del cuartel de la Escolta, que los trataba de una manera completamente federal.

De entre ellos se sacaban peones para el servicio de la limpieza en los cuarteles, haciéndoseles trabajar sin reposo, y dándoles de golpes cuando no trabajaban con la celeridad que debian hacerlo, segun el Cabo y el Sargento que los vijilaba.

Cada tantos dias, se les obligaba á mudar campo, porque ya los miasmas del que ocupaban se hacian intolerables sacando de entre ellos los individuos necesarios para limpiarlo.

Y volvian á trasladarlos allí, porque se habia ordenado estuvieran próximos á la Escolta, cuyo jefe era el encargado de no dejarles un solo momento de descanso.

El jefe de tal Escolta, era un pardo llamado Miguel Rosas, que era como

mandado fabricar para gefe de verdugos.

El pardo Rosas, ó el mulato Rosas, como le llamaban muchos, era un hombre bruto y malo hasta la exageracion.

De cuando en cuando, y algunas temporadas diariamente, el pardo Rosas agarraba unas trancas descomunales, cuyos humos le duraban muchas veces un par de dias.

Era entónces cuando daba rienda suelta á sus instintos perversos.

Sus primeras victimas eran los propios soldados de la escolta, á quienes trataba siempre á puñetazos, segun decia, para que le conservaran el respeto.

Y cuidado que, segun lo aseguraban los pobres milicos, una trompada de Rosas era peor que una patada de burro.

De esta manera se habia impuesto á aquellos desgraciados, cuya mayor parte eran condenados al servicio de las armas, por unitarios ó sospechosos.

El pardo Rosas era de una musculatura atlética, tenia una estatura poco comun.

Así no era estraño verlo tomar del cogote á un soldado y levantarlo media vara para arrojarlo léjos de sí.

Cuando andaba *punteado* se hacia muy comunicativo, hasta juguetou.

Entónces se le veia agarrar la guitarra y cantar todas las insolencias que formaban su gran repertorio.

Pero cuando la tranca llegaba al estremo de *rematada*, no habia mas remedio que echarse á temblar y esperar la tormenta.

Por la mas leve falta, y aun de puro vicio, mandaba dar veinte ó cincuenta azotes á tal ó cual soldado.

—¡Es preciso que no se olviden del gusto de los azotes! decia.

—Señor, si no me he olvidado, contestaba el milico, para evadir la pena.

Si ayer no mas me pegaron veinte.

—Pues ahora te chuparás diez mas por meterte á contestar sin que te pregunten.

Y no habia remedio—la sentencia se cumplia.

Muchas veces le parecian que el que castigaba no lo hacia con todas las reglas del arte.

Entónces tomaba él mismo la vara de membrillo ó el maneador con que se sacudia, y despues de mostrar còmo debia hacerse, en las costillas del chambon, daba él mismo cumplimiento á la sentencia.

Entónces sí que habia que tenerse fuerte y chuparse los dedos.

Azote que sacudia el pardo Rosas, era siempre para retirar la varilla con la lonja de la piel.

Otras veces se dirijia al campo de los prisioneros, inmediato á su cuartel, y empezaba á mirarlos uno á uno.

De pronto se detenia, siempre delante de aquel que tenia aspecto mas de icado y distinguido.

—¡Oiga ché salvaje! deciale entónces, usted parece que no ha sido veterano, no?

Voluntario del trompeta Lavalle, bueno, bueno.

Es preciso que pruebe de todo, y que sepa lo que quiere decir ser soldado.

¡A ver, péguenmele cincuenta guascasos á este mocito!

Aquello era una iniquidad horrible, pero se cumplia sin la menor protesta por parte de los prisioneros.

Ellos sabian que á la menor observacion les doblarian la dòsis.

—Asi es bueno que vayan aprendiendo á ser guapos, porque de todos modos han de ser veteranos de mi escolta.

Y haciendo gigantescas eses, se retiraba á dormir la tranca, á campo no màs.

Al verlo, muchos soldados sentian el vehemente deseo de hacerlo dormir allí eternamente, mediante una buena puñalada.

Pero el pardo Rosas se habia impuesto de tal manera, le tenian tal miedo, que se retiraban en el acto temiendo fuera á despertar y á conocerles la intencion en la cara.

Como se hace aún en nuestros campamentos fronterizos, donde es tan escasa la leña, todas las mañanas se mandaban pelotones de soldados á juntar leñas en las inmediaciones del campamento.

Esta operacion la enconmendaba el pardo Rosas á sus prisioneros, desde que le fueron entregados.

Todas las mañanas, despues de diana, enviaba dos ó mas pelotones de estos, custodiados de cerca por soldados y clases de la escolta.

Pero hasta allí debia llevar la exagetacion de su crueldad el pardo Rosas!

Como los prisioneros no tenian sable ni podian usar otra arma, se les mandaba á la leña á mano limpia.

Esto no era nada, miéntras solo se trataba de arrancar las ramas secas de los árboles.

Pero la mayor parte de las veces se les obligaba á sacar los troncos secos, cavando la tierra con las manos.

Cuando los dedos, privados ya de uñas, despedazados en las raices y sangrando, se entumecian y no podian hacer el menor movimiento, el sable de las custodias pretendia hacerles recobrar las fuerzas.

Los prisioneros eran entónces cruelmente golpeados, hasta desmayarse muchos de ellos.

Solo cuando se convencian que no habia castigo capaz de hacer mover aquellos lacerados, eran vueltos al campamento y relevados con otros prisioneros, que debian sufrir el mismo trato.

Pocos dias despues de semejante martirio, todos aquellos hombres, delicados y habituados en su mayor parte á todas las comodidades de la vida, no podian servirse de las manos, ni aún para llevar un pedazo de comida á la boca.

Y cómo reia aquel mulato maldecido cuando los sentia quejarse, ó pedir á los soldados les alcanzáran un bocado!

—Qué coman no más con las manos! gritaba, y sinó, *atráquenles* no más una paliza, verán como se les quitan las ganas de andar con compadradas.

Y para que el martirio fuera todo lo terrible que pudiera idearse, los hacian alcanzar el *rancho* aún caliente, y los obligaban, siempre á palos, á sacar con las manos llagadas, la carne inmunda que nadaba sobre aquel caldo nauseabundo.

Todas las tardes á la hora de lista, los prisioneros eran encerrados en un corral, para precaverse de las deserciones y estar seguro de que ninguno podia escaparse.

Y ni allí los dejaba el pardo Rosas dueños de su reposo!

Muchas tardes entraba él al corral y sacaba un prisionero.

Este prisionero era rodeado por cuatro ó cinco soldados que le calaban la bayoneta impidiéndole pudiera moverse sin ensartarse.

Entónces el pardo tomaba un garrote ó un sable y empezaba á apalearlo hasta quedar fatigado, ó hasta que el prisionero caia privado de conocimiento.

A consecuencia de estas palizas con que el pardo distraia sus trancas, murió un hijo del general Martinez y un jóven Ascola.

El jóven Enrique Pizarro, sabiendo el fin terrible que le esperaba, se dió la muerte antes que sus verdugos pudieran evitarlo.

Al recibir el primer garrotazo, se precipitó sobre las bayonetas que lo rodeaban, enterrándose una en el corazon.

De esta manera evitó la espantosa

muerte que habian tenido sus compañeros Martinez y Ascola.

En venganza de este chasco Rosas hizo apalear su cadáver hasta romperle todos los huesos y trajo otro prisionero que fué el sacrificado.

Sufriendo estos horrores, estuvieron los pobres prisioneros unos seis meses, hasta que vino órden de Palermo, de fusilar al Coronel Acuña, que estaba entre ellos, y á diez prisioneros más.

El campamento recibió esta noticia con inmenso júbilo, de cuyo júbilo participaban las mismas víctimas para quienes la muerte venia á ser un beneficio inestimable.

De esta manera evitaban los martirios del pardo Rosas cuya sola visita era una mortificacion.

Casi todos querian formar entre los diez que debian ser fusilados, al estremo que era preciso sacarlos á palos del grupo que ya se habia formado.

Aquel fusilamiento asumió todo el carácter de una diversion, de una fiesta militar.

Se hizo formar á los presos en un peloton, á cuya cabeza colocaron al Coronel Acuña, formando los demás prisioneros á pocas varas de distancia, para que no perdieran ningun detalle de la trajedia que les preparaban.

Formados de esa manera los que debian ser fusilados, se les colocó en frente tres compañias de infanteria, cuyos soldados debian tirar discrecionalmente y eligiendo la víctima.

—Voy á bandearle la nariz á aquel rubio! gritaba un energúmeno de aquellos, y hacia fuego, logrando ó no su tiro.

—Pues yo le voy á pegar en el coco á aquel cara de condenau! gritaba otro, haciendo fuego tambien sobre su víctima.

—A que sí! á que nó! gritaba entónces la soldadesca, y la bala iba á perderse entre el grupo de prisioneros.

Así iban cayendo los unos, revolcándose en horribles convulsiones, miéntras los otros esperaban su triste fin, cubiertos con la sangre de los compañeros, ó con la sangre propia.

El último que quedó en pié fué el más feliz, porque ofreciéndose como único blanco á la punteria de todos, murió instantáneamente acribillado á balazos.

Cuando no hubo quedado en pié uno solo de ellos, empezó la segunda parte de la diversion.

Despenar á los que no habian muerto aún, á punta ó filo de cuchillo.

Los soldados abandonaron los fusiles y sacando el facon, se acercaron al monton de cadáveres y moribundos, y comenzaron la degollada, en medio de un coro de carcajadas y todo gènero de insolencias.

El resto de la soldadesca y oficiales mismos, estaban de mirones, chusqueando á los otros prisioneros y asegurándoles que pronto pasarian por igual trance.

Cuando ya todos estuvieron degollados, se trató del entierro, que como todo lo que se hacia debia redundar en martirio de los prisioneros vivos.

Se dió pues una pala á cada uno de ellos y se les condujo á un par de cuadras de distancia para que allí cavasen la zanja donde se iba à enterrar los cadáveres.

La distancia á que venia á quedar la zanja del sitio de la matanza, no se habia tomado por higiene del campamento, ni por alguna otra razon que obedeciese á alguna idea general.

Se les mandaba practicar léjos la zanja, para que, siendo ellos lo que habian de enterrar los muertos, anduviesen mayor distancia con los cadáveres al hombro y fuese mayor su sufrimiento.

Asi es que, concluida la zanja, operacion que se hizo bajo el garrote de los guardias, empezó el acarreo de cadáveres á aquella.

Cada cuatro prisioneros debian cargar con un cadáver y conducirlo hasta la orilla de la zanja, desde donde era arrojado al fondo.

Para muchos de ellos, debilitados por la mala alimentacion y el trato cruel que recibian, aquel peso era enorme y necesitaban descansar á mitad del camino.

Entónces el garrote de las custodias se encargaba de avivar el descanso y apurar la marcha.

Cuando todos los cuerpos fueron conducidos á la triste fosa, empezó recien el acarreo de las cabezas, muchas de las cuales estaban ya sin orejas, por habérselas cortado para remitirlas á Palermo.

Cruel fué la noche aquella para los prisioneros que habian presenciado la trajedia.

Al pensar en los sufrimientos que aquellos habian apurado, pensaban en los que á ellos mismos les esperaba, y el horror ahuyentaba el sueño de sus fatigados ojos.

El 4 de Febrero del siguiente año, vino la segunda órden de matanza, que [illegible] á Don Juan [illegible] y [illegible]

Habia que cambiar el martirio para dar al acto alguna novedad y quitarle la monotonia de una repeticion.

Fué tambien el pardo Rosas el encargado de preparar la segunda fiesta.

Siendo el más feroz de cuantos vivian en el campamento, era á él á quien debia ocurrírsele las ideas más infernales.

Dispuso así el pardo, que el fusilamiento no debia tener lugar hasta que no estuviera lista la zanja donde debian [illegible]

[illegible]

[illegible] ferocidad se tenia

Debilitados y extenuados por la tremenda vida que pasaban, y por la idea de que aquella era su propia tumba, los pobres condenados tardaron cuatro dias en la preparacion de la zanja, sin que se les permitiera un solo momento de reposo.

La última noche que precedió al fusilamiento, se les hizo dormir en el fondo de aquella zanja para que se habituara el cuerpo, segun se les dijo, á aquel eterno lecho.

Triste y agitada fué para los infelices aquella última noche de su vida.

A cada momento creian sentir desplomarse sobre ellos una montaña de tierra, pues casi todos tenian la seguridad de que se les habia hecho entrar á la zanja para enterrarlos vivos.

Y si esto no sucedió así fué indudablemente porque no se le ocurrió al endiablado ingenio del pardo Rosas.

A la mañana siguiente, despues de lista de diana, se les sacó de la zanja y se les formó en ala, sobre su borde.

A un lado, se trajeron los pocos prisioneros que quedaban.

Al frente, se hicieron formar los soldados que habian de entretenerse en fusilarlos.

Lo siguiente de esta trajedia, fué en un todo igual á la primera.

Los soldados y los mirones estuvieron mas de una hora entretenidos en tirar sobre las víctimas que, al ser heridas, caian al fondo de la zanja.

Cuando no quedó uno solo en pié, fué preciso bajar á la zanja á degollarlos.

El pardo Rosas intentó hacerlos degollar por los prisioneros que aún quedaban.

Pero tuvo que renunciar á ello, porque ellos se resistieron á pesar de toda amenaza y de todos los golpes que recibieron.

Así, convencido que todos morirían antes que obedecerle, permitió á los soldados que entraran á la zanja al degüello y cortada de algunas orejas.

Hecha esta operacion, se procedió á llenar de tierra la zanja, lo que tuvieron que hacer los prisioneros vivos, para evitar nuevos garrotazos y torturas.

Solo quedaban ya unos catorce prisioneros, entre los que figuraba el distinguido jóven Rafael Martinez á quien se daba el peor trato, sin otro motivo que tener una figura delicada y más distinguida que la de sus desgraciados compañeros.

Este último resto de los prisioneros del Arroyo del Medio, parecia un grupo de cadáveres movidos por algun procedimiento desconocido.

Apenas cubria sus esqueletos una piel amarillenta y cadavérica.

Y el mismo brillo de sus ojos hundidos en las órbitas, era un brillo pálido y enfermizo.

Si tardaba mucho en llegar alguna sentencia contra ellos, iban á ir muriendo poco á poco.

Así mismo y como si se tratára de prisioneros que podian burlar toda vigilancia y fugar del campamento, se les formó en parejas y se les remachó una barra de grillos á cada uno, que se aseguraba en el pié izquierdo de uno y en el derecho del otro.

De este modo no podian dar un paso sin los mayores esfuerzos y sufrimientos.

El peso de la barra de grillos y la debilidad lastimosa de sus piernas, era suficiente garantia de que no habian de poder moverse del sitio en que fueran dejados.

Rafael Martinez tuvo la idea de pedir que concluyeran de una vez con tan miserable existencia, pero en cuanto dijo que queria hablar con Antonino Reyes, le dieron una paliza tremenda.

Por fin, y seis dias despues del último fusilamiento, vino á terminar para los infelices, aquella vida miserable, tan llena de desventuras.

El 10 de Febrero vino la tercer órden de Palermo, que mandaba fusilar á Rafael Martinez y el resto de los prisioneros.

Poco que hacer tuvo aquí el espíritu maldecido del pardo Rosas, porque los prisioneros, para moverse, necesitaban que les prestaran ayuda.

Para fusilarlos, fueron conducidos al sitio de la ejecucion, así acollarados de dos en dos.

Formados en ala, se les iba fusilando de á dos en dos, teniendo al sentarse, para que los hicieran fuego, que recoger los restos de los compañeros que les precedian y echarlos al zanjon que se les habia preparado de antemano, y á cuya orilla se les hizo formar.

Como tanto horror parece el aborto de una imaginacion enfermiza, nos vemos obligados á citar aquí los procesos criminales seguidos á Juan Manuel Rosas y á Antonino Reyes.

Allí encontrarán nuestros lectores la corroboracion de todo lo que acabamos de narrar, especialmente en la declaracion de doña Cármen Martinez, foja 17 vuelta y ratificada en la 319 de la causa de Rosas, y en la declaracion del respetable doctor don Mariano Beascochea, que corre en la causa de Reyes, à fojas 136, y en la de don José María Pizarro Monje, foja 200, ratificada á 316.

Todas estas declaraciones son una prueba latente de la verdad de lo que hemos narrado, prueba que ofrecemos á los que duden de la exactitud de nuestra narracion.

La vida de Santos Lugares de Rosas es una cadena de horrores, que solo se pueden escribir con las pruebas á la vista, si hay interés en ser creido.

De otro modo, solo los que han vivido en aquella época formidable, comprenderian todo el horror de verdad que hay en estas páginas.

Y aún nos falta mucho más que contar de aquel campamento maldecido.

Todavia no hemos abordado los gran-

des crímenes allí cometidos, que han pasado como una tradicion de sangre de nuestros padres á nosotros.

Antes de cerrar este capítulo echemos una mirada sobre la lista con movedora que forman los nombres de sus más conocidas víctimas, fuera de los grandes crímenes que hemos relatado y los que aun narraremos.

Esta lista conmovedora, la tomamos de documentos públicos y del archivo general de Policìa, dondo existen originales las órdenes de muerte.



CONDENADOS Á MUERTE

José Masculino, Ciriaco Basualdo, Ramon Cáceres, José Centurion, José Gomez, Enrique Nemes, Felipe Sgena por varios delitos, Diego Latorre por salvaje unitario, Doroteo Peralta id., Raimundo Pedriel id, Felipe Marquez id., Cleto Videla id., 6 indios por tentativa de fuga.

1837 – Feliciano Almuran, por desercion, Andrés Aguino por desercion, Pedro Acosta por salvage unitario, Ignacio Meron id.

1837—Miguel Berrios id, Lorenzo Cole id, Avelino Cufre por herida, Prudencio Enrique id, Bernardo Guillen, fué mandado fusilar estándosele procesando por Juez competente, Martiniano Gaetan, por id, Manuel Gutierrez, por desercion, José Lopez, por vago.

1837—Francisco Moreno, por haber acometido con armas á un federal, Pedro Palavecino, por salvaje unitario, José Maria Rojas, id, Cárlos Rodriguez, id, Juan Sanchez, por fuga de la cárcel, Luis Sosa, por salvaje unitario, Luis L. Sosa, id, Antonio Villanueva, id, Antonio Villalba, id.

1838—Juan Santos Garcia, por salvaje unitario, Celestino Martez, id.

1839—Santiago Gomez, por causa política.

1840 — Faustino Ruiz, por haber hablado contra la federacion y el restaurador, Lúcas Lebes, por espia.

1842—Vicente Quinteros, por salvaje unitario.

1845—Juan Rosas, por falta de pase, José Ramon Gorosito, por desercion.

1847—Lorenzo Gorosito, por desercion, Lorenzo Cisneros, id.

1849—Miguel Lisian, por desercion, Manuel San Ramon, id, Pascual Beran, por desertor y cuando se presentó voluntariamente, se le mandó fusilar.

1850—Paulino Gomez, por salvaje unitario, Manuel Gonzalez, id, Ignacio Monsalva, id, Martin Medina, id, Manuel Muntiel, id.

Á VARIAS PENAS Y AZOTES

1838—Dr. Cárlos Tejedor, S. Albarracin, Ladines, por ser reos parricidas de lesa pátria, á prision, grillos, y alimentarse con la comida de la cárcel, Andrés Cañete, á las armas y azotes, Salvador Gomez, id, Fernando Diaz, id, Juan M. Lopez, id, Juan M. Melo, id, Francisco Heredia, id, José M. Cejas, id, Dámaso Barraza, id, Miguel Cortes, id, Josè Gomez, id, José Arbolito, id, Tomás Lopez, id, Martiniano Avendaño, id, José Antonio del Sar, id, Fausto Caminos, id, Francisco Ferreira.

CONDENADOS Á MUERTE

1830—Mayor Montero.

1836—Pedro B. Acosta, Aguedo Ruiz, Luis Sosa, ciento diez indios.

1837—Manuel Aguirre, Avelino Allende, Eustaquio Barragan, José Castro, Francisco Fernandez, Feliciano Gordillo, Norberto Lugue, Juan de la Rosa, Luciano Sandisa, Máximo Suarez, Bernardo Trejo.

1838 Leon Florencio, Paulino Alvarez Gonzalez, Isidro Pitano.

1839—Manuel Cienfuegos.

1840—Juan Arce, Tomás Diaz, Lúcas Tretes, Toribio Fernandez, Bernardino Guzman, Juan Herrera, Manuel Largüero, Bonifacio Mancilla, Marciano Machado, doctor Saráchaga, doctor Cabrera, Francisco Viancarlos, Juan Eusebio Padron, J. M. Carranza, Manuel Lopez, Cosme Tuitiño.

1841—Narciso Rio, Manuel Adame, Juan Gomez, Manuel Ortega, Domingo Ballesteros, Pedro Burgos, Cornelio Casas, Luciano Cruz, Mariano Escalada, José Gimenez, Francisco Gonzalez, Lisandro Lasarle, Márcos Leguizamon, Ambrosio Lopez, Martin Muñoz, Crispin Peralta, Narciso Piñero, Felipe Vules, Pablo Ramirez, Teléforo Ruiz, José A. Silva, Florencio Ruiz, Manuel Velez, Enrique Velltten.

1845—Carmelo Rodriguez.

1847 — Laureano Avila, Norberto Acosta, Domingo Correa, Manuel Carriego, Javier Cáseres, José Gutierrez, José Irrusualda, Sandalio Ledesma, Segundo Moreno, Julian Mora, Alberto Mendaño, Juan de D. Navarrete, José Piñero, N. Pasos, Juan Rodriguez, Rafael Roldan, Manuel Salvasa, Juan J. Serrio, José Luis P. Sosa, Eusebio Nero, Saturnino Vidal, Valencio Correa.

1852—Juan Puyol.

Por las constancias testimoniales de f. 245 á 255, declaraciones de f. 323 vta. y 324 vta. y del Indice de Policia, consta que han recibido la muerte á fusil en la Cárcel, Retiro y Palermo por órden oficial de Rosas, y á título de salvajes unitarios, en los años:

1836—Francisco Rio.

1839—Coronel Ramon Maza — ya narrada,—Santiago Gonzalez.

1841—Felipe Quintana, Antonio Villalba, Tomás Villalba.

1842 Teniente Coronel Manuel E. Suarez, id id Saturnino Navarro, id id Juan José Torres, Sargento Mayor Juan P. Perez, Capitan Domingo Castañon, id Faustino Lopez, id Mariano Llanos, Teniente Cayetano Gallegos, alférez Benito Plazas; ciudadanos: Manuel Escobar, Lorenzo Valdez, Gregorio Arraigada, N. Rodriguez, Apolinario Gaetan (ciego)—ya referida, —Yané, C. Peralta, Dupuy, doctor Ferreira, José Maria Caballero, Ortiz Alcalde, Varangot, Cladellas, Iranzuaga, Barreiro, Echanagusia, Zamudio, Ducos, Archondo Nóbrega, Butter, Dr. Zorrilla, Linch, Oliden, Riglos, Maisson, un indio.

PERSECUCION, ESTERMINIO Y SAQUEO DE CIUDADANOS CLASIFICADOS DE SALVAJES UNITARIOS. LECTURA RECOMENDADA AL CONGRESO QUE HA DE FALLAR LA SOLICITUD DEL SR. TERRERO.

1º—En la 2ª parte tomo 2º del Indice de Policia se encuentran largas listas de órdenes de Rosas, condenando á las armas ó á prision á una porcion de ciudadanos, que clasifica de salvajes unitarios y entre cuyos penados se leen: Dr. Gregorio Tagle—ex-ministro, y ex-presidente de la Cámara de Justicia.

Miguel Azcuenaga, José Mármol, Mariano Moreno, José Maria Riglos, José Maria Castro, Ladislao Martinez, Jariano Salas, Dr. Vicente Echevarria, Cárlos Lamarca, Pablo Gomez, Dr. Angel Medina, Elias Buteler, Manuel Carreras, N. Lista, José Maria Salvadores, N. Osua, Santiago Viola, Fabian Romero, José Maria Miró, Mariano Cané, doctor Roque Perez, Juan J. Piñero, Bernardino Roseti, Mariano Vega; Francisco Diaz, Manuel Garcia, Manuel Vidal, Fermin Orma, Francisco Elia, Mariano Martinez, Juan J. Basavilbaso, Luis Goya, Gregorio Vidal, Ventura Martinez, Cayetano Barreiro, Santiago Gutierrez, Braulio Costa, Félix Ramallo, Estanislao Rodriguez, Eduardo Balbastro, José Fernandez, Silvestre Mosqueira, Mariano Escalada, Manuel Piran, Lorenzo Valdez, Félix Pico, doctor Miguel G. de la Huerta, Joaquin Belgrano, Clemente Cueto, Ru-

perto Martinez, Manuel Seballos, José Soler, Canónigo Dr. Gomez, Leandro Garcia, Santiago Mendez, Evaristo Alfaro, Ezequiel Castro, J. M. Ereiza, Juan P. Esnaola, Juan Erescano, Ventura Gutierrez, Ramon Canaveri, José Maria Elia, Santiago Gutierrez, Ramon Rechar, Ramon Martinez, Jorje Terrada, Manuel Cano, Wenceslao Villafañe, Daniel Peralta, Juan Molina, Félix Alzaga, Pastor Frias, Celestino Carreras, Antonio Freire, José Flores, José Maria Posse, Domingo Gorostiaga, José Guos, doctor Marcelo Gamboa, Juan Saenz Valiente, Martin Quintana, José de la Quintana, Juan Navarro, Pastor Albarracin, José Maria Vazquez, Juan P. Rebollo, Martin Lacarra, P. Tarragona, Juan la Madrid, Tomás Rebollo.

MATANZAS EJECUTADAS POR PARTIDAS DE ASESINOS Á LAS ÓRDENES DE ROSAS

Teniente Coronel Zelarrayan, ya narrado.

Doctor Manuel V. Maza, Coronel Francisco Lynch, Cárlos Maison, Isidoro Oliden, José Maria Riglos, Pedro Echenagucia y Clemente Zañudo, ya narrados.

I

OCTUBRE DEL AÑO DE 1840

Manuel A. Pizarro Monje, habiendo llegado á la ciudad desde la estancia, al prepararse á regresar, es aprehendido por una partida con el pretesto de una declaracion, y degollado al dia siguiente, diciéndose que lo habia sido, porque un hermano de él se habia incorporado al ejército de Lavalle.

Juan Nóbrega, Felipe Buter, Sixto Quesada, asesinados igualmente por las partidas de Rosas.

Juan Pablo Varangot, degollado en el fondo del cuartel de Cuitiño, ya narrado.

Un indio, muerto á balazos estando en el cepo en dicho cuartel.

Lorenzo Orma, muerto á lanzazos por la partida que perseguia los dispersos del general Lavalle.

Juan Cladellas, ahogado en un baul.

Miguel Llané, denunciado por Fabian Rosas, por haber dado aviso á la familia de Céspedes, es degollado y colocada su cabeza en la reja de la pirámide, envuelta en cintas celestes.

II

ABRIL DEL AÑO DE 1842

Manuel Archondo, Sargento Mayor Luciano Cabral, sacado de sus casas en Barracas y asesinados por las partidas de Rosas.

José Maria Dupuy, sacado de su casa y llevado al cuartel de Cuitiño, donde es asesinado apareciendo colgado su cadáver á la mañana siguiente por la parroquia de San Nicolás, en una calle, en camisa y calzoncillos, y guantes colorados, rodeado del populacho que tiraba cohetes.

Doctor Ferreira, don Macedo y Daniel Iranzuaga, muertos á puñaladas esos mismos dias.

Capitan Crispin Peralta, asesinado en Dolores y arrastrado su cadáver en un cuero.

Agustin Duclós, es llevado por unos vecinos al alcalde Laureano Reyes. Exijida su entrega por Troncoso, Badia y otros, vá Reyes á pedir órdenes á la Policia, donde el comisario Maciel le dice que lo entregue, y no se comprometa, que era órden de Rosas. Habiéndolo hecho asì, es asesinado pocos momentos despues en Barracas, y remitido despues su cadáver, con catorce puñaladas, al corralon de los carros fúnebres.

José Maria Perez, aprehendido al dirijirse al Juzgado de Paz de la Concepcion donde era citado, es conducido á un altillo de la casa del asesino Moreira, donde permanece atado hasta la noche, en que es degollado en la

misma vereda, tirándose en el acto los cohetes voladores, señal de ejecutarse un degüello, y oyéndose despues el ruido del carro que conducia el cadáver, y las voces de los asesinos que gritaban: «duraznos frescos y galletas dulces.»

Dr. Zorrilla, muerto á puñaladas á las doce del dia en su casa en la plaza de la Victoria.

(Declaraciones de Cayetana Serna f. 5 vta., Domingo Belgrano f. 9 vta., ratificada f. 300. Cecilia Campillo de Llané f. 11 vta., ratificada á 321. Manuel German Céspedes f. 14 vta., Indalecia Morel de Dupuy f. 17 vta., Francisco Elia f. 70., ratificada á 318, Maria Robles de Echenagusia f. 95. Felipe Arana f. 99., ratificada á 317 vta. Fernando Cordero f. 100. Josefa Clavijo f. 110 vta. José Maria Pizarro Monje f. 110 vta. Declaraciones de Laureano Reyes, Marcelino Reyes, Inocencio Olimos, Bernardo Victorica en las causas de Troncoso, Badia y Cuitiño y confesion de los reos que corren testimonio en esta causa, desde f. 128 á 132 y de f. 206 á 212.

FUSILAMIENTOS EN LAS CÁRCELES, CUARTELES, PONTONES, PLAZA DEL RETIRO, PALERMO Y SANTOS LUGARES, POR ÓRDEN DE ROSAS, SIN CAUSA Ó POR SUPUESTOS DELITOS, Ó Á TITULO DE SALVAJES UNITARIOS, DESDE EL AÑO 30 AL 52.

I

1830—Sargento Mayor Montero, recibe de Rosas una carta para su hermano Prudencio, bajo el concepto de que era una recomendacion y éste lo hace fusilar en el cuartel de la Recoleta en el acto en que se la presenta. La carta era una órden para que lo matasen.

1835—José Masculino, por desercion.

1836—Ciento diez indios fusilados el 8 de Julio en la Plaza del Retiro, Agueda Ruiz, por salvaje unitario, Ciriaco Basualdo, id, Josè Centurion, id, José Gomez, id, Felipe Vazquez, id, Santiago Gonzalez, id, Ramon Cáceres, id, Raimundo Pedriel, id, José Genaro Alvarez id, Diego Latorre, id, Cleto Videla, id, Enrique Gimenez, por hurto de un caballo, Felipe Gigena, por varios delitos, seis indios, por tentativa de fuga, Manuel Aguirre, por salvaje unitario id, Avelino Allende, id, Eustaquio Barragan, id, Josê Castro, id, Feliciano Gordillo, id, Norberto Luque, id, Juan de la Rosa, id, Luciano Lendera, id, Máximo Suarez, id, Bernardo Trejo, id, Bernardo Cole, id, Martiniano Gaetan, id, Luis L. Sosa, id, Juan Santos Garcia, id, Avelino Aquino, id, Feliciano Almiron, id, Ambrosio Lopez, id, Ignacio Veron, id, Miguel Barrios, id, Pedro Palavecino, id, Luis Sosa, id, Francisco Villoldo, id, Antonio Villanueva, id, Pedro Acosta, id, Prudencio Enrique, id, José Maria Rojas, id, Cárlos Rodriguez, id. Bernardo Guillen, fué mandado fusilar estándosele procesando por Juez competente, Avelino Cufré, por heridas, Francisco Fernandez, id, Francisco Moreno, por haber acometido con armas á un federal, José Lopez, por vago, Juan Sanchez, por fuga de la cárcel, Martin Aquino de 18 años, fusilado por unitario en el Ponton Sarandí.

1838—Leon Florencio, por salvaje unitario, Paulino Gonzalez Alvarez, id. El indio Titana, id, Toribio Padron, id, Melchor Gutierrez, id, Pedro Capdevíla, id, Apolinario Herrera, id, Celedonio Martinez, por desercion, Manuel Gutierrez, id, Rosas mandó cortarle el brazo derecho despues de fusilado, y lo remitió al Juez de Paz de Arrecifes para que fuera colgado en un palo en medio de la plaza de dicho pueblo.

1839—Manuel Cienfuegos, ya conocen la causa, Félix Tiola, por salvaje unitario, Ramon Masa, id, Domingo Cullen, id.

1840—Tomás Arce, sin causa á presencia y por solo órden verbal de jefes de

Rosas, Venancio Guzman, id, Bonifacio Mansilla, id, Leandro Moyano, id, Juan Herrera, id, Manuel Sarguero, por salvaje unitario, Juan Arce, id, Toribio Fernandez, id, Lúcas Fretes, id, Manuel Lopez, sin causa fusilados en la guardia del Monte, Cosme Cuitiño, id, Lúcas Tevez, por espia, un pardito de 14 años á quien se le imputaba haber traido una carta del General Lavalle, Mariano Machado de 18 años por complicacion en la revolucion del Sud, Narciso Rios, fusilado en San Vicente, por denuncia de Mariano Ledesma, de mantaner relaciones con el General Lavalle.

POR UNITARIOS

Dr. Saráchaga, Dr. Cabrera, Dr. Calisto Almeira, Juan Eusebio Patron, en San Nicolás de los Arroyos, por órden de Garreton, Jacinto Machado, en la Plaza de Dolores, Lúcas Gonzalez en el Cuartel de Serenos, Pedro Pasos y Pedro Salvadores, cuando se dirijian á sus estancias, son aprehendidos y fusilados en Santos Lugares, José Eugenio Martinez, Ignacio Arraddiaga, Francisco Isaac, Patricio Arriaga, Cayetano Calvo, José Manuel Martinez, y otros remitidos de San Antonio de Areco por el Juez de Paz, Tiburcio Lima, á consecuencia de órden verbal de Rosas á Santos Lugares, donde fueron fusilados, José Maria Caballero, por créersele complicado en la revolucion del Sud, es traido desde Dolores, y fusilado en Santos Lugares; Francisco Quintas, fusilado despues de una larga prision, Francisco Huerta, preso por órden de Rosas por suponer que como maestro de postas tuviese caballadas ocultas para el general Lavalle, y fusilado en Santos Lugares, Olegario Huertas, por ser postillon de esa posta, Coronel Pedro Orma, Eustaquio Orma su hijo es remitido por el Coronel Vicente Gonzalez á cuyo servicio estaba en el Monte al Comandante de Lobos, el que así que leyó el oficio que aquel le dirigia, le hizo fusilar, Fernando Ramos es citado al Parque en donde está una partida que lo lleva à San José de Flores, donde es fusilado por órden de Rosas á las dos horas, Paulino Barreiro, juez de paz de Quilmes, mandado fusilar por Rosas por no haber cumplido la órden de hacer degollar al jóven Viamont, y ocho vecinos de su partido. Su cadáver queda insepulto hasta que sus hijos lo recogen á media noche. Los ancianos sacerdotes Frias, fusilados en Santos Lugares.

1841—Mariano Escalada, sin causa; Manuel Adame, id. id., llamado para ser puesto en libertad, se recordó que hacia más de un mes habia sido sacado y fusilado despues de meses de prision con grillos: Faustino Ruiz por haber hablado contra la federacion y el Restaurador Rosas, José Gomez, por traer conocimiento del ejército de Santos Lugares, Marcelino Lopez, hecho fusilar por el Coronel Garreton á consecuencia de una carta dirigida á don Ramon Cané, contestando á una que este le habia escrito informándole del desembarque del general Lavalle. Antonio Tomás Villalba, por unitario, José Felipe Quintana, id. id., Lino Ortiz Alcalde, id. id.

1842—Narciso Piñero, por unitario, Francisco Gonzalez, id, Florencio Ruiz, id, Domingo Ballestero, id, José Antonio Silva, id, Enrique Weten, id, Felipe Pulis, id, Vicente Quinteros, por delitos no indicados, Angel Taborda, id, Telésforo Rios, por espia, Pedro Burgos por unitario, Cornelio Casas, id. Luciano Cruz, id, José Gimenez, id, Lisardo Sagasta, id, Márcos Leguizamon, id, Pablo Ramirez, id, Manuel Sabalza, id, Matias Muñoz, id, Lorenzo Cabral, id, Andrès Burgos, id, Demetrio Latorre, id. Feliciano Lazarte, id.

1845—Carmelo Rodriguez, por uni-

tario, Juan Rosas, por falta de pase, José Roque Gorosito, por unitario.

1846—Estanislao Las Heras, despues de la accion de Obligado es tomado preso cuando se dirijia á San Pedro y fusilado por unitario. Francisco Araoz corredor de número, es denunciado á Rosas por el coronel Vicente Gonzalez, de ser unitario, y fusilado en Santos Lugares.

1847—Lázaro Gorosito por unitario, Lorenzo Cisnero, id, Miguel Sirian, id.

1849—Manuel San Ramon, por unitario, Pascual Veron, id.

1850—Domingo Vaez, por desercion, Manuel Gonzalez, id, Inocencio Montalvo, id, Manuel Montiel id, Casiano Melendez, id, Paulino Gomez, id.

1851— Laureano Avila, sin causa alguna y por solo órden de Rosas, Norberto Acosta, id, Valeriano y Domingo Correa, id, Manuel Carriego, id, Javier Cáseres, id, José Gutierrez, id, José Iranzualde, id, Sandalio Ledesma, id, Segundo Moreno, id, Julian Mora, id, Alberto Mendaño, id, Juan Rodriguez, id, Rafael Roldan, id, Manuel Salgase, id, Juan S. Lenza, id, José Luis Sosa, id, Eusebio Viera, id, Saturnino Videla, id, José Acosta, id, Saturnino Cáseres, id, Juan de Dios Navarrete id, José Piñeiro, id.

1852—Saturnino Miguens, por seduccion á unitarios, Juan Boyalo, por seduccion.

Este es el pequeño estracto de los crímenes de Rosas.

¿Qué dicen ahora los que creen que exajeramos?

Aún nos faltan los crímenes màs cobardes—el asesinato de Camila O'Gorman, Florencio Varela y otros tantos.

Vamos haciendo desfilar sus espectros ante la maldicion del mundo.

—

No entramos en los detalles del horroroso crímen perpetrado en la señorita de O'Gorman, porque ellos invadirian el dominio privado, y por otras razones personales.

Nos limitamos solo á transcribir la declaracion que sobre este crímen hizo en el proceso de Antonino Reyes, el señor Beascochea.

Dice así:

«Luego que Gutierrez y la jóven Camila llegaron al dicho cuartel general, le dirigió Reyes á Rosas una carpeta en que le participaba el arribo de ellos, y le manifestaba que por la premura del tiempo no les habia hecho formar las clasificaciones, pero que lo haria despues y se las mandaria con la prontitud posible, advirtiéndole á la vez á Rosas, que aunque segun estaba ordenado debia haberle puesto grillos á la jóven, habia por entónces omitido hacerlo, en razon de haber ésta llegado algo indispuesta por el traqueo del carreton en que venia, y estar muy embarazada; y que si en esta omision habia él hecho mal se dignase perdonarlo.

«Esa carpeta en que así hablaba Reyes á Rosas, las tuve yo mismo en mis manos en borrador escrito por Reyes, y se la dicté á este, quien la puso en limpio.

«No sé todo lo que Rosas le contestaria, pero si sé que al otro dia, si no me equivoco, mandó Rosas que se le pusieran grillos á la jóven Camila, á quien antes de eso, así como á Gutierrez, se les habia ya formado esas especies de indagatorias á que Rosas daba el nombre de clasificaciones; pero estas entónces todavia estaban en borrador.

«Al dia siguiente ó á los dos dias, despues del que queda mencionado, envió Rosas al amanecer una larga carpeta á Reyes, la que éste recibió imponiéndose de ella en el instante, y algo sorprendido por su lectura, me la hizo leer á mi.

En esa carpeta que era toda ella *escrita de puño y letra del Dictador Rosas*,

le ordenaba éste á Reyes, entre otras cosas, que no tengo ya presentes, las siguientes: que me acuerdo muy bien por la fuerte y disgustante impresion que me causaron:

«1º que luego de recibir esa carpeta, procediese á llamar al Cura que habia entónces en Santos Lugares, y al que habia dejado de serlo, presbìtero don Pascual Rivas para que suministrase los auxilios espirituales al reo Udalisdao Gutierrez y á la rea Camila O'Gorman (asi los denominaba Rosas en la tal Carpeta).

«2º Que á las diez en punto de la mañana de ese dia los hiciese fusilar.

«3º Que si á las 10 de esa mañana el reo y la rea no se habian aún reconciliado con Dios nuestro Señor, (palabras de Rosas segun recuerdo) no por eso suspendiese Reyes la ejecucion, sino que la llevase á efecto como se le ordenaba.

4º Que antes que todo pusiese Reyes en completa incomunicacion todo el cuartel general, de modo que nadie entrase á él, ni tampoco saliese hasta despues de la ejecucion de los reos.

Y así lo verificó Reyes haciendo cercar con soldados armados el referido cuartel general.

5º Que concluida la ejecucion, le contestase Reyes la carpeta, dándole cuenta del puntual cumplimiento de todo lo que en ella le ordenaba.»

Debo advertir à su Señoría, Señor Juez, que el Dictador Rosas cuando mandaba fusilar, destinar al servicio de las armas etc., á algun preso, acostumbraba poner el decreto en que lo mandaba, al pié de la clasificacion que se le formaba al preso, y despues de imponerse en ella, como es de suponerse.

Pero no lo hizo así respecto de Gutierrez y de la jóven Camila O'Gorman pues los mandó fusilar antes que Reyes le remitiese sus clasificaciones, las que me acuerdo bien que cuando ya esos dos séres infortunado habian entregado su espíritu al Creador, recien entónces se pusieron aquellas en limpio, etc. etc. (1)

HECHOS

CON la sangre helada aún, dice el *Comercio del Plata* de Montevideo de 1848, tomamos la pluma para escribir renglones dolorosos, que desearíamos volasen y llevàran á todas partes la negra noticia de un nuevo estremecedor atentado de la feroz dictadura.

Enormísimos crímenes se rejistran en su sangrienta historia: pero en el presente, Rosas ha escedido á Rosas.

El clérigo Gutierrez, ex-cura de la parroquia del Socorro, en Buenos Aires, seduce á una jóven de 22 años, hija de muy decente familia: huye con ella: se fija en la provincia de Corrientes: es despues descubierto y denunciado allí por el clérigo irlandés, Mr. Ganon: se le conduce preso á poder de Rosas, con la jóven: y apenas llegado es fusilado en el campamento militar de Santos Lugares, el viérnes 18 de Agosto de 1848 á las 10 de la mañana: y juntamente con el clérigo es fusilada la infortunada jóven, y es fusilado igualmente el sér inocente que llevaba en su seno.

Todo Buenos Aires, todo, sin esceptuar á los más íntimos del tirano, responden á esas descargas con un grito de espanto y maldicion.

¡Oh! Y si existiera sobre la tierra un hombre que, al oir esta atroz carnicería,

(1) En virtud de que el autor de los *Dramas* de D. Juan Manuel de Rosas ha reseñado á la ligera la ejecucion de Camila O'Gorman y del sacerdote Gutierrez y conociendo el interés que hay en conocer los detalles de ese hecho, hemos resuelto intercalar la obra que con ese motivo ha escrito D. Felisberto Pelissot.—*Los editores.*

no sintiera convertírsele la sangre en hielo ó en fuego, ese hombre no pertenecería á nuestra especie, y deberia ir á alimentarse con las bábas rabiosas del tigre de Palermo.

No hubo rapto, sino seduccion. Admítase que el delito de la seducida—y aun el del seductor—tuviera pena de muerte en alguna lejislacion del mundo! admítase tambien que esa pena pudiera aplicarse sin las formas consolantes de un juicio: admítase que sea lícito, en algun caso, fusilar á una mujer embarazada: admítase que la infeliz Camila hubiera sido asesina, incendiaria, envenenadora: admítase, en fin, cuanto se quiera: pero el fruto desgraciado que abrigaba en sus entrañas, no habia ofendido á la sociedad ni á su Dios: ¿por qué fusilarlo?

He ahí el sistema que rije en la enlutada Buenos Aires, y los preciosos frutos de las facultades estraordinarias: hé ahí al restaurador de las leyes, al *americano* por escelencia, al ínclito defensor del honor y de los principios de la América!

Pero no. Aunque de ese crímen espantoso é indignador, á cuya presencia tenemos que prescindir de la escrupulosa moderacion que hasta aquí; aunque de ese hecho, sin duda inaudito, no diremos ya en la historia de los pueblos cultos, cristianos ó infieles, sino aun en la historia de los bosques; aunque de ese triple é innecesario asesinato perpetrado públicamente y á sangre fria por el malvado mismo que se atreve á llamar asesinos y salvajes á sus enemigos, brotan consideraciones á millares, de todo jénero y carácter, nosotros insultaríamos al buen sentido público, si entrásemos ahora en ellas: y además, lo confesamos, es tal la escitacion actual de nuestro espíritu, que no nos es dado el coordinar el tumulto de nuestras ideas.

Solo observaremos que con tan espectable asesinato, ha querido Rosas no solo hacer revivir la adormecida sensacion del terror, sino tambien ostentar un celo escesivo por satisfacer á la moral ultrajada: y esto es precisamente lo que hay de mas abominable en su crímen.

Puede aspirar á causar esa creencia en el esterior, mas no en Buenos Aires donde todos saben que quien menos puede hablar de moralidad es Rosas; donde todos saben que es él quien, con su ejemplo, sus palabras y su sistema, ha sembrado intencionalmente la inmoralidad y corrupcion de las costumbres, apoyos eficaces de toda tirania despótica: donde todos saben las farsas escandalosas que estudiosamente juega en ese inmundo serrallo de Palermo: donde todos saben la perdicion y la muerte, á virtud de sus juegos brutales y criminales, de una hija de familia; donde todos saben que residen ó visitan diariamente las mancebas públicas de eclesiásticos de alta categoria; donde....

Basta—Discúlpesenos si, arrebatados á vista de un crímen que reune los mas odiosos é irritantes caractéres, nos desviamos por un instante de nuestra senda moderada: es un movimiento que sale de nuestro sistema comun, como sale del órden comun el espantoso suceso que lo arranca, pero que se nos puede permitir, cuando no como á hombres, como argentinos por lo ménos; como á argentinos que vemos á nuestra patria en las garras de una fiera, que invocando, desde el centro de una depravacion notoria y sistemada, una moral que se ha esforzado en pervertir, osa aterrar á toda una poblacion, y llevar la desolacion á una familia harto desventurada ya, empleando las balas en una jóven, que sobrada pena llevaba en la opinion, en su corazon y en su conciencia, y que abrigaba además en su seno á un inocente sér humano.

¡Mónstruo! Ese atahud de tres cadáveres, será el perenne y lùgubre monumento de esa hipócrita ferocidad, que siempre te guió en tu sangrienta carrera, y con la cual has hecho hoy estremecer á la naturaleza: pero de él se ha levantado un ángel acusador, que ha llevado ante el Eterno el doliente jemido que has hecho exalar á la humanidad, y que hoy le pide sin duda el perdon de su desdichada madre, con el castigo de su asesino.

REFUTACION

AUNQUE el *Comercio* no hubiese obtenido, acerca de este odioso crímen, otra ventaja que forzar al criminal á hablar, juzgamos que en eso solo habria hecho un gran servicio: porque ese criminal está tan habituado á la impostura y al descaro, que, de lo contrario, al cabo del tiempo, habia de haber negado el horrible suceso, como niega otros igualmente notorios; ó al menos, habia de haberlo desfigurado, aun mas de lo que hoy le desfigura. Además: tan horrible fué ese crímen, tan sin modelo, tan fuera de las previsiones comunes, que todavia dudaban algunos de su verdad. Mas hoy, ni ellos podrán ya dudarlo, ni el crímen negarlo. Ahí está su vindicacion, escrita con todo el repugnante descaro que marca siempre sus producciones: ahí están su abundoso palabreo, sus intencionales reticencias, sus numerosas digresiones, encaminadas á distraer la atencion que se teme: ahí están esos renglones, que son una acusacion fulminante, y que van á arrancar con mas violencia que jamás, desde lo profundo del buen sentido y del corazon, el grito enérjico y prolongado. *Sí: Rosas fué asesino, asesino, tres veces asesino!*

En esa menguada y pálida vindicacion, no es lo ménos notable el empeñoso conato con que el dictador nos acusa de que le hemos atribuido una crueldad que el suceso no presenta; de que lo hemos desnaturalizado torpemente; y de que lo hemos relatado con necias y repugnantes falsedades. De intento hemos fijado al frente de este artículo las palabras con que lo anunciamos: cotéjense en el relato de Rosas descartando de este todo lo que Rosas hacina para distraer, y añadiendo la espantosa circunstancia que él omite, pero que tampoco niega; y dígase si no resalta tanto mas vigorosamente la verdad de nuestras palabras, cuanto que ella se apoya hoy en la confesion del mismo que, sin embargo, osa llamarlas imposturas.

¿O nuestras falsedades consistirian acaso en que no siendo adivinos, no dijimos tambien las tan conducentes circunstancias de que aquellos desgraciados se bañaron en el Rio de Lujan, y sorprendieron á las autoridades con engaños y falsificaciones? ¿Ni tampoco; y sin embargo el tirano cuida de insistir á cerca de hechos tan accesorios y subalternos. Nada revela mejor la deficiencia de sus motivos, que ese violento conato de invocar contra sus víctimas aquellas pequeñas circunstancias, cual si fueran delitos inauditos. Criminales y prófugos, natural era que se disfrazaran, variasen sus nombres y engañasen á las autoridades del tránsito; como era natural que, puesto que el delito estaba ya cometido y el mal era ya irremediable, al presentarse en Corrientes, donde debian morar, figurasen una *supuesta union matrimonial*: ese era un homenaje que el miedo y el pudor arrancaban al vicio, en pro de la moral pública: peor cien veces, y más escandaloso, habia que así no hubieran procedido, y que hubiesen ostentado allí esa repugnante desfachatez en el delito, de que solo se ven ejemplos

en la *moralísima* córte de Palermo.

Pero no se crea que intentamos ni atenuar el esceso de Camila, ni emprender su defensa jurídica; defensa, por otra parte, que, aun para el más ruin leguleyo, seria facilísima, y que, por pobre que ella fuese, resultaria sin duda vencedora aun ante un tribunal de Calígulas y Jeffries. Al contrario: admitiremos, respecto de los hechos, todo cuanto al dictador plazca sentar; y si se quiere, hasta admitiremos tambien que el crímen de esos infelices sea castigado por las leyes con pena capital; á pesar de que esto es absolutamente falso. ¿O se refiere este hombre á alguna antigua disposicion feroz, de las aisladas y meramente locales y de circunstancias? Si así fuese, qué habria influido, respecto de lo esencial del hecho el decirlo ú omitirlo? Nada, como nada influye hoy, si esas son las leyes, que él ha venido á *restaurar* no será muy ardiente por cierto la gratitud que la humanidad y la civilizacion le deberán por ello.

Grave fué, sin duda, la falta á que les arrastró el desenfreno de una pasion, que era severamente reprobada por las leyes de la religion y de la sociedad: bastaba narrarla para que todos la conociesen, sin necesidad de exornarla con frios accesorios, ni de invocar para ello impertinentes autoridades, ¿Se necesitaba acaso que el padre de Camila, que las autoridades eclesiásticas, que los gobernadores de las provincias, clasifiquen el hecho de atroz y nunca oido en el pais, de horrendo, de enorme y escandaloso, para que la opinion lo hubiese clasificado cual él se merece? ¿No se pronunció en todas partes la opinion uniforme y fuertemente, desde el instante mismo en que el hecho fué conocido, cuando aún no existian, ó al ménos se ignoraban, esas clasificaciones hechas por las autoridades y por el padre de la prófuga? ¿A qué viene, pues, el citar hoy lo que ellos despues dijeron? Es que Rosas acude en esto, como en todo, á su sistema querido: emplear palabras, distraer la atencion, fascinar al vulgo, aparentar que se apoya en *documentos*: mas para el hombre de media frente, esas mismas gastadoras arterias, solo sirven á penetrarle más y más de su sangrienta injusticia. Si: porque ese mismo buen sentido universal que, sin necesidad de autoridades, dijo al simple anuncio del suceso — es una enorme falta la cometida por Camila — ese mismo ha dicho tambien despues, y lo repetirá siempre — es un enorme asesinato el perpetrado en ella.

NUEVAS LUCES

DICTADURA, dictadura funesta y nefanda dictadura!

Ella, en sus esfuerzos por estraviar la opinion y divertir la atencion, escribe severos renglones sobre la santidad del ministerio sacerdotal, sobre la imposibilidad de la indulgencia, y sobre la necesidad de que no quedára impune. ¿Quién que esto lea, no creerá que lo único que se reprocha á Rosas, es no haber sido indulgente ó no haber dejado impune el crímen? Si: ese es su objeto en esas divagaciones. Pero fuerza es que se sepa que todo eso es otra ardidosa impostura suya, para llevar la atencion y la discusion á terreno que le sea menos ingrato. Nadie ha desconocido la necesidad de un castigo: nadie ha pretendido que ese atentado escandaloso quedara impune, ni nadie tampoco es tan necio para estrañar la falta de indulgencia en un Rosas. Lo que se le dice es que el castigo que aplicó ha sido convertido, tanto por su desproporcion cuanto por su modo, en un imperdonable asesinato: lo que se le reprocha es precisamente que no haya

hecho justicia; porque asesinar no es hacerla.

Por lo demás: mucho podríamos decir acerca de ese repentino celo por la moral, que ostenta el mismo que sistemàticamente la ha relajado; el mismo cuya córte de Palermo presenta sistemáticamente esos ejemplos contínuos, escandalosos y contaminadores, que al fin han derramado la perversion en las ideas y la depravacion en las costumbres. Mucho podríamos decir acerca de ese repentino celo por la santidad del ministerio sacerdotal, en el mismo que hace de eso que llama obispo, un objeto de diversion y de escarnio; en el mismo que, en su propia córte, favorece, y *hasta preceptúa* la desenvoltura de altos eclesiásticos; en el mismo que, sin duda para inspirar en el pueblo respecto al sacerdocio, sin sombra de juicio, sin prêvia degradacion canónica, por una simple órden verbal, y escarneciendo la escomunion mayor en que incurre, fusila en un campamento militar, y por causas políticas, á tres curas de 60 á 70 años.

Sí, lo podríamos: pero debemos no detenernos en ello. Este negrísimo negocio presenta más importantes y altas vistas, que llaman nuestra atencion; porque interesa al presente y al futuro de estos paìses desgraciados, el que se palpe que la vindicacion de Rosas no solo es pobre y ruin en sus necias evasiones, sino además horrible y abominable en las doctrinas de confesado absolutismo con que se intenta apoyarla.

En el artificioso artículo de Rosas, se guarda un absoluto silencio acerca de la circunstancia insigne que ha dado á este asesinato la más espantosa celebridad. ¡Camila O'Gorman se hallaba próxima á ser madre! Rosas, es verdad, no confiesa este hecho esencialísimo; pero tampoco osa negarlo: y cuando á ser él falso, lo primero que debió hacer era dar un altísimo é iracundo desmentido á esa horrible circunstancia que imprime á su proceder un sello inmortal de condenacion, es evidente que ese esforzado é innatural silencio no viene á importar otra cosa que una confesion esplícita y tremenda.

Y asombra, confunde, el esceso de impudor con que á presencia de ese hecho formal se sostiene sin embargo que esa ejecucion fué justa, que ese asesinato no fué asesinato. Camila era criminal, aunque no era de muerte: pero su bárbaro verdugo que hoy se deleita en ennegrecer màs y más su memoria, atribuyéndole hasta el haber rehusado al principio el auxilio espiritual, no podrá al menos culpar tambien á ese fruto infeliz de su estravio. ¿Por qué pues, la fusila? ¿Què razones, qué circunstancias, qué consideraciones podrán jamás justificar esta atrocidad sin modelo?

Y no obstante, su sanguinario autor tiene la insolencia de insultarnos porque en esa ferocidad hemos visto *un acto de crueldad*, y la de suponer que llamamos inhumanidad *al castigo* de los crímenes. ¡Era lo que faltaba en sus delirios! Ha de pretender que el mundo mire en el fusilamiento de una jóven en cinta, un acto perfectamente suave y benigno.

¿Precedió á ese supuesto *castigo* algun juicio? ¿precedió alguna defensa? ¿alguna audiencia siquiera? ¡No! Lo único que antecedió — suponiéndolo, pues eso solo consta por la palabra de Rosas — fué la administracion de algun sacramento, ni hubo tampoco tiempo para más. «Remitidos á la provincia de Buenos Aires *y habiendo llegado al Campamento de Santos Lugares*, en un estado de frenética escitacion y escándalo, el Exmo. Señor Gobernador *ordenó fuesen fusilados àmbos criminales*, despues de suministrarles los auxilios espirituales de nuestra sagrada religion, que ellos al pricipio rehusaron.»

He ahí la confesion del hecho que se tiene la audacia de asegurar que hemos desfigurado—Llegaron y fueron ejecutados en un lugar tan adecuado, cual un campamento militar: llegaron, y *se ordenó fuesen fusilados*: llegaron, y en el acto la hiena lanzóse sobre ellos, y despedazólos. ¡Y se pretende que en ese proceder no jimió la justicia, no lloró la humanidad!

CONTRASTE

BASTA. Caésenos la pluma de las manos al considerar el estado de abyecccion y de atraso á que han descendido los paises del Plata, merced á la accion desmoralizante y corrosiva de la más insolente y sangríenta tiranía. ¡Quien habria dicho que en uno de los pueblos antes más libres y adelantados del continente, á los 38 años de su emancipacion, á mediados del siglo XIX, se pregonaria como dogma la facultad en los gobiernos de matar sin juicio! ¡Quien habria dicho que seria entónces necesario que la prensa de la civilizacion combatiese ese torrente de salvajismo y absolutismo, emprendiendo la defensa y demostracion de principios que jamás la necesitaron, porque Dios y la naturaleza los escribió imborrablemente en el fondo de los corazones, en lo íntimo de todas las conciencias! ¡Quien habria dicho que seria entónces necesario demostrar que los séres humanos, por su sola calidad de tales, están dotados de derechos inviolables é intrasmisibles; que nadie puede ceder, como nadie puede ejercer, aunque se le cediera, la nefanda facultad de disponer á su solo arbitrio, de la vida de sus semejantes quien dispone de ella sin audiencia y sin juicio; que quien tal hace asesina; y que el asesinar es un delito! Y esta es, sin embargo, la horrible realidad, esta es la tarea que es una santa obligacion emprender, porque esas son las doctrinas atroces, anti-cristianas, anti-sociales, anti-humanitarias, que hoy se predican altamente por todos los degradados é inmorales escritores de la dictadura: esos son los dignísimos principios de esos desvergonzados, que osan proclamarse restauradores de las leyes, y defensores de los principios y del honor del continente: esos *los progresos en todo sentido* que hacen, bajo sus varas férreas y sangrientas, las desventuradas comarcas del Plata!

¡Qué contraste! Miéntras que en el antiguo como en el nuevo mundo, todos los pueblos se agitan en una necesidad de regeneracion y de progreso, y reconquistan, aun en las monarquìas más absolutas, los olvidados derechos del hombre y del ciudadano: se desprecia altamente en Buenos Aires por los que osan llamarnos envilecidos y salvajes, que reside en los gobiernos establecidos, en las autoridades públicas, la tremenda facultad de despedazarlos todos. ¡Qué espectáculo! En Europa, aun los sorprendidos en las calles con las armas que empuñaron contra todos los principios sociales, son oidos; y al ser castigados, no solo no lo son con la pérdida de la vida, sino que al aplicárseles una pena, la autoridad cuida de manifestar sus motivos, que la prensa se encarga de apoyar ó combatir: miéntras que en Buenos Aires, una tiranía sin modelo, que se llama gobierno, fusila sin formas á una jóven seducida, en el acto de haberla entre sus manos homicidas; la prensa no existe; el pueblo maldice y tiembla; la autoridad calla; y recien á los 84 dias se presenta formulando la acusacion, y justificando el tremendo asesinato con la espantosa doctrina de que se halla investido con la facultad de asesinar.

Pero si aun considerada aisladamente la persona de Camila su muerte ha sido un insigne crímen, ¡cuánto más negros no aparecen los colores de este horrible cuadro, si se contempla además dibujado con la sangre de un inocente de siete meses! Que la imprudente dictadura y sus degradados escritores apuren, respecto de Camila, toda la insensatez de sus doctrinas absolutistas y feroces. Nosotros los desafiamos á que las apliquen con éxito al ¡hijo de esa infeliz: á que demuestren que ese sér desventurado, habia delinquido y merecido el suplicio, á que solo la atrocidad de un Rosas pudo condenarle: y á que arranquen, por consiguiente, de lo hondo de las conciencias la universal conviccion de que este cruel y doble asesinato, ha sido el más bárbaro y pavoroso atentado, que en la edad presente haya cometido un gobierno.

CONCLUSION

Y ESE gobierno asesino, que siente sobre su criminal cabeza el peso de la maldicion general, cree hallar una vindicacion imposible, buscando en vano á otros tan malvados como él: conócese culpable, y acusa á todos los gobiernos: conócese injustificable, y calumnia á toda la especie humana. No tienen otro significado que este, aquellas desvergonzadas palabras: «Como si fuese posible atribuir al castigo de los crímenes el carácter de inhumanidad: y como si no se practicasen en todas las naciones civilizadas ó no estuviésemos presenciando hoy mismo, en toda la Europa culta, saludables escarmientos, que los gobiernos adoptan para contener el desórden social, y preservar al Estado de males sin cuento.»

¡Què miseria! Esas palabras constituyen la más irresistible demostracion de su falta total de medios justificativos. Algo mas: esas palabras, tan inhábilmente traidas, son una potente acusacion de Rosas. ¿Quién al leerlas, no hace en el acto, entre los sucesos de Europa, y el del 18 de Agosto en Buenos Aires, una rápida comparacion, cuyo resultado es la condenacion irrevocable del verdugo de Camila?

Sí: porque es mentira—¡y vindiquemos en esto el honor de todos los gobiernos!—es una audaz mentira, que ni en Europa, ni en parte alguna del mundo, exista otro Rosas: es mentira que ningun gobierno, en ningun país, haya ofrecido el horrible espectáculo, que en aquel dia de crímen estremeció á Buenos Aires; y es mentira en fin, que si algunos de ellos, en instantes de frenesí, llegara á tener el infortunio de cometer atentados tan feroces, tuviera tambien la osadia de presentarse ante el mundo proclamando que le asiste la facultad legal de cometerlos.

Si hay puerilidad é inepcia en querer asimilar, bajo ningun respecto, un delito absolutamente particular y aislado, con los del *desórden social* europeo, consiguiente á tremendas conmociones políticas, hay tambien inhabilidad y rudeza en asociar al atroz sacrificio de una jóven seducida, los recuerdos de los procederes observados por los gobiernos de la Europa revolucionada.

Camila O'Gorman que, aun bajo el imperio de la lejislacion más bárbara, solo en un encierro religioso y temporal habria espiado su falta, fuè ajusticiada sin embargo; se hizo de ella, no una víctima de su delito, sinó un mártir de las miras políticas de un tirano: no la hirió la espada de la justicia, sinó que la atravesò la daga del asesino: fué sacrificada á la necesidad que Rosas sentia de reanimar en aquella sociedad infeliz, el enervante sentimiento del terror, algo debilitado ya, y á cuyo sosten y violencia debe únicamente los prodi-

gios de su tirania ; porque Rosas, dijo exactamente el Sr. Ferraz, «es un tirano que solo subsiste por que degüella.»

Nosotros, dicen al concluir los valientes publicistas del *Comercio*, esperamos, rogamos tambien á todos los ajentes estranjeros residentes en el Plata, que finjen su atencion y llamen enérgicamente la de sus gobiernos hácia esa proclamacion escandalosa de las doctrinas mas antisociales, y hácia esa confesion impudente de un gran crímen, que osa hacer ante el mundo ese hombre-fiera, á quien tratan y consideran como gobierno, y el cual por la enormidad de sus desafueros, ha debido y debe quedar fuera del derecho comun de las naciones.

Por lo demás: la justicia, la humanidad, la civilizacion, hallarán sin duda esa vindicacion tan osada y abominable, como el crímen mismo que la motiva, y sin hesitar, ratificarán el perdurable fallo que, al saberlo, pronunciaron indagnadas—piedad y absolucion hácia la víctima, inexorabe maldicion sobre el verdugo!

CORRESPONDENCIA

DOMINADO aún por una impresion horrorosa, voy á demostrar á usted que lo que le decia en mis cartas anteriores es por desgracia una verdad incontestable.

Recordará usted que hace seis ó siete meses publicó el desgraciado Varela la noticia de que un Gutierrez, cura de la Parroquia del Socorro, habia fugado de aquí, acompañado de una jóven de la familia de O'Gorman.

Posteriormente, y como sucede en todas las cosas, este acontecimiento quedó olvidado: ellos fueron á San Nicolás, allí se embarcaron disfrazados, pasaron al Paraná, donde se embarcaron nuevamente para Goya, y el ex-cura, creyéndose ya salvo, se dedicó á la enseñanza de niños.

No se saben los pormenores de su aprehension, pero se cree que un tal Ganon, fué quien, pasando de esta à Corrientes, le encontró allí y lo denunció á las autoridades, las que inmediatamente se apoderaron de ambos, y los remitieron bien asegurados en el patacho «Rosario», cuyo patron los entregó en San Nicolás, de donde pasaron al campamento de Santos Lugares.

Tan luego como supo el bárbaro que se hallaban en su poder, mandó que fuesen fusilados; y como pareciese un obstáculo à consumar este horrible asesinato el estado de preñez en que se hallaba la jóven, ordenó que se bautizase la criatura en el vientre y se cumpliesen sus órdenes. ¡¡¡Fué ejecutada el 18 del corriente, á las diez de la mañana, y ambos cadáveres colocados en un cajon hecho á propósito!!!

Casi no he escrito á Vd. porque me habian dicho que la *Fama* no salia hasta mañana, y deseaba tener pormenores sobre el suceso del clérigo cura del Socorro. Ahora sé que el Viérnes fueron ambos amantes ejecutados juntos. A ella le bautizaron la criatura en el vientre: cuando los sacaron vendados al patíbulo, preguntó el cura quién iba con él, y ella que iba cerca, respondió: *soy yo, Camila*; ya me han cristianado á mi hijo que llevo en el vientre y estoy tranquila: ahora muero contenta: no tengas cuidado.

Ha sido un acto horroroso; aun en Santos Lugares, donde los soldados están acostumbrados á matar gente á centenares, se han horrorizado tanto, que de los tiradores uno se desmayó en el acto de la ejecucion, y otro dió vuelta la cara al hacer fuego sobre la pobre Camila; el pueblo aquí está espantado con el suceso, y todos dicen que una

barbárie como esta no está escrita.

Esta infeliz, que hoy podria tener 23 años, era muy amable y escelente pianista y cantora. Fueron desembarcados ambos á la una de la mañana. Al padre le raparon á cuchillo las manos y la corona; á ella le hicieron abrir la boca y le echaron agua bendita, que decian era para bautizar la criatura. Los soldados estaban fulos y temblando: fué preciso hacerles tres descargas: en la primera, no le tocó á ella ninguna bala: en la segunda fué herida un poco: la tercera la mató. Este pueblo es un duelo. No se oye sino maldiciones contra esta furia de infierno.

OTRA

EL padre era un hombre, en lo demás amable, buena figura, buenos modales, juventud: es sobrino ó primo del gobernador de Tucuman, Celedonio Gutierrez. Se ignora si tuvieron auxilios espirituales: dicen que en el momento tremendo, ella manifestó serenidad y resignacion, y que se esforzaba en estender los brazos adelante, como para defender el hijo que tenia en el vientre.... Si á este bárbaro le entra ahora la manìa de castigar faltas contra la moral y las costumbres, largo tiene que castigar: pero deberia empezar por su familia y seguir por su misma quinta, ó mas bien, deberia empezar por si mismo y si vá á fusilar mujeres por relaciones con eclesiásticos, empezaria por.... á quien sienta á su mesa y que es la compañera de su hija: que al fin, la pobre Camila huyó de este pueblo, sin insultarlo diariamente con un escándalo público, y era tambien mujer libre de vínculos sagrados; cuando.... escandaliza desde la quinta del gobernador, y es mujer casada.... y despues el tal .... sube muy sério á la cátedra del Espíritu Santo, á predicar moral y federacion. Así es todo en este infeliz pueblo.... Pero lo que tal vez tú no sepas, es que, inmediato á la casa de O'Gorman, vive una de las hermanas de Rosas. O'Gorman habia echado de su casa á Gutierrez, pero la hermana de Rosas queria ¿y quien se atreveria á decirle que nó? que Camila fuese contínuamente á su casa: así se hacia, y allì concurria Gutierrez. ¿Qué te parece? ¿Quién tendrá la culpa?

Hermano: te escribo lleno de horror. El deseo de verte, y dar á nuestra anciana madre el consuelo de tu compañía, me hacia empeñarme para que volviese á tu país; pero veo que tienes razon en huir de un pueblo donde se cometen y se toleran los crímenes más atroces que jamás se han oido. Tienes razon aun mas de lo que piensas; porque ni yo, ni tú, ni nadie es capaz de decir hasta donde llega la perversidad de este hombre.

«La desgraciada Camila O'Gorman se habia refujiado con su seductor en el pueblo de Goya: allí fueron aprehendidos y conducidos ambos al campamento de Santos Lugares, donde encontraron al llegar, la órden de ser fusilados. El encargado de ejecutar este acto bárbaro, hizo presente al gobernador que Camila estaba embarazada de ocho meses: la respuesta fué que bautizáran el vientre, y ejecutaran la órden, agregando que se hiciera un cajon para encerrar y sepultar á los dos cadáveres juntos. La ejecucion debia hacerse el dia 18 al amanecer, pero la compañia que habian puesto de escolta á los presos, parece que rehusó ejecutarlos. De esto resultó que mandaran otra compañia, la cual cumplió la horrible sentencia, á las diez de la mañana del mismo día. Se dice que tendrán igual suerte los soldados que manifestaron repugnancia.

«Este es el suceso que me ha hecho

variar de opinion en cuanto á tu venida: así pudiera yo hacer salir de aquí á todos los que me pertenecen. Es imposible que esto dure más: un gran castigo del cielo, debe aniquilar al autor de tanto crímen, y á los hombres viles que los ejecutan por él. Hace dos dias que esto me tiene enferma, y que no hago sinó llorar: lloro porque soy madre, y veo que mis hijos crecerán y vivirán con estos ejemplos de barbarie: lloro porque soy muger, y no puedo comunicar á los que se llaman hombres la indignacion que me ahoga.

«Cuando tú me escribias que el mayor inconveniente que tenias para venir á tu pais era tener hijos, lo creia una exajeracion. Pero ahora veo que en esto como en todo, ha sido muy justo tu presentimiento. ¿Qué puede decir hoy un padre á sus hijos? O se ha de mostrar degradado á sus ojos enseñándoles á someterse á un asesino, ó les ha de enseñar á ser ellos tambien asesinos, ó se ha de rebelar.

AHORA

Cuando, en su noble destierro, el eminente publicista doctor Alsina, al contacto de su pluma vengadora hizo gritar y surtir hácia la justicia del cielo y de los hombres la sangre de Camila O'Gorman, la Sociedad Bonaerense, oprimida entónces bajo la pesadilla del Terror, no pudo agradecerle sino con su silencio y sus lágrimas. Pero la semilla no fué estéril. Los artículos elocuentes que acaban de leerse, la correspondencia de los desterrados, y esta corriente invisible de resentimientos que Dios establece entre las almas en vísperas de la caida de un tirano, venian de contrabando en la ciudad presa de estupor deslizándose en el seño de las familias para consolarlas, aliviar y embalsamar tan ardiente herida, y haciendo estallar el sordo rencor de los corazones determinaron en fin la reaccion, hoy coronada por la condenacion oficial del reo de lesa-Humanidad.

Entre el 18 de Agosto de 1848, dia del asesinato de Camila, y el 18 de Julio de 1857, fecha de la sentencia dada contra su verdugo, nueve años han trascurrido,—nueve de una espiacion lenta, inexorable, providencial; cadena no interrumpida de castigos cuyos eslabones, pasando por un destierro sin decoro, sin consuelo y sin amigos, empiezan á la batalla de Caseros y se terminan al voto infamante de la Legislatura.

Este eslabon último de la maldicion terrestre, lo está llevando la mano de Dios, y tendrá todavia el culpable que subir hasta el dedo que ha de tocarle, escondido tras de la Historia y de los tiempos en los misterios de su impenetrable justicia.

Miéntras pesa ya el olvido sobré la memoria del condenado, mientras el horror y la repulsion del Universo se amontonan sobre la cabeza de Cain, los años rodean á su víctima de una aureola de luz cada dia más pura y resplandeciente.

Asi es que asciende en las regiones serenas del amor y de la veneracion la gloriosa Camila, desprendiéndose, en su idealizacion poética, de las nubecillas de la debilidad humana y de los vapores de su vida terrestre, á la manera de aquellas Santas que purifica la piedad popular por un privilegio de trasfiguracion sublime.

Despues de la Historia viene la Leyenda.

Cuando se me ocurrió, á mí, estrangero en estas playas, la idea de tejer mi pobre corona de novelista para la frente de la dulce heroina de Santos Lugares, no conocia de los artículos del Dr. Alsina más que un trozo medio roto,—

fragmento de hoja que por casualidad se ofreció á mis ojos. Tal ha sido la fuente preciosa de inspiracion en la que bebí los pensamientos generadores de este libro.

Devolver á mi maestro y predecesor la parte que le corresponde, es para mí un deber de gratitud, al publicar una edicion personal más completa y mejor arreglada de mi obra.

Si fácil y suave es mi tarea en medio del hermoso desarrollo de civilizacion en que vivimos, árdua y trabajosa fué la suya cuando en las angustias del destierro, entre el puñal de Oribe y el cadáver de Varela, no trepidó en pelear enérgicamente contra el asesino Rosas.

A él, la gloria del triunfo y el honor de la lucha; á mi el placer de cultivar pacíficas flores de pasatiempo, á la sombra de la amena actualidad gobernada por el Dr. Alsina.

Era del deber del novelista de Camila saludar á su primer historiador.

PROBLEMA MORAL

AMABLE lector, lectora mas amable aun, ¿de qué modo trataremos este grande y tenebroso asunto? Qué imaginaremos para esplicar lo inesplicable? Rosas, como lo dice el historiador con mucha propiedad, se ha escedido á si mismo. A qué mòvil de estupidez ó de venganza corresponde este triplice domicilio? Por qué impulso secreto, por qué resorte desconocido se ha podido determinar un hombre, que con todo tenia sangre fria y lógica hasta en sus actos los mas bárbaros, á fusilar así sin necesidad á tres criaturas delicadas, inofensivas é interesantes, cuyo suplicio habia de acarrearle gratuitamente la execracion pública?

¿Será hipocresia de moralidad, razon de Estado, ó efecto de un rencor personal?

Estudiemos las tres hipótesis.

Camila, víctima de una pasion insensata y de su misma fidelidad á esta pasion fatal, aparece una paloma de inocencia, al lado de aquellas mujeres de costumbres equívocas, hácia las cuales la ley en todos los paises del mundo se calla prudentemente, entregándolas al fallo de la opinion, único y buen juez, cuyas sentencias ora severas, ora indulgentes, muy bien saben discernir la debilidad y la depravacion, la fragilidad humana y el vicio premeditado.

En honor del bello sexo de Buenos Aires, justo es tener presente que las tristes escepciones de que acabo de hablar no han sido nunca, ni aun bajo la dictadura desmoralizadora de Rosas, más notables aquí que en cualquiera otra capital.

Y tal vez, si se considera que el espíritu de familia fué siempre, entre los pueblos Argentinos, un rasgo tan honroso como profundo del carácter nacional, dudoso es que el Rio de la Plata, observado por los moralistas imparciales, sea juzgado con el mismo rigor que los demas Estados ya de América, ya de Europa, con relacion á las costumbres.

En ninguna cabeza de dictador ó de tirano podía pues caer la idea de que un ejemplo, un ejemplo aterrador fuese necesario.

Rosas, que conocia muy bien la sociedad despotizada por él, era por cierto lejos de esperar de la odiosa ejecucion de una pobre jóven seducida un buen resultado cualquiera, una impresion saludable sobre la tierna y poética imajinacion de las señoritas de Buenos Aires, ofreciéndolas un cuerpo de madre destrozado, á balazos. No: eso era inútil cuando menos, y Rosas no hacia nada inútil.

No; fué Camila O'Gorman sacrificada á otros pensamientos.

En cuanto á su cómplice, basta recordar que curas que se apoderaron, no por medio de la seduccion como Gutierrez, sino por el odioso arbitrio del rapto de jóvenes de 15 años; que huyeron con ellas, disfrazándose y mudando de nombres; que despues de casarse con ellas las abandonaron para casarse con otras á quienes tambien abandonaron para desposarse con unas terceras; basta recordar que tales curas, cuando al fin cayeron en poder de la justicia de su pais, en el que tuvieron la osadia de volver á establecerse, fueron juzgados; y, agrega á este respecto el sábio publicista, que vuelvo á citar no obstante la acumulacion de tantos delitos, que no admitian ni aun la escusa de una posicion delirante, no fueron condenados á perder la existencia, sino á perder por doce años la libertad, sujetos á una cadena.

Queda la política, la razon de Estado; ó bien un implacable y misterioso rencor.

Cupo al actual Gobernador de Buenos Aires la elucidacion de la primera de estas dos alternativas, en la esfera elevada en que el noble desterrado habia puesto la cuestion.

Avivar el sentimiento del terror; infundir á los Gobiernos Europeos que ya parecian inclinados á olvidarla la conviccion que Rosas era siempre *él*, es decir, una especie de Todo-Poderoso reasumiendo en sí la ley, el poder, el castigo y la fuerza; dar miedo, no pudiendo conseguir confianza; ponerse en fin como el ídolo Americano—ídolo de sangre, ciego y sordo, que multiplica ó mas bien generaliza la pena de muerte, aplicándola á cualquier delito, devorando con el mismo fanatismo irresistible y fatal á conspiradores soberbios ó á niñas pecadores en cinta, esto se concibe, esto es lójico. Divinidad estraña. Personificacion de un depotismo condenado á matar ó á morir, Rosas desafió la superstición de que su poder casi sobrenatural era el objeto, y exageró el Terror, su grande, su única razon de ser.

MIS CONJETURAS

Mi sistema de esplicacion, sin tener aquella sombria magnitud, ofrece por compensacion á las almas sensibles larga y poética carrera.

La discusion de la segunda parte del problema abre á la sagacidad del filósofo un campo bastante fèrtil.

Segun la novela, que es tambien una historia, la de los hechos del corazon, no fué un crímen político el asesinato de Camila O'Gorman, sino una venganza privada.

Hubo un tiempo, antes de la caida de este angel en poder de su jóven seductor, en que su pasion platónica é inocente, no veia en el rafaélico sacerdote más que un amigo, un amante exaltado y puro como ella misma. En este precioso período de su vida de enamorada, la hermosa niña, cual lirio inclinado, doblaba su frente virginal, poniendo su linda cabeza un poco á la izquierda con una gracia, un encanto de pudor de que se acuerdan todos los ojos de Buenos Aires, los ojos de estudiantes sobre todo. Un magnetismo irresistible de amor invadia al corazon, al verla en esa actitud característica, habitual á su amable y angélica persona.

A mi tambien me apareció doblada la linda cabeza de Camila, no ya bajo el peso de la dulce felicidad de su Eden, pero si herida por las violencias del hombre Palermo, antes que viniese á ser ensangrentada en Santos Lugares por las balas de sus soldados. Su imágen evocada de la tumba, reflejó unos rayos

de la maldicion arrojada al tirano, como si dijera la celestial mártir flotante en su limbo aéreo enlazada, cual otra Francisca de Rimini, con una sombra querida.

«Sin él, ambos quedábamos inocentes. Dios permitió mi caida en los brazos de un amante, para salvarme de los besos infames del asesino.»

¿Será esta la verdad?

La mas ilustre Santa del Martirologio argentino ¿habrá por ventura estado en lucha con criminales deseos de Rosas, que hubiese hecho expiar á esta jóven y virtuosa beldad, la resistencia á impuras seducciones de sultan? Así lo he supuesto. Careciendo de todo documento positivo sobre los detalles de esta tenebrosa leyenda, he pedido á la imaginacion y á la verosimilitud romanesca el descorrimiento del velo que oculta la verdad sobre este drama terrible.

¿Por qué fué Camila fusilada luego de haber llegado á Santos Lugares? Ni tiempo para respirar se lo concede. La órden llega y es ejecutada en el transcurso de pocas horas, con la rapidez del rayo. En su fiebre de impaciencia, Rosas habia llevado la precaucion al estremo de enviar los dos féretros, el uno para la madre y la criatura, el otro para el cómplice, como si un gran secreto debiese ser en ellos sepultado. ¿No es esto la impaciencia febril del criminal empeñado en hacer desaparecer con la víctima los gritos delatores de horrores desconocidos á todos, escepto á Dios?—La historia de las tiranías no carece de hechos como este de tenebrosos detalles y misteriosos motivos.

Por mas crueldad que haya en un hombre, jamás se hace uso de precipitacion semejante.

Quizá los muros de Palermo, si ellos pudieran hablar, corroborarían las ficciones de mi novela.

Lo que hay de verdadero, de pavorosamente verdadero, lo que es histórico, repugnantemente histórico, es que Camila fué ejecutada estando en vísperas de ser madre, y que por órden de Rosas se bautizó la criatura en su vientre haciéndole beber agua bendita por medio de un embudo.

Este fusilamiento de una mujer en cinta, es de lo más caracteristico: es la gota de sangre que hizo trasbordar el vaso. Desde aquel dia Rosas fué igualmente maldecido por amigos y enemigos. Aquella tiranía que, orgullosa de triunfos, habia burlado durante veinte años la conciencia pública y los generosos esfuerzos de los conspiradores, vino á anonadarse estrellándose en la tumba de una muger y un niño.

Rosas fué vencido por su propia perversidad. La fatalidad asióse de él.

Su nombre pertenece ya á la historia.

Y á la novela tambien.

EL MANUSCRITO DE CAMILA

¡SOCORRO! Socorro!

Este grito lanzado en medio del silencio de la noche y de la sombria densidad del horizonte habia sido oido por un amigo mio que me acompañaba, no por mi que me habia quedado un poco atrás.

¡Socorro! Socorro!

¡Oh! esta vez ambos distinguimos perfectamente la voz de alarma.

Lanzámonos á todo galope hácia la direccion presumida, disparando un pistoletazo con el objeto de impedir á los malhechores supuestos que llevasen á cabo su atentado.

Efectivamente, al acercarnos con rapidez, pareciónos divisar como á dos ó tres hombres que iban huyendo á todo escape hácia el monte. Vehementes deseos tuvimos de perseguir á aquellos bandidos, pero nuestros primeros

deberes los exigia con urgencia la víctima, á cuyo lado llegamos guiados únicamente por sus gemidos.

La forma humana que palpamos en as tinieblas pertenecia á un campesino nuestro....nuestras manos, errando al acaso, tropezaron con grandes espuelas, poncho, chiripá y lo demas. Un agudo clamor, junto con un sobresalto, nos anunció de un modo brusco el despertamiento de este semi-cadáver. Acabábamos de tocar una herida, de donde chorreaba la sangre, y cuyo asiento parecíanos estar en la region del corazon.

Dentro de breves instantes, ya estaba hecho el vendage y estancada la hemorrágia, echando mano para ello de cuanto tuvimos á nuestro alcance.

En seguida, y sin perder un solo momento, pusimos en ancas al herido, cuyo rancho, segun su propia indicacion, estaba aun algo distante, y nos encaminamos los tres hácia aquella direccion.

Al cabo de una marcha lenta y paciente, centelleó á lo léjos, como una estrella roja, una luz que nos sirvió de preciosa guia.

—Allí es! dijo con voz quebrantada el campesino.

Un rancho solitario nos recibió en fin en medio de los ladridos de los perros y del cacaréo de los gallos que, como otros tantos écos de centinelas nocturnos, alternaban con precipitacion, al paso que el ganado, acurrucado en la pampa, se quejaba con algunos gemidos melancólicos de la perturbacion de su sueño.

Adelantóse para recibirnos, una mujer, jóven aun, acompañada de tres chicos, quien, al ver á su marido ensangrentado, arrojó un grito de terror.

—No tengas cuidado, hija mia, dijo el herido haciendo esfuerzos para caminar apoyado en nuestros brazos; pero Dios sabe lo que me hubiera sucedido si no hubiesen acudido estos señores, como guiados por la mano de la Providencia.

La jóven campesina, en estremo enternecida al oir las diversas frases de la aventura, cuyo desenlace hubiera podido ser tan trájico, nos miraba con unos ojos en que se leia la adoracion del agradecimiento.

El enfermo, despues de acostado y vendada de nuevo su herida, que felizmente presentaba poca gravedad, rompió el silencio que hasta entónces habia guardado con nosotros.

—Caballeros, todavia no os he dado las gracias á que os habeis hecho tan acreedores, pero solo con palabras no se premian servicios como el que acabais de rendirme. Me habeis salvado algo mas que la vida: habeis arrebatado al dolor y à la miseria á mi mujer y á mis tres hijos. De qué modo me será posible gratificar tan bella accion! No quisiera, sin embargo, que se dijese que Lázaro Torrecilla ha pagado con ingratitud á sus libertadores.

Al pronunciar estas palabras, notábase en aquel buen campesino cierto embarazo que nos dolia.

—Ya que quereis, le dijimos, darnos absolutamente una prueba de vuestro agradecimiento, decidnos quienes son aquellos malvados que os han acometido con tanta cobardía, para que reciban su condigno castigo. De esta manera se pondrá un freno á semejantes atrocidades, y quedaremos todos satisfechos.

—Dificil me seria, señores, deciros de un modo positivo quiénes son los autores de esta tropelia. Pero por el mismo disfraz que llevaban, no pueden ser otros que unos miserables mashorqueros, los seides del verdugo de nuestra Patria, del sanguinario Rosas,!

Al oir el nombre de Rosas, asiéronse los niños ocultándose en los pliegues del vestido de la madre, la que participando del mismo espanto palideció y estremecióse: tan profundo es el terror

popular encerrado en este nombre siniestro y fatal!

—Sí, señores, continuó con exaltacion el campesino, los hombres del crímen y del vicio siguen persiguiendo de un modo tenaz á los hombres de la virtud y del deber. En Caseros fué aplastada la cabeza de la serpiente, pero aquí y allá se mueven todavia sus trozos horribles, esponiéndose uno á tropezar con ellos, como me acaba de suceder. Están para conmigo llenos de rábia los esbirros de aquel mónstruo que, á mis ojos y casi en mis brazos, asesinó á aquella infeliz...

Herida su mente como por un recuerdo doloroso no pudo Lázaro Torrecilla contener el torrente de lágrimas que inundaban sus ojos, y solo despues de un largo desahogo prosiguió en medio de sollozos:

—Ella, tan pura! tan bondadosa! tan bella!

Hondamente enternecidos, respetamos las misteriosas reticencias del campesino, pero si no se movian nuestros labios, no por eso dejaban de hablar nuestras miradas. Entendió Lázaro nuestra muda interrogacion.

—Perdonadme, señores! habia jurado sepultar en mí mismo este lamentable misterio, porque despues de la época aciaga que acabamos de atravesar no se deposita fácilmente en otro su confianza. La mia sin embargo, os pertenece, pues á ella se hacen acreedores aquellos que salvan á su hermano de peligro de muerte.

—Teresa, agregó, entrega á estos señores el secreto de la Santa. Esto será el premio vuestro por tan noble accion.

La mujer abrió un cajon, y sacando de él un paquete lacrado de negro, nos lo presentó. Leíanse en el sobre estas palabras:

«MIS SECRETOS»
Camila O'Gorman

—Camila O'Gorman!!

—Infeliz criatura!... ha tenido el glorioso y tremendo privilegio de la vida de un ángel y de la muerte de un mártir. La *Santa*, este el nombre que se le daba en mi familia, en obsequio á la tierna amistad que yo le tributaba me ha legada lo que quiza habia titubeado en confiar al cariño de sus amados padres. Este depósito sagrado, que antes era mi tesoro y ahora es el vuestro, os dará á conocer hasta qué grado puede descender la perversidad humana, y tambien hasta qué altura puede elevarse el heroismo de la virtud. ¡Que estas páginas de la desgraciada Camila salgan á luz! Así se cumplirá al mismo tiempo la apoteósis de la víctima y el castigo del verdugo!

Ansiosos rompimos el lacre y sacamos del paquete varios papeles sueltos en que se echaba de ver cierta elegancia caligráfica junto con la indecision peculiar á la letra de mujer.

En medio de estos papeles hirió nuestra vista un objeto estraño. Vimos un mechon de pelo negro, manchado con sangre coagulada.

Palpitaron nuestros corazones con profunda emocion.

—Esa trenza que acabais de tocar, dijo Lázaro, la he cortado furtivamente de la cabeza de la muerta en el mismo momento en que acababa de ser fusilada en aquella espantosa crujía de Santos Lugares, teatro de tantos y tan horrendos crímenes.

Sobrecogidos de un sentimiento religioso, nos hincamos junto con la madre y los chicos, y silenciosos nos elevamos por medio del pensamiento hasta la region celestial donde resplandece la heroina del amor, al paso que nuestros ojos contemplaban con veneracion aquellos sagrados restos, así como se adoran las reliquias de una bienaventurada.

GOYA

A LA aurora de mi nueva existencia, decia Camila en su manuscrito, paréceme que debo renovarme interiormente, lo mismo que todo se renueva al rededor mio.

Aquì estoy, en el pueblo de Goya, hoy, dia de gracia Abril 15 de 1848, llegada por fin en el puerto de salvacion. ¡Alabanza, alabanza, y tres veces alabanza al Dios de misericordia y de bondad!

Merced á su proteccion visible, nuestra navegacion ha sido de las más felices. Un fresco pueblito, al salir de la enlutada capital que gobierna un malvado, nos recibe en su seno. Ayer el infierno, hoy el paraiso;—si, el paraiso de redencion, de esperanza y de perdon.

Mientras fuera de los malos y en compañia de mi amado Uladislao, oculta y desconocida en medio de esta hospitalaria y simpática gente, descanso de mis angustias en el seno de la religion, de la paz, del trabajo y del amor, mientras huye en el lejano del olvido la sombra fatal de Palermo, bueno será que traze mi exámen de conciencia, volviendo á los momentos de una inocencia santa, en que en la primavera de los encantos de la vida moral se abrió como una flor mi jóven razon, hasta la hora presente de resurreccion y arrepentimiento.

Desde la ventana de nuestra humilde habitacion divísase el risueño Paraná en que se deslizan, iluminadas por los rayos matutinos del sol y semejantes á cándidas palomas, las blancas velas, hermanas de la que nos hizo abordar á este tranquilo albergue. Rejuvenecida la frente del rio se ha despojado de los vapores de que la habia cubierto la sombria noche, así como se ha desvanecido la siniestra vision que me asediaba.

Entre estas dos épocas, señalando una el punto de partida de mi adolescencia, y deteniéndose otra á la entrada de mi vida actual, estiéndense las tinieblas de un abismo infernal, misterioso, horrible, en que casi me ha devorado un demonio de faz humana; estraño abismo que voy á tratar de sondear, ahora que lo he salvado con ayuda del jóven héroe, cuyo generoso amor me ha librado del mónstruo. Así como el navegante, despues de un terrible naufragio, recuerda gustoso los peligros que ha atravesado, asi tambien se complace mi imajinacion en evocar las diferentes escenas del drama en que he representado un rol espantoso, entre el ángel visible que me protegia y el asqueroso enemigo que á todo trance queria perderme. Como otro San Miguel, Uladislao Gutierrez ha vencido al detestable Rosas.

Sí, lo ha vencido..... mas á precio, Dios mio!

Valor, Camila, valor! grave es tu falta sin duda, pero grande es tambien tu expiacion, y sincera tu buena voluntad. ¿Acaso no soy hija del Padre de misericordia, del divino Salvador que dijo: Paz en la tierra á los que tienen buena voluntad!....

Paréceme que viviré feliz. A mi alrededor y en mí misma, todo reanima mi confianza, alienta mi ardor y estimula mi energia para el bien. Ciertas señales, cada dia más distintas, me vaticinan que seré madre..... á estos síntomas de dichosa y precoz fecundidad, á esta alegrìa de mi corazon y á estos estremecimientos de mis entrañas palpitando con la vida del fruto prometido á nuestros amores, me es grato reconocer que Dios no nos ha desamparado.

Por otra parte me asiste la dulce esperanza de que conmovido por nuestro

arrepentimiento, el Vicario de Cristo usará en favor nuestro del soberano poder que ha recibido de atar y desatar. Sí, la humilde pero fervorosa súplica de mi esposo encontrará perdon ante su sabiduria y bondad, y entónces, absueltos por la religion, rehabilitados en la opinion pública, despues de rasgado el pesado disfraz que nos cubre, en paz con el cielo, con nuestra conciencia y con nuestros semejantes, ¿podrá acaso faltar algo á nuestra felicidad?

La felicidad.. . qué palabrá acabo de proferir! Oh, no! ha huido para siempre con su hermana la inocencia. Pero si nos ha abandonodo, á lo menos se ha apiadado de nosotros la pareja celestial, dejándonos para reemplazarla á su dulce y amable compañero, al reposo del corazon! En adelante él será nuestro huésped, el amigo familiar de nuestra casa, el que aun podrá tejernos una larga série de bellos dias, mientras mi esposo, consagrado á las humildes funciones de la enseñanza, gane nuestro pan con el sudor de su rostro, y que yo misma vanagloriosa con mi primogénito, feliz en mi oscuridad, fiel á mis nuevos deberes de esposa y madre, no me acordaré de mis pasados estravíos sino para fortalecerme y alumbrarme en la via de la regeneracion, dedicándome en el olvido del mundo y las prácticas de obras pias, á neutralizar el ódio de mi acérrimo perseguidor, y rogando á Dios que le conceda el perdon que yo misma le concedo.

Así es como expiaré mi falta, y tengo la conviccion que en semejante situacion, el propósito firme, la confianza en Dios y en si mismo valen mucho más que llantos estériles y cobarde desesperacion.

A CABALLO NIÑOS!

LLORAR, desesperarse... ? para qué?

Trabajar, enhorabuena. Hay en el trabajo una virtud eficaz.

Por otra parte, la actividad pone á uno alegre, y preciso es que yo lo esté para que pueda desvanecer algun tanto la profunda melancolia de mi marido. Infeliz amante! Me habia arrebatado en sus álas de fuego á sublimes regiones, lejos de la vulgar humanidad, al seno de los sentimientos tormentosos, y de las virtudes ideales. Dios ha castigado nuestra temeridad! Qué cambio desde nuestra caida! qué amargura! Uladislao se ha vuelto triste; quiero tener alegria para él y para mí.

Acudid, pues, reduerdos mios! y tú, primera y casta inocencia de la flor de mis años, exhala tus perfumes al contacto de la vara mágica de mi entusiasmo y ven con tus virginales y frescas reminiscencias á mecer en sus dolores á esta pobre y segunda inocencia del arrepentimiento que tanto trabajo tiene en sonreir á tus caricias!

Tenia entonces como diez años. Paréceme que era ayer no más, y sin embargo estoy en los veinte y tantos.

Una fantasia acariciaba dulcemente mi imaginacion, cual era dar á lo lejos un paseo á caballo, para cuya realizacion atormentaba sin cesar á mi pobre madre, pero esta, alegando siempre la órden paterna me aplazaba para el año venidero. Solía ella hacer escursiones bastante lejanas, acompañada de mi señor padre. Un dia, habiendo estos regresado del paseo de costumbre, arrebatada por un vehemente deseo de cabalgar, apodéreme de un caballo que habian dejado atado á un poste de la casa, y el dócil animal como si hu-

biera sido cómplice de mi infantil travesura, tomó por sì mismo el galope, y al poco rato hallábame en medio del campo galopando siempre mi corcel.

Late aun mi corazon cuando traigo á la memoria las dulces emociones que sentí al verme sola, conquistadora del espacio, ufana de mi audacia, realizando en fin mi anhelada fantasía, y entregándome totalmente al entusiasmo de una carrera hácia lo desconocido.

No sé cuándo se hubiera detenido mi manso y rápido hipógrifo, si en el camino no hubiera encontrado una laguna bastante ancha que fué preciso atravesar. Adelantábase por sí mismo en el vado que á cada paso se hacia mas profundo. Por primera vez de mi vida veíame así en medio de las aguas. De repente el caballo se detiene; asustada trato de volver las riendas; pero saliéndome mal esta maniobra, arrojo un grito y adios el ginete.

Al recobrar mis sentidos, esperimentè un delicioso bienestar, viéndome acostada en el muelle césped de que estaba rodeada la laguna, envuelta en un lindo poncho, acariciada mi frente por la tibia brisa de la tarde y en el centro de un radiante paisage crepuscular, animado por el gorjeo de los pájaros, cuyos ràpidos escuadrones remolineaban en el aire.

Volvióme al sentimiento de la realidad la vista de un jovencito empapado, sentado al pié de mi blando lecho y mirándome sin proferir una sola palabra. Acordéme entónces de mi reciente desventura, y no me fué difícil comprender que él era mi salvador. En el acto me levanto, y por uno de aquellos arrebatos que son la gracia y el instinto de la edad inocente, salto á su cuello, dándole llena de júbilo cariñosos abrazos.

Nada se habia perdido en esta pequeña catástrofe; mi caballo y el de mi libertador pacian juntos á nuestro lado el tierno césped dorado por el crepúsculo.

Los niños pronto entablan relaciones. Lázaro era el nombre de mi héroe. Encamináinonos hàcia su ranchito, que venia á quedar muy cerca de nosotros, en el cual los cuidados mas tiernos me fueron prodigados por su familia; pero pronto nos volvimos á la laguna, cuna de nuestra amistad y teatro de tan bella hazaña. Allí, el poético Lázaro cortó una porcion de flores con las que compuso un magnìfico ramillete, ofreciéndomelo amistosamente en seguida.

No sabia cómo corresponder á la finura de este jovencito, cuando despavorida vino á arrojarse á mis piés una tortolita, cruelmente perseguida por una ave de rapiña. La cogí con familiaridad, y en cambio de mi regalo la ofrecí á mi simpático Lázaro, con mútuo juramento de guardar eternamente, él la tortolita, y yo el ramillete—¡La eternidad de las flores!

Hubiera deseado dar á estas lejanas y romancescas reminiscencias el encanto, el colorido, el perfume que ya no tienen, que tampoco podrian tener para mí, huyendo lejos de mi espíritu su verdadero sentimiento, como su ingénua espresion.

Estàbamos, pues, Lázaro y yo, dichosos y olvidadizos en el borde florido de la laguna, ocupándonos en recojer flores y besos, unas frescas, otras inocentes, á imitacion de Adan y Eva en el Paraiso terrenal, sin sentir que la noche estendia sus sombras sobre la dorada superficie de nuestro Eden.

Entonces con las tinieblas me vino un remordimiento: por primera vez me asaltó la idea de las angustias en que mi ausencia debia haber sumido á mi familia, y pensamos sériamente en marcharnos. La misma lijereza que por la mañana me habia inducido à abando-

nar la casa paterna cegó y arrastró á Lázaro sobre mis huellas, en direccion á Buenos Aires donde por fin llegamos cerrada ya la noche.

Al bajar del caballo, precipitóse hácia mí mi amada madre, cubriéndome de besos y haciéndome mil cuestiones acerca de mi larga ausencia, con una inflexion de voz que espresaba más bien su ternura que su enojo, al paso que mi padre remolcaba silenciosamente de la oreja al pobrecito desconocido, cuyo semblante azorado, y traje salpicado de barro, lo mismo que la tortolita que llevaba en su pecho, causaron mucha risa á mis hermanas que habian acudido à esta escena semi-patética, semi-jocosa.

FLOR DE AMISTAD

LÁZARO Torrecilla interrumpió mi lectura.

Habreis ya adivinado, caballeros, díjonos riendo, que aquel pilluelo sacudido de la oreja era yo mismo en persona. Mi temible juez no pudo sacar de mi susto una palabra, y fué preciso que Camila se encargase sola de una narracion que, echando á luz mi papel caballeresco de salvador, convirtiese en aplausos el enojo de sus padres.

Desde aquel momento, prosiguió el herido, la familia O'Gorman fué en estremo cariñosa para conmigo, y por su parte declaró Camila no querer ya separarse de su héroe, lo que determinó á sus padres, con prévio consentimiento de los mios, á que viviéramos juntos. Así nació, así fortalecióse entre Camila y yo la fraternal amistad, cuyos vínculos, representados por la flor que la diera, colocároume en posicion de admirar todo su encanto y de anhelar todo su aroma; amistad pura que nos acompañó hasta la tumba, y cuyas raices, dolorosamente arrancadas, me han dejado una llaga secreta, mil veces más cruel que la que acaba de hacerme el puñal de los bandidos......Pero os estoy haciendo la historia de mi propio corazon, en lugar de dejar la palabra á ese muger divina. Perdonadme, señores, esta pequeña interrupcion......

Los sucesos domésticos que vinieron en seguida, decian los *Secretos* de la *Santa*, diéronme ocasion de notar dos cosas: la primera fué que desde entonces cesó mi familia de considerarme como niña; la segunda la inconcebible energia de ternura que sentí desarrollarse en mi misma para con mi amable compañero.

Este sentimiento, cuyo carácter me seria difícil precisar, era muy suave y habitualmente mas alegre que melancólico. No podia ser amor, pues ignoraba todavia los ardientes misterios de este afecto. La exaltada fraternidad que me ligaba á Lázaro no tenia nada que se asemejara á la agitacion, á la embriaguez ó al frenesí de la pasion que invadióme mas tarde. No era tampoco la amistad, en el sentido grave y seco de esta palabra. ¿Qué era, pues? Un entusiasmo cándido, el ser humano ejercitándose en las emociones simpáticas; los primeros jérmenes de la reflexion echando sus flores: el despertamiento de la vírgen en el sueño de la muger; el pimpollo del corazon exhalando ya sus primitivos perfumes; el placer sin el remordimiento; la esperanza sin la inquietud; algo en fin instintivo y gracioso que canta y retoza en la aurora de la vida, lo mismo que la edad en que Lázaro y yo nos encontrábamos.

Mi madre mostrábase complaciente con aquellos entretenimientos y galanteos de una sensibilidad precoz. Solia llamar á Lázaro mi esposo, nombre que aceptábamos muy seriamente, aunque ignorásemos su verdadero senti-

do. Si este capricho pueril se hubiese con el tiempo realizado; si un casamiento regular y tranquilo hubiérame regalado como esposo á mi amigo!... Pero nó! ganando la calma, hubiese perdido la felicidad! la tempestuosa felicidad, que ha sido y que será, mientras me quede un soplo de vida en el pecho y una gota de sangre en las arterias, la tortura querida de mi corazon. Todos los sufrimientos con Uladislao!... Oh sí! De rodillas, agradezco todavia á la Providencia por la suerte que dignóse regalarme, y bendeciré eternamente ese magnífico don de la bondad celestial!

Puedo hacer esta confesion sin temor de ofender á mi amigo; conozco á Lázaro, y la generosidad constante, heróica, desinteresada hasta el sacrificio de que me dió tan repetidas pruebas, merece que le manifieste todo lo que sentí, ó mejor dicho, se lo repita injénuamente. Ya no te ofenderá mi franqueza, nó, mi buen Lázaro!........para contigo, la hipocresia seria un ultraje; para contigo que siempre has leido en mi corazon como en un libro; para contigo que despues de habernos proporcionado medios seguros de salvacion, estás todavia partiendo con nosotros el pan del destierro y las esperanzas de un porvenir mejor. No, no verás en estas páginas sino el reflejo fiel de una sinceridad que nunca tuvo secretos para tu fraternal cariño.

Nuestro recíproco afecto florecía, pues, bajo los encantos de una vida inocente y á la sombra de la materna ternura. Poco necesitábamos para el sustento de nuestro amor, yo solo buscaba los medios de agradarle, y él por su parte se contentaba con quererme sin pensar tan siquiera en decírmelo. Estar juntos, en la mesa, en el estudio, en el juego, en el paseo, al piano—hé aquí lo que cifraba nuestro placer; pero este placer no se parecia en nada al que hasta entónces me habia ofrecido el círculo de las afecciones domésticas. Queria á mis padres con efusion, á mi hermano y á mis hermanas con afectuosa familiaridad, pero á Lázaro...... oh! lo amaba muy distintamente.

¿Cómo definir aquella disposicion del corazon humano que hace que nos liguemos á un estraño por un vínculo mucho mas simpático que el que nos une á las personas de nuestra propia sangre?

Muy lejos estaba de conocer la causa providencial de este fenómeno moral pero esperimentaba sus efectos. Si alguien me hubiera dicho:—«Necesario es que dejes á tus padres para seguir á Lázaro»—creo que me hubiera resignado sin mucha violencia á este abandono de la casa paterna, inclinando el fiel de la balanza la consideracion de mi amigo. Vivir sin él me parecia cosa imposible: ¡vago presentimiento de aquella union sagrada é íntima entre el hombre y la muger, ley suprema de la naturaleza é inspiracion divina del Creador de los mundos!

Lázaro y yo éramos, pues, inseparables. A veces me llenaba de amargura la sola idea de la ausencia posible de mi querido. Un enorme peso abrumaba entónces mi corazon; pero bien pronto se disipaba, como disípanse las nubes que cruzan por la esfera á impulso de la brisa. Era una de esas visiones, móviles y fantásticas de los adolescentes en el cielo encantado por donde vuela su imaginacion, en medio de los castillos aéreos que un juego de luz sucesivamente edifica y destruye, y al través de los caprichos de ilusion, incesantemente renovados, de que es tan pródigo su horizonte.

A estas quiméricas y poéticas visiones sucedian en nuestra vida estudiosa y variada, los atractivos de la realidad. Se ejercitaba nuestro espíritu en las curiosidades de la ciencia, al

paso que tocaban superficialmente nuestros lábios la copa de las afecciones inocentes...

Habiamos entrado ya en la primavera. Mi madre, excelente votanista, solia todas las tardes esplicarnos en un lenguage sencillo las maravillas naturales de las plantas que crecian á nuestra vista. Lázaro, completando la teoria con la práctica, no dejaba nunca, al concluir la leccion, de ofrecerme un hermoso ramillete: recuerdo de la laguna, diariamente renovado, y fielmente completado con la presencia de Zinzi, la célebre tortolita, que posada ya en su espalda, ya en la mia, y más feliz que las pobres flores, cotidianamente marchitadas y reemplazadas, era siempre la misma.

Con el bordado, al cual dedicaba una parte del dia, alternaban los gratos estudios del dibujo y del piano. Tenia yo conjenial idoneidad para la música y cantaba con gusto. Leiamos poco, por que era mi madre de parecer que debíamos acostumbrarnos temprano á cultivar nuestro espíritu sin la ayuda de los libros, y que bueno era reservar las largas obras para mas adelante. ¿Y qué obra escrita podia valer por la elegancia, la claridad, la discrecion, la justa dósis correspondiente á nuestro alcance y sobre todo para la atraccion, comunicativa, la dulce y simpática luz de las palabras maternas?

MUERTE DE ZINZI

UNA tarde, acabada la leccion de botánica, me habia puesto al piano tratando de ejecutar la gran cavatina de la *donna del lago*, de Rossini, acompañándome Lázaro con su linda voz..... De repente, en medio de nuestra música, óyese el eco lejano del rueno precursor de la tormenta. En el acto corremos hácia el jardin, dejando las melodias del arte por las solemnes armonías de la naturaleza.

Efectivamente, ya empezaba la orquesta de los elementos. Globos de vapores en el aire, torbellinos de polvo en la tierra, bombas marinas del lado del rio, anunciaban la llegada de las potencias tumultuosas del abismo. De un cielo encapotado, cayó á torrentes la lluvia, y los fulgurantes relámpagos, sucediendo á los serenos fulgores de la tarde, parecian otros tantos sacudimientos de alas de los tenebrosos espíritus abortados por el Plata, y recorriendo con rujidos el éter enlutado á su presencia. Abrigámosnos bajo un toldo, contemplando de pié y asidos por la cintura la sombria magestad de la tormenta. Así, en grupo, formábamos una pareja fraternal é ideal. El con su linda cabeza desnuda y el cuello de su camisa doblado en su garganta de cisne; yo con las ondas de mi cabello flotando al aire, mi ramilete sobre el seno y Zinzi en la espalda, parecíamos estátuas del cincel griego estraviadas bajo el cielo tempestuoso de la Atenas sud-americana.

Delante de nosotros, los nobles tulipanes, los ténues jazmines, las rosas y los lirios, inclinaban sus mimbres empapados; las ramas de los árboles, azotadas por la lluvia, se doblaban y lloraban como vírgenes afligidas, al paso que á nuestros piés, una pobre gallina turbada en su instinto materno estendia sobre su prole el pabellon de sus alas:—muestra tocante de las gracias de la creacion, colocada en un punto del inmenso y magestuoso cuadro de sus grandezas!

Una ráfaga enfurecida vino á quebrar bruscamente el espejo de nuestra estática contemplacion, arrebatando el ramillete que tenia colocado en mi seno y llevándolo en sus encolerizados remolinos. Asustada, mi pobre Zinzi huye

y se oculta entre el follage de un naranjo. Casi al mismo tiempo, un espantoso trueno, dominando la tormenta, resuena con fragor. Simultáneamente, una culebra de fuego deslumbra nuestros ojos.....Al través de mi deslumbramiento, parecióme divisar la caida de un objeto al pié del naranjo: era la pobre Zinzi que acabada de ser fulminada.

—¿Quién sois? De donde venis? Qué quereis?

Estas preguntas son dirigidas por Lázaro á una forma humana, silenciosa é inmóvil, plantada delante de nosotros, cuya llegada no habia notado yo, en la emocion causada por la catástrofe de Zinzi.

Un hombrecito, corto y rechoncho, estaba allí de pié, las manos detrás, los piés desnudos, envuelta la cabeza en un pañuelo encarnado y el cuerpo en un trage de fantasia que dejaba á descubierto sus piernas y la parte superior de su pecho.

Reconocí luego al *Oriental*, loco célebre tanto en Montevideo como en Buenos Aires, muy famoso en la crónica supersticiosa de los pilluelos de ambas capitales, y cuya repentina aparicion me habia muchas veces puesto en fuga siendo yo niña.

—Deseais algo? volvió á preguntarle Lázaro.

El loco permaneció en silencio.

—Puesto que no quereis contestar, retiraos! prosiguió Lázaro impacientado.

Pero él, sin moverse, y dirigiendo hácia mí su rostro sepultado á medias en una poblada y pardusca barba, permaneció mirándome con melancolia.

—Qué quereis, amigo? le dije en tono más dulce.

Entónces aquella estátua humana tomándome por el brazo con su mano izquierda, y señalando con el índice de la derecha en direccion al naranjo:

—No veis?....dijo á media voz.

Yo palidecí.

Los ojos del loco erraban en el espacio, y sus miradas parecian seguir en él los fragmentos de las flores remolineando á la merced de la ráfaga; en seguida fijarónse inmóviles sobre la tórtola muerta.

—Cuidado! cuidado! esclamó de repente; porque ya siento el torbellino del crímen que amaga con su furor á Buenos Aires, y entreveo el buitre con uñas ensangrentadas que vuela en la ala del torbellino. Cuidado! cuidado!

A estas palabras, esperimenté un temblor nervioso.

El loco tomó mi mano, abrióla, leyó en ella durante algunos minutos, y prosiguió con melancólica tristeza:

—Flor de la tierra, tú serás despedazada como esas flores...ave del cielo, tú serás fulminada como esa tórtola! El fuego te ha perdonado, pero el rayo de los hombres es cruel y desapiadado.

Al decir estas palabras, el *Oriental* dió media vuelta, subió con presteza la pequeña pared de ladrillos por la cual sin duda habia bajado, y deslizándose por la azotea vecina, desapareció de nuestra vista.

Yo estaba sofocada, sin voz, apoyada contra el pecho de Lázaro.

—Es un loco, me dijo este desdeñosamente, imprimiendo un beso sobre mi frente bañada por un sudor frio. Hice un esfuerzo para sonreirme.

Rasgóse en seguida el negro manto del cielo, dejando de nuevo ver su azul nítido y puro, así como cae el luctuoso trage de una vírgen para ser sustituido por el vestido nupcial. El viento sud echó lejos los últimos harapos de las nubes, y los rayos vespertinos de un sol resplandeciente alegraron de nuevo la Creacion. Los árboles y las flores brillaron con las gotas de la lluvia, como pensamientos halagueños al través de lágrimas de júbilo: las aves sa-

ludaron en bandas la vuelta de la luz y de la calma, y la asustada gallina abrió á sus tímidos polluelos la cárcel de sus alas. Todo resucitaba, cantaba, vivia delante de nosotros; todo, escepto la pobre Zinzi que mirábamos yerta á nuestros piés.

ULADISLAO

DURANTE la comida se habló mucho del *Oriental*. Con este motivo, mi padre divirtióse en narrarnos muchas historias fantásticas, satirizando con su chispa burlona á los fabricantes de profesias, particularmente á los de malos agüeros, cuyas hazañas fueron por él celebradas con un buen humor irónico, de que afectaba yo participar.

Soy mujer, y la naturaleza me dió una índole sumamente sensible. El incidente estraño del jardin me hizo pues soñar muy sériamente, apesar de mis esfuerzos para disimular mi emocíon interior.

Cuando llegó la hora de acostarse, dióme mi padre el beso acostumbrado, y poniéndome familiarmente sobre sus rodillas, aproximada mi cabeza á la suya, me dijo:

—Vamos hija, desprecias tan miserables superticiones, y tienes razon.

Y prosiguió con solemne gravedad, mientras mi madre, silenciosa y pensativa, me estaba mirando con ojos dolorosos, cuya espresion penetrante nunca saldrá de mi memoria.

—¿Sabes tú de lo que debes tener miedo, Camila? De la deshonra! Y por eso, basta que sigas tu inclinacion congenial hácia lo bello y lo bueno, y permanezcas fiel á ti misma. El honor! ahí está el arma de tu sexo, como del nuestro. Con el honor, impone la mujer á todos los que la rodean silencio y respeto. Yo sé que tales son tus sentimientos.... ¡Cómo me enorgullezco de tí! Tú no traicionarás mis esperanzas, y llevarás siempre muy alta la frente en el mundo, haciéndola bajar muy baja á cualquiera, segun lo requiere nuestra sangre!

Noble Camila! agregó mi padre jugando con los rizos de mi cabello; el fuego de los O'Gorman mezclado con la gracia porteña!....¿Qué te parece querida?

Dirijíase esta interpretacion á mi madre, quien contestó con una sonrisa de orgullo y de placer.

El resultado de esta elocucion fué el desarrollarse el mi alma una asombrosa exaltacion moral. No puedo admirar bastante la facilidad de entusiasmo y la energia de emulacion innatas en la muger hácia los afectos nobles y puros, cuando pienso en el fervor de prudencia y en el celo de virtud de que me sentí abrasada. Horrorizábame la sola idea del vicio. El sentimiento de la dignidad femenil latía en mi corazon, tan vivaz, tan ardiente y poderoso, que tocaba sin esfuerzo ni combate en la esfera sublime de las aspiraciones castas, lejos de las imágenes peligrosas evocadas en la edad crítica de la pubertad por la curiosidad del espíritu y el estravío de los sentidos. Todo lo que, ya en el presente, ya en el porvenir, me parecia amenazaba el tesoro de mi virjinidad, me inspiraba instintivamente un soberano desden; y tal era mi repugnancia á este respecto, que no trepidaba en estenderla hasta el vínculo sagrado del matrimonio. Ser siempre vírjen parecíame el bello ideal de la honradez: montaba en gloria el arcánjel, sin preveer su caida.

Mi madre, para cuyo candor nada tenia secreto, leyendo en mi injénuo corazon cuando yo me confiaba al suyo sin embarazo y sin temor, trataba de reconciliarme con el pensamiento y las dulzuras de la union conyugal; asunto

delicado sobre el cual echaba su esperiencia preciosas luces ya higiénicas, ya morales, cuyo efecto era templar la exajeracion de mis ideas, preparándome de antemano á la eleccion de un esposo..... ¿Y qué otro podia y mereceria serlo, sino el dulce, el fiel, el simpático Lázaro?....

No lo permitió asi mi estrella.

Un dia la casualidad, ó mas bien la Providencia que arregla todas las cosas segun sus misteriosos decretos, hizo recibiese la casa una visita estraordinaria. Era el visitante un jóven tucumano recien llegado de su suelo natal con el título de sacerdote, hacía poco obtenido por él. Traia una carta de su tio, el gobernador de Tucuman dirijida á mi padre.

Este caballero, cuyo traje era de una elegante sencillez, presentaba al primer aspecto, un modelo admirable de nobleza y gravedad. Digna era toda su persona de aquella afamada provincia, fecunda en hombres notables por los trabajos intelectuales, no menos que por la gloria de las armas,—madre valentísima, cuyos hijos, ya soldados, ya literatos, ya ministros del altar, tuvieron al servicio de la confederacion brazos para la defensa de la libertad, y almas para el apostatado de la civilizacion y del progreso.

El jóven doctor era de una talla regular, un poco superior á la mediana; delgado de cuerpo, y de porte muy gracioso: circuía su cuello un corbatin serpentiado de blanco y azul, distintivo de los eclesiásticos: sobre su frente, pura y lijeramente convexa, ondeaban sus cabellos renegridos y crespos. Su rostro tostado por el sol del desierto y el aire jeneroso de la vecindad de los Andes despedia reflejos dorados, al paso que su mano, despojada del guante negro que la cubria, denotaba por su blancura femenil, al hombre de estudio y al trabajador del pensamiento. Pero su soberano atractivo, su irresistible seduccion estaba en sus ojos, los cuales, diáfanos, grandes, algo saltados, sombreados de largas pestañas, y penetrados de una simpática inteligencia, no espresaban ni gozo ni tristeza, pero sí una apacible firmeza unida á un gran fondo de dulzura...

Ya ha pasado año y medio despues de tu primera aparicion, mi Uladislao! y tu retrato de entónces, lo conservo aun en mi memoria! Tal cual entónces te ví, te estoy aun viendo....O más bien aquel retrato va adquiriendo cada dia nuevas gracias y cuanto más se prolonga tu presencia, tanto más hermoso te encuentran los ojos de mi amor!...

Enteróse mi padre de la carta siguiente:

Al Sr. Adolfo O'Gorman, en Buenos Aires.

Señor: Os dirijo á mi sobrino Uladislao Gutierrez, llamado á la capital por la profesion sacerdotal á que acaba de dedicarse. Más familiar con sus libros que con el mundo, este doctor recien empieza en la vida pública, rico de buena voluntad y de juicio, pero bastante pobre de esperiencia, consecuencia forzosa del aislamiento en que lo ha tenido su educacion provincial. Criado en la soledad, no conociendo á nadie, sino á nuestros sencillos y buenos campesinos, debe naturalmente ser un poco nuevo en medio de esa sociedad porteña, tan distinta de la nuestra, y tendria que hacer, aunque operario del cielo, un tanto cuanto de aprendizaje terrestre. Estos jóvenes tan doctos, son á veces los mas atrasados en ciertas materias...

«Dignáos pues, señor, servirle de auxilio para iniciarlo en todo lo que le importa saber. Vivimos en tiempos y regiones donde un buen sacerdote debe no solamente conocer los deberes generales de su profesion, sino tambien po-

seer aquellos conocimientos, aquellos hábitos de la vida vulgar, requeridos por sus diarias relaciones con las familias. Así es, que con vuestra ayuda, espero que nuestro jóven doctor alcanzará en la sociedad argentina y entre los hombres recomendables y útiles, el lugar distinguido al cual le convidan sus estudios, su talento, el nombre sin mancha que lleva y la carrera sublime que ha abrazado. De antemano os doy las gracias por vuestra preciosa proteccion para con él, persuadido de que se la concedereis, no solamente en obsequio de vuestra amistad para conmigo, sino tambien, y muy pronto, por su propio merecimiento.

Soy de V., señor, el atento servidor y amigo.

El gobernador,

CELEDONIO GUTIERREZ.

Tucuman, Noviembre 26 de 1846.

FLOR DE AMOR

FUÉ el jóven Gutierrez colmado de todas las atenciones que merecia semejante recomendacion, y entabláronse relaciones de amistad entre mi familia y el sacerdote, cuya conducta no desmintió la opinion favorable que mis padres habian formado á su respecto. No carecia de originalidad su circunspeccion, y segun lo decia la carta, sus modales tenian algo de primitivos. Llamábanle mis hermanas y mi madre—*el indio*, epiteto que aceptaba de buen humor y al cual contestaba bautizándonos—*las civilizadas*.

—¿Cómo estais, señor *indio?*

—Muy bueno, señorita *civilizada*, y Vd?...

Tales eran nuestras fórmulas de salutacion.

Estas bromas amistosas é inocentes, própias del carácter porteño, acabaron por dar á las visitas del jóven tucumano un atractivo peculiar, combinándose la seriedad complaciente de un sábio con la chispa de unas niñas bulliciosas.

Yo sola, en medio de la animacion general, permanecia pensativa....

La orgullosa que en la exajeracion de sus desdenes habia resuelto vivir vírgen; la imprudente que pretendia defender su pudor contra el mismo matrimonio, creyendo insensatamente dominar la naturaleza; aquella en fin que creíase bastante fuerte contra cualquier hombre, sintióse herida de amor...... ¿y por quién?

¿Fué involuntaria esta primera impresion? Mi conciencia, franca para lo bueno como para lo malo, dice que sí. Quizá mi deber hubiera sido confesar todo á mi madre; no lo hice: por la primera vez hubo entre ella y yo un secreto. Preferí tener confianza en mis propias fuerzas, y creyendo salvar con los sofismas del espíritu la pureza del corazon, traté de persuadirme que bien sabria mi pasion mantenerse elevada, intacta y digna, aunque tachada de misterio; que ignorada por los hombres y conocida solo por Dios que todo lo penetra, él la veria con ojos induljentes, y en obsequio de mis buenas intenciones, se dignaria perdonarla.

Tal fué mi ilusion; y quizá esta presuncion no hubiera sido demasiada, sin las terribles circunstancias que mas tarde sobrevinieron; pues por una parte el mismo carácter exaltado de mi amor era la prenda de su inocencia, y por otra me reservaba el cielo la insigne dicha que el corazon de mi amante se hallase á la altura de mis ideales aspiraciones, cuando logré conocerlo.

¡Cuán lejos estaba, en el alba de mi pasion, de prever su desenlace! Rica de imajinacion, se abria mi juventud á los encantos de una emocion embriagadora y pura, cuya novedad me intere-

saba al estremo. Jamás nada parecido habia esperimentado Era aquello una especie de creacion interior, una revolucion en todo mi sér, tan rápida como estensa. Parecíame haber subido de golpe al último grado de la escala de los afectos humanos, dominando de aquel punto como en un sueño prestijioso, un mundo inmenso de maravillas.

Lejos de debilitarse al contacto de Uladislao, mis otras afecciones tomaban por lo contrario un incremento progresivo: mis padres, mi hermano, mis hermanas, Lázaro.... todos, todos ganaban en mi corazon con duplicada energía, al paso que el sol vivificador de mi existencia irradiaba á mi alrededor fuerza, calor, vida y esperanza. Mi cariño hácia Lázaro habia sido poéticamente amistoso; sin ser menos casta, la pasion secreta inspirada por Uladislao era mucho mas dominadora y profunda.

Un género singular de atraccion estableciósе entre el jóven tucumano y yo. Hasta entónces habia tenido un amigo y un compañero; tuve, al verlo, el presentimiento de un protector. Aquella superioridad, aquella fuerza del sexo varonil, llave de las simpatias del nuestro, me subyugaron instintivamente. Habia conocido la amistad por la conformidad de génio, de ternura y de debilidad misma; una desigualdad mas pronunciada de los dotes naturales entre el hombre y la muger, hízome conocer el amor.

En fin, hasta la indiferencia, al menos aparente, del ídolo hácia su ciega adoradora inflamó y nutrió mi apasionado ardor. ¡Cosa rara, y que demuestra con creces la miseria de la pobre condicion humana! fué precisamente esta misma indiferencia, real ó supuesta, lo que dió á mi amante su mas poderoso atractivo. De todos los misterios que encierra el corazon de la mujer, este ciertamente no es el menos curioso. Cuando álguien ataca directamente nuestra virtud sabemos resistir; pero que sea herida nuestra vanidad, quedamos desarmadas!....

Uladislao era un estraño seductor. Ni una sola galanteria; ni la mínima palabra erótica, ni una mirada siquiera, que indicase no que era partícipe de mis sentimientos, sino simplemente que habia leido en mis ojos el secreto de mi corazon. Con la misma reserva de modales y la misma placidez de humor, renovábanse sus visitas; y su discreta aunque afable política no hacia ninguna distincion entre las personas que formaban nuestra reunion ordinaria.

Despechada al principio, acabé por afligirme sériamente. ¿Era ó no amada? —no tenia ni el triste consuelo de saberlo. - La duda! la punzante y cruel duda me devoraba bajo el pesado disfraz de quietud y aun de alegria que trataba de conservar en mi rostro delante de mis hermanas y de mis padres.

Pero pronto tomó otro rumbo mi pasion. La venda de la credulidad vino á estenderse sobre mis sufrimientos interiores; sentí de repente como embalsamada mi herida, y á la crísis dolorosa suceder la certidumbre y la confianza.

¡Què májico tan prestigioso es el amor!

No era que Uladislao hubiese cambiado de actitud; eran mis ojos que engañados y fascinados, empezaron á verlo por la ilusion de mis quimeras y el capricho de mis deseos. No dudaba ya, era querida; todo en su semblante parecia decírmelo. Por un curioso fenómeno de óptica amorosa, el mismo prisma simpático al través del cual le veia, me traia la contestacion, la dulce contestacion de sus miradas. Si sonreia, era la sonrisa de un enamorado; si callaba, era la preocupacion, la melancolia de la ternura; si vibraba su voz, re-

cojia el fondo de mi corazon otros tantos ecos apasionados. Solo un amante; decia yo interiormente, puede mirar, hablar ó callarse de este modo.

Así, merced á la ilusion y á la fé—dos constructores maravillosos—se levantaba el fantástico edificio de mi felicidad. ¿Qué precisaba para desmoronarse? Tal vez un soplo de aire, una palabra no más, ó á falta de palabra, una mirada de mi parte clara y espresamente interrogante. Esta osadia me abrumaba, preferí considerarla innecesaria, ó más bien, un instinto de dignidad me impelia á rechazarla como un paso indecoroso hácia un sexo que muy bien sabe venir á nuestros piés, sin necesidad de llamarlo.

¿Cómo sucede que uno ame? ¿Cómo y por qué, de una impresion casual, accidental—caprichoso efecto de la suerte—vá desarrollándose esa invasion soberana, irresistible, que se arraiga en nuestra alma, y acaba por ocuparla enteramente, semejante al árbol estendiendo sus inmensas y multiplicadas raices debajo de la tierra á donde llevó el viento su inperceptible simiente?.... ¿Cómo y por qué hace la pasion tan gigantescos progresos?

—¿Cómo?.....Por la concentracion y el silencio.

—¿Por qué....Por que se basta á sí misma.

Mas adelante, ella ensayará echar ramas en los aires y realizará conquistas al rededor de sí, mas adelante, osará todo: En el primer momento no osa nada, ni aun declararse.

Los caractéres del primer amor pedrian reasumirse en uno solo: la timidez.

Esta discreta y delicada taciturnidad es todo el secreto de su fuerza. Tal vez un amor atrevido tendria que zozobrar á su primer confidencia; y es por eso mismo, y cediendo, si se puede así decir, á un instinto de conservacion, que el primer amor huye tan cuidadosamente la luz de las esplicaciones.

No sé cuál es á este respecto el pensamiento de los hombres; pero en cuanto á nosotras, la inclinacion á la credulidad hállase robustecida por la reserva natural á nuestro sexo, la cual unida á la etiqueta social, nos prohibe dar los primeros pasos. De este modo, la mujer, siendo su propia cómplice, siempre encuentra en sí misma y á golpe seguro una correspondencia que sonria á sus ilusiones.

¡Ay de mí! la esperiencia me ha hecho docta en la materia. Cuidado niñas, que mi teoría os puede ahorrar muchos desencantos. Creed á la pobre catedrática de amor!

TEORIA Y APLICACION

El ideal de una pasion raras veces resiste á la realidad.

Supongo que, en lugar de alimentarme de quimeras, hubiese declarado ingènuamente á Gutierrez lo que sentia para con èl. Quizá al recibir esta confidencia su lealtad de hombre de bien me hubiese detenido al borde de un declive peligroso; quizá su conciencia hubiera auxiliado á la mia para recuperar la calma, la prudencia y la razon. En dicha hipótesis, hubiera él mismo curado mi enfermedad, no sin dolor por cierto, pero en fin sin temor de arrancar hasta el corazon, como sucede cuando se quiere desarraigar de él, sangrientas y dolorosísimas afecciones inveteradas ya.

La suposicion la más probable era que obedeciendo, como la mayor parte de los de su sexo, á un sentimiento de vanidad, el jóven Uladislao, ya que compartiese ó no mi simpática pasion, hubiese contestado á mi declaracion por un semblante de amor mitigado; tácti-

ca que la hipocresia social aconseja en ocurrencias semejantes, y en aquel caso tambien habia de padecer mi corazon un verdadero desengaño. La respuesta de Gutierrez, cualquiera que fuese, hubiérame parecido superior al ideal interior que me formaba de mí ídolo. Indulgente ó severa, su palabra quedaba forzosamente arriba de mis esperanzas, ó debajo de ellas.

Como lo dejo dicho, fui, pues, mi propio médico no para cortar mi mal erótico, pero sí para purificarlo y tornarle si no razonable, á lo ménos honesto.

Sin embargo, hay en el amor sincero un no sé qué de comunicativo que repugna al egoismo de la soledad, y tiende, á pesar de todo, á desahogarse en el objeto querido. ¡Cuántas veces estuve á punto de echarme en los brazos de mi ídolo, y dispuesta á esclamar: Uladislao! mi buen Uladislao! te quiero! te quiero! .... ¡Cuántas veces sentí mis lábios agitarse con la revelacion de mi secreto! Presentábaseme aquella confidencia ya como una inspiracion instantánea é improvisada, ya bajo la forma de una declaracion meditada y de antemano preparada. Pero nunca brotaba la inspiracion, y quedaba inédito el discurso, y la misteriosa cadena que atábame la lengua, tenia en mí paralizados á la vez la memoria, el ánimo, el entusiasmo, la sangre fria y la lucidez.

En semejante situacion, entre la irresistible impulsion que me decia: hablad! y la repulsion, aun mas irresistible, que me gritaba: callad! recurrí al paliativo usitado. Desesperando de decidirme á hablar, traté de escribir. Pero no me salió mejor aquel espediente. Veinte veces borroneé la carta proyectada, y veinte veces la desgarré, sin jamás atreverme á remitirla á su destino. Divertíame en despedazar en mil fragmentos la hoja escrita, lanzándolos al espacio, donde me gustaba verlos remolinear como un escuadron de mariposas sobre el ala del pampero. Así dispersábase en mil direcciones mí amoroso pensamiento. Se iba el papel, pero quedaba la tinta; y no era raro que en el calor de la composicion, cuando era llamada para el almuerzo ó la comida, me olvidara de lavarme las manos y llevase cándidamente á la mesa mis dedos ennegrecidos; lo que hacia decir á mi padre maravillado: Esta Camilita! ....que pasion tiene por la escritura!..

Esta coqueteria epistolar era el alimento solitario de mi pasion, y tambien —debo confesarlo— su bálsamo purificador. Tuve la ocasion de hacer con ese motivo una observacion sumamente honrosa para la inteligencia humana; y fué notar que el ejercicio de las facultades intelectuales tiene generalmente por resultado la depuracion de los sentimientos del corazon. Hubiera tenido vergüenza de confiar al papel un sentimiento reprochable, y pareciáme que mis ideas, pasadas de aquella manera por el fuego sagrado del espíritu, lanzaban un perfume suave y una ideal exhalacion. Tenía respeto hácia mi propia escritura, por decirlo así, y mi pensamiento, tomado una forma, era siempre casto y delicado.

Por otra parte, no escribiendo sino por escribir y sin la prevision que seria leida mi carta, encontraba mi pluma un asombroso candor de estilo y gracias de lenguaje de un atractivo verdaderamente raro. El recuerdo de esta correspondencia me encanta todavia con su esquisita fragancia; y late mi corazon de emocion y de placer al reconstruir esas páginas; ensayos de mis primorosas inspiraciones, en que se revelaban la rica fecundidad y el rumbo ingenioso de un sentimiento en flor.

Eran fuentes de poesia, de donde brotaba un inexprimible frescor, mezclándose en sus sombras, embalsama-

das las mas lindas armonias de la naturaleza con los símbolos mas suaves de la religion. Bañábase allí mi pensamiento y apagaba su sed, como una cándida paloma que vá á beber y mojar sus alas en las aguas de una límpida cascada. Otras veces, sentíame caer del eden de la ilusion á los abismos de la pesadumbre; y entónces padecia un sufrimiento inmenso, como la vírgen siete veces atravesada por la espada del dolor.

AMOR MUSICAL

De este modo daba espansion á mi amorosa poesía; perfumes ignorados, esencias evaporadas que derramaba á los piés de mi ideal, como las ondas de aromas que Magdalena vertia á los de su divino Salvador. Todo no se perdia, pues la cabellera con que los enjugaba, conservaba algo de ellas. Del mismo modo mi corazon se penetraba de la fragancia de los mas nobles sentimientos.—El amor verdadero moraliza.

Hallábame á esta altura de mi poema interior, cuando sobrevino un incidente que deparándome la oportunidad de hallarme frecuentemente sola con Uladislao, vino á preparar su desenlace. Gutierrez fué rogado por mis padres para darme algunas lecciones de piano. Era una hora de cara á cara cada dia.

Esta circunstancia fué para mi amor íntimo un alimento mas, pero mi timidez continuó siendo insuperable. La presencia ideal de mi ídolo habiase, pues, cambiado por su presencia real, que yo admiraba en silencio, sin que me distrajera nada de lo que me rodeaba y le era estraño. El mismo temor de ver desvanecer mi vision adorada, contribuía á sellar mis lábios. El menor cambio en mis ilusiones era por mi temido como la mas grande catástrofe: la idea de la muerte no me hubiese inspirado tanto terror ni mas angustia; porque aquel ideal visible era parte de mí misma, porque aquella creacion realizada era mi pensamiento y mi sér. Era á mí propia á quien veia y escuchaba, creyendo ver y escuchar á Uladislao.

¿Y qué es el amor, sinó el reflejo de sí mismo?

El egoismo, es el ser que no se siente; es el ciego y el sordo cuyos ojos no tienen luz y cuya voz no tiene eco.

El amor, es la conciencia que cuenta sus riquezas y que escucha sus propias armonias.

Mi profesor de piano era el respeto y la discrecion en persona, nada que dismintiese en él la reserva sistemática en que parecia se habia encerrado para conmigo. Algunas veces, una lijera sonrisa erraba sobre sus lábios descoloridos, iluminando la dulce austeridad de su rostro; pero esos breves relámpagos no tenian calor ni duracion. Cuando Gutierrez sonreía, su semblante asemejábase á una aurora boreal.—Uladislao era el polo del amor.

Un dia, sin embargo, yo no sé qué entusiasmo le arrebató por la primera vez. Acababa de desenvolver con su flema habitual y en metódico lenguaje las mas delicadas teorías de la ciencia musical. Con su maravillosa lucidez de inteligencia, habia conseguido hacerme comprender aproximadamente lo que es el contrapunto, la fuga, la armonía, la composicion. Un oratorio de Mozart y una sinfonía de Bethowen ejecutados por él, habian unido el ejemplo al precepto. Yo sentì pasar por mi alma una chispa del fuego sagrado que animó á aquellos jénios, él mismo parecia orgulloso del efecto de su leccion; y fijando en mi sus miradas no menos entusiastas que las mias:

—¿No es cierto, me dijo, que esto es

bellísimo, Camila? Y sin embargo no hemos llegado aun mas que al umbral del templo de la armonía. Es ya tiempo de penetrar hasta el santuario.

En seguida, púsose nuevamente al piano y preludió una de las mas espléndidas obras de la escuela alemana: la apertura de *la creacion* de Haydn. Mientras sus dedos erraban, brillantes y sonoros, sobre el teclado, sus palabras interpretaban la música y el poema de la voz acompañaba al poema lírico, sirviendo aquel de comentario á este.

—¿No veis, decia Uladislao, cómo surge la luz del seno del cáos? La armonia de los cielos empieza ya; los astros ocultan su primer concierto, y es Dios su director de orquesta.

Y las manos del pianista recorrian con suave majestad el campo de la inspiracion; y su semblante se iluminaba, y sus ojos despedian un resplandor desconocido.

—La tierra, continuó, se adorna de flores; las aves cantan el himeneo de la naturaleza con el espíritu: flores aéreas y terrestres forman á los esposos divinos un lecho de melodias y de perfumes, mientras que el eco del abismo nos conduce los rujidos impotentes del jénio encadenado de la envidia, y del destronado rey de las tinieblas.... Escuchad! ¡Escuchad como la calma se levanta de la tempestad!

Mi profesor terminó su demostracion con una fuga de prodigioso efecto de arrebatamiento y colorido.

Gutierrez prosiguió:

—La luz es bella, el cielo esplendoroso, magnífica la tierra y poético el abismo; pero ¡cómo las armonias humanas sobrepasan en gracia, en dulzura y en magestad á todas las otras armonias! Más pura que la luz surjiendo del cáos la intelijencia del hombre ha salido de la nada. Más perfumada que la flor de la tierra, la belleza moral ha desabrochado su capullo. Más dulce que el ave de los jardines, el amor casto alza un himno en el corazon.

No! es imposible que el oido pueda escuchar una música semejante, y apénas el alma tiene el poder de concebirla....

Uladislao desenvolvió el resto de su idea. Pálido, con los ojos rutilantes, el cabello en desórden y la fiebre de la emocion en la yema de los dedos, levantóse en seguida quebrando convulsivamente dos teclas del piano. Acababa de terminar *la creacion* de Haydn.

—Hasta mañana, Camila, dijo tomando su sombrero.

Yo no respondí á su saludo. Mi turbacion era tal, mi ajitacion interna tan profunda, que permanecí inmóvil en mi silla, reduciéndome á mirar al jóven eclesiástico con singular espresion. Debió haber en esta mirada, en que se descubria toda mi alma, una fuerza de significacion, pues Uladislao se mostró vivamente conmovido, y apartó su vista, como deslumbrado y soprendido por aquella revelacion silenciosa pero clara y esplícita, de mi pasion.

Gutierrez volvió á sentarse.

Sin pronunciar una sola palabra, contemplóme con inefable ternura: en seguida una de esas sonrisas finas é incisivas que esprimen á la vez la gracia del espíritu y la lozania del sentimiento, partió como un grupo de luminosos rayos de su noble y simpático semblante. Esta vez bajé la vista por mi turno.

Yo no sabia qué hacer ni qué decir. Mi seno palpitaba; el vapor de la felicidad mezclábase al rubor de la vergüenza sobre mis encendidas mejillas.

Algunos momentos se pasaron asi, al cabo de los cuales me aventuré á dirijir la vista hácia donde estaba Uladislao .. ¡Cual fué mi admiracion! Gutierrez tenia en la mano una carta que me presentó con una política esquisita y una gracia

seductora. Abríla con una especie de frenesí maquinal y leí las siguientes líneas:

«Camila:

«Hay silencios que son mil veces mas culpables que las mas temerarias palabras. El que yo he guardado, es ya demasiado largo, y mi conciencia le lleva como un remordimiento. Yo no quiero ser hipócrita con nadie; y mucho ménos con vos, que sois el candor y la pureza en persona.

«Camila: nosotros no tenemos nada que ocultarnos recíprocamente. Solo el mal debe ruborizarnos y de ningun modo una afeccion inocente como la que Dios ha puesto en nuestros dos corazones. No podemos ser felices unidos, ya lo sé; pero depende de mi que vos lo seais, proponiéndome respetaros en lo íntimo de mi alma así como os respeto esteriormente y á los ojos del mundo.

«¡Adios, hermana mia! ¡Que toda la felicidad que me es rehusada por los sagrados deberes de mi profesion, pueda juntarse á la vuestra! Yo solo pido á Dios este consuelo.»

Mi primer movimiento, al leer aquel billete, fué tomar un semblante frio y reservado. ¡Que suplicio! un volcan en mi pecho, con la nieve en mi rostro! Mi pudor instintivo luchaba, y parecia realmente enojada, mientras que interiormente esta encantadora lectura filtraba lo mismo que un bálsamo sobre la llaga ardiente de mi pasion.

¿Porqué no decirlo? Bajo la apariencia de la contrariedad, me senti deliciosamente refrescada por una confianza fraternal que corroborando la idea que me habia formado de los sentimientos caballerosos de Gutierrez y de la elevacion de su alma, daba á la crisis de mis sentimientos un desenlace tan precioso.

El, con esta osadía, no digo de corrupcion pero si de voluntad, peculiar á su sexo, aproximóse, y enlazando mi espalda con su brazo, me dijo:

—¿No es cierto que he hecho bien en romper nuestro secreto, Camila?

No sè qué fué lo que contesté ni lo que se pasò á mi alrededor en aquellos momentos de turbacion magnética. La fuerza de iniciativa del hombre habia conquistado moralmente á la mujer. La invasion me dejó sin palabra como sin voluntad propia. La mia habia pasado en la de mi atrevido interlocutor. Yo sentí solamente una dulce presion de mano, acompañada de estas palabras pronunciadas á media voz:

—Este lugar no es propio para nosotros en la situacion en que nos hallamos. La prision de una sala es fatal á la virtud. El aire libre nos hará bien: venid.

Yo le seguí al jardin. Estaba sola en casa: mi madre habia ido á la iglesia; Lázaro y mis hermanas no habian aun regresado de paseo, y mi padre no habia entrado todavia.

Un crepúsculo dorado daba al verdor de los árboles del jardin un rico tinte, cuyo matiz palidecia gradualmente bajo los rayos de la luna que empezaba á lucir en el horizonte, semejante á un disco de marfil con vetas de zafiro. Poco á poco las sombras se condensaron hasta que la noche nos cubrió completamente.

Uladislao me conducia por la mano paseándonos ámbos por las calles de acácias y naranjos sin pronunciar una palabra. Los dos estábamos en uno de esos accesos de sensibilidad en que, por un tácito convenio, nos abstenemos de turbar en otro las deliciosas emociones que uno mismo saborea. Así dulcemente caminábamos bajo el peso de uno de esos largos silencios á la vez hermosos y terribles, gustados como un presentimiento, temidos como

una crísis, y que de ambas partes no se atreven á romper.

Nos sentamos.

La tormenta de felicidad que se habia aglomerado, estalló al fin. Mis lágrimas corrieron á torrentes.

Todo callaba en aquella noche de voluptuosa languidez: la brisa, las aves del cielo y el ruido de la tierra. Uladislao, á mi lado, me contemplaba en una ajitacion tempestuosa á que mis lágrimas parecian conducir una calma bienhechora. Su boca, cuyo aliento rozaba mis lábios, cesó de murmurar apasionados monosílabos. Yo me sentí regenerada por una fuerza invisible: mi ángel tutelar tocó con su ala mi cabeza y la de Gutierrez; el aire jeneroso de la virtud corrió en hondas refrijeantes por nuestras frentes abrazadas.—De una fiebre pasajera, cambiada en éxtasis repentinamente, nada quedó!...nada, mas que dos manos castamente entrelazadas.

El honor de la vírgen triunfó de la debilidad de la mujer.

COQUETERIA INTELECTUAL

AQUELLA prueba de que salió victoriosa la lealtad de Uladislao y mi propia virtud, no fué ciertamente estéril para mi rejeneracion moral. Al mismo tiempo que mi sér penetrábase del sentimiento del deber, comprendí que debia de ponerme á la altura de mi nueva posicion, y traté de hacerme digna del sublime rol que iba á desempeñar en adelante, cara á cara con mi conciencia y con la del objeto de mi amor.

Para merecer mi ventura, para ponerme al nivel de mi felicidad ¿qué hacer? ¿Y cómo disponer mi pobre cuerpo para recibir aquella noble visita, el hada del amor correspondido?...

Lo primero que hice fué mirarme al espejo, que me mostró, si no más bella, á lo menos revestida de una hermosura más caracterizada. En adelante tenia que llenar un objeto de coquetería. Agradar á todos es el instinto de la mujer; agradar á uno solo es una necesidad para ella.

A eso, pues, se dirijian todos los esfuerzos de mi ambicion: agradar á Uladislao. Trensaba escrupulosamente mi cabello, bañábame en esencias, cargaba mis dedos con ricas pedrerías; en suma, me hice una artista, y adornaba mis atractivos femeniles con un celo de elegancia que no sabia siempre encerrarse en los límites del buen gusto. Nada me satisfacia; y hubo vez de cambiar de traje y de peinado tres veces en un solo dia.

Esas exajeraciones de ornamentos me humillaron á mis propios ojos.—¿Seré siempre una niña?—me dije un dia ruborizándome de la estravagante variedad de mis adornos y del tiempo que perdía en mi tocador.

Desde entónces entreguéme á mas dignos cuidados y me apliqué á mas nobles pasatiempos. Traté de completar el adorno del cuerpo con el del espíritu, y que mi coquetismo fuera interno. Embellecí mi alma—augusto alcázar de mi primer amor—lo mismo que se adorna una cámara nupcial.

A los brillantes reflejos que partian de mi corazon como del fondo de un santuario iluminado, brillaban las nociones de mi educacion, y hasta surjieron otras que no habia yo conocido todavia.

El amor no solo me hacia ver de un modo mas distinto aquello que ya sabia, sinó que me inspiraba un prodijioso deseo de saber más aun. Estudiaba, pues, con gusto y escribia con pasion. Yo queria reasumir en un estilo sencillo, pero elegante, el fruto de mis estudios. Luego que habia trazado una bella pájina descriptiva ó filosófica que me dejaba

mas ó menos contenta, me enorgullecía doblemente: primero por él, por mí en seguida. Y me decia á mi misma: él es intelijente y literato, pero yo no seré menos! Sentía emulacion por todo lo bello, y ambicionaba tanto la belleza intelectual como la física, aspirando de este modo á merecer la doble palma en el arte de agradar.

Así empecé á amar la literatura.

Entre los proscriptos refugiados en la otra orilla del Plata, habia algunos escritores distinguidos en prosa y en verso. Yo recibia sus obras de contrabando y devoraba con avidez su lectura. Entusiasta por los jenerosos sentimientos que inspiraban su pluma, leia sus producciones con tanto mas placer, cuanto que aquellos cantos del infortunio ó recuerdos del destierro consagrados á llorar las desgracias de la patria ó á vengar las víctimas de Rosas, no contenian una sola alabanza para el tirano. La musa arjentina --es necesario decirlo para su eterno honor— era tan pura en sus inspiraciones como distinguida en sus obras. Por otra parte, todo aquello que me hablaba de Buenos Aires, me hacia latir el corazon; de Buenos Aires! cuna ya de mi vida, y en adelante de mi amor; de Buenos Aires! capital martirizada, república augusta marcada ya con la cuadruple estrella del valor, de la belleza, del sufrimiento y del jénio!

Pero todos los poemas dulces y sublimes cantados por los proscriptos, todos aquellos ècos de la melancolìa y de la esperanza, no valian—por sublimes y dulces que ellos fueran—el poema interior que en mi cantaba; poema que componian, minuto por minuto, cada pensamiento de mi espiritu, cada vuelo de mi alma, cada creacion de mi fantasia, cada súplica de mi piedad, cada latido de mi corazon; poema cien veces más gracioso, mas espléndido y divino que todos los que la pluma podia ofrecer á mis ojos ó á la palabra humana articular á mi oido.

Ya dije que habia hecho de mi alma un retrete, un tocador: temo emplear la palabra santuàrio, porque ella espresa ideas místicas demasiado sérias para un sentimiento tan alegre, tan espansivo, tan radioso como el que yo esperimentaba. Sin embargo, mi propia alegria tenia un pérfume de idealidad en estremo delicado. La conciencia de mi propia dignidad se despertó en mí, clara, viva, fuerte y soberana, y no me abandonó nunca desde entónces.

Al mismo tiempo yo me sentí animada por una enérjica inclinacion hácia el trabajo y por el órden en todo. Era de una increible actividad y de una rara disposicion para todo absolutamente. En todo ponia yo mis manos en la casa; todo lo queria inspeccionar y preparar yo misma. Ningun detalle del menaje violentaba mi delicadeza ni mi reposo. Habitualmente madrugadora, ocupábame de las tareas domésticas como una madre de familia, como si hubiese tenido el presentimiento del destino y de las funciones de una dueña de casa!

Pero ¡hay!..... este presentimiento era engañoso. Yo estaba condenada, por la eleccion fatal de mi corazon, á un amor sin resultados y á una pasion estéril! La platónica afeccion que mútuamente esperimentábamos Uladislao y yo, la sola que nos era licito cultivar y mantener ¿podia por ventura, á despecho de todos sus encantos y poesía, reemplazar las dulzuras de la union conyugal?...

Con este pensamiento que erraba algunas veces como una nube en el cielo de mi felicidad, me asaltaba la promesa de mi madre y su deseo de unirme á Lázaro; y bajo el peso de las reflexiones que este recuerdo despertaba en mí, me veia obligada á convenir en que las leyes de la naturaleza son las más respetables y más dulces; y que

fuera del matrimonio, el cariño entre personas de sexo diferente es una ilusion, si no funesta é inmoral, cuando menos en desacuerdo con los fines de la providencia y las conveniencias de la sociedad.

Reconozco que el remordimiento no tenia el más pequeño lugar en medio de este recuerdo. Era tan cándida mi intencion como puro el deseo de mi amante. Conversaciones particulares, correspondencias secretas, espansiones del corazon y del alma, todo me habian dado la dulce certidumbre de tenerlas con un hombre honrado.

Gutierrez era sobretodo celoso de su propio respeto, y puedo decir con orgullo, que mi delicadeza moral no le iba en zaga. Jamás nos ruborizamos el uno delante del otro, porque la estima y la confianza presidian siempre á nuestras pláticas. Uladislao blasonaba de probidad para conmigo como si yo hubiera sido un tesoro al que él no hubiera podido tocar sin hacerse cómplice de un robo. ¿Qué le importaba que los hombres ignorasen ó dejasen impune su delito? Dios le habria visto, y esto bastaba para impedir que lo cometiera: pues él era de aquellos que dan más precio á la mirada de Dios que á la de los hombres.

Mi aprecio mismo no era á sus ojos considerado sinó despues de la aprobacion de su conciencia relijiosa. No desdeñaba ciertamente las precauciones que la prudencia social exije para evitar los malos ejemplos frecuentemente producidos por imprudentes apariencias; pero á esto se limitaba su preocupacion respecto á la opinion pública. Su más grande temor, el único puedo decir, era decaer del ideal de honor en que se habia colocado frente á mì, y de turbar por el menor exceso de palabra ó proceder, la casta intimidad en que vivíamos; intimidad de paz, de inocencia y de poesia, mil veces preferible á los acres placeres de la pasion culpable.

BILLETE ROSADO

ENTRAN aquí dos acontecimientos, el uno feliz, el otro desgraciado.

El señor Gutierrez fué nombrado cura en la parroquia del Socorro, circunstancia que, por hallarse el templo en las inmediaciones de la casa paterna, fué sumamente agradable para mi, y para él tambien. De este modo pudimos seguir viviendo, no ya bajo el mismo techo, vecinos á lo menos y librados del recelo de una promocion episcopal á otro barrio; pues este habia sido nuestro temor.

El segundo suceso fué la desaparicion de Lázaro, sin que ninguno de nosotros pudiese adivinar ni suponer el motivo de esta ausencia repentina. ¿A dónde habia ido? Qué se habia hecho?—Tales eran las preguntas que nos haciamos en familia, sin arribar á ninguna solucion.

A mis padres sobre todo desconsolaba tan estraña partida, en los momentos precisamente en que más se hablaba de un casamiento de Lázaro conmigo,—siempre la idea favorita de mi buena madre.

A estas preguntas agregaba yo otra en el interior de mi conciencia, demandándome si mi amigo no habria quizá penetrado el misterio de mis amores con Uladislao, y si en el tormento de los celos no se habria dejado arrastrar por alguna resolucion desesperada.

Con todo si Lázaro me amaba era de pura amistad, segun la confidencia hecha por él no solo á mí, sinó á mi madre tambien. Pero ? quién puede sondear los abismos del corazon? Era su declaracion complacencia generosa ó sinceridad?

Algunos dias habian pasado despues de esta desesperacion, que nos habia sumergido á todos en una mortal angustia, cuando una mañana al salir sola de la iglesia, de vuelta de mi leccion de corista que solia darme Gutierrez en una pieza contigua ai templo, un desconocido envuelto en un poncho se aproximó á mí y me deslizó un billete bajo el chal: en seguida, alejóse rápidamente por un ángulo de la calle antes qne hubiese pasado la sorpresa que me ocasionó con su audaz procedimiento.

Asustada lei lo siguiente:

«Vuestro amigo ha sido encarcelado bajo la inculpacion de complicidad en un complot. Una elevada influencia puede ponerlo en libertad: no perdais un solo instante.»

Dos ideas me ocurrieron á la lectura de este billete: la primera fué la del peligro que corria Lázaro, cuya prision era el vestíbulo del cadalso en aquella época de dictadura cruel y sombria; la segunda la de improvisar los medios de salvarlo.

¿Quién era aquella elevada influencia de que hablaba el billete, y de dónde me venia aquel aviso misterioso?—De mano de un amigo, indudablemente.—¿Pero quién podia ser aquel amigo?.... Ecepto Lázaro y Uladislao, yo no conocia á nadie mas que à los miembros de mi familia que entrase en el círculo de mi intimidad. Sin detenerme en formar conjeturas acerca de aquel incógnito,solo traté de poner en práctica el consejo que él me daba.

Entónces una de esas inspiraciones que atraviesan el alma como un meteoro é invaden súbitamente la voluntad, dictóme una resolucion estraordinaria. Yo no ví mas que dos cosas: la culpa y el castigo, el acusado y el juez, Lázaro y Rosas.

—Pues iré á ver á Rosas! me dije. Con esa intencion, partí firme y silenciosa, y absteniéndome de consultar á nadie, ni aun á Uladislao, de miedo de una discucion posible, monté á hurtadillas á caballo, y rápida como una flecha, me dirigí hàcia Palermo.

Tocaba al estremo de la calle vecina; iba ya á doblar á la izquierda para tomar la orilla del rio, cuando un caballero ofrecióse á mi vista. Yo paré brúscamente mi caballo: acababa de reconocer á Uladislao, que, por casualidad, despues de mi despedida de la leccion de canto, llegaba en direccion oblícua para dar un paseo de este lado.

—Oh! la providencia os envia á mi encuentro, le dije impetuosamente. Venid conmigo!

—A donde Camila?

—A Palermo, á pedir gracia á Rosas.

Y le mostré el billete.

Al leerlo, Uladislao soltó una esclamacion como de pasmo.

—Qué es eso, amigo mio? le pregunté.

—Nada, Camila. Paréceme que reconozco esta letra.

Despues, meneando la cabeza, continuó:

—El consejo, cualquiera que sea su autor, es absurdo, y seguirlo una locura. ¡Pedir gracia el cordero al tigre!.... No importa, prosiguió resueltamente, acompañaré al primero. Mi apoyo pertenece al débil y mi proteccion al desgraciado. Es preciso que un hombre, que un sacerdote no sea ménos animoso que una mujer.

PALERMO

ALGUNOS instantes despues nos hallábamos en el camino de Palermo.

Nada en la apariencia ni en el inte-

rior del célebre palacio que traicione las atrocidades y bajezas de que es diariamente teatro. Fuera de la larga y sinuosa calle de sauces llorones—emblema melancólico de los sollozos de las madres y viudas, que se tomaria por sus sombras desmelenadas y escalonadas como remordimientos sobre el camino del crímen—todo sonrie, todo se espande y canta en el espacio de aquel gracioso recinto. Esta sepultura de los secretos, de la sangre y de los misterios del mal, es un mausoleo decentemente blanqueado. Las blandas brisas que corren por los árboles del parque, envuelven con sus balsámicos aromas el interior del recinto de todas las corrupciones. Ni la hipocresía en la máscara del malhechor, ni la amistad en los lábios y en los ojos del asesino, tienen más inocencia ni más gracia. La hermosa columnata que se desplega á la entrada del pomar, como una villa romana ó un templo griego debajo de un cielo jónico, respira la mas risueña gracia, la mas encantadora poesia. Cortesana adormecida sobre un lecho de flores, la Capraia del Tiberio americano seduce en todas sus apariencias como miente en todas sus sonrisas.

La égloga, el idilio y la pastoral reinan en derredor bajo la forma de baños, de canales, de puentes chinescos, de cunas de verdura, de cánticos de aves, de frescuras balsámicas, de hechizos de toda especie. Pasead por debajo de esas espaciosas galerias, donde circula la brisa fresca y generosa, y os creeréis bajo los pórticos del templo de la Libertad. Subid al doble piso de azoteas que van sobreponiéndose por un leve declive bajo el enrejado de balaustradas que los circuye como una guirnalda, y creeréis aspirar en el ambiente la atmósfera de las mas puras ideas y de los sentimientos mas divinos.

Y sin embargo, al pié de ese paraíso de ilusion, está el infierno de la realidad; al pié de esas eminencias, todas las bajezas humanas!

En medio de este laberinto elegante de galerias y de pórticos, allá en un rincon del fondo, alumbrado por la pálida luz de la sospecha que vela, se ocultan las impudicias, los asesinatos, las cadenas, las tinieblas, y la pálida y casi invisible figura del tirano prisionero del horror que inspira y cautivo de su propio terror.

Visto á la distancia, Palermo semeja un canastillo de porcelana reposando graciosamente en un lecho de verdura. A medida que uno se aproxima, el edificio va surgiendo, y su perfil dibújase más claramente en el horizonte. Entónces, descubierto en toda su magnitud alba y brillante, descuella sobre el follaje de los canales, como un cisne nadando en ellos con las alas desplegadas.

Y sin embargo, á traves de sus brillantes reflejos aparecen las manchas de sangre, simbolizadas por el rojo sombrio que se ve en todas partes. Puertas, persianas, muebles, tapicerias, postes, balaustradas. . . . todo tiene aquel color. Palermo es una paloma ensangrentada.

Luego que Gutierrez y yo hubimos llegado á las cercanias de la residencia del tirano, fuimos acojidos por unas risotadas en union de las palabras obscenas que se nos dirijian al pasar. Estos saludos groseros nos eran hechos por los lanceros de Rosas, cuyos rojos grupos veíanse à derecha é izquierda de la calle de árboles: ellos eran los pastores de sus prados, y tales sus galanterias y pasatiempos. Espadachines mercenarios, autómatas de fusilamientos, fieras avezadas á las empresas de muerte y á los laureles del asesinato, estos verdugos, Júdas del uniforme y deshonor de la charretera, desempeñaban su rol, insultándonos; pero la responsabilidad de su depravacion recaia sobre otro más culpable que ellos. Rosas, el gran cor-

ruptor, habia soñado un ejército á su imágen; y este sueño horrible lo habia casi realizado. Resultó de ello una monstruosidad sin nombre. El soldado es como el eclesiástico: una cosa que no es ni bella ni grande á medias; sublime cuando es bueno, odioso cuando malo.

Sin embargo, algunos hombres de corazon se hallaban en medio de aquellos bandidos. Al apearnos, un oficial aproximóse y nos saludó cortesmente. Por fin hallábamos en él un semblante amigo en medio de aquella turba de rostros burlones y feroces. Gutierrez le dirigió la palabra:

—Tened, señor, la bondad de prevenir á su Escelencia el Señor Gobernador, que una jóven desea serle presentada.

La influencia del buen ejemplo de uno solo habia cambiado la insolente curiosidad de los soldados en actitud respetuosa. Todos guardaron, si no distancia, al ménos silencio al rededor de nosotros.

Al cabo de algunos instantes un edecan nos vino à introducir.

Yo me dirijí con planta firme. El corazon no me latia con más rapidez que de costumbre; sentia en mí una serenidad de voluntad y una fuerza de resolucion increibles. Sin mirar á derecha ni á izquierda, caminé en toda la plenitud de mi sangre fria, apresurando con el deseo, lejos de retardarlo, el momento en que iba á hallarme frente al hombre y echarle en cara estas palabras: «Vengo á pedirte la vida y la libertad de un justo.»

Al fin de una galeria, las puertas de un gran salon se abrieron á nuestro paso. Yo bajé rápidamente mi velo, pues contra todo lo que esperaba íbamos á encontrarnos en medio de varias personas. Rosas, en lugar de recibirnos en particular, daba así á nuestra visita una especie de solemne publicidad. Todo el que iba á Palermo hallábase comprometido, y posteriormente supe que el tirano hacia alarde de todas las visitas que se le presentaban, sobre todo cuando ellas pasaban por sobre el servilismo banal de los familiares de su corte, como la del clérigo Gutierrez y la mia. Una mujer y un eclesiástico.... hermosa y noble conquista.

A la idea del peligro que corria mi reputacion y la de Uladislao, sentíme avergonzada y trémula. Faltóme el resorte de mi energia moral, y sentí que mi sangre fria me abandonaba. Hice sin embargo, un esfuerzo tomando el brazo de Uladislao, y nos aproximamos hácia un grupo bastante numeroso que ocupaba el fondo de la sala, y que yo veia confusamente á través de mi turbacion.

Este grupo, compuesto de personas y de trajes en que la charretera y el fraque negro mezclábanse con el raso y los brillantes colores de los atavios femeniles, endulzaba la monotonia de los reflejos rojo-sombrios que lanzaba la pintura de la sala. Más allá de las colgaduras escarlatas que guarnecian las ventanas, una docena de mujeres elegantemente vestidas distinguíanse los semblantes bigotudos de los cráneos varoniles y de las cabezas canas. Dos grandes candelabros de oro daban á la luz del sol colorido á este cuadro viviente cuyo centro parecia ser un hombre tendido á medias sobre un sofá y que á nuestra aparicion habia vuelto la cabeza hácia nosotros.

A medida que nos habíamos aproximado el hombre del sofá habíase levantado, y á su ejemplo toda la reunion.

Rosas, político y risueño, nos hizo ademan de sentarnos. Yo me dejé caer sobre una silla tratando de dominar mi emocion.

—Señores, dijo á media voz á toda su concurrencia; ya veis los recien llegados: despues de los quehaceres, el descanso. Bellas federales, no os disgusteis si me veo precisado á despe-

diros para dar audiencia á una amable desconocida.

Cada uno saludó y se retiró con esa sonrisa hipócrita que en la atmósfera de las córtes brota espontánea y uniformemente en todos los semblantes, cuando el señor cree haber pronunciado lo que se llama un buen dicho. En breves minutos, damas, ministros, generales y embajadores habian despejado la sala. Quedamos los tres solos, Uladislao en un sillon, Rosas sobre el sofá, y yo á su izquierda sobre el mismo sofá donde me habia dejado conducir por él maquinalmente.

—Y bien, hermosa porteña?.... dijo el dictador volviéndose á medias, segun su cínica habitud, pendiente el brazo, y la pierna derecha arqueada sobre la rodilla de la izquierda.

Yo ensayé en aquel momento de recuperar un poco de fuerza interior; pero, debo reconocerlo para confusion de mi orgullo, todos mis esfuerzos fueron vanos, y permanecí turbada y en desconcierto.

—La modestia conducida por la prudencia! agregó Rosas mirándonos alternativamente á Gutierrez y á mí. ¿Sabeis, amable paisana, que ante tanta timidez me vuelvo tímido á mi turno? Y vos, señor cura, ¿no creis que esta actitud reservada y discreta es capaz de cambiar todo el fondo de mis ideas políticas en materia de alegria y de placer? Yo tengo por sistema que la virtud, aun en un eclesiástico, no debe ser tan huraña y creo que entra en los principios de una buena civilizacion federal el entregarse á ciertos hábitos de amable y fácil libertad....pero en pequeña reunion, sin hacer precisamente escándalo....¿Qué os parece, señor cura?

Gutierrez guardó silencio.

—Vamos, vamos! prosiguió Rosas, estos tucumanos son de tal prudencia, de tal circunspeccion, que se les tomaria por timidas doncellas....

En seguida, volviéndose hácia mi:

—Y vos, mi hermosa criatura, no suspendereis ese velo que me oculta vuestros atractivos!.... á ver si he adivinado.... Apostaria á que ese misterioso incógnito me reserva alguna nueva sorpresa de esa maldita doña Teodora....

Me estremecí. Rosas acababa de pronunciar el nombre de una de esas proveedoras de su harems, cuya ocupacion consistia en seducir ó robar entre algunas familias pobres de Buenos Aires la flor de las doncellas para servir de pasto à sus inmundos deseos.

Yo repulsé la mano del dictador que trataba de suspender mi velo. Este movimiento de mi parte equivalía á toda respuesta.

Rosas retiró su cabeza, tendióse de nuevo en el sofá, cerró á medias sus ojos de inquisidor y examinóme silenciosamente á través de la gasa que me cubria el semblante.

PRIMERAS HOSTILIDADES

Es ejemplar, continuó con tono sarcástico. Enhorabuena! ha comprendido Teodora que los amores fáciles me fastidiaban ya, y me envia la virtud á toda prueba. Me agrada esto; y presumo que la defensa será digna del ataque! ya lo veis, señorita, ... estoy enamorado, locamente enamorado antes mismo de haber tenido el gusto de conoceros. Felizmente mi fragilidad está en buena y santa compañia.—Señor cura, vd. me responde de mi virtud y de las seducciones de esta maga.

Yo contesté resueltamente:

—¡Camila O'Gorman responde de sì misma!

—¡Camila O'Gorman!

Y el semblante del dictador tomó repentinamente una espresion de sorpresa estrema.

Rosas tomó una campanilla de sobre la mesa, y llamó. Un edecan apareció al momento.

—No estoy visible para nadie hasta nueva órden.

El edecan inclinóse, y la puerta se cerró sobre sus pasos.

El dictador púsose de nuevo á inspeccionarme con prolongada atencion. Por más que me mirase, yo no dejé de soportar su mirada.

—En verdad, señorita, vuestro silencio me pasma! repuso Rosas. Teneis toda la apariencia de una Judith pero de una Judith que tiene en los ojos su puñal, y puesto que esos ojos se obstinan en permanecer invisibles, creo, gracias á Dios, estar en seguridad. En recompensa, mereceré el honor de oir nuevamente vuestra voz?.... Hablad. cruel!.... Holofernes os escucha.

Hay en nuestro sexo recursos naturales de elocuencia sumamente preciosos; pero no es la palabra la que costea el mayor gusto. Nuestra retórica se compone de coquetería, y á veces, de seducciones entre las cuales las frases desempeñan un rol secundario. Engañar sin decir nada, ó casi nada, es nuestro grande arte. Embaucar el amor ó la concupiscencia de esperanzas más ó ménos insolentes, es nuestra suprema habilidad; fascinar al tentado: y adormecerlo para mejor anonadarlo en seguida, tal es la ciencia femenil por escelencia.

Esta táctica de la perfidia de los atractivos y del embuste de las gracias, nosotras no la aprendemos: nos es innata. Ella sirve de contrapeso á nuestra debilidad física. Estamos allí en nuestro terreno, y con la ayuda de un noble sentimiento, nuestro heroismo puede llevarnos á soberbias conquistas. Cuando nuestra virtud sabe presentarse oportunamente á los ataques del enemigo, nosotros somos admirables para hacer caer—en esta caza á nuestros atractivos—la fiera montaraz en nuestras casi invisibles redes, y retirarnos victoriosas, llevando por trofeo la cabeza del leon, ó simplemente la credulidad del tigre, como traté modestamente de hacerlo.

Este, desde que supo mi apellido, seguia entregado á un visible preocupacion. Ya no me tomaba por una de aquellas desgraciadas que iban sus cortesanos ó cortesanas á arrebatar, por fuerza ó por engaño, á fin de ofrecerla á su apetito sensual, no: y sin embargo, algo decia mi presencia, y el mismo semi-misterio que me cubria daba ciertamente qué pensar. En cuanto á mí, ignoraba yo entónces el papel que involuntariamente venia allí á desempeñar. Mucho mas tarde fué cuando supe la verdad, y por qué infame maquinacion el autor desconocido del billete que me daba aviso del cautiverio de Lázaro,—cautiverio que era obra suya tambien—habia combinado en vista de hacer con una agradable sorpresa su corte al tirano una vergonzosa especulacion sobre la persona de una O'Gorman viniendo á pedir en Palermo la gracia de un reo.

Ignorando, lo mismo que yo y Uladislao, la trampa tendida á mi virtud en provecho de su lubricidad, Rosas no sabia pues á qué atenerse.

Renovó su interpelacion, invitándome cortesmente á esplicarme.

—Señor, contesté con un tono de voz tan conmovido y virgíneo cuanto pude afectar; el señor cura Gutierrez, si se lo permitis, os hablará del objeto de mi visita. Pues, por lo que á mi me toca, estoy tan turbada, tan poco segura de la exactitud de mis palabras, que temo..... sírvase dispensarme señor.....

pero temo no poder espresar bien mis ideas....

Juan Manuel pagó con una sonrisa este hipócrita homenaje al ascendente seductor de su deslumbradora Excelencia, y volviéndose hácia Uladislao, le hizo señal de que hablara.

El jóven eclesiástico esplicó entónces en breves palabras el hecho del billete, haciendo valer los motivos que militaban en favor del prisionero Lázaro Torrecilla, víctima sin duda de una equivocacion ó del capricho de algun agente subalterno. En esta defensa Gutierrez desplegó un talento maravilloso de simplicidad, de dignidad y de uncion. Rosas le escuchaba ya con una impasibilidad de estátua, ya con apariencias de emocion mezclada de: — Continuad señor! oigo, oigo!

Miéntras que Uladislao hablaba, yo tuve tiempo bastante para estudiar la fisonomia y todo el conjunto de la persona de Juan Manuel.

El sicofanta continuaba mirándonos de soslayo, sin mover la cabeza y haciendo dar vuelta ambos pulgares bajo sus manos cruzadas; ordinariamente guardaba sobre el sofá la postura grosera é impolítica de que ya he hecho mencion, con chinelas en los piés, un chaqueton azul abotonado, ámplia corbata y la famosa gorra que casi jamás la abandonaba. De tiempo en tiempo se levantaba, iba á su mesa de trabajo, volvíase á sentar, se peinaba la patilla, echaba con coqueteria su ralo cabello sobre la frente, y sacando de su faltriquera un pequeño espejo, mirábase en él con la complacencia de un petimetre, como para juzgar del efecto de sus esmeros de tocador llevados hasta trivialidades á que la presencia de una mujer no ponia obstáculo.

Esta libertad de gaucho malo, esta falta absoluta de educacion, combinábase en Rosas con una ridícula afectacion de capacidad laboriosa y de apariencias ubiquistas. Su mesa cargada de papeles atestiguaba la ostentacion del gusto por el título de hombre de gabinete y de profundo político. Notas de embajadores, correspondencia de los gobernadores de las provincias, relatorios de la policia, una montaña de papeles, en suma, tenia delante de sí y los ojeaba de tiempo en tiempo trazando con su pluma algunas palabras aquí y allá con aire que parecia decir: Ved qué hombre soy yo!...... hago cuatro cosas á la vez: me ocupo de los asuntos de Estado, oigo á un elesiástico, cortejo á una muger y reposo al mismo tiempo.

En medio de este vaiven, sus facciones conservaban un timbre de dureza, vulgaridad y cinismo que el hábito de risotadas groseras unido á un fondo de bajos sentimientos y crueles ideas les habia impreso. Sus pequeños ojos azules fijábanse en mí con toda la impertinencia del sultan. Yo no sé qué de siniestro habia en sus miradas que ocasionaba el estremecimiento del terror. Algunas veces se hubieran tomado por las de una ponzoñosa vívora. Nada de noble ni delicado en aquellas facciones desvergonzadas y repulsivas. Su modo de mirarme tomó á la vez un carácter tal de insistencia y deshonestidad, que cedí—malgrado mio—á un movimiento de despecho, volviendo bruscamente la cara hácia otro lado.

El dictador se mordió los labios, afectó reprimir su mal humor, y respondiendo á su modo á la leccion de civilidad que acababa yo de darle, se estiró un poco más sobre el sofá.

—Vamos, à la gran maniobra! dijo llamando.

LA GRAN MANIOBRA

AL instante una procesion de la cayos se presentó con una série de mates que Rosas ofreció sucesivamente y sin interrupcion á Uladislao, quien continuaba siempre hablando en favor de Lázaro, cuyos antecedentes políticos, á peticion del dictador, tuvo que esponer prolijamente. El grosero personaje reia á carcajadas cuando el orador, apurado á estremo de perder aliento y aspirando á prisa el jugo de la yerba, trataba de hacer frente á aquel aluvion de mates que se sucedian sin intermision. Gutierrez, con un tacto, una dulzura, y dignidad admirables, prestóse con habilidad á esta bufoneria de mal gusto, y aun aventuró con ese motivo algunos rasgos de jovialidad que Rosas manifestó escuchar con socarrona satisfaccion. La mirada deslucida del hipócrita, fija alternativamente en mi y en Uladislao, parecia medir á la altura de su nariz aquilina que dirijia hácia el narrador, la línea visual de los hechos que le narraban ó el grado angular de las consecuencias que deducian.

—Es eso todo? dijo luego que Uladislao hubo terminado. Y bien! hé aquí un acontecimiento bien simple, aunque bastante grave, conspiracion contra las leyes del Estado.... estos delitos atañen á la justicia. ¿Qué quereis que yo haga? Los tribunales decidirán.

Y púsose á tomar un mate con aire contrito.

Entónces yo me levanté y dije con incisiva ironia:

—Perfectamente! Rosas se atiene á los tribunales! Los tribunales juzgarán en asuntos en que él no puede conocer!

A través de mi velo ví la figura del tirano llenarse de orgullo y satisfaccion.

—Vamos, hermosa dama, dijo forzándome á tomar de nuevo asiento. Poneos en mi lugar; yo os hago juez á vos misma. Dicen que soy déspota porque asumo todos los poderes, aun el de gracia y justicia.

Y acalorándose por grados:

—Dicen que soy cruel porque castigo á los enemigos de la patria y restauro las leyes; dicen que soy feroz porque protejo á los buenos y aniquilo á los ambiciosos; y dicen en fin que soy bárbaro y malvado porque soy poderoso para el bien y terrible para el mal.

—No se dice tal, señor, respondí yo tímidamente.

—Ya sé que no lo dicen, repuso Rosas, pero lo piensan.

Y al decir esto, su voz tomó un timbre cavernoso.

—Oh! mucho menos, señor, agregué yo con melíflua dulzura.

Un rayo, cuyo siniestro y fúnebre reflejo me hizo mal como la luz de un falso dia, iluminó la cara del tirano.

—No lo piensan....lo sé tambien. Veamos, pues, qué es lo que piensan de mi, graciosa criatura?

Yo sabia bastante bien, por todo lo que habia oido decir de los actos de Rosas, que el tirano del Plata no tenia un átomo de nobleza, filantropía ni moralidad; que su espíritu era tan trivial como abyecta su alma: yo sabia, en resúmen, que era un hombre de crímenes y sangre. Felicitarlo por su mansedumbre, hubiese sido más que una exageracion de lisonja: hubiese sido una ironia peligrosa; pues él mismo, á pesar de sus hipócritas protestas, se felicitaba interiormente de sus crueldades y del terror que inspiraba. Absteniéndome pues, de tocar esta cuerda melindrosa, respondí con la más perfecta apariencia de imparcialidad:

—Señor, yo no soy mas que una

pobre muger, y no podria sin mucha suma de presuncion, apreciar debidamente actos originados por razones de Estado. Pero algunas veces las mugeres dan consejos que tienen su valor.

—Si los vuestros no hacen ninguna impresion en mi, señorita,—dijo el dictador con galanteria,—es preciso desesperar de todos los consejeros y consejeras.

Yo repuse:

—La política, señor, es una bella y grande cosa, una materia delicada que toca los intereses más grandiosos de los pueblos, y que pocos espíritus son capaces de comprender. No es ciertamente demasiado todo el poder de las facultades humanas para abrazarla. Vos sin duda, conoceis sus exijencias, su utilidad, sus escollos y sus límites. Los hombres vulgares no llegan jamás al término, ó lo que es peor, lo esceden. Una inteligencia superior se contiene y observa. Todo lo que es inútil es severamente proscripto por los espíritus que ven las cosas de alto y á la distancia: porque lo inútil arguye mediocridad, y lo supérfluo impotencia.

Holofernes empezó á prestarme seria atencion. Judith continuó:

—Tengo la suerte de tener por amigo á un hombre de corazon que la cárcel encierra, que talvez el patíbulo reclama. ¡Que Lázaro Torrecilla os deba la vida, señor! La gloria del perdon es la más bella de todas. ¿Qué conquista vale lo que ella? ¿Y qué general no daria todos los timbres de su espada por esos gloriosos trofeos de su ascendiente moral?

Rosas me escuchaba edificado. Habituado á las triviales y groseras adulaciones de sus cortesanos, saboreaba con manifiesta satisfaccion el filtro de una alabanza indirecta y bien velada cuya delicadeza le era nueva.

Yo continué:

—Y sin embargo, no es bajo el punto de vista de los sentimientos individuales que yo os hablo, señor. Sé que por encima de la amistad está la patria, y que puede algunas veces ser necesario el sacrificio de un miembro peligroso para la salvacion del cuerpo. Yo os hablo bajo el punto de vista eminente en que vos mismo os habeis colocado. ¿Sabeis lo que dirán si perdonais?

—Si yo perdono. . dirán?. . . Veamos, amable encantadora.

—Dirán: Rosas es poderoso porque ha desdeñado castigar. La época del rigor abrió su reino, la época de la clemencia lo continúa. El restaurador de las leyes se ha dejado vencer; ha tenido la santa flaqueza de todos los grandes hombres, porque al fin él es un hombre tambien.

—¡Bien, Camila, bien! dijo Holofernos balbuceando y como sofocado, miéntras que Judith, atrayente de inspiracion y con su blonda y hermosa cabellera tendida sobre la espalda, esperaba el efecto de su calculada seduccion.

—Hé ahí lo que dirán, señor! repuse yo con exaltacion teatral y el semblante cubierto siempre por mi velo. Y agregarán: Rosas, cuya vijilias están siempre consagradas á las atenciones de la política; Rosas, que dá á sus generales largas audiencias de guerra y á los embajadores largas audiencias en asuntos diplomáticos, ha accedido á la solicitud de una niña pidiendo gracia para un desgraciado, y no ha desdeñado las súplicas de una débil mujer.

—Decid de una mujer adorable, de una mujer hermosísima, de una mujer... á quien yo no podré rehusar nada, esclamó levántandose el tirano.

—Señor cura, agregó Rosas haciendo á Gutierrez ademan de salir, tengo el honor de saludaros.

Yo me dirijí lista y risueña al lado del jóven eclesiástico.

—Oh! no, señor! es mi compañero..... nosotros somos inseparables.

—Salid, yo lo deseo, repuso Rosas.

—Quedad, yo lo quiero! repliqué yo sublevándome coquetamente.

El dictador conmovido y encantado con la actitud pueril y familiar que me veia asumir, no sabia qué decir, y parecia suspendido como por un hilo magnético en la region de las ilusiones.

Irritados y en revolucion, los brutales deseos del tirano pintàronse en su semblante con rasgos feroces y lúbricos reflejos. Sus ojos despidieron la llama de la concupiscencia.

—Es preciso obedeceros, reina mia; eh bien, que permanezca el señor cura, ya que es vuestro inseparable. En cuanto á la gracia.... veremos, veremos más tarde.

—No, señor, no ha de ser mas tarde! dije yo imperiosamente, con el brazo estendido hácia adelante; es ahora mismo que lo quiero!

—Teneis razon, sirena, ahora, ahora mismo.

Rosas tomó una pluma y una hoja de papel. Al mismo tiempo, y como acordándose repentinamente de algo:

—¡Qué distraccion! esclamò; me olvidaba de consultar á mi primer ministro!

Y dió tres palmadas.

FEDERACION

INMEDIATAMENTE abrióse una puerta lateral y un hombre semi-dislocado apareció, permaneciendo sobre el dintel inmóvil como una estátua coja. Vestido de general, llevaba gruesas charreteras, largas botas con taconeras, y cadena de oro en el pecho.

Noté entre él y el dictador cierto cambio de señales casi imperceptibles. Este hombre que te ia la sonrisa estereotipada en su semblante y en los lábios el sello del silencio, parecia un autómata cuyos movimientos hubiesen sido determinados por hilos invisibles manejados por su señor, hácia quien sus ojos se volvian á cada instante con prontitud maravillosa, prontitud tanto mas notable cuanto hacia contraste dicha mirada con el resto de su pesada y maciza persona.

Al aparecer el cojo, reconocí al célebre bufon de su Escelencia, don Eusebio de la Federacion. Vino á mí, y me presentó su mano con la galantería obsequiosa de un caballero que invita á una dama para el baile. Simultáneamente partió la voz de un piano desde una pieza contigua, haciendo vibrar los brillantes y rápidos compases de una entusiasta cachucha.

Yo negué mi mano.

Eusebio aproximóse entónces á Uladislao y le hizo la misma tácita invitacion.

El eclesiástico rehusó del mismo modo con una sonrisa.

El cojo se puso entónces á bailar solo, ejecutando un baile grotesco, al cabo del cual se paró exhausto, con el rostro bañado en sudor, el cuerpo inmóvil y la mirada fija en su señor.

—Señor ministro, le dijo Rosas con majestuosa solemnidad; lumbrera de nuestras deliberaciones, sibila de nuestro consejo y Pitonista de nuestro imperio: ahora que el fuego de la inspiracion os anima vais á respondernos; porque tenemos que consultaros sobre una grande cuestion, para cuya solucion —lo declaramos anticipadamente— nos atendremos al fallo de vuestras luces. La señorita viene à pedir la gracia de un culpable. La solicitante es bien hermosa, pero el delincuente es bastante criminal. ¿Qué debo hacer?.... Responde y ten cuidado de no equivocarte!

Eusebio, constantemente silencioso, hizo un signo que queria decir: Tengo

necesidad de meditarlo un instante.

—Es muy justo, Escelencia! Piensa, reflexiona.

El bufon sentóse en un taburete delante de mí, puso un dedo sobre su frente, cruzó una pierna sobre la otra, me miró de piés á cabeza, y en seguida se dirigió hácia Rosas é hizo otro signo que queria decir: Para juzgar bien de la belleza de la solicitante es necesario que yo vea sus facciones.

—Perfectamente! dijo Rosas; pero es preciso que te dirijas á ella misma para esto.

Y dirijiéndome la palabra:

—Señorita, mi primer ministro solicita el favor de que le dejeis ver vuestro semblante.

Yo conservé desdeñosamente mi inmovilidad bajo el velo.

El bufon miró al dictador con un aire compunjido.

—¿Qué quereis que haga, amigo mio? dijo el tirano. Yo no puedo forzarla á que se descubra. Es una desgracia; pero la crueldad de la hermosa la pagará tu pellejo.

Y al mismo tiempo Rosas hizo un signo siniestro con la mano á la altura transversal de su pescuezo.

Me estremecí. La idea de ser la causa de la muerte de aquel hombre, triunfó de la táctica de mi pudor. Lancé una mirada sobre Eusebio: habia en su actitud tan lacerante resignacion, tan dolorosa súplica, que me inspiró compasion.

—Y bien, amigo mio, dijo Rosas á Eusebio que tenia los ojos tristemente clavados en el suelo: ¿en dónde diablos lees tú tu consulta?

—¡Aquí en el libro de Dios! esclamé yo, apartando mi velo bruscamente.

Y aparecí en todo el esplendor de mi dignidad.

De pié, orgullosa, con el cabello ondulante, dirigí mi vista hácia el pobre bufon que quedó inmóvil de sorpresa, sumido en su cándida admiracion.

Todos los personajes de esta escena quedaron al instante como petrificados, cada uno bajo impresiones distintas: Rosas, deslumbrado al aspecto de aquella que segun sus conjeturas era ya la conquista de sus impuros deseos; Eusebio, viendo á una salvadora en la mujer que se ofrecia á su vista; Uladislao, temiendo una tragedia de sangre ó un drama de vergüenza al fin de esta innoble comedia; y yo, por tener entónces en mis manos y en mis ojos la vida ó la muerte de Lázaro. Con sus miradas, el cojo por naturaleza, y mudo por órden, no se cansaba de espresarme su gratitud por el acto de complacencia que acababa de salvarle de la cuerda ó del cuchillo.

—Ya no se trata de mirar, dijo Rosas impacientado. ¿Es preciso perdonar, ó castigar?.... Como lo ves, la solicitante es adorable, pero tambien el crímen es grande, añadió reclinándose sobre el divan despues de haber armado lentamente un cigarrillo, que encendió despidiendo el humo hácia el cielo raso en pequeñas bocanadas.

Nosotros sentíamos los tres el corazon oprimido.

—Te decidirás, animal? esclamó el dictador con acento bronco y sordo como el de una fiera.

El escalofrio del terror nos dejó helados. Un silencio de plomo pesó sobre los actores y en la escena, miéntras que el personaje principal interrumpia con una risotada cavernosa la gravedad solemne y lúgubre de aquella hora de sentencia.

Eusebio me miró melancólicamente y guardó siempre silencio.

Recuerdo haber visto en mi infancia, en la quinta de un amigo de mi padre, la jaula de una pantera á quien habian dado un perrito por compañero. Este perrito, huésped forzoso de su terrible comensal, se esmeraba en complacer á

la pantera, de quien parecia estudiar los menores deseos, jugando familiarmente con ella, acariciándola humildemente, tratando de conquistar la amistad de sus dientes y de sus uñas, y temiendo sobre todo no comprenderla en la espresion de sus caprichos.

El mismo cuadro que en otro tiempo habia escitado mi compasion, se renovaba ahora á mis ojos. La pantera era Rosas; el perrito era Eusebio; temiendo equivocarse en la interpretacion del pensamiento íntimo de su amo, y no atreviéndose á pronunciar su oráculo,—triste apuesta cuya parada era nada ménos que su cabeza.

Rosas levantóse brúscamente como para llamar y dar órdenes. Yo lancé un grito; el dictador se contuvo.

Eusebio, en el parasismo del terror, pareció dirigir hácia la reflexion todos los esfuerzos de su inteligencia. Pálido, con la mirada torva y la frente bañada en sudor, parecia escuchar una voz interior, cuando repentinamente y en medio de la ansiedad general, resonaron los melódicos y candenciosos sonidos de un arpa.

El pecho del bufon soltó un grito estrepitoso, y rayos de júbilo iluminaron súbitamente su semblante. Indicó con el dedo el lugar de donde partia aquella música celestial é inesperada, diciendo con su pantomíma espresiva:

—Ella.... ella es... consultadla; he aquí mi contestacion!

MANUELITA

No sé porqué rápida intuicion comprendì el signo de Eusebio. Aunque sus lábios permanecieron en silencio, parecìame oir el nombre de Manuelita, pronunciado por èl.

—Señor, dije al dictador, este hombre tiene razon. Vuestra hija será mucho mejor oráculo. Ademas será muy digno del galante dictador tomar por árbitro á una mujer.

Rosas guardó silencio y pareció preocupado. Dios que en ese momento gobernaba aquel corazon entregado á toda idea perversa, inspiróle una resolucion. Volvióse hácia mi y me dijo:

—Camila, quiero daros aun esta prueba de mi buena voluntad. Mi dictadura, como vos lo sabeis, está compartida entre mi hija y yo. Para mi las atenciones de Estado, las tareas trascendentales, las audiencias de los embajadores, la correspondencia con los gobernadores; dependientes que no son mas que mi sombra y á quienes me tomo la pena de educar; pues es mi mano sola la que conduce la república, y estoy en el caso de decir como Luis XIV: *El Estado soy yo!* Para ella, los actos de condescendencia, las transaciones de clemencia, las debilidades de la política; porque todos somos débiles, como habeis dicho bien, Camila, hombres y mujeres; y cuando habla el corazon es malo sofocar su voz. Vuestra súplica de gracia es de la competencia de mi hija: lo que ella decida sobre vuestro protejido, lo ratificaré yo de corazon. Esto será una respuesta más á mis enemigos que me acusan de crueldad; no es cierto, hermosa criatura? Otorgo, pues, el recurso para ante Manuelita propuesto por nuestro primer ministro.

Rosas llamó:

—Advertid á mi hija que tiene una visita.

—Señor inseparable, añadió Rosas dirigiéndose á Uladislao; tened la bondad de conducir á esta jóven al aposento de la señorita.

Nosotros nos inclinamos.

—Seré benigno, pero pensad que os adoro! me dijo Rosas á parte y en voz muy baja.

E imprimió un beso en mi mano. Yo me estremecí convulsivamente: pare-

cióme haber sentido el contacto de la baba de una serpiente.

Al retirarnos, pasamos por delante de Eusebio que me deslizó estas palabras:

—Contad conmigo, y nada temais!

Poco despues éramos introducidos en el aposento de Manuela Rosas.

Al entrar, llegaron á mi oido sendas risotadas que de él partian y que cedaron á nuestra aparicion, para dar lugar al silencio y al decoro de la etiqueta.

Manuela estaba rodeada de cuatro ó cinco damas amigas suyas; tambien distinguí á los ministros de Francia y de Inglaterra. Estos desaparecieron á nuestra entrada, lo mismo que las damas, con escepcion de una sola.

—Permitis que la señora permanezca? dijo Manuela á Gutierrez; *es mi inseparable tambien.*

Esta alusion á las palabras que yo habia pronunciado en presencia de Rosas con motivo de Uladislao, me probó que la hija estaba ya instruida por el padre, no solamente del objeto de nuestra visita, sino de los principales detalles de esta primera entrevista. Una especie de telegrafía, cuyos signos eran llevados de cuarto en cuarto de hora por edecanes que circulaban de uno á otro salon, habia instruido á Mannela de todas las circunstancias que Rosas habia creido podian interesar ó divertir á su hija.

—Ya lo sé todo, señor cura, continuó ella sin dar tiempo á Gutierrez para abrir la boca. Venis á pedir una gracia: yo os la acuerdo. Estais satisfecho?

Despues, sin esperar la respuesta, la jóven continuó:

—En cambio, tengo que pediros un favor:os invito,asi como á vuestra amable intercesora, á nuestra tertulia de esta noche. Aceptais?

—Señorita, repuso el sacerdote con gravedad, este traje os anuncia cuáles son mis habitudes y cuan poco compatibles con vuestra amena sociedad. Yo soy un pobre eclesiástico alejado del mundo, ajeno á sus placeres y locuras y cuya felicidad y obligacion consisten en estar preferentemente al lado de las personas que esperimentan la tristeza y el dolor! Acordándome tan espontáneamente la gracia que venia á solicitar, vos habeis hecho una accion que tendrá cerca de Dios su recompensa. Habiéndose asì terminado mi mision, me permitireis que me retire bendiciendo la mano y el corazon de donde ha partido ese acto de beneficencia.

Miéntras Uladislao hablaba, yo habia podido observar las facciones de Manuela Rosas timbradas de una espresion delicada y elegante, reflejo de los buenos sentimientos que le eran propios, cuando su genio naturalmente inofensivo quedaba abandonado á si mismo, fuera del satánico ascendiente de su padre.

Simpática en aquel instante, parecia gozar de un inefable placer interior, y en sus pupilas matizadas con lànguidos vapores se leia la traza de una sensibilidad pura, bálsamo precioso para ella de descanso y de moral en medio de las corrupciones de Palermo y del infierno de crímenes que estaba condenada á presenciar.

—Querida, dijo bruscamente á la amiga que habia quedado; mañana tendremos el gusto de volvernos á ver.

Las dos jóvenes se dieron el beso de despedida, y nosotros quedamos solos con la hija de Rosas.

—¡Oh, señorita: perdonadme! le dije entónces con efusion; perdonadme que no os haya agradecido á vos tan buena, tan generosa!

La jóven, sin contestar, dibujó en su rostro una sonrisa que la puso transfigurada, y habiendo cambiado con ella un cariñoso abrazo, creí sentir sobre

mis mejillas el contacto de unas lágrimas ardientes.

Despues, y con la misma emocion convulsiva, dió un apreton de manos á Uladislao.

En este momento, la puerta del aposento se entreabrió, y vimos aparecer el fantasma silencioso de Rosas.

Pasaron algunos instantes de observacion recíproca entre la hija y su padre.

—Señor Gutierrez, dijo éste dirigiéndose al sacerdote; os esperan en la perroquia para confesar á una penitente.

—La penitente esperará! interrumpió la jóven con tono áspero, haciendo bruscamente contraste con la dulzura de modales que acabábamos de presenciar... sí, esperará, porque yo tambien quiero confesarme.

—Ah! quereis confesaros, doña Manuelita, y.... con el señor sin duda?

—Con el señor, don Juan Manuel! Qué! no he de ser una vez dueña de mi en mi aposento?

Y, altiva, imperiosa, airada, corrió hácia su campanilla. Un negro apareció.

—Lorenzo, dijo la jóven, no estoy visible para nadie.... para nadie, entiendes!

—Ingrata! murmuró Rosas, retirándose como estrangulado. Enviadle pares de orejas de coronel, regaladle trenzas de unitarios para recibir en pago semejantes ultrajes!

Y el eco del terror repetia vagamente en nuestros oidos: Ingrata! ingrata!

JUEGO VIEJO

PERMITIÓSE Uladislao hacer presente á la hija de Rosas la imprudencia de su provocacion.

—Es verdad, dijo la jóven, volviendo á tomar su dulzura simpática, he sido un tantito atrevida para con él; afortunadamente conozco el secreto de amansarlo.

No bien habiamos olvídado el incidente, cuando apareció de nuevo el dictador, no con la amenaza, sino con la galanteria y el respeto en el semblante.

Tomándome del brazo, dignóse su excelencia conducirme hácia la calle esterior, diciéndome:

—Los caprichos de las mujeres piden toda indulgencia. Quiere ella confesarse, enhorabuena. Dejémosla con Dios, y en cuanto á vos, sílfide de la tierra... oh! señorita, no os asusteis así; sois libre, y vuestro protegido tambien. Vuestro carruaje os espera.

En efecto, ví al llegar á la baranda un coche parado, en vez de los dos caballos que nos habian llevado á Uladislao y á mi. Por la portezuela saludábame una cabeza risueña y atractiva: reconocí á Lázaro.

Ebria de júbilo, subì al coche al lado de mi amigo, el pobre preso, salvo y bueno despues de tan larga ausencia. ¡Con qué dulce emocion nos volvimos á ver, saboreando de antemano la alegria universal al llegar á casa!

De repente en las inmediaciones de las Cinco Esquinas, párase el coche..... acaba de retumbar un pistoletazo.

Un grupo de hombres enmascarados parecian asaltar al cochero que ya estaba dando gritos lamentables. Al instante, precipitóse mi compañero para socorrer al infeliz, mas apenas hubo franqueado la portezuela, que esta volvió á cerrarse con fuerza quedando yo sola, llevada inmediatamente por un galope brusco, sobresaltado, vertiginoso.

—A dónde vamos! Dios! Dios mio! tenga compasion de mi! esclamé presa de terror al ver de nuevo por los vidrios los sauces de la alameda de Palermo. El coche habia dado la vuelta hácia el palacio.

Sin fuerza, sumamente turbada, llegué así á la misma baranda, donde hacia ménos de un cuarto de hora Rosas se habia despedido de mí. Ayudóme la mano galante de un oficial á bajar del carruage, conduciéndome á un aposento inmediato. Allí fuí dejada sola por el oficial respetuoso, de cuyos lábios, sin interpelacion ninguna de mi parte, salieron al despedirse estas palabras:

—No tenga cuidado la señora! tiene amigos!

—Dicho esto, me saludó, quedé entregada á mi estupidez física y moral.

El tiempo transcurrido en esta especie de meditacion inquieta y vaga, no lo sabré decir; solo sé que al herir mis pupilas los alegres rayos de un sol de Octubre, fuí sacada en sobresalto de aquel sueño que hacía despierta.

La puerta del aposento estaba abierta.

—No soy, pues, prisionera! me dije interiormente no poco sorprendida.

Salí por consiguiente, recordándome vagamente la siniestra vision de las Cinco Esquinas.

Estas confusas emociones y crueles inquietudes se apaciguaron é iluminaron algo merced á las frescas brisas de una mañana de primavera que llegaron hasta mi en cuanto hube puesto el pié afuera. La naturaleza ofrécenos siempre en medio de nuestras penas una caricia maternal.

¿Qué hacer entre tanto, y de qué lado dirigirme? Los tambores de la tropa acampada al rededor de Palermo tocaban á egercicio, y ya algunos paseantes á pié, en carruage ó á caballo veianse aquí y allá.

Indecisa, paseábame maquinalmente por el parque, cuando un personaje de vulgar apariencia, dejando un grupo de trabajadores ocupados en el jardin, cruzó una calle lateral en direccion de aquella á donde yo me hallaba. Este hombre tenia en la mano un junco con cuya punta se divertia en decapitar las hojas de las ramas de los árboles por cuyo lado pasaba; llevaba un chaqueton abotonado, una corbata negra y una gorra de pajilla. Reconocí en él á Rosas.

Me estremecí de piés á cabeza: el aspecto de una vívora que hubièrase arrastrado ante mis ojos entre las yerbas del parque, no me hubiese ocasionado más horrible sensacion.

Al llegar á mi lado, el dictador me saludó quitándose la gorra, y díjome aparentando sorpresa de verme en semejante lugar:

—La señorita viene sin duda á solicitar otra gracia. Si es así, sea bien venida, porque me hallo en un dia de clemencia. Veamos, Camila ¿qué puedo hacer por vos?.... Pero ante todo, reponeos, hermosa criatura, abandonad esa hechicera turbacion que me embaraza y confunde. ¿Sabeis que es cosa de enamorarse?. ..En realidad, yo no sé qué especie de turbacion me embarga á mi mismo. He visto muchas encantadoras en mi vida, pero debo confesar altamente que ninguna me ha ocasionado una impresion semejante...No, ninguna! ni aun esa pobre Paula, tan orgullosa tan insolente al lado de sus rivales solo porque me he dignado tener con ella algunas condescendencias. Belleza marchitada, brillo de un dia, ridículo orgullo, sospechosa lozania, impertinencia pesada....Buen dia, señorita Paula! pasadlo bien!....Es mucho colorete y almidon para mi amigo de la sencilla y bella naturaleza como yo. Oh! prefiero mil veces á aquellas coquetas ajadas, estas gracias candorosas, esta emocion virginal....

Yo hice un movimiento para retirarme.

—¿Y á donde vais, señorita? dijo Rosas tocándome en la espalda con su mimbre.

—Para mi casa, señor! contesté yo vuelta ya á mi presencia de espíritu.

Para mi casa, repuse insistiendo, porque este paseo me pertenece, quiero decir, pertenece al público, y creo que Rosas es bastante liberal, bastante popular, bastante amigo de la sencilla y bella naturaleza para impedir á una mujer que desea estar sola de venir libremente aquí á pasearse y meditar.

El dictador, afectando solicitud, se aproximó entónces y me dijo:

—No, señorita, no ciertamente; porque en realidad yo soy vuestra conquista, y la prueba es que mi brazo os pertenece.

Rechacé dignamente y sin mal humor la mano que trató de pasar por bajo de mi brazo izquierdo.

—Sí, Camila, vuestra conquista; ó si preferis, sois vos la mia. ¿Y por que no seriais mi prisionera?

Al pronunciar estas palabras, Rosas apoyó fuertemente su mano sobre mí, como si un secreto resorte de cólera le hubiese impreso aquel movimiento.

En seguida reponiéndose:

—Prisionera voluntaria, quiero decir! Prisionera muy voluntaria! añadió estrechándome como en un rapto, miéntras que una leve sonrisa contraia su semblante de hiena.

Aterrorizada, yo le seguí sin pronunciar una palabra.

Rosas púsose entónces á tararear una cancion, derribando de tiempo en tiempo con su varita las hojas pendientes de los árboles, cubriéndome de galanterias cruelmente irónicas y arrastrándome del brazo, antes que conduciéndome, hácia el interior del edificio. Así llegué hasta sus puertas, más muerta que viva.

Habíamos pasado por delante de varios grupos; algunos de los cuales me miraban con una curiosidad insolente, y los otros con una humillante compasion. El dictador, orgulloso de conducirme del brazo, parecia hacer alarde de mi virtud. Un sentimiento de confusion inusitado me llenaba á esta idea el corazon. ¡Hallarme en Palermo, sepulcro del pudor de las mugeres, hallarme del brazo de aquel hombre, vergüenza de nuestro sexo y deshonor del suyo.... qué humillacion!

Nos hallábamos delante de la puerta de sus aposentos.

—Señorita... dijo obsequiosamente, cediéndome el paso con un estremo de política nada comun en él.

Yo permanecí inmóvil.

Rosas esperó tranquilamente.

Sus familiares y edecanes nos rodeaban con el sombrero en la mano.

—Que me pasen un informe sobre la sentencia de Lorenzo Diaz! dijo el dictador á un oficial de servicio en tono brusco; y agregó:

—El asunto de los conspiradores de la calle del Parque, se ha despachado ya?

Me estremecí.

—Si, señor; contestó el oficial.

—Bien! repuso Rosas con irónica dureza. Estos escribientes son de una indolencia inconcebible. Gastar seis largas horas para estender un proceso! Entiendo que la administracion de justicia debe marchar con mayor rapidez. Vos me respondeis, señor edecan.... ¿habeis comprendido?....

El edecan se inclinó.

EL CONGRESO

VOLVIÉNDOSE entónces hácia mì, y tomando un aire de mansedumbre que contrastaba con la sombría brusquedad de las órdenes que acababa de dar, Rosas ofrecióme de nuevo su mano.

—Señorita! me dijo cargando la voz.

Yo lancé una mirada al dictador: bajo sus pestañas semi-cerradas lo mismo

que las de un tigre, su mirada era terrible. Yo estaba como fascinada.

—Señorita!.... repuso él por la tercera vez designando con un gesto el umbral de la puerta, con más dulzura en la la voz y más siniestra impresion en la mirada.

Impelida por la invisible mano del terror entré finalmente. Rosas tomóme de nuevo el brazo y me dijo al cruzar un aposento:

—Habeis hecho mal: el coquetismo del pudor tiene su mérito, pero es necesario no abusar de nada en esta vida. No importa! á despecho de vuestro rigor quiero aun ser bondadoso para con vos! Hasta de aquí un momento, hermosa jóven!

Al decir esto retiróse, cerró la puerta sobre mì y me dejó sola en un aposento cuyos detalles no pude por lo pronto examinar. La semi-oscuridad que allí reinaba, unida á mi propio terror, me hacia ver todas las cosas como á través de un velo. Poco á poco fuí distinguiendo los objetos: un sofá, algunos sillones, una mesa, y en el fondo vastas colgaduras color rojo y violeta entrelazadas.

Un libro colocado sobre la mesa parecia haber sido puesto allí para invitarme á la distraccion de la lectura. Me senté y lo recorrí; desde las primeras líneas pude advertir la viperina obscenidad que infectaba sus páginas. En el primer ímpetu estuve tentada de arrojarlo al suelo, pero un sentimiento de orgullo me contuvo. Hallábame en muy elevadas regiones de fuerza moral y altaneria para hacer á esos míseros rezagos de la depravacion el honor de temerlos. Lo leí, pues, con desprecio, con serenidad é indiferencia lo mismo que hubiera leido cualquier otro libro. Aquellas pobres borracheras de la inteligencia escitaban en mi, más compasion que escándalo.

En medio de mi lectura dos golpes discretamente dados en la puerta me anunciaron una visita. En la apariencia me hacian el honor de considerarme como en mi casa.

La puerta se abrió. Yo esperaba ver aparecer á Rosas, mas cuál fué mi sorpresa al reconocer á Eusebio, pero á Eusebio transformado! El bufon estaba en realidad pintoresco: sobre su cabello empolvado, rizado y ensortijado, descansaba graciosamente el elástico de un general algo inclinado hácia la izquierda; su semblante cargado de colorete y afeitado recientemente relucia como un rostro de querubin. Estaba fresco, sonrosado, risueño y seductor: parecia tener diez años menos.

Una especie de casaca militar con gruesas charreteras y cintas rojas dejaba á descubierto su pecho velloso como el de un lobo marino. Una guitarra que traia en la mano completaba aquel conjunto erótico y divertido.

Eusebio entró, cerró la puerta, y saludó profundamente por tres veces, con su elástico debajo del brazo y la guitarra en la mano. Parecia un maestro de baile que viniese á dar su leccion.

De pié y sin decir una palabra, el cojo arqueó no sín trabajo su pierna derecha contra la izquierda, y vibró las cuerdas de la guitarra, miéntras su voz daba luz á una cancion amorosa, oriental y seductiva. Terminada esta, empezó á bailar, en estilo de los osos.

Ese silfo, esa bayadera del sexo velludo enviada como descubierta en la campaña de seduccion que iniciaba Rosas contra mí, hubiera escitado mi curiosidad y tentado mi gusto observador en cualquier otro momento. En la situacion moral en que me hallaba, yo no presté á las muecas del pobre cojo mas que una atencion de fastidio, bastante humillante para sus artísticos esfuerzos. Debo confesar que el bufon ejecutó concienzudamente hasta el fin el programa que se le habia dado. Fi-

nalmente, despues de mil saltos, de walses y revoloteos de piernas acompañados por la guitarra y las canciones que entonaba, Eusebió abandonó el aposento con el mismo ceremonial con que habia entrado en él, renovando su triplice, saludo lo mismo que en un actor que deja el escenario despues de la ejecucion de su papel.

Una vez terminada esta escena de introduccion, el actor principal salió á las tablas. Dejóse oir un ruido del lado opuesto á la puerta por donde acababa de salir Eusebio, y Rosas, separando las colgaduras del fondo, apareció.

Yo permanecì sentada en el mismo sitio, y mi semblante no debió espresar la mas leve turbacion, porque mi corazon no esperimentó la menor emocion.

El dictador se sentó del otro lado de la mesa, y me miró algunos instantes como para observar el efecto que habia podido producir la visita del bufon.

—¡Os ha divertido Eusebio, señorita! me dijo al fin. Seria muy dichoso si mi bella odalisca hubiese hallado en ese corto pasatiempo distraccion á su fastidio. Porque Eusebio es un artista, señorita, un talento de primer órden: màs aun: un gran seductor. Es un temible rival este mi primer ministro! ¿Sabeis que estoy celoso?

Viendo que yo guardaba obstinada mente silencio, Rosas continuó:

—Bien! ese apóstol de Citeres, ese voluptuoso bailarin, ese hechicero de serrallo os ha hallado indiferente; mi hermosa sultana ha resistido á los atractivos de mi Eusebio. Yo no esperaba menos de su virtud... !Perfectamente, hermosa mia!... ¿Y yo, y yo? repuso con un tono y una sonrisa en estremo cariñosos.

Yo permanecí inmóvil y con la mirada siempre fija y serena.

—¿Y yo?... Ah! es para mí solo que habeis reserva lo vuestras gracias; pero estad segura que no teneis que ver con un ingrato.

—Mirad, Camila, añadió Rosas tocándose el corazon con la mano derecha y hablando con un énfasis teatral. Guardaba aquí un secreto, pero se escapa mal mi grado... Sí, yo os amo, os adoro!... Oh! no temais... con un amor nada vulgar, con un amor digno de vos y de mí.

En seguida, abriendo enfática mente los brazos como quien dice una gran cosa, sacudiendo la cabeza y dilatando la mirada esclamó en tono confidencial:

—En fin si es necesario deciroslo, yo me uniré á vos en matrimonio!.....

El mismo silencio, la misma inmovilidad por mi parte.

—Ah! ya lo veo, continuó afectando un aire de reflecciou; pensais en Paula .... Es justo; Paula es ya mi muger, sin contar la otra..... Esto seria por lo menos un caso de bigamia. Y bien! consultaremos la Iglesia.

Y llamó. Un oficial apareció.

—Que el sínodo de doctores se reuna al instante en la cámara amarilla!

Y dirigièndose á mi al mismo tiempo que se levantaba:

—Vais á oir famosos teólogos, díjome Rosas. Nuestro santo padre el Papa no tiene á su alrededor otros mas sábios ni más concienzudos.

En seguida el dictador desapareció por el fondo.

Algunos minutos despues, dos golpecitos dados en la puerta me anunciaba la segunda visita de Eusebio.

Consecuente con el anterior ceremonial, el bufon aproximóse á mí y me ofreció respetuosamente la mano. Viendo que yo no me movia dijóme entre dientes sin mover los lábios ni los ojos:

—Nos miran: dejaos conducir y no temais nada.

Entónces me levanté y me dejé llevar de la mano.

Atravesamos el fondo. Al cabo de un

corredor abrióse una puerta, y Eusebio me designó un taburete colocado en una antesala donde la endija de una cortina me dejaba ver un aposento espacioso que me quedaba en frente. Me senté, y á través de aquella endija pude presenciar, sin ser vista, la escena que voy á tratar de describir.

Veíase en un estrado un tribunal en semi círculo; Rosas le presidia en medio de tres edecanes. El asiento de la izquierda que estaba vacio, fué bien pronto ocupado por Eusebio, que despues de haberme conducido entró á donde estaba el tribunal, por otra puerta.

Este espectáculo sacrílego que representaba un consilio compuesto de tres soldados y un bufon, no era por cierto nuevo en la historia de las parodias de Rosas. Yo esperé, vi y escuché.

El dictador, tomando la palabra, dijo entónces con un tono de voz grotescamente solemne:

—Padres del sacro consilio: no hace mucho que os hice reunir á fin de obtener vuestra opinion sobre mi proyecto de union con la señorita Paula; hoy vengo á apelar de nuevo á vuestras luces con un proyecto semejante. Una jóven, pimpollo de belleza, de lozania é inocencia, es ya dueña de mi corazon. Lejos de mí el pensamiento de obtener con otro titulo que el de esposa á esta jóven que aprecio altamente, tanto por sus raras y distinguidas cualidades, como por su belleza incomparable. Y es por esto, padres del sacro consilio, que vosotros me ayudareis en mi piadosa intencion de matrimonio, si, como creo, la ciencia del derecho canónico y la santa interpretacion de la doctrina ortodoxa os suministra los medios de desvanecer mis escrúpulos en la posicion especial en que me hallo.

Al decir estas palabras, Rosas volvióse hácia su vecino:

—A vos primeramente la palabra, señor teólogo!

Este se levantó; yo presté atencion y oí distintamente sus palabras conforme habia oido las de Rosas.

—Señor: nos haceis el honor de preguntarnos si en vuestra especial posicion de gefe supremo de un gran pueblo os es lícito contraer un nuevo matrimonio. Proponer la cuestion es resolverla. No es la primera vez que la religion acuerda dispensas de este género: la historia sagrada, como la historia profana, da ejemplos de ello. Sin transportarnos al tiempo de los patriarcas, los anales de las más célebres monarquias y de los más piadosos soberanos están haciendo autoridad. — Podeis, pues, señor, obrar con plena libertad de conciencia. Semejante acto de vuestra parte atestiguará una vez más la grandeza de vuestros sentimientos: los hombres religiosos se alegrarán, y los impios sellarán el lábio. El derecho canónico está con vos. Por encima de este derecho, campea una consideracion política y ella os aconseja sin réplica esas nupcias. —Restaurador de las leyes, Moisés del pueblo argentino, esperanza del suelo americano: vos no teneis heredero varon. Esto es una fatalidad, una amenaza que pesa sobre nuestra cabeza. Dios os reserva aun largos dias de existencia, pero esta perspectiva no impide de preveer el porvenir. La anarquia solo espera vuestra muerte para asolar este hermoso pais: importa, pues, que vuestra obra no salga de vuestra casa y de vuestra sangre. A semejanza de la providencia, á semejanza de Dios, cuya imágen está en union con la vuestra sobre los santos altares, os corresponde conservar despues de haber creado, perpetuar despues de haber fundado. En una palabra, señor: debeis ser gefe de dinastia. No quererlo seria un crímen.— He dicho!

—El doctor en derecho constitucional tiene la palabra, dijo Rosas.

Levantóse el segundo orador:

—Despues del elocuente discurso que acabais de oir, no añadiré mas que dos palabras. Yo opino que este matrimonio debe no solo tener lugar, sino tener lugar sin dilacion. Todo lo que hace el Escelentísimo Gobernador es breve, ràpido, concebido con la profundidad del pensamiento y ejecutado con la rapidez del relámpago. Importa que en la presente circunstancia deje á cubierto de esta loable costumbre la de espedirse en todo prontamente; costumbre que está de conformidad con su genio y que ha producido siempre tanto bien, ya para garantir á los buenos como para aterrorizar á los malvados. La cuestion debe ser, pues, resuelta militarmente. —Hé dicho!

—A vos ahora, doctor en derecho misto, dijo Rosas á Eusebio.

El bufon levantóse lentamente, reflecionó durante algunos minutos lo mismo que un predicador antes de empezar un sermon, y accionando con el brazo de arriba para abajo como el asta de un molino, se espresó de esta manera:

—La cuestion es grave, señores; para ser dignamente resuelta, ella requiere el auxilio de luces que yo no poseo, que ninguno de nosotros posée. El Escelentísimo Gobernador debe aconsejarse con su propia razon, con su patriotismo y sus gloriosos antecedentes, mucho más que con nuestra humilde opinion. Sin embargo, ya que me es lícito aventurar la mia sobre un punto tan delicado, yo diré que en principio apruebo el casamiento, pero en la aplicacion no! Me esplicaré.—Por un privilegio especial de mis atribuciones conozco á la novia. ¿Qué es lo que necesita el Escelentísimo Gobernador?—Una muger que le dé un robusto heredero, de sangre generosa, de fuerte conpleccion muscular. Ahora bien, yo debo declarar que la novia, aunque bella demasiado, llenaria mediocremente este objeto. Débil y delicada, ella desempeñaria mal las funciones de madre. La paloma seria indigna del águila; el cordero no respondería ciertamente á los abrazos del leon. Finalmente yo creo que el Escelentísimo Gobernador puede y debe hallar cosas más dignas que sus augustos amores, perdonen mi franqueza.—He dicho!

Una mirada significativa que lanzó el bufon hácia donde yo estaba, me confirmó lo que ya habia comprendido: que el generoso deseo de apartarme de las garras de Rosas le habia dictado todos los términos poco lisonjeros de su arenga. Agradeci con el fondo del corazon al buen Eusebio por su caritativa intencion.

—Bien! dijo Rosas. Dos voces en pró y dos en contra, pues la de mi doctor en derecho misto vale por dos segun es de costumbre. Fáltanos una tercera opinion para desempatar la votacion. He tenido el cuidado de prevenir á un jóven eclesiástico que Manuelita favorece con su confianza y que merece á este título la mia; es el cura de nuestra señora del Socorro, el doctor Gutierrez.

—El Dr. Gutierrez! esclamé yo estupefacta. Gutierrez mezclado en esa farsa escandalosa!....

—El sacerdote debe haber llegado ya: Que lo introduzcan.

Poco despues entró Uladislao. Me aproximé cuanto pude, con la mirada y el oido fijos en direccion al aposento donde pasaba aquella escena; sentíame picada de una curiosidad estraña y dolorosa.

Mi amado tenia la misma continencia, el mismo encanto de fisonomia que lo habia hecho tan simpático á mis ojos Modesto pero firme, vestido de negro, con la cabeza descubierta y el cabello ensortijado, presentóse gravemente ante esta parodia de tribunal de la cual su intervencion le hacia cómplice á mi vista.

Y esperimenté una angustia, un sufrimiento indefinible.

El dictador, haciéndole signo de que se sentara, le dijo con voz breve y semi-impertinente:

—Señor cura, vos que sois un sábio, decidme en buena teologia vuestro modo de pensar respecto á la bigamia. No tengo precisamente miras de volverme á casar; pero suponiendo que me ocurriese esta fantasia, haria bien ó mal en seguirla?.... Un consejo canónico, si os place.

Gutierrez se levantó, y con voz solemne, acentuando cada una de sus palabras, contestó:

—Un rey de Inglaterra—Enrique VIII—concibió una pasion culpable por una jóven de elevada belleza y de mas alta virtud todavia, llamada Juana Gray. Sedújola por medio de amenazas, y en seguida, estando ya fastidiado de ella, la hizo morir. Una segunda esposa sucedió á la sacrificada, y él la hizo morir del mismo modo. Tuvo así cuatro esposas que fueron sucesivamente cuatro víctimas. La historia dice que durante sus noches de insomnio, cada uno de estos fantasmas visitaba por turno á su corruptor y verdugo. Enrique VIII conoció el poder, mas no la felicidad... Señor: pensad en Enrique VIII! He dicho!

GUERRA Y TRIUNFO

UNA esclamacion involuntaria partió de mi pecho:

—Uladislao! noble Uladislao cuán grande eres tú! y él cuán bajo y vil! oh ven, ven á mis brazos! porque tú serás mi esposo; el esposo querido y animoso que me protejerá, que me librará del hombre odioso que aborrezco y desprecio, del sér ridículo y repugnante cuya mirada, cuyas palabras, cuyo conjunto....

En ese momento un ruido sordo, semejante al rechinamiento de los dientes, cortó el hilo de mi vehemente monólogo. Miré hácia atrás, y....¡cuál fué mi espanto!....Ví á un hombre lívido y silencioso, con la cabeza descubierta, clavada la mirada y los brazos cruzados. ¡Era Rosas!

El desprecio rechazaba al miedo; tomé atrevidamente la palabra:

—¿Qué pretendeis, señor?

Sin responderme, Rosas continuó mirándome de una manera singular; en seguida, sentóse delante de una mesa, tomó una pluma, escribió sobre un pedazo de papel, y al cabo de algunos minutos me presentó el siguiente billete:

«Enemigo por gusto y por razon higiénica de toda emocion estéril, me abstengo de entrar con vos en esplicaciones. Camila O'Gorman me agrada: sed mia. Responded, pero sin frases.»

Yo medí al dictador de piés á cabeza con una altiva mirada, hice trozos el papel y arrojé los pedazos á sus plantas.

De un salto Juan Manuel estuvo á mi lado; me asió de la mano....pero inmediatamente retrocedió al ver el gesto de terror que yo acababa de hacer.

Como un náufrago en el momento supremo del peligro, crucé ambas manos y elevé al cielo una íntima plegaria.

Era singular mi situacion de espíritu en aquel instante. Con gran sorpresa, mi pavura desvanecióse instantáneamente, y me sentí llena de ánimo interior. Dios, à quien en mi fervorosa súplica invocaba, me envió sin duda á mi ángel bueno, pues parecióme sentir un brazo amigo, una mano que me sostenia; mano fraternal, tan leve y bienhechora como odiosa y pesada habia sido la de Rosas. Confiada, sostenida por una fuerza sobrenatural, yo permanecí

de pié, esperando serena y firme al enemigo y provocando de antemano los riesgos misteriosos que me iban á rodear.

Rosas, sin moverse de su puesto, continuó:

—¿Quereis ser mia....sí ó nó?....

Yo respondí con vehemencia:

—¡No!

El dictador paseóse silenciosamente un largo rato. Por ùltimo se sentó delante de mì, cruzó una pierna sobre la otra y me dijo sonriendo:

—Sois impetuosa, obstinada y altiva. Me gustan estas cualidades; están además bastante en relacion con las mias para que puedan disgustarme. Pero es preciso temperarlas con la reflección. Dad crédito á mì esperiencia: las ocasiones de felicidad son muy raras para que valga la pena de cojerlas cuando ellas se presentan. Por mas fanatismo de virtud que se tenga, hay tambien límites para la virtud. Hesitar cuando es tan fácil ser feliz, es una estravagancia, una falta absoluta de sentido... precisemos la palabra: una simpleza.

Hay personas que se obstinan en decir:—¡suframos!—cuando todo les dice: —¡gocemos!—¡Qué pobre exageracion! ... Adivino vuestro pensamiento. Vos os decís:—«Yo bien quisiera disfrutar de este festin del amor y del poder; esa embriaguez ardiente y grata no me disgustaria ciertamente. ¿Pero qué diria la sociedad cuando supiese que me habia entregado á Rosas?.... Habría bebido en la copa del poder, copa reservada y á la cual tan pocos privilegiados aproximan sus lábios; pero dejaria de ser considerada. Yo quisiera conocer los misterios del placer y los goces de la ambicion, pero no á costa de mi reputacion.» Oh! por mas que protesteis con vuestros gestos, señorita, tal es vuestro temor y tal vuestro íntimo deseo. Todas las mujeres son las mismas, bien las conozco. Sábese si yo soy esperto en leer en los corazones. Puedo ser violento, inícuo, cruel tambien si se quiere; pero imbécil, no ciertamente! Los badulaques se contienen ante las apariencias: yo tengo la costumbre de ir luego al fondo. El pudor se pinta en vuestro semblante.... es una precaucion que estoy muy léjos de vituperar, porque es preciso conformarse con las leyes sociales cuando se vive en medio de esta majada de imbéciles ó pícaros llamada el género humano. Embaucador ó embaucado no admiten término medio, y vos habeis hecho bien en escojer el primero de estos estremos. Bajo esa máscara de pudor, vuestra circunspeccion femenina me interpela y pregunta cómo no sereis deshonrada ante el público. A esta tácita interpelacion hé aquí mi respuesta, señorita: Prometeros el secreto mas absoluto no es bastante; me comprometo á algo más: publicaré, si es que os gusta el espediente, que me habeis resistido.... ¡Mirad si os amo!....Habré sacrificado mi vanidad de amante y mi orgullo de dictador, pero ¿qué importa?........ me quedará la felicidad. Se dirá que me habeis desdeñado, despreciado, rechazado como á un tímido colegial....... ¿qué me importa todavia?.... cargaré con todas las humillaciones que recaen sobre un infortunado amante. El secreto, el divino secreto de vuestras sonrisas, la embriagadora intimidad de vuestras ardientes caricias resarcirán con usura todas esas mortificaciones del amor propio.

Hay algo mejor, hermosa mia: el misterio, realzando el interés de nuestras entrevistas, les dará ámplio motivo de franca hilaridad. Felices ambos, ámbos superiores á todo ese enjambre de estólidos y locos que ni maliciarán nuestra ventura, ¡con cuánta satisfaccion nos burlaremos de ellos!... ¡con qué delicias no beberemos en la copa ignorada el olvido de los envidio-

sos y el desprecio de los tontos! Y tambien, mi radiosa soberana, con cuanto orgullo sabré de vos los arcanos del arte de gobernar á esa estúpida muchedumbre! con cuanto orgullo vendré á ser sábio por vuestra ciencia !....... Vuestras inspiraciones me iluminarán, vuestras ideas serán las mias. Para los dos el imperio, vasta y preciosa inteligencia de reina!.... Para los dos el amor, dulce y encantadora influencia de mujer!.... Camila, Camila!....eres mia! Oh! gracias!.... gracias!...

Juan Manuel habia puesto en tierra una rodilla. Con el rostro inflamado, la mirada lujuriosa y jadeante la boca, dirijió hácia mi sus temblorosas manos. Yo permanecí en mi taciturnidad sistemática y creí no deber contestar á sus palabras, ni retroceder ante la actitud que habia asumido, esperando para dar indicio de vida el principio de las vias de hecho porque él no se habia atrevido aùn á tocarme.

Estaba resuelta á todo: parecíame que no tenia más que levantar el brazo para anonadar á aquel miserable á la menor tentativa de violencia, y que esa abyecta y repugnante culebra hubiese sido ménos rápida en levantarse contra mí, que mi pié en aplastarle la cabeza.

Contra todo lo que esperaba, Rosas se contentó con aquella pantomima apasionada; su gesto de increible impetuosidad erótica, se contuvo ante la barrera del contacto. Las llamaradas de la lujuria hacian de él una especie de loco desatado: estaba verdaderamente asqueroso de verse.

Permaneció algun tiempo en la actitud suplicante que habia asumido. En seguida, fatigado de aquella incómoda postura, se levantó de si mismo y arrancando del pecho un profundo suspiro:

—¡Cómo somos desgraciados cuando no somos comprendidos, deseados, ni amados por nadie en el mundo!.. Si, por nadie!... ni aun por mi hija que huye de mi lado desde hace algun tiempo á esta parte!... Con ella al ménos yo disfrutaba los goces de la paternidad!... pero ha dejado de ser para mi la hija tierna y cariñosa de otro tiempo!.... Ella ama sin duda á algun gallardo mancebo, y no le basta ya mi ternura ¡Y quien sabe si aquel pretendido confesor....

Hasta entonces Rosas no habia logrado más con sus palabras voluptuosas que inspirarme un perfecto fastidio. Derrepente me sentí agitada: el infame habia buscado y hallado la fibra sensible. Manuela, Manuela, al lado de Gutierrez, surgió repentinamente en mi memoria como un espectro aterrador, lívido, amenazante!

Perdí la cabeza. Por la primera vez conocí los celos, en su más punzante y fantástica absurdidad.

Pronto, en aquella crísis interna de celosa demencia, tuve un momento de lucidez. Vuelta á mi sangre fria con el ausilio de la refleccion, fui herida bruscamente por la miraca con que Rosas me espiaba; mirada que estaba en completo desacuerdo con la tristeza de su facticio desespero. Creyendo no ser visto el cómico habia abandonado un instante su papel; sorprendido por mí, no tuvo tiempo de volverlo á tomar y se llenó de confusion con la sonrisa abrumadora que le dirijí en aquel momento.

Levantóse entónces bruscamente, y cambiando de tono y actitud exclamó con una voz que retumbó en los aposentos:

—No! esto es ya demasiado!... Yo quiero ser amada de álguien por mi turno! Creo que soy digno de que se me ame, no por interés ó amenazas, sinó espontáneamente, como todo mortal puede pretenderlo, hasta el más pobre y oscuro. No quiero vivir solo á no ser amado. ¿Y por qué no ha de ser así?... ¿Soy por ventura algun perro, yo!

Estas últimas palabras fueron dichas con tal esplosion de voz, que me hicieron caer aterrorizada sobre una silla.

El, con el cabello en desórden y la mirada en desvario, parecía víctima de un acceso de enagenacion mental. Un terror superticioso me embargó y heló la sangre: sentí los escalofrios de la fiebre.

La soledad en compaña de aquel hombre que creí en demencia, se me hizo insoportable. Me lancé hácia la campanilla y llamé casi maquinalmente.

—Un sirviente apareció.

¿Quién os ha llamado? dijo Rosas tranquilamente y con el aire de una persona que está en pleno uso de su razon.

Y como el sirviente permanecia en silencio y temblando:

—Bien, continuó el tirano. No se entra aquì sin órden mia. Que se fusile al infractor por violacion de consigna y que se ponga la sentencia á la órden del dia para que sirva de ejemplo.

Yo me arrojé hácia el dictador:

—No ha sido él, esclamé; soy yo, yo sola la culpable! porque yo he llamado ....vos lo habeis visto, señor....yo he llamado! Es un error, ¿no es cierto?

Sin responder á mis palabras, Rosas hizo un ademan imperioso con la mano ordenando á los dos hombres que salieran.

El edecan y el infortunado servidor desaparecieron.

Yo repuse:

—Pero es un error, señor! yo os aseguro que ese hombre no es culpable; porque vos lo habeis visto perfectamente, fuí yo, fuí yo que llamé.

Entónces Rosas mirándome fijamente me dijo:

—¿Quereis salvar á ese hombre?

A estas palabras toda mi sangre refluyó hácia mi corazon: una lucha terrible entre el pudor y la caridad se estableció en mi interior, porque comprendí á qué precio solo podria salvar á aquel desgraciado. Poco á poco sin embargo la serenidad tomó posesion de mi alma. Sumergida en éxtasis esperimenté una especie de desligamiento de los vínculos terrenos; una celeste inspiracion me inflamó con sus puros resplandores.

—¿Qué importa mi cuerpo, me dije á mi misma,si con su sacrificio puedo rescatar la vida de un hermano?....

—¿Quereis salvar á ese hombre? repitió el tirano. Mirad que el tiempo urje....

—Sí, quiero, contesté.

Y al decir estas palabras, conseguí con la ayuda del cielo sonreir á Rosas. El dictador se sonrió por su turno, pero con una risa que me hizo mal.

—Esto es!.... uno se apiada, uno se conmueve, uno me ama por amor á otro!.... ¡Gracias, hermosa criatura, y gracias á ese pobre diablo por haber venido tan à propósito para mi dicha! .... Sin él, yo hubiera sido odiado, detestado, aborrecido por vos; llega, y hé aquí que os dignais por compasion hácia él sonreirme con el estremo de los lábios.

—Así pues, continuó Rosas cambiando de voz y con acento terrible; se tiene compasion para todos; se llora, se ama, se quisiera salvar á todos, solo para mi no hay compasion! .... Y bien! yo seré implacable por mi turno!

En seguida añadió por manera de retractacion:

—No, sin embargo: y puesto que al fin habeis querido....

En aquel momento se oyó la esplosion de una descarga de fusiles.

Entónces me dijo con la mayor flema:

—Ah!.... ya es demasiado tarde!

Yo me llenè de indignacion y esclame:

—¡Bárbaro!

Rosas se puso á reir.

—¡Asesino!

Sus carcajadas redoblaron.

—¡Que la maldicion del cielo os abru-

me, añadí dominando su hilaridad; y que la sangre de ese inocente recaiga sobre vuestra cabeza!

—Rosas no tiene maldicion que temer, ni bendicion que pedir! respondió el tirano haciendo crujir sus dientes. Camila O'Gorman no saldrá de aquí sin que su honor haya lavado el ultraje que acaba de inferirme! Yo lo quiero, y todo lo que yo quiero yo mismo lo ejecuto.

—Y yo os digo que Camila O'Gorman saldrá de aquí tan pura como ha entrado! Yo lo quiero, y lo que ahora yo quiero, Dios lo sabrá ejecutar.

—Oh! esto es demasiado!.....

Rosas dió dos palmadas.

Eusebió apareció.

—Esta jóven me pertenece, dijo el dictador; yo te la entrego,tómala para tí!

Y con un gesto brutal me arrojó en sus brazos.

El bufon me condujo á un aposento contiguo, sombrio y apenas alumbrado por una pálida luz.

—No tengais miedo, me dijo al oido; ¿no os he dicho que os salvaré? Ya viene, todo está listo, ya viene.....

—Quien? Quien?

—Uladislao!..... Uladislao!!

—Silencio!

Simulando la exaltacion del amor, Eusebio se habia echado á mis piés llamándome su adoradora, su ángel, su corazon, con una pantomima de pasion perfectamente ejecutada.

—¡Miserable! murmuró una voz trémula al mismo tiempo que una mano convulsiva separaba al bufon cuyos brazos enlazaban mi cintura y cuyos lábios defloraban los mios.

Era la mano y la voz de Rosas.

Eusebio salió del aposento; quedé sola con el dictador; este dobló un pañuelo..... Una mordaza embargó mi voz, en medio de esfuerzos y convulsiones terribles. Deshecha, estenuada, me sentia próxima á sucumbir, cuando, abriéndose la puerta, entró Gutierrez acompañado de Manuelita.

Mostróse á mis ojos, como al través de un relámpago, la cabeza de Rosas, cuya espresion metálicamente calma y tranquila quedará eternamente fija en mi imaginacion.

—¿Dónde está Eusebio? dijo con tono plácido. Una señorita presa de un ataque nervioso.... hola, doctor del bello sexo, facultativo de nuestras hermosas! Pronto por acá!

Y dirigiéndose al grupo inmóvil de su hija y del sacerdote, Juan Manuel prosiguió:

—Parece que ya está hecha la confesion, y viene el reverendo padre á devolverme su preciosa penitente. Muy bien! vamos, hija! y vosotros no descuideis á esta niña.....

Flotaron esas palabras en la confusa obscuridad de mi mente. Despues, perdí el sentido.

CONSECUENCIA

QUE misterioso sueño de la inteligencia y de los sentidos es ese que producen algunas enfermedades? ¿Cómo esplicar ese estado de nuestro frágil organismo privado de movimiento regular y funcionando á merced de leyes raras, fantásticas, misteriosas?....

Es un secreto del cielo.

Yo he esperimentado los efectos de esa enfermiza situacion que no es la vida, la muerte, la nada, ni la existencia; especie de viaje del espíritu á la frontera indeterminada de ambos mundos participando un poco de cada uno de ellos: del mundo de la realidad por las sensaciones, del mundo de las quimeras por el sueño.

—¿Viví mil años, diez años, seis meses de este modo, ó solamente un dia?

Es lo que yo no sabré precisar. La percepcion clara del tiempo no existia para mí, y en cuanto al espacio yo le veia, lo mismo que la duracion, sin divisiones, sin límites. Cada elemento me recibia por su turno: como el ave, yo cruzaba los aires; como el pez, zambullia en el cristal sereno y límpido de las aguas; como las sombras fantásticas de los bosques, me deslizaba entre las selvas, rozando los precipicios con el ala mojándola en los torrentes en compañía de las sílfides, descendiendo como una débil barquilla la rápida catarata que me arrastraba de paso.

Dejábame caer blandamente de la region de las estrellas sobre las ondas transparentes. Encima de ella bajaba al fondo de la mar; allí, en medio de praderas sub-marinas, encontraba caprichosos edificios de estalácticos, cunas de concha, grutas de nácar y mil palacios de cristal á través de los cuales saltaba alegre y juguetona la tribu multicolor de los pescados.—En seguida, cabalgando en un complaciente anfibio, remontaba al imperio de la tierra y de los aires. Una vez allí, volvia á subir con la ligereza de un globo aereostático á las regiones del cielo, donde sobre todo se esplayaba en el acto mi fantasia.

Sumerjíame con delicia en este baño baño de azul cuya frescura me encantaba, al mismo tiempo que las balsámicas emanaciones de la brisa transportaban de amor mis sentidos.

En vano intentara describir con cuánta voluptuosidad me abandonaba de este modo á la gentil embriagadora poesia de mi planeta imaginario; todos mis pensamientos se fijaban en una sola idea: la libertad; todas mis sensaciones se reducian á una sola: el bien estar.

Yo vagaba de maravilla en maravila y de fruicion en fruicion. Cruzaba con ávida curiosidad espacios de inconmensurable longitud, devorando las distancias, cerniéndome en el centro de mis horizontes renovados sin cesar, lo mismo que un conquistador al tomar posesion de sus dominios.

Uno de estos viages aéreos fué sobre todo aturdidor para mi de distancia y duracion. Esa vez cabalgaba sobre un hiprógrifo, mónstruo dócil y hermoso. Cruzaba sin detenerme millares de llanuras, sucediendo á millares de aéreas montañas; los mundos desaparecian á mi vista entre un turbion vertiginoso. Con las alas desplegadas, mi hipógrifo resollaba con avidez arrojando chispas y llamaradas. Yo estaba ébria, aturdida, jadeante, violentamente arrastrada, rodando hácia un abismo en medio de algazara, deslumbramiento y tumulto; embargóse mi respiracion: lancé un grito, y este grito anudado en mi garganta, hubo de ahogarme; acababa de caer verticalmente en medio de un jardin, sobre un lecho de flores, rodeada de los encantos de un plácido paisage.

Cayendo del mundo ideal al dominio de la realidad, esperimenté un fuerte sacudimiento nervioso, y desperté.

—¡Se ha salvado! esclamó una voz junto á mi cama.

—¿Y él, y él, dónde está? dónde está Uladislao? dije al recobrar la memoria despues de mi larga pesadilla.

—Paciencia, paciencia, no tardareis en verle.

Estaba bañada en sudor; abrí los ojos y reconocí á Lázaro en el hombre que acababa de articular aquellas palabras, las primeras que escuché vuelta á la vida real. Grave y atento, mi amigo me tomaba el pulso á la sazon mirando á su reloj. Del otro lado estaba mi madre con el rostro aproximado al mio: ambos espiando con una curiosidad en que se traslucia un relámpago de júbilo las últimas convulsiones de mi fiebre que espiraba.

Me encontraba en una casa de campo:

la de la familia Torrecilla. Allí supe que mi padre, atribuyendo mi desaparicion, segun una carta anónima recibida por él, á mi fuga con el señor Gutierrez, se habia trasladado á Montevideo, punto presumido de nuestro viaje, miéntras que mi madre, secretamente avisada por el mismo Gutierrez, se habia apresurado á venir en casa de nuestros amigos.

Uladislao por sù parte, encargado por mi buena madre, ya de proporcionar esplicaciones á mis hermanas, ya de desengañar á mi señor padre, cuando este volviese de Montevideo, estaba todavia ocupado en arreglarlo todo, sin divulgar el terrible secreto de Palermo más que lo necesario en tan grave conflicto de turbacion y de terror para mi pobre familia.

El asilo en que me hallaba respiraba paz y soledad. Aquella choza aislada me ofrecia todas las comodidades que la hospitalidad de aquella buena gente habia podido realizar. Su delicadeza para conmigo era estremada; la señora Torrecilla sobre todo prodigóme durante mi crísis nerviosa los socorros y atenciones de una madre, antes que la mia. como lo tengo dicho, hubiese llegado á mi lado. Desde el lecho en que reposaba, yo veia delante de mi varias mazeteras de flores, algunos cuadros nacionales y religiosos, en medio de los cuales se destacaba la imágen de la Virgen y la del divino Salvador; al paso que un alegre canario, gorjeando dentro su jaula completaba este interior de alegria, de religion, de paz y de amistad.

Algunos dias de convalescencia se pasaron así, al cabo de los cuales habia recuperado completamente mi salud. Trabajando mi semblante, la enfermedad había impreso en él un timbre de gravedad y sufrimiento, y mis facciones, sin perder nada de sus armoniosas proporciones, se habian caracterizado.

Un dia en yo me ocupaba en leer la correspondencia de Uladislao esperando su llegada, Lázaro me dijo:

—Buena noticia! ya está aquí

Efectivamente, distinguí un jinete á la distancia que no tardó en aproximarse, arrojé un grito de júbilo: acababa de reconocer á mi salvador.

Apeóse del caballo y se echó en mis brazos; estabámos solos en aquel momento, habiéndome dejado Lázaro intencionalmente como lo comprendí muy bien. La emocion no nos permitió pronunciar una sola palabra, ni hacer el más leve movimiento. Todas las impresiones habíanse confundido en la de sentirnos en los brazos uno del otro.

Despues de este mudo y largo abrazo miróme el jóven Gutierrez de hito en hito y me dijo con espresion indefinible:

—¡Compañera de mi vida!

—¡Esposo mio! respondí yo en toda la exaltacion de mis caricias.

La voz de Dios habia hablado por el órgano de los sucesos que habian tenido lugar. La infamia de un mónstruo determinó nuestro destino.

—¡Rosas, Rosas!.... ¡maldito seas! esclamé yo al recuerdo de las odiosas tentativas del tirano.

—No: bendito sea; mas bien, interrumpió Uladislao; puesto que su maldad origina la felicidad de estrecharte entre mis brazos de amante, de marido, oh Virgen tres veces pura, tres veces amada!

Extática le abrí mi seno; arrojóse en él como el niño en el seno de su madre.....

Siendo de vuelta mi señor padre segun el informe del Sr. Gutierrez, tuvo que ir mi madre á conducir á aquel cerca de mis hermanas, tratando con ellas de vencer su resentimiento hácia los supuestos prófugos; pues nada queria entender mi pobre papá de las esplicaciones que se habia atrevido Gutierrez á comunicarle por via indirecta.

¡Ay de mí! En la conciencia paternal

era la verdad, y la mentira en la mia.

¡Qué palabra acabo de proferir, Dios mio! oh no! no miento un amor como el mio, como el suyo!

No teníamos un sacerdote que bendijera nuestro himeneo; el santuario en que tuvieron lugar nuestros esponsales fué la modesta choza de un amigo. El padre de Lázaro, anciano venerable que habia empezado su larga carrera de virtudes por las privaciones del soldado, bendijo nuestra union. Aquel mártir de la libertad, veterano cicatrizado de la guerra de la independencia, estendió sobre nosotros ambas manos, miéntras que Uladislao y yo, arrodillados delante de un crucifijo, respondíamos á sus palabras.

—¿Jurais socorrer y proteger hasta la muerte á vuestra esposa?

—¡Sí, juro!

—¿Jurais amar y consolar hasta la muerte á vuestro esposo?

—¡Sí, juro!

—Levantáos, pues, y que Dios que escucha vuestra promesa, os bendiga por mi voz.

Tales fueron nuestras núpcias.

Esa misma noche nos ligaron nuevos vínculos; cesamos de ser hermanos......

CONSULTACION

El sofisma de la pasion, tan capcioso é irresistible, no es el más peligroso sin embargo; el de la virtud es más temible todavía. Es probable que yo hubiera resistido á los arrebatos de mi corazon: al ménos mi educacion y la solidez de mis principios religiosos, me permiten creerlo así; pero no pude resistir á la ilusion del deber mal entendido, y caí en ella.

Yo no pretendo escusarme á mis propios ojos ni exajerar á los que podrán leer en los acontecimientos de mi vida, las impresiones de escándalo que puedan esperimentar. Dios que ve las intenciones me absolverá tal vez con la condicion de confesar humildemente mi falta, mi grandísima falta, á fin de evitar á las jóvenes que se halláran en una situacion análoga á la mia, de incurrir en otra semejante.

Sí, he faltado... lo reconozco humildemente. A cualquier estremo á que pueda reducirnos la maldad de los hombres ó las tentaciones del infierno, jamás nos es lícito transigir con las obligaciones de nuestro estado. No basta que la conciencia nada nos reproche: es preciso dar aun el buen ejemplo, puesto que vivimos en sociedad. ¿Y qué sociedad seria posible si cada uno pudiera crearse reglas de conducta segun su fantasía?

En el primer momento de exaltacion yo veia las cosas bajo diversos puntos de vista especiosos y falaces; pero hoy que la fria razon y la sana moral tienen únicamente dominio en mis ideas; hoy que injénua para conmigo, nada turba ya mi corazon, las veo de un modo muy distinto.

Rosas habia destilado sobre mi todo el veneno de su malicia; su maldad habia abierto á mis pasos los abismos de la corrupcion y del terror. La impudicidad y el ódio, personificados en aquel corazon perverso, se habian erguido ante mí como espectros infernales, y puedo decir con verdad que los combatí heróicamente. Victoriosa y triunfante, salí del infierno de Palermo y remonté al cielo de mis amores. Era allí que me esperaba el verdadero peligro. La persecucion habia sido diabólica: la reaccion fué inmoderada. Odiaba el vicio y el crímen con tal adversion; sentia una enerjia tal de repugnancia por las corrupciones del lupanar de las cuales habia escapado tan milagrosamente; la asfixia sofocante de la disolucion y del asesinato me causaba tal terror, que me

arrojé obcecada á todo lo que estaba en contradiccion. En el fanatismo de mi horror por la depravacion, representada por Rosas, yo me creí dispensada de amar á la virtud, representada por Uladislao. Mi demonio no habia podido nada contra mí: yo me entregué sin condicion á mi buen ángel.

Es esto lo que yo llamo la ilusion de las buenas intenciones y el sofisma de la virtud.

El pecado tiene tambien su lójica. Las debilidades se engendran como las fuerzas. Nuestra union habia sido la primera falta: la fuga fué la segunda.

Dios, no obstante, me envió un remordimiento. No atreviéndome á hablar á Gutierrez de mis escrúpulos, le escribí lo siguiente:

«Amado mio:

«No es ya tiempo de volver sobre nuestros pasos; pero hay siempre lugar para contenerse en una mala senda. Si nos es rehusado el consuelo de remediar nuestra caida, podemos á lo menos tomar nuestras medidas á fin de evitar un nuevo golpe. Dejemos el pasado á la misericordia divina, y ocupémonos del porvenir.

«Ayer os aconsejé la fuga: hoy me retracto de ella. Al soldado que deserta se le tacha con la infamía: al sacerdote que abandona su parroquia le cubre la deshonra. Yo no quiero que vos os deshonreis.

«Teneis una clientela de desgraciados; abandonarlos por mí seria una falta grave. Teneis encargo de las almas. ¡Cuántas veces me habeis dicho que el sacerdocio es un puesto de honor y que tendriais gloria en sosteneros en él, ¡aunque debieseis perecer como un soldado en la brecha!... Alejemos esta lúgubre consecuencia, que estoy segura aceptaríais con coraje, pero que seria demasiado cruel para mi ternura. Rosas os olvidará: en cuanto á mí, perdida en el fondo de algun convento ó relegada con mi madre al seno de alguna familia hospitalaria en país estrangero, yo viviré ignorada como hasta ahora, dichosa con la eternidad de nuestro amor, y contenta con recibir de tiempo en tiempo vuestra dulce correspondencia.

«Es en nombre de nuestro cariño y de nuestros deberes que os suplico que no partamos.

«¿Qué seria nuestro amor, si la estimacion que como una aureola le circuye llegase un dia á faltarle? ¿Qué seria yo á vuestros ojos, amigo mio, y qué seríais vos á los mios despojado de esa corona de sacrificio y de virtud que es la primera de vuestras gracias, lo mismo que fué en otro tiempo la primera de vuestras seducciones?... Tal vez la efervescencia de la pasion alentaria su llama por algun tiempo; pero esa ebullicion se acabaria luego y entónces? qué nos quedaria?... La vergüenza!... La vergüenza delante de Dios; la vergüenza en presencia de los hombres, y la más insoportable de todas: la vergüenza ante nosotros mismos!

«Yo me dirijo al apóstol de los hombres y al soldado del Señor conjurándole olvidar mi culpable consejo. Yo me dirijo al esposo para decirle con plena ingenuidad los escrúpulos de la esposa. Réstame, amigo mio, espresaros mis inquietudes como hija y como hermana. Mi padre está sombrio y amargamente indignado, y todo el peso de esta indignacion recae sobre mi cabeza; porque él ignora y debe ignorar las repugnantes escenas de Palermo. Mi madre está anegada en lágrimas, lo mismo que mis hermanas, y todo por causa mia.

¿Tendré el bárbaro coraje de abandonarles? No, amado mio! antes la muerte!... ¿Y quién sabe si Dios no nos reserva como una espiacion sublime, como una heróica reparacion esa muerte dos

veces gloriosa en el deber y tres veces dulce recibiéndola en tus brazos!

«*Camila.*»

Yo entregué esta carta á Uladislao sin pronunciar una palabra. Gutierrez pasó toda la noche escribiendo su respuesta. Lo mismo que él habia respetado mi silencio yo respeté el suyo. Parecia que no nos atreviéramos á decidir nada ligeramente ó por palabras en tan grave cuestion, y que solo la madurez de una discusion por escrito era del caso. El, ordinariamente tan pronto y con tanta facilidad para traducir su pensamiento, empleó cuatro ó cinco horas para escribir su contestacion. Su pluma corria lentamente por el papel: conforme su espiritu pesaba cada idea, su mano pesaba cada palabra. Al dia siguiente me entregó con gravedad silenciosa y enternecida el papel que contenia lo siguiente:

«¡Que no partamos, Camila!....que os deje espuesta á las persecuciones de ese mónstruo!....

«He leido y releido vuestra carta con religiosa atencion; he reflexionado largo tiempo sobre vuestros argumentos, analizándolos con imparcialidad y aplicándome sobre todo á encararlos bajo su aspecto moral, sin preocupacion ni fanatismo. Jamás objeto de más séria meditacion ocupára mi razon. Hé aquí primeramente la conclusion de este grande y formal trabajo de mi conciencia: mi deber es de partir, y de partir con vos.

«Respeto vuestra opinion: me agrada sobre todo la franqueza de vuestro lenguage. Me decis lo que creis ser la verdad sin disimulo ni reticencias. Es así que se debe hablar cuando hay estimacion, y cuando nada se tiene que ocultar recíprocamente.

«Admito el noble rigorismo de vuestros sentimientos, y ya sabeis que yo no me pasaré delante de las consecuencias —cualesquiera que ellas fuesen—del santo y augusto principio del deber. Además, querida mia, adónde no iria yo en pos de vuestra huella?....

«Permanecer aqui—es preciso no hacernos ilusiones—seria la separacion, la prision, la muerte tal vez. Todo esto lo aceptaria yo con júbilo por vuestro amor. ¿Pero puedo dejar de partir sin faltar al deber?....No! puesto que Dios ha recibido mi juramento de protejeros y salvaros.

«Podeis disponer de vuestra suerte como yo de la mia. Pero yo, ¿puedo acaso disponer de vos?....La hora solemne en que fuimos unidos me creó una obligacion en que reasumo yo todas: la de velar por vos como por un depósito sagrado.

«Me habeis comparado á un soldado: me gusta esta comparacion. El sacerdote en efecto no es otra cosa que el soldado de la caridad y del sacrificio. Lo habeis dicho muy bien: mi puesto de honor está al lado de los desgraciados.

«Y vos, querida mia, ¿que sois sinó la mayor de las desgraciadas?....¿Hay acaso un infortunio más digno de consagracion que el vuestro, y no son bastantes los peligros que os amenazan para llamar, para concentrar á vuestro alrededor la vigilancia y el celo de que soy yo capaz?....

«La casta y divina esposa de los altares que recibió mis primeros juramentos ¿se ofenderá acaso por que me halla dedicado á protejeros?....no os ha cedido ya el primer lugar en mí corazon?...Pensad, pobre cordero espuesto á los dientes del lobo, que el divino pastor de quien soy yo discípulo no hesitó en dejar, de cien corderos que tenia, noventa y nueve que estaban en seguridad por consagrarse á la salvacion y proteccion de aquel que se hallaba espuesto y que tenia mayor necesidad de miramientos y socorro.

«En toda cuestion moral hay una voz que es necesario consultar y escuchar

ante todo: es la voz de la naturaleza, esa religion de las religiones. Un padre debe su amor y su sangre á sus hijos; un esposo se debe en cuerpo y alma á su esposa. La caridad colectiva es una gran cosa, pero su abuso puede estraviar. La escesiva difusion de los deberes disminuye su energia, su eficacia y su mérito. El cristiano, el humanitario, tienen necesidad de encerrar en la esfera de la familia su principal punto de atraccion, y de gravitar primeramente en derredor de este centro poderoso para adquirir fuerzas y llenar mejor en seguida la órbita estensa de las afecciones generales.

«La naturaleza y la religion están, pues, de acuerdo para aconsejarnos una inmediata partida. Vos teneis todos los títulos que reclama una proteccion eficaz y sin reserva, mi Camila. ¿No sois á la vez mi penitente, mi enferma, mi mendiga, mi huérfana, mi hermana? Finalmente ¿no sois mi esposa? Y Dios no ha prescripto á esta de abandonarlo todo por seguir á su marido, como á este de sacrificarlo todo por salvar á su muger?

«Nuestras nupcias no han recibido bendicion sacerdotal, amonestacion, comunion eucarística ni ninguno de esos ritos sacramentales cuya obtencion me hubiera sido tan grata; pero han sido bendecidas por Dios que sonrie á la pureza de nuestros sentimientos; pero han tenido a consagracion de un anciano virtuoso, cuyas manos estendidas sobre nuestras cabezas nos acarrearán la felicidad, con la cooperacion invisible de nuestros ángeles del cielo, y sin duda la de nuestros ángeles de la tierra, vuestro padre, vuestra madre, vuestras hermanas, que la piedad filial ha invocado y que estoy cierto bendecirán nuestro himeneo, cuando la venda de prevenciones injustas haya caido de sus ojos.

«Vuestra partida no se hará sin heridas de corazon, como mi fuga sin heridas de reputacion. Vuestro corazon desangrará—yo lo sè—al abandonar á unos padres adorados, y yo pasaré por un seductor y tránsfugo. Por lo que toca á abandonar vuestra familia, no os aflijais, mi Camila, con esta idea, y pensad que ellos serían los primeros en divulgar vuestra fuga si conocieran los peligros porque ha pasado vuestra virtud y vuestra vida. Un dia — abrigaremos esta dulce esperanza—Dios nos permitirá un feliz regreso al seno de vuestra cara familia. En cuanto al escándalo, el cielo castigará á los malvados que lo habrán ocasionado, y juzgará á los hipócritas que lo hayan esplotado; como yo compadezco á las almas ingénuas que las apariencias habrán podido herir y contristar. ¿Qué hacer? Mi reputacion no vale más que mi deber y yo debo sacrificar todo! todo, escepto la virtud!.... Mas la virtud y vos ¿no son una misma cosa?.... Con las apariencias de la vergüenza, tendremos la realidad del honor: esto me basta.—¡Adios, querida!—

«*Uladislao*.»

Tomé inmediatamente la pluma y escribí:

«Amigo mio:

«Intentaba replicaros, pero renuncio á ello. Vuestra carta me seduce: si os equivocais, vuestro error es el de una alma generosa é hijo de una entusiasta religion, y quiero participarlo. Tal vez hubiera algo que decir sobre alguna de vuestras ideas; de cualquier modo, el conjunto es preciosísimo.

«Como decis con harta verdad, permanecer aquí seria quizá la muerte, la prision ó la separacion. La primera y la segunda poco me importan; pero esta palabra—separacion—me horroriza!... No sé lo que Dios me reserva en el porvenir; pero de lo que estoy cierta, es que vida ó muerte, felicidad ó infor-

tunio, nuestra suerte está ligada por lazos indisolubles. Ante todo, evitar que nos separen. Sin vos yo no espero nada: con vos todo es posible, hasta la felicidad, hasta la gloria! — Esposo: contad con vuestra esposa! -Jamás resistiré á una carta como la vuestra. Partamos!»

¡ LIBERTAD !

AL dia siguiente nos reunimos en consejo mi esposo, Lázaro y yo para tratar de nuestro itinerario y del punto adonde debíamos refugiarnos.

En aquella sesion familiar á que asistieron los padres de Lázaro fué resuelto que buscaríamos un asilo en algun punto lejano, pero sin espatriarnos. El Sr. Torrecillas objetó que suponiéndonos Rosas fuera del territorio de la Confederacion, eliminaríamos hasta los pasos de sus espías.

Subiendo el Paraná, la fuga podia ofrecernos un asilo tanto mas seguro cuanto menos maliciado. Un patron de buque amigo de Lázaro debia hacerse á la vela para la provincia de Corrientes, pero no pudiendo tener lugar su partida sino despues de cuatro dias, resolvimos ir por tierra hasta San Nicolás, donde nos reuniríamos con Lázaro que iria á bordo del buque.

Hicimos, pues, nuestros paquetes, se ensillaron nuestros caballos, y miéntras que Lázaro se dirigia á Buenos Aires para sondar la opinion pública á nuestro respecto, y advertir secretamente á mi madre de la ejecucion de nuestro proyecto, nos pusimos alegremente en camino disfrazados. Uladislao de gaucho y yo como muger de tal.

¡Con qué entusiasmo de felicidad nos lanzamos al espacio alejándonos de Buenos Aires!.... Aquella tierra de celadas y desgracias nos quemába los piés, como si pisáramos sobre brasas encendidas. Un delicioso frescor nos inundó el cuerpo y el espíritu al alejarnos de aquel teatro de crímenes y maldades.

A la mitad de nuestro viaje, el rio Lujan nos ofreció sus aguas cristalinas: nos bañamos en ellas con voluptuosidad.

Llegamos por fin á San Nicolás, en donde Lázaro, fiel á su cita, nos alcanzó al dia siguiente con el buque, á cuyo bordo nos trasladamos.

Impacientes por saber el efecto que habia producido nuestra fuga, aturdimos à Lázaro con preguntas; pero este no queriendo turbar nuestra dicha por un instinto de discrecion y amistosa delicadeza se limitó á decirnos que mi madre, deseándome toda clase de venturas, me habia recomendado á su amistad, y que se consolaba de mi falta con la esperanza de volverme un dia á ver dichosa y á su lado.

En cuanto á mi padre, la voz del honor, los informes oficiosos que habia recibido, todo hacia de él un juez severo y recto, aunque engañado.

La desaparicion repentina de Uladislao, de la parroquia del Socorro, de que era cura, habia causado al principio mucho ruido, y Lázaro contónos á este respecto las conversaciones que habia podido recoger aqui y allá. Unos mostrábanse escandalizados, otros hacian en reserva conjeturas sobre las causas de tan estraño acontecimiento; el bello sexo buscaba con avidez los detalles de nuestras intrigas amorosas: los jóvenes me defendian. En cuanto á la mazhorca, fiel á la consigna de su amo, afectaba indignacion y clamaba contra el escándalo. Esos miserables, complacientes para con los desbordamientos que enlodaban cada dia el inmundo serrallo de Palermo, y para con las infamias que ciertas criaturas de Rosas estampában

en el seno de la más distinguida sociedad; esos hipócritas de religion y buenas costumbres se atrevian à condenarnos!....

Finàlmente, Lázaro nos trajo cópia de la filiacion impresa que acompañaba las órdenes de persecucion espedidas á todos los gobiernos de provincia. Era el mismo Rosas quien habia redactado y escrito ese documento.

Por nuestra parte habíamos tomado precauciones contra toda pesquisa. Un pasaporte proporcionado por Lázaro, proveia al caso de que las autoridades nos hubiesen querido arrestar al desembarque, cosa que no era probable, desde que teníamos todo el aire de dos gauchos cumplidos.

Aquí está la villa del Paraná, cuyos albos edificios y lindo campanario se retratan en las orillas del rio en medio de los álamos y alóes.

Desembarcamos en compañia de Lázaro, y recibimos hospitalidad en casa de uno de sus amigos. Convinimos en que yo me llamaria Trinidad; Uladislao tomó el nombre de Santiago.

El período de nuestra residencia en la ciudad del Paraná es uno de los más deliciosos que conserva mi memoria. Fué allí que disfrutamos de nuestra luna de miel.

El amor en medio de la algazara, del fastidio y la contrariedad de las ciudades, no está en su esfera. En el campo, en libertad absoluta y en la soledad es que verdaderamente se saborea sus encantos. Trinidad y Santiago, de casa en casa y de paseo en paseo, hilaban dias de oro y seda. La existencia vagabunda y accidental del gaucho nos embriagaba con su fantástica poesia. La guitarra, el mate, el caballo, las comidas campestres, el grato reposo á la sombra de los ombúes, los baños frescos y amenizados con holgoríos, hacian de nuestros dias un hechizo interminable.

Así pasamos mes y medio; éramos jóvenes ambos y ambos estábamos enamorados. La imprevision y las ilusiones corrian delante de nuestros ojos un velo bienhechor que ocultando á la vez las angustias del pasado, y los recelos del porvenir, concentraba en el momento presente el sentimiento de la vida.

Yo habia llevado algun dinero que puse en manos de mi querido Santiago. Este, como todo jóven, tenia siempre la mano en la faltriquera á fin de pagar los gastos de algunos regalos hechos ya á un amigo ya á un vecino. Es verdad que estos nos pagaban en la misma moneda, siempre que nuestro bolsillo se hallaba algo desprovisto. El desprendimiento caballeresco del habitante de nuestra campaña hace gustoso bolsa comun. El que tiene paga por los que no, y tan contento queda el uno como los otros. Entre los defectos del hombre de nuestros campos—¿y cuál es el pueblo que no los tiene?—jamás ha figurado, á Dios gracias, la avaricia.

Miéntras duraron los fondos todo fué bien. Por fin mermaron estos, y nuestro presupuesto amenazó déficit. Fuénos, pues, necesario bajo el aguijon de las necesidades de la vida material, —esta intrusa fastidiosa que llega siempre tan fuera de tiempo á turbar nuestros placeres,—pensar en abandonar aquel risueño recinto, donde, como los discípulos de Jesús sobre el Tabor, hubiéramos querido clavar nuestras tiendas.

Habiamos sido ya demasiado tiempo locos: pensamos, pues, en lo sólido y positivo. ¿Adónde iríamos? ¿Cómo viviríamos? Tales fueron las preguntas que nos hicimos.

¿Adónde iríamos?.... A Goya.

¿De qué nos ocupariamos?... De fundar una escuela.

Ante todo, era necesario pensar en los medios de garantir nuestra seguribad individual mediante un incógnito perfecto. Habiamos desempeñado á

las mil maravillas el gaucho: Trinidad y Santiago se reunieron en consejo para deliberar sobre el disfraz más conveniente que debian adoptar.

Un vestido modesto por mi parte y un traje decente y sencillo para mi esposo, nos metamorfosearon en un honrado casal, el señor y la señora Brandier, nombre que adoptamos y con el cual las autoridades de la ciudad del Paraná estendieron nuestro pasaporte para la provincia de Corrientes. Yo era Valentina Sand, y mi marido, Máximo Brandier, comerciante de Jujuy.

Hénos, pues, bautizados, vestidos, anotados en registro y arreglados con la policia y con mundo esterior. Desde entonces, libres de toda inquietud, nosotros no pensábamos más que en organizar ese mundo interno del amor, de la paz y del trabajo donde debia pasar en adelante nuestra modesta existencia.

Fuè con estos proyectos graves y apacibles que pisamos en Goya. Sin pérdida de tiempo, mi marido abrió una escuela, y Dios bendice ya sus primeros esfuerzos y nuestra buena intencion. Concurrió un número de niños suficiente para cubrír con largueza nuestro alquiler y alimento. El presupuesto de menaje no tardó en guardar equilibrio y hasta en producirnos algunas economias. Acostumbrados á hàbitos regulares y sóbrios, nosotros arreglamos nuestra vida como una ecuacion de álgebra.

De este modo prosperó nuestro establecimiento; de este modo vivimos felices é ignorados, y para cúmulo de dicha acabo de hacer un descubrimiento que llenándome de júbilo, me ofrece la perspectiva de un risueño porvenir .... ¡Estoy en cinta!

EL DIARIO

HASTA aquí lo atrasado de mis memorias; en lo sucesivo escribiré dia por dia mis impresiones.

Mi posicion actual es cómoda, no me quejo. Es una ley admirable de la Providencia que los sacudimientos de las desgracias pasadas se conviertan en necesidad de reposo; necesidad deliciosa en cuya satisfaccion se siente tanto placer. ¡Con cuánta facilidad olvídase la desdicha, y con qué ardor se espera la felicidad!.... Olvido, esperanza: tales son los dos polos sobre los cuales hoy gravita mi feliz y apacible existencia.

He mostrado estas pájinas á Uladislao y á Lázaro á medida que las estaba escribiendo; ambos han aprobado ese ejercicio intelectual, animándome á continuarlo. Pero ¿qué escribiré en adelante en medio de la serena uniformidad de los acontecimientos de mi vida?...

El dia de hoy aseméjase al de ayer: y sin embargo, no me fastidio. Es que he comprendido la vida en su sentido verdadero y fecundo. He dejado la quimérica y estéril escepcion por la escelente regla general. Soy, en fin, lo que todos.—No es por cierto para concebir platónicos amores que ha nacido la mujer sobre la tierra, sinó para llenar en ella la parte que le corresponde de las obligaciones positivas que la naturaleza impone á todos y á cada uno. El peligro de esas afecciones poéticas y vehementes me ha sido ya demostrado.

¿En qué han venido á parar mis juramentos y los de Uladislao de respetar mútuamente la fidelidad á las castas ó ideales aspiraciones de alma sin mezcla de pensamientos sensuales?... Los acontecimientos es cierto—nos han arrastrado; pero á falta de los acontecimientos, no nos hubiera arrastrado del mismo modo la pasion?

Actualmente, sin embargo de la irre gularidad de nuestra posicion, nos hallamos á lo menos en la órbita de condiciones morales razonables y prácticas. La familia y el trabajo nos ofrecen un objeto de porvenir y actividad; y en esta vía trazada por la sagrada ley de la naturaleza, no hay riesgo de estraviarnos. Nos habiamos perdido en las altivas y solitarias esferas de las rejiones escepcionales. Nuestra debilidad y desaliento hánse cambiado en vigor y en esperanzas, desde que hemos esperimentado las emociones de la vida ordinaria.

Decididamente yo me he hecho casera; nuestras locuras de recien casados, nuestra poética vagancia en la ciudad del Paraná absorvieron nuestros recursos, de manera que todo lo que poseamos en adelante será el fruto de nuestro trabajo. No me atrevo á pedir nada á mi familia, ni tengo el dereeho de hacerlo despues de haberla abandonado. Yo sé que mi madre me enviaria de buen grado todo lo que pudiera; pero para esto seria necesario descubrir el secreto de nuestro retiro, y esto es muy delicado. Lázaro quiere hacer un viage á Buenos Aires, no para pedirle dinero, sinó lo que es mejor, para mantener entre nosotros una correspondencia que consuele su corazon maternal y le enjendre esperauzas para el porvenir.

Uladislao de dia en dia se vuelve menos triste, y empieza á cobrar más ánimo. Yo bien comprendo cuál debe ser su sufrimiento moral por haber dejado en Buenos Aires la reputacion de un raptor; ¿pero es acaso mi cumiliacion ménos grande?.... Es necesario no ser tan implacable para consigo mismo: la razon y la religion están de acuerdo para prohibirnos el desespero como una flaqueza.

Lázaro ha partido para Buenos Aires como lo habia proyectado. Hasta su vuelta quedé sola con la compaña de mi caro Uladislao. Este me ha proporcionado algunos buenos libros que recorro en los intérvalos de mi trabajo cotidiano. El *Buen Hombre Ricardo* de Benjamin Franklin, me ofrece entre otras preciosas reglas de conducta para mi menaje: me voy volviendo sábia en materia de economía doméstica.

Los que piensan que el amor es incompatible con los cuidados y las ocupaciones ordinarias de la familia, no han esperimentado jamás la felicidad que disfrutamos nosotros hallándonos reunidos en nuestras horas de descanso. El trabajo hace esas horas más gratas; por la tarde, luego que Uladislao ha terminado sus clases y despedido sus educandos, nos dirijimos á uno de los agradables paseos de la costa del canal. Ayer tarde, por ejemplo, nos habíamos olvidado como dos enamorados bajo la copa de los árboles. El cielo estaba sereno; el perfume de las flores llegaba hasta nosotros, y las estrellas brillaban ya en el firmamento.

Oh! cuán preferible es esta serenidad de una noche en compañia de mi esposo, á la algazara importuna de la ciudad!

Otras veces me dirijo sola por los floridos senderos, con un libro en la mano, pidiendo á la soledad de los bosques algunos instantes de dulce meditacion.

Esta mañana hallábame sentada sobre el banco del canal en frente del rio; de repente pasó un barquichuelo delante de mí... un eclesiástico iba á su bordo: miró hácia mí, y yo reconocí en él... Oh! es imposible!.... Pero sí, era él!;... era él!.... Fatalidad!....

(Aquí, necesario es, señores, nos dijo Torrecilla, interrumpiendo al lector, que os esplique la causa de este asunto de la pobre Camila. El personaje que acababa de ver, y por quien desgraciadamente ella misma habia sido vista, era un tal Ganon, el mismo que Uladislao habia sospechado ser el autor del

billete de Palermo, cuyas consecuencias se ligan á las espantosas peripecias que conoceis.)

Volvamos al manuscrito.

Mas talvez no me ha reconocido.... Sin embargo, qué mirada la que me dirigió al pasar!.... Dios mio! protéjenos! Nuestro asilo ha sido descubierto !.... El hombre de Rosas me ha visto!

No me atrevo á advertir á Uladislao de este fatal encuentro; seria emponzoñar su dicha. Pero es necesario que lo haga: nuestra seguridad así lo exige.

Mi esposo, á quien he participado la funesta circunstancia cuya idea me abruma desde esta mañana, se ha alarmado sériamente. ¿Me habrá ó no reconocido Ganon? Tal es la pregunta que nos hacemos. Por mi parte, le he distinguido perfectamente con su sombrero de alas anchas y embozado en su largo manto. ¿Y él, me habrá visto por su turno?

Mucho lo temo.

En esta incertidumbre, lo más prudente es cambiar de domicilio.

Hemos ventilado de nuevo la cuestion de cambio de domicilio, y resuelto por fin permanecer en el mismo; primero, porque puede muy bien ser que el personaje que va á bordo del buque no sea Ganon, alguna semejanza unida á una impresion de terror muy natural en mí, pudo muy bien producir esa ilusion. Además, nuestro disfraz nos pone al abrigo de toda investigacion, suponiendo que fuéramos denunciados. Nuestros papeles están en forma, y siete meses de residencia en Goya han establecido entre las autoridades y nosotros relaciones y simpatias que deben inspirarnos confianza. Por último, esperamos por momentos la vuelta de Lázaro, y entónces estaremos aun en tiempo de partir los tres reunidos, si así él nos lo aconseja, porque el buque en que he creido ver á Ganon no volverá tan pronto, y pasará algun tiempo—si realmente es él—antes que desembarque y pueda delatarnos á la autoridad.

Lázaro ha regresado ya de Buenos Aires conduciéndome una carta de mi madre. La alegria que esperimento en recibir noticias de mi familia me hace olvidar la zozobra originada por el fatal encuentro. Lázaro, á quien se lo hemos comunicado, participa de nuestro temor; pero hasta ahora nada, gracias á Dios, nos decide á activar nuestra partida.

Hé aquí la carta de mi madre:

«Mi querida Camila: Quien bien ama, proteje y no reprocha. ¿Y puedes tú dudar que yo te amo con todo mi corazon sin embargo de tu conducta, ó antes por tu misma conducta, querida hija.... porque si has procedido mal, de qué sirven los reproches?

Tú amas, Camila, y esto es una semejanza más que tienes con tu madre. Lo mismo que yo á tu padre, tú te consagras á tu esposo; tu corazon es amante como el mio. Presente del cielo cuyo enigma respeto, ¿es esto un don que nos ha hecho su bondad, ó una prueba á que nos somete su sabiduría?.... Yo bendigo y acato, pero no escudriño. Procede, hija mia, segun tu corazon y las inspiraciones del cielo; yo tengo confianza en Dios y en los sentimientos delicados y distinguidos que ha puesto en el corazon de la hija de mis entrañas.

«No frecuentando á nadie despues de tu partida no te sabria decir lo que á tu respecto piensa el público. Por lo que hace á nuestros amigos, evitamos hablar de ti en su presencia, sobre todo en la de tu padre. Te participo con satisfaccion que su rigorismo va decayendo y reemplazándole la ternura paternal. El sentimiento del honor de su familia llevóle al principio á estremos que nos sumergió á todos en la más honda consternacion: pero tus hermanas y yo hemos abogado en tu favor de tal ma-

nera, que hemos concluido por hacerle abrigar más indulgentes ideas.

«Ya lo vés, hija mia: sólo depende de tí volver al seno de tu familia; no tengas la menor duda de ser recibida con los brazos abiertos. Sin embargo, la posicion del Sr. Gutierrez es de tal naturaleza, y tú misma estás en una situacion tan delicada, que no me atrevo á aconsejarte nada á este respecto. Me limito á asegurarte que serás perfectamente recibida si fuera posible y conveniente regresar.

«Adios! cuìdate mucho. Todavia no he dicho nada à tu padre respecto á tu maternidad; es un punto delicado que requiere preparacion; pero esperamos que será razonable en esto como en todo lo demas.

«Adios, Camila!

Posdata—Lázaro te entregará alguna ropa. Sin decir nada á tu padre, le he dado tambien 3,000 pesos para tí. Aunque tú y él me hayan asegurado que nada necesitas, esa pequeña cantidad te servirá de algo.»

Besé mil veces esta carta de mi madre y la guardo sobre mi corazon de donde jamás se apartará. ¡Ni un reproche!... Y qué ternura....Ni un reproche!.... Y qué cariño, qué amor! Cuánta solicitud en defenderme acerca del justo enojo de mi padre!....

Mi madre ignora todavia los terribles acontecimientos de Palermo, y debe continuar ignorándolos en bien de su reposo.

En seguida de un sueño horrible que he tenido anoche, decididamente vamos á mudarnos. Por condescendencia para conmigo mas bien que por aprehension, Uladislao y Lázaro me han prometido ocuparse de nuestra partida. Mañana nos embarcamos para Montevideo. Desconfio no estar aquí en seguridad.

MARTIRIO

Ya es tarde!

Oh! qué mala inspiracion en aquel fatal aplazamiento hasta mañana! Me hallo en la cárcel de Goya, donde he sido conducida en compañia de Uladislao por órden de la autoridad de Corrientes, á quien Ganon nos ha denunciado. No me engañaba mi vision del buque y aquel sueño espantoso! Oh! cómo empieza á realizarse! pero no.... no.... lo demás no se puede!.... horror!!

¿Qué harán de nosotros? Estoy á la vez tranquila é inquieta. En vísperas de ser madre, estoy segura que no me matarán. Pero Uladislao?.... Yo seré probablemente condenada á reclusion. Y él?....

¡Adios, felicidad! adios soñado porvenír de paz y de trabajo!

Nos hallamos en el Rosario adonde hemos llegado á bordo de un patacho que nos condujo en calidad de presos desde Goya.

¡Cuán triste ha sido nuestro viaje!

Estamos en San Nicolás de los Arroyos.

Misericordia divina!

Qué noticia tan increible! El gefe del destacamento ha participado á Lázaro nuestra sentencia. ¡Debemos morir, Uladislao y yo!

Morir! no, es imposible!.... es una mera equivocacion, á no dudarlo, preciso es no pensar en ello! El cielo quiere que yo viva, puesto que voy á ser madre. Yo puedo sacrificar mi vida y hasta la de mi esposo; pero la de mi hijo, jamás .... Es la carne de mi carne y la sangre de mi sangre!.... Es un presente de Dios!.... Y jamás mis verdugos conseguirán arrancarme ese fruto divino, està alma próxima á nacer!.... No! yo sabré defenderle!

Lázaro persiste en creer que estamos condenados á muerte.

Ya lo absurdo toma los aires de una posibilidad.

Qué haré?

He tenido una idea feliz: recurrir á Manuela Rosas. Ella es muger, y me salvará; su padre no la negaria mi gracia. Si yo fuese una doncella, en hora buena! pero soy madre! y no se puede asesinar una criatura en el seno de su madre.

El Juez de Paz del Rosario ha querido esperar aquí el resultado de ese paso.

Lázaro está de vuelta: Manuela ha fracasado en su mediacion: el mónstruo le ha rehusado nuestra gracia.

Rosas, irritado por el retraso que han sufrido sus órdenes, ha dispuesto que seamos conducidos á Santos Lugares.

Muy bien, Herodes, muy bien! Eres el rey de los criminales, y faltaba un floron á tu corona. Despues de haber asesinado ancianos, ministros del altar, mugeres y niños, faltábate matar un inocente en el seno de su madre. Ahora tu gloria es completa y tu cuenta de crímenes en regla á los ojos de tu futuro juez.

Yo hubiera podido como tantas otras mujeres hacer del vicio pedestal á mi fortuna, y comprar á precio del deshonor grandezas y placeres; pero he preferido la gloria de la muerte á la ignominia de tus favores. Sí, Rosas, véngate y maldíceme!.... Yo bendigo tu maldicion!

¿A donde estoy? En Santos Lugares.

Lázaro acaba de decirme que los soldados de la fúnebre escolta están ya nombrados!.... Mi hora ha llegado!

Mi amigo añade que habiendo los soldados tenido noticia del estado de embarazo en que me hallo, han esclamado que no me fusilarán.

Buenas gentes! .... Yo casi participo de su seguridad!

El comandante del destacamento ha ido á Palermo con el objeto de hacer saber al dictador el estado de mi embarazo. Yo espero.

¡Salvad á mi hijo, Dios mio!

Todo se ha perdido, todo está consumado!.... El hombre de Palermo es implacable.

Dentro de una hora habré dejado de pertenecer á este mundo: mi Uladislao será conmigo ejecutado.

¡Y mi hijo, mi pobre hijo!....

El tiempo vuela y los minutos son preciosos. Voy á escribir á mi madre, y esto será mi ruego y mi purificacion:

«¿Te acuerdas, querida madre, de mi ramo de violetas y de mi pobre tortolita herida en el jardin por el fuego del cielo en los dias de mi infancia?.... ¿Te acuerdas de las melancólicas palabras que el Oriental pronunció entónces?.... Flor de la tierra, me díjo, tú serás fulminada como esa tórtola! El fuego del cielo te ha perdonado, pero el rayo de los hombres es cruel y desapiadado!»

«Ha llegado la hora de cumplirse esta prediccion.

«Se me ha notificado mi sentencia..... voy á morir!.... Yo quisiera ocultarte esta noticia que será horrible para tí; pero es mejor que lo sepas de mi propia boca que por conducto de la voz pública. La mortal angustia que te causará es mi mayor, es mi único tormento: porque gracias á Dios he hallado en mis principios religiosos la fuerza bastante para resignarme con entereza á la suerte que me aguarda.

«¡Cuánto te agradezco la cristiana educacion que me supiste dar desde mi más tierna infancia!.... Tú me diste el soplo de vida, tú guiastes mis primeros pasos y me rodeaste de una ternura infatigable y vigilante; y lo que es aun mejor, dotaste mi alma de sentimientos religiosos y elevados pensamientos. Es hoy, es en este momento que comprendo todo el precio de tus beneficios. ¡Pueda la vida que los malvados van á arrancarme ser aceptada

por el Criador en recompensa de sus beneficios y de los tuyos, y cada gota de mi sangre convertirse en bendiciones para toda la familia!

«Yo sucumbo víctima de mi fidelidad á un amor más fuerte que mi razon: amor caro y fatal que irá conmigo hasta la tumba, que vivirá en mi polvo y en mis huesos, ó mas bien, que seguirá mi alma regenerada al seno de esa otra vida que es mi sólida fé, que es mi esperanza!

«Oh! cuánta razon tenias en prevenirme contra la vehemencia de mi sensibilidad!.... Ah! tus lecciones de nada me sirvieron!.... No me lamentes, y piensa que desde el mundo mejor que ya me reclama, seré incapaz de gustar el menor goce, el mínimo consuelo, el más breve reposo, si veo que yaces por mi en el tormento de la afliccion. Esta idea desoladora amarga á pesar mio la santa resignacion de que me hallo poseida.

«Te suplico que digas á mi escelente padre y á mis hermanas queridas que mi último recuerdo será para ellas, como un testimonio de gratitud por el cariño que siempre me han tenido. Recomiéndales lo que más arriba te suplico: que no se aflijan con mi suerte, y ántes por lo contrario que se alegren si es posible, puesto que abandono las miserias de esta tierra por una vida mil veces más tranquila y más dichosa.

«Yo habia nacido, me parece, para las dulces faenas de la vida en familia; creo que hubiera sido una escelente madre.

«La Providencia que todo lo dispone para nuestra felicidad, no ha querido que asi sea. Yo bendigo y acato sus decretos.

«Pero no es Dios quien me arranca el fruto de mis entrañas: son los hombres, es *él*, el infame!.... pero no!.... no es posible que asesinen á mi hijo!.... Y sin embargo, este imposible se realizará!.... Rechacemos esta idea, porque seria capaz de hacerme impia, y quiero ser digna de tí, madre adorada!

«Adios, adios!.... Hasta el cielo!...

«*Camila.*»

Luego que hube terminado esta carta, en que intencionalmente evité nombrar á Rosas y suspender el velo de Palermo, yo me sentí transportada á la ilusion de una entrevista con mi madre; parecióme que confundíamos nuestras lágrimas y abrazos; en seguida, merced á una segunda ilusion, creí leer su respuesta á mi carta: yo misma la escribia sin apercibirme de ello. Por un fenómeno estraño mi pluma corria maquinalmente sobre el papel.

Hé aquí la respuesta que yo misma me escribí en un acento de fiebre:

«Mi idolatrada Camila: Yo todo lo sabia. No es ciertamente tu amor quien te asesina, sino Rosas. El bárbaro que inmola á mi hija, á tu esposo, á tu criatura, responderá un dia de este tríplice asesinato delante de los hombres y del Altísimo.

«¿Qué es lo que ha hecho mi hija para que se la sacrifique como un criminal? ¿Qué asesinato, qué robo, qué delito ha cometido ese ángel? —Amó: hé aquí por que la fusilan!

«Tu padre, desesperado por el primer momento de fanatismo que le exaltó contra tí y furioso por el abuso que el mónstruo ha hecho de su error, clamaba por venganza. Yo lo he contenido; porque hay crímenes que no deben tocar los hombres para castigarlos ni aun para maldecirlos. Solamente Dios puede vengarlos dignamente.

«Estoy satisfecha de tí y orgullosa con tus sentimientos cristianos: trataré de resignarme, ó antes, estoy ya resignada con tu suerte. No Camila!......no sufro! no te lloro!.... te admiro, y te admiraré miéntras Dios quiera que viva.

«Enorgullécete de tu amor, porque es

noble y puro; yo tambien me enorgullezco! Tu hubieras podido como tantas otras ocultar las debilidades del corazon bajo la apariencias de la virtud; pero has preferido tener la conciencia de la virtud bajo la esterioridad de una mala conducta: al vicio tranquilo, la tempestad de un amor generoso. Has rechazado semejante infamia, porque jamás has conocido esa hipocresía tan cómoda y comun que la opinion deja impugne.—Uladislao es digno de tí!...Bien pueden zaherirlo......yo le levanto y lo abrazo en presencia de todos como á mi hijo!

«Te admiro sobre todo en tus sentimientos de madre; el grito de indignacion que, contra tu verdugo, te arranca el fruto que palpita en tus entrañas, es un preludio sublime de las funciones maternas. En realidad, vas á morir con gloria!

«Tus hermanas te envían un vestido de muselina blanca hecho por ellas espresamente para tí: le han terminado anoche, pasando en vela con ese objeto; las pobres necesitan ya reposo. Lelia me alarma con su vista: las lágrimas y las vigilias le han ocasionado una grave oftalmía.—Tambien te envían un cinturon azul celeste. Creo que este traje te agradará, y que serás con él una bellísima mártir.

«Adios, ángel querido! adios hija mia! adios, jóven madre!...Oh! cuán desgraciada serias si tú no fueras tan grande.»

VENGAN FLORES! Ó ÁNGELES!

ACABO de pasar por una ceremonia religiosa que no pertenece al cielo ni á la tierra, sino al infierno.

Un sacerdote acompañado por dos hombres, uno de los cuales traía un cirio en la mano y el otro una calderilla, entró en mi calabozo; leyó algunas oraciones en latin, y en seguida, habièndome puesto uno de los hombres un embudo en la boca, echó en él y me hizo beber agua bendita. ¡Era el bautismo de mi hijo!

No se limita á esto la precaucion del del mónstruo: conforme supo proveer al bautizo de la criatura, proveyó al entierro de los supliciados. Desde la reja de mi calabozo he visto las dos cajas mortuorias que él mismo ha enviado para encerrar los tres cadáveres! Malvado precavido!... Tirano previsor!....

Lázaro acaba de entrar. No me queda más que el tiempo necesario para entregarle este manuscrito; destinado á vengarme un dia y á castigar á mi asesino. Hecho esto, yo suplico al Todo Misericordioso que nos reciba en su seno paternal. ¡Que aparezca la escolta cuando quiera: estoy dispuesta!»

Aquí concluyó nuestra lectura.

Lázaro Torrecilla tomó entónces la palabra y terminó verbalmente la narracion del sangriento desenlace.

Un cuarto de hora despues de mi entrevista con Camila, entrevista en que ambos confundimos nuestras lágrimas y abrazos, ella salia del calabozo con los ojos vendados: Gutierrez iba à su lado.

El porte de ella era firme y altanero; toda su persona respiraba serenidad é intrepidez.

Al verla, los soldados murmuraron:

—Está en cinta!....no la queremos fusilar!

Habia sido nombrado un piquete para la ejecucion. Habiéndose negado los soldados obstinadamente, era este un segundo peloton. Estos infelices marcharon consternados bajo el ojo inquisitorial de sus gefes: muchos de ellos parecian en desvarios.

Camila, vestida de blanco, marchaba con decision: la prominencia de su vien-

SACRIFICIO DE CAMILA O'GORMAN Y DEL SACERDOTE GUTIERREZ

Lit. A. Godel y Cª Montevideo.

tre daba á su paso esa blanda y armoniosa cadencia peculiar de las mugeres en cinta. A dos pasos de la muerte, cargaba aun con magestad el peso de la vida! A medida que se apoximaba al lugar del suplicio, su planta parecia más ágil, lo mismo que un cuerpo leve que sube rápidamente hácia el cielo.

Gutierrez, con un levita negro abotonado, marchaba á su derecha.

Hicieron alto.

Los tambores redoblaron.

Yo me hallaba con otros asistentes á algunos pasos de distancia. La mañana estaba nublada y triste: la melancolía en la naturaleza, como el horror en todos los corazones.

—¿Estás ahí? preguntó Gutierrez con voz dulce. ¿Eres tú alma mia?

—Sí, soy yo, respondió Camila con ternura y serenidad; soy yo, tu Camila. Vamos á morir inocentes y purificados; nuestro híjo nos seguirá á la gloria, porque ya ha sido bautizado. ¡Animo, Gutierrez!

Y alzando entonces la voz, prosiguió:

—Adios, esposo mio!.... Adios, hijo mio, adios!.... Vuela, hácia el trono del Eterno á obtener el perdon de tu madre y el castigo de tu verdugo!.... Rosas: acuérdate que un dia esta criatura que bárbaramente inmolas, será causa de tu eterna condenacion. Tú vagarás errante y proscripto por todos los ángulos de la tierra; tu exilio será deshonrado, tu nombre maldecido, y morirás por fin envilecido y detestado!.... Y hasta el dia de tu muerte, y aun más allá, una voz aterradora gritará siempre á tu oido: Infanticida impio, Cain, Cain.... ¿qué has hecho de ese niño?.... Los soldados estaban transidos de horror; el enternecimiento iba ganando á algunos gefes: muchos lloraban. Un reducido sitio debia ser el teatro de la ejecucion; hácia adelante, veíanse dos ombúes cuyas hojas acababan de brotar: dos cajas mortuorias hallábanse á algunos pasos de distancia dispuestas á recibir ambos cadáveres. Próxima á llegar, Camila tropezó en una de ellas como un bajel en un escollo.

La voz del Comandante dijo entonces:

—¡Preparen!

El sol vertió de entre las nubes algunos rayos rientes, como si el cielo hubiera querido consolar aquellos mártires en sus postreros momentos, y llamar á sí sus almas.

—¡Apunten!.... ¡fuego!.... esclamó el comandante.

Nadie fué herido, Camila, firme y serena, tenia ambas manos cruzadas sobre su viente, como queriendo así impedir que las balas tocaran á su hijo.

Era un momento solemne.

Tres soldados se desmayaron: sacáronlos al instante de aquel sitio. Algunos otros volvian el rostro conmovidos Uno de ellos, herido de enagenacion mental, salió de las filas dando gritos.

—¡Apunten!.... ¡fuego!... gritó por segunda vez la voz del comandante.

La detonacion partió de nuevo.

Camila y Uladislao estaban heridos.

Una angustia mezclada de pavor cogió á la escolta y à los circunstantes. Gutierrez con la cabeza ensangrentada, hizo algunas convulsiones. Camila revolcábase en su propia sangre, que enrogecia su traje blanco.

Una tercera descarga puso término á esta doble agonía. Entonces la inmovilidad reinó sobre los cadáveres, y el silencio en esta escena pavorosa.

Eran las diez de la mañana.

Subian al cielo las almas de tres mártires.

Dos esbirros llevaron del banquillo los cadáveres y los depositaron en las cajas.

Yo me retiré de aquel sitio funesto despues de haber conseguido cortar de la cabeza de Camila esa trenza de cabello, preciosa reliquia que os pertenece,

señores, lo mismo que el manuscrito de la Santa.

EPÍLOGO

QUINCE dias despues de nuestra entrevista con Lázaro Torrecilla, hallándose éste completamente sano de su herida vino á Buenos Aires á proponernos un paseo á Santos Lugares.

Era una risueña mañana del otoño. Galopamos algunas horas y llegamos por fin al teatro de tantos crímenes, y del más horrible de todos: el sacrílego asesinato de un padre, una madre y un inocente á la vez... ¡de una familia entera!...

Nada mas lúgubre en verdad, que el aspecto que hoy ofrece aquel sitio maldito. Algunas paredes de ladrillo se ven aquí y allí, determinando habitaciones en escombros y cubiertas de yerbas, de donde salen frecuentemente bandadas de lechuzas, cuyo graznido melancólico semeja el ¡ay! de las víctimas sepultadas en aquel triste cementerio.

Una de esas habitaciones, en mejor estado que las otras, hallábase al término de una calle de ombúes; la desnudez del ladrillo de esa casa habia adquirido una alegre mano de blanqueo. Al llegar á ella, Lázaro apeóse y nos dijo:

—Entrad..... es la morada de un amigo.

Un buen paisano vino luego á obsequiarnos con el mate. En seguida fuimos á pasearnos á un jardin cuidadosamente cercado por una pared de ladrillo.

—Vuestra hospitalidad es escelente, dijimos á nuestro huésped, mas, perdonad nuestra impaciencia... quisiéramos ver el sitio donde fué fusilada la infeliz Camila O'Gorman.

—Os hallais en él precisamente, señores.

Nos estremecimos al oir estas palabras.

—El sitio que pisais, continuó el paisano, es el mismo donde cayó esa víctima de Rosas al lado de su amante. Despues de la batalla de Caseros, derrocado el tirano, compramos, de acuerdo con Torrecilla, este pedazo de tierra á jamàs santificado con la sangre de nna mujer cuyas virtudes ambos conocíamos. Yo era muy pobre para alzarle en este sitio un mausoleo: pero en cambio cultivo en él rosas, jazmines, y sobre todo, violetas, que tanto le agradaban. ¿Y qué sepulcro valdria lo que estas flores de la tierra—hermanas de esa del cielo,—cuyo brillo nos recuerda su hermosura y cuyo aroma nos conduce la memoria de sus virtudes?

CAPRICHO RETROSPECTIVO

I.

NO sé en verdad si la opinion vertida por Alfonso de Lamartine que la humadad no progresa ni retrocede, pero sí está girando eternamente en el mismo círculo de pasiones, de sentimientos, de obras buenas y de maldades, á la manera de los navegantes que se hacen ilusion á sí mismos creyendo marchar adelante miéntras dan simplemente la vuelta á la corona del globo, no sé si esta opinion será fundada ó errónea, á lo ménos la historia de los siglos pasados, comparada con ciertos hechos contemporáneos, propende á pensarlo así. El asesinato de Camila O'Gorman, crìmen improbable que se diria sacado de los tiempos fabulosos, pertenece al siglo décimo nono; Rosas no es un tipo ofrecido por los anales tenebrosos de la barbarie primitiva, no; ha vivido entre nosotros

el mónstruo, y por mas fantásticos é increibles que parezcan sus actos, y entre estos el de haber devorado con los dientes de acero y de plomo de doce escopetas de salvages á la jóven infeliz sacrificada á su sombría ferocídad, forzosamente tenemos que consignarlo como hecho de la edad presente. En materias de tiranías y de tiranos, nada hay de nuevo bajo el sol.

¿Qué historia ó qué novela puede sobrepugnar, por el colorido y la emocion, el sacudimiento de la palpitante realidad de Santos Lugares?

Hojéense los archivos de la maldad humana; remuévanse las cenizas de los hogares, el polvo de los calabozos ó la tierra de las sepulturas, y dígannos los fantasmas evocados de sus mansiones misteriosas de noche y de sangre si no ven en el drama del 18 de Agosto de 1848 una hermandad característica con los suyos propios.

Aquí está el cuadro pintado por el artista Desmadryl; diríase algun episodio de los Incas ó una funcion de los ìdolos mejicanos, y sin embargo, la cosa ha sucedido hace nueve años no más.

En el fondo, el banquillo; á derecha y á izquierda la escolta con carabinas cargadas; en medio, las dos víctimas

Camila, vestida de blanco, vá en una silla, llevada sobre los hombros vigorosos de cuatro indios desnudos, cubiertos por el medio del cuerpo de harapos de cuero. La jóven madre tiene en la mano un crucifijo; diríase el cetro de una reina magestuosa paseada en triunfo sobre el escudo de sus guerreros. Parece, con sus ojos vendados, el enigma viviente propuesto al terror, á la sorpresa ó á la indignacion de los hombres que la rodean, y cuyas fisonomías profundamente marcadas al tipo del soldado Argentino del tiempo de Rosas, espresan esta variedad fuerte de impresiones entre la conmiseracion y el espanto.

Rostros y trages, todo en esta escena grandiosa refleja la sombría magnitud del apoteósis; cuanto más infernal y horrible es el pedestal, tanto más gloriosa y radiante lévantase la heroina marchando al suplico.

El cuadro ha sido pintado conforme á la relacion de un testigo ocular.

II

El humo de la locomotora del ferrocarril del Oeste, signo de la regeneracion espléndida de Buenos Aires, ya impelido del lado de Santos Lugares, se ha ido á perfumar cual aroma purificador el sitio que fué la tumba de Camila. Entre las dos épocas han pasado siglos y siglos.

La abolicion de la pena de muerte en favor de la muger rescata gloriosa y santamente en el año 57 el holocausto impio y salvage del año 48.

Este libro viene pues como un consuelo, una esperanza y un aliento, mostrando el camino que se ha hecho desde ayer hasta hoy.

Hubiera deseado, al trazar ese poema del corazon, ofrecerlo á mis amabilísimas lectoras más completo en sus varias partes. Desgraciadamente el númen que se dignó inspirármelo olvidó una porcion de confidencias. Faltaban hojas en las Memorias novelescas de la pobre Camila. Ya rotos, ya ilegibles, algunos capítulos ofrecian soluciones de continuidad que he tratado remediar sin embargo.

Así es que en la época en que mediante la influencia del cura Gutierrez, la jóven señorita fué colocada en la casa de huérfanas en calidad de monitora, las relaciones entre ambos amantes tuvieron un período de melancolia cuyo efecto fué una enfermedad bastante grave, durante la cual el eclesiástico iba con frecuencia á ver á su adorada. Despues de su restablecimiento, y habiendo sido

descubiertos algunos indicios de amor por la madre y el padre de Camila, el Sr. Adolfo O'Gorman suplicó á Uladislao suprimiera sus visitas, no viéndose más los enamorados que en la Iglesia del Socorro, y solamente de veces en cuando.

En la misma época dichas relaciones, todavia inocentes por otra parte, conocieron la prueba punzante de los celos.

«Entre las míseras pasiones de la humanidad, dice el manuscrito, hay una que labra el corazon como una araña, serpeante por sus fibras y dejando en pos de sí no sé qué impresion venenosa de repugnancia y malestar, más insoportable que el dolor mismo. Esa pasion, que puebla nuestra maginacion de fantasmas ya horribles, ya risueñas, llevó una nube más en el cielo de nuestro paraiso interior.

«Uladislao era celoso, y ¿de quién? de mi bueno, de mi caballeresco, de mi noble amigo Lázaro.

«Debemos dolernos de los que envidian, y debemos compasion tambien á los que tienen celos; porque la envidia es la miseria por escelencia, así como los celos son la desgracia suprema. La quimera, el embuste, la ilusion son el séquito ordinario de aquel vicio, —monstruo que se alimenta con vanas apariencias.

«Hay con todo en ciertas circunstancias críticas de la vida moral, y en medio de los tormentos más acerbos del sufrimiento, un resorte secreto que Dios ha puesto en el fondo de nuestro corazon y que hace que el alma replegándose rápidamente sobre sí misma, domine, aunque solo sea por breves instantes, sus propias tempestades. Este sentimiento que surge espontáneamente en las grandes aflicciones, es la duda,—la duda! bálsamo precioso que cicatriza por momentos nuestras más hondas heridas.

«Vino un momento en que dudaba Uladislao. Ya está salvado el enfermo, me dije á mi mismo, y aprovechando la primera oportunidad, preparé una entrevista de mi amante con Lázaro.

«Los tres nos encontramos en el jardin. Arrastrando dulcemente á Uladislao hácia su rival supuesto, cogí silenciosamente un ramito de violetas que coloqué en mi seno. Este recuerdo de la laguna, evocando las más fraternales reminiscencias de nuestra infancia, preparó la esplicacion que yo queria. Lázaro comprendió que teníamos algo que decirle. Nos sentamos al pié de un naranjo, sobre un banco cubierto de guirnaldas de flores y verdura. Allí, despues de un largo silencio, vencido por el torrente de sus sentimientos interiores, Gutierrez se echó en sus brazos con las palabras entre-cortadas de: hermano! hermano!

«Los dos amigos quedaron reconciliados.

III

El dia siguiente Camila escribia á su querido:

«Amado mio, hay en mi vida nueva un episodio que atravesará frecuentemente mi pensamiento, dejando en ella cada vez un rastro de luz. Esa senda florida de la ilusion, ese sueño dorado de la juventud, esa conquista del placer íntimo y posesion de la felicidad, ese eden de frutos esquisitos y no vedados....¿será preciso que lo nombre, querido Uladislao?...Es vuestro amor, reconquistado por mí desde ayer.

«Yo soy dichosa, y dichosa por vos, que Dios bendiga! ¡Cuántos proyectos, cuántos hermosos planes de porvenir acarician mi imaginacion!....Dejadme deciros primeramente mis ensueños de amante; el capítulo de las decepciones llegará siempre asaz temprano.

«Desde que tuve la felicidad de conoceros, yo me siento transformada, regerada, transfigurada. Mi espíritu siéntese capaz de las más raras resoluciones como mi corazon de las más embriagadoras esperanzas. Sois eclesiástico, qué importa? Yo ya no pienso en este obstáculo, ó si pienso es para negarle. Lejos de disminuir mi confianza á este respecto, mis sentimientos religiosos no hacen más que fortificarla. Yo he leido en la historia eclesiástica que habeis tenido la bondad de prestarme, que antiguamente en la iglesia primitiva, la condicion de sacerdote no era un obstáculo para las dulzuras de la vida conyugal. Hoy mismo, en ciertos puntos del orbe católico, el papa permite el matrimonio, particularmente á los padres de la iglesia de Oriente.¿Por qué, pues, no ha de llegar el momento en que sea permitido á todos los miembros de la gran familia de los ministros del altar?

«Miéntras tanto, vos respetais el voto que os encadena; y yo tambien lo respeto en la humildad de una santa y casta resignacion. Nuestro amor—yo así lo creo—no puedo ofender á Dios miéntras se mantenga puro y sin reproche Yo os amo sobre todo porque sois virtuoso, y porque en las funciones augustas y delicadas de confesor que llenais para con vuestra cara penitente, nada se os escapa que pueda comprometer la magestad de nuestros divinos secretos; lo mismo que á mi nada que me haga descenderdel carácter inocente de esa sublime intimidad.

«Sois jóven: teneis mi edad, mis gustos, mis ideas, mis principios; y esto me basta. ¿Que son las delicias de los sentidos al lado de esta fraternidad de ideas, de sentimientos, de toda la vida moral, en suma? y qué pueden añadir goces culpables á esta union de nuestros corazones, vírgenes de remordimiento....

«Ya sabeis que Lázaro está en nuestro secreto; estad segura que no lo traicionará jamás porque es un amigo leal, incapaz de una bajeza, y su natural circunspeccion lo garantirá de la menor imprudencia. Pero mi madre ignora aun nuestro amor, y este es mi mayor pesar. Mi padre tampoco sabe nada: su rigorismo no perdonaria jamás tal atentado contra mi reputacion, cuando no contra mi dicha.

«Desde hace algunos dias particularmente yo siento la necesidad de comunicacion, y estoy mal mi grado espansiva, porque rebozo en contento. La risa, que como vos sabeis, me es muy poco habitual, ó característica, irradia ahora en mi semblante con el menor motivo, y el júbilo gorgea en mi garganta.

«Ya veis que soy feliz, amado mio; sin embargo mi vida va á sufrir una ligera modificacion. Vamos á separarnos por algun tiempo: yo parto mañana para Montevideo en compañia de Lázaro y de mi padre. Se me ha dicho que este viaje es motivado por el estado de los negocios de la casa, pero yo supongo que la posicion política de Lázaro no está absolutamente agena á esta especie de destierro y que mi amigo no ha querido hacerme saber el verdadero motivo de su partida, temiendo tal vez entristecerme.

«De cualquier modo,¡adios,amigo! mio. Creed que á la distancia como á vuestro lado mi pensamiento os pertenece.

«He recibido vuestras lindas chinelas bordadas de verde y oro. Os agradezco este presente. Mi pié no es tan pequeño para este calzado, como parece que lo temiais; por lo contrario, me vá perfectamente. ¡Què lástima que no pueda lucirlo en Buenos Aires! Lo llevo á Montevideo; pisarè con él la tierra estrangera, y en mis paseos por el jardin de mi tio, en cuya casa presumo que ha llaremos alojamiento, esos bonitos zapatos me haràn acordar de vos.»

Contestacion:—

«Querida Camila, vais á partir para llenar obligaciones de familia y de amistad. No seré ciertamente yo quien os haga desistir de tan piadoso designio. El deber, tal debe ser siempre la norma de nuestros actos.

«Por lo demás, y bajo otro punto de vista, lejos de contristarme esta noticia, me interesa, y casi me felicito de tenerla. Bueno es que una jóven conozca el mundo: la educacion se compone principalmente de viages. Con vuestro espíritu delicado y observador, sabreis utilizar esa pequeña escursion á un país vecino. La interesante sociedad oriental, puede ofreceros á la vez una distraccion y un motivo de estudios.

«En cuanto á mí, yo me resignaré á esta ausencia, que será corta segun creo, y trataré de engañar las horas de mi soledad con el recuerdo de los momentos deliciosos que juntos hemos pasado.

«Uno de mis pasatiempos favoritos será releer vuestras cartas, la última sobre todo.

«No participo ciertamente de todas vuestras ideas respecto al matrimonio posible de los sacerdotes. Yo sé que el celibato eclesiástico es un punto de disciplina que no está en relacíon con el espíritu de las leyes morales. Sé tambien que en ciertos paises católicos los sacerdotes se casan, y es posible—como decis muy bien—que llegará un dia en que los pastores de la iglesia serán llamados al banquete de los goces naturales, como los demás hombres. Y sin embargo, á esta idea, querida mia, yo esperimento no sé que repugnancia. ¿Será una preocupacion de mi parte?.... una exageracion del sentimiento del deber?.... ó acaso una inspiracion del orgullo?.... Tal vez!.... Mas quiera Dios que jamás nos entregaremos á la ilusion de esa esperanza!.... Perdonad mi franqueza; pero creo que aun cuando fuese permitido el matrimonio eclesiástico, yo rehusaria aprovechar la ventura y el honor de este permiso.

«¿Y sabeis, mi Camila, ahora que bien lo reflexiono, de dónde me viene esta extrañeza moral por la eventualidad à que haceis alusion en vuestra carta? Del ardiente respeto que me anima hácia vos. Yo os venero, y este sentimiento de veneracion compone todo mi amor, os lo juro! Este respeto apasionado por vuestra persona y sus encantos, llega á tal grado, que la sola idea de relaciones íntimas entre nosotros me repugna tanto como un incesto.

«Si el matrimonio de los sacerdotes estuviera autorizado, yo podria tal vez casarme con cualquiera otra muger; pero con vos, jamás me atreveria.

«Cuando me siento desfallecer, querida mia, cuando me siento turbado y asaltado en mi aislamiento por alguna de esas pruebas á que está sujeta la frágil humanidad y que el ejercicio de las delicadas funciones de nuestro ministerio hace ocasionalmente surgir en el corazon y en los sentidos de un sacerdote, en esos momentos de debilidad tan humillantes para nuestro orgullo, yo no tengo más que evocar vuestra imágen; y al instante esperimento una calma interior, una serenidad indecible. Solo y sin vínculos, el hombre es un débil arbolillo, juguete del huracan de las pasiones. Adherido al suelo por vigorosas raices, elévase en toda su fuerza, mécese como el cedro majestuoso en el espacio, y enhiesta su cabeza hácia los cielos. Angel de la tierra, háse arraigado en vos mi ternura, y me habeis dado fortaleza.

«Lo que aquí os digo, Camila, no es una lisonja ni una galantería: es el homenaje de mi reconocimiento por el poderoso ascendiente que ejerceis sobre mí. Vos sois mi buen ángel; y si á los ángeles se adorase, yo podria deciros—

no segun la fraseología banal y galante, sino en la grave realidad de la espresion:— Camila, yo os adoro!

«No pudiendo pronunciar esta palabra divina destinada solo á Dios, busco una equivalente, y es con todo el entusiasmo de mi alma que os digo: Camila, yo os admiro!

«Os admiro por la influencia angelical que se desprende de vos; por ese no sé qué de generoso y vivificante que exhala vuestra celeste persona; por esa emanacion magnética en cuya definicion me sentiria embarazado, pero que siento y saboreo, que me envuelve en su atmósfera embalsamada, que se mezcla con mi aliento y circula con mi sangre. Vos siempre! vos donde quiera! Vos cerca y á la distancia! Hé aquí el pensamiento que me ilumina y me solaza. Ya no estaré solo en adelante: somos dos.

«Adios pues, mi ángel! vos á quien amo! vos, mi dulce y eterno pensamiento! vos, caro secreto de mi amor, secreto que Dios bendice, y cuya sublime suavidad él solo conoce».

IV

Yo viví entre proscriptos, escribia Camila á propósito de su viaje en Montevideo, y tomé parte en sus conversaciones austeras á instructivas. Allí en la escuela de la adversidad tuvo lugar mi segunda educacion; simpaticé luego con esos nobles americanos cuyas sólidas virtudes me llenaban de entusiasmo. Ordinariamente nos hallábamos reunidos por la noche, evocando nuestros recuerdos, nuestras esperanzas, nuestras tristezas y alegríias, y buscando en una santa conspiracion los medios de salvar á la patria de los mónstruos que la oprimian.

Esta vida familiar con hermanos de destierro habia desarrollado singularmente en mí el sentimiento religioso. Hasta entónces yo solo habia tenido el instinto de las cosas divinas: empecé à tener la práctica. Mi piedad hízose fervorosa y fecunda: me apasioné por las obras caritativas.

Yo no puedo impedir un amargo recuerdo sobre la fatalidad de mis desgracias ulteriores, cada vez que me trasporto á aquel período tan dulce de mi vida. Lágrimas abrasadoras me suben á las pupilas recordando aquellos dias de paz y de trabajo, los más serenos, deliciosos y puros que he saboreado sobre la tierra!... Cuán lejos estaba, en el seno de aquel oásis de inocencia, de pensar que tan corto espacio me separaba de la entrada en el desierto abrasador del infortunio!.... Oh! si mis memorias terminaran en aquella pájina bendita; si ménos inexorable, mi estrella me hubiese impedido por jamás el regreso á Buenos Aires, con cuánto placer mi pluma prolongaria esta conversacion conmigo misma sobre aquellos primeros frutos de virtud y de piedad, vida laboriosa cuya única é inocente distraccion era mi correspondencia con mi caro Uladislao y con mi madre!....

Bajo el techo hospitalario de mi tio, yo dividia mi tiempo en dos partes, una para Dios, la otra para los proscriptos.

Mi pequeño aposento daba hácia un antiguo jardin donde vagaban mil aves gallináceas. Algunas higueras, donde anidaban cantores pajarillos, alegraban con su follaje aquel rincon de tierra abandonado al caballo de mi tio, que pacia en él libremente. Tenia conmigo una tortolita que habia conseguido domesticar y que jamás me abandonaba. Más dichosa que la que tuve en Buenos Aires, las tempestades pasaban por su cabeza sin herirla de muerte.

Durante el dia, tocaba el piano, hacia mis visitas y trabajaba en el bordado. Por la noche, nos reuníamos, conver-

sábamos y leíamos. Nuestras costumbres, templadas por el fuego de la reflexion y el sufrimiento, habian tomado algo de la austeridad norte-americana. Despues del té, permanecíamos algunas veces un cuarto de hora sin pronunciar una palabra. Pensativos y en recojimiento, parecíamos un círculo pitagórico ó de trapistas: cada uno meditaba por su parte. Sin embargo, sobreponiéndose á todo, el carácter argentino traia de nuevo la amenidad con las palabras, y entónces eran las risas y una charla de nunca acabar.

Cuando nos retirábamos á la hora de acostarse mi padre, Lázaro y yo haciamos un corto rezo: besábanme ámbos en la frente, mi padre me bendecia y yo me iba á dormir el sueño de los ángeles.

Madrugadora, me levantaba al canto del gallo mezclando mis gorjeos con los trinos de las aves del jardin: estaba alegre y activa desde temprano. Despues de haber reparado si todo estaba en órden en la casa, me dirijia á la Matriz, donde un venerable sacerdote decia la misa primera. Era mi primera y última visita á Dios, pues el resto del dia lo consagraba al trabajo, el ruego por escelencia.

Habia tomado relaciones con algunas jóvenes de mi edad, aplicadas como yo á socorrer á los proscriptos. Nosotras los preparábamos la ropa, pues algunos habian dejado á Buenos Aires careciendo de todo recurso. Ibamos á recomendarlos á las casas que podian darles empleo, ejerciendo en aquella santa seduccion los privilejios de la coqueteria y el arte de la elocuencia femenil. Visitábamos, finalemnte, nuestros enfermos, relevándonos en este puesto de honor con la exactitud de centinelas. Cuando llegaba mi turno, y velaba algunas veces toda la noche al lado del lecho de un hermano paciente; despues me retiraba llevando alegremente mi insomnio y desdeñando reposar: más contenta, más desvelada y más dichosa despues de aquella buena accion, que si hubriera pasado una noche de baile, ó salido de la embriaguez de una cita amorosa.

Iba á llamar á todas las puertas, á solicitar la beneficencia de todos. Terminada mi ronda, volvia á los proscriptos cargada con la benéfica contribucion, contando con orgullo las onzas y patacones, y engreida con mi caritativa recoleccion como un conquistador con sus trofeos.

Lázaro hubiera querido suavizar con algunos entretenimientos aquella existencia, demasiado grave á su parecer.

—Buenas noticias, Camila! díjome un dia. Tengo ya una diversion para ofreceros.

Me sonreí.

—¡Gracias! le contesté; pero sabeis que no frecuento la sociedad, y que no es para mí un gran sacrificio, merced á los hábitos de trabajo y recojimiento que he contraido. Gracias otra vez, por vuestra diversion...pero no asistiré á ella.

—Oh! estoy cierto que ireis, Camila.

—¿Qué es eso entónces, Lázaro?

—Adivinad.

—¿Una cabalgata?

—Nó.

—¿Un baile?

—Mejor que eso.

—¿Un concierto?

—Mejor aún. Y vos ireis, os lo repito; por que es la fiesta de los proscriptos, agregó Lázaro en voz baja.

Yo esclamé con estusiasmo:

—Oh ciertamente iré, y de todo corazon!

V.

Habia cumplido apenas veinte años: mas la esperiencia es precoz en la es-

cuela de los sufrimientos políticos; y en aquella tierra de afliccion que habia absorvido las lágrimas y la sangre de mis deudos, mi sér moral habia madurado temprana y sólidamente. Por otra parte, en presencia del espionage sutil de los asesinos, y cuando la menor palabra de indiscrecion hubiese bastado para cortar el hilo que tenia suspendido su cuchillo sobre nuestras cabezas, yo me sentia capaz de un silencio de sepulcro. No era, pues, indigna de aquellos animosos conciliábulos, donde se hallaba todo aquello que latia á los nombres de patria y porvenir fuera de la infeliz Buenos Aires.

Mi tio, seducido por la poesía de esta idea, alegróse de la oportunidad que se presentaba de procurarme una distraccion tan noble como instructiva. La partida de mi padre para la campaña favorecia nuestro proyecto, á cuya ejecucion se hubiera él probablemente opuesto, por que, ya lo dicho, todo aquello que atañia á la política le era altamente antipático.

Lázaro y yo estábamos prontos para dirijirnos á la reunion. Mi tio y mis primas habian puesto en mi tocador todo el esmero y coquetismo de que era capaz su acendrada afeccion. Yo estaba vestida de blanco y espléndidamente adornada; casi todos mis dedos estaban cargados de brillantes; dos brazaletes con cambiantes de azul cercaban mis puños, y sobre mi frente, en medio de las madejas de cabello artísticamente peinado, destacábase un óvalo de ricas perlas.

Con el alabasto de mis brazos desnudos, mis ojos de madona, como Lázaro los llamaba, mi traje blanco, mi diadema de perlas y mi cabeza ligeramente inclinada como un lirio doblado sobre su cáliz, yo debia estar deslumbradora, á juzgar por el grito de admiracion que se escapó à mi alrededor.

En el momento de subir al carruage, Lázaro me dijo:

—Recomendaros el secreto, seria haceros una injuria, amiga mia. Yo sé que se puede contar con vuesta discrecion.

Y partimos.

Bien pronto, en medio del silencio de la noche llegamos á un barrio aislado, y paramos delante de una casa de modesta apariencia en la calle de Venezuela. Lázaro dió dos golpecitos de un modo particular, y poco despues se abrió la puerta.

Despues de haber atravesado un gran jardin, fuimos introducidos en una antesala elegantemente amueblada. Lázaro me indicó entónces una pequeña escalera, por la cual llegué bien pronto á una especie de balcon, desde donde mi mirada abarcaba un salon en forma de hemiciclo. Era el santuario de la reunion.

Mi curiosidad y mi emocion fueron estremas delante del espectáculo que se ofreció entónces á mi vista.

Tapizado de azul celeste, el salon lanzaba suaves reflejos bajo los rayos de dos grandes arañas, cargadas de bujías. Al frente, en el fondo de una alcoba adornada con colgaduras, lucía el escudo argentino con su gorro de la libertad su simbólico sol y sus dos manos enlazadas.

Por sobre él yo noté un objeto raro: era un cuadro de medianas proporciones, cubierto por un velo negro.

Delante de la alcoba, destacábase una mesa redonda cubierta por un tapiz y cargada de papeles, al rededor de la cual estaban sentados como unos veinte hombres, jóvenes en su mayor número. Un silencio profundo reinaba entre estos personages. Yo no sabré esplicar la solemnidad de las impresiones que me asaltaron al aspectó de aquella magestuosa reunion, de la cual tenia el honòr de formar parte.

—Que suspendan el velo! dijo la voz del presidente.

El velo negro que cubria el cuadro de que he hecho mencion, fué suspendido.

Yo vi el retrato de Rosas.

Entónces un jóven orador de aspecto grave y mirada pensativa pidió la palabra. Con voz lenta y acentuada, interpeló al dictador como si hubiera estado en realidad presente; en un sublime apóstrofe pidióle cuenta de la sangre de las víctimas de Junio de 1839, de Octubre de 1840, de Abril y de Mayo de 1842; de las lágrimas de las madres y esposas, de la virtud cívica corrompida, de los hábitos públicos viciados, y finalmente del honor militar arrastrado por el lodo. El jóven acusador terminó llamando sobre la cabeza de Rosas las maldiciones de la patria y el horror de la humanidad.

Algunos otros discursos fueron pronunciados con el mismo timbre de energía fria, incisiva y penetrante particular à la elocuencia porteña.

—Nuestra causa es bella, dijo el presidente; pero no olvidemos que es esencialmente militante! ¿Se organizan nuestros amigos del interior? ¿Tienen pólvora y balas nuestros soldados de provincia? Hé aquí lo que interesa saber. El cuadro fiel que voy á presentaros os dará, señores, poderosos motivos de aliento y esperanzas.

Entónces llegó el turno de las comunicaciones y resoluciones prácticas. Cada uno contribuyó para la deliberacion con los elementos de que disponia. Una porcion de noticias y de informes apareció en aquella sesion de trabajos tan remarcables por su colorida animacion, como por su carácter de utilidad positiva. Las cifras tienen tambien su entusiasmo.

Yo seguia con ávida curiosidad aquellos debates de familia, aquella santa conspiracion de nuestros amigos forzados á ocultar su fé política en la sombra de la intimidad, como los primitivos cristianos á abrigar sus misterios en el secreto de las catacumbas. Admiraba á aquellos nobles jóvenes, discutiendo los medios de aliviar á la patria del yugo infame que la oprimía, y calculando los acontecimientos adversos ó favorables con esa serena actividad, con esa aplicacion infatigable y celo caloroso que los hijos dignos emplean para defender la vida, el honor y los intereses de una madre querida. Regularizáronse las antiguas correspondencias, organizáronse nuevas, aprobáronse proyectos y se entendieron sobre los medios de ejecucion. Hubiérase dicho un consejo de guerra deliberando sobre la gran batalla de la libertad. Los secretarios rivalizaban en celo y actividad; las plumas corrian sobre el papel con la rapidez de la palabra.

—Amigos, dijo el presidente: la sesion ha terminado, el banquete nos espera. Que pongan de nuevo el velo!

El retrato de Rosas volvió á tomar su lúgubre cubierta.

Entónces oì un ruido de pasos detrás de mí: volví la cabeza y vi á un caballero que me tendia su mano invitándome à seguirlo.

Seguí á mi introductor en el interior de la sala, delante de la silla presidencial. Una vez allí, el galante jóven tomó un gajo de jazmines en forma de guirnalda, y delante de toda la asamblea silenciosa y de pié:

—El rostro del crimen se ha cubierto, dijo con voz acentuada; réstanos ahora hacer resplandecer la frente de la inocencia. ¡Salud, pues; á la reina del festin!

Diciendo esto, colocó en mi cabeza la guirnalda.

Disimulando las impresiones que esperimentaba, yo esperé con los ojos bajos, miéntras mi oido recojia el murmullo de palabras lisonjeras que se cruzaban á mi alrededor.

—¡Cuan bella es! decian.

Al pasar por la galeria, lanzé á hurtadillas una mirada al espejo: estaba efectivamente radiante delozania.

Una reina no se siente por cierto más embriagada ni conmovida en el acto de su coronacion, que lo que yo estaba al marchar entre una doble hilera de admiradores, del brazo de mi galante compañero.

VI

Uno de los mas interesantes, pero desgraciadamente de los mas borroneados capítulos, es el en que pinta la querida de Uladislao los encantos de la primera cita, ó mas bien los encantos de la esperanza de esta hora prestigiosa.

«La cita (dada por una carta de su amante) era para las doce. Eran las siete de la mañana: tenia yo pues que esperar cinco horas todavia.

Volví al jardin cantando y cojiendo flores: estaba ébria de felicidad; todo mi sér rebosaba de gozo.

Durante el almuerzo comí muy poco, aunqne gusté de todo con los lábios; el amor me alimentaba.

Despues, subí cantando y brincando á mi aposento, peiné y volví á peinar mi cabellera, mirándome en mis tres espejos un centenar de veces, sonriéndome á mi misma, y creyendo ver en esta sonrisa, por una ilusion erótica, la sonrisa de mi amado.

Así pasé la mañana: yendo de mi aposento al jardin, y del jardin al piano; cambiando veinte veces de peinado, reemplazando mi vestido rosa por mi vestido celeste, este por uno de razo negro, todavia este último por otro, no hallando absolutamente adorno bastante bello para aquella fiesta, para aquella casta y virginal solemnidad del corazon que llaman la primer cita amorosa.

No era por cierto aquella la primera vez que estaria sola con Uladislao; pero lo habia siempre hallado ó en la entrevista santa y reservada del confesionario, ó en casa de mi familia en el precario cara á cara de las lecciones de piano Ibamos en fin á hallarnos solos en su aposento; y esta seria nuestra primer conferencia oficial.

A cada instante me preguntaba: ¿Qué diré á mi querido? Porque tenia un amante que iba á ver dentro de pocas horas en su casa, por medio de una cita, por medio del misterio. Y entónces llegaba á mi espíritu una abundancia tal de ideas bellas y graciosas, que para abrir una senda á aquel mundo interior del pensamiento que se agitaba en mí y demandaba espansion, yo borronée rápidamente todo el papel que habia sobre mi mesa. Despues, tomé al acaso un libro, y este libro, cualquiera que fuese, no me hablaba mas que de amor, ó antes, mis ojos lo recorrian sin leerlo: era en mi propio corazon que yo leia.

—Nuestra Camila está hoy bien alegre! decian á mi alrededor. ¿Que le habrá acontecido?

A estas preguntas, yo respondia con aire de importancia:

—¡Es un misterio!

Y volvia á cantar, á tocar el piano, á leer, á escribir, á peinarme, á coquetear delante de mi espejo. No caminaba, corria; tampoco corria, volaba! Y toda esta agitacion engañaba la lentitud de las horas, que me parecian horriblemente largas.

Acababa de sentarme, aturdida y fatigada por tanta movilidad y petulancia, con la vista animada y encendida la mejilla lo mismo que una bailarina despues de una noche de sarao. Recorria en dulce reposo un libro que habia tomado al acaso de sobre mi cartela, cuando oí sonar las doce.

Esas vibraciones de la campana, resonando en el espacio y el tiempo como la hora de la dicha, lanzaron una en pos de otra sus notas claras y dulces. Habíanse apagado ya en mi oido cuando su éco cantaba todavia en mi corazon.

Era la señal simpática.

Bajé, pues, la escalera y salí con paso rápido, en trage sencillo pero elegante. Un vestido de muselina y algunas flores en el cabello, componian todo mi adorno de amante.

Bien pronto me hallé frente á la casa de Uladislao. Una corta galeria me separaba solamente de su aposento; atravesela como envuelta en una nube de embriaguez, y me hallé junto á la puerta sin saber cómo. Allí, delante del santuario donde debian realizarse nuestros castos esponsales, yo me paré fatigada y como detenida por una fuerza irresistible. El corazon me latia violentamente.

La llave estaba en la puerta; pero no atreviéndome á tocarla, dí, ó creí al menos dar, dos golpes con la mano: no oí ruido alguno; mi movimiento habia sido una ilusion: yo habia golpeado en el vacío.

Asombrada de mi propia conmocion, me armé de coraje, y tocando por fin en la hoja de la puerta, llamé ligeramente.

Nadie me respondió.

Llamé de nuevo: el mismo silencio.

Creí que mi turbacion interior me habia impedido oir, y me puse á llamar con la yema de los dedos, no dudando escuchar esta vez distintamente la dulce palabra: Adelante!

Pero nada todavia.

Entónces tomé la llave y me dispuse á darla vuelta en la cerradura; pero el movimiento de apoyo que imprimí hizo que la puerta—que no estaba mas que empujada—se abriera al instante. ¡Cuál fué mi asombro! Uladislao no estaba allí.

Traté de orientarme en mi nuevo terreno, lo mismo que el navegante que arriba á una isla que creía poblada y que por lo contrario halla desierta.

—Uladislao no tardará en llegar, me dije.

Y miéntras esperaba hice el inventario de su habitacion.

VII

Una luz débil, serena y armoniosa reinaba en el aposento; la única ventana que tenia, adornada de cortinas blancas y azules, formaba con sus persianas y colgaduras, una barrera á los rayos del sol de estío. Una pequeña biblioteca, algunas modestas sillas, una cartela sobre la cual habia un reloj de péndola, y algunos bonitos cuadros, obras de finos lápices ó de pinceles delicados, se armonizaban con el color blanco mate de las colgaduras. Una mesa cargada de libros, de papeles y de algunos instrumentos de óptica y de física, ocupaba delante de la ventana el lado del aposento que estaba frente á la puerta. Por fin, en el otro lado estaba el piano abierto, un cuaderno de música, el atril y el taburete delante. Todo en esta cámara de estudio y de trabajo, perfumada por la paz, la calma y la poesia, respiraba las preocupaciones del sábio mezcladas con los gustos del jóven y las inspiraciones del artista.

Me senté sobre la silla que se hallaba delante de la mesa; pero al hacerlo, toqué con el pié un cuerpo que hizo un lijero movimiento. Era un perro acurrucado debajo de la mesa, que me miraba en silencio con ojos inteligentes y simpáticos.

—¡Pobre animal! dije yo acariciándole con la mano.

Al momento el perro se levantó y vino hácia mí familiarmente. Y yo me divertí acariciando de nuevo á este hermoso animal, tan dócil como un cordero.

Delante de mí, invitaban mi curiosidad y tentaban mi indiscrecion porcion de manuscritos, cartas abiertas y pá-

jinas á medio trazadas que se hallaban mezcladas con un monton de libros. La tardanza de Uladislao lo constituia en grave falta; el pecadillo de leer sus papeles se ofreció á mí como justa represalia, y me dije con la rábia de una ama de casa:

—Puesto que os dispensais de ser exacto, señor amante, yo me dispensarè de ser discreta. Vos me robais mi tiempo: y bien! yo voy á robaros vuestros secretos.

Y sin mas preámbulos me puse á hojear los papeles de Uladislao.

El primero que ofreció á mi vista el capricho de mis manos fué un pliego escrito con el tìtulo de «Pensamientos».

—Filosofia, dije yo poniendo el pliego à parte.

Aparté tambien otro donde se trataba de la electricidad y del galvanismo. Todo esto me hubiera interesado en cualquier otro momento, pero entónces me parecia que mi curiosidad buscaba alguna cosa màs íntima, más individual.

Leí varias cartas, pero todas eran relativas á parientes, amigos ó antiguas relaciones de colegio, y nada me enseñaron de nuevo.

Por fin, en aquella revista de la mesa del pobre ausente, presentóse á mi vista un pequeño cuaderno cuyas primeras palabras me interesaron en estremo. Yo empecé á leer en èl:

«.....¿Para qué ocultármelo á mí mismo, y por qué sofocar la voz de la felicidad que canta en el fondo de mi corazon?.. No, Uladislao, en vano tratas de hacerte ilusion; ella es hermosa, seductiva y amada!

Yo cubrí de caricias aquellos preciosos caractéres, que por su fecha pertenecian á los primeros albores de nuestra pasion. Perfumados y sabrosos me parecian, hubiera querido comerlos ó beberlos; arrancarlos del papel para asimilarlos con mi propia sustancia. Al lado de esa reliquia en prosa, apercibí una fresca poesia; fresca por el papel y la tinta, asi como por la idea.

Vive niña! sé dichosa
Cual merece tu hemosura,
Recibiendo cariñosa
La espresion de mí ternura,
Y prosigue por la huella
Que no aleja del pudor,
Aceptando, vírgen bella,
Este cántico de amor.

Entónces, sí, bajaria
Al sepulcro silencioso,
Con el recuerdo amoroso
De tu constancia, mi bien.
Entónces, firme y tranquilo
Miraría sus horrores;
De mis pasados amores
Gozaría allí tambien!

Ten cuidado, niña amorosa,
Que los hombres son leones
Que devoran corazones
Sin horror y sin piedad;
Y se burlan fementidos
De la víctima inmolada
Sobre el ara ensangrentada
Por su bárbara crueldad.

Ten cuidado! que la vida
Es el mar donde naufraga
La que el mundo más alhaga
Con alhago seductor;
Y que el mundo se recrea
Cuando vé marchitas flores
De aquilon por los furores
Sin fragancia ni color.

Mas tú, cándida flor, vive, respira
El dulce fresco del naciente amor;
Vive dichosa, que mi humilde lira
Ventura pide para tí al Criador!

Vive! tus ojos regalando vida
Presagio son de dicha que no ves:
Lo son que siempre vivirás querida
Por tu belleza y tierna candidez.

Pero, ay! que llega el maldecido ins- [tante
De que te adoren, pero no á tu honor;
Cierra el oido al engañoso amante
Que robar quiere tu beldad mejor!

Es un tesoro que idolatra el hombre
Y solo el hombre generoso y fiel;
De este tesoro hasta el sagrado nombre
Es del vicioso corazon la hiel!!!

«No bien habia concluido yo esta lectura, cuando vino Uladislao.»

VII.

Despues de la poesia que precede, de cuyo manuscrito original, llevando las iniciales U. G., estoy deudor de la cortesia de las amables señoritas Albarracin, concluiremos las variedades de la presente novela dando las filiaciones escritas por la misma mano de Rosas.

¡Viva la Confederacion Argentina!

¡Mueran los Salvajes Unitarios

Buenos Aires, 24 de Diciembre de 1847.

Filiacion del reo presbitero Uladislao Gutierrez

Pátria. . . Tucuman.
Estado . . Eclesiástico.
Edad . . . Como 24 años.
Estatura . Regular, delgado de cuerpo.
Color . . . Moreno.
Ojos . . . Pardos, grandes y medios saltados.
Boca . . . Regular.
Nariz . . . Id.
Barba . . . Entera.
Pelo. . . . Negro y crespo.
Tiene un lunar en la cara.

Nota—Estaba de cura accidentalmente de la Parroquia de Nuestra Seño ra del Socorro en esta ciudad; lleva dos ponchos tejidos, uno negro y otro oscuro con listas coloradas, y en las faldas del recado tiene unas como fundas para pistolas.

Cabalga un caballo cebruno herrado y lleva á más uno ruano sin herraduras. Lleva dos recados, uno nuevo que es donde van puestas las pistolas, y otro tucumano usado de cabezadas altas. Debe llevar balija, y el traje con que estaba vestido la noche del 11 del corriente en que fugó, era una polaca negra con cuello y botas de terciopelo del mismo color, chaleco de terciopelo negro y pantalon id. rayado. Se cree vaya con una gorrita de paño con borla.

¡Viva la Confederacion Argentina!

¡Mueran los Salvages Unitarios!

Filiacion de la rea Camila O'Gorman

Pátria. . . Buenos Aires.
Estado . . Soltera.
Edad . . . 20 años.
Estatura . Muy alta, delgada de cuerpo, bien repartida.
Color . . . Blanco.
Ojos . . . Negros de un mirar agradable.
Boca . . . Regular.
Nariz . . . Id.
Señales particulares: Tiene un diente de adelante empezado á picar.

Lleva una cantidad de ropa de uso bastante decente, y entre ella alguna negra, pues estaba de luto.

Fugó el 11 del corriente á las 10 de la noche. (1)

LOS SICARIOS DE LA FEDERACION

Mientras en Santos Lugares tenian lugar las diversiones y fiestas sangrientas que documentadas hemos narrado, las provincias estaban entregadas al yugo de

(1) Hasta aquí la obrita sobre Camila O'Gorman.

los sicarios más cobardes y degradados de la tiranía.

El General Oribe, agente el más bárbaro de todos los de Rosas, dominaba en ellas cometiendo crímenes que hubieran asombrado al mismo don Juan Manuel.

Seguíalo en ferocidad y cobardía el fraile Aldao, Gobernador de Mendoza, individuo en quien estaban reasumidos todos los vicios, malas pasiones é instintos brutales que pueden abrigarse bajo una sotana.

El fraile Aldao era una especie de bandido de última estofa, cuyo espíritu miserable solo se conmovia ante dos espectáculos: el vino y la sangre.

—¡Sangre de Cristo! decia con delicia á la vista del primero, ¡bendita seas!

¡Sangre de inmundos unitarios! gritaba á la vista de la segunda—no me canso de verla correr en arroyos y rios! ¡Maldita seas!

Aquel miserable vivia en una orgía perpétua, pero en una orgía repugnante sin freno y sin límite.

Alcoholista de primera fuerza, el fraile Aldao estaba siempre ébrio, pues cada mañana al levantarse y á pretesto de limpiar el estomágo, apagaba la sed de la pasada tranca con un enorme vaso de aguardiente de uva.

Y este vaso se iba repitiendo bajo la forma de un jarro ó cualquier vasija grande, hasta que rodaba por el suelo en un estado repugnante.

En su casa vivian mujeres de aquellas que hubieran sido rechazadas de un presidio mismo.

Y con ellas el fraile Aldao partía su aguardiente, su infamia y el lodazal de su corazon perverso.

La cabeza de muchos hombres de ìmportancia en aquella época, pendia del capricho de aquellas mujerzuelas maldecidas, que la pedian al infame fraile como una distraccion de su estado de ebriedad, que las volvia díscolas y malas.

Entre aquel hervidero de mujeres perdidas y encanalladas y de adulones de presidio, pasaba el fraile Aldao la mayor parte de su vida.

Y sus momentos lùcidos eran para dictar alguna órden de matanza, ó para redactar uno de aquellos decretos que el mismo Rosas sentia asco de transcribir en su célebre *Gaceta Mercantil*, receptáculo de todo lo malo y de todo lo infame.

Las matanzas que ordenaba eran siempre presididas por él, tomando en ellas, muchas veces, la parte más activa.

En los frecuentes combates que tuvo con revolucionarios unitarios, el fraile Aldao siempre mandó sus fuerzas en persona, permaneciendo en el campo de batalla, una vez concluida ésta, hasta que no quedaba una víctima que inmolar ó un cuello que tronchar.

Entónces se le veia arremangar su sotana, saltar á caballo sable en mano, y semejante al génio del mal, herir, herir sin descanso, hasta que su brazo se postraba.

Cuando la matanza terminaba, se le veia ir á reposar las fatigas del combate, entre el aguardiente y las mujerzuelas que eran su delicia.

Como muestra de la barbárie de este fraile impìo y su sistema de Gobierno, basta el siguiente decreto inserto en el *Boletin Oficial* de aquella Provincia.

Mendoza, Mayo 31 de 1842.

El Poder Ejecutivo de la Provincia de Mendoza.

Considerando que desde el principio de la lucha de los federales contra el bando salvaje de los unitarios, han manifestado estos últimos desquicios completo de su cabeza etc., en uso de sus facultades ordinarias y extraordinarias

que inviste, ha acordado y decreta:

Art. 1º Es encargado el Jefe de Policia de disponer una casa de las del Estado, para asegurar á los salvajes unitarios que á su juicio se consideren mas frenéticos.

Art. 2º Ningun salvaje unitario podrá disponer de más del valor de diez pesos, sin prévio conocimiento del Jefe de Policia, á cuya autoridad se les nombra como tutor y curador.

Art. 3º Será de ningun valor todo contrato de compra y venta, donacion y cesion, habilitacion mútua, préstamo, arriendo de bienes, sean muebles, semovientes ó raices que exceda del valor espresado, sin prévio conocimiento del Jefe de Policia.

Art. 4º El Escribano que procediese á autorizar algun contrato de la calidad referida, sin una constancia de haber sido visado por el Jefe de Policia, será arbitrariamente castigado.

Art. 5º Ninguna persona, sea extranjera ó de la República, tendrá opcion á reclamar contra cualquier contrata que tenga con los comprendidos en el articulo anterior, sin que antes haya precedido el consentimiento de la policia.

Art. 7º No podrán servir de testigos en ningun instrumento público ni privado, asunto ni causa civil ó criminal, escepto en los casos de grave urgencia en que no se encuentre otra persona hábil, y despues que el jefe de policia sea certificado por un facultativo de confianza de hallarse en disposicion de que su juicio se haya restablecido algun tanto.

Art. 8º Sus esposiciones no harán fé en juicio, sinó despues de obtenido el consenso del jefe de policia, á virtud del reconocimiento respectivo que mandará practicar de su estado y capacidad etc».

Y este decreto brutal y atentatorio, fué cumplido en la cabeza de los que fueron sospechados como contraventores á él.

El que haya viajado alguna vez por las desgraciadas provincias del Interior, habrá sentido el corazon conmovido más de una vez, por la leyenda popular de aquellos tiempos desventurados, donde siempre ha habido un fraile Aldao, menos que él, menos impio, pero igualmente sanguinario y feroz.

Porque aquellas pobres provincias, desde entònces, hasta época muy reciente, han vivido siempre bajo la punta del puñal ó la lanza de algun caudillo.

Là vida y atrocidades del fraile Aldao no pueden encerrarse en un solo capítulo, pues ella da vasto é interesante tema para un libro voluminoso.

La muerte de este bandido fué un justo castigo del cielo, que se reprodujo más tarde en la feroz doña Maria Josefa Ezcurra.

Preso y procesado por sus inmensos crímenes, el fraile Aldao fué atacado de dos enfermedades tremendas.

La descomposicion del cuerpo y el delirium tremens.

Los sufrimientos de este bárbaro eran espantosos.

El delirio hacia desfilar ante su imaginacion febriciente, los cadáveres ensangrentados de todas sus víctimas, danzando en horrible confusion.

Otras sentia sobre su cuerpo la presion de las heladas manos de aquellos cadáveres, que querian llevarlo consigo á recibir el eterno castigo á sus delitos.

Entónces aquel miserable se ponia á llorar como un niño, dando alaridos terribles y suplicando à los centinelas no se alejaran de su cama.

Otras veces su delirio le hacia contemplar á las mujerzuelas que habian contribuido á aquella decrepitud prematura, brindándole con vasos llenos de sangre y con cráneos llenos de vino.

Y el fraile Aldao disparaba de estas visiones para caer en otras peores todavía.

Su cuerpo enfermo empezó á cubrirse de llagas horribles que fueron convirtiéndose en úlceras nauseabundas, que empezaron así á brindarle la muerte bajo la forma más tremenda.

Aquí empezó la verdadera espiacion de este gran miserable.

Devorado por las úlceras, sus sufrimientos se hacian cada vez más insoportables.

Su rostro se habia convertido en un inmenso cáncer lleno de insectos que devoraban su centro putrefacto y sanguinolento.

Sus delirios asumian formas atroces.

Los cadáveres de sus víctimas se le aproximaban entónces armados de fierros enrojecidos para con ellos revolver la inmensa llaga que se estendia ya por todo su cuerpo.

Entónces el fraile Aldao se estremecia y empezaba á retorcerse en el suelo, golpeando furiosamente su cabeza, como un hidrófobo en su último periodo.

Y sin embargo este gran criminal, así mismo, no queria morir.

Tenia un terror pánico al eterno castigo y queria evitar la presencia del Ser Supremo aún á costa de aquella vida maldecida.

Asi fué muriendo poco á poco aquel facineroso, devorado por sus llagas y los insectos á ellas consiguientes.

La descomposicion de su cuerpo se produjo antes que la muerte, al estremo de que en sus últimos momentos no habia quien se atreviese á pasar á diez varas de su calabozo infecto.

Su agonia duró cuarenta y ocho horas, en las cuales no pudo recibir el más mísero socorro, por la razon que hémos espuesto ántes.

Este fuè el terrible castigo impuesto por la providencia al verdugo de Mendoza y demas provincias vecinas, castigo que debian haber recibido todos los hombres de aquella época única en nuestra historia.

El fraile Aldao fué el más terrible de los sicarios de Rosas.

—

El General Oribe no le fué en zaga.

Aunque no tenia tan arraigados como aquel, los vicios de la crápula más rematada, era un bandido de una perversidad refinada hasta su último límite.

Ya hemos tenido ocasion de dar una muestra de la manera con que trataba á sus mismos prisioneros ó capitulados, como los del Quebracho.

Secundado con el cobarde Mariano Maza, sus maldades eran terribles.

Pueden juzgar de ellas nuestros lectores, por el siguiente parte que copiamos testualmente:

Catamarca, 29 del mes de Rosas de 1841.

¡Viva la federacion!

«Despues de más de dos horas de fuego, y pasando á cuchillo toda la infanteria, ha sido derrotada toda la caballería y el cabecilla solo huye por el cerro de Ambartis, se le persigue y pronto estará su cabeza en la plaza, asi como ya lo están las de los titulados ministro Gonzalez y Dulce y tambien la de Espeche, Gobernador que puso el Pilon.

(Pilon era el apodo con que los bandidos de Rosas designaban al General Lamadrid.)

»En fin, la fuerza de este unitario tenaz, pasaba de seiscientos hombres y todos han concluido, pues así les prometí pasarlos á cuchillo.»

Suyo:

Mariano Maza.

Este parte espantoso pueden hallarlo nuestros lectores en la *Gaceta Mercan-*

til del 6 de Diciembre del mismo año, de donde lo tomamos.

En esta misma *Gaceta* se encuentra la nota que con fecha 8 de Octubre del mismo año pasa Gondra, y en cuya nota se destaca el siguiente párrafo clásico:

«Así como la cabeza del salvaje Acha está puesta sobre un palo en el camino de Mendoza, de igual modo la de los salvajes Avellaneda, Gobernador de Tucuman y Casas, están en la plaza de Tucuman.

Adeodato Gondra».

De la muerte de este verdadero mártir de la tirania, el bandido Oribe en su célebre parte fechado en Metan, se ocupaba de esta manera:

«Márcos M. Avellaneda, titulado Gobernador General de Tucuman, Coronel José M. Videla, Comandante Lucio Casas, Capitan José Espejo, y Teniente Leonardo Souza, fueron ejecutados en la forma ordinaria, á escepcion de Avellaneda á quien le mandé cortar la cabeza, que será colgada á la espectacion de los habitantes, en la plaza pública de Tucuman.»

Hé aqui la manera con que los esbirros de Rosas procedian en nuestras provincias hermanas, tratando á sus habitantes como la mazorca trataba á los de Buenos Aires, en sus calles y plazas mas centrales.

El delito de no ser federal, habia que pagarlo con la cabeza.

Por su parte, los nuevos gobernadores de Tucuman, Catamarca y Corrientes, que querian mostrarse á la altura de la federacion más sangrienta, tiraban decretos tremendos, que hallamos en la *Gaceta* de 29 de Enero del 42 y 20 de Setiembre del mismo.

Para no fastidiar á nuestros lectores con tanta transcripcion, vamos á estractar los párrafos mas famosos de aquellos decretos brutales.

El artículo 5º del que espidió el Gobernador de Tucuman, dice:

«Todos los argentinos están autorizados á quitar la vida á los comprendidos en el anterior artículo (salvajes unitarios) en cualquier lugar del territorio de la República.»

El artículo 3º del que dió el gobernador de Corrientes, dice:

«Todo el que mantuviese correspondencia con los antedichos unitarios ó á favor de estos implorase la clemencia del Gobierno ó por algun medio se les probase adhesion á ellos, son incursos en la misma pena de muerte.»

El de Catamarca por su parte, queriendo ser aun mas bárbaro y mas esplícito, decreta:

«Considerando que es un crímen el mirar á los malvados y fascinerosos unitarios con clemencia, el Poder Ejecutivo, etc., etc.

Art. 1º Quedan proscritos para siempre y fuera de la ley, todos los individuos de uno y otro sexo que se hallen alistados en las filas de las dos divisiones de bandidos y salvajes inmundos unitarios.

Art. 2º Son comprendidos en el artículo anterior todas las personas de uno y otro sexo que hubiesen cooperado y prestado su influencia á los perversos asestadores del órden actual.

Art. 3º Será igualmente comprendido en el artículo 1º todo aquel que auxiliare, protejiere ó escondiese á alguno de los dispersos, debiendo dar parte inmediatamente que llegase á su noticia la presencia de un disperso etc., al juez ú oficial de su departamento.»

No queremos cerrar esta série de transcripciones, sin consignar la nota

insolente y bárbara, con que el célebre General don Prudencio acompañaba la cabeza del noble Castelli.

Hé aquí ese documento tan estúpido como brutal:

Al Sr. Juez de Paz y Comandante Militar de Dolores.

Chascomús, Noviembre 20 de 1839.

Con la más grata satisfaccion acompaño á usted la cabeza del traidor forajido, unitario salvaje Pedro Castelli, general en gefe de los desnaturalizados sin pátria, sin honor y sin leyes, para que la coloque en medio de la plaza á la espectacion pública.

«La colocacion de la cabeza debe ser en un palo muy alto, debiendo estar bien asegurada para que no se caiga y permanecer así miéntras el superior gobierno disponga otra cosa, debiendo transcribir esta misma nota á S. E. nuestro ilustre Restaurador de las Leyes, para su satisfaccion.—*Prudencio Rosas.*»

Como se ve, la influencia maldecida de Rosas llegaba hasta las provincias más lejanas, donde se cometian crímenes tan espantosos como los ejecutados en Santos Lugares, bajo la famosa vigilancia de Antonino Reyes.

La cadena de estos crímenes, principió en el bárbaro fusilamiento del señor Cullen, gobernador de Santa-Fé, que tuvo el valor de rebelarse contra las hostiles órdenes que recibia del tirano.

Esta fué la oleada de sangre, que partiendo de Santa Fé, llegó hasta la cabeza del mártir Avellaneda, padre de don Nicolás y del señor Márcos Avellaneda.

Apenas tuvo Rosas conocimiento de la muerte de don Estanislao Lopez, eterno gobernador de santa Fé, pensó en el reemplazante de aquella entidad funesta, que asegurara allí la influencia federal.

El general Lopez era ademas poseedor de la correspondencia íntima de Rosas, correspondencia que queria recoger á todo trance, pues entre ella habia cartas que lo comprometian, revelando sus más negros manejos políticos.

Nadie mejor para esto que el señor don Domingo Cullen, ministro del general Lopez, que debia estar en todos sus secretos.

Rosas escribió á Cullen y le envió un emisario para que aceptara el gobierno de Santa Fé donde él lo sostendria con todo el poder y recursos de Buenos Aires.

Pero el astuto tirano imponia á Cullen condiciones y compromisos que éste debia aceptar préviamente.

El primero y mas importante de todos era el de entregarle toda la correspondencia secreta que habia mediado entre él y Lopez.

El segundo, derogar una resolucion de la Sala de Santa Fé, que era la de mandar un representante que negociase con los franceses la cesacion del bloqueo para aquella provincia.

El tercero era simplemente el de uniformar su política con la de Rosas, es decir, instalar la mazorca en Santa Fé.

Rosas temia que, tratando con los franceses y protejido por estos, la provincia de de Santa Fé se escapara de sus garras, y de ahí surgia su empeño por derogar aquella resolucion legislativa.

La posicion de Cullen era vidriosa.

Negarse, importaba declararse en abierta oposicion con el tirano, y por consiguiente renunciar á su cabeza que caeria un dia ù otro.

¿Cómo aceptar, por otra parte, el pacto terrible que le imponia el tirano?

El señor Cullen salvó momentáneamente el apuro, aceptando todo y reservándose interiormente todo el derecho de proceder como su carácter se lo aconsejase.

Sostenido por Rosas, Cullen fué elegido gobernador, bajando á Buenos Aires, pocos dias despues de asumir el mando á conferenciar con Rosas, y trayendo parte de la correspondencia pedida, pues aún no la habia recojido toda.

Rosas recibió á su nuevo aliado de una manera fastuosa, alojándolo en su propia casa, y dándole á su despedida un banquete espléndido, como prenda de amistad y de alianza.

Engañado Cullen con la política de Rosas cuyas tinieblas no conocia, regresó á Santa Fé muy dispuesto á cumplir muchos de los puntos pactados, y en primera linea la resolucion legislativa de que hemos hablado.

Antes de derogarla, Cullen tuvo una conferencia con el Ministro Inglés Sr. Mandevile, quien le abrió los ojos haciéndolo desistir de todos sus propósitos.

Cullen se habia apercibido á tiempo del abismo á que iba á rodar.

Viendo Rosas que pasaban los dias y el gobernador Cullen no cumplia lo pactado, empezó á sospechar de él y le exigió la inmediata derogacion de aquella ley, á lo que Cullen no accedió alegando diversos pretestos.

Era esto lo único que se necesitaba para atraerse inmediatamente la cólera del tirano.

Fulminó contra Cullen todas sus iras y anatemas, declarándolo salvaje unitario, y poniéndolo por consiguiente fuera de toda ley.

No tardó el desgraciado Cullen en esperimentar todo el peso de aquel ódio infernal.

Puestos en juego todos los recursos del tirano, y movidos hábilmente los hombres que allí le permanecian leales, estalló, cuando ménos se pensaba, una revolucion contra Cullen.

Vana fué toda resistencia y toda lucha.

La revolucion estaba apoyada con elementos poderosos, y Cullen tuvo que caer, reemplazándolo el Gobernador Ibarra, amigo íntimo de Cullen.

Ibarra, léjos de perseguir al amigo caido, lo albergó en su casa, protegiéndolo contra los furiosos revolucionarios que pedian su cabeza.

Pero la sola caida de Cullen, no bastaba á saciar la venganza del tirano, que queria á todo trance la cabeza del salvaje unitario Cullen.

Y solicitó de Ibarra su entrega, para castigar ejemplarmente el delito de alta traicion de que lo acusaba.

Pero Ibarra que era un hombre leal con sus amigos y que algunos servicios debia á Cullen, se negó á entregarlo diciendo que harto castigado estaba, y siguió teniéndolo en su casa.

Pero no era Rosas hombre de renunciar así á dos tirones á una venganza acariciada.

Viendo que nada conseguiria con sus pedidos, empezó á tramar una intriga que le diera por resultado la posesion de la cabeza de Cullen.

Con la infernal habilidad que para la intriga tenia, envió á Santa Fé emisarios secretos, sin más objeto que ganarse á fuerza de dinero y promesas) al secretario de más confianza del Gobernador Ibarra.

Ya Rosas habia escrito á éste, preparando el terreno, que no se descuidara porque sabia que Cullen preparaba una contra-revolucion.

Pero Ibarra no creyó el aviso, sospechando que lo que Rosas queria era la entrega de su huésped.

Contestó, sin embargo, que agradecia la noticia y que estaria sobre aviso.

Preparado así el golpe, Rosas hizo falsificar una carta de Cullen al secretario comprado, invitándolo para traicionar á Ibarra, á quien matarian en el primer momento para mejor èxito de la revolucion.

Esta carta, admirablemente falsificada, debia ser presentada á Ibarra por su mismo secretario, añadiendo datos verbales que no dejarian la menor sombra de duda en el espíritu del Gobernador.

Y así sucedió fatalmente.

Ante aquella carta, que era indudablemente de puño y letra de su amigo, ante las revelaciones de su íntimo secretario, que coincidian con los avisos de Rosas, Ibarra tuvo un desencanto doloroso y una indignacion terrible.

No tuvo ni siquiera el coraje de interrogar á aquel á quien creia un miserable que le preparaba el puñal de los asesinos, en págo de la hospitalidad recibida.

Y lo mandó sacar de su casa y encerrarlo en la cárcel.

El desgraciado Cullen, por màs que torturaba su espíritu, no podia esplicarse cambio tan repentino.

Era indudable para él, que alguna intriga habia de por medio, pero necesitaba conocerla para justificarse y destruirla.

Pidió hablar con el gobernador, pero este ni siquiera se dignó contestarle.

¿Para qué renovar la herida que aquel desencanto habia abierto en su corazon?

En esta situacion vino una nueva nota de Rosas pidiendo á Ibarra remitiese á Cullen á Buenos Aires para juzgarlo.

Y aquel, que no se sentia con fuerzas suficientes para hacer juzgar y castigar al amigo traidor, fué débil y lo mandó entregar á los agentes de Rosas.

Cuando Cullen supo esto, no le cupo ya duda de que se trataba de alguna hábil intriga, y que entregado á Rosas moriria de una manera horrible.

Y solicitó por última vez una conferencia con su amigo.

Pero este llevó su inflexibilidad hasta la más extrema dureza, negándose terminantemente á hablar con él.

El desgraciado Cullen fué conducido hasta el Arroyo del Medio con toda consideracion.

Allí los agentes de Ibarra lo entregaron al Edecan de Rosas, Pedro Ramos, que lo esperaba con alguna fuerza.

Ramos llevaba instrucciones terminantes y órdenes ineludibles de Rosas, para proceder desde el momento en que se recibiese del preso.

Fué desde entónces que empezó el martirio del señor don Domingo Cullen.

Así que lo recibió en su cuartel, Ramos le remachó una barra de grillos, notificándole que se preparara á morir porque iba á ser fusilado.

– Pero ¿cual es el motivo de mi muerte? preguntó.

Por lo ménos tengo el derecho de saber por qué se me fusila.

—No me lo ha dicho el ilustre Restaurador, respondió Ramos secamente, y nada puedo responder yo.

Prepárese pues, que lo voy á fusilar.

Pensando en los seres queridos que dejaba sobre el mundo, pidió útiles y permiso para escribir algunas cartas, pero todo le fué negado.

—No tengo órden de darle otra cosa que un confesor, si lo quiere, dijo Ramos, y basta de jeremiadas que no estoy para aguantarlas.

Cuando los que lo habian acompañado hasta alli se prepararon á regresar, Cúllen llamó al oficial y le dijo de una manera severa:

Dígale á Ibarra que no sé porqué causa me ha entregado á mis verdugos, aunque me supongo que todo será obra de una intriga infame.

Que yo lo perdono, pues estoy convencido que ha obrado como un instrumento ciego, porque harto castigado estará cuando reconozca toda mi inocencia!

Iba Cùllen á seguir hablando, cuando el sable del oficial de guardia, cayendo sobre su cabeza, le cortó la palabra.

Cúllen se resignó entónces á correr su mísera suerte, y enmudeció desde aquel momento, siquiera para evitar que lo maltratasen como ya lo habian hecho.

.Desde aquel momento, solo desplegó los lábios para aceptar al cura de San Nicolás, que le ofrecieron para que lo ayudara à bien morir.

Tremendo trance es morir de aquella manera impotente, en medio de un porvenir risueño y una naturaleza que brinda la esperanza de vivir largos años.

Pero es más terrible y desconsolador el trance, cuando se apura léjos de los séres que mas se quieren, y sin el consuelo de dejr siquiera, una palabra, un consejo para los hijos!

El señor Cúllen fué asi fusilado, veinticuatro horas despues de llegar al Arroyo del Medio, sin que sus verdugos quisieran darle, á pesar de los ruegos del sacerdote, un vaso de agua que pedia con ademan desesperado, porque la sed lo enloquecia.

Su muerte fué penosa, porque no se le fusiló militarmente, sinó á balazos, que sus asesinos podian tirarlo á voluntad.

El, moribundo, suplicó se le hiciera una descarga para morir prontamente.

Pero entónces el edecan le comunicó que cumplia las estrictas órdenes del gran Restaurador.

¡Pobre Cúllen! sin tomarse el trabajo de quitarle los pesados grillos, fué abandonado allí su cadáver, que hubiera servido de alimento á las aves y animales salvajes, sin la piedad de aquel noble cura, que lo sepultó esa misma tarde.

Para los que puedan dudar de este hecho inicuo, hé aquí el parte que con tal motivo pasó el Edecan Ramos:

¡Viva la Confederacion Argentina!
¡Mueran los salvajes unitarios!

Arroyo del Medio, Junio 22 de 1839.

Al Exmo. señor Gobernador y Capitan General, nuestro ilustre Restaurador de las leyes, Brigadier D. Juan Manuel Rosas.

Excmo. señor:

Recibí del Teniente Coronel Graduado y Edecan del Excmo. señor Gobernador y Capitan General de la Provincia de Córdoba, el reo de lesa Nacion unitario Domingo Cùllen, y en virtud de las órdenes de V. E. fué fusilado, habiendo recibido los auxilios espirituales por el señor sacerdote de San Nicolás, D. Ramon Gonzales Lara.

Dios guarde la importantísima vida de V. E. muchos años.

Excmo. señor– *Pedro Ramos.*

Habiendo impuesto lijeramente al lector de lo que sucedia en las provincias del Interior, bajo el sable de los tenientes de Rosas, volvamos á los grandes crímenes de que era teatro Buenos Aires.

ASESINATO DE MONES RUIZ

El furor de los degüellos era creciente siempre.

Y la sociedad, aterrada con aquel sistema de gobierno que amenazaba prolongarse hasta no dejar con vida ni una cabeza unitaria.

Cada dia eran diez ó doce personas conocidas, cuya vida habia sido arrancada por el puñal de la mazorca.

El jorobado Zapata, hombre estimadísimo por su ilustracion y honradez, habia sido degollado á pesar de su persona inofensiva y agena á la politica.

Zapata vivia de dar lecciones de aritmética, porque el comercio estaba muerto en Buenos Aires para todo el que no era un federal furioso.

Pero Zapata no pudo dar un dia la suma que le exigió uno de los jefes de la mazorca y fué clasificado de salvaje unitario.

Una noche que se retiraba tranquilamente, de una de sus lecciones, fué detenido por un grupo de mazorqueros, que empezaron á darle de golpes.

—¿Por qué me pegan? preguntó el mísero. Me confunden acaso con algun otro?

—¿No sos el jorobado Zapata?

—Sí, pero en ello no hay delito.

—¡Que marche! que marche el unitario! gritaron los bandidos.

Y á pesar de sus protestas lo llevaron á golpes hasta el hueco de los Sauces.

Allí, sin mas trámite ni mas causa, fué degollado á cerrucho.

Muchos de aquellos hombres amenazados de muerte, resolvieron por lo menos vender cara la vida.

Entre estos puede figurar en primera línea un señor Paso, hermano de don Martiniano, perseguido por la sola cuenta del asesino Parra, Coronel de los ejércitos de Rosas, en premio de sus muchas maldades.

Prevenido Paso por un amigo, andaba siempre armado de un baston de estoque, que mas propiamente podia llamarse una espada envainada en un baston.

Una noche al ir á cerrar su botica fué asaltado por seis mazorqueros que puñal en mano le exijieron la entrega de la cabeza, como si solo se tratara de una droga cualquiera.

Habituados estos bandidos á no encontrar resistencia en sus víctimas habian penetrado á la botica y pensando ya en saquearla como si Paso hubiera sido degollado.

Pero estaba de Dios que aquella noche habia de ser de duelo para la mazorca.

El valiente Paso blandió en la mano su terrible estoque, y antes que los asesinos pudieran acudir á la defensa, cayó sobre ellos como una tormenta.

Y el primero que tuvo la desgracia de quedar á su alcance, rodó por el suelo con el corazon atravesado de una terrible estocada.

Los asesinos, con aquel ataque enérgico y terrible, se sobrecogieron sin saber qué partido tomar.

Pero animándose unos á los otros, cayeron sobre Paso lanzando gritos de muerte.

Sereno y avisor, Paso evitaba los golpes que le dirigian con admirable destreza, espiando un momento oportuno para dar otro golpe mortal.

El combate era rudo y fatigoso.

Habia que luchar contra cinco, è inponerlos pronto con otro golpe de muerte.

De otro modo, Paso seria muerto estenuado por la misma fatiga que empezaba ya á sentir.

Por fin se presentó el momento que con tanta paciencia espiaba desde el principio de la lucha.

Uno de los asesinos se descuidó, contando con que harto tenia que hacer la víctima contra cuatro verdugos.

Y este descuido le valió la muerte.

Rápido y firme, sin descuidar la defensa, Paso se tendió á fondo en una estocada habilísima y el segundo bandido rodó al lado del otro.

Al recobrar la guardia hirió á un tercero, decidiendo así el combate.

Cobardes por naturaleza, los asesinos retrocedieron y emprendieron la fuga en todas direcciones, dejando en la botica los dos cadáveres.

Era el primer caso de aquella naturaleza que sucedia en Buenos Aires.

El peligro, léjos de disminuir con esto, habia aumentado.

Dentro de media hora, ó antes tal vez, nuevos mazorqueros acudirian á la botica, llamados por los que habian huido, y el fin de la lucha no era difícil preveerlo.

Paso lo comprendió así, é inmediatamente huyó de su botica, yendo á esconderse á casa de un buen amigo.

Los asesinos no tardaron en llegar, reforzados con serenos, pero solo encontraron los dos cadáveres y los frascos de drogas para descargar sus iras.

Todo lo que no pudieron utilizar lo despedazaron, y salieron en seguida en busca de Paso, pero toda diligencia fué vana.

El boticario habia desaparecido.

En vano rodearon la casa y establecieron vigilancia · todo fué inútil.

Paso, entretanto, despues de permanecer más de un mes en casa de su buen amigo, pudo embarcarse para Montevideo, mediante un disfraz de gallego.

Fué el primer hombre que salvó la vida, merced á su entereza y su bravura.

El otro caso análogo que conocemos fué más interesante si se quiere, puesto que en él figura una dama.

—

Un señor Martinez que vivia al lado de lo que hoy se conoce por capilla del Cármen, y que antes tenia un nombre mas gráfico, fué clasificado de salvaje unitario, y señalado á la mazorca como es consiguiente.

El delito de Martinez era ser paquete y no usar bigote.

Martinez tenia dinero y sabido es que esta clase de víctimas eran las preferidas por aquellos asesinos siempre ávidos de robo.

Sabiendo Martinez que estaba sentenciado, y no pudiendo fugar por el momento, se resolvió á no salir á la calle, y en caso de ser atacado en su casa, defenderse hasta donde le fuera posible.

Martinez era casado con una dama tan enérgica como él mismo.

Quiso hacerla salir á casa de unos parientes, para evitarle algun espectáculo terrible, pero ella, con una arrogancia que no es estraña á la mujer criolla, declaró que, desde que habia peligro, no se moveria de su lado.

—No temo á la mazorca, agregó cariñosamente, y no he ligado mi vida á la tuya para abandonarte cuando hay peligro de muerte.

Era proverbial en el barrio la union de aquel matrimonio, para quien la existencia era una eterna luna de miel.

Conociendo íntimamente á su consorte, Martinez no insistió más y se dispuso á afrontar el peligro cualquiera que fuese.

Desde que supo que la mazorca rastreaba su cabeza, se proveyó de cuatro pístolas de gran calibre, y de un puñal de hoja segura y fuerte.

Con aquellas armas y atrincherados en su casa, los esposos Martinez podrian defenderse hasta de veínte hombres.

Siendo seguras las paredes, apenas caia la tarde, cerraban cuidadosamente la puerta de calle, no dejando más que una sola luz prendida: la de la sala.

Allí dormian, pues querian estar prontos á la primer señal de alarma.

Martinez presumia que en caso de ser asaltados, lo serian durante la noche, y dormia con todas las armas cargadas, y prontas para entrar en combate.

El barrio era apartado y por consiguiente no seria de temer que los asaltantes recibieran refuerzo.

Como lo esperaba, una noche á eso de las once llamaron fuertemente á la puerta.

Los gritos de ¡mueran los salvajes unitarios! abran á la sociedad popular restauradora! no les dejaron duda de quiénes eran los visitantes.

Era la mazorca, que sabiendo que no

habia en la casa más que los esposos Martinez y tres criadas viejas, caía en escaso número.

—¡Esperen un momento! gritó Martinez desde la sala, que ya voy á abrir.

Y miéntras los esposos se preparaban, los asesinos se dejaban caer de los caballos, repiqueteando la puerta con el cabo de los facones.

En dos minutos, Martinez y su señora estuvieron listos.

Apagaron la luz y tomando cada uno un par de pistolas, salieron al zaguan.

La oscuridad era total.

Viendo que no se les abria pronto, los asesinos empezaron á golpear de una manera desaforada, salpicando los golpes con palabrotas y amenazas de las más federales.

Martinez se acercó á la puerta, tomando la derecha, y descorrió los pasadores.

Su esposa quedaba á la izquierda, con una pistola en cada mano, y pronta á hacer fuego.

—¡Empujen nomás! gritó Martinez—y los cuatro ó cinco asesinos abrieron la puerta de golpe, colándose al oscuro zaguan.

Inmediatamente brillaron dos relámpagos seguidos de dos poderosas detonaciones y uno de los asaltantes cayó lanzando terribles alaridos.

Tan inesperado y brusco fué el ataque que los demás asesinos quedaron estáticos en el umbral de la puerta.

El terror de que eran presa, fué hábilmente aprovechado.

A la voz de ¡ahora! dada por Martinez, lucieron otros dos fogonazos, otros dos estampidos estremecieron las paredes del zaguan, y otro de los asesinos rodó por la vereda, retorciéndose en convulsiones terribles.

Habia recibido en pleno pecho uno de aquellos enormes proyectiles.

Como si hubieran visto un ejército, los otros saltaron à caballo con tal precipitacion y echaron á correr de tal modo, que un par de minutos mas tarde no se percibia ni el rumor de los caballos.

Martinez sacó él mismo á la calle el cadáver que habia quedado en el zaguan y volvió á cerrar la puerta.

En seguida cargó nuevamente las pistolas y se preparó á repeler un segundo ataque, esta vez desde la azotea.

La señora estaba tan tranquila como él mismo.

Pensando en el chasco que habian llevado los asesinos, acariciaba gentilmente á su esposo, haciéndose presente que la prudencia aconsejaba huir ahora.

—Ellos han de volver, pero con lo que les ha pasado, serán más numerosos y precavidos.

Martinez cedió á los ruegos de su jóven esposa, y antes de que amaneciera el dia, despues de recorrer los alrededores, salieron de la casa á buscar refugio en la de un amigo de confianza no sin llevar en la cintura las enormes pistolas.

Como su esposa lo preveia, la mazorca volvió á la tarde siguiente, en numeroso grupo.

Pero solo halló los muebles de la casa en que satisfacer su venganza.

Los pájaros habian volado.

La casa fué saqueada y roto todo aquello que no pudieron robar, teniendo que regresar sin haber podido vengar á los compañeros.

Dos dias despues, y disfrazados de marinos, los esposos Martinez se embarcaban por el muelle á las once de la mañana y mientras con mas ahinco se les buscaba en la ciudad.

—

Para mejor remontar su ejército con buenos soldados, Rosas habia inventado un procedimiento que no podia dejar de darle soberbios resultados.

Las personas de fortuna que no eran unitarias, pero que tampoco podian clasificárselas de federales, eran reducidas á prision por sospechosas.

Como caer preso importaba casi siempre una sentencia de muerte, el terror se apoderaba en seguida de estas personas, elegidas siempre entre la primera sociedad.

Para obtener su libertad, estas personas tenian que entregar un número de personeros que variaba entre dos y cincuenta.

Bien entendido, por supuesto, que el personero que desertaba debia ser reemplazado por cuenta del que lo puso á quien volvian á aprehender.

De entre la larga lista que figura en el Archivo de Policia, bajo esta carpeta: «Unitarios tomados para el servicio de las armas y número de individuos puestos en su reemplazo», entresacamos los siguientes conocidos nombres, el número de personeros que tuvieron que dar por su libertad.

Mamerto Mones Ruiz y Antonio Mones Ruiz, 4 personeros; Ramon Diaz, cuatro; José Maria Bustillos (hoy general) dos; Miguel Jaime Sarrachan, diez; Manuel José Cobos, veinte; José Fernandez, veinte; y Antonio Cabral cuatro.

Ignacio Fernandez diez; José Gregorio Acuña, gran savaje unitario *cincuenta*; y otros *cincuenta* el insolente salvaje Bartolomé Gorondona.

Bonifacio Salvadores, cinco y dos mil pesos, y Tiburcio Fernandez diez y cuatro mil pesos.

Doctor Ascola veinte, Silverio Ponce de Leon veinte, Juan Maria Gutierrez diez, Sinforiano Huertas diez, Manuel Aldame diez, Manuel Larguero diez, pero siendo un furioso unitario y amigo de Lavalle, fué ejecutado á cuchillo en 17 de Julio

Ramon Sotelo diez, Santiago Sotelo, diez, Juan Madrid veinte, Crispin Peralta veinte y Santiago Albarracin veinte.

Podriamos copiar centenares de nombres, pero la lista seria demasiado larga, siendo bastante los nombrados para dar una idea del procedimiento.

Y antes de concluir este curioso capítulo, vamos á transcribir la siguiente carpeta, que es de las mas curiosas en el Archivo de Policia:

«Relacion de unitarios que deben ser espiados y otros aprehendidos y remitidos á la cárcel pública:

El doctor Ascola á la Policia, el abogado Campos á la cárcel, el doctor Ibarbás idem, José Maria Gallardo idem, Angel Molino Torres idem, el clérigo Agüero á la Policia, Gregorio Gomez Orcejo á la cárcel, el clérigo Gregorio Gomez á la Policia, José Julian Arriola á la cárcel, Ambrosio del Molino Torres idem, Miguel Azcuénaga idem, y José Riso idem.

Al doctor Cernadas se le prevendrá que no puede usar la divisa federal y que marche en el término de tres dias, desterrado á la estancia de don Juan J. Viamont, de la que no podrá alejarse á mas de dos cuadras, ni podrá tampoco tener correspondencia ni por escrito ni ni por palabra con persona alguna, sin prévia órden superior.

Gervasio Armero, á la cárcel, incomunicado, debiéndosele interrogar sobre la complicidad que tenga con el unitario salvaje y traidor Gregorio Tagle.

Juan Fernandez (médico) y su hijo, espiarlos, como tambien á los salvajes Juan N. Fernandez, Pedro Hernandez, Agustin Herrera, Miguel Jordan, Cárlos Lamarca, Benito Llorente, Lorenzo Melgar, Juan J. Martinez, Antonio Martinez, Antonio F. Fonte, Juan M. Fonte, Nicolás Fonte, Luis R. Machado y Vicente Mañay,.

Ladislao Martinez y el doctor Medina á la cárcel.

Los tres Nazar, cuñados de Vidal,

espiarlos, como tambien á Ignacio Nuñez, Fernando Otero, José M. Obleros, Manuel Pinedo, Mauricio Pizarro, Blas José Pico y Olallo Pico.

José M. Riglos á la cárcel, José Somalo é hijo espiarlos, Miguel Sanchez y José M. Salvadores y Angel Salvadores, idem, Márcos Salas y Gregorio Silva Ceballos idem.

Gregorio Tagle, á la cárcel, Victorino Sanchez y José M. Zelaya espiarlos, Salas, corredor intruso idem, Rafael Saavedra idem.

Al montevideano Solsona, espiarlo, como así mismo á Jorge Terrada, Beltran Terrada y Natal Torres.

Al alcalde del partido de San Pedro, Alfonso Ramarle, decirle de parte de S. E. que estraña mucho que un federal como él, tenga comunicacion y visita con un pícaro como Miguel Azcuénaga.

Y se le advierte para que en adelante no tenga relacion con semejante canalla unitaria.

A Villegas la misma órden que á Cernadas.

Hacer espiar las casas de Valentin Gomez, de Zenon Videla y Yaques, compañero de este último.

Castañon y su hijo á la cárcel, Pablo Gomez y Mariano Salas idem.

A la cárcel tambien los unitarios Mariano Salas, Agüero, sobrino del clérigo, Plácido Viera y Manuel Arroyo.

Espiar á los unitarios José Arroyo, Matías Seguí, José M. Aparicio, Ramon Amoroso, Féliz Alzaga, Gregorio Arellano, Pedro Agrelo, Dionisio Vayo, Bustillos hijo, Mateo Vidal y Domingo Vanegas.

Luis Vega y Vicente Echavarria á la cárcel y espiar á José M. Coronel, Marcelino Carranza, Epitacio del Campo, Dàmaso Campos y Clemente Cueto.

Los dos Garmendia, á la cárcel, Dorrego espiarlo, Dominguez espiarlo, Pedro Escribano y su hijo idem, Pedro y José M. Echenagucía idem.

Lista, sobrino de Viamont á la cárcel, Cárlos Lamarca y José M. Riglos idem.

Al unitario Azcuénaga, ponerle grillos, Manuel Carreras y el paquete Osna á la cárcel.

A la mujer de Despui, intimarle que marche precisamente en el paquete *Agustina.*

A la hermana de Armero, què cuando vaya á la cárcel la metan dentro y al alcaide tambien.

A Arriola prevenirle que tiene su quinta por prision en la que debe permanecer durante dos meses.

Vencidos estos, tendrá la ciudad por cárcel, de la que no podrá salir mas que hasta su referida quinta, hasta nueva resolucion del Gobierno.

Que tenga entendido que, en lo más mínimo que vuelva á cometer contra la causa Nacional de la Federacion, contra su libertad é independencia, ó contra la marcha del Gobierno, será castigado con toda severidad, y hasta con la última pena si fuera necesario.

Mariano Moreno á la cárcel, Tiburcio Fernandez idem, á Sanchez el Comisario Pagador, la misma órden que á Cernadas.

Al Jefe de Policia que pase á recibir órden superior sobre lo que debe hacèrse respecto á la mujer del salvaje unitario Rica, que segun parte del Juez de Paz de Dolores se halla en esta ciudad.

Prevéngase al unitario Juan Roballe que entregue mil quinientos pesos y seis personeros para soldados.

Vigilar en sus casas hasta nueva órden, á los salvajes unitarios Mariano Drago, Francisco y José Marìa Gutierrez, el doctor Vejiga Viola, el hijo de Castillote, Antonio Somellera, el loco Suarez, el cordobés Castellanos, y Ramon Santa Cruz.

Todas estas órdenes, instrucciones y otras que no publicamos por no cansar al lector, se hallan escritas del puño y letra del mismo Rosas.

Vengamos ahora el asesinato del señor Mones Ruiz, respetable y antiguo comerciante.

—

Era don Antonio Mones Ruiz, un hombre de gran carácter y de una rectitud á toda prueba.

Como él no se mezclara para nada en los sucesos políticos, nada temia de la reinante mazorca ni creia pudiesen meterse jamás con él.

Todo lo que pertenecia á Rosas le merecia el más profundo desprecio, desprecio que no se tradujo jamás en hechos ni manifestaciones, por el peligro que pudiese correr su familia.

Mones Ruiz tenía una fortuna bastante en aquella época, para no necesitar de nadie y vivir con entera independencia.

Aunque él vivia en ese retiro, no sucedia lo mismo con sus dos hijos Antonio y Mamerto, jóvenes llenos de patriotismo y entusiasmo, que pertenecian al círculo de los unitarios más consecuentes y tenaces.

Mamerto, sobre todo, llevaba su entusiasmo juvenil hasta hacer demostraciones que en aquella época solian costar fácilmente la cabeza.

El señor Mones Ruiz solia amonestar á Mamerto, recomendándole más prudencia y recato.

Pero cuando se tiene diez y ocho años, la prudencia se echa á la espalda porque á uno le parece poderlo todo superar.

El señor Mones Ruiz tenia tambien hijas mujeres, pero estas no salian del hogar, para no ponerlas en contacto con aquella terrible atmósfera de sangre y de crímenes de toda especie.

Ningun federal se habia metido hasta entonces con el señor Mones Ruiz, generalmente estimado.

Fué en el año 39, cuando tuvo su primer dificultad, dificultad que lo llevó hasta la tumba.

En aquel año, por el mes de Rosas, el tirano habia hecho levantar suscriciones populares, para reclutar soldados contra Lavalle.

Su ejército era bastante fuerte, pero aquel era un medio que, además de soldados, debia proporcionarle ocasion de mortificar à todo aquel que no fuese un federal declarado.

Las comisiones encargadas de recolectar fondos se dedicaron á su tarea, acudiendo con preferencia á los hombres ricos cuya situacion política no estaba bien definida.

Todos contribuyeron.

¿Cuál era el valiente que por no contribuir con un personero se esponia á cargar con la clasificacion de salvaje unitario?

Una de aquellas comisiones se presentó un dia en casa de Mones Ruiz, situada en la calle de Cangallo, donde hoy está la confiteria de Godet.

Iba à pedirle contribuyera con un par de soldados, ó alguna suma de dinero, para combatir á Lavalle.

Ya hemos dicho que Mones era un hombre de gran carácter, para cuyo corazon bien templado el miedo era un misterio.

Recibió á la comision amablemente, pero, con una entereza fenomenal para la época, se negó á contribuir con un solo centavo.

—Para la paz, les dijo, todo cuanto poseo está á disposicion del Gobierno.

Para la guerra, me niego redondamente.

Amo demasiado al país para contribuir á que se siga ensangrentando.

Amigos suyos, algunos de los que formaban la comision, le hicieron notar que aquello era una imprudencia.

—Déjese de caprichos, don Antonio, y apúntese en la lista.

Aunque usted no sea un federal, todos saben que tampoco es un unitario.

No se comprometa entónces haciéndose clasificar de enemigo del Gobierno.

—¡Es que yo no puedo obrar contra mis sentimientos!

No quiero contribuir para que los argentinos se maten, y no contribuyo—hé ahí todo.

Como no tengo delito, no tengo que temer la clasificacion de unitario.

Ya saben que yo no me meto en estas cosas.

A pesar de todas las observaciones que se le hicieron, no quiso dar para la suscricion, despreciando los peligros que se le anunciaron.

Como era de esperarse, aquella negativa no podia quedar impune, y Mones Ruiz fué clasificado de salvaje unitario, clasificacion que se hizo estensiva á su hijo Mamerto, unitario de corazon como su hermano.

La accion policial no podia dejar de seguirse á la clasificacion.

Y así sucedió, cuando el comerciante creia que el incidente habia pasado así no mas.

A principios del año 40, una noche en que Mones Ruiz iba personalmente á cerrar las puerta de la calle, para mayor precaucion y seguridad, fué asaltado por una partida de serenos, que lo redujo á prision.

Mal negocio era el de caer preso en aquellos tiempos, cuando durante la noche no se oía en la ciudad otro ruido que el de las descargas con que en la cárcel se fusilaba á los prisioneros.

La partida penetró á la casa, de donde salia poco despues acompañada del jóven Mamerto Mones Ruiz.

Padre é hijo fueron conducidos al terrible cuartel de serenos, de que era jefe sombrío Nicolás Mariño.

Ambos fueron tratados federalmente, es decir con una buena dósis de golpes de sable é insultos de todo género.

Dos dias despues de llevar vida tan federal, se les notificó de órden suprema que, aunque eran unos salvajes unitarios, podian salir en libertad, entregando cada uno dos personeros para el ejército.

Era aquella la consecuencia de no haber querido contribuir á la suscricion popular contra Lavalle.

Apretado de aquella manera, el señor Mones Ruiz tuvo que aflojar los personeros, felicitándose de que la cosa no pasara de ahí.

Solo así consiguieron salir en libertad.

Pocos dias despues, el jóven Mamerto recibió una nota por la cual se le comunicaba que, habiendo desertado los dos personeros que habia puesto, tenia que reemplazarlos en el perentorio término de veinticuatro horas.

Fuese ó no cierta la desercion, no habia mas remedio que cumplir la órden, ó esponerse á que, en vez de dos, fueran diez los personeros que se mandaran poner.

Esto determinó al jóven Ruiz á emigrar á Montevideo, como ya lo habian hecho tantos otros.

Estaba clasificado de salvaje unitario y era preciso vivir alerta.

Desde entónces las pequeñas y grandes miserias empezaron á sucederse unas á otras, contra aquella familia.

Entre otras propiedades, Mones Ruiz poseia una casa situada en la calle de Maipú entre las de Temple y Tucuman.

Esta propiedad estaba alquilada á una familia francesa, honesta y acomodada.

Pero los franceses habian caido en desgracia y eran tan perseguidos como los mismos unitarios.

Se quería un pretesto para embargar los bienes de Mones Ruiz y repartírselos, y era esta la causa principal de la persecucion que se le hacia.

Con el pretesto de que en las habitaciones de la casa habia papeles celes-

tes y blancos, cayó allí una noche la mazorca, y empezó á destruir cuanto habia, despues de aplicada una buena paliza á los franceses de ambos sexos que la habitaban.

Al mismo tiempo se habia mandado decir á Mones Ruiz, que se presentara al momento en la casa á recibir órdenes sobre cambio de papeles.

Como en la órden se leia la palabra *inmediatamente* y el señor Mones Ruiz no estaba en su casa, su hijo Antonio, una criatura, se trasladó prontamente á la casa creyendo así evitar alguna desgracia.

En momentos que él entraba, los señores mazorqueros concluian de sacudir á los franceses la segunda tunda.

—Y tu padre? porqué no ha venido? preguntó al jóven el que parecia mandar á los bandidos.

—Mi padre no estaba en el escritorio cuando se recibió la órden, pero usted puede indicarme á mì lo que haya que hacer.

—Lo que hay que hacer es degollar á todos ustedes, por que son una manga de sabandijas, malditos unitarios!

¿Porqué tiene el salvage de tu padre este papel celeste en la sala?

El jóven, aterrado con lo que se le decìa, trató de disculparse del mejor modo que le fué posible, pero su inocencia solo sirvió para exasperar mas á aquellos miserables.

—Si hubiese venido tu padre, le dijo el famoso jefe, ya estaba degollado—y tú, para que no te metas á disculparlo ni á asumir su personeria, toma.

Y uniendo la accion á la palabra, principió á aplicarle sendos puñetazos y patadas.

El pobre niño lloraba alegando que ningun delito habia cometido, pero esto solo sirvió para que le doblaran la dósis.

Llorando de dolor y de terror, el pobre niño regresó á su casa refiriendo lo que le habia pasado.

El señor Ruiz evitó que aquella escena se repitiera, teniendo cuidado que en sus casas no hubiera cosa alguna de aquel color peligroso, y decidió emigrar tambien si aquella situacion aflijente no se modificaba.

Despues de esto, parecia que los habian dejado tranquilos.

O querian confiarlos con una fingida indiferencia para dar mejor el golpe de gracia, ó no encontrando motivo suficiente habian resuelto dejarlo tranquilo.

Así pasó todo el año 41, en que los degüellos y mazorcadas disminuyeron un poco, para empezar con más furia y encono desde los primeros meses del año memorable de 1842.

Una tarde de aquel funesto mes de Abril, en que los degüellos llegaron á su más terrible apogeo, se hallaba el señor Mones Ruiz sentado á la puerta de su casa conversando con su hijo Antonio.

Este jóven, que como lo hemos dicho ya, era una criatura, era el dependiente del señor Mones y su inseparable compañero.

El padre se lamentaba con el hijo de los horrores de que eran teatro las calles de Buenos Aires y le prodigaba sus cariñosos consejos para que evitara cualquier desgracia ó malquerencia.

—Parece que ya no se ocupan de nosotros, decia, y que nos dejan vivir en paz.

Vale mas así, pues de lo contrario hubiera sido necesario huir de aquí.

Así hablaban tranquilamente padre é hijo, cuando vieron que se detenia en la esquina un grupo de tres hombres de sospechosa catadura.

—Esos no andan con ninguna intencion cristiana, dijo á su hijo el señor Mones Ruiz.

Están vacilantes como el que medita una mala accion.

El jóven miró hácia el grupo, y aun-

que los que lo componian se habian atado la cara cuidadosamente para desfigurarse, el niño pudo conocer á aquellos hombres, uno de los cuales vive aùn y se ocupa de procurador.

El señor Mones Ruiz tenia ya la intencion de retirarse al interior de la casa, cuando aparecieron los hombres, pero la curiosidad de ver la direccion que tomaban, lo retuvo en la puerta de calle.

Aquellos hombres permanecieron largo rato parados en la esquina, sin que al parecer hubieran fijado la atencion en Mones Ruiz y su hijo, lo que alejó en ellos cualquier sospecha que pudieran haber concebido.

De pronto se pusieron en camino tranquilamente, en direccion á la casa de Mones Ruiz, sin mirar á los que aún permanecian en la puerta.

Todos ellos venian emponchados, lo que no era de estrañarse, pues el poncho era una prenda federal, sin la cual nadie se atrevia á andar.

Indiferente tambien, el señor Mones Ruiz pareció no haberse fijado en los que se acercaban y siguió conversando con su hijo.

Lentamente se aproximaron aquellos hombres como si fueran á pasar de largo, pero al llegar á donde estaba Mones Ruiz, su actitud cambió por completo.

Se detuvieron bruscamente delante de él y sacó cada cual de debajo de su poncho una pistola, de las llamadas de bala de onza, que traian ya amartillada y lista para el asesinato que iban á cometer.

Y antes que Mones Ruiz pudiese darse cuenta de lo que le sucedia, sin atinar á meterse dentro, siquiera, aquellos miserables apoyaron las pistolas en su pecho y dispararon sobre su corazon noble.

Aquella escena pasó como un relámpago.

Sin reparar en el niño á quien el hecho habia dejado estático, los asesinos apretaron el paso y desaparecieron rápidamente al volver la esquina de Suipacha.

El señor Mones Ruiz, llevó las manos al estómago, vaciló, y tarde ya, quiso retirarse precipitadamente de la puerta.

Y cruzó el zaguan con cierta rapidez, pudiendo llegar al patio.

Su desgraciado hijo, que al verlo caminar y murmurar algunas palabras, no pudo darse cuenta de lo terrible de aquella situacion, corrió al patio y quiso estrechar entre sus tiernos brazos al señor Mones Ruiz, preguntándole si no tenia nada.

Pero en aquel momento el padre, á quien solo un supremo esfuerzo de voluntad habia sostenido en pié, rodó por el patio arrojando un vómito de sangre.

Habia recibido dos de las balas en el centro del estómago y otra en el costado derecho.

Mones Ruiz se oprimia fuertemente la herida del estómago, que debia hacerlo sufrir horriblemente.

—¿Qué tienes, padre mio? preguntó con su voz cariñosa, ahogada por el llanto que lo sofocaba.

Y le quitó la mano del estómago.

Un chorro de negra sangre partió entónces del agujero abierto por las balas y bañó el rostro pálido del niño.

Espantado entónces, fijó la mirada llorosa en el rostro del padre y encontró aquellos ojos fijos é inmóviles, que la muerte empezaba á bañar de una capa vidriosa.

Lo llamó, trémulo, pero el moribundo no respondió.

Se estremeció de una manera poderosa, y quedó allí rígido como un cadáver.

Acababa de morir, sin haber podido pronunciar la más insignificante palabra

El niño entónces, dominado por la

tremenda situacion que empezaba recien á comprender, salió á la calle en demanda de auxilio.

Algunos vecinos que, como ellos, estaban á la puerta de la calle, habian visto cometer el crímen y se habian metido dentro, más que ligero, huyendo el bulto á igual suceso.

El pobre niño se encontró solo, desamparado, con el cadáver del padre.

Recien aquella criatura se daba cuenta de su horfandad y de la situacion desesperante en que quedaba.

Media hora despues, su hermano Mamerto venia en direccion á su casa á despedirse del padre, pues tenia arregladas sus cosas para volverse á Montevideo.

Dos cuadras antes de llegar, fué atajado por varios amigos, que le indicaron se volviera, pues su casa estaba rodeada por la mazorca.

—¿No ha sucedido nada? preguntó el jóven.

—No, pero si usted vá puede suceder alguna desgracia.

Sin duda es á usted á quien están esperando.

Ante semejante aviso el jóven se retiró y venciendo mil dificultades se fué á Montevideo.

Recien allí supo la sangrienta trajedia de que habia sido teatro su casa.

El jóven Antonio, por su parte, dándose cuenta de la situacion, empezó á comprender que era necesario sepultar aquel cadáver querido.

Pero ¿de quién valerse? cómo hacerlo?

Asesinado por la mazorca, Mones Ruiz habia quedado en peores condiciones que un virulento ó un leproso.

¿Quién se atrevia á acercarse á su cadáver para ser clasificado de salvage unitario?

En la casa no quedaban mas que sus hermanas, tiernas y delicadas niñas, que ninguna ayuda podian prestarle, y un sirviente que, tan aterrado estaba, que aún no se habia movido del sitio en que recibió la noticia.

Con un ánimo asombroso en su tierna edad el jóven Mones Ruiz salió en busca de un cajon, para colocar el cuerpo querido.

Y como mas próximo á su casa, se dirijió entónces al establecimiento fúnebre situado á la sazon frente á San Miguel.

Como era natural, dominado por la impresion terrible del triste suceso, lo primero que hizo fué referir al dueño de la cajoneria, la manera cómo su señor padre fué asesinado.

Fué esto lo bastante para que el negociante se negara á hacer la venta.

—Perdone, jóven, le dijo, pero yo no puedo venderle el cajon sin peligro de mi propia vida.

—Pero entónces ¿cómo entierro yo á mi padre?

—Difícil me parece: hay una órden que prohibe vender cajones para los individuos clasificados de salvajes unitarios, los que deberán ser enterrados por la autoridad en la zanja comun.

—¡Pero esto es espantoso!

—¡Y qué quiere que le hagamos! Si llegan á saber que yo le he vendido el cajon, ya puedo empezar á fabricar el mio—y yo tengo una familia numerosa, que quedaria espuesta á morir de hambre.

El jóven insistió, suplicó de todos modos, pero inútilmente.

El negociante no queria esponer su cabeza y el porvenir de sus hijos.

Los salvajes unitarios muertos por la mazorca quedaban en las condiciones de cualquier perro.

No habia negociante que les vendiera un cajon, fraile que les dijera una misa, ni amigo que lo acompañara á su última morada.

Los mismos hijos, sus consortes, sus padres, no podian honrar su memoria ni

aún con el miserable luto de sus cuerpos.

Cualquiera de estas faltas era castigada con el puñal de la mazorca.

El jóven Mones Ruiz se retiró de allí presa de la mayor desesperacion.

No teniendo cómo enterrar á su padre, al fin vendria la autoridad á arrancarle su cadáver que seria conducido á la fosa comun en un carro de la basura, y tal vez al lado de los perros que la Policia hacia matar á la madrugada.

Es difícil que ningun hombre haya pasado por situacion mas desesperante!

Conteniendo con grandes esfuerzos el llanto que lo ahogaba, el jóven regresó á su casa, sin sàber què partido tomar.

Allí lo esperaba como una tabla de salvacion en medio del naufragio, el vecino José Quinteros, amigo antiguo de la familia, que acababa de saber lo que sucedia.

El jóven Mones Ruiz se arrojó en sus brazos y le refirió lo tremendo de su situacion.

Al fin hallaba un seno amigo, sobre el que podria desahogar la pena que lo afligia!

Aquel hombre leal y honrado, consoló al jóven en cuanto le fué posible, y se ofreció á ir en busca de un cajon.

—Es preciso no decir una palabra acerca de la manera que ha muerto el amigo.

Diremos que ha muerto de viruela y asi nos venderán el cajon.

Yo voy á buscarlo.

Efectivamente, poco despues salia á la calle y ocultando hasta para quien era el cajon, consiguió que le vendieran uno, no sin vencer algunas dificultades.

Asi el jóven Mones Ruiz tuvo cómo acomodar el cuerpo helado de su señor padre.

Faltaba ahora lo mas difícil: la conduccion del cadáver á la Recoleta.

Otro vecino iba á prestarle aquel servicio inestimable.

Frente á la casa de Mones Ruiz, vivia un señor Dejean, dueño de una panaderia.

Por el solo hecho de ser francés, Dejean no estaba bien visto por la autoridad.

Pero, espíritu noble y bravo corazon, aquel hombre ejemplar despreció los peligros que provocaba y se trasladó á casa de su jóven vecino.

Dejean era un hombre cuya fortuna le permitia pasar una vida independiente y creia estar así á cubierto de toda necesidad.

Pero era precisamente su fortuna el aliciente que para perseguirle debia tener la federacion.

Así Dejean se hizo cargo del precioso cadáver y lo condujo él mismo al cementerio, sepultándolo como correspondia á una persona de posicion y de medios.

Al siguiente dia del asesinato y por consejos del mismo Sr. De jean, el jóven. Mones Ruiz se ponia al frente de los negocios de su señor padre, empaquetando y ocultando todos aquellos papeles que pudiese necesitar algun dia.

La mazorca no podia tardar en venír á trabar el embargo y era necesario estar preparado para que no se llevara algun papel de interés, y sobre todo algun documento de crédito.

Además de los artículos del negocio, habia en la casa, en las últimas piezas, un depósito de comestibles, destinados esclusivamente al consumo de la familia.

Esto era: arroz, azúcar, aceite y demás artículos de primera necesidad en una casa.

Con ellos, la familia de Mones Ruiz podia pasar un largo tiempo, sin necesitar de nadie.

Las consecuencias de los servicios prestados por Quinteros y Dejean, no tardaron en hacerse sentir.

La mazhorca acudió una noche en

tropel á casa de éste, è hizo lo que entónces era de práctica.

Despues de destrozar cuanto habia en la casa y como por via de prevencion dieron á Quinteros tal paliza, que lo dejaron por muerto.

Y como la persecucion siguiera al estremo de no poder salir à la calle sin recibir un susto, emigró á Montevideo, teniendo que abandonar familia é intereses.

Dejean fuè más feliz que su vecino, pues un amigo le previno que aquella noche la mazorca debia ir á su casa, á vengar el delito de haber acompañado el cuerpo del salvaje unitario Mones Ruiz.

Persona apreciadísima por sus bellas prendas personales, y muy bien relacionada, el señor Dejean ocurrió al Cónsul francès, en demanda de auxilio, por la noticia que se le habia dado.

Como los asesinatos á los franceses mas distinguidos que residian en Buenos Aires se repetian con aterrante frecuencia, los Varangot, Dupuy y tantos otros, el Cónsul francés mandó á la casa de Dejean, perfectamente armada, una guardia de ocho marineros, que al efecto hizo desembarcar de uno de los buques de guerra de su nacionalidad.

Esta guardia se alojó en el zaguan de la casa con órden de defender á todo trance la vida é intereses de aquel compatriota.

Esto, miéntras Dejean arreglaba sus cosas para partir á Montevideo, pues ya su vida en Buenos Aires corria gran peligro.

Conforme se lo habian anunciado, esa noche cayó á su casa la mazorca, en son de degollina y dando desaforadas voces de muerte.

Pero al hallar en el zaguan aquel peloton de marineros franceses, con aires de dar una batalla, tuvieron á bien retirarse, amenazando volver en mayor número para degollar á todos los esclavos del *guarda chanchos.*

Dejean no esperó esta vuelta.

Arregló sus asuntos á gran prisa, y bajo el uniforme de aquellos mismos marineros, se embarcó á bordo del buque de guerra al dia siguiente, que lo condujo á Montevideo.

De esta manera y gracias al enérgico apoyo de su Cónsul, el señor Dejean pudo salvar su cabeza.

Cuando la mazorca volvió á su casa no halló ni víctima ni marineros, contentándose con despedazar cuanto halló en la casa, como era natural, despues de robar todo lo que era de fácil conduccion.

La autoridad en seguida, declaró los bienes de Mones Ruiz, bienes de salvaje unitario, y naturalmente se echó sobre ellos con gran avidez, porque estos representaban un botin de primer órden.

Despues de embargado todo, se presentaron en la casa de negocio.

Registraron la casa pieza por pieza, embargando hasta los libros de comercio y papeles que el jóven no habia podido vender.

Todo lo del negocio y lo de la familia misma, fué embargado para venderse en remate público.

Revisando las habitaciones, los mazhorqueros dieron con el depósito de comestibles, destinado al consumo de la familia.

Precioso botin aquel, donde figuraban algunas cuarterolas y cajones de excelente vino!

El jóven hizo presente que aquello no debia formar parte del embargo, porque era lo único con que contaria la familia para vivir.

Pero esta observacion le costó un buen puntapié, advertencia saludable, pues le previno que no debia hacer observaciones.

Aquella canalla lo embargó y lo selló todo, sin perdonar el poco dinero que

habia quedado en un cajon del escritorio.

Lo único que quedaba en pié era un magnífico perro terranova, fiel compañero del señor Mones Ruiz.

Pero poco debia de durarles aquel recuerdo vivo del padre desgraciado.

Pocas noches despues, y solo por el placer de hacer daño, el magnífico terranova era degollado á la puerta de la casa.

Y no pararon aquí las miserias contra aquella familia de niños.

Burlándose del dolor de aquellas pobres niñas, todas las noches enviaban á la puerta de la casa, una media docena de negros descamisados y andrajosos que les daban música, de aquella música imposible y esclusivamente de la época, quemando al retirarse bombas en las ventanas.

Las niñas se encerraban en sus piezas para no oir aquel sarcasmo cobarde pero se les hizo prevenir que si no salian á agradecer las músicas, serian azotadas.

Y el jóven Mones Ruiz se veia obligado á salir á la puerta y dar las gracias á los que iban á burlar la muerte de su padre.

El 30 de Marzo, la autoridad decretó grandes luminarias en la ciudad, en festejo del cumpleaños del tirano.

Quién se hubiera atrevido á faltar á la consigna!

La mazorca recorria aquella noche todas las calles, con órden de saquear toda casa y degollar á los salvajes unitarios que hubieran tenido la insolencia de no iluminarlas.

Y el jóven Mones Ruiz, para evitar una desgracia á sus hermanas, tuvo tambien que iluminar la suya, festejando el natalicio del asesino de su padre.

En aquel mes, se desbordó la mazhorca de un modo terrible, haciendo aquel barrio teatro de sus cobardes hazañas.

La familia de Real, que vivia en la esquina de Cuyo y Artes, fué asaltada una noche y castigada de una manera feroz.

A las señoras se les cortó el cabello, pegándoles en la cabeza el célebre moño punzó, miéntras á los hombres se les golpeaba hasta dejarlos por muertos.

Las familias de Terrada, de Salas y de Molina Cascallares, que vivian Cangallo y Suipacha, fueron tambien asaltadas y castigadas de una manera brutal.

Se creia que muchas de ellas no podrian sobrevivir á los golpes recibidos!

A la casa del doctor don Julian Fernandez, acudia la mazhorca, afilando sus enormes cuchillos en un escalon de piedra de la casa.

Los hijos de Fernandez, mozos alegres y patriotas, habian sido señalados como salvages unitarios y la mazhorca iba allí á degollarlos.

Así lo decian á grandes gritos mientras afilaban los cuchillos.

La señora de Fernandez era una de aquellas matronas valientes y decididas, que ante la vida de sus hijos era capaz de pelear al mismo diablo, si este se hubiese presentado en trage de mazorquero, amenazando su vida.

Así es que en cuanto sintió las voces y supo de lo que se trataba, corrió á la puerta de calle y echó el cerrojo.

Adentro estaban sus hijos.

Nuestros lectores recordarán que en aquellos tiempos se cerraban las puertas de calle con una cadenita á cuyo estremo habia una bola.

La bola corria por una canaleta colocada en la otra hoja de la puerta que quedaba con una endija por donde podia introducirse bien una mano.

Pero la puerta no podia abrirse sin

cerrarla primero, para sacar la bola de la canaleta, á cuyo estremo se hallaba el agujero por donde salia.

Allí se plantó la valiente señora, miéntras sus hijos, avisados por ella, se salvaban saltando las paredes de la vecindad y pasando á otras casas.

Ciegos de ira los mazorqueros em pujaban la puerta, pero la cadena resistia y prometia resistir mucho más.

Los degolladores metian entónces la mano armada del puñal por la rendija, tratando de herir á la señora.

Pero ésta les oprimia el brazo entre las dos hojas de la puerta, evitando que fueran á herirla.

Un sudor frio bañó de pronto la frente de la noble dama.

La canaleta donde entraba la bola de la cadena empezaba á ceder, y en pocos momentos mas la puerta se abriria.

Es que todavia no tenia la certeza que sus hijos se hubieran salvado.

Por fin y despues de dos minutos largos como un siglo, vino una sirvienta y le dijo al oído:

—Los niños están ya á salvo, señora: hace mucho rato que saltaron la pared.

Aquella mujer valiente hasta la exajeracion, se retiró entónces de la puerta radiante de alegria.

—Ahora, les dijo, pueden ustedes entrar cuando la cadena ceda, me es indiferente.

Falta del sosten que le habia prestado su cuerpo vigoroso, la canaleta se rompió, abriéndose la puerta con gran estrépito al chocar sus hojas contra la pared.

La mazorca saltó al patio como la ola que salva el muro contra el que se ha estado estrellando largo tiempo.

Y el grito de ¡mueran los salvajes unitarios! se dejó oír de una manera tremenda.

La señora habia quedado allí de pié, sonriente y serena.

Miraba todo aquel aparato de muerte de una manera fria é indiferente.

Parecia que, salvados sus hijos, ella no corriese el menor peligro.

—¿Dónde están? preguntaban enfurecidos, blandiendo los cuchillos ante la fisonomia apacible de la señora.

—¿Dónde están quiénes? preguntaba ella tambien mofándose de los asesinos.

—Tus hijos! tus inmundas crias, salvajona! respondia el coro de energúmenos.

—Pronto, á cantar donde están ó te tocamos el violin.

—¿Mis hijos?

Oh! no se incomoden en buscarlos—no es el puñal de la mazorca que los vá á hallar á tiro!

—Miéntes, aquí están!

—Pues búsquenlos, búsquenlos á ver si los encuentran.

Aunque el valor se impone, y el valor de la señora de Fernandez habia dominado desde el principio á aquella chusma, era peligroso irritarla más.

Todos ellos se desparramaron por la casa, buscando en todos los rincones y despedazando muebles y cuanto hallaban al paso.

Pero las víctimas no parecian, y la señora seguia sus movimientos con su sonrisa burlona.

Ciegos de ira, vinieron sobre ella, exigiéndole que les habia de decir dónde estaban los jóvenes Fernandez.

—Ya les he dicho que están muy léjos de aquí—no se hagan ilusiones ni se tomen trabajos inútiles porque no los han de encontrar.

Los bandidos aquellos, reventando en despecho, se lanzaron sobre la señora y empezaron á golpearla furiosamente.

Y ella, como persona avezada al peligro, quiso defenderse en retirada, lo cual consiguió bizarramente, hasta llegar á la puerta de una pieza.

Pero allí fué acometida con mas encono, por la brava resistencia que habia

hecho, y recibió dos golpes que la postraron en tierra.

Como aterrados ante la accion cobarde que acababan de cometer, los asesinos se pusieron en retirada.

Ya no tenian qué hacer en la casa, puesto que todo lo habian despedazado ó robado, mientras buscaban á los jóvenes, que habian salvado la vida gracias á la entereza y valor de su señora madre.

--¡Vayan no mas! les gritó ésta aunque débilmente, pero lo que es á mis hijos, no los tocan ustedes—se han de quedar con las ganas.

Mazorqueros ¡bandidos!

Los asesinos oyeron esta palabra, pero no se atrevieron á volver.

El valor asombroso de aquella señora los habia dominado.

Solo de esta manera se esplica que no la hubiesen degollado como lo hicieron con algunas otras.

Dicen que Rosas nunca dió órdenes de degüello contra las señoras.

Sin embargo, la mazhorca no procedia nunca sin órden, y desde que sus miembros degollaban á tal ó cual persona, era porque habian recibido la órden.

Desde el fusilamianto del feroz Moreira, que hemos ya narrado con sus sangrientos detalles, ningun mazhorquero ni sereno se atrevió á degollar por su cuenta.

Temian correr la misma suerte del gran asesino.

Así es que se puede asegurar que todos los degüellos practicados el año 40 y 42 fueron ordenados por Rosas.

No se esplica de otra manera que los asesinos degollaran en la misma plaza Victoria á las 12 del dia, como al Dr. Zorrilla, y clavaran su cabeza en las rejas de la Pirámide, á la vista de los empleados de la Policia.

Ni se esplicaria tampoco que se hubieran atrevido á apuñalear al Presidente de la Cámara en su propio despacho.

Es que la mazhorca no era mas que el brazo con que Rosas heria á sus enemigos y á los que no lo eran.

La familia de Ureta, que vivia donde hoy es el Hotel de Roma, la de Villanueva y la de don Evaristo Villarino, fueron tambien asaltadas y azotadas.

En el Mercado del Plata, hueco conocido entonces por Plaza Nueva, para complemento de horror en que habian convertido aquel barrio, fué declarado federalmente depósito de muertos.

Allí se llevaban los cadáveres de los degollados durante la noche, para que el carretillero de la Policia los levantara al dia siguiente.

Allí fué conducido el cadáver del señor Nóbrega, padre de Cármen y de la noble Julia Nóbrega, donde permaneció una noche esperando la carretilla

Nóbrega habia sido asesinado en Barracas, de la manera que nos ocuparemos mas adelante, y transportado envuelto en un cuero hasta aquel paraje, para que su cuerpo sirviera de escarnio público.

Entretenidos en estos nuevos crímenes y azotainas, la mazorca dejó en paz á la desgraciada familia de Mones Ruiz, hasta que satisfecho su objeto, aquel miserable hizo cesar los degüellos, con aquel famoso decreto, que era una confesion tácita de ser él el autor de aquellos crímenes.

Hé aquí la parte más esencial de aquel documento dirigido al Jefe de Policia.

Como complemento de la prueba del hecho en cuestion, tenemos el decreto de Rosas, fecha 31 de Octubre de 1840, publicado en la *Gaceta* de 4 de Noviembre de dicho año.

Este documento clásico que lleva la sola firma de Rosas, datado en el partido de Moron y cuando en Buenos

Aires habia un gobernador delegado, es el reconocimiento espontáneo que el tirano hacia de sus crímenes.

Es el último grado de cinismo á que puede llegar un malvado, cuando se embriaga con el heroismo del crímen, porque sin duda Rosas se creia entónces un héroe, cuando al primer sonido de su voz, al primer signo de su voluntad, desaparecieron como por encanto los degolladores, restableciéndose el órden momentáneamente, y dando tréguas al pavor de que estaba poseida la poblacion entera.

Es necesario consignar los considerandos de este importantísimo documento, porque ellos encierran la condenacion de su autor, revelan su maldad, prueban su ignorancia, y lo presentan al mundo civilizado como el asesino impudente de sus compatriotas.

Dicen así:

«Considerando que cuando la provincia fué invadida por las hordas de los salvajes unitarios, profanada con su presencia, con sus atrocidades y sus crímenes, la exaltacion del sentimiento popular no podia dejar de sentirse bajo los terribles aspectos de una venganza natural.

«Que entónces no habria sido posible ahogarlas en un pueblo tremendamente indignado por tamañas perfidias, sin poner su heroismo, su lealtad y su patriotismo á una prueba incompatible con su propia seguridad.

«Que el ardor santo con que los federales se han lanzado contra sus enemigos al ver conculcados sus mas caros derechos por la traicion, ingratitud y ferocidad de los salvajes unitarios, indignos del nombre argentino y de la patria en que nacieron, será para siempre un testimonio noble del amor intenso de los federales á la independencia, y servirá para enseñar á los que obsecados se arrastrasen sobre las huellas del crímen.

«Que en esta tierra de órden, de libertad y de honor, no hay para los ciudadanos garantia más sólida que el respeto al dogma sacrosanto de la opinion pública, que ha proclamado la federacion de la República, la completa sumision á las leyes y la obediencia á las autoridades constituidas.

Pero que si es laudable una espresion tan ardorosa y vehemente de patriotismo, justo es tambien que un pueblo valiente, siempre dispuesto á todo lo que es grande y generoso, cuando acaba de afianzar sus derechos por una convencion honorífica con la Nacion Francesa, cesando con ella las diferencias que sirvieron de apoyo á los salvajes traidores unitarios, vuelva á gozar del sosiego y seguridad en que el Gobierno lo habia conservado á costa de fatigas inmensas, *para que la autoridad pueda contraerse esclusivamente á esterminar para siempre el bando salvaje de inmorales aventureros que infestan la República, y afianzarle su poder y ventura.*

«Por tales consideraciones, el Gobierno ha acordado y decreta:

Art. 1º Cualquiera individuo, sea de la condicion ó calidad que fuese, que atacase la persona ó propiedad de argentino ó estrangero, sin espresa órden escrita de autoridad competente, será tenido por perturbador del sosiego público y castigado como tal.

«Art. 2º La simple comprobacion del crímen, bastará para que el dilincuente sufra la pena discrecional que la suprema autoridad le imponga.

«Art, 3º El robo y las heridas, aunque sean leves, serán castigados con la pena de muerte.

«Art. 4º Las autoridades, etc. etc.

Firmado—

Rosas.»

«Rosas segun sus palabras, consideraba como *espresion laudable y ardorosa de vehemente patriotismo*, los crímenes que se cometian entónces por lo que él llamaba la *efervescencia popular*.

«Pero que cuando este pueblo valiente, añade, *acababa de afianzar sus derechos por una convencion honorífica con la Nacion Francesa, debia gozar del sosiego y seguridad en que el Gobierno lo habia conservado*.

«Es decir que Rosas confiesa que antes de esa convencion y del afianzamiento de esos derechos, era lícito lo que se ejecutaba por la *efervescencia popular*.

«El degüello, los asaltos, los insultos, el robo, el vejámen á las señoras, y cuantas felonias se cometian á pretesto de ese furor santo en que los salvajes unitarios habian puesto *á los patriotas federales*, eran actos lícitos, eran derechos lejítimamente empleados, eran obligaciones sagradas del patriotismo.

«Pero este paréntesis que Rosas hacia á esos horrendos crímenes con motivo de la convencion con el Emperador de los Franceses, era, segun lo dice el decreto, para que la autoridad pudiese contraerse esclusivamente á *esterminar para siempre* el bando salvaje de inmorales aventureros que infestaban la República.

«Vemos pues, que era solo una trégua al degüello, era un corto intérvalo que daba el tirano á los instrumentos feroces de sus crueldades para que estas volviesen á repetirse con mayor exageracion si era posible, rodeando al crímen de esos atavios infernales que hacen temblar de pavor, y cuyos caractéres quedan impresos indeleblemente en la memoria de los pueblos.

Sigamos nosotros el camino de estos horrores que costaron á la poblacion de la República, la vida preciosa de sus hijos mas dignos y mas patriotas.

Don Tomás Rebollo

El señor don Tomás Rebollo, antiguo vecino y propietario de la parroquia de Balvanera, era un hombre cuya fortuna cuanticsa le habia labrado una posicion independiente y espectable.

Hombre noble y bravo, de una honradez política á toda prueba, habia sido partidario del sistema Dorreguista, es decir, el sistema federal tal cual lo entendia y lo hubiera practicado el desgraciado Manuel Dorrego.

Desde que Rosas asumió el mando, y al amparo de las facultades estraordinarias empezó á cometer toda clase de horrores, el señor Rebollo se concretó á los hornos de ladrillos que poseia, despues de maldecir el sistema federal, y hacer una oposicion enérgica á las facultades estraordinarias.

Hombre bravo y leal, no se ocultó para hacer la manifestacion de sus ideas sanas, y no faltó el espía que llevara el cuento á oidos del Restaurador de las leyes y bolsillos unitarios, quien lo declaró *Lomo negro*, que como se sabe, era un punto menos que salvage unitario.

Sin embargo Rebollo se preocupó muy poco de esta clasificacion cuando la conoció, y siguió entregado á los hornos que trabajaban constantemente y al cariño de su familia, que le compensaba largamente las fatigas del dia.

Pero Rebollo no contaba con el peor enemigo que poseia: su fortuna.

Clasificado de lomo negro, se apurarian á embargarle sus numerosos bienes, como enemigo de Dios y de los hombres.

Y para trabar mejor el embargo, no era estraño que la mazhorca tomara ingerencia en su manera y modo de

respirar, modificándolo á su antojo.

La órden de asesinarlo vino despues, pero de una manera que no pudo efectuarse.

La persona que recibió el encargo de limpiarseá Rebollo, era un federal que le debia muchos servicios de importancia.

Duro era el tranco para el asesino, que tendria que elejir entre Rosas y Rebollo, pero su astucia lo sacó del apuro.

Como el sistema de delaciones estaba perfectamente montado, este hombre temia avisarle ó hacerle avisar á Rebollo que se precaviese.

Pero tampoco quiso ejecutar la órden recibida.

Una feliz idea vino à salvarle de tranco tan apurado.

Entre los conocidos que tenia en aquel barrio, habia uno que pasaba por federal y que á mas de ser amigo del señor Rebollo le debia servicios de importancia.

Es claro que si este individuo conocia el hecho, daria aviso inmediato á Rebollo y éste podria salvarse.

Pero ¿cómo hacer la prevencion quedando completamente á cubierto?

Aquí era donde estaba la verdadera dificultad que supo vencer admirablemente el astuto agente de la autoridad.

Llamó al amigo agradecido del señor Rebollo, y le dió la siguiente comision.

—Desde este momento me espías tú á don Tomás Rebollo, de manera que no dé éste un paso sin que yo lo conozca.

—Pierde cuidado que quedarás contento.

—Pero mira, mucho cuidado, y que él no se sospeche la cosa, porque estoy encargado de darle un buen tajo en el pescuezo,

—No tengas cuidado, repito, que quedarás complacido.

Y se separaron con la condicion de que, ántes de pegar el tajo, el federal verdadero lo prevendria al falso.

Este se fué á su casa, situada al lado de donde vivia Rebollo, calle Rivadavia 1161, hoy; despues de meditar un momento sobre el terrible encargo que se le diera, se decidió á prevenir á su protector y amigo,

Para mejor reserva se fué al fondo de la casa y llamó á Rebollo por sobre la pared.

Allí le refirió rápidamente lo que habia sucedido, sin sospecharse ninguno de ellos que el aviso era intencional.

Rebollo comprendió que el peligro era sério y quiso evitar sobre todo, un disgusto terrible á su señora y su hijo.

Al efecto, y no siéndole posible salir inmediatamente de Buenos Aires, como era su deseo, alquiló en el acto la casa de la calle Chacabuco, núm. 13 hoy.

Allí pensaba trasladar á su familia y despistar á la mazorca miéntras preparaba su fuga.

Estando ya para trasladarla y habiendo mandado algunos muebles, se presentó en su casa de la calle Rivadavia, entónces Federacion, un oficial de Policia, exhibiendo una órden firmada por Juan Manuel de Rosas que debia cumplirse sobre tablas.

Esta órden, que fué mostrada á la señora por no estar Rebollo en aquel momento, era concisa y terrible.

Por ella se intimaba á la policía que en ese momento fuesen embargados los hornos de ladrillo, casas de negocio y todo lo que fuese de propiedad del salvage unitario José Rebollo.

«Debe incluirse en el embargo, terminada la órden, la casa que habita el referido salvage unitario, que será desalojada inmediatamente.»

Triste y dolorosa situacion la de aquella pobre señora!

Sus siete hijos, tiernos todos, se habian agrupado llorosos á su alrededor, aterrados por el tono áspero y adema-

nes amenazadores del oficial de policia.

La señora le pidió que esperase por lo menos á que volviera su esposo, pero el oficial respondió que el desalojo debia verificarse inmediatamente, como lo espresaba la órden.

Todo fué en vano.

Los llantos y súplicas fueron desoidas al estremo de que la señora comprendió que era necesario salir de su casa con sus hijos, para no ser arrojada de una manera violenta.

—Muy bien, dijo, devorando su desesperacion y sus lágrimas, voy ataparme y tomar alguna ropa para los niños, y salgo en seguida.

—Ni una hilacha toca usted de lo que hay en esta casa, gritó amenazadoramente el oficial.

Todo lo que hay aquì pertenece á la federacion y yo soy responsable hasta del último pañuelo.

—Quiere decir, preguntó la pobre señora, sofocada por el llanto que no podia ya contener:

Qiere decir que los pobres niños deben salir así, sin siquiera poder llevar un abrigo?

—Y pronto, pues de lo contrario tendré que arrojarlos á empellones.

La señora, antes que se cumpliera esta monstruosidad, hizo caminar delante el grupo formado para sus aterrados hijos y salió á la calle á esperar á su esposo el señor Rebollo.

Acto continuo se sintió en el interior de la casa grandes gritos y voces de auxilio.

Poco despues aparecieron en la puerta de la calle los sirvientes, á quienes el oficial hacia salir á garrotazos, como hubieran hecho salir á la señora y á los niños si se hubieran resistido.

A estos no se les permitió tampoco que sacaran la menor pieza de ropa.

El oficial de policia tomó un apunte de cuanto habia en la casa y cerró todas las habitaciones, cuyas puertas lacró para mayor precaucion.

La órden del tirano fué así cumplida al pié de la letra miéntras la familia de Rebollo, en media calle, lloraba la miseria espantosa á que quedaba reducida.

Muchas relaciones tenia en la vecindad, pues rara era la familia con quien no tenia trato íntimo.

¿Pero quién se atrevia á abrir su casa y amparar á los que el gobierno arrojaba á la calle por salvages unitarios?

Así todas las puertas se cerraron, por temor de que la familia entrara en busca de amparo.

Todo lo esperaba de Dios y de su marido.

Triste y desconsolador fué el cuadro con que se halló éste al volver á su casa.

Hombre valiente y noble, su primer impulso fué forzar la puerta y volver su familia al hogar.

Pero pronto comprendió que con la violencia solo lograria agravar la situacion de aquellos mismos á quienes queria salvar de todo peligro.

Y convencido de su desesperante impotencia para luchar con la autoridad, se resignó por el momento á su desventura, pensando en la fuga ya á medio prepararse.

Felizmente, como ya lo hemos dicho, Rebollo habia tomado la casa calle Chacabuco, donde habia colocado algunos muebles.

Allí llevó á su familia y así la salvó de andar vagando las calles dia y noche.

Porque ¿quién habria alojado ni alquilado casa á una familia perseguida por unitaria?

Su inmensa fortuna habia desaparecido de pronto, pasando á engrosar las cajas de la federacion.

Sin embargo Rebollo era un hombre

de grandes recursos, pues su crédito era ilimitado.

A pesar del embargo, y aun ocultamente no faltaria quien le proporcionase recursos y dinero.

Asi empezó á apurar su viaje á Montevideo que era la salvacion de todos.

Pero poco tiempo le duró aquella esperanza halagadora.

Cuatro ó seis dias hacia que habitaba la casa calle de Chacabuco cuando la mazorca se ponia de nuevo sobre su pista.

Una noche el señor Rebello se retiraba sumamente complacido; pues habia hecho algunos arreglos que le aseguraban la fuga en un par de dias más.

Parecia que despues del embargo lo habian dejado tranquilo no habiendo ningun indicio de lo contrario.

—Se habrán contentado con desplumarme, pensaba, y nos dejarán en paz, lo que mejor nos garante la huida.

Llegaba ya á la puerta de su casa, cuando fué acometido por seis ú ocho emponchados, á cuya cabeza venia un oficial.

Estos habian estado esperándolo ocultos en los huecos de la puerta.

Asi es que en cuanto lo vieron llegar, se lanzaron sobre él rápidamente.

Por brusco que fuera el ataque, Rebollo no se arredró.

Era un hombre bravo, en toda la estension de la palabra, y resuelto desde el primer momento á afrontar cualquier situacion, por terrible que fuera.

Y no teniendo sobre sí arma alguna, empezó á defenderse á puñetazos, tratando siempre de ganar la puerta de su casa para poder llamar.

Pero los asaltantes le cerraban el paso y lo sofocaban á golpes.

Rebollo comprendió al momento que la órden no era de matarlo, porque ya lo habrian hecho, y porque los mazorqueros ni siquiera habian sacado sus armas.

Y arreció mas con sus puñetazos en la esperanza de poderse abrir paso.

Pero era muy desigual la lucha.

Postrado de forcejear y golpear á los energúmenos, sus fuerzas se debilitaron bien pronto, siendo estirado en el suelo y amarrados perfectamente sus brazos á la espalda.

Entónces fué que empezó el federal procedimiento.

El oficial que miéntras tuvo libres los puños, no se habia puesto á tiro de ellos, una vez que lo tuvo bien amarrado delante de su espada, principió á darle de planazos, que acompañaba de los insultos más soeces é hirientes.

—Cobarde! le gritó Rebollo.

No puedes negar que eres un asesino de las mas ruines condiciones.

Puede ser que algun dia podamos ajustar cuentas.

El oficial entónces hirió á Rebollo en el pecho, de varias estocadas, una de ellas de bastante gravedad, lo que confirmó más á la victima que no se trataba de matarlo.

Pues aquel cobarde en cuanto comprendió que las heridas podian ofrecer algun riesgo, lo hizo cargar con los asesinos entre los ponchos y así lo condujo hasta la cárcel, asegurando que para reducirlo á prision habia sido necesario herirlo.

Despues de curar sus heridas, pues se conocia que por el momento no habia otro propósito que mortificarlo, Rebollo fué alojado en la inmunda crujia, junto con otras ilustres victimas del malvado Rosas.

Su familia quedó así entregada á la más horrible orfandad.

Su esposa, la señora doña Rufina Orma, comprendió que era necesario hacer algo para no morir de hambre ella y su hijo.

A aquella madre digna y valiente, tomó una resolucion heróica.

Por medio de sus relaciones, y ocultamente, consiguió que algunos zapateros le dieran trabajo, costura de zapatos, y aquellas manos artísticas, sin acobardarse por ello, adoptaron aquella ruda industria que representaba la vida de sus hijos.

El primer dinero que pudo ahorrar sobre su propia hambre, lo empleó en tabaco y empezó á fabricar cigarros de hoja, que vendia en los almacenes y que le dejaban mayor utilidad.

La pobre dama trabajaba dia y noche y ganaba lo suficiente para cubrir las necesidades de sus hijos, y enviar á su esposo algunas provisiones, valiéndose de manos piadosas y amigas.

La señora Estanislada Arana de Anchorena, le tendió su mano protectora, interponiendo muchas veces su buena influencia, para que permitieran recibiese Rebollo los socorros que le enviaba su buena esposa.

Eran antiguas y buenas amigas, y como la de Anchorena gozaba de prestigio y era atendida, á ella ocurria en sus trances más duros.

La señora de Rebollo lo habria pasado bien y se hubiera considerado feliz en medio de su trabajo y de su miseria.

Pero el peligro que corria su esposo y el martirio de su prision, eran pensamientos que la hacian vivir en medio de la zozobra mas desesperante.

El tremendo juez de paz de Balvanera, don Eustaquio Gimenez, fué el encargado de perseguir á Rebollo y su familia, encargo que cumplió al pié de la letra, pues de todos modos no tenia mas remedio.

La casa de la calle Rivadavia, embargada con cuanto contenia, fué ocupada por el famoso capitan Farias y una compañia de soldados que tenía á sus órdenes.

Así el aposento fué declarado por el capitan su alojamiento particular, miéntras las lujosas salas y demás piezas se convertian en *cuadras* para la compañia.

Ya se figurará el lector el estado á que quedaria reducido aquel mobiliario rico en unas partes y lujoso en otras.

Las demás casas de Rebollo, edificadas en la manzana de Rivadavia, Piedad, Azcuénaga y Larrea, fueron repartidas entre los capitanejos de la mazorca, que las declararon su propiedad y de las que estuvieron apoderados hasta despues de la caida del bandido Rosas.

Es incalculable el martirio que sufria Rebollo en su miserable prision.

Diariamente sacaban de allí dos ó mas compañeros para ser fusilados.

Y él esperaba que el dia menos pensado le llegara su turno.

Despreciando la muerte en sí mismo, Rebollo no podia menos que aterrarse cuando pensaba en el abandono y miseria en que quedaria sumida su pobre familia.

El no la veia desde que fué preso, pero los que le traian los socorros y alguna que otra carta de la señora, le impusieron de que, gracias á los cigarros de hoja, no carecian de nada.

Y al pensar la decision abnegada de su esposa, se distraia de sus propios dolores.

Siete meses duró aquel terrible cautiverio, siete meses terribles, en los que Rebollo envejeció diez años.

Al fin de este tiempo entró el alcaide un dia, á leerle una nota de ilustre Restaurador.

Rebollo se aterró un momento y reconcentró todo su pensamiento en su familia.

Aquella no podia ser otra cosa que una órden de muerte, igual à las que llegaban todos los dias, motivando la salida de los compañeros que debian ser fusilados en el Retiro ó en cualquier otra parte.

Cuando el alcaide hubo leido toda

la órden, Rebollo quedó largo rato embargado por el más franco asombro.

Aquella era una perfecta órden de libertad, firmada por Rosas y en la cual se le prevenia que hasta nuevo aviso debia tener la ciudad por cárcel.

Esto pasaba por el año 1841.

Creyendo que aquello podia ser una broma del alcaide ó una pesadilla suya, ni siquiera se detuvo á pensar á qué milagro fabuloso se debia aquella órden,

Solo tuvo palabras para preguntar cuándo se iba á dar cumplimiento á aquella órden.

—Inmediatamente, dijo el alcaide—vamos saliendo.

Y Rebollo, sin tomar su sombrero y sin arreglar siquiera el desórden de su barba y cabello, apenas se vió en la puerta de la calle, ¡tomó la direccion de su casa á todo lo que le daban las piernas, no parando hasta que no estuvo al lado de su amante esposa.

El placer que esperimentó aquella desgraciada familia en el primer momento, fué verdaderamente supremo.

Por mas de dos horas no cesaron de prodigarse sus cariños y sus palabras mas amables.

Y Rebollo no encontraba frase suficientemente espresiva ¡para ponderar la sublime abnegacion de su noble esposa.

Pasado el primer momento de aquella dulce embriaguez, fué necesario hablar del porvenir.

Y Rebollo afrontó valientemente la situacion.

—No me queda otro camino que huir de Buenos Aires, para salvarme y salvarlos á ustedes.

Hoy me dan la ciudad por cárcel para tenerme seguro y degollarme mañana si se les ocurre.

Ahora es el momento oportuno de obrar por que como recien me sueltan no han de creer que piense en huir por temor de ser preso de nuevo y fusilado.

Así, voy á prepararlo todo para mañana mismo si es posible.

Tú podrás seguirme muy fácilmente por medio de la señora de Anchorena.

Yo no me atrevo á llevarlos conmigo, porque entorpecerian mi accion y los espondria á una desgracia.

La señora combatió al principio el plan de Rebollo, pero cedió al fin, ante la idea de que la noche menos pensada pudieran degollarlo.

Rebollo envió á buscar un hombre de su entera confianza, que tenia barcos, y con él concertó su fuga, de manera que al otro dia á las 12, lo esperaria con una lancha en el bajo de las Catalinas.

No podia darse nada mas audáz que este proyecto.

La costa estaba vijiladísima, á causa de los unitarios que emigraban.

Pero Rebollo habia observado que la gran vijilancia se ejercia durante la noche.

Con el precedente que nadie hasta entónces se habia atrevido á escapar de dia, los encargados de vigilar la costa no se ocupaban de ello, diciendo: el mejor vijilante es la luz del Sol.

Ademas de esto, la barca elejida no podia ser mas aparente.

Sabido es que en Buenos Aires, en aquella época, no se habia perdido la costumbre de la siesta.

Todos la dormian, mucho mas aquellos bandidos de la mazorca que pasaban la noche de degollatina y tranca.

Todo esto lo pensó y calculó Rebollo antes de dicidirse, en la seguridad de que podia embarcarse sin ser sentido.

Al dia siguiente á las 11 de la mañana, salia de su casa vestido con el trajo usual á los que trabajan en pequeñas embarcaciones.

Entre su ancha faja colorada, llevaba un puñal corto y fuerte, y una pistola en el bolsillo del pantalon.

—Si me sorprenden cerca del rio, por

una casualidad, pensaba, no hay porquè desesperarse.

Todo asesino es cobarde y no seria estraño que me les escapara.

Ya se habia despedido de su familia, á la que dijo esperaba muy pronto en Montevideo.

—No tengas cuidado por mi, que Dios vela por los buenos, habia dicho á su esposa.

He tomado precauciones que no me pueden fallar.

Yo me embarco fatalmente, y suceda lo que suceda, á las 12 en punto, porque el lanchon solo me espera hasta las doce y cuarto.

Así es que si á las dos de la tarde no recibes ninguna noticia alarmante, puedes tener la seguridad de que yo estoy en salvo.

Rebollo caminó por la calle Rivadavia hasta Reconquista, tomando ésta hasta Córdoba.

Las pocas personas de facha federal que halló en el camino pasaron por su lado sin siquiera mirarlo.

Tenia el aspecto de un infeliz.

En la esquina de Córdoba dobló y tomó decididamente el camino del bajo, divisando ya el lanchon que se mecia tranquilamente sobre las aguas á media cuadra de la orilla.

Eran aquellos parajes, en esa época, completamente solos y abandonados.

Alguno que otro marinero ó compadrito, eran las únicas personas que lo frecuentabán en las horas del dia.

Por la noche era diferente; las patrullas que vijilaban la costa pasaban, y se cruzaban con mucha frecuencia, ó se detenian en las pulperias del bajo á beber una copa ó armar un gran bochinche.

—Me parece que estoy salvo, pensó Rebollo, haciendo una caricia á la culata de la pistola.

Ahora no temo una sorpresa y aunque se me hiciera, me parece que no me impedirian el viaje.

Y sin alterar el paso en lo mas mínimo, y observando los alrededores con todo disimulo llegó á las toscas.

Allí estaba el lanchon en cuya popa parecia echar la más dulce siesta el marinero que lo mandaba.

Rebollo entró resueltamente al agua, sin tomarse siquiera el trabajo de quitarse el calzado.

Parecia uno de aquellos Napolitanos, mas haraganes que un cachorro de terranova.

Cuando su mano trèmula tocó la borda del lanchon, aquel hombre tan bravo y audáz se conmovió profundamente.

Echó una dolorosa mirada á la ciudad donde dejaba lo que mas amaba en el mundo, levantó á Dios en señal de gracias su corazon leal y noble y subió abordo del barco salvador que se puso en perezoso movimiento.

Y asi llegó hasta el bergantin que debia llevarlo hasta Montevideo, sin que nadie se hubiese apercibido de su fuga.

Su gran audacia lo habia salvado.

Aquel dia, tan feliz para él, fué de una ansiedad terrible para la pobre señora.

Esta no podia desechar el terror que la dominaba.

A cada momento le parecia que le traian la noticia de que Rebollo habia sido sorprendido y fusilado.

Pero el tiempo pasaba sin recibir noticia alguna.

Cuando cayó la noche, la señora se tranquilizó algo, pero no pudo conciliar el sueño.

A la mañana siguiente se fué á ver á la señora de Anchorena, con la que le ligaba, segun hemos dicho ya, una buena y antigua amistad.

Por ella sabria con toda seguridad si Rebollo habia sido preso.

La señora de Anchorena mandó pre-

guntar á quien debia saberlo y la contestacion fué la siguiente:

«Esté tranquila, mi amiga, porque Rebollo salió en libertad anteayer.

Aunque tiene la ciudad por cárcel si no dá qué sospechar, pronto le levantarán esa cláusula».

En vista de tal contestacion, la señora de Rebollo pidió á su amiga le consiguiera los pasaportes, lo que le fué muy fácil, pues solo se trataba de la familia y no del salvaje Tomás Rebollo.

La señora, al dia siguiente se embarcaba tranquilamente en busca de su marido, á quien la autoridad suponia en su casa.

De este modo Tomás Rebollo y los suyos pudieron escapar al puñal de la mazorca, aunque dejándola dueña de todos sus bienes.

Cuando el General Oribe sitió á Montevideo, don Tomás Rebollo tomó en el acto las armas en la plaza sitiada.

Oribe no era mas que un miserable teniente de Rosas y combatir contra él, era combatir contra la tiranía de la patria.

El gobierno de Montevideo, conociendo su honradez politica y la bravura de su espíritu, le dió de alta en su antiguo grado de Teniente Coronel nombrándolo Fiscal Militar.

Pero no era aquel su puesto.

Rebollo era un hombre de accion, más aparente para un puesto de peligro y de responsabilidad.

Encontrándose sin jefe la Fortaleza del Cerro, el gobierno le dió aquel mando, en la seguridad de que aquella plaza seria heróicamente defendida en caso de ataque.

El Comandante Rebollo ocupó su nuevo y espectable puesto, donde bien pronto pudo confirmar la opinion que de él se tenia.

Rosas que no creia en la lealtad ni honradez de hombre alguno, á causa de los hombres serviles que lo rodeaban, en cuanto supo que Rebollo era el jefe del Cerro, le envió un emisario, haciéndole las más halagadoras protestas.

Sabia que Rebollo estaba en una miseria absoluta, y creia que esto contribuiria al logro de sus esperanzas.

El emisario de Rosas propuso á Rebollo que entregara la Fortaleza del Cerro, á cambio de desembargar sus bienes y entregándole préviamente una fuerte suma de dinero en oro.

Si no tenia confianza para regresar á Buenos Aires Rosas ofrecia además hacerlo conducir á cualquier puerto de Europa que él indicára, y aumentar todavia la suma de dinero si la ofrecida no le parecia suficiente.

Rebollo tuvo la enorme paciencia de escuchar hasta el fin aquel mensaje insolente.

Cuando su portador terminó, con una sangre fria á toda prueba le contestó en los siguientes términos:

—Diga usted al restaurador de las leyes, de mi parte, que estoy dispuesto á entregar la Fortaleza del Cerro, á una sola condicion.

Iba el mensajero á darle un abrazo, cuando deteniéndolo suavemente, agregó:

—La condicion mia es que se ha de poner al alcance de mis cañones.

Juro que en seguida entrego la plaza.

Mohino y cariacontecido, el federal mensajero se alejó sin atreverse ni aun siquiera á saludar á aquel hombre digno.

—Y siento ahora no ser un malvado, agregó Rebollo, acompañándolo unos pasos, porque tendria el gusto de colgar á usted de una buena viga para escarmiento de bribones.

Y el Comandante Rebollo dió cuenta del incidente, á su gobierno en una estensa nota, que se conserva en el archivo de aquella época tan gloriosa para Montevideo.

Rebollo y su familia permanecieron en Montevideo, sufriendo la más terrible miseria hasta despues de la batalla de Caseros que dió en tierra con la mas vergonzosa de todas las tiranias.

LA MUERTE EN EL ALMA

UNA de las víctimas de la tiranía de Rosas que más respeto merece, es la noble y digna anciana doña Josefa C. de Orona, que aun sobrevive á sus desventuras como un lamento eterno.

Esta anciana respetable hoy, y cargada de tristes y fúnebres recuerdos, era en aquellos tiempos una hermosa dama, á cuyo alrededor sonreian todas las felicidades que puede brindar la vida.

Era rica, tenia un esposo amante y digno, y cuatro hijos virtuosos que la querian con idolatria.

Y toda aquella felicidad suprema, todo aquel porvenir venturoso, fué convertido en un porvenir de sangre, luto y miseria, por aquel malvado tirano, verdugo y sepulturero de una sociedad que ningun mal le habia hecho.

Los ojos de esta anciana están hoy entorpecidos por los años y las lágrimas vertidas.

Su voz suena como un gemido, y la espresion de su fisonomia es un sollozo desgarrador.

Veamos esta historia de lágrimas y de sangre.

Doña Josefa era esposa del Coronel don Pedro Orona, brillante y lucido oficial, primero, y jefe despues del ejército de la Independencia.

Sin haber reparado en aquella guerra titánica, Orona formó parte del ejército del Brasil, donde cada soldado fué un héroe.

El Coronel Orona vivia en Buenos Aires con su familia y con todas aquellas comodidades que puede ofrecer una fortuna, que aunque no muy cuantiosa, era bastante para asegurar el porvenir de una familia.

Cuando Rosas empezó á cometer los horrores que hemos narrado, la indignacion de aquel bravo guerrero no tuvo límites.

Aunque cansado y algo enfermo de tanto batallar, en la primera oportunidad favorable se fué con Lavalle, á quien ofreció el continjente de su corazon y de su espada.

Lavalle, conocedor de los méritos de este jefe, no pudo menos que demostrarle espresivamente, toda la importancia que daba á su valioso contingente.

El Coronel Orona empezó así con el General Lavalle, aquella campaña llena de sinsabores y de miseria.

El Coronel Orona, junto con otros oficiales del ejército libertador, fué hecho prisionero en Lujan y remitido al campamento general de Santos Lugares.

Habia formado entre las filas de Lavalle y ya se sabia que éste era delito que se pagaba con la cabeza.

Desde Lujan hasta los dominios del funesto Antonino Reyes, el Rosas de Santos Lugares, fué vejado con la mayor cobardia y saña.

Y el digno jefe que sabia que todo era inútil para modificar aquel tratamiento inícuo, no desplegó sus lábios ni siquiera para quejarse.

Llegado á Santos Lugares, donde se le formó la infaltable carpeta, fué puesto en capilla y se le notificó que á las veinticuatro horas seria fusilado.

El Coronel Orona, que sabia de antemano que este seria su fin, no les hizo ni siquiera el honor de sorprenderse.

Oyó indiferente lo que se le notificaba y preguntó solamente si le permitirian escribir cuatro líneas para su familia.

Un momento despues volvia el oficial

de capilla, con la contestacion del pedido.

No se le daba permiso ni aún para escribir una sola línea.

—Está bien, contestó con el mayor desden supremo.

Y acordándose de sus hijos, una lágrima rodó por sus pómulos tostados y varoniles.

Al dia siguiente á la diana, fué sacado de la capilla y conducido al cuadro formado por la guarnicion del campamento.

Allí se le mandó se arrodillara, pero él, con una insolencia suprema guardó silencio y cruzó sus brazos sobre el altivo pecho.

Pretendieron forzarlo á obedecer, pero todas las tentativas se estrellaron contra una energía soberbia é indomable.

Fué preciso fusilarlo de pié, sin que la impresion de la muerte lograra borrar de sus ojos aquella punzante espresion de soberbia hidalga.

El Coronel Orona murió como un verdadero leon, dejando por muchos dias, en el campamento, una impresion estraña, que no pudieron borrar la sucesion de crímenes de que aquel campamento era teatro diariamente.

Su pobre viuda recibió aquel golpe en medio del corazon.

Amaba entrañablemente á su esposo, y no sabia ni aún que hubiera caido prisionero, cuando se le dió la noticia de su fusilamiento.

Quiso ponerse luto, pero una órden de la Policía le hizo entender que el luto era una honra fúnebre, y que los salvajes unitarios no tenian derecho á ser honrados ni aún por sus propios hijos.

La señora devoró su dolor y sus lágrimas, esperando en que vendrian dias mejores para ella y para la patria.

Don Vicente Gonzales, miembro influyente de la federacion, vino á colmar la copa de aquel dolor horrible.

Eustaquio Orona, el hijo mayor del Coronel, era un jóven lleno de mérito, á quien sonreia un porvenir brillante.

Lanzado en la corriente de ideas de su señor padre, Eustaquio era un unitario de los más entusiastas, y convencido de que aquel estado de cosas no podia durar mucho tiempo.

—Rosas tiene que caer pronto, pensaba el jóven: ya el general Lavalle está en campaña y no tardará en venir sobre Buenos Aires.

Demasiado inocente y crédulo en la amistad, no ocultó estas ideas, que manifestaba á todo aquel en quien creia ver un amigo.

Eustaquio, arrastrando á sus tres hermanos menores en la corriente de sus ideas, se preparaba à presentarse al general Lavalle, en cuanto estuviera próximo á Buenos Aires.

Cuando los cuatro jóvenes tuvieron conocimiento de la horrible desgracia que habia caido sobre ellos, juraron vengarse de una manera terrible.

Aquel asesinato no podia quedar impune, y el castigo á sus autores lo aceptaron ellos como una herencia sagrada.

Juan Manuel Rosas y Antonino Reyes, quedaron sentenciados desde entónces á una muerte terrible, en la primera oportunidad que les depará ra la suerte.

Desde entónces solo vivieron para la realizacion de aquella venganza, que intentarian por turno, á medida que fueran pereciendo en su demanda.

El plan de los jóvenes Orona, llegó á oidos del citado Gonzales, que se propuso seguir todos sus pasos, à fin de echarlesel guante en primera oportunidad.

Y la fatalidad empujó á Eustaquio hácia aquel hombre perverso, cuyo primer deber de conciencia era defender á la federacion en todos los terrenos.

De acuerdo con sus hermanos, Eustaquio habia resuelto aproximarse á

Santos Lugares, para ponerse en contacto con Antonino Reyes.

Y el medio de que se valió fué alguna relacion que tenia con Gonzales.

—Yo lo recomendaré allí, le decia éste, y á pesar de ser usted hijo de un unitario, lo han de ocupar, desde que es buen federal.

El jóven creyó en las promesas de aquel hombre y se entregó á él por completo.

Entre tanto, doña Josefa, que veia por todas partes el fantasma de los asesinos de su marido, no dejaba de aconsejar á sus hijos la mayor moderacion y sobre todo, la mayor cautela en la emision de sus ideas.

La pobre señora creia que de un momento á otro le asesinarian los hijos como habian asesinado á su esposo.

Seguro ya perfectamente de que Eustaquio Orona era un irreconciliable enemigo de la federacion, Gonzales decidió darle el golpe de gracia y quitarse un peligro de encima.

Porque el jóven Orona habia heredado la decision y el valor de su padre, al estremo de que su enemistad importaba un sèrio peligro.

Gonzales lo llamó un dia, y le dijo que se presentaba una buena oportunidad para recomendarlo á don Antonino.

—Ya hemos hablado algo, le dijo, de modo que con cuatro letras que yo le dé, puede usted obtener cuanto guste.

Y Gonzales le entregó una carta para don Antonino Reyes, en el campamento de Santos Lugares.

—Es una recomendacion en regla, le dijo: con ella no necesita vd. màs para llenar su objeto.

Lleno de alegria, el jóven Orona tomó la carta que le daba Gonzales, y se preparó para marchar à Santos Lugares.

—Voy á llevar la carta, dijo á sus hermanos, y de paso tantearé el terreno. Me parece que dentro de poco nuestro buen padre podrá descansar tranquilo, porque será vengado.

El jóven llegó al campamento, con su carta en el bolsillo, que le garantía un buen recibimiento

Desde que pisó aquel maldecido campamento, fué presa de una impresion terrible.

A cada momento le parecia marchar sobre la sangre de su padre, y en cada uno de los soldados que hallaba al paso, le parecia ver uno de sus asesinos.

Conteniendo el raudal de ira que iba aglomerándose en su corazon sensible, buscó al jefe de aquel campamento execrado y le entregó la carta de que era portador.

Aquel hombre miró al jóven que estaba aparentemente tranquilo, como si hubiera querido leer hasta el fondo de su espíritu.

—¿Y usted sabe lo que trae? preguntó sonriendo.

—Cómo no, señor, creo que es una carta de introduccion en la que algo se debe hablar de mi persona.

—Efectivamente, y más de lo que usted supone.

Antes de entrar en materia voy á hacerlo acompañar hasta uno de los cuarteles inmediatos, donde hablará con su jefe.

Creo que él ha de poder atenderlo en el sentido cariñoso que indica Gonzales.

Y llamando al oficial que tenia cerca, le pidió acompañára al jóven Orona hasta el cuartel de la Escolta y entregára aquella carta á su jefe, el mulato Rosas, de quien hemos hablado ya con alguna detencion.

El mulato recibió la carta que se hizo leer con el mismo oficial que se la entregara, porque él no sabia leer *en carta*.

Aquella era una órden perfecta para fusilar al jóven Orona, en cuanto llegara al campamento.

El mulato se acercó entónces al jóven

y con la insolente crueldad que le era habitual, le preguntó quién habia llevado esa carta del amigo Gonzales.

—Yo mismo, contestó el jóven, á quien incomodaba profundamente y sin saber porqué, la cínica espresion de aquel bellaco.

—¿Y vd. sabe lo que dice esta carta?

—Sí, contestó secamente el jóven, disgustado de tener que hablar con aquel hombre.

—Me parece que no, observó entónces el mulato, porque si vd. supiera lo que ha traido, no estaria tan garifo.

A ver Alferez, añadió llamando á uno de los muchos tipos que habia allí cerca: Léamele esta carta al amigo á ver qué cara pone.

El alférez tomó la carta y la leyó, no sin tener que deletrear un poco.

Ni un rayo caido á los piés del jóven hubiera producido más terrible estrago.

Sintió que la sangre abandonaba sus venas, agolpándose al corazon, se estremeció de una manera poderosa, y mascó, mas bien que pronunció estas palabras:

—Eso es una infamia de tal calibre, que no la creo.

Necesitaria leer la carta.

—Pues pásesela, Alférez, dijo el mulato, que nada importa que la vea.

El jóven arrebató la carta y devoró su contenido en menos de dos segundos.

Lo que el mulato Rosas le habia dicho era una verdad tremenda.

Aquello no era mas que una órden para fusilarlo.

La sorpresa fué tan grande, que el jóven quedó mirando estúpidamente al mulato, que sonreia como un malvado.

—Pero ¿por qué causa se me quiere fusilar? preguntó al fin, queriendo dominar el terror que lo embargaba.

—Esas no no son cuentas mias sinó del amigo Gonzales, respondió el mulato riendo siempre.

Cuando él lo manda hacer es porque tendrá sus razones.

—Pero esto es imposible, usted no irá á dar cumplimiento á esa órden, que á pesar de leerla, creo firmemente que ella debe ser una broma del señor Gonzales.

—Broma ó no, para mí es sèria y la voy á eumplir.

—Pero esto es monstruoso! déjeme usted escribir cuatro letras á Gonzales, y verá eómo esto no pasa de una broma, harto pesada, sin duda.

—Ni media linea, amigazo.

Yo tengo que cumplir la órden ahora mismo, porque no me gusta que me vayan á echar una ronca.

El espanto más profundo se habia apoderado del jóven.

Creia que aquello podia ser una broma bárbara, pero empezaba á ver preparativos capaees de aterrar al espíritu mejor templado.

Pensó entónces en su buena madre y sus hermanos y sintió que el llanto se le agolpaba á los ojos, sin poderlo remediar, no por lo que en sí le importára la muerte, sino por reeibirla tan lejos de ellos y de una manera tan bárbara.

El mulato Rosas habia mandado buscar ochos tiradores y haeer los preparativos del caso.

—Un momento, dijo entónces Orona, que iba recobrando el imperio de sí mismo á medida que el trance tremendo se acercaba.

—Creo que no se me negará el derecho de despedirme de mi madre y de mis hermanos.

Voy á escribir para ellos cuatro palabras.

—He dicho que ni una sola.

Aquí se me manda fusilarlo limpiamente y yo nada tengo que hacer con parentelas ni con escritos de nadie.

—Pero esto es un asesinato cobarde è inicuo, gritó el jóven con entereza.

Esta es una villania incalificable.

—Menos insolencias y al avio, porque si traigo yo la macana, concluye la fiesta aquí no más.

Viendo el jóven que la cosa era formal y que se trataba de asesinarlo con todo el aparato de las ejecuciones militares, hizo un esfuerzo, serenó su espíritu y se preparó á morir como un bravo.

Los ocho soldados, con un oficial á la cabeza, lo esperaban á pocos pasos de allí.

El jóven Orona, completamente tranquilo, avanzó altivo y sereno, hasta donde se le indicó, y se le mandó arrodillar para recibir la muerte.

—Yo no me arrodillo sinó ante Dios, dijo, y Dios no puede estar aquí porque aquí no hay más que asesinos.

Y cruzó los brazos como su padre, sobre el pecho, despues de descubrir su frente ancha y juvenil.

—Es preciso que se ponga de rodillas! gritó el mulato.

—Prueba asesino á ver si lo consigues.

El mulato Rosas se lanzó sobre el jóven y empezó á golpearlo de una manera espantosa.

Pero no hubo forma de hacerlo arodillar.

Tantos y tan récios fueron los golpes, que rendido y estenuado, el jóven cayó al suelo, delante de los ocho asesinos.

Se le golpeó nueva y ferozmente, pero no pudieron doblar aquella voluntad firmísima.

Ya Orona ni siquiera les hacia el honor de contestarles.

Esperaba ansioso la descarga que pusiera fin á tanta infamia.

—¡Acérquense y tírenle ahí no mas! gritó el mulato, retirándose del lado del del jóven.

Y los soldados se acercaron haciendo fuego cada cual por su cuenta y como mejor les dió la gana.

Así se cometió aquel segundo asesinato que iba á llevar el segundo golpe de muerte al seno de aquella familia desolada ya.

Cuando recibieron la noticia de este nuevo crímen, el mayor estupor se apoderó de todos.

¿Qué motivos habian tenido aquellos miserables para matar á Eustaquio?

El mismo que tendrian para seguir matando á los que quedaban:

Ser hijo de un salvaje unitario.

Este nuevo é inesperado golpe, sumió á la señora en una especie de idiotismo, del que vino á sacarla otra infamia que era el encuadramiento de las anteriores.

Al segundo dia de haber recibido la tremenda noticia, se presentaba en su casa un grupo de mazorqueros, cantando las más deshonestas y miserables canciones, de moda entre ellos.

El grupo entró á la casa sin que ninguno de sus habitantes se opusiera.

Estaban embargados por el dolor que en ellos habia causado la muerte de Eustaquio, y poco les suponia que los mataran á todos.

La mazorca, segun sus hábitos y costumbres, registró toda la casa, robó cuanto halló á mano y despedazó lo que no pudo llevar.

—Bueno, dijo Troncoso, que era quien la mandaba:

Ustedes salgan á la calle sobre tablas, que voy á cerrar.

—¿A estas horas? preguntó llorando aquella infortunada señora.

¿Y cómo es posible que salga á la calle con mis niñas?

¿Y á dónde se figuran ustedes que puedo ir á las doce de la noche?

—Al infierno! —esa no es cuenta mia.

A la calle todo el mundo, antes que les rompa el alma.

Los tres jóvenes aconsejaron rápidamente á la señora, obedeciera la órden.

—Es preciso, madre mia, de lo contrario realizarán la amenaza y esto será nuestra muerte.

Aterrada la pobre señora formó un grupo de sus tiernas hijas y salió acompañada de los tres hijos que le quedaban.

No podia darse situacion más espantosa, y sin embargo la suerte le reservaba aun los golpes más duros.

Aquella noche tuvo que pasarla vagando por las calles, huyendo de los numerosos grupos de mazorqueros que las cruzaban en todas direcciones.

Aquí empezó la viacrucis más terrible.

Al dia siguiente, recien pudo la señora ocultarse en casa de una familia amiga, con sus hijos.

Los tres hijos que le quedaban, ávidos de venganza, y temiendo correr la suerte de su padre y hermano, se separaron allí de ella para emigrar á la Banda Oriental y formar en las filas de Lavalle.

La pobre señora, comprendiendo que ménos peligro corrian en un campo de batalla que permaneciendo en Buenos Aires, les dió su bendicion rogándoles se embarcaran esa misma noche, si era posible, y le hicieran saber si habian salvado.

Aquellos tres jóvenes salieron de allí decididos á arrostrar todo peligro, ménos el de quedar en Buenos Aires.

Consiguieron hablar con un señor Peralta, que huia esa misma noche, y éste les ofreció un asiento en su ballenera.

—A las ocho, en el bajo de la Recoleta, les dijo.

—Por lo menos, respondieron ellos, en caso de una sorpresa, tendrá usted á su lado tres hombres de corazon y decididos.

A las ocho ménos cuarto los tres hermanos esperaban en el punto indicado, donde segundos despues llegaba el señor Peralta.

Hizo éste la seña convenida y en el acto se descalzaron todos entrando al agua.

Semejante á una sombra leve, bordejeaba sobre las aguas, á una cuadra de la orilla, la embarcacion salvadora.

Habian andado la mitad del camino cuando sintieron un tropel de caballos, voces y tiros.

Los cuatro suspendieron la marcha, evitando hacer ruido y esperaron llenos de ansiedad.

Si los habian visto, estaban perdidos.

Pero el tropel pasó sin detenerse, y los tiros, como un éco se perdieron en la distancia.

O era una patrulla que los venia persiguiendo y les habia perdido la pista ó iba persiguiendo á otros fugitivos ménos venturosos.

Los cuatro hombres avanzaron entónces tan aprisa como pudieron, hasta llegar á la ballenera.

Esta se hizo á la vela sobre tablas.

Habria marchado apénas unas tres cuadras, cuando sintieron distintamente otro tropel y otros tiros.

Por los fogonazos de las pistolas, se convencieron que el grupo que hacia fuego, estaba precisamente en el punto donde ellos se habian embarcado.

Era indudable que aquella patrulla les habia andado siguiendo la pista, que habia perdido gracias á un par de minutos de retardo.

La salvacion entónces venia á ser milagrosa.

—Apure por Dios, patron! dijeron los cuatro á un tiempo, temiendo que aun pudiera sucederles algo.

—No tengan miedo, respondió el noble genovés—*semu in sarvo.*

Y en salvo estuvieron efectivamente.

La pobre señora recibió cinco dias despues esta feliz noticia, que en algo venia á mitigar las penas pasadas, penas que habian de repetirse poco despues.

A los dos ó tres dias el gobierno mandaba rematar todos los bienes pertenecientes á la familia del salvaje unitario Orona, sin reservar ni siquiera las camas.

Al dia siguiente al remate, llegó del campo un hermano de la señora de Orona.

Siendo los dos únicos hermanos que vivian, se amaban entrañablemente.

Conociendo las desgracias de que era víctima su hermana, venia á averiguar si eran ciertas, y á ofrecerle su amparo en el pueblo de su residencia.

Ignorando que la casa se habia rematado, á ella se dirigió, en la seguridad de encontrarlos á todos, pues apenas eran las nueve de la noche.

Siendo la ciudad un teatro de crímenes, no estrañó hallar la puerta cerrada.

Se acercó y llamó suavemente.

La casa estaba habitada por el mismo grupo que la asaltó, que aún no habia salido á sus degollinas.

La puerta se abrió cautelosamente y apareció un hombre, que preguntó ¿quién es?

El hermano de la señora se nombró y se dispuso á entrar.

La puerta le fué franqueada enteramente.

No habia dado cuatro pasos en el zaguan, cuando ocho ó diez puñales se clavaban en su pecho, al mismo tiempo que el filo de otro se deslizaba por su pescuezo.

La víctima cayó sin pronunciar una sola palabra.

Despojado de cuanto llevaba encima fué arrojado su cadáver á la calle, para que á la madrugada siguiente lo recojieran los carros de la basura.

La señora recibió este nuevo golpe y cayó en una especie de locura de la que la arrancaron los cuidados de sus cariñosas hijas.

La suerte que corrieron los tres hijos que huyeron con Peralta no se conoce todavia.

Se supone moririan en alguno de los tantos combates que libró el ejército libertador, ó entre los cientos de prisioneros que degollaron las hordas de Oribe.

Nos hemos acercado á la noble anciana para averiguar si esto era cierto, y hé aquí la respuesta que nos dió entre lágrimas y sollozos:

—Nada sé aùn de aquellos tres pedazos de mi alma que los he llorado como si hubieran muerto y descenderé muy pronto á la tumba con esta amarga pena, que no han podido borrarla de mi espíritu, ni los años ni los cariños de mis hijas.

PALERMO!

SI terrible fué el campamento de Santos Lugares, por los crímenes horribles que allì se cometieron, no lo fué menos Palermo.

Palermo entónces era una gran poblacion, perfectamente organizada y mejor cuidada.

Los grandes parques, magníficamente plantados, ofrecian puntos de vista y de recreo sumamente deliciosos.

La quinta del tirano, verdadera residencia de príncipes, estaba montada con todo el confortable de la época, y en relacion á las sumas fabulosas que en su conservacion gastaba el tirano.

Todo era rico, inmensamente rico, como podia tenerlo un hombre que disponia de los tesoros del Banco de la Provincia, sin el menor control.

Allí vivia el tirano con su hija Manuelita, y desde allí espedia todas sus tremendas órdenes.

En su quinta tenia el despacho, de que era jefe don Pedro Regalado Rodriguez, hombre bueno y honorable, á

quien ayudaba en sus tareas una lluvia de escribientes de todo pelaje.

En su escritorio guardaba Rosas el dinero que hacia traer del Banco, dinero que derrochaba á manos llenas.

Cuando el dinero se concluia, enviaba una nueva órden al Banco y bien pronto era reemplazado.

Rosas nunca cerraba los cajones donde guardaba el dinero.

Algunos de los escribientes, viendo que Rosas no contaba jamás el dinero, ni llevaba cuenta de lo que sacaba ó mandaba sacar, solian avanzar al cajon y alivianarlo de algunos pesos.

Generalmente salian bien en sus escursiones monetarias, pero Rosas que era sumamente astuto, solia notar la falta de algun paquete que él no habia usado.

Entónces, sin decir una palabra, tendia su mirada azul y penetrante por el despacho, examinando el rostro de los escribientes.

De pronto se detenia en uno, el más aplicado al trabajo, y lo llamaba.

—¿Dónde está el paquete de dinero que falta de aquí? preguntaba lacónicamente.

El escribiente palidecia, se turbaba y barlotaba algunas palabras inteligibles apenas.

—Señor, Exmo. señor, yo no sé, porque no me he acercado nunca aquí.

—Pocas bromas y á decir dónde está el dinero.

El escribiente, presa de un jabon de arroba, miraba á sus colegas como quien pide auxilio y replicaba:

—Señor excelentísimo, juro por la memoria de la venerable esposa de V. E. que yo no sé nada del dinero que V. E. me pregunta.

Rosas se levantaba entónces de su escritorio, tomaba al escribiente por las orejas, y empezaba á sacudirle una verdadera lluvia de puntapiés y de trompadas.

—¡Canallas! gritaba dirigiéndose á todos, yo los voy á enseñar á ser más respetuosos, pícaros ladronazos!

A la primera en que incurran los voy á mandar al cuartel de Hernandez para que les haga sacudir quinientos azotes!

Para librarse de aquella tormenta de golpes, el escribiente concluia por tirarse al suelo, haciéndose el muerto, y era allí donde recibia los últimos puntapiés.

El castigo pasaba, pero el delito volvia á cometerse, á pesar de la amenaza de remision al cuartel del Coronel Hernandez.

Era tal la penetracion de la mirada de aquel hombre, que solo una vez se equivocó en las trompeaduras á sus escribientes.

Siempre el trompeado había sido el que hizo desertar los pesos del escritorio.

Este sistema de castigo corporales, lo observaba Rosas con cuantas personas lo rodeaban, fueran de la gerarquia que fueran.

Cuando se trataba de un dependiente, eran puntapiés y trompadas.

Cuando era un militar, fuera de la graduacion que fuera, este se volvia un par de gorrazos.

A Rosas no lo rodeaban sinó hombres serviles, que sufrian todo género de humillaciones, con tal de poder medrar su posicion y su fortuna..

Y el mismo Rosas que los conocia, los despreciaba profundamente.

Por eso los manejaba á gorrazos, ó les hacia burlar con los locos que tenia en la quinta, para divertirse.

Figuraba en primera línea el célebre don Eusebio, gran mariscal de la América de Buenos Aires, vencedor de Ayacucho y otros títulos no menos famosos.

El tal don Eusebio de la federacion, era un pillo redomado, que habia descubierto que, haciéndose el loco, pasaba una vida regalada y divertida.

El tenia derecho de decir la mayor insolencia al personaje más encumbrado, ya por cuenta de don Juan Manuel ó ya por la suya propia.

Rosas festejaba ruidosamente estas insolencias, y el que las recibia no tenia más remedio que aguantarlas por no disgustar á don Juan Manuel.

Este pillo se habia identificado con Rosas, hasta el punto de adivinar en una mirada, cuál de las personas presentes era la más antipática á Rosas.

Y era sobre esta que dejaba caer el fárrago de sus insolencias é sátiras deschavetadas.

El loco se le acercaba, lo miraba detenidamente, y empezaba á apreciar farsáicamente las prendas de su traje, ó á hacer de sus facciones comparaciones ridículas.

La víctima, sin atreverse á protestar, sonreia y sufria todo aquel ridículo, aunque en sus ojos podia verse lucir el deseo de aplastar á aquel pillo que se hacia el loco.

Rosas mandaba al titulado loco que cesase en sus farsas, pero este, en vez de obedecer, las duplicaba.

—Si el señor no se enoja, mi padre, replicaba, él con su nariz de espumadera me dice que puedo seguir entreteniéndome.

Y la farsa y loqueros seguian, hasta que la víctima quedaba completamente humillada.

Otras veces era Rosas quien mandaba á don Eusebio, de gran uniforme, para que entretuviera á tal ó cual persona, miéntras él demoraba un momento.

—Aquí me manda mi padre Juan Manuel á que le haga sociedad, decia el loco.

Y se instalaba allí á decirle insolencias de todo calibre, por cuenta de locuras.

Y don Juan Manuel, que todo lo veia desde algun escondite, reia como si le hicieran cosquillas al contemplar la cólera del paciente.

Y cuando no tenia con quien divertirse, era el loco entónces la víctima.

Pero sufria con paciencia todo género de herejias, á trueque de pasar aquella gran vidorria, titulándose gran Mariscal de la América, hijo de don Juan Manuel y novio de Manuelita.

Y Rosas que de todo y todos se burlaba, solia mandarlo en mision oficial al Obispo Medrano, al jefe de Policia ó al Capitan del Puerto don Pedro Jimeno, á quien el tirano gustaba enormemente mortificar.

Seguia en categoria al loco ó titulado loco, Eusebio de la Federacion, el reverendo mulato *Biguá*, personaje sacerdotal, á quien el tirano daba el título de Su Paternidad, y que era tan loco como don Eusebio.

Lo que hay es que Biguá era un pobre idiota que habia columbrado la conveniencia de hacerse el loco para pasarlo bien, y lo hacia, aunque con menos arte que Eusebio.

Cuando Rosas lo pillaba en algun grave delito de imbecilidad, le sacudia una de rebencazos de primer órden, que su paternidad recibia con religioso recogimiento y sin la menor protesta.

Pero él solia tomar sus buenas revanchas.

Cuando tenia sueño, iba y se tendia en la mejor cama de la quinta, fuera de quien fuera, con escepcion de la de Rosas y Manuelita.

El dueño de la cama venia á exigir su devolucion, pero Biguá se hacia el loco y le sacudia algun botinazo ó cosa parecida.

Muchas veces el dueño de la cama que era el coronel Ravelo ó algun otro por el estilo, daba al loco una buena paliza.

Entónces se armaba en la quinta una de todos los diablos.

Averiguaba Rosas lo sucedido, y po-

nia las cosas en su lugar, siempre en beneficio del loco, que juraba un buen desquite á su adversario.

Y este desquite era siempre terrible, pues consistia en alguna farsa jugada en presencia de Rosas, y por consiguiente libre de peligro.

Habia además en Palermo, el loco Bautista, único que lo era realmente, y un negrito Marcelino, á quien Rosas estaba enloqueciendo á fuerza de maldades y garrotazos.

Completaban la diversion del tirano, lo que él llamaba su cuadrilla de gallegos, infelices que habian caido á Palermo para mal de sus pecados.

Estos infelices pasaban una vida verdaderamente mártir.

Los gallegos eran unos cuatrocientos, que el tirano tenia divididos en tropillas, segun su espresion, con distintos cargos.

La tropilla del capataz Francisco, no tenia otro quehacer que cuidar los avestruces de la quinta, con esmero y prolijidad.

La tropilla de Ramon, tenia á su cuidado los patos, ganzos y cisnes que embellecian el lago.

La tropilla de Domingo no tenia más quehacer que limpiar las jaulas de los monos y tenerlas en un aseo irreprochable.

La tropilla de Ramon solo se ocupaba de escandillar los zapallos, sandías y melones, y la de Agapito, que era la más numerosa, tenia à su cargo los árboles de Palermo, que debia regar diariamente y limpiarlos de las hojas secas, bichos de cesto y nidos de pajaritos.

Rosas paseaba diariamente por los bosques y la gran quinta, inspeccionando y escudriñándolo todo.

Desgraciados los gallegos si veia una hoja seca en un árbol, una rama en los sembrados ó una basura en la jaula de los monos!

Se armaba de una vara de sauce y llamaba y hacia formar en dos filas á la tropilla responsable de la falta.

Primero les echaba una gran rónca, por animales y gallegos, les ofrecia destinarlos á los cuerpos de linea y concluia por sacudirles con la vara de sauce una terrible paliza, de la que no se escapaba ni el mismo capataz.

Y los pobres gallegos aguantaban todo aquello, pues si protestaban, sabian que solo lograrian recibir tres ó cuatrocientos azotes en el cuartel de la escolta.

—Ustedes son una manga de animales, les decia.

Yo les voy entónces á abrir las entendederas á garrotazos ó los voy á reventar—una de dos.

Así se veia á aquellos infelices mirar á Rosas como mono que mira al organero cuando éste levanta el làtigo, y dedicarse á sus fatigas sin descanso ni trégua.

En el mismo trabajo que se les sorprendia al rayar el alba, podia vérseles bajo los rayos caniculares del sol de las 12.

Es que Rosas guardaba para los gallegos su òdio más vehemente, y castigaba en ellos la menor falta, con un rigor terrible.

Cuando las cuadrillas fueron aumentadas, habia una destinada á perseguir los hormigueros.

A cada gallego de estos se le señalaba un espacio de terreno que debia conservarse sin hormigas, bajo la esclusiva responsabilidad del gallego que lo cuidaba.

En esta cuadrilla formaba un gallego Ortega, pobre diablo de una imbecilidad sin límites y de unas entendederas á prueba del más nudoso tala.

Una de las tantas madrugadas en que el tirano salia de la cama buscando pretexto para hacer alguna maldad, tocó al pobre Ortega recibir el más cruel de todos los castigos aplicados en Palermo.

En momentos que Rosas cruzaba por un montecito de duraznos, reventaba uno de esos hormigueros que dan salida á millones de hormigas aladas.

Nuestros lectores saben que los hormigueros en cierta época del año, revientan de la noche á la mañana y en ménos de media hora se cubren los alrededores de una espesa capa de hormigones colorados, cuya sola marcha sobre la piel, por ligera que sea, causa una roncha incómoda.

El tirano se cruzó de brazos y estuvo más de cinco minutos contemplando la salida de aquella muchedumbre verdadera, si es que se puede aplicar la palabra.

Al cabo de este tiempo, la boca del hormiguero se habia agrandado para dar más cómoda salida á los insectos.

Rosas hizo seña á un soldado que por allí cruzaba, y mandó llamar al capataz de la cuadrilla encargada de los hormigueros.

Recien venia el dia, y los pobres gallegos estaban desayunándose á gran prisa para entregarse á sus tareas.

Cuando supieron que el *patron* estaba levantado, aquellos infelices se agarraron la cabeza con ambas manos, y armado cada cual de su herramienta, se desparramaron por aquella magnífica estension de terreno.

El capataz llamado, encomendándose á su patron Santiago, se presentó inmediatamente al tirano, entre llorando y riendo.

Ya calculaba que algo negro les iba á suceder.

Rosas estaba aun de pié, mirando salir las aladas hormigas..

Cuando el mísero gallego vió de lo que se trataba, no pudo contener el llanto y encomendándose á todos los santos del almanaque se echó de barriga al suelo, tal fué el afan de arrodillarse.

—Por San Benito! gritó, llorando como un recien nacido—no me fusile usted que mia no es la culpa!

—No se trata de eso, animal!, respondió el tirano dándole una patada.

—¿Quién es el encargado de que aquí no haya hormigas?

—Orteja, señor, esclamó el pobre gallego sin dejar de llorar.

—Pues que venga aquí ese animal, antes que le mande cortar las orejas y el rabo.

Pálido como un cadáver y temblando de espanto, á pocas varas de allí estaba el desventurado Ortega.

Sus viejas mechas se le habian erizado sobre la cabeza, y se veia que estaba conteniendo el llanto á duras penas.

Como los demas peones, habian salido corriendo á su trabajo, pero al ver allí al *patron*, se habia quedado inmóvil.

Al oir la voz y la amenaza con que se le llamaba, el pobre gallego hizo un esfuerzo como si desclavase los piés del suelo y caminó vacilante y lívido hasta Rosas.

—Vos sos el encargado de este pedazo, no? preguntó al gallego, señalándole aquel hervidero de hormigas.

—Si señur, peru es el cuentu que anoche, cuandu fuime á costare, no habia hormija ninjuna.

—¿Y porqué esta mañana no lo has sacado?

—Ainda nu tive venidu al trabaju.

—¡Muy lindo, muy lindo!

—¿Como te llamás vos?

—Orteja, para servir á usted.

—¡Ortega, animal!

—Si señur, Orteja.

—Ahora te voy á dar Orteja, bestia.

Verás que remedio te aplico yo para que te acordés que no sos Orteja sinó Ortega.

—A ver aquí.

No bien había llamado Rosas, cuando acudieron mas de cuarenta hombres entre gallegos y soldados.

—A ver, repitió Rosas, á buscar ortigas, y que cada uno me traiga un buen puñado.

Todos desaparecieron como en funcion de magia y dispararon al bajo á buscar ortigas.

Los soldados, poco piadosos por naturales, y habituados además á aquellas maldades, reian como unos condenados, adivinando lo que iba á hacer el patron.

Pero los gallegos, que no alcanzaban la infernal intencion del tirano, se agachaban á buscar la mejor mata del yuyo pedido.

Ya Rosas habia hecho desnudar al pobre Ortega, que esperaba el fin de todo aquel aparato que no alcanzaba.

Cuando volvió cada uno con un buen manojo de ortigas se dirijió al gallego y mostrándole el yuyo, le dijo:

—Esto se llama ortiga como vos te llamás Ortega.

—Ortija, si señor.

—Bueno, voltéenlo á ese y sacúdanle una manga de ortigazos.

Los milicos se precipitaron sobre Ortega y empezaron á sacudirle de lo lindo.

El pobre gallego, que no conocia las propiedades del yuyo, no se esplicaba aquello.

Pero bien pronto empezó á sentir aquella picazon desesperante, y á pedir por todo lo que hay en el mundo que lo soltáran.

—Por Dios, gritaba, no me hajan más mal, ya no dormiré más y me pasaré todo el tiempo cuidando que no veujan hormijas.

—No, animal, esclamó Rosas, riendo desaforadamente con las contorsiones del gallego.

Esto es para que aprendás por ortigas que te llamás Ortega y no Orteja.

Aquello era repugnante.

El pobre gallego se retorcia por el suelo dando terribles alaridos y con el cuerpo cubierto ya por una inmensa y rojiza llaga.

El infeliz gallego se torcia todo, llorando de una manera conmovedora.

Pero sus gritos eran sofocados por las carcajadas de Rosas y de los milicos crueles, que estaban en su elemento.

Entretanto las hormigas seguian saliendo hasta ofrecer una gran circunferencia movible.

Al cuarto de hora de aquella infernal diversion, mandó Rosas que soltáran á Ortega.

En cuanto el gallego se vió libre pegó un brinco estupendo, y se echó á correr por Palermo como un verdadero loco, sin llevar mas traje que su inmensa llaga.

Y atropellaba los árboles y las plantas y las personas, dando alaridos indescriptibles.

Rosas en cuclillas y teniéndose el vientre con ambas manos, lo miraba disparar y reia como si estuvieran haciéndole cosquillas en todo el cuerpo.

Y los soldados reian hasta acalambrárseles las mandíbulas, no solo de la figura del gallego, cuanto por dar gusto al patron.

—Bueno, dijo este por fin, y sin dejar de reir.

Ahora abran un poco la boca del hormiguero con un cuchillo.

Y la *boca* fué abierta en un minuto, dando paso á un millon de hormigas.

– Ahora, repitió, que me traigan á Ortega.

Y los milicos se desparramaron por el bosque en busca del mismo Ortega, que seguia corriendo como un loco y lanzando gritos cada vez mas desesperantes.

Como fiera perseguida por indios, aquellos desalmados le hicieron un cerco al gallego, y lo trajeron así donde estaba Rosas que reventaba de risa.

Los soldados, á la algazára se habian

ido aumentando en el camino, de modo que cuando Ortega llegó al hormiguero venia perseguido por mas de cien hombres.

Cuando llegó allí lo sujetaron fuertemente, esperando las órdenes del patron.

Palermo se habia alborotado con los gritos y las carreras.

De todas partes habian acudido curiosos, contándose entre ellos hasta el mismo Eusebio de la Federacion, gran Mariscal de América.

El pobre gallego ofrecia un espectáculo capaz de enternecer á un caribe.

El cansancio de la carrera habia secado su boca, al estremo de no poder pronunciar una palabra.

Tenia la lengua de fuera y el cuerpo ferozmente llagado, pues el pobre gallego para encontrar alivio, se rascaba de una manera desesperante.

—A ver, dijo entónces Rosas, para quien aquel espectáculo era como cosquillas:

Siéntenmelo á ese pillo en la boca del hormiguero!

Los milicos arremetieron sobre Ortega trabándose una lucha desesperada.

El gallego se defendia como un animal verdaderamente, mordiendo las manos á los soldados para que lo soltáran, lo que aumentaba la alegria de Rosas.

Por fin, atado de piés y manos, fué volteado como una res de matadero, y sentado sobre la entrada del hormiguero.

Las hormigas, que son bravísimas, se lanzaron sobre aquel cuerpo que les cerraba el paso, y bien pronto lo cubrieron completamente.

El gallego mordido por mas de cincuenta mil hormigas sobre la inmensa llaga de su cuerpo, hacia esfuerzos supremos y contorsiones tremendas para librarse de aquel martirio indescriptible, y cada esfuerzo, cada contorsion, era saludada por un coro de carcajadas.

Renunciamos á pintar aquella escena brutal en todos sus detalles, porque todo seria pálido al lado de la realidad espantosa.

Cuando Ortega empezó á desmayar, vencido por el dolor y la desesperacion, Rosas lo hizo soltar.

Entónces se vió á aquel hombre, echando espuma por la boca y arrancando á puñados las hormigas adheridas á su cuerpo, echar á correr, no ya como un loco, sino loco verdaderamente.

Salió de Palermo en camino á la ciudad y no se volvió á ver por allí.

Los estudiantes del Hospital de Hombres, de época más reciente han conocido á éste pobre loco, en su eterna manía de creerse devorado por las hormigas de todo el mundo.

Cuando aquella rueda de asesinos festejaba con grandes risas los últimos alaridos de Ortega, se acercó don Eusebio á felicitar á su padre por tan famosa travesura.

El tirano entónces, revistiéndose de gran seriedad, dijo al loco:

— Un gran Mariscal de América, debe conocerlo todo.

Así es preciso que te sentés un poco donde ha estado Ortega.

El loco, que conocia las entrañas de su padre quiso disparar, pero fué trincado á tiempo.

No le valieron sus gracias ni sus bufonadas.

Rosas lo hizo desnudar de medio cuerpo y sentarlo en la boca del hormiguero

El loco chillaba como un cerdo, pero fué sujetado allí, y obligado á permanecer cinco minutos al cabo de los cuales hacia formal renuncia de su tìtulo de gran mariscal, si tales sustos le hacia pasar.

El espanto de don Eusebio y su llanto desconsolado, fué el fin de fiestas de

aquel hecho salvage cuyo recuerdo fué el tema preferido de todas las conversaciones durante mucho tiempo.

—

Rosas amenizaba estas crueldades con farsas inìcuas, de que eran víctimas las personas que iban á verlo por asuntos públicos ó por adulonerias privadas.

Los estrangeros que le servian eran tratados con el mas marcado desprecio, no llamándolos jamás por su nacionalidad.

Todo español era para él un gallego, todo italiano un *gringo* y todo francés un siervo de Luis Felipe el guarda chanchos.

Los locos de Palermo que sabian que con esto daban gusto á Rosas, los anunciaban de aquella manera siempre.

A don Pedro de Angelis, por ejemplo, lo anunciaban de esta manera:

—Ahí está el gringo don Pedro.

Este, ántes de entrar, oia la insolencia de los locos, pero no se daba por apercibido.

Don Pedro era ùn vividor en toda regla, lo único que lo preocupaba era complacer al tirano para poder medrar con su amparo.

Sumamente desarreglado, no tenia hora fija para comer.

Comia indistintamente á las seis de la tarde, como á las dos de la mañana, obligando á su hija á seguir aquel sistema desordenado.

La perversidad de aquel hombre ruin y malvado, llegaba hasta hacer á su propia hija, victima de sus más groseras bromas y farsas, que ella sufria con santa resignacion

Manuelita no era una belleza ni una mujer linda, siquiera.

Pero su fisonomia estaba bañaba por una espresion de bondad dulcísima que la hacian simpática y agradable.

Era el secretario privado de Rosas, y la ùnica persona que estaba interiorisada en todos sus asuntos.

Su espíritu bello no se contagió jamás con las perversidades que se desarrollaban diariamente á su alrededor, y muchas veces con sus ruegos y caricias logró arrancar de su padre el perdon de alguna victima.

Manuela no tuvo nunca sobre Rosas la influencia que se ha querido atribuirle.

Pero ella entendia todas los rarezas de aquel carácter incomprensible y sola aprovecharse de sus momentos débiles.

En la posicion escepcional en que estaba colocada, adulada por todos, de la manera más servil, podia haberse hecho soberbia ó altanera.

Pero siempre humilde y buena, supo captarse el cariño de amigos y enemigos.

Y aquel sér eminentemente bondadoso, pasó en Palermo momentos harto amargos.

Los gritos de los soldados que castigaban allí cerca, ó el ruido de alguna descarga en los cuarteles, la conmovia de una manera terrible.

Su vida durante los últimos diez años de la dictadura, fué una cadena de sinsabores y momentos amargos.

No tenia una sola amiga de corazon, en quien poder desahogar sus penas.

Porque las mujeres que la rodeaban eran las esposas de aquellos furiosos federalazos, que la llenaban de cariños y obsequios para seguir medrando.

Así el mismo reconcentramiento del dolor, era en ella una enfermedad que torturaba su espíritu.

Algunas personas que han escrito sobre la tirania de Rosas, refieren los horrores de que este miserable hacia victima á su hija, pero esto no es cierto.

Aquel miserable no pasaba de hacerla correr con el venerable Viguá ó don Eu-

sebio, á quienes mandaba le dieran un beso.

Y esto era solamente cuando no tenia con quien divertirse.

Porque Rosas necesitaba siempre una víctima, y cuando no la tenia, echaba mano de su propia hija.

La cuestion para él se reducia á reir á costillas de álguien.

Cuando comia, sobre todo, era cuando aguzaba mas su espíritu perverso.

Siempre tenia á su mesa personas á quienes hacia quedar á comer intencionalmente, para divertirse con ellas.

Y ya haciéndoles tomar de improviso algunas cucharadas de caldo excesivamentes caliente, ya haciéndoles repetir diez ó doce veces el mismo plato, los mortificaba á su satisfaccion.

Siempre á su mesa estaban sentados el reverendo padre Viguá y el loco Eusebio, que eran los encargados de lanzar al rostro de las visitas las más insolentes groserias.

—Repita de este guiso que es exelente, decia Rosas, alargando un enorme plato de giso, á la víctima elegida.

Escusado es decir que este guiso estaba preparado con agí cumbarí, en cantidad suficiente para hacer bramar á un toro.

El invitado no se atrevia á negarse, y tragaba aquel segundo plato, junto con las lágrimas arrancadas por el picante.

—Parece que le ha gustado, eh? preguntaba el tirano.

Tome otro poquito, y le estiraba un tercer plato.

—Gracias, señor, está muy rico, pero he comido demasiado.

—Vamos, vamos, no haga cumplimientos conmigo, que parece me desairara.

Va á tomar este otro poquito.

Y le pasaba un tercer plato, que más bien parecia una fuente.

El hombre hacia un esfuerzo terrible, tomaba un vaso de agua para mitigar el ardor de la boca, y se agachaba al tercer plato.

Pero el ardor era tanto, que no era posible disimularlo más.

Los ojos se le inyectaban de sangre, por sus pómulos caía una lluvia de lágrimas, pero seguia comiendo por temor á una herejia.

Aquí terciaba Viguá ó don Eusebio con alguna bufonada que levantaba un coro de carcajadas.

—Mi padre, decia el loco, no le dés más guiso, porque apenas puede comer los pucheros que está haciendo.

Parece un pavo atorado.

Las bufonadas seguian, el guiso se iba repitiendo, hasta que el dolor, pudiendo más que el miedo, le hacia declarar que aquello estaba ferozmente picante y que no podia comer más.

—Pero lo hubiera dicho usted ántes! esclamaba Rosas entónces.

Yo creí que se estaba usted chupando los dedos!

A ver, su paternidad, alcance al señor un vaso de agua!

Y daba un moquete á Viguá, que siempre estaba al alcance de su mano.

—Vamos, no me pegué! á mí no me pica el guiso y lo quiero comer tranquilo! gritaba el idiota volviendo á meter el hocico en el plato.

Pero un segundo moquete más récio que el primero le advertia que debia obedecer.

Y el reverendo padre, con la cara llena de grasa, se levantaba refunfuñando y alcanzaba al señor su propio vaso, que aquel tomaba de miedo, como habia comido el guiso.

Por fin, como quien tiene una brasa de fuego en el estómago, la pobre víctima se oprimia el cuerpo con las manos y salia del comedor sin darse cuenta de nada.

Aquel cáustico de ají le devoraba las entrañas.

Rosas entretanto reia como un bienaventurado.

En seguida, y como para no dejar enfriar la cosa, obligaba á los locos á fuerza de puñetazos á comer igual cantidad de guiso, hasta que abandonaban el comedor, echando cuanta palabrada se les venia á la boca.

En las comidas oficiales, el aspecto de la mesa no cambiaba respecto á este género de bromas.

Era preciso que siempre hubiera una víctima que divirtiera á los demás.

Cuando no era don Pedro de Angelis, era Jimeno, y cuando no era Jimeno era alguno de esos grandes personajes que el público los creeia de grande influencia federal.

El aspecto de estas comidas, tenia además el sello característico de la mazorca.

No faltaban nunca diez, veinte ó mas damas invitadas, por supuesto de la flor de la federacion.

El asiento de don Juan Manuel, era entónces en el centro de las damas.

Hermosísimo por naturaleza y de la más encumbrada posicion, una galantería del tirano, era un honor inestimable para las damas infaltables á las fiestas de Palermo.

Aceptaban un trago, despues de comer, como una distincion insuperable, y salian á dar una vuelta por el bosque.

Desgraciado el marido celoso á quien Rosas barruntaba su debilidad pequeña del espíritu, porque entónces se complacia en martirizarlo verdaderamente.

La esposa del celoso era el tema de todas sus galanterias durante el tiempo que duraba la comida y la preferida para dar el paseo por el bosque.

Y como lo hacia de manera que los demas notáran la cosa, el pobre marido estaba peor que San Lorenzo en la parrilla, si es verdad que el tal San Lorenzo fué asado alguna vez.

Cuando los celos del marido pasaban de punto, Rosas le preguntaba si estaba enfermo.

Alguno aprovechó aquella pregunta para significar que sí, y que muy á su pesar iba á retirarse.

Pero este alguno se arrepintió muy pronto de su temeridad.

—Hola, coronel Hernandez, dijo el tirano una tarde en que se repetia por milésima vez aquella escena.

Lleve un poco al señor al cuartel de la Escolta, que allí los milicos son muy entretenidos y lo distraerán un poco.

Lo primero que cruzó por el majin del paciente fuè que se trataba de fusilarlo, apresurándose á darse por curado.

Con semejante receta, ningun marido volvió á enfermarse ni mucho menos á pretender retirarse antes de la hora.

A la fiesta siguiente, el primero en ser llamado, era el que más mortificado estuvo en la anterior.

Y cuidado con faltar que estaba espuesto á que la mazorca le jugara una mala pasada.

A veces, antes de acostarse ordenaba que al dia siguiente fueran convidados á Palermo todos los panaderos y lecheros, ó simples paseantes que encontraran los agentes de Palermo.

Y al dia siguiente, cuando se levantaba habia formado en el gran patio y al rayo del sol, unos doscientos hombres por lo menos.

Rosas les hacia abrir filas como si se tratára de militares, y cruzando por delante de ellos les empezaba á echar una diatriba, asegurándoles que lo único que merecian era que les hiciera pegar cuatro tiros.

Y cuando aquellos infelices estaban convencidos de que los iban á matar, los hacia romper filas y les soltaba un grupo de soldados que les dieran de palos para hacerlos andar mas pronto.

Otras veces se entretenia en decretarse honores desde Palermo, para ocupar la atencion pública y hacer alarde de fuerza.

Con este motivo, dió en Palermo el siguente curioso decreto, que pueden confrontar nuestros lectores en el libro 15 del Registro Oficial de aquella época:

Viva la Confederacion Argentina!
Mueran los Salvajes Unitarios!
Decreto:

Art. 1º La apertura de la Santa Iglesia Catedral, reparada de la gran ruina que la amenazaba, se hará el diez del corriente Noviembre, víspera de la fiesta del glorioso patron de esta ciudad.

Art. 2º La salida de las corporaciones y empleados civiles y militares presididos por el Gobernador de la Provincia y en su defecto por el Ministro de Relaciones Esteriores, saldrá con direccion al templo en el órden prevenido en el formulario, á las nueve en punto del once.

Art. 3º Las tropas de la guarnicion estarán formadas á las siete en punto de la mañana en dos álas, de la Fortaleza al arco principal de la Recoba, de allí á las cuatro esquinas de la Catedral y en seguida hasta la puerta del templo.

Art. 4º El General que desempeñó las funciones de Mayor General en el ejército que espedicionó en los desiertos del Sud en los años 1833 y 1834, acompañado de los jefes y oficiales que hicieron la campaña, y que actualmente se hallan en esta, llevarán en sus manos la bandera del mismo ejército.

Los dos gefes de más graduacion de aquellos se colocarán á derecha é izquierda del referido General, llevando en sus manos el uno la medalla y el otro la espada con que la honorable Representacion de la Provincia condecoró al General en Gefe. (Rosas).

Art. 5º Igualmente los espresados jefes de la derecha ó izquierda, llevarán la coraza del famoso cacique *Chocorí*; y el arco, flechas y lanzas del no menos afamado Cacique del Chaco, que remitió á dicho general en Jefe su muy amigo y compañero, el Exmo. señor Brigadier General de la Nacion, don Estanislao Lopez.

Art. 6º Colocados en dos álas, y en el expresado órden los mencionados jefes y oficiales, y el Mayor General en el Centro, al final de ellas saldrán de la Fortaleza á las ocho y media de la mañana con direccion al templo, en cuyo acto se hará una salva de artilleria de 21 cañonazos.

Art. 7º Al presentarse en el templo ante el santo Patrono, darán frentes las dos álas, y por entre ellas marchará el Mayor General, y pondrá á los piés del Santo, la bandera, la espada, la medalla y demás trofeos referidos. En seguida dirigiendo la palabra al Santo le dirá:

«Sin duda que las glorias militares que han inmortalizado á este pueblo, tan heróico como generoso, han sido conseguidas bajo el amparo de un Patrono, como vos, que siendo á un mismo tiempo Santo esclarecido, y militar valiente, probasteis en las guerras contra los bárbaros de las fronteras romanas, que las virtudes cristianas pueden reunir la bravura, la piedad, la libertad, la defensa de los derechos, y el amor á la humanidad.

«A nosotros tambien nos ha cabido la fortuna de conducir á vuestros hijos los *Porteños*, hasta los confines del desierto, donde se asilaba la ferocidad de los bárbaros, para ser el azote constante de esta tierra.

«Aquí está la bandera que condujo de triunfo en triunfo á este virtuoso ejèrcito.

«Ella queda en vuestras manos, como un testimonio de gratitud debido á la victoria que nos ha concedido el Ser Supremo por vuestra intercesion»

Art. 8º Acto contínuo regresará á incorporarse con los jefes y oficiales, cada uno en sus respectivos lugares, en el ála militar que ya debe ir en marcha para el templo, formando la comitiva del Gobierno.

Art. 9º En una lámina de plata, que el mencionado General en jefe del Ejército quiere que se construya á su costa, se grabarán los nombres de los mil setecientos veinte cristianos que han sido salvados del cautiverio, la que concluida será dedicada y entregada á la Santísima Vírgen de Mercedes, redentora de cautivos, en el dia de su funcion.

Art. 10. Comuníquese, etc., etc.

Rosas hacia todo el despacho en Palermo, despacho que se repartia entre el Gobernador de la Provincia, pantallon federal, el jefe de Policia, Don Antonino Reyes, y diversos jueces de Paz.

No se movia una paja en Buenos Aires que no obedeciera una órden del tirano.

El abarcaba todos los ramos de la administracion.

Así se le verá intervenir en las cuestiones internas de las familias ó mandar cortar la cabeza al que habia cometido el delito de ser paquete ó afeitarse el bigote, dejando su barba en forma de U.

Rosas era un farsante, que no perdia ocasion de burlarse de los más altos empleados de la administracion en las notas oficiales más sérias.

Y vamos á dar una prueba de ello, con la mas curiosa de todas sus resoluciones administrativas que cita el señor Barbará.

Rosas habia nombrado Jefe de Policia interinamente, á don Juan Moreno, oficial mayor de la Policia.

Queriendo Moreno, que era un infeliz, hacer méritos para conservar el puesto, dirigió á Rosas una bombástica nota, encareciendo algunas mejoras que necesitaba el Departamento.

Notaba como de la más alta conveniencia la necesidad que habia para la moral pública y buenas costumbres, que las presas existentes en la cárcel pública, fuesen remitidas al cuartel general de Santos Lugares.

Este pedido lo fundaba en que era muy irregular la presência de mujeres en la cárcel, que solo servian para ocasionar escándalos.

Rosas se impuso de esta nota, confesando que era la más graciosa que habia leido en su vida, é hizo llamar á Palermo á don Benedicto Maciel, oficial 1º del Ministerio de Gobierno, á quien dictó la siguiente resolucion:

No estando conforme el Gobernador de la Provincia con la disparatada nota del Jefe interino de Policia, en que se pide que las presas relacionadas sean destinadas al servicio de la Sastrería del Cuartel General, pero sí que lo sean á una que se forme al cargo de dicho jefe de Policia para su instruccion y enseñanza, vuelva al mismo este espidiente con las clasificaciones de las presas enunciadas, en las que han recaído los correspondientes decretos, para que proceda del modo siguiente:

1º Buscará una casa aparente y segura á fin de evitar el escalamiento de D. Eusebio el de la Santa Federacion y guerrero de la Independencia, con la comodidad y estension necesaria, en un punto saludable y con suficiente terreno para el cultivo de los nabos y otras legumbres, que alquilará por cuenta del Estado.

2º En dicha casa serán colocadas las presas y las mas que á esa prision y servicio fueren destinadas.

3º Tendrá una güardia de Policia compuesta de aquellos individuos de reconocida moralidad y buenas costumbres á quienes no se les haya conocido propension á las mujeres, á cuyo efecto

se creará una compañía de *línea* ó se aumentará la que existe.

4º Tendrá la cárcel un alcaide y una alcaidesa que sean antipáticos à si mismos, para el cuidado, órden y moralidad y demas correspondiente.

5º Habrá una pieza destinada para capilla, y un sacerdote capellan *pagado* por el Gobierno el último dia de cada mes,para que confiese,diga misa los Domingos y dias de ambos preceptos entre semana, y los de oir misa y trabajar.

6º Tendrá la casa cárcel, un médico de *reconocida moralidad* cuya asistencia á las enfermas será pagada el último dia de cada mes por el Estado.

7º Las presas ganarán por su trabajo de *cuarenta* á *sesenta* pesos mensuales segun su más ó menos desempeño. Y serán abonadas el último dia de cada mes.

8º Estarán las presas aseadas en su vestido y recibirán un vestuario el dia de su entrada á la cárcel, procurando que en su confeccion no se empleen colores *celestes* ni *verdes* ni otros combinados que usan las inmundas *sabandijas* salvajes unitarias. Despues será de su cuenta vestirse con decencia, del jornal que ganen, siéndoles absolutamente prohibido hablar ni ocuparse de cosas que no sean pertenecientes á sus obligaciones.

9º Tendrá cada presa un catre, un colchon y dos almohadas, dos fundas, dos *frazadas* y una colcha, un lavatorio, un espejo, un baul y peines, todo costeado por el Estado, á la entrada de las presas á la cárcel y conservado despues por ellas en el mejor estado con su *jornal*. El Gefe interino de Policia procurará que la ropa interior de las presas no aparezca cargada con color azul claro que tire á celeste y que suelen usar, cuya moda hará que desaparezca como un ultraje hecho á la causa de la federacion y de la América.

10. Habrá una mujer aparente, pagada por el Estado el último dia de cada mes para *enseñarles los rezos necesarios*, hacer coro en la capilla, y el rosario por la noche.

A efecto que no se introduzca una confusion en el rezo de las letanias de la vírgen, en latin, asistirá las primeras noches el Padre Camargo ó Fray Fernando capellan de la Quinta, que lo entiende mejor, y podrán instruir á la mejor rezadora.

11. Tendrá un sastre que no sea *carcaman*, pagado por el Estado el último dia de cada mes, que será encargado de cortar las piezas de vestuario del Estado, y demas que deberán coser las presas.

12. Los géneros necesarios serán suministrado por don Simon Pereyra al jefe interino de Policia que observará si su calidad y demas circunstancias son conformes á lo convenido, y habrá en la casa cárcel un almacen para su depósito y para la ropa hecha que allí debe irse conservando á la disposicion del gobierno.

13. En la cárcel de presas no podrá introducirse ninguna persona que no sea de los empleados que la custodien, ni licores de ninguna especie y estará sugeta al reglamento y órdenes vigentes, respecto de la cárcel del Cabildo.

14. El jefe interino de Policia, si considerase conveniente esta resolucion la irá poniendo en práctica y proponiendo todo el aumento y mejoras de que puede ser susceptible; pues que la presente es solamente una *base* ó *compendio reducido* sujeta á todas las reformas que aconseja un maduro exámen en tan grave asunto que puede comprometer el *órden social y los intereses de la América*.

15. Si por el contrario el jefe interino de Policia *piensa* que esta resolucion no puede ser conveniente, ni realizable, ni *provechosa* á la moral, á los intereses del Estado, y á las presas, devolverá

este expediente al Gobernador de la Provincia con las clasificaciones que le son adjuntas.

Y habiendo el jefe de Policia manifestado al Gobierno que considera en todo muy conveniente esta resolucion, publíquese el presente decreto á los efectos consiguientes.

Rosas

Por órden de S. E.

El oficial 1º del Ministerio de Gobierno,

Benedicto Maciel.

LA MUERTE DEL HÉROE

MIENTRAS Buenos Aires se ensangrentaba de esa manera, el bandido Oribe, con su poderoso ejército se enseñoreaba en las provincias del interior, degollando sus más ilustres hijos y cometiendo toda clase de horrores.

Benavides acababa de triunfar del Coronel Acha en San Juan, que tuvo que capitular y entregarse, junto con el Comandante don Rufino Ortega.

Pacheco, que era la vanguardia de Oribe, iba en persecucion del General Lamadrid, para destruir su ejército, que era la última amenaza que pesaba sobre la federacion.

Desmoralizado el ejército del heróico Lamadrid, con los contrastes sufridos por Lavalle, y por la gran miseria en que se le tenia, defeccionó y se desbandó poco despues de roto el fuego.

Lamadrid fué derrotado completamente.

Pero aquel espíritu fuerte que no se arredraba ante nada, volvió á juntar algunos cuerpos, y presentó de nuevo batalla al General Pacheco, que volvió á vencerlo despues de un rudo y corto combate.

El General Lavalle, entónces, desencantado y perdida por el momento toda esperanza de hacer algo, despues de estas derrotas de Lamadrid, que emigró á Chile, marchó en direccion à Bolivia, con los pocos hombres fieles que aùn le acompañaban.

El Comandante General de la Provincia de Salta, don Mariano Boedo, quiso privarle el paso y salió con alguna fuerza á su encuentro.

El General Lavalle organizó sobre la marcha la escasísima fuerza que aún lo acompañaba y cayó sobre Boedo, derrotándolo y haciéndolo su prisionero.

Algo consolado con aquel favor de la suerte que tan adversa le habia sido, el General siguió á Jujuy, alojándose en casa de su amigo el señor Bedoya.

Allí permaneció algunos dias reposando de sus largas fatigas y sinsabores.

Todo el interior estaba dominado por Rosas y sus hombres.

Para perseguir los restos de los ejércitos unitarios y concluir con los que anduvieran por ahí ocultos, se habian organizado partidas que asolaban los pueblos, azotando, degollando y robando todo aquello que hallaban á tiro de uña.

El General Lavalle seguia en casa de Bedoya, esperando un momento oportuno para seguir á Bolivia, donde pensaba fijar su residencia, hasta alentar alguna nueva esperanza de triunfo.

Una de estas partidas, mandada por un gaucho Bracho, de apellido, penetró en Jujuy buscando al General Lavalle que el tal Bracho sabia que estaba allí oculto.

Al poco tiempo de andar en el pueblo, Bracho sabia ya que Lavalle estaba en casa de Bedoya y que se encontraba solo, acompañado de un par de ayudantes.

La casa fué perfectamente cercada, por la numerosa partida, que empezó á

hacer fuego de fusil, al acaso, sobre las habitaciones.

El General Lavalle no estaba solo, pero en cuanto vieron que la casa estaba rodeada y que perecerian sin remedio, los que lo acompañaban saltaron las paredes y fueron salvándose como pudieron

El General Lavalle se encerró en la pieza que ocupaba, dispuesto á vender su vida lo más caro que le fuera posible, si aquella pieza llegaba á ser asaltada.

No contaba con más auxilio que el que pudieran ofrecerle un par de pistolas y su legendaria espada.

Armas que en manos de un hombre de su temple bastaban para contener é imponerse á aquellos descamisados y asesinos.

Esperando los acontecimientos y los giros de aquel asalto, el General miraba constantemente por el ojo de la llave.

Cansados de hacer fuego inútilmente, Bracho dispuso que los asesinos se desparramaran por la casa hasta dar con el General Lavalle.

Bracho se acercó á la pieza donde éste permanecia.

El General se puso à observarlo atentamente por el ojo de la llave sin perderle uno solo de sus movimientos.

Pero por la misma proximidad á la puerta no pudo ver que el gaucho sacaba una pistola de bala de onza.

Sintiendo el ruido que hacia al armarla, el General siguió mirando para no perderle movimiento.

En aquel mismo instante Bracho abocaba su pistola al ojo de la llave, con ánimo de hacer saltar la cerradura y franquearse la puerta.

Lavalle no pudo ver la accion, creyendo tan solo que el ojo de la llave quedaba obstruido por el cuerpo de aquel hombre.

Bracho hizo fuego y al sentir arrancarse la cerradura, sintió en la pieza un ruido que lo dejó helado.

Era el ruido peculiar de un cuerpo que cae pesadamente al suelo, pero sin haber lanzado un grito, sin hablar una sola palabra.

Empujó la puerta armando su otra pistola en precaucion de cualquier peligro, y entró.

Allí estaba tendido sobre un gran charco de sangre, el cadáver de aquel hombre ilustre y esforzado.

Aquella bala maldita habia penetrado en el ojo, rompiéndole el cráneo y haciendo saltar la masa cerebral, cuyos pedazos podian verse incrustados en la pared opuesta.

La muerte habia sido instantánea.

Tan inesperado era aquello, que el gaucho quedó aterrado ante su propia obra.

Se retiró de la casa y se alejó con su partida no sin haber ántes despojado al noble cadáver de los valores que tenia encima.

La noticia se desparramó en el acto por toda la poblacion.

Entónces acudieron los Comandantes Lacasa y Molina á convencerse de aquella terrible verdad.

Estos dos jefes eran los más leales ayudantes y amigos del general Lavalle.

Habian compartido con él todas las penurias de aquella campaña funesta y no habian querido abandonarlo en su último trance; el más amargo de todos.

Grande fué el dolor que esperimentaron al ver sin vida y con la cabeza destrozada, á aquel hombre tan digno de una muerte feliz!

Agobiados por un dolor íntimo y puro, acomodaron el cadáver para acompañarlo en su ùltima y más penosa peregrinacion.

No podia escapar á su penetracion que, repuestos de la sorpresa y obedeciendo órdenes de los bandidos que estaban en el poder, volverian á mutilar el cadáver, como habian hecho con el noble Avellaneda, para enviar sus

orejas ó su cabeza, como un presente al ilustre restaurador de las leyes.

Acomodaron el cadáver de la mejor manera que les fué posible y ocultándose hasta el estremo de viajar de noche solamente, emprendieron viaje à Bolivia, donde dieron sepultura á aquel cadáver ilustre.

Cuando Rosas conoció el fin del General Lavalle, su alegria no reconcció límites.

Aquella muerte fué festejada como un plausible acontecimiento, mandando sus órdenes más terminantes para que le fuera remitida la cabeza del General.

En la ciudad todo era cohetes y músicas, bailes y todo género de fiestas.

En Palermo y Santos Lugares, la fiesta rayaba en frenesí.

Con la derrota de Lamadrid y la muerte de Lavalle, la Federacion quedaba imperando en toda la República.

¿Quién se atrevería á levantarse en armas contra Rosas?

Tcdos los gobernadores de las Provincias, colocados por Oribe, prévia aprobacion de Rosas, servian al tirano, sirviéndose á ellos mismos, pues comprendian que era la única manera de conservarse en el poder.

El tirano mandó buscar á Bracho, para felicitarlo personalmente y premiar su accion federal.

Era Bracho un pobre gaucho oscuro y bruto; sin mas mérito que el de haber combatido en las filas federales, y haber prestado á *la patria* el casual *servicio* de dar muerte al más ilustre y noble de sus hijos.

Bracho llegó á Buenos Aires y fué conducido á Palermo donde lo recibió el mismo Rosas, llenándolo de felicitaciones y presentándolo á toda la córte federal, á quien hizo agasajar y cumplimentar al gaucho miserable.

Los copetudos hacian asco de alternar con él, pero Rosas estaba presente y no habia mas que doblar la cabeza.

Las demas federales colmaron de regalos y zalamerias á aquel tristemente célebre personaje, que se creia estar en una especie de cielo.

¡Cómo no ser galante con el matador de Juan Lavalle!

Las pobres familias unitarias escuchaban toda aquella fiesta y algazara devorando sus lágrimas.

Para ellas la muerte de Lavalle importaba la muerte de toda esperanza de libertad y fin de la sangrienta tirania.

Ya Rosas, sin enemigo que temer, se lanzaria con más ahinco que nunca á los más bárbaros crímenes.

Bracho, en premio de su accion, fué hecho teniente del ejército, despues de habérsele entregado cien mil pesos, y un rico uniforme para que fuera á pasearlo á la ciudad.

Con lo que el gaucho echó una soberbia y una altaneria inaguantables.

Sintiéndose llamar por Rosas amigo, miraba á todos por arriba del hombro, dándose los aires de un gran personaje, aires que le habian imbuido los cumplimientos y adulonerias de Palermo.

Porque como Rosas lo regalaba, todos los buenos federales quisieron hacer lo mismo.

Era tal la importancia federal que se dió á este tipo, que era el mejor empeño para obtener algo del tirano.

Los federales más copetudos lo llevaban á su casa para tener el gusto de obsequiarlo y oir de sus lábios la narracion del fausto acontecimiento.

Bracho hacia lo que queria, hasta mamarse en el mismo salon de Rosas y obtenia cuanto pedia.

Hasta que se volvió á su provincia lleno de dinero y obsequios que no podia apreciar porque ni siquiera conocia su aplicacion.

Oribe, entretanto, hacia todo género de pesquisas para dar con el cadáver de Lavalle.

Todo su ejército se hallaba ocupado

en buscar el cadáver del General Lavalle, para cortarle la cabeza y mandarla salada al gran Americano, para que la colgara en las fiestas que se celebraban en festejo de aquella muerte.

Las autoridades de todos los pueblos, como lo comprueba el señor Lamas en sus *escritos políticos*, se ocupaban esclusivamente en abrir los sepulcros, buscando el codiciado cadàver.

Y en los cementerios tenian lugar entónces escenas de las más brutales y execrables.

El cadáver, que segun ellos, tenia facha de pertenecer á salvaje unitario, era mutilado de una manera feroz, cortando la orejas de los que aùn no estaban bastante corrompidos.

Los féretros se quemaban y el cadáver era arrastrado hasta la fosa comun, porque un salvaje unitario no tenia derecho de ser enterrado comó gente.

Aquello era el delirio del crímen llevado á su faz más repugnante.

Los curas de las parroquias se apresuraban á certificar que no habian dado permiso de defuncion para el ilustre difunto, librándose así de atropellos bestiales.

Porque las partidas federales penetraban á las sacristias á revisar los libros, y las escenas del cementerio se repetian allì aunque en menor escala.

Si en los libros que registraban hallaban la defuncion de algun salvage unitario, daban golpes al cura, al sacristan y á cuanto monigote andaba por la iglesia.

No contentos con esto, bajaban á los santos de sus nichos y los azotaban con sus rebenques, porque eran unos pillos protectores de salvages unitarios, y que así escarmentaban en ellos los demàs santos para que no se metieran á proteger inmundos enemigos de la gran causa federal.

Pero el cadáver no aparecia por parte alguna y Rosas apremiaba á Oribe exigiéndole su inmediata remision.

—Ya he mandado hacer activas pesquisas, decia en una nota aquel bandido, sobre el lugar en donde está enterrado el cadáver, para que le corten la cabeza y me la traigan.

Para que llegue alli en mejor estado he dispuesto que la encierren en un cajon de sal.

Y de ese modo podrá detenerse la descomposicion, pues es lástima que en las fiestas que alli se celebran, no figure la cabeza de tamaño bandido.

Pero toda pesquisa fuè inútil!

Todos los cementerios se profanaron, todas las tumbas se abrieron, pero el ilustre cadáver no pareció en ninguna de ellas.

Por fin Oribe tuvo noticias de que el cadáver habia sido transportado á Bolivia por los dos leales ayudantes del General.

Inmediatamente dirigió una nota al General Urdimenea, pidiendo la estradicion del cadáver del gran bandido, segun este miserable!

Y eran tales los términos de aquella nota dejando traslucir de lo que se trataba, que Urdimenea, lleno de horror, rechazó aquella exigencia brutal, lo que dió márgen á la célebre cuestion con Bolivia.

El cadáver del ilustre argentino descansaba en paz en tierra boliviana, gracias á sus dos leales y bravos amigos.

La mazorca tuvo que pasarse sin la cabeza de Lavalle, que pensaban haber engalanado con moños celestes, perejil y cebollas, como engalanaban las que se exhibian colgadas en los puestos de carne del mercado.

Pero apesar de no tener la cabeza, la muerte de Lavalle se festejó en Buenos Aires con toda pompa federal.

Por órden de Rosas, el famoso y federal cura Gaete, dispuso la célebre

borrachera y orgía que se celebró en la Piedad.

Aquello fuè una verdadera saturnal corregida y aumentada por la crema de la federacion.

En las grandes naves del templo se habian apiñado los mismos miserables que se reunian en la casa del desgraciado don Lúcas Gonzales.

Mujeres de mala vida y perdidos de toda especie, mezcladas con curas, compadritos, militares y personajes de la administracion, bebian desaforadamente à la salud de Bracho y del Restaurador de las leyes.

Y mientras la orgía y la borrachera estallaba en todos los ámbitos, el cura Gaete, tan ébrio como sus oyectes, lanzaba estentóreas prédicas, asegurando que la muerte de Lavalle, del asesino Lavalle, era un presente que la divina providencia hacia á la divina federacion.

Las mujerzuelas gritaban en su fraseología nauseabunda, mientras los hombres invitaban á beber á los santos y les arrojaban el líquido á la cara, porque decian que los desairaban.

Es que la borrachera llegaba á su apogeo.

Y los perdidos de toda la ciudad iban cayendo á la fiesta y reclamando su correspondiente racion de vino.

Gaete era el ídolo de la fiesta.

Las mujerzuelas lo rodeaban reclamando su bendicion con destemplados y aguardentosos gritos, proponiendo en cambio un amor sin límites, un amor federal.

Y era preciso reservar el vino de las limetas que consumia con verdadera voracidad.

Aquella orgia duró miéntras los concurrentes pudieron tenerse en pié.

No quedaba una imágen en su sitio, yendo muchas de ellas á parar al medio de la calle, esperando una mano caritativa que les pusiera divisa para poder regresar á ocupar su nicho.

Terminada la fiesta, la iglesia presentaba todo el aspecto de una crujia.

Grupos de mujeres que dormian envueltas en sus harapos sobre enormes charcos de vino, que sus estómagos no habian podido retener.

Y grupos de hombres, que con el brazo doblegado por el alcohol, afilaban ó hacian el ademan de afilar sus facones, al compas de la *refalosa* que cantaban en coro imposible.

El cura Gaete recorria los grupos bendiciéndolos y recibiendo los bravos de aquellos criminales.

Este cura Gaete, es el mismo que publicaba un aviso á los verdaderos federales, como el siguiente, que copiamos de *La Gaceta Mercantil* del 16 de Octubre de 1840:

«El cura de la Piedad, doctor don José Tomás Gaete, convida con solo esta invitacion á sus amigos, que son los verdaderos federales, para que le acompañen el lúnes próximo 19, á las 5 de la tarde, á los maitines, y al otro dia mártes á las diez de la mañana, á las exequias fúnebres que se han de celebrar con la mayor solemnidad, en la parroquia de nuestra señora de la Piedad, por el bien del alma de la finada heroina, madre de la Confederacion Argentina, doña Encarnacion Escurra de Rosas.

«A cuyos actos no se permitirá ningun salvaje unitario ni federal á medias, porque sus oraciones no son admitidas ante los ojos de Dios, por ser unos perjuros.»

Esta sola pieza dá la medida de aquel bergante, el más ruin de todos los federales que vistieron sotana.

Terminada la gran fiesta de la Piedad, tuvo lugar una mas magnífica, si es posible, en la plaza de la Concepcion, al aire libre.

Esta fiesta, de órden de Rosas tambien y en festejo de la muerte de Lavalle, era organizada por Salomon y Cuitiño, que se habian empeñado en sacar la oreja al cura Gaete.

Allí el honorable público asistente, tenia el derecho de acercarse á las tinetas de vino, y meter en ellas el hocico, no retirándolo hasta no haber chupado en toda regla.

Dadas las condiciones del local y la profusion de tinetas con vino, la concurrencia era diez veces mayor que la que habia asistido á la Piedad.

Todo el barrio de la Concepcion estaba en la plaza, hablamos del barrio federal.

Las músicas se oian en todas partes y los gritos de mueran los salvages unitarios! atronaban la plaza.

Por entre todos los grupos se veia pasar la siniestra figura del Coronel Cuitiño palmeando en el hombro á sus muchachos, é invitándolos á echar un último trago.

El cura Gaete fué invitado especialmente por Salomon y Cuitiño, que querian hacerlo salir con el mayor brillo de la fiesta.

Y el cura asistió, sin duda para dar mayor solemnidad al acto de empinar el codo.

--Donde quiera que se beba por la federacion y por el esterminio de los salvages unitarios, dijo, ahi he de estar yo. La santa madre Iglesia y la santa causa de la federacion me encontrarán siempre listo para servirlas.

Esta fiesta hizo época en el populacho, que recordó con placer, durante mucho tiempo, la cantidad enorme de vino que se habia consumido.

—Es en vano, decian:

En fiestas que dirijen el Coronel Cuitiño y Salomon, ni una mula nos gana á beber.

Es negocio de ir hasta con garganta prestada.

Dos dias con sus correspondientes noches duró esta orgia, que hubiera sorprendido al mismo estimable Baco, elevado á la categoria de dios.

Ahora, el gran mundo federal celebraba tambien sus fiestas de copete, en relacion á los personages que en ellas tomaban parte, pues lo que es en el fondo, era exactamente igual á las que ya hemos descripto.

En casa de la terrible María Josefa, tuvo lugar un gran baile y cena, al que no se permitió faltar ninguno de los personages de la época ni de los unitarios que tenian fuertes razones para conservar íntegro su pescuezo.

Doña Maria Josefa, tan maldecida como su mismo cuñado, estaba radiante de ferocidad y de joyas.

Cada vez que se acercaba una copa á los lábios, esclamaba con su voz de sable patrio:

—Por Dios que siento que no sea sangre del cobarde Lavalle—La beberia con suma delicia.

Es lástima que los bolivianos nos hayan robado las entrañas de este bribon!

Y bebia como un sargento de línea, sin que se notase en sus piernas la menor impresion.

—Veremos de quién se agarran ahora los unitarios salvages y puercos para hacerse matar como chanchos!

Ya no les queda ni el más ruin de los cabecillas.

Cuentan que en lo mejor del baile, se apareció de gran uniforme el gran Mariscal de la América de Buenos Aires, don Eusebio de la Federacion.

—Aquí me manda mi padre, dijo, para que baile un minué con la señora doña Maria Josefa.

Y al decir esto, el loco hacia las contorsiones más graciosas.

—Si no se manda mudar de aquí el perro loco, gritó la harpía poniéndose roja de ira, yo misma lo voy á sacar á moquetes.

Pero el loco iba con la leccion bien estudiada, y preferia sin duda unos moquetes de doña Maria Josefa á los rebencazos con que lo habia amenazado Rosas.

Asi es que blandiendo su baston de gran Mariscal, se cuadró en medio de la sala, y dijo:

—Es que mi padre me ha dicho que tengo que bailar el minué, sinó quiere doña Josefa, por fuerza, y lo que manda mi padre no tiene vuelta de hoja.

Y como el loco se aproximára á aquel basilisco con ánimo de bailar el minué, ella pidió entónces á Jimeno, que le daba el brazo, lo sacará á palos.

Pero ¿cómo sacudirle al loco, cuando les constaba que era enviado por Rosas?

—Piense usted, señora, que esta es una broma del ilustre Restaurador, dijo primero, y que se enojará si se la echamos á perder!

El loco que habia ido acercándose al ver la indecision de Jimeno, no conociendo sin duda la clase de mujer que era aquella, le echó mano al vestido, relampagueando los ojos y lamiéndose los gruesos lábios con su larguisima lengua.

Doña Maria Josefa le hizo entónces una atropellada, le arrebató el baston de Mariscal y empezó á sacudirle los huesos como quien sacude alfombras.

—Socorro á la Federacion! en nombre de mi padre! gritaba el loco disparando por toda la sala y llorando como un recien nacido.

Pero el garrote de gran Mariscal seguia durmiéndosele en los lomos con una celeridad pasmosa.

El loco se metia tras de las sillas de las grandes federalas que, descalabradas de risa, se cubrian la cara con los abanicos.

Pero de alli lo sacaba á son de polca el infatigable garrote de doña Maria Josefa.

Por fin el pobre mulato atinó con la puerta y salió de aquella sala dando gritos descomunales.

La concurrencia ya reventaba de risa, haciendo esfuerzos sobrehumanos por contenerla, para no concluir de enfurecer á la harpia, que era muy capaz de arremeter á palos con todos.

Los ánimos se fueron calmando poco á poco y con unas cuantas vueltas de licor todo quedó arreglado.

El incidente del loco fué pronto olvidado.

Las mulatillas que llenaban la casa de aquella malvada, tenian tambien su fiesta en los patios, con algunos serenos y soldados de Cuitiño que habian caido á alegrar la fiesta.

Las casas en aquel tiempo eran enormes y en los pátios y huerta habia cómodo espacio para alojar un batallon.

Aquella fiesta duró dos noches consecutivas y el dia entre esas intermediario.

Durante la noche, como hemos dicho, se reunia la crema de la federacion á bailar y á beber.

En el dia, las mulatillas por òrden de su señora, daban de beber á todos los que acudian.

Y el consumo de bebida era enorme y los escándalos con relacion al liquido consumido.

A la oracion y cuando empezaba á llegar lo que hoy se llama el *high life*, salian las turbas de mazorqueros ébrios que se desparramaban sembrando el terror por la ciudad.

Al hablar de ellos en sus *Neurósis* el distinguido doctor Ramos Mejia, trae los siguientes párrafos, que queremos transcribir en corroboracion de lo que hemos dicho:

«Los mazorqueros se repartian en grupos de cincuenta ó cien por distintos puntos de la ciudad.

Y alli donde hubiera una familia comprometida entraban y registraban hasta

la última pieza, cometiendo toda clase de tropelias.

Si alguna mujer habia olvidado el moño, se lo pegaban en la frente con brea, ó intimada por cuatro manos crispadas y vigorcsas y arrojándola al suelo, la desmayaban á rebencazos.

Desgarraban los papeles que cubrian las paredes, los muebles y cortinados que fueran celestes, destruian á sablazos los cuadros y llevaban hasta la cama donde dormía algun niño, para cerciorarse si tenia las condiciones necesarias para ser un completo federal.

Y de allì volvian á salir para continuar sus depredaciones y se veia á la gente aterrorizada disparando por las calles y el ruido de las puertas que se cerraban iba repitiéndose de cuadra en cuadra, y de manzana en manzana.

Es que el terror se habia apoderado de todos los ánimos.»

Si la fiesta de doña Maria Josefa hubiera durado una semana, la poblacion de Buenos Aires que no era federal conocida, hubiera disminuido en un setenta por ciento.

Felizmente despues de la segunda noche de orgía, la esclarecida federala cayó rendida por el cansancio y el licor.

Don Eusebio se quejó amargamente á su padre de la paliza recibida, y esto le valió una buena rebenqueadura, por sin vergüenza y por no haber cumplido el programa.

Pero no por esto doña María Josefa se escapó de una buena reprimenda.

Al dia siguiente entraba en su casa el coronel Corvalan, edecan de S. E., y le notificaba el profundo disgusto que le habia causado su conducta para con don Eusebio, previniéndole que cuidado como se volviera á repetir.

La María Josefa se tragó aquella amarga píldora, buscando alguna familia unitaria á quien soltar sus hombres leales.

Era esta la panacea eficaz que tenia para todos sus malos humores y reprimendas por el estilo.

Este sér maldecido de quien no nos volveremos á ocupar, tuvo una muerte terrible, análoga á la del fraile Aldao, como justo castigo á sus grandes crímenes.

Postrada por una enfermedad cutánea de las más espantosas, todos sus amigos empezaron à alejarse y á huir de ella como de un sér maldito.

Su cuerpo se habia transformado en una inmensa llaga, y su cabeza toda reventada ofrecia el espectáculo más repugnante.

No quedaron rodeándola mas que aquellas negrillas de todo pelage que le habian servido de espias á los Unitarios y que tenia que pagarlas á peso de oro para que no la abandonáran.

La enfermedad y los dolores á ella consiguientes, habian revuelto todo el abismo de su espíritu perverso, haciéndola inaguantable para las mismas que le devoraban el dinero en cambio de una asistencia mercenaria, hecha de mala voluntad.

Estas mismas se le fueron separando gradualmente despues de hacer la bolsa y despojarla de una cantidad de alhajas.

Doña Maria Josefa sentia todo esto, pero estaba inmóvil en la cama, sin tener un solo sér que la amparase.

Por fin la última negra se retiró llevándose su última alhaja y la harpia, maldeciendo del cielo y de la tierra, quedó entregada ásu propia desesperacion, sin tener quien le alcanzàra un vaso de agua.

Un mulato borrachon, que habia tomado su casa por alojamiento gratuito, fué á acompañarla, encontrando las piezas muy confortables.

Se alojó en la sala y dormia sobre los sofáes de damasco.

Y esta misma compañia solo sirvió para desesperarla más todavia, pues

cuando le pedia le alcanzara algo, le gritaba:

—Espere la bruja, si quiere, que ahora estoy ocupado.

Así murió este sér perverso, que habia empleado su vida en hacer todo el mal posible.

En sus últimos dias, presa de un delirio espantoso, veia destilar ante su cama á todas sus víctimas que la emplazaban para el dia de su muerte con terribles amenazas.

Y rindió su espíritu perverso en medio de sufrimientos múltiples y creyéndose estrangulada y devorada viva por esqueletos de formas caprichosas y aterrantes.

Murió sin haber conocido lo que era una caricia.

Parecido á este fué tambien el fin del célebre Mariño, jefe de la banda de asesinos conocida por serenos.

El mismo Rosas ordenó que los coches de su acompañamiento guardáran una distancia de seis varas por lo ménos para evitar el contagio de la peste.

Este ha sido el fin, mas ó menos, de toda las fieras de aquella época.

El fin de ellos ha sido siempre trájico.

Solo dos, los más crueles, han escapado á este castigo.

Rosas, que se dice murió tranquilo en su lecho, rodeado de su hija y de sus nietos, y otro de sus Tenientes á quien la divina Providencia, no ha señalado aun su fin.

Sabe Dios cuál será este!

La muerte del heróico Lavalle dejó por el momento sin enemigos á la santa causa de la federacion.

Los degüellos cesaron entónces y las persecuciones fueron menos violentas.

Pero los fusilamientos siguieron siendo siempre el sistema de Gobierno de aquel malvado, que se habia propuesto enterrar todo lo que no fuese federal bien definido, es decir, todo lo que no importase la adulonería y el crímen en su último grado.

LOS FRAILES

Rosas, que no habia respetado nada, ni la vida ni la memoria de sus padres, la emprendió con los frailes y clérigos que no querian prestarse á todas las infamias de la federacion, y predicar desde el púlpito el esterminio de los Salvajes Unitarios y sus inmundas crias.

Los jesuitas y los franciscanos fueron los primeros que señaló su dedo fatídico á las turbas desenfrenadas de la mazorca, despues de haberlos hecho amenazar de todas maneras.

Porque entre el clero hay tambien hombres de carácter y un hombre de carácter era forzosamente enemigo de Rosas.

La primera escena de sacrilegio y de sangre tuvo lugar en la iglesia de San Miguel.

La mazorca creia que allí se habia refugiado la familia de don Lúcas Gonzalez, cuya muerte trágica hemos narrado ya.

En vano el cura aseguró de la manera más formal que allí no habia ninguna familia oculta.

En vano se opuso á un registro en el templo; la mazorca no hizo caso de semejantes argumentos, y penetró en la iglesia en pandilla dando desaforados gritos de muerte, y blandiendo los sables y los cuchillos.

El cura y el teniente, comprendiendo que su resistencia solo serviria para irritar á aquellos bandidos, se metieron en las piezas, abandonándoles el templo.

Pero poco despues fueron sacados de allí por el pescuezo, y obligados á acompañarlos á un registro general.

No dejaron recobeco ni sótano que

no registraran con creciente avidéz.

Estaban persuadidos que allí se ocultaban personas de la familia de don Lúcas Gonzalez y querian encontrarlas á todo trance.

Y á medida que iban perdiendo la esperanza se irritaban más y la emprendian á golpes con los sacerdotes que negaban la afirmacion.

—Ustedes saben donde están, decian, y los ocultan, porque tan salvages unitarios son ellos como ustedes!

Pronto, á decir donde están.

Y pretendian con amenazas de muerte arrancar un secreto que no existia.

El pobre teniente cura no podia ya tenerse en pié.

Los golpes recibidos eran superiores á su físico miserable y ya le habian roto el cráneo de un golpe de sable.

—Decí donde están porque te vamos á matar.

—Y cómo quieren que diga dónde están personas cuya misma existencia ignoro?

Y los golpes se repetian hasta que fué preciso abandonarlo porque no podia tenerse en pié!

Los santos fueron bajados de los altares y azotados delante del cura que oraba silenciosamente, pues creia llegado su último momento.

Toda la iglesia fué registrada y tratada como casa de salvajes unitarios.

Robaron lo que era de plata y despedazaron todo aquello que no tenia para ellos el menor valor, ó que no podian llevar consigo.

El cura quedó tan estropeado como el teniente, y si no murieron á consecuencia de aquellos golpes, fué á causa de la asistencia que les prestaron unas buenas viejas de la vecindad.

El obispo Medrano tuvo conocimiento de este escándalo terrible, pero guardó silencio.

Estaba dominado por el terror y era además un anciano dèbil que hasta la memoria empezaba á perder.

Rosas empezó así una terrible persecucion al clero y á los frailes, que aseguraba estaban minando la federacion.

Solo los curas como Gaete y comparsa que formaban parte de la mazorca, escapaban á esa persecucion espantosa.

Rosas habia puesto los puntos al convento de los seráficos padres franciscanos.

En aquel convento tenian lugar algunos pequeños escándalos entre sus santos habitantes, escándalos que habian llegado á conocimiento de Rosas como todo lo que pasaba en la ciudad.

Entre los santos varones que habitaban este convento, habia un fraile Solis, cuyo nombre aparecia siempre mezclado al de conocidas y hermosas damas.

Era este un fraile de una belleza notable é interesante.

Sus grandes y hermosos ojos azules, bañados de una espresion de infinita dulzura, inundaban irradiando su luz, aquel semblante de líneas suaves y correctas.

Solis vestia, no ya con elegancia, sinó con riqueza.

Por la abertura intencional de sus hábitos se veia siempre una riquísima pechera abotonada con brillantes; y la riqueza excepcional de sus pañuelos de mano, llamaban la atencion de cuantos los veian.

De palabra fácil y melodiosa, el fraile Solis se hacia simpático desde el primer momento, pues tenia el don especial de cautivar el espíritu de la persona que con él hablaba.

La crónica escandalosa de aquellos tiempos aseguraba que el tal fraile Solis solia abandonar los hábitos de cuando en cuando y salir en traje federal á correr la tuna y campear fruta pintona.

Los cuentos de sus conquistas amorosas se repetian en todas partes con el nombre de las damas cuyo corazon

habia sido incendiado por el seráfico fraile.

Estos cuentos y chismes pusieron en alarma al reverendo fray Aldazor, Prior del Convento que resolvió llamar al órden al lujoso padre Solis.

Pero éste negó firmemente todos los hechos que se le imputaban, asegurando que mal podia corregirse de faltas que no habia cometido.

El Prior levantó el gallo, pero se encontró con que el fraile lo levantaba mucho más.

Amenazó y se encontró á su vez amenazado.

Fray Aldazor reunió entónces á los hermanos, para tomar una medida séria, no solo ya contra los actos inmorales de fray Solis, sino contra su descarada rebelion.

Aquí fué donde se armó la gran tremolina!

La autoridad del Prior estaba minada, al estremo de que cincuenta frailes se levantáran contra Aldazor en defensa de Solis.

Fray José María Fernandez y Fray Domingo Cobos hicieron una defensa clásica de fray Solis, asegurando al Prior que si se metia á perseguir iba á sublevar contra él á toda la Comunidad.

La cuestion no podia ser más grave.

—Me veré en la necesidad de poner sus faltas á la moral en conocimiento de quien corresponda, habia dicho el Prior haciendo su último argumento.

—No me opongo, habia replicado Solis, pero en ese caso se me provocará á que yo tambien haga conocer, no solo sus aventuras sino sus desventuras amorosas.

Esto levantó una grita de todos los diablos.

Los partidarios de Solis, que eran los más, se pusieron de pié apoyando al fraile, y de pié se pusieron tambien los pocos que sostenian la autoridad del reverendo Prior.

Hubo arremangada de manteos y el ruido de algunos puñetazos en ajeno pulmon dieron la señal de la batalla.

Los hermanos se dividieron en dos bandos, en que vinieron tambien á afiliarse las devotas de más copete.

Aldazor se encontró en una situacion más tirante de lo que habia creido.

No le era posible luchar contra los partidarios de fray Solis, pero tampoco podia guardar silencio y someterse á las irregularidades cometidas por su rival.

Fray Aldazor redactó una nota jesuítica y vigorosa, en la que narraba los escándalos de que era teatro el convento, por la conducta libertina é intolerable del fraile Solis.

En esta nota que dirigió al Ilustre Restaurador de las leyes, pedia á éste que tomára una de sus sabias medidas para librar de un cataclismo á la Comunidad, porque ya habia llegado el caso incalificable de irse á las manos.

Rosas conocia ya de antemano todo lo que le referia Aldazor, y no estaba esperando sinó la oportunidad de hacer una de las suyas, oportunidad que vino á brindarle el incauto Solis.

En amores con una dama, Solis pasaba en su casa las horas que debia dedicar á la meditacion de la celda.

La dama esta tenia una hija, que á su vez tenia una relacion amorosa aunque más pura y legítima.

El jóven que la festejaba tuvo sus sospechas de que el fraile tenia sobre ella las pretensiones amorosas que se atribuian á la madre y resolvió jugarle una mala pasa.

Al efecto lo esperó una madrugada al volver la esquina y cuando el fraile se retiraba, lo acometió con un nudoso tala que esgrimió lo más vigorosamente que le fué posible.

Pero se encontró con que fray Solis no era manso, ni de puños ni de co-

razon, y que á falta de garrote devolvia los puñetazos con una fuerza poco comun.

El escándalo fué magistral!

El jóven esforzado, despojado de su tala tuvo que abandonar el campo de batalla, no sin haber perdido en la refriega algo de su inocente chocolata.

La aventura cundió por todas partes, y de ella se aprovechó Rosas para meter mano en el órden de la Comunidad.

Ese mismo dia á la tarde, y en forma de decreto, el Restaurador de las leyes pasaba al Jefe de Policia una nota que copiamos del archivo de Policia, página 271:

Artículo 1º.

El Jefe de Policia pasará al convento de San Francisco é intimarà al Padre Guardian la entrega de los cinco religiosos Fray Ramon Sabaté, Fray Ramon Traveria, Fray Domingo Cobos, Fray José Sevilla y Fray José María Fernandez y los conducirá presos á la cárcel central de Policia donde serán completamente asegurados, lo mismo que el fraile Francisco Solis.

Art. 2º. Estando ya bien asegurados en la casa central los seis religiosos espresados, les intimará de órden del gobierno que no saldrán de la prision en que están, sinó cuando quieran embarcarse y trasportarse á su costa, bajo partida de Registro, á un puerto de la Europa, dando fianza al gobierno el capitan del buque que los trasporte, de cumplir exactamente esta obligacion.

Rosas

La noticia de la prision de estas seráficas personas, se desparramó por la ciudad con la celeridad consiguiente.

Fray Aldazor se refocilaba de su triunfo, y volvia á recuperar la autoridad perdida, mediante un discurso de escarmiento á los demás hermanos.

Entre tanto la turba de damas mezcladas á aquellas aventuras que tan federal fin habian tenido, se ponia en movimiento ocupando sus relaciones del candelero.

Y los empeños á Palermo empezaron á llover intercediendo por los frailes presos.

Pero el ilustre don Juan Manuel sonreia con infinita pilleria, asegurando que harto hacia con desterrarlos simplemente.

—Que suelten la fianza requerida, decia, y que se vayan á donde Dios y Cupido los ayuden, pero yo no los quiero mas en el pais.

De nada sirvieron los empeños puestos en juego y fué preciso cumplir el decreto.

La misma dama heroina de la última aventura otorgó la fianza exigida por el decreto de Rosas,, y de esta manera aquella media docena de frailes logró salir del pais, felicitándose íntimamente de llevar el cuero y los huesos en perfecto estado de integridad.

La turba federal y mazorquera los acompañó hasta el embarcadero, llenándolos de insultos y propinándoles algunos terronazos de tierra, que felizmente no les causaron el mayor mal.

Despues de esta aventura, Rosas no descansó en su persecucion á los frailes, y la emprendió con los jesuitas que vivian frailunamente en la Iglesia del Colegio.

Los reverendos padres jesuitas que estaban en la iglesia del Colegio, se habian negado varias veces á ciertas demostraciones federales á que accedia el resto del clero, por su propia conveniencia y conservacion.

En las fiestas que se hacian continuamente, celebrando el natalicio de Rosas, su advenimiento al gobierno, ó funerales por doña Encarnacion, era de práctica colocar el retrato del tirano en

el altar mayor, ó colgarlo en todos los del templo.

Los jesuitas eran los únicos que no se habian prestado á ese sacrilegio, por que se creian amparados por sus hábitos y por el mismo templo que habitaban.

Los Jueces de Paz y jefes de mazorca, se habian quejado muchas veces de esta grave insolencia, pero el tirano habia hecho la vista gorda, esquivando dictar una resolúcion al respecto.

Los jesuitas, que conocian las quejas, habian interpretado mal el silencio del tirano, atribuyéndolo á temor de Dios, pues Rosas pasaba por muy religioso, aunque era capaz de colgar á la misma Vírgen Maria y hacerla pegar con brea un parche colorado.

Esto envalentonó á los seráficos padres jesuitas, hasta hacer caso omiso de cualquier amenaza que les viniese por conducto del Juez de Paz de la Parroquia óComisario de la seccion.

Cierto dia se presentó una comision de vecinos, exigiendo á los jesuitas colocaŕan el retrato de S. E. en el altar mayor, pues se iba á celebrar una funcion de la mayor importancia federal, en todos los templos de la ciudad.

Esta funcion tenia por objeto dar gracias á Dios por haber librado la importante vida de S. E. del puñal de los unitarios.

Ya se sabe que Rosas finjiacada tanto tiempo un horrible asesinato que no era otra cosa que un pretesto para asesinar él á determinadas personas.

Los honestos jesuitas se negaron á la federal pretension, asegurando que los altares se habian hecho para adorar á Dios y no para rendir homenage á los miserables gusanos de la tierra.

El ilustre Troncoso que era el encargado de hacer la intimacion, se sobrecogia de una manera sombría.

—Sepa el fraile ladron, dijo al prior ó guardian, que S. E. el ilustre Restaurador de las leyes está arriba de todo, entiende? y que ha de poner el retrato donde se mande.

—Atrás el impío! salga el condenado! gritó el fraile, en el pináculo de la indignacion.

Y le señaló la puerta con un dedo rígido.

Troncoso tuvo intencion de ensartarlo de una puñalada, pero no se atrevió.

Recordó que apesar de las infinitas quejas, Rosas no habia dispuesto nada contra los jesuitas y tuvo miedo de disgustar al *patron*.

—Está bien, fraile pícaro, salvaje unitario, dijo retirándose.

Yo me voy así no más por no hacer una herejia, pero escuche lo que voy á decirle.

Si el dia señalado para la funcion no está el retrato del gran Rosas en el altar mayor, y todos ustedes no se presentan con la divisa federal vamos á hacer con ustedes un ejemplar que han de recordar miéntras haya frailes haraganes y jesuitas sobre la tierra.

Y salió del templo echando los más federales ternos.

El fraile se preocupó poquísimo de estas amenazas.

Sabia que nada se intentaria contra ellos sin órden de Rosas, y estaba convencido que éste no los perseguiria por temor de Dios.

Inesplicable error, partido de la mente aguzada de un jesuita.

Troncoso dió cuenta al Juez de Paz y á sus compañeros Cuitiño y Parra, y estos llevaron la respuesta del jesuita al terrible Rosas.

—Ah! hijo de mala madre! esclamó el tirano al conocerla:

Como no obedezca á lo mandado, ya veremos quién es el gusano!

Si esos frailes roñosos, añadió, no cumplen la prevencion de Troncoso, queda retirada de hecho la proteccion federal que se les ha dispensado.

Esto equivalía á una órden terminante de mazorcada, y que queria decir: «En ese caso, pueden ustedes hacer con ellos lo que más rábia les dé».

Era la manera con que daba á sus asesinos las órdenes de degüello ó de azotaina.

Los bandidos aquellos salieron de Palermo con el corazon henchido de federal entusiasmo, y meditando ya lo que harian con los frailes en el caso seguro de que no cumplieran lo ordenado por el amigo Troncoso.

El dia de la funcion llegó, y la federacion de aquella parroquia asistió á la que debia celebrarse en el Colegio, con tanta pompa.

Pero ni el retrato de Rosas estaba en el altar mayor, ni los honorables frailes lucian la divisa ordenada por Troncoso.

El prior ó guardian de los frailes era tan caprichoso como jesuita y no habia querido ceder á la indicacion de otros frailes mismos, que le dijeron era conveniente hacer lo que era de práctica en los demás templos, pues hacer otra cosa seria ponerse mal con la autoridad y provocar un descalabro.

Concluida la funcion á las siete de la noche, los frailes, una vez salida la concurrencia, cerraron el templo y se fueron á los enormes cláustros á reposar las fatigas de la funcion en medio de la habitual y suculenta comida.

Ninguno podia imaginarse que aquella misma noche habian de sentir las consecuencias de la terquedad del Superior.

A eso de las ocho de la noche, se hallaban nuestros jesuitas alrededor de una mesa digna de Eliogábalo.

Sin que esto importe una ofensa, todos sabemos que los frailes en general son amigos de la buena mesa y de los manjares fuertes y bien condimentados.

Pero los jesuitas son mucho más aficionados á bocados régios, que las demas Comunidades.

El pavo relleno y el lechon adobadito son como quien dice su puchero habitual.

Y los beatíficos dulces y famosos vinos, regalos de penitentes, porsupuesto constituyen lo vulgar de su bodega.

Así la categoria ó gerarquia de un jesuita se puede adivinar en el volúmen de su barriga, pues segun su puesto en la órden se dá una vida mas ó menos regalada.

Así á las ocho de la noche los jesuitas del Colegio estaban sentados alrededor de una mesa opípara, donde figuraban los mejores bocados del arte culinario.

Los jesuitas allí reunidos serian unos cincuenta, poco mas ó menos, que variaban entre los treinta y sesenta años.

El olor de la comida y el espectáculo magnífico que ofrecian los botellones rehenchidos de vino, habia alegrado á los honestos frailes, cuyos ojos parecian pinchar ya la comida que humeaba sobre la mesa.

Cuando el superior tomó asiento en la cabecera y se sirvió el primer plato, la conversacion general rodaba sobre la amenaza de Troncoso, y el ningun caso que de ella se habia hecho.

Pero cuando rodaron los primeros cadáveres de los botellones y su contenido pasó á los santos estómagos, este tema fué abandonado para dar preferencia á otros más alegres y joviales.

Los primeros vasos habian vuelto á los jesuitas mas juguetones que gatos chicos despues de comer.

Quien referia su vida y milagros, con todo el colorido que puede emplear un estudiante travieso; quien referia su última aventura amorosa ó la de una hija de confesion; y quien en fin daba cuenta de sus más famosos proyectos de seduccion y los medios de que pensaba valerse para llegar al logro de sus ambiciones.

Y todos reian de una manera descomunal, ponderando la travesura de tal

hermano y el espediente de tal otro.

Y los platos seguian llegando unos detrás de otros, y los botellones destripàndose con una actividad poco frailuna.

Estaban en lo mejor de la comilona, cuando sintieron resonar en la puerta grandes aldabazos y voces que se daban en la calle de una manera poco tranquilizadora.

El comedor cambió de aspecto instantáneamente. Cada fraile se colocó las manos sobre las orejas á imitacion de bocina, para prestar mayor atencion, y escucharon un momento.

Los golpes y las voces seguian sonando en un crescendo terrible.

Pero del comedor no se podia entender bien lo que decian aquellas voces.

Iban ya algunos frailes á levantarse para averiguar lo que sucedia, cuando se apareció en el comedor el hermano portero, lívido como un cadáver y temblando bajo la impresion de terror más espantable.

—¿Qué sucede? preguntaron todos á la vez.

El hermano portero estuvo un rato sin atinar á pronunciar una palabra.

—¿Que sucede? pronto, caramba! preguntó el Superior poniéndose de pié.

—Sucede, balbuceó el pobre portero, que concluyó de aterrarse ante la espresion de amenaza del fraile, que los que golpean la puerta son nada menos que la Sociedad Popular.

Y al decir esto empezó á gemir y á lloriquear de puro miedo.

—Pero ¿qué es lo que dicen? qué quieren? volvió á preguntar el fraile cada vez mas amenazante.

—¡Abran las puertas á la Sociedad Popular Restauradora!

¡Abran ó las echamos abajo!

¡Mueran los jesuitas!

¡Mueran los salvajes unitarios!

Y otras amenazas terribles, sollozó el portero.

Yo creo, terminó ya dando rienda suelta al llanto, que si entran nos van á degollar á todos.

De abajo se siente cómo afilan los cuchillos en las piedras del atrio.

Ni la presencia de un vijilante en medio de una reunion de muchachos jugadores á la cuarta; ni un garrote de tala zumbando sobre los componentes de una cita amorosa; ni un sálvese quien pueda! en noche de barullo, produjo jamás efecto más terrible que el que produjo en la reunion de frailes la última aseveracion del hermano portero.

Quien palideció como un cadáver, quien se sintió el estómago descompuesto, quien tuvo ganas de llorar y quien en fin manifestó su pavor de diferente manera.

Pero los cincuenta frailes se abalanzaron sobre las tejas, colgadas en las perchas del comedor, disponiéndose á la fuga.

Y los golpes y las voces parecian multiplicarse.

El mismo padre Superior, acometido de fuertes escalofrios, tomó su teja y miró en direccion á la huerta.

Y todos aquellos hombres, envueltos en sus negros mantos, huyeron como reunion de ratas sorprendidas por un perro ratonero.

El fraile Magesté ganó la gran quinta de la Iglesia y se agazapó entre el plantio y la verdura.

Los demás atropellaron en todas direcciones, buscando una puerta de salida, puesto que la boca de la cueva se las habian ganado.

Los mas flojos, de puro miedo, no atinaron á dar un paso; ganando bajo la mesa.

Otros mas animosos pudieron llegar á su celda, donde se encerraron famosamente, mientras el hermano portero lloraba como un recien nacido, recorriendo las celdas en todos direcciones, no hallando un sitio donde meterse.



YO NO SOY MAS QUE EL HERMANO PORTERO

Pocos momentos despues la puerta era forzada, y los mazorqueros se desparramaban á su vez por las celdas como unos condenados.

Aquel grupo de foragidos venia previsto de grandes rebenques y nérvios de toro.

Los frailes habian tenido la buena precaucion de apagar las luces, de modo que la pesquisa en busca de víctimas se hacia más difícil.

Pero las luces fueron prendidas poco á poco y la mazorca empezó á recorrer las piezas infinítas de los cláustros.

El primero que cayó entre las garritas de la Santa Federacion, fué el hermano portero que se habia tapado la cabeza al sentir el tumulto, como las perdices que creen que escondiendo la cabeza se han escondido todas.

Un par de azotes de mano maestra le hicieron lanzar un alarido formidable y ponerse en pié con una precipitacion eléctrica.

—No me maten! no me maten! gritó, que yo soy un pobrecito que no hace mal á nadie!

Una estruendosa carcajada saludó aquella queja lastimera, y media docena de vergazos retumbó sobre aquellos honorables pulmones, como sobre un bombo.

—Socorro que me matan! gritó el mísero, vírgen Maria que me asesinan! gritó de la manera más elegiaca.

—Tengan piedad de mí que yo no soy mas que el hermano portero y á nadie puedo haber ofendido.

—¿Dónde están los demás? preguntó el ilustre Troncoso palmeando el cuello del fraile como para no dejarle duda de sus intenciones.

El pobre portero empezó entónces á gritar como un cerdo que presiente su fin.

—En todas partes, señor, en todas partes, dijo.

Han salido del comedor donde estaban cuando ustedes llegaron, y se han desparramado buscando cada cual la guarida mas segura.

La mazhorca empezó á correr en todas direcciones, miéntras el grupo principal, con Troncoso á la cabeza, invadia el comedor, para mejor orientarse en sus pesquisas.

Allí fueron pescados tres pobretes á quienes el susto por una parte y una caricia de Baco por otra, no dejaban mover.

Estas fueron las primeras víctimas.

Sacados de bajo la mesa empezó la azotaina más brutal.

En vano pedian misericordia: los bastones y los rebenques no dejaban de trabajar un solo momento.

Los gritos de las víctimas unidos á las maldiciones de los asesinos, resonaban de una manera imponente en los desiertos y espaciosos cláustros.

Los tres frailes tomados bajo la mesa fueron golpeados hasta que quedaron postrados, sin aliento ni aun para quejarse.

Del comedor empezaron à recorrer los cláustros celda por celda, forzando las puertas de las que estaban cerradas.

Ocho frailes mas que fueron hallados, recibieron una manda de azotes terrible, y algunos de ellos un par de tajos con que la santa federacion quiso coronar la obra.

Los demás jesuitas no pudieron ser hallados de manera alguna.

En vano se registró todo, en vano se buscó hasta en algunos sótanos: imposible les fué encontrar una víctima más

Todo el afan de Troncoso era [illegible] al Superior, para cortarle las orejas, segun decia, y enseñarle así á ser mejor hablado y obediente.

Y aguzaba su injénio y el de los mazorqueros que lo seguian.

Pero el Reverendo, metido entre los sembrados de la huerta, estaba seguro de no ser hallado, porque la quinta era

muy intrincada y los sembrados tupidos y compactos.

Los demás frailes habian tomado las de Villadiego por las puertas que dan salida á las calles de Bolivar y Moreno, refugiándose en las casas amigas de la parroquia, los que pudieron, y en San Francisco y Santo Domingo los demás.

La mazorca tuvo que contentarse con lo hecho y con estropear la Iglesia para despuntar el vicio.

Como la mesa estaba preparada y cubierta de manjares y buenos vinos, la honorable mazorca tomó posesion del comedor, y se sentó á seguir la comida que habian interrumpido.

Inútil es decir que una hora despues estaban todos borrachos, jurando por el Restaurador de las leyes que no habian de descansar hasta no dar con el resto de los jesuitas y cortarles la cabeza.

Despues de comer, decidieron dar otra manito á los pobres que habian quedado en el suelo postrados por los golpes recibidos.

Los afeitaron en seco, con sus enormes cuchillos, la corona y el cerquillo, donde pegaron con cola los moños y las divisas con que iban provistos.

Porque Toncoso, como lo habia ofrecido, habia llevado todos los elementos necsarios para federalizar á toda la Comunidad.

El resto de las divisas y moños se los pegaron á los santos.

Con lo que quedó terminada aquella mazorcada monumental.

Los jesuitas que estaban en el convento y que no habian sido hallados, permanecieron en sus escondites hasta el dia siguiente, en que, disfrazados y aprovechando la tranquilidad en que la ciudad quedaba á la siesta, fueron saliendo y buscando refugio entre sus relaciones.

La mazorca al Colegio levantó en la ciudad, al dia siguiente, una grita de todos los diablos.

Los federales se creian obligados á hacer manifestaciones en contra de los frailes, porque esto era quedar bien con el Gobierno.

Y los unitarios, aterrados, tomaban sus medidas para escapar á la matanza.

—Si esto hacen con los sacerdotes en en las igesias, decian, qué no harán con las familias en sus casas!

Y el terror cundia por todas partes, y cada cual buscaba un medio de salvacion, ya en la fuga, ya encerrándose en sus casas de donde no salian sinó por una necesidad imperiosa é ineludable.

Rosas, cuando supo lo que habia sucedido, se hizo el indignado, pero aseguró que los frailes eran los que tenian la culpa de todo, pues ellos provocaban las iras de los leales federales, con manifestaciones unitarias.

No solamente no se hizo nada, ni aún para cubrir las apariencias, sinó que el Gobierno mandó salir fuera del país á los jesuitas, en el término perentorio de veinticuatro horas.

El jesuita que despues de eso fuera encontrado en la ciudad, seria reducido á prision, ateniéndose á las consecuencias de su desobediencia.

El decreto fué acojido con un terror descomunal.

Los jesuitas no se atrevian ni aún á cumplirlo, porque para ello tendrian que salir á la calle ¿y cómo se esponian á arrostrar las venganzas de la mazorca?

Los más varoniles se disfrazaron de particulares, y empezaron á embarcarse á gran prisa, para que las veinticuatro horas no los tomaran en la ciudad.

Los menos animosos, que habian encontrado albergue en los conventos, allí se quedaron, vistiendo el hábito ya de los Franciscanos, ya de los Dominicos.

De esta manera lograron burlar las

iras de la mazorca, que enconada, los buscaba por todas partes, no ya con la intencion de molerlos á palos como la noche anterior, sinó de degollarlos impiamente.

No se volvió á ver por las calles de la ciudad, ni un solo fraile que las cruzára, porque ninguno se atrevia á salir á la calle.

Solo se veian de cuando en cuando, los Franciscanos que cruzaban del convento á la Policia, á confesar á los presos que debian de ser fusilados.

Y estos salian porque la autoridad los mandaba buscar, y comprendian que el resistirse solo importaría agravar la causa y esponerse á que en sus conventos se produjeran escenas como las que habian tenido lugar en el Colegio.

Muy felicitado fué Rosas por la espulsion de los jesuitas, que libraba al pais de una lepra espantosa.

Entre estas felicitaciones, y en primera línea, figuraba una carta de don Tomás Anchorena, que aplaudia frenéticamente la medida.

Tenemos á la vista la carta poco edificante á que nos referimos, como la contestacion del gran Rosas esplicando las causas que lo habian obligado á adoptar tal medida.

«Son unos pillos, decia, que pasan la vida en una holganza sempiterna, ocupados solo en comer todo género de manjares y en atentar contra el órden del pais y la santa causa de la federacion.

Las beatas que los visitan con grave escándalo de la sociedad, son las causantes de las orgías y escándalos que con harta frecuencia se han repetido en esos barrios.

Por eso el Gobierno ha creido que debia hacerlos salir del pais para que todas estas iniquidades terminen de una vez.

Mucho lo sentirán las referidas beatas á quienes con esto se les priva de sus más entretenidos placeres, pero el Gobierno, ante todo, tiene que velar por el bienestar y conservacion del sistema federal».

Así concluyeron por entónces los honorables jesuitas, que habian de venir más tarde á plantear los colegios de educacion como el del padre Cabezas en San Martin.

La guerra contra la gente de sotana, empezaba cruel y sangrienta.

Con este género de guerras los señores padres han podido desplegar siempre poderosos medios de defensa.

Ellos han puesto en juego todos sus elementos, y mal que mal, han sacado sus ventajas.

Porque no se les puede negar su habilidad pasmosa para los trabajos bajo cuerda, y su constancia infatigable para no soltar la tajada que han logrado agarrar alguna vez.

Pero Rosas no les habia dejado ni siquiera el mísero recurso del pataleo.

Habia puesto el dedo en la llaga, de manera que no les quedaba otro recurso que bajar la cabeza y obedecer.

Asi se les veia abandonar el pais precipitadamente, tomándose solo el tiempo muy necesario para esconder sus riquezas y que éstas no fueran tomadas por la federacion.

Y estas riquezas mismas eran la causa de persecucion tan encarnizada.

Los jefes de la mazorca comprendian que losfrailes eran ricos, y al perseguirlos, perseguian tambien estas riquezas, aumentadas en su cifra real, por la federal codicia.

Buenos montones de oro fueron á parar á los bolsillos de la mazorca.

Pero las sumas gruesas, las cantidades de importancia, fueron salvadas con tiempo, enterrándolas en parajes imposibles de descubrir.

Parece que estas sumas han sido sacadas mas tarde, cuando nuestros gobiernos fueron màs mansos con los se-

ñores frailes y de ahì se esplica la inmensa fortuna de ciertas Comunidades religiosas, fortunas tan grandes, que á pesar del gran sijilo en ocultarlas, el pueblo ha podido olerlas á través de los viejos y poderosos muros de sus conventos.

Rosas siguió la persecucion á los frailes por todos los medios á su alcance, ya anónimamente, por medio de la mazorca, ya personalmente con decretos que llevaban su firma al pié, mandándolos prender unas veces y fusilar otras.

Y esta persecucion tenaz y sangrienta no se limitó á los frailes como parecia, sinó que se hizo estensiva hasta hombres eminentes y patricios respetables, como los Juarez y los Frias, que hallaron un calvario en los Santos Lugares de Rosas bajo el gobierno de don Antoni o Reyes.

Los Juarez pudieron salvarse en la emigracion, despues de mil persecusiones y desventuras.

Pero no sucedió lo mismo con los Frias, que pagaron con la vida su abnegacion y su patriotismo santo.

El presbítero don Cesáreo Gonzalez, fué otra de las víctimas que pudo salvar la cabeza en la inmigracion.

Hombre de carácter y de verdadera virtud, se habia negado siempre á sancionar con actos religiosos, las iniquidades cometidas por Rosas y sus bandas de asesinos.

La escuela del tremendo padre Gaete no estaba con las condiciones de su corazon y no lo contaba entre sus émulos.

—Mire que lo van á degollar, solian decirle sus amigos.

Hay fuerza mayor, amigo mio, y usted debe ceder á ella, pues su primer deber cristiano es conservar su vida.

Le recordaban el precepto aquel de ayúdate y te ayudaré.

Pero el noble sacerdote no queria abatirse de sus creencias ni de sus principios.

Los actos de elevar preces al Creador Supremo por el natalicio de Rosas, ó por el aniversario de su gobierno, repugnaban poderosamente á su concienda elevada y preferia á cometerlos, arrostrar todas las iras federales.

Rosas lo señaló á la mazorca y la mazorca empezó á perseguirlo.

El presbítero Gonzalez fué avisado á tiempo, y no pudiendo embarcarse por el momento, se ocultó en casa de una familia amiga, que vivia en el estremo opuesto á su domicilio habitual.

Cansada de buscarlo la mazorca, que le habia perdido la pista, empezó á asaltar las casas donde suponia estaba oculto.

Muchas fueron las familias víctimas de esta federal sospecha.

La mazorca penetraba verga y puñal en mano.

—¿Dónde está el fraile salvaje unitario Gonzalez? preguntaban los que encabezaban el grupo.

—Lo ignoramos, era la natural respuesta.

Antes venia aquí, pero hace mucho tiempo que no lo vemos.

La pesquisa empezaba entonces bajo los más groseros insultos y el resultado natural era no hallar allí á Gonzalez,

La ira de los mazorqueros era enorme entónces.

Querian á todo trance le dijeran dónde estaba Gonzalez, y como no podian satisfacerlos, aquella ira se descargaba sobre los inocentes habitantes de la casa.

Las mujeres eran azotadas despiadadamente y si hallaban algun hombre, podia éste considerarse feliz si solo se contentaban con darle alguna puñalada.

El presbítero Gonzalez tuvo noticia de estas iniquidades y quiso presentarse á la autoridad, para que su perso-

na no fuera más la causa de semejantes males.

Pero la familia que lo amparaba se opuso enérgicamente.

—Con este paso usted se pierde, sin el menor beneficio para persona alguna.

El mal causado ya no tiene remedio y el mal público es de todas maneras inevitable.

¿Qué sacará usted con hacerse degollar?

Solo satisfacer la sed de sangre de aquellos malvados.

Y cediendo à aquellos leales consejos dejaba criar la barba y el cabello, para adoptar despues un disfraz que lè permitiera salir á embarcarse sin temor de ser reconocido.

Rosas estaba irritadísimo con la ineficacia de las pesquisas mazorqueras.

Segun todos sus datos é informes habia la seguridad de que Gonzalez no se habia movido de Buenos Aires, y esto lo empeñaba más en reducirlo á prision y castigar en él el doble delito de ser unitario y de haber dado tanto trabajo á sus agentes.

Fué entónces que libró contra él á la Policia órden de prision, órden que copiamos del archivo, pag. 380 número 63:

«El Jefe de Policia tomará las medidas tendentes para reducir á prision al padre jesuita salvaje unitario Cesáreo Gonzalez colocándolo en un calabozo de la cárcel pùblica, incomunicado.

Rosas»

—

Pero las diligencias de la Policía fueron tan inútiles como las que habia hecho la mazorcá.

Solo logró dar con un cáliz con patena de propiedad del jesuita, pieza artística y de gran valor, que mandó entregar á los franciscanos por el siguiente decreto que tomamos tambien del archivo:

«Dispone el Gobierno que se entregue al guardian del convento de San Francisco, el cáliz con patena perteneciente al presbítero prófugo salvaje unitario Cesáreo Gonzalez.

Rosas"

Como se vé, se suponia que Gonzalez habia logrado fugar, pues á estar en Buenos Aires, la Policía habria dado con él.

Gracias á esta creencia pudo Gonzalez escapar con mayor facilidad.

Se le habia proporcionado un traje de marinero francés, facilitado por el cónsul de aquella nacion, y echándose al hombro una bolsa de galletas cruzó el muelle por entre los mismos asesinos que vigilaban allì á todas horas.

De esta misma manera, aunque empleada con mayor malicia, pudo escapar tambien el señor Sagari, que habia vivido oculto en los zótanos del noble Dejean, durante varios meses, para salvar su pescuezo comprometido.

Dejean, de quien ya nos hemos ocupado con motivo de asesinato del señor Monez Ruiz, ocultaba en los zótanos de su panaderia á varios unitarios comprometidos, entre ellos el señor Sagari.

Como Dejean era procurador de los buques franceses que llegaban y permanecian de estacion, á su casa iban continuamente marineros de aquella nacionalidad, que acarreaban hasta el muelle las bolsas de galleta y pan.

Dejean tenia siempre en su casa un par de uniformes de marinero, para usarlos en caso de peligro.

Siendo Sagari uno de los más comprometidos de sus huéspedes, y estando en vísperas de fugar él mismo, se convino en vestirlo de marinero, que se echase al hombro una bolsa de galleta y saliese entre el grupo de marineros que conducian otras bolsas.

Sagari se cortó la barba, desfigurándose cuanto le fué posible y vistiendo

el uniforme francés quedó completamente transformado.

Tomó su enorme bolsa, y despues de dar las gracias á su generoso bienhechor, se echó á la calle acompañado de un cabo de escuadra y tres marineros más, como él, conductores de otras bolsas.

El ojo más esperimentado no hubiera reconocido en él á un unitario en fuga.

Así marcharon hasta el muelle, sin el menor tropiezo.

Pero al poco andar, los marineros se encontraron con un grupo de bandidos, capitaneados por el célebre Badia, que sin duda espiaba á algun infeliz de quien tendria noticias debia embarcarse ese dia.

Badia era uno de los que habian perseguido á Sagari, cuando buscó asilo en casa de Dejean.

Hombre tímido y que deseaba conservarse á toda costa, por su familia, se asustó de un modo terrible.

Creyó que se trataba de aprehenderlo á él, que le habian conocido, y le entró tal temblor, que apenas podia sostener la bolsa.

Como era natural, al verlo los bandidos se detuvieron y lo miraron con curiosidad.

Sagari concluyó de aterrarse, soltò la bolsa y empezó á dar traspiés como un ébrio.

Felizmente el cabo de escuadra que lo acompañaba se dió instantáneamente cuenta de la situacion y concibió un plan de salvacion.

Tomó á Sagari bruscamente por el pescuezo y le dió un empellon, diciéndole en un español detestable:

—Sin vergonza! canai, borrach! ya te enseñarán á bordo á fair esa figur endesom!

No es mala palís la que te esper.

Arrastró en seguida la bolsa y siguió dando formidables empellones á Sagari, hasta que llegaron al bote salvador.

Los mazorqueros reian alegremente, no solo de la tranca del uno, como de la geringonza del otro.

—Adios don Pepe! gritó Badía aludiendo á la tranca.

Y todos se pusieron á mirarlos embarcar, pues suponian que el borracho iria al agua.

Pero no fuè así.

Cuando Sagari se consideró fuera de peligro, sintió renacer su alma y pudo caminar con más firmeza.

De este modo se salvó Sagarí y todos los unitarios que habia escondido en su casa el noble Dejean.

Sigamos ahora con la mayor iniquidad que contra el clero cometió Rosas.

LOS CINCO MÁRTIRES

EL bandido Oribe secundaba en las Provincias las iniquidades de Rosas, anticipándose á muchas d ellas, como por ejemplo á la persecucion de los frailes y sacerdotes más distinguidos.

Oribe habia declarado fuera de la ley á todo hombre de sotana, segun su espresion, que no predicara en el púlpito la santidad de la corona federal.

Era preciso recomendar en el nombre de Dios, aquel inícuo y criminal sistema, para escapar al cuchillo mellado de los soldados de Maza, que eran los más prácticos en *violin* y *violon*.

De otra manera, los sacerdotes estaban perdidos y podian elevar de antemano sus preces, por el descanso de su alma.

Muchos sacerdotes pagaron con la cabeza el delito de no haber querido santificar los crímenes monstruosos de la federacion.

Y así mismo hubo siempre sacerdotes que, seguidos bajo el mismo sable

de Oribe, replicaron terminantemente «no quiero» al recibir la órden de predicar de aquella manera impía.

El mismo fraile Aldao en Mendoza y San Juan, no solo persiguió muchos sacerdotes, clasificándolos de Unitarios, sinó que se limpió unos cuantos que tuvieron el valor moral suficiente para reprocharle sus maldades.

Oribe parodiando ó tratando de parodiar á Rosas, empezó su persecucion á los sacerdotes como si deseara saborear en ellos todas las gradaciones del martirio.

Los hacia subir sobre burros cubiertos de trofeos celestes, los llenaba de cintas y moños de aquel color, y los hacia pasear por toda la ciudad con la cara vuelta al anca.

Y aquellas pobres víctimas tenian que soportar resignadas aquella vergüenza, y la rechifla de los pilluelos y de la soldadesca incitada para burlarlos.

El bandido á quien se le ocurriese darles un golpe á la pasada ó llenarlos de injurias, podia hacerlo seguro de que su accion seria mirada como el deber cumplido.

El fraile Aldao procedia como verdadero alcoholista.

Hacia bañar á los sacerdotes tachados de unitarios, en pipas de aguardiente ó caña, que se repartia en seguida como reliquia, entre los miserables que aplaudian sus iniquidades.

Al rededor de dos ó tres pipas de estos donde se bañaban otros tantos sacerdotes, se armaba un baile verdaderamente infernal, presidido por el fraile Aldao y una cuadrilla de las damas de su corte.

Raras damas por cierto, que se disputaban con el fraile impío la supremacia en el deber.

Aquellos era monstruoso.

Voy á hacer frailes en aguardiente, decia Aldao, como quien trata de hacer damascos ó guindas.

Y aquellas mujerzuelas le saltaban al cuello animadas de un placer infinito.

Bailaban al rededor de las pipas, de donde sacaban el contenido en vasos, á pesar del clérigo ó fraile allí sepultado hasta el cerquillo.

Y el baile y la jarana seguian hasta que la última de ellas caía aplastada por el alcohol.

Y Aldao era siempre el último en caer.

Parecía que su estómago privilegiado no sintiese el fuego del aguardiente.

Muchas veces sucedia que los frailes en la pipa de aguardiente, se lo pasaban de una casa á otra, como angelito destinado á velorio.

Todas aquellas mujeres, si tales pueden llamarse, querían dar baile en su casa y era preciso contentarlas á todas por igual, para que la paz reinara entre ellas.

Y asi la pobre víctima iba pasando de casa en casa como cadáver de velorio.

Dos ó tres veces sucedió que al mandarlos salir de la pipa, ni siquiera contestaron.

El alcohol habia cocido sus miembros y articulaciones hasta postrarlos para siempre.

Pocas horas sobrevivieron á aquel baño de cuatro ó cinco dias, segun los bailes á que habian asistido.

Oribe, que festejaba con alegres carcajadas la ocurrencia del fraile, galopaba veinte ó treinta leguas para asistir á estas fiestas que, segun decia, le regeneraban el corazon.

Cuando el feroz asesinato del noble doctor Avellaneda en Tucuman, y sus leales compañeros, la sociedad de aquella heróica provincia quedó sumida en el mayor espanto.

¡Qué iba á ser de ella bajo el puñal de semejantes galeotes!

Los hombres más espectables huian al confin de la República, miéntras las

clases más acomodadas temblaron pensando en el peligro á que quedaban reducidas sus familias.

El tremendo Maza, de maldecida memoria, se habia apoderado de la ciudad, practicando con sus soldados, en los habitantes, los actos de la más refinada maldad y cruel cobardía.

Los crímenes mas abominables fueson cometidos en el cuartel de aquel mónstruo, que hacia de ellos verdadero alarde y vanagloria.

Los unitarios que se prendian, eran conducidos al cuartel de Maza, quien los destinaba á asistentes de sus soldados.

Y tenia que desempeñar allí los oficios más humillantes, bajo el garrote de aquellos miserables.

Ellos eran los encargados de hacer de comer á los soldados, de limpiarles el correaje y desempeñar todos los demas oficios domésticos.

Y cuando el soldado no encontraba bien lo que habia mandado hacer, la emprendia á golpes con la víctima hasta postrarla.

Los que aquellos desventurados sufrieron durante el tiempo de la prision, no es imaginable.

A las tardes, iba Maza al cuartel á presenciar la lista y á observar las diversas caras y espresiones de aquellos desventurados.

Y por el simple hecho de no ser de su agrado, por chocarle el color de los ojos ó el tamaño de la nariz, decia al soldado que tenia más cerca:

—Degüelleme esa porqueria que está comiendo carne de mas y no sirve para maldita la cosa.

El prisionero era sojuzgado, ahí no mas lo volteaban y cumplian la órden salvage que se les habia dado.

La cabeza era separada del tronco, arrojándose este último al campo y conservando la primera como un trofeo, en los muros del cuartel.

Así se divertia el foragido Maza en la espléndida ciudad de Tucuman.

Y asi como trataba de aquella manera cruel á los hombres clasificados de salvages unitarios, no era más blando con las señoras.

A muchas de ellas las redujo á prision por ser esposas ó hermanas de tal ó cual salvage prófugo, obligándolas á cebar mate para él y sus oficiales.

Y el lector puede ya figurarse á qué clase social pertenecian los oficiales que servian con Ramon Maza!

Pero ninguna de estas fué sometida á la pena de azotes.

Esta suprema cobardia quedaba reservada esclusivamente al gran Rosas!

Habia entónces en Tucuman dos sacerdotes Frias, hermanos ambos del conocido y respetado patriota don Félix.

Estos sacerdotes, indignados con la conducta de aquellos malvados, sin reflexionar el peligro á que se esponian, resolvieron emprender una santa cruzada contra aquellos cobardes, levantando el espíritu enervado de las masas.

Así en vez de predicar en favor de la federacion, como se habia ordenado á todos los sacerdotes, tenian sus reuniones, donde tramaban un movimiento regenerador, tendente á arrojar de Tucuman aquella *cadena de galeotes.*

A estas reuniones asistian otros tres sacerdotes, argentinos tambien, cuyos nombres no hemos podido averiguar.

Todos los documentos registrados con este objeto, hablan de cinco sacerdotes enviados de Tucuman por Oribe, pero no consignan mas nombres que el de los hermanos Frias.

El mismo archivo de Policia solo habla de los cinco sacerdotes que remitió Oribe, pero no consigna sus nombres.

Uno de ellos, segun hemos averiguado extra-oficialmente, era un doctor Echenique, de Santiago, hombre sumamente digno y respetable.

Llenos de espias por todas partes, los cinco sacerdotes no tardaron en ser descubiertos y vendidos á Maza, quien los mandó prender sobre tablas, con una partida de sus más miserables soldados.

A no haber sido por la fisonomía respetable é imponente de los hermanos Frias, antes de ser conducidos al cuartel, hubieran sido azotados é insultados de todas maneras.

Pero aquellas dos nobles y reposadas fisonomías, aquel aire de suprema superioridad, impusieron á los soldados, de manera que no tuvieron el coraje de dirigirles el menor reproche, no ya injuria.

Los hermanos Frias, como todos los hombres de aquella familia, eran dos personas de elevado carácter y de una ilustracion poco comun en aquella época.

No temian á los asesinos de Maza, y marchaban con la cabeza erguida y la mirada serena.

—Están ustedes presos de órden del Comandante Maza, les dijo el oficial que con aquel objeto habia allanado la casa.

Es inútil toda resistencia porque me obligarian á matarlos como perros unitarios que son.

—Estamos dispuestos á seguir á ustedes á todas partes, dijo uno de los Frias.

No hemos cometido delito alguno y nada tenemos que temer.

—Eso lo veremos despues, frailes salvajes unitarios! dijo el oficial.

Eso se lo contarán al Comandante.

De tal manera miró Frias á aquel miserable que ese fué su primer y último insulto.

Los sacerdotes no volvieron á ser molestados en todo el camino.

Pero no debia suceder lo mismo con el insigne bribon de Maza.

Apenas los vió venir, antes de que ellos pudieran oir lo que les decia, empezó á insultarlos de la manera más soez y federal.

—Al fin he trincado cinco frailes para que con ellos se divierta el General! gritó.

Ya verán esos pícaros cómo castigamos nosotros á los que se meten contra la federacion.

—Insultar á sacerdotes que no tienen más armas de defensa que la resignacion, es poco noble y poco valeroso, replicó dignamente Frias.

Insultarlos sin motivo y sin causa es un crímen!

—Yo te he de dar crímen, bribon! replicó Maza, exasperado por la magestad de aquel sentimiento y la superioridad moral que sobre él tenian aquellos hombres.

—Allí te las entenderás con el General, que se pinta solo para entenderse con frailes.

Pero antes te las vas á entender conmigo, que nó me pinto menos, añadió particularizándose con Frias.

El sacerdote lo miró y se contentó con sonreir, significando su más completa indiferencia.

Los cinco sacerdotes fueron conducidos á las cuadras de los soldados, y destinados como los demás unitarios, á servirles de asistentes.

Mostrando que en ello no se hacian la menor violencia y que se habian completamente resignado á su suerte, los cinco sacerdotes hacian, hasta con complacencia, cuanto los soldados les mandaban.

Aceptaban humildemente el miserable pedazo de tumba que se les daba como único alimento y lo recibian dando las gracias.

Esta conducta disgustó profundamente á Maza, porque él queria, no solo hacer sufrir á aquellas cinco víctimas inocentes sinó oirlas quejarse y lamentar su suerte.

Desde el momento que ellos aceptaban

resignadamente el tormento impuesto, era necesario por lo menos, condenarlos á algun otro que los hiciese quejar.

Así ordenó á su tropa, si es que como tal podia considerarse aquella amalgama de criminales de toda especie, que cada vez que mandaran hacer algo á los sacerdotes, les sacudiesen un palo, como por via de correccion.

Los sacerdotes habian logrado sobreponerse de una manera estraña á aquellos bandidos, pero estos, que tenian más temor á los rigores de Maza, que respeto por sus asistentes, se apresuraron á cumplir la órden al pié de la letra.

Aquí empezó el verdadero martirio de aquellos hombres.

Porque los soldados empezaron á pegarles por temor, y para salir del mal paso, concluyeron por sacudirles por lujo, ó como quien dice para darle gusto al brazo.

No se dirijian á ellos sin darles algun golpe de palo ó de sable.

Pero no por esto perdieron ellos su actitud mansa y resignada.

No se les oyó la menor espresion ágria ni la menor queja.

Eran hombres firmemente resignados á correr su suerte, sin preocuparse de mayores ó menores amarguras.

Maza estaba dado al diablo con aquella conducta que contrariaba sus instintos perversos.

No le faltó intencion y deseo de mandarles hacer una travesura en el cuello, pero como sabia que aquella remesa daria sumo placer á Oribe, decidió mandárselos, consolándole los horrores que con ellos haria el General.

Lo único que sentia era no poder gozarse en los procedimientos á que fuera de toda duda serian sometidos.

A los tres dias de tenerlos consigo, llamó á los sacerdotes, á quienes les previno que habia decidido enviarlos al General Oribe, donde recibirian mejor trato.

—Es tan pobre nuestro alojamiento aquí, les dijo, que me ha sido imposible proporcionarles mayores comodidades.

Pero al lado del General ustedes encontrarán, no solo mayores comodidades, sinó un trato como el que merecen personas tan dignas y elevadas.

Para mayor comodidad de ustedes, voy á hacerles dar las cinco mejores mulas que puedan encontrarse en la Provincia.

Y despues de esta sátira federal, les hizo seña de que podian retirarse.

Antes de salir, los hermanos Frias tomaron la palabra para espresar su reconocimiento.

—Quedamos íntimamente agradecidos á todas sus atenciones, dijeron, de las que llevamos recuerdos que no podrán nunca borrarse.

—Pierdan ustedes cuidado que ya se borrarán, repuso Maza, y sinó, se los harán borrar por fuerza las que recibirán del General Oribe.

—Lo dudo mucho, añadió entónces Echenique.

De todos modos, si de nuestro espíritu se borran sus leales y cristianas consideraciones, ahí queda Dios encargado de premiarlas.

Su justicia es una é infinita! —ya tendrá ocasion de esperimentar el señor comandante!

—Agradeceré mucho por mi parte que ustedes que son sus ministros, se empeñen con Dios para que el premio venga pronto por que no hay cosa peor que estar esperando lo que nunca ha de llegar!

Y soltó una ruidosa carcajada

Al otro dia despues de lista de diana, salian del cuartel de Maza en direccion á Córdoba donde se hallaba Oribe, los cinco religiosos.

La promesa de las mulas era una sátira como todo lo demás, pues debian

hacer la jornada à pié miéntras los soldados y el oficial que los escoltaban montaban mulas de primer órden.

Al verlos pasar, Maza les dedicó su última injuria y su última amenaza, que ellos aparentaron no oir.

—Ya sabe mi oficial, dijo al que mandaba la escolta:

Al primero que se mueva me le toca el violin y me remite la cabeza.

La carta con que los remitia, aunque no hubiese llevado firma al pié, por el lujo de infamia que en ella se hacia, se podia adivinar fácilmente al degollador de seiscientos prisioneros.

Señor General don Manuel Oribe, decia:

Tengo la mas viva satisfaccion de remitir á V. E. cinco frailes de los salvajes Unitarios de esta ciudad, más empecinados y más conspiradores contra la Santa causa de la federacion.

Estos grandes bribones estaban tramando una revolucion contra el gran sistema federal, cuando sorprendidos por mí, fueron reducidos á prision.

Comprendo que con esta gente no puede usarse de ninguna concesion y que yo debia haberlos hecho degollar.

Pero he pensado despues que con esto hubiera robado un legítimo placer á V. E.

Preferí remitirlos vivos para que V. E. haga de ellos lo que mejor estime.

Los remito vivos entónces, reiterando que esos cinco frailes importan un peligro para nosotros, por la cantidad de gente inocente é infeliz, que ellos arrastran, por el número de relaciones que pueden tocar entre los cinco, y porque son Salvajes Unitarios empecinados, enemigos de Dios y de los hombres.

Con este motivo tengo el honor de saludar al señor General á quien Dios guarde.

M. Maza.

Tanto el oficial como los soldados que componian la custodia, habian sido elejidos entre los más feroces, de manera á quedar seguro que el viaje, para las víctimas seria una cadena de terribles desventuras y dolores.

Durante las primeras doce leguas, todo marchó bien.

Pero á medida que los sacerdotes empezaron á cansarse, empezaron tambien las injurias y las amenazas de todo género.

El reposo de aquel dia fué corto y amargo.

El oficial los hizo pasar de pié, sin permitirles sentarse.

El segundo dia la jornada se hacia mas dura.

Las piernas estaban fatigadas, los cuerpos mal alimentados y la planta de los piés convertida en una ampolla.

Y no hubo remedio!

Fué preciso seguir la marcha bajo el sol abrasador de aquellas regiones tropicales, ó esponerse á ser apaleados por aquellos mercenarios.

Marcharon tambien el segundo dia, á pesar de las ampollas que ya se convertian en llagas.

El tercero y el cuarto dia, ya toda la voluntad de aquellos mártires fué inútil para hacerles dar un paso.

Cayeron estenuados de dolor y de fatiga, sin poder moverse.

Entónces empezaron los golpes y los martirios.

Los soldados apaleaban á los sacerdotes, segun la órden recibida, con cuidado de que aquellos golpes no fueran á causar herida en la cabeza.

Y el oficial hacia pruebas de una crueldad refinadísima, desde ponerles los dedos en cepo de piolines hasta acercarles la brasa del pucho á la llaga de los piés.

Pero todo fué inútil.

Aquellos hombres habian marchado hasta agotar su úlitmo esfuerzo.

Así es que cuando cayeron, fué porque no tenian un átomo mas de fuerzas para estar en pié.

Fué preciso alzarlos en áncas para seguir la jornada.

Así llegaron al campo de Oribe, postrados por la fatiga, la fiebre y el dolor.

El hambre los hacia sufrir de una manera indescriptible pues desde que se pusieron en marcha no habian comido mas bocado que los mendrugos que arrojaban los soldados.

Así fueron entregados al General Oribe, junto con la carta de remision.

Oribe venia en esos momentos de hacer una larga jornada, así es que decidió no ocuparse hasta el otro dia de los prisioneros que se le anunciaban.

Cuando leyó la carta de Maza se iluminaron sus ojos pequeños y penetrantes, como los del tigre á la vista de la presa.

—Es bueno escarmentar á esta gente de sotana, dijo la hiena del Quebracho, pero escarmentarlos de una manera que escarmienten todos los que vayan quedando.

Y haciendo que presos y custodia se alojáran en las cuadras de su escolta, se echó á dormir la siesta.

Los deventurados sacerdotes tuvieron siquiera aquella tarde y aquella noche de reposo.

Y aunque sobre un suelo lleno de pozos y tolondrones, durmieron con envidiable placidez.

De aquel sueño delicioso que les hacia olvidar las fatigas pasadas, fueron sacados bruscamente por las caricias de agena bota.

Era que los despertaban, como se despierta á los presos.

El General los llamaba á su presencia.

Aunque el dolor de los piés era inaguantable, hicieron un esfuerzo tremendo, y siguieron al guia.

Este los condujo al alojamiento de Oribe, que los esperaba con su espresion feroz y sanguinaria.

El continente noble y digno de aquellos hombres, impuso al soldadote algun respeto, respeto que disipó bien pronto su feroz instinto de destruccion.

—¿Qué tal?—les dijo—conspirando contra los federales, en alianza con nuestros mas crueles enemigos?

—Nosotros no conspiramos contra nadie, pues harto que hacer tenemos con las funciones que nos impone nuestro ministerio.

—Sin embargo, aquí hay una nota del Comandante Maza, en que me dá buenos detalles de las iniquidades cometidas por ustedes.

—El Comandante Maza puede decir lo que mejor le parezca, pero no pasará de ser una impostura.

Ese no es un hombre sinó una fiera terrible.

Ni aún en el caso de ser cierto lo que asegura, es perdonable la zaña feroz que ha desplegado con nosotros.

—Es verdad, debia haberlos hecho degollar.

—Hubiera sido más humano.

Y en nombre de esa misma humanidad, pedimos se nos haga fusilar en el acto, si es que no hemos de ser tratados como hombres, ya que no como sacerdotes.

—Y se quejan los canallas! exclamó Oribe.

A ver, ¿cómo se llaman ustedes?

Cada uno de los sacerdotes se nombró, con una tranquilidad que demostraba la entereza de aquellos espíritus.

Cuando Oribe escuchó el apellido de Frias, se trasformó completamente y se vió como una nube de sangre que encapotaba su mirada terrible.

—¿Qué son ustedes del Frias, del mazorquero maldito que anda de secretario del asesino Lavalle?

—Hermanos, replicaron los dos le-

vantando la frente noble, con un orgullo infinito.

—Ah! miserables frailes unitarios! les gritó levantando sobre ellos el rebenque.

Y todavia niegan lo que asegura Maza!

Recien ahora van á llevar su merecido.

A ver! gritó dirijiéndose al oficial—que los pongan en el cepo, por ahora, miéntras se hace la nota de remision á S. E. el Restaurador.

Y cayó como una hiena, rebenque en mano, sobre los sacerdotes que salian de su tienda.

Frias, que á la salida ocupaba el último puesto, fué el que recibió la lluvia de golpes.

—El señor tenga piedad de tu alma! murmuró como única queja, como único lamento.

Oribe en el acto mandó á su secretario hiciese la nota de remision de aquellos cinco malvados.

—Me apresuro á remitirlos pronto, dijo, porque tengo miedo de no dar este gusto al Gobierno si los conservo cerca de mi.

Me sucede lo mismo que á Maza.

Tengo un gran deseo de hacerlos degollar.

«Entre esos cinco bandidos, decia á Rosas, van dos hermanos del Secretario que acompaña al asesino Juan Lavalle.

«Estos eran el alma del movimiento que tramaban contra la causa de la Federacion, sin duda combinados con el asesino Lavalle, por intermedio de su secretario.

«Es tal la indignacion que siento, Exmo. Sr., que no sé cómo me contengo y no hago con ellos un ejemplar.

«Pero ya V. E. les demostrará que, por magnánimo que sea V. E., es inexorable cuando se trata de crímenes como el que han cometido estos malvados!»

Y despues de un cúmulo de consideraciones, sin más aconsejaba que ni siquiera se debia ahorrar con ellos martirio alguno.

Al otro dia de madrugada, los cinco sacerdotes salian en direccion á Buenos Aires, escoltados por otros diez soldados y un oficial.

Jamás fué tan duro y amargo el camino á la tumba!

El cepo de la noche anterior, aunque mortificante, siquiera les habia servido de descanso, por haber tenido que estar estirados en el suelo.

De modo que, aunque los continuos golpes é injurias les habian dejado poco tiempo para dormir, habian descansado algo de las fatigas de la pasada marcha.

Antes de salir de aquel campo maldecido, vino Oribe á darles la despedida.

—Oigan bandidos, les dijo:

Sépanse que si no los he hecho degollar, no es por falta de ganas, sino por no privar al Restaurador de este gusto.

Harto desquitado estoy, pensando en el fin que les espera.

Y dió la señal de marcha despues de haber dado de golpes con el rebenque á aquellos desventurados.

Si espantosa fuè la primera marcha al campamento de Oribe, más espantosa fué todavìa aquella marcha á Buenos Aires.

Porque ya sus piés venian llagados y estenuados sus físicos.

El martirio era tal, que aquellos espíritus tan fuertes se encontraron vencidos al extremo de pedir por favor se les permitiera reposar un poco.

—Basta con el reposo de la noche, decía el oficial.

A mí se me ha ordenado que marche rápidamente y que no tome más tiempo de reposo que el necesario para no postrar las mulas.

—Quiere decir que las mulas son más dignas de consideracion que cinco hombres que vienen en nuestro estado!

Haga usted lo que quiera, amigo mio, pero yo le garanto que dentro de poco no bastará toda nuestra buena voluntad para hacernos dar un paso.

—Entónces recurriremos al cuchillo que suele ser más fuerte que la mejor voluntad.

Los sacerdotes se estremecieron de horror, pensando en los medios empleados anteriormente para hacerlos caminar.

No todos ellos tenian el valor de los hermanos Frias.

Los otros tres eran hombres tímidos hasta cierto punto, que si no se habian desplomado ya era por la palabra y el ejemplo de sus compañeros.

Y apesar de todo esto, aquella marcha no fué tan terrible como la que hicieron por aquel mismo camino los prisioneros del Quebracho!

A estos siquiera se les arrojaba los desperdicios de la soldadesca para calmar el hambre, y se les permitia beber á discrecion cuando pasaban por algun arroyo ó riacho.

Sin embargo la fatiga era enorme y el dolor de los piés inaguantable.

Donde quiera que posaban la planta, dejaban una marca sangrienta, pues ya las llagas empezaban á convertirse en úlceras, á consecuencia del calor abrasador del suelo.

Echenique, más débil de físico que sus compañeros, fué el primero en caer, sin un àtomo mas de fuerza.

El oficial intentó hacerlo levantar y seguir caminando, pero aunque el sacerdote trató de obedecer, no le fué posible.

Entónces sacó el sable para valerse del primer recurso, pero los otros sacerdotes se interpusieron.

—Es inútil, dijeron los Frias, pues siendo el objeto no demorar la marcha, los cuatro lo ayudaremos á andar.

El oficial guardó el sable y consintió en aquella ayuda.

Parecia un hombre bueno en el fondo, y que necesitaba hacerse una gran violencia para cumplir las órdenes recibidas.

Sin duda el temor de ser delatado por sus mismos soldados, lo hacia ser más duro de lo que hubiera querido.

Solo, su conducta hubiera sido otra.

La marcha siguió entónces de aquela manera rara y solemne.

Echeñique marchaba entre sus cuatro compañeros, á quienes miraba con una ternura íntima.

—No se molesten, hermanos mios, les decia.

De todos modos voy á morir, porque conozco que la vida se aleja ya de mi cuerpo.

Déjenme, déjenme, así tal vez me maten y dejaré de sufrir más pronto.

—Paciencia, hermano mio, paciencia! decíanle Frias animándolo.

Debemos cumplir con la divina máxima. «ayúdate y te ayudaré.»

Y Echeñique sonreia entónces, con una dulzura de otro mundo.

El oficial estaba profundamente conmovido con aquella tocante escena, haciendo todo lo posible por dominarse.

Pero no habia remedio para él.

Era preciso cumplir las órdenes recibidas, ó esponerse á caer en un bárbaro castigo.

La fatiga propia unida á las que les causaba el sosten prestado al compañero caido, iba concluyendo poco á poco con la escasa fuerza que les quedaba.

A la media legua de camino, caia otro de ellos postrado por el dolor de las plantas laceradas.

Se intentó hacerlo marchar, pero tambien sin resultado alguno.

Entónces los tres que aún quedàban en pié cargaron tambien con él, prévio consentimiento del oficial.

Esta nueva carga debia concluir pronto y forzosamente con la entrega de los tres que aùn que á duras penas, aún se tenian en pié.

Los soldados miraban al oficial, estrañando su conducta y como preguntándole si no se hacia nada para devertirse.

El oficial comprendió aquellas miradas y se convenció que no era posible continuar así.

En aquel momento el grupo de sacerdotes se detenia, vacilante.

El señor Frias miró al oficial con ojos de suprema agonia.

Este se estremeció y miró á su vez á los soldados.

No era posible seguir dispensando á las victimas tantas consideraciones.

—Adelante! dijo, tratando de dar á su voz un timbre de severidad.

No es posible perder mas tiempo.

—Un momento, un minuto de reposo, replicó Frias, y continuamos.

—Ni un momento mas — sigan la marcha!

—Déjennos á los caidos, murmuró débilmente Echeñique.

No se hagan maltratar los que aún puedan seguir andando, pues al fin y al cabo nada ván á remediarnos.

—O todos ó ninguno, contestó aquel mártir y único en pié, quedó al lado de los caidos.

El oficial vacilaba—aquel cuadro era imponente.

Pero más imponente era la mirada de Oribe en su recuerdo, y la avidez con que lo contemplaban los soldados.

Se decidió por fin á fingir una crueldad que no sentia y mandar á los sacerdotes siguieran marchando, bajo la más rigorosa amenaza.

Pero cuatro no podian marchar y Frias estaba decidido á no abandonarlos.

De todos modos, de poco le hubiera servido obedecer solo, desde que hubiera caido á los cincuenta ò cien pasos.

—Bueno, hacerlos andar! gritó el oficial.

Los soldados levantaron entónces á los ciados y los pusieron en pié, pero volvieron á caer como otros tantos cadáveres.

Habituados à aquellas escenas, empezaron á descargar sobre ellos una lluvia de verdaderos puñetazos, que arrancaban á las víctimas ayes lastimeros.

Aquello era horrible.

Los sacerdotes estaban tan postrados que ni siquiera intentaban evitar equellos golpes.

Frias miró al oficial de una manera suplicante y éste no pudo proseguir presenciando aquel espectáculo.

—Alto! dijo, que cada cual se eche uno en ancas y andando.

El General me ha impuesto penas severas si estos no llegan vivos á su destino, y es bueno no apurar la cosa, porque me parece que no aguantan mas.

Los soldados obedecieron sin vacilar y se echaron á las ancas los sacerdotes.

—Me veo obligado à proceder así, les dijo, anticipando una esplicacion que ninguno le pedia.

Es preciso que los entregue vivos y sanos y me parece que si apuramos la cosa no llegan ni los huesos.

Las soldados nada contestaron y siguieron marchando, no sin sacudir de cuando en cuando un chirlazo al que traian en ancas, como por via de equivocacion.

Aquel era un nuevo martirio, insoportable tambien si se prolongaba mucho.

Fuera del canónigo Frias, que aún se mantenia en pié, los demás sacerdotes no habian podido montar y venian atravesados al anca de los mulos, como sacos de harina.

Además de lo violento de la posicion, los huesos de los muslos, con el tran-

queo de la marcha, les producian dolores endiablados.

Asi llegaron hasta San Nicolás donde intentaron nuevamente hacerlos marchar, pero inútilmente.

El descarne de las llagas los habia dejado tan sensibles, que la sola idea de pararse los hacia estremecer.

Fué preciso seguir así viaje hasta Santos Lugares, fúnebre sitio de reposo.

Una vez allí, iban á dejar de padecer, pues todos ellos contaban con ser inmediatamente fusilados.

Hemos probado mas de una vez, con todo género de documentos, que en la historia de Rosas no hay exajeracion posible.

Santos Lugares es un abismo que si se fuera á revolver y escudriñar daria temas monstruosos y haria revelaciones que serian justamente tachadas de fantásticas.

El martirio de los Frias fuè uno de ellos.

¿Qué los llevaba á enseñarse contra sacerdotes indefensos, que ningun mal habian hecho ni podian hacer á la federacion?

Solo les guiaba el placer de un espectáculo de sangre y el deseo de hacer el daño, completamente por hacerlo.

Tanto los sacerdotes como la nota de remision, fué entregada al sombrio don Antonino Reyes, de triste memoria.

Esta era la primera estacion de todo pliego, de todo prisionero remitido por las autoridades de campaña.

Desde allí don Antonino ponia carpeta á los unos y agregaba la clasificacion de los otros, á cuyo pié debia poner Rosas la sentencia inapelable de muerte, ó de azotes y á las armas.

Estas tales clasificaciones no eran otra cosa que una agravacion de la causa, corregida y aumentada, como si se quisiera invitar al tirano á escribir el terrible *fusílese*.

Los cinco sacerdotes fueron pasados al cuartel de la escolta, miéntras se enviaba á Rosas la nota con que venian, y resolvia éste lo que habia de hacerse.

Los sacerdotes no podian estar sinó acostados.

Pidieron un colchon ó algunas mantas pero les fueron negadas, porque todavia no habia resolucion sobre ellos.

Rósas recibió la nota de Oribe poniéndose de un humor de todos los diablos.

—¿Con que los Frias? esclamó.

Bueno, es preciso decirle á Reyes que los trate rigurosamente miéntras resuelvo.

Quiero que sea duro con ellos, sobre todo con esos dos Frias, hermanos del que anda con Lavalle.

Pronto devolveré la carpeta.

Ahora si que empezaba el verdadero martirio de los sacerdotes.

En cuanto él supo que Rosas queria que los tratasen mal, los cinco fueron metidos en un corral de chanchos, aquel mismo corral que habia servido para martirizar á los prisioneros del Quebracho.

Allí los encerraron como otros tantos, para que fuera la diversion de la soldadesca.

Entre el fango del corral se hundian sus piés por completo, lo que era un veneno para las llagas.

Aquella tarde y noche, no lo pasaron tan mal.

Pero al otro dia, cuando el sol iba calentando el fango levantando un olor irrespirable, su situacion empezó á ser desesperante.

No habia un solo trecho del corral, que no fuera un lodazal de donde salian emanaciones nauseabundas.

Esa tarde se les dió de comer, pero arrojándoles la comida por sobre los palos del corral, lo mismo que habian hecho otras veces con los chanchos que lo ocupaban.

Al principio, aunque el hambre era

mucha no se atrevian ni á mirar aquella comida.

Pero cuando el hambre apretó un poco y se hizo sentir con todo su rigor, no tuvieron más remedio que comer aquellos mendrugos revolcados en el fango.

Entónces la soldadesca aplaudia freneticamente, los gestos de repugnancia que hacian al comer y la manera cómo trataban de limpiar los bocados.

El hambre, aunque de esta manera repugnante, se calmó un poco, pero quedaba la sed horriblemente aumentada por la comida y los rigores del sol.

Aquellos labios febriles, se movieron con una ansiedad conmovedora, pidiendo un trago de agua para calmar la sed.

Pero la soldadesca se les reia en las narices, invitándolos á chupar el cieno del corral.

Los cinco sacerdotes habian tomado una espresion cadavérica imponente.

Los ojos hundidos entre las órbitas, por el hambre y la falta de alimentos, brillaban con un fulgor siniestro por la sed devoradora que secaba sus labios.

El color lívido de la piel y la flacura de sus miembros temblorosos, los hacia parecer espectros animados por alguna pila eléctrica.

De cuando en cuando, alguno de aquellos malvados se acercaba al corral con un jarro lleno de agua.

Los sacerdotes con uua espresion de ansiedad suprema, se acercaban á los palos, estirando los brazos en actitud de beber.

Pero de allí eran rechazados á golpes en medio de las carcajadas sonoras, conque la soldadesca festejaba aquella desesperacion tremenda.

—Agua! un poco de agua! gritaban, teniendo que hacer un esfuerzo para despegar la lengua del paladar.

Pero el agua no venia y ya la muerte abatia sus negras alas sobre aquellos cuerpos agonizantes.

Los piés de los sacerdotes habian perdido ya su forma humana por la descomposicion de la carne.

El lodo y el sol habia podrido las llagas por donde asomaban los huesos.

Entónces aquellos hombres empezaron á pedir la muerte, con la misma vehemencia que habian pedido agua.

—Por Dios! decian, mátennos pronto, porque así estamos muriendo de una manera maldecida!

Pero las más impías carcajadas seguian respondiendo á las súplicas conmovedoras de aquellas pobres víctimas.

Aquella tarde llegó un chasque de Palermo con un pliego para don Antonino Reyes.

Era la órden, para que aquellos cinco sacerdotes fueran fusilados.

Hemos sabido que don Antonino Reyes está en Buenos Aires, desde hace algunos dias.

Él puede desmentir, si se atreve, lo que vamos narrando.

Él puede decir si aquellas cinco nobles víctimas, no fueron martirizadas del modo que hemos dicho, y asesinadas segun lo verá el lector más adelante.

Cuando Reyes se impuso de aquel pliego órden, en que se le mandaba fusilar á los cinco sacerdotes, recomendándole sobre todo á los hermanos Frias, á quienes queria se tratase como los más salvajes Unitarios.

En el acto fué llamado el mulato Rosas, de quien hablamos ya detenidamente, y á quien se le encomendó el cumplimiento de aquellas disposiciones, pues nadie más á propósito que él para cumplirlas llenando los deseos del ilustre Restaurador.

El mulato Rosas pegó un balido de placer, preguntando á qué hora debian ejecutarse los sacerdotes.

—Mañana á la madrugada, entre un cuadro formado por las fuerzas del cuartel general.

El Capellan del Ejército les prestará los auxilios necesarios.

El mulato Rosas se separó de Reyes para empinarse un medio frasco de ginebra.

Cuando el mulato iba á ejècutar órdenes como ésta, necesitaba preparar el espíritu.

Y la preparacion la hacia consistir en una cuarta de caña ó aguardiente con que se entonaba y se *hacia humano*,

Esa tarde se hizo cargo de los cinco sacerdotes, á quienes fué á visitar al corral.

Alumbrado por la ginebra, Rosas iba ávido de comenzar sus crueldades.

—Qué tal? dijo á aquellos cadáveres agitados por un pequeño soplo de vida. ¿Cómo se sienten ustedes para soltar el uniforme de vivos?

—Bendita sea la mano de quien nos venga la muerte, porque ella nos habrá librado de esta vida insoportable.

—No se apuren, que tenemos que proceder con todas las reglas del arte. Yo les voy á pegar mañana cuatro tiros, pero ántes tengo yo que arreglarlos á mi gusto, para que hagan una buena figura.

—Pronto, por Dios! dijo Frias, mostrando sus piés monstruosos, convertidos en una llaga infesta y verdosa.

—Ah! eso es muy bueno, dijo el mulato, pero será preciso que las manos hagan juego.

Y su mirada brilló con espresion de la hiena que presiente una victima.

Frias no se dió cuenta de estas palabras y siguió pidiendo al mulato que los hiciese fusilar sobre tablas, sin esperar al dia siguiente.

—Ya vuelvo, ya vuelvo, dijo el mulato, saliendo con paso vacilante.

Voy á mandarles una copa para que se entonen, y en seguida les mando unos cuatro ó seis soldados baqueanos, para que hagan las cosas bien.

Frias creyó que aquellos soldados vendrian á fusilarlos y levantó su espíritu á los misterios de lo eterno.

Por fin iban á dejar de sufrir á olvidar, en el horror de la tumba, el infierno de dolores que habian sufrido en aquellos pocos dias.

Y comunicó á sus compañeros, llenos de tranquilo bienestar, que por fin iban á concluir de sufrir.

Aquellos cinco hombres que con tanta entereza y valor habian sufrido tanto maltrato y tanta tortura, se estrecharon en un abrazo íntimo y lloraron silenciosamente.

La tumba tenia para ellos un atractivo supremo.

Hacia media hora que estaban entregados al recuerdo de la vida que pronto habian de abandonar, cuando aparecieron en el corral unos de los soldados de la escolta que enviaba el mulato Rosas á ejecutar los arreglos de que habia hablado.

Los sacerdotes creyeron que se trataba de fusilarlos y se despidieron unos de otros, viniendo á situarse frente á los soldados.

Pero éstos no traian armas de fuego, lo que llamó la atencion de Frias, que era el que tenia la mente más tranquila.

—¡Qué, ¿no nos ván á fusilar? preguntó.

—Creo que hasta mañana nó, contestó uno de ellos.

Ahora los vamos á acomodar no más para que estén listos para mañana.

Y empezaron á sacar algunos maneadores y sogas que llevaban preparadas.

Frias se estremeció ante aquel aparato, que le daba á entender se iban á consumar con ellos nuevos horrores.

En aquel momento brillaron sobre los palos del corral, los ojos feroces del mulato Rosas que venia sin duda á dirijir lo que él llamaba un arreglo para fusilar.

—¿Cuáles de ustedes son los Frias?

preguntó Rosas echándose de bruces sobre los palos.

—Yo uno, contestó el que aún estaba de pié.

Ese es el otro, y señaló á su hermano que parecia un cadáver y que estaba echado en el fango.

—Bueno, á esos me los atan aquí, que quiero tenerlos cerca.

Los soldados se apoderaron de los dos hermanos, y los amarraron á los palos del corral, del lado donde estaba el mulato.

La tranquilidad volvió al espíritu de las dos víctimas, que creyeron era aquel el banquillo improvisado para fusilarlos en el acto.

Cuán léjos estaban de su espìritu los horrores que habian de seguirse!

Los otros tres fueron amarrados un poco mas léjos, en los mismos palos.

—Bueno, dijo entónces el mulato, en cuyo acento se adivinaba la cantidad de alcohol que habia bebido aquel dia.

A mí me han recomendado que los atienda á ustedes con preferencia, y es por eso que les voy á hacer mi mejor cariño.

Y se dirigió á los Frias que lo miraban aterrados.

Ellos estaban fuertemente atados por el pecho y la cintura á los palos.

Los brazos estaban tambien atados en forma de cruz, dejando las palmas vueltas para afuera.

En seguida sacaron sus cuchillos, que empezaron á asentar sobre la bota, con espresion feroz.

Imposible de pintar con sus verdaderos colores, todo el horror de aquella situacion desesperante.

Aquello no podia ser otra cosa que preparativos de degüello.

Y los sacerdotes, ante aquella actitud, se estremecian horrorizados.

Bien pronto se convencieron que la misma muerte á cuchillo habria sido una ventaja.

Cuando los soldados tuvieron sus cuchillos listos y bien cortantes, se acercaron á las víctimas y principiaron una operacion monstruosa.

Les despalmaban las manos para que, segun la espresion del mulato Rosas, hicieran juego con los piés.

Los sacerdotes, fuertemente amarrados, no podian moverse, haciéndolos la desesperacion dar gritos que se sentian en todo el campamento.

Y el mulato Rosas reía con sus gruesos labios y los soldados hacian el coro miéntras seguian cortando.

A los gritos de las víctimas y risas de los verdugos, acudieron al corral los soldados y oficiales más entrañudos, que tomaron parte en la fiesta.

Los sacerdotes gritaban y suplicaban por todos los santos, que los degollaran pronto, á lo que el mulato respondia:

—De buena gana, canejo, lo haria, si no fuera que tengo órden terminante de fusilarlos.

—Pues fusílenos pronto, que esta agonía es tremenda.

—Es preciso esperar á mañana, no hay remedio, pero podremos matar el tiempo de cualquier manera.

No hay cuidado que diversiones no nos han de faltar.

Era pues, preciso apurar el martiric hasta su última gota!

Los sacerdotes quedaron allí amarrados, con sus manos destilando sangre, mientras el sol y las moscas hacian su obra de descomposicion.

Aquello era horrible!

Y así pasaron el resto del dia y toda la noche, agonizando de aquella manera tremenda.

Al otro dia por la mañana, solo los hermanos Frias y Echeñique conservaban un poco de vida.

Los otros dos sacerdotes habian muerto, pues no habian tenido la fuerza necesaria para resistir aquella ùltima prueba.

A las seis de la mañana estaba formado en el campamento el cuadro donde debian ser ejecutados los sacerdotes.

En el centro se habian colocado los cinco banquillos donde se les debia dar la muerte.

La noche anterior habia venido otro chasque de Palermo, reiterando la primera órden y recomendando que á los hermanos Frias no se les tuviera la menor consideracion.

Cuando todo estuvo dispuesto, el mismo mulato Rosas fué al corral á buscar las víctimas.

Los dos sacerdotes muertos fueron los primeros en ser sacados y llevados á los banquillos, donde fueron amarrados y donde les vendaron los ojos como si estuviesen vivos.

En seguida trajeron á Echeñique, que amarraron tambien entre los dos cadáveres.

Rosas y algunos bandidos como él quedaron en el corral, haciendo con los Frias algo de monstruoso.

—Me parece que les ha crecido un poco el pelo en la corona les dijo, y es preciso afeitarla para que vayan al banquillo con toda la decencia del caso.

É hizo acercar los soldados.

Aquellos dos séres tan mutilados ya, no ofrecían la menor resistencia.

Creian que más de lo sufrido no podia intentarse contra ellos y suponian que, aunque groseramente, solo se trataba de afeitarlos.

Porque realmente no se podia suponer que el horror llegara á tal estremo.

Los soldados se acercaron á ellos, y con una crueldad que supera á todo lo conocido, principiaron á desollar aquellas cabezas venerables en todo el circulo que marcaba la tonsura.

Y así, con la cabeza sangrienta y mostrando el hueso desnudo, fueron conducidos al banquillo, agonizantes.

Una vez atados, se hicieron venir los tiradores, y con todo el aparato de aquel acto solemne, los tres moribundos y los dos muertos, fueron pasados por las armas.

Este fué el fin horrible de aquellos cinco sacerdotes, que tanto honor hacian á nuestro clero.

Pasemos, pasemos sobre estos horrores para ocuparnos de lo que sucedia en la ciudad.

UNA INFAMIA

De todas las iniquidades cometidas por Rosas à causa de delaciones, figura en primera línea el asesinato de don Jacinto Machado y su hijo, jóven de diez y seis años, lleno de vida y esperanzas.

Era don Jacinto Machado un cumplido caballero, dueño de numerosas haciendas y de campos de gran valor.

Una de estas estancias, la más valiosa de todas, era la conocida por Lomas de Machado, en el partido de la Lobería.

Don Jacinto Machado, padre del benemérito Coronel de este mismo apellido, era un hombre sumamente laborioso y activo.

Viajaba con mucha frecuencia por los pueblos del Sud, hasta Dolores y Chascomús, haciendo negocios de hacienda, para lo cual tenia gran inteligencia y tino.

Machado, como todo hombre de corazon, era unitario, como lo era todo, con su corazon y su inteligencia.

Pero tenia muy buen cuidado de no dejar traslucir su modo de pensar, porque sabia que su cabeza no habia de permanecer mucho tiempo sobre sus hombros.

Patriota y despreocupado de sí mismo, no ocultaba su modo de pensar en política, porque tuviera miedo ó porque

su persona y su vida merecieran para él la menor atencion.

Es que tenia idolatria por aquel hijo que lo acompañaba en sus faenas de campo y por el que tenia un cariño delirante.

Si él era clasificado de Unitario y perseguido como tal, no seria solo él el que sufriria las consecuencias.

Su hijo pagaria el modo de pensar del padre, con los intereses que embargaria el fisco, ó con la vida que le arrebataria la federacion.

Si huia y lo llevaba consigo, esponía à aquel hijo querido á sufrir todo género de miserias y correr los peligros naturales de aquella época espantosa.

Si la felicidad de aquel hijo querido podia comprarla con solo el silencio y disimulo sobre su modo de pensar ¿porqué no hacer este pequeño sacrificio?

Tiempo habria despues para desahogarse, pues aquella tirania oprobiosa no habia de durar mucho tiempo.

Así, léjos de manifestar, ni aún en el seno de la vida privada, su modo de pensar, se finjia un federal tranquilo, pero un buen federal.

Visitaba á los jueces de paz de los partidos vecinos, con quienes habia hecho una gran amistad.

—Yo les tengo envidia, solia decirles, porque no tengo ni la mitad del carácter que se necesita para ser un verdadero federal.

Para ello se necesita carácter y energìa, cosas que yo no tengo, pues fatalmente soy medio flojonazo.

Y por flojonazo era tenido, aunque era un hombre de un valor terrible y de una fibra estupenda.

Los Jueces de Paz lo tenian por un federal en toda regla, aunque por un federal con el que no podría contarse en caso de peligro.

Y lamentaban esto, porque con un poco de valor, Machado hubiera sido un partidario de primera fuerza.

Y esa misma timidez y cobardía que demostraba, era hija del cálculo.

—Si se aperciben que tengo tantas entrañas como el mejor, pensaba, son capaces mañana de mandarme cometer un asesinato, y entónces si que me descubren por completo.

Vale más pasar por federal cobarde, que nada me he de echar al bolsillo porque me crean lo uno ó lo otro.

Insigne charlatan, tambien por cálculo, comentaba las noticias que iban con referencia á Lavalle y á los unitarios de la ciudad.

—¡Parece increible! gritaba con una indignacion artisticamente imitada, que por unos cuantos pícaros ande la Provincia agitada y sobre las armas.

Esos tales Unitarios deberian convencerse que el paìs no los quiere, y que con estos levantamientos lo único que sacan es hacerse odiosos.

Y por consejos y muchas veces por órden terminante de su padre, su hijo tenia que espresarse en los mismos términos, aunque su corazon juvenil y entusiasta, ardia en santo patriotismo.

Y el jóven á su vez se contenia cuanto le era posible, por no comprometer la existencia de su padre, y echar por tierra su gran obra de disimulo.

Esta conducta pública no le habia hecho mal, ni al padre ni al hijo, ante los patriotas del Sur, que empezaban entónces á idear la gran revolucion de que ya nos ocupamos.

Ellos sabian que podian contar con aquel corazon hasta el último latido.

Sabian que Machado era un hombre bravo y caballeresco, hasta el punto de contribuír con su cuerpo y con su dinero en cualquier movimiento revolucionario tendente á dar en tierra con el poder de Rosas.

Así es que escuchaban con la mayor tranquilidad las noticias que de Machado circulaban, dándoles tanto crédito, como si hubieran oido decir que don

Marcelino Martinez Castro era un federal.

—Yo tengo un hijo, les dijo un dia de espansion solemne, por cuya vida y felicidad tengo que velar.

Yo no podre entónces dar la cara de frente sinó en un movimiento que ofrezca una seguridad de triunfo.

Pero miéntras ese momento no se presenta y se trate de prepararlo, ahí está toda mi fortuna, hasta el ùltimo carnero, á disposicion del gran partido Unitario.

Hagan uso de ella, amigos mios, que harto compensado estoy con haber contribuido á la felicidad de la pátria.

Los Unitarios del Sud guardaron aquella promesa que sabian venia de un corazon leal, y aplaudieron al amigo y aliado su estratagema para salvarse y salvar á su hijo.

Era tal la confianza que tenìan por su parte en Machado los federales, que cuando Rosas mandó levantar informaciones á los Jueces de Paz, respecto á los Estancieros del Sud, todos se desgajaban en elogios de Machado.

—Es un federal de los buenos, decian.

Jamás la causa de la federacion habia tenido un partidario tan leal y abnegado.

Porque lo primero que se veia en la poblacion de Machado, era un retrato de Rosas, de cuerpo entero, puesto en un marco lujosísimo.

Cuando los patriotas del Sud iniciaron su gran cruzada, don Jacinto Machado fué puesto en el secreto, solicitándose su ayuda como amigo de causa.

—En todo lo que valgo, contestó.

Dispongan ustedes de cuanto me pertenece, como si de ustedes fuera, pero como les dije ántes, yo no los puedo seguir hasta no ver el rumbo que toma el movimiento.

Si yo me muevo de aquí ya, este muchacho haria lo mismo y yo no puedo comprometer así su vida.

Si por otra parte él, queda aquí á pesar de irme yo, sobre él descargarán la ira que sientan al saber lo qué ellos llamarán mi traicion.

Si se pudiera arrollar siquiera la fuerza de Granada y don Prudencio, no hay duda que el país es nuestro.

—Granada es nuestro, está solemnemente comprometido, y se plegará á nosotros con toda su tropa.

—Pues entónces no hay que hablar, terminó Machado.

En cuanto la incorporacion de Granada á nuestro ejército sea un hecho, yo me presento al cuartel á hacer servicio.

Pero ántes no quiero comprometerme.

Granada estará todo lo comprometido que se quiera, pero yo no le tengo confianza.

En último momento es muy capaz de venirse sobre ustedes y hacer una zapallada.

—No crea, el compromiso de Granada es con Maza, y no se ha de atrever á faltarle, porque dados los elementos de aquel, la revolucion tiene que triunfar, y entónces adios Granada!

—Me alegraré mucho, pero yo quiero verlo plegarse.

Pocos dias despues de esta conversacion, don Marcelino Martinez era portador de la terrible noticia de la traicion de Martinez Fontes y el fusilamiento de Maza, alma del movimiento.

Nuestros lectores conoce los detalles de estos sucesos tristes.

—Ahora, dijo Machado al conocer la nueva, atengámonos á nuestras propias fuerzas.

Granada creo que hará todo, ménos plegarse à la revolucion.

Cautela, amigos mios, cautela.

—No importa, todo está preparado.

Nos falta Maza, pero ahí están sus elementos y el General Lavalle que viene de un momento á otro.

Los patriotas del Sud, como se sabe, no desmayaron.

Alentados por Castelli, Martinez, Rico, Ramos, Mejia y demás, tomaron sus medidas para hacer estallar el movimiento, creyendo que los elementos preparados por Maza responderian en la ciudad.

Y se produjo aquel acto de sublime audacia, en Dolores, donde se hizo pedazos el gran retrato de Rosas existente en el Juzgado, y se pisotearon las divisas y los bustos.

Ya conocen nuestros lectores el desenlace de este triste drama y sus más bellos episodios.

Los pasamos por alto entónces, para volver al señor Machado, protagonista de este dramático capítulo.

Machado se vino á la ciudad acompañado de su hijo, pues su hijo estaria mas seguro, y para él siempre habia tiempo de tomar un fusil y acudir por la parte Unitaria.

Nada tenia que temer personalmente, pues junto con él venian algunos otros Jueces de Paz, huyendo de la guerra.

En la ciudad se refugiaron todos, hasta que pasase el chubasco y pudiesen volver sin peligro á la campaña.

Aquí, por el informe *invoce* de aquellos Jueces de Paz, quien habia de tener el menor recelo.

Estuvo en la ciudad contemplando con un interés febril la manera como iban á defenderse y sobre todo, si se pronunciaban algunos de los cuerpos comprometidos con Maza.

Segun la actitud de éstos, iria ó no al lado de sus amigos.

Pero todo salió como él lo habia sospechado.

Muerto Maza, la revolucion del Sud se perdió. Granada no cumplió su palabra y la sangre de aquellos patriotas entusiastas fué el único punto que se produjo.

Triste y mústio, Machado salió de la ciudad en direccion á su estancia de las Lomas.

Pensaba en sus nobles amigos que habian pagado con la vida su accion heróica, y se felicitaba íntimamente de haber sido tan precavido y desconfiado.

Su jóven hijo era el que no podia contener su indignacion.

Solo el respeto que sentía por todo lo que su padre le indicaba, podia contener las palabras de furor en su boca juvenil.

Todo era ruina y espanto en la campaña.

Los federales, pasado el primer jabon, habian comenzado todo género de tropelias y crímenes.

Dolores, donde se habia pateado el retrato del ilustre bribon, fué el teatro de todas las venganzas y de todas las persecuciones.

—Este ha de haber andado con ellos, decian los federales.

Tiene cara de Unitario, y de unitario malo: caigámosle.

Y cuando la persona así clasificada acordaba, ó se apercibia que era sospechosa, era cuando ya tenia el cuchillo en la garganta.

Y esta mas ó menos era la situacion de la campaña en general.

Las autoridades federales que habian salvado el pellejo como un milagro, volvian á ocupar sus puestos, llenas de odio y deseo de venganza contra aquellos que las habian corrido.

Por esto es que los saqueos y asesinatos se repetian á cada instante, en las personas menos conocidas.

Aquellos estancieros ricos que el Juez de Paz no se atrevia á *limpiarse* por sí, los saqueaba en sus intereses y los remitia bajo segura custodia á Santos Lugares, con un parte que equivalia á diez condenas de muerte.

Aquí era donde entraba el trabajo más importante de D. Antonino.

Hacer la clasificacion del preso y ampliar la nota de remision para remitirla

á Palermo, de donde volvia con esta palabra al pié:

«Fusílese—*Rosas.*»

Así el señor Machado atravesó hasta Dolores, presenciando todo género de atrocidades.

En la ciudad habia hecho refrendar sus pases, etc; de manera que no fuera detenido ó no fuesen á fusilarlo por equivocacion.

En su tránsito fué detenido varias veces y conducido al Juzgado de Paz, por sospechoso.

Pero mediante la exhibicion de su pase, se le dejaba tranquilo, tratándosele con el mayor respeto.

Solo en Chascomús tuvo que sufrir una detencion de cuatro horas.

Machado y su hijo habian sido conducidos ante la importante persona del Juez de Paz, que los miraba de arriba á abajo, sin saber por dónde empezar las preguntas.

Este Juez era un paisano bruto y perverso, cuyas iniquidades le habia deparado aquel puesto.

—Señor, le habian dicho á Rosas, ese hombre no sabe leer y no puede ser Juez de Paz.

—Si no sabe leer y escribir, sabe librarnos de sabandijas malditas unitarias, que es lo que yo necesito.

Mientras sirva bien á la santa causa, está bien donde lo he puesto.

Así el Juez de Paz de Chascomús estaba en aquellas condiciones de ignorancia, pero allí se le habia puesto para que librase al pueblo de los inmundos Unitarios que allí se hospedaban.

Machado presentó entónces sus papeles, pasaporte etc. pero el Juez de Paz los puso sobre la mesa como si para nada sirvieran.

—Con que, preguntó, considerándose f liz de hallar una pregunta cualquiera que lo sacara del paso:

¿Por qué se anda metiendo con los unitarios asesinos y metiéndose en sus movimientos de revolucion?

—Yo no soy unitario ni me he metido en nada con ellos.

—Es que yo sé que usted es un unitario disfrazado de federal, que usted es un pícaro que ha formado parte del ejército unitario cuando él asesino Lavalle anduvo compadreando por aquí.

—Usted se equivoca, amigo mio.

Yo soy Jacinto Machado, conocido en todo el Sur como un buen federal y amigo del gobierno.

Por esos papeles que le acabo de entregar verá usted que se ha equivocado y que no soy la persona que crée.

El Juez de Paz tomó los papeles y empezó darlos vuelta sin abrirlos.

—Es que ahora falsifican mucho las notas, dijo.

—Pero los documentos auténticos se conocen—lea usted el pase solamente, que basta para acreditar quien yo sea.

El Juez de Paz dió un grito, y acudió uno de esos soldados imposibles que existen aún en algunos juzgados de campaña.

—Vaya vea si está don Ramon y llámelo, le dijo.

—Don Ramon no está, contestó el milico, ahora cuando pasó por la puerta, me dijo que iba á una diligencia urgente, y que no volveria hasta la noche.

—Pues amigo,dijo el juez á Machado, tendrá que esperar aquí hasta la noche, porque como yo no entiendo esta letra menuda, él es el que me lée á mi lo que me mandan de adentro, y el que tendrá que leerme esto tambien.

—Se lo leeré yo, señor, pues es lo mismo.

—Qué esperanza! yo no me fio más que de los ojos de don Ramon!

Los tiempos no están para andarse fiando de todo el mundo!

No habia más remedio que esperar hasta la noche y Machado se resignó.

El jóven era el que estaba como una fiera.

A duras penas podia contenerlo su padre para que no hiciera una embarrada sin compostura.

—Pero, padre mio, decia en voz baja, es que esto no se puede sufrir.

Este hombre ignorante y miserable nos está tratando como á dos canallas.

—Peor seria que nos tratara como á dos unitarios, hijo mio.

Es preciso tener paciencia y sufrir. Guarda tú absoluto silencio, pues si á causa de alguna imprudencia te sucede algo, me habrás dado un golpe de muerte.

—La tendré mi padre, puesto que usted lo manda, la tendré, ya que ello es preciso para salvar la vida.

A la caida de la noche, como lo habia prometido, llegó el tan deseado don Ramon, que no era otro que un don Ramon Toledo, muy amigo y viejo conocido de Machado.

En cuanto lo vió, y antes de saludar á S. E. el Juez de Paz, le tendió la mano cariñosamente.

—Usted por aquí! le dijo, cuanto gustazo de verlo!

—Pues aquí me tiene esperándolo, porque me han traido como salvaje unitario y no hay aquí quien lea el pasaporte.

—¿Usted unitario? ah! gente ignorante! dentro de poco esta exajeracion vá á hacerlos prender al mismo Restaurador!

El Juez de Paz estaba como quien vé visiones.

¿Quién era aquel personaje á quien don Ramon trataba de aquella manera, clasificando su detencion de tan brutal como la del mismo Restaurador?

—Aquí están los papeles, dijo alcanzándolos á don Ramon para que los leyera.

—Los papeles de este hombre no se léen, dijo.

El es más federal que la misma federacion; con que déjelo usted ir á donde quiera que tal vez tenga algo que hacer.

El Juez de Paz, lleno de cortesias y comedimientos, le significó que estaba en completa libertad, lamentando el error de sus agentes que allí le habian conducido.

Complacido de que la aventura no hubiera tenido mayores consecuencias, Machado se despidió agradeciendo á Toledo su buena amistad y el servicio que acababa de prestarle.

—Es preciso no detenerse hijo mio: ya ves que echas el diablo andan las cosas.

Puede el diablo que á través de nuestra capa federal nos descubran el corazon unitario.

Y emprendieron al galope largo el camino de Dolores.

Y pasaron de largo, despues de haber presenciado algunas iniquidades que alli se cometian.

Al llegar al partido de la Loberia, Machado se consideró salvo.

Y miéntras su hijo se dirijia á su establecimiento de las Lomas, él se dirigió á la Estancia el Invierno, del señor Baudriz.

El Invierno de Baudriz era un espléndido establecimiento de campo, situado en el mismo partido de la Loberia.

El Invierno estaba á cargo de la capataza Felisa, mujer capaz de administrar dos establecimientos como aquel, haciéndose respetar del más bravo paisanage.

Doña Felisa era una federalaza de tomo y lomo, muy amiga de Machado, que la agazajaba porque ella estaba relacionada con la flor de la federacion en aquellos parajes lejanos, donde un simple teniente alcalde era una potencia terrible.

Una simple delacion de la capataza de Baudrix, bastaba para que el menos

sospechado hubiese sido cosido á puñaladas.

Felizmente era una mujer buena, que jamás causó la menor desgracia.

—Dios lo tenga de la mano á tan buen amigo! esclamó así que vió á Machado! ¿Por dónde diablos ha andado que lo hemos perdidos de vista?

—Vengo de la ciudad, mi amiga, respondió dejándose caer del caballo, á donde me fuí cuando empezaron estos barullos.

Como yo no soy hombre de armas....

—Y qué noticias me dá de por allá?

Dicen que esos pícaros de unitarios se han metido á mano grande, pero que les han pegado un buen sustazo.

—Vea usted, ¡cuánto más les hubiera valido quedarse en sus casas!

—Estos pillos de unitarios, repuso Machado, no sirven mas que para tener el pais revuelto.

Desde que á ellos se les ocurrió voltear al Restaurador, no andan sinó de barullo en barullo y en todos ellos salen como el diablo.

—Pero ¿cómo mas han de salir?.... pero cuente, cuente lo que ha sucedido y á quienes han muerto.

Aquí no se tiene ningun detalle; solo se sabe que han muerto muchos.

—Todos eran estancieros que se metieron á revolucionarios; Rico, don Pedro Castelli y demas amigos, cayeron en poder de las fuerzas del gobierno y pagaron su temeridad con la cabeza.

—Pobres hombres! yo los siento mucho porque al fin eran buenos y conocidos, pero qué le hemos de hacer! el gobierno tiene razon de haberlos difunteado.

—Y todavia no han de escarmentar!

Ya vendrán otros con Lavalle á agitar de nuevo el pais!

Machado tomó un par de mates con que lo obsequió la capataza, apretó la cincha á su caballo y siguió viage á las Lomas, despues de saludar cordialmente á su amiga.

Sin que ninguno de ellos los hubiera visto, en la cocina de la estancia, á tres ó cuatro varas de distancia, habia cuatro personas.

Eran tres peones de la misma, y un allegado al Juzgado de Paz, hombre de malos instintos y de pasiones feroces.

—Ola! murmuró así que se alejó Machado—con que Lavalle vá á venir y los unitarios ván á armar un nuevo bochinche.

Pero es preciso avisarlo con tiempo para que no nos vuelvan á agarrar sin perros.

Mire quien habia de decir que Machado era unitario!

Y yo que lo tenia por tan de los nuestros!

Aquel hombre era un malvado, en cuyo ánimo la codicia habia engendrado un plan terrible.

Como Machado habia estado ausente durante el movimiento revolucionario, García, que así se llamaba, se habia apropiado una buena cantidad de hacienda que queria conservar á toda costa.

La vuelta de Machado estorbaba sus planes de robo, pues tendria que devolver los animales robados.

Para conservarlos, y aún aumentarlos, era necesario perder á Machado, y como salvaje unitario.

Hombre astuto, comprendió que, para entablar la delacion en toda regla, necesitaba saber dónde habia estado Machado durante el movimiento.

Ya su plan lo habia formado, haciendo entender á los peones que estaban con él, de una manera torcida, lo que Machado dijo á la capataza de Baudrix.

—Pronto ha de venir otra espedicion unitaria que será mas feliz que esta.

Asì quedaba cambiada la intencion de las palabras de Machado.

Garcia se fué á las Lomas á visitarlo, y desde el primer momento dirigió la

conversacion al punto que deseaba herir.

—¿Dónde lo agarró esta patriada, amigazo?

Parece, segun hemos oido, que las cosas han sido duras de pelar, y que los unitarios casi nos embroman.

—Hombre, yo me fuí al pueblo, donde he permanecido hasta que todo pasó.

Usted sabe que, aunque federal de corazon, yo no he nacido para la guerra, asì es que cuando vi que la cosa se ponia séria, me fuí al pueblo y allí pasé con mi hijo el aguacero.

—Ha hecho bien, canejo.

La cosa se iba poniendo séria y no habia tiempo que perder.

Aquí francamente, hemos andado con un jabon en toda regla, porque estos diablos pasaron como un torbellino, tratando de hacernos á los federales, todo el mal posible.

Puede que con esta hayan escarmentado.

—Son tan duros de cabeza estos diablos, que no estrañaria hicieran otra intentona.

Pero está visto que no pueden con el gobierno y que todo lo que hagan será en su perjuicio.

Machado mandó traer mate para obsequiar á su visita y poco despues, á su llamado, venia su hijo á hacer sociedad á Garcia.

El jóven Machado era, como lo hemos dicho ya, un jóven de gran carácter, á pesar de sus tiernos años, de un valor á toda prueba, y de un patriotismo sin límites.

Odiaba todo lo que pertenecia á la federacion y despreciaba profundamente á sus hombres.

Así es que cuando se encontró con Garcìa, palideció hondamente, sintiendo una ráfaga de coraje que del corazon subia á la cabeza.

El jóven Machado amaba á su padre sobre todas las cosas de la tierra, y estaba habituado á respetar su voluntad y su deseo de una manera ineludible.

Por eso ahogaba los impulsos de su corazon y contemporizaba con aquellos malvados á quienes hubiera deseado esterminar.

García era un hombre ordinario, sin educacion ni sentimientos.

Se habia hecho federal porque de esta manera podia dar rienda suelta á sus instintos feroces, sin temor de ser perseguido por la autoridad á que servia de espía y de sangriento paladin.

Todos lo conocian como un bandido, pero no se atrevian á manifestarle la aversion que les inspiraba por temor á una delacion, ó á ser asesinados por él mismo cuando ménos lo pensaran.

Por eso la presencia de aquel hombre hizo en el jóven Machado una impresion tan profunda.

Si su padre no hubiera estado allí, es seguro que á pesar de todas las recomendaciones no hubiera podido contenerse y le hubiera saltado al cuello.

Largo rato estuvo allí García, conversando de federales y unitarios y tomando mate.

Por fin, despues de muchas felicitaciones por el esterminio de los salvajes Unitarios, montó á caballo y se retiró.

Machado, que habia estado observando á su hijo todo el tiempo que duró la visita, lo llamó cariñosamente tan pronto como García se alejó un buen trecho.

—Es preciso hijo mio, le dijo, que tengas más fuerza de voluntad y disimules cuanto te sea posible la aversion que te inspira esta gente.

Tú no has de odiarlos más que yo mismo, pues conoces mis sentimientos íntimos, y ya ves que llevo mi disimulo hasta conducirme con ellos como el mejor de sus amigos.

Es que esto es necesario para salvar la fortuna y la cabeza.

Tiempos mejores vendrán, hijo mio, y entónces podremos dar espansion á

nuestro espíritu y tomar un buen desquite, no lo dudes.

Yo no omito sacrificio para que me tengan por un buen federal.

Y si tú no haces lo mismo, mis sacrificios serán estériles en mi más íntimo objeto — resguardar tu vida que tan querida es á mi corazon.

¿Tú crees qne yo podria sobrellevar una desgracia caida sobre tu cabeza?

Vamos, carácter, hijo mio, que es lo único que yo te pido para mi espíritu, disimula como yo y no muestres jamás en tu mirada el rencor que demostrabas á Garcia.

El jóven escuchaba conmovido la palabra cariñosa de aquel noble padre.

Cuando éste concluyó, levantó la juvenil cabeza iluminada por todo el cariño que afluia á su mirada franca y noble:

—Comprendo todo lo que me dices y te juro hacerlo así.

Pero mira, viejo, no sé porqué la visita de este hombre se me ha clavado en el corazon como el anuncio de una desgracia terrible.

Tenia deseos de matarlo con la conciencia de que evitaba una desgracia para nosotros.

Yo tengo el corazon muy leal, viejo, y tengo miedo de ese malvado.

—Esas son preocupaciones hijas de esta época de sangre y maldades.

¿Qué desgracia quieres que nos suceda?

Yo paso por un federal en toda regla, aunque inservible para la causa por ser muy flojo.

De otro modo no hubiera pedido librarme de ser encargado de cometer alguna infamia, encargo que hubiera dado en tierra con todos mis propósitos.

Me tienen pues por un buen federal, incompatible y enemigo del bando unitario.

¿Qué desgracia quiéres entónces que nos suceda?

Lo que es preciso evitar, á costa de los mayores sacrificios, es que desconfien de tí, y tú vás á jurarme que no darás motivo para ello.

—Yo te lo juro, padre mio, sabes que no hay para mí mejor placer que verte contento.

Pero, te lo repito, la visita de este hombre se me ha clavado en el corazon.

No sé porqué quisiera verte léjos, muy léjos de aquí, fuera del alcance del poder de Rosas!

—No seas loco!

Ya verás qué bien lo pasamos haciéndonos los federales, hasta que vengan mejores tiempos.

Garcia, entretanto, rumiando en su imaginacion perversa el plan que habia formado, se dirijió á gran galope al Juzgado de Paz, donde entró como si lo persiguieran todos los diablos.

—Nos amenaza otro peligro, gritó así que se *topó* con el Juez de Paz, pero un peligro más peliagudo que el que acabamos de pasar.

—¿Pero qué peligro puede ser ese?

Vomite, amigo, vomite de una vez que ya me ha puesto en cuidado.

—Y no es para menos! figùrese amigo que se nos viene otra espedicion de salvajes, mejor organizada que la primera y como nos ván á agarrar sin perros, no sé que será de nosotros!

—Pero vamos á ver, ¿cómo sabe usted la cosa?

—De esta manera.

– Machado, á quien todos estamos creyendo un buen federal, es un enemigo que nos está vendiendo.

—¿Don Jacinto Machado?

—El mismo, y el salvaje unitario de su hijo.

—¡No hable bolazos!

—¿Bolazos? escúcheme y verá.

El tal Machado, que acaba de llegar del pueblo, donde habia ido á ayudar la revolucion Unitaria si la sacaba buena,

se detuvo á descansar en el Invierno de Baudrix.

Salió á recibirlo la capataza y se pusieron en charla sobre las cosas de la revolucion.

Yo me hallaba en la cocina con dos peones, desde donde por casualidad he oido lo que hablaran.

—¿Qué me cuenta de la revolucion? preguntó la capataza.

—¿Qué le he de contar? que nos ha ido mal porque nos han hecho traicion, ya vé, nos ha ido mal, contestó Machado.

Pero no importa, agregó, porque ahora se prepara la buena: dentro de unos dias llega Lavalle por acá, donde se juntará con los que hemos quedado y entónces veremos si se escapan los que hoy nos han embromado.

—¿Entónces ván á hacer otra? preguntó la capataza.

¿Cuándo ván á escarmentar ustedes?

—Los Unitarios son muy cabeza dura, y no escarmentamos, concluyó Machado.

Lo que es ahora, no nos ha de ir tan mal.

Tomó en seguida unos mates y se fué para La Loma, donde ya estaba su hijo, pues tienen que prepararles caballada á los Unitarios.

—A los infiernos! esclamó el Juez de Paz completamente aterrado, y creyendo como un evangelio la delacion de Garcia.

—¿Y cómo vamos á hacer, sin un soldado, puesto que han llevado todas las fuerzas á Dolores?

Prender á Machado no se puede, porque seria darles el alerta.

¿Qué hacer, caramba?

Poniendo en prensa su federal majin, el Juez de Paz resolvió disimular lo que sabia y mandar una nota al Gobierno avisando lo que pasaba y pidiendo algunas fuerzas para sosten de la autoridad.

En el acto se redactó la nota que debia llevar un chasque, matando caballos.

En ella se daba al gobierno noticia detallada de la conversacion sorprendida por Garcia, y se pedian instrucciones sobre lo que debia hacerse.

«Aunque Machado y su hijo se encuentran en su estancia preparando las caballadas para la revolucion, concluia la nota, no he querido prenderlos, por que tal vez no convenga hacerles saber que conocemos su plan.

Por eso pido al ilustre Restaurador me indique lo que debo hacer y mande fuerza necesaria para sostener la autoridad".

El chasque partió esa misma noche, con la mejor tropilla del Juez de Paz.

Era preciso ganar tiempo á toda costa y andar con veinte ojos miéntras llegaban instrucciones.

La nota llegó á Palermo donde armó un alboroto de todos los diablos.

Recien concluian con un movimiento Unitario y ya se les presentaba otro más poderoso!

En el acto Rosas despachó el chasque con una nota para el Juez de Paz de la Loberia.

En esta se le avisaba que el gobierno tomaba inmediatamente medidas para evitar el mal que se le anunciaba.

Que estuvieran sobre aviso, comunicando cualquier novedad que ocurriera y que respecto á Machado no se le diese nada á sospechar—que el gobierno se encargaba de él.

Esta ocupacion debia ser fatal para el noble Machado.

La calumnia habia sido creida y sus consecuencias terribles no se harian esperar mucho.

Rosas recordaba que Machado le habia sido recomendado siempre como un buen federal, pero la delacion actual echaba por tierra toda recomendacion anterior.

Porque Machado aparecia no solo

como un salvaje unitario conspirador, sino que se habia descubierto que sus federales sentimientos habian sido fingidos y que no habia sido él otra cosa que un salvaje unitario espia en campo enemigo.

Primero redactó contra él una órden de prision y remision á Santos Lugares, pero pronto la recogió para cambiarla por una sentencia de muerte como todas las suyas, sin juicio previo, ni aun el de un simple sumario.

Asi dirijió una nota á su hermano D. Prudencio, tan bándido como él mismo, de la que estractamos lo siguiente:

«Así es que usted reciba esta, mandará prender con gente de toda su confianza, al salvaje Unitario Jacinto Machado, que debe encontrarse en su estancia de la Loberia.

Conducido á su campamento, lo hará usted fusilar, como á cualquier otro salvaje Unitario que se hallare en su compañia.

El Gobierno está ya cansado de las sabandijas malditas que tienen al pais en contínua intranquilidad, obligándolo á ser con ellos tan rígido como le sea posible.

Mandará usted un fuerte piquete al Juzgado de la Loberia, en prevision de cualquier movimiento Unitario, con órden de reducir á prision y remitir al Cuartel General, á todo el que apareciese mezclado á esos movimientos vergonzosos.

No haya piedad para esos malvados perturbadores del órden.

Inmediatamente de cumplida la órden, dará usted cuenta.

J. M. Rosas.

En seguida redactó otra órden para el referido Juez de Paz, en la que se le decia mandase llamar á la capataza de Baudrix, y le tomase declaracion sobre lo que el salvaje Machado le habia dicho.

Esto no era para averiguar el grado de culpabilidad de aquel, puesto que ya lo habia mandado fusilar, sino para ver si se descubria algun otro culpable.

Si Machado le habia dicho que pronto habria otro movimiento, no era difícil que le hubiera nombrado alguno de los cabecillas.

Porque aunque la capataza era una federal insospechable, quien sabe qué motivos tendria él para confiársele asì.

El Juez de Paz de Loberia, á pesar del crédito que daba á la delacion infame, no podia convencerse que Machado fuera un traidor á la federacion y mucho menos un revolucionario, dada la timidez proverbial que todos le reconocian.

Desde que recibió la denuncia empezó á observarlo y menos se convencia de ello.

En la loma no se veia ningun movimiento estraordinario, ni nada que indicase remotamente se tratara de organizar caballadas.

—Quiera Dios que esto no sea nada, pensaba el Juez de Paz, que estimaba realmente à Machado.

Puede ser que Garcia haya oido mal.

Machado por su parte, ajeno completamente á lo que sucedia, seguia observando su invariable regla de conducta.

Habia visitado al Juez de Paz, acompañado de su hijo y se habia lamentado con él del mal que los unitarios hacian al pais con sus revoluciones desatinadas.

—Ya vé, dijo éste á Garcia cuando Machado se fué.

Usted ha oido mal y su excesivo celo lo ha hecho dar un paso en falso.

Ese hombre es tan unitario como yo mismo.

—No crea usted, contestaba el calumniador.

Es que ese hombre tiene un poder para disimular de primera fuerza.

Eso mismo que le dice es para descuidarlo mejor y que vengan los unitarios por sorpresa.

Créame, amigo, la casualidad nos ha hecho escapar de un gran peligro.

¿Qué seria de nosotros, sin un soldado, desembarcando Lavalle y cayendo aquí de sorpresa una fuerza unitaria?

Aquí el Juez de Paz volvia á vacilar y dudar de su amigo Machado.

Así se hallaban las cosas, cuando á la madrugada del sesto dia se presentó en el partido un piquete de caballeria como de unos ciento cincuenta hombres.

El terror á los unitarios los cegaba de tal modo, que en el primer momento, á pesar de las divisas y chiripás colorados, creyeron fuesen las fuerzas revolucionarias á que se referia la delacion.

Fué necesario que llegáran á una cuadra del juzgado, para convencerse que eran fuerzas federales.

Estas fuerzas venian destinadas por el General Prudencio Rosas, cien hombres para quedar en el juzgado en prevision de cualquier acontecimiento y cincuenta para ir á prender á Machado y á los que con él se hallasen.

El encargado de esta segunda comision, se puso en marcha acto contínuo, para la estancia de la Loma.

Machado, que estaba tomando mate miéntras su hijo volvia de la recogida, salió á recibir aquella gente, calculando iría de paso para algun otro punto.

Consecuente con su modo de proceder respecto á gente federal, invitó á los dos oficiales que mandaban el piquete á pasar á las casas y descansar un momento miéntras se refrescaban los caballos.

El capitan juzgó prudente no sacar de su error á Machado, pues permaneciendo alli como visita, podria observar mejor lo que pasaba y prender á cuanto sospechoso hubiera allí.

Pues el gran General don Prudencio, en su excesiva prudencia, habia creido que se trataba de sorprender el cuartel general de una conspiracion unitaria.

El capitan y el teniente desmontaron, hicieron echar pié á tierra á la tropa y se colaron á las casas escudriñándolo todo con una mirada ávida.

Machado los obsequió del mejor modo posible, principiando ellos un interrogatorio disimulado, en cuyo objeto el estanciero no podia caer, pues lo que más léjos estaba de su imaginacion es que se tratara de prenderlo.

—¿Y vive mucha gente con usted? preguntó el capitan.

Aquí la vida es solitaria y ustedes tratarán de buscar la mayor compañia posible.

—Esto es solo, es cierto, pero vivimos aqui solamente yo y mi hijo.

Como tenemos tanta relacion en la vecindad, cuando el fastidio es mucho, salimos á hacer nuestras visitas y asi vamos matando el tiempo.

Mi hijo anda ahora en la recogida, pero pronto ha de volver y entónces voy á tener el gusto de presentárselo á ustedes.

—Pero la peonada será mucha—la estancia es grande y el trabajo no debe faltar.

—Era mucha, si señor, pero con estos bochinches que los unitarios han dado en meter, todo está paralizado.

Los peones andan escasos porque los han llevado ellos ó están sirviendo al gobierno, asi es que por una y otra causa, estamos ahora reducidos á seis peones y el capataz.

En seguida rodó la conversacion sobre los últimos sucesos y preguntaron á Machado dónde estuvo él.

—Yo estuve en el pueblo, respondió el estanciero con finjida humildad.

Yo, como lo saben cuantos me conocen, soy tan federal como el mejor, pero que quiere, amigo, no todos nacen va-

lientes, y yo confieso que no sirvo para estas cosas de guerra.

El ruido de las armas me apichona y me quita toda accion.

Por eso es que mis servicios á la gran causa son todos servicios pacíficos.

Ustedes es diferente, son valerosos por naturaleza y estarán acostumbrados á la guerra.

Ya se vé, aquí no se hace mas que pelear!........

La conversacion empezó á decaer, el hijo no volvia de la recojida y los oficiales principiaron á hallarse violentos.

Se les habia acabado el tabaco, como se dice, y no se les ocurria ya la menor palabra.

Por fin el Capitan, viendo que habia obtenido ya cuantos informes necesitaba, decidió dar cumplimiento á la órden que allí le habia llevado.

—Pues amigo, dijo entónces el Capitan, vive usted muy solo.

Nosotros creíamos encontrarlo por lo menos, con algunos amigos y con mas peonada.

Cuando íbamos llegando se lo decia así á mi compañero.

—¿Qué, ustedes me conocian desde antes?

—No, pero como veníamos aquí directamente, habíamos pedido informes y se nos habia dicho que esto era muy alegre.

—¿Qué ván á quedarse por aquí? preguntó Machado finjiendo gran alegria.

¡Cuánto lo celebro! así sí que lo pasaremos alegres!

¡Cuánto se vá á alegrar mi hijo!

—No hemos venido á quedarnos.

Tenemos que llevar á cabo la comision que nos ha traido y regresar en seguida.

Machado empezó á sospechar algo malo para él.

Aquella manera de decirlo y el hecho de cumplir una comision en su estancia empezaron á alarmarlo sériamente.

¿Qué podia significar aquello?

—Si yo puedo ayudarlos en algo, dijo, para el cumplimiento de esa comision, ocùpenme con franqueza.

No hagan el menor cumplimiento y trátenme como un amigo viejo.

—Usted puede hacernos un servicio, y es el de no resistirse al cumplimiento de la órden que traemos, pues de este modo, evitaremos disgustos y malos ratos.

Machado palideció densamente y preguntó con voz insegura:

—¿Y cómo he de resistirme?

Pueden decirme ustedes de qué se trata y serán obedecidos en el acto.

—Pues amigo mio, se trata de que tengo órden de prenderlo á usted y conducirlo á presencia del General don Prudencio Rosas.

Supongo que usted no se resistirá, porque seria obligarme á tomar medidas violentas.

Machado quedó trémulo.

Una prision equivalia á una sentencia de muerte.

Morir era imposible y resistirse era hacerse matar.

Machado era un valiente, en toda la estension de la palabra.

Estaba armado, pero ¿qué podia hacer contra cincuenta hombres?

Lo matarian y pegarian despues con su hijo el mal que hubiera podido hacerles.

¿Qué hacer en situacion semejante?

Era preciso decidirse rápidamente y no dar lugar á una escena de sangre que siempre seria funesta.

Machado se dió instantáneamente cuenta de la situacion y adoptó un partido.

Era preciso darse á preso y partir de allí cuanto antes, para no dar tiempo á que su hijo llegara, porque si éste veia aquello trataria de defender á su padre

y entónces se produciria la escena de sangre que tanto queria evitar.

—Estoy pronto, dijo entónces, cuando usted guste.

Tengo mi conciencia tan tranquila que no abrigo el menor temor.

Esto no puede ser otra cosa que una mala inteligencia.

—Bien, replicó el oficial, entónces no perdamos tiempo inùtilmente.

Y llamó un soldado que estaba á poca distancia como si esperara una órden que no tardarian en comunicarle.

El soldado se presentó, llevando en la mano un paquete que, desenvuelto, resultò ser una barra de grillos.

—¿Y para qué eso? preguntó Machado. Yo no he de huir porque no habiendo cometido delito alguno, nada tengo que temer.

Ademas, que aunque tal intencion tuviera, me parece dificil realizarlo, rodeado por todos ustedes.

—No es por precaucion, dijo el oficial sinó porque tengo que cumplir estrictamente las órdenes recibidas.

En medio de su tremenda desventura Machado podia considerarse feliz.

Aquel oficial parecia un hombre bueno y humano y tenia por lo pronto garantido que no lo martirizarian en el trayecto del viaje.

Remachada la barra de grillos lo sentaron á caballo como mujer, y emprendieron la marcha á gran galope.

En la estancia quedaban veinte hombres á órdenes del Teniente.

—¿Y por qué quedan aquí esos hombres? preguntó Machado pensando en su hijo.

¿Puedo saberlo, señor oficial?

—Si señor:

Estos hombres van á cumplir otra comision más adelante, y como nada los apura, quedarán ahí media hora mas, tal vez.

Màs tranquilo respecto à su hijo, puesto que no se trataba de èl, Machado empezó á pensar en su propia situacion.

¿Qué podia haber motivado aquella prision tan rigurosa?

¿Por qué se le conducia así, con una barra de grillos como al salvage unitario más odiado?

Todos lo conocian como un buen federal, no se hallaba comprometido en nada, de modo que no podia darse cuenta de tan inusitada prision.

Y volvió á pensar que todo no pasaria de una mala intilegencia felizmente remediable.

Pero y su hijo ¿cómo quedaba allí su hijo?

Este era el pensamiento único que amargaba aquel noble y sereno espíritu.

—Si viene y le dicen lo que ha pasado vendria á alcanzarme y se haria prender conmigo, agravando mi causa pues entónces estallaria toda su ira tanto tiempo contenida.

¿Y si está envuelto en la misma causa de mi prision y esos soldados han quedado allí para hacer con él lo que conmigo?

No podia darse para aquel hombre situacion más desesperante.

En el Juzgado de Paz se detuvo un momento el oficial, para hablar con un compañero que allí habia de quedar.

Entónces el Juez de Paz se acercó á Machado diciéndole:

—¿Con que lo llevan? pero amigo, ¿cómo un hombre tan prudente se mete en aventuras con gente tan criminal y perseguida?

—Amigo mio, repuso Machado estrechándole la mano:

Le ruego por lo que más ame en el mundo que si conoce el motivo de mi prision, me lo quiera decir.

—¿Pero usted no se lo supone? ¿no sabe en las cosas que anda?

—Yo en nada ando ni puedo suponerme nada.

Juro á usted por mi hijo que en nada ando metido, y que no puedo atinar con

el motivo que tenga esta gente para llevarme de esta manera.

—Pues yo voy á ayudar su memoria. El motivo que han tenido para aprehenderlo, es lo que usted ha dicho, cuando vino, á la capataza de Baudrix.

Parece que alguien ha oido sus palabras y las ha soplado á la autoridad—esto es todo lo que yo sé.

—Pero si yo nada he dicho á la capataza!

Si ni siquiera hemos hablado de cosas que pudieran comprometerme á mi ni á ella misma!

—No se acordará usted parece que usted le ha dicho que pronto vendria otra espedicion de unitarios, y que esta vez no les habia de ir mal, porque habian de concluir con cuanto federal hubiera por aquí!

—Calumnia infame! lo que yo he dicho á la capataza es que estos bandidos Unitarios se habian propuesto no dejar tranquilo al pais con sus revoluciones estúpidas; que la leccion recibida debia escarmentarlos, pero que eran tan cabeza dura, que no estrañaria que volvieran el dia menos pensado con alguna nueva espedicion.

En fin la capataza de Baudrix está viva, ustedes saben que es una federala en toda regla y que no ha de mentir.

Pues pregúntenle á ella misma si es cierto lo que yo digo.

—Pues mi querido amigo, siendo cierto lo que usted me dice, yo le garanto que la cosa no ha de quedar así y que jamás pagará Garcia la mentira que ha echado y el daño que por ello haya usted recibido.

—¿Con qué Garcia es el de la calumnia?

—Hombre, yo no queria, pero desde que se me ha escapado, será porque Dios lo quiere así.

Garcia es el autor de todo este pandero.

—Ah! miserable! razon tenia mi hijo al suponerlo un infame!

Y refirió al Juez de Paz la visita de García y lo que habian charlado con él.

—No se aflija, don Jacinto, dijo el Juez de Paz, que yo quedo aquí para remediar el mal.

Quede constatada, como quedará, su inocencia, que yo me encargo de tomar por usted el desquite, para que nadie tenga nada que decir.

El tal García no se ha de quedar riendo y ha de pagar el mal que ha hecho, con réditos largos.

—Gracias, amigo, yo sabia ya que podia contar con usted!

Ahora solo me queda el mayor de los servicios que quiero pedirle.

Mi hijo queda aquí solo, ya sabe cuánto lo quiero y lo digno de ser querido que es el pobre.

Considerémelo en todo lo que pueda, y sobre todo protéjamelo contra los enemigos y contra Garcia que tal vez intente alguna nueva calumnia.

En aquel momento llegó el oficial, dando la órden de marcha.

—Adios mi amigo, dijo Machado, no olvide mi encargo.

—Pierda cuidado! ya sabe que lo estimo y que soy su amigo.

Machado siguió viaje, algo mas consolado respecto á su hijo, pero desconsolado completamente respecto á su suerte.

Si le prendian por salvaje unitario, con todo aquel aparato, era cosa resuelta para él que seria fusilado sobre tablas.

Pero ¿què habia guiado á Garcia á levantar semejante calumnia?

¿Qué razon podia tener aquel hombre para prenderlo de aquella manera?

Parecia su amigo, no habian tenido jamás la menor diferencia ni siquiera un cambio de opiniones que esplicára una infamia de tal calibre.

Y la calumnia debia estar muy bien

fraguada cuando se habia procedido con aquella violencia y se habia desplegado tanto aparato.

—Yo trataré de defenderme, pensó Machado, ya que tengo la buena voluntad del Juez de Paz.

Si la calumnia se basa en lo que yo he dicho á la capataza de Baudrix, nadie mejor que ella puede sacarme de este apuro declarando la verdad de lo que ha pasado.

Machado fué conducido hasta el campamento de don Prudencio Rosas, donde se le colocó en uno de los galpones que servian de cuartel, con centinela de vista.

Ya hemos dicho que Prudencio era mucho más cobarde y más feroz que don Juan Manuel.

Se cebaba con los presos con una crueldad inaudita, complaciéndose muchas veces en avisarles él mismo que iban hacer fusilados.

Así es que recibió á Machado de la peor manera que éste podia esperar.

—¿Usted sabe por qué viene preso? le dijo.

—No señor, absolutamente.

—Todos estos canallas son lo mismo. No hay sinvergüenza de estos que tenga el coraje de contestar: si señor, por salvaje unitario.

—Yo no soy un salvaje unitario, contestó Machado con entereza, y si ha habido una calumnia que me haga pasar por tal ya la destruiré yo, se lo aseguro.

—Antes te destruiré yo á tì bandido, y ya verás de qué modo tan cómico.

Y soltando una carcajada, lo mandó conducir hasta el galpon.

Con aquella manera de ser recibido, Machado comprendió que su causa no tenia remedio, porque habia la decision de matarlo, y pensó en su hijo, con toda la amargura de aquella situacion tremenda.

Durante aquella noche miserable, no pudo conciliar el sueño.

Parecia que el galpon donde lo habian metido era el destinado á los condenados á muerte, pues esa misma tarde sacaron dos para ser fusilados, y otro fué degollado allí no mas de la manera más bárbara.

Alma noble y bien templada, Machado se resignó á su suerte y á dedicar á su hijo querido sus últimos pensamientos.

Al dia siguiente á la tarde le hizo avisar don Prudencio que á la mañana siguiente iba á ser fusilado, que se lo prevenia por si queria hacer alguna revelacion al gobierno.

—Nada tengo que revelar ni que decir, repuso.

Contra los jueces y contra toda causa hay mil medios de defensa, pero contra los asesinos no hay ninguno.

Me resigno á mi suerte, teniendo antes el placer de decirles que son unos asesinos y cobardes.

En castigo de esa insolencia, no se le dió de comer aquella tarde.

Discurria Machado el medio de hacer llegar á su hijo su último consejo y su última caricia, cuando su pensamiento fué turbado por un alboroto.

Era un nuevo preso que, á pesar de sus grillos, era introducido á empellones al galpon.

—¡Son unos miserables malvados! gritó el recien llegado, y si no me llevan donde está mi padre, á pesar de los grillos les he de arrancar la lengua!

Al sonido de aquella voz juvenil, Machado se estremeció poderosamente y se puso de pié violentamente.

Acababa de conocer la voz querida de su hijo.

—Malditos! malditos! gritaba este—sabe Dios dónde habrán llevado á mi pobre padre!

Y se mesaba los cabellos con ambas manos presa del mayor dolor.

Con un trabajo enorme llegó Machado á donde estaba su hijo y le puso la mano en el hombro suavemente.

Escasísima era la luz que habia ya en el galpon.

Pero así mismo, cuando dió vuelta á la presion de aquella mano, el jóven conoció á su padre y se arrojó en sus brazos.

—Por fin te veo y me convenzo que no te han muerto, gracias á Dios!

—Pero tú, hijo mio, ¿cómo estás aquí, por qué causa te han traido?

—Es muy sencillo:

Despues de la recojida que duró mucho porque la hacienda se habia retirado y diseminado mucho, regresé con el capataz á la estancia.

Veniamos al paso de los caballos porque me sentia bastante cansado.

No sabia por qué, al aproximarme á la estancia sentia un raro desasociego y pensaba muchas cosas raras.

—¿Si le habrá sucedido algo á mi padre? dije á Martin, sin poder dominar la agitacion que sentia.

—¿Y por qué ha de sucederle? el patron en nada se mete, no alega con nadie ¿que quiere que le suceda?

—Es que no sé porqué estoy intranquilo y asi como aflijido.

Desearia hallarme á su lado—galopemos Martin, galopemos.

Y nos pusimos á gran galope.

No puedo esplicarme el por qué, pero á medida que me iba acercando á la estancia, es decir, á la casa, mi angustia era mayor.

Tenia el corazon fuertemente oprimido.

Cuando me hube acercado lo bastante para distingir las personas y no te ví en el patio como siempre, esperándome, corrí en esa direccion para llegar más pronto, desmonté y entré á las habitaciones.

No habia duda, algo habia sucedido.

Un grupo de soldados que allí estaba escondido me tomó por sorpresa y un oficial me intimó órden de prision.

—¿Dónde está mi padre? pregunté, ¿qué han hecho ustedes de mi padre?

—Su padre ha sido preso como usted, me respondió aquel hombre, y conducido á donde lo va ser usted mismo.

—Mienten, ¡ustedes lo han muerto!

Yo quiero que me lleven donde está mi padre, de lo contrario les rompo el alma.

Y saqué la pistola de que siempre ando armado, con la firme intencion de hacerle volar los sesos.

Pero todos se arrojaron encima de mi, me desarmaron y amarraron prontamente.

No tuve otro recurso que empezar á lanzar sobre ellos, con las palabras más duras, toda la hiel que habia amontonada en mi corazon.

Aquellos bandidos empezaron á golpearme entónces, me echaron sobre un caballo, como quien atraviesa una res muerta y me han conducido hasta aquì, donde no esperaba hallarte vivo.

Yo los he injuriado cuanto he podido, por que en mi desesperacion creí que te habian muerto.

Pero desde que no es así, les perdono todo el mal que me han hecho.

Pero ¿por qué te han traido? ¿qué delito has cometido que te veo con una barra de grillos como un criminal?

—Nada que yo sepa, hijo mio, sin duda algun error ó mala inteligencia.

—No padre mio, Dios me perdone, pero juraria que en todo esto anda mezclado Garcia.

No sé por qué desde aquella mañana en que estuvo en casa, aquel hombre se me ha metido en el corazon.

Desde ese dia pienso en él como en mi peor enemigo.

No seria estraño, respondió Machado, que no queria aflijir á su hijo con el conocimiento de toda la verdad.

Pero todo ha de concluir aquí.

Con uno ó dos dias más se aclarará todo y volveremos á la Estancia.

Como habia allí otras personas, padre é hijo tenian que bajar la voz para no ser escuchados.

Pero poco habia de tardar en conocer todo lo terrible de la situacion el jóven, y Machado el golpe más formidable que le reservaba el destino.

Dos horas hacia apenas que el jóven Machado fué introducido al calabozo, cuando se presentó un sargento y dos soldados á ponerle una barra de grillos.

—¿A qué tanto aparato? preguntó el jóven.

Basta con la que él tiene para que yo no me mueva de aquí.

De todos modos yo no he de huir de aquí porque no tengo delito alguno.

—No está de más, amigo, respondió el Sargento sonriendo.

Mañana se los sacaremos despues de la funcion.

—¿Qué funcion es esa, ni que tenemos que hacer con ella? preguntó el jóven.

—¿Cómo no? ¿qué no sabe la funcion de mañana?

Machado, que harto la conocia, hacia señas al Sargento para que nada dijera á su hijo.

Este que vió las señas, palideció y preguntó á su padre qué significaba aquello.

Apremiado por el hijo y temiendo fuera á sospechar la verdad, le dijo que eran algunos presos de los que allí habia, que los iban á fusilar.

El jóven miró fijamente á Machado, como si dudara de la verdad de sus palabras, pero éste resistió sin conmoverse aquella mirada hasta disipar toda duda.

La situacion era violenta.

Tal vez seria mejor ir preparando el espíritu del jóven para que no recibiera de golpe la terrible noticia, pero Machado no se sentia con bastante coraje para hacerlo.

Comprendia que el golpe iba á ser violento, pero temia que si decia à su hijo la menor palabra, éste, llevado de los impulsos de su corazon, se entregaria á tales escenas que atrajese sobre su vida la cólera de aquellos miserables.

Entregado á estos desesperantes pensamientos estaba Machado, cuando se acercó á ellos un oficial, Ayudante del General don Prudencio Rosas.

Este hombre brutal y perverso se dirijió á Machado diciéndole:

—Dice el señor General que se reconcilien con Dios como puedan, porque aquí no hay capellan ni sabe de dónde sacarlo, y como la órden recibida es de fusilarlos en el acto, no puede perder tiempo en mandar campear uno.

Padre é hijo quedaron aterrados.

La noticia no podia ser más brutal ni dada de una manera más perversa.

—Pero ¿á quién van á fusilar? preguntó el jóven, que habia recobrado primero el uso de la palabra.

—¿Cómo á quién? á ustedes mismos. Vaya una pregunta graciosa.

—¡Pero eso no es posible! gritó Machado dando un rujido y haciendo crujir sus grillos.

A mí, no digo que no, puesto que así lo han dispuesto, pero á él jamás.

—A los dos, si señor, á los dos, miren qué pillos estos!

Se meten á salvajes unitarios revolucionarios y estrañan que se los limpien!

¡Cómo si ustedes fueran á hacer otra cosa si nos hubieran atrapado!

—¡Pero eso es monstruoso! digo que no puede ser! volvió á gritar Machado:

Los dos somos inocentes, y este es un niño incapaz de ofender á nadie ni aún con el pensamiento.

Diga usted al general Rosas que quiero hablar con él una palabra,

—¡No sea zonzo! concluyó riendo aquel miserable miéntras se alejaba.

¡Cómo si el General fuese á incomodarse!

Confiésense uno con el otro y hemos concluido.

El jóven estaba anonadado, no por él cuyo espíritu valiente prescindia del trance que le esperaba, sino por su padre á quien amaba entrañablemente.

—¡Con que van á fusilarte! dijo al fin.

¡Con que esta es la funcion de que nos hablaban!

¡Pero no han de fusilarte viviendo yo!

Y empezó á hacer violentos é inútiles esfuerzos por sacarse los grillos.

Pero solo logró mutilarse las piernas, sin poder sacárselos, como era natural.

En su impotencia se puso á maldecir de todo y á gritar iniquidades contra los asesinos de la federacion.

Poco tardó en sufrir las fatales consecuencias de aquel modo de proceder, pues en el acto vinieron y le pusieron una mordaza de un hueso de caracú.

Machado estaba como idiotizado. A la impresion terrible y honda desesperacion del primer momento, se habia sucedido un abatimiento espantoso.

Tenia todo el aspecto de un loco y de cuando en cuando miraba á su hijo con ojos estraviados como si no se diera cuenta de lo que sucedia.

Así pasaron toda aquella noche terrible, presa de una angustia indecible.

A los primeros albores del dia, vino el mismo ayudante que les habia notificado la sentencia de muerte y sacó al jóven la mordaza.

La indignacion habia cedido su puesto al dolor.

Así el jóven, libre de la mordaza, se abrazó á su padre y se puso á llorar.

—Esto es terrible, padre mio, yo quisiera morir ahora mismo, porque no podrè ver que te maten sin que me sea posible evitarlo.

—Hijo mio! hijo mio! Dios no puede consentir un crímen semejante, repuso aquel hombre á quien la desesperacion habia doblado por completo.

Esto es horrible.

Pensar que yo te he criado y me he esmerado en quererte, pensar que he vivido para tí y tu porvenir durante diez y seis años, para que unos asesinos, en mi presencia te destrocen el pecho..... es horrible y Dios no puede consentirlo!

Sería preciso entónces renegar de la divinidad misma!

—No hay más remedio que conformarse, padre mio, la desesperacion es inútil y es preciso morir tranquilo ya que no se puede morir feliz!

Morir tranquilo cuando se vé asesinar al hijo querido!

Morir tranquilo miéntras agoniza con el corazon despedazado el hijo que ha constituido nuestra felicidad en la vida.

Oh! la muerte! la muerte de los séres queridos debia ignorarse por una eternidad!

Se acariciaban en un estrecho abrazo, cuando apareció un piquete que venia á conducirlos al banquillo.

El jóven dominó su dolor y apareció tranquilo y sereno.

Machado no fué dueño de hacer lo mismo.

El dolor era más íntimo, más potente.

Ambos erguidos y con el paso firme, marchaban al banquillo, colocados entre un cuadro de infantería.

El General don Prudencio á caballo, se preparaba á contemplar la cobarde ejecucion.

Los dos fueron atados en los banquillos y los tiradores se colocaron á su frente.

—Padre mio, padre mio, dame tu bendicion, dijo el jóven—dentro de pocos instantes estaremos libremente reunidos.

Un vértigo cruzó como una espada el corazon de aquel hombre desventurado.

—Malditos! malditos! gritó—hay un Dios en el cielo á cuya justicia eterna no hay poder de escapar.

Maldito tú, tus hijos, Prudencio Rosas! y maldito todo lo que tú ames en la tierra.

—Fuego! gritó don Prudencio, y dos descargas simultáneas resonaron en medio del silencio.

Machado cerró los ojos, y su hijo se estremeció sobre el banquillo, quedando inmóvil en seguida—habia muerto.

—Maldito! volvió á gritar Machado con voz desfallecida y sin abrir sus ojos moribundos para no verá su hijo.

Maldita sea toda tu raza!...

Y no se le pudo oir más, pues su palabra fué cortada por la voz de ¡fuego! que dejó oir don Prudencio.

Y sonó la tercer descarga que puso fin á aquella noble existencia.

El drama de Machado, como el de Montenegro, quedaba concluido.

Para que el crímen fuese mas nauseabundo, aún á los mismos ojos de quienes lo cometieron, se agregó un detalle terrible.

En cumplimiento de la órden recibida por Rosas, el Juez de Paz de la Loberia llamó á la capataza de Baudrix para que prestára declaracion, y habiendo esta referido exactamente su diálogo con Machado, no cupo ya la menor duda de la inocencia de éste.

El Juez de Paz constituyó entónces en prision á Garcia y elevó á Palermo la declaracion de la capataza.

Pero era tarde ya—el crímen se habia consumado.

La noticia de aquel doble asesinato impresionó profundamente á los vecindarios de aquellos partidos.

Siquiera Machado habia inspirado alguna sospecha por una delacion infame.

Pero su hijo, aquel jóven inofensivo ¿de qué podia acusársele?

El desprecio de todos cayó sobre Garcia, cuyo móvil no fué difícil adivinar.

Como bienes de salvaje unitario, la estancia de la Loma fué embargada con todo lo que contenia, que, como todo lo que en aquella época se embargaba, fué pasando á poder de los más exaltados federales, ó de aquellos que finjian serlo.

Rosas recibió la declaracion de la capataza de Baudrix, pero no hizo alto en ella.

Ya la cosa no tenia remedio y aunque lo hubiera tenido él necesitaba aterrar á los salvajes unitarios.

EL DESBORDE

LOS crímenes seguian aterrando á los habitantes de la República entera.

Y como si no bastáran á esto los que se perpetraban en Buenos Aires, la Federacion daba á luz documentos terribles, de los que estractamos estos pocos:

Cuartel General en el Ceibal, Sbre. 30.

Entre los prisioneros se halló el ex-coronel Facundo Borda, que fué al momento ejecutado con otros traidores titulados oficiales de entre de caballeria é infanteria.

Manuel Oribe.

—

Cuartel General en Metan, Octubre 3.

Los salvajes unitarios que me ha entregado el Comandante Sandoval, que lo fué de la escolta de Lavalle, Márcos Avellaneda, titulado Gobernador General de Tucuman, Coronel titulado José M. Videla, Comandante Luis Casas, Sargento Mayor Gabriel Suarez, Capitan José Espejo y Teniente 1.° Leonardo Souza, han sido al momento ejecutados en la forma ordinaria con escepcion de Avellaneda, á quien mandé cortar la cabeza que será colgada á la espectacion

de los habitantes en la plaza pública de la ciudad de Tucuman.

Manuel Oribe.

—

Desaguadero, Setiembre 16.

El titulado salvaje, General Manuel Acha, fué decapitado ayer, y su cabeza puesta á la espectacion pública en el camino que conduce á este rio entre la represa de la Cabra y el Paso del Puente.

Angel Pacheco.

El obispo de Cuyo, José Manuel Eufrasio, fué electo Gobernador de San Juan, mientras duraba la ausencia de Benavidez, y este fraile venal para conservar tan buena pitanza, empezó á predicar el esterminio de los salvajes unitarios enviando á Rosas cópia de sus sermones.

El tirano con este motivo le dirijió una nota que parece una sátira sangrienta:

Buenos Aires, Noviembre 5 de 1841.

Descargando V. S. I., dice la tal nota, un anatema justo contra los salvajes unitarios, ofrece un lucido ejemplo eminente.

Resalta la verdadera caridad cristiana que enérgica y sublime por el bien de los pueblos, desea el esterminio de un bando sacrílego.

Juan M. Rosas

—

Aderralde, 14 de Octubre.

Sr. Exmo. don Juan Manuel Ortiz de Rosas.

Yo voy en marcha para Catamarca, y solo tengo el tiempo preciso para garantir á V. E. que habrá *biolin* y habrá *biolon.*

Mariano Maza.

—

Catamarca, 29 de Octubre.

Al exmo. Sr. Presidente del Estado Oriental del Uruguay, don Manuel Oribe.

Empezó á trabajar el batallon Libertad y su bravo Coronel, no dando cuartel á los salvajes unitarios, que despues de dos horas de fuego, concluyeron con estos pérfidos traidores.

Principiaron á caer en nuestro poder, entregados por la justicia del cielo para escarmiento con su existencia, de salvajes unitarios. Muchos de los prisioneros caudillos y cabecillas, entre los cuales son de espresarse el titulado jefe de la plaza, Pascual Baillou Espeche, los salvajes Gorgónio Dulces y Gregorio Gonzalez, titulado Ministro de Gobierno.

Tambien ha quedado vengado en algunos diputados representantes de esta Provincia, el agravio, injuria y traicion que hicieron á su patria en el pronunciamiento de Mayo del año ppdo.

Juan E. Balboa.

—

Catamarca, 29 de Octubre.

Sr. D. Claudio Arredondo.

Hoy hemos batido en esta plaza al salvaje Cubas, y pasando á cuchillo toda su infanteria.

Se le persigue y pronto estará su cabeza en la plaza, así como lo están las de los titulados ministros Gonzalez y Dulce y tambien la de Espeche.

Mariano Maza.

—

Cuartel General en el Rio Grande del Tucuman.

Noviembre 9, 1841.

Al Exmo. Sr. don Juan Manuel Rosas.

El titulado gobernador José Cubas, fué tomado por una partida de infanteria del batallon Libertad, en la cuesta de la Sierra del Infiernillo y su cabeza fué puesta en la plaza de Catamarca para

escarmiento del bando salvaje unitario.

Manuel Oribe.

—

Catamarca, Noviembre 4.

RELACION NOMINAL DE LOS SALVAJES UNITARIOS, TITULADOS JEFES Y OFICIALES QUE HAN SIDO EJECUTADOS DESPUES DE LA ACCION DEL 29.

Coronel Vicente Mercao, catamarqueño.

Comandante Modesto Villafañe, id.

Idem Juan Pedro Ponce, *cordovés.*

Idem Manuel Lopez, español.

Idem Damasio Arias, *cordovés.*

Idem Pedro Ramirez, catamarqueño.

Sargento mayor Manuel Rico, *cordovés.*

Sargento mayor Santiago de la Cruz, catamarqueño.

Idem José Teodoro Fernandez, *cordovés.*

Capitan Juan de Dios Ponce, *cordovés.*

Idem José Salas, catamarqueño.

Idem Pedro Araujo, porteño.

Idem Isidoro Ponce, catamarqueño.

Idem Pedro Barros, catamarqueño.

Ayudante Dámaso Sarmiento, *cordovés.*

Eugenio Novillo, *cordovés.*

Ayudante Daniel Rodriguez, *cordovés.*

Teniente Domingo Diaz, tucumano.

Mariano Maza.

—

Sr. D. Claudio Andrade.

Veinte entre jefes y oficiales salvajes han sido ejecutados, la mayor parte de estos cadáveres, entre estos están los Ponces y los Arias.

Todos han recibido el castigo merecido.

En fin, mi amigo, la fuerza de este salvaje unitario tenáz pasaba de seiscientos hombres y todos han concluido pues así prometí pasarlos á cuchillo.

Mariano Maza.

Estos eran los documentos que leia, aterrada la poblacion de Buenos Aires, miéntras la mazorca, en sus calles más principales, azotaba á sus damas, despues de cortarles la trenza á facon.

Los mismos corredores de Bolsa, personas que no se metian en la política por ser estrangeros la mayor parte, no escaparon á la federal persecucion.

Un dia del mes de Julio se presentó en la Bolsa de Comercio un comisario de policia y constituyó en prision á todos los corredores, entre los que cayeron el conocido señor Chapeaurrouge y don Juan Manuel Bayá, amigo particular de Rosas, desde su juventud y á quien hemos hecho figurar ya al principio de esta obra.

El jabon era mayúsculo.

Aquella medida no podia responder sinó á un fin altamente federal, y por esto mismo los corredores se sobrecogieron de espanto, no comprendiendo su alcance.

¿Qué podia proponerse el Gobierno reduciéndolos á prision?

Ir preso, en semejantes dias, equivalia á ir al banquillo, pues ya se sabia que de la cárcel se salia muy rara vez para otra cosa que para ser fusilado.

El único que no habia perdido su buen humor, era Bayá, que decia á sus colegas:

—No quieren convencerse que mi tocayo es loco, y loco de remate!

Esto no es más que una locura para asustarnos—ya verán cómo hoy mismo nos sueltan.

—Es que estas son malas locuras, decian otros.

Puede darle tambien la locura de fusilarnos, y maldita la gracia que nos hace.

—No crean, no crean! agregaba Bayá alegremente.

No hay causa lógica para que nos fusilen.

Y la hay acaso para que degüellen

en la calle á los ciudadanos más respetables?

—Ese es otro cantar que no reza con nosotros—ya lo verán.

Los corredores, sintiendo crecer su cerote, entraron á la cárcel, donde se les alojó entre todos los acusados de salvajes unitarios, lo que acrecentó la desesperacion de los más pusilánimes.

Por no confundirse con aquellos, y caer en alguna de las *sacadas* que hacian de noche, para fusilar, los corredores formaron en un grupo, y se arrinconaron en un ángulo de la crujía.

Allí empezaron á meditar cuál seria la causa de una prision tan inusitada.

En la Bolsa de Comercio no se habia hablado de política ni se habia hecho accion que pudiera clasificarse de sospechosa.

El oro habia subido un poco el dia antes y estaba subiendo más cuando fueron presos.

Pero esto no podia ser la causa de una medida tan violenta.

No tardaron mucho en salir de dudas.

A la caida de la noche les llevaron el puchero de los presos, que ninguno de ellos se atrevió á tocar.

Es que Bayá les habia hecho una broma pesada.

—El puchero de los presos, les dijo, se hace con carne de los mismos Unitarios que degüellan, en razon de economía.

Son tantos los presos, que alimentarlos á carne de vaca costaria un dineral.

Y él se puso á comerlo de una manera traviesa, agregando:

—A mi poco me importa eso, porque, yo soy loco por la carne humana.

Algunos, delicados de estómago, empezaban á hacer arcadas, cuando se les acercó el mismo Comisario que los habia reducido á prision.

—De órden superior, vengo á decir á ustedes la causa que ha obligado al Gobierno á proceder con ustedes de esta manera.

Los corredores pararon una oreja de metro y medio, miéntras Bayá seguia deleitándose con su puchero de carne humana.

—Al mismo tiempo, añadió el comisario, vengo á hacer una lista de los presos y de los corredores que faltan.

Cada uno dió con profundo disgusto su nombre y apellido, que apuntó el comisario en una especie de libro de entradas.

—Pues señor, dijo á manera de discurso, una vez que hubo guardado aquella libreta descomunal:

El gobierno ha mirado con profundo desagrado y desconfianza, la rapidez con que ustedes hacian subir el oro ayer.

Convencido hoy de sus sospechas, los ha mandado arrestar, mandándome les diga que ya lo sabe todo—que el oro sube, porque ustedes están comprando oro para el asesino Juan Lavalle y los unitarios que lo acompañan.

Un estrepitoso coro de protestas se levantó inmediatamente.

—Eso no es cierto, eso es alguna infamia que han ido á decir al señor gobernador!

Nosotros no tenemos nada que ver con Lavalle ni los unitarios!

Nosotros no nos mezclamos en esas cosas!

El oro sube porque anda escaso!

—Precisamente, repuso el comisario, y el oro anda escaso, segun piensa el gobierno, porque los corredores lo compran para Lavalle, que lo emplea en hacer la guerra al gobierno.

Los corredores siguieron protestando en todos los tonos, y tratando de llevar el convencimiento al ánimo del comisario, pero esto de poco les sirvió.

—Yo no puedo llevar ninguna respuesta, pues solo me han encargado

que les comunique el porqué de la prision de ustedes.

Ahora, si algo se me pregunta, no tendré inconveniente en decir lo que les he oido.

Entre tanto Bayá seguia comiendo su titulado puchero de carne humana, sin decir una palabra.

Al retirarse el comisario, aquello fué más que un clamoreo, un bochinche.

Todos le recomendaban hiciera presente que la acusacion no era cierta, que ellos eran buenos federales y sobre todo, ciudadanos que respetaban las determinaciones del ilustre Restaurador.

Cuando el comisario se fué, todos cayeron sobre Bayá enrostrándole su silencio.

—Caramba! le decian los que con él tenian mayor confianza.

Parece que no jugáras tambien tu pellejo!

Qué indiferencia endiablada se ha apoderado de tí!

—Y qué diablos vamos á remediar con que charle yo tambien!

Si nos han de fusilar, lo mismo han de hacerlo con discurso que sin discurso mio.

Qué bueno estaba el pucherete este!

Decididamente han sido ustedes unos tontos en no comerlo!

Algunos de espíritu más fuerte, se plegaron á Bayá, no para comer aquella tumba espantosa, sinó para fortalecer el ánimo.

Los más flojos se entregaron á comentar lastimosamente su situacion angustiosa.

—Estamos señalados como salvajes unitarios! esclamó uno.

No podiamos habernos sacado peor lotería!

—Eso y decirle á uno—arregle usted sus negocios, es exactamente lo mismo.

—¿Y para qué diablos nos habrán tomado los nombres? ¿será para resolver?

—Eso es para irnos elijiendo, contestaba Bayá, siempre de buen humor, á medida que nos vayan mandando al cuartel de Cuitiño, ú otro sitio análogo.

—El diablo te lleve con tu chacota de tan mal gusto!

Y así pasaron toda aquella noche, comentando el suceso y tratando cada cual de librarse del jabon de que era presa.

A eso de media noche, se presentó uno en el patio y llamó por sus nombres á tres individuos.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de todos los presos, que sabian lo que aquello significaba.

Los llamados de aquella manera no volvian mas, porque iban á ser fusilados.

Era el suceso invariable de todas las noches.

Los llamados repartian entre sus amigos y compañeros de martirio algunos objetos que les habian dejado, se despedian de todos y marchaban con paso vacilante.

Sabian para qué los llamaban.

Poco despues las descargas de fusileria anunciaban á los demás presos que aquellos infelices habian rendido la vida.

Los corredores presos quedaron terriblemente impresionados al presenciar aquello.

Sabian, como todos los habitantes de la ciudad, que las descargas que se escuchaban durante la noche, provenian de los fusilamientos que se hacian en la cárcel, en el cuartel de Cuitiño y en el de Mariño.

Pero nunca habian presenciado la salida resignada de las vìctimas que se elegian entre los destinados á morir de aquella manera bárbara.

El mismo Bayá apagó por un momento su buena alegría inpresionado por la desgracia agena.

—Todas las noches sucede lo mismo,

les dijo unos de los presos que les oia espresar su disgusto.

Cuatro ó cinco de nosotros vamos á engrosar las filas de los que duermen en el Campo Santo!

Yo, en tres meses que hace estoy preso, he visto salir así mas de ochenta personas, con igual destino.

Aquella es una hiena que no se harta nunca!

Miéntras más sangre derrama más quisiera derramar!

Yo espero resignado mi turno, porque sé que la cosa es ineludible.

De todos modos algun dia ha de dejar uno esta mortaja de carne con que se cubre los huesos!

Los corredores guardaron silencio' silencio que duró todo el resto de la noche.

Cada cual pensaba en la madre, en la esposa ó en los hijos, que tal vez á aquellas horas estarian entregados á la mayor desesperacion.

Y todos entre sí hacian el firme propósito, si la casualidad los sacaba de allí con vida, no volver á jugar al oro, aunque pudieran ganarse una fortuna.

A la mañana siguiente recobraron algo del ánimo perdido, con la luz del dia.

Todos tenian el semblante mas ó menos cadavérico.

La falta de alimento, el insomnio y el terror, se habian estereotipado en los semblantes, con su palidez lívida, sus negras ojeras y el caimiento general.

Solamente Bayá estaba más mirable, sin ofrecer otro rastro que el que deja una mala noche pasada por persona que no está habituada á ello.

Habia enrollado su chaqueta á imitacion de almohada, y se habia echado en el suelo, logrando pescar dos ó tres horas de sueño.

—Alma de cántaro! le dijeron sus amigos, al verlo despertar y desperezarse.

Tiene valor de dormir cuando tal vez están afilando el cuchillo con que nos han de cortar el cuello!

—¿Y acaso con no dormir voy á impedir que lo hagan?

Siempre tendré esto adelantado!

Cuando una cosa no puede remediarse, soy de opinion que uno debe hacer lo posible por olvidarla.

Y no era que Bayá despreciara el peligro que los amenazaba

Amaba la vida, porque amaba á los hermanos, á la esposa, á los hijos y á los sobrinos de quienes era el único sosten.

Pensaba y sabia demasiado que faltando él, la miseria llamaria á la puertas de su hogar, y mas de veinte existencias queridas serian amenazadas de morir de hambre.

Pero conocia á Rosas desde jóven y tenia el profundo convencimiento de que aquello no era mas que una de sus tantas locuras, que no tendria otra consecuencia que aquella prision.

Por eso no se aflijia en lo más mínimo y estaba jugueton como si allí no fuera mas que un visitante.

– Caramba! esclamaba de cuando:

Estoy deseando que llegue la hora del pucherete, porque confieso que tengo un hambre de todos los diablos.

El pucherete vino por fin y se repitió la misma broma sobre si era ó no confeccionado con carne de los que degollaban por la noche.

Esta vez Bayá no se lo comió solo como la tarde anterior.

Algunos de los que se habian contajiado con su buen humor y conformidad, enarbolaron sus cucharas y demas adminículos, y se le fueron al humo, fuera ó no de carne humana, y confesando que procederian de idéntica manera aunque fuese de carne de diablos.

Esto arrastró á otros, de modo que esa mañana solo tres ó cuatro de delica-

dísimo estómago no se animaron á hacer lo mismo.

Y se entabló la más graciosa disputa sobre si era de hombre ó de buey, no pudiendo arribarse á una conclusion amigable.

Aquel dia fué indudablemente más alegre que el anterior.

La confianza de Bayá hizo que á los demás se les pasara el jabon y empezaran á hablar de cosas indiferentes á su situacion, llegando la alegria hasta narrarse cada uno su más famoso par de aventuras galantes.

El tumbeo de la tarde vino á amenizar la alegre charla.

Esta vez no hubo quien le hiciera ascos.

Probablemente aunque hubieran visto una canilla humana boyando entre aquel caldete inmundo, hubieran comido lo mismo.

Los demás presos veian con invencible melancolia aquel alegre banquete de rancho de presos.

No podian esplicarse cómo individuos que estaban en aquel mismo patio, es decir salvajes unitarios condenados á muerte, charlaban y comian tan alegremente.

Concluido el puchero, cada cual se limpió la boca como Dios lo ayudó y cada cual peló un cigarrito y se puso á fumar sin preocuparse de lo que podria suceder aquella noche.

Presos por un Comisario que sin duda tenia órdenes especiales, no habian sido despojados de ninguna de las cosas que llevaban sobre sí.

De modo que cada cual conservaba su dinero y sus avíos de fumar.

En las primeras horas de la noche, el terror más vago é íntimo, vino á echar por tierra toda la alegria que les habia acompañado.

Como en la noche anterior, un empleado de la cárcel entró al patio y pronunció dos ó tres nombres, añadiendo:

—Pueden ir viniendo aquí los nombrados.

Una escena idéntica á la de la noche anterior se produjo entónces.

Aquellos desgraciados se despidieron de sus compañeros tristemente, y se dirijieron donde estaba el que los habia llamado.

Parecia imposible que tanto hombre pudiera resignarse á un fin tan tremendo, sin hacer la menor tentativa de defenderse.

Morir por morir, bien valia la pena de una tentativa á la buena suerte.

Es que todos estaban tan acobardados, el abatimiento, el enervamiento de todo el pueblo era tal, que ninguno se resistia, ni aun ya á la órden de echarse para degollarlo.

Ya hemos dado cuenta de los dos únicos ejemplos que hubo en toda la época de los degüellos, de personas que hicieron armas á la mazorca, y se salvaron despues de un buen desquite anticipado.

Así se veía que los presos nombrados todas las noches, sabiendo que iban á la muerte, marchaban de una manera resuelta, sin la menor idea de resistencia.

Es verdad tambien que la cárcel donde la federacion encerraba á sus víctimas era tal, tal la vida de padecimientos que allí se pasaba, que la muerte era preferible bajo todos estilos, pues en resumidas cuentas, las palizas de los carceleros y de todos los empleados de la cárcel, amenazaban diariamente concluir con sus vidas.

Apenas hacia cinco minutos que aquellos desgraciados habian salido de la cárcel.

Aún los corredores estaban bajo la presion del horror que aquello les habia hecho esperimentar, cuando todos se pusieron de pié, palideciendo intensamente, como á influencia de un golpe eléctrico.

Este efecto era producido por la voz del alcaide que acababa de llevarse tres víctimas, y que parado en el medio del patio gritaba:

—¡Juan Manuel Bayá!

Un entremecimiento poderoso acometió á todos aquellos hombres, estremecimiento de que el mismo Bayá no pudo ménos que participar.

Era indudable que se le llamaba para ser fusilado, como á los otros.

Y si principiaban por él, no tardarían en seguir la lista, segun el capricho del Restaurador.

—¡Juan Manuel Bayá! volvió á gritar el alcaide, mirando con impaciencia el grupo formado por los corredores.

—Ya vá, respondió este, al mismo tiempo que tendía las manos á sus amigos.

—Hasta luego ó mañana, les dijo, pues me han de llamar para cosas de declaracion.

Y si no es así, hasta siempre, amigos mios.

Y desprendiéndose de estos, fué al encuentro del alcaide que ya venia en su busca.

—A ver si se apura, que aquí no estamos para perder tiempo.

—Un momento, amigo, me estaba despidiendo de mis compañeros.

Y siguió escoltado por el alcaide que lo entregó al oficial de servicio.

Aunque habia conservado su buena relacion con Rosas, que sabia perfectamente no era federal, y aunque jamás se habia metido en cosas políticas, no dejaba Bayá de tener su recelo, por la manera con que habia sido sacado de la cárcel.

—Este diablo de loco, por divertirse, pensaba, es muy capaz de encajarnos un buen julepe.

En fin ya veremos lo que resulta.

Entre tanto sus compañeros habian quedado aterrados.

Para ellos, que conocian el mecanismo de la cárcel, no habia duda que Bayá era conducido al cuartel de Cuitiño, ó alguno de los otros sitios donde se fusilaba.

—Empiezan hoy por Bayá, pensaron, y seguirán con otros hasta concluir con todos.

¡Pobre compañero! quien habia de decirle que la cosa seria tan pronta!

La alegría y charla de que Bayá era el alma, desapareció desde aquel momento como por encanto, volviendo los corredores á la tristeza del primer momento; á cada instante creian oir al alcaide que los nombraba para llevarlos á degollar.

Y pasó así un mes largo sin que ningun otro fuera llamado y sin saber absolutamente lo que habia sido de Bayá, aunque lo daban por muerto.

¿Qué habia sido de él?

Acompañado del oficial que lo recibiera en la cárcel, fué conducido á la Cuna, donde se le dió una pieza.

Recien allí el oficial le dirijió la palabra.

—Por órden del señor gobernador se le ha conducido á usted aquì, donde debe permanecer en calidad de preso.

El señor gobernador me ha ordenado además decir á usted que, deseando darle toda la comodidad posible y no pudiendo ponerlo en libertad ahora mismo, lo traslada aqui para evitarle los malos tratos de la cárcel.

Puede usted enviar á su casa por cuanto necesite, porque su prision no importa un castigo hácia usted, sinó una medida de moral que se vé obligado á tomar, para que en la Bolsa no se compre oro para el asesino Lavalle.

Bayá mandó dar las gracias al gobierno, y trató de aprovechar en el acto la mejor noticia que se le habia dado.

Que podia mandar á su casa.

Y envió inmediatamente á calmar la desesperacion á que estaría entregada su familia, por su ausencia.

—Estoy preso, les decia, pero no se aflijan, pues pronto estaré en libertad y podré ir á abrazarlos.

Aquel fué un dia de felicidad para su buena familia, que ignoraba qué habia sido de él.

Desde aquel momento no faltó á Bayá absolutamente nada, pues de su casa le enviaban cuanto pudiera necesitar.

A los quince dias era puesto en libertad de órden del tirano, con recomendacion de no volver á incurrir en igual falta.

Bayá fué á ver á su tocayo, dos dias despues, quien hizo gran farsa de la prision, asegurándole que se habia visto obligado á efectuarla para salvar las conveniencias.

A pesar de conservar su buena relacion con el tocayo, Bayá no se hacia presente ni en el despacho del tirano ni en sus fiestas y bailes á donde concurrian los mismos unitarios que con esa apariencia querian salvar la tranquilidad de sus familias.

A pesar de algunas instancias de federales copetudos, é invitaciones de Rosas, no solo no concurria él, sinó que ni siquiera llevaba á sus hermanas y familia, como se lo rogaban.

Bayá creia que aquello era malo é inmoral y no lo hubiera hecho ni aùn con el facon de la mazorca al cuello.

Muchos de sus amigos le criticaban esta regla de conducta, clasificada por ellos de capricho que podia costarle la vida.

Pero Bayá se contentaba con sonreir y replicar: cada uno sabe donde le aprieta el zapato.

Don Simon Pereyra, con quien tenia una buena amistad, no solo le aconsejaba que asistiera con su familia á las reuniones federales, sinó que se hiciera miembro de la Sociedad Popular Restauradora.

—De esta manera, queda usted asegurado, amigo mio, y su familia tranquila.

Mire que haciendo lo que usted hace, se espone usted á que la noche ménos pensada, por equivocacion le corten la cabeza.

Y entónces ¿qué será de los suyos?

¿Qué será de tanto sér amable é inocente que vive de su trabajo diario?

—Trataré de evitar ese descalabro, señor Pereyra, pero no á ese precio.

Yo no puedo llevar á mi familia, á sabiendas, á foco de infeccion, como son las reuniones y bailes federales.

En cuanto á formar entre la Sociedad Popular, primero me hago despedazar, don Simon.

- Es que usted no pertenecerá á ella sinó en la apariencia.

— ¡Y que hemos de hacerle! yo ni en broma puedo afiliarme en asociaciones de asesinos, y ya sabe usted lo que es la mazorca.

Como vivo ahora he pasado las peores épocas de la tirania, qué diablo!

Asíl o he de pasar hasta el fin, Dios mediante, sin que más tarde tenga que arrepentirme de una debilidad criminal.

—Pues para vencer su terquedad, dijo entónces don Simon, voy á hacer uso de una cosa que le hubiera querido ocultar por no afligirlo.

— Diga Vd., señor Pereyra, que yo no me aflijo á dos tirones, porque creo que no hay cosa que no pueda remediarse.

-Pues bien, cuando estuve en un baile que dió la María Josefa, con el pretesto de siempre....

—Sí, pretesto para adorar á Baco.

--Bueno, á propósito de la prision de los corredores, se habló de Vd., y entónces aquella mala mujer dijo en voz alta:

—Ese imbécil no sé por qué quiere darse un tono irritante.

El no asiste á las reuniones y fiestas de los buenos federales, por llamar la

atencion sin duda y recordar que ha estado en Europa.

Pues que tenga cuidado en no llamar tanto la atencion, que nos apercibamos del desaire, porque entónces podria costarle caro.

El dia menos pensado le mando una visita que me lo haga entrar en vereda.

—Como Vd. comprende, agregaba don Simon, esto es muy grave, porque importa una amenaza de muerte que Vd. no debe echar en olvido.

¿Por qué esponerse á estas cosas pudiendo pasarlo bien?

—Se guardará muy bien la infame vieja de meterse conmigo, porque demasiado sabe lo caro que podria costarle, repuso Bayá.

No temo nada, amigo don Simon, pero si cualquier peligro me amenazara, puede Vd. estar seguro que no lo evitaria á costa de ir á castigar aquel ser maldecido.

Y doblemos la hoja, porque hasta el ocuparme mucho tiempo de tales personas me hace daño.

En esta y otras tentativas, don Simon no pudo convencer á Bayá de la necesidad imperiosa en que estaba de doblegar su carácter á las circunstancias.

Y Pereyra se aflijia, porque realmente habia oido decir á la Maria Josefa que tenia muchas ganas de dar á Bayá un buen susto, y una buena azotaina á la familia.

—Me lamo por hacerlo, habia dicho la bruja condenada.

No me falta mas que el pretesto y ese lo encontraré pronto, pues para ello me pinto sola.

Sin embargo, Bayá nunca fué incomodado por la mazorca ni por los diversos agentes de la federacion.

El solo se ocupaba en trabajar sin descanso durante el dia, para proporcionar á su familia todas sus comodidades.

Estando estas llenas, aquel noble espíritu reposaba en su propia satisfaccion.

Cuando salió de la Cuna, en libertad, su primer pensamiento miéntras se dirijia á su casa, fué para sus compañeros que seguian en la cárcel, recordando las temorosas desconfianzas de que eran presa.

Asì es que despues de tranquilizar á su familia, se ocupó en hacerles saber su libertad, y asegurarles que nada temieran respecto á la vida.

Pero era aquello una empresa imposible.

¿Cómo hacer llegar una carta al patio de la cárcel sin que fuera leida é inutilizada por aquel alcaide famoso?

Tuvo que renunciar á su proyecto, reflexionando que de todas maneras, pronto ellos tambien saldrian en libertad.

Lo que hizo en cambio fué visitar á las familias de los presos, para darles noticia de lo que habia pasado, y asegurarles que bien pronto serian todos, como él, puestos en libertad.

Todas las familias estaban entregadas á la mayor desesperacion.

Ellas sabian, como todo el pueblo, que los corredores de la Bolsa habian sido presos, y creian, como todos tambien, que habian sido ya fusilados.

Así es que la visita de Bayá para ellas fué una visita verdaderamente celeste, que les llevaba el consuelo y la esperanza perdida ya.

Porque él les iba á anunciar la vida del sér querido, cuando más amargamente lloraban su muerte.

Bayá no se contentó con esto y hasta facilitó á las que lo necesitaban los recursos pecuniarios de que estaban privadas en tanto dia, porque muchos de ellos, como Bayá, no contaban con más recursos de vida que su propio trabajo.

Cumplido este deber de su corazon bueno y honrado, ya no pensó mas que en su trabajo y los suyos.

Recien á los tres meses despues de estar presos, fueron puestos en libertad los corredores.

Las miserias que habian pasado en la cárcel los habian enflaquecido hasta dejarlos desconocidos.

No se les habia dado otro alimento que el puchero de los presos, terrible puchero en que un poco de agua sucia hacia las veces de caldo y una tumbita miserable el papel de carne.

Asi, aquellos hombres parecian convalecientes de enfermedades terribles.

Aquellos cuyas familias no contaban con mas recursos que lo que diariamente llevaban ellos, fueron á sus casas creyendo presenciar el cuadro de la más espantosa miseria.

Pero gracias á la prevision de Bayá la miseria no habia invadido aun los hogares.

—Qué, ¿vive Bayá? preguntaban al recibir la noticia.

Entónces ¿no lo han fusilado?

Y referian con un resto de espanto, cómo habian sacado de la cárcel á aquel compañero, á quien creian ya en otra vida.

Igual sorpresa recibieron los demas á quienes fué á visitar al dia siguiente.

Todos se asombraban de verlo vivo, pues estaba en la conciencia de todos que habia sido fusilado.

A los dos ó tres dias, cuando se repusieron algo de las miserias sufridas, volvieron á asistir á la Bolsa.

Pero no haya miedo! el oro no volvió á subir más.

INIQUIDADES

BAJO el imperio de la mazorca, ésta no se limitaba solamente á cumplir las órdenes de degüello que recibia.

Tambien obraba por su cuenta, tratando de ganar el dia de la mejor manera posible.

Uno de los sistemas que mejor resultados les diera siempre, era apersonarse á estrangeros ricos, é intimarles la entrega de tal ó cual suma, bajo apercibimiento de una *refalosa* en toda regla.

Muchos de ellos, por vivir tranquilos y librarse de semejantes enemigos, habian accedido á la imposicion entregando la suma pedida.

Pero otros más valientes, más avaros, ó que no tenian realmente el dinero exijido, se habian negado á entregarlo y las amenazas se habian cumplido totalmente.

La Policia tenia conocimiento de todos estos crímenes, como que recojia los cadáveres.

Pero envuelta en aquel vértigo de sangre, no podia hacer distincion entre los crímenes oficiales y los crímenes particulares.

La mazorca tenia carta blanca para proceder y procedia de la manera que hemos narrado.

Otros semi-jefes de mazorca, como Salvador Moreno, procedian por cuenta esclusiva de Maria Josefa Escurra.

¿Y quién se metia con ella?

¿Quién queria cargar con la odiosidad de la tremenda cuñada del tirano?

Los gefes de la mazorca eran los que imponian las contribuciones de dinero á que nos venimos refiriendo y sus respectivos grupos los encargados de hacerles abonar.

Salomon, por ejemplo, no se metia en estas cosas.

Hemos diseñado ya el perfil de este personage, más bueno de lo que se ha creido, lo suficiente para que el lector haya comprendido su carácter.

Pero Parra, Gaetan, Badía, Amoroso, Alegre, Cabrera y demás, no se andaban con escrúpulos.

Necesitaban dinero, y se lo sacaban

al que lo tenía, bajo la amenaza de muerte.

Si pegaba, bien, si nó era preciso matar á algunos de los que se negaban, para ejemplo de los demás.

El desgraciado español señor Cladellas, catalán, creemos, fué una de las víctimas de aquella forma de saqueo, víctima generalmente sentida por las prendas hermosas de su carácter.

Cladellas era un industrial que tenian por muy rico, porque hacía largos años que estaba establecido y se le veia trabajar contínuamente.

Siendo su oficio el de cordonero, abrió una cordoneria, bastante paqueta para la época, en el local que hoy ocupa la casa de Anglade, frente al Hotel de la Paz.

Allí su negocio recibió un gran impulso, impulso que cimentó su crédito de primer órden.

En el barrio, Cladellas más que estimado era querido.

De una honradez acrisolada, y de una generosidad sin límites, era el primero en acudir con su óbolo á las desgracias del vecindario.

Cuando la familia necesitada era la de un salvaje unitario perseguido, de cuya casa todos huian por temor de ser clasificados, Cladellas acudia y cerraba todas las llagas abiertas por la miseria y el dolor.

Porque su corazon valiente no temia las persecuciones que con esta conducta provocaba, y porque se creia libre de ellas como estrangero que en la vida se habia mezclado á los bochinches federales ni á los movimientos unitarios.

Bravo como verdadero catalan, se creia suficientemente garantido con un gran garrote que tenia siempre de fac cion al alcance de la mano.

La mazorca, para la que nada pasaba desapercibido, habia fiiado á Cladellas.

—Este catalán debe ser muy rico, habia pensado Gaetan, no solo por su negocio, sinó por el desprendimiento con que les suelta plata á las familias de la vecindad.

Vamos á hacerle una tanteadita á la bolsa, que no nos vendrá mal.

Y sin más ni más enderezó á lo de Parra, á comunicarle su gran proyecto.

—¿Y le podremos sacar siquiera unos cincuenta mil pesos? preguntó aquel gran bandido.

—¿Cómo no?

Cladellas es rico y estoy seguro que en socorros ha gastado ya más de esa suma.

—Pues entónces le haremos una entrada luego ó mañana.

Como yo tengo mucho que hacer, le daré los hombres que necesite y usted se encargará del negocio.

—¡Superior! con unos ocho muchachos de los buenos, porque el catalán es bravo, me encargo yo de hacer la cosa completa.

—¿Para cuándo los quiere?

—Mañana al oscurecer yo los tendré conmigo y espiaré el momento oportuno de pegar el golpe.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y los dos bandidos se separaron pensando en la caida que habian de hacer al bolsillo de Cladellas.

El catalán estaba de lo más ageno al complot que contra él se tramaba.

Con su buena conducta se creia suficientemente garantido, al estremo de que su casa era la última que se cerraba, no ya en la cuadra sino en el barrio mismo.

Cuando alguna vez estando en la puerta, pasaba un grupo de mazorca, lo miraba con la mayor indiferencia y ni siquiera se tomaba la pena de dar vuelta el semblante.

Antes de cerrar su casa, tenia la costumbre de estarse en la puerta tomando el fresco, una buena media hora, al fin de la cual cerraba tran-

quilamente y se acostaba á dormir.

La noche señalada para el golpe, se hallaba Cladellas, como de costumbre, á la puerta de su casa.

Eran las 8 1/2 de la noche y todas las casas de negocio se hallaban cerradas, como la mayor parte de las de familia.

Solo se veian abiertas las puertas de alguno que otro federal tan conocido, que á tanto se atrevia.

En la esquina de la Merced, desde temprano, habia un hombre que se paseaba de un lado á otro, como observando la iglesia.

Este individuo no podia conocerse, porque además del gran poncho con que se cubria, tenia atada la cara con un gran pañuelo de seda, como si sufriera de las muelas.

Cladellas lo vió desde el principio, y llevado por las apariencias, creyó que el prójimo aquel observaba la iglesia.

—No les arriendo las ganancias á los padres y frailes que están adentro, pensó. Me parece que aquí vá á haber algo parecido á lo del Colegio.

—Tendremos fiesta en el barrio!

Y haciéndose el indiferente, siguió observando al tipo.

Pero lo que Cladellas no pudo ver, fué un grupo como de cuatro hombres que habia en la esquina de Piedad, y otro en la de Cuyo, cuyos grupos se entendian por señas con el hombre de la Merced.

Aquellos dos grupos eran de mazorqueros, se conocia al primer golpe de vista, cuyo jefe era el hombre de la esquina de Cangallo.

Si Cladellas los hubiera visto, apesar de su indiferencia, estamos seguros que se hubiera apresurado á cerrar su puerta.

Eran aquellos Gaetan y su gente, que espiaban el momento oportuno para dar el golpe.

—Lo que es yo, pensó Cladellas, así que pasó su media hora habitual de estar en la puerta, me voy á dormir, aunque no tardará mucho en despertarme lo que van á armar éstos en casa de los buenos padres.

Y se dispuso á cerrar la puerta.

Apenas habia hecho un movimiento en ese sentido, cuando lo adivinó Gaetan, que encendió un fósforo y sacó un cigarro.

Aquella debia ser la señal convenida, pues apenas brilló la luz del palito, se sintió un precipitado ruido de pasos.

Eran los dos grupos que avanzaban tan rápidamente como les era posible.

—Vamos, la fiesta va á ser más temprano de lo que yo creia, dijo el aprendiz que enrollaba unos cordones.

El diablo nos lleve si esos que vienen ahi no son los que la van á armar.

Apenas habia concluido de decirlo, cuando tuvo que retroceder á pesar s yo, impulsado por un grupo de gente que se metió á la tienda impidiendo cerrar la puerta.

—Vaya una manera de meterse en casa ajena, dijo algo sorprendido.

¿Qué diablos se les ofrece á ustedes?

—Muy poca cosa, replicó Gaetan, que él era, seguido de los ocho hombres facilitados por Parra.

Quiero hablar solamente una palabra con usted.

—Pero para ello no hay necesidad de entrar de esa manera, atropellando á la gente.

Vamos á ver, ¿qué quieren?

Cladellas comprendió desde el principio que se las habia con un grupo de mazorca, pero pensaba que irian á hacerle algunas preguntas sobre la iglesia.

¿Cómo habia de suponerse que eran él mismo la persona que buscaban?

—Cierren las puertas, muchachos, dijo Gaetan á los suyos, que no hay necesidad que nadie se imponga de lo que voy á decir al amigo.

Esto confirmó más á Cladellas en su

sospecha, que se trataba de tomarle datos para dar el golpe en la Merced.

—De poco puedo yo servirles, dijo, mirando de reojo su gran garrote, pero en lo que pueda cuenten conmigo.

—Es el caso, principió á decir Gaetan, que el gobierno está muy comprometido, con los gastos extra que le hace hacer el mantenimiento del ejército que se vé obligado á tener.

En esta consecuencia ha dispuesto que los ciudadanos patriotas y buenos, contribuyan con algun dinero al sosten de ese ejército.

Varias comisiones han salido con el objeto de recolectar fondos, y habiéndonos tocado á nosotros este barrio, ocur rimos á usted, como su negociante más rico y respetable para que abra con su nombre la gran lista de suscricion.

Estoy seguro que encabezada por usted, no ha de tardar en llenarse prontamente.

Por verse libre de aquella detestable canalla, dispuesto á darles algo para que se fueran inmediatamente, preguntó cuánto era la cuota.

—Para usted, dijo Gaetan mirándolo fijamente, se ha fijado en cincuenta mil pesos, que serán una porquería, estamos seguros, en relacion á su fortuna.

Cladellas, á pesar del dominio que tenia sobre si, quedó sorprendido ante salida semejante.

—Pero ustedes, dijo, deben tener alguna órden escrita para exijir semejante suma.

—¿Qué mas órden que nuestra palabra?

Empezamos por usted porque tenemos fè en su patriotismo y generosidad, nada mas.

—Pero la hora no es oportuna para semejante pedido, pues no tengo en casa ni la sesta parte de esa suma.

¿De dónde voy yo á sacar cincuenta mil pesos?

¡Ni que vendiera cuanto tengo, incluyendo mi persona!

Cladellas habia comprendido que se trataba de robarlo, y queria ganar tiempo, y aproximarse disimuladamente á su garrote.

Eran muchos enemigos para èl solo aquellos nueve hombres, pero contaba con la cobardia inherente á todo asesino.

—No enbrome amigo! dijo Gaetan— ¡que no ha de tener cincuenta mil pesos un ricacho como usted!

Afloje la bolsa y no sea tacaño, que nc vale la pena esa porquería, de quedar mal con el Gobierno.

—Aseguro á ustedes que no tengo ní la sesta parte, y aunque la tuviera, la llevaria yo mismo, pero nunca la entregaria á ustedes.

La catalanada empezaba á subírsele á la cabeza y estaba á dos varas de su garrote.

Su aprendiz, al ver la cosa mala, se habia acurrucado bajo el mostrador, tratando de hacer el menor bulto posible.

—Pues amigo, repuso Gaetan, si no entrega usted la cantidad que se le ha indicado, nos veremos obligados á proceder -y cuidado que el procedimiento puede ser peor de lo que usted se imajina.

Y desnudó un largó puñal, creyendo imponer al catalan con eso solo.

Pero no sabia qué clase de hombre era Cladellas.

De un brinco estuvo al lado de su garrote, que blandió con brazo formidable y amenazador.

Pero detrás de él habian saltado los ocho mazorqueros, que le aseguraron los brazos antes que pudiera descargar el primer garrotazo.

Los ocho hombres que llevaba Gaetan, eran duros y resueltos, pero Cladellas tenia unas fuerzas de toro y un corazon valiente.

Sintiéndose retener tan vigorosamente, soltó el garrote y quiso avanzar sobre Gaetan, en la esperanza de arrebatarle el puñal.

Pero estaba fuertemente sujeto y no pudo avanzar un paso.

La lucha empezó entónces terrible y encarnizada, porque Cladellas, fuertemente sujeto, no podia ofender á sus adversarios y éstos no querian hacerle mal.

—Atenmelo! átenmelo! gritaba Gaetan que ya lo haré yo entrar en razon.

Puede ser que por terco, en vez de cincuenta tenga que vomitar cien mil pesos despues.

El aprendiz, creyendo que lo iban á matar, aprovechó la confusion y saliende bajo el mostrador se fué para adentro, ocultándose en el último rincon.

Cladellas era un hombre fuerte, terriblemente fuerte y hacia esfuerzos supremos para librarse de aquellos bandidos.

Pero éstos eran ocho, fuertes tambien, y aunque con algun trabajo, lo iban fatigando poco á poco.

Por fin aquella naturaleza robusta tuvo que ceder poco á poco, hasta que cayó doblegado y sin aliento.

Fué entónces que los mazorqueros lo amarraron fuertemente con sus propios cordones, para que Gaetan, segun decia, lo hiciese entrar en razon.

—Vamos á ver compañero, aulló el bandido—ya vé que con nosotros es inútil resistirse.

Entregue los cincuenta mil pesos y lo dejamos libre, de otro modo le tocaremos una sonata en el gañote.

Y para causarle mayor impresion, le pasó por el cuello el dorso de la daga.

Era una manera de pedir irresistible.

Sin embargo Cladellas, jadeante por la lucha sostenida, volvió á decir que no tenia dinero.

Y no debia tenerlo efectivamente, cuando se resistia á entregarlo ante emejante manera de pedir.

—Pues lo buscaremos primero y despues veremos.

Y los nueve se lanzaron por el negocio en busca de dinero.

En vano dieron vuelta por todo, en vano vaciaron un gran baul lleno de cordones solo encontraron unos seis mil y pico de pesos.

—Se me ocurre una cosa, le dijo entónces Gaetan.

Sabe Dios dónde tenés escondida la plata y no queremos perder mas tiempo en buscarla.

No quiero degollarte ahora porque es preciso que reflexionés que es una estupidez hacerse matar por tan poca plata.

Te voy á dar de plazo hasta mañana, para que pensés bien lo que hacés.

Mañana á esta misma hora volveré y, ó vomitas la plata ó te hago vomitar yo las entrañas,

La fisonomia de Cladellas se iluminó al oir estas palabras, y sonrió ante aquella esperanza de salvacion.

—No me creas tan burro, dijo entónces Gaetan, comprendiendo aquella sonrisa.

De la manera que yo te voy á dejar no tienes escape.

A ver, dijo á los suyos, al baul con él.

Los ocho bribones cargaron con el catalan y lo metieron en el baul de los cordones, donde apenas cabia.

Aquí te quedas, comprendes? hasta mañana á la noche que volvamos, veremos si entónces piensas de distinto modo.

Y cerró la tapa echándole llave.

Ahora á buscar ese pegote que estaba aquí, para llevarlo, porque dejándolo aquí puede alborotar el barrio y no hay necesidad que nadie se aperciba de la cosa.

Poco trabajo costó encontrar al aprendiz, que aterrado ni siquiera trató de hacer resistencia.

Cerraron la puerta de la cordoneria y se alejaron, llevándose al jóven.

Mañana te traeremos otra vez, le dijeron—entre tanto, mucho silencio.

Los vecinos de Cladellas no podian calcular con exactitud lo que habia sucedido en casa de éste.

Algo habian sentido, porque la lucha fué dura y poco silenciosa.

Pero como no se dieron voces algunas, y los mazorqueros cerraron la puerta de la calle, no podian atinar con lo sucedido.

Esperaban que Cladellas abriera su puerta para preguntárselo.

Pero pasaron las primeras horas de la mañana y los vecinos principiaron á alarmarse y hacer comentarios de todo género.

Algunos más curiosos se acercaban á pegar el oído en las rendijas de la puerta, pero no apercibian el menor rumor.

Un silencio de muerte reinaba en el interior del negocio.

¿Avisaremos á la policía? preguntaba uno.

No te metas á camisa larga, respondía otro, que sabe Dios si no es la misma policía la que ha hecho el pastel.

Y las horas pasaban sin que la puerta se abriese y sin que en la casa se sintieran señales de vida.

—¿Que puede haber hecho Cladellas para caer en desgracia? se preguntaban.

Y no tardaban en darse la respuesta ellos mismos.

Es, decian, que el pobre es muy amigo de servir á quien lo necesita sin mirar para atrás.

¡Quién sabe sinó habrá protejido á algun unitario, amparándolo en su casa y por eso se ha echado encima la federacion!

Y así pasó el dia y la primer noche, sin que el vecindario pudiera satisfacer su curiosidad.

A la hora habitual cada cual cerró su puerta con todo género de precauciones esperando ser más feliz al dia siguiente.

Si Cladellas habia sido llevado á la cárcel, como lo suponian, no habria sucedido lo mismo con el aprendiz y éste podria sacarlos de dudas.

A eso de las diez de la noche, si algun vecino se hubiera atrevido á asomar la nariz á la calle, hubiera visto un grupo de tres hombres que, desprendiéndose del paredon de la Merced, caminaba hasta lo de Cladellas, cuya puerta abrieron, al parecer con su propia llave.

Era Gaetan, acompañado de dos bandidos más, que venia á saber lo que el cordonero habia resuelto.

Como Cladellas estaba atado fuertemente, habia juzgado inútil llevar los otros seis de la noche anterior.

¿Qué podia hacerles el pobre catalan?

Entraron cerrando trás si la puerta y se dirijieron al baul.

Nadie debia haber entrado allí durante el dia, pues todo permanecia en el mismo estado que lo dejaron.

Gaetan mandó que abrieran el baul, al mismo tiempo que desnudaba su daga.

Sabia que Cladellas estaba perfectamente amarrado, pero era tan bravo el catalan, que no estaban demás aquellas precauciones.

Podia haberse desatado y estar esperando que abrieran el baul, para saltar al cuello del que primero se pusiera á tiro.

Nada va tan lejos como la imajinacion de un cobarde.

A la escasa luz de un cabo de vela, abrieron el baul y miraron dentro.

Allí estaba el catalan en la misma posicion violenta que lo dejaron, mirándolos fijamente.

—Y qué ojazos tiene el puerco! dijeron.

Parece que le cobra á uno alguna cuenta!

—Vamos á ver compadre, preguntó

Gaetan acercándose al baul, ¿larga ó no larga la mosca?

Pero Cladellas siguiò inmóvil, sin contestar una palabra.

Gaetan lo miró fijo como para concluir de acobardarlo y soltó una maldicion.

Para un hombre de su práctica no habia error posible—estaban hablando á un cadáver.

Le tocó la frente, para mayor seguridad, y aquella frente estaba helada.

Cladellas habia muerto de una manera espantosa.

Demasiado estrecho el baul, habia faltado el aire bien pronto y una agonia cruel y desesperante se habia seguido, produciéndose la asfixia al poco tiempo.

Cladellas debia haber muerto muy poco despues de ser embaulado, pues ya el cadáver exhalaba algunas emanaciones desagradables, lo que indicaba que la descomposicion habia empezado ya.

—Pues señor, la embarramos, dijo friamente el bandido dejando caer la tapa del baul.

No pensó que pudiera suceder semejante cosa, sinó hubiera hecho un par de agujeros en la tapa.

Pero esto no tiene cura ni compostura. Al grano, que es lo que interesa.

Y ayudado por los dos hombres, empezó á hacer un prolijo registro, no tardando en encontrar unos doce mil y pico de pesos, que habia en el cajon de una cómoda.

Registrado todo prolijamente y robado todo aquello que representaba algun valor, Gaetan resolvió retirarse.

Salió dejando la puerta apretada solamente, dobló por la esquina de la Merced y se perdió en la soledad de las calles, siempre acompañado de los dos facineros.

Se dirijió á casa de Parra, á quien refirió el fin trágico de aquella aventura, despues de repartirse el dinero que habia producido.

—Bueno, dijo Parra, dejar las cosas como están, que no faltará quien lo entierre.

A la mañana siguiente, el aprendiz, puesto en libertad, tomó la direccion de Barracas y no se le volvió á ver mas en el barrio de la Merced.

Habia cobrado un terror pánico á la casa de su patron.

Como la mañana avanzara sin que la puerta se abriera, como en el dia anterior, los vecinos, ya sériamente alarmados, empezaron á consultarse entre sí sobre lo que debian hacer.

La opinion de dar aviso á la Policía habia prevalecido, é iban á ponerla en práctica, cuando uno de ellos gritó:—la puerta está abierta!

Todos se amontonaron allí inmediatamente.

Y empezó nuevamente la vacilacion sobre si entrarian ó nó.

—¡Coraje! dijo uno de ellos empujando la puerta, que tal vez sea tiempo todavia de prestar algun socorro.

En seguimiento de éste todos los demás penetraron á lo del cordonero.

Indudablemente allí habia de haberse cometido un crímen cuyo móvil habia sido el robo.

El aspecto de la casa lo acusaba así al ojo ménos esperto—de otro modo no se hubiera producido tan gran desórden.

Pero Cladellas no parecia por ninguna parte.

Allí estaba su ropa de salir, que todos le conocian, su sombrero y su baston.

Luego él no habia salido á la calle.

Solo que lo hubieran llevado preso, sin darle tiempo ni á ponerse el sombrero.

¿Qué habia sido del catalan?

El mal olor que reinaba en la pieza, habia sido percibido ya por algunos con cierto espanto, pues el olor de un

cuerpo humano en descomposicion es inconfundible.

Se buscó entre los armarios, entre los colchones, y hasta en la azotea, sin resultado.

Cladellas no estaba en la casa.

Iban á retirarse ya, cuando un grito, que más parecia aullido descomunal, se dejó sentir, asustando seriamente á los vecinos, que se creyeron amenazados por algun gran peligro.

El que habia lanzado el grito era don José, el chocolatero de la esquina, que lívido é inmóvil estaba delante del baúl que acababa de abrir.

Allí se aglomeraron todos y vieron, conmovidos y aterrados, el cadáver del amigo que habian buscado toda la mañana.

Se puede calcular el disgusto que causaría entre aquella buena gente, industriales casi todos, la revelacion de aquel crímen.

Unos buscaban las manos del cadáver para cortar las ligaduras, otros no pudieron contener el llanto, algunos se retiraron descompuestos por el disgusto y el olor, que empezaba á ser fuerte, mientras los más atinaron á sacar á Cladellas de adentro del baul, en la ilusion de poder volverlo á la vida.

¿Pero que podia hacerse ya con un cuerpo en estado de descomposicion?

Una comision de vecinos se trasladó á la Policia á dar cuenta del hecho y á pedir permiso para enterrar el cadáver.

Todos los que la formaban eran estrangeros para que ni en broma fuese á hablarse de salvajes unitarios, pues todos se sospechaban ya que aquella era obra de la mazorca.

No tratándose de un salvaje unitario clasificado, la Policia concedió el permiso que se le pedia y un comisario se trasladó al sitio del crímen.

La Policia debió comprender su orijen en el acto, pues no dió ningun paso en el sentido de hacer la menor averiguacion.

Se limitó á cerrar y sellar las puertas una vez que sacaron el cadáver, y se retiró en seguida dando por terminada su mision.

Los vecinos velaron el cadáver aquella noche y costearon el féretro y el acompañamiento.

Gracias á ellos y al bien que habia sembrado en vida pudo así escapar al carro de la basura y á la fosa comun, que era cómo, y donde se llevaban las víctimas de la mazorca.

—

Estas eran las pequeñas iniquidades, las que cometian por su propia cuenta los señores mazorqueros.

Las grandes iniquidades, los grandes crímenes eran los que se cometian á las doce del dia y en los parajes más centrales, como si los asesinos quisieran hacer gala de la impunidad con que contaban.

Entre estos últimos figura el asesinato del Dr. Zorrilla, uno de los actos mas cínicos y escandalosos de la mazorca.

El Dr. Zorrilla tenia su estudio de abogado en los altos de la Recoba, donde está situado hoy el de Leopoldo del Campo, distinguido abogado tambien.

El doctor Zorrilla pasaba diariamente por la Policia, para ir á su estudio, entre once y media y doce de la mañana.

Era su camino habitual, tanto para ir como para regresar.

Permanecia en su estudio hasta las cuatro de la tarde, atendiendo sus clientes, hora á que infaliblemente se retiraba á su casa.

El doctor Zorrilla era un hombre sério y de vida metódica.

Sabia que no estaba bien visto por la federacion, y trataba de no hacerse notar, encerrándose en su casa y haciendo una vida retirada y tranquila en lo posible.

El doctor Zorrilla no era un federal ni siquiera en la apariencia, como muchos.

Usaba la divisa porque otra cosa hubiera sido esponerse á ser apuñaleado en la calle, pero con la menor ostentacion posible

Zorrilla, como todo hombre honrado y de principios, pertenecia al partido unitario.

Pero por el mismo género de vida que llevaba era un unitario aislado, sin vinculacion personal con sus miembros de accion, puede decirse, porque tenia la esperiencia de que por entónces no podia tantearse nada con probabilidades de éxito.

Sin embargo de la vida retirada que hacia, de no acompañarse de nadie ni mezclase á los sucesos políticos, el doctor Zorrilla fué mirado como sospechoso, al principio, y como unitario á quien se debia vigilar, despues.

Ageno á esto, el doctor Zorrilla seguia asistiendo á su estudio diariamente por el mismo camino que cruzó desde el primer dia.

Una mazorcada de noche en casa de Zorrilla era imposible.

Tenia puertas de primer órden, muy bien seguras, y que cerraba él mismo prolijamente antes de la oracion, no abriéndolas hasta muy entrada la mañana.

Un atentado contra él era forzoso cometerlo en la calle y en pleno dia, cosa que aún no habia sucedido y en la que ninguno pensaba.

Ya se sabia que los asesinatos y degüellos se cometian despues de oscurecer hasta el aclarar.

Asi es que con estas precauciones, el doctor Zorrilla, como muchos, se creia suficientemente resguardado.

Siendo una persona perfectamente inofensiva como enemigo. no se sabe cual seria el orígen del ódio implacable que desplegó sobre él el tirano, al estremo de señalarlo al puñal de la mazorca y ordenar su muerte.

Los grupos de mazorqueros encargados de cometer aquel miserable asesinato, lo intentaron varias veces sin poderlo llevar à cabo.

En vano habian tanteado con ganzuas la cerradura, en vano habian pretendido forzar la puerta, no habian podido entrar.

Cansado Cuitiño, que era quien habia recibido lo órden, de estas tentativas inútiles, avisó de que por el momento le era imposible cumplir la órden sijilosamente.

—Habia que meter bulla y asegurarlo en la calle.

—Pues se le asegura donde se pueda —es preciso ponerlo fuera de toda accion.

Con semejante órden no tenia ya escape el doctor Zorrilla.

Era el primer asesinato que iba á cometerse en plena luz del dia y en los sitios mas centrales, pues que Zorrilla no salia de ellos jamas.

El sabia que tenia encima á la mazorca, por las tentativas de violentar su casa y no se atrevia á alejarse de los barrios concurridos, por los que transitaba hasta ciertas horas.

Pero era precisamente alli donde lo esperaba el puñal de los asesinos.

Dos partidas se apostaron para asesinarlo, una encabezada por Amoroso, en la calle de Maipú y otra no se sabe por quien, abajo de la Recoba y á la puerta de su mismo estudio.

El doctor Zorrilla tuvo aviso de la partida que lo esperaba en la calle de Maipú y varió camino ese dia.

Al principio decidió no moverse de su casa, pero pensó que aquello solo serviria para aplazar el atentado.

Era preciso salir de Buenos Aires, y salir cuanto antes, pues de lo contrario no habria salvacion posible.

Entónces fué que decidió salir hasta

su estudio, eludiendo el camino donde era esperado, para salvar los papeles de interés personal que allí tenia.

Entónces esa misma noche ó al dia siguiente, trataria de embarcarse para Montevideo, contando con la buena amistad que lo ligaba al ministro francés.

Si Zorrilla hubiera tenido conocimiento de la segunda trampa que se le habia preparado, se habria guardado muy bien de salir.

Pero cómo pensar que á media cuadra de la policia y á las 12 del dia pudiera cometerse un asesinato!

Zorrilla anduvo con algun recelo hasta la esquina de la Policia.

Una vez que llegó allí y dió vuelta, se quedó completamente tranquilo, pues marchaba entónces bajo el amparo de la autoridad.

A la puerta de la Policia habia varios empleados superiores, á quienes saludó por conocer á alguno de ellos.

Y atravesando la plaza se dirijió á su estudio.

La partida que allí debia esperarlo, no habia llegado todavia.

Zorrilla habia apresurado aquel dia su hora de salida y llegaba á su estudio á las 11 1/2, siendo las 12 su hora habitual.

Sin duda los empleados de Policia que saludó en la puerta estaban en el secreto de lo que iba á suceder, pues apenas Zorrilla entró á la Recoba, se metieron adentro.

Zorrilla entró á su estudio y como si no deseara perder tiempo, abrió el escritorio y empezó á revisar los papeles de los cajones apartando aquellos que queria librar de una pesquisa federal.

A las doce ménos algunos minutos, llegaron cinco hombres que componian la partida encargada de darle muerte.

Esperaron un momento y viendo que la victima no llegaba preguntaron á un hombre que estaba sentado en el cordon de la vereda, si habia llegado el doctor Zorrilla.

—Hace un gran rato que vino, replicó éste, ignorando lo que se tramaba.

Los asesinos se pusieron á hablar en voz baja, decidiendo sin duda cometer el crímen en el estudio mismo, pues se les vió entrar á la casa resueltamente.

El doctor Zorrilla, parado delante del escritorio, continuaba tranquilamente apartando sus papeles, cuando vió entrar á aquellos cinco hombres de terrible aspecto.

En el acto, dado el tipo de aquellos y la manera de entrar, comprendió que venian á realizar la empresa burlada en la calle de Maipú.

El estudio de Zorrilla se componia de dos piezas; aquella donde él se hallaba, y otra cuya puerta de salida estaba más inmediata á la escalera.

En el acto se dió cuenta de su situacion, y como su única defensa estaba en su huída, apoyó la espalda en la puerta que dividía las dos piezas, aparentemente cerrada, mientras preguntaba á los recien venidos qué era lo que querían.

—Saliendo por allí, pensaba sin duda Zorrilla, quedo próximo á la Policía, y albergándome allì me libro de ser asesinado.

—¿En qué puedo servir á ustedes? les preguntó por segunda vez, miéntras los asesinos lo miraban fijamente.

—Usted en nada, dijo uno de ellos, nosotros en mucho, respondió el que parecia encabezarlos.

Por lo pronto venimos á hacerle el más importante de todos los servicios.

—¿Y cuál es ese servicio?

—Librarlo de un cuero que debe estorbarle mucho, concluyó el asesino con todo cinismo, al mismo tiempo que sacaba de debajo del poncho la enorme daga.

Los demás imitaron su accion, y puñal

en mano se lanzaron sobre el doctor Zorrilla.

Este que esperaba aquel momento, hizo fuerza con la espalda, abrió la puerta y desapareció trás ella volviendo á cerrarla.

Corrió á la puerta de salida y se lanzó por las escaleras con toda la rapidez que le fué posible.

Los asesinos que se habian quedado sorprendidos ante aquella inesperada fuga, al sentir los pasos en la escalera se repusieron y se lanzaron tambien en su persecucion cuchillo en mano.

Poco práctico en aquellas aventuras, al pisar la puerta de la calle, aunque habia llevado bastante ventaja, el doctor Zorrilla era alcanzado por sus asesinos.

Una lucha terrible y repugnante se empeñó entónces entre los verdugos y la victima.

El desgraciado Zorrilla trataba de evitar los golpes de puñal ya con las manos, ya saltando de un lado al otro, ya protejiendo la espalda contra la pared.

Y su voz argentina, reforzada por la desesperacion se sentia pidiendo socorro á la autoridad.

Pero los agentes que á cortos intérvalos salian ó entraban á la Policia, se hacian los que no habian oido y ni siquiera miraban para aquel lado.

Y los que eran sorprendidos en el tránsito por las voces de socorro, apretaban el paso y ganaban la Policia.

La Policia pues, era cómplice y tenia conocimiento de aquel crímen, cuando de aquella manera se negaba á auxiliar á la victima.

Algunos desalmados habian hecho círculo ávidos de presenciar aquel asesinato cobarde en el que hubieran tomado parte de buena gana.

El doctor Zorrilla se defendía con una desesperacion terrible, tratando de ganar camino hácia la Policia.

Pero encerrado en un círculo de cinco puñales, no podia dar un paso.

Si evitaba la punta de una daga que le amenazaba el pecho, era para caer en otra que amenazaba su espalda.

Ya habia recibido algunas puñaladas, que no habian sido suficientes para postrarlo.

¿Cómo prolongar más una lucha tan desigual?

El haber evitado la muerte durante tanto tiempo, era ya una hazaña.

Una puñalada más récia y profunda que las otras, hizo comprender á Zorrilla que el trance amargo habia llegado.

Pero no por esto dejó de batirse y defender desesperadamente aquel último átomo de vida.

Acosado por los asesinos y mortalmente herido ya, cayó, tratando de incorporarse sobre el brazo derecho.

Fué aquel el momento supremo.

Lo estiraron en el suelo sujetándolo fuertemente, y miéntras uno le echó atrás la cabeza, tomándolo del pelo, otro empezó la terrible operacion del degüello.

Aquello fué tremendo.

Zorrilla defendió su cuello hasta el último estertor de la agonía.

El degüello, á consecuencia de no estar muy filosa la daga con que se practicaba, habia durado un buen par de minutos.

Una gran griteria se produjo en seguida, mezclada á formidables vivas y mueras.

Era el festejo que hacia aquella canalla del crimen que acababa de consumar.

Un espectáculo irritante empezó á reunir bajo la Recoba un buen número de curiosos federales.

Era que los asesinos, habiéndolo tomado por las piernas arrastraban por la espaciosa vereda el cuerpo mutilado de la noble víctima.

Otros arrojaban al aire la cabeza,

barajándola como hacen los muchachos con una naranja.

Los mismos empleados de la Policia habian salido entónces á la puerta, á reir con aquel espectáculo feroz.

Concluido éste, la autoridad envió el carro de la basura á recoger el cuerpo.

La cabeza fué llevada por el grupo, para servir de espectáculo en el mercado adornada de perejil, y cortarle las orejas, para las sartas que se remitian á Palermo.

Este fué el crímen mas cínico de cuantos se cometieron en aquella época maldecida.

—

Al dia siguiente aparecia clavada en la reja de la pirámide de Mayo, la cabeza ensangrentada de Yané, asesinado en su propia casa de Barracas.

De este sangriento episodio nos ocuparemos mas adelante.

El por si solo constituye una de las trajedias mas dolorosas de aquella época maldecida.

En aquellos mismos dias era asesinado en su quinta en Barracas tambien, el señor Nóbrega padre de la inolvidable matrona Julia Nóbrega de Huergo y Cármen Nóbrega de Avellaneda.

Para comprender el carácter noble y delicado de aquel hombre, basta el corazon de sus dos hijas citadas.

No lo educa en aquella riqueza de sentimientos sublimes, sino un hombre de espíritu elevado y gentil.

Ellas han enjugado sobre la tierra, más lágrimas que las que hizo verter la muerte de aquel padre irreemplazable, haciendo el apellido de Nóbrega sinónimo de caridad y de consuelo.

¿Cuál era el crímen del señor Nóbrega?

¿Por qué el puñal asesino de los sicarios de Rosas iba á clavarse en aquel noble pecho y á separar de aquel tronco vigoroso la inteligente cabeza?

Es que Nóbrega no pertenecia á la mazorca, ni aun siquiera al gremio de los federales finos.

Muchas veces habia sido invitado para formar parte de la Sociedad Popular Restauradora, pero siempre habia respondido á la invitacion con su sonrisa más cáustica y su mirada más despreciativa.

Cuando los que le habian hecho la propuesta eran amigos que le daban aquel consejo como único medio de salvar la cabeza, les habia dicho:

—No sean tontos, yo ni por broma, ni por conveniencias personales, ni aun por salvar la cabeza, puedo afiliarme á una sociedad de asesinos que, tarde ó temprano han de caer bajo el peso de la ley.

La época de la justicia no puede tardar en llegar, y ya verán ustedes el fin de todos aquellos miserables.

Si el de la propuesta era uno de tantos federales flojos con quienes conservaba amistad, su respuesta era más dura.

—Yo no he nacido asesino, decia, y en el único caso en que concebiria poder serlo, seria tratándose de matar al que de esta manera cobarde y maldecida ensangrienta el suelo argentino.

Nóbrega vivia entónces en la quinta de Barracas, que en aquella època era una chacra magnífica.

Vivia en compañía de un capataz de toda su confianza, y de un peon de cuya leáltad ejemplar tenia todo género de pruebas.

Entretenia la vida cultivando y esplotando su chacra, y no venia á la ciudad sino por alguna necesidad imperiosa.

—Así estoy libre de alguna mala tentacion, decia, de persecuciones tambien, porque no viéndome nadie, no se acordarán de mí ni se meterán conmigo para nada.

Y habia logrado así su objeto de que no lo recordaran ni se ocuparan de él.

Pero las respuestas que daba siempre

á los que iban á brindarle un puesto en la mazorca llegaron á oídos de Rosas, y estos chismes se tradujeron bien pronto en amenazas y persecuciones.

Nóbrega no tenia miedo á la mazorca.

Habia tomado en su quinta buenas medidas para su seguridad personal, y esperaba cualquier avance para contenerlo como era debido.

Las autoridades de Barracas, aunque sabian que Nóbrega no era un federal, lo estimaban por sus prendas personales, al estremo de comunicarle cualquier órden que referente á él hubieran recibido.

Aquellas órdenes, debido á los chismes de los amigos y á las imprudencias de Nóbrega, no tardaron en llegar, lacónicas y terminantes como todas las que en igual sentido emanaban de Rosas.

El Juez de Paz de Barracas, decían, espiará personalmente y hará espiar la quinta del salvaje unitario Nóbrega.

A la menor señal de hostilidad contra el órden de cosas actual, se le remitirá preso al cuartel general de Santos Lugares.

Ahora, si el hecho que hubiera de imputársele fuera de gravedad, el Juez de Paz de Barracas procederá como en casos análogos, con toda severidad y rigor, dando cuenta en seguida.

El Juez de Paz de Barracas, se vió sigilosamente con Nóbrega y le exhibió la órden que acababa de recibir.

—Es preciso que se guarde amigo, le dijo, y que no cometa la menor imprudencia.

Ya sabe usted que este género de órdenes hay que cumplirlas á todo trance, y espero que usted no me pondrá ni se pondrá en un caso desesperante.

—Pero si yo nada hago ni digo que pueda perjudicar al gobierno!

Yo no me meto en política ni en nada que á política se refiera, como usted lo sabe bien.

Yo vivo aquí ignorado de todos y sin dar lugar á la menor sospecha.

—Es que usted se olvida del modo con que responde siempre á los que vienen á hablarle de Sociedad Popular Restauradora y otras cosas.

Sin duda, alguno ha ido á soplar lo que usted le ha contestado, y ahí tiene usted la esplicacion de esa órden.

—Bien sabe Dios que lo único que á mí me ata es mi familia!

Si no fuera por estas criaturas inocentes y amables á quienes todavia hago falta, hace mucho tiempo que andaria compartiendo las penurias gloriosas de los unitarios que andan con Lavalle!

Por esta misma razon, amigo mio, puede usted estar seguro de que nada intentaré.

Mis hijos son la mejor garantia de que seguiré siempre como hasta hoy, ocupado solo del cuidado de esa posesion que tal vez la codicie alguno de ellos y sea ese solo el origen de semejante órden inmotivada.

—Por mi parte, puede vivir tranquilo, amigo mio, en la seguridad que cualquier nueva órden que sobre usted reciba, será usted el primero en conocerla.

—Gracias, amigo mio: sabia que era usted un corazon hidalgo.

Yo le prometo que por mi causa, no ha de recibir el mas leve disgusto.

El Juez de Paz se retiró con las mismas precauciones que habia venido, satisfecho de haber cumplido aquel deber imperioso de la amistad franca y cordial que lo ligaba á Nóbrega.

Este por su parte se quedó meditando en el aviso, y en el orígen de aquella órden.

Solo á dos causas podia atribuirla racionalmente.

A un interesado en su chacra para adquirirla á buen precio, si era embargada ó rematada, ó á una treta ingenicsa para hacerlo ingresar á las filas federales, intimidado por aquella órden,

que bien podia ser seguida por otra de degüello.

—Si la órden que me han mostrado es auténtica, pensaba Nóbrega, no hay duda que es lo primero.

¿En qué me he metido yo para que manden espiarme como á un revolucionario?

Esto mismo me inclina á creer que sea una broma y una órden falsa para que me haga federal atemorizado por ella.

Sin embargo, el Juez de Paz sabe que no soy hombre de atemorizarme ni de formar por ninguna consideracion humana en las filas de esos malvados, aun en el mas pasivo de los roles.

A pesar de todas estas reflexiones, Nóbrega resolvió aislarse del todo, y no recibir ni aun á los mismos amigos que vinieran á verlo.

Queria conservar à todo trance la tranquilidad de la familia y conservarse él tambien por lo que ésta lo necesitara.

Faltando él ¿qué podia ser de aquella familia que aun lo necesitaba como un guia indispensable?

Luego caído él, ¿quién le aseguraba que su familia no seria víctima de la miseria más espantosa, como todas aquellas familias cuyo jefe habia muerto bajo el puñal de la mazorca ó habia tenido que emigrar del paìs para garantir la vida?

Los dias fueron pasando, sin que ninguna nueva órden le fuera comunicada por su amigo el Juez de Paz.

Este habia acusado recibo de la órden, asegurando que hasta aquel momento nada habia notado en Nóbrega que pudiera hacerlo sospechoso, pero que como el Supremo Gobierno no podia equivocarse, desde ese momento tomaria sus medidas para asegurar al salvaje unitario citado, en cuanto se moviera, que el gobierno podia descansar por completo en su celo patriótico y federal.

Hasta ahora, concluia, se ha tenido á Nóbrega por un buen federal, pero despues de la órden recibida, será tratado en todo y por todo con el rigor reservado á los más criminales salvajes unitarios.

Y estableció realmente, prévia explicacion á Nóbrega, un servicio de vigilancia en los alrededores de la quinta.

—Esto es solo para que no vaya algun soplon á decir que no he cumplido la órden y que no se vijila la quinta.

Usted puede manejarse como si no hubiera semejante vijilancia, pues nada ha de hacer de todos modos que pueda comprometerlo.

Nóbrega se convenció entonces que la órden aquella era auténtica, y que no se trataba de treta alguna para hacerlo afiliar entre los federales.

Nóbrega decidió entonces no moverse de su casa sino para ausentarse á Montevideo, en el caso que las hostilidades contra él se hicieran efectivas.

Queria conservarse á todo trance para su familia, y para ello era preciso evitar todo peligro, para lo cual contaba con la amistad del Juez de Paz, que le daria aviso oportunamente.

Pero Nóbrega no contaba con que una órden de degüello se podia mandar cumplir de Palermo, directamente, encargándola á cualquier grupo de mazorca, que fué lo que sucedió.

Como pasó cerca de un mes sin que el Juez de Paz pasara informe alguno sobre Nóbrega, sospecharon que andaba remoloneando, y mandaron á la mazorca se entendiera directamente con el cuello de aquel hombre, cuyo único delito era el de no haber querido afiliarse á los mismos que iban á asesinarlo.

Nóbrega estaba más tranquilo por el tiempo trascurrido sin que hubiese habido la menor novedad.

Pensaba que se les habia pasado la ráfaga de sospecha, y que por fin lo dejarian tranquilo.

Estaba ocupado una tarde con el ca-

pataz en arreglar un galpon que estaba construyendo.

Habia mandado un peon á la ciudad, de donde no debia volver hasta el siguiente dia.

La oracion no tardó en llegar, y Nóbrega envió al capataz á traer dos luces.

Apenas harian cinco minutos que estaba solo cuando sintió ruido de pasos detrás de sí.

Dió vuelta y se encontró frente á dos hombres, cuya facha no era nada tranquilizadora, y cuyo tufo á mazorca se tomaba desde léjos.

Nóbrega quedó sorprendido y aterrado.

No tenia sobre sí arma alguna y estaba léjos de las habitaciones.

Sin embargo, sobreponiéndose á la situacion y comprendiendo que lo peor que podia sucederle era asustarse, miró fijamente á aquellos dos hombres y les dijo:

—¿Qué se les ofrece á ustedes? ¿con qué permiso han entrado ustedes hasta aquí?

Aquellos dos bandidos sonrieron y miraron á Nóbrega, buscando su semblante entre las primeras sombras de la noche.

—Hemos venido, dijo uno de ellos, porque necesitamos hablar con usted.

Estuvimos golpeando mucho rato, y como nadie acudia hemos entrado.

—¿Y qué es lo que quieren conmigo?

—Nosotros precisamente nada, pero nuestro patron, que está en la puerta, es quien tiene que hablarlo.

La sospecha de que se trataba de asesinarlo fuera de la quinta, cruzó como un relámpago por el pensamiento de Nóbrega.

—Pues digan á su patron que entre, porque yo no quiero ir á la puerta de la calle.

—Es que si usted no quiere venir, tenemos órden de sacarlo.

El peligro se venia encima y se hacia urgente tomar una resolucion.

Nóbrega quiso huir á las habitaciones en busca de una arma por lo menos, y los dos asesinos se lanzaron en su seguimiento.

En aquel momento llegaba el capatáz con la luz que habia ido á buscar.

Al echar á correr detrás de Nóbrega los asesinos silbaron como si pidieran auxilio á otros que esperaban afuera.

Así es que cuando el capatáz llegaba, llegaban tambien seis hombres que esperaban al lado de la puerta de calle que llegara la víctima.

El capatáz, al ver aquellos dos hombres que sable en mano cargaban sobre su patron, y aquellos otros seis que llegaban, soltó la luz que aun tenía en la mano y desnudando una enorme daga les salió al encuentro.

Era este un paisano atlético, bravo como un leon y leal como un perro.

El peligro que podia correr su persona era cosa secundaria para él.

Allí no veia más que su patron amenazado de muerte, á quien habia que defender á toda costa.

—Huya patron, huya, gritó blandiendo su daga—estos canallas cuando ven que se les ha de sacudir de firme, son capaces de correr hasta el fin del mundo.

El paisano llevó un ataque tan rudo, que hizo retroceder á los dos asesinos.

Pero Nóbrega no habia podido huir.

Los otros seis lo habian rodeado y cargaban sobre él todos á la vez.

Entónces el paisano abandonó á sus dos adversarios y de un salto prodigioso se puso entre Nóbrega y los asesinos.

La lucha empezó así tremenda y sangrienta.

El paisano era muy capáz de mantener á raya á los ocho asesinos, victoriosamente.

Pero entónces, tratando de cubrir á todo trance el cuerpo de Nóbrega con el suyo, tenia que estar firme á la defen-

siva, sin poder desplegar su gran juego en la daga.

Nóbrega no podia tampoco moverse de allí; en cuanto trataba de ganar las habitaciones para traer un arma, era asediado por los asesinos que rodeaban su cabeza con el círculo de sus sables.

Vivo y rápido el paisano, logró evitar los más recios golpes que le dirijieron y caer como un rayo sobre el que tenia más cerca.

El asesino rodó por el suelo, lanzando un rugido de desesperacion y espanto.

Aquella puñalada del paisano le fué fatal, porque en ese mismo momento otro de los asesinos le tiró un hachazo que vino á hacerle una herida profunda en el hombro derecho.

El combate tomó entónces un aspecto imponente.

Convencido Nóbrega que no le seria posible proporcionarse un arma, recojió del suelo una rama tan gruesa como un garrote y se lanzó á la pelea.

Los asesinos emplearon entónces una táctica que debia darles por resultado el logro de su objeto.

Sacar á Nóbrega á la calle y apuñalearlo allí.

Así empezaron á perder terreno y á retroceder hácia el porton de entrada.

Engañado Nóbrega por aquella retirada que no habia entrado en sus cálculos, comenzó á avanzar esgrimiendo el garrote y creyendo que pronto se veria libre de aquella canalla.

El paisano lo siguió puñal en mano, aunque debilitado por la pérdida de sangre.

Los asesinos retrocedieron hasta la calle, siempre agredidos por las dos víctimas.

Pero una vez en la calle, la escena cambió por completo.

Todos á una cargaron, y el triste desenlace no tardó en producirse.

El primero que cayó postrado fué el noble paisano.

Habia resistido sin quejarse siquiera once heridas de sable á cual más dolorosa.

Sobre él se lanzaron dos, ultimándolo á puñaladas.

Nóbrega, herido tambien de gravedad, se defendia como un leon.

Pero ¿qué iba á hacer con su frágil garrote contra cinco sables?

Pronto cayó tambien herido de muerte.

Los asesinos cayeron sobre él y le cortaron la cabeza antes que espirara, como si le hubieran reservado aquel doloroso final en castigo de haber defendido su vida.

Sin duda todo lo llevaban preparado, pues apenas concluyeron de degollarlos se acercó una carretilla donde arrojaron los cadáveres.

Y ellos y el carretillero se fueron á la próxima esquina, á festejar el acontecimiento feliz.

Lo que es del compañero muerto, ni siquiera se ocuparon de echarlo á la carretilla para darle sepultura en la ciudad.

Allí lo abandonaron para que corriese la suerte que le reparara el destino.

Al dia siguiente entraba á la ciudad por la calle de Artes, una carretilla conduciendo dos cadáveres, que no eran otros que los de Nóbrega y su capatáz.

En la plaza Nueva, hoy Mercado del Plata, los descargaron, y los dejaron á la espectacion pública.

Y allí estuvieron hasta que, corrompidos, la Policía los hizo recojer en sus carritos, para hacerlos echar á la zanja donde iban á descansar el sueño eterno, los salvajes unitarios.

En los Juzgados de campaña se cometian iniquidades de todo género.

Un Juez de Paz era un poder inquisitorial contra el que no habia defensa posible.

Basta que fuera un buen federal reconocido, para que tuviera en su partido tanto poder como el mismo Antonino Reyes en Santos Lugares ó Cuitiño en su cuartel.

Contra sus atentados no habia reclamo posible, porque sus víctimas eran remitidas al Cuartel General, con la clasificacion de salvajes unitarios y ya sabemos cómo se les hacia desaparecer de allí despues de someterlos á los tormentos más brutales.

En el año 42 la remision de salvajes unitarios de la campaña llegó á tal cifra, que no habia para efectuarla grillos suficientes.

Entónces una barra se hacia servir para dos víctimas, acollarándolos por los tobillos como animales feroces.

De esta manera fueron remitidos los hermanos Eladio y José Quintana, cuyos bienes habian despertado la codicia del famoso don Prudencio Rosas, especie de Gobernador Rural en quien el tirano habia depositado su confianza.

Así, cuando de la campaña desaparecía un individuo sin saberse cuál habia sido su suerte, sus parientes y amigos oraban por él, en la seguridad que habia sido conducido á Santos Lugares y fusilado allí.

Esta seguridad era plena, pues pocos dias despues de desaparecido el vecino, invocando ese mismo pretesto, veian á la autoridad apoderarse de todos sus bienes, que negociaban con todo descaro.

Las haciendas de los Salvajes Unitarios estaban destinadas para recompensar el celo y constancia de los buenos federales.

Rosas mandaba entregar «de las haciendas embargadas á los salvajes Unitarios" tantas vacas al alcalde tal y tantos novillos al sargento cual, como premio á sus buenos servicios.

Pero como cuando estas órdenes llegaban se habian concluido siempre aquellas haciendas, era necesario hacer nuevos despojos y producir para ello nuevos Salvajes Unitarios, que aunque no lo fueran iban á pasar al gran matadero de Santos Lugares.

Porque don Prudencio no solo vendia, sino que cuereaba miles de novillos, porque sabia que lo que él dejara lo habia de robar otro.

Los Jefes por un lado y los Jueces de Paz por otro, eran rateros, cuya sed de hacienda nunca se calmaba. El poseer muchas vacas era entónces un peligro tan sério como ponerse á gritar: muera Rosas! en una boca-calle.

Este fué el crímen de Lúcas González, de Machado y de tanta otra víctima de aquella tirania ignominiosa.

Rosas comprendia aquel saqueo, conocia que la mayor parte de las acusaciones obedecian al robo de haciendas, pero lo permitia y lo toleraba, porque queria tener contentos á sus bandidos rurales y queria concluir de una vez con todo lo que pudiera oler á Salvaje Unitario.

Sus mismos jefes de reparticion que levantaban á su vista fortunas fabulosas, eran tolerados por él aunque conocia en sus menores detalles, sus malos manejos y explotaciones.

Muchas veces se desquitaba con soltarles alguna pulla grosera, que aquellos tenian buen cuidado de acoger con una sonrisa de la mayor satisfaccion.

El intermediario de estas groserias era el mulato don Eusebio á quien enviaba con recados como éste:

—Vaya y dígale á don Pedro Jimeno, que le enseñe la manera de hacer plata, con eso sale de pobre.

El es baqueano y sabe cómo se hacen estas cosas.

Su maldad le llevaba así hasta mortificar de la manera más dura á las personas que lo servian.

De estas mortificaciones no se esca-

paban ni el Jefe de Policia, ni el Capitan del Puerto, ni el mismo don Felipe Arana, ni su propia hija Manuela, á la que martirizaba de la manera más soéz y grosera.

Cuando no se le ocurria otra cosa para distraer su perversidad, le hacia decir amores con el reverendo padre Viguá, ó el mulato don Eusebio.

Y si Terrero estaba cerca, hacia que estas groserias fuesen lo mas indecentes posibles.

Y como todos los que lo rodeaban estaban á su lado para robar y esplotar, el único amigo, la única persona leal y abnegada que aquel bandido tenia á su lado, era su hija Manuela, sér delicado y de una bondad tan íntima, como íntima era la crueldad del padre.

Ella era su secretario de toda confianza, el único que tuvo siempre, y la depositaria de sus más terribles infamias.

Es que Rosas, rodeado de tanta canalla esplotadora á la que despreciaba profundamente, desconfiaba de todo y de todos.

Cobarde hasta el último estremo, no soñaba sinó con traiciones y asesinatos y era entónces el espíritu sereno de su hija el refugio de su alma tímida y atribulada.

Es que Rosas todo lo habia degradado y humillado.

Queria que todos fuesen á él inferiores y no podia ni oir hablar de un hombre honrado ó recto.

Eran estas condiciones que le daban náuseas.

Miéntras más degradada era la persona con quien estaba en contacto, más cerca de sí la atraia.

Sentia un placer profundo en conversar con Cuitiño, y el padre Gaete era el modelo de la virtud cristiana.

Y Manuela estaba obligada á soportar las doctrinas de aquel galeote de sotana que queria á Rosas antes que á Dios y que pedia á gritos el esterminio de los salvajes unitarios y sus inmundas crias.

Palermo era el hacinamiento de la crápula más infame de que se componia la federacion.

Allí concurrian los bandidos de toda especie y las cortesanas de todo pelaje.

El asesino de puñal como el delator cobarde y miserable, alternaban con los opulentos magnates de la federacion, que por no disgustar al amo comun, los trataban con la mayor intimidad y los colmaban de consideraciones.

Allí concurrian tambien los que se valian de la aduloneria más desmedida, como recurso para no ser perseguidos ó tenidos por enemigos de la situacion.

Y unos haciendo versos descomunales á Manuelita, y otros arrastrándose á los piés del tirano, rodaban y se revolcaban en aquella vorágine de sangre y corrupcion.

Para intimidar á estos cobardes y mostrarles tal vez el peligro á que se hallaban espuestos, no era cosa estraña ver sobre el piano ó sobre algun otro mueble un plato con orejas humanas.

Eran orejas de tales ó cuales salvajes unitarios que le habian remitido el benemérito Oribe, su hermano Prudencio ó algunos de aquellos Jueces de Paz de quienes se habia apoderado el vértigo de la sangre.

Otras veces el espectáculo se hacia más terrible, pues en vez de orejas era la cabeza de tal ó cual salveje unitario que, adornada de cintas celestes, colgaba de los arcos del edificio, para que recreara la vista de los que fueran llegando.

La primera vez que esto sucedió, Manuela pidió á su padre hiciera descolgar aquellas cabezas que le inspiraban un terror invencible, pero tal fué la respuesta del tirano que no se atrevió á reiterar el pedido.

Y esto era estraño, pues apesar de lo duro que era con ella y lo que la mortifi-

caba, Manuela tenía el talento de hacerse conceder cuanto pedia.

Rosas no queria que Manuela se casara, no por que sus ideas fueran contrarias al matrimonio de su hija, ni porque quisiera para ella un marido de condiciones especiales, pues para aquel acto hubiera aceptado hasta el mismo Cuitiño —poco le suponia.

Es que Rosas tenia un miedo terrible á la propalacion de ciertos secretos.

Una mujer no los tiene para el marido.

No hay cosa que pase ó haya pasado por su espíritu, que una mujer no lo cuente á su esposo, en la intimidad del cariño, con más razon, miéntras más grave es la cosa.

Parece que en ello hallase un consuelo y un placer.

Y Manuela poseia todos los secretos, los más terribles secretos de aquel mónstruo que habia dedicado su vida al mal.

Casándose Manuela, su marido sabria tambien aquellos secretos que, si su hija no los divulgaria por nada de este mundo, no sucederia lo mismc con él.

Adémas Manuela era una especie de centro donde giraba un torbellino de adoradores cuya adoracion la hacia esplotar por medio de su hija misma, ya haciendo de ellos otros tantos federales, ya haciéndolos contar cualquier cosa que contra la federacion supiera.

Casada Manuela se rompia este encanto y se alejaban tal vez muchos hombres que él queria tener aprisionados de aquella manera.

No sabemos por arte de qué encantamiento lograria don Máximo Terrero casarse con Manuela Rosas.

Son cosas de la vida privada en que no queremos entrar.

Este casamiento permaneció oculto durante mucho tiempo, y tan oculto, que lo ignoraron las personas más allegadas á la familia.

Y cerremos este capítulo de iniquidades, que hemos prolongado ya mucho.

LA HORMA DEL ZAPATO

ROSAS, como todo tirano habituado a despreciarlo todo y burlarse de las cosas más sagradas sin que jamás una palabra severa se las hubiera reprobado, al mismo tiempo que degradaba con sus tratos gauchescos á todos los que lo rodeaban, habia pretendido más de una vez humillar el orgullo de los diplomáticos estrangeros.

Y á fé que lo habia logrado ámpliamente, valiéndose de la sagacidad de indio pampa.

La dignidad seca y grave del Ministro inglés le habia fastidiado siempre.

Aquella palabra séria y lacónica, aquella etiqueta tan rigurosamnte observada, estaba en pugna con su modo de ser paisano y con el hábito contraido intencionalmente de tratar las más altas cuestiones como en una reunion de peones en cocina de estancia.

Así recibia á los Ministros estrangeros como si estuviera en el fogon, les hacia dar mate y charlaba con ellos del asunto que á Palermo los habia llevado.

Lo que es á sus empleados de mayor categoria, Capitan de Puertos, Coroneles, y Secretarios de Estado, los manejaba á sencilla raspa, ó á gorrazos, segun estaba de humor.

Solo el Ministro Inglés, en su mutismo británico y elocuente, habia protestado de aquellas groserias y confianzas.

Cuando habia ido á Palermo por asuntos oficiales, habia rechazado el mate y con actitud severa habia impuesto á Rosas la circunspeccion que èste no queria tener.

Incomodado con esto su orgullo estúpido y mal entendido, decidió jugar

una mala pasada al Ministro Inglés, mala pasada que lo hiciera descender de su gravedad y de su elevado puesto.

Sabia, que esto no lo conseguiria sinó por medio de la astucia, y sorprendiendo la caballerosidad del Ministro, y fué de la astucia que se valió para lograr su objeto.

—A este bisté, habia dicho, tengo yo que embromarlo.

Soy capaz de hacerle barrer la sala ó que me pise el maiz para hacer mazamorra.

Los adulones rieron mucho, aplaudiendo aquella ocurrencia de su Restaurador, y se prepararon á hacer público, cuando ella se realizara.

Desde aquella misma tarde el tirano hizo sus preparativos para que el bisté no escapora la primer vez que fuera á Palermo, y colocó un centinela en el camino, para que avisara su llegada con diez minutos de anticipacion, por lo menos.

Todas las tardes y en calidad de paseo, iba á Palermo á visitar al tirano, toda la corte de adulones fingidos y verdaderos.

Allí se armaban entónces alegres reuniones, donde tres ó cuatro eran las víctimas de las groserias ó maldades de Rosas.

Las damas federales eran infaltables á aquellos paseos, donde se divertian enormemente, segun ellas.

De estas reuniones solia formar parte el Ministro Inglés, pues siendo la hora más cómoda y desahogada para ir á Palermo, era tambien la única en que el tirano recibia.

Rosas colocó en el gran corredor frente á la puerta de la sala, un enorme mortero, con todo lo necesario para pisar maiz.

A la caida de la tarde, se sentaba frente al mortero, acompañado de su hija que debia ser la ejecutora de su astuto plan.

En las dos primeras tardes el Ministro Inglés no vino, burlando los preparativos que se habian hecho.

Pero al tercer dia, cuando Rosas hacia arreglar el mortero, vino el centinela anunciando la llegada del esperado Ministro.

Rosas mismo cargó de maiz el mortero, y pasando la mano á Manuelita, le mandó que pisára maiz.

Ella que conocia á su padre al estremo de adivinarle sus más recónditos pensamientos, suponia lo que éste tramaba contra el Ministro, y sonreia traviesamente ante la figura que haria el flemático inglés pisando maiz.

Cuando éste llegó, estaba en lo mejor de la faena.

No viniendo por cosas oficiales sinó á intervenir con sus buenos oficios para que se diera libertad á un preso, el mister estaba sonriente y más comunicativo que de habitud.

—Caramba, ¿qué hace? preguntó despues de saludar y tomando el asiento que Rosas le brindaba.

—Pisa maiz para hacer mazamorra, le dijo Rosas.

Lo invito á comerla desde ya.

—Oh! yo nunca he comido, pero probaré.

—Es muy rica, se lo aseguro, para mí es el mejor de todos los manjares.

A todo esto Manuela seguia pisando el maiz y sudaba la gota gorda, pues no estaba acostumbrada á semejantes trabajos.

—Caramba, hija mia, estás muy cansada, y lo peor es que yo no puedo ayudarte.

Y mostró una mano envuelta en un pañuelo de seda.

—Esta mañana me corté podando un árbol.

Pero no te ha de faltar ayuda, agregó Los ingleses son hombres muy finos y educados y nuestro amigo te echará una manito cuando no puedas más.

—Oh! con mucho gusto, dijo Mandeville, sin caer en toda la trampa que aquella proposicion envolvia.

Si usted me permite, Manuelita, yo le ayudaré.

Y sonriendo jovialmente, contra su costumbre, se acercó al mortero.

—No señor, no se incomode, repuso ella, es muy trabajoso esto y se vá á cansar muy pronto.

—Oh! que ocurrencia! présteme no mas.

Y tomando de las de Manuela la mano del mortero, empezó á pisar maíz de la manera que se lo habia visto hacer á ella.

Sin darse cuenta de la situacion, y con la mayor naturalidad de éste mundo, miéntras pisaba el maiz, conversaba con Rosas del asunto que allí lo habia llevado.

Pronto empezó á sudar como Manuela, pero ¿cómo confesar que estaba cansado?

Un inglés no se dá por vencido aunque se le caiga el techo encima.

Rosas sonreia de una manera diabólica, y cuando lo creyó oportuno, hizo una seña imperceptible para el inglés.

Pocos momentos despues empezaron á llegar por allí una infinidad de las parejas que paseaban la quinta, saludándolas con marcadísima espresion de burla.

Y Rosas, como si contestara á alguna pregunta que le dirijieran, decia:

—Como los ingleses son tan galantes, Mandeville está pisando maiz para la mazamorra, por ahorrarle trabajo á Manuela.

Ante aquella invasion inesperada de jóvenes y damas que sonreian de aquella manera burlona, se quedó cortado, con la enorme mano en el aire y mirando atónito á todas partes.

Era una página ridícula y graciosa, verlo con su traje flamante y correcto delante del mortero, con la mano en el aire y en actitud de haber sido sorprendido en pecado mortal.

Las mujeres llevaban su pañuelo á la boca, miéntras los hombres reian francamente.

El Ministro comprendió ó no comprendió que habia sido víctima de la astucia de Rosas, pero el hecho es que se puso colorado hasta las orejas, miró á todas partes con ademán severo, y soltando al suelo la mano del mortero, fué á sentarse en el sitio que ocupara antes.

Las bromas picantes empezaron más á pasar de boca en boca, mientras Manuela, con su buena amabilidad, trataba de endulzar al inglés el mal trago.

—Una mazamorra pisada por todo un Ministro de la Gran Bretaña, esclamó de pronto Rosas, fingiendo una seriedad que hacia más cómico el suceso, no es cosa que se come todos los siglos.

Estoy seguro que és la primera vez que tal acontecimiento vá á celebrarse.

Entónces y como una concesion especialísima, los invito á ustedes á comer lo que ha pisado Mister, con más motivo, desde que él come tambien con nosotros.

Un relámpago brilló en los ojos del Inglés, pero siguió conversando con Manuela como si aquello fuera indiferente para él.

Por lo menos queria ocultar que conocia la farse humillante de que habia sido objeto.

Toda la tarde se pasó en alegres conversaciones, hasta que se llamó á comer.

Cada cual tomó su asiento en la mesa y la conversacion siguió alegre y bulliciosa, como si se hubiera olvidado la escena del mortero.

Solo el inglés permanecia sombrio y sério.

No hablaba sinó con Manuela, y

respondia por monosílabos á cualquier pregunta que se le dirijiera

Por fin vino á la mesa la enorme fuente de mazamorra, que el mismo Rosas se encargó de repartir.

Todos la comieron en el mayor silencio.

Aunque la risa jugueteaba en todos los lábios, ninguno se atrevia á decir la menor palabra.

El semblante del Ministro les imponia respeto.

Pero Rosas, que queria mortificar su orgullo de todas maneras, se sirvió un nuevo y enorme plato, esclamando:

—Esquisita, caramba, esquisita!

Veo que todos se la han tragado sin decir una palabra.

Menos egoista que ustedes, yo declaro que no hay nadie en el mundo que pise maiz como un Ministro Inglés.

Todos empezaron entónces á hacer sus cumplimientos mas ó menos burlones, que el Ministro acogió sèriamente, como la cosa más natural.

Rosas, que hubiera deseado verlo rabiar y quejarse de aquella amarga farsa, tuvo que contentarse con la actitud digna y reposada de aquel hombre, que parecia decirle: esa guarangada no puede llegar à ofenderme.

A las 12 de la noche se levantaron los invitados y cada cual buscó su caballo ó su carruage para volver á la ciudad.

Aquella aventura fué el tema de la risa y de la broma general durante mucho tiempo, no solo en Palermo, sinó en la ciudad, donde se desparramó en el acto.

Pero el Ministro Inglés no volvió jamás á Palermo.

En los asuntos oficiales se manejó por medio de notas y cuando Rosas lo hizo llamar á su residencia de Palermo, respondió sencillamente que estaba indispuesto, aunque en seguida salia á pasear por toda la ciudad en su carruaje.

Rosas tenia un odio especial por los españoles, por el hecho de que aquel gobierno no habia reconocido la Independencia Americana.

Hubiera deseado demostrar su odio por los gallegos, como llamaba él á todos los españoles, pero no habiendo Ministro residente, ni Cónsul siquiera, no habia podido satisfacer aquel deseo.

—Estos gallegos, decia, el dia que me lleguen á mandar un Ministro, van á saber recien lo que es bueno!

Lo he de hacer recibir en la cocina por el Mariscal don Eusebio.

Yo les he de dar soberbia y no reconocer la Independencia Americana.

Pero tenia que conformarse con la amenaza, pues ni se reconocia la Independencia, ni se enviaba Ministro por consiguiente.

Entónces toda su zaña y odio se descargaba contra los pobres gallegos que tenia de peones en Palermo, mientras en la ciudad eran asesinados los españoles como Saràchaga, Mones Ruiz, Martinez Eguilaz y tantos otros de que ya hemos dado cuenta.

Los cuerpos del ejército estaban llenos de españoles forzados al servicio, porque los *Gallegos* estaban fuera de la ley, y para ellos no debia haber nada bueno.

En el ejército se les trataba á palos, se les alimentaba mal, no se les pagaba, y se les vestia con los desperdicios de la tropa.

Porque á mas de ser individuos condenados al servicio de las armas, llevaban sobre sí el enorme delito de ser *Gallegos*.

A los peones de Palermo, gallegos todos, se les castigaba en su menor falta, condenándolos á un año de servicio en el ejército.

Y este año no concluia nunca, porque un gallego no debia tener la menor concesion.

—Déjelos que sirvan de algo, decian, y si se quejan, sacúdanles garrote lim-

pio no mas, que los gallegos tienen lomos de burro y todo lo deben aguantar.

Así los pobres españoles venian á ser perseguidos de todos modos.

Si eran infelices que no tenian mas oficio que el trabajo diario, se les destinaba al servicio de las armas.

Y si comerciantes ricos ó acomodados, se les entregaba al puñal de la mazorca.

De esta manera reunia el doble objeto de castigar en un hombre el delito de ser español y el de apoderarse de sus bienes, que quedaban embargados y distribuidos entre los Cuitiño y los Parra, los Mariño y los Salomon.

Muchos, en vista de esta persecucion á muerte y sin cuartel, pretendieron salir del pais, ya regresando á su pátria, ya pasando á residir en Montevideo ó el Brasil.

Pero la policia les negaba el pasaporte por órden de Rosas y el que huia era tratado como salvaje unitario.

Los degollaban en el punto donde eran tomados y les embargaban todos sus bienes

El comercio español era numeroso, p ero se les privaba hasta el derecho de reunion.

En fin, para Rosas, gallego y pária eran sinónimos.

Ocultamente y como podian, los españoles empezaron á escribir á su pátria, dando cuenta de lo que les sucedia aquí, pidiendo á su gobierno adoptara algunas medidas tendentes á garantirles la vida y la fortuna.

El remedio era muy sencillo: emigrar.

Pero ya hemos dicho porqué no podian hacerlo.

El Gabinete Español tomaria en consideracion las reiteradas quejas, pues no tardó en venir un reclamo.

Pero Rosas lo hizo pedazos porque era aquello lo menos que podia hacerse, dijo, con una nota del gabinete gallego.

Un buen dia y sin que el Capitan de Puerto se apercibiera, fondearon dos buques de la Marina Española.

Eran dos preciosas naves de guerra cuyas magníficas piezas brillaban como oro.

Rosas, que sabia en el acto cuanto pasaba en la ciudad, tuvo conocimiento de la llegada de aquellos dos buques, y envió á buscar al Capitan del Puerto, que segun se decia estaba echando la más plácida siesta en este mundo.

Don Pedro Gimenez no tardó en llegar á Palermo completamente ageno á la peluca que lo esperaba.

—Buen dia, don Pedro, dijo Rosas con acento iracundo: ¿qué me dice de nuevo?

—Nada, Exmo. señor, contestó Jimeno apichonado, pues veia que el patron estaba con todos los patos en la cabeza.

—¿Cómo nada? alguna novedad ha de haber en el puerto.

—Nada, Exmo. señor, no sucede nada, el último parte pasado por los guardas es sin novedad.

—Pues los guardas son unos pillos, señor don Pedro, ó don Perico, y usted es un animal.

Acaban de fondear en la rada dos buques de guerra gallegos y usted que es el Capitan del Puerto nada sabe.

Esta es la manera que tienen ustedes de cumplir sus deberes y velar por la seguridad de la patria!

Jimeno se echó á temblar, comprendiendo que algo malo iba á pasarle.

La falta era grave y el tono con que Rosas lo reprendia no le auguraba sinó una desgracia,

—Exmo señor, balbuceó temblando, el ayudante de la visita nada me ha dicho todavia, por eso es que lo ignoro, pero ya debe estar el parte en mi despacho. Si V. E. me lo permite, iré á traerlo inmediatamente.

—Es ya inútil, puesto que yo sé lo que sucede, pero vaya usted para que me informe detalladamente qué buques

son esos, quién los manda y á qué diablos vienen.

Jimeno se aprovechó de aquella órden para hacerse humo, y enfiló la puerta despues de murmurar un: con el permiso de V. E.

Pero S. E. lo casó de una manga de la chaqueta y le dijo:

—Y que sea la última vez, señor don Pedro, que esto sucede, porque puede pesarle á usted muchísimo.

Enseñe á sus guardas á cumplir mejor y usted atienda más á sus deberes.

Y segun costumbre le sacudiò un gorrazo.

Jimeno se dió por muy feliz con que la cosa no hubiera pasado de ahí, y se lanzó á la Capitania á hacer la averiguacion debida.

Los dos buques habian echado el ancla despues de saludar el Puerto, y del costado de uno de ellos se desprendia un bote con el pabellon de guerra español á popa.

El oficial que con cuatro marineros lo tripulaba, se encontró en el camino con otro de la Capitanìa que, llevando á bordo al Guarda encargado de la visita, se dirigia á las dos fragatas.

Ambos botes se detuvieron, y el Guarda preguntó:

—¿A dónde va usted, señor oficial, ántes que se pase la visita?

—A hablar con el señor Capitan del Puerto, replicó aquel cortesmente, para trasmitirle un mensaje de mi Jefe.

El pobre Guarda que no sabia lo que debia hacer, se resolvió por fin á regresar á tierra, acompañando el bote español.

Sabedor Jimeno de lo que pasaba, mandó entrar á su despacho al oficial, ávido de poder comunicar á Rosas algo importante que le hiciera olvidar su falta.

—El Jefe de los dos buques españoles que acaban de fondear, dijo el jóven, manda saludar al señor Capitan del Puerto, pidiendo permiso para bajar á tierra pues trae una mision para este Gobierno.

—¿Quién es el Jefe de esos buques? preguntó Jimeno.

—El Comandante Topete, respondió el jóven, á quien acompaña el Capitan Zambrano.

Efectivamente, quien de aquella manera cortés y comedida llegaba á Buenos Aires, era Topete, el célebre Topete, acompañado de Zambrano que, aunque ménos notable y sin la importancia del primero, era un oficial distinguidísimo y bravo.

—Usted ignora, por supuesto, la mision que traen esos jefes?

—Completamente señor, y aunque la conociera seria lo mismo, pues he dicho ya cuanto se me ha mandado.

Habituado primero al bochinche de nuestra escuadrilla y á la nulidad de sus oficiales, quedó asombrado del aspecto y discrecion del jóven, que apenas acusaba unos diez y ocho años.

No atreviéndose á dar por sí una respuesta, le hizo sentar y despues de decirle esperara un momento, montó á caballo y se fué á Palermo á toda carrera, donde impuso á Rosas de lo que sucedia.

—Conteste á esos gallegos, dijo Rosas, que pueden bajar á tierra cuando más rabia les dé, pero que yo no puedo recibirlos hasta mañana á la tarde, y eso como un favor, porque estoy muy ocupado.

Mañana á la tarde cuando se presenten allí, usted los conduce aquí en cualquier coche, los dirije á mi despacho sin que me sean anunciados.

Rosas tenia en esto su pérfido objeto.

Se le presentaba la ocasion tan deseada de mortificar el amor propio de un enviado español y no la dejaba escapar.

Pero queria hacerlo con toda astucia, como la pisada de maiz del Ministro Inglés.

Todo aquel dia y aquella noche, lo pasó Rosas aguzando su ingenio gauchesco para hacer un desaire que pasara por involuntario à los recien llegados, hasta que se decidió por el más guarango.

Recibirlos y conferenciar con ellos en mangas de camisa.

—Estos gallegos son muy orgullosos y llenos de humos de nobleza, decia, pues cada uno de ellos se crée un monarca.

Así es que esto ha de mortificarlos más que una cachetada, pues ya comprenderán que los miro como un pucho viejo.

Hacia un calor sofocante, pues era nada ménos que el mes de Enero, ellos no conocian las costumbres del país y pensaba humillarlos impunemente, preparándose de antemano una disculpa para el caso que ellos reclamaran.

Decidido por esta guarangada, llamó á su Edecan de servicio, el Coronel Corvalan, á quien dió esta órden seca:

— Mañana han de venir á verme los marinos gallegos, á quienes acompaña Jimeno.

Aunque se lo pidan no los anuncie— dígales no más que pueden entrar.

Entre tanto don Pedro Jimeno habia regresado á la Capitania, á despachar al jóven oficial.

—Puede decir á su jefe que bajen á tierra cuantas veces quieran, pues ellos son los bién venidos.

Pero que en cuanto á ver al Exmo. señor Gobernador no es posible hasta mañana á la tarde, en que yo mismo los acompañaré hasta Palermo.

El jóven saludó de una manera séria y desenvuelta y salió del despacho sin haber dicho una palabra.

No tenia nada que hacer ya allí, y su jefe estaría esperando la respuesta, estrañando de que tardára tanto.

Dió la respuesta del Capitan del Puerto, observando que debia haber sido consultada al Gobierno, por lo que el referido Capitan habia tardado en regresar.

Topete no estrañó esto.

Èl, por sus compatriotas asilados en Rio Janeiro y Montevideo, venia conociendo perfectamente bien á Rosas y sus manias.

Sabia el ódio estúpido que profesaba á todo lo que era español, la manía de humillar á cuanta persona de importancia se le acercaba, y lo que habia hecho ya con el Ministro Inglés.

Así es que se habia preparado à todo, ménos á ser la víctima de las groserias y farsas del tirano.

Era entónces Topete un hombre jóven y bello, de una fisonomio franca y alegre donde estaba estereotipada toda la pureza de su raza.

Educado en la marina española, donde tanto brilló más tarde, era un oficial distinguidisimo por sus conocimientos en el arma á que se habia dedicado, como por su esmerada y general educacion.

Topete poseia el tino de la gracia, de esa gracia natural que se comunica y ante la cual el más sério no puede contener la risa.

Y esta era tanto más estimable cuanto que la usaba con una moderacion esquisita.

Conociendo el modo de ser del tirano, Topete le llevaba esta enorme ventaja, puesto que Rosas no conocia ni siquiera su nombre.

El gaucho grosero y guarango, se iba á estrellar contra la cultura y la delicadeza más refinada.

—Es inútil bajar á tierra hasta no haberlo hecho oficialmente, dijo despues de recibir la respuesta que le daba su jóven oficial.

Mañana lo haremos así, y pasado tendremos tiempo de pasear la ciudad, si es que no nos dan una mazorcada.

Veremos si es tan fiero el leon como lo pintan, es decir, si este hombre es

tan bárbaro y brutal como nos han contado.

Al otro dia al caer de la tarde, llegaba al desembarcadero el bote español á cuyo bordo venian Topete y Zambrano.

El calor era sofocante: sin embargo ambos venian de riguroso uniforme de parada, prendido hasta el cuello, y brillante por los galones y dos condecoraciones que cada uno ostentaba sobre el pecho varonil.

Don Pedro Jimeno que los esperaba para hacerles los honores de recepcion y acompañarlos á Palermo, quedó confundido ante aquellas dos figuras gallardas.

No habia visto nunca tanta dignidad y tanta nobleza bajo un severo uniforme militar.

Despues de muchas cortesias y cumplimientos primero, les indicó que tenia listo ya el coche para conducirlos á la residencia del Gobernador.

Los dos marinos se habian convenido en lo siguiente:

Como Topete era el encargado de la mision, él llevaria la palabra.

En caso que fuera necesario repeler alguna guarangada ó groseria de Rosas, Zambrano imitaria lo que Topete hiciera, ó secundaria su accion.

Pues segun los informes que tenian, Rosas haria lo posible por humillarlos.

Durante el camino mantuvieron con Jimeno una conversacion agradable sobre el camino que recorrian y sobre las costumbres de este pais, nuevo para ellos, pero en el que encontraban mucho de español.

Así llegaron á Palermo, donde bajaron, sin que ninguna presencia de tropas y guardias les indicara la proximidad de Rosas.

Es que aquel las habia hecho retirar intencionalmente, para hacerse mejor el sorprendido.

Así llegaron hasta la pieza de Corvalan, al lado del despacho de Rosas.

—Anuncie al Exmo. Gobierno la llegada de estos señores, le dijo Jimeno.

—Ayer me dijo el señor Gobernador que no los demorara, dijo Corvalan—pueden pasar—y les indicó la entrada.

—Pues con el permiso, dijo Topete, y seguido de su compañero entraron al despacho.

Rosas se hallaba tendido sobre un gran sofá de crin en mangas de camisa, y chinelas como si estuviera dormitando.

Al ver entrar á los dos marinos, se puso de pié rápidamente, y tendiéndoles la mano dijo:

—Caramba! confieso que los habia olvidado y no los esperaba, por eso me sorprenden ustedes en este traje criollo que nos obliga á vestir el calor.

Por preparado que fuera Topete á una groseria y burla, no pudo menos que quedar sorprendido y burlado.

Comprendia que aquello era intencional, que se les recibia como á unos sirvientes y se puso rojo de vergüenza ante la ofensa.

Pero bien pronto se dominó completamente y respondió al saludo con su ademan más amable y palabra más comedida.

—Ustedes me permitirán, dijo Rosas que se gozaba en la humillacion del marino, ustedes me permitirán que los deje un momento, miéntras voy á ponerme un traje conveniente para recibirlos.

—De ninguna manera, respondió Topete jovialmente, no permitimos que usted se moleste y deje de estar á su entera comodidad, palabras que repitió Zambrano.

—No señores, continuó Rosas sonriendo con todo su perverso sarcasmo: Este traje es una burla, un insulto, para recibir á tan ilustres visitas y. . . .

—No señor, de ninguna manera.

—Es que esto es impropio y pueden criticarlo.

—Es que nosotros no queremos que usted se incomode en manera alguna,

y para que no insista más, ni tenga pretesto, nos pondremos en iguales condiciones.

Y con una naturalidad magnífica por su soberbia, se desprendió la espada, desabrochó su levita y su chaleco y poniendo todo sobre una silla, quedó tambien en mangas de camisa.

Zambrano habia hecho idéntica cosa, tocando ahora á Rosas el turno de asombrarse.

—Así, dijo Topete, no tiene usted pretesto para incomodarse puesto que todos estamos iguales.

Rosas trató de disimular su sorpresa y el mal efecto que aquella fumada le habia hecho.

El marino le contemplaba con su sonrisa más burlana como si le preguntase qué tal estaba aquella devolucion de pelota.

—Bueno, dijo el tirano, finjiendo una alegria que estaba lejos de sentir:

Ahora que todos estamos cómodos y el calor no puede mortificarnos, pueden decirme ustedes el objeto de su mision.

Los marinos presentaron sus pliegos, y aquella original conferencia duró más de una hora.

Terminada, Rosas invitó á los jóvenes á pasear por Palermo y mandó llamar á Manuela para que les hiciera los honores, la que apareció poco despues en el salon de despacho.

Topete y Zambrano se echaron sobre sus ropas y en un minuto quedaron correctamente vestidos.

—Pedimos á usted perdon por encontrarnos á medio vestir, dijo el primero, pero hemos tenido que quedar en mangas de camisa para obligar al señor Gobernador á no incomodarse y conservar el traje que tenia á nuestra llegada.

No nos gusta servir de estorbo nunca, y ademas los españoles observamos el sàbio refran que dice: «donde quiera que fueres haz lo que viéres».

Rosas se mostró muy contento durante aquella tarde, obsequió á los marinos y aseguró que era la mejor gente que habia tratado en su vida.

—Es lástima que sean gallegos, decia, pero de todos modos me gustan y me gustan mucho, qué diablos!

Topete y Zambrano se retiraron muy complacidos, despues de entrada la noche, habiendo arreglado satisfactoriamente la mision que los habia traido á América.

—Esto es particularmente á ustedes, les habia dicho Rosas, pues yo nada tengo que conceder á un pais que se ha empacado en no reconocer la independecia del mio, y miéntras esto no suceda nada bueno tienen que esperar de mí.

Díganlo así á su reina.

FLORENCIO VARELA

HÉ aquí la más ilustre de las victimas de la tiranía de Rosas!

Alma grande y templada al calor de todas las pasiones nobles, puso al servicio de la libertad el contingente de su poderosa inteligencia, y la tiranía hizo rastrear su espalda por el puñal del asesino para librarse del escritor brillante y esforzado.

Despues de las terribles matanzas que hemos consignado y del decreto que las hizo cesar, la mazorca habia entrado á una època más tranquila.

El partido unitario estaba vencido, nadie se atrevia en Buenos Aires á respirar contra la federacion, y no habia ya, por otra parte á quien perseguir, porque el que no fué muerto habia emigrado.

Quedaban los unitarios de Montevideo y entre ellos Florencio Varela, que era quien mas fustigaba á la tirania.

Florencio Varela empezó á desplegar las bellas dotes de su alma, al lado del lecho de muerte de su padre.

Su familia estaba en pobreza desde que toda su fortuna que consistía en la fragata «Minerva» cargada y pronta para dar la vela, fué confiscada por la escuadra inglesa cuando se apoderó de Montevideo en 1807. Florencio de edad de 10 á 11 años, reemplazaba al lado de su padre los servicios que no era posible proporcionarse de otro modo.

Desde entónces tambien, empezó á distinguirse en la familia por el amor entrañable que profesaba á su madre y á sus hermanos.

Practicó la Jurisprudencia al lado del doctor Gallardo; lo poco que allí ganaba lo empleaba casi todo en adquirir libros.

En el aniversario de la victoria de Ayacucho, se dió en Buenos Aires un banquete á que asistieron las principales notabilidades del país. Muchas personas se empeñaron en llevar á Florencio. Invitado á brindar, lo hizo en verso; y fué tal el aplauso que mereció, que don Manuel J. Garcia determinó darle un empleo en el ministerio de su cargo; y con ese objeto lo pidió á su madre, diciéndola que él queria encargarse del *Poetita*. Su propio mérito le puso en carrera de los empleos públicos.

Fué colaborador de su hermano don Juan Cruz en la redaccion del *Tiempo*, corriendo á su cargo, únicamente, la parte *Exterior*. Sin embargo en esa época empezó ya á escribir en varios diarios políticos.

En la revolucion del 1.° de Diciembre tomó *la poca parte*, como él decia, que su edad le permitía. Sus enemigos le han acusado de haber influido en la muerte del gobernador Dorrego. Esta es una calumnia y un absurdo.

Sus estudios sérios, sus vastas lecturas, tuvieron lugar en Montevideo. En la Jurisprudencia, se dedicaba con preferencia al estudio del Derecho público y del Comercial. No amaba su profesion de abogado; y el año 40 estaba completamente disgustado de ella.

El estudio de su predileccion fué el de la historia de su país. Ocupó toda su vida en reunir materiales para escribirla, y tanto habia sido su labor y su perseverancia, que habia conseguido estar en posesion de cuanto le era necesario para ese fin.

En los últimos años de su vida casi nunca leía versos; y habia dejado de hacerlos desde el año 32.—Sus poesías descollaban por la correccion y el buen gusto; pero él no las estimaba y se arrepentía de haberlas dado á luz.

Los lectores del *Comercio del Plata* habrán observado su tendencia predilecta á ocuparse de los adelantos de la industria y del comercio, y de los progresos de todos los pueblos, demostrados con datos estadísticos y con pruebas aritméticas.

Eso no obstante, Varela conservaba su gusto por las bellas letras, y nadie era más competente que él para emitir un juicio literario.

Tenia gran facilidad para hablar idiomas; ademas del francés y el italiano, que hablaba desde Buenos Aires, adquirió el inglés en Montevideo, ya hombre, y sin maestro; razon por la cual era la lengua que manejaba con menos perfeccion.

Dió á la prensa algunas de sus defensas en el foro, y publicó varios panfletos políticos y muchos artículos en los diarios de Montevideo. Todos estos trabajos merecieron siempre universal aceptacion. Muchos de ellos fueron traducidos á otros idiomas en esta capital y en Europa.

El *Comercio del Plata* es el trabajo más sério y concienzudo que nos queda del Dr. Varela. No solo ha realizado una completa reforma en el periodismo entre nosotros, por el tono de modera-

cion y las tendencias progresistas de este diario, sinó que ha dejado en él completamente ilustradas las cuestiones más importantes que han ocurrido en la presente crísis.

Los cuatro tomos que deja publicados de la *Biblíoteca del Comercio del Plata*, forman una interesante colección de obras relativas á la historia y la geografia de Sud-América. Entre estas, figuran dos traducciones suyas; la una es la vida de Nuñez Balboa por Washington Yrving; la otra, el Ensayo de Rengger y Longchamp sobre el Paraguay. El tomo que encierra la coleccion de *Tratados y Constituciones Americanas*, es de la mayor importancia.

—

La rectitud y la bondad, formaban el fondo del carácter de Varela.

Tenia por su anciana madre una veneracion ejemplar. Cuando hablaba de ella delante de sus hijos, se advertia el empeño que ponia en hacer que estos participasen del respeto y del amor que él la profesaba.—Lo mismo era para con sus hermanos.—En su boca solamente habia elojios para los suyos.—De ese modo cimentaba la union estrecha y la moralidad intachable que siempre ha distinguido á su familia.

Amaba á sus amigos, como á sus hermanos, y sus amigos eran muchos. Los tiene donde quiera que ha estado en contacto con sus semejantes; tanto en su patria, como aquí; lo mismo en el Brasil, que en Inglaterra y en Francia. Era realmente imposible acercarse á este hombre, siempre afable, sin amarle.

Ameno en su trato, prudente en sus consejos, civil con todo el mundo, nadie se separó de su lado sin estimarle. Si su asesino hubiese hablado diez minutos con él; no habria tenido valor para herirle.—Si le hubiera tratado un dia, no habria podido ser su enemigo.

Poseia en alto grado el talento de la conversacion; y era preciso que su interlocutor le causára mucho tedio, para que el diàgolo no se mantuviese animado y siempre sostenido por él.

Con nadie se esforzaba tanto en ser amable como con los extranjeros. Miraba como un deber atenderlos y servirlos, quizá por esa simpatia natural que se establece entre los que sufren una misma desgracia: la de vivir fuera de la patria.

Como un obsequio al extranjero, y como un medio de instruccion propia tambien, hablaba en sus respectivos idiomas á los Franceses, á la Ingleses, á los Portugueses y á los Italianos que frecuentaban su casa.

En esto, Varela sentia un placer especial, que era muy fácil advertir en él cuando se reunian en su escritorio varias personas de distintas hablas.

Tan atento y tan afable era con sus hijos en su casa, como con los extraños en la calle.

Amaba como un padre á todos los que de él dependian, sobre todo á los empleados en su establecimiento de Imprenta, y era extremado el interés que tomaba en el porvenir de algunos jóvenes aprendices que en él se formaban.

La patria era el ídolo de su corazon; pensaba en ella todos los dias y en todas las horas. Toda su esperanza era volver á ella con sus hijos; todo su deseo servirla con sus talentos y sus luces.

Hojeando los apuntes de su viaje á Inglaterra, se encuentra á cada paso que si queria ver y aprender, era con la mira de importar en su país, ó de contribuir con sus consejos á que en él se impòrtáran, los progresos de todo géneró que presenciaba en aquellos grandes centros de la civilizacion.

La integridad y la rectitud de su carácter eran de todos conocidas.—Era

sabido que en su estudio de abogado solo se defendia la justicia, y los clientes de Varela llevaban por su parte la ventaja de que la conciencia pública estaría prevenida en su favor desde que Varela les defendia.

Nunca puso en conflicto á sus clientes por exijencias de dinero; ha muerto, y todavia muchos le deben honorarios del año 38 y 40.

Su moralidad sin tacha, estaba á la vista de todos; y su evidencia misma, nos ahorra de detenernos en este punto.

Los desengaños que iba adquiriendo, y la experiencia de la revolucion, le habian hecho volver los ojos á la juventud que cultiva el espíritu y esperar en ella. La siguientes carta, muestra sus sentimientos respecto á la generacion que venia tras de él:

«No puedo conceder á usted los dictados que me dá: pero de cierto, Luis, amo con pasion, con ternura, con el ardor de la esperanza, á la juventud estudiosa *y moral:* me gusta fomentarla, ayudarla cuanto puedo, por inclinacion de mi corazon, y por deber de patriotismo: porque tengo en esta juventud más fè que la que tiene ella misma.

«Nada, nada, ni mis infortunios personales, ni la pérdida de mis años y de mi salud en el destierro, me duele tan hondamente, en el naufragio de nuestra patria, como el ver errante, sin centro de union, sin aplicacion inmediata, á esa juventud llena de vida, que tal vez la malgaste como yo, en el suelo del extranjero. Créame V., Luis, busco la sociedad de Vdes., porque *nada*, despues de los cariños domésticos, me desarruga la frente y me desanubla el espíritu, como la sociedad de los jóvenes que encuentro puros de corrupcion y de infamia, en la época en que todo se corrompió; y entregados al estudio, cuando todos escarnecen al que desea ilustrarse.—Mayo 26—1841.»

Florencio tenia un alma muy noble; con facilidad se elevaba á la altura del entusiasmo. Los actos de valor, de virtud, de heroismo, hacian vibrar su corazon, y llenarse de lágrimas sus ojos.

Varela tenia un espíritu sumamente activo. Cuando estaba ocupado en su casa en pormenores domésticos, ó en trabajos manuales, á que era muy dado, pasaba el tiempo recitando en alta voz trozos de Virgilio, de Manzoni, de Byron, de Quintana, ó de los Salmos. El trabajo contínuo de la redaccion de su diario iba gastando un poco esta costumbre, que siempre tuvo hasta el año 45.

Dotado del natural elevado que hemos tratado de describir, era necesario que este varon justo supusiera siempre en sus semejantes las mismas cualidades que adornaban su alma. Asì, jamás creyó encontrar en las personas que se le acercaban defectos, ni malas inclinaciones. Acogia á todo el mundo con la mayor franqueza; de nadie desconfiaba nunca. Nada era, por consiguiente, más fácil que hacerle caer en una celada.

Por otra parte, tenia el más alto desprecio por la doctrina del fatalismo; la palabra suerte para él no significaba nada.

Varela era muy festivo en su trato familiar. Reia mucho, y le gustaba que todos los que le rodeaban fuesen de humor alegre. Todo hombre chistoso y decidor le caia en gracia.

En el interior de su familia pasaba horas enteras jugando con sus hijitos, materialmente como un niño.

Eso no impedia que fuese en extremo grave siempre que las circunstancias lo requerian.

Era fiel á su palabra, muy reservado, é impenetrable para guardar un secreto. A estas cualidades, propias de un hombre nacido para los negocios públicos, se agregaba el dominio de sí mismo, y

la facilidad con que sabia disimular sus impresiones.

Varela era modesto, aunque á muchos no lo pareciera. Muchas veces habia recibido elojios personales para publicar en su diario, que él siempre rechazó.

Recientemente, en un artículo muy notable de un papel europeo, que se reprodujo en el *Comercio del Plata*, del 3 de Marzo ùltimo, se decia, que Buenos Aires seria feliz cuando lo gobernasen hombres como Rivadavia, San Martin y Varela.—Florencio hizo suprimir su nombre.—Jamás hacia mencion de los testimonios honrosos que en los diarios europeos y americanos encontraba del aprecio con que eran recibidas sus producciones.

Aunque su diario no representaba las opiniones de un círculo, Varela oía las opiniones de sus amigos, las pedia á alguno de ellos, y las adoptaba. Hacia esto, sobre todo, en las circunstancias delicadas; pero es preciso decir, que cuando leía sus artículos á esos amigos, siempre obtenia la unànime aprobacion de ellos.

—

Don Florencio Varela era de estatura regular, delgado, de bella presencia y porte caballeroso; tez morena, rostro descarnado, frente despejada, cabello negro, ceja abundante sin ser señuda. Su ojos negros y espresivos, su boca movible y dispuesta á la sonrisa; todo su conjunto revelaba á la primera mirada inteligencia y sensibilidad. Su fisonomia reflejaba todos los sentimientos y pasiones bajo cuya influencia se encontraba su alma.

Su accion, sus movimientos al hablar, acompañados de una palabra persuasiva y seductora, su modo insinuante y el tono de conviccion y sinceridad con que emitía sus ideas, cautivaban inadvertidamente á quien le escuchaba. Poseia, sin disputa, todos los accidentes del orador.

En la conversacion familiar su voz era insonora; pero cuando esforzaba su órgano para espresarse con vehemencia, su entonacion subia y la voz adquiría sonoridad. Desde sus primera edad fué despejado; nunca tuvo encojimiento ó falsa vergüenza.

Vestia siempre con esmero, y le gustaba mucho la elegancia y el aseo en todo.

Era sumamente arreglado y metódico. Tenia en el mayor órden sus papeles. Cuidaba sus libros como alhajas delicadas. Jamás escribia con una pluma mal cortada, ó con mala tinta; detestaba la afectacion que muchos tienen de ostentar desaliño en estos pormenores; para él era antipático todo lo que no era esmerado en esa línea.

Amaba con delirio la pintura, el dibujo y la escultura; pero carecia absolutamente del sentido musical. Su alma era insensible á los encantos de la armonia y ni una sola vez en su vida se entregó á los placeres de la danza.

Tampoco conocia lo que llaman placeres de la mesa, nunca cometió ningun exceso vergonzoso. Siempre fué sóbrio y honesto.

La vida sedentaria habia estragado su físico, que era robusto por constitucion. Padecia frecuentes ataques nerviosos, y desórdenes gástricos; pero sus médicos opinaban que habria sido de larga vida.

—

Vamos ahora á hacer el esfuerzo de consignar aqui el modo atroz cómo esta noble vida llegó á un término prematuro.

Los dias anteriores al 20 de Marzo habian sido de grande agitacion para los habitantes de Montevideo. Por momentos eran esperados los nuevos agentes que la Inglaterra y la Francia enviaban para poner término á la desgraciada situacion de estos paises.

Los compromisos políticos de Varela,

y la suerte de su larga familia, íntimamente ligada al resultado de la negociacion que iba á entablarse, habian acumulado en esos dias sobre su espíritu sombrios pensamientos ó temores, que le habian puesto en un estado de desaliento é inquietud, que nunca lo conocimos ántes en las más espinosas situaciones.

Puede ser una preocupacion; pero nosotros creemos en los presentimientos fatales. A eso atribuimos el abatimiento de Varela en los dias que precedieron á su muerte, y la desazon en que le tenian las dificultades domésticas que le rodeaban en semejante crísis.

Al fin, el 20 de Marzo los Comisarios régios, llegados á esta rada, debian empezar el desempeño de su mision. La proximidad de un desenlace, la posicion neta en que finalmente iban á colocarse los sucesos, operaron una reaccion sobre el espíritu de Varela, inclinado por naturaleza á afrontar con serenidad toda clase de embates. Pocas veces le hemos visto tan alegre, tan dispuesto, como aquel funesto dia.

Concluido el trabajo del diario que debia aparecer el 21, se dispuso, ya de noche, á hacer una visita; —y para que tengamos nuevo motivo de creer en presentimientos,—su señora le rogó que no saliera, diciéndole que era tarde; pero en realidad, porque no le gustaba que saliese de noche á la calle.

Debemos advertir que, por varios conductos, habian llegado á oidos de Varela indicaciones que debieron hacerle vivir con cautela; pero él, tranquilo en su conciencia, despreciaba altamente esos avisos, y los miraba como sombras que solo podian tener cabida en cabezas pusilánimes.

Aquella noche no hizo caso de los temores de su Justa amada; procuró distraerle hablándola de cosas alegres, y concluyó - este hijo ejemplar!—recordando á su esposa que el dia 25 era el cumpleaños de su madre, y que era preciso que no olvidase los regalitos que los nietos debian llevar aquel dia á la abuela. Este piadoso pensamiento, fué la última recomendacion que debia hacer á la tierna compañera de su vida, á quien vió en aquel momento por la última vez.

Varela se fué, y poco despues su señora salió tambien á ocuparse en la compra de los objetos con que debia festejarse el dia 25.

Al volver la señora á casa, vió en la acera de enfrente, un hombre que le pareció sospechoso—nada más que por presentimiento. Entró á prevenir de esto á su marido, pero aun no habia vuelto, y apenas subió, se acercó á los postigos del balcon para observar á aquel hombre que la tenia inquieta. La luz de la habitacion en que estaba, la impidió distinguir nada en lo exterior.

Varela regresó de su visita, muy contento. Halló en su escritorio algunos amigos, y sin necesidad ninguna, tal vez por el solo deseo de hacer un servicio, tal vez porque asi lo queria esa *suerte* en quien él no creia, —volvió á salir, diciendo á sus amigos que *volveria en el acto*. Su objeto era dar al señor Mac Leon una contestacion relativa á un asunto judicial que éste le habia encomendado. Salió acompañado de un amigo.

En esos momentos, uno de sus hermanos se ausentó tambien de la casa por diez minutos; bajó á la calle hácia el muelle, y regresó por el lado opuesto. En su tránsito por toda la cuadra nada vió que le llamase la atencion; solo recuerda que la calle estaba muy sola, talvez porque la gente habria afluido á la calle del 25 de Mayo, por donde á la sazon pasaba un batallon que marchaba á embarcarse. Al entrar en casa salian dos de los operarios de la imprenta, y estos cerraron la puerta que aquel halló abierta al entrar.



LE TRASPASÓ EL PECHO

Entre tanto Varela volvia á su casa por la calle del 25 de Mayo; cerca de la Sala de Residentes habló un momento con un jefe de marina extranjero; en la cuadra siguiente se detuvo otro instante con el señor Ministro de Hacienda. En seguida continuó solo.

Tres minutos, á lo mas, haría que el hermano, de que se ha hecho mencion habia entrado al escritorio, que dá á la calle, cuando las cuatro personas que estaban en él oyeron tres golpes á la puerta.

E inmediatamente que el último golpe habia sonado, llegó á sus oidos un corto ruido de pasos precipitados y dos *ayes* lastimeros de agonia, en los que uno de los presentes reconoció en el acto la voz del infortunado Varela. Corrieron á abrir; nadie estaba en la puerta pero algo sé veia en una de la acera de enfrente: alli volaron y encontraron..... el cadáver de Varela, bañado en su propia sangre!

La noche era de luna, acababan de dar las 8; el crímen se habia cometido á 60 varas de la concurrida calle de las tiendas; y sin embargo, el asesino habia desaparecido.

Don Florencio Varela fué herido en la calle de Misiones, puerta número 90, y cayó sin vida á treinta pasos de distancia, en la puerta número 91.

Inmediatamente acudieron facultativos.—Ya eran inútil.—Varela habia sido herido por detrás, probablemente con una daga, que entró por la parte superior de la espalda, y le traspasó el pecho, saliendo la punta por la parte inferior del cuello. La direccion de la herida, de abajo arriba, y el rastro de sangre que se halló en lo alto de la mocheta de la puerta, indican que la persona que le hirió era de baja estatura.

La noticia del crimen llegó al campo sitiador á las 10 de la misma noche; á Buenos Aires, antes de las 48 horas, con tanta rapidez se hizo volar un acontecimiento que importaba una victoria para los enemigos políticos de esta víctima ilustre.

VENCES Y URQUIZA

SIN enemigos ya y sin que nadie se atreviera á protestar ni de pensamiento contra mazorcadas y mazorqueros, entró la federacion al goce tranquilo de las fortunas que habia amasado con sangre unitaria.

Las cárceles estaban sin presos, porque todos habian ido á engrosar las filas del ejército.

Siempre temiendo algun levantamiento, Rosas se preocupaba en aumentar su ejército, rodeándose asi de un poder formidable.

Las provincias todas, bajo la férula del caudillaje más bárbaro, soportaban silenciosamente su yugo, pues no podian hacer otra cosa.

El General Urquiza en Entre-Rios, manteniendo siempre en jaque á la benemérita Corrientes, apoyaba en el Uruguay el poder de Rosas con grandes elementos.

Corrientes, qué nó se dormia y que batallaba siempre, aunque sordamente por su libertad, se puso al fin de pié el año 45.

Su Gobernador y el General Paz formaron una alianza defensiva y ofensiva con el dictador Francia del Paraguay.

Para contribuir á formar el ejército que habia de combatir á Rosas, Francia envió á su hijo Solano Lopez, con un contingente de ochocientos paraguayos.

Pero Solano Lopez no tuvo confianza en sus aliados.

Vió los pocos elementos con que contaban y, temiendo un fracaso, regresó al Paraguay, despues de decir á Paz:

—Con estos elementos y los que yo pueda proporcionarle, no hay para lu-

char con Rosas cuyo poder es formidable.

Yo creí que ustedes tenian unos ocho ó diez mil hombres en pié de guerra!

No por esto desmayaron los correntinos!

A costa de sacrificios incalculables, llegaron á formar un ejército que podia tomar proporciones fabulosas.

Urquiza, por mas que quisiera ocultarlo, olió la patriada correntina y dió inmediatamente aviso á Rosas, quien le contestó deshiciese en el acto aquel pequeño estorbo.

Urquiza dejó á su hermano de Gobernador delegado, y con un fuerte ejército marchó sobre Corrientes.

El ejército correntino al sentir la proximidad de Urquiza, abandonó la Capital y se retiró á Vences, donde se fortificó protegido por una cañada que lo rodeaba, cañada muy pantanosa y llena de agua.

En aquella cañada, donde aglomeraron todos sus elementos, creyeron que podrian resistir á cualquier ataque de Urquiza, por impetuoso que fuera.

Urquiza entónces, jóven y ardoroso, no era hombre que vacilaba mucho en la actitud que debia adoptar.

A pesar de la buena situacion del enemigo y de sus elementos no despreciables, Urquiza formó en batalla, y escalonando sus escuadrones de caballeria, mandó dar una carga á fondo.

Los Entre-Rianos fueron recibidos por un fuego de fusileria y artilleria, que los obligó á dar la espalda antes de llegar à la cañada.

Urquiza rehizo su tropa y poniéndose á la cabeza él mismo, llevó la segunda carga, que por impetuosa que fuera y por más prestigio que tuviese Urquiza fué rechazada como la primera.

La infanteria y artilleria Entre-riana empezaron entónces á jugar fuertemente, haciendo verdaderos estragos entre los Correntinos, que como leones se defendian respondiendo al fuego.

La tercer carga de caballeria, más impetuosa y fuerte que las dos anteriores, pronunciaron la victoria por parte de Urquiza.

Las tropas Correntinas fortificadas en Vences, tuvieron al fin que capitular, creyendo que así escaparian al esterminio.

Habian muerto durante el fuego la mayor parte de los Jefes, entre los que figuraba el General Bezon de Estrada y no tenian ya objeto en la resistencia.

La batalla de Vences, como todas las ganadas por las tropas de Rosas ó corifeos suyos, tuvo el mismo final que el Quebracho, etc.

La más brutal carniceria del vencido.

Los que salvaron á la matanza fueron los que pudieron escapar aprovechando la confusion del combate.

Los demás cayeron bajo el facon de aquellos bárbaros.

Despues de la derrota de Vences, el partido liberal volvió á llamarse á silencio y el litoral enmudeció bajo el sable de Urquiza, como habia enmudecido el Interior bajo el puñal de Oribe.

Corrientes fué amarrado como Tucuman, como Mendoza y como Salta.

El general Urquiza bajó á Corrientes y arregló su administracion provisoriamente, hasta que Rosas la organizase de una manera definitiva.

Arregladas así las cosas en Corrientes, Urquiza regresó á Entre-Rios, de donde era el pequeño Rosas.

La administracion federal siguió desde entónces marchando sin mayor contrariedad, que las reclamaciones de los Ministros Inglés y Francés, reclamaciones que llegaron hasta originar el segundo bloqueo.

Esto era lo peor que podia hacerse, pues el bloqueo recaía inmediatamente sobre los súbditos de las naciones blo-

queadoras en la ciudad que eran perseguidos y saqueados.

Muchas veces los ministros de aquellas naciones buscaron un arreglo, sin poderlo nunca conseguir.

Rosas queria arreglar la navegacion de los Rios de una manera que solo á él conviniese, y á ello no se prestaban las potencias estranjeras, cuyas misiones habian fracasado todas.

El año cuarenta y ocho llegaron con aquel objeto el baron de Gross, comisionado por el Gobierno Francés y un Ministro de los Estados-Unidos.

Pero estas dos misiones no tuvieron mejor resultado que todas las anteriores.

Era tal el estado de soberbia á que habia llegado el insolente tirano, que la persona de un ministro estranjero no le merecia mayor respeto que un salvaje unitario.

Residia entónces en Buenos Aires el baron Picolet d'Hermillon, encargado de negocios del Rey de Cerdeña.

Este caballero digno y apreciable, no se habia prestado jamás á esas adulaciones rastreras de que echaban mano los que querían marchar con el gobierno.

Esto bastó para que Rosas lo declarara un pillo, indigno de habitar la Confederacion Argentina, viviendo bajo el mismo techo que sus leales mazorqueros.

Y sin andarse en mayores contemplaciones, tiró un decreto, con fecha 2 de Setiembre de aquel año, por el cual se obligaba á d'Hermilon á salir del pais inmediatamente.

Los fundamentos de este decreto eran que el gobierno tenia conocimiento pleno de que el tal ministro estaba complicado en manejos unitarios y en contínua comunicacion con los enemigos de su gobierno.

Esta situacion tan tirante vino á arreglarse cuando se instaló la República Francesa, siendo estos mismos arreglos los que hicieron estallar la bomba á los piés de aquel tirano mal decido.

La Repùblica Francesa envió á Buenos Aires un enviado especial, el contra-almirante Lepraidoux, para arreglar de cualquier manera la navegacion de los rios, tan necesaria para el comercio de todo el mundo.

Asociado éste al Sr. Southern, Ministro Plenipotenciario del gobierno inglés, empezaron á hacer sus trabájos con bastante facilidad.

Allanadas todas las dificultades que se oponían á la realizacion del convenio, quedó espédita la navegacion del Rio de la Plata, para todas las naciones estranjeras.

Los beneficios que se reportaron fueron escasos en relacion, pues los arreglos de los tratados de paz celebrados el 24 de Noviembre del mismo año, eran del todo esclusivamente favorables á Rosas.

En ellos se fijaba, como un derecho privado de la República Argentina, la navegacion de los rios Paraná y Uruguay.

Aquello, como todo lo demás, venia á ser un patrimonio esclusivo de Rosas, puesto que de todo disponia él á su entera libertad.

Los mismos Gobiernos del Litoral, para navegar aquellos rios, tendrian que pedir permiso al *patron*, permiso que sabian de antemano les seria negado, pues Rosas no queria fiarles ningun poder marítimo que pudiera importar una mala jugada á su gobierno.

Asi la dictadura venia á echar poderosas raíces eternizándose de una manera indefinida.

El General Urquiza, con este motivo, abrió el ojo, y el tigre de Montiel empezó á sacar las garras.

La Provincia de Entre-Rios, bien organizada y aliada con Corrientes, podia

constituir un fuerte poder que contrarestase el de Rosas.

Esta alianza por lo ménos, lo ponia en condiciones de buscar otras ventajosas, ya en Montevideo, cayéndole á Oribe, ya en el Paraguay halagando la ambicion desmedida de Francia.

El General Urquiza era un hombre de una ambicion desenfrenada por el poder.

Se habia deslumbrado ante la omnipotencia de Rosas, y más de una vez habia cruzado por su cerebro la idea de suplantarlo.

Urquiza era un hombre de ninguna ilustracion y de una educacion escasisima.

Pero poseía una viveza natural y una astucia capáz de competir con ventaja con la misma viveza de Rosas.

¿Por qué no podia ser él lo mismo que Rosas, mucho más si subia al mando supremo, rodeado de una aureola de libertador glorioso, á quien los pueblos deberian estar eternamente gratos?

Estas ideas empezaron á germinar en su cerebro, y él empezó á acariciarlas, ocultándolas hasta á aquellos en quienes tenia depositada toda su confianza.

Era preciso proceder con una cautela asombrosa y con una sagacidad insuperable.

Prestijioso en Entre-Rios al estremo de levantar toda la Provincia á su solo llamado, maduró su plan y resolvió dar el gran golpe.

PRONUNCIAMENTO DE URQUIZA

CON gran sagacidad y una increíble reserva empezó á disciplinar y armar grandes masas de caballería, por ser esa su arma predilecta y en la que mayor confianza tenia.

No estoy tranquilo con los correntinos, escribia un dia á Rosas.

Me parece que andan haciendo movimientos de tropas algo sospechosos y no será estraño que el dia mènos pensado tenga que caerles de firme.

Por lo pronto, me voy allí á ver por mis ojos lo que sucede para poder informar con exactitud á V. E.

Y Urquiza pasó efectivamente á la provincia rival pero con muy distinto objeto del que comunicaba á Rosas.

Urquiza iba á mover á Corrientes, haciendo un pacto de alianza con su Gobernador, para combatir la tiranía que tanto habia defendido ántes.

Rosas por su parte tenia en Urquiza una confianza ilimitada.

Lo creia su brazo derecho en el litora como que así lo habia sido realmente.

Así es que no dudó un momento de la veracidad de la comunicacion, contestando á Urquiza que procediese no mas, y que al menor síntoma de revuelta apretase á Corrientes, fusilando á todos los Salvajes Unitarios que alli hubiese, para limpiar la provincia de sabandijas.

Urquiza entre tanto, habia concluido su alianza con el Gobernador de Corrientes, quien levantaría en el acto todo su ejército, al que Urquiza debia proveer de los elementos que le faltaran.

Una vez pronto el ejército, debia mandar aviso á Urquiza, quien acudiria con sus entre-rianos como si viniese á batirlos, pero en realidad para incorporársele, engañando así á Rosas el mayor tiempo posible, para maniobrar sin obstáculos.

El Gobierno de Corrientes, más entusiasta y ménos precavido, no obró con el sigilo de su aliado, y pronto llegó á oídos de Rosas que en Corrientes se estaban preparando soldados y elementos para nuevos escándalos, como él llamaba á los movimientos unitarios.

En el acto escribió al General Urquiza, estrañando se hubiera descuidado, y recomendándole que en el acto fuese

á Corrientes con sus entre-rianos, disolviera aquel ejército farsáico y remitiese al Cuartel General de Santos Lugares á los cabecillas del movimiento, fueran quienes fueran.

Esto era lo único que esperaba Urquiza para moverse con su ejército sin inspirar la menor desconfianza.

«En el acto salgo con un fuerte ejército, escribió á Rosas, porque el levantamiento es sério.

«Espero que en ocho ó diez dias podré comunicar á V. E. las más satisfactorias noticias.»

Y marchó á Corrientes en la creencia general de que iba nuevamente á someter la provincia rebelde.

Reunidos los dos ejércitos, con los fuertes elementos que Urquiza llevaba, presentaron un número de fuerza respetable.

Pero no pareciéndole esto bastante se entendió con el gobierno del Brasil celebrando un pacto por el cual el Imperio ayudaria al General Urquiza con sus tropas de mar y tierra y sus mejores elementos.

Ya la tirania de Rosas se hacia pesada para toda la América, y era necesario suprimirla cuanto antes.

El 1° de Mayo de 1851, el General Urquiza lanzó su gran proclama á los pueblos de la República, invitándolos á la guerra para libertar á la Nacion Argentina de aquel tirano malvado y sanguinario.

La noticia de todos estos acontecimientos y la proclama de Urquiza, cayeron como una granada formidable en todos los pueblos de la República que vieron brillar, con más certeza que nunca, una esperanza de libertad.

Fué en Buenos Aires donde el efecto se sintió más hondamente.

Los federales temblaron y acudieron presurosos á Palermo y á Santos Lugares, no queriendo dar crédito á la noticia.

Y se encontraron con que Rosas era el que menos la creia.

—Esto es una perfidia unitaria para dañar al General Urquiza, que es el único freno que tienen en el litoral y ponerlo mal conmigo.

Yo necesito más pruebas para creer en la traicion del General Urquiza.

Pero aquellas pruebas no tardaron en venir, terribles y terminantes.

No solo era cierto que Urquiza se habia levantado con Entre-Rios y Corrientes, proclamando la guerra contra él, sinó que, lo que más le enfurecia, se habia aliado al Brasil, tan detestado por él.

Rosas se aterró á su vez y empezó á aglomerar todos los elementos de guerra de que disponia pasando aviso á los gobernadores del interior para que á gran prisa se aprontaran para la guerra.

El General Urquiza era un enemigo terrible por su gran influencia y prestigio, cuanto por sus dotes militares.

Era talvez el único enemigo capaz de infundir algun temor á Rosas.

—Ese miserable se ha vendido al oro inmundo del Brasil, esclamaba temblando de furor y de miedo.

Y el grito de ¡Muera el loco, traidor, salvaje unitario Urquiza! resonó en todas partes.

Los unitarios llenos de fé y esperanza, apenas se atrevian á creer semejante fortuna.

En lucha Urquiza contra Rosas, dados los elementos con que aquel contaba, no habia que vacilar.

La caida del tirano seria un hecho fatal é ineludible.

Y por lo mismo que así pensaban, disimulaban del mejor modo que les era posible, asistiendo á las manifestaciones contra Urquiza, el loco, traidor, Salvaje Unitario,

Rosas escribia á todos sus jefes de importancia llamándolos á Palermo, pues era preciso salir al encuentro de

Urquiza antes que Urquiza viniera á atacar la ciudad, de lo que era muy capaz.

Entre tanto Urquiza con un ejército de cuatro mil hombres, habia pasado el Uruguay y tomado á Paysandú.

Allí proclamó á los pueblos del Estado Oriental para que lo acompañaran en su cruzada libertadora y estableció el cuartel general de sus operaciones.

Los orientales estaban cansados de lucha y de sacrificio, pero ante causa tan santa y cruzada que se presentaba con tantas probabilidades de éxito, no vacilaron en brindar su contingente generoso.

El primer jefe que se le presentó con una division de mil quinientos orientales fué el benemérito don Servando Gomez.

Urquiza lo nombró jefe de Vanguardia, concluyendo así de organizar su ejército.

Entre tanto, doce mil brasileros esperaban en la frontera las órdenes del General Urquiza, para entrar á Paisandú, mientras la escuadra imperial interceptaba toda comunicacion entre Oribe y Rosas.

Esto era lo que mas contrariaba al tirano.

Habia contado con Oribe como único jefe capáz de ir á estrellarse con Urquiza, y se encontraba con que tenia que renunciar á él por no poder comunicarle sus órdenes y enviarle elementos de guerra que caerian en poder de los brasileros.

La desesperacion y furor de Rosas eran tan terribles, que se descargaban sobre aquellos de quienes más necesitaba en su angustiada situacion.

Urquiza marchó sobre Montevideo, donde entraria fácilmente, por los odios que en su contra habia levantado Oribe y la cantidad de enemigos que allí tenia, quienes para levantarse solo esperaban un pequeño apoyo.

Oribe midió sus fuerzas, y vió que no podia resistir á Urquiza, cuyos elementos eran poderosos.

Convencido de esto y viendo que al fin toda la República se levantaria en su contra, privado del fuerte apoyo de Rosas por la escuadra brasilera, celebró con Urquiza un pacto de rendicion, entregándole no solo el ejército, sinó todos los elementos que con tanta generosidad le diera Rosas.

Rodeado de enemigos por todas partes y temiendo que estos atentaran contra su vida, Oribe abandonó por completo toda esperanza de triunfo para él como para Rosas y se embarcó para España.

Urquiza empezó entónces á dar una organizacion definitiva á su ejército ya poderosìsimo.

Muchos jefes y oficiales que estaban con Oribe, se retiraron del ejército usando de la libertad en que los dejaba Urquiza, pero prometiendo no tomar las armas á favor de Rosas.

Algunos de estos, creyendo que los elementos de Rosas fueran insuperables y que á la larga, el triunfo, como siempre, fuera suyo, escaparon de Montevideo y burlando la vigilancia de la Escuadra, pasaron á Buenos Aires, presentándose á Rosas.

Entre estos jefes iban el célebre Ramon Maza y Gerónimo Costa, á quienes djó Rosas el mando de los mejores cuerpos.

Otros jefes y oficiales que intentaron hacer lo mismo fueron ménos afortunados.

Sentidos por las fuerzas de Urquiza, fueron tomados prisioneros y conducidos ante el General en jefe, quien, constatado el delito los hizo fusilar, sin otra formalidad.

Entre estos desgraciados cayó el Mayor José Suarez, jefe de las milicias del Norte y otros muchos.

Las fuerzas de linea que guarnecian la plaza fueron reincorporadas al ejército

libertador y puestas á las órdenes del intrépido general César Diaz, el oficial más brillante de toda la Banda Oriental.

Con todos estos elementos y algunos más que fueron agregándosele poco á poco, Urquiza reunió un ejército de treinta mil hombres, perfectamente organizado y disciplinado, no careciendo de nada.

A más era aquel un ejército entusiasta, lleno de brios, con una fé profunda en su jefe, y que deseaba ardientemente el dia de la batalla, para concluir de una vez con la infame tiranía.

El general Urquiza emprendió su marcha, dando colocacion en el ejército á todos los jefes y oficiales que diariamente se le iban presentando, entre ellos el Coronel Aquino.

Un cuerpo de caballeria mandado por el Coronel José Aguilar, se sublevó y degollando á éste, buscó la incorporacion de Rosas.

Urquiza forzaba sus marchas cuanto le era posible, sin fatigar demasiado á su tropa.

Deseaba llegar cuanto antes y obligar á Rosas á la batalla final de su dictadura.

El ejército de Rosas era más numeroso aún que el de Urquiza, pues hacia mas de dos años que venia remontándolo y equipándolo.

Comprendia que en él descansaba todo su poder y queria tenerlo en un pié respetable.

Se tenia gran desconfianza de unos seis mil infantes destinados al servicio de las armas por unitarios y temiendo una sublevacion se resolvió no darles municiones hasta el dia de la batalla.

Rosas sabia que con Urquiza venian numerosas tropas federales de las que habian servido con Oribe, Maza etc., y trató desde el primer momento de atraerlas hácia sí.

Para ello empezó á protejer y auxiliar á las familias de todos los soldados federales que venian con Urquiza, preparándolos así segun decia, para pasarse à sus filas el dia de la batalla.

Los acontecimientos se precipitaban rápidamente, y aquella no podia tardar.

LA VÍSPERA DE CASEROS

EL levantamiento de Urquiza y su aproximacion á Buenos Aires con ejército tan numeroso, habia trastornado el majin de los federales, que andaban con un cerote de todos los diablos.

A este jabon federal contribuia poderosamente el bombo desmedido que Rosas dió siempre á Urquiza, asegurando que era el primer militar de la América, despues de él, se entiende.

Rosas se creia poderosamente fuerte é invencible al revistar su numeroso ejèrcito, porque no contaba con que, en el momento del peligro, todos aquellos soldados serian otros tantos aliados del enemigo.

El entusiasmo de la ciudad era inmenso, demostrando sus habitantes que estaban dispuestos á defender la federacion hasta el último esfuerzo.

Era que los unitarios eran los más apurados en fingir aquel entusiasmo patriótico, no solo para escapar á las persecuciones terribles de última hora, cuanto por tener más confiado al tirano.

Asi se les veia afilando sus enormes sables en las piedras de la vereda, ó limpiando sus escopetas y fusiles en los balcones y puertas de calle.

En toda manifestacion, funcion ó reunion de ciudadanos, no se oian mas gritos que los de: ¡Muera èl loco, traidor salvaje, Unitario Urquiza! ¡Mueran los macacos sus aliados!

Y estos mueras servian de lema, no solo en el encabezamiento de las notas oficiales sinó en las mismas cartas con-

fidenciales que se cambiaban entre los hombres del gobierno y mundo federal.

Cada mazorquero contaba por cientos el número de rabos que habia de cortar á los macacos, y por docenas las puñaladas que habia de pegar al loco, traidor, salvaje unitario Urquiza.

En las principales plazas de la cuidad, y sin contar los quemados en Sábado Santo, se prendian continuamente judas que llevaban al pié y en grandes letras celestes, el nombre del personaje que representaban.

Uno era el loco, traidor, salvaje Unitario Urquiza, otro era el pardejon Rivera, otro el mulato asqueroso Flores, y otro en fin, el emperador de los *macacos*.

Porque Rosas habia prohibido terminantemente por medio de decretos, que se llamara de otro modo á los Brasileros.

Parece increible, pero en el Archivo de Policia existen notas de Rosas, de su puño y letra, referente á los judas, como la siguiente:

—El que debe quemarse en la Plaza de la Victoria llevará el letrero: el loco, traidor, salvaje Unitario Urquiza. El pardejon Rivera, al que debe quemarse en la Plaza del Retiro. El Emperador de los macacos al que se queme en la Plaza Concepcion y el mulato Flores el de la Plaza nueva.

—Todos estos judas serán pintados y vestidos de celeste, y para mayor escarnio adornadas sus orejas y sombreros con perejil y pasto.

—La Policia antes de prenderles fuego, permitirá al pueblo federal todas las manifestaciones que le sujiera su justa y santa indignacion, como pedradas, cortadas de oreja y todo lo que no importe una destruccion del júdas, para que pueda quemarse como es debido.

J. M. Rosas.

En Palermo y Santos Lugares, la tropa tenia igual entretenimiento.

Allí se fabricaban enormes muñecones, bautizados y pintarrajeados de la misma manera.

Con ellos se entretenia la tropa federal antes de prenderles fuego, dándoles de azotes, poniéndolos al cepo y haciendo con ellos toda clase de maldades.

Al muñeco que representaba el Emperador del Brasil no se le ponia mecha al pié como á las demás.

Su distintivo era una corona de verdura y una enorme cola de bayeta colorada.

A estas fiestas de los cuarteles asistia el mismo Rosas, acompañado de Manuelita y de toda su corte de mulatos encargados de dirijir á los judas toda clase de injurias y bufonadas.

Como si presintiera el ódio implacable que le tenian los unitarios condenados al servicio de las armas y quisiera evitar con ello un desbande, Rosas se habia dulcificado con aquellas víctimas de una manera notable.

Habia recomendado á los jefes de cuerpo, no solo que no castigaran á los soldados destinados, sinó que les dispensaran las faltas leves que pudieran cometer.

—Es necesario ser humano y bueno con los leales defensores de la santa causa, les decia, tratando de hacerse oír de todos.

Las familias de estos soldados eran atendidas por el Gobierno en todas sus necesidades, empezando por hacerles devolver los bienes pocos ó muchos que se les hubieran embargado.

Los ciudadanos que estos beneficios tardíos recibian, comprendian muy bien su oríjen, y solo esperaban el dia de la batalla para desahogar contra los verdugos, su corazon tanto tiempo oprimido por toda clase de martirios y vejámenes.

Oh! el dia de la batalla iba á ser rico en desengaños terribles para el miserable tirano!

Lástima que su profunda sagacidad le hizo preveer con mucha anticipacion todas las consecuencias de una derrota!

Con ménos astucia y cobardia por parte de Rosas, el memorable 3 de Febrero hubiera sido un dia completo!

Así como los frailes y curas predicaban el 40 y 42 santificando el esterminio de los salvajes unitarios y sus inmundas crias, el 50 y 51 predicaban santificando el asesinato de Urquiza y sus viles aliados los macacos y orientales.

Las borracheras y orgías que celebraba el cura Gaete y demás gente de sotana, no tenian otro objeto.

Al final de ellas se veía desbordarse á la calle, grandes grupos de borrachos de ambos sexos, que entre traspiés y traspiés, barbotaban una blasfemia contra el ejército del General Urquiza.

—Ese dia del triunfo, gritaba Gaete á su público de borrachos, ese dia me he de ir yo mismo á bailar una milonga entre las colas de los macacos!

Y ha de ser con Rosalia! agregaba mirando á una especie de Maritornes seráfica que marchaba á su lado, con más cara de vino que de mujer.

Porque hay que advertir que el cura Gaete habia perdido toda educacion y toda delicadeza, convirtiéndose además de borracho y corrompido, en uno de esos compadrones de nariz roja y palabra precóz que el mundo lunfardo señala hoy bajo el nombre de *atorrante*.

Oh! el cura Gaete era un tipo cuya memoria no debia perderse!

Era un fraile completo, con todos los defectos, vicios y maldades que puede cobijar una sotana.

Cuando decia misa, en vez de echar en el cáliz siempre vino priorato, como se hace hoy, ponia caña ó ginebra, por ser bebida mas federal.

Y con toda la insolencia de su depravacion, lo contaba él mismo, para que no hubiese duda.

En los últimos meses, Rosas empezó á tener miedo de los grandes elementos que amontonaba Urquiza.

Y ocultándolo hábilmente, empezó á organizar todos sus papeles de importancia y á encajonarlos, en cuya operacion lo ayudaba solo su hija Manuela.

Gran cantidad de dinero y joyas fueron encajonados tambien, sin que nadie pudiera apercibirse de ello.

Es que ya Rosas se empezaba á preparar para el duro trance de ser vencido y tener que ponerse en fuga.

Y no era, como lo hemos dicho ya, que careciese de elementos para contrarestar á Urquiza y no tuviese á sus órdenes jefes de primer órden.

Es que desconfiaba de todos aquellos elementos, comprendia el ódio que debia profesarle la mayor parte de aquel ejército, y se precavia contra un cambio de frente inusitado el dia de una batalla decisiva.

Por lo demás estaba completamente tranquilo y lleno de fé en su buena estrella, que hasta entónces no se habia oscurecido ni en broma.

El ejército de Rosas, aquel ejército forzado y formado por unitarios perseguidos, habia adoptado la misma táctica que los unitarios que andaban libremente por la ciudad.

Victoreaban al Brigadier Rosas, héroe de todos los combates y limpiaban contínuamente sus armas, diciendo que las querian tener como un relój el dia de la batalla.

Rosas parecia engañado con aquellas manifestaciones, atribuyéndolas á su táctica de hacerlos tratar bien y proteger á sus familias.

Así es que por este lado, redoblaba sus cuidados.

No atreviéndose á ir en busca de Urquiza, habia resuelto esperarlo para batirlo más eficazmente.

Aglomerando en la ciudad todos los elementos de la campaña y los que pudo hacer venir de las Provincias, antes de

interceptar Urquiza su comunicacion con ellas, dividió en dos su numeroso ejército.

Uno de diez mil hombres, más ó ménos, que debia quedar en la ciudad, y el resto de las tropas con las inmensas masas de caballeria, en Santos Lugares.

El de la ciudad á órdenes del General Mansilla y el de Santos Lugares bajó las órdenes de su segundo jefe el General Pacheco, pues Rosas se habia reservado el puesto de General en Jefe de todas las fuerzas.

Así llegó el 2 de Febrero, en que el General Urquiza, con su brillante y lucido ejército llegó hasta Mercedes y avanzó hasta Lujan.

La batalla era inminente para esa tarde ó la madrugada del 3.

Rosas empezó entónces á tomar sus medidas de última hora.

Para que nadie pudiera sospechar de lo que se trataba, empezó á enviar desde Palermo, y bien escoltados, los cajones que habia preparado de antemano, como si fueran auxilios de guerra á las fuerzas de la plaza.

Estos cajones, que como se sabe ya, contenian papeles, joyas y dinero, eran embarcados por intermedio del Ministro Inglés en un buque de aquella bandera, fletado por Rosas para el caso de una derrota.

Concluido de embarcar este importante equipaje, Rosas remitió tambien á su hija á casa del Ministro Inglés, diciendo que era para librarla del susto de una batalla que seria larga y sangrienta.

De esta manera habia logrado salvar las formas ocultando toda la verdad, que solo su hija Manuela conocia.

Tranquilo por esta parte, reunió á los jefes del ejército en quienes mayor confianza tenia, como el Coronel Chilavert, el coronel Burgos y otros.

Despues de conferenciar largamente con ellos se fué à Santos Lugares, donde hizo llamar al General Pacheco para cambiar opiniones sobre la batalla que debia tener lugar á la siguiente madrugada.

En seguida se trasladó á Monte Caseros, estableciendo su cuartel general en el edificio que allí habia, donde quedó citado Pacheco para lás ocho de la noche.

LA BATALLA DE CASEROS

En la ciudad habia un pánico de todos los diablos entre los más funestos personajes federales.

Convencidos de lo infame de sus crimenes, á ninguno de ellos se le escapaba el fin miserable que tendrian si Dios protejia las armas de Urquiza y Rosas era derrotado.

Así es que durante todo el dia 2 y durante la noche, se les veia circular como idiotas por todas las calles, dándose con los conocidos salvajes unitarios, como si quisieran desde ya ponerse bajo su proteccion.

Cuitiño, Parra, Badia, Troncoso, Gaetan, Amoroso, Alegre y toda aquella falange de bandidos tremendos, parecian presentir su fin fatal.

Y se les veia prodigar sus más alegres sonrisas y favores, á los mismos que el dia antes habian cubierto de injurias y amenazas de toda clase.

Y era esta la mejor señal de triunfo que entendian los unitarios de la ciudad, aquellos que afilaban el sable en el dintel de la puerta y limpiaban la escopeta en el balcon.

En Santos Lugares, el jabon no era ménos espumoso que aquellos que más tenian que temer por el mal causado por ellos durante la tirania.

D. Antonino Reyes miraba en todas

direcciones como si buscase una retirada segura.

Pero solo veia con desesperacion que en el caso de una derrota la salvacion no era posible.

Solo Rosas podia ayudarlo en trance tan amargo pero sabe Dios si podria ayudarse él mismo.

Todos se consultaban entre sí para buscar en el otro la fortaleza que no sentian.

Hernandez olvidaba sus resentimientos y se acercaba á don Antonio Reyes.

Maza charlaba con Jimeno, finjiendo una alegria que estaba lejos de sentir y el terror estaba estereotipado en todos los semblantes.

Era la sombra de los prisioneros del Quebracho, de los Frias y de tantos centenares de mártires ilustres que se les aparecia en la hora suprema, señalándoles un cadalso ó un banquillo.

La mayor parte de las autoridades de campaña á la proximidad de Urquiza se habian ido reconcentrando á Santos Lugares, temiendo caer entre las infinitas partidas que aquel habia desprendido en todas direcciones, lo que facilitó enormemente la incorporacion de los patriotas del Sur y del Oeste.

Como Rosas lo temia, Urquiza habia acampado guardando una formacion intachable para el caso de una sorpresa y preparado todo para traer el ataque en las primeras horas de la mañana.

Sus numerosas partidas recorrian el campo en todas direcciones trayéndole á cada momento prisioneros que lo imponian de cuanto necesitaba saber.

Habia una noticia que Urquiza habia recibido con especial placer: la de saber que Rosas se hallaba en Caseros, y que él mismo mandaria la gran batalla.

Esto era para Urquiza una prueba de que Rosas no pensaba huir y una probabilidad más de que el triunfo seria suyo, porque sabia que Rosas era un militar falto de práctica y que no podria dirijir la accion con acierto.

—No hay mas que esperar el dia, dijo á sus aliados los jefes orientales y brasileros.

Respondo ahora con mi cabeza del éxito de la batalla puesto que vamos á tener enfrente al mismo Rosas.

A ese hombre le ha llegado ya su dia y será preciso que se conforme, puesto que no ha huido como yo me lo temia.

Ya le verá la cara al loco, traidor, salvaje unitario Urquiza!

Entretanto la hora de la cita habia llegado, y el General Pacheco, con todos los Jefes Superiores del Ejército llegaba á Monte Caseros á tener el último consejo con Rosas sobre la batalla del dia siguiente.

El General Pacheco se oponia tenazmente á que la batalla se diera en el terreno que ocupaban.

—Estamos en terreno muy desventajoso, decia, y sumamente estrecho.

Nuestra principal fuerza está en la caballeria que aquí no podrá operar de una manera conveniente y que si llega á sufrir un fracaso, vá á ser envuelta y entónces la derrota será segura.

Es preciso salir más afuera, donde el terreno se preste más á hacer un despliegue unido.

Pero ya era demasiado tarde para elejir el terreno.

No habia más remedio que aceptar la batalla allì, donde la traería el enemigo, pues no era posible ya ni siquiera retroceder para buscar mejor campo á retaguardia.

La discusion se entabló entre Rosas y Pacheco, sobre el mejor terreno de dar la batalla ó de huirla, si el ocupado era malo, para no comprometer su éxito.

Pero Rosas más testarudo ó por tener ya su plan hecho, se sostuvo en que la habia de dar allí apesar de todo.

La discusion se hizo destemplada

hasta que Rosas la dió por terminada, mandando salir á todos los jefes, con escepcion del General Pacheco.

En seguida llamó un edecan y le ordenó hiciera retirar á todos los que se encontraran cerca de la habitacion que ocupaba.

Nadie ha sabido lo que pasó entre Rosas y Pacheco á no ser alguna persona muy allegaba á este último, á quien él lo referiria.

Pero entónces fué un misterio.

Solo los edecanes pudieron sentir que el diálogo se convirtió en un altercado fuerte y enérgico, donde se pronunció alguna que otra interjeccion.

A eso de las dos de la mañana Pacheco salió de allí, montó en su caballo, y seguido de su escolta se fué á su estancia de las Conchas, conocida hasta hoy con el nombre de Talar de Pacheco.

Rosas desde entónces fué el jefe supremo que empezó á disponerlo todo.

Reunió á sus edecanes y ayudantes, con los que comenzó á impartir á los jefes de cuerpo diversas órdenes.

Cambió el santo y mandó colocar doble número de guardias de las que habia, ordenando avanzase una, hasta ver lo que hacia el enemigo.

A las tres de la mañana salió Rosas de su alojamiento, y acompañado de dos edecanes se puso á recorrer á pié la larga línea de sus infanterias y artillerias.

Delante de los cuerpos, y á medida que los iba encontrando, cambiaba ideas con sus jefes mas caracterizados, los Coroneles Diaz, Chilabert, etc.

Despues de revisado é inspeccionado todo, regresó á su habitacion, acompañado del doctor Cuenca, cirujano del Ejército.

Rosas no durmió en el resto de noche que quedaba.

Todo el tiempo lo empleó en pasear por la habitacion, como si alguna idea lo preocupara.

El Coronel Pedro Burgos pidió permiso para hablar con él y siendo introducido, empezaron á tomar mate.

Rosas parecia tranquilo y sin la menor preocupacion.

Cuando el dia empezó á amanecer y se pudo ver lo que pasaba en el campo, ningun jefe podia esplicarse la ausencia del General Pacheco, segundo Jefe del ejército y Jefe de aquella inmensa masa de caballeria.

Y el tiempo pasaba y el General no parecia.

Por diversos avisos de las avanzadas se sabia que Urquiza, tendido su brillante ejército en línea de batalla, avanzaba tranquilamente hácia el campamento de Rosas.

Este esperó un rato todavia, montó en su espléndido caballo tordillo negro, y tomó las últimas disposiciones de la batalla.

Un momento despues, las armas de Urquiza se veian brillar al hermoso sol de Febrero.

La division Oriental, con la bravura y ademan desenvuelto que es caracterìstico al valiente soldado oriental, avanzaba á vanguardia y un poco á la izquierda del ejército, cuya derecha ocupaban los batallones brasileros.

—Es preciso que aquellos macacos vuelvan todos sin rabo, dijo Rosas señalando la division brasilera.

Y fueron aquellas las últimas palabras que le oyeron sus soldados.

Tendidas las dos lineas cómodamente, se inició la batalla por un buen fuego de artilleria, tomando la de Urquiza por blanco las caballerias de Rosas, para desbandarlas, y Chilavert, haciendo converjer los fuegos de los suyos á la division brasilera, que empezó á esperimentar sérias bajas.

Aquella batalla puede decirse que fué un suspiro.

Cuando la infanteria rompió el fuego, aprovechando Rosas la confusion y el estruendo, oprimió con las espuelas los

flancos del tordillo y abandonó el campode batalla, en direccion á la ciudad.

La batalla habia recien empezado, ninguna ventaja se habia obtenido por el enemigo, y sin embargo Rosas abandonaba sus tropas á la derrota, pues no podia esperarse otra cosa de un ejército sin Jefe.

¿Era esto cobardia, apuro de ponerse en salvo previendo un mal resultado, ó la ejecucion de un plan adoptado con toda frialdad desde tiempo atrás?

Quien sabe lo que seria.

En el campo de batalla sucedió lo que era lógico.

La caballeria se desbandó completamente en todas direcciones, y una fuerte columna de infanteria avanzó con el fusil vuelto abajo.

Era la gran masa de infanteria Unitaria que pasaba á engrosar las filas del Ejército Libertador.

Un momento despues el desbande era general y la persecucion se iniciaba por la caballeria de Urquiza.

Solo un hombre permanecia firme sobre el desierto campo, haciendo fuego con una pieza de cañon.

Este hombre era el Coronel Chilavert, el hombre más bravo que haya contado en sus filas el ejército federal.

Chilavert fué hecho prisionero y aún así mismo se le vió hacer supremos esfuerzos por disparar su pieza una última vez!

La disparada fué tremenda: unos hasta Santos Lugares y otros hasta la ciudad.

El General Pinedo y el Coronel Hernandez que disparaban juntos, rodaron con los caballos haciéndose muchas contusiones de consideracion.

El Coronel Santa Coloma fué sacado de la Capilla de Santos Lugares, y fusilado en el acto.

Era imposible contener á los tropas vencedoras, en su zaña contra todo lo que importaba un hombre de la federacion.

En el primer momento mataron á cuantos lograron alcanzar.

Los demás rosines como Maza, Reyes etc; se habian escondido y huido á la ciudad, pues era imposible hallarlos por parte alguna.

Aquello era una disparada terrible y un pánico indescriptible.

No se veia una divisa federal, ni buscándola con el mayor esmero.

Los mismos que hasta entónces la usaron como una garantia de la vida, no hallaban parte bastante oculta para esconderla de manera que no fuese vista por la tropas de Urquiza.

El primer cuidado fué buscar la persona de Rosas, pues ninguno se imaginaba estuviera ya tan á salvo, protejido por el pabellon inglés, al que tanto habia maltratado en la persona de los ministros y enviados ingleses.

La ciudad ofrecia un cuadro de desórden y entusiasmo indescriptible.

Las armas se disparaban, pero en señal de regocijo popular, y por todas partes se veian ondular pedazos de género celeste.

Rosas habia entrado á la ciudad con la tranquilidad de un General que está seguro del triunfo más espléndido.

Habia recorrido las fuerzas que guarnecían la plaza, dirigiéndose en seguida á lo del Ministro Inglés, donde se bajó de su tordillo.

Iba á dar la última manito à sus arreglos de fuga.

¿Contaba acaso Rosas con que el ejército federal sin direccion y sin jefe triunfára en Caseros del ejército libertador?

¿Tanta fé le merecia aún su buena estrella?

Media hora apenas hacia que habia llegado á la ciudad, cuando se presentaron los primeros grupos de caballeria anunciando la vergonzosa derrota.

Era tal el terror de que venian dominados, que anunciaban como la cosa más cierta que el General Rosas habia caido prisionero y que el enemigo venia degollando á cuanta gente le caía á la mano.

El pánico de los derrotados se comunicó á la guarnicion de la plaza, que arrojó sus armas dando mueras al tirano.

Esta fué la señal para que salieran á la calle los unitarios que permanecian ocultos, á respirar las primeras brisas de libertad.

Y aquellos á quienes se habia visto desde la víspera afilar sus sables y limpiar las escopetas, eran los primeras en salir á la calle á lucir sus di disas celestes y vivar á los vencedores.

Y á cada instante nuevos grupos de derrotados venian à aumentar el pánico de los federales.

Los jefes de la mazorca se apresuraron á ganar los sótanos y los pozos de las casas, de donde fueron sacados poco á poco.

Rosas no esperó más.

Salió de casa del Ministro Inglés, acompañado de este y se dirigió al muelle.

El que lo veia cruzar las calles vestido aún con su gran uniforme, no hubiera conocido en él al miserable tirano de la víspera.

Su hermoso y aristocrático semblante se hallaba descompuesto ferozmente por una espresion de ira impotente y reconcentrada.

Sus ojos celestes brillaban con una espresion de ódio infinito y de ferocidad implacable.

Era la fiera que no se resolvia, perseguida por el montero y los perros, á abandonar el teatro de sus sangrientas depredaciones, y que le faltaba el valor necesario para hacer frente y tirar su última dentellada.

Pálido y sombrío, sepultaba la mirada en las largas calles, como si quisiera en su rayo, enviar la muerte á los que las cruzaban, disparando sus armas y victoreando à Urquiza.

—El loco traidor! murmuró en una especie de rugido, es el infierno quien lo ha ayudado!

Y alzó al cielo los puños, en un ademan más colérico, al pisar el borde de la lancha que lo esperaba.

No volveria á ponerlos piés en la tierra que tanto habia ensangrentado!

Poco despues se le veia sobre la cubierta del buque salvador, que levaba anclas, con la vista fija en la ciudad á través de su largo anteojo de marina.

¡Cuantos proyectos de venganza ajitarian su mente!

Quien hubiera podido penetrar en aquella cabeza malvada, para contemplar todo el horror de su pensamiento!

Momentos despues se presentaba en la ciudad el General D. Benjamin Virasoro, gobernador de Corrientes, al frente de una fuerte columna de infanteria.

¿Qué resistencia podia encontrar en una plaza cuya guarnicion habia arrojado las armas y cuyo pueblo lo esperaba con gritos de regocijo y esclamaciones entusiastas?

La plaza se le entregó sin disparar un tiro, y desde el primer momento quedó ocupada á su entera satisfaccion.

Miéntras las tropas correntinas ocupaban los cuarteles del Retiro y demás de la ciudad, el General Urquiza se instalaba en Palermo, en aquel terrible Palermo donde tantas iniquidades se habian cometido.

Allí se mancharon tambien las armas vencedoras, fusilando al Coronel Chilabert por órden de Urquiza y colgando su cadáver en los sauces, como el de un criminal á quien la justicia castiga.

El Coronel Chilabert era un valiente; habia combatido como un leon al pié de sus piezas, allí habia sido tomado prisionero y no merecia la muerte sinó el

respeto y la admiracion que inspira todo el que es vencido de aquella manera.

Los partidarios de Rosas que no fueron tomados con armas en la mano, no solo no fueron perseguidos sinó que ni siquiera se les incomodó.

Solo los criminales conocidos, aquellos que el pueblo señalaba por sus nombres indicando sus guaridas, fueron reducidos à prision á medida que se les iba encontrando.

Los que podian emigrar, temiendo que el vencedor les tomara cuenta de sus crímenes y maldades, ó que el mismo pueblo se hiciera justicia despedazándolos por la calle, lo hacian sin que nadie los molestara.

Asi se fué Maza, el Coronel Costa y muchos otros.

Al dia siguiente la ciudad habia cambiado de aspecto, ofreciendo un cambio harto lastimoso.

Parte de las tropas vencedoras y de las que se habian entregado en la plaza, que vestian ya de la misma manera que aquellos, se habian entregado al saqueo más brutal.

Las casas de familia eran asaltadas por aquella soldadesca desenfrenada, que se entregaba en ellas al pillaje y á los actos más bárbaros.

El pueblo, armado ante aquel peligro tremendo, empezó á defenderse desde las ventanas y azoteas.

El General Urquiza, impuesto de lo que pasaba, mandó al General Virasoro y al Coronel Lista, recorrieran las calles con batallones de infantería, ordenando fueran inmediatamente pasados por las armas todos aquellos individuos que fueran tomados robando, ó que se supiese habian asaltado casas á mano armada.

El General Virasoro dió cumplimiento á la órden, con tal rapidéz, que el saqueo y escándalo terminó bien pronto, mediante una veintena de salteadores que fueron pasados por las armas, amen de los que ya habia muerto el pueblo que se defendia.

Entónces se dirijió á Palermo una comision compuesta del Obispo Escalada, de don Vicente Lopez, Presidente de la Cámara de Justicia, don Bernardo Escalada, Presidente del Banco de la Provincia y don José Maria Rojas.

Esta Comision hizo presente al General Urquiza la necesidad que habia en nombrar en la ciudad alguna autoridad de respeto, pues la Provincia quedaba en un peligroso estado por la carencia de autoridad alguna.

Fué entónces que el General Urquiza nombró Gobernador provisorio de la Provincia, por medio de una nota, al doctor don Vicente Lopez.

Los jefes y oficiales del ejército de Rosas que se entregaron y los que se presentaron despues en Palermo, fueron respetados en sus grados y empleos, sin que la nueva autoridad los molestara ó privara de ellos.

Así terminó en Buenos Aires aquella tirania sangrienta y bestial, que habia durado veinte años terribles cuyo capítulo más sangriento son los del 40 y 42.

LA ÚLTIMA VICTIMA

LA última persona que fusiló Rosas, un mes antes de su caida, fué un jóven Villegas, esposo de doña Dolores Ugarteche, casada hoy con don Francisco Miró.

Villegas residia entónces en Montevideo, bajo la más estricta pobreza, como sucedia á todos los emigrados.

En los ùltimos meses de la tiranía de Rosas, el demonio de la ambicion habia golpeado la mente de Villegas.

—¿A este miserable que ha robado la fortuna de los unitarios, pensaba, porqué no arrancarle una parte de ella, bajo cualquier forma que sea posible?

...usando en todos los medios que ...eran darle por resultado la realiza... ...n de su idea, se detuvo en la falsifi... ...cion de la firma del tirano.

Una órden bien hecha, con la firma ...rreprochable, le parecia el medio más fácil y rápido.

El Banco, no atreviéndose á demorar un minuto el despacho de una órden del tirano la pagaría en el acto y miéntras se averiguaba la verdad, tenia tiempo de haber regresado á Montevideo y ausentádose para Europa si lo estimaba conveniente.

Para presentar en el Banco la órden falsificada, se necesitaba un valor á toda prueba.

La menor turbacion, la menor palabra desacorde podia hacer nacer la desconfianza y costarle la cabeza.

Pero Villegas era un corazon valiente y un espíritu precavido.

Tenia fé profunda en la concepcion de su plan y estaba firmemente decidido á la realizacion de la empresa.

Mucho tiempo estuvo dedicado en estudiar la famosa firma de Rosas, hasta que llegó á imitarla con admirable perfeccion.

Obtenido este resultado, Villegas se vino á Buenos Aires, con una órden preparada ya, para que el Presidente del Banco le entregara la suma de dos millones de pesos para desempeñar una comision de la mayor importancia.

Villegas cubrió su retirada dejando una ballenera apostada en el bajo de las Catalinas, y esperó que fueran las 8 de la noche.

—Aunque en el Banco desconfien, pensaba, á esta hora no han de ir á consultar á Palermo ni se han de atrever á demorar el cumplimiento de la órden.

Y á las ocho de la noche, cubriendo sus ojos con un par de anteojos de color, para que la emocion no fuera á venderlo, se presentó con su órden al señor Escalada, Presidente del Banco.

Profunda debia ser la emocion que esperimentaba Villegas, en un momento en que jugaba la cabeza contra dos millones de pesos!

La menor vacilacion, el más leve deslizera su perdicion segura.

Escalada desconfió de la firma, ó estrañó la redaccion de la órden, reuniendo en el acto al Directorio.

Como Rosas no admitia escusas en la falta de cumplimiento á sus órdenes, resolvieron entregar el dinero y averiguar la verdad, dando cuenta al tirano de haberse cumplido su órden.

Villegas recibió los dos millones de pesos sin la menor emocion aparente, y se alejó sin siquiera saludar.

Parecia un verdadero enviado del tirano, en el desempeño de una comision importante, comision que no era de estrañarse, dado el estado de las cosas.

Villegas, que con tanta astucia habia procedido hasta aquel momento, una vez dueño del dinero, se turbó, y en vez de embarcarse en la ballenera que lo esperaba, acompañado de algunos corredores amigos empezó á comprar onzas.

Queria tener el dinero en oro para el caso en que tuviera que ausentarse á Europa.

En el acto de salir Villegas, Escalada fué de opinion que se debia pasar una nota á Rosas, dándole cuenta de haber cumplido su órden.

—De esta manera, decia, quedamos tranquilos y podremos saber si la órden es auténtica.

Esta idea fué encontrada muy puesta en razon, y redactada la nota en aquellos términos, fué inmediatamente enviada á Palermo.

Grande fué la sorpresa de Rosas al recibirla.

Se le habia falsificado su firma ó el Presidente del Banco habia perdido el juicio.

Inmediatamente envió á buscar al Presidente del Banco, recomendándole trajera la órden, y al Jefe de Policia, para tomar las medidas del caso.

Tan admirable era la falsificacion, que el mismo Rosas quedó asombrado.

No podian hacerse cargos por su cumplimento.

Tomadas las señas de Villegas, Rosas ordenó al Jefe de Policia pusiese en juego todos sus resortes para dar con el falsificador.

—Y cuidado que la Policia lo deje escapar, agregó, porque entónces será la Policia la que me responda de todo.

Villegas, pensando que recien al dia siguiente daría el Banco cuenta de lo sucedido, seguia comprando onzas con la mayor tranquilidad y cachaza.

La Policia, puestos en juego todos sus recursos, no tardó en echarle el guante, cuando ya Villegas compraba las últimas onzas.

Fuè el Comandante de Serenos quien realizó su prision, conduciéndolo al cuartel de sus asesinos.

Rosas, sin averiguar los móviles de la falsificacion, ni si Villegas tenia ó no cómplices, lo mandó fusilar inmediatamente.

Antes de cumplir esta órden, los Serenos se entretuvieron en darle de palos y pinchazos, de modo que cuando se le fusiló apenas conservaba un átomo de vida.

Así pagó Villegas su demasiada confianza, siendo la suya la última sangre que se derramó por órden del tirano.

FIN

INDICE

LIBRO CUARTO

LIBRO QUINTO

LOS DEGÜELLOS

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

TOMO PRIMERO

TOMO SEGUNDO


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 056239145